
SAGA COMPLETA (LIBROS 1-6)
FAMILIA ROSETTI
NUEVA YORK
PIA SINCLAIR

LA FAMILIA ROSETTI EN NUEVA YORK: SAGA COMPLETA DE MAFIA ROMANCE (LIBROS 1–6)

PIA SINCLAIR

Copyright © 2025 por Pia Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida.

Esta es una obra de ficción.

Table of Contents

- **Wicked Lies**
  - Chapter 1
  - Chapter 2
  - Chapter 3
  - Chapter 4
  - Chapter 5
  - Chapter 6
  - Chapter 7
  - Chapter 8
  - Chapter 9
  - Chapter 10
  - Chapter 11
  - Chapter 12
  - Chapter 13
  - Chapter 14
  - Chapter 15
  - Chapter 16
  - Chapter 17
  - Chapter 18
  - Chapter 19
  - Chapter 20
  - Chapter 21
  - Chapter 22
  - Chapter 23
  - Chapter 24
  - Chapter 25
  - Chapter 26
  - Chapter 27
  - Chapter 28
  - Chapter 29

- Chapter 30
- Chapter 31
- Chapter 32
- Chapter 33
- Chapter 34
- Chapter 35
- Chapter 36
- Chapter 37
- Chapter 38

Savage Oath

- Chapter 1
- Chapter 2
- Chapter 3
- Chapter 4
- Chapter 5
- Chapter 6
- Chapter 7
- Chapter 8
- Chapter 9
- Chapter 10
- Chapter 11
- Chapter 12
- Chapter 13
- Chapter 14
- Chapter 15
- Chapter 16
- Chapter 17
- Chapter 18
- Chapter 19
- Chapter 20
- Chapter 21
- Chapter 22
- Chapter 23

- Chapter 24
- Chapter 25
- Chapter 26
- Chapter 27
- Chapter 28
- Chapter 29
- Chapter 30
- Chapter 31
- Chapter 32
- Chapter 33
- Chapter 34
- Chapter 35
- Chapter 36
- Chapter 37

Merciless Vows

- Chapter 1
- Chapter 2
- Chapter 3
- Chapter 4
- Chapter 5
- Chapter 6
- Chapter 7
- Chapter 8
- Chapter 9
- Chapter 10
- Chapter 11
- Chapter 12
- Chapter 13
- Chapter 14
- Chapter 15
- Chapter 16
- Chapter 17
- Chapter 18

- Chapter 19
- Chapter 20
- Chapter 21
- Chapter 22
- Chapter 23
- Chapter 24
- Chapter 25
- Chapter 26
- Chapter 27
- Chapter 28
- Chapter 29
- Chapter 30
- Chapter 31
- Chapter 32
- Chapter 33
- Chapter 34
- Chapter 35
- Chapter 36

Feral Lust

- Chapter 1
- Chapter 2
- Chapter 3
- Chapter 4
- Chapter 5
- Chapter 6
- Chapter 7
- Chapter 8
- Chapter 9
- Chapter 10
- Chapter 11
- Chapter 12
- Chapter 13
- Chapter 14

- Chapter 15
- Chapter 16
- Chapter 17
- Chapter 18
- Chapter 19
- Chapter 20
- Chapter 21
- Chapter 22
- Chapter 23
- Chapter 24
- Chapter 25
- Chapter 26
- Chapter 27
- Chapter 28
- Chapter 29
- Chapter 30
- Chapter 31
- Chapter 32
- Chapter 33
- Chapter 34

- **Twisted Bond**

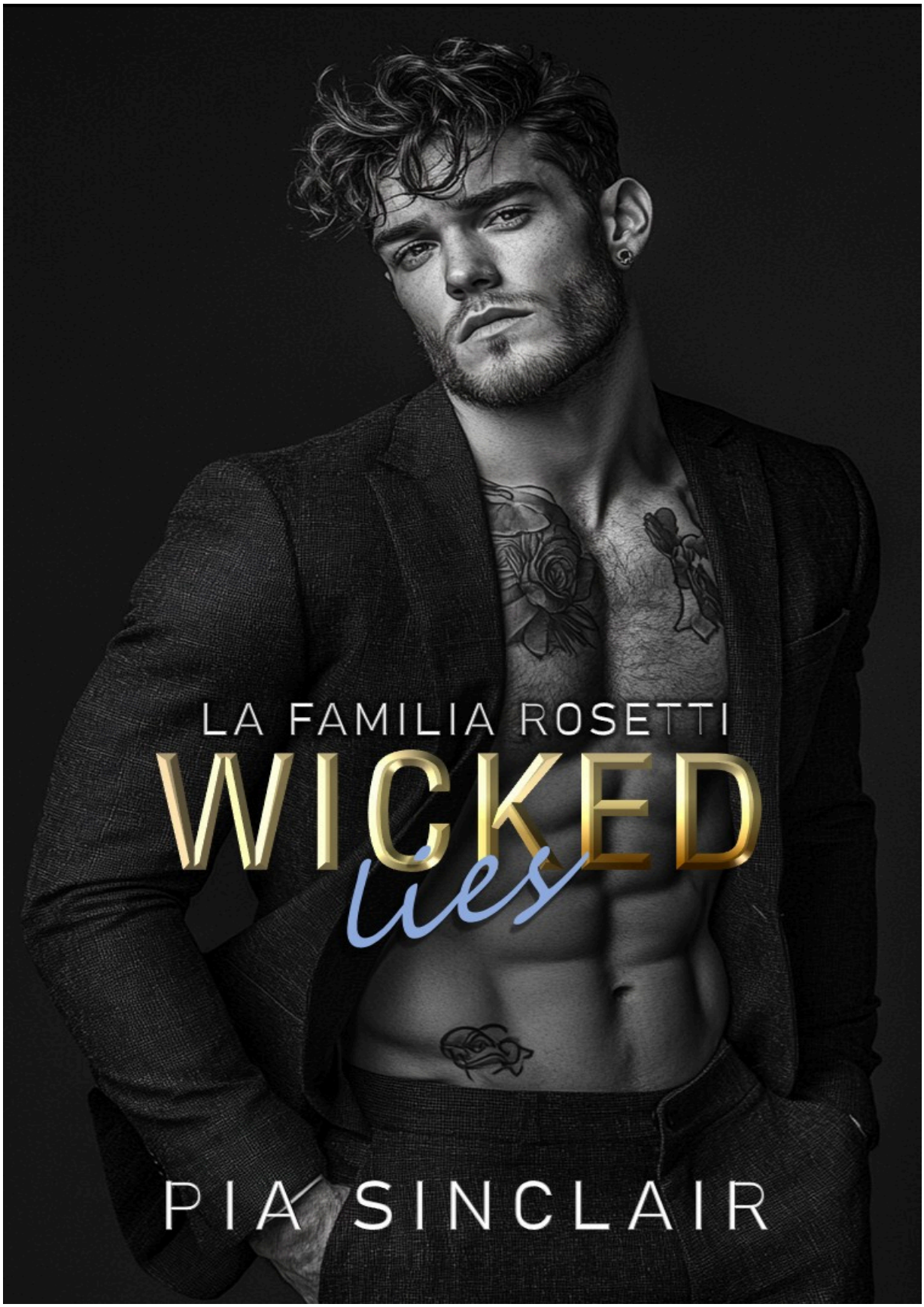
  - Chapter 1
  - Chapter 2
  - Chapter 3
  - Chapter 4
  - Chapter 5
  - Chapter 6
  - Chapter 7
  - Chapter 8
  - Chapter 9
  - Chapter 10
  - Chapter 11
  - Chapter 12

- Chapter 13
- Chapter 14
- Chapter 15
- Chapter 16
- Chapter 17
- Chapter 18
- Chapter 19
- Chapter 20
- Chapter 21
- Chapter 22
- Chapter 23
- Chapter 24
- Chapter 25
- Chapter 26
- Chapter 27
- Chapter 28
- Chapter 29
- Chapter 30
- Chapter 31
- Chapter 32

- **Shattered Honor**

  - Chapter 1
  - Chapter 2
  - Chapter 3
  - Chapter 4
  - Chapter 5
  - Chapter 6
  - Chapter 7
  - Chapter 8
  - Chapter 9
  - Chapter 10
  - Chapter 11
  - Chapter 12

- Chapter 13
- Chapter 14
- Chapter 15
- Chapter 16
- Chapter 17
- Chapter 18
- Chapter 19
- Chapter 20
- Chapter 21
- Chapter 22
- Chapter 23
- Chapter 24
- Chapter 25
- Chapter 26
- Chapter 27
- Chapter 28
- Chapter 29
- Chapter 30
- Chapter 31
- Chapter 32


LA FAMILIA ROSETTI
WICKED
lies
PIA SINCLAIR

Wicked Lies

Pia Sinclair

1

Eleanor

En una casa tan grande como esta, los susurros son más fuertes que las palabras. Se deslizan bajo las puertas, atraviesan las paredes, nos atraviesan a Juliet y a mí mientras escuchamos en el oscuro pasillo.

La voz de mi padre es fría y controlada, como siempre. La segunda voz no la reconozco. Es más lenta y afilada. Las palabras están demasiado amortiguadas para captarlas. Pero sé a quién pertenece: Domenico Rosetti.

Juliet aprieta mi mano mientras contengo la respiración. Una terrible curiosidad nos mantiene congeladas en el sitio. Incluso con la tenue luz, puedo ver la tensión en el rostro de mi hermana. La acerco más, ocultándonos en las sombras. Mi anillo de oro presiona mi palma, y lo giro con el pulgar. Si nos atrapan, nuestro padre no nos perdonará. Richard Price no cree en el perdón. Cree en el poder, en el control, en romper cualquier cosa que se interponga en su camino. No reconoce el amor, solo las alianzas.

—Suena serio —susurra Juliet.

—Siempre lo es con él —mi voz es tan suave como la suya. No podemos dejar que nos atrape escuchando.

Permanecemos así durante largos minutos. El frío del suelo de mármol se filtra en mis huesos. El techo alto y los pasillos vacíos se tragan sus voces, haciéndolas imposibles de oír.

—Creo que es seguro acercarnos un poco más —digo.

Juliet duda. —¿De verdad quieres hacerlo?

No quiero, pero tengo que hacerlo. Asiento, levantándola. —Si no sabemos lo que está planeando, ¿cómo podemos detenerlo?

Nos movemos hacia la rendija de luz que se filtra por debajo de la puerta de su estudio. Nos han mantenido fuera de su mundo desde que tuvimos edad suficiente para querer estar en él. Así es como opera. Eficiencia despiadada. El amor de una hija no tiene ninguna oportunidad. Nos acurrucamos más cerca, tan cerca como me atrevo, y escuchamos.

—Rosetti es peligroso —murmura Juliet.

Tiene razón, pero padre es peor. Al menos los Rosetti son claros sobre lo que son.

Las palabras de padre se elevan por encima de las otras, duras y suaves y perfectas. —...la mejor red de distribución en la ciudad.

Puedo imaginar la escena perfectamente en mi mente: Padre detrás del escritorio, elegante y sereno, vistiendo los trajes caros y las joyas que hablan de la riqueza con la que está obsesionado, su rostro impasible.

La otra voz, la de Rosetti, es cuidadosa y baja. —Los mejores diamantes.

Rosettis y diamantes. Estoy segura de que he oído mal. Miro a Juliet, que está tan desconcertada como yo. Tal vez el negocio de las gemas ha dado un giro que no vi venir. Mi respiración se entrecorta.

Padre no hace una pausa lo suficientemente larga como para respirar. —Proporcionaremos a su familia acceso a productos más allá de lo que podrían conseguir. Piezas únicas. No se sentirán decepcionados.

La conversación me hiela, pero no tanto como el hombre que se reúne con padre. Domenico Rosetti, el heredero de la familia criminal más notoria de Nueva York. Si está aquí, es malo para todos los involucrados.

A padre nunca le ha importado a quién hiere para conseguir lo que quiere. Juliet tiembla a mi lado, y le aprieto la mano. Es suave, demasiado suave para un mundo como este. He intentado

protegerla, pero con un hombre como Richard Price como padre, la protección no te lleva muy lejos.

—¿Qué está pensando? —pregunta Domenico.

Es una pregunta cargada, pero padre la carga aún más. —Estoy pensando que la forma más segura de fusionar dos familias es a través del matrimonio.

Mi cuerpo se pone rígido, congelado mientras escucho la indecente oferta que flota en el aire. La brusca inhalación de Juliet corta el silencio. Me aparta de la puerta, sus ojos abiertos de miedo. Parece que podría salir corriendo. Me mantengo firme. Cada centímetro de ella está tenso y listo para huir. No tiene que decirlo. Rosetti es peligroso. Un matrimonio con la familia sería un desastre.

Padre y yo podríamos haber sido un equipo poderoso. He entrenado toda mi vida para dirigir un negocio de gemas, pero él me trata como a cualquier otra mujer, imperfecta y fácilmente descartable. La ira se eleva en mi pecho, caliente y aguda, pero si vamos a salir de esto ilesas, necesito conocer los detalles. ¿Cómo, cuándo, dónde? Lo más importante, ¿quién?

Me vuelvo hacia la puerta, esforzándome por captar cada palabra.

La voz de Domenico es tranquila, casi divertida. —¿Cree que uno de mis hermanos querría casarse con la familia Price?

La respiración de Juliet sale en rápidas ráfagas. Mi padre se ríe, bajo y demasiado fácil. —Usted quiere entrar en el negocio de las gemas. Nosotros queremos una mejor distribución. Piense en esto como un acuerdo mutuamente beneficioso.

Acuerdo. Un matrimonio no es más que un trato de negocios para él. Solo otro intercambio de poder. Otro beneficio por obtener. Domenico no está ni de lejos tan sorprendido como yo. —Salvatore no aceptará a menos que haya algo para nosotros.

—Lo hay —casi puedo oír la sonrisa de padre—. Una de mis hijas.

La bilis sube por mi garganta. La mano que sostiene la mía se ha quedado flácida.

—Ese es un gran compromiso —las palabras de Domenico son cortantes. No está ofendido, solo es cauteloso—. ¿Qué hija?

Juliet se tensa a mi lado. Mi corazón está en mi garganta mientras trato de pensar en un gesto para consolarla. Este es mi trabajo,

proteger a Juliet de lo peor. Este es mi papel en esta familia, el único en el que alguna vez he sido buena. Pero me quedo en blanco.

—Juliet y Eleanor, son chicas hermosas, como puede ver —dice padre, con una pequeña risa sin vida—. E inteligentes. Bien educadas. Cualquiera de las dos sería un activo para su familia —su voz es tan calmada, tan desprovista de calidez, que me hiela los huesos—. Puede elegir la que le guste.

Como si no fuéramos más que sus diamantes, para ser cortadas y pulidas y negociadas. Mi agarre se aprieta en la muñeca de Juliet, y por un momento no puedo respirar. Debería estar acostumbrada a esto a estas alturas. Para él, siempre hemos sido activos, nunca familia. No debería doler, pero duele.

Hay un largo silencio antes de que Domenico vuelva a hablar, sus palabras tan calculadas como las de mi padre. La suya es el tipo de voz que podría dominar una habitación sin esfuerzo. —Hablaré con mis hermanos.

—Haremos los arreglos —dice mi padre—. No hay necesidad de involucrar a ninguna de las chicas todavía.

Clavo mis dedos en la rodilla de Juliet, sintiendo la tela fina de sus pantalones bajo mis uñas. No hay necesidad de involucrarnos todavía. Qué simple suena todo. Qué fácil.

El hombre Rosetti hace una pausa, y puedo oír su respiración, deliberada y seria. Debe estar de pie cerca de la puerta, listo para irse, y nosotras seguimos agachadas afuera como niñas jugando al escondite. —Enviaré noticias dentro de una semana.

Casi puedo oír a mi padre asentir. Casi puedo ver la sonrisa en sus labios finos. La imagen de ellos llena mi mente: dos hombres en trajes caros, la fortuna de los Price y el músculo de los Rosetti, decidiendo nuestro destino sin siquiera pestañear.

—Bien —dice mi padre—. Espero tener noticias suyas pronto.

La mano de Juliet está floja en la mía. —Nos está vendiendo a ellos —susurra, horrorizada.

La levanto y pongo mis dedos en mis labios para callarla. Necesitamos alejarnos de aquí con seguridad antes de analizar lo que acaba de suceder.

—Lo está intentando. —La levanto del suelo y la llevo lejos por el pasillo y doblando una esquina, alejándonos de la puerta, fuera del alcance de mi padre—. No lo logrará.

—Ya lo ha logrado. Eleanor, va a casar a una de nosotras con un Rosetti.

El suelo cruje mientras tomo la mano de Juliet y la arrastro por el pasillo hasta mi habitación, con la sangre hirviendo. Es tan frágil que creo que podría romperse si la aprieto demasiado. Su cuerpo se mueve como si fuera mecánico, y tan pronto como cierro la puerta tras nosotras, se desploma contra la pared y hunde el rostro entre sus manos.

Giro la llave. —No lo hará. —Mis palabras son bruscas, y sé que ella odia cuando le hablo así, como si yo fuera una general y ella una soldado. Pero si no mantengo el control de mis emociones, yo también me desmoronaré—. Encontraremos una solución. Pensaremos en algo. —Sé cómo opera mi padre. Sé cómo superarlo. Pero incluso mientras lo digo, mi pecho se oprime de miedo.

Juliet aparta su mano de la mía. —Eleanor, no quiero casarme con esa familia. No quiero...

—No lo harás. —Agarro sus hombros, miro fijamente sus ojos hasta que estoy segura de que me cree—. Tendrá que pasar sobre mí primero.

—¿Qué vamos a hacer? —Su voz es pequeña.

—Huiremos. —Las palabras salen con más fiereza de lo que pretendo, pero me siento como un fantasma, delgada y transparente —. Nos iremos. No miraremos atrás.

Su rostro está pálido, como si toda la sangre se hubiera drenado. —Eleanor —dice, con la voz quebrada—. No podemos huir. ¿Adónde iríamos? Cómo podríamos... no tenemos dinero, y padre nos encontraría.

Me acerco a ella y paso mi mano por su cabeza como lo hacía cuando era niña. Abro la boca para discrepar, pero tiene razón. No podemos huir. Incluso si logramos escapar de él, lo cual no hemos conseguido en años de intentarlo, enviará a los Rosetti tras nosotras.

Me hundo en la cama, junto a donde ella está sentada en el suelo, con los brazos alrededor de mis rodillas. Tengo que idear un plan.

Un buen plan. Juliet cuenta conmigo.

Está a mi lado antes de que me dé cuenta de que se ha movido, con sus brazos alrededor de mi cintura. Me abraza como si yo fuera la delicada, como si yo fuera la que lo necesita. Su aliento es cálido contra mi hombro. —Eleanor, creo en ti. Siempre creo en ti.

Las palabras son un bálsamo para mi corazón que se rompe. No sé cómo nos mantendré a salvo. Pero sé que si se trata de elegir entre Juliet y yo, seré yo quien se vaya. Seré yo a quien él entregue. Me aseguraré de ello.

Toco el anillo en mi dedo, girándolo lentamente. Es la única pieza que me queda de mi madre, el único tesoro que mi padre no me ha arrebatado. Su fina banda de oro. Lo he llevado desde que ella murió, un recordatorio del amor incondicional que una vez tuve.

—Lo convenceré de que soy yo a quien debe vender —digo—. No tú.

Juliet deja escapar una risa ahogada y desesperada. —Esa no es una solución.

—Es la única que tenemos. Yo puedo manejar a los Rosetti. Tú no.

Ella niega con la cabeza. —No sabes eso.

—Sí, lo sé. —Tiembla, más frágil de lo que nunca la he visto, y sé lo que tengo que hacer—. Encontraré una salida, pero tienes que dejarme protegerte.

Se muerde el labio, aún insegura. —¿Lo prometes?

—Lo prometo.

La acerco a mí, con el corazón latiendo fuerte en mi pecho. Una casa tan grande como esta, y ningún lugar donde esconderse. Pero escondernos no nos salvará. Si espero, perdemos. Si actúo, hay una oportunidad. Y no dejaré que decidan por mí.

2

Leonardo

Dom me dijo una vez que Il Lusso era demasiado hermoso para gente como nosotros. Se equivocaba. Es demasiado feo. Esta habitación tiene podredumbre invisible en las paredes y bajo el suelo, debajo de los accesorios dorados pulidos y los camareros con esmoquin que ofrecen cocaína en lugar de entremeses. No escucho el jazz ni el tintineo de las copas ni el sonido de hombres vacíos estrechando manos en tratos vacíos. Todo lo que oigo es mi propia sangre. Demasiado fuerte. Demasiado rápida. Lo de siempre.

Alguien suelta una risa estridente al otro lado de la sala, una mujer delgada como un palillo se envuelve alrededor de un hombre, y el mundo aquí sigue girando sin mí. Me apoyo contra una columna de mármol e intento no fruncir el ceño.

Respiro hondo y me paso los dedos por el pelo. Este no es mi lugar. Las peleas en las que me meto no ocurren en sofás de cuero profundo con vasos de whisky. Soy la carta salvaje. El impulsivo. Siempre con dos copas de más o a punto de soltar un puñetazo. He intentado fingir como Dom, pero no puedo hacerlo. No lo haré.

Hablando de Dom, veo los ojos afilados de mi hermano atravesando la multitud, buscándome. Sus hombros son demasiado anchos para este lugar, o quizás es solo su ego, pero la gente le abre paso. Se mueve con la fría precisión de un hombre que lleva dirigiendo este sitio desde siempre. El tiempo suficiente para hacerse

rico a costa de la escoria. Dom me localiza y se dirige hacia mí, ignorando a alguien que parece importante.

—Sabía que te encontraría aquí cavilando —dice, deteniéndose frente a mí.

Me encojo de hombros.

—Y tenías razón. ¿Cuál es tu punto?

Dom sonríe con suficiencia.

—Pareces miserable, Leo.

Bufo.

—Parezco aburrido. Preferiría estar armando lío en otro lugar.

—Ten paciencia. —Dom se cruza de brazos, y la tela de su traje apenas se arruga—. Ya te estás poniendo nervioso. No llevas ni una hora aquí, ¿verdad?

—Diez minutos. No sé cómo haces esto cada noche. Preferiría golpearme la cabeza. —Me hago crujir los nudillos para enfatizar mi punto, el sonido agudo como un disparo en todo este ruido blanco y monótono. Dom ni se inmuta.

—Hago lo que hay que hacer, así de simple. Papá tiene algunos movimientos importantes planeados. —Dom levanta la barbilla y me mira fijamente, sus ojos llenos de esa calma intensa que da mucho más miedo que los gritos. El tipo de seriedad que pone nerviosa a la mayoría de la gente. Yo solo estoy esperando a que suelte la siguiente parte del plan y me explique por qué me arrastró hasta aquí para reunirme con él. No tengo que esperar mucho.

—No te va a gustar, Leo —dice finalmente, clavando su mirada aún más profunda. Sabe que estoy a punto de perder la calma, como siempre—. Pero más te vale aceptarlo.

Resoplo, frotándome la nuca.

—Déjame adivinar. ¿Papá ahora está moviendo coca a través de las escuelas primarias? —Sé que he dado en el clavo cuando la boca de Dom se tensa. He tocado un nervio.

—Qué gracioso. Estamos cerca de algo, y esto es importante.

—Vale —digo—. ¿Importante cómo?

Dom se queda callado un instante de más, y veo cómo está sopesando exactamente cómo decírmelo. Cómo hacer que me trague la amarga píldora que Sal ha preparado. Cambia el peso de

una pierna a otra, como si se estuviera preparando para el impacto, o tal vez como si se estuviera preparando para decirme que soy adoptado.

—Este trato con Richard Price...

—¿El tipo de las gemas?

—El tipo de las gemas —confirma Dom—. Estamos listos para proceder.

—¿Ah, sí? —Arqueo una ceja.

—Así es. —Los ojos de Dom me taladran como si estuviera intentando plantar la idea en mi cráneo—. Queremos que tú lo lideres, Leo. Es un simple trato de negocios. Te casas con la hija, y todos somos una familia feliz. Él obtiene nuestra red de distribución, nosotros obtenemos sus piedras.

Mi mente da vueltas, luchando por comprender las palabras de mi hermano. Por un segundo, el rugido de todo a mi alrededor desaparece, reemplazado por un silencio ensordecedor. Me quedo allí, inmóvil. La sugerencia es absurda. Parece una broma, excepto que sé que Dom nunca bromea sobre negocios. Mi pulso se acelera. Me encuentro sin palabras, como si me las hubieran arrancado junto con el aliento.

¿Casarme con la hija? La frase hace eco hasta que un destello de ira se enciende dentro de mi pecho. Mi boca finalmente se pone al día con mi cerebro. Me inclino hacia adelante, con un gruñido torciendo mis labios.

—No puedes hablar en serio.

Casi espero que Dom sonría con suficiencia y me diga que todo es una broma, una nueva forma de jugar con mi cabeza. Pero Dom simplemente se queda allí, impasible y compuesto. Imbécil exasperante. Sabe que no retrocedo ante los desafíos. ¿Pero esto? Cuanto más tiempo Dom sostiene mi mirada, más se hunde la verdad.

Con una exhalación brusca, finalmente suelto:

—¿Y pensaste que yo sería el mejor hermano para el trabajo? —Me río—. Ni de coña.

—Así es como funcionan estas cosas. Esto es familia, Leo.

Le escupo las palabras.

—Así es como funcionaban en el siglo XV.

No me deja ganarle.

—Tú no haces el amor. Así que cásate con esta chica, ¿cuál es la diferencia? Eres un luchador, no un amante, ¿no? Tú mismo lo has dicho mil veces.

—Eso era diferente.

—¿Cómo?

—Eso fue antes de que me dijeras que tenía que casarme —replico —. Estás loco. No somos animales. Esto no va a pasar.

—Pasará —dice Dom, firmando mi sentencia de muerte—. Si quieres dirigir la nueva rama de gemas del negocio familiar.

Lo agarro por el cuello y lo empujo hacia atrás. Él simplemente me deja, porque sabe que me arrepentiré en un segundo.

—Me importa un carajo que seas mi hermano. Que te jodan por pensar que puedes hacerme esto.

—Estoy pensando en la familia —dice Dom, alisándose el traje—. Tú también deberías hacerlo. Necesitamos esto, Leo. Es todo.

Una mujer pasa caminando, con un maquillaje impecable, una falda que parece pintada y tacones aún más altos que su cuenta bancaria. Puedo ver que Dom también lo nota, pero dudo que esté pensando lo mismo que yo. Esta cosa brillante y delgada probablemente usa la tarjeta de crédito de su papi como si fuera un trofeo, pero tiene una boca y un cuerpo que podrían mantenerme interesado, al menos por un tiempo. Se aleja con un contoneo que te hace olvidar de qué estabas hablando.

—¿Y yo soy la única manera? —pregunto.

—Eres tú. Lo haría yo mismo, pero...

—Pero tú eres el heredero. Sal te está guardando para un pez más gordo. ¿Qué hay de uno de los gemelos? ¿O Rafe? Estoy seguro de que les encantaría atrapar a una chica rica y guapa.

—Están organizando los cuadriláteros de lucha con los rusos para los próximos meses, ya lo sabes.

—Entonces esperamos. ¿Qué son un par de meses comparados con años de felicidad conyugal?

—Los albaneses también están intentando meterse en el negocio de las rocas. Tenemos que movernos rápido en esto. Así que eres tú.

No hay otra opción. Papá está decidido con esto.

—Que se case él con ella, entonces.

Casi sonríe. Casi. —No creo que a mamá le guste mucho eso. Eres tú o no hay negocio de rocas.

Tiene razón, y sabe que yo lo sé. Estoy atrapado y retorciéndome, un animal con la pata en una trampa. Un animalito violento que está listo para arrancarse la pata de un mordisco.

Dom espera.

Una olla a presión. Eso es lo que soy cuando se trata de la familia. Haré cualquier cosa por ellos, pero explotaré mientras sucede, y él lo sabe. Su paciencia es exasperante.

Le escupo las palabras como balas, feas y metálicas. —Si la chica no quiere esto, me salgo. No voy a obligar a alguien a casarse conmigo.

Dom ni siquiera se inmuta. Me conoce demasiado bien. —Hablaré con Richard.

—Quiero reunirme con ella —insisto. De ninguna manera me voy a casar con una mujer que nunca he conocido. De ninguna manera voy a entrar a ciegas.

Dom parece sorprendido, como si yo fuera más sentimental de lo que pensaba. Como si fuera más débil. —De acuerdo. Pero no hará ninguna diferencia.

Mantengo su mirada porque seguimos siendo hermanos, aunque seamos de razas diferentes. —Si ella no lo quiere, hará toda la diferencia.

—Hay dos mujeres —dice Dom, como si estuviera agitando un boleto dorado frente a mi cara—. Puedes elegir.

—Las hermanas Price. Genial.

Dom se encoge de hombros como si me estuviera entregando un regalo en lugar de una cadena perpetua. —No es un mal trato.

Niego con la cabeza, mi pulso marcando el ritmo de una rabia creciente. —Que te jodan.

—Me lo agradecerás. —Se da la vuelta para irse, y estoy listo para lanzarle algo a la parte trasera de su cabeza perfectamente arreglada.

Lo llamo, porque tengo que decirlo. Porque incluso cuando estoy enojado como el infierno, sigo siendo un Rosetti. —Sabes que haría cualquier cosa por la familia.

—Eso es lo que me preocupa. —A cualquier otro, le diría gracias, pero a mí me insulta, como si no pudiera controlar mi temperamento ni por cinco minutos seguidos.

Observo su espalda mientras se va, deslizándose entre la multitud como una bala hundiéndose en la carne. Así es con él: preciso, frío, profesional. No como yo, con la sangre corriendo fuera de mí más rápido de lo que puedo retenerla.

Miro alrededor de esta habitación dorada otra vez, y ya no parece sangre después de todo. Parece óxido. Una mancha que se está asentando en todo. Soy parte de ello, aunque nunca quise serlo. Las palabras de Dom resuenan, *Elige a la que más lo quiera.*

Lo haré. Por la familia, haré cualquier cosa. Solo que no sé quién seré cuando todo esté hecho.

3

Eleanor

Las paredes parecen estrecharse a mi alrededor, aunque nunca lo demuestro. No ante él. He estado fuera del despacho de mi padre demasiadas veces antes, hecha de cristal bajo su escrutinio, pero esto es diferente. Mi corazón late a un ritmo febril mientras llamo. Nos ha prohibido a Juliet y a mí entrar en esta habitación, pero conozco mi valor para él. Un valor que estoy a punto de subastar.

Dentro, la habitación huele a humo de cigarro y barniz, una mezcla pesada que ahoga el aire. Cuero oscuro y caoba pulida llenan el espacio, cada pieza precisa y cara, pero el conjunto resulta tan estéril como una mesa de operaciones. Al principio, él está de espaldas a mí, una figura alta en un impecable traje gris, mirando por la ventana.

—Eleanor —no se da la vuelta. Mi nombre sale de su boca como una tarjeta de visita deslizada sobre una mesa—. Confío en que esto sea importante.

—Lo es —las palabras se atascan, solo un poco, y las obligo a salir. La habitación parece encogerse a medida que avanzo hacia el interior.

Se gira, y sus ojos se encuentran con los míos con el frío peso de la evaluación. Richard Price: comerciante de gemas, constructor de imperios, el hombre que piensa que incluso la sangre es un activo que se puede liquidar. Juliet y yo no tenemos nada que hacer aquí,

dice a menudo, excepto cuando somos el negocio. Inspiro, pero el aire se siente enrarecido.

—Pareces decidida, hija mía. Eso es peligroso —se apoya contra su escritorio, perfectamente compuesto, un gato jugando con un ratón acorralado. Sus dedos marcan un ritmo constante contra su anillo de ónice, un movimiento que siempre significa que está planeando tres pasos por delante—. Siéntate —señala la silla de cuero frente a él, pero no me muevo. Sentarme se siente demasiado como una sumisión.

—Estoy aquí por los Rosetti —digo.

—Ah —sonríe, pero sin calidez—. Así que te has enterado.

—Me he enterado —repito, manteniendo mi voz tan suave como la seda—. Y lo haré. Me casaré con Leonardo Rosetti.

La habitación se estira en silencio, cada tic-tac del reloj fuerte y lento. Me pregunto si puede ver cómo late mi corazón, si la fina seda que llevo delata mi pulso. No responde de inmediato, deja que el silencio me presione.

—No depende de ti —dice finalmente—. Leonardo elegirá. La que más le guste —suena casi divertido, como si yo fuera todavía una niña, todavía tan fácil de moldear.

—Entonces me aseguraré de que le guste yo —mi voz no tiembla, pero por dentro estoy inestable, balanceándome en el filo de una navaja.

Su mirada se agudiza, y veo un destello del hombre despiadado detrás de la superficie pulida. —¿Estás segura de que puedes interpretar el papel de esposa de la mafia?

He practicado para este momento, he encerrado mi miedo donde ni siquiera Juliet puede verlo. Aun así, mis manos se sienten frías. Las junto, reflejando su calma. —Valgo más para usted casada con esa familia que retenida aquí. Me ha estado enseñando eso toda mi vida. Así que haré lo que sea necesario para lograr mi objetivo.

Se ríe, un sonido más cortante que agradable. —Cuidado, Eleanor. Estás empezando a sonar como yo.

Soy como él en algunos aspectos —aguda, deliberada— pero no en los que más importan. —Esto es un negocio —digo, dejando que cada palabra se sostenga por sí misma, una barrera entre lo que él

cree que soy y en lo que me estoy convirtiendo—. Sé cómo jugar el juego. Juliet no.

—Ah —sus ojos parpadean, calculadores, como si estuviera pesando a sus hijas en quilates—. Así que es eso. La estás protegiendo. De nuevo.

No respondo. No necesita que lo haga. En su lugar, sostengo su mirada.

—Las emociones te hacen débil, hija mía —dice—. No dejes que nublen tu juicio.

No entiende que esto es juicio, que he medido los riesgos y encontrado el camino. Sería más fácil huir, llevarme a Juliet y desaparecer, pero nos encontraría. Siempre lo hace. La mafia es solo otra herramienta en su mano, una que corta más profundo de lo que me atrevo.

—Yo no hago emociones —digo.

—Ya veremos —responde. Coge una carpeta de su escritorio, su atención ya cambiando—. Leonardo insiste en conocerlas a ambas antes de decidir.

Trago saliva, la idea de una reunión retorciendo el aire aún más. —¿Cuándo? —pregunto.

—Esta noche. Asegúrate de verte... impresionante.

Salgo de su despacho con la presión de sus expectativas envuelta firmemente a mi alrededor. Estoy resuelta. Seré la elegida por Leonardo, y al hacerlo, mantendré a mi hermana libre.

Fuera de su vista, me detengo para recuperar el aliento, pasando un dedo por el delgado anillo de oro en mi mano. La única pieza de mi madre que él no pudo intercambiar. Gira bajo mi toque, una pequeña y silenciosa rebelión.

Me dirijo a mi habitación, sabiendo que Juliet estará esperando. Ella siempre está esperando, llena de esperanza y duda y la fuerza silenciosa que nadie ve excepto yo. Le diré que estaremos bien.

Y si puedo hacer que yo misma lo crea, entonces tal vez soy lo suficientemente fuerte después de todo.

Juliet se retuerce el pelo con una mano y hurga en mi armario con la otra. Los vestidos caen al suelo, sedas y cachemiras en flácida derrota, hasta que mi habitación parece una venta de garaje de lujo.

—Eleanor —dice, con voz suplicante—. ¿Qué pasó con nuestro plan de huir? Hagámoslo. Ahora mismo. Estoy lista.

Me imagino a las dos allá afuera, desesperadas y románticas, hasta que padre nos encuentre. Lo haría, eventualmente, y no se sabe qué harían los Rosetti. Recojo y luego descarto el vestido azul plateado que usé en la fiesta de Navidad de los O'Malley. Esta vez necesito impresionar a un futuro esposo.

—Nada de huir —digo—. Nunca debí sugerirlo. Estoy lista para crecer ahora, Jules. Estoy lista para casarme.

Juliet se sienta a mi lado, aferrando un vestido de tul rosa. Sus ojos color avellana se encuentran con los míos.

—Si solo nos fuéramos...

Fuerzo mis palabras a ser más suaves, más gentiles de lo que me siento, porque ella necesita eso más que la verdad. Empujo un vestido blanco en su dirección.

—¿Qué tal este?

Sus labios tiemblan, tratando de formar una respuesta. En su lugar, toca el borde de la tela.

—Es... bonito.

Bonito. Es una palabra que he aprendido a evitar. Nuestro padre nos llama bonitas como nos llama chicas, nunca lo suficiente para valer algo por nosotras mismas.

—¿Y este? —saco una seda esmeralda—. ¿Demasiado oscuro?

Sus manos se anudan en su regazo, los dedos inquietos.

—Solo desearía...

—No podemos desear una salida, Jules —digo, más brusca de lo que pretendo. Ella se estremece, un pequeño movimiento doloroso que me hace acercarla, rodeándola con mis brazos. —Hago esto porque quiero. Quiero casarme con Leonardo Rosetti. —La mentira se siente áspera en mi garganta—. Todo lo que necesitamos hacer es sobrevivir esta noche, asegurarnos de que me elija.

—Pero...

—Seremos libres si lo hace. —Es una promesa que pretendo cumplir. La suelto y doy un paso atrás, fingiendo una certeza que no siento. Soy una gema perfecta y bien tallada en las manos de mi padre.

Juliet alcanza el vestido esmeralda, sus ojos buscando los míos como si hubiera dejado una pista. Ella no entiende cuán bien he aprendido a esconderlas.

—De acuerdo —susurra—. Seremos libres. —Suena como si estuviera tratando de convencerse a sí misma también.

Tomo el vestido azul plateado del suelo.

—¿Me ayudas con esto? —pregunto, deslizándome dentro del vestido. Flota sobre mis hombros, frío y sedoso como el toque de la familia Price. Ella sube el cierre.

—¿Estás segura de que no es demasiado... gélido? —Me da una triste media sonrisa.

—¿No es esa la idea? —Mi risa es frágil, una nota practicada que espero suene convincente—. ¿Mostrarle lo que se lleva? —Mis ojos captan el anillo de oro en mi dedo, la única rebelión que me permito. Lo giro una vez, lo suficiente para recordar que está ahí, antes de forzar mis pensamientos de vuelta al vestido—. ¿A menos que creas que Leonardo me preferiría con otra cosa?

Juliet se muerde el labio, una imagen familiar de indecisión.

—¿Algo que te haga feliz?

Felicidad. Otra cosa de la que nunca hemos tenido suficiente.

—Me querrá por lo que valgo, no por lo que me gusta. —Mi voz es débil.

—No quiero que te tenga en absoluto. —Sus palabras salen rápidas, y parece sorprendida por su propia honestidad, un rubor subiendo por sus mejillas.

—Piensa en las conexiones —digo—. ¿Tienes idea de cuán conectada está la familia Rosetti? Podría chasquear los dedos y tener cualquier cosa que quiera. No más depender de la caridad de padre. —Le doy una sonrisa deliberada, forzándola hasta que casi se siente real.

El vestido es suave contra mis piernas, pero me aprieta demasiado las costillas, y por un momento, me pregunto si puedo respirar a través de la presión. El reflejo en el espejo es una extraña: pulida, confiada, todo lo que necesito ser.

En el cristal, Juliet parece más pequeña y joven de lo que es.

—No tienes que hacer esto —dice, y quiero creer que tiene razón.

Pero no la tiene. La miro, luego al suelo lleno de mejores opciones. Me inclino para recoger uno de ellos, un vestido de muñeca en rosa pálido, y se lo acerco.

—Deberías usar este —digo. Rosa pastel. Quiero que parezca joven, demasiado joven... y espero que al hombre Rosetti no le guste ese tipo de cosas—. ¿Me ayudas con mi pelo?

Ella toma el vestido y asiente. Me siento frente a mi tocador, sus dedos trabajando entre los mechones de mi cabello.

—Él te amará —dice, con una suave certeza que desearía poder compartir—. Es imposible no hacerlo.

Quiero decirle que eso no es relevante, que aprendimos a no ser amadas antes de aprender cualquier otra cosa. Pero se ve tan esperanzada, y no puedo destrozar eso.

—Entonces esto debería ser simple —digo en su lugar—. Y una vez que te vea con esa monstruosidad rosa, no tendré que preocuparme por la competencia.

—Sé seria —susurra.

Sus dedos tejen mi cabello en un giro suave y preciso. Ajusto los mechones con horquillas, segura en todas las formas en que no lo estoy, y fuerzo una sonrisa agradecida.

—Siempre soy seria —le digo, y tristemente es cierto.

Mientras Juliet se pone el vestido de tul rosa, aparto la mirada hacia el cajón lleno de joyas de mi padre. Saco un collar de diamantes y me pregunto si puedo llevarlo sin que me asfixie. Brilla

bajo la luz del tocador. —¿Demasiado? —le pregunto, sosteniéndolo contra mi cuello.

Ella asiente.

Suspiro. Vuelvo a guardar el collar y saco un hilo de perlas en su lugar. Son más modestas, pero siguen siendo hermosas, aún capaces de captar la atención de Leonardo.

Ella se aleja. Sus dedos rozan el borde de la cómoda, necesitando algo a lo que aferrarse.

—Tengo miedo —dice, suave como una confesión.

No es la única, pero sí la única que puede decirlo. Me aliso el vestido. —No lo tendrás cuando me elija a mí.

—¿Y si no lo hace?

Alcanzo su mano con un agarre repentino y seguro. —Entonces no soy tan buena en esto como creía.

Se aferra más fuerte de lo que esperaba. —Eres buena en todo.

—Lo soy, ¿verdad? —Me río, un suave alivio en la tensión, pero se siente más como llorar de lo que quiero admitir. Le lanzo una mirada que dice: créeme esta vez—. Vamos a estar bien.

Es la misma promesa de antes, pero ella me deja creer que está funcionando. Terminamos los últimos retoques, dos chicas fingiendo que no tienen miedo, fingiendo que saben lo que están haciendo. El peso de mi decisión me oprime más que las perlas alrededor de mi cuello.

Salimos de mi habitación con todo lo que necesitamos, pero aun así siento que me falta el valor que le he prometido. No puedo mirar atrás ahora. Mi padre me ha entrenado mejor que eso. Avanzamos, saliendo de mi habitación hacia lo que he decidido, hacia Leonardo y todo lo que él significa para nosotras. Solo espero que mis mentiras sean más fuertes que mis miedos.

4

Leonardo

La multitud es un monstruo. Inhalo su sudor y humo y espero a que me trague entero. Tengo un cigarrillo colgando del labio, medio olvidado, y lo suelto con el pulgar, soplando una nube de humo para verla morir en el aire viciado y húmedo.

A mi lado, Dom se recuesta, con los brazos cruzados. Tiene la mirada fija en la entrada, todo tranquilo y agudo como si pudiera hacer aparecer a la familia Price con solo desearlo. El tipo ni siquiera parece nervioso. A veces me cabrea. El viejo lo ha convencido; cree que es un hecho. ¿Y yo? No estoy tan seguro.

—¿De verdad crees que vendrán? —me trono los nudillos, uno por uno.

No me mira, sigue observando la puerta. —Vendrán.

Me encojo de hombros. —Te apuesto cien pavos a que no.

—Leo —dice, y puedo oír la paciencia en su voz, como si le hablara a un niño que aún cree en Santa Claus—. Vendrán.

Suelto una carcajada y le lanzo el cigarrillo a los pies. —Entonces me debes —digo, pero sin convicción. Si los Price realmente hacen esto, si de verdad se meten en medio del territorio de los Rosetti, quiero verlo. Quiero ver cómo se las arreglan estas princesas en mi terreno.

La pelea está en marcha, el ring es un enjambre de cuerpos. Apuestas y sangre, gritos y maldiciones. Me encanta esta mierda. Me

encanta tenerla en las venas. Me encanta sentirla bajo la piel.

Me separo de la pared y me abro paso entre la multitud, dirigiéndome al ring. El calor y el ruido se elevan, las voces chocan entre sí, cien personas gritando por sangre.

Humo de cigarrillos y sudor y aire caliente y viciado. El mordisco acre de cerveza barata y palomitas quemadas. Es lo bastante denso como para ahogarme, y se siente como en casa.

Choco los cinco con Matteo, que ronda por el borde de la multitud, con esa sonrisa de suficiencia pegada en la cara. —Creía que tenías una cita —dice, con los ojos brillantes—. ¿Ya la estás dejando plantada?

—Todavía no —le grito en respuesta.

El aire vibra con otro rugido. Matt se ríe, me agarra la camisa cuando me muevo para despeinarle. —No tan rápido. Cuidado con el pelo.

—Vete a la mierda —le digo, pero estoy sonriendo. Paso junto a él y saludo con la cabeza a Rafe. Tiene los ojos puestos en la pelea, con la mandíbula apretada. Su gancho de izquierda parece listo para partir a alguien por la mitad.

—Más te vale que ese tipo no quede noqueado —le digo.

Rafe solo niega con la cabeza, con la mirada fría. —Más te vale a ti que papá no te noquee por traer a las mujeres Price aquí. Te dijo que las llevaras a Il Lusso.

Le hago un corte de manga y luego me dirijo al borde del ring. Es perfecto. El ruido, el caos, el pulso del lugar.

Hay un luchador en el suelo, agarrándose el costado. Otro se cierne sobre él, con ojos salvajes, los puños vendados y ensangrentados. Una última patada en las costillas, y la multitud es un muro de sonido que se estrella sobre mí.

El tipo del suelo se queda abajo. Veo el momento exacto en que decide tirarse, veo el cambio cuando su lado pierde, y me encanta. Perder significa peleas. Perder significa sangre. Y, efectivamente, la gente empieza a empujarse, a gritarse, con los puños fuera, los puños en alto. Es un caos. Es un maldito motín. Lo siento en los huesos.

Pero entonces...

Pero entonces los veo.

Destacan como si fueran putos ángeles. Demasiado limpios, demasiado suaves. Richard Price y sus hijas. Sonrío ampliamente, tanto que duele. La mayor es toda curvas elegantes y columna de princesa de hielo, e inmediatamente quiero lanzarla contra la pared más cercana y subirle ese caro vestido por los muslos cremosos y hacerla gemir. Quizás el viejo no estaba tan loco después de todo.

Me abro paso entre lo más denso de la multitud, apartando cuerpos a empujones.

De verdad las ha traído. De verdad ha traído a sus chicas a este antro del infierno.

Solo lo he visto una vez. Es alto, con la cara toda ángulos duros, caro y esculpido. Es hilarante lo fuera de lugar que se ve, como si estuviera aquí para comprar el local, no para ver una pelea.

Las chicas son jóvenes. Demasiado jóvenes. La más pequeña tiene esa mirada de conejo asustado, ojos abiertos y lista para salir corriendo. Probablemente no tenga más de diecinueve años, pero con ese atuendo de princesa de Disney, parece que tuviera unos doce. Me dan ganas de acercarme a ella y ver si sale corriendo.

Me concentro en la mayor en su lugar.

Mantiene la barbilla alta, actuando como si todo esto estuviera por debajo de ella. Vestido azul hielo que se ajusta a su torso y se ensancha alrededor de sus rodillas. Se ve tan condenadamente elegante que casi da risa. Incluso aquí, en medio del caos, hace que parezca que pertenece a este lugar. No lo entiendo. Pero quiero hacerlo.

Me abro paso entre los últimos de la multitud y llego hasta ellos. Richard me mira de arriba abajo, evaluándome con esos ojos fríos.

—¿El señor Rosetti, supongo? —dice, con ese desprecio educado.

—¿Cuál de ellos? —sonrío, dejando que la pregunta flote en el aire, para ver cómo reaccionan. La más joven se mueve, y puedo ver que está entrando en pánico. La mayor no se mueve. Sostiene mi mirada.

—Esta es Eleanor —dice, señalando a la chica del vestido azul. Ella asiente, educada y perfecta—. Y Juliet —la princesa de Disney.

—Leonardo —digo. Me acerco más a la hermana mayor, con los ojos fijos en ella. No se estremece, no aparta la mirada. Solo se queda ahí, fría y serena. Exactamente el tipo de niña mimada que odio dentro del tipo de cuerpo que amo. Quiero ver qué hace a continuación—. Oí que me estaban buscando.

Los labios de Richard se tensan, disgustado.

¿La mayor? ¿Eleanor? Me sorprende. No espera a que su padre responda, no deja que él hable por ella. —No esperábamos un lugar tan... enérgico —dice, con los ojos fijos en los míos.

—¿No lo hiciste? —Señalo el anillo con el pulgar, sin poder evitar la amplia sonrisa en mi rostro o la tensión en mis pantalones.

Ella niega con la cabeza, pero hay algo allí, algo afilado. —Todo lo contrario.

Casi me río, en cambio miro a Richard. —Bueno, ¿qué es la vida sin un poco de aventura?

Él inclina la cabeza, frío y sereno. Ya lo odio. —¿Les dará un tour a las chicas?

—Solo a Eleanor —digo. Quiero ver cómo maneja esto. Quiero ver de qué está hecha.

Él me da una larga mirada, como si ya hubiera calculado mil resultados diferentes y todos terminaran con él ganando. Cree que esto es un trato hecho. Pero Eleanor... Eleanor me mira con esos ojos azul hielo, y no puedo descifrarla. No puedo leerla.

La llevo a través de la multitud, la guío hacia el ring. Puedo ver a los siguientes luchadores preparándose, vendándose las manos y comprobando los movimientos del otro. Puedo ver los empujones, los gritos, el feo submundo de este lugar. Pero no puedo ver lo que ella ve.

Camina a mi lado, terca y decidida, sin lograr igualar del todo mi paso pero negándose a quedarse atrás. Sus tacones son ridículos para este lugar, pero ni siquiera parpadea cuando pasamos junto a un matón con la nariz rota y una chica del ring con un top de bikini y botas Doc Martens. O no lo nota, o realmente no le importa. Me detengo y la observo por un segundo, tratando de descifrarla, pero su rostro está perfectamente calmado.

—Demasiado elegante para un lugar como este —digo, señalando el vestido con la cabeza. Espero a medias que me responda mordazmente, que empiece a quejarse del lugar y de cómo debería haberla advertido, de cómo nunca ha puesto un pie en un sitio tan poco respetable. Estoy provocando a esta princesa y esperando ver cómo se magulla. La estoy desafiando a que me muestre que es tan delicada como parece.

Me sorprende de nuevo con un encogimiento de hombros confiado. —Me gusta vestir bien.

Entrecierro los ojos. Esto no es lo que esperaba. Ni de cerca. Pensé que se derrumbaría, que tendría que arrastrarla por el agujero infernal que es el ring de lucha de los Rosetti. En cambio, se mueve por el caos como si no tuviera nada que perder. Pensé que mostraría una grieta, aunque fuera pequeña, pero se mantiene como si esto fuera una maldita fiesta de té.

—¿Y si te manchas de sangre tu bonito vestido? —pregunto.

Ella fija su mirada en mí, sus ojos del mismo color azul hielo que su vestido. —Entonces te enviaré la factura de la tintorería.

Suelto una carcajada. —¿Es por eso que quieres casarte conmigo? ¿Por el dinero de mi familia?

Aparta la mirada de mí, aburrida, observando la pelea en su lugar. —Tengo suficiente dinero.

Me trono los nudillos. —¿Entonces por qué? ¿Tu viejo te dijo que tenías que hacerlo?

—Es muy pragmático —dice, fría como el hielo, con un destello de algo bajo la superficie.

Doy un paso más cerca, probando cómo se mantiene. —¿Entonces? ¿Qué quiere una princesa como tú con un matón como yo?

Gira su anillo, un movimiento rápido, casi invisible. Luego me mira a los ojos. —Esto es una transacción comercial, señor Rosetti. Me interesa el poder de su familia.

Suelto una carcajada, fuerte y áspera. Puedo verla estremecerse, aunque lo oculta. —Una transacción comercial —digo, burlándome de su tono frío. Lo odio. Odio su actuación, odio que piense que puede engañarme. Empiezo a darme la vuelta.

Pero no lo hago.

Veo algo crudo y real destellar en sus ojos, solo por un segundo, pero está ahí.

No creo que sepa que lo he visto. No creo que quisiera dejármelo ver. Se mantiene como si fuera la reina de este lugar, y casi quiero desafiarla. Es una maldita actuación, pero parte de mí quiere averiguar si hay algo más. Parte de mí quiere ver si puedo romper esa dura y elegante coraza.

Es inteligente, más aguda de lo que le di crédito. Ahora puedo ver que me equivoqué. No se asusta, no se inmuta, e incluso cuando intento alejarme, sé que no me lo va a poner tan fácil. Lo desea demasiado.

—¿Crees que estoy mintiendo? —pregunta, con la cabeza inclinada, desafiante. Me está poniendo a prueba de nuevo, viendo si la voy a desenmascarar. Me está retando a que demuestre que se equivoca. Es más fría de lo que pensaba, más terca, probablemente más parecida a Richard de lo que jamás admitiría.

Debería hacerme alejar. Debería hacerme dejarla aquí como quiero, como necesito. Pero ese destello está atascado en mi cabeza, y en su lugar me vuelvo hacia ella. —Sé que estás mintiendo —digo, observando su rostro, buscando esa grieta de nuevo. Ni siquiera parpadea—. No trato con mentirosos. —Mi voz es dura, definitiva.

Me está observando, indescifrable. Lo odio. Odio que me haga pensar dos veces cuando se supone que debería ser fácil de descifrar.

La multitud es como un rugido en mis oídos, una marea de gritos y abucheos. No la miro cuando me voy.

Es una princesa y una mentirosa, y lo arruinó.

Vuelvo con Dom, que sigue esperando como una estatua.

—¿Cómo fue? —pregunta, demasiado calmado.

Estoy a punto de cancelar todo, pero entonces la veo a través de la multitud, sonriendo mientras mira la pelea, una expresión de pura alegría en lugar de la máscara calculada que me mostró, y no respondo. En cambio, la observo.

5

Eleanor

Mi primer error es pensar que puedo esconderme. No soy más que una joya extraña entre piel desnuda y gritos salvajes. Sigo a Leonardo con facilidad, una explosión de tatuajes y temperamento y el tipo de confianza despreocupada que pretendo no envidiar. El único rojo aquí es su cabello y el sangriento desastre que observa sin inmutarse. Apuesto a que tampoco se inmutaría ante mí. Haría exactamente lo que quisiera, cuando quisiera, y al diablo con las consecuencias.

Lo opuesto a mí, entonces.

Me muevo en el banco de madera, sintiendo miradas sobre mí, pero mantengo mis ojos fijos en Leonardo. Ni siquiera mira en mi dirección. El ruido a su alrededor es un muro de energía animal: hombres bramando, mujeres maldiciendo, cerveza y cuerpos y humo. Estoy a la deriva en todo esto, un costoso pensamiento tardío rodeado por el calor rugiente. Al otro lado del foso, Domenico Rosetti me estudia con una calma inquietante. También lo hacen los otros hermanos, Raffaele y Matteo, como si fuera una de sus luchadoras y no una chica con una carta de negociación. Mi cabello aún está recogido y ordenado; bien podría ser una tiara en este caos. Me siento más cómoda en seda fina que en aire sudoroso, pero me niego a mostrar mi incomodidad.

Pero si no aseguro esto, padre empujará a Juliet a mi lugar. Ella no está lista. No para esta familia Rosetti. No para Leonardo. Necesito ser yo. Este tiene que ser mi movimiento. Mi victoria.

Me inclino hacia adelante, mi pulso más rápido que la pelea misma. Aquí, no soy la heredera Price pulida y refinada. Estoy en bruto, tan cruda como esta escena. Pero no seré frágil. No frente a ellos. No frente a Leonardo. Su risa golpea el aire, fuerte y aguda, como si tuviera todo resuelto: la multitud, la pelea y yo. Debería asustarme más de lo que lo hace. No sé por qué me siento tan atraída por él, por qué su intensidad me atrae. Es despiadado, descuidado. Lo opuesto a mí. Exactamente lo que no debería querer.

Pero es la única oportunidad que tengo.

Domenico es todo calma y cálculo, mientras que cada movimiento de Leonardo se siente como si pudiera cambiar de opinión y lanzarse al ring, el caos esperando desarrollarse. Miro fijamente hasta que me arden los ojos, pero Leonardo no me devuelve la mirada. Tal vez ya lo he arruinado, viniendo aquí y mostrando cuán temerosa estoy de este mundo. Me llamó mentirosa, vio a través de mi máscara, me desenmascaró. Todo en cinco minutos de conocerme, me había descifrado. Y, tristemente, no se equivoca.

Me pongo de pie. Voy a recordarle que valgo más que todo esto. Esta noche es la más importante de mi vida, la más importante de Juliet.

—Espérame —le digo a mi hermana, luego navego a través de la multitud, un mar de sudor y maldiciones. Apenas puedo respirar cuando llego a Leonardo y Domenico, quien me lanza una mirada aguda.

Domenico se mueve, sacudiéndose polvo imaginario de sus mangas impecables. —Os dejaré algo de privacidad —su voz corta a través del caos con precisión quirúrgica. Sin necesidad de gritar.

Apelar al lado empresarial de Leonardo no funcionó, así que intento un poco de coqueteo a la antigua. —Privacidad es justo lo que esperaba —ronroneo.

Leonardo encuentra mis ojos, un destello de algo perverso en los suyos. Hace crujir sus nudillos como si estuviera listo para

abalanzarse, y su voz baja, áspera y burlona. —Pensé que te quedarías con tu familia el resto de la noche, princesa.

Me pongo rígida, luchando contra el impulso de decirle que no me llame así. Pero me muerdo la lengua, sonriendo porque imagino que lo enfurecerá. —Voy donde quiero. Deberías aprender eso de mí.

Él se acerca más, su calor y aroma rodeándome, y me quedo sin aliento. —¿Crees que puedes manejar esto? —Hace un gesto hacia la locura, pero su mirada es toda para mí.

Finjo pensarlo, luego sacudo la cabeza. —¿Esto? Fácil.

Él se ríe, bajo e incrédulo. Cree que me tiene corriendo asustada. Está equivocado. Extiendo la mano y paso mis dedos por su bíceps, lenta y seductoramente. Su sonrisa se desvanece, sus ojos se entrecierran como si estuviera tratando de descifrar mi próximo movimiento. Está lo suficientemente cerca como para que pueda ver la batalla en su mirada, lo suficientemente cerca como para sentir el atrevimiento emanar de él.

Somos dos luchadores en el foso, y no voy a retroceder primero. Dejo que la tensión se acumule entre nosotros, luego me inclino, mis labios a solo centímetros de su oído. —Estoy aquí por ti, Leonardo. Lo que sea necesario. —Sé que es la verdad y él sabe que es la verdad, y cuando me retiro, su sorpresa es más dulce de lo que había imaginado.

Su respiración se entrecorta, una victoria momentánea para mí, pero luego gruñe, agarrando mi muñeca con brusca insistencia. —Estás fuera de tu elemento, princesa. Este no es tu mundo.

Dejo que me sostenga, dejo que piense que tiene la ventaja. Luego giro mi brazo en su agarre, liberándome como agua. Me desea, puedo verlo ahora, y eso es más poder del que él sabe. Me doy la vuelta, lanzando las últimas palabras por encima del hombro. —Ya veremos.

—Espera —ordena, y lo hago.

Pero me giro lentamente, con una sonrisa sensual en mi rostro, haciéndolo sexy en lugar de obediente, pero ambos sabemos que no tengo elección. No si quiero ganar su favor.

—Tu pequeño coqueteo es bastante efectivo —dice—. Pero déjalo. Como dije, no trato con mentirosos. Así que volvamos a los

negocios.

Cada una de sus palabras gotea autoridad, y sé que ve a través de mí. A través de mi sonrisa, mis joyas, mi maquillaje. Directamente hasta la chica que está desesperada por hacer esta unión.

Dejo caer mi expresión, manteniéndola serena pero distante. He tenido toda una vida de práctica. Mi voz, cuando sale, es delgada pero firme contra el ruido. —Bien. Entonces dime, cabeza caliente, ¿has tenido suficiente tiempo para considerar tus opciones? ¿O necesitas algunas peleas más?

Leonardo encuentra mis ojos. Avellana, salvajes, destellando como si fuera dueño de todo lo que ve, incluyéndome. —¿Tienes prisa?

Aprieto la mandíbula. —No eres el único con una agenda ocupada. —Adiós a ganármelo con mis encantos.

Su sonrisa es exasperante. Temeraria. Llena de todo lo que pretendo estar por encima. La verdad es que lo envidio más de lo que quiero admitir.

Leonardo vuelve a mirar la pelea. Mis puños se aprietan a mis costados. —Esto no es un juego para mí —digo.

—Lástima —dice—. Siempre gano en esos.

No reconozco el sonido de mi propia voz cuando me río. Corta. Frágil. Para nada divertida. —Ganarás más que yo, si eso es lo que te preocupa.

Se vuelve hacia mí, cruzando los brazos, sin preocupación alguna. —¿Y qué te hace pensar eso?

—No puedes fingir que no lo has pensado. Acceso a todos esos rubíes de Birmania, diamantes de Botsuana, esmeraldas de Colombia. Estarás imprimiendo dinero y forjando una alianza fuerte. —Puedo sentir que mi control se desvanece. Me aferro a lo que sé, a lo que funciona mejor. Dejo que mis labios se curven en una sonrisa coqueta—. Y me tendrás a mí. A menos que quieras pretender que puedes conseguir algo mejor.

Su risa es una chispa en el humo. Odio cómo me afecta. Cómo me hace sentir expuesta. Cómo le da la ventaja. Mi corazón retumba en mi pecho mientras se acerca, centímetro a centímetro, como si fuera a descubrir mi farol. Como si fuera a llamar a mi padre y exigir a Juliet en su lugar.

—Parece que eres tú la que está fingiendo —dice.

Me ve completamente. Quizás él tiene el mismo fuego, la misma hambre, la misma necesidad desesperada de ser el último en pie.

Mi pulso se acelera. No voy a dejar que tenga la ventaja sin pelear. Él me desea tanto como yo deseo esto. Levanto la barbilla, y casi se siente como si yo fuera la que no tiene nada que perder. —Quieres esta boda tanto como yo —digo.

La pausa es eléctrica. Más poderosa que el rugido de la multitud. —Crees que me conoces —dice Leonardo.

No dice que esté equivocada.

Observo cómo sus tatuajes se mueven mientras hace crujir sus nudillos. El calor me invade. Su confianza es enloquecedora, peligrosa, irresistible.

—Haz la llamada —digo. Las palabras salen fuertes, pero estoy temblando por dentro—. ¿O te he sobrestimado?

Sus ojos brillan con algo que casi parece admiración. Casi. —¿Quieres saber mi elección, Eleanor? —Pronuncia mi nombre con la lengua, y mi corazón se detiene—. ¿Tú? —dice, observando mi compostura cuidadosamente mantenida, mi control fuertemente sujeto—. ¿O la hermana?

Tomo aire. Sale afilado como un cuchillo. —Sí. ¿Cuál es?

La pelea aún continúa. Leonardo me mira fijamente, calor y desafío y caos, todo lo que debería aterrarme pero que deseo de todos modos. Luego, lentamente, asiente. —Tú —dice, lo suficientemente alto para que lo escuche por encima del alboroto de puños y cuerpos.

No dejo que se note mi alivio.

No creo que lo haga.

Leonardo busca un cigarrillo detrás de su oreja. Enciende un fósforo. Inhala. Sonríe con suficiencia como si fuera la segunda parte del trato. —La boda es mañana —añade.

Mi control se hace añicos en un sobresaltado jadeo.

6

Leonardo

La boda aún está a horas de distancia, pero el desayuno se siente como una emboscada a gran escala. —Más te vale estar tomando la decisión correcta con esta Eleanor —dice la Nonna Toni, pequeña y feroz al otro lado de la mesa—. O tendré que darte una paliza como cuando tenías ocho años.

Dom sonríe mientras muerde su sfogliatella, y yo me trono los nudillos. —Primero tendrás que atraparme —le respondo.

—Esto es más que una broma, Leonardo —dice la Nonna, sirviéndose otra porción de yogur. Para ser una señora tan pequeña, come bastante.

—Con Leo nunca es una broma —dice Dom—. Es un desastre a gran escala o nada.

Lo fulmino con la mirada. —Me voy a casar con la mujer. ¿Qué más quieren?

La Nonna ni se inmuta. —Quiero que hagas lo que es correcto para ti y para la familia.

Me concentro en mi tostada, pensando en la mirada azul hielo de Eleanor. ¿Por qué dijo que sí en primer lugar? ¿Acaso Richard la está presionando de alguna manera? Demonios, por lo que sé, ella podría ser la que está haciendo la presión.

—¿Tienes algo que decir, Leo? —pregunta Dom, sus ojos verdes desafiándome a iniciar algo—. Pareces estreñido. O como si fueras a

echarte para atrás.

—No me voy a echar para atrás. —Suena más a la defensiva de lo que pretendía.

La Nonna se inclina hacia adelante, todavía feroz e inflexible. —He vivido más que tú, muchacho. Que tu madre y tu padre también. Eres un Rosetti, ¿no? Entonces compórtate como tal.

Sus palabras se asientan como el concreto. Pero me las sacudo de encima con un encogimiento de hombros y una sonrisa. —¿Viviste durante la época de los dinosaurios, Nonna?

La Nonna sorbe su café, desechando mi comentario con un bufido molesto.

La casa de la Nonna es todo calor rancio y colores chocantes, llena de sus bordados y cortinas gruesas que han estado ahí desde el principio de los tiempos. La mesa está repleta de todos los platillos italianos de desayuno que podrías desear, y el aroma del café flota espeso en el aire. La anciana está encaramada en su silla como una pequeña reina feroz. Lleva sus perlas y su labial brillante, como siempre. Se niega a mudarse a la finca o con mis padres, sin importar cuánto insista papá.

Dom ya está en su traje, con el cabello peinado como si tuviera una reunión de negocios en Manhattan en lugar de un desayuno en Brooklyn. La Nonna lo mira con algo entre aprobación y diversión, pero su atención vuelve rápidamente a mí.

—El matrimonio no es solo un papel, Leonardo —dice, entrecerrando los ojos hacia mí—. Es familia.

—Ya dije que me casaré con ella —insisto, sintiendo que el calor me sube a la cara—. ¿No es eso lo que todos querían?

Me imagino a Eleanor en su vestido elegante y su expresión gélida, imagino una grieta en la superficie, algo honesto debajo de lo perfecto. ¿Richard le habrá prometido algo a cambio de este trato?

—Los albaneses andan husmeando —dice Dom—. Escuché que también están tratando de meterse en el negocio de las gemas.

—Sí —digo—, han estado acercándose a los contactos de Price.

—Será peor si te echas para atrás —advierte Dom—. Como darles una invitación grabada.

La Nonna asiente, casi satisfecha. —Tal vez no seas tan estúpido, después de todo.

Dom me mira como si quisiera decir algo más, pero la Nonna se le adelanta. —Los rubíes de Birmania llegarán la próxima semana —dice—. Richard tendrá que elegir entre nosotros y los albaneses, y si estamos unidos para entonces, nos elegirá a nosotros. La familia primero.

Raspo mi plato con el tenedor. —Me voy a casar con ella. Cambien el disco.

Dom y yo cruzamos miradas. La mesa está en silencio excepto por el tintineo de la cuchara de la Nonna y el crujido de los viejos pisos de madera mientras me muevo en mi asiento.

—Está enamorado —dice Dom finalmente, con cara de póker—. Mírenlo.

—Cállate —le digo.

La Nonna me clava una mirada que podría agrietar el acero. —La ames o no, si tratas mal a tu esposa, te daré una bofetada que te dejará viendo estrellas. Aunque me mate.

—Leo es de quien tienes que preocuparte —dice Dom—. Eleanor Price tendrá sus bolas montadas en la pared.

El aroma del desayuno flota en el aire, la mezcla de pasteles y café con madera vieja y el perfume abrumador de la Nonna. La sonrisa burlona de Dom me pone de los nervios, pero la mirada implacable de la Nonna es peor. Todos están metidos en esto. Eleanor es un acuerdo de negocios para ellos, pero para mí es un rompecabezas con bordes afilados. No me gustan los rompecabezas sin resolver. No me gusta no saber qué es lo que realmente busca.

—Richard no la está forzando —dice Dom, leyendo mis pensamientos.

Me paso la mano por el pelo, inquieto. —¿Entonces por qué está haciendo esto?

La Nonna me da una última mirada, una mezcla entre lástima y orgullo. —Tienes tres horas para averiguarlo, Leonardo. La boda es esta tarde, y después de eso, estás dentro. Los Rosetti no se divorcian.

Me levanto, arrastrando la silla por el suelo, y beso a la Nonna para despedirme. Salgo por la puerta a zancadas. El día ya se está poniendo cálido, abril en Nueva York siempre jugueteando con el verano.

Se supone que debo estar preocupado por los albaneses y los rubíes, pero es Eleanor a quien no puedo sacar de mi mente. Su fuego frío. Su rostro imposible. Ella, ella, ella. Tal vez estoy cometiendo un error. Tal vez me voy a arrepentir de esto. Tal vez no me importa un carajo.

De cualquier manera, voy a averiguarlo.



No se da cuenta de que la estoy siguiendo. La acera está repleta de neoyorquinos aferrados a bolsos de diseñador, pero Eleanor destaca como un arma reluciente. Hay una precisión fría y clara en sus pasos, pero algo no está bien. Una mancha en su barniz de reina de hielo, una grieta capilar que quiero abrir.

Todo en ella debería repelerme, pero sucede lo contrario. Su fachada perfecta se me mete bajo la piel. Es esa distancia indiferente, la manera en que corta a través del mundo sin mirar atrás, lo que me atrae. Es impecable en la superficie —exactamente lo que uno querría de una esposa en el negocio— pero no me lo creo. Su boca es una línea tensa, y toca demasiado sus joyas, siempre girando ese fino anillo de oro en su dedo. ¿Qué esconde bajo ese control?

Avanzamos por la calle abarrotada, ella con la cabeza alta, sin volverse ni una vez. Imagino atravesar esa estudiada compostura, ver si se quiebra como porcelana o explota como pólvora. Un repartidor roza su brazo y ella se estremece, apenas perceptiblemente. Sí, algo no anda bien.

A su alrededor, la gente entra y sale en tropel de las boutiques de lujo. Las bolsas de compras cuelgan de las muñecas, pero las manos de Eleanor están vacías. Está en la Avenida Madison pero no parece estar absorbiendo nada de ello. No se detiene en Chanel ni en Gucci, no aminora el paso. Intento leer su rostro, pero es imposible. En blanco, impasible. Una estatua que ha cobrado vida. Debería simplemente acercarme a ella, exigirle la verdad, pero es un misterio, y nunca he sido bueno resistiéndome a ellos.

No es hasta que se desliza en un bistró y se sienta en una mesa junto a la ventana que la veo suavizarse. Gira su anillo mientras espera, ansiosa o aburrida, no puedo decir cuál. Entonces aparece su hermana, y de repente Eleanor es una persona diferente. Es como ver el hielo derretirse bajo un soplete. Se pone de pie, y las dos se abrazan. Su rostro, tan imposible de leer, se ilumina con una sonrisa brillante y genuina. Me quedo afuera, apoyado contra una farola, observando.

La hermana de Eleanor es rubia, de tez sonrosada, todo suave y romántico. Parece más cómoda que en el ring de boxeo, pero igual de joven e inocente. Definitivamente no es la mujer para mí. La chica dice algo, y Eleanor se ríe. Realmente se ríe. Incluso desde afuera, su conexión golpea como una bala. Eleanor está vívida y sincera. No puedo oír lo que están diciendo, pero este es el almuerzo antes de la boda: tienen que estar hablando de mí. Eleanor parece determinada. Parece claro que va a esta boda con los ojos bien abiertos. No está siendo coaccionada. Está tomando esta decisión por sí misma. Pero, ¿por qué? ¿Y por qué sigo aquí afuera, observando como un amante celoso?

Cambio de posición, inquieto. El amor de Eleanor por Juliet es evidente. Siento un destello de algo. ¿Envidia? ¿Hambre? La veo transformarse de fuego frío a calidez ardiente y no puedo tener suficiente de ello. La quiero así, viva y temeraria, como lo estoy yo ahora mismo.

¿Estará tratando de adivinar si estaré en el altar? ¿Si el temerario Rosetti aparecerá para reclamar a su novia? Pues lo hará. Decisión tomada. Me meto en un taxi y le digo al conductor que me lleve al Upper East Side. Tengo una boda a la que asistir.

7

Eleanor

La iglesia se cierne sobre nosotros, una bestia de piedra que se traga el cielo gris de Brooklyn. En el interior, un frío silencio envuelve los bancos de madera. Solo las primeras filas están ocupadas. Una docena de hombres con trajes italianos impecables. Una docena de mujeres envueltas en elegantes vestidos de diseñador. Los Rosetti. Son dueños del lugar como lo son de todo lo demás.

Mi lado es un mero detalle: solo Juliet detrás de mí y mi padre a mi lado. El resto del séquito de mi padre es inexistente. Ni uno solo de sus empleados. Ningún otro Price, cercano o lejano. Solo se molestó en traer a un guardaespaldas.

Juliet se mueve, retorciendo su pañuelo hasta dejarlo flácido y anudado. Su angustia se filtra en mí, caliente y punzante.

—Ojalá no tuvieras que hacer esto —susurra.

—No empieces, Jules —mantengo mi voz firme—. Es un poco tarde para eso.

—No es demasiado tarde —su voz se quiebra—. Todavía puedes...

—¿Qué? —me giro hacia ella, demasiado rápido—. ¿Huir? ¿Y entonces qué pasa? ¿Padre te casa con alguien peor? Al menos así sabemos a qué atenernos —le toco el brazo, más suavemente esta vez—. Esta es la única manera, Jules.

Sus ojos se llenan de lágrimas que tiene demasiado miedo de dejar caer.

Padre observa, con la mandíbula apretada. Habría sido más fácil para él si me hubiera ido sin luchar. Sin amor, sin problemas, justo su tipo de trato. Pero aquí estoy, ocupando espacio.

—Es hora —dice.

Agarro mi ramo, con los bordes de las rosas blancas marchitándose, y finjo no ver los ojos llorosos de Juliet. Leonardo espera en el altar, un extraño que está a punto de convertirse en mi esposo. Mi nuevo amo.

Aprieto la mandíbula, lista para enfrentar lo inevitable. Mis zapatos resuenan contra el suelo. Ecos en la iglesia casi vacía. Mi nueva familia me observa con ojos duros. Estoy aterrorizada pero decidida a ocultarlo. La clave es el control. Mi cabello está tan tirante que no puedo ni parpadear sin que me duela. Mi agarre en el ramo es lo suficientemente fuerte como para magullar. Leonardo se gira para observarme, su mirada una orden silenciosa.

Cuando llego al altar, Leonardo me fulmina con la mirada, sus ojos clavados en los míos, luego se vuelve hacia el sacerdote sin una palabra, una sonrisa o un atisbo de aliento.

El sacerdote comienza la misa. Las palabras zumban como abejas en el denso silencio. Mi primera boda católica. Primera misa. Nadie pensó en enseñarme cuando crecía. ¿Para qué molestarse, cuando los negocios eran nuestra verdadera religión? Ni siquiera sé cuándo arrodillarme. Sigo el ejemplo de Leonardo. En esto, como en todo, tendré que seguir.

Termina rápidamente. Como un negocio. No miro a mi padre, pero siento sus ojos sobre mí, sopesando lo que ha ganado contra lo que aún podría perder. Leonardo desliza un anillo en mi dedo, oro liso que se siente como una esposa, tan diferente del anillo de mi madre. Su toque es impersonal, posesivo. Solo un toque, y me ha marcado.

Se inclina. El beso es rápido, obligatorio. Apenas respiro. Un escalofrío me recorre, pero no me estremezco.

Juliet observa, silenciosa y pequeña junto al altar. Casi puedo sentir la urgencia de su miedo, la forma en que ve toda mi vida

como nada más que un sacrificio. Me niego a mirarla.

El sacerdote dice algo en italiano. ¿Declarándonos qué? Marido y mujer. Esposo y prisionera.

Padre no sonríe.

—Felicidades —dice, nítido como un traje recién planchado. Una sola palabra para una hija bien vendida.

Los invitados se levantan para felicitarnos. Se apresuran, afilados y rápidos. El alboroto de voces en italiano. Palmadas en el hombro para Leonardo, breves besos en la mejilla para mí.

Una mujer de rizos oscuros y una sonrisa deslumbrante abraza a Leonardo y parlotea rápidamente. Carmela Rosetti. Su hermana pequeña. Su única hermana. Qué protegida debe estar. Qué amada. La envidio.

Carmela se vuelve hacia mí.

—¡Estoy tan feliz de que estés aquí, Eleanor! ¡Por fin otra chica en la familia! —Su entusiasmo se desborda, casi abrumador. Toma mis manos entre las suyas, se inclina en confidencia—. Quería invitar a la familia extendida, pero Leonardo insistió en mantenerlo pequeño —dice, nerviosa y ansiosa—. No estábamos seguros de si tu lado... —Su voz se apaga al ver a mi padre de pie y solo.

Miro alrededor a las docenas de asistentes bien vestidos, ¿y esto es solo la familia más cercana?

—Esto es suficiente familia. Muchos dirían que es demasiada.

Se sonroja intensamente y se ríe.

Otra mujer se acerca, mayor, con el cabello castaño rojizo como el de Carmela. Se mueve con calma y gracia constante, ojos agudos y evaluadores. Su mirada silencia a Carmela a mitad de frase. Esta debe ser Gianna Rossetti, la madre de Leonardo. Mi nueva suegra. Trato de no encogerme bajo su mirada.

—Eleanor —dice. Mi nombre rueda en su lengua, con un suave acento italiano—. Confío en que la ceremonia no fue demasiado extraña para usted.

—En absoluto —miento.

Sonríe, casi con lástima. Me hace sentir como una niña.

—Bienvenida a nuestra familia —dice. Se aleja antes de que pueda responder.

—¿Bienvenida? —La voz detrás de mí es áspera, vieja e impaciente. Una mujer pequeña con rizos blancos salvajes y un collar de perlas tan brillante como su lápiz labial aparece a mi lado —. ¡Ni siquiera la han besado apropiadamente todavía! —Esta debe ser una abuela.

—Arreglemos eso —dice Leonardo, apareciendo a mi lado. Me atrae hacia él, una mano firme en mi cintura. El beso es más largo esta vez, reclamándome frente a todos.

La anciana se ríe, una carcajada sucia y dulce.

—¡Ahí está! ¡Ahora sí es una de nosotros!

—Eleanor, esta es Nanna Antonella —explica Carmela, tratando de no reírse—. Solo la llamamos Nanna Toni.

—Yo la llamo un dolor en el trasero —dice una voz profunda detrás de nosotros. Me giro para ver a un hombre mayor con cabello blanco y ojos verdes penetrantes. Lo reconozco de inmediato: Salvatore Rosetti. El rey del imperio Rosetti. Me mira, como un león estudiando su nuevo territorio—. Bienvenida a la familia, ragazza.

Trago saliva y asiento. —Gracias.

Sus ojos se desplazan hacia mi padre. —Tu hombre parece incómodo.

—¿Acaso usted no lo estaría en su lugar?

Él se ríe, oscuro y conocedor. —No te preocupes. No mordemos.

Otra voz, suave y burlona, interviene. —Habla por ti mismo. —Un joven de cabello castaño rojizo y una sonrisa con hoyuelos aparece, lanzando una moneda de plata al aire. Lo reconozco del ring de peleas—. Matteo Rosetti —dice, extendiendo una mano—. Leo no es el único encantador de la familia.

—El único que se casa con una Price, sin embargo —dice una cuarta voz, más tranquila y afilada. El gemelo de Matteo, Emilio, aparece a su lado. Sus ojos son grises e impactantes—. Por ahora.

—Yo podría ser el siguiente. Mis encantos son irresistibles. —Matteo guiña un ojo—. ¿Cómo tuvimos tanta suerte de conseguirte, Eleanor?

—Me preguntaba lo mismo —digo secamente.

—¿Ves, Matteo? —La voz de Rafe es contundente—. Encaja perfectamente.

Un hombre alto y fornido se encuentra junto a Leonardo. Rafe, el segundo mayor. Su nariz parece haber sido rota unas cuantas veces, y su cabello oscuro está cortado al ras. Ni siquiera se molesta en estrechar la mano.

Emilio levanta una ceja. —¿Por qué optaron por la misa completa? No se suele ver eso en una subasta.

Lo miro fijamente, con la ira bullendo bajo mi fachada. ¿Por qué este hombre, este extraño, dice que me han comprado en una subasta? Es decir, es cierto, pero desagradable pensar en ello en el día de mi maldita boda.

Salvatore sonríe. —He oído que opuso resistencia.

—¿Ah, sí? —pregunta Emilio.

—Como una gata salvaje —dice Leonardo, con los ojos fijos en los míos—. Pero la domamos.

No puedo decir si están bromeando. Espero que estén bromeando. Sus risas resuenan por toda la iglesia.

Me aparto de la multitud, tratando de encontrar algo de aire. Tengo que llegar a Juliet antes de que este día me trague por completo. Ella está de pie en las sombras, como una extraña, un pequeño fantasma asustado con un vestido de diseñador. Me acerco a ella, y por un segundo se aferra a mí como si nunca fuera a soltarme.

—Todo estará bien —digo, esforzándome por sonar segura—. Estaré bien. Tú también. —Ella no responde—. No es un adiós —insisto—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —dice ella.

Me aparto, con el corazón pesado, y voy hacia mi padre.

—Hemos terminado aquí —dice, frío y distante—. Ahora eres una Rosetti.

—Eso me han dicho.

—Recuerda por qué hiciste esto.

—¿Por usted, quiere decir?

—Por la familia —corrige—. Si lo olvidas, no le servirás a nadie. —No espera mi respuesta, simplemente asiente como si estuviera firmando un trato y sale con Juliet a cuestas.

Estoy sola en el mundo de los Rosetti.

Leonardo espera junto a la puerta, su presencia tan imponente como siempre. Ya tiene mi abrigo en la mano, un pequeño gesto que se siente como una extensión de su control. Camino hacia él, sintiendo mis piernas moverse pero sin estar segura de cómo. El resto de la familia se reúne a nuestro alrededor, cálidos, ruidosos y abrumadores.

Salimos. El aire es amargo contra mi piel desnuda. Leonardo me guía hacia un coche, nuestro coche ahora. Sostiene la puerta abierta, observándome con esos ojos que ven a través de todo.

Me siento, el cuero frío debajo de mí, y espero para ver lo que he hecho.



Miro a Leonardo, a la línea dura de su mandíbula. Su expresión no cambia. Ojos en la carretera, pensamientos encerrados donde no puedo alcanzarlos. Me pregunto si ya se está arrepintiendo de esto. Arrepintiéndose de mí.

La advertencia de mi padre da vueltas en mi cabeza. *Recuerda por qué hiciste esto.* Me quito el nuevo anillo de oro del dedo y lo aprieto en mi palma. Si lo mantengo ahí, puedo fingir que aún soy libre. Pero, ¿a quién engaño? A Leonardo no. Él sabe que estoy atrapada. Él ayudó a atraparme.

El motor ronronea debajo de nosotros, pero dentro del coche hay silencio. Me giro hacia la ventana. Edificios de cristal se alzan hacia las nubes. La ciudad debería sentirse como mi hogar. He pasado mi vida aprendiendo sus calles, su lenguaje. Pero hoy es solo otro extraño.

Cuando vuelvo a mirar a Leonardo, él me está observando. Una mirada rápida, curiosa e intensa. Me pongo el anillo de vuelta en el dedo y me preparo para lo que sea que venga.

El coche gira, y la casa se alza frente a nosotros. La mansión de los hermanos Rosetti. Se eleva como un monstruo de acero y cristal. Tiene el mismo aspecto sin alma que la casa de mi padre, solo que más grande. Más fría. No pensé que algo pudiera serlo.

Altas vallas la rodean. Las cámaras de seguridad brillan en la luz gris. Una garita se sitúa junto a la entrada. Más hombres, todos de negro. Nos observan con ojos firmes. Me estremezco y me ciño el abrigo con fuerza.

Nos detenemos en la puerta. Uno de los guardias habla por radio, su voz crepitando en el aire. Las puertas se abren, pesadas y lentas. Leonardo entra conduciendo como si lo hubiera hecho mil veces.

Nos detenemos frente a la casa. Es moderna e impersonal, toda ángulos y superficies vacías. Incluso las ventanas parecen vigiladas, largas y estrechas como troneras. La miro fijamente, con un nudo apretándose en mi estómago. Aquí es donde vivo ahora.

Leonardo sale y viene a mi lado. Abre mi puerta y espera a que me mueva. Mis piernas son de hierro, pero logro sacarlas, una tras otra.

—¿Estás bien? —pregunta. Las palabras son ásperas pero no desagradables.

—Estoy bien —mi voz es más débil de lo que quisiera. Me pongo de pie, rígida e inestable. Él me observa, asegurándose de que no me derrumbe antes de que lleguemos adentro.

Me tiende una mano, pero la ignoro. En su lugar, me aferro más a mi abrigo, mi aliento formando pequeñas nubes blancas en el aire frío. Hace un frío inusual para abril. Él se encoge de hombros, divertido, y toma la delantera. Sus zancadas son largas y confiadas.

Yo lo sigo. El peso de la casa, de él, de todo, me oprime. Lo sigo adentro. El vestíbulo se extiende ante mí. Mármol frío bajo mis pies. Todo hace eco. Cada respiración, cada paso.

Aquí es donde vivo ahora.

Leonardo ya está en el centro de la habitación, sin abrigo, mirándome. Parece llenar el espacio, mientras que yo solo me siento perdida en él.

—¿Vienes? —dice, con un ligero filo en su voz.

Asiento, acelerando el paso. Cuanto más rápido me mueva, más pronto me acostumbraré a esto. Eso espero.

Me muestra el resto de la casa. Habitación tras habitación, cavernosas y austeras. Sala de estar. Comedor. Biblioteca. Cada una tan fría y sin vida como la anterior. Es hermosa de una manera cara e impersonal. Arte en las paredes, todo abstracto y sin alma. Como yo, una adición de último momento a su colección.

Intento memorizar la distribución. Todo lo que consigo es una vaga sensación de distancia. Este lugar es tan grande, tan aislante. Más como una galería que un hogar.

—¿Nunca has visto un lugar tan bonito? —la voz de Leonardo me sobresalta. Me doy cuenta de que me he quedado atrás. Lo alcanzo, mis pasos resonando en el suelo pulido.

—¿Bonito? —repito, pero suena más amargo de lo que pretendía.

Él se encoge de hombros. —Podemos poner flores o alguna mierda, si es lo que te gusta.

—Está bien —no sé lo que me gusta. No realmente.

Nos detenemos en un largo pasillo. Veo más puertas de las que puedo contar. Interminables habitaciones en las que una persona puede perderse.

—Esta es la habitación de Carmela —dice Leonardo. Señala la primera puerta. Pasa a la siguiente—. Oficina —Otra—. De invitados —No se detiene, nombrando cada puerta en rápida sucesión, sin dejarme quedar atrás.

Lo sigo como una sombra. Las palabras rebotan en mí, sin calar. Me siento pequeña aquí. Pequeña y silenciosa.

La cocina es tan grande como el resto de la casa. Electrodomésticos brillantes. Encimeras como mesas de cirugía. Todo afilado y estéril. Intento imaginarme cocinando aquí, pero es absurdo. Me crié con comida para llevar y servicios de catering, con tomar-lo-que-puedas-antes-de-que-se-acabe. Las comidas no eran sobre la familia. Solo supervivencia.

—No sabes cocinar, ¿verdad? —pregunta Leonardo, y ahí está de nuevo ese ligero tono de diversión.

—Puedo aprender —estoy mintiendo. Ambos lo sabemos.

Lo sigo por más pasillos. Las voces de los Rosetti resuenan en mi mente. Bienvenida a la familia, dijeron. No se sintió como una bienvenida. No realmente. No sé por qué eso me molesta.

Los ojos de Salvatore, agudos y verdes, evaluándome como un nuevo activo. Rafe, el segundo mayor, sus palabras bruscas y despectivas. Sin molestarse en ocultar su antipatía. Yo era una Price, una intrusa.

Pero luego estaba Carmela. La única que mostró verdadera emoción o calidez. Es el único rayo de esperanza en esta familia, por lo que puedo ver.

Leonardo se detiene y se gira para mirarme. Sus ojos escudriñan los míos, sin pestañear. —Este lugar es grande, lo sé. Te acostumbrarás. —Hay más que quiere decirme. Sé que hay más. Espera, quiere que le pregunte. No le daré esa satisfacción—. El resto de mis hermanos y hermanas estarán aquí mañana. Nos han dado la noche para conocernos.

—Una luna de miel —digo. ¿Espera este desconocido que tenga sexo con él?

Los ojos de Leonardo se entrecierran. —No son sutiles, pero son leales.

—Me di cuenta. —¿Es eso una orden de que yo también tengo que ser leal, me guste o no? Que se vaya al diablo.

Da un paso más cerca. Es intenso, un fuego ardiendo justo bajo la superficie. —Hablaba en serio. Te domaremos.

Me obligo a mantener su mirada, pero mi corazón late rápido. Levanto mi mano con la alianza de boda y sonrío dulcemente. —Ya lo han hecho.

Ambos sabemos que estoy mintiendo.

8

Leonardo

Eleanor mantuvo su máscara puesta para toda la familia, pero ahora no hay público. Solo ella y yo, la nueva novia y su nueva jaula. Me mantengo unos pasos atrás, disfrutando cómo el eco de sus tacones se vuelve más frenético. Apuesto a que no puede esperar para cerrarme una puerta en la cara. Seguro que desea que me ponga en fila como todos los demás cuando ella actúa como una reina. Pero yo no soy como los demás.

El vestíbulo se abre ante nosotros, frío y aburrido. Siempre he preferido los espacios pequeños y acogedores, pero el apellido Rosetti aparentemente requiere una arquitectura monstruosa. Ella intenta adueñarse del espacio con sus pasos precisos y cortantes. Bien. Que piense que tiene la ventaja por un minuto. Que pruebe bien lo que ha firmado.

El vestido le queda demasiado perfecto. Encaje y seda, delicado y letal, una trampa blanca que abraza su cuerpo con una precisión indecente. La hace parecer inocente y peligrosa, un ángel caído con una sonrisa malvada y asesinato en los ojos. Quiere provocarme con él, y está funcionando. Los finos tirantes dejan sus hombros al descubierto, el escote se hunde, su piel brilla contra la tela costosa. No puedo apartar los ojos de ella, y lo sabe.

Una punzada de deseo me recorre, primitiva y cruda, exigiendo que tome lo que es mío.

Quiero arrancárselo. Quiero agarrarla y rasgar el maldito vestido en dos. Ni siquiera estoy seguro si es porque se ve hermosa en él o si es porque en el fondo ella cree que nunca lo haré. Que nunca podría. Como si yo fuera el que cediera en esta guerra nuestra. Apuesto a que piensa que seré yo quien se rinda primero. Su boca no dice nada, pero el contoneo ajustado y confiado de sus caderas lo dice todo: soy intocable.

Pero nunca he sido de los que se rinden o ceden, y menos ante alguien tan irritante y hermosa. Puede seguir intentando alejarme, pero ha hecho un trato con el diablo. Le mostraré que es el último que hará.

Su cabello está severamente recogido, con algunos mechones castaño oscuro rozando su cuello y orejas. Lleva las perlas, los tacones de aguja color crema, el perfecto lápiz labial pálido. Todo es parte del arsenal, su armadura y su arma. Pero sé que no debo subestimarla. Puede que parezca salida de una revista de bodas, pero hay veneno bajo todo ese brillo.

Se supone que yo soy el peligroso, el de las manos ensangrentadas y una reputación que lo respalda, pero la verdad es que nunca he conocido a alguien como ella. Es lo que hace que este juego del gato y el ratón sea tan jodidamente emocionante. Pensé que este matrimonio arreglado sería una molestia, una tarea, pero Eleanor Price es todo menos eso. No se inmuta. No se quiebra. Es tan terca como yo, y me saca de quicio. Cree que no soy una amenaza.

Puedo mostrarle cuán equivocada está.

Cuanto más nos acercamos al dormitorio, más quiero arruinarla. Quiero marcarla para que todos sepan que me pertenece. Quiero hacerlo porque lo odiará, porque ahora mismo cree que tiene todo el poder. No es solo lujuria; es ese impulso de poseer, de conquistar, de hacer que me necesite más de lo que me desprecia.

Su padre pensó que sería un pago fácil. Es un idiota. La mantendré y la poseeré y ganaré, sin importar cuánto tiempo tome. Se adaptará o caerá luchando. Casi no me importa cuál de las dos.

La alcanzo justo cuando llega al final del pasillo.

—¿Siempre eres tan callada? —pregunto.

Sigue moviéndose, como si no valiera la pena responderme. Veo la curva de su hombro, su cuello desnudo, algunos mechones sueltos de cabello castaño oscuro contra la piel blanca que escaparon de su recogido tan estirado.

Eleanor en mi mundo. Eso es lo que es esto. ¿Y este mundo? No tiene suficientes salidas para ella. Me reiría si no me hiciera querer romper algo. Romperla a ella. No está ni la mitad de tranquila de lo que pretende, no con la forma en que su vestido se aferra a sus piernas y puedo notar que aprieta los dientes cada vez que mis pasos se acercan.

Puedo sentir la tensión en mi piel. Es caliente, eléctrica. Me da hambre la idea de que ella esté tan hecha un lío por dentro como yo.

Llegamos a la puerta del dormitorio, y soy yo quien la abre.

—Las damas primero —digo. Me lanza una mirada, pero es rápida, solo un destello de esos ojos glaciales. Quiero atraparlo, mantenerlo en su lugar. Tal vez incluso mantenerla a ella en su lugar.

—Ponte cómoda —le digo, señalando el interior—. Este es tu hogar ahora.

—Cómoda —repite—. Realmente estás delirando.

Me apoyo en el marco de la puerta, bloqueándola. Bloqueándola a ella. La habitación detrás de ella es grande, como el resto de la casa, pero solo hay una cama. Solo hay un hombre con el que la compartirá.

—No estás haciendo mucho esfuerzo por interpretar tu papel, Eleanor —digo—. Después de todo, estamos casados.

—¿Lo estamos? —Inclina la cabeza, sus labios se curvan en una sonrisa que me hace querer destrozar todo el lugar—. ¿O es esto solo un nuevo tipo de prisión?

Me trono los nudillos, observándola como el enigma que es.

—Pensé que eras inteligente —digo—. Lo suficientemente inteligente para saber que todo esto depende de ti.

—Depende de mí —repite—. Mi padre parece pensar que es tu familia la que le debe. ¿O disfrutas siendo su perro?

Quiere una reacción. Quiere que muerda el anzuelo. Pero en su lugar, le doy una sonrisa, algo vicioso y hambriento. Es suficiente

para borrar la sonrisa de sus labios.

—Ya veremos quién es dueño de quién.

Me separo del marco de la puerta y la acerco a mí, agarrando su cintura con una mano. Puedo sentir su brusca inhalación. La forma en que su cuerpo se tensa. El calor a través de su vestido de novia de seda. Mi boca está tan cerca de su oído que sé que puede oír el temblor en mi respiración también.

Medio espero que me empuje, pero no lo hace. Tal vez porque la estoy sujetando con tanta fuerza, o tal vez porque tiene miedo de soltar esa fachada que lleva puesta. Sus brazos están atrapados entre nosotros, y una oleada de satisfacción me golpea cuando me doy cuenta de que su pulso se acelera bajo su piel.

—Tres reglas —le digo con voz baja y áspera—. Si las rompes, las cosas no van a ser bonitas.

Su espalda está rígida, su barbilla alta. Pero veo un destello de algo detrás de esos ojos azules.

—Déjame adivinar —dice ella—. ¿Reglas de tu padre?

—Mías —mi agarre en su cintura se aprieta. Quiero que sepa a quién pertenece. Quiero que lo sienta en cada célula de su cuerpo—. Regla número uno: nada de mentiras —sus ojos se entrecierran, pero no dejo que me interrumpa—. Regla número dos: nada de huir.

Ella me sostiene la mirada directamente, como un ciervo frente a los faros de un coche. —¿Y la regla número tres? —su voz es puro hielo, pero veo la primera grieta, la escucho en la forma en que traga saliva con dificultad, insegura de lo que viene a continuación.

—Regla número tres: Nada de tocar a ningún otro hombre —las palabras salen feroces, posesivas—. Ahora me perteneces.

Ella deja escapar un suspiro que suena como una risa. Pero también escucho miedo en él. No es tan intocable como cree.

—Qué lindo —dice ella—. Crees que soy alguna baratija que puedes mantener con correa.

—Llámalo como quieras —digo—. Pero si te pillo rompiendo las reglas, las consecuencias serán severas.

El destello de desafío en sus ojos me hace querer tirarla sobre la cama, reclamarla, quebrarla hasta que lleve mi marca por todas partes.

—¿Y si obedezco? —dice ella, retorciendo las palabras, haciéndolas sonar sucias. Haciéndome imaginar cómo será cuando sea realmente mía, en cuerpo y alma.

Me echo un poco hacia atrás, lo suficiente para mirarla directamente a los ojos. —Entonces tal vez ambos consigamos lo que queremos.

Ella suelta una breve risa, como si pensara que estoy fanfarroneando. Me enfurece la forma en que actúa como si todo esto fuera una gran broma. Como si yo fuera una gran broma.

La clavo contra la pared, fuerte y rápido, y ella jadea, con verdadero pánico brillando en sus ojos esta vez. La forma en que lucha hace que mi cabeza dé vueltas, como si la sangre corriera de golpe a todos los lugares equivocados.

—Dime que lo entiendes —digo. Mi mano está áspera en su barbilla, obligándola a mirarme. Mi otra mano se desliza por su hombro, su brazo, no con gentileza, pero tampoco tan brusco como para dejar un moretón. Se siente como seda y piedra, como todo lo que he deseado desde que puse mis ojos en ella.

Su respiración es superficial, pero veo que intenta controlarla, tratando de actuar como si todo estuviera bien. —¿De verdad crees que das miedo? —dice, un temblor en su voz la traiciona.

Me acerco más, su aroma, su calor casi más de lo que puedo soportar. —No tienes ni idea —le digo—. Todavía.

Ella aprieta la mandíbula de nuevo, el desafío grabado en cada línea de su rostro. Pero su silencio la traiciona. Está demasiado asustada incluso para responder.

—Será mejor que lo digas —digo—. O esto se pondrá feo. Dime que entiendes las reglas.

Le toma un segundo, uno en el que puedo sentir que está debatiendo cuánto dolor puede soportar, cuánta pelea tiene en ella. Pero entonces parpadea, y puedo ver cómo vuelve a ponerse esa máscara.

—Entiendo las reglas —dice, su voz cuidadosa y plana, como una transacción comercial.

Me echo hacia atrás una fracción, dejándole ver la forma en que sonrío con suficiencia, fingiendo que no me importa que esté

tratando de tener el control. Su peinado apretado está despeinado, mechones escapados caen en ondas desordenadas sobre su rostro. Su respiración es entrecortada. Nunca ha lucido más hermosa.

Me tomo mi tiempo para soltarla, observando cómo se alisa el vestido, cómo vuelve a ponerse esa máscara fría pieza por pieza. Su respiración se estabiliza, sus ojos vuelven a los míos, más medidos ahora.

—Eres toda una pieza, Leonardo —dice, fingiendo que no está temblando.

Me río, algo rápido y áspero. —Acostúmbrate —me apoyo contra la pared, mi corazón late con fuerza y la sensación de ella persiste en mi sangre. Su desafío hace que todo mi cuerpo zumbe, me vuelve loco.

Va a ser un infierno hacerle ver que me pertenece, pero va a valer la pena.

Más que valer la pena.

Se quebrará. Se quebrará, y entonces la volveré a armar exactamente como yo quiero.

9

Eleanor

Estamos en el dormitorio de Leonardo. Es grande. Me siento como un insecto bajo una lupa. Mis maletas están alineadas contra una pared, y él parece pensar que realmente aceptaré compartir habitación con él. Está apoyado en el marco de la puerta, mirándome con ojos perezosos. Como si me desafiara a estar en desacuerdo.

—No voy a dormir aquí —digo. Mi voz es afilada. Precisa. Aprendí de los mejores.

Levanta las cejas y se truena los nudillos.

—¿Ah, no? —Se cruza de brazos, actuando como si esto fuera divertido. Como si yo fuera divertida—. Tienes muchos cojones.

—Pareces sorprendido. ¿Fue el anillo lo que te convenció de que me doblegaría y actuaría como la esposa obediente?

Su sonrisa se ensancha, y mi corazón golpea contra mis costillas. Quiero arrancármelo y entregárselo.

—¿El anillo? No, nena. —Se separa de la pared. Camina hacia mí. Lento y constante, como si intentara no asustarme—. Fueron los votos matrimoniales.

Su cabello es rojo oscuro, una maraña salvaje que le cae sobre los ojos. Los tatuajes se enroscan alrededor de sus brazos, hasta los nudillos. Leonardo Rosetti es un león enjaulado.

—Actúas como si ya fuera de tu propiedad —digo. Mis dedos juguetean con el anillo de mi madre. Mi único recuerdo de una vida antes de que todo se fuera al traste.

Se ríe. El sonido es áspero y brillante en la fría habitación.

—Lo eres, Eleanor. —Está más cerca ahora—. Tengo los papeles que lo prueban.

Mi pulso es un traidor. No dejaré que lo vea. No dejaré que vea nada.

—Este es un matrimonio de conveniencia —digo—. Para ambos. No finjas que es otra cosa.

—No eres tan conveniente —dice. Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, pero no hay verdadera fuerza en ello.

El mundo se inclina. El anillo se clava en mi palma. El pánico me invade. Me imagino siendo inmovilizada bajo él, indefensa y pequeña, obligada a compartir su cama, obligada a abrir las piernas.

Como si lo viera en mi rostro, Leonardo se inclina. Sus ojos arden. Siento su calor, casi siento su piel quemando la mía.

—¿Crees que voy a forzarte? —Lo dice en voz baja, y algo en su voz hace que mi piel se erice—. Te llevarás una maldita sorpresa, nena. Te tendré en mi cama, pero solo cuando lo pidas amablemente. Estarás suplicando por ello.

Las palabras deberían herir, pero en su lugar derriten los bordes de mi miedo. Retiro mi muñeca, y esta vez me deja.

—¿Así que se supone que debo mudarme contigo? —pregunto—. ¿Después de esto?

—Ese es el trato. —No parpadea, no se inmuta—. ¿Qué esperabas?

—Esperaba que pagaran por mí. No dormir con el contable.

Suelta una carcajada.

—Joder, eres algo especial. —Se da la vuelta y saca un teléfono de su bolsillo. Vibra en su mano—. Sin mentiras, sin huir y sin tocar a otros hombres —dice—. Eso es todo lo que exijo.

—No se me da bien seguir órdenes.

El teléfono suena de nuevo, un mosquito zumbando. Leonardo mira la pantalla con el ceño fruncido.

—Más te vale aprender. —Su pulgar se mueve por la pantalla y empieza a gritar al teléfono, saliendo de la habitación y bajando por el pasillo.

Espero a que su voz se desvanezca en la distancia y respiro hondo. El dormitorio huele a él. Jabón y humo. Hace que mi corazón se acelere. Arrastro dos maletas al pasillo, pasando por habitaciones vacías y sin vida. Están llenas de muebles pulidos y aire muerto. Esta es una casa sin corazón.

Me detengo en un dormitorio lejos del suyo, abro la puerta y dejo caer las maletas dentro. No luchó por mí, no realmente. No como pensé que lo haría.

Me quito los zapatos y rebusco en mis maletas, luego me quito el vestido de novia de seda y me cambio a unos vaqueros de diseñador y una blusa simple con un suéter, dejando mi vestido tirado en el suelo. Salgo de la habitación. Quiero distancia. Espacio para respirar. Bajo las escaleras y el vestíbulo se extiende ante mí. Mármol frío bajo mis pies. Es hermoso de una manera cara e impersonal.

Me escabullo por la puerta trasera. La finca es enorme. Terrenos sin calidez, sin alma. Hace suficiente frío como para nevar, y me abrazo mientras me dirijo al jardín. El viento corta a través de mi suéter, pero es mejor que estar dentro.

Me siento en un banco en el jardín, detrás de arbustos altos que me ocultan de la vista, luego saco mi teléfono y llamo a Juliet.

Contesta al segundo timbre, y su voz está sin aliento.

—¿Eleanor? ¿Estás bien?

Es tan bueno escucharla, saber que hice esto por una razón. Por ella.

—Estoy bien, Jules. —Espero que no note la tensión en mi voz—. ¿Cómo te está tratando papá?

Hay una pausa, y puedo imaginarla mordiéndose el labio, nerviosa pero feliz.

—Está... bien. Parece complacido. Creo que hiciste lo correcto.

El viento muerde mi cara. No puedo evitar pensar que incluso cuando está complacido, nuestro padre nunca está feliz.

—¿Y tú?

—Desearía que no tuvieras que hacer esto por mí. —Suena pequeña, más joven de sus diecinueve años—. La casa está tan vacía sin ti. Solo somos papá y yo, e incluso tú eres mejor compañía que él.

Sonrío ante la suave broma.

—Seguro que no. Solo... llámame cuando lo necesites. Prométemelo. —¿Cómo llegamos a esto? La única persona que amo en el mundo, atrapada en un museo sin alma diferente al mío.

—Lo prometo.

—¿Jules? Te quiero. —No espero a que me lo devuelva. Termino la llamada y presiono el teléfono contra mi pecho, sintiendo el frío metal a través de mi suéter.

El viento arrecia y tiemblo. ¿Qué clase de hombre es Leonardo? ¿Es más que un matón en una jaula cara?

Sin mentiras, sin huir y sin tocar a otros hombres. Eso es todo lo que pide.

Las reglas resuenan en mi cabeza mientras regreso a la mansión. No tengo intención de obedecer ninguna de ellas.

10

Leonardo

Eleanor ha movido algunas de sus maletas fuera de mi habitación. No me toma mucho tiempo encontrarlas, en una habitación al final del pasillo en el mismo piso, y ella está con ellas. Se ha cambiado a vaqueros y un suéter, pero de alguna manera hace que el conjunto casual se vea elegante. Se viste como si fuera a encontrarse con una amiga para almorzar, no como si estuviera peleando con su marido en nuestra noche de bodas.

La miro fijamente a ella y luego al equipaje. Un maldito juego. Agarro las asas, mis dedos como tornillos. Ella observa mientras las llevo de vuelta a mi habitación. El aire entre nosotros es cortante cuando dejo caer las bolsas con un golpe seco.

Sin decir una palabra, cierro con llave todas las puertas de este piso excepto la nuestra. Ella me observa en silencio. Si quiere otra habitación, tendrá que romper una maldita cerradura para llegar a ella. Su silencio presiona contra mí, pero yo lo rechazo con el mío propio. Su mirada es de hielo y piedra. Está esperando a que yo me quiebre, pero tiene una larga espera por delante.

Me sigue, silenciosa, mientras giro llaves y aprieto mi agarre. Cierro una puerta de golpe, luego la siguiente. Sus pies descalzos golpean contra el suelo, un ritmo que coincide con mi pulso. Eleanor se para en el pasillo como si fuera suyo.

—Tú sigues mis reglas —me apoyo contra la pared, con una sonrisa burlona en los labios, las llaves tintineando en mi mano.

Me mira, sin palabras. Casi puedo oírla pensar.

—Podemos hacer esto toda la noche —digo.

Su barbilla se levanta una fracción. Se gira, su hombro rozando el mío como si ni siquiera estuviera allí.

La sigo escaleras abajo, cada paso suyo igualado por el mío. La sala de estar es cavernosa sin mi familia en ella. Un amplio sofá se encuentra cerca de la chimenea. Ella se recuesta en él, alcanzando un libro de la estantería. Cada movimiento es elegante, preciso. Me ignora como si fuera un deporte olímpico.

Dejo que tenga la tranquilidad por un tiempo. Dejo que los minutos se arrastren sobre nosotros. Mi respiración es constante, incluso cuando mis entrañas se tensan. Ella pasa una página.

Me recuesto en un sillón, me pongo cómodo. Sus ojos parpadean hacia mí y luego vuelven al libro. Reprimo una risa. Esto es casi demasiado fácil.

El fuego chasquea y escupe. La habitación está bañada en luz parpadeante, sombras bailando sobre nosotros. Su espalda está rígida, pero veo que empieza a aflojarse.

Me estiro, me inclino hacia adelante. —¿Cuánto tiempo crees que aguantarás?

Sus ojos no abandonan la página. —Puedes dormir si quieres, Leonardo —se quita el anillo de bodas del dedo, lo coloca sobre la mesa—. Pero no en la misma habitación que yo.

Mi nombre en su boca: es un desafío y una maldición. Me levanto, camino hacia ella. Cierro el libro de golpe. Su expresión no cambia, pero capto el más mínimo tic en su mandíbula.

No se inmuta. Simplemente alcanza otro.

La alfombra frente al fuego es gruesa, tejida con rojos y dorados. Me acomodo en ella, me estiro. Es más suave que el sofá. Muchísimo más suave que ella.

El tiempo pasa. Horas tal vez. Ella actúa imperturbable. Fría como el vidrio. La observo desde el suelo, con los ojos entrecerrados, cada músculo alerta. Me pregunto si puede oír mi corazón. Si sabe que este extraño juego me excita.

El fuego se encoge, pero lo alimento con troncos, los veo astillarse en calor y cenizas. Su cuerpo se inclina hacia el sofá ahora, relajándose. Se mueve, sus piernas se recogen debajo de ella. Otra hora se escapa. Mira la hora en su teléfono, se muerde el labio. Ella también puede sentirlo. La forma en que nos estamos rodeando, dos animales, ninguno dispuesto a atacar primero. Se niega a dormir en nuestra habitación. Yo me niego a dejarla dormir sin mí.

Reprimo un bostezo, dejo que me vea hacerlo.

Cierra los ojos, un segundo demasiado largo para llamarlo un parpadeo. Sonrío con suficiencia, estiro los brazos detrás de mi cabeza. —¿Cómoda? —pregunto.

Las comisuras de sus labios se curvan en la sombra de una sonrisa. —Perfectamente.

Deja el libro. Su cuerpo se hunde contra los cojines, un pequeño suspiro escapando de sus labios.

Debería enojarme, la forma en que se resiste. Pero no lo hace. Me hace desearla más.

Mi voz es un bajo rumor. —Vamos, princesa —me crujo los nudillos, siento la tensión extenderse y aflojarse—. Puedo seguir así toda la noche.

El fuego vacila, se atenúa. Nos estamos desvaneciendo con él. Un cansancio espeso como el agua nos hunde. Mis ojos se cierran. Su cabeza se inclina. Me sobresalto despierto. Ella se mueve en el sofá.

Parpadeo, aclarando la niebla. Su respiración es constante, casi pacífica. La he desgastado, pero la quiero despierta cuando se rinda. Quiero que lo sienta.

El suelo está frío contra mis pies descalzos. Me acerco, la miro desde arriba. Está acurrucada sobre sí misma, el cabello escapándose de sus horquillas. Podría levantarla, llevarla a la cama. Encerrarnos, hacerla ver. Pero dije que la haría rogar por eso.

En su lugar, deslizo mis manos debajo de ella. Eleanor se mueve, apenas despierta. Su voz es el más pequeño murmullo. —Leonardo... no...

Es ligera como una pluma. La bajo a la alfombra. Su cuerpo se acurruca contra el calor como un gato. Le sonrío.

Una manta. Una almohada. Consigue ambas. No soy tan bastardo. Luego me estiro a su lado, y el calor de su piel me atrae. Mi mano encuentra la estrechez de su cintura, la acerca a mí.

Está demasiado dormida para protestar.

Mi boca encuentra su oído. Las palabras salen fácilmente. —Donde tú duermas, yo duermo.

Ella respira profundo, uniformemente. Su cabeza se acurruca en la almohada. Aún no lo sabe, pero es mía.



Por la mañana, el tiempo había despojado a la casa de la mayor parte de su calor. Aquí se enfría rápido. Eleanor duerme, acurrucada contra mi pecho sobre la mullida alfombra junto al fuego agonizante. Sus respiraciones son profundas y lentas, y sus brazos están doblados contra mi pecho, con su cabeza anidada en mi cuello. Está tranquila así, sin máscara, sin pose, solo ella.

Se mueve, y espero que despierte, que reanudemos nuestro enfrentamiento. Pero no lo hace, y sonrío, apartando un mechón de pelo de su rostro. Es una mujer impresionante.

En el silencio, un confuso clamor de voces se vuelve agudo y más fuerte. Las reconocería en cualquier parte, incluso medio dormido. Mi familia ha regresado. La irritación me recorre la columna. Quería quedarme así, abrazado a mi esposa, pero en su lugar tengo que despertarla. No la dejaré en la alfombra para que cualquiera la mire boquiabierto.

Me pongo de pie, la tomo en mis brazos y me dirijo a las escaleras. Ella despierta y, por un momento, su mirada es suave, hasta que recuerda dónde está y quién soy yo. Lucha por liberarse, y la bajo, complacido de ver por fin una arruga en su ropa.

—Buenos días, princesa —digo.

Sus hombros se tensan, pero no me da la satisfacción de verla sobresaltada.

—Es hora de subir —levanto la barbilla hacia los jardines, donde el ruido de mi familia llegando crece más fuerte cada momento—. La luna de miel ha terminado.

Ella se echa el pelo hacia atrás, clavándome esos ojos fríos.

—Menos mal.

Sube las escaleras. Oigo la ducha en el baño de nuestra habitación. Eleanor cree que puede lavarse la noche de encima, pero no puede. No cuando estoy justo fuera de la puerta, escuchando, imaginándola en el agua. Me tomo mi tiempo antes de vestirme, y cuando ella emerge del baño humeante, sonrío. Su toalla está envuelta alrededor de su cuerpo, y su brazo aún está rojo donde estaba apoyada. Su expresión casi parece humana.

Me tiro en la cama, estirando las piernas frente a mí, aún con los zapatos puestos.

—Cuidado. Me estás dando la idea de que no dormiste como un bebé.

Eleanor levanta la mirada. Rostro inexpresivo, voz quebradiza.

—Y tú me estás dando la idea de que crees que me importa lo que piensas.

Me río. Su voz puede ser de piedra, pero ahora oigo las grietas.

—Esperarán que desayunemos con ellos. Pon una buena actuación.

Ella da una sonrisa fina, del tipo que puedo decir que está destinada a cortar.

—Obsérvame.

Planeo hacerlo.

La sigo hasta la cocina. Mi familia es un enredo de ruidosos y directos, trajes negros y voces atronadoras. Están bebiendo café, y Carmela está poniendo huevos en la estufa. Le dimos la noche libre al personal, y aún no han regresado, así que nos las arreglamos solos esta mañana. Me tomo un momento para mirarlos a todos, luego aclaro mi garganta, llamando su atención.

—¡Los recién casados! —dice mi hermana, levantando la vista de su taza.

—Pensé que aún estarían... —la voz de Matteo es astuta, burlona, pero Raffaele lo empuja antes de que pueda terminar—. Peleando.

Eleanor se ha puesto un vestido que no estaría fuera de lugar en una sala de juntas. Sus ojos centellean hacia mí. Me encojo de hombros, sin inmutarme.

Domenico se levanta, me hace un gesto con la cabeza y se acerca a saludarnos.

—Tu momento es perfecto, hermanito. El desayuno está casi listo.

—Y el vuestro es una mierda —tiro de una silla para Eleanor, la arrastro contra el suelo para que no pueda fingir no darse cuenta.

Eleanor se sienta. Está impecable, incluso rodeada. Responde a las preguntas de todos, mantiene la barbilla alta y finge no importarle que esté sentado a su lado.

Mi hermana le sirve una taza de café y se inclina cerca.

—Debes estar agotada, cariño. Leonardo puede ser tan... exigente.

Eleanor me pilla mirando, pero no se inmuta.

—Estoy haciendo todo lo posible por mantener el ritmo.

Mis hermanos no se dan por vencidos.

—Le doy un mes —dice Matteo, haciendo girar una moneda entre sus dedos—. Ella lo tendrá en la palma de su mano.

—Una semana —dice Raffaele, seco como el Sahara.

Me irrita la forma en que actúan como si Eleanor fuera de quien debería tener miedo. Como si no pudiera manejar a una mujer. Me trono los nudillos. Sus voces son fuertes, pero veo a Eleanor alejarse. Es demasiado perfecta, demasiado serena. De repente, me doy cuenta de que necesita que la rescaten de todo el ruido, todo el caos de mi familia.

Me pongo de pie, dejando mi comida intacta, y retiro la silla de Eleanor.

La voz de Mama se eleva por encima del resto, dulce y seria.

—¿Adónde la llevas?

Tomo la mano de Eleanor, la levanto.

—Fuera.

—¿No temes que la convenzamos de dejarte? —interviene Carmela.

—Os estoy haciendo un favor, sacándola de aquí —digo, mirando a mi hermana—. No quisiera que descubriera que todos estáis llenos de mierda —Carmela suelta una carcajada.

Eleanor es una estatua de gracia, pero hay un brillo en su mirada. Cree que estoy ejerciendo control, no se da cuenta de que la estoy salvando.

La empujo hacia la puerta.

—Vamos, esposa.

En el coche, ella no habla. Es un juego para ver quién romperá el silencio primero. Sus ojos están sobre mí. Finjo no darme cuenta.

—¿Adónde me llevas?

El puente se alza sobre nosotros, cables entrelazados contra el cielo.

—Pensé que querrías algo de comida decente. Un lugar como este —digo, deteniendo el coche—. Tu padre solo podría soñar con conseguir una reserva. Tiene todo el dinero del mundo, pero ninguna de las conexiones.

Ella mira el letrero. Hay un pequeño temblor en su voz. —¿Il Paradiso?

Mi sonrisa está llena de dientes.

La observo en nuestra mesa. Mantiene sus ojos fijos en mí, sin mirar nunca la vista o el menú. La pongo incómoda, y es la mejor maldita sensación. Nuestro silencio es denso, pero no es el mismo que antes. Casi creo que hablará primero. No lo hace, pero sus dedos juguetean con ese anillo en su mano. No la alianza de boda, el otro. Pido dos copas de champán y jugo de naranja.

—¿Quieres algo más? —pregunto.

Sus ojos me atraviesan, y sé que quiere muchas cosas. Ninguna de ellas está en el menú.

Ordeno por los dos, observo cómo mordisquea su tostada con caviar, lleva pequeños bocados de huevo a esa linda boca. Bebo más café negro, como como un perro.

Una voz viene de la mesa de al lado, cortando el silencio. —Bonito pedazo de culo —dice, fuerte y descarado.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, desafiándome a hacer algo al respecto. No recuerdo haberme levantado, pero ya estoy de

pie, el corazón latiendo con fuerza, la sangre rugiendo en mis oídos. Eleanor me mira, con los ojos muy abiertos, justo cuando empiezo a moverme. El imbécil que lo dijo no es mucho mayor que yo, tampoco mucho más grande. Tiene las mangas arremangadas, la corbata suelta. El muy arrogante no sabe lo que le espera. Estoy a mitad de camino cuando sus amigos empiezan a reír, y entonces estoy en su mesa, listo para callarlo de una vez por todas. Él se gira, la sorpresa cruzando su rostro, pero es demasiado tarde. Golpeo antes de que pueda siquiera parpadear. Mi puño conecta con su mandíbula, un crujido satisfactorio que llena todo el restaurante.

Un plato se estrella contra el suelo. Su vaso se hace añicos. La gente está mirando ahora, horrorizada, congelada, como si nunca hubieran visto una pelea antes. Como si esto no fuera Nueva York.

El tipo al que golpeé tropieza hacia atrás, con shock en su rostro, la mano en la boca, sangre entre los dientes. El resto de sus amigos también se han levantado, pero no quieren meterse conmigo. Están agarrando sus abrigos, sus carteras, a su amigo maltrecho.

Mi voz resuena, haciendo eco en el repentino silencio. —Nadie mira el culo de mi esposa más que yo. —Hay orgullo en las palabras, posesión. Y es la pura verdad.

El gerente se apresura a acercarse. Está pálido, preocupado por sus clientes elegantes, por los disturbios que estoy causando. Lo miro fijamente y señalo la puerta. Ya he causado suficiente escándalo. —Está bien, nos vamos. —Él asiente, el alivio inundando su rostro. Sabe quién soy, y no discute.

Los ojos de Eleanor están muy abiertos. Parece sorprendida, pero también complacida. Como si acabara de descubrir algo sobre mí. Estoy a un segundo de acorralarla contra la pared y besarla hasta que no pueda respirar. En su lugar, me mantengo frío. Sereno. Espero.

Ella se me está metiendo bajo la piel como lo hace la tinta, calando hondo.

Dejamos el desastre atrás. Ya en la calle, mantengo mi agarre firme en su muñeca. Puedo sentir su pulso. O tal vez es el mío. En el camino a casa, conduzco sin pensar.

Tengo que saber. —¿Estás disfrutando esto? —Sueno enojado. Estoy enojado. Le estoy dejando ver demasiado de mí.

—¿Tu rabiosa jealousía? —pregunta, y escucho el borde de una sonrisa—. ¿Debería hacerlo?

—Nunca conocí a nadie tan jodidamente... —No puedo terminar. No quiero que sepa el final de esa frase. Tan jodidamente cautivadora.

11

Eleanor

El aire de la mañana es fresco en mi piel cuando regresamos del desayuno en Il Paradiso. Leonardo fingió que me arrastraba allí, pero vi a través de él. Me estaba ayudando a escapar de la locura de su familia. Podría estar agradecida si no fuera por la forma en que sonrió con aire de victoria.

La mansión Rosetti se alza frente a mí, llena de ángulos y ventanas largas. Es un rascacielos, una prisión, la guarida de un dragón. Todo menos un hogar.

Respiro hondo y atravieso las puertas principales, y es como entrar en otro mundo. No el silencio de mi infancia o los rincones oscuros de anoche, sino el caos y las voces que tiran de mí. Rosettis en cada habitación. Hermanos. Hermana. Incluso los padres y la diminuta abuela, aunque no viven aquí, por lo que puedo entender. Todos gritando, bromeando, hablando unos por encima de otros.

—Es como si el lugar hubiera vomitado Rosettis —murmuro.

—Nosotros estábamos aquí primero, Eleanor. —Una figura alta —Raffaele, empiezo a distinguirlos— se acerca a mí.

—Y no nos vamos a ir. —Una voz cortante desde la esquina, el hermano mayor, Domenico, quien arregló mi matrimonio. Cruza los brazos, luciendo como el futuro jefe en toda regla.

—No la asusten. Los dos son unos idiotas. —Carmela revolotea, llena de rizos y ojos grandes. Rebota sobre sus pies, y no estoy

segura de qué pensar de ella.

—Estoy bien —digo, forzando una sonrisa—. Solo estoy ubicándome.

Camino por las habitaciones, observando, escuchando. Carmela grita por encima de todos, tratando de explicar algún nuevo plan de negocios. Raffaele no parece importarle, mientras Domenico le dice que se centre en la familia en lugar de andar correteando como una mocosa desagradecida. Su respuesta es una avalancha de palabras tan rápida que Matteo bromea diciendo que está más preparada para la facultad de derecho que para asuntos familiares. Emilio se apoya contra una pared, un fantasma de cabello negro, y me sonríe. Es más que un poco abrumador, todos ellos juntos así.

Una casa de caos y voces. Una mansión que no está vacía. Me siento como una espía, una intrusa. Nunca he visto algo así. Pelean. Gritan. Se abrazan y se insultan, y nadie recibe una bofetada en la cara. Hay algo ruidoso y brillante que no entiendo hasta que finalmente me doy cuenta: esta casa está viva.

La de mi padre era una tumba. Las habitaciones tan vacías como los corazones en su interior. Cada conversación en voz baja y fría mientras nos movíamos de una superficie a otra, sin tocarnos nunca, sin conectar jamás. Esto es como un país extranjero.

Me deslizo hacia la biblioteca, acomodándome en el sofá de cuero, dejando que las palabras me lleguen desde las otras habitaciones. Raffaele discutiendo con Leonardo, Salvatore intentando enfrentarse a su diminuta madre, Nanna Toni.

Una taza caliente aparece frente a mí. Carmela está de pie con otra sonrisa, llena de entusiasmo y cafeína. —¿Café? ¿O eres más de té? Tenemos un armario lleno.

Lo acepto. —El café está perfecto, gracias.

Sorbo mi café y espero. Espero a que me interrogue. Espero a que exija algo. Cualquier cosa.

—No estaba segura de que volverías del desayuno —dice finalmente Carmela—. Dicen que aceptaste el matrimonio, pero parecías algo desconcertada esta mañana. Pensé que huirías.

—¿Y marcharme antes de haber conocido apropiadamente a todos? —respondo.

Se apoya contra el marco de la puerta. —Eso es lo que yo haría.

—No eres muy educada.

—Sí. —Una sonrisa aguda, una pequeña risa—. Por eso soy la favorita.

Considero mis opciones. Eran tan simples ayer. Luchar. Huir. ¿Ahora? Quién sabe. Además, están esas malditas reglas. *No mentir, no huir, no tocar a otros hombres.* Pero no tengo intención de ser el juguete de ningún hombre, así que la única pregunta es: ¿qué regla debería romper primero?

No mentir.

Las comisuras de mi boca se elevan de nuevo, solo un poco. —¿Sabías que solía aprender tap? —le digo a Carmela—. Se me daba bastante bien. Incluso participé en competiciones estatales y todo. —No era tap, era ballet, porque mi padre pensaba que mejoraría mi postura.

Los ojos de Carmela se iluminan. —¿Tap? ¿Podrías enseñarme?

—Claro. Cuando quieras —la más pequeña mentira me llena de alegría, mi primera pequeña rebelión contra Leonardo, y mi sonrisa es genuina.

Entrelazo más mentiras en cada conversación, pequeñas mentiras piadosas que me provocan escalofríos de felicidad. Ya estoy rompiendo las reglas de Leonardo, y él ni siquiera lo sabe.

No es difícil encontrar un oído dispuesto para una de mis historias. La casa está más abarrotada que un circo de tres pistas. Rosettis por todas partes. En los sofás, en las sillas. Tirados en el suelo. Gritando, susurrando, peleando por todo. No hay aire en las habitaciones, no hay espacio, solo gente, voces. Vida.

Es agotador.

El único momento de tranquilidad llega cuando Nanna Toni maldice a todos para que salgan de la cocina y dejen cocinar al personal. No cenamos hasta después de las diez, y estoy famélica. Pelean y beben vino y viven. Me quedo en el centro de todo, sola entre la multitud, observando. Tratando de mantenerme apartada.

A medianoche, incluso los Rosetti empiezan a decaer. Pensé que nunca se cansarían, que me perdería en el ruido para siempre, pero veo que los ojos comienzan a cerrarse alrededor de la larga mesa

del comedor. Leonardo está sentado a mi lado, con un desafío silencioso en sus ojos. No puede esperar que sea yo la primera en rendirme, la primera en irse. Aguanto todo lo que puedo, con los párpados pesados, los músculos doloridos, hasta que su silla se arrastra hacia atrás y de repente se alza sobre mí.

Se inclina, su aliento en mi piel. —¿Lista para ir a la cama, princesa? —Su calor, su cercanía, me envuelve, y me cuesta cada gramo de determinación forzar una respuesta.

—No en tu habitación —digo. Apenas puedo dormir en la alfombra junto al fuego como anoche cuando la casa está llena de Rosettis. El atractivo de acurrucarme en los brazos de mi marido es demasiado fuerte, casi suficiente para quebrarme, pero no puedo ceder. No puedo dejar que Leonardo gane tan fácilmente, sin importar lo cansada que esté o cuánto disfruté de su tacto anoche.

Me levanto, dejándolo con una mirada desafiante, y me dirijo hacia las habitaciones de invitados hasta que encuentro una que está vacía, salvo por una cama individual. Me deslizo dentro, dejando que la puerta se cierre tras de mí, dejando que la oscuridad me envuelva. Es más suave de lo que imaginaba. Más como una almohada que una celda. Me hundo en el colchón, envolviendo las sábanas a mi alrededor como un escudo. Estoy a salvo de él, al menos por esta noche.

Pero debería haberlo sabido mejor.

Cuando despierto, no estoy sola.

Su cuerpo presiona cerca contra mi espalda. Se desliza en la cama individual, en mis defensas. Debería importarme, pero no es así. Su calor se filtra a través de la manta, cada parte de él envolviendo cada parte de mí.

De repente, solo hay una regla que no quiero romper. *No tocar a otros hombres.*

Cuando sus brazos se cierran alrededor de mi cintura, cuando respira contra mi cuello y aprieta su agarre, estoy demasiado cansada, demasiado tentada para resistirme. Alcanzo sus manos y me digo a mí misma que es solo para evitar que me toque, pero es una mentira, y lo sé mientras entrelazo mis dedos con los suyos.

Su cercanía es seguridad. Y caos. No sé cuál anhelo más, y mientras me deslizo hacia el sueño, pienso en este extraño asesino, en sus reglas, en su terrible e imposible familia. Y entonces sonrío en la oscuridad.

Aquí, en sus brazos, esto se siente más como un hogar de lo que el de mi padre jamás fue.

12

Leonardo

Tan cerca, el hedor es irreal. Cigarrillos, sudor, miedo. Lo respiro mientras el tipo jadea, sangrando y semiconsciente. Rafe saca otro cigarrillo del paquete, se apoya contra la pared como si tuviera toda la noche. Yo no. Pateo la silla. —¿Cuándo llega?

El tipo se estremece como si le hubiera disparado.

—Por favor —balbucea—. Por favor.

No es la respuesta que quiero. La siguiente patada es más fuerte. La silla se desliza, inclinándose hacia atrás hasta que él mira al techo, luego se estrella contra el suelo con un estruendo que hace temblar las paredes. Grita algo en albanés.

—Jodidamente inútil —digo, interrumpiéndolo—. O empiezas a hablar, o...

—¡Hablo! —Lucha por respirar, con los ojos en blanco—. Te lo digo todo. Solo no...

Ya me estoy aburriendo. Miro a Rafe. Se encoge de hombros como si fuera mi espectáculo, haz lo que quieras. Sus guantes de cuero brillan en la tenue luz mientras saca su encendedor. Tranquilo y paciente. Nunca tiene que apresurarse. Yo no estoy esperando. Agarro el frente de la camisa del tipo y lo levanto. Estoy perdiendo la paciencia, y él lo sabe. Este tipo es un informante de los albaneses, no está en su pandilla, pero está cerca. Es lo suficientemente insignificante como para que no lo echen de menos, no lo rastrearán

hasta nosotros. Pero sabe cuándo llega su cargamento, y si los albaneses nos ganan, podríamos perder nuestra oportunidad de entrar en el negocio de las piedras preciosas por completo.

El lugar es un basurero. Papel tapiz grasiento, un colchón desnudo en el suelo, sin muebles excepto la silla que estoy pateando. Huele a sudor y moho, algo pudriéndose debajo. Puedo sentir la suciedad arrastrándose a mi alrededor, pero no me importa. Todo lo que quiero es lo único que aún no ha dicho, y es solo cuestión de tiempo antes de que lo suelte. El tipo sabe lo que viene. Debería ser más inteligente. Pero solo me mira con esta expresión aterrorizada, la sangre corriendo de su nariz.

Lo suelto. Se desploma hacia adelante, jadeando, escupiendo rojo en el suelo. Odio este lugar. Odio todo este edificio. Diablos, odio toda esta calle, y la destrozaré si es necesario. —Los rubíes —digo, acercándome—. ¿Cuándo?

—No... —empieza, pero le doy una bofetada. Su cabeza gira bruscamente. Una línea de saliva y sangre cuelga de su labio. Parece que está a punto de llorar, y es patético.

Doy un paso atrás. Me trono los nudillos, fuerte como disparos en la pequeña habitación. Rafe observa, no dice nada. Si fuera él, esperaría al tipo. Le daría otra hora. Le daría toda la noche, si fuera necesario. Yo no. Mis puños están ansiosos. El tipo es inútil, pero voy a sacar algo de esto.

Es mi hermano mayor. Todos lo son. Rafe es el segundo mayor, treinta y un años y ya tan sólido como una roca. Hay una forma de hacer las cosas, me dijo una vez, que no siempre implica romperlas primero. Nunca le agarré el truco.

—Podemos dar vueltas y vueltas —le digo al tipo en la silla—. Yo seguiré ganando.

—No más —suplica, temblando tan fuerte que su voz tiembla—. ¡Por favor, no más!

—Solo dilo —siseo. Abre la boca. Veo mi oportunidad, y la tomo. Mi puño en su estómago. Está jadeando, llorando, escupiendo todo menos lo que quiero. La sangre, los mocos, ahora están por todas partes. Empapando su ropa. Me mira como si pensara que tiene una oportunidad, pero está equivocado. Nunca la tuvo.

Esta vez le rompo la nariz. Siento el cartílago crujir bajo mis nudillos, y es tan satisfactorio que casi me río. Rafe enciende su encendedor, tranquilo como siempre. Ni siquiera parpadea. Pero el tipo frente a mí está perdiendo la cabeza, y eso es exactamente lo que quiero. Lo agarro de nuevo, retorciendo el frente de su camisa hasta que se atraganta. —El cargamento. Los rubíes. ¿Cuándo llega?

Me vuelvo más fuerte con cada palabra. Estoy seguro de que todos en el edificio pueden oírme. Tal vez todo el bloque. Y está bien. Que lo hagan. Dejaré bien claro que los Rosetti mandan aquí, y no hay nada que nadie pueda hacer al respecto.

Rafe se toma su tiempo para encender su cigarrillo. Mira su reloj. Se apoya contra la pared, como si supiera que el tipo está a punto de quebrarse. Y lo está. Puedo verlo en sus ojos, la forma en que el terror finalmente se apodera.

—¡El seis de mayo! —grita ahogadamente, con lágrimas corriendo por el desastre en su cara—. ¡El seis de mayo, en Cape May! ¡Eso es todo lo que sé. Por favor!

Y así, sin más, se acabó.

La pequeña habitación se queda tan silenciosa que es como si alguien hubiera cortado el sonido. Rafe exhala una larga estela de humo, y casi puedo oír eso también. El tipo se da cuenta de lo que ha hecho, y entra en pánico. Va a suplicar.

—Pérdida de tiempo —digo. El tipo está respirando rápido y superficialmente, ya hiperventilando.

—Te lo dije —jadea—. ¡Te lo dije!

—Sí —estoy de acuerdo. Sonrío—. Lo hiciste.

Dejo que lo vea venir. Sus ojos se abren, desesperados. Ya no está diciendo nada. Mi mano está en su hombro y se sacude como si pudiera liberarse, pero es inútil. El cuchillo sale de mi chaqueta y entra en su pecho antes de que tome otro aliento. Le queda apenas suficiente vida para mirar la sangre, confundido, y luego se desploma hacia adelante.

Rafe termina su cigarrillo y lanza la colilla a la esquina. Me mira con esos ojos azules y fríos. Ponen nerviosa a la mayoría de la gente. A mí no. —Bien —dice.

Arranco el cuchillo y lo limpio en la camisa del muerto. El mango está caliente por la muerte. Se siente bien. La adrenalina ya se está acumulando en mi pecho. —Sí —digo, volviéndome para irme. Miro a mi hermano—. ¿Vienes? —Sonrío, y no me importa si ve lo salvaje que es.



La mansión Rosetti es una maldita fortaleza, pero eso no impide que mi pulso se acelere mientras cruzo la puerta.

—¡Eleanor! —grito, con la adrenalina aún corriendo por mis venas después de mi encuentro con el informante albanés.

No hay respuesta. ¿Dónde diablos está? Grito su nombre y mi voz retumba por los pasillos, chocando contra el frío mármol. No contesta. Subo las escaleras de dos en dos, gritando más fuerte, con más fuerza. Mis botas resuenan mientras recorro habitación por habitación, empezando por nuestro dormitorio y luego las otras en las que intentó dormir. Mis hermanos me miran fijamente mientras empiezo a tirar cosas, mientras grito su nombre de nuevo, exigiendo que alguien la encuentre.

Le di a esa mujer tres reglas. No mentir, no huir, no tocar a otro hombre. No puede haberse ido. Si se ha ido, ha roto una regla, y habrá que pagar las consecuencias.

Ha estado intentando esto cada vez más. Provocándome. Probando hasta dónde la dejaré correr antes de tirar de la cadena. Está jugando un juego peligroso. Puedo sentir las miradas sobre mí. La familia, esperando ver si puedo mantenerla bajo control. Mi control. El sonido de todo esto es como sangre en mis oídos.

Abro de golpe la puerta de la biblioteca, y la visión de Emilio despatarrado en una silla, con los dedos tecleando en su portátil, hace que mi visión se vuelva roja.

Levanta la mirada, y esos ojos grises me atraviesan. —¿Algún problema?

Casi arranco la puerta de sus goznes. —¿Dónde está, Emilio? Si la estás encubriendo...

—Relájate —dice, suave e irritante—. No estoy encubriendo a nadie.

Mi puño aterriza en la pared junto a su cabeza, dejando una marca. —Levanta el culo y ayúdame a encontrarla.

Levanta una ceja pero no se inmuta. —Lo que tú digas, Leo.

Ya estoy en movimiento. Comedor. Sala de estar. El vacío se burla de mí. Ella conoce las reglas. El trato. El castigo si las rompe.

Choco con Matteo en el pasillo. Está haciendo girar una moneda de plata entre sus dedos, con esa sonrisa perezosa en su rostro. —¿Ya te ha dejado, hermanito?

—Cállate —espeto. Quiero borrarle esa sonrisa de la cara de un puñetazo.

Matteo se ríe, un sonido que me irrita, y se apoya contra la pared. —Tal vez decidió que los pelirrojos no son su tipo.

—¿Dónde está Dom? —digo, ignorando la pulla—. ¿Dónde está Sal?

Su sonrisa se ensancha. —¿Vale la pena molestar al viejo por esto? De todos modos, no está aquí.

Ya no estoy escuchando. Puede irse a la mierda con esa moneda. Ella está probando mis límites, y no sé cuánto tiempo puedo dejarla.

Domenico me encuentra en el vestíbulo de entrada. Siempre pulcro. Siempre controlado. Quiero partirlo por la mitad cuando se para frente a mí, con los brazos cruzados. —Leo. Cálmate.

—¡No me digas que me calme! —Estoy en su cara, la rabia y el pánico entrelazándose—. Encuentra. A. Mi. Esposa.

—Estás armando un escándalo —dice Dom, su voz cortando la mía como una navaja—. Y no aprecio los escándalos.

No me importa. No me importa nada de esto. Lo empujo y me dirijo a la puerta principal, maldiciendo entre dientes. No puedo pensar. No con la sangre hirviendo en mis venas.

Las puertas de cristal se cierran de golpe detrás de mí mientras salgo furioso. Si se ha ido, si ha huido, si cree que la dejaré... se

llevará una sorpresa.

Y entonces la veo.

Mis piernas se debilitan.

Está en el césped, junto al jardín. No está huyendo. Solo está ahí parada como si nada estuviera mal. Como si yo no estuviera perdiendo la cabeza.

—Cara —susurro, y ya estoy moviéndome hacia ella. Sus ojos se abren cuando me ve, pero no se estremece cuando agarro sus hombros.

Soy brusco, y no me importa. Tengo que asegurarme.

Paso mis manos por sus brazos, sus costados, hasta sus caderas. Comprobando. Sintiendo. Nada más que sus curvas, su calor. Asegurándome de que no esté herida. Su respiración se entrecorta cuando tomo su rostro, y quiero besarla tan desesperadamente que duele. No lo hago.

Nos quedamos ahí, sus ojos fijos en los míos, hasta que finalmente la suelto. Me doy la vuelta y la dejo ahí, y sé que me seguirá.

Me alcanza dentro. —Leonardo —dice, suave e insegura.

Sigo caminando. Por el pasillo, pasando junto a mis hermanos, sus ojos como dagas. Ella está detrás de mí, acelerando sus pasos para mantenerse cerca. No dice nada más hasta que llegamos a nuestra habitación. Guardo silencio mientras cierro la puerta, mientras me vuelvo para mirarla. Veo la curiosidad ardiendo en esos ojos, pero sobre todo veo el miedo. Me llena de algo oscuro y ardiente.

—No sabía que estabas en casa —dice finalmente, con voz queda.

Me río, breve y áspero. —Deberías haber estado dentro. ¿Crees que algo de esto es una puta broma?

—Solo estaba en el jardín —dice. Tiene la barbilla alzada, desafiante, y maldita sea si eso no me hace desearla aún más—. Tengo derecho a estar en el maldito jardín, Leonardo.

—Por supuesto —digo, aunque no me estaba preguntando, me lo estaba diciendo. Me siento en la cama y me reclino, cruzando los brazos. Esperando.

Ella se queda junto a la puerta, observándome, como si también estuviera esperando algo. No me muevo. No parpadeo.

Después de un minuto que se alarga eternamente, su mirada se suaviza y un suspiro escapa de sus labios. —¿Estaba preocupado el gran mafioso malo por su princesita? —se burla.

Sonrío con suficiencia, liberándome de parte de la tensión. —Estaba preocupado de que hubieras roto una de las reglas.

Ella alza la mirada, ahora molesta. —Vete a la mierda, Leonardo. —Lo tomo como una victoria que la haya irritado lo suficiente como para que se le escape una palabrota a través de su exterior perfecto y compuesto.

—La familia me llama Leo —comento.

Ella se cruza de brazos. —No somos familia.

No debería sorprenderme, y no lo estoy, pero las palabras aún duelen. —¿Qué somos, entonces?

Cambia el peso de su cuerpo, frunce los labios mientras piensa en una palabra para describir nuestra relación. —Socios de negocios —dice finalmente.

Suelto una carcajada y me levanto, cruzando hacia la puerta del dormitorio donde ella sigue de pie. Saco una caja larga y estrecha de la parte trasera de mis vaqueros y se la entrego. —Un placer hacer negocios contigo, Price.

La sorpresa en su rostro es deliciosa cuando le entrego el regalo, pero no me quedo para verla abrirlo. Salgo por la puerta, dejando mis palabras flotando en el aire.

13

Eleanor

Me siento al borde de un sofá enorme en una habitación vasta y vacía, leyendo y releyendo el mismo párrafo. Las palabras se deslizan de mi mente sin siquiera tocarla. Mis pensamientos vuelan hacia Leonardo, mi marido en nombre y título, y me pregunto por qué sigue dejándome sola en nuestra cama. Cada noche, se desliza a mi lado y yo me acurruco contra él como un misil guiado por calor, medio dormida. Pero por la mañana, él ya no está. Quiero preguntarle, pero eso significaría perder. En su lugar, finjo no importarme, finjo leer.

No es como lo imaginaba, este joven rey de temperamento ardiente de la familia Rosetti. Más ladrido que mordida, más bondad que crueldad. Lo exige todo pero nunca insiste, estableciendo reglas con una sonrisa que invita al desafío. Cuando lo pongo a prueba, con pequeñas mentiras para ver si está prestando atención, me castiga de formas sutiles, no dejándome acurrucarme con él tanto como quiero, regalándome extravagantes collares de diamantes y no esperando para que pueda agradecerle. Eso no es un castigo en absoluto. Y aun así, duele, su negativa a seguir el guion. Quiero que sea como mi padre. Quiero que sea cruel. Quiero saber cómo odiarlo.

Paso una página, consciente de que no he leído la anterior, y un gato salta a mi regazo. Es pequeño, naranja, como el juguete peludo

que Carmela tiene en un llavero. Esta es su mascota, la he visto jugando con ella, pero no quiero tener nada que ver con ella.

—Vete —le digo, quitándome el pelo de la blusa. El gato empuja su cabeza contra mi palma, una naricita húmeda, ronroneando como una máquina. Lo empujo al suelo. Salta de vuelta, intrépido y tonto —. Vete. —Lo empujo más fuerte esta vez, luego cruzo las piernas para que no tenga regazo donde sentarse. Es implacable, pero yo lo soy aún más, y finalmente se rinde y se aleja.

Presiono las dos finas bandas de oro alrededor de mis dedos, una en cada mano, una de mi madre, la otra de mi marido, girándolas hasta que dejan una marca roja.

Él tiene tres reglas, todas sobre permanecer cerca de él. Me alegro de que no tenga una regla que me impida dormir en su cama. Sabe que es donde me siento más segura, cálida y perdida bajo sábanas que huelen a él. Cuando me deja cada mañana, me digo a mí misma que no duele, y a veces casi me lo creo.

El gato ha vuelto. Se estira contra mi pierna, pequeñas garras presionando a través de mi falda. Lo empujo de nuevo, suave pero firme, y siseo para que me tema. El sonido raspa mis recuerdos. Recuerdo un gato como este, pequeño pero tan importante. Era todo en el mundo para Juliet y para mí, nuestra razón para levantarnos y nuestra razón para sonreír, hasta que padre se lo regaló a un jeque visitante que lo admiró.

—Hermoso gato —había dicho.

—Es tuyo —dijo padre, extendiendo sus manos en generosidad, regalando un pedazo de mi corazón.

La lección fue clara, y la aprendí bien. No dejes que nadie se acerque demasiado. No ames. Así, nada puede romperte el corazón.

Tomo mi teléfono, llamando a Juliet. No contesta. Ella y yo hablamos todos los días, pero no ha respondido a mis llamadas o mensajes en días. Algo debe estar mal.

Miro fijamente la pantalla, deseando que aparezca su nombre. No hay nada. Las paredes me oprimen.

Se ha quedado sola con padre, y soy tan impotente para salvarla ahora como lo era cuando me fui. Se suponía que este matrimonio, este trato, la protegería. Pensé que mi cuerpo sería suficiente para

negociar, para mantenerla libre de sus reglas. Pero tal vez he cometido un error. Tal vez la he puesto en más peligro. Nunca debí dejarla sola con él.

Marco de nuevo, observando al gato que me observa.

—Bien —digo, mi voz alta y tensa cuando ella no contesta, un susurro medio ahogado—. Ya voy. —Dejo caer el teléfono sobre el suelo de mármol, lo suficientemente fuerte como para que la funda se agriete.

Dejé a Juliet sola con un monstruo. ¿En qué estaba pensando? Tengo que llegar a ella. Ahora.

Hay voces en el pasillo, más hermanos de los que nadie necesita, y abro la puerta para ver cuáles son. Raffaele está allí, hablando con Emilio.

—Rafe —digo, dirigiéndome al que creo que está escuchando—. Necesito que me lleves a algún lado.

Me mira como si hubiera dicho que los árboles son rosados.

—¿Adónde?

—A casa.

Niega con la cabeza, las manos enguantadas en los bolsillos, y me pregunto cuánta sangre habrán visto.

—Leo dijo que no.

Emilio habla entonces, con una sonrisa burlona en sus palabras.

—Supongo que eso es un no, entonces.

El calor sube a mi rostro, ira y desesperación, y sé que lo ven. Sé que no les importa.

—No pueden mantenerme aquí.

Rafe se encoge de hombros, dándose la vuelta.

—Parece que sí podemos.

El gato está detrás de mí de nuevo, frotándose contra mi pierna, pequeña bestia persistente.

—¿Qué le pasa a esta cosa? No para de frotarse y ronronear. —Lo aparto suavemente con el pie.

—Es un gato —dice Emilio—. Eso es lo que hacen.

El gato de Carmela. Es a Carmela a quien necesito, no a ellos, su corazón más blando es más probable que me ayude. La encuentro en la cocina, tres habitaciones más allá, hablando con el personal.

Un cocinero está en la estufa, removiendo salsa marinara. Carmela picotea una hogaza de pan fresco, desgarrándola trozo a trozo.

—No le digan a papá —dice—. Me dará una charla sobre la carga de carbohidratos. —Intercambia guiños conspiratorios con el personal de cocina. Este es su santuario, harina y azúcar y risas, y me imagino que sus hermanos lo evitan como la peste.

Sus ojos se abren de par en par cuando me ve.

—Maldición. Me atrapaste. —Se limpia la cara, tragándose la evidencia. Su voz es ligera, rebotando como un globo de niño, pero luego me mira. Realmente me mira—. ¿Eleanor?

No puedo fingir que todo está bien, no puedo ocultar el pánico en mi voz.

—Carmela —digo, con más brusquedad de la que pretendo—, Juliet no responde. Necesito que me lleves allí.

Ella se muerde el labio.

—Leo dijo...

—No me importa lo que Leo haya dicho.

Asiente, fingiendo entender, fingiendo ser amable. Al menos tiene la decencia de parecer avergonzada.

—Tienes que quedarte. Pronto te dejará salir, cariño, pero dijo que aún no. No puedo ir en contra de sus deseos. Lo siento.

En ese momento, la odio tanto como a su hermano.

—Es mi hermana. Solo necesito ver cómo está, luego volveré directamente. Puedes acompañarme todo el camino. Creo que podría estar en problemas. Es familia, Carmela, ¿entiendes eso, verdad?

—Nosotros somos tu familia ahora, cariño. —Las palabras hieren profundamente, más crueles de lo que Carmela podría saber. Su voz es suave, como si estuviera dando malas noticias, y sus ojos me miran con lástima, pero no necesito su maldita lástima. Necesito su coche. Necesito ponerme en camino hacia Juliet antes de que sea demasiado tarde, necesito saber que no la he condenado al control de ese hombre.

Carmela no sabe lo que es renunciar a todo lo que amas. No sabe lo que es vivir en un mundo donde todo lo que te importa puede ser arrebatado en un abrir y cerrar de ojos. Yo tenía ocho años cuando

lo descubrí. Lo suficientemente mayor para saber que no era solo el gato. Lo suficientemente mayor para saber que yo era la siguiente. Pensé que me había liberado cuando dejé que mi padre me vendiera, pensé que había ganado cuando le permití intercambiarme como a una mascota no deseada. Creí que una alianza de boda los mantendría a raya a ambos, a mi padre y a mi marido.

Me equivoqué con el primero, quizás también con el segundo. ¿Cuán cerca me mantendrá Leonardo cuando haya terminado conmigo?

Ella es demasiado inocente para entenderlo, esta chica, demasiado acostumbrada a un mundo donde la familia realmente significa algo. La odio por un momento, tanto como he odiado a alguien, odio lo segura que está, lo protegida que se siente.

La decisión llega fácilmente. Mis hombros se relajan y doy un suspiro largo y lento.

—Está bien, supongo que tienes razón. Esperaré hasta que Leonardo llegue a casa y hablaré con él sobre ir a ver a Juliet.

Carmela sonríe como si la hubiera liberado de una carga. Camino despreocupadamente hacia las habitaciones principales, actuando con naturalidad, pero me escabullo por una puerta lateral hacia el jardín. Solo el gato me ve salir, dándome un parpadeo lento como si estuviéramos en esto juntos.

El aire de la tarde es cálido, y mientras me sumerjo en la sección boscosa del jardín, escucho ruidos detrás de mí. Hombres hablando. ¿Me están siguiendo? Parecen moverse rápidamente, pero yo soy más veloz, impulsada por el miedo, la temeridad y la necesidad de llegar hasta Juliet.

Corro. Paso los árboles desnudos y las altas vallas, esquivando las cámaras y los guardias. Llego al muro y trepo, sin mirar atrás. Ni abajo. Me impulso hacia arriba y por encima. Caigo, en una voltereta torpe pero afortunada, al otro lado. Hacia Juliet. Hacia la libertad.

14

Leonardo

Cruzo miradas con Rafe desde el otro lado de la habitación, y la forma en que me mira me dice que Eleanor realmente lo ha hecho. Ha roto mi regla, y lo hizo a propósito. Puedo saberlo, joder. Puede que sea la hija del mayor magnate de joyería de Nueva York, pero ahora es mi esposa. Aprieto los puños.

—¿Se escapó? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Rafe no levanta la vista del documento que está leyendo.

—Desaparecida.

Una sola palabra, y ya estoy girándome, agarrando mi abrigo, dirigiéndome a la puerta.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunta.

Me detengo en el umbral.

—Ella debería.

Me paso las manos por el pelo, agarro mis llaves y cierro la puerta de un portazo. El viento me muerde la cara al salir. Si cree que puede burlarse de mí así, se equivoca. Sé exactamente adónde ha ido. De vuelta con papá. De vuelta a la jaula incrustada de diamantes de la que la saqué. Me está poniendo a prueba, esperando ver hasta dónde puede presionar. Tengo un par de cosas que enseñarle sobre presionar.

Es la peor clase de broma. Llevamos casados menos de un mes, y Eleanor ya ha hecho costumbre provocar mi temperamento, llevando

su maldito desafío como un arma. Sé que todo es una fachada. Su ardor en la cama la delata, acurrucándose en mi cuello y pecho mientras yo yago con una verga de acero sin posibilidad de liberación.

Me lanzo al coche, y el motor cobra vida, llenando mi sangre de adrenalina y rabia. El tráfico avanza lentamente. Nubes grises cuelgan bajas, amenazando con lluvia. El padre de Eleanor vive en la zona alta, un viaje bastante fácil en condiciones normales, pero con ella corriendo por mi mente, la distancia se estira por kilómetros. Probablemente ya tenga el champán descorchado. Diciéndole a su hermana cómo recuperará su vida antes de que termine el día. Pero Eleanor es mi esposa. Mi maldita posesión, comprada y pagada. Cuanto antes lo aprenda, mejor.

Giro en la última esquina. La mansión familiar se alza como una joya, brillante contra la sombría ciudad. Salgo del coche antes de que se detenga por completo, atravesando las puertas principales. El interior es todo cristal y brillo, habitaciones llenas de basura invaluable. La opulencia de todo esto sería suficiente para darme náuseas si no estuviera tan enojado.

Una criada empieza a preguntar quién soy, pero ya estoy en las escaleras, subiéndolas de dos en dos. Estará arriba en uno de los dormitorios. La puerta está entreabierta, y la veo antes de que ella me vea a mí.

Eleanor está de pie junto a la ventana, mirando la lluvia que finalmente ha comenzado a caer. Su cabello es oscuro, casi negro bajo esta luz. Su espalda está recta, cada centímetro de ella tan elegante y preciso como el corte de un diamante. Siento ese familiar arrebato de frustración, ira y deseo.

—Bonito lugar el que tienes aquí —digo. Mi voz suena más cortante de lo que pretendía. Ella se gira lentamente, la imagen perfecta de la compostura.

—Leonardo —dice, aparentemente no sorprendida de verme.

Quiero sacudirle esa calma de encima.

—No pediste permiso para irte.

Sus ojos se estrechan ligeramente.

—No pido permiso para entrar y salir de mi propia casa.

Estamos a dos metros de distancia, pero la separación es fina como una navaja. Me acerco más, su aroma llenando mis pulmones con cada paso. Algo caro y floral. Su boca es una línea firme, pero sé que está sintiendo más de lo que deja ver.

—Eres mi esposa, Eleanor —digo—. Y aceptaste las reglas. Nada de huir.

Ella gira el anillo en su dedo. Lleva un suave suéter azul, una falda de lápiz de carbón perfectamente ajustada. Incluso ahora, parece recién salida de una revista de moda. Pero hay algo más también. Su piel está sonrojada. Está sin aliento como si hubiera corrido hasta aquí.

—Actúas como si hubiera desaparecido —dice—. Solo vine a ver cómo estaba Juliet. Mi hermana, ¿recuerdas? ¿O ya te olvidaste de ella?

Lo único que Eleanor ha pedido desde que se casó conmigo es que vigile a su hermana, y lo hice.

—Te dije que me encargaría de eso —digo.

—Y yo te dije que puedo manejarlo yo misma. Por suerte para ti, está bien.

Las palabras son fuertes, pero su voz vacila. Solo un poco. Doy otro paso, y sus ojos brillan como si estuviera a punto de mandarme a la mierda. En su lugar, simplemente mantiene su posición. El desafío es emocionante, pero no voy a dejar que lo vea.

—No te has disculpado por huir. ¿Es así como lo quieres? —pregunto—. Porque podemos hacerlo por las malas si quieres. Me encanta hacerlo por las malas.

Está cerca ahora, lo suficiente para tocarla. Su respiración se entrecorta. Sus mejillas están rosadas. Me pregunto si siquiera sabe cuánto quiere esto. Cuánto me quiere a mí.

—Bien —dice. Una palabra, pero corta como el cristal.

Casi sonrío.

—Vámonos.

No le doy oportunidad de responder. Agarro su mano, la arrastro hacia la puerta. Está en silencio mientras la llevo escaleras abajo, a través del resonante vestíbulo, hacia la fría lluvia, asegurándome de ir lo suficientemente despacio para que no tropiece. Tiembla, pero

cuando la miro, mantiene la barbilla alta, mirando directamente hacia adelante como si ya estuviera planeando su próxima escapada. Abro la puerta del coche para ella, me quito la chaqueta para cubrir sus hombros, luego cierro de golpe.

No hablamos en el camino de vuelta. Nueva York brilla húmeda a nuestro alrededor. Agarro el volante como si fuera lo único que me impide arrancarle la ropa del cuerpo. Por el rabillo del ojo, la veo sentada erguida y distante. Piso el acelerador con más fuerza. El coche abraza las curvas resbaladizas, impulsándonos hacia adelante.

Llegamos a la mansión, y siento que la tensión en ella crece. Está ahí en la rigidez de sus hombros, en la testarudez de su andar. Está ahí en el calor de su cuerpo cuando me roza al pasar por la puerta, intentando fingir que no está afectada. No digo nada, y ella tampoco. Subimos las escaleras, sus pasos tan rápidos y enojados como los míos. Abro la puerta de nuestro dormitorio, la dejo entrar primero. Se detiene en el centro de la habitación, se gira para enfrentarme. Sus ojos son fuego frío.

—¿Vas a mantenerme encerrada ahora? —dice.

—Todavía no —respondo, cerrando la puerta detrás de nosotros.

Me mira como si fuera el enemigo. Tiene razón a medias. Mi pulso es un tambor en mis oídos. Mi corazón está en mi garganta. Su lucha me excita más de lo que jamás he estado, pero no lo demuestro. Todavía no.

—¿Sabes qué les pasa a las mujeres que rompen las reglas? —pregunto.

Levanta la barbilla, desafiante incluso ahora. Especialmente ahora. —Tendrás que recordármelo.

Quiero besarla, pero no lo haré. No ahora. Esto no es sobre amor. Se trata de mostrarle qué le pertenece a ella y qué me pertenece a mí. Le digo que se quite la ropa.

Duda. Me cuestiona. Me mira con desafío.

—Quítate la ropa —la miro fijamente. Ella desea esto casi tanto como yo, y a pesar del fuego en sus ojos, obedece.

El suéter es lo primero, suave y doblado en el suelo. La falda lápiz es lo siguiente, y mientras se la quita, mi mirada está fija en sus

caderas. La aparta de una patada. Está frente a mí en seda y encaje, y la visión de ella me hace querer arruinarla.

—Todo —digo, con voz tensa y exigente.

Sus ojos nunca dejan los míos mientras alcanza detrás, desabrocha su sujetador, lo deja caer. Sus pechos son pequeños y perfectos. Sus pezones están duros. Me pregunto si puede sentir cuánto la deseo. Me pregunto si sabe cuánto me desea ella. Se baja las bragas, sale de ellas. Ahora está desnuda, vulnerable y expuesta. Su piel es de un dorado claro, su sexo afeitado, sonrojado y goteando. Está húmeda. Excitada. No intenta ocultarlo.

Mi pulso se acelera. Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, hambrientos, devoradores, disfrutando del temblor en su respiración mientras me observa. Se mueve inquieta, su compostura agrietándose un poco. Lo suficiente para que vea el gemido en sus labios.

—¿Crees que esto es un juego? —digo—. ¿Crees que puedes ganar?

No responde. Su silencio es más fuerte que cualquier grito. Saco las esposas, escucho el tintineo del metal mientras pruebo los cierres.

Su respiración se entrecorta. —No puedes...

—Oh, sí que puedo —digo. La llevo a la pared, la inmovilizo contra ella. Su piel está caliente contra la mía. Siento su corazón latiendo a través de su pecho, casi tan fuerte como el mío.

Las esposas se cierran en su lugar, sus muñecas inmovilizadas contra la pared.

Está jadeando, sus ojos amplios, excitados y furiosos. —Esto es una mierda —dice. Su voz se quiebra a mitad de frase, sin aliento y salvaje.

—Abre las piernas.

Duda por un momento, como si no estuviera segura de querer darme tanto poder. Separa los pies, brazos sobre su cabeza, ojos desafiantes y listos para mí. Su cuerpo es perfecto. Su sexo está resbaladizo y listo, hinchado y necesitado. Gime, y sé que siente cada centímetro de la distancia entre nosotros.

Sus ojos me suplican, pero me tomo mi tiempo. Empiezo con las yemas de mis dedos, trazando su piel, su clavícula, sus pechos, sus muslos. Suave y provocador, nunca suficiente, nunca donde ella me quiere. Tiembla bajo mi toque, se tensa contra las esposas, y mi miembro se vuelve de acero.

—Por favor —jadea.

Pero no me detengo, y no cedo. Paso mi lengua por su cuello, hasta el hueco de su garganta. Pruebo la sal de su piel, el calor de su deseo. Se arquea hacia mí, sus piernas temblando, su sexo tan húmedo que podría ahogarme en él. Quiero bajar la cremallera de mis pantalones y enterrarme dentro de ella, pero no puedo darle esa satisfacción. Así que sigo, provocándola, negándole, viéndola luchar por mantener el control.

Gime de nuevo, más desesperada esta vez. —Leonardo...

Me alejo. —¿Pensaste que podías simplemente irte?

Su gemido es agudo, casi un grito. —Volví, ¿no?

Quiero decir algo, quiero decirle cuánto la odio por hacerme desearla de esta manera, pero no lo hago. En su lugar, la empujo más lejos.

—Abre más las piernas —digo—. Voy a lamerte ahora. Por todas partes. Voy a hacer que supliques, que te arrepientas, que aprendas.

Cumplo mis amenazas, trazando mi lengua sobre su piel, subiendo por el interior de sus muslos. Su respiración se acelera, y sé que está cerca, tan cerca. Sus gemidos son frenéticos ahora, enojados y perdidos, y sigo presionando. Estoy dentro de su cabeza, estoy en todas partes excepto donde me necesita. Mi miembro está atrapado en mis pantalones, tan apretado que siento que podría estallar mientras saboreo su piel en mi lengua.

Se retuerce en las esposas, jadeando, lista para romperse. Pero se lo niego, me contengo. Su cuerpo es un cable vivo, eléctrico y ardiente.

—Por favor, hazme terminar —dice con voz ronca.

Sonrío. —Te dije que rogarías por ello. ¿Estás rogando?

—Sí. Por favor, Leonardo.

Doy un paso atrás y me deleito con la vista de ella, inmovilizada por la pared en sus muñecas, desnuda y hermosa, retorciéndose de

placer. —Hoy no. Este es tu castigo, ¿recuerdas? —Mi castigo también, resulta.

Me doy la vuelta, y ella sacude las esposas, luchando contra ellas. —No me vas a dejar aquí, ¿verdad?

—No por mucho tiempo. Solo hasta que te calmes —le digo.

—Que te jodan —grita, su voz cruda y temblorosa. Mueve las caderas contra el aire, tratando de encontrar alivio—. Te odio. Te odio.

Su ira me emociona, me excita aún más, me hace sentir jodidamente inmortal. La dejo allí, jadeando, temblando, desesperada por mí, desesperada por lo que solo yo puedo darle. Me maldice mientras cierro la puerta, sus gritos resonando por el pasillo, haciéndome sonreír.

15

Eleanor

¿Por qué viven todos los hermanos juntos? ¿Por qué tus padres no viven en la mansión también?

Leonardo mira fijamente al frente, con ambas manos apretadas en el volante. Actúa como si no me hubiera oído. Tal vez no lo hizo. Apenas me oí a mí misma. Pero la casa se alza frente a nosotros. Más pequeña que la mansión. Más ladrillo y madera, menos vidrio y acero. Aún cuento los guardias. Pero este lugar es mucho más acogedor. Más vivo. Se siente como un hogar. El tipo de lugar donde una mujer podría respirar. El tipo de lugar donde uno querría vivir.

Me pregunto si alguna vez me llevará a algún sitio que no requiera seguridad armada.

—¿Es esta nuestra casa? —pregunto. Las palabras suenan estúpidas una vez que las digo, pero no puedo retirarlas. Leonardo me mira, confundido.

—Es la casa de mis padres —dice—. ¿Crees que es nuestra?

La mansión es demasiado grande para nosotros dos. Demasiado grande para cualquier persona cuerda, pero demasiado pequeña para todos los hermanos Rosetti. —¿Por qué no? —me encojo de hombros—. ¿No tendría sentido que viviéramos en un lugar como este? Un lugar un poco más pequeño. Solo nosotros dos. —Dejo que el resto de la pregunta flote entre nosotros, pero él la agarra como agarra todo.

—¿Qué? ¿No te gusta todo el vidrio y el acero? —Suena divertido —. No, espera, no te gustan todos mis hermanos. —Se truena los nudillos.

Me estremezco. —Simplemente no estoy acostumbrada a tanto... caos.

—Deberías habérmelo dicho. Nos mudaremos esta noche. —Parece que lo dice en serio, como si no fuera nada meterme en el coche y marcharnos, comprar una nueva casa en la ciudad, solo para nosotros.

—No sé —digo, más para mí misma que para él. La casa de mi padre era tranquila. Podías oír tu propia respiración en los pasillos. ¿La mansión Rosetti? Es un caos. Es Carmela llevándome a la cocina para enseñarme a hacer parmesana de berenjena, que acaba más como carbón de berenjena. Es Matteo arrastrándome a la sala de estar más pequeña para ver programas de telerrealidad. Es Leonardo colándose en la cama a mi lado cada noche, y escabulléndose de nuevo antes del amanecer—. Es tan diferente, vivir con tanta gente —digo—. Sin secretos.

—Nada más que secretos —dice Leonardo—. Di la palabra y nos mudaremos.

Hago una pausa. Pienso en el calor y la vida en la mansión. —No nos precipitemos.

Dentro de la casa de Salvatore y Gianna, el olor a ajo y salsa roja invade mi nariz, un asalto total. Doblamos la esquina y todos están reunidos en la sala de estar, sentados en los sofás, hablando en voz alta, llenando el espacio como solo los Rosetti pueden hacerlo. Está Dom, serio como siempre, con la espalda perfectamente recta, sin desperdiciar un segundo, sin encorvarse nunca. Rafe, con el rostro

ensombrecido bajo su pelo corto, parece estar vigilando todas las salidas a la vez. Matteo, demasiado cómodo para mi gusto, hace girar una moneda de plata entre sus dedos. No hay señales de los otros hermanos, pero los padres de Leonardo, Sal y Gianna, están sentados en sillones como el rey y la reina que son.

Gianna Rosetti está impecablemente vestida, incluso en casa. Su cabello castaño rojizo, con mechones plateados, está elegantemente recogido en la nuca. Me mira con una mirada cálida pero evaluadora. La única mujer que me ha asustado más que ella es mi propia abuela. Salvatore Rosetti, el capo, lleva un pulcro suéter de lana. Aunque su cuerpo está sentado en un sillón mullido, su presencia se cierne más grande que cualquier figura en la habitación. Escuché leyendas sobre él mucho antes de conocerlo. Despiadado pero carismático, su palabra es ley, sus juicios rápidos y definitivos. Por aquí, algunos dicen que dirige Brooklyn desde ese único sillón, sus órdenes moldeando la ciudad como manos moldeando arcilla. Ni siquiera sus propios hijos se le enfrentan. Exige respeto con solo respirar, ganándoselo con cada cicatriz e historia de décadas en la cima. Actúa como si tuviera derecho a sentarse así en cualquier parte, y tal vez lo tenga.

Me saluda con un asentimiento, con un brillo conocedor en sus ojos oscuros. Tiene una especie de encanto astuto, como si ya supiera lo que quieres y estuviera pensando si puedes tenerlo. La lealtad es su mayor moneda. La familia, su única alianza verdadera. Pero ahora mismo, parece más un abuelo cuidando de sus hijos adultos. Un rosario cuelga de su bolsillo, balanceándose ligeramente cuando levanta los brazos para hacernos señas a Leonardo y a mí para que nos acerquemos, besándonos a ambos en las mejillas. Recuerdo lo que dicen. Cuanto más sonríe, más deberías preocuparte.

Mis nervios están vivos, vibrando. Hay dos extraños en la habitación. Me los presentan como Chase Callahan y su hijo, Dale.

—La familia irlandesa —murmura Leonardo en mi oído.

La cena es tan tensa como esperaba. El aire cargado de poder. Me siento junto a Leonardo, que huele a whisky. Chase Callahan se sienta enfrente, con una mirada de halcón bajo sus cejas sal y

pimienta, y Leonardo se eriza cada vez que el hombre me mira. Este es territorio Rosetti, pero con dos familias en la mesa, nunca se puede estar seguro de quién tiene el poder.

—Cristo —murmura Leonardo entre dientes, apenas lo suficientemente alto para que yo lo oiga—. ¿Acaso nunca aparta sus ojos de ti?

Sonrío forzadamente, ignorando la inquietud que me eriza la nuca. Podría preguntarte lo mismo, pienso. La habitación está cálida con iluminación tenue, lámparas de cristal colgando del techo. Esta casa es más pequeña, más íntima que la mansión Rosetti, pero aún así rebosa dinero. Dos hombres flanquean la puerta principal. Incluso cuando están comiendo pasta y cannoli, los Rosetti nunca bajan la guardia.

Una criada entra desde la cocina, colocando una bandeja en el centro de la mesa.

—¡A comer, todos! —exclama Gianna, su melodioso acento italiano llenando la habitación—. No quiero ver sobras, o habrá problemas.

—Yo ayudaré con eso —dice Matteo, mostrando una sonrisa mientras se sirve comida. Se apresura a guiñarme un ojo mientras guarda su moneda de plata en un bolsillo—. Gran banquete, mamá.

La conversación gira hacia los negocios, pero no se trata de gemas así que me desconecto. La mesa está llena de gente. Frente a mí, el Callahan mayor —el que me observa como un halcón a un ratón— me mira fijamente de nuevo. Leonardo no bromeaba; el hombre no me ha quitado los ojos de encima en toda la noche.

—Entonces —dice Chase, sin molestarse en bajar la voz—. ¿Vamos a convertir esta prueba en un negocio a tiempo completo, o qué?

Salvatore se reclina, como un rey en su corte.

—Dividimos las ganancias equitativamente, Callahan. Nosotros organizamos las peleas, ustedes se encargan de las apuestas.

—Cincuenta-cincuenta —dice Dale Callahan. Se ve mucho menos pulcro que su padre, con cabello rubio desaliñado y chaqueta de cuero, pero sus ojos verdes son igual de agudos. Es escurridizo, y conozco el tipo. Me recuerda a un hombre con el que mi padre trató una vez, en quien nunca confié.

—No hay mucho negocio si no confiamos el uno en el otro —dice Matteo, sonriendo como si no lo dijera en serio.

—Ahora somos socios —interviene Leonardo—. Solo llevamos dos meses de prueba, y el ring de peleas ya es el más grande de Brooklyn. Hemos engrasado las palmas de los policías, les encanta casi tanto como a nosotros. —Su brazo roza el mío bajo la mesa, y es más como una reclamación que un consuelo.

—¿El ring de peleas es solo una prueba? ¿Donde nos conocimos? Pero parecías tan a gusto allí —digo. Esta vez, soy yo quien arquea una ceja.

Gianna se ríe, un sonido suave que podría hacer sangrar.

—Ya sabes cómo son los chicos, Eleanor. Si no pueden resolver las cosas con palabras, las resuelven a puñetazos.

Leonardo deja su tenedor.

—Es negocio —se encoge de hombros—. Solo es un plus que también sea divertido.

Retiran los platos y Salvatore sirve vino en copas de cristal, algunas de un rojo rubí, otras de un blanco espumoso.

—Por la paz —dice, levantando su copa.

Chase sonríe con suficiencia.

—Y por las ganancias.

—¡Salute! —grita Leonardo.

Doy un sorbo, fingiendo que no me estoy ahogando en su testosterona.

Cuando llega el postre, es peor. Hay espresso, cannoli y fruta fresca, pero ya no tengo mucho apetito. Chase levanta su copa hacia mí, con una mirada inquietante en sus ojos.

—Por la Rosetti más bonita de la mesa —dice.

Me quedo paralizada. Por un momento, ni siquiera puedo respirar. La habitación gira y se encoge, las voces a mil kilómetros de distancia. Está sucediendo de nuevo. Es una pesadilla. Tengo quince años, y es una cena con uno de los "socios comerciales" de mi padre, que nunca lo mira a los ojos porque está demasiado ocupado mirándome a mí.

Me levanto abruptamente. Todos me miran fijamente.

—¿Eleanor? —gruñe Leonardo—. ¿Estás bien?

No respondo. No puedo. El aire es demasiado escaso, demasiado caliente y demasiado apretado a mi alrededor. Apenas salgo del comedor cuando Leonardo me alcanza, agarrando mi muñeca y llevándome afuera. El aire está frío. Lo inhalo a bocanadas, temblando.

—¿Has perdido la cabeza? —dice. Me está arrastrando hacia el jardín, hacia la oscuridad—. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Suéltame! —libero mi mano de un tirón, y la rabia desaparece de su rostro, reemplazada por algo que no reconozco. Preocupación.

—¿Qué pasó? —pregunta, más suave ahora.

—Él... —No puedo terminar. Estoy temblando. Me está sujetando por los brazos, atrayéndome hacia él, y el calor de su cuerpo es demasiado intenso—. Chase. Él...

—¿Te miró? —Intenta hacer una broma, pero sus ojos están afilados—. Es un imbécil. Todos lo sabemos. Pero le prometí a papá que no lo golpearía esta noche.

—No lo entiendes —digo—. Pensé que tú... —Espera, sus dedos entrelazándose con los míos—. Pensé que me entregarías a él.

Se tensa, todo su cuerpo poniéndose rígido. Casi espero que se ría, que rompa la intensidad con esa carcajada salvaje suya, pero no lo hace. En su lugar, suelta mi mano, lenta y deliberadamente, como si aflojara su agarre sobre algo frágil.

—¿Qué quieres decir?

Dudo, sin saber cómo decirlo, sin saber si debería. —Me halagó frente a ti. Es un socio comercial. Pensé...

—¿Pensaste qué? —Su voz es plana, fría como el acero en invierno, y algo helado se desliza por mi columna.

—Actúas como si yo fuera un objeto de tu propiedad —digo, las palabras saliendo atropelladamente—. ¿Por qué debería pensar diferente?

No se inmuta ni se mueve. —Crees que te entregaría —dice, su tono cortando el aire nocturno—, como si fueras una especie de...

—Es lo que conozco —susurro.

—Entonces no sabes una mierda sobre mí, Eleanor. —Sus palabras son duras, pero su tacto no lo es, su mano en mi cuello, en mi cabello, atrayéndome hacia él, como si intentara anclarme a su lado.

—¿Soy tuya ahora? —digo—. ¿Hasta que decidas...?

—Eres mía, pero no así. —El calor de su boca está cerca, lo suficiente como para quemar—. No así. Nunca así. Mataré a tu viejo por haberte hecho eso.

Inhalo bruscamente, temblorosa e irregular. —Por favor. Si tocas a mi padre... no puedo... es todo lo que tenemos. Juliet y yo.

La desesperación en mi voz es cruda, más de lo que quiero que él escuche. Mis manos están extendidas sobre su pecho, y puedo sentir el rápido latido de su corazón bajo mis palmas. Un dolor surge dentro de mí, una presión tan intensa que no puedo distinguir si es ira, anhelo o miedo. El rostro de Leonardo está a centímetros del mío, su aliento quemando caliente contra mi piel.

Se aleja lo suficiente para encontrar mis ojos, azul fijo en azul. —No dejaré que nadie te tenga. Ni Chase, ni nadie. Te lo dije antes: eres mía de maneras que ni siquiera puedes imaginar. —No hay nada fácil o indiferente en el agarre de Leonardo sobre mí. No me suelta. Sus brazos se aprietan a mi alrededor, como un tornillo, inflexible—. ¿Crees que dejaría que alguien más te tuviera? No eres un trato. No una maldita mercancía. Eres Eleanor. Mi Eleanor. Eso no va a cambiar. Nunca.

La certeza en su voz debería asustarme. Tal vez lo hace. Pero me emociona tanto como me asusta. Mi corazón tropieza consigo mismo, tambaleándose en mi pecho, y me doy cuenta de que no tengo, nunca he tenido, miedo de él. Es lo que me hace desear lo que me aterroriza.

—¿Y mi padre? ¿No lo matarás?

Sus ojos destellan con una intensidad que me estremece hasta la médula. Por un momento, guarda silencio, y el mundo deja de girar. Sus brazos me sostienen con fuerza, feroces y protectores. Luego habla, su voz dura e inflexible. —De acuerdo, nena, no lo tocaré. Por ahora. Pero si alguna vez vuelve a tratarte como una mierda, haré lo que me dé la gana con él.

Me apoyo en mi marido, sintiéndome segura. Porque estoy aquí en el jardín, y la luz se derrama desde las ventanas, las risas brotan desde el interior. Y las manos de Leonardo están sobre mi piel,

ásperas y cálidas y no como las de mi padre. Nada que ver con mi padre.

—No sabes cómo era —digo, finalmente.

—Cuéntame.

Y lo haré. Pero no esta noche.

Esta noche, dejo que me atraiga hacia él de nuevo, la oscuridad envolviéndonos, y se siente como la primera bocanada de aire después de estar demasiado tiempo bajo el agua.

16

Leonardo

Nueva York se desangra en mayo. La mansión Rosetti está fuertemente vigilada, nada ni nadie entra o sale sin la aprobación de Dom. No es suficiente para calmar la ira que me atraviesa. No con el cargamento albanés acercándose, con la amenaza de que nos verán venir.

El cargamento albanés llega en dos días. Un envío que Richard Price desea más que el aire que respira. Un cargamento lo suficientemente grande como para hacer que el padre de Eleanor se incline por nuestra competencia en lugar de nosotros, razón por la cual vamos a robarlo. A Price no le importa una mierda la familia, y la sangre no significa nada cuando hay negocios que hacer. Le cortaría el cuello a su propia hija por una gema que le llamara la atención. Ya ha hecho lo siguiente peor: intercambiarla conmigo.

Tomo el teléfono para presionar a nuestro informante en el muelle. Antes de que pueda decir una palabra, su pánico estalla. —Nos han descubierto —balbucea—. Los albaneses. Están planeando un ataque.

El teléfono resbala en mi agarre, pero lo atrapo. Rafe dijo que estábamos listos para secuestrar el cargamento cuando llegara a los muelles. Entonces, ¿por qué coño está mi informante al teléfono ahora mismo, diciéndome que todo está a punto de desmoronarse? Apenas puedo mantener la duda fuera de mi voz. —¿Estás seguro?

—Positivo —dice el hombre, sin aliento. Puedo oír olas y metal crujiendo de fondo—. Están duplicando sus hombres. Y, jefe, hay algo más.

—Escúpelo. —No tengo tiempo para dramatismos, solo quiero saber los hechos para poder actuar sobre ellos.

—Se han enterado de tu matrimonio —dice, y el temor se acumula en mi estómago—. Dicen que tu esposa es tu nuevo punto débil. Dicen que es una forma de entrar.

El aire abandona mis pulmones como si me hubieran golpeado. Los albaneses por fin acertaron en algo. Nos han descubierto. Me han descubierto. Han descubierto a Eleanor. —Que lo intenten, joder —gruño y cuelgo. No la tocarán. Los mataré primero.

Arrojo el teléfono al sofá y rebota hasta el suelo, una explosión de plástico. Eleanor está en algún lugar de esta enorme caja de cristal que llamamos casa, probablemente con sus ojos azul hielo listos para atravesarme cuando le diga que ahora está aún más encerrada. Mis puños ansían golpear algo. Me trono los nudillos en su lugar y agarro lo primero que encuentran mis dedos: un jarrón de cuello largo de alguna dinastía u otra que vale más que la vida de un hombre.

Con un solo lanzamiento, queda hecho pedazos, estrellándose contra el mármol. Mis manos tiemblan. Nadie se mete con mi esposa.

—¡Dom! —grito, oyendo mi voz hacer eco por la casa—. ¡Domenico, ¿dónde coño estás?!

Una puerta se abre y luego se cierra. Dom está en el estudio, inclinado sobre su propio teléfono. Siempre con la misma marca de traje, como si hubiera nacido con él. Tan calmado como siempre. Incluso sus ojos verdes están impasibles cuando me mira.

—¿Qué? —pregunta, sin molestarse con cortesías.

—Necesitamos duplicar la seguridad. Tenemos que estar jodidamente preparados. —Me sorprende que las palabras salgan enteras. Se sienten irregulares en mi boca.

Dom me mira como si hubiera perdido la cabeza. —¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

—¿Y desde cuándo eso es una razón?

Me paso una mano por el pelo. —Solo hazlo. Los albaneses saben que planeamos llevarnos su caja de rubíes, y están hablando de usar a Eleanor como moneda de cambio.

—No conocen la ubicación de la mansión. Nadie la conoce.

—No importa. —Oigo lo débil que sueno, aferrándome a un clavo ardiendo—. Nos encontrarán. —El silencio de Dom es más acusador que cualquier cosa que pudiera decir. Pero si no puedo proteger a Eleanor, nada relacionado con los albaneses o los malditos rubíes importará. No para mí—. Por favor, Dom. —Casi me mata decirlo—. Por favor.

No asiente, ni sonríe, ni dice una palabra, pero sé que lo hará. Y sé lo que está pensando también: que ella realmente me ha trastornado. Tampoco necesita decir eso. Yo mismo lo estoy pensando.

Salimos juntos, pero no me quedo mucho tiempo. Solo lo suficiente para ver a Rafe, Matt y Milo entrar en la habitación. Tenemos una guerra que planear, y Dom puede liderarla sin mí. Tendrá que hacerlo. Mis pies me arrastran de vuelta por la casa, pasando las cámaras y los hombres que vigilan cada rincón de esta maldita fortaleza, hacia lo único en lo que puedo pensar ahora mismo: Eleanor.

La encuentro con Carmela, como sabía que lo haría. La pequeña princesa está haciéndole compañía a mi hermana mientras sus cuatro hermanos corren como pollos sin cabeza. Las voces de las mujeres son un murmullo en el largo pasillo, una suave y baja, la otra brillante y nerviosa. Me detengo en seco para escuchar, pero no puedo distinguir sus palabras.

Puedo verlas a través de las puertas de cristal de la biblioteca, inclinadas la una hacia la otra. Cabezas juntas. Una pareja extraña si alguna vez vi una. Eleanor siempre está con faldas y tacones, vestida como si fuera dueña del maldito mundo. Carmela parece haber saqueado el armario de los hombres, las mangas de su camisa a cuadros arremangadas hasta los codos, jeans rotos en las rodillas. Un desastre de rizos oscuros y entusiasmo.

Sé que Eleanor extraña a Juliet. ¿Es mi hermanita solo un sustituto para ella? Eleanor gira el anillo en su dedo, sus pequeñas manos

rozando las de Carmela. El pensamiento me pone celoso como el demonio. Casi prefiero cuando Eleanor está distante y desafiante, cuando me mira con suficiente frialdad como para enterrar Nueva York en diciembre. Al menos sé a qué atenerme con esa Eleanor.

¿Con esta? ¿La que parece estar ablandándose? ¿La que Carmela está empezando a apreciar?

No la conozco en absoluto.

Sus voces comienzan de nuevo, demasiado bajas para que yo las capte. Carmela se ríe, y eso retuerce algo dentro de mí. Me alejo antes de que noten que estoy merodeando.

Mis celos me llevan afuera, al jardín cercado donde Eleanor va cuando el resto de nosotros se vuelve demasiado para ella. Puedo notar que está cansada de nosotros, aunque nunca lo diga. Ha estado aquí por casi un mes, pero aún se siente como si no viviera aquí. Como si estuviera de paso, siempre esperando el momento adecuado para huir. Lo intentó una vez. El sabor de ese recuerdo —la persecución, el castigo— me agita más de lo que debería.

Estoy merodeando entre los árboles cuando Eleanor se acerca, y me escondo. No quiero arruinar su santuario, el lugar al que viene para alejarse de mí. Se sienta junto a la fuente. El agua cae por el borde esculpido y llena el silencio con algo vivo. Me escondo detrás de una hilera de árboles, observando sus movimientos.

El viento juega con su cabello. Lo tiene recogido como siempre, pero algunos mechones se sueltan y le rozan las mejillas. Normalmente es tan contenida, hasta en los mechones individuales de su cabello: ordenada, deliberada, en control. Pero cuando lo lleva suelto, ¿cuando se permite ser algo más que perfecta? Ahí es cuando se mete bajo mi piel.

Y está bien metida. Observo sus manos, cómo juegan con sus joyas, cómo el anillo atrapa la luz. El anillo de su madre. Mi anillo. Y ahora los albaneses creen que pueden arrancárselo.

Están equivocados.

No puedo decir si parece solitaria, o si es simplemente como siempre es. Como si hubiera demasiado espacio a su alrededor, demasiado entre ella y todo lo demás. Todo excepto las cosas que deja acercarse. Su hermana. Mi hermana.

Mis dedos pican por cerrar ese espacio. En su lugar, hago crujir mis nudillos, el sonido agudo y hueco resonando entre los árboles. Su cabeza gira hacia mí. Sus ojos encuentran los míos sin perder el ritmo.

—¿Olvidaste que crecí en una casa con cámaras de seguridad? —Tiene ese tono cortante y conocedor que he escuchado cien veces antes—. Siempre he sido observada. Sé cuándo está sucediendo.

Salgo de mi escondite y ella me mira como si estuviera inspeccionando un diamante, evaluando cuánto valgo.

Acorto la distancia entre nosotros, cada paso más difícil de lo que debería ser. —¿Te gusta aquí?

Estoy a un suspiro cuando me detengo. Lo suficientemente cerca para tocarla. Lo suficientemente cerca para oler su perfume, el más tenue indicio de lavanda. El tipo que sabe que me gusta, pero que nunca admitiría usar a propósito.

Odio que siempre esté un paso adelante.

—¿La fuente o la mansión? —Suena aburrida, pero hay una chispa en sus ojos. Un desafío.

—Ambas.

Se encoge de hombros. —¿Importa?

Importa más que nada. Estoy a su lado en un instante. —¿Quieres una casa nueva? La tienes. ¿Diamantes más grandes? Son tuyos. Cualquier cosa que quieras, la conseguiré para ti —digo, las palabras ásperas y desesperadas.

Inclina la cabeza para mirarme, sus ojos agudos y brillantes. —Pero no me dejarás ir.

Hago una pausa por un momento. —Cualquier cosa menos eso.

—Porque soy tuya.

Ella no sabe cuánta razón tiene, no hasta que la beso. Duro y repentino, como si estuviera tratando de probar algo. Se tensa contra mí, luego se derrite, sus brazos volviéndose suaves y sueltos alrededor de mi cuello. La atraigo hacia mí, aplasto su cuerpo contra el mío. Su blusa es de seda, delicada, pero no me importa. Puedo sentir su calor, las líneas de su figura, la calidez de su aliento contra mi boca.

Si ella es mi debilidad, entonces no quiero fuerza.

Sus manos encuentran mi cabello, sus dedos un desorden lento. Su toque me enciende. Quiero más, y lo quiero ahora. Quiero que duela.

Se aparta, lo suficiente para mirarme. Sus mejillas están sonrojadas, sus labios entreabiertos. Sé lo que significa esa mirada. La he visto antes. Quiero verla de nuevo, y otra vez, y otra vez.

Pero me detiene antes de que lo haga. —No creas que no lo noté —dice, con la más leve curva en su boca.

—¿Notar qué?

Baja una mano, y sigo su trayectoria. La deja flotar entre nosotros, flota lo suficiente para que mis ojos la sigan. Todo el camino hasta el frente de mis pantalones, donde ya estoy duro. Jodidamente ardiendo por ella.

—Lo que quieres —dice—, y qué tan rápido lo quieres.

Esa mirada todavía está en sus ojos. Audaz, provocadora. Hambrienta como el infierno. Como si fuera dueña de este momento y de mí con él. Como si supiera que no necesita nada más que una mirada para hacerme arder.

Todo mi cuerpo está ardiendo. Está jugando conmigo y ambos lo sabemos. Pensé que me enfurecería. Tal vez incluso me asustaría. Pero lo único que quiero hacer es besarla de nuevo, follarla contra esta fuente, hacerla sentir lo que yo siento.

Es casi como si escuchara mis pensamientos, sintiera su pulso. Su boca encuentra la mía otra vez, y es electricidad. Más que eso. Es todo lo que somos demasiado tercos para admitir. Muerde mi labio inferior y es un shock. Del bueno, del tipo que se mete bajo tu piel y no te deja en paz.

Esto es lo que significa estar desesperado por ella.

Ser poseído.

La empujo hacia atrás hasta que choca con el borde de la fuente. Jadea, un sonido agudo que quiero escuchar en repetición. No espero a que recupere el aliento. La levanto y la siento en el borde.

El agua es ruidosa, corriendo a nuestro alrededor. Casi digo algo estúpido, algo que pondría demasiado al descubierto, pero ella me detiene.

No con palabras.

Con la forma en que sus piernas me rodean. La manera en que presiona todo su cuerpo contra el mío, se inclina cerca y respira lo único que necesito oír.

—¿Quieres follarme, Leonardo? —Su voz es un desafío—. Pues hazlo.

Cree que todavía tiene el control, incluso ahora. Y tal vez tenga razón, porque soy tan suyo como ella es mía.

17

Eleanor

Leonardo me arranca de la fuente y me empuja contra un árbol, y entonces su boca está sobre la mía, feroz y exigente. Sucede tan rápido que no puedo respirar. Tan rápido que no puedo pensar. Sus manos se enredan en mi cabello, rudas y urgentes, y todo mi cuerpo se siente como un cable vivo. Nunca me han besado así. Sabe a humo y calor, y me marea, y por primera vez, quiero perder el control.

Se presiona contra mí, salvaje y temerario. Sus manos se deslizan hasta mi cintura, acercándome más, como si quisiera estar bajo mi piel. Jadeo contra sus labios, y él gime. Todo mi cuerpo grita por más de él. Es crudo y explosivo y fuera de control.

—No voy a dejar que te escapes, princesa —dice, mordiéndome el labio. Clavo mis uñas en sus brazos, pero no se detiene. No puede parar. Y no quiero que lo haga.

—¿Quieres más? —respira, su voz áspera en mi oído.

—No —miento, la palabra un susurro desesperado.

Se aleja lo suficiente para mirarme, con ojos salvajes e intensos. —Mentira.

Me estoy deshaciendo por las costuras, desmoronándome con cada toque. No puedo respirar. No puedo pensar. No me importa. Lo acerco más, hambrienta de él como nunca lo he estado de nada.

Sonríe, y cuando su boca encuentra la mía de nuevo, todo mi cuerpo se estremece.

—Admítelo, Eleanor —dice, y sus labios queman un sendero por mi cuello. Sus manos están en todas partes, posesivas y calientes, enviándome en espiral. Apenas puedo mantenerme en pie. Estoy cayendo, libre y aterrador y tan, tan bueno.

Me besa con fuerza. Se ríe contra mi piel. No es justo, la forma en que me hace desearlo. La forma en que no puedo luchar contra ello.

—Eres un bastardo —jadeo, y mi voz tiembla. Estoy temblando.

—Dime lo que quieres. —Desliza sus dedos por mi cuerpo, y mi cabeza da vueltas.

—Maldito seas —respiro, apretando los dientes.

Me atrae contra él, y siento lo duro que está. Cuánto me desea. Ya no puedo negarlo.

—Dime lo que quieres, nena —repite.

—A ti —logro decir, y soy un cable vivo, finalmente dejándome sentir.

—Eso es lo que pensaba. —Es implacable, y se siente como el mejor tipo de derrota. Como si el mundo estuviera girando fuera de control, y no me importara.

Estrello mi boca contra la suya, desesperada y hambrienta, y me clava contra el árbol, sus manos en mi cabello. Se siente tan bien.

—Quieres más —dice, y sus labios nunca dejan los míos.

—Sí —sollozo, sin aliento y salvaje, mi control se ha ido. —Quiero más. No pares.

Se siente bien decir la verdad. Se siente como volar.

Me besa de nuevo, deslizando sus dedos por mis muslos y metiéndolos bajo mi vestido. Me arqueo hacia él, drogada por su toque. Sabe que ya no estoy mintiendo. No tengo fuerzas para mentir.

—Más —suplico, frenética. No me importa si tengo que arrastrarme de rodillas para conseguirlo. Solo lo quiero a él.

Mete sus dedos en mis bragas, y me derrito.

—Estás tan mojada para mí, nena. —Su voz es áspera y sin aliento, como si apenas se estuviera conteniendo.

—Por favor —gimo, y no soy la mujer que pensaba que era. Soy alguien completamente diferente.

Desliza un dedo dentro de mí, y muerdo su hombro para no gritar.

—Eso es, Eleanor —respira. —Se siente tan bien.

Me hago pedazos. No quiero recuperar las piezas.

Mantiene su boca sobre la mía, ahogando mis gritos. Estoy en caída libre, y se siente tan bien. No quiero que termine.

Sus dedos se curvan más profundamente y entran y salen de mí. Cada caricia envía una descarga por mi cuerpo. Su pulgar roza mi clítoris, una caricia áspera y provocadora que casi me hace gritar. No sé cuánto más puedo soportar. Su mano es implacable, arrastrándome al borde. Me estoy deshaciendo a su alrededor, cada vez más rápido. Su beso es brutal y suave. Su toque, rudo y perfecto. Quiero romperme por él. Me romperé por él. Voy a desmoronarme solo con su beso y sus dedos.

Me golpea como una explosión. Este momento ha estado llegando durante días, semanas, meses, toda mi vida. Acercándose, especialmente desde que me castigó por irme a ver a Juliet, llevándome al borde del éxtasis y sin dejarme caer. Y todo vale la pena. Cada momento de frustración sexual explota dentro de mí, liberándose y haciéndome gritar.

Cuando vuelvo en mí, mis piernas son de gelatina y mi corazón late acelerado.

Nos derrumbamos contra el árbol, sin aliento y en carne viva, su pecho subiendo y bajando contra el mío. Su corazón late contra mí, fuerte e indomable. Es como si nos hubiera golpeado una tormenta, y quedáramos enredados en las secuelas, piel contra piel y ardiendo. Mi cabeza está en su hombro, y él me sostiene ahí, dejando que el mundo vuelva a su lugar. Dejándome recuperar el aliento, aunque todavía viene entrecortado y rápido. Huele a sudor y calor, y quiero ahogarme en ello, ahogarme en él. Puedo sentirlo, duro contra mi estómago, un constante recordatorio de cuánto me desea. Me encanta. Lo anhelo. Quiero arder por él hasta que no quede nada.

El pensamiento me provoca una emoción salvaje, y mi cuerpo grita por más. Me siento codiciosa y perversa, lista para dejar que me devore por completo. Mis dedos comienzan a moverse, casi por sí

solos, trazando los tatuajes salvajes grabados en sus brazos. Se retuercen y palpitan sobre cada músculo, como si estuvieran vivos. Como si apenas pudieran contenerse. Quiero sentirlos bajo mis manos, contra mi piel. Sus abdominales son increíblemente duros, y sigo sus líneas, acariciando su estómago, sintiéndolo estremecerse bajo mi tacto. Quiero volverlo loco. Quiero hacerle perder el control como yo lo estoy perdiendo. Quiero que sepa que no he terminado con él, ni siquiera estoy cerca.

Salto a sus brazos, con las piernas alrededor de su cintura, mi falda arremolinada en mis caderas. Me froto contra él una sola vez, lenta y deliberadamente, hasta que gime. Soy descarada, y me encanta.

—¿Aún quieres más? —dice, sonriendo.

Asiento, demasiado sin aliento para hablar.

Baja la cremallera de sus pantalones, sacando su miembro, y gimo.

—Joder —dice, mirándome como si estuviera hambriento. Me empuja contra el árbol, rudo y salvaje, y embiste dentro de mí. Estoy fuera de mí. Me encanta—. Eleanor —gime, mordiendo mi cuello.

Me aferro a él, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura. Lo quiero todo de él. Quiero que me arruine.

Estamos frenéticos y fuera de control, desesperados y crudos. Me pierdo en él. Está dentro de mí, grande y exigente, y no me importa nada más.

—Dios —respira, embistiendo contra mí—. Estás jodidamente mojada.

Clavo mis uñas en sus hombros y me muevo al ritmo de sus embestidas, queriendo que me rompa. Queriendo que vea cada pedazo de mí.

Nunca he deseado nada como esto.

Cada embestida es brutal y salvaje, apoderándose de mi cuerpo. Sus caderas chocan contra mí, su miembro grande e implacable en mi sexo. Grito y me aferro a él como si fuera mi salvavidas, lo único que me mantiene unida. Todo en mí clama por él. Su mano agarra mi trasero, sosteniéndome, soportando mi peso, llevándome más

alto. Su otra mano está por todo mi cuerpo, codiciosa y posesiva. Agarra mis pechos, apretando hasta que jadeo, y me empujo más fuerte contra él, queriendo sentir cada centímetro. Es fuerte y peligroso y seguro a la vez.

Estoy fuera de mí, sin querer nada más que a Leonardo Rosetti. Me envuelvo a su alrededor, desesperada y sin vergüenza, moviéndome contra cada embestida como una mujer poseída. Sus dedos se clavan en mi piel, y me encanta lo rudo que es conmigo. Me encanta saber que no puede contenerse. Me necesita.

Me aferro a él, perdiéndome en lo feroz que es, lo sexy que es, lo mucho que no puedo resistirme a él. Está dentro de mí, y se siente demasiado bien. Como si estuviera destinada a estar aquí, exactamente así, envuelta alrededor de él y fuera de control.

Es como volar. Como arder. Me aferro a él con todo lo que tengo. Soy codiciosa como el infierno, descarada como el infierno, deseándolo tanto que duele. Me muevo contra él, tomándolo más profundo. Es todo lo que siento, todo lo que quiero.

Somos calor y sudor y el sabor de la piel. Somos respiraciones entrecortadas y manos frenéticas, y mi mundo gira hasta que no puedo respirar.

Tiemblo alrededor de él, fuera de control y explosiva, y sé que lo siente. Maldice, y estoy llegando al clímax, gritando su nombre y perdiendo la cabeza. Grito, libre y salvaje y viva.

Él embiste dentro de mí, sosteniendo mis caderas tan fuerte que duele. Deja escapar un gemido ronco, mordiendo mi cuello, y se corre dentro de mí.

Estamos crudos y sin aliento y enredados, y es perfecto.

Apoya su frente contra la mía, su cabello húmedo por el sudor. Toco su mejilla, y mis dedos tiemblan.

—Esta vez no estás huyendo —dice, sin aliento y seguro.

—No estoy huyendo —estoy de acuerdo. Mi voz es temblorosa y llena de verdad.

Me besa, y saboreo humo y calor. Exactamente lo que necesito.

18

Leonardo

Parece destrozada. Suave y desparramada sobre la hierba, con la ropa desarreglada. Su piel está sonrojada, las partes que puedo ver están desnudas y me dejan sin aliento. Una hoja cae de un árbol y revolotea sobre su vientre. La observo con algo parecido al hambre, deseándola de nuevo. Está respirando con dificultad.

Estoy agotado, saciado. Pero sé que eso es una puta mentira, que nunca tendré suficiente de esta mujer. Me subo la cremallera de los pantalones y le bajo la falda por los muslos, luego la levanto en mis brazos. Su cabeza se inclina hacia atrás, pero es demasiado impetuosa para estar verdaderamente flácida. Su pecho sube y baja contra el mío mientras la llevo adentro.

Este lugar no le sienta bien. Líneas duras y superficies vacías. A mis hermanos les gusta así, pero Eleanor es demasiado delicada para todos estos bordes afilados. Demasiado cálida y suave. Es como un malvavisco en Marte. Invaluable. Sus ojos están cerrados, los labios entreabiertos, respirando como si estuviera dormida. Pero puedo sentirla ahí, hirviendo bajo su piel, desafiante incluso cuando me deja cargarla. Es ligera como el aire, pero nunca he sido más consciente de alguien en mi puta vida.

Abro la puerta de nuestra habitación, la pongo en la cama y la observo caer contra las sábanas. Su falda se le sube por los muslos. Está suave y sin fuerzas después de su orgasmo, pero sigue siendo

mi chica salvaje. Siento como si hubiera ganado y perdido una batalla al mismo tiempo. Le desabrocho la cintura, le bajo la tela de la falda por las piernas, le quito las bragas también, y la miro tendida en la cama. Mi novia. Mi maldita obsesión. Su piel es dorada, suave. Quiero marcar cada centímetro como mío.

—Ven a la cama —murmura con sueño.

Recuerdo todas las noches que esperé hasta que estuviera dormida antes de deslizarme bajo las mantas a su lado, todas las mañanas que me escabullí antes de que despertara. Todo para negarle el placer de acurrucarse contra mi pecho, rozar mi cuello, sentir mis brazos a su alrededor. Me doy cuenta de lo idiota que he sido, castigándome a mí mismo junto con ella.

Al pensar en su padre vendiéndola para complacer a sus socios comerciales, el fuego envuelve mi corazón. No debería sorprenderme ya que así es exactamente como la conseguí. Pero ahora sé que ella no necesita castigo, necesita ser adorada. Reverenciada como la maldita reina que es.

Se gira de lado, apartándose de mí, mostrándome su precioso trasero redondo.

Esta noche, no esperaré. No más alejarme de mi propia esposa, dejándola sola y abandonada en una cama fría. A partir de ahora, ella obtiene todo lo que pueda soportar de mí. Me tiene por completo.

Me desvisto rápidamente, quitándome los pantalones y los bóxers como si estuvieran en llamas. Es demasiado hermosa para su propio bien.

Me acuesto a su lado y nos cubro a ambos con las mantas. Mi pecho desnudo contra su espalda. Mi polla dura y lista. Debería dejarla descansar, pero es imposible teniéndola tan cerca. Su cuerpo es una droga, y nunca he tenido la fuerza de voluntad para resistirme. Toco su cadera, siento su trasero contra mí, y joder, me estoy deslizando dentro de ella. Gime. Un sonido entrecortado y sin aliento. Está resbaladiza con semen y fluidos. Me presiono contra ella, queriendo enterrarme tan profundo que nunca pueda sacudirme.

Cada movimiento me acerca más al límite. Estoy tratando de aguantar. Mi mano recorre su piel, desesperada por sentir cada parte de ella. Su coño aprieta mi polla, estrecho y perfecto. Se siente mejor de lo que cualquier mujer tiene derecho. Estoy perdiendo el control, volviéndome loco. Presiono mi boca contra su cuello, mordiendo y chupando. Su cuerpo lo es todo. Ella se mece contra mí, gimiendo con cada embestida. Me siento salvaje y codicioso. Encaja conmigo como si estuviera hecha para esto, tomándome por completo con cada empuje.

Los sonidos que hace vienen directamente del infierno, y me está arrastrando con ella. Me dejo llevar por completo. Soy un animal, embistiéndola, respirándola. Ella se mueve más rápido, arqueando la espalda. Agarro su pecho, un salvavidas, mi pulgar en su pezón. Duro y perfecto. Grita y puedo sentirla destrozándose contra mí, húmeda y salvaje, empapándome. Me derramo dentro de ella, temblando, maldiciendo, dándole todo de mí. Ella me ordeña, mi semen derramándose en su interior.

Me desplomo contra su espalda. Mi respiración es agitada. Pero quiero quedarme justo así. Dentro de ella, mi cuerpo presionado contra el suyo, mi polla aún palpitando. Tal vez nunca debería dejarla fuera de mi vista. Tal vez debería mantenerla en la cama conmigo para siempre. Ella es mi chica. Mi maldito mundo. No sé cómo darle algo menos. Me quedo dormido dentro de ella, semi erecto y aún deseando más.

19

Eleanor

Leonardo yace enredado entre las sábanas, su pecho subiendo y bajando con respiraciones soñolientas. Sigue aquí, real y sólido en la luz gris de la mañana. Normalmente, me quedo con una cama vacía, preguntándome si se arrepiente de los lazos que nos unen. Pero hoy, está aquí. Absorbo el momento y el calor de su pecho bajo mi brazo extendido.

—No te veas tan feliz, nena —murmura, con la voz espesa por el sueño.

Me alejo rodando, luchando contra el calor que sube a mis mejillas.

—¿Quién dice que estoy feliz? Ocupas mucho espacio en esta cama, amigo.

Su sonrisa somnolienta dice que no se lo cree. Extiende la mano y me agarra antes de que pueda levantarme.

—Te gustan los mimos. No seas demasiado orgullosa para admitirlo.

—Ya quisieras —digo—. La única razón por la que me alegro de que sigas en la cama es porque significa que me ducho primero.

Me envuelvo en una sábana, quitándosela a él, y me deslizo fuera de la cama. Mis pasos son ligeros, cuidadosos. Mis dedos tropiezan con la puerta del baño. Miro hacia atrás, un vistazo rápido que no puedo evitar, y encuentro sus ojos sobre mí, entrecerrados y

conocedores. Mi pulso se acelera ante el silencioso desafío que hay allí, ante el recuerdo de su cuerpo.

—Es un poco tarde para hacerse la pudorosa ahora —su sonrisa es enorme—. Después de que me lo mostraste todo anoche.

Mis mejillas se calientan, y me doy la vuelta y escapo al baño.

Las baldosas están frías bajo mis pies, y tiemblo. Dejo que el agua se caliente y entro en la ducha, cerrando los ojos contra el vapor. Leonardo se escabullirá mientras estoy aquí, como siempre hace. Me alegraré cuando se haya ido. De verdad.

Pero entonces me sigue dentro, y su piel está caliente contra mi espalda.

—¿Vas a dejar algo de agua para mí? —dice, presionando sus labios contra mi hombro. Me giro para mirarlo, y me mira como lo hizo anoche, como si quisiera más de lo que puedo dar jamás. Tal vez por eso se quedó, para cobrar la deuda.

Trago saliva con dificultad, y su mirada se desliza sobre mí, siguiendo el agua mientras corre por mi cuerpo.

—¿Ves algo que te guste? —intento sonar audaz, pero resulta demasiado sin aliento, demasiado crudo.

—Estoy viendo todo lo que me gusta —dice, y mi corazón tropieza consigo mismo. Sus manos se mueven por mis brazos, mi cintura, como si me estuviera cartografiando, reclamándome. Contengo la respiración y la mantengo firme, porque cualquier sonido que haga me delatará. Inclino la cabeza hacia arriba, encontrando sus ojos y su desafío.

El jabón se me escapa entre los dedos, pero Leonardo lo atrapa.

—Aquí —dice, trazando espuma sobre mi piel—. Déjame a mí.

Su toque comienza lento, deslizándose por mi cuello, mis hombros. Luego más abajo, deliberado, avivando el calor con cada caricia. Me apoyo contra la pared de la ducha, temblando bajo sus manos. Sabe exactamente lo que está haciendo. La presión de sus dedos se desliza por mis caderas, mis muslos. Se arrodilla ante mí, lavándome centímetro a centímetro. Cuando sus manos se mueven entre mis piernas, el contacto me sacude, y me pierdo en una oleada de placer.

Mi pulso está acelerado, mi respiración entrecortada. Es demasiado, demasiado pronto después de anoche. Quiero alejarme, esconder cuánto lo deseo, cuán profundo he caído ya. Pero él me está observando, su agarre firme mientras me deshago.

—Joder —dice, con una sonrisa en la voz—. Eres increíble.

Casi le creo.

Leonardo se levanta, atrayéndome hacia él. La ducha está hirviendo, pero su piel está más caliente. Me sostiene cerca, su corazón latiendo contra el mío, y quiero decir algo, cualquier cosa, para romper el hechizo. Pero las palabras se enredan en mi lengua. Me besa, y finalmente recuerdo cómo respirar.

Su toque permanece en mi cintura mientras se extiende para enjuagar la espuma de su cabello. Piensa que ha terminado, que he tenido suficiente, pero se equivoca.

Lo presiono contra la pared, invirtiendo nuestras posiciones, queriendo hacerle sentir lo que no puedo decir. Me mira con un destello de sorpresa y calor. Su miembro está duro contra mi vientre, y me bajo a mis rodillas, tomándolo en mis manos. Su respiración se entrecorta, y lo deslizo en mi boca.

Su respuesta es eléctrica, una exhalación aguda que alimenta mi deseo. Me muevo con propósito, sintiendo cada pulso de él, el peso caliente de él en mi lengua. Se apoya en la pared, tratando de mantener el control, pero no se lo permito. Hoy no. Su cuerpo se tensa, y gime, bajo y desesperado, mientras se corre con fuerza, su liberación derramándose dentro de mí. Lo tomo todo, ansiosa y temeraria.

Cuando miro hacia arriba, sus ojos están oscuros, su sonrisa aún más oscura.

—Me toca a mí ducharme primero la próxima vez —dice, levantándome.

La promesa de una próxima vez flota entre nosotros, pesada y brillante. No sé qué hacer con ello, ni con la forma en que mi corazón salta ante la idea. Me atrae para otro beso, y es demasiado. La cercanía. El calor. No puedo dejar que sepa cuánto necesito esto. Cuánto lo necesito a él.

Así que en lugar de inclinarme hacia el beso, me aparto. Presiono mis manos contra su pecho y, con la más leve presión, lo empujo. Él me deja hacerlo. Lo dejo en la ducha, me envuelvo en una toalla tan rápido como puedo y luego camino de puntillas hacia el dormitorio para secarme. Sola.

El restaurante está repleto de cuerpos elegantes. Entro, con la amenaza del desastre pisándome los talones. Mi mente está llena de preguntas, pero las ahogo con la búsqueda de mi hermana. Quería que Leonardo me llevara, pero no pude encontrarlo, y fue Emilio quien finalmente cedió, inexpresivo en el asiento del conductor. Ahora estoy sola, escudriñando rostros. La encuentro junto a la ventana, con los ojos abiertos y temerosos, y toda la preocupación que he mantenido a raya se desborda en mí.

Mis zapatos resuenan demasiado fuerte en el suelo, atrayendo una atención que no deseo. Me escabullo entre los grupos de personas, con el corazón acelerado mientras acorto la distancia entre nosotras. Ella se pone de pie cuando me acerco, tucándose mechones de su suave cabello rubio dorado detrás de la oreja. Un vestido azul pálido cuelga suelto sobre su pequeña figura. Se ve frágil, más joven que nunca, y mi pulso se acelera con culpa. Su abrazo es fuerte pero tembloroso.

—Juliet —digo, abrazándola demasiado tiempo—, te he echado de menos. —Suena débil, una frágil cobertura para todo lo demás que necesito decir.

—Pensé que estarías con él —responde, su voz casi perdida bajo el bullicio—. ¿Cómo lograste escapar?

—Emilio me trajo.

—¿El gemelo callado?

—Ese mismo. Leonardo estaba... —Busco la palabra adecuada. ¿Ocupado? ¿Evitándome?— Ocupado.

Juliet frunce el ceño, con líneas de preocupación arrugando su frente. Mira a su alrededor como si esperara que él se materializara de las sombras. Me sorprende lo diferente que está, más nerviosa e insegura, una sombra de su habitual yo soñador.

Nos sentamos, y un camarero aparece antes de que esté lista, con los menús en la mano. Lo despido con un gesto, incapaz de pensar en comida. Mi mente está demasiado llena, zumbando como un cable eléctrico caído.

Juliet parece destrozada. —¿Qué pasa? —pregunto, manteniendo mi voz firme—. Dímelo.

Sus ojos color avellana brillan. Toma aire, pero es más como un estremecimiento. —Es terrible, Eleanor. Él... está peor que nunca. Ahora que te has ido, vigila todo lo que hago.

—¿Qué pasó?

Juliet baja la mirada a sus manos, retorciendo la servilleta.

—Encontró el dinero que estaba ahorrando para la universidad —dice, con la voz quebrándose—. Se lo llevó. Canceló todas mis solicitudes de verano. Creo que llamó a todas las escuelas para bloquear mi ingreso. Nunca me dejará ir. No me dejará hacer nada.

Cada palabra se hunde en mí como una piedra. Veo a padre, su fría sonrisa mientras me dice que me voy para ser una novia, un peón en su juego. No le importó entonces, y no le importa ahora. Enjaulará a Juliet mientras le convenga.

—No puede hacer esto —digo, pero mi convicción es débil—. No lo permitiré. Voy a encontrar una manera de sacarte.

Sus ojos buscan los míos, desesperados e incrédulos. —¿Cómo?

Agarro sus manos, detengo el retorcimiento, las sostengo firmes. —Los Rosettis tienen conexiones. Más que conexiones. Poder. Si puedo convencerlos de que ayuden...

Mis palabras se desvanecen, pero el pensamiento permanece. Lo último que quería para mi vida era una familia mafiosa, llena de violencia y crimen. Incluso cuando me casé, no quería formar parte de ello. Juré que nunca pediría nada, nunca les debería nada. Desde entonces, he formado lentamente amistades con Carmela, Matteo,

incluso con el callado Emilio y el temible Dom. Aún no he descifrado a Rafe, pero tenemos un respeto mutuo silencioso.

Luego está Leonardo. El recuerdo de anoche quema mi vacilación. ¿A quién engaño? Ya estoy metida hasta el cuello en esta familia.

Aprieto la mandíbula. —Ya se me ocurrirá algo. Te lo prometo.

Juliet parpadea, una sola lágrima se escapa. —¿Y si no puedes? ¿Y si estás atrapada allí, y yo estoy atrapada aquí, y nunca...?

—No —la interrumpo—. Ni siquiera lo pienses. Te sacaré. Cueste lo que cueste.

Ella asiente, un movimiento pequeño y poco convincente. Su fe en mí siempre ha sido ciega, pero nunca ha sido tan frágil. Nos sentamos en el bistró abarrotado, rodeadas de risas y extraños ajenos. El resto del mundo sigue adelante mientras el nuestro se desmorona.

—Eres tan valiente, Eleanor —dice, y suena como una acusación. Soy yo quien la dejó atrás.

—Tú eres la valiente. Resistiendo contra él todo este tiempo.

—No puedo resistir mucho más.

Su admisión me atraviesa, feroz e implacable. Aprieto mi agarre en sus manos y su esperanza. —Solo un poco más —digo—, y volveré. Lo juro.

Ella fuerza un asentimiento, pero se desmorona en un sollozo.

—Juliet —murmuro, apretando sus manos, tratando de anclarla a la promesa que apenas puedo mantener—. Sabes que no me habría ido si no pensara que te estaba protegiendo.

—Lo sé —susurra ella.

Sus palabras quedan suspendidas pesadamente entre nosotras. La miro y veo todo lo que dejé para proteger. Sus pequeñas manos en las mías. Su resolución llorosa. Veo todas las formas en que le he fallado y todas las formas en que aún podría hacerlo. Es un nuevo tipo de desesperación, uno que hace que mi imprudente promesa arda con más fuerza.

—No puedes decirle a padre que nos encontramos —le digo—. Ni que hablaste conmigo.

Ella vacila, y veo el miedo en sus ojos. No solo teme a nuestro padre. Teme que no vuelva. Su asentimiento es más bien una

pregunta. Duele verla tan insegura. Duele más saber que yo puse esa incertidumbre ahí.

—Te echo de menos —dice, y las palabras rompen algo dentro de mí.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de mantener la compostura. —Yo también te echo de menos. Pero pronto estarás conmigo.

La confianza que fuerzo en mis palabras es más de la que siento. La he dejado indefensa ante los caprichos de padre, de la misma manera que él me dejó indefensa ante Leonardo. Es una crueldad de la que nunca me creí capaz, pero aquí estamos.

Ella se muerde el labio, luchando contra las lágrimas. Es la misma lucha que yo estoy librando. Nos quedamos ahí sentadas, con las manos entrelazadas, nuestros planes derrumbándose a nuestro alrededor mientras el ruido del restaurante nos presiona.

—¿Cómo es? —pregunta, cambiando de tema—. Estar con los Rosetti. Estar con Leonardo. —La miro, sorprendida por la pregunta. Pienso en Leonardo, su tacto, su sonrisa salvaje. Mi corazón da un vuelco, y Juliet percibe el tropiezo—. Te gusta —dice. No es una acusación. No es una pregunta. Pero sí una sorpresa.

—Es complicado. —El eufemismo del siglo.

—¿Él lo sabe?

Niego con la cabeza. —No me gusta, ¿de acuerdo? Simplemente no lo detesto tanto como esperaba.

Su rostro se ilumina. —Bueno, eso ya es algo.

Sí, ciertamente es algo.

20

Leonardo

La llamada se conecta y escucho el caos silencioso de la ciudad a través de la línea. Bocinas. Pasos. Voces. —¿Dónde está ella? —No me molesto con cortesías—. Sé que te la llevaste.

Emilio suena como siempre, mortalmente tranquilo, y eso me enfurece aún más. —Relájate —dice, y casi puedo verlo poniendo los ojos en blanco. Me da una ubicación y ni siquiera espero a que termine antes de dirigirme allí. Eleanor. Al aire libre. Como si no fuera el premio más tentador en la ciudad de Nueva York. Como si los albaneses no estuvieran esperando para atraparla.

No puedo creer que Emilio sea tan imprudente. Conoce las reglas. Mantener un perfil bajo. Sin sorpresas. Se supone que ella debe estar en la mansión, aburrida hasta la muerte pero segura. No puedo protegerla si no sé dónde está. Mis nudillos se ponen blancos sobre el volante. Cuando llego a la calle 80, ya estoy pasando semáforos en rojo.

El coche apenas se detiene antes de que yo salga por la puerta. Ahí está. Emilio. Está de pie con la capucha baja, los hombros relajados y despreocupados como si tuviera todo el tiempo del mundo. Parece casual y despreocupado en la acera. Esperando un autobús. Como si fuera solo otro transeúnte y no la razón por la que mi sangre está hirviendo, mis puños apretándose. Soy una tormenta

furiosa comparado con su estúpida calma. Apenas me dedica una mirada, y mi ira se desborda.

Doy cuatro zancadas largas y duras, y estoy sobre él, dejando que mi puño hable. Conecta con su cara, y siento la satisfacción del impacto mientras todo lo que he reprimido se desata.

Cae al pavimento, con fuerza. La sangre gotea de su nariz, un lento hilo rojo, pero ni siquiera parpadea. Solo yace allí en el concreto. Me cierro sobre él, con el pecho agitado, tratando de contenerme, pero todo lo que veo es Eleanor. Todo lo que veo es lo jodidamente imprudente que es esto. No puedo mantenerla a salvo si no sé dónde está. La veo arrebatada de mí de una docena de maneras violentas, y no puedo permitir que suceda.

—Eso es por poner en riesgo la seguridad de mi esposa —digo. Me mira, y espero su inevitable comentario sarcástico.

Emilio se limpia la nariz con la manga y se encoge de hombros, como si recibir un golpe fuera parte de su plan desde el principio. —Vaya, creo que rasgaste mi buena sudadera —dice, empujándose sobre un codo.

Meto la mano en mi bolsillo y le lanzo un rollo de gasa y una botella de antiséptico. —Eso es porque eres familia.

Me doy la vuelta antes de que pueda decir otra palabra, antes de que la ira me aplaste.

A través de la ventana del bistró, la veo. Eleanor. Se ve... feliz. Como si estuviera teniendo un día normal, un almuerzo normal, con su hermana. Incluso detrás del cristal, incluso con las manos extendidas sobre la mesa y la sonrisa, lo veo. Pero no está donde pertenece. No donde puedo protegerla.

Me quedo mirando, y es todo lo que me mantiene entero. Observándola. Viendo cómo la luz golpea su cabello y la forma en que sus dedos giran ese anillo que siempre lleva. Cada segundo se siente como una eternidad, hasta que finalmente, se pone de pie.

Sé el momento en que me ve. La sorpresa. El repentino cambio en su rostro. Pasa de suave a duro en un instante. Como hielo formándose. Mantengo la mirada. No parpadeo. Le dice algo a su hermana y se mueve hacia la puerta. No aparto los ojos de ella.

Luego está en la acera, y la distancia se cierra. Eleanor se detiene, inclina la cabeza como si no pudiera creer que realmente estoy allí. Sus brazos se cruzan, aferrando un suéter blanco contra su pecho. La postura es todo desafío, pero sus ojos traicionan el resto. Se encuentran con los míos, azul hielo y ardientes, y estoy lo suficientemente cerca para ver el desafío en ellos. No está huyendo. Pero tampoco está exactamente corriendo hacia mí.

Asiento hacia el coche, la invitación y la orden en el mismo movimiento de mi barbilla. El Cadillac está estacionado justo enfrente, las luces de emergencia parpadeando. Ella levanta las cejas ante él, ante mí, ante la ilegalidad de todo, luego cruza los brazos con más fuerza.

—¿Dónde está Emilio? —Su voz es lo más afilado en esta calle. Precisa. Sin palabras desperdiciadas.

—Arreglándose la nariz —digo. Ni siquiera se inmuta.

Abro de un tirón la puerta del pasajero. —Entra —le digo.

Pero Eleanor es Eleanor, y por supuesto que no lo hace. Da un solo paso deliberado hacia adelante, se detiene antes del coche y deja que la pausa se prolongue. Su aliento nubla el aire, solo por un segundo. Lo veo desaparecer antes de que finalmente entre. El golpe de la puerta resuena a través de mí.

Me deslizo en el asiento del conductor. El aire está cargado, electrizado por el silencio. Me incorporo al tráfico, y es Eleanor quien habla primero.

—¿Qué fue eso, exactamente? —pregunta. Su tono es más hielo que fuego—. ¿Otra demostración de la falta de autocontrol de mi marido?

Agarro el volante como si fuera lo único que me impide explotar. —No deberías haber estado allí.

—¿Tomando café? Qué horror. —Sacude la cabeza. Su cabello cae suelto, y por un segundo, pierdo el enfoque.

—Sabes a lo que me refiero —digo—. No es seguro. No con los albaneses husmeando por ahí.

La risa de Eleanor es seca. —Debes estar tan aliviado de que no esté huyendo. —Gira la muñeca, y veo el anillo de nuevo, girando,

girando—. No rompí ninguna de tus preciosas reglas, Leonardo. Salí por una hora. Con mi hermana.

Es mi turno de reír, aunque suena áspero, amargo. —Mentir por omisión sigue siendo mentir. Correr hacia tu hermana sigue siendo correr.

Su boca se tensa en una línea, y casi me arrepiento de las palabras. Casi. Pero no lo suficiente como para retirarlas.

—Deja de tratarme como una idiota —dice, y puedo escuchar la ira rompiendo el hielo en su voz—. Deja de actuar como si fuera de tu propiedad.

Tomo un respiro, lo siento arder en mi pecho. —Te estoy manteniendo con vida, Eleanor.

—Todavía estoy respirando, la última vez que revisé.

—Eso puede cambiar —digo—, en un segundo. Si no tienes cuidado.

Sus ojos se entrecierran, y siento que me lee como a uno de sus diamantes. Cada defecto, cada debilidad, a la vista. —Puede cambiar aunque tú no lo hagas —dice, suave pero segura.

—¿Crees que esto es una broma? —pregunto finalmente—. No son aficionados, Eleanor. ¿Crees que no vendrán a por ti?

Puedo oír su respiración, tranquila y constante. —Entonces supongo que deberías haberme puesto un dispositivo de rastreo.

—No me des ideas.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, y es Eleanor quien rompe el silencio esta vez. —Tal vez quería que vinieras a buscarme. —Miro fijamente la carretera, sin confiar en mí mismo para hablar—. O quizás —dice, retorciendo el cuchillo un poco más profundo—, quería ver si lo harías.

El Cadillac se detiene suavemente en el semáforo. Me vuelvo hacia ella, obligándola a mirarme a los ojos. —Te equivocas, ¿sabes? Has roto la regla más importante de todas. —Ella no responde, pero lo veo en sus ojos. El desafío da paso a la confusión, luego a la curiosidad—. No tienes ni idea de cuál es, ¿verdad? Es esta: No seas imprudente con tu puta vida, Eleanor.

Sus labios se aprietan en una fina línea. Mira por la ventana, y yo espero. Espero a que se canse del juego, de fingir que no sabe

exactamente lo que significa para mí.

El semáforo cambia, y el coche acelera. La ciudad se difumina a nuestro alrededor. —Te encanta lo imprudente —dice finalmente—. Eso te define perfectamente. Leonardo Rosetti, el joven impetuoso. Imprudente es tu segundo nombre. —Está jugando con el anillo de nuevo, sus dedos moviéndose rápidamente.

Agarro el volante con tanta fuerza que es un milagro que no se rompa. Las palabras salen más ásperas de lo que pretendo, porque no puedo evitarlo, porque estoy perdiendo la cabeza. —No cuando se trata de ti.

Da en el blanco. Puedo notarlo por la forma en que sus dedos se congelan, a medio giro, y luego empiezan de nuevo, más lentamente esta vez. El coche está en silencio, la pelea se desvanece en algo más suave. Ella no dice nada, pero no es necesario. Lo veo en sus ojos, en la manera en que se vuelve para mirarme, la ira desvaneciéndose.

No hablamos el resto del camino. Pero por primera vez, no se siente como una guerra.

21

Eleanor

Il Lusso se alza ante mí, todo elegante y exclusivo. Entro sola, si no cuentas la media docena de sus hombres que me flanquean mientras cruzo las puertas.

Dentro, el club huele a licor caro. A esta hora tardía, está ruidoso, la música retumba como un pulso colectivo. Las miradas se vuelven hacia mí. Una mujer pasa, su vestido tan ajustado que me pregunto si puede respirar. Llevo mi blusa de seda negra y pantalones de estampado de leopardo, mi armadura, el lápiz labial rojo oscuro mi única concesión a las exigencias de Leonardo de que me arregle. Lo escucho en mi cabeza: *Ven a Il Lusso. No me hagas pedírtelo dos veces.*

Esta es mi primera vez aquí, y debo admitir que siento curiosidad. Suelos de mármol y luces tenues, todo dorado y opulento. Paso por el bar, hombres en traje riendo, mujeres colgadas de ellos. Un guardia se pega a mi lado como pegamento, los otros se quedan unos pasos atrás.

Al otro lado de la sala, veo a Leonardo sentado con un grupo de hombres que no reconozco. Me dirijo hacia ellos, sin invitación. Imparable.

Hay un momento de silencio cuando me acerco. Algunos de los hombres no saben qué pensar de mí. ¿Está aquí para observar? ¿Para ayudar? ¿Para asegurarse de que el trato de su padre se

mantenga? Ignoro sus miradas, y luego estoy de pie junto a la mesa, al lado de Leonardo, mirándolo directamente a los ojos.

Soy la primera en hablar. —¿Hay espacio para una más? —Tomo la silla antes de que tengan tiempo de responder, un movimiento audaz que los desconcierta, dejando claro que no tengo miedo. Si Leonardo me espera aquí, espero ser escuchada. Soy más que solo mi lápiz labial.

La conversación se reanuda. Drogas. Pagos. Nadie se contiene por mi presencia. Un hombre se recuesta, su voz baja, deliberada. —Con el comisario de policía fuera del juego, la próxima entrega debería ser suave.

Leonardo los observa, me observa, sus ojos vivos y chispeantes. Levanta su bebida y habla por encima del ruido. —Los irlandeses se echaron atrás. Los rusos también. Nadie quiere ponernos a prueba ahora, no con los albaneses husmeando alrededor.

—¿Y qué hay de Price? —pregunta uno de los hombres—. ¿Sigue en juego?

La mirada de Leonardo se clava en la mía. —El padre de Eleanor no es un problema —dice, demasiado calmado—. Nuestro acuerdo sigue en pie.

No lo dice en voz alta, pero lo escucho de todos modos: Tú eres la garantía.

Todos me miran ahora, estudiando, preguntándose. Sostengo cada mirada hasta que la apartan. Leonardo observa esto, me observa reclamar un espacio que creen que no merezco. Probablemente piensan que soy demasiado blanda, pero lo que no ven es la sangre bajo mis uñas. La de mi padre, la mía. Nunca quise nada de esto, pero sobreviviré. Tengo que hacerlo, si quiero la ayuda de los Rosetti para rescatar a Juliet.

Pasa una hora, tal vez más. La tensión disminuye pero nunca desaparece. Raffaele aparece, tarde, sus guantes negros brillando mientras le da una palmada en la espalda a Leonardo. Rafe es el hermano que menos conozco, pero aun así es agradable tener otra cara familiar alrededor de la mesa. Leonardo le lanza una mirada dura a su hermano. Ya he aprendido este lenguaje. Está descontento. —¿Cómo estuvo Jersey?

Raffaele se encoge de hombros. —Ahora saben quién controla los puertos.

Leonardo cierra la reunión, sin más preguntas, sin lugar a dudas. Sus hombres se dispersan, Raffaele se dirige al bar, y ahora somos solo nosotros dos.

Se pone de pie, asiente hacia la parte trasera del club, un lugar al que aún no he ido. —Vamos.

Lo sigo más allá de la pista de baile, a través de la multitud. La gente se aparta de su camino. El bajo vibra a través de las suelas de mis botas, hasta mis huesos, sacudiendo algo suelto. Me siento como un fantasma, desconectada de mi cuerpo, flotando detrás de él mientras las luces parpadean y la música retumba. Su mano está en mi muñeca, guiándome, pero el agarre es suave, casi como si le importara.

Llegamos a una habitación de paredes de cristal, un capullo austero e insonorizado. El resto del club gira a nuestro alrededor, pero estamos separados, dentro de nuestro propio mundo. Cierra la puerta detrás de mí, y siento el silencio como un puñetazo en el pecho. Hay un sofá largo y una mesa baja. Una sola silla, de espaldas al cristal. Me hace un gesto para que me siente, pero no lo hago. No estoy aquí para obedecer.

—Pensé que armarías más escándalo —dice, observándome mientras sirve dos tragos. Whisky, del bueno. Huele como el estudio de mi padre.

—Hice mi mejor esfuerzo —bromeo—. La próxima vez haré una sugerencia sobre a quién venderle armas. Conozco a algunas personas con grandes fortunas.

Se sienta en la silla y cruza una pierna sobre la otra. Por ahora, él tiene el control, pero hay una tensión en su postura, una cautela en la forma de su mandíbula.

—No perteneces al mundo del crimen, Eleanor.

Camino hacia el pequeño bar, me sirvo un trago y me apoyo contra la pared de cristal, observando cómo el club gira y se agita debajo de nosotros. La música está distante, como bajo el agua. Leonardo da un largo trago a su vaso, sus ojos nunca dejando los míos.

Las palabras duelen. Me recuerdan quién se suponía que debía ser. Una buena chica con una buena educación que hacía cosas buenas. No una criminal. —Tú tampoco, una vez.

La bebida se detiene a mitad de camino hacia sus labios. He tocado una fibra sensible. Bien. Su voz es áspera.

—¿Crees que me conoces?

—Sé que estás bebiendo más de lo habitual.

Hace girar el líquido ámbar, observándolo subir y bajar.

—No sabía que te importara.

—No me importa —digo, pero él ve a través de mi mentira. Lo noto en la forma en que su mirada se detiene en mí, escudriñando, desafiando.

Se levanta, se acerca, más de lo que esperaba. Puedo ver el pulso en su garganta, el calor en sus ojos. Mi propio pulso se acelera, me traiciona, pero mantengo mi voz firme.

—Me miras como si fuera frágil —digo—. Estás equivocado.

—Demuéstralo.

Me aparto de la pared, dejo la bebida sobre la mesa. No le tengo miedo, pero hay una ferocidad en él ahora, un hambre, que me hace dudar. Busco una distracción y la encuentro. Una cicatriz blanca cruza el dorso de su mano, y la toco, deslizo mis dedos a lo largo de ella.

—¿Esto —pregunto—, por ser descuidado?

Guarda silencio. Luego:

—Algo así.

Es la primera cosa que no me ha contado, la primera barrera. No puedo dejar que se mantenga.

—¿Y?

Toma una respiración profunda, y cuando la suelta, la historia viene con ella.

—Me la hice en la escuela —dice, como si no fuera nada—. Solía ser débil.

No le creo. No puedo. Me lo imagino de niño, pequeño, vulnerable. No encaja. Intento unir las piezas.

—¿Te acosaban?

Se encoge de hombros, y eso dice más que las palabras. No lo admitirá, pero tampoco lo niega.

—El más pequeño de la familia. Eso más el apellido familiar, me convertían en un blanco fácil.

—El gran Leonardo Rosetti —digo, medio en broma, medio en serio—. Quién lo hubiera imaginado.

—No era tan grande en ese entonces. —Su mandíbula se tensa, y hay ira ahí, vieja y quebradiza, como un hueso que nunca sanó—. Esto me lo gané —dice, señalando la cicatriz—, y cosas peores. Un día, un grupo de chicos me atacó en el vestuario. Me golpearon tan fuerte que pensé que moriría.

Hago una pausa, paralizada ante la horrible imagen.

—¿Qué hizo tu padre?

Su risa es seca, sin humor.

—Me dijo que si era débil, no merecía el apellido Rosetti.

Me lo imagino. Una versión más pequeña y joven de Leonardo, golpeado y magullado, tirado en el suelo del vestuario. El viejo Sal sin hacer nada para ayudarlo. Mi sorpresa se vuelve amarga. No es lástima, no exactamente.

—Pero te hiciste fuerte.

—Me hice intocable —corrige, su voz afilada, haciendo eco en el cristal—. Entrené como un maldito boxeador. Para que nadie pudiera intentarlo de nuevo.

Lo miro, realmente lo miro, y no veo a un hombre hecho de hierro y rabia. Veo al chico que pensó que moriría en ese vestuario. Lo veo estremecerse, una vez, y luego endurecerse, esperando que yo diga algo cruel. Esperando que me aleje. Pero sigo aquí.

—Incluso ahora —digo, suave pero segura—, sigues luchando.

Algo en él se quiebra. Cierra la distancia entre nosotros y agarra mis hombros, me atrae hacia él. Hay una urgencia en ello, una necesidad que no había visto antes.

—No intentes arreglarme, Eleanor.

Sostengo su mirada, igualo su intensidad.

—Tal vez no estés roto.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, sólidas como piedra. Toma mi mandíbula, su pulgar acaricia mi mejilla, y el

toque es posesivo, reconfortante, más real que cualquier cosa. Cuando me besa, no es suave. Es contundente, hambriento, como si estuviera tratando de recuperar el control. Como si estuviera tratando de probarse algo a sí mismo.

No puedo evitarlo. Devoro su beso y su dolor y celos, y solo aviva el fuego dentro de mí.

22

Leonardo

Eleanor está de pie frente al campo de tiro. Aquí es diferente: aguda, concentrada y casi libre. Me desconcierta. Sin nervios, sin titubeos. Me apoyo contra la vitrina de armas, con los brazos cruzados, dueño del lugar pero no de ella. Veo cómo su boca se tuerce en una pequeña sonrisa, lo suficiente para mostrar que sabe lo que está haciendo.

La traje aquí para enseñarle a usar un arma y ver si puede sostener una y hacerlo en serio. Adelanto: puede.

Los últimos días han estado llenos de sábanas enredadas, noches calurosas y el coño empapado de mi esposa. Casi puedo olvidar que existe el resto del mundo cuando estamos juntos. Pero entonces recuerdo a los albaneses, cómo han notado mi debilidad, y que ella lo es. Necesita aprender a protegerse.

El aire está cargado de pólvora, cuero y sudor. La mayoría de los campos de tiro están iluminados como centros comerciales, con luz fluorescente rebotando en cada superficie, pero nosotros lo mantenemos tenue. La mayoría de los tiroteos no ocurren en condiciones perfectas, y conviene estar preparado.

Generalmente está vacío a esta hora del día, por eso lo elegí. Aquí es donde vengo a entrenar y despejar mi mente.

Ahora, sin embargo, es el escenario de Eleanor. El espacio no se parece en nada a los lugares elegantes a los que se supone que

pertenece, pero lo domina como si hubiera nacido aquí.

Eleanor examina la línea de armas, sus dedos rozándolas con confianza. Es un lado de ella que la mayoría de la gente nunca ve, y no puedo apartar la mirada. Inspecciona una pistola, levantándola con cuidado deliberado.

—¿Crees que no puedo hacer esto, verdad? —desafía, su voz tan firme como sus manos. Me sorprende, más de lo que me gustaría admitir. Observo cómo introduce el cargador en su lugar, el movimiento suave y practicado, sus ojos fijos en la tarea—. Obsérvame —añade, encontrando mi mirada con un desafiante alzamiento de barbilla.

Se para en la línea, como si fuera dueña del mundo entero y yo solo un intruso. Sus movimientos son rápidos y ágiles, su concentración inquebrantable. Amartilla el arma con facilidad antes de girarse y levantar la pistola para apuntar. Maneja el arma como si lo hubiera hecho mil veces, lo cual me desconcierta tanto como me impresiona. Su precisión es inquietante e impresionante, un recordatorio de que la he subestimado.

La postura de sus hombros es elegante, desafiante. Recuerdo haber pensado que era una princesa de cristal, frágil y quebradiza. Vaya, qué equivocado estaba.

Esperaba dudas. Miedo. Pensé que se estremecería con el ruido, que parpadearía para alejar el humo. Pero cada apretón del gatillo es más preciso que el anterior. Más determinado. Eleanor no vacila; crea su propio espacio y lo llena. No debería molestarme, pero lo hace. No la habilidad, sino la sorpresa. No me gusta no saber qué esperar. La hija de un comerciante de gemas, envuelta en diamantes, el precio por su preciosa Juliet. No se suponía que fuera una luchadora.

Pero el fuego en sus ojos dice lo contrario.

Sus disparos son limpios, precisos. Recarga como si lo hubiera estado haciendo toda su vida. Como si no solo hubiera aprendido, sino dominado. Sacudo la cabeza con admiración.

Mi voz corta la siguiente ronda.

—No te tomaba por una chica de armas, esposa.

Apenas me mira. Sus dedos trabajan la munición con una precisión silenciosa y feroz.

—No te tomaba por un hombre que subestima a la gente —su tono es suave, con un toque de burla.

Es un desafío. Un juego.

Estoy a su lado antes de que dispare de nuevo, observando la seguridad con la que apunta. Esperaba a alguien que necesitara enseñanza. Corrección. No esto. No alguien que no espera mi aprobación, que ya sabe lo que está haciendo.

Eleanor sigue disparando, pero veo la tensión en su cuello. Es consciente de mí. Más de lo que deja ver.

—¿Quieres ayuda con eso? —pregunto, mi voz casual, sabiendo que la irritará.

—Puedo manejarlo —ni siquiera hace una pausa.

Dejo que el aire se asiente a nuestro alrededor, que el calor entre nosotros aumente. Luego estoy detrás de ella, cerrando el espacio. La manera en que su espalda se tensa me dice que está lista para la pelea pero no para el calor de mi cuerpo contra el suyo. Mi mano se cierra sobre la suya, ajustando su agarre. Escucho la rapidez de su respiración. La siento.

—Estás tensa —digo, cerca de su oído.

Inhala bruscamente, pero sus manos permanecen firmes bajo las mías.

—Estoy bien.

No me muevo. Mi voz se vuelve más baja, casi un susurro.

—Estar bien no te mantiene con vida.

Se estremece, y sé que no es miedo. Retuerce algo dentro de mí, la forma en que su cuerpo reacciona incluso cuando su mente se resiste. El arma se dispara de nuevo, un tiro perfecto.

Me echo hacia atrás ligeramente, lo suficiente para observarla. La opresión en mi pecho es nueva, desconocida.

—¿Quién te enseñó a disparar?

Una pausa. Se extiende entre nosotros como un desafío.

—Nadie —dice finalmente—. Me enseño las cosas yo misma.

Aprieto la mandíbula. Es desafiante, inflexible. No debería gustarme, pero me gusta.

—No deberías haber tenido que hacerlo —mi voz es plana, pero el aire entre nosotros cambia.

Dispara otro tiro, su cuerpo absorbiendo el retroceso.

—Si mi padre se entera de que disfruto algo, puede usarlo como herramienta de manipulación —Eleanor baja el arma. Sus movimientos son lentos, deliberados. No se gira para mirarme—. Todo lo que amo me lo quitan. Mi madre. Mi libertad. Mi maldito gato —se le escapa una risa seca, frágil en los bordes—. Así que dejé de amar las cosas.

La forma en que lo dice corta más profundo de lo que debería. Como si ya hubiera aceptado la pérdida como inevitable.

—¿Es por eso que también mantienes a tu hermana a distancia? —presiono, sabiendo que dolerá.

Se queda inmóvil, y sé que he tocado un nervio. La mirada que me da es fuego y hielo, feroz y frágil a la vez.

—Mantengo a Juliet lo suficientemente cerca para protegerla. No lo suficientemente cerca como para perderla.

Lo entiendo demasiado bien.

Quiero decirle que no es la única que ha aprendido esa lección. Que no soy solo el monstruo que ella cree que soy. Pero no soy el hombre para curar heridas. En su lugar, dejo que el silencio se llene con cosas que no digo.

Luego doy un paso adelante, invadiendo su espacio. Mis dedos se curvan bajo su barbilla, inclinando su cabeza hacia arriba. Su pulso se acelera bajo mi pulgar. La forma en que se dispara me dice que no soy el único que siente esto.

—¿Crees que el amor te hace débil? —pregunto.

Ella no responde, pero el destello en sus ojos me desafía a seguir hablando.

Bajo la voz, haciéndola oscura y áspera. —Te equivocas. El miedo te hace débil. El amor te hace peligrosa.

Ella inhala bruscamente, pero no aparta la mirada.

Mis labios rozan su mandíbula, lo suficientemente cerca para reclamarla pero sin llegar a tocarla. Una promesa. Una advertencia. Mi boca se mueve cerca de su oído. —¿Quieres ser intocable, Eleanor? Entonces deja de actuar como alguien que ya ha perdido.

Ella exhala, temblorosa, casi una risa. —Y tú deja de actuar como alguien a quien no le importa.

Eso duele. Porque tal vez sí me importa.

Mi teléfono vibra, rompiendo la tensión como un cable demasiado tenso. Lo ignoro, observándola. El hechizo se rompe, pero la atracción no. Negocios, realidad. Distracciones que no quiero.

Ella se aleja primero, cauta y elegante. Veo el momento en que la máscara fría vuelve a su lugar, la armadura que lleva como una segunda piel. Esto fue vulnerabilidad, y ella lo odió. Yo también lo entiendo.

La observo moverse por el campo de tiro, fluida pero distante. Mi mandíbula se tensa. Se está deslizando bajo mi piel. Y no sé si puedo detenerla.

23

Eleanor

El grito rompe el aire antes de que los hombres siquiera lleguen a la habitación. Entonces la puerta de la cocina se abre de golpe y dos guardias entran apresuradamente con un hombre medio arrastrado entre ellos. Lo llevan como si fuera carga, y está cubierto de sangre. Su rostro es un desastre, y la mitad de su camisa está manchada de rojo. Parece un peso muerto, desplomado y a punto de desmayarse, y no tengo idea de quién es ni por qué lo han traído aquí.

El alboroto es ensordecedor. Las ollas caen al suelo con estrépito. Los platos se hacen añicos. El personal de la cocina grita, tropezando unos con otros mientras corren hacia la salida. Él es pesado, apenas consciente, y los guardias lo dejan caer sobre la encimera como si tuvieran cosas más importantes de las que preocuparse. Como irse. Como salir de mi vista antes de que Leonardo los atrape conmigo. El rojo empapa los pantalones del hombre, extendiéndose rápidamente.

Entonces solo quedamos Carmela, yo y el hombre sangrando en la cocina de la mansión Rosetti.

—¡Traigan a Leonardo! —grito, pero es inútil. Ninguno de los hermanos está en casa.

—Eleanor —suspira Carmela, pareciendo más preocupada por mí que por el pobre hombre desangrándose sobre la encimera.

Como si no hubiera visto hombres sangrando antes.

Tenía quince años. Acababa de volver del ballet, lista para ducharme. Las zapatillas de punta colgadas sobre mi hombro aún estaban rosadas y perfectas, intactas por la suciedad, al igual que yo. Entonces los gritos resonaron por la casa, no agudos, sino bajos y urgentes. Recuerdo haberme quedado paralizada, dejando caer todo en un montón. La voz de mi padre me golpeó como una orden. *Eleanor. Ven aquí*. Lo encontré en el pasillo, tranquilo y controlado, sosteniendo a un hombre sangrando como si fuera solo otro día en la oficina. Nunca antes había visto este lado de su negocio. Siempre me había mantenido resguardada, a Juliet protegida. Protegidas en nuestra bonita jaula. No como esta vez. Esta vez, me llamó para que me acercara.

Recuerdo el rojo extendiéndose por las manos de mi padre mientras las presionaba contra el costado del desconocido. La sangre era tan oscura que casi parecía negra, aterradora y pegajosa. Otro hombre lo estaba ayudando a cargar al desconocido, y estaba segura de que este sabía cómo manejarlo. Era un forastero. Un profesional. No como yo. Yo sabía de danza y piano y las palabras correctas para una nota de agradecimiento. No sabía de esto. *Trae a Eleanor aquí*, dijo de nuevo, aún más frío esta vez.

Lo odiaba. Lo odiaba por empujarme a esto sin advertencia. Me odiaba a mí misma por sentirme débil, inútil, asustada. Pero sobre todo, odiaba ver lo fácil que era para él tocar la sangre, tomar el control, pensar en ello como si no fuera nada. Me hacía sentir pequeña. *Necesitas aprender, Eleanor. ¿Qué pasará si no estoy aquí la próxima vez?* Ni siquiera me miró mientras lo decía. Pero aprendí.

—¿Estás bien, cariño?

Le lanzo a Carmela la mirada de desprecio que su preocupación merece. Como si no supiera qué hacer. Carmela debería saber mejor. Todavía lo odio, pero ya no tengo quince años, y no soy pequeña. He aprendido lo suficiente para tomar el control, y no voy a perder la calma cuando hay trabajo por hacer.

El hombre en la encimera lucha por mantenerse consciente. No dudo en rasgar el denim para ver dónde está herido.

—¡No lo toques! —La voz de Carmela se eleva en pánico cuando pongo una mano en la pierna del hombre.

Me echo hacia atrás bruscamente. —¿Por qué no? —exijo, con frustración en mi voz. La reacción de Carmela me hace dudar, inquieta, preguntándome si sabe algo que yo no. Me mira con ojos muy abiertos, como si yo fuera la que debería saber mejor.

—Porque —dice, como si la palabra debiera ser suficiente para protegerme—. Por la regla de Leonardo.

La miro, incrédula. —¿Su regla?

—No tocar a otros hombres, Eleanor. —Está tan enfática como nunca la he visto, y su voz tiembla mientras mira al hombre y luego a mí. No está preocupada por él; está preocupada por lo que Leonardo hará.

—Tienes que estar bromeando, Carmela. —Mi voz es un apretado resorte de irritación—. Podría morir si no lo trato.

Carmela no lo entiende. Ella no sabe lo que es crecer con tu padre actuando como si solo sirvieras para sonreír y tomar el té. Yo lo sé. Lo sé porque lo he vivido. Pero estoy cansada de que me traten como si fuera de cristal.

—*Morirá* si Leo te atrapa con tus manos sobre él —responde Carmela, como si eso pusiera fin a la discusión.

Le digo bruscamente que se calle. Puede que tenga razón, pero la vida de este hombre está en mis manos ahora mismo. No puedo dejarlo desangrarse en esta encimera estéril. —Ve a buscar el botiquín de primeros auxilios —le digo—. Y el whisky.

Carmela duda, como un pajarillo asustado. Toma aire, el pánico evidente en su voz. —¿Estás segura de esto, Eleanor?

No, no lo estoy. —Sí. ¡Ve!

Es rápida para irse, pero más rápida para volver. Sus rizos rebotan y sus ojos verdes están muy abiertos. Está ansiosa, pero sigue siendo la única ayuda que tengo. Rebusco en el botiquín, maldiciendo a Leonardo y a los otros hermanos por no estar aquí.

—¿Fueron los albaneses quienes te hicieron esto? —le pregunto al hombre mientras recupera la consciencia momentáneamente.

Asiente y luego se desploma contra la encimera, inconsciente.

—Maldición —siseo.

Echo un vistazo por la ventana y veo guardias flanqueando la propiedad, uno de ellos hablando por su dispositivo de comunicación. Parece que tienen la propiedad bajo control, así que al menos estamos a salvo por ahora. Pero sería bueno saber cómo este hombre se hizo esa herida... y dónde. ¿Están los albaneses justo afuera, escondidos entre los árboles? Ya están compitiendo con los Rosetti en el comercio de gemas, y tengo la impresión de que no les importa jugar sucio. Y sangriento.

No tengo tiempo para preocuparme por eso, solo para detener el sangrado. Pulsa desde su muslo. Agarro a mis mejores amigos —el cuchillo y el whisky— y no me detengo a pensar antes de ponerme manos a la obra.

—Va a matarlo —repite Carmela. No lo dudo. Mi marido posesivo va a explotar. Se volverá loco. Podría atravesar el cráneo de este chico con su puño antes de que se detenga el sangrado.

—Primero tenemos que mantenerlo con vida —digo.

Vierto whisky sobre la pierna, lo suficiente para que grite. Es mejor que la inconsciencia. Mejor que muerto. Es incluso más joven de lo que pensaba. Apenas mayor que Carmela. Una vez que la herida está limpia, presiono toallas de cocina limpias sobre ella, deteniendo el sangrado.

—¿Conoces a este chico? —le pregunto a Carmela.

Ella asiente. —Marco.

Coloco una mano en la mejilla del hombre. —Quédate conmigo, Marco. Lo estás haciendo bien. —Me vuelvo hacia Carmela—. Mantenlo tranquilo. Y despierto. —Luego vuelvo mi atención a la pierna.

Carmela mira fijamente las toallas, y sus ojos se agrandan. —Eleanor —dice. Es todo lo que tiene que decir. Veo lo que ella ve. Sangre. Tanta que podría ahogarme en ella.

Estoy superada.

Estamos gritando al mismo tiempo, pidiendo ayuda a alguien, a cualquiera, cuando Leonardo irrumpe. —Eleanor, ¿qué coño? —Sus ojos están sobre mí, y arden de rabia. Con fuego. Con acusación.

Cruza la cocina en segundos, me mira, mira al hombre que sangra, vuelve a mirarme.

—¿Por qué estás tocando a Marco? —Su voz es mortalmente calmada.

—Le estoy salvando la vida.

—Estás rompiendo una regla.

—¡Para evitar que muera! —Ahora soy yo la enojada, mi voz adquiriendo un tono duro—. Por el amor de Dios, Leonardo, no me estaba acostando con él. Estaba evitando que se desangrara.

Leonardo mira al hombre. —De todos modos está muerto. —Levanta el puño, pero antes de que pueda golpear, agarro su brazo.

—Por favor —susurro—. No hagas esto. No la tomes contra él. Castígame a mí, si debes, pero por favor déjalo en paz.

Leonardo me mira, la ira ardiendo detrás de su mirada. —Bien. Pero recuerda. —Se inclina y susurra en mi oído—. Tú lo pediste.



Leonardo me espera cuando salgo de la ducha, con una toalla apretada en su puño. El agua gotea de mi cabello y piel, formando charcos bajo mis pies en las baldosas. Estoy resbaladiza y en carne viva por el vapor y la descarga de adrenalina, y el castigo de mi marido es más dulce de lo que imaginé. Su cuerpo está tenso, los músculos apretados. Sus ojos, cuando me encuentran, arden de deseo y acusación.

Debería sentirme preocupada, sabiendo cómo es él. Debería sentirme arrepentida, sabiendo cómo he roto su regla. Pero no me siento arrepentida, y no me siento preocupada. Siento un dolor en lo bajo de mi vientre y una sonrisa tirando de mis labios.

—¿En serio, Leo? ¿Un castigo por salvar la vida de Marco? —Levanto las cejas, adorando lo cerca que está de quebrarse. Adorando cómo quiere hacerme pagar.

—Sí, un castigo —dice, su tono enojado, pero escucho la necesidad debajo. Es áspera y profunda, y las palabras se filtran en mí, me vuelven febril, me hacen doler más. Sé que esto es más que la emoción habitual, el filo habitual. Quiere enseñarme. Quiere hacerme recordar la lección—. Para que nunca olvides las reglas de nuevo.

Me acerco. —¿Quién dijo que las olvidé?

Él también da un paso, y las baldosas están frías contra mi espalda.

La toalla cae de su puño, y por un momento, planeo burlarme de mi marido por olvidar tan rápido la dulzura de sus amenazas. Un momento es todo lo que obtengo. La burla muere en mis labios, tragada por el beso de Leo mientras me baja al suelo de baldosas. El sol golpea a través de las ventanas, volviendo el espacio brillante. Resbaladizo. Mi marido lo convierte en algo más. Caliente. Sin aliento. Urgente. Se toma su tiempo, pero no de manera relajada. De manera devastadora. De una manera donde cada segundo es un grito por más. Su cuerpo cubre el mío, calor líquido. Sujeta mis muñecas contra las baldosas con una mano, mantiene mis piernas separadas, cubiertas por sus rodillas.

La frescura de las baldosas en mi espalda no hace nada para enfriar el fuego de su toque. Me arqueo para encontrarlo, desesperada. Necesitada. Olvidando todo excepto mi deseo. Pero apenas puedo moverme, clavada al suelo como una mariposa disecada, allí para ser observada y admirada.

Se toma su tiempo conmigo, y su tiempo no es amable. Es áspero. Crudo. Calculado. Pasa una mano por mi mejilla, mi cuello, a través de mi clavícula. Está reclamando su territorio, clavando su bandera en mi alma después de su lección en la cocina. Haciéndome recordar lo que arriesgué. Castigo de la manera más cruel: lento y dulce e imposible, insoportablemente minucioso.

Cada caricia es un desafío. Cada roce suave sobre mi piel me acerca más al límite. Estoy desnuda y vulnerable, y él está completamente vestido. Apenas me está tocando, pero sabe lo que hace, llevándome más alto, empujándome más lejos. Soy Eleanor

Price, más terca de lo que cualquier hombre podría esperar, pero estoy perdiendo terreno, el aliento, el control.

—Las reglas eran simples —dice, y es cierto.

Él las estableció. Yo las rompí. Ahora me estoy quebrando de nuevo, y él me observa hacerlo. Está disfrutando cada segundo. Donde espero ira, encuentro calor. Donde espero retribución, encuentro urgencia.

Un gemido se escapa de mis labios. Si no me estuviera sujetando, me arquearía para encontrarlo, con los brazos alrededor de su cuello, las piernas alrededor de su cintura. Pero me está sujetando, y no puedo aguantar mucho más.

Se inclina sobre mí, con un gruñido en su voz. —Tengo una regla más para ti, nena.

Baja la mano libre y desabrocha sus pantalones, liberando su grueso miembro. —No te corras hasta que yo te diga que puedes.

—¿Qué? No. —Mis palabras son entrecortadas y necesitadas.

—Esto no es para tu placer, Eleanor. Es para el mío. Para ti, esto es un castigo.

Sonrío. —No es mucho castigo si lo disfruto. —Estoy sin aliento.

Levanta una mano, pasa un pulgar sobre mi labio. —¿Quién dice que lo vas a disfrutar?

Me arqueo contra él, dándole una respuesta sin decir una palabra. Su miembro duro e insistente contra mi pierna, y palpita cuando muevo mis caderas, desplazando su control. —Yo lo digo —respondo. Sé que lo vuelve loco cuando actúo así. Cuando estoy más a cargo que él. Pero esa es la emoción. El límite. Él cree que es el único con todo el poder, pero no es así.

Los ojos de Leonardo arden, su contención es débil. Su mano libre se mueve sobre mí, por mis costillas, mi vientre, mis muslos, un calor lento y peligroso. Luego empuja su miembro dentro de mí, y gimo de alivio.

Me folla con embestidas largas y constantes, y yo aguanto. Mi ira es tragada por su miembro, por el calor de su piel contra la mía. No puedo evitarlo.

Continúa, no me deja tener mi liberación. La fricción es perfecta, brutal, una provocación de piel y sudor. Los sonidos son suficientes

para volverme loca, nuestros cuerpos chocando en el aire denso, respiraciones agitadas tan calientes como olas, el ritmo desigual de mí intentando contenerme. Mi pulso es un martillo. Mi necesidad es un incendio descontrolado.

Me folla duro, exigente y calculado. Fuerte y salvaje, luego más fuerte.

—No te corras, nena —dice, y la orden me atraviesa, haciendo imposible obedecer.

Sus ojos están fijos en mí, y me hace correr tan fuerte que casi no puedo respirar. Me corro duro, salvaje, todo borroso y resbaladizo. El sol, el cristal, el suelo duro, el aire húmedo. Tiemblo contra él. No puedo contenerlo, no cuando sus manos están sobre mí así. No cuando lo necesito tanto.

Estoy agitándome y jadeando y sin contenerme, y él observa todo, sin parpadear.

Espera a que termine, su respiración pesada, la ira desaparecida. —¿Has terminado?

No puedo verme, pero debo ser todo un espectáculo. Estoy desnuda, y estoy empapada, y estoy tirada en el suelo. Mi cabello se pega a mi cuello, su piel se pega a la mía.

Sus dedos se enroscan alrededor de mis muñecas, calientes e implacables. —Acabas de romper otra regla. —Creo que terminará esto rápidamente. Creo que está tan perdido en esto como yo. No lo está. Me sujeta con más fuerza. —Olvidaste que esto no se supone que se sienta bien para ti —susurra. Su voz llena mis oídos, llena mi cerebro. —Las chicas malas no lo tienen fácil —murmura, sus manos aún sobre mí, aún en control de todo excepto mi voluntad. —Ahora tenemos que empezar todo de nuevo.

24

Leonardo

Les digo a los hombres en el campo de tiro que recojan por hoy, y sus ojos se detienen en Eleanor antes de apartarse. Me encojo de hombros y se dispersan, sabiendo que es mejor no hacer preguntas. La puerta se cierra de golpe y ahora solo quedamos nosotros dos. La tenue luz se derrama sobre las filas de armas pulidas, rebota en el concreto, y el olor a sudor y pólvora quemada persiste intensamente. Ella está cerca, con su piel como porcelana, sosteniendo la Glock con sus dedos delgados.

Cierro la puerta con llave detrás de mí y dejo que mis ojos la recorran, absorbiendo las líneas de su cuerpo y la caída oscura de su cabello. Todo en lo que puedo pensar es en saborearla, en poseerla. Ella también lo sabe, por la forma en que sostiene mi mirada sin parpadear, un desafío y una promesa.

Su falda es elegante, abrazando las líneas de sus caderas. Está hecha a medida y perfecta, como todo lo que ella viste, como todo en ella. La blusa debería parecer inocente, pero en ella no lo es. No de la manera en que la lleva, y definitivamente no aquí abajo. Su mirada se mueve conmigo mientras me acerco a ella, dejando un rastro de fuego sobre mi piel. Esa mirada quema, hasta los huesos. El sabor de la pólvora llena el aire, y me estoy ahogando en él, embriagado por ella y todo lo que hay en este lugar. Ebrio por el

hecho de que ella esté aquí, en mi mundo. Me pregunto si sabe lo que eso me hace.

—Te deseo —digo, porque sé que a ella le gusta la honestidad. Si hay algo que Eleanor Price aprecia, es la verdad, desnuda y expuesta como una esmeralda recién pulida. Tenemos eso en común.

—¿Es por eso que me trajiste aquí abajo? —pregunta, su voz tan suave y cortante como el metal que nos rodea. Sus ojos permanecen fríos, pero puedo ver el calor hirviendo debajo. Eleanor no cede, no da nada, hasta que está lista para hacerlo.

Doy un paso más cerca. Sus dedos se curvan alrededor del arma, y me vuelve loco. Imagino esos dedos curvándose a mi alrededor, y mi mente da vueltas. Verla aquí, rodeada de mi mundo y luciendo como si perteneciera, me hace querer enterrarme en ella.

—Eso y algunas otras razones. —Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía, pero veo que sonríe. Solo el más mínimo indicio de ello, solo la sugerencia, toca sus labios.

Doy otro paso, lento. Ella no se mueve. Ni siquiera parpadea. La sonrisa en sus labios se extiende más, se vuelve peligrosa. Casi letal.

—Tal vez quería ver si podías soportar el calor —digo. Ella levanta una ceja, como si me desafiara a decir más. Casi lo hago. Casi le cuento todo lo que está hirviendo dentro de mi cabeza. Casi.

—Pensé que ya lo había demostrado. —Cambia su peso, su falda subiendo solo un poco más. Estoy a punto de explotar. Ella lo sabe jodidamente bien.

—Tal vez quiero más pruebas —digo.

Levanta el arma, me apunta, y mi sangre canta. Su falda se levanta cuando cierra la distancia, presiona el cañón contra mi pecho. Mis manos van a sus caderas, y ella está sobre mí. Su boca es calor y violencia, y su sabor me vuelve jodidamente loco.

La empujo contra la pared de concreto, ávido de ella, mis dedos desgarrando la tela para encontrar piel. Su blusa se rasga como papel de seda, y atrapo su gemido en mi boca mientras mis manos se cierran alrededor de sus pechos, acariciando los apretados botones rosados hasta que ella está sin aliento y ardiendo. La quiero desnuda, jadeante, pero ella se echa hacia atrás, con una sonrisa

malvada en sus labios. Deja caer el arma, se baja la cremallera de la falda y esta cae. No hay nada debajo más que ella, suave y húmeda, su aroma elevándose por encima del humo y el sudor.

La quiero cruda y salvaje y temeraria, pero ella me hace esperar, me provoca con su boca lo suficientemente cerca como para hacerme gemir. Se roza contra mí, un fantasma de un beso, y el roce de sus dientes en mi labio inferior es una tortura. Va a hacerme suplicar, y lo sé, sé que le encanta, la forma en que me mira con el tipo de concentración que me pone jodidamente duro.

—Maldita sea, Eleanor —gruño.

Tiro del botón de mis vaqueros, pero ella aparta mis manos, se deja caer de rodillas. Mi pulso alcanza el techo cuando me libera. La primera caricia de sus dedos me deja sin aliento, pero es su boca, caliente y abierta y jodidamente implacable, la que casi me derriba. Sus ojos permanecen fijos en los míos, desafiantes, ardientes, hasta que ya no puedo soportarlo más.

La levanto y la beso con fuerza. Su sabor, mi sabor, todo se mezcla. Me pierdo en ello, me pierdo en ella, mientras la empujo contra la pared. Su respiración se vuelve entrecortada cuando engancho sus piernas alrededor de mi cintura, me deslizo dentro de ella con una embestida brusca y necesitada. Su coño está tan caliente y apretado que tiemblo por ello, todo mi cuerpo luchando por el control.

La veo deshacerse, desesperada por más, su piel enrojecida y brillante. Su aliento se quiebra y se reforma en pequeños jadeos, y sus uñas se clavan en mis hombros. Es perfecto. Ella es perfecta, y es mía.

—Sí —jadea—. Así. Dios, Leonardo.

Mi nombre en sus labios, cada sílaba que insiste en pronunciar cada vez, el sonido cuando estoy profundamente dentro de ella... me deshace. Embisto con más fuerza, necesitando más, necesitándolo todo. La presión aumenta, ardiente, frenética. Agarro su trasero, la empujo contra mí hasta que está cerca, tan cerca, y entonces ella grita, llegando al clímax a mi alrededor. Su liberación es mi maldita perdición.

Se contrae a mi alrededor, y es todo, el calor apretado, la sensación de ella perdiendo el control. Reprimo un gemido, llegando fuerte e indefenso, derramándome en ella mientras su calor me aplasta, me destroza. La mantengo allí, saboreando el pulso de su sexo, y finalmente, finalmente la dejo deslizarse al suelo.

Su blusa está arruinada, pero yo todavía llevo mi camisa, y sonrío como un canalla mientras me la quito por la cabeza y se la doy.

Se la pone, y verla con mi ropa me hace desearla de nuevo. La tomaría allí mismo en el suelo si no se viera tan destrozada y perfecta, pero le doy un minuto. Su cabello cae suelto ahora, y está alborotado. Me encanta verla así.

Se está riendo de mí, negando con la cabeza.

—Pensé que me habías traído aquí para practicar tiro —dice.

—Nah. Era mi turno de disparar.

Se abotona, y la picardía en sus ojos se suaviza un poco, se vuelve seria. Aparta la mirada como si estuviera sopesando algo, pero le agarro la barbilla, haciendo que me mire de nuevo.

—No tienes que fingir conmigo —digo.

Su sonrisa es pequeña, sorprendida. —¿Fingir qué?

—Que eres una especie de reina de hielo. Que no sientes las cosas, que no ardes por todo lo que tu padre te dice que no puedes tener. Sé quién eres, Eleanor. Te veo.

Hay un silencio por un segundo, como si no supiera qué decir.

Finalmente, rompe el silencio y llena el vacío con palabras que suenan un poco como una armadura. —No siento las cosas, Leonardo, no realmente. No soy como tú. —Sus ojos son afilados, desviando. —Todo lo que quiero es que mi hermana esté a salvo y libre. Eso no es exactamente una emoción. —Hay un momento en que su mirada vacila y su boca se curva en una amarga y pequeña media risa que casi me rompe el maldito corazón.

No la dejo salirse con la suya. —No seas estúpida —le respondo—. Sé que no es así. Tus sentimientos son más profundos que los de cualquier persona que haya conocido. Simplemente los reprimes. Los entierras. —Mi voz se endurece con cada palabra—. No eres nada como la fachada que muestras al mundo, Eleanor. Veo a través de

ella, a través de este acto de reina de hielo que tienes. La princesa perfecta con ropa perfecta y modales perfectos.

Entrecierra los ojos como si no me creyera del todo. Como si no me creyera a mí. —Eres ridículo —dice, pero hay un ligero temblor cuando lo dice, una fractura en su resolución. Una fractura que sé que es real porque yo la puse ahí.

—La forma en que cuidaste de Marco —le digo—, lo mantuviste vivo.

Ella se burla. —No sabía que apreciabas eso.

No me detendré hasta que sepa que hablo en serio con cada maldita palabra. —La forma en que te has sacrificado toda tu vida para proteger a tu hermana. La forma en que sigues haciéndolo. Eres fuerte, Eleanor. —Se estremece cuando lo digo, como si la palabra significara algo para ella—. Más fuerte de lo que nadie te da crédito.

Sus ojos se suavizan, y extiende la mano, acaricia mi bíceps. Me tenso bajo su toque, pero no aparto la mirada, no la dejo apartar la mirada. —¿Quién hubiera pensado que había más que un asesino a sangre fría debajo de todos estos tatuajes? —Su voz es suave, pero oigo la maldita verdad en ella. Sé que esta es la parte donde se permite ser honesta—. Un hombre grande y duro con un corazón blando y suave.

La forma en que me mira, como si fuera algo más que el comodín, como si estuviera buscando algo precioso en mí... hace que mi maldito corazón tropiece.

Me río, acuno su rostro. —Eso solo está ahí para ti, nena —digo.

No es propio de mí ser cursi, pero la forma en que sonríe, la forma en que sus dedos encuentran mi pecho y se enroscan allí como si nunca quisiera soltarse, me hace sentir como si fuera yo el que está ganando.

No durará, este momento tranquilo. Volveremos a pelear, a la pasión y la furia, pero ahora mismo, en el eco del campo de tiro, con mi camisa colgando de sus hombros y mi piel aún vibrando por su toque, es suficiente.

25

Eleanor

La mansión de mi padre espera en la cima de la colina, una monstruosidad de ladrillo y piedra. Su sombra cae sobre el SUV de Leonardo, oscureciendo el parabrisas y haciendo imposible ver la furia en sus ojos color avellana.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto sola? —pregunta. No se refiere a lo que hay dentro de la casa. Está hablando de la media docena de guardias que le he convencido de dejar fuera con él.

—No creo que un guardia de Price vaya a dispararle a la hija de Richard.

—¿Es una broma? —Sus cejas se juntan como un par de nubes de tormenta—. ¿Estás de coña ahora mismo, princesa?

—Te dije que nunca me llamaras así.

—Vale, bueno, me dices muchas cosas. No llamarte así será tan fácil como que tú no te metas en problemas.

Suspiro, mirando alrededor a los dos SUVs estacionados detrás de nosotros, llenos de guardias armados que insistió en traer para el viaje. —¿No crees que la fuerza de invasión es exagerada?

—El exceso es cómo te mantienes vivo en este negocio.

—Te diré algo, si eres amable y te quedas aquí fuera, te dejaré decir "te lo dije" si los guardias de mi padre abren fuego.

Resopla, una bocanada de vapor en el aire de la mañana temprana. —Si me necesitas, llámame.

Asiento.

Empiezo a subir por el camino de entrada, consciente de los ojos de Leonardo y los ojos de media docena de hombres armados. Me siento perfectamente segura ya que esta es la casa en la que crecí. Los hombres de mi padre no dispararán a la vista.

Antes de que pueda dudar, las puertas principales se abren. Un Town Car negro se desliza como una serpiente, elegante y peligroso. Me escondo detrás de un seto, y el conductor de mi padre no me ve mientras acelera alejándose de la propiedad, de mi hermana. Ella está dentro esperándome.

La sigo, la energía nerviosa empujándome por el camino. Todavía puedo sentir a Leonardo observándome desde el pie de la colina, y lucho contra el impulso de dar la vuelta.

La casa de los guardias es la primera prueba, pero me conocen. Ven lo que esperan ver, una hija obediente de un padre despiadado, por fin en casa.

—Su padre no nos dijo que vendría —dice uno, frunciendo el ceño desde la puerta abierta.

Sonrío. —Lo estoy sorprendiendo.

—Ha salido para la mañana.

—No importa, solo saludaré a Juliet entonces. Estoy segura de que no querrían impedirme visitar a mi propia familia —añado con un tono afilado en mi voz.

Se encoge de hombros, levanta un paquete de cigarrillos a sus labios y vuelve a su asiento.

Me deslizo dentro de la casa. Doblo la esquina y veo a Juliet en lo alto de las escaleras. Parece blanca como el papel y delgada como el papel, frágil como la ceniza.

—¿Eleanor?

La primera frase que sale de mi boca es brusca y cortante. —¿Por qué no respondiste mis llamadas?

Me mira con expresión vacía, sin nada de su alegría habitual. —Padre me quitó el teléfono.

—Maldito controlador —digo, y Juliet levanta una ceja ante mi lenguaje. Creo que mi nueva familia criminal debe estar influyendo en mí.

—No puedo creer que te haya dejado entrar —dice.

—Padre no sabe que estoy aquí.

Me sigue hasta el comedor vacío, hacia pasillos cavernosos. Nos detenemos en una habitación estrecha, la habitación de nuestra madre. Solía jugar aquí con nosotras cuando aún estaba viva. Juliet ha hecho lo mejor para traer algo de la luz de vuelta, pero todavía se siente como una tumba. Aun así, es el único lugar al que padre nunca viene, así que es el lugar más seguro para hablar.

—Si padre te encuentra aquí —me dice—, realmente no estará feliz. Está convencido de que no estás cumpliendo tu parte del trato con los Rosetti. Incluso ha estado hablando de hacer negocios con otro grupo en su lugar.

—Los albaneses.

—Sí —responde, su voz un eco apagado en la habitación vacía.

—Bastardo. —El calor sube en mi pecho, ardiendo como el fuego que Leonardo prendería a este lugar. Padre me vendió por ese precioso trato de negocios, y ahora ha encontrado algo mejor. Ya no tiene uso para mí, así que simplemente me está abandonando.

Juliet me está observando, sus cejas fruncidas con preocupación. —Está empeorando, Eleanor. Está desesperado. Obsesionado. Tienes que irte antes de que regrese. Si te atrapa aquí, podría no dejarte ir.

Me imagino a mi posesivo marido afuera, ansioso por una pelea, y me río. Realmente me río. —No hay manera de que Leonardo permita eso.

Ella tiembla, malinterpretando. —Lo siento tanto que estés atrapada con esos... esos criminales. Suenan incluso peor que padre.

Agarro su hombro, sintiendo los huesos delicados bajo mis dedos. Está sin peso y delgada como un susurro. —No puedes quedarte aquí.

—¿A dónde más iría?

—Conmigo. Los Rosetti pueden protegerte hasta que...

Ella niega con la cabeza y su trenza se balancea contra su espalda. Debe habérsela hecho esta mañana sin la ayuda de su doncella; está suelta y despeinada, sin nada de su habitual pulcritud. —Padre nunca lo permitiría —el pánico se eleva en su voz.

—Padre no tiene derecho a controlarte.

—¿Quieres que los Rosetti me controlen en su lugar?

Eso da en el blanco. Quiero negarlo, decir que soy libre con ellos, mucho más segura que aquí, pero entonces recuerdo las reglas de Leonardo. Y cuántos problemas tengo si intento hacer algo tan simple como ir de compras. Y cómo tuve que suplicar para venir a visitar a mi propia hermana.

Juliet se cruza de brazos, los aprieta fuerte contra sí misma, luego los suelta. Está caminando de un lado a otro e intenta ser valiente. —No puedo irme. Aún no.

—No puedes quedarte.

—Estaré bien.

Odio cuánto puedo verme a mí misma en sus ojos. —Es demasiado peligroso quedarse, Juliet. ¿Quién sabe lo que te hará? ¿A quién te venderá? ¿Y ahora te ha quitado el teléfono? Está fuera de control. Escucha, no tienes que ir con los Rosetti si no quieres, no les debes nada. Pero tienen dinero y poder. Conexiones. Pueden ayudarte a desaparecer, si eso es lo que quieres. Me lo prometieron.

—¿Quién te lo prometió?

—Leonardo. Y él es un hombre que cumple sus promesas.

Ella se muerde el labio, dudando como siempre lo hace. —Solo un día más. Necesito empacar algunas cosas.

—No necesitas nada. Podemos comprarte ropa, zapatos, lo que necesites.

Me lanza una mirada severa. —No todo se puede comprar, Eleanor. Deberías saberlo. Necesito tomar mis fotos y conchas marinas y otras cosas personales, porque una vez que me vaya de este lugar, nunca volveré.

Conozco la mirada que me está dando. Ha hecho todo lo posible por suavizar su determinación, por parecer dulce y gentil, pero veo lo que es en realidad. Su decisión está tomada. Siempre ha sido más valiente de lo que le doy crédito. Me rindo y veo cómo la tensión abandona su rostro. Quiero envolverla y llevármela, pero no lo hago. Aún no. —Volveré por la mañana. Nos iremos entonces.

Se ilumina. Puedo ver que quiere el tiempo extra. Necesita sentir que tiene una opción en todo esto. —Te quiero.

La atraigo hacia mí. —Te quiero más, hermanita.

Me suelta y me siento más fría por ello. Odio la idea de dejarla, pero sé que no cambiaré su opinión. No esta vez. Debería estar orgullosa. Es más fuerte de lo que nunca le permití ser, pero la idea de perderla me desgarra.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo y se lo entrego. —Si algo cambia, házmelo saber. Llámame al número de Leonardo.

Ella asiente, con los ojos brillantes. Su determinación parece sólida, pero me preocupo. No confío en la situación. No confío en padre. No confío en un universo que nos ha dejado a ambas terminar en jaulas. Es tan pequeña y está tan decidida que no sé qué me preocupa más.

—¿Eleanor?

—¿Sí?

—Dime la verdad esta vez. ¿Te... gusta él?

La miro, desconcertada por la pregunta. Por supuesto que ella preguntaría, la chica que lo ve todo. Hago una pausa un momento demasiado largo, porque mi hermana me lee tan fácilmente como lo hacía cuando éramos niñas.

—Es un Rosetti, Juliet.

—Esa no es una respuesta.

Me quedo paralizada. Está en la punta de mi lengua admitir que me gusta, pero eso no puede ser cierto. ¿Qué estoy haciendo? El suelo se mueve bajo mis pies, abriéndose. Mi hermana, la soñadora perspicaz, la artista gentil que ve más de lo que puedo admitir, me derriba con una sola pregunta.

Pienso en Leonardo afuera, ruidoso y furioso y listo para cualquier cosa. Como siempre está. Debería ser un extraño, pero no lo es. Siento como si lo conociera desde siempre, como si él me conociera a mí. Es impulsivo y sin filtro, y juré que no podía soportarlo, pero algo está cambiando dentro de mí, y tengo miedo de lo que significa. No sé cómo ponerlo en palabras, así que no lo intento. Dejo que Juliet crea lo que cree. —Volveré mañana. Espérame.

Me alejo, pasando por los amplios pasillos y saliendo por la casa de guardia.

Los guardias me observan, pero ya estoy a mitad de camino por el sendero cuando uno de ellos grita. No pasará mucho tiempo antes

de que lleguen a padre y le cuenten todo. Acelero el paso y casi choco con un hombre de traje cuando salta en mi camino. Me mira fijamente, luego saca un teléfono de su bolsillo y comienza a marcar.

Me he ido antes de que obtenga una respuesta.

Disminuyo la velocidad cuando llego a la carretera, esperando que Leonardo venga rugiendo por el camino con los guardias detrás. No lo hace. Pero el SUV sigue ahí. Él sigue ahí. Está esperando, y me he quedado sin tiempo.

Salta cuando me ve y abre la puerta.

—Te has tardado demasiado, joder —dice.

Suena como una acusación, pero hay alivio en su voz.

Miro hacia la casa, como si pudiera ver a Juliet desde aquí. No la veo. Pienso en la forma en que me miró, en cómo atravesó mis mentiras con una simple pregunta. *¿Te gusta?*

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que podrías estar equivocado sobre todo? —pregunto mientras Leonardo me atrae para besarme.

—No.

Empujo su pecho.

—Arrogante de mierda.

Él se ríe.

—¿Nos vamos ahora o planeas que nos disparen a los dos primero?

—¿Puedo decir "te lo dije"?

Señala con el pulgar hacia el lado del pasajero.

—No.

La mansión desaparece tras una curva en el camino mientras nos alejamos.

26

Leonardo

Veinte minutos antes

Espero fuera de la mansión, rechinando los dientes como engranajes. Ya debería haber salido. Miro mi reloj, luego mi teléfono. Nada. ¿Y si no regresa? No debería haberla dejado entrar sola.

Mis dedos tamborilean sobre el volante. Hay demasiado silencio aquí dentro. Me trono los nudillos para llenar el vacío. Este es el juego favorito de los Price, hacerme esperar hasta que mis nervios se rompan. Respiro hondo e intento no pensar en el padre de Eleanor permitiendo que hombres de negocios la manoseen porque la encuentran bonita. Mis dedos dejan marcas en el volante.

Un mensaje ilumina mi teléfono.

Ven al club. Ahora. Urgente.

Es de papá. El momento no podría ser peor. No enviaría ese mensaje a menos que lo dijera en serio, así que no dudo de la urgencia, pero no hay ni la más mínima posibilidad de que deje a Eleanor dentro y me vaya.

Podría entrar y sacarla a rastras. Al menos estaría haciendo algo. Dejo que mi mente divague demasiado lejos, y ahora está en territorio peligroso: imaginando a Eleanor como el peón de su padre, atrapada para siempre en su mansión. Preguntándome qué haría si me dijera que no volviera. Por esto no confío en nadie fuera de la familia.

Otro mensaje:

Ven rápido, Leo.

Más insistencia de papá. Maldigo y golpeo el tablero con la palma. Pueden esperar, joder.

El otro día, cuando la encontré inclinada sobre Marco, con las manos por todo su cuerpo arreglándole la pierna, tuvo el descaro de preguntarme si confiaba en ella. *¿No confías en mí, Leonardo?* Eso fue lo que dijo, mirándome fijamente con esos ojos azul hielo. Lo repitió esta mañana. Todavía puedo verla antes de que entrara en la mansión de su padre, con el pelo recogido, los labios apretados en una línea dura. *¿No confías en mí?*

Tiene que saber cuál es mi respuesta a estas alturas. No confío en nadie fuera de la familia. Pero ¿ella? Es la única maldita excepción. Confiaría en ella con mi puta vida, sin duda alguna. Pero también confío en que sea temeraria como el infierno y se meta en situaciones de mierda porque eso es lo que hace. Es en lo que es buena. Nunca, jamás debería haberla dejado entrar allí sola.

Mi teléfono suena. Domenico.

—No has respondido a los mensajes. Más te vale estar de camino al club, Leo —su voz es tensa. Hay un murmullo de fondo. Sé que no hace estas llamadas él mismo a menos que sea serio—. Papá está perdiendo los estribos —añade—. Todos te estamos esperando.

—No puedo ahora mismo.

Se queda inquietantemente callado, y así sé que está realmente cabreado—. ¿Qué acabas de decir?

—Eleanor está en casa de su padre. Estoy esperando fuera, y no me voy hasta que esté aquí conmigo. Fin de la historia.

Hay una pausa. Luego una exhalación brusca—. ¿No tienes hombres contigo?

Miro por el retrovisor y noto los dos SUV negros llenos de guardias armados, todos aquí para proteger a mi esposa—. No los suficientes —gruño.

Empieza a hablar de nuevo, pero cuelgo. No lo mantendrá contento, pero no tiene sentido discutir cosas que no cambiarán nada. El hecho es que mi culo está pegado aquí hasta que Eleanor salga de esa maldita casa.

Debería haber sabido que no lo haría fácil. El aire me está aplastando, y me la imagino detrás de esos muros, fría e inquebrantable. Me hace hervir la sangre. Me trono los nudillos otra vez, inquieto, pensando que debería simplemente irrumpir y buscarla yo mismo. Quiere jugar a este juego, bien. Le daré algo para-

Eleanor aparece, y mis pensamientos se dispersan. Camina hacia mí, lenta y compuesta, como si no viera la urgencia en el mundo. Verla hace que mi estómago dé vueltas extrañas. Su expresión es fría, pero sus mejillas están sonrojadas, y su boca se curva cuando llega al coche.

Salto fuera y abro la puerta—. Has tardado demasiado, joder —no me molesto en ocultar mi irritación, luego la atraigo hacia mi cuerpo, necesitando sentirla pegada a mí y tenerla en mis brazos.

Sus labios son dulces mientras murmura en mi boca—. ¿Alguna vez has tenido la sensación de que podrías estar equivocado sobre todo?

Estaba equivocado sobre ella. Pensé que era una princesa pretenciosa que solo perseguía el poder, pero es lo opuesto en todos los sentidos. Amable, protectora, inteligente, buena con las armas y con la sangre, y puede manejar cada parte oscura de mí.

Pero ella no necesita saber eso.

—No.

Entrecierra los ojos y me dice que soy arrogante. Por un momento, me olvido de los albaneses, de mi padre y de mi hermano mayor, a quienes definitivamente he cabreado más de lo que es estrictamente seguro para mi salud, y me río. Pero hay movimiento sobre su hombro, los hombres de Price hablando y moviéndose, y me trae de vuelta al presente.

—¿Entonces nos vamos ya, o planeas que nos disparen a los dos primero? —pregunto.

Espero hasta que la mansión está fuera de vista antes de lanzarme al interrogatorio. Mi pulso está acelerado, y no puedo fingir que no estoy estresado—. ¿Qué pasó allí dentro? No puedo evitar notar que tu hermana no está en el coche.

Inclina la cabeza—. Juliet decidió quedarse hoy. Pero vendrá mañana —su voz es ligera, como si el retraso no significara nada

para ella, pero sé que la está carcomiendo por dentro. Esta furia que me casé daría todo por su hermana pequeña. Incluso se casó conmigo. Veo la tensión en la forma en que se mantiene: la postura terca de sus hombros, la forma en que sus dedos siguen moviéndose sobre sus joyas como si intentara controlarlos.

Pongo una mano en su muslo, deseando poder prometerle más—. Lo siento, nena. Pero estará bien por una noche más, te lo prometo. La sacaremos de allí a primera hora de la mañana, al estilo caballero de brillante armadura.

Está callada, pero puedo sentir su mirada, verla girando el delgado anillo de oro en su dedo.

No me muevo. Hay demasiado que quiero decir, y no puedo decidir qué me meterá en menos problemas.

El silencio se extiende dolorosamente, una línea tensa entre nosotros, hasta que finalmente mira hacia mí.

—¿No vas a decirme a dónde más necesitas ir? —su voz es afilada, deliberada.

Aparto los ojos de la carretera para mirarla, tomado por sorpresa por la pregunta—. ¿Qué?

—Estás conduciendo incluso peor de lo habitual —dice—. Supongo que tienes prisa por estar en algún lugar, ¿no?

Abro la boca y luego la cierro, aún no estoy listo para darle la satisfacción de tener razón. Esta maldita mujer lo sabe todo.

Mi vacilación la hace sonreír con suficiencia, y no puedo evitar negar con la cabeza. —Mi padre me llamó —admito finalmente—. Algo está pasando en el club. Te dejaré en casa y volveré tan pronto como pueda.

Eleanor se recuesta, mirando cómo las calles pasan. Su fría satisfacción casi es suficiente para hacerme olvidar el lío que me espera: un Domenico muy cabreado. La dejo en casa, tomándome el tiempo de acompañarla hasta la mansión y dejar que escuche cómo instruyo a los guardias para que no la dejen salir.

—No amenaces al personal, Leonardo —dice ella con frialdad.

—No es una amenaza. Si él, o cualquier otro, te deja salir del perímetro de esta propiedad en las próximas 24 horas, les arrancaré

los ojos y haré que uno de mis hombres se folle sus cuencas sangrantes.

Ella tuerce la boca. —Suena un poco a amenaza.

Beso esos bonitos labios. —Es un hecho. Pórtate bien, y volveré tan pronto como pueda.

Il Lusso ya está bullicioso cuando llego. Aparco y corro por la entrada. Ni siquiera es mediodía, pero ya hay un puñado de trajes y tacones. La decoración con detalles dorados capta destellos de luz mientras me apresuro. Una mujer con un vestido de diseñador se inclina hacia un hombre con traje Brioni, su expresión tensa.

Subo las escaleras de dos en dos, Olga asiente cuando paso.

Arriba, en la sala privada, irrumpo por la puerta. Mi familia está reunida alrededor de la larga mesa.

Domenico es el primero en levantar la mirada. —Por fin. —Está en el centro, como si estuviera dirigiendo el espectáculo. Cuando no digo nada, arquea una ceja—. ¿Así que decidiste honrarnos con tu presencia? —Tiene demasiada clase para regañarme delante de todos, pero me dará caña más tarde por colgarle.

—Estaba ocupado.

—Ni siquiera empieces, joder. —Matteo está recostado en una silla, jugando con una moneda de plata—. No estás tan dominado por el coño. Todavía.

Rafe interviene. —Se está acercando. —Está junto a la ventana, sus manos enguantadas de negro agarrando el alféizar—. Dijiste quince minutos. Hemos estado aquí sentados con el pulgar metido en el culo.

Me crujo los nudillos. —Podría haber sido más tiempo.

Hay algunas risas por mi burda insinuación, algunos refunfuños. Me siento como un niño pillado colándose después del toque de queda. Solo Emilio parece distraído, mirando las pantallas de sus portátiles.

Dom interviene, con voz dura. —Acabemos con esto de una vez. —Fija su mirada en mí—. Interceptamos ese cargamento de los albaneses. Rubíes.

—Pero saben que fuimos nosotros —murmura Emilio. Sus ojos se alzan—. Lo saben.

—¿Cómo coño se enteraron? —Me apoyo contra la pared, cruzando los brazos—. No fui yo quien la cagó.

—No se trata de quién la cagó. —La mandíbula de Dom está tensa —. Se trata de lo que van a hacer.

Fuerzo una sonrisa. —No puede ser tan malo. A menos que tengan a los rusos ayudándoles. —La broma cae en saco roto. Miro a Emilio, que se encoge de hombros. Mi mente vaga hacia Eleanor y cómo se veía cuando la dejé. Molesta por su hermana pero tratando como el infierno de ocultarlo. Girando ese anillo como siempre hace. Necesito proteger a esa maldita hermana suya solo para mantenerla feliz. Nada es más importante.

Joder, ¿desde cuándo me importa la felicidad de Eleanor más que cualquier otra cosa?

—Leo. —Matteo me lanza su moneda, me da justo en la sien—. ¿Estás en las nubes?

Recojo la moneda de la gruesa alfombra y me la guardo en el bolsillo. —Solo espero la parte importante.

—La parte importante —dice Rafe—, es que vienen a por nosotros. —Sigue junto a la ventana insonorizada, mirando hacia el salón del club, y me pregunto si está más preocupado de lo que deja ver.

—Nos golpearán donde más duele —dice Dom—. Rápido y fuerte.

—¿Los almacenes de Red Hook? —pregunto.

Dom niega con la cabeza. —Se lo están tomando como algo personal. Diría que nos golpearán en casa. La mansión.

Esas palabras atraviesan mis pensamientos, me ponen en mi sitio. Acabo de dejar a Eleanor en la mansión. Una quemazón comienza en mi estómago. Si algo le pasa mientras estoy aquí lidiando con esto... No pasará. No lo permitiré. —¿Qué coño hacemos aquí, entonces? —No espero una respuesta. Ya me he ido, corriendo de vuelta a mi coche. Tengo que llegar a ella. Tengo que llegar a ella ahora.

27

Eleanor

La mansión se cierne a mi alrededor, inmóvil como una tumba. Cada sonido ha desaparecido, y mis oídos duelen por el silencio. ¿Cuándo me volví tan desesperada por el caos? La ausencia de los Rosetti es como un peso en cada habitación. Ya no soporto el vacío, así que salgo a caminar hasta llegar a la parte boscosa del jardín. Hay una libertad aquí que me recuerda a mi hogar, a Juliet. Mañana iremos a buscarla, pero ¿y después qué?

Parece irreal que finalmente estaremos juntas. Estoy emocionada pero aterrada, porque ¿y si me abandona de nuevo? Imagino un millón de formas de mantenerla conmigo, y luego me reprendo. Nunca seré como él. Nunca la retendré contra su voluntad. La recogeremos por la mañana, y si no quiere quedarse, le buscaré un lugar lejos del alcance de nuestro padre. Tal vez cuando sepa cómo es realmente la familia Rosetti, cambie de opinión. O tal vez no. Se me corta la respiración de pánico al pensar en dejarla ir.

El crujido de los neumáticos sobre la grava hace que mi corazón se acelere. Se hace más fuerte, y oigo a Leonardo llamándome. Suena alarmado. Corro, desesperada por llegar a él, imaginando lo peor. Aquel hombre sangrando, Marco, aparece en mi mente, y me obligo a correr más rápido, temiendo encontrar a Leonardo herido o algo peor.

Lo veo fuera de la casa, con aspecto desenfrenado y furioso, pero ileso. Me lanzo a sus brazos.

Desde el feroz abrazo de Leonardo, me toma un momento ver algo más que un borrón de cabello rojo oscuro y ojos salvajes. Mi alivio es tan poderoso que casi me fallan las rodillas. Está a salvo. Está aquí. Me aparto para mirarlo, jadeando con respiraciones que apenas llenan mis pulmones, y veo lo desaliñado que está. Su cabello es un desastre ardiente. Su camisa está arrugada y fuera del pantalón. En su rostro, veo una tormenta de ira y pánico. Gotas de sudor corren desde sus sienes. Sus ojos avellana centellean de furia, y su boca es una línea dura. Parece que ha pasado por una guerra solo para llegar a mí.

—¡Juliet! —dice de nuevo, su voz áspera por la urgencia, como si decir mi nombre lo anclara. Espero que su abrazo se suavice ahora que sabe que estoy bien, pero en lugar de eso, su agarre se aprieta como un tornillo y casi me aplasta. Una respiración rápida y brusca lo estremece, y me doy cuenta de lo asustado que debe haber estado.

—¿Qué pasa? ¿Qué está sucediendo? —Mi mente salta a mil posibilidades aterradoras mientras intento leer la expresión de su rostro.

—Los albaneses atacarán esta noche.

Mi mente se acelera. ¿Es solo aquí, o todos están en riesgo? ¿Hay alguien más en peligro? Abro la boca para preguntar, pero Leonardo ya está respondiendo la pregunta que grita más fuerte en mi cabeza.

—Aquí —confirma, su tono oscuro y condenatorio. Su mirada recorre la mansión como si evaluara sus defensas. Agarrando mi mano, me lleva rápidamente hacia el interior, conduciéndonos velozmente hacia la sala de seguridad—. Ven, te mostraré cómo voy a mantenerte a salvo.

Me invade la gratitud porque no me está excluyendo de esto. Porque sabe que me sentiré más segura si estoy al tanto del plan, no escondida en un rincón como una muñeca.

Dentro de la estrecha sala de seguridad, las pantallas parpadean con imágenes en vivo desde varios ángulos alrededor del complejo.

Leonardo señala los monitores, su dedo trazando los límites de la propiedad.

—¿Ves aquí? ¿Y aquí? Tenemos guardias apostados en cada uno de estos puntos.

Asiento, aunque mi corazón late con fuerza. Él retrocede, su mirada intensa, y lo sigo mientras comienza a hacer rondas por la propiedad. Nos movemos con determinación, su voz firme pero teñida de urgencia mientras habla con cada guardia, asegurándose de que estén alerta y listos. Las puertas peatonales chirrían mientras las asegura, el sonido resonando en el tenso aire nocturno.

Los hermanos Rosetti regresan a casa, llegando con venganza. Barren el complejo como una oleada de adrenalina, y el aire a su alrededor chisporrotea con su feroz energía. Observo, sin aliento, cómo cada uno entra en la mansión, lanzándose a la preparación con una intrepidez que los hace parecer invencibles.

Dom llega con su habitual presencia imponente, una mirada dura en sus ojos verdes mientras ladra órdenes con mortal eficiencia. Parece tomar decisiones tan rápido como los demás pueden parpadear, ya calculando los movimientos de su enemigo.

Matteo y Emilio lo siguen de cerca, un torbellino de acción, los gemelos tan sincronizados que es difícil creer que haya algún peligro que no puedan manejar. Por un momento, me olvido de tener miedo. Siento el peso de lo que se avecina y la fuerza de la familia mientras se mueven juntos como una única fuerza poderosa.

Me pego a Leonardo como una lapa. Él insiste en estar conmigo cada segundo.

—Prométeme que no te apartarás de mi vista —dice, acercándose, su mirada penetrante—. Júralo. —Entrecierra los ojos, escrutando mi rostro en busca de cualquier indicio de engaño.

Abro la boca para hacer una broma desenfadada, algo sobre revisar mi agenda para ver si tengo tiempo libre para él, pero las palabras se me atoran en la garganta. Nunca me he sentido más segura que acostada en la cama en sus brazos, y estar a su lado ahora mismo es lo segundo más cercano, y el único lugar donde quiero estar.

—Lo juro —digo.

Me estudia por un largo momento, el silencio extendiéndose entre nosotros como una cuerda tensa a punto de romperse. Finalmente, asiente.

Le toma un tiempo apartarse y, incluso entonces, no me quita los ojos de encima. Es implacable. Una sombra obstinada, pegada a mí dondequiera que voy, nunca a más de medio paso de distancia. No puedo ni respirar sin que él esté cerca, preguntándome si estoy bien, con la voz ronca de preocupación. Me observa caminar, me observa sentarme, me observa revisar su teléfono por millonésima vez en busca de un mensaje de Juliet.

Incluso cuando necesito ir al baño, insiste en acompañarme, y sé que es mejor no discutir. Abro el grifo al máximo para ahogar el sonido, pero a él no le importa el decoro. Se da la vuelta y canta a todo pulmón una canción en italiano que no reconozco, su voz haciendo eco en los azulejos.

Me llevo la mano a la boca para contener la risa, pero el sonido se escapa de todos modos. Me está dando una serenata mientras orino, y la idea es tan ridícula, tan propia de Leonardo, que hace que mi boca se ensanche en una gran sonrisa. ¿Cómo es posible que un hombre que suele ser tan enojado y ruidoso se vea aún más intenso cuando canta?

Se da la vuelta mientras me lavo las manos. Sus ojos son feroces y parece estar listo para asaltar la habitación, por si acaso hay enemigos acechando detrás de la cortina de la ducha. Lo amo aún más por eso, por la forma en que se preocupa con todo su corazón. Su boca aún está abierta en plena canción, pero se convierte en una sonrisa cuando me ve.

Las horas parecen arrastrarse, estirándose largas y delgadas como las sombras que cubren la mansión, pero la sensación de que algo se acerca no se atenúa. Si acaso, se agudiza a medida que cae la noche. La voz de Leonardo resuena por toda la casa, ladrando órdenes con una intensidad que casi ahoga mi miedo. Casi. Es tan ruidoso que me pregunto si está tratando de ahuyentar a nuestros atacantes por pura fuerza de volumen. Llegan más hombres, un flujo constante hasta que hay guardias apostados en todas partes. Oigo la voz rápida de Matteo crepitando a través de una radio, y

Domenico y los demás aparecen como figuras oscuras que se deslizan por las pantallas de seguridad.

Incluso con toda esa seguridad, estoy agotada, tensa y ansiosa. No puedo comer, apenas puedo tragar un sorbo de agua. Leonardo se sienta conmigo en la cocina, su presencia constante, un consuelo aunque veo que la agitación crece en él. Recibe una llamada de Emilio, y oigo las palabras cortantes que intercambia con su hermano antes de dar más órdenes por la radio. Nos movemos a otra habitación, luego a otra, nunca quietos por mucho tiempo. Cada vez que Leonardo abre la boca, más hombres saltan a la acción, y empiezo a preguntarme cuánto tiempo más tendremos que esperar. La incertidumbre me corroe y busco su mano.

Finalmente, parecemos instalarnos en una habitación de la casa. Nos quedamos en un dormitorio trasero donde me asegura que es más seguro, pero incluso entonces, comprueba la cerradura e inspecciona todas las ventanas dos veces. Me encuentra acurrucada en la cama, con las rodillas pegadas al pecho, y su mirada es tan feroz y tierna que mi corazón se salta un latido. Olvido mi miedo por un momento y solo recuerdo a él, a nosotros, y lo atraigo para que se siente a mi lado.

—¿Y ahora qué? —pregunto, mi voz pequeña en el tenso silencio, pero la pregunta resuena lo suficientemente fuerte como para llenar la habitación. Él vacila, una sombra cruzando su rostro, antes de entregarme una pistola. Es fría y sólida en mis manos, un objeto ajeno que dejo sobre mi regazo.

—Ahora, esperamos.

28

Leonardo

Estoy de pie junto a las ventanas que van del suelo al techo, observando las puertas, esperando. Mis hombres están tensos, con las armas en la mano, escudriñando la oscuridad. Eleanor camina de un lado a otro, sus nervios ocultos tras los hombros rígidos y los puños apretados. No intento calmarla; ella no querría eso. En su lugar, simplemente me mantengo cerca.

—Vendrán pronto —murmuro.

Ella exhala, con los brazos envueltos alrededor de sí misma.

—Lo sé.

La enviaría lejos, pero no confío en nadie más con su vida. Está más segura a mi lado.

La casa está en silencio, excepto por el zumbido de la tensión. Flota en el aire, pesada y densa. Está en la forma en que mis hombres agarran sus armas. Está en el parpadeo de la luz contra las ventanas. Está en la frialdad de la mirada de Eleanor mientras observa la noche.

La mansión se siente como una jaula, el vidrio y el acero presionándonos, atrapándonos en un juego de espera. La anticipación es espesa y eléctrica mientras nos preparamos para un ataque que no ha llegado. El paso de Eleanor se acelera, sus botas resonando contra el mármol. No se detendrá hasta que algo rompa este silencio. Hasta que la tormenta finalmente estalle.

—Ya deberían estar aquí —dice, y hay una grieta en su voz, un atisbo de miedo.

—Estamos listos —le digo. Sus ojos brillan.

—¿Lo estamos? —dice, con un filo agudo en sus palabras. Intento alcanzarla, pero ella se aleja, sus movimientos rígidos y controlados.

—Nada se nos escapa —insisto. Quiero atraerla hacia mí, prometerle que está a salvo, pero Eleanor no quiere promesas. Quiere acción.

Antes de que pueda hablar de nuevo, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Reviso la pantalla. Número desconocido. Eleanor deja de caminar, observándome.

—¿Quién es? —pregunta, pero no respondo. Aún no. Tengo un mal presentimiento, una opresión en el estómago.

Deslizo para contestar la llamada.

—Rosetti —digo, pero hay silencio en la línea. Luego una voz, suave y burlona, con un marcado acento albanés.

—Tus hombres estaban vigilando la casa equivocada. —La voz resuena, cada palabra una bala. Me quedo helado. Todo se inclina, luego gira, luego se detiene por completo.

—¿De qué mierda estás hablando? —gruño, pero hay un vacío apoderándose de mí, un frío agujero en mi estómago que se extiende. El hombre solo se ríe en respuesta.

—La hermana de tu bonita esposa. Ahora es nuestra —se burla.

—Juliet —digo, mi voz hueca y distante, como si viniera de otra persona. Los ojos de Eleanor se ensanchan. El horror se derrama en ellos.

—La devolveremos entera después de que nuestro cargamento de rubíes nos sea devuelto. Una princesa invaluable por una caja de piedras. Me parece un trato justo. —Su voz es tranquila y fría.

Ya me estoy moviendo, dirigiéndome hacia la puerta, mi mente calculando, intentando darle sentido a todo. Pero la mirada de Eleanor me detiene. Su terror es paralizante.

—¿Dónde está? —exijo. Mi voz es furia calmada.

—No necesitas preocuparte por eso. Todo lo que tienes que hacer es devolvernos nuestros rubíes, dejar de interferir en nuestros negocios con Price, y tu bonita esposa recuperará a su hermana —

llega la respuesta, medida y arrogante. Sé que está sonriendo. Imbécil.

Me río, amarga y brevemente.

—Richard Price no hará negocios con ustedes después de que hayan secuestrado a su hija. —Mi mente da vueltas. Estoy perdiendo el control de la situación, y sé que Eleanor lo ve.

Es el turno del albanés de reír. *—Yo no estaría tan seguro de que valora a sus hijos más que a sus negocios.* —Miro a Eleanor. Ella ya lo ha descifrado. *—Mantén tu teléfono cerca para más instrucciones.* —La llamada se corta, dejándome en un silencio asfixiante.

—No —susurra Eleanor, sacudiendo la cabeza como si pudiera hacer desaparecer mis palabras. Quiero alcanzarla, consolarla, pero me mira como si fuera un extraño.

—Los albaneses atacaron la casa de tu padre en su lugar. —Intento mantener mi voz firme, pero la culpa es tanto mía como suya. Su respiración se entrecorta, aguda y dolorosa.

—Se la llevaron. —No es una pregunta, pero asiento, cada movimiento lento y deliberado. Las rodillas de Eleanor casi se doblan. Doy un paso adelante, listo para atraparla, pero ella me empuja, con furia y terror en sus ojos.

—Estábamos aquí —dice, su voz quebrándose—. Estábamos aquí jodidamente esperando, mientras ellos... —Golpea mi pecho con el puño, su ira convirtiéndose en algo salvaje, incontrolable—. ¡Deberíamos haber estado allí!

Dejo que me golpee. Lo acepto, porque estoy jodidamente de acuerdo.

—Pagarán por esto —digo, pero mis palabras no la alcanzan. Está demasiado lejos, sus emociones crudas y violentas. Me golpea de nuevo, sus puños un borrón de desesperación y rabia.

—Esto es mi culpa —llora, y es como si se estuviera deshaciendo, cada puntada de control soltándose—. ¡Es mi jodida culpa! Si no me hubiera metido con criminales, ella aún estaría a salvo. Si hubiera insistido en traerla conmigo antes...

—Eleanor —digo, agarrando sus muñecas, sujetándola contra mí. Ella lucha, pero no la suelto. Puedo sentir su corazón acelerado, sentir el temblor en su cuerpo—. Mírame —exijo, y sus ojos se fijan

en los míos, llenos de lágrimas y furia—. La recuperaremos. —Mi voz es acero, cada palabra una promesa—. Cueste lo que cueste.

Ella deja de luchar, pero su cuerpo tiembla, derrumbándose sus últimas defensas. Presiono mi frente contra la suya, nuestras respiraciones chocando. —Te lo juro, la traeré de vuelta a casa —. Un instante de silencio, su respiración entrecortada, sus ojos fijos en los míos.

Entonces asiente, y es como si hubiera vuelto a la vida, una chispa reavivándose. No está rota. Todavía no.

Me giro hacia mis hombres, ya ladrando órdenes. —Cada puto contacto, cada casa de seguridad, cada bastardo albanés en esta ciudad... quiero que los encuentren.

La casa estalla en un caos controlado. Se cargan armas, suenan teléfonos, las voces se superponen en una urgencia creciente.

Eleanor se limpia la cara, transformando su dolor en algo afilado, algo letal. —Voy a recuperarla, Leonardo —. Su voz es clara, desafiante.

El aire nocturno vibra con violencia. Las puertas se abren y los hombres salen en tropel, cada uno listo para la tormenta que se avecina. Esperábamos una batalla esta noche, pero no esta. Y ahora... se derramará sangre.

Nuestra guerra acaba de volverse personal.

29

Eleanor

La mansión resuena con ruido. Las puertas del perímetro están abiertas y los SUV entran volando. Los hombres gritan por teléfono, intercambiando amenazas, promesas y violencia. Enjambran como abejas, ebrios de adrenalina y con los aguijones fuera. Leonardo está en el centro. Su cabello es un shock de rojo oscuro, y se truena los nudillos mientras ladra órdenes, sin parar para respirar, solo mordiendo maldiciones y soltándolas de nuevo. Mi pulso es un tren bala en mis oídos. Nadie me mira. Deberían. Estoy a punto de hacer algo imperdonable.

El rostro de Juliet llena mi mente, suave y aterrorizado. Me impulsa, y doy un paso adelante. Mis piernas son de madera. Mi corazón es un martillo neumático.

—Necesito aire —mi voz es humo, delgada y ahogada entre tantos gritos—. No puedo pensar. Solo... dame diez minutos.

Leonardo me mira de reojo, avellana salvaje encontrándose con nervios salvajes. Su atención se desvía igual de rápido.

—Bien. No te alejes demasiado —la amenaza inmediata hacia mí ha desaparecido, así que me deja alejarme más de él.

—No lo haré —mentira número uno. Mi mano se mueve rápida, veloz como una serpiente hacia su bolsillo, y le robo el teléfono. El que tiene los datos de contacto de los albaneses. El que podría hacer que maten a Juliet si no hago esto bien. Estoy temblando, un

desastre de dudas y nervios—. Volveré pronto —digo, ya alejándome. Mentira número dos.

No me ve. No realmente. Nadie lo hace. Me escabullo de la habitación, del ruido, y entro al frío pasillo. Mis pasos resuenan en el mármol y el cristal. No tengo mucho tiempo. Llego al garaje, sin aliento y aterrorizada. Hay un coche allí, con las llaves en el encendido, esperando. Abro la puerta y dudo. Sabrán lo que he hecho. Me perseguirán, y Leonardo nunca me dejará ir. Pienso en Juliet de nuevo, su voz un eco suave y asustado.

—Ojalá no tuvieras que hacer esto por mí.

Mis manos están tan apretadas que duelen. Cierro la puerta de golpe y arranco el motor. El sonido rebota en las paredes, y espero que el mundo se derrumbe.

No lo hace. Salgo, acelerando a través de las puertas abiertas y hacia la noche. Manhattan se desdibuja a mi alrededor, luces y sombras y largas calles que se extienden en la distancia. No sé adónde voy, pero sé lo que hay que hacer.

Mis ojos se desvían al espejo retrovisor. Están detrás de mí. Faros, brillantes y acusadores, persiguiéndome. Mi pulso está en todas partes: en mi garganta, mi pecho, mis manos agarrando el volante. El teléfono robado de Leonardo vibra y el nombre de Domenico aparece en la pantalla. No contesto. Probablemente sea Leonardo. Doy un giro brusco, y otro, y luego abandono el coche. Camino rápido, mis piernas moviéndose demasiado lentas para mi pánico, dirigiéndome hacia el club más cercano, que no es propiedad de los Rosetti. Necesito perder a los hombres que me siguen.

La fila es larga, abarrotada. Me mezclo, invisible. Mi cabeza está baja. Mi corazón está arriba, demasiado alto, un bulto crudo de ansiedad en mi garganta. Los hombres de Leonardo están cerca. Puedo sentirlo, sentirlos acercándose, cazándome como una manada de lobos. Pero necesito hacer esto. Por Juliet. Por mí. Mi respiración se entrecorta mientras busco a alguien que pueda usar, alguien en quien pueda confiar, cualquiera que pueda mantenerme escondida.

Entonces lo veo. Enzo.

Es uno de los contactos lejanos de Leonardo. Me ve, y la confusión ilumina su rostro. Me muevo antes de que pueda delatarme,

abriéndome paso entre la multitud, directo hacia él. No será seguro por mucho tiempo, pero ahora mismo, es mi única opción.

—Finge que estamos juntos —estoy desesperada, sin aliento, las palabras saliendo como una súplica—. Los albaneses me están buscando —no puedo decirle que estoy huyendo de Leonardo o me entregará.

Sus cejas se disparan.

—Jesús, Eleanor.

—Por favor —digo, agarrando su brazo.

No duda. Me rodea con un brazo, protegiéndome, y mi alivio es tan fuerte como mi miedo. Caminamos juntos, rápido, como amantes escabulléndose. Leonardo me matará por esto. Me matará por irme, por arriesgarlo todo. Por tocar a otro hombre.

Dentro del club, el sonido me golpea como un puñetazo. Es demasiado ruidoso, demasiado caótico. No lo suficientemente ruidoso para ahogar mis dudas. Mi pánico. El agarre de Enzo es fuerte, pero ya me estoy zafando. Corriendo hacia los baños, el teléfono apretado en mi mano.

Leonardo nunca me perdonará. Nunca perdonará esto.

Empujo la puerta y encuentro el último número, el que los albaneses usaron para llamar. Marco, con las manos resbaladizas de sudor y nervios.

Un hombre contesta. Puedo oír la sonrisa en su voz.

—Eso fue rápido, Rosetti.

—No, soy yo. Eleanor.

—Ah, la bella esposa —dice, sonando divertido—. ¿Estás llamando para suplicar por la vida de tu hermana? Realmente no hay necesidad —ambos sabemos que es una mentira. Ambos sabemos qué tipo de hombre es. No la dejará ir, no cuando puede usarla para manipular a los Rosetti—. Solo dile a tu marido que entregue los rubíes y devolveré a tu hermana.

Ya he jugado este juego antes. Lo conozco demasiado bien. No dejará ir a Juliet, no después de que descubra lo valiosa que es, no con la ventaja que le da. Verá lo que vale y lo que estoy dispuesta a sacrificar por ella. Una poderosa moneda de cambio.

—Propongo un trato —intento sonar segura en lugar de temblorosa y desesperada.

Él se ríe, como si mi pánico fuera una diversión.

—Continúa.

—Juliet por mí —digo, con la voz quebrándose bajo el peso de mis palabras—. Iré voluntariamente. Tú la dejas ir. Yo salvo a mi hermana y tú obtienes a la rehén más valiosa. Todos ganan.

La línea queda en silencio, apuñalándome con la duda. No puedo respirar. No puedo pensar. El mundo está desapareciendo en negro alrededor de los bordes. Contengo la respiración hasta que duele, esperando su respuesta.

Finalmente, dice:

—De acuerdo. Ven sola —me da una dirección y luego la línea se corta.

Estoy temblando. Mi corazón es una cosa salvaje y enjaulada, y sé lo que tengo que hacer. Sé que Leonardo me odiará por esto. Pero estoy salvando a Juliet, y eso lo vale. Eso lo es todo.

Me escabullo del club, hacia la noche. Dirigiéndome hacia la guarida del diablo.



El almacén es un montón de metal oxidado, agazapado en los muelles, oliendo a gasolina y sal. Las puertas están cerradas, pero sé que están observando. Sé que esto es todo. No hay vuelta atrás. Mis palmas están resbaladizas, mi pulso demasiado fuerte. El viento se levanta, enredando mi cabello mientras estoy de pie al descubierto, expuesta. Podrían hacer cualquier cosa. Nadie escucharía y a nadie le importaría. Ya estoy atrapada.

El rostro de Juliet cruza por mi mente y lo aparto. Aparto todo excepto el sonido de mis zapatos sobre el pavimento. Cada paso se

siente pesado, como si pudiera ser el último, como si esto fuera un error y debiera dar la vuelta ahora, mientras aún tengo la oportunidad.

Un hombre sale de las sombras y sigo caminando, sigo moviéndome, hasta que estoy de pie frente a él.

—Justo a tiempo —dice, mirándome de arriba abajo.

Es delgado y cruel, un lobo en vaqueros de diseñador. El tipo de depredador que juega con su presa antes de ir a matar. Cuidadoso, calculador, despiadado. Me mira fijamente, disfrutando de mi miedo. Sus ojos oscuros brillan con diversión mientras espera a que me quiebre.

Llama detrás de él, una orden brusca.

Se me corta la respiración. Juliet avanza tambaleándose, empujada por otro hombre. Mi corazón da un vuelco. Está viva y es real. Está temblando, sus muñecas en carne viva y enrojecidas, sus ojos abiertos de terror. Encuentran los míos, fijándose, aferrándose, y quiero gritar que todo estará bien, que tengo esto bajo control, que no acabo de arruinarlo todo al cruzar esas puertas.

—Ellie —comienza, con la voz temblorosa, todo su cuerpo temblando, y me cuesta todo lo que tengo no derrumbarme.

No puedo dejar que me quiebre. No puedo dejar que lo vean.

—Está bien —digo. La mentira es tan grande que casi me ahogo con ella. Levanto la barbilla, tratando de sonar segura—. Déjala ir.

El hombre me sonríe con suficiencia, como si fuera un juguete nuevo y brillante que no puede esperar para desenvolver.

—Ya la oíste —le dice al otro hombre.

Este es mayor, más duro. Sus ojos son negros como balas. Es el que da las órdenes. Me mira, luego a Juliet, y luego hace un gesto con la cabeza.

—Vete —dice, aburrido.

Juliet niega con la cabeza. Todo su cuerpo grita en contra.

—No —dice—, no, no te voy a dejar —hay lágrimas en sus ojos, haciéndolos brillantes y salvajes e imposiblemente grandes en su rostro pálido y aterrorizado. Se ve tan joven. Demasiado joven para estar aquí, demasiado joven para tener algo que ver con esto.

—Hazlo —gruñe el hombre, con una advertencia en su voz. Del tipo que dice que no lo repetirá.

Me apresuro hacia adelante, con las manos en los hombros de mi hermana. Mi agarre es fuerte y ella se estremece. Lo siento, quiero decirle. Te amo, quiero decir. Hice esto por ti, y espero que lo sepas, espero que lo entiendas. No digo nada de eso.

—Tienes que irte —le digo, en voz baja y firme—. Sal de aquí. Encuentra a Leonardo. Él arreglará esto.

—Ellie... —su voz se quiebra y me mira con una desesperación que no puedo soportar. Mis ojos arden, pero no dejo caer las lágrimas. Soy fría. Soy inquebrantable. Ahora soy una Rosetti.

El hombre detrás de ella le da un empujón. Ella tropieza hacia la salida, volviéndose y extendiéndome la mano por un momento, y luego desaparece.

La puerta se cierra de golpe detrás de ella con un estruendo que sacude las paredes. Mi corazón es el único sonido.

El hombre me mira como si fuera un insecto que pudiera aplastar. Yo le devuelvo la mirada como si no fuera aterrador.

—¿Y ahora qué? —pregunto, cuando finalmente puedo respirar, cuando el silencio se vuelve demasiado grande.

Sonríe, pero no hay humor en ello. Solo dientes.

—¿Ahora? —dice, acercándose—. Ahora nos perteneces.

Hay otro hombre detrás de él, luego otro. Estoy rodeada, pero mantengo la espalda recta, la cabeza en alto. Son más grandes que yo, más fuertes, pero no tienen idea de con qué se han metido. He sido intercambiada así antes. Al menos esta vez fue mi elección. Al menos esta vez sé en lo que me estoy metiendo.

—Valiente, venir aquí —reflexiona, agarrando mi barbilla, inclinando mi rostro hacia arriba para que tenga que encontrarme con sus ojos—. O jodidamente estúpida.

El teléfono de Leonardo vibra en mi bolsillo, sobresaltándome. Él intenta alcanzarlo, pero yo soy más rápida. Veloz como una serpiente. Presiono el botón de responder y grito a la línea. —Estoy en los muelles. Un almacén. ¡Apresúrense! —No sé si me escuchan. El hombre me lo arranca de la mano y cae al suelo, el sonido

metálico mientras un mensaje grabado suena desde el altavoz invitándome a completar una encuesta.

Lo he hecho. Realmente lo he hecho. No hay Leonardo apareciendo para salvarme en el último minuto. No he logrado nada más que enfurecer a este albanés.

—Átala —ordena.

Unas manos me agarran, magullando mis brazos, retorciendo cuerdas alrededor de mis muñecas hasta que no puedo sentir nada más que la sangre latiendo en mis venas. Mi pulso es demasiado fuerte. Mi respiración demasiado rápida. Me concentro en lo único que importa.

Juliet está a salvo.

Me empujan al suelo con fuerza y caigo de rodillas. El dolor florece, sordo y cálido, y mi mundo se reduce a eso. Dolor y oscuridad y miedo. Pero no grito. No les doy ese gusto. Permanezco en silencio, respirando, y respirando, y respirando.

El hombre se agacha frente a mí. —¿Qué creías que iba a pasar? —pregunta. Saboreo la sangre en mi labio.

—Exactamente esto —digo, dejándola gotear, dejándola ver.

Me da una palmada en la mejilla, y el ardor se extiende por mi cara. —Deberías haberte mantenido alejada.

Están todos a mi alrededor. Sombras y cuerpos. El olor a gasolina es espeso y asfixiante. Cierro los ojos con fuerza y no les dejo ver nada. La oscuridad se vuelve más oscura.

Se acercan.

30

Leonardo

Se ha llevado mi teléfono y ha robado un coche. Eleanor jodidamente se llevó mi teléfono y se marchó sola, y estoy perdiendo la maldita cabeza. ¿En qué demonios está pensando? ¿Qué planea hacer solo con mi teléfono y un maldito SUV? ¿Va a enfrentarse sola a los albaneses?

Echo un vistazo al teléfono de Carmela, del que me he apropiado. Nada de Emilio. Nada de Leo. Nada de los hombres de papá. Nadie la ha encontrado.

Ni llamadas, ni malditos mensajes. Sé que está asustada por Juliet, pero ¿esto? Esto es una puta temeridad.

La mansión se siente como un desierto, un páramo vacío e impersonal. El suelo hace eco bajo mis pies inquietos. Nadie sabe dónde está. Voy a matarla por esto si no pierdo la cabeza primero.

La mitad del bajo mundo de Nueva York está en una búsqueda frenética de Eleanor Price, y aún nadie ha dado con ella. He desviado a casi todos de la búsqueda de Juliet para buscar a Eleanor antes de que haga algo que la mate. He sacado hombres del ring de peleas, de los muelles, del propio Il Lusso, y aun así, ni un solo susurro de dónde demonios está.

Estoy perdiendo la paciencia con estos inútiles bastardos tan rápido como la estoy perdiendo con Eleanor. En cuanto esté a salvo, juro por Dios que voy a rodear ese pequeño cuello terco con mis

manos. Voy a matarla tan pronto como la tenga a salvo en mis brazos de nuevo. La espera me está matando, y Eleanor va a pagar por cada maldito segundo.

Dejo de pasear el tiempo suficiente para golpear una pared cercana por frustración. Nada. He dicho a los hombres que me llamen primero al número de Carmela, sin importar qué. Necesito ser el primero en saber que está a salvo. Necesito ser el primero en verla. Necesito ser el primero en...

Nada. Ni una llamada. Ni un mensaje. Nada.

Han pasado cuarenta minutos. Cuarenta minutos desde que esa mujer me pilló desprevenido. Desde que se marchó sin dejar rastro y dejó toda mi vida en el caos. Ni siquiera sé por qué los guardias la dejaron salir por la puerta principal, pero sé con certeza que lo lamentarán. Cuanto más tiempo estoy aquí, más listo estoy para destrozar este lugar y a todos los que están dentro si ella no vuelve pronto.

Debería haberla atado a la cama. Debería haberla atado a mi maldito lado.

Empiezo a pasear de nuevo, furioso conmigo mismo por dejarla pensar por un segundo que no tengo esto bajo control. No confió en mí para manejarlo. Ni siquiera confió en mí para proteger a su hermana. ¿Cree que estoy aquí pajeándome mientras ella está ahí fuera enfrentándose a todo el cartel albanés con nada más que un coche y un teléfono? Si no regresa pronto, voy a...

La puerta se abre de golpe. Juliet irrumpe por las grandes puertas de la mansión con el pelo enmarañado y los ojos abiertos de pánico. Su vestido está roto en el hombro, la tela fina manchada y colgando suelta alrededor de su cuerpo tembloroso. Se ve terrible. Su piel pálida está manchada de tierra, sus mejillas hundidas. Los hombres de Rosetti la flanquean como una escolta militar harapienta. Una fea marca roja se ve en la piel de sus muñecas. Su pánico se derrama en un grito incontrolado y sin aliento.

—¡Leonardo!

Su voz hace eco en el vestíbulo, y al instante, un escalofrío me recorre las venas. ¿Cómo demonios se liberó Juliet?

—Una de nuestras patrullas la recogió cerca de los muelles —me informa un guardia.

Lo ignoro y me dirijo directamente a Juliet.

—¿Dónde está mi esposa? —exijo lentamente.

Juliet se desploma de rodillas, su respiración entrecortada en bocanadas desesperadas y frenéticas.

—Eleanor —jadea, sus manos agitándose en el aire como si buscara las palabras correctas—. Ella... se intercambió por mí. Los albaneses me tenían, y ella simplemente apareció y dijo que podían tenerla a ella si ellos...

—Te pregunté dónde —mi voz corta su pánico, afilada y mortalmente tranquila.

—En un almacén en Hunts Point —sus palabras me golpean como un puño, y salgo disparado pasando junto a ella, mi corazón un tambor furioso.

—Vienes conmigo —mis pies apenas tocan el suelo mientras recorro el largo y vacío pasillo, el eco de mis pasos un pulso acelerado en mis oídos. Ladro órdenes, mi voz resonando en el frío mármol. Los hombres de Rosetti entran en acción, con las armas desenfundadas, siguiéndome como una tormenta de trajes negros mientras nos amontonamos en los SUV. El viaje al almacén es un borrón, mis nudillos blancos alrededor de la empuñadura de mi arma.

¿Qué ha hecho Eleanor? ¿Por qué necesita martirizarse todo el maldito tiempo? ¿Por qué no puede quedarse en un lugar cuando se le dice y mantenerse a salvo?

Rompió todas las malditas reglas. Mintió. Huyó. Dejó que los jodidos albaneses la tocaran. ¿Y ahora? Ahora está en sus manos.

Para cuando llegamos a los muelles, estoy vibrando con una violencia apenas contenida. El almacén está silencioso, demasiado silencioso. Mala señal, joder. Hago una señal a mis hombres, y nos desplegamos, moviéndonos en silenciosa coordinación. Dos guardias afuera, aficionados. Me encargo del primero yo mismo, una hoja en la garganta antes de que pueda hacer un sonido. El segundo apenas tiene tiempo de alcanzar su arma antes de que Matteo le meta una bala silenciada entre los ojos.

Nos deslizamos dentro por una entrada lateral, las sombras nos engullen por completo. El aire apesta a aceite, sangre y sudor. Mi latido es un tambor constante, pero mi pulso es fuego, ardiendo a través de mis venas.

Los oigo antes de verlos: voces bajas, el arrastre de una silla. Y luego Eleanor.

—Al menos ofréceme una taza de té —dice, sonando elegante como la mierda.

Sus rodillas están raspadas, con parches de piel en carne viva contra el suelo sucio. Hay sangre en sus manos, más que de los rasguños, como si hubiera luchado para salir de algún lugar solo para terminar aquí. Debe haberles dado un infierno. Su vestido, una cosa turquesa y brillante que le había visto esta misma mañana, está rasgado en el dobladillo y manchado con puntos carmesí. Está descalza y sucia, pero sus ojos son fuego glacial, negándose a mostrar ni un ápice de derrota. Pensaron que podían quebrarla. No conocen a Eleanor.

Está de pie, rígida, con el rostro alzado en desafío, mientras ese maldito albanés le sostiene la barbilla entre los dedos como si fuera una especie de trofeo. Algo primario se rompe dentro de mí.

Sin vacilación. Levanto mi arma y le meto una bala en el cráneo. El caos estalla. En el segundo en que su cuerpo golpea el suelo, sus hombres se apresuran a buscar armas, pero somos más rápidos. El aire explota con disparos, gritos y el sonido húmedo de los cuerpos golpeando el concreto. Me muevo a través de todo, como un depredador desatado, eliminando a cualquiera que se interponga en mi camino. Una bala me roza el brazo, el ardor apenas se registra a través de la neblina roja en mi mente. Uno por uno, caen, la sangre salpicando las paredes, acumulándose en el suelo. Sigo avanzando hacia ella.

Ella sigue allí de pie, congelada, con sus ojos muy abiertos fijos en mí.

—Eleanor —gruño, pasando por encima de un cuerpo.

Sus labios se separan como si quisiera decir algo, pero entonces una figura se abalanza desde un lado: un último albanés desesperado. Mis instintos toman el control. Agarro al cabrón por la

garganta, lo estrello contra la pared y le meto una bala en el estómago, dejándolo deslizarse hasta el suelo hecho un ovillo.

Entonces, finalmente, llego hasta ella.

Mis manos están sobre ella en el momento en que estoy lo suficientemente cerca para tocarla. Son frenéticas, y me importa una mierda si ella lo sabe. Estoy buscando heridas, moretones, cualquier señal de que esos bastardos la lastimaron de alguna manera. Aprieto sus brazos —demasiado fuerte, demasiado desesperado— buscando algo que pudiera estar roto. Esos bastardos la tocaron, esos hijos de puta pusieron sus manos sobre mi esposa, y les haré pagar mil veces más si está herida. Me llevaré sus vidas, sus familias y quemaré todo su maldito mundo si le dejaron una sola marca.

Mi mente es un borrón de rabia y pánico. Su vestido está resbaladizo, pero no puedo decir si es su sangre, si se está desangrando frente a mí mientras estoy aquí parado con mis inútiles manos. Su piel está pálida —demasiado pálida— y manchada de suciedad. Su cabello es un desastre, y quiero envolverla toda en mis brazos, protegerla del mundo, pero primero necesito saber que está bien. Necesito saber que está entera.

No llegué a tiempo. No los detuve antes de que se la llevaran y la ataran y la dejaran viéndose así. No la protegí, maldita sea.

Mi pecho está tan apretado que no puedo respirar. Sus ojos siguen fijos en los míos, y no puedo leerlos, no puedo mirar lo suficientemente profundo para encontrar la respuesta que estoy muriendo por obtener. ¿Por qué no puede decir algo, darme aunque sea una palabra para saber que todavía está aquí conmigo? Me estoy volviendo loco tratando de ver si está bien, y todo lo que tengo es silencio.

No puedo soportarlo.

—¿Estás bien? —Mi voz es afilada, bordeada de miedo.

Ella parpadea, traga saliva con dificultad. —Viniste —susurra.

Tomo su rostro entre mis manos, mi pulgar limpiando una mancha de sangre que no es suya de su mejilla. —Por supuesto que vine, maldita sea. —Las palabras son demasiado crudas, demasiado cercanas a algo que no quiero nombrar.

Ella me mira fijamente, su pecho subiendo y bajando demasiado rápido, sus ojos buscando los míos en busca de seguridad. —Estaba tan asustada de que no llegaras a tiempo —admite, su voz quebrándose ligeramente.

Sostengo su mirada con firmeza. —Nunca dejaría que te pasara nada. Ni ahora, ni nunca.

Su agarre se aprieta en mi chaqueta, y entonces, sin previo aviso, se lanza hacia adelante, presionando su rostro contra mi pecho. Sin llorar, sin hablar, solo aferrándose.

La rodeo con mis brazos, más fuerte de lo que debería, atrayendo su delicado y tembloroso cuerpo contra mí. Sus temblores envían una sacudida de ira, alivio y necesidad a través de mi propio cuerpo, el miedo de que no se mantenga entera haciendo que mi agarre sea aún más fuerte. Puedo sentir el rápido y frenético ritmo de su corazón contra mi pecho, el acelerado subir y bajar de su respiración contra mí. Pero está aquí. Es carne y sangre bajo mi tacto, y es real.

Dios, la necesito. La necesito más que al aire, más que cualquier otra cosa que esta vida pueda ofrecer, y no me importa que ella lo sepa.

Me empapo de su aroma, su calor, el enredo salvaje de su cabello. La idea de nunca volver a abrazarla así me había destrozado. No puedo mantener el borde de pánico fuera de mi voz mientras la sostengo, mientras dejo que ocupe cada último rincón de mi mundo.

—Estás a salvo ahora —murmuro suavemente en su cabello. La dejo estar ahí, simplemente aferrándose a mí. La dejo, porque es mía. Y cualquiera que intente quitármela de nuevo morirá, maldita sea.

31

Eleanor

Me siento en el borde de la enorme cama en la habitación de Leonardo, con las manos apretadas sobre mi regazo. Juliet está a salvo, durmiendo en la habitación de al lado, pero no puedo relajarme. Mi vestido está arruinado, rasgado y manchado, y mi cuerpo me duele en lugares que antes no había notado. La adrenalina hace mucho que desapareció, dejando solo agotamiento y el peso de lo que he hecho presionándome.

Después de que Leonardo me rescatara del almacén, cuando la adrenalina se enfrió y mi temblor se detuvo, fue dolorosamente gentil. Envolvió sus brazos alrededor de mí y acunó mi cuerpo maltratado, con cuidado de cada moretón y rasguño. Su tacto era increíblemente tierno, sosteniéndome cerca en el asiento trasero de una SUV durante el viaje de regreso a casa. Sus labios presionados contra mi cabello, su calor envolviéndome, haciéndome sentir más segura de lo que jamás había imaginado posible. El alivio fue abrumador, una inundación de emociones que me hizo desplomarme contra él por el agotamiento. Me aferré a él mientras el coche atravesaba velozmente la ciudad, dejando atrás el miedo y los escombros, pensando que tal vez, solo tal vez, había hecho lo correcto.

Pero tan pronto como llegamos a la mansión, todo cambió. No se apartó de mi lado, pero se retrajo, reemplazando sus suaves arrullos

con un pesado silencio.

Conozco demasiado bien a Leonardo, y sé lo que significa ese silencio. Su ira está hirviendo a fuego lento, un cable vivo entre nosotros, y sé que está dirigida directamente hacia mí. No debería esperar nada más después de lo que hice, después de las decisiones que tomé. Traicioné su confianza, fui en contra de todo lo que me exigió, y ahora las consecuencias vienen como un tren de carga.

Rompí sus reglas. Las tres. Le mentí. Huí de él. Toqué a otro hombre, aunque solo fuera para hacer el intercambio, intentando hacer lo que fuera para mantener a Juliet a salvo. La imagen de ese intercambio está grabada en mi mente, el miedo en mi estómago cuando pensé que podría ser el final para mí. Tiemblo, sabiendo lo furioso que debe estar Leonardo. Merezco lo que sea que venga a continuación.

Leonardo se cierne en la entrada de nuestra habitación, con los puños apretados y la mandíbula tensa. Su respiración es pesada e irregular, como si apenas pudiera contenerse.

—Rompiste todas las malditas reglas, Eleanor —dice finalmente, su voz un gruñido bajo y peligroso que me hace estremecer—. ¿Cómo lograste pasar a mis guardias? ¿Les lanzaste una sonrisa y simplemente te fuiste conduciendo?

Se acerca pisando fuerte hacia mí, la furia emanando de él en oleadas. Abro la boca para hablar, para explicar, pero no me da la oportunidad.

Sus ojos llamean mientras camina de un lado a otro. —Tenía a todos buscándote. ¿Entiendes eso? —espeta, volviéndose hacia mí con fuego en sus ojos avellana—. Tenía a mis hombres por toda la ciudad buscando a Juliet. Pero tú los hiciste perseguirte a ti en su lugar, los sacaste del rastro. —Hace una pausa, y por un momento, veo algo más que ira en su rostro. El más mínimo destello de algo crudo y desprotegido—. La pusiste en aún más peligro con tu pequeña hazaña. ¿Lo sabes, verdad? Por tu culpa, tuve que llamarlos de vuelta cuando estaban a punto de encontrarla. —Las palabras me golpean, cada una como un golpe. Me siento más pequeña con cada acusación que me lanza, cada verdad que no puedo negar.

Lucho por encontrar algo que decir, cualquier cosa que pueda penetrar, mi voz temblando. —Pensé que... —empiezo, pero me interrumpe, la fuerza de su ira llenando la habitación.

—¿Pensaste en algo? —grita, su temperamento finalmente rompiendo su control—. ¿O simplemente no te importa lo que cueste conseguir lo que quieres? No es de extrañar que estuvieras dispuesta a hacer el intercambio. Eres igual que tu padre. —Las palabras me atraviesan, más dolorosas que cualquier cosa que pudiera haber hecho. Me quedo ahí, sintiendo el peso de mi fracaso, la verdad de su acusación.

Pero no puedo arrepentirme, porque Juliet está a salvo en la habitación de al lado, lejos de los albaneses, lejos de mi padre.

Pero también soy la razón por la que Leonardo me mira como si fuera el enemigo. El silencio se extiende entre nosotros, espeso y sofocante.

Finalmente encuentro la fuerza para romper el silencio. —Puedes divorciarte de mí —digo, forzando cada palabra aunque una parte de mí siente que me romperé en el proceso. Mi voz es tranquila pero inflexible, la convicción empujando a través del agotamiento—. Rompí todas las reglas que me diste. Ya no tienes que quedarte conmigo. —Las palabras saben amargas, y lucho contra el aguijón del arrepentimiento, el pensamiento de que he perdido más de lo que pretendía.

Él levanta ligeramente la cabeza, y por un segundo, pienso que no va a responder, que se va a alejar y dejarme aquí ahogándome en esta incertidumbre. Entonces se gira.

La mirada en sus ojos me envía un escalofrío por la columna. Oscura. Furiosa. Posesiva.

Camina hacia mí, lento y deliberado. Me preparo para lo peor, para que me abandone y lo haga definitivo. Pero se detiene justo frente a donde estoy sentada, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de él, y no puedo respirar. Sus dedos se curvan bajo mi barbilla, inclinando mi rostro hacia el suyo. —¿Crees que así es como funciona esto? —Su voz es baja, peligrosa, una tormenta a punto de estallar—. ¿Crees que puedes romper mis reglas, intercambiarte a ti misma como una especie de mártir, y luego simplemente marcharte?

Trago saliva con dificultad, mi pulso latiendo en mi garganta. —Yo...

—No. —La palabra es definitiva, cortante. Me estremezco bajo su peso. Él baja la mano y retrocede un paso, pasando una mano áspera por su salvaje cabello rojo oscuro—. Eres mía, Eleanor. Eso no ha cambiado. —Su mandíbula se tensa—. Nunca va a cambiar.

Algo se quiebra dentro de mí. —Yo... pensé que ya no me querrías.

Sus ojos destellan. —¿Ya no quererte? —Niega con la cabeza, un suspiro brusco e incrédulo escapando de sus labios—. Casi pierdo la maldita cabeza esta noche. ¿Tienes alguna idea de cómo fue enterarme de que te habías ido? ¿Saber que estabas en sus manos?

Abro la boca, pero no me deja hablar.

—Te diré cómo fue. —Su voz se vuelve más baja, más áspera—. Se sintió como si alguien me pusiera una pistola en el pecho y apretara el gatillo. Una y otra vez.

Lo miro fijamente, con la respiración entrecortada. Esto... esto es diferente. No es solo posesividad. No es solo control. Es algo más profundo.

—No me importa cuántas reglas rompas —dice. Cada palabra es un golpe, pero debajo de la furia, debajo de la indignación, oigo algo crudo y vulnerable—. No me importa cuánto me desafíes, cuánto creas que puedes empujarme para que te deje ir. —La desesperación en su voz hace que mi corazón golpee contra mis costillas. Sacudo la cabeza, tratando de entender lo que me está diciendo, pero él no se detiene—. Eres mía, Eleanor. Y eso significa que no puedes lanzarte a los lobos y pensar que me quedaré mirando cómo sucede. No puedes decidir que eres prescindible.

Se acerca de nuevo, más lento esta vez. Con propósito. Obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás para mantener su mirada. Su voz se endurece mientras se cierne sobre mí.

—No para ellos. Y seguro que no para mí. —Sus palabras se graban en mí, cada una desenredando el miedo que he estado guardando dentro, el miedo de que hubiera terminado conmigo, de que lo hubiera empujado demasiado lejos.

No estoy acostumbrada a que alguien me desee de esta manera, y me roba el aliento de los pulmones. Mis ojos arden, y odio sentir que

voy a llorar, pero es demasiado. El peso de todo lo que he hecho, todo lo que casi perdí.

Apenas puedo pronunciar las palabras.

—Solo quería salvar a Juliet. —Mi voz es pequeña, vacilante bajo su mirada implacable.

Exhala bruscamente, como si hubiera perdido el punto por completo.

—Lo sé. —Un momento de silencio—. Pero la próxima vez, no lo haces sola. —Se arrodilla frente a mí, sin romper el contacto visual, y el mundo se inclina. Sus dedos se enroscan alrededor de mi muñeca, cálidos y firmes, anclándome en mi lugar—. No huyes de mí, Eleanor. Corres hacia mí.

Algo en mi pecho se aprieta, se retuerce. ¿Cómo está pasando esto? ¿Cómo estoy sentada aquí, escuchándolo decir estas cosas, sintiendo un destello de esperanza donde pensé que no quedaba nada? Incluso ahora, después de la forma en que lo he desafiado, la forma en que he cuestionado todo entre nosotros, Leonardo sigue aquí. Inquebrantable. Asiento, apenas confiando en mí misma para hablar.

—Bien —murmura. La palabra es una promesa, como si hubiera escuchado todo lo que no puedo decir. Su mirada me atraviesa, una mirada larga y escrutadora que me deja sin aliento. Luego levanta mi mano. Sus labios rozan mis nudillos, el toque más suave en contraste con el acero en su mirada. Mi respiración se entrecorta, y por un momento, todo el mundo se reduce a esa única e inesperada ternura.

—Porque no vas a librarte de mí. —Cada palabra pulsa con certeza, la fuerza de su juramento—. Ni ahora. Ni nunca.

32

Leonardo

El amanecer gris se filtra por la ventana. Tiñe las paredes, serpenteando por la habitación, enroscándose en los rincones donde las palabras de Eleanor me persiguen más. *Actúas como si ya fuera de tu propiedad.* Lo dijo en nuestra noche de bodas, y lo ha repetido cien veces desde entonces, de diferentes maneras.

Ella nunca quiso esto. Nunca me quiso a mí. Su padre se lo impuso, y yo continué su buena labor, actuando como su maldito segundo al mando. Enjaulándola, controlándola, tratándola como una propiedad.

Anoche, me ofreció el divorcio porque pensaba que yo no la quería. La rechacé, por supuesto, pero eso no es lo mismo que liberarla. Es lo opuesto. Es mantenerla cerca.

Pasé la noche duro como una piedra, mi polla sin entender el mensaje de que ella necesitaba descansar y recuperarse de sus heridas. La deseaba con una urgencia que me asusta. Me cuesta todo mi autocontrol no poner mis manos sobre ella, mi mente dando vueltas de necesidad.

Ni siquiera se inmuta cuando me levanto de la cama, cuando camino de un lado a otro, luchando con esto que llevo dentro. Quiero protegerla. Quiero retenerla. Pero esa no es mi decisión. Mi sangre está demasiado caliente para pensar con claridad, y ni siquiera puedo tocarla sin preocuparme de que se aleje. La miro

fijamente, y estoy perdido. Enjaulado por mi propia obsesión. Observarla así, con el estómago hecho un nudo, el pulso descontrolado... esto no es a lo que estoy acostumbrado. Esta desesperación desgarradora y corrosiva de proteger, de abrazar, de poseer.

Toco su rostro y se mueve. Soy un cobarde por lo que tengo que hacer, y nunca he temido nada tanto como su respuesta.

Dejarla ir debería ser fácil, pero mi cuerpo grita que es la decisión equivocada. La cama cruje cuando me siento en ella, pero apenas lo noto por encima del rugido en mi cabeza. Quiero destrozar cosas, golpear paredes, romper cualquier cosa que no sea ella, pero aquí no hay pelea, no realmente. No una que pueda ganar. Su cabello se extiende sobre la almohada, castaño suave contra el blanco. Su respiración es profunda, constante. La mía no. La mía es irregular y áspera, saliendo en jadeos y maldiciones. ¿Cómo dejé que llegara tan lejos? Ella necesita tiempo, distancia. No un Rosetti de sangre caliente arruinando su vida. Y definitivamente no yo, clavándola en esta cama como quiero, como necesito.

Me arden los ojos. No he dormido nada. Solo me he quedado aquí como un maldito cobarde, mirándola en la oscuridad, contando sus respiraciones, contando las mías. Preguntándome cuánto tiempo nos queda antes de que todo explote. Ahora se ve tan pacífica, casi frágil.

Pero ahora es de mañana, y se me han acabado las excusas.

Su brazo descansa sobre su estómago, un vendaje asomando por debajo de su camiseta. Se mueve, y se forma una línea entre sus cejas. La primera grieta en su calma. Mi estómago se retuerce ante la visión. Ese pequeño surco dice más que las palabras. Desearía poder ignorarlo. Desearía poder creer que está a salvo aquí, pero el moretón en su mejilla me recuerda la verdad. Me recuerda por qué esto tiene que suceder.

Me acerco a ella, mis dedos flotando sobre su piel. Está cálida, y mi toque la hace estremecer. Mi corazón golpea contra mis costillas. Se vuelve hacia mí, sus pestañas revoloteando. Me preparo, buscando en lo profundo un valor que no tengo.

—¿Leo? —dice mi nombre como si fuera lo más simple del mundo, pero yo sé que no es así. Hay una suavidad en su voz, una calidez que me oprime el pecho. Es la primera vez que me llama algo que no sea mi nombre completo, Leonardo, y quiero acostumbrarme. A ella.

Pero eso haría esto más difícil de lo que ya es.

—Sé por qué te casaste conmigo —digo, cada palabra una traición en sí misma, mi boca tan seca que apenas puedo escupir las sílabas. Mis palabras quedan suspendidas pesadamente entre nosotros, casi ahogándome—. Pensaste que era la única manera de proteger a tu hermana.

Sus ojos se abren de golpe, azules y brillantes, y quiero ahogarme en ellos aunque sé que es una mala idea. Me mira como si estuviera esperando el resto del golpe, como si apenas estuviera comenzando. Me pregunto si sabe cuánto me cuesta esto. Si le importa.

—Obviamente —asiente.

—Aun así la protegeré, ¿sabes? —lo digo antes de poder detenerme, antes de poder asumir el hecho de que realmente podría estar hablando en serio—. Puedes irte. —Hay una larga pausa, y con cada segundo que pasa, pierdo un poco más de mí mismo. No estoy seguro de cuánto queda. Me paso una mano por el pelo y odio lo débil que me hace sentir—. Siempre las protegeré a ambas. Dinero, guardaespaldas, nuevas identidades, lo que necesites. De por vida.

Ella permanece en silencio, observando, pensando. Se incorpora, haciendo una mueca mientras se apoya contra el cabecero. Odio darme cuenta de cómo su camiseta se desliza de su hombro, odio no poder dejar de notarlo. Su silencio es más ensordecedor que cualquier grito. Aprieto la mandíbula.

—Hablas en serio. —Su voz es más fría ahora, y hace que mi sangre hierva de una manera que no puedo entender.

—Puedes huir —digo, y suena más salvaje de lo que pretendo. Pero necesito decirlo. Necesito que quede claro para que sepa lo que vale, lo que está perdiendo—. Puedes esconderte. No me importa a dónde vayas.

La cama se mueve cuando ella se aleja, como si ya me estuviera dejando. La miro fijamente, tratando de leer su mente, tratando de

averiguar qué sucederá después. Entrecierra los ojos, desafiante. Me está poniendo a prueba, pero estoy demasiado enojado para que me importe. O demasiado asustado.

—¿Eso es lo que quieres? —Parece casi triste, y me golpea más fuerte que una bala.

—Quiero que tengas una opción —Casi me ahogo con las palabras, con cada sílaba que me deja más vacío—. ¿No lo entiendes? Te estoy liberando de mis reglas —No debería querer decir lo que digo a continuación, pero la idea de verla con otro hombre casi me mata —. Pero si tocas a otro hombre... —Encuentro su mirada, y mi pulso se acelera—. Tengo que ser honesto. Está muerto.

Sus labios se curvan en una pequeña y peligrosa sonrisa.

—Elijo quedarme —Lo dice con tal certeza que estoy seguro de haberla escuchado mal. Sus dedos están frescos y suaves cuando rozan mi mejilla, y mi corazón golpea contra mi pecho, salvaje y descontrolado—. Me casé contigo —dice, feroz y hermosa—. No con tu familia. No con tu protección. Contigo —Me mira con afecto, y me hace sentir débil, como un maldito idiota.

—Estás jodidamente loca —murmuro, pero sale roto, lleno de una esperanza que no merezco. Escucho las palabras, apenas las reconozco. Apenas me reconozco a mí mismo, la forma en que oscilo entre el alivio y la incredulidad, entre el miedo y la necesidad de abrazarla tan fuerte que nunca tenga la oportunidad de cambiar de opinión.

—Tú también eres mío, ¿sabes? —Se inclina hacia mí, y capto un atisbo de su aroma. Ligero, floral, pero hay acero debajo—. Te lo dije, Leonardo. No puedes poseerme sin pagar el precio.

Y así, sin más, estoy perdido. Mi mano se desliza por su cabello y la atraigo hacia mí. Ella jadea, y es el sonido más hermoso del mundo.

—Te amo —digo. Es la verdad más grande que he dicho jamás.

La beso como si fuera mi último aliento, porque eso es lo que ella es. El único aire en mis pulmones, lo único que los hace arder. La beso y siento todo, el peso de sus palabras y las mías. La beso y sé que soy suyo.

Ya estamos sin aliento, jadeando y aferrándonos el uno al otro como si fuéramos a morir si nos detenemos. La boca de Eleanor es una droga, un veneno, y quiero sobredosificarme. La presiono contra la cama, con mi mano en su cabello y mi pulso retumbando en mis oídos. Pensé que podría resistir, pero nunca he sido bueno con el autocontrol, no cuando se trata de ella. Ella será mi muerte, pero estoy demasiado perdido para que me importe. El sol se eleva sobre la ciudad, y me pierdo en ella.

Me besa como si no pudiera tener suficiente. Sus dedos se clavan en mi espalda, afilados y exigentes. No puedo creer que casi dejé ir esto. No puedo creer que fui lo suficientemente estúpido como para pensar que podría dejarla ir. Mi esposa. Mi adicción. Rodamos, enredados en las sábanas y el uno en el otro, y la inmovilizo debajo de mí, su cuerpo suave y entregado. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, y gimo en su boca.

Nunca la dejaré ir.

Nos arrancamos la ropa el uno al otro. Su camisa primero, por encima de su cabeza y desaparece. Ella jadea cuando paso mis manos por su piel desnuda, mapeando cada centímetro como un hombre poseído. Estoy hambriento, y ella es lo único que puede satisfacerme. Sus caderas se elevan para encontrarse conmigo, y mi cerebro se cortocircuita. Apenas puedo pensar, solo puedo sentir, solo desear.

—Eleanor —digo, porque es la única palabra que conozco ahora mismo. Ella se arquea contra mí, y me pierdo de nuevo.

Su mano se desliza dentro de mis pantalones, sus dedos envolviendo mi polla, y juro que moriré. Su toque lo es todo. El calor arde a través de mí, y la atraigo más cerca, desesperado y crudo—.

Joder, te necesito —Mi boca está en su cuello, su clavícula, sus pechos. Ella está gimiendo, agarrando mi cabello, tirando de mí hacia abajo y urgiéndome a continuar.

Va a deshacerme.

Deslizo una mano por su estómago, dentro de sus bragas. Está tan mojada, tan lista, que casi pierdo la cabeza. Pensé que podría aguantar, ir despacio, pero no hay manera. No con ella así, sin aliento y necesitada, diciendo mi nombre como una súplica, una promesa. Me deshago de los últimos retazos de ropa entre nosotros, y su piel está contra la mía, cálida y eléctrica. Es lo único que puedo sentir, lo único que quiero sentir.

Beso mi camino por su cuerpo, me tomo mi tiempo con ella. Sus piernas tiemblan cuando la abro, cuando mi lengua encuentra su clítoris. Ella grita, arqueando la espalda, y es el mejor maldito sonido del mundo. Sabe increíble, dulce y feroz, y quiero ahogarme en ella. Mis manos sostienen sus muslos, y lamo y chupo hasta que ella está jadeando, hasta que me suplica que no me detenga. Se corre, salvaje y fuerte, y bebo cada estremecimiento.

—Leo —respira, destrozada y hermosa—. Por favor.

No puedo soportarlo más. La necesito ahora.

Me muevo sobre ella, besándola con fuerza mientras me deslizo dentro. Sus piernas me rodean de nuevo, y se aferra a mí. Empujo dentro de ella, profundo y rudo, y ambos nos deshacemos. Sus dedos se clavan en mi espalda, y pienso que así es como se siente morir. Ella me encuentra embestida tras embestida, frenética y perfecta. Es lo único en mi mundo, en mi cabeza, y estoy demasiado perdido para volver alguna vez.

Rodamos, y ella se monta a horcajadas sobre mí. Toma el control, y la sensación es jodidamente irreal. Agarro sus caderas, la bajo, observando cómo me cabalga, cómo toma todo lo que tengo y más. Es feroz, impresionante, todo lo que siempre he querido. Su cabello cae sobre sus hombros, salvaje y suelto. Sus ojos son brillantes, tan vivos, y no aparto la mirada. No puedo. Lo estoy perdiendo. Estoy perdido.

Empujo hacia arriba, penetrándola. Puedo notar que está cerca otra vez, lo siento en la forma en que se estremece.

—Mírame —digo, y no es una petición—. Córrete para mí.

Nos doy la vuelta una última vez, la inmovilizo debajo de mí, embistiendo fuerte y profundo hasta que no queda nada de ninguno de los dos. Hasta que estamos en carne viva, destrozados y completos. Ella se corre con un grito, y yo la sigo, enterrándome en ella. Me derrumbo sobre su cuerpo, ambos respirando como si hubiéramos corrido kilómetros, como si aún estuviéramos corriendo.

Ella será mi muerte. Y me encanta.

33

Eleanor

Me levanto antes que el sol, dejando atrás mis sábanas enredadas y la respiración acompasada de Leo. Su tacto persiste en mi piel, incluso ahora. Ajusto mi bata, salgo a la terraza y siento el frío punzante del aire matutino, dulce y agudo como limonada. Lo inhalo, respiración tras respiración. Manhattan despierta a lo lejos, pero aquí reina el silencio, el mundo reducido a susurros. La pálida luz se acumula a mi alrededor.

Me quedo de pie observando cómo el cielo se tiñe de rosa y oro, y me digo a mí misma: *Es mío*. Todo. Incluso las partes que creía no querer. Cuando Leo se une a mí afuera, está sin camisa, los moretones de la pelea de la semana pasada en el almacén albanés florecen como flores oscuras, superpuestos con los más recientes del ring de boxeo.

Su cabello está alborotado, atrapando la luz del amanecer como fuego. Lo observo, cada línea de su cuerpo. Los músculos tensos de sus hombros y los tatuajes que se enroscan en sus brazos. El aliento en mis labios se vuelve tembloroso, cálido contra la fresca mañana. Creo que lo amo, y el pensamiento aterriza con más fuerza de la que esperaba. El cielo se abre, el dorado derramándose sobre el gris, y yo también me abro, con el corazón palpitante.

Leo me ve y sonríe, esa sonrisa sin filtros.

—Te has levantado temprano —dice, acusador y burlón al mismo tiempo. Doy un paso hacia él, con los ojos fijos en el moretón que ensombrece sus costillas. Todavía puedo oír las palabras de Domenico en el ring de boxeo: *Déjalo pelear, Eleanor. Lo lleva en la sangre.*

Entonces lo odiaba, la forma en que su familia hablaba de él como si fuera un animal, nacido solo para la violencia. Ahora veo cómo Leo está ahí de pie, magullado y vivo, y sé que tenían razón en cierto modo. Hará cualquier cosa para protegerme a mí y a Juliet. Ahora lo amo por ello.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —dice.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —le digo.

Me mira como si estuviera a punto de preguntar qué, pero entonces no le doy la oportunidad.

—Te amo —digo. Su sonrisa desaparece, pero no es shock lo que cruza su rostro, no como esperaba. Es satisfacción. Como si hubiera estado esperando oírlo todo el tiempo. No habla. Se mueve hacia mí, rápido, una mano cerrándose alrededor de mi cintura y atrayéndome hacia él. El beso es cálido, sabe a su piel, su sudor y el café que ya ha tomado.

No me resisto. No me resisto a nada de esto. Sus manos se deslizan por mis brazos, apartando la bata de mis hombros, y luego se echa hacia atrás, mirándome, presionando algo en mi palma. Un anillo, me doy cuenta, plateado y brillante. El escudo de los Rosetti está grabado en la cara.

—Vas en serio —digo.

Se encoge de hombros, despreocupado.

—Pruébatelo.

Lo hago, pero me queda demasiado grande.

—Tendré que ajustarlo.

—No es un collar —me dice—. Es solo lo que he estado tratando de decirte todo este tiempo. Eres mía, y yo soy tuyo.

Giro mi mano, inspeccionando el anillo desde todos los ángulos.

—Ya estamos casados —digo.

—Pero ahora eres una Rosetti de verdad. No solo por matrimonio. Por sangre y alma.

Cuando me besa de nuevo, es más suave que antes, como si me estuviera dando la oportunidad de alejarme. Pero no lo hago. Dejo que me saboree, el anillo cálido en mi mano, y cuando levanto la mirada de nuevo, el sol lo ha bañado todo, pintando la terraza de oro.

—¿No huyes esta vez? —bromea.

—No voy a ninguna parte —le digo.

Leo me abraza un momento más.

—Hay una cafetera en la cocina —murmura en mi pelo.

—Ah. En ese caso, me voy.

Se ríe mientras me deslizo de vuelta al interior, dejándolo solo con el amanecer.

Ella está sentada en la encimera de la cocina, con el teléfono en una mano y una taza de café en la otra. Su cabello rubio cae sobre sus hombros, aún despeinado por el sueño, y me sorprende verla despierta tan temprano. No me nota de inmediato, así que me tomo un segundo para observarla. Mi hermana. Mi hermanita.

Levanta la mirada, encuentra mis ojos y me da una media sonrisa.

—Hola —dice, dejando su teléfono a un lado—. Estás despierta.

—Los viejos hábitos son difíciles de matar —le quito la taza de las manos y la llevo a mis labios. Demasiada azúcar—. Me sorprende que no estés durmiendo hasta el mediodía ahora que tienes la oportunidad.

Se encoge de hombros, sin comprometerse, pero hay una calidez en ella que no estaba ahí hace una semana. Todavía no es libre, no realmente, pero se está acercando.

Nos sentamos juntas, lado a lado en la encimera, sin decir mucho. Miro a mi hermana, veo el futuro en su rostro, y no puedo evitarlo. Pregunto.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Te vas a quedar aquí conmigo?

Me lanza una mirada rápida, demasiado rápida, como si la estuviera poniendo en apuros.

—No lo sé —dice, apartándose el pelo de los ojos—. No lo he pensado todavía.

—¿No lo has pensado, o no te has decidido? —La estoy provocando, pero hay un tono en mi voz que no puedo borrar del

todo.

Ella lo nota. Siempre lo hace.

—¿Por qué? —pregunta, y su voz es suave—. ¿No me quieres cerca?

—No es eso —digo, demasiado rápido, mis palabras atropellándose unas a otras—. Solo quiero saber qué pasa por esa cabeza tuya.

Ella hace una pausa, y puedo ver que está considerando. Puedo ver cómo escoge cada palabra como si estuviera sacando una piedra de un río, examinándola para ver si es la correcta. Me dan ganas de sonreír, porque así es como se siente conocer a alguien.

—Creo que quiero viajar —dice—. Creo que quiero ir a todos los lugares donde nunca he estado, solo para ver cómo son. —Duda, y puedo ver un destello de preocupación cruzar su rostro—. ¿Te enfadarías?

¿Enfadarme? No, no es eso. Me decepcionaría. Me rompería el corazón. Sería lo único que sé ser, y eso es estar sola. Luego recuerdo a mi marido, a mi cuñada, a Dom, a los gemelos, a Rafe y a todos esos otros Rosetti, y sé que nunca volveré a estar realmente sola. —Haz lo que necesites hacer, Jules —le digo—. Estaré aquí esperándote cuando regreses.

Su rostro se ilumina con una sonrisa. Me quita la taza, apoya su cabeza en mi hombro y nos quedamos así por un minuto. —No sé si me voy a ir todavía —dice—. Solo quiero sentirme libre, por una vez. He pasado tanto tiempo planeando todo. Cómo sobrevivir a padre. Cómo colarme en la universidad. Cómo llegar hasta ti. Ya no quiero tener un plan, Eleanor. No quiero un horario ni un mapa ni...

—Una jaula —termino por ella.

Se queda callada.

Luego, —Sí —dice suavemente—. Sí, eso.

Miro mis manos, veo el brillo del anillo Rosetti que Leo me dio, y sé que ella merece encontrar su propia forma de felicidad.

Nos quedamos sentadas otro minuto, otra vida, y puedo sentir sus pensamientos zumbando en el espacio entre nosotras. Aún no ha decidido, y sé lo que eso significa. Significa que podría quedarse, o podría irse, o podría hacer cualquier cosa que quisiera. Dejo que se

apoye en mí, le dejo que se tome su tiempo, le dejo sentir lo que es tener la oportunidad de decidir.

Me mira, sus ojos verdes claros, y es como si la estuviera viendo por primera vez, viéndola como realmente es. No la hermanita asustada. No la niña con demasiado miedo y no suficiente esperanza.

—Te quiero, Eleanor —dice, y las palabras brotan, crudas y sin filtrar—. Lo sabes, ¿verdad?

Se me hace un nudo en la garganta. —Yo también te quiero.

Su mano se desliza en la mía, nuestros dedos se entrelazan, y nos quedamos así mientras el sol sube más alto. Pienso en Leo, de pie en la terraza, el anillo en su mano, sus palabras: Eres mía, y yo soy tuyo. Pienso en mi hermana, su plan de no tener plan, y mi corazón se derrite.

Somos libres.

La mansión Rosetti se eleva a nuestro alrededor, fría y brillante, y ya no me siento como una prisionera.

Por fin estoy en casa.

34

Leonardo

Emerge del edificio de oficinas como un rey, rodeado de sus hombres, con el abrigo ondeando tras él. Sus ojos me encuentran al instante, entrecerrándose en una mirada que podría cortar la leche. Sonrío, ampliando mi postura e inclinando el mentón. Sus guardaespaldas son grandes e inexpresivos, flanqueándolo como bloques de cemento. Veo el momento en que me reconocen, el destello de comprensión en sus ojos que se extiende en un segundo de respeto. Miran a Price en busca de instrucciones, pero yo ya estoy dando un paso adelante.

—¿Les importa si tomo prestado al Sr. Price? —pregunto. La comisura de mi boca se curva como si hubiera contado algún tipo de broma. Sus hombres hacen una pausa, y luego me dan lo que quiero: un asentimiento, una retirada.

Richard hierve de rabia mientras me acerco. —Estoy ocupado hoy, Rossetti —dice.

—Yo no —respondo, guiándolo hacia el SUV negro.

La calle es un caos a nuestro alrededor. Coches tocando la bocina, motores rugiendo. La gente se mueve como hormigas en la acera, zumbando en todas direcciones. El calor del mediodía se está colando dentro de mi traje. No me gustan las multitudes. Me gusta aún menos esperar. Miro al conductor a través de la ventana abierta, una señal silenciosa. Él asiente y hace rugir el motor.

—¿Qué es tan urgente? —pregunta Richard, sacudiéndose un polvo imaginario del hombro.

Abro la puerta, le hago un gesto para que entre. —Quiero hablar sobre Eleanor.

Su boca se tensa al oír el nombre de su hija. —No tengo tiempo para esto —dice, pero mira a sus hombres y los despide con un gesto.

—Estoy haciendo tiempo para usted, Richard. —Mi voz es baja, paciente. Puedo esperarlo eternamente si es necesario.

Sus ojos se entrecierran, tratando de leerme. Pero el hombre que crió a Eleanor sabe cómo ocultar su debilidad. Levanta las manos en fingida rendición y sube.

Entro después de él, un tiburón acercándose a un pez dorado.

Se ajusta los puños mientras me deslizo a su lado y cierro la puerta, aislándonos del ruido de la ciudad. —Espero que no planee aburrirme con historias del mal comportamiento de su esposa —dice —. Ahora es su problema.

El conductor se incorpora al tráfico. Dirijo mi atención a las calles que pasan, las tiendas sucias y las aceras agrietadas, cada hito arrastrando a Price más lejos de su zona de confort. Quiero que se retuerza, que se sienta inseguro. Todavía no he terminado con él.

—¿Qué quiere, Rossetti? —Richard se reclina, cruzando los brazos. Su confianza me irrita, un recordatorio de que hombres como él no aprenden a menos que les graves la lección en la piel.

—Quiero discutir negocios con usted, Price.

Los ojos de Richard se agudizan, brillando. —¿Entonces por qué tanto alboroto? —Hace un gesto hacia el coche, el rápido viaje por las calles—. Ustedes los Rossetti son todos iguales —dice, como si estuviera elogiando mi sastrería—. Todo brillo, sin sustancia.

No muerdo el anzuelo, no le doy la satisfacción de verme enojado. En su lugar, alcanzo mi teléfono, envío un mensaje rápido al conductor, una sola palabra.

Toma menos de diez minutos llegar al puente. La ciudad se extiende detrás de nosotros, un imperio de ambición y codicia. Ahora estamos en mi territorio. Siento la atracción familiar, la cruda simplicidad de todo esto. El SUV se desvía de la carretera principal,

cortando por un camino estrecho bordeado de metal oxidado y concreto agrietado. Abandonado. Olvidado. Como Richard quisiera que fueran sus hijas.

El coche se detiene debajo del puente, con el rumor del tráfico sobre nosotros. Richard mira por la ventana, y esta vez, es él quien intenta enmascarar su incomodidad.

—¿Trae a todos sus socios comerciales aquí? —pregunta. Intenta sonar casual, pero su voz tiene un filo. Lo escucho, y me encanta.

—Solo a los importantes. —Abro la puerta, le hago un gesto para que me siga.

Duda, luego sale. Dejo al conductor en el coche. Es lo suficientemente leal como para no hablar, pero no necesita escucharlo todo.

Richard observa el entorno, los grafitis descascarados y el olor a decadencia. Lo observo, evaluando su reacción. —Ubicación interesante —dice.

—Pensé que apreciaría la vista. —Camino unos pasos, me detengo, me giro para enfrentarlo. El momento se estira entre nosotros. Quiero ser yo quien lo rompa—. ¿Cree que no sé lo que le hizo a Eleanor?

Richard no se inmuta. Es bueno en eso. —¿Lo que hice? Le di un activo valioso.

Me está poniendo a prueba. Empujando para ver hasta dónde lo dejaré llegar. Me acerco más, cortando la distancia entre nosotros. —La prostituyó con sus socios comerciales —digo. Mis palabras son hielo. Quiero que lo atraviesen.

Richard levanta la barbilla. —Esa es una forma muy dramática de decirlo.

Imagino golpearlo tan fuerte que sus nietos lo sentirán, pero me contengo. He esperado tanto tiempo. —Le quitó su gato. La vendió para que se casara conmigo. —Mi voz se eleva, un gruñido bajo que traiciona mi ira.

—Parece que le está funcionando bien —dice Richard—. Los rubíes birmanos son de la mejor calidad, y usted obtendrá su parte.

Esta vez, dejo que se muestre la ira. —Esto no se trata de piedras, viejo. —Lo agarro por el cuello, lo acerco. Su aliento es rancio, agrio.

Lo respiro, sabiendo que lo odia, sabiendo que es lo más cerca que estaré de devorarlo entero—. Si no fuera por el vínculo de sangre, ya estaría muerto.

Lo veo ahora, la fisura en su compostura. Es pequeña, pero es suficiente.

—Es patético —dice, su voz menos segura—. No le tengo miedo, Rossetti.

Lo suelto, lo empujo un paso atrás. Sus zapatos rascan contra el concreto, levantando polvo. Se ajusta el cuello, tratando de reclamar su dignidad. Lo dejo tenerla. Lo dejo pensar que tiene algo de ventaja. Hará su rendición aún más dulce.

—Deberías estarlo —digo—. Ahora, ¿quiere escuchar mi propuesta de negocios?

Los ojos de Richard se entrecierran. —Bien.

Sonrío. —Usted desaparece. Eleanor nunca lo vuelve a ver. Yo no tengo que destruir su mundo.

La amenaza flota en el aire. Richard la sopesa. Sabe que puedo hacerlo. Pero no lo cree, aún no. Suelta un suspiro, como si fuera él quien me estuviera siguiendo el juego. —¿Y a cambio?

No parpadeo. —Le permito seguir respirando.

El silencio sigue a mis palabras. Pesado, sofocante. El momento en que todo pende de un hilo.

Richard lo rompe con una risa seca. —Siempre tan dramático.

Hundo mi puño en su mandíbula. El hueso duro se encuentra con la carne blanda, y mis nudillos pican con satisfacción. Price tropieza hacia atrás, con los ojos muy abiertos. Conmocionado. Aterrorizado. Como si nunca hubiera sido tocado por algo que no fuera dinero. Su mano tiembla mientras se la lleva a la cara; la retira y ve la sangre. Confirmación húmeda y roja de que puede sangrar, está sangrando. Su confianza se escurre con ella, formando un charco en el suelo.

Lo golpeo de nuevo. Algo se mueve bajo mi puño, y me alegro de que duela. Pienso en Eleanor, atrapada bajo su yugo, viviendo toda su vida como garantía. La ira me impulsa. Lanzo otro puñetazo que lo envía tambaleándose al suelo.

Sus extremidades son torpes. Desgarbadas. Está tratando de entender lo que está pasando. Respiro pesadamente, cernido sobre

él, mis puños aún apretados y ansiosos por más. Empieza a retroceder arrastrándose, la aspereza del pavimento mordiendo su ropa cara. Todavía le queda algo de pelea. Aún cree que puede salir de esto con una victoria. Eso me gusta. Significa que puedo romperlo dos veces. Lo levanto por el cuello, sus piernas inestables debajo de él.

—¿Va a dejar la ciudad? —le escupo las palabras, cada una como una puñalada.

Está tratando de aclarar su mente, se frota la sien como si no pudiera ordenar bien sus pensamientos. —¿Qué? No... —Es todo lo que le dejo decir antes de que mi puño se encuentre con su mejilla. Duro. Rápido.

—¿Va a dejar la ciudad? —pregunto de nuevo, y ahora no parece tan seguro de sí mismo. El atisbo de pánico está creciendo en él, lo hace humano por una vez.

—Sí —dice, la palabra forzada, apenas un susurro sobre su respiración agitada.

—¿Cuánto tiempo se mantendrá alejado? —lo presiono, y la desesperación en sus ojos es todo lo que quiero ver. Está buscando en mi rostro una pista, un respiro. Pero no hay ninguno.

Parpadea, vacila. —Un mes —dice. Es una suposición.

Niego con la cabeza. Su respuesta equivocada le gana otro puñetazo. Pongo todo mi cuerpo en él, lo veo desplomarse contra mí, peso muerto. Apenas consciente. Apenas nada.

—Incorrecto, amigo —gruño, sosteniéndolo por la camisa—. Va a dejar Nueva York, y nunca volverá. ¿Estoy en lo cierto?

Hay un destello de resistencia —orgullo tal vez— antes de que el miedo se apodere de él. Asiente débilmente. —Nunca volveré.

Dejo caer mi mano, y él se desmorona en el suelo, un saco de huesos.

Está herido pero aún no roto. No puedo permitir eso. No hasta que sepa lo que es sentirse indefenso. Le doy una patada en el costado, y rueda, jadeando, la sangre goteando de su boca sobre el polvo.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted? —pregunto, mirándolo desde arriba, desafiándolo a que me desafíe de nuevo.

—Me iré —dice, su voz quebrándose como la de un niño—. Lo juro.

Ha perdido todo rastro de su bravuconería ahora, completamente despojado. Me agacho, llevando mi cara a su nivel. Lo suficientemente cerca para hacerlo retroceder.

—¿Y si cambia de opinión? —lo provoco, veo sus ojos abrirse como platos. Quiero saborear esto. Quiero que crea lo peor.

Tose, se ahoga con sus propias excusas. —Un acuerdo es un acuerdo —jadea, agarrándose el costado.

—Si no lo cumple, sabe lo que pasará. —Lo agarro por el cuello de nuevo, lo arrastro cerca—. ¿Cuánto tiempo, Price?

Sus palabras son un temblor. —Para siempre.

Lo dejo caer como un saco de patatas, y se desploma en el concreto.

Le escupo, luego le dejo un último consejo. —Nunca vuelva a contactar a mi esposa.

35

Eleanor

El rugido del Cadillac se acompasa con el ritmo de la ciudad a nuestro alrededor. El viento acaricia mi piel a través de la ventana abierta mientras conducimos, y el aire huele a perritos calientes, a humo de escape y a mar. Es una tarde pegajosa de septiembre, y Leonardo está tenso a mi lado, con los nudillos blancos de apretar el volante. Su teléfono no deja de sonar. Él lo ignora maldiciendo entre dientes.

Cuando nos detenemos en un semáforo, me giro por décima vez para mirar la gran caja en el asiento trasero. —¿Qué es? —pregunto. Es blanca con un gran lazo rojo, y parece sospechosamente un regalo.

—Jesús, mujer —se ríe—. Está bien, es un regalo. Pero aún no puedes abrirlo.

Deslizo mi mano por su bíceps, lentamente. —¿Y si realmente, realmente quiero hacerlo?

Me guiña un ojo, con una sonrisa lenta y maliciosa, y arranca cuando cambia la luz. —No hasta que yo lo diga.

La caja traquetea cuando doblamos una esquina, y lo miro con una ceja levantada. Es enorme, apenas cabe en el asiento trasero, un paquete ridículo y exagerado.

—No estoy bromeando —dice, medio riendo—. Tendrás que esperar.

—¿Hasta cuándo?

Ahora estamos entrando en Brooklyn, acercándonos a la casa de la abuela Toni. Gira por una calle estrecha y aparca antes de llegar a la casa.

—Hasta ahora —dice, apagando el motor y deslizando su asiento hacia atrás. Todavía está sonriendo, esa sonrisa arrogante y confiada que me revuelve las entrañas—. Me estás mirando como si ya no lo quisieras.

—No me gusta esperar.

—Te gusta lo que pasa después. —Me desabrocha el cinturón de seguridad y me atrae hacia él a través del asiento, y yo me río—. Ven aquí —dice, con un gruñido bajo en la garganta, y me olvido por completo del regalo.

Mis piernas están sobre él, a horcajadas en su regazo. Me besa con fuerza, agarrando mis brazos, luego mis caderas, moviéndose tan rápido que apenas puedo respirar. Hundo mis dedos en su pelo, tirando, tratando de acercarme aún más. Las ventanas se empañan, y el aire es pegajoso y espeso. Lo quiero en todas partes.

—Dios, Leo —digo, y sale como medio gemido. Sus dientes raspan mi cuello, mi clavícula. Mis dedos van a sus vaqueros, y jadeo cuando los desabrocho. Su polla está caliente y pesada en mi mano. Él gime, embistiendo contra mí.

—Joder, Eleanor —murmura, con la voz tensa—. ¿Acaso sabes lo que me haces? —Está tirando de mi camisa, con los dedos sobre mi piel desnuda. Intento quitarme los pantalones a patadas, y él se ríe —. ¿Tanto lo deseas, eh?

—Cállate. —Me froto contra él, sintiendo lo lista que estoy, doliente y húmeda. Su boca se mueve a mi oreja, su aliento un escalofrío por mi cuello. Agarra mi trasero, estabilizándome. Sus dedos se deslizan dentro de mis bragas, acariciando mi clítoris en círculos lentos. Jadeo, arqueándome contra su mano.

—¿Te gusta eso? —susurra, mordisqueando mi lóbulo.

—Sí. —Estoy temblando—. Dios, Leo, por favor...

Pero él continúa, sigue volviéndome loca. Un dedo se desliza dentro de mí, y me sacudo contra él, casi gritando. Captura el sonido

en su boca, besándome duro y profundo, su lengua trazando la mía. Es demasiado, pero no quiero que pare.

No cede, sólo mantiene su ritmo implacable hasta que no puedo soportarlo más. Todo se vuelve blanco y caliente. Me estremezco, apretándome alrededor de sus dedos, casi gritando.

Me sostiene mientras recupero el aliento, retrocediendo lo justo para ver mi cara. —Mi turno —dice, con una mirada peligrosa en sus ojos. Ya estoy tirando de mi ropa interior, moviéndome en su regazo. Sus pantalones están lo suficientemente bajos. Es todo lo que necesitamos.

Cuando empuja dentro de mí, es perfecto. Implacable y crudo. Envuelvo mis brazos alrededor de él y me balanceo con sus embestidas, más fuerte, más rápido.

Muerde mi hombro, ahogando sus gemidos. Me muevo más rápido, instándole a continuar, apretándome con fuerza. Mi espalda se arquea, y veo estrellas. Estoy llegando de nuevo, gritando, con las uñas clavadas en sus brazos.

Su ritmo vacila, y está justo ahí conmigo. Nos deshacemos juntos, y el mundo desaparece. Solo nosotros dos y el latido salvaje de nuestros corazones.

Las ventanas están empañadas, y parece que pasan horas antes de que pueda hablar. Me pongo la camisa de nuevo y me derrumbo contra el asiento, medio en su regazo, aún sin aliento.

—Eso fue... —Ni siquiera sé cómo terminar.

—De nada —dice, con los ojos feroces, el pelo hecho un desastre salvaje.

Me río, sacudiendo la cabeza. —Tus pantalones siguen desabrochados.

Se encoge de hombros, imperturbable, pero se los abrocha. —La caja no —dice—. Sé que la quieres.

Lo observo, sonriendo felizmente. Todavía estoy sonrojada y hormigueando, pero hay un nudo nervioso en mi estómago mientras me estiro hacia el asiento trasero y agarro el paquete. —No te librarás si no me gusta.

—Abre la maldita cosa. —Está sonriendo, pero hay un toque de inquietud. Creo que está preocupado.

La cinta se suelta, y la caja se abre. Una pequeña cara marrón me mira. Es un cachorro marrón diminuto, con el pelo suave y rizado, ojos grandes y confiados. Salta a mis brazos, lamiendo mi cuello y cubriendo mi piel de pequeños besos húmedos. Apenas puedo sostenerlo, retorciéndose y meneándose.

—Oh, Dios —digo, sin aliento por una razón completamente diferente.

—Lo odias —dice—. Joder, lo sabía...

—Me encanta.

Parpadea, como si esperara el remate de un chiste. Hundo mi cara en el pelaje del perro, dejando que se retuerza sobre mí. Mi mente corre y mi corazón galopa en mi pecho.

—¿No lo dices solo por decir? —Me observa cuidadosamente, sus ojos color avellana de repente serios.

—No. —Abrazo fuerte al animal y este se retuerce. Se me corta la respiración al recordar las mascotas que he perdido—. Lo digo en serio, Leo. De verdad.

Puedo ver cómo se relaja. Extiende la mano y acaricia las orejas del perro con su mano tatuada. —Me recordó a ti. Pequeño y lindo, con mucha actitud.

—¿Ah, sí? —Sonrío y la duda se desvanece.

—¿No tienes miedo?

—Estoy aterrada —admito, mirándolo a los ojos—. Pero he aprendido una cosa o dos sobre las sorpresas. —El perro salta entre nosotros, arañando mi pecho, mordisqueando mi camisa—. No siempre son malas.

Me toma el rostro y me besa, lento y tierno. Me hundo en el beso, en él. En la vida que nunca pensé que podría tener.

El coche está caliente y desordenado, lleno del ruido de la ciudad. La caja y el lazo yacen esparcidos en el asiento. Lo observo atar el lazo rojo del cachorro alrededor de su cuello y siento lo que es pertenecer.

—¿Quién es el hombrecito más lindo del mundo? —digo, levantando al perro en el aire.

Leonardo niega con la cabeza. —Más te vale estar hablando de mí.

La cocina está llena del ruido de la familia. Me siento entre Juliet y Carmela mientras la Nanna Toni maldice a la cafetera. Leo y los otros chicos gritan a través de la mesa con la boca llena de pasteles. Pasamos los platos como si fuera una carrera de relevos. Panqueques. Salchichas. Pan. Nada sofisticado, pero demasiado de todo. Todos comen como si nunca fueran a volver a hacerlo.

—Joder, cariño —dice Carmela, viéndome intentar seguirles el ritmo—. No tienes que probar todo.

Leo le da un codazo a Dom en las costillas y sonríe. —Esa es mi esposa.

Dom niega con la cabeza. —Nunca entenderé por qué se quedó contigo.

La anciana se gira y señala con un dedo huesudo. —Dejen de joderse entre ustedes y sírvanme un maldito café.

Es feroz. Pequeña. Y mandona. La casa no es grande, y ella la llena con su voz, con su lápiz labial y sus perlas y el olor de sus horneados. Hay una tormenta de rizos grises sobre su cabeza. Sus ojos brillantes recorren la mesa y murmura en italiano. Todos intentamos seguir el ritmo, hablando, gritando, riendo. Empuja un plato de salchichas frente a mí y me guiña un ojo.

—¿Ya lo has entrenado? —Carmela se ríe mientras el perro se entierra en mi regazo.

—¿A Leo o al cachorro? —digo, revolviendo sus orejas caídas.

—A ambos, cariño.

Los cálidos ojos color avellana de Juliet brillan. No sé cómo me acostumbré a verla así: feliz, riendo, siendo ella misma. Me ayuda a mantener al animal bajo control mientras se retuerce por todas

partes, lamiendo el jarabe de nuestros platos. —¿Ya han decidido un nombre?

Leo se encoge de hombros. —Lo estamos llamando Paz. Por Vinny Pazienza.

—¿El boxeador? —dice Rafe—. ¿No es un poco...

—¿Qué? —dice Leo—. ¿Violento?

Espero que la habitación se quede en silencio, pero no lo hace. La risa es de buen humor y ya no me siento como una extraña. Ya no.

—Siempre podemos cambiarlo —digo.

Leo niega con la cabeza. —Ni de coña. Es un buen nombre.

La Nanna Toni se gira desde la encimera, finalmente tomando un sorbo de café. —Buen perro, mal luchador. Suena justo como tú, Leonardo.

La habitación explota. Le sonrío a Leo, y él los fulmina con la mirada, frunciendo el ceño como un niño pequeño. —Idiotas —murmura, pero también se está riendo.

—Entonces encajas perfectamente —digo. Leonardo me mira y sonríe. Me sorprende lo cálida que me siento. Lo fácil que esta familia se ha convertido en la mía.

Todos están hablando y comiendo e insultándose entre sí. Rafe y Matteo se turnan para burlarse de Leo, y Carmela les da una lección por ello. Sal se sienta a la cabecera de la mesa, presumido y satisfecho, como si hubiera orquestado toda esta maldita cosa.

—¡Coman, coman! —grita la Nanna Toni, y el ruido crece a nuestro alrededor. Se toma su segunda taza de café antes de que yo termine un panqueque—. ¿Qué están mirando todos? —Se sirve más y se sienta. La mesa tiembla mientras corta sus waffles, con media barra de mantequilla en cada uno—. No sabe bien frío. ¡Vamos!

—Nunca terminaremos todo esto —digo, con los ojos como platos mientras Carmela vierte jugo de naranja en mi vaso.

—Mejor que quedarte demasiado flaca y que Leo te deje —dice.

Todos ríen de nuevo. Incluso Rafe esconde una sonrisa detrás de su servilleta.

Me duelen los costados de tanto reír, de intentar seguirles el ritmo. La anciana habla y come al doble de mi velocidad, dando órdenes y exigiendo respuestas.

Juliet se inclina hacia mí, y puedo ver la picardía en sus ojos. —Mejor que cenar con papá, ¿no?

Tiemblo dramáticamente. —No hay contadores —digo—. Ni socios comerciales.

—Ni silencios fríos —me mira, sonriendo.

No soy solo yo. Juliet también ha encajado en esta familia, encontrando su lugar ayudando a Sal y Leonardo a evaluar la calidad de las piedras. Nadie tiene un ojo más fino para el corte, el color y la claridad que mi hermana. —¿Te mantienes ocupada?

—Por ahora —esboza una sonrisa suave—. Sabes que no es lo que quiero.

—¿Qué es eso? —interrumpe la Nanna Toni—. Más vale que no escuche secretos en mi mesa.

Juliet la mira, juguetona y desafiante. —Solo le estaba diciendo a mi hermana que no me quedaré aquí para siempre. Voy a viajar por el mundo, a ver los lugares.

La Nanna Toni entrecierra los ojos y arruga la nariz. —Si vas a Sicilia, dile a Anna y Carmine que te den la cama junto a la ventana. Dile a Lucia que sus hijos necesitan una palmada y un padre mejor. Dile a Franco y Tiziana que más les vale escribir antes de que estén muertos, los mocosos desagradecidos.

Mi hermana se ríe, tomando mi mano bajo la mesa. —Eso es mucho por decir —dice—. Y solo estoy pensando en ir.

—Lo harás —dice la Nanna Toni. Me mira, luego a Leo—. ¿Cuándo va este chico a comprarle ya un lugar a Eleanor?

—Tranquilízate —dice Leonardo, sonando casi ofendido—. Ya hay una casa escogida en Red Hook. Es solo cuestión de tiempo.

La Nanna Toni resopla. —Sí. Y todos llegarán tarde a mi funeral.

Comemos y discutimos, y apenas puedo seguir la pista de lo que me llevo a la boca, y mucho menos de las palabras que intercambio. No hay un momento de silencio. No puedo creer el caos, lo bien que se siente, lo cálido que es. La Nanna Toni me hace dar vueltas la cabeza, especialmente cuando vuelve a hablar de Sicilia.

—Ten cuidado, cariño —dice Carmela, con una expresión divertida en el rostro—. Cuando habla así, significa que estás condenada.

—Iré si Eleanor viene conmigo —bromea Juliet.

La anciana nos mira y sonríe. —Cómprenle un billete a una vieja también.

—Creo que suena bien —digo—. Siempre quise una familia grande.

Carmela pone una expresión extraña, media sonrisa. —Crees que estamos bromeando, pero tenemos tantos parientes...

—Será mejor que empecemos a hacer las maletas —interrumpo.

La Nanna Toni grita nombres y direcciones sobre el ruido de los platos, y yo me reclino, tratando de recuperar el aliento, con un cachorro inquieto en mis brazos y Juliet segura a mi lado.

36

Leonardo

La puerta principal cruje al abrirse y salgo al fresco aire de octubre, sin pensar en nada más que esta nueva reunión, este nuevo negocio que es todo mío. Ya no hay albaneses husmeando por aquí.

Entonces escucho a Eleanor. Sus pasos son rápidos y furiosos clicks en el frío mármol, y me detiene antes de que siquiera llegue al coche.

—¿Adónde crees que vas? —dice, cruzándose de brazos. Está ahí parada con ese traje negro de falda, una blusa de seda de cuello alto bajo la chaqueta y tacones que podrían matar. Sonrío y me apoyo en el marco de la puerta del garaje. Nunca he sido bueno para decirle que no.

Eleanor mantiene su posición, estatuaria, con sus ojos azul hielo fijos en mí. El patio de la mansión se cierne a nuestro alrededor, todo ángulos duros y sombras, pero ella lo hace suyo. Me quedo ahí, observándola. Tiene el pelo recogido, oscuro y liso, mostrando la línea afilada de su mandíbula. Está lista para la guerra. Es casi una lástima arruinar su día diciéndole que voy solo a la reunión.

—Yo me encargo de esto, Eleanor —digo, tranquilo y medido, metiendo las manos en los bolsillos—. No hace falta que te molestes.

Está quieta, demasiado quieta, y sé que he dicho exactamente lo incorrecto.

—¿No hace falta que me moleste? —repite, inclinando la cabeza como si intentara averiguar si realmente soy tan denso. Sus dedos van a su anillo, girándolo, un hábito que no puede romper. La he visto hacerlo cuando está lista para matar a alguien—. Leonardo —dice lentamente, como si hablara con un niño—, ¿te das cuenta de que he sido preparada toda mi vida para entender el negocio de las gemas, verdad?

Mantengo la calma, encogiéndome de hombros como si no importara.

—Gemas, peleas, armas. Todo es lo mismo. Es negocio. Y ellos saben que ahora yo estoy a cargo.

Su boca se curva, divertida pero despiadada.

—Si quieres parecer un idiota frente a tus nuevos socios, adelante, ve sin mí.

Es demasiado inteligente para su propio bien. O quizás demasiado inteligente para el mío. Me separo del marco de la puerta, dando un paso hacia ella. Sus ojos nunca dejan los míos, y me pregunto si esta es la parte donde finjo que tengo la ventaja.

Mantengo mi voz ligera.

—¿Así es como planeas pasar tu mañana? ¿Discutiendo conmigo?

—Es un trabajo a tiempo completo —dice. Se queda ahí, desafiándome a decir que no, a irme sin ella. Y sé que no puedo.

Pienso en las últimas semanas, en cómo finalmente me he hecho cargo del negocio de las gemas. Con los albaneses fuera del panorama y Richard desaparecido, debería haber sido fácil. Pero nada es fácil cuando se trata de Eleanor. El espacio entre nosotros parece que se encoge y se expande a la vez, y soy demasiado consciente de cuánto quiero cerrarlo.

—¿Crees que no puedo manejar una reunión con un burócrata? —pregunto, observando su reacción—. ¿Es por eso que estás haciendo esto?

—Sé que puedes manejar la reunión. Lo que creo —dice, acercándose—, es que estás tratando de dejarme fuera. Y no te lo voy a permitir.

La terquedad en su voz es lo mismo que me atrajo hacia ella, lo mismo que me vuelve loco.

—Me casé con una maldita aplanadora —digo, sacudiendo la cabeza, fingiendo estar más molesto de lo que estoy.

Sus labios se contraen, casi una sonrisa.

—Te casaste con el imperio Price, pero me conseguiste a mí en su lugar.

—Sí —digo, suavizando mi voz—. ¿Y sabes qué? Creo que estoy empezando a que me guste.

Me da una larga mirada, evaluando. Debería haber sabido que no me dejaría ir sin ella. Eleanor siempre consigue lo que quiere. Es algo que tenemos en común, excepto cuando se trata del otro. Tiene una manera de deshacerme, de tomar mis planes y convertirlos en los suyos.

—Si no me llevas —dice, con un tono dulce pero afilado—, me aseguraré de informar a los albaneses que tienes problemas con la negociación.

Intento mantener mi posición, solo para aparentar.

—Y yo que pensaba que apreciarías una mañana libre.

—¿De ti? Nunca —dice, y esta vez su sonrisa es completa, brillante. Es una victoria, y ella lo sabe.

—De acuerdo —digo, levantando las manos como si me rindiera—. Vamos.

Ni siquiera finge estar sorprendida.

—Por fin —dice, pasando junto a mí y entrando al garaje—. Somos socios, Leonardo. Deja de olvidarlo.

La observo moverse delante de mí, grácil, sin prisa, ya segura de que la seguiré. Nunca puedo decirle que no a mi esposa. El resto del mundo puede esperar.

—Ni lo soñaría —digo. Eleanor nunca ha sido parte de mi plan. Es demasiado salvaje para eso, demasiado impredecible. Pero ahora es lo mejor de todo. Alcanzo su mano, la acerco—. Vamos, vas a hacer que llegue tarde.

Eleanor y yo nos sentamos frente a Larry Johnson, el nuevo CEO de Price Enterprises. La sala de conferencias es un estudio en vidrio y acero, un elegante mirador sobre la ciudad donde los sonidos del tráfico están demasiado lejos para importar.

Eleanor se reclina en su silla, tranquila y serena, pero veo la forma en que me observa, curiosa y casi divertida. Querrá saber cómo saqué a su padre del panorama, y tendré que decírselo. Pero aún no.

Larry se sienta frente a nosotros, con esa sonrisa suave que parece más una estrategia de venta que sinceridad. —Estamos encantados de tenerlos a ambos a bordo como valiosos socios de distribución —dice, su mirada oscilando entre nosotros. Cree que es encantador. Cree que va a ganarnos con promesas vacías y un encanto superficial.

Sabe que está operando en los límites de la ley, pero no tiene idea de cuán lejos más allá de ella operan los Rosetti. Mucho más allá del reino de las promesas vacías.

Larry se inclina hacia adelante, con las manos entrelazadas como si estuviera a punto de hacer una gran revelación. —Nos estamos alejando del modelo antiguo —dice, con la voz llena de una emoción forzada—. Más enfoque en mercados emergentes, nuevos territorios. Esta es una nueva era para Price Enterprises.

Eleanor arquea una ceja, poco impresionada. —Audaz —dice con una agudeza que corta el ambiente—. ¿Qué hay de los mercados existentes? —Su voz es suave y letal—. ¿Ya no importan?

Las luces de arriba proyectan un brillo frío, reflejándose en la mesa pulida, pero Eleanor es lo más brillante en la habitación. Su atención está fija en Larry, y por un momento siento celos de que no

esté en mí. Tiene una manera de clavar a un hombre contra la pared con solo una mirada, y quiero ser yo quien se retuerce.

Larry tropieza, tomado por sorpresa por la pregunta. —No los estamos abandonando —dice, un poco demasiado rápido—. Solo... diversificando.

Eleanor asiente lentamente, como si estuviera considerando su respuesta. Pero la conozco demasiado bien. Ya va tres pasos por delante, ya ha decidido exactamente cómo va a jugar esto. La habitación está en silencio, solo se oye el zumbido apagado de la ciudad debajo de nosotros, pero Eleanor no se apresura. Espera, dejando que Larry sienta el peso de su silencio.

Observo a Larry tambalearse. Eleanor nació para esto. Formada para ser la perfecta comerciante de gemas, y tengo una suerte enorme de tenerla a mi lado. Los últimos meses pasan por mi mente: cómo hemos logrado esto, cómo ha superado a todos los que han intentado arrinconarla. Incluyéndome a mí.

Larry se mueve, tratando de recuperar el equilibrio. —También tenemos algunos desarrollos emocionantes en nuestra división de calidad —dice, como si fuera el as bajo la manga—. Técnicas de evaluación de vanguardia, evaluación de calidad, relaciones completamente nuevas con expertos en el extranjero.

Cree que ha recuperado el control de la conversación, pero Eleanor aún no ha terminado con él. —Evaluación de calidad —repite, con voz cantarina—. Cuéntame más.

Larry busca una respuesta, su confianza resbalando. —Estamos, eh, negociando con nuevos socios de evaluación de calidad —dice, menos seguro de sí mismo—. Buscando eficiencias donde podamos.

Eleanor asiente, la imagen de la paciencia. Sabe que lo tiene contra las cuerdas, y se está tomando su tiempo, saboreándolo. —¿Entonces, nadie interno?

Me echo hacia atrás, viendo cómo se desmorona bajo la mirada de Eleanor. Ella tiene el control total, y ni siquiera tuvo que alzar la voz. Su poder no es ruidoso, es silencioso, cortante. Pienso en Richard, en cómo lo saqué, y sé que Eleanor exigirá escuchar todo.

Pero no ahora. Todavía no. Está disfrutando demasiado de esto.

Observo, atrapado entre el asombro y la anticipación, mientras ella expone una estrategia que hace que la de Larry suene como los desvaríos de un aficionado. Conoce cada término, cada matiz, y los retuerce hasta que Larry está jadeando por aire. Es una obra de arte, la forma en que lo desmantela pieza por pieza. Pregunta sobre las cuatro C: corte, color, claridad, quilate, y lanza preguntas sobre fluorescencia, abastecimiento, tendencias emergentes. Larry no puede seguirle el ritmo, pero lo intenta. Dios, cómo lo intenta.

Eleanor escucha, luego lo hace empezar de nuevo cuando tropieza con sus propias palabras. —Volvamos atrás —dice en un momento, su tono casi generoso. Sabe que lo tiene, y yo también.

Esta es la mujer a la que no puedo decir que no, la que me mantiene alerta y hace que cada segundo de incertidumbre valga la pena. Larry ni siquiera está en el mismo planeta. Ella sigue presionándolo, profundizando, repasando detalles que me hacen dar vueltas la cabeza. Pero Eleanor está en su elemento.

Para cuando termina con él, Larry me mira como si esperara encontrar un aliado. Yo solo me quedo sentado, dejándolo retorcerse. Él se lo buscó. Él fue quien pensó que podía enfrentarse a ella. Ahora lo sabe mejor.

—¿Tal vez les gustaría ver nuestros números? —dice, casi suplicando.

Eleanor asiente, graciosa en la victoria. —Sí —dice—. Me gustaría eso.

Veo a Larry tambalearse un poco más antes de intervenir, lanzándole un salvavidas que no merece. —¿Por qué no nos los envías? —digo, poniéndome de pie, tomando la mano de Eleanor. Ella se levanta a mi lado, y siento su calidez, la confianza que es mía por extensión.

La cara de Larry está enrojecida, su compostura hace tiempo perdida. —Me pondré en ello de inmediato.

Miro a Eleanor, veo la satisfacción en sus ojos, la forma en que está brillando por algo más que las luces del techo. —Nos pondremos en contacto —le digo a Larry, ya moviéndome hacia la puerta.

Eleanor desliza su mano en la mía mientras entramos en el ascensor. —Ahora, ¿no te alegras de haberme traído?

—Tenía que hacerlo —respondo—. No puedo decirle que no a mi esposa.

Me mira, con un destello de picardía en su mirada. —¿Y mi padre?

El ascensor desciende, piso a piso, y la observo, absorbiendo cada parte de esta mujer que me ha desarmado y vuelto a armar. —Se ha ido —digo—. Para siempre.

Eleanor me aprieta la mano, y salimos al vestíbulo y luego a la calle. Afuera, la ciudad nos espera.

37

Leonardo

Mi padre está inquieto, masticando los bordes de su mal genio. Incluso el personal de Angelo huye de su mirada. Dom se reclina, intranquilo, arremangándose para mirar la hora. Sabe que esto no es solo un almuerzo. Sal no nos habría arrastrado aquí si lo fuera. Somos solo nosotros tres en el restaurante, con una larga mesa de madera entre nosotros y una lámpara de vidrio manchado colgando encima como si también estuviera escuchando.

—Suéltalo de una vez —murmuro, impaciente. Pero el viejo no va a dejarnos salir fácilmente. Ese no es su estilo.

El restaurante está vacío, excepto por un camarero apilando vasos y el dueño lanzándonos miradas ansiosas. Sal prácticamente gruñó cuando entramos, dijo que había reservado el lugar. Angelo casi se orina encima despejando las otras mesas. El lugar tiene un aspecto cansado, todo madera vieja y cortinas descoloridas. El tipo de lugar al que no le importa un carajo el ambiente porque la lasaña es mejor que el sexo.

Dom tamborilea con los dedos sobre la mesa, mirando fijamente el reloj en la pared. —Si esto es sobre lo que pasó en los muelles, ya te dije que...

—No lo es —gruñe Sal, interrumpiéndolo. Cruza los brazos, sus ojos se desvían hacia mí como si fuera el siguiente en su lista.

Me encojo de hombros, me reclino y lo observo cocerse en su propia salsa. El aire huele a ajo y salsa marinara, y tengo tanta hambre que estoy dispuesto a soportar una charla si eso significa que consigo una comida.

—¿Aún no hay lasaña, eh? —bromeo, mirando a Dom.

Él niega con la cabeza. —No hasta que nos diga primero que somos una decepción.

El camarero se acerca sigilosamente, con la libreta temblando. Ni se molesta con los menús. Hemos estado comiendo aquí desde que nacimos. Sal pide el Chianti antes que nada, con voz áspera e impaciente, el sonido de un hombre que quiere más que vino para calmar sus nervios.

—Risotto, parmigiana de berenjena, ternera marsala —recita como una lista de la compra—. Lasaña para él. —Señala con el pulgar hacia mí—. Y que siga llegando.

Sonrío mientras el camarero se escabulle. Dom está tratando de descifrar qué hicimos mal esta vez, y yo estoy contando los segundos hasta que pueda llenarme la boca de pasta.

Llega el Chianti, rojo profundo y pesado. Sal está bebiendo antes de que el camarero llene la última copa. Observo cómo trabaja su garganta, la forma en que sus manos se contraen como si estuviera ansioso por destrozar algo... o a alguien.

—Pensé que habías dejado el vino tinto, viejo —digo, tratando de provocarlo, pero Sal solo gruñe y se sirve otra copa.

La tensión está aumentando. Dom me mira, levanta una ceja, como preguntando si sé de qué demonios se trata todo esto.

—Ni idea —articulo sin voz, haciendo crujir mis nudillos.

La comida llega, platos y cuencos humeantes abarrotando la mesa. Los olores me golpean con fuerza, y me lanzo a comer sin esperar, con la mozzarella estirándose entre la lasaña y yo. Sal no ha dicho una palabra, y eso me está poniendo nervioso. Lo único peor que él gritando es que esté callado.

Finalmente, deja su tenedor. Un golpe seco contra su plato. Sus ojos se clavan en los míos, luego en los de Dom. —Son los albaneses —dice, y yo suelto mi tenedor—. Quieren unirse a las familias.

Dom se tensa, su silla cruje mientras se inclina hacia adelante. —¿Cómo?

—¿Cómo coño crees? —espeta Sal. Toma un largo trago, se limpia la boca con el dorso de la mano—. Matrimonio.

Me atraganto con un bocado de pasta. Sal me mira fijamente, sin parpadear, como desafiándome a decir algo inteligente.

Dom está callado, pero puedo ver que lo está asimilando, con la mandíbula apretada y los puños cerrados en su regazo. Los albaneses son de la vieja escuela como nosotros. No están sugiriendo una puta fiesta de Halloween. Quieren que uno de nosotros se case con una de sus hijas.

—Ni de coña —dice Dom, tajante.

Sal se inclina hacia adelante, su rostro oscuro, como la lámpara de vidrio manchado sobre la mesa. —Uno de vosotros tiene que hacerlo.

Dom se ríe, áspero y breve. —No voy a ser yo.

—No voy a ser yo —digo, levantando la mano con mi alianza de boda.

Sal se encoge de hombros, se reclina. —Pensé que erais más listos que eso. Los dos.

La mesa queda en silencio. Todavía estoy tratando de asimilarlo. Uno de los hijos Rosetti como ofrenda de paz. No cuadra, no tiene sentido. Somos más fuertes que nunca, y esos albaneses han estado perdiendo territorio durante meses.

—No los necesitamos —dice Dom, el filo en su voz afilado como una navaja.

—Están desesperados —añado—. ¿Por qué deberíamos...?

—Porque lo pidieron —Sal golpea la mesa con la mano, haciendo tintinear los vasos—. Y porque evitará una puta guerra.

Un músculo salta en la mandíbula de Dom.

—Que la empiecen. Nosotros la terminaremos.

Sal niega con la cabeza, mirando a Dom como si fuera estúpido o algo peor.

—Esto no es opcional. Uno de ustedes, solteros, se casará, y es definitivo.

Dom se pone de pie, furioso.

—Haz que lo haga Emilio —dice—. Mejor aún, Matteo. Él se acostaría con cualquiera, incluso con el enemigo.

Espero la explosión, que Sal destroce a Dom, pero el viejo simplemente asiente.

—Serás tú —dice Sal, con frialdad—. Eres el heredero. Compórtate como tal.

Dom se queda allí, respirando con dificultad, intentando que Sal cambie de opinión con la mirada. No funciona. Nunca lo hace.

—Come —dice Sal, como si nada hubiera pasado, como si no acabara de lanzar una puta granada a la familia—. La comida se está enfriando.

Me siento de nuevo, veo a Dom sentarse también, con los brazos cruzados como un niño castigado. Me pregunto si se alejará de esto, como se aleja de todo lo que Sal intenta darle.

Terminamos en silencio, con el tintineo de los tenedores, mi mente dando vueltas. No puedo imaginar a Dom llevándolo a cabo, pero tampoco desafía a Sal. No todavía.

Pienso en preguntar cómo son las hijas de los albaneses, pero por una vez me quedo callado. El viejo se levanta, se dirige al baño. Dice que nos verá afuera. Miro a Dom, y parece que quisiera partir la mesa en dos.

—Felicidades —digo, sin poder contenerme—. Vas a ser un hombre de familia.

Me mira, peligroso.

—Que te jodan.

—En serio —insisto—. Tal vez te enamores.

Se ríe, agudo y amargo.

—¿Qué sabrías tú de eso?

Es mi turno de mirarlo con furia.

—Sé que te casarás con un cadáver antes que con una albanesa.

Me recuesto, haciendo crujir mis nudillos, decidiendo que no me importa mientras no tenga que involucrarme con esos cabrones. Sal regresa, se pone el abrigo. Lo seguimos al aire fresco. La calle está ruidosa, las multitudes de la tarde se mueven como si tuvieran un lugar mejor al que ir.

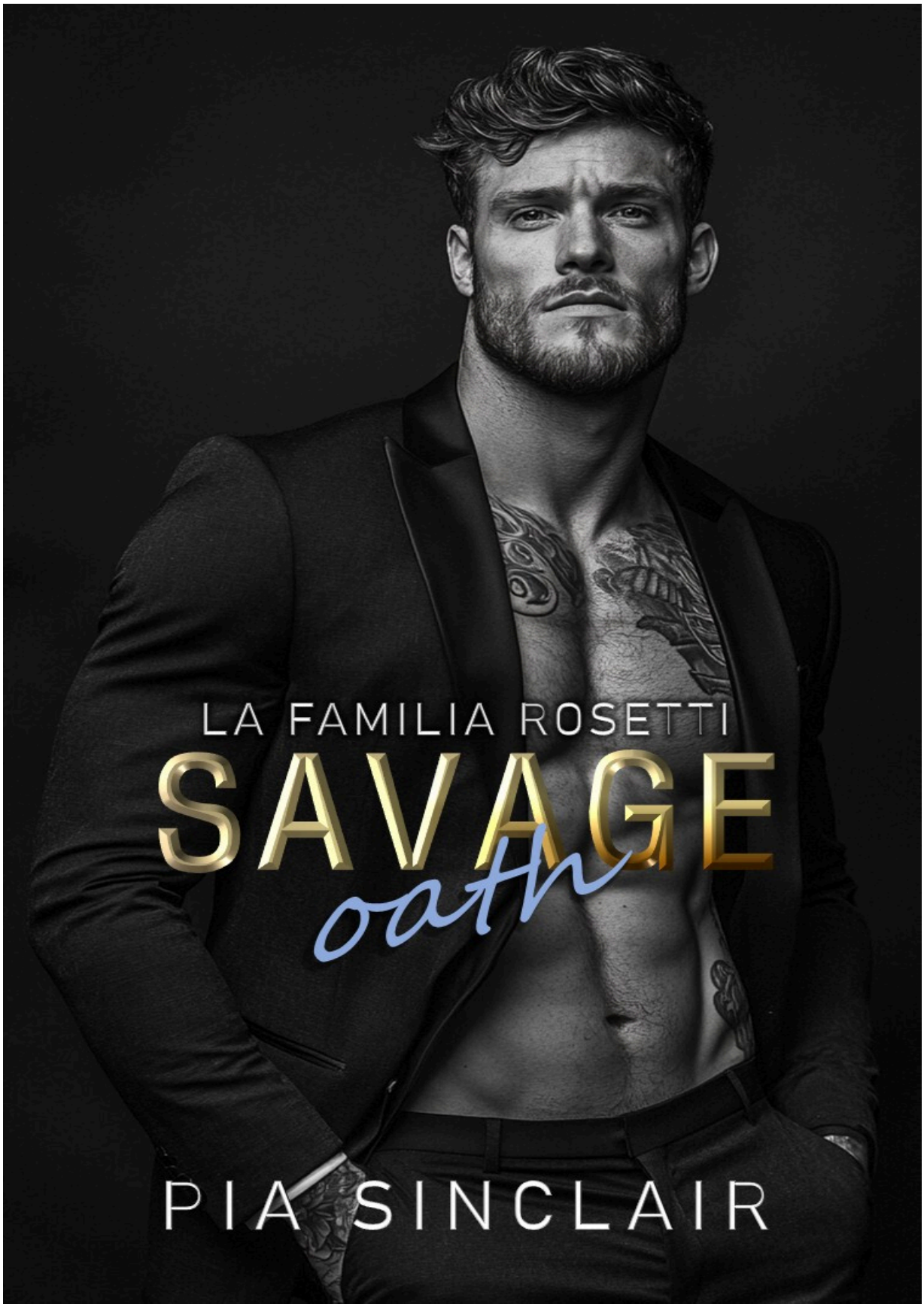
—Hablaremos en la casa —dice Sal, desapareciendo en el coche que lo espera.

Espero hasta que se va, hasta que solo estamos Dom y yo frente a Angelo's.

—¿Qué dirá mamá? —pregunto, sonriendo.

—Nada —dice Dom, empezando a caminar—. Porque no va a suceder.

Lo veo irse, rápido y decidido. El nudo en mi estómago se afloja, pero solo un poco. Tengo un presentimiento sobre esto. Va a ser un año de locos.


LA FAMILIA ROSETTI
SAVAGE
oath
PIA SINCLAIR

Savage Oath

Pia Sinclair

1

Besiana

Odio este jardín. Odio que sea perfecto. Odio las filas demasiado rectas de peonías. Odio que los jardineros ronden, con sus manos enguantadas listas para podar y arreglar, esperando que algo se caiga. Odio que no se me permita tocar nada de esto.

Por las mañanas, me siento atraída a este pedazo de belleza como un ser hambriento, solo para recordar que nada de esto me pertenece. Pero vengo aquí todos los días, me siento en el banco frío con un libro sobre las rodillas, e intento inhalar tanta libertad como mis pulmones me permiten.

Estoy leyendo poesía. A Baba no le gusta. Piensa que me hace inestable, desagradecida y vulnerable. No tiene idea de cuánto soy ya todas estas cosas.

Recojo una página del camino de grava, justo cuando unos pasos crujen al doblar la esquina. Conozco esos pasos medidos.

Adrian Dushku. Mi padre, Baba. Un hombre que ordena la vida y la muerte con la misma precisión indiferente.

—Siempre te gustó el otoño —dice.

Mis dedos se cierran con fuerza alrededor del libro, y levanto la mirada para encontrarlo observándome. Es bueno en eso. Como un lobo. Silencioso, calculador, sabiendo lo que quiere antes de decirlo. Exhalo lentamente y dejo que mis manos se relajen.

—A Valmira también le gustaba mucho el jardín. —Se sienta a mi lado, sin esperar nunca una invitación—. ¿Trajiste tu abrigo?

Hace la pregunta como si estuviera cargada. Como si me acusara de haberlo dejado adentro a propósito, poniéndolo a prueba, actuando. Lo dejé adentro, pero no por esas razones. Solo para sentirme más cerca del mundo fuera de estos muros, para sentir cada molécula de aire frío en mi piel.

—Estoy bien —digo.

La mañana es frágil. Me siento más derecha y cierro el libro. Él espera, sabiendo que si es lo suficientemente paciente, seré yo quien ceda. Siempre lo soy.

—¿A Mami se le permitía tocar todo esto? —Mantengo mi voz firme. Toco el cuchillo atado a mi muslo, la única pieza de ella que me queda. Sus ojos siguen el movimiento, y bajo la mano. Algunos miembros del personal se detienen para observarnos. Imagino que esperan ver algo que valga la pena chismear más tarde.

—No seas infantil. —Se encoge de hombros, un movimiento calculado mientras me observa de cerca—. Tu madre estaba agradecida por lo que tenía, y te diría que fueras igual.

Algo me pellizca la garganta, y lo trago, tratando de no dejarlo ver en mi rostro. Agradecida. No estoy segura de saber siquiera lo que es eso. Adrian me estudia, y me obligo a sostener su mirada. Sus ojos están quietos, del color de las nubes de tormenta.

La quietud de mi padre es inquietante. Parece que podría haber sido tallado en piedra, si la piedra vistiera un traje a medida. —Tengo una oportunidad para ti.

Oportunidad. La palabra se agria en el aire.

—Y espero que no te resistas. —Habla así, siempre. Esperando mi obediencia, exigiéndola con una especie de crueldad silenciosa. Le doy lo que quiere y me deslizo en el papel que conozco de memoria.

—Por supuesto. —Me ahogo en la sumisión. Acuerdo. Las únicas palabras que alguna vez ganarán mi supervivencia.

—Te vas a casar con Domenico Rosetti. —Se reclina, como si no fuera nada, como si estuviera discutiendo el clima—. Te vas en tres días.

Me quedo sentada, inmóvil como una piedra, mi mente abriéndose. Mi vida siempre se dirigió a este punto, por supuesto, lo sé. Hija del cartel Dushku, criada para ser la esposa y espía perfecta. Pero, ¿los Rosetti? Son el peor tipo de hombres, brutales más allá de toda comparación.

Baba sigue observando, sus ojos trazando cada parpadeo de expresión que pudiera traicionarme. Frío, calculador. El muro que he construido a mi alrededor comienza a agrietarse.

Los Rosetti son notorios. Peligrosos. Violentos. Son todo lo que Baba admira.

Sus ojos se fijan en los míos con una precisión inquietante. Sabe que no lucharé contra él. Sabe que me ha roto lo suficiente como para conocer mi lugar.

Tres días.

No culpo a mi padre, así es como me ama. La única forma que conoce. Es la única forma que yo conozco también. Pero tengo que cuestionar esta decisión.

—Los Rosetti mataron a nuestros hombres. Hace apenas un par de meses, invadieron nuestro almacén y nos masacraron. ¿Cómo puedes perdonarlos tan fácilmente?

La mirada en los ojos de mi padre hace que se me hiele la sangre. Me atraviesa con esa mirada pálida suya. Soy una tonta al pensar que él perdona algo. Hay algo más que quiere, algo más que busca. He crecido observándolo, tratando de anticipar hacia dónde se moverá, preguntándome cómo puede ser tan inexpresivo, tan despojado de sentimientos. Todo lo que sé es que está jugando a largo plazo.

Mi mano libre traza el borde del banco mientras mi mente da vueltas. Intento pensar como él, estratégica y calculadoramente. Pero no puedo olvidar a los hombres que perdimos o la forma en que mi corazón se desplomó al enterarme del ataque.

—Esto es para prevenir una guerra abierta, Besiana. Unir nuestras familias nos comprará paz.

Guerra. Es el tipo de cosa en la que Baba sobresale.

—Pero los Rosetti —repito, como si la palabra me envenenara.

—Ellos, sí.

Cierro la poesía. El sonido es pequeño pero definitivo. Mis manos están firmes. He tenido práctica. —Ya veo.

Saca una carpeta de dentro de su abrigo y me la ofrece. Un archivo. Detalles. Evidencia. Debería saberlo mejor a estas alturas, pero los últimos fragmentos de esperanza se dispersan como cenizas mientras la tomo de él. Es preciso, incluso cuando me está rompiendo.

Abro la carpeta, la dejo sobre mi regazo y dejo que su peso me mantenga en mi lugar. Una sola foto de Domenico Rosetti. Ojos verdes, duros como el vidrio. Una mandíbula tallada en piedra. Parece capaz de cualquier cosa. Como si nada pudiera sorprenderlo o detenerlo jamás. Como si el mundo fuera suyo y el resto de nosotros existiéramos para servirle.

Su alma parece una copia al carbón de la de mi padre. Y se supone que me case con él.

Paso mi dedo sobre la imagen, sintiendo su carácter definitivo. Se siente como un ajuste de cuentas. La foto me devuelve la mirada, y me imagino que está tratando de consumirme.

—Domenico Rosetti —dice Baba.

—¿Qué necesita de mí? —Mi voz es firme, calculada. Así es como me protejo.

Adrian me observa cuidadosamente. Sus ojos son de hierro ahora. —Los Rosetti están fabricando una nueva droga de diseño, Iride. Da un subidón limpio, si los rumores son ciertos, y la quiero.

—¿Una droga? —La palabra sale antes de que pueda detenerla.

—Tienen una química, una genio que abandonó Caltech, y la quiero. Quiero la droga. Quiero a la química. Quiero la receta.

Mi padre me está vendiendo para acceder a un subidón de diseño. Supongo que debería sentirme halagada de que no sea simplemente cocaína o éxtasis común y corriente.

—Conseguiré la información —digo.

—Si fallas, no podré protegerte. —Sonríe. Creo que pretende que sea reconfortante.

El silencio se hincha entre nosotros. Me obligo a mirarlo, y la sonrisa desaparece.

—Entonces, ¿Besiana? —Espera mi respuesta, aunque ambos sabemos que es una formalidad.

—Lo haré. —Mi voz no tiembla y mis manos están quietas. Agarro el expediente y suavizo mi expresión. Lo he hecho antes y lo haré de nuevo.

—¿Y Besiana?

Contengo la respiración.

—No me decepciones. —No mira atrás mientras se aleja, crujiendo sobre la grava, sus pasos tan medidos y controlados como sus palabras.

El jardín tiembla en un frío silencio. Miro fijamente los poemas, el expediente, mi futuro extendido como un mapa sin ruta de escape. Tres días.

Toco el borde del expediente y lo abro de nuevo, dejando que la foto me atraviese. Sus ojos me siguen, este hombre que pronto me poseerá tan completamente como lo hace mi padre ahora. Memorizo sus rasgos y me armo de valor.

Domenico Rosetti. Dejo que el resto del expediente me inunde: historia, alianzas, debilidades. Lo absorbo todo, dejando que me fortalezca contra la tormenta que se avecina.

Baba espera que espíe. Que regrese con secretos que he sonsacado entre besos y mentiras. Espera que me doblegue ante esta familia Rosetti, como me he doblegado ante la suya.

Que piense que no tengo sentimientos. Seré una estatua como él, como Domenico, y cuando no estén mirando, los abriré a los dos de par en par.

2

Domenico

El viernes por la noche, Il Lusso bulle como si estuviera vivo. Las multitudes se amontonan en las puertas, se apoyan en las barras de mármol oscuro y convierten el club en un palpitante pulso de la élite neoyorquina. Me muevo entre ellos como una sombra, incluso en una sala llena de trajes. Cuando llego donde está Rafe, ya está bebiendo. Tiene la mandíbula tensa, listo para pelear. Yo también lo estoy.

Con él, es difícil saber dónde termina la bebida y dónde empieza la pelea. Rafe lleva ambas como una segunda piel. Como esos guantes negros de cuero que nunca se quita. Mi hermano. El soldado leal. El que nunca se preocupó por los trajes y las corbatas, solo quería hacer alarde de sus músculos. Estos días se mantiene en línea, pero no siempre fue así. Solía andar desenfrenado, borracho y peligroso, casi salvaje. Yo soy quien lo mantuvo a raya y puso sus músculos al servicio de la familia. Y él no puede olvidarlo.

—La química mejor que tenga lista esa fórmula —dice en voz baja —. Antes de que alguien acabe con ella.

La amenaza flota entre nosotros, tácita pero tan sólida como las paredes oscuras. Asiento, más para mí mismo que para él. Lo he pensado mil veces. Clara Voss es el salvavidas de este lanzamiento, y si queda expuesta, todo se derrumba.

—Duplicaremos la seguridad —digo, mi voz cortando el ruido—. Nadie la tocará.

—No es suficiente, Dom —Rafe apura su vaso y hace señas para que le traigan otro—. Necesitas lanzar, rápido.

Típico. Rafe inundaría las calles mañana mismo si pudiera. Cuanto más amplia la distribución, más desorden. He visto el caos y lo que le hace a un hombre. Las exigencias de papá resuenan en mi cabeza: lidera con fuerza.

Yo lideraré con precisión.

Soy el siguiente en la línea, se espera que me haga cargo del negocio familiar, y sé lo que eso significa. Papá tiene sus expectativas. Él es el rey del imperio Rosetti, pero yo soy el heredero. Muy pronto, toda esta maldita cosa caerá sobre mí, y todos están observando para ver si estoy a la altura o me derrumbo. No puedo permitirme ni un solo error en esto. No puedo dejar que Sal tenga ni un susurro de duda sobre mi capacidad para manejar las cosas.

Rafe piensa que estoy jugando a lo seguro, pero él nunca ha tenido que dirigir un barco tan grande. Él es todo músculo, arremeter, barrer las calles. Dejar un rastro de sangre y caos, y ver cómo todo arde desde la barrera. Eso no es lo que necesitamos ahora. No con algo tan masivo. Tenemos planeado algo más grande, más grande que cualquier cosa que esta familia haya hecho antes, y tengo que lanzarlo correctamente. No voy a dejar que explote en nuestras caras porque Rafe quiera jugar al vaquero. No voy a dejar que el viejo diga que no puedo manejar la presión.

Rafe no tiene paciencia. Nunca la tuvo. Nunca mira más allá de la pelea que tiene justo enfrente. Pero yo, yo veo todos los ángulos, todas las amenazas. Sé cuándo atacar. Y cuándo esperar para que el impacto perdure, para que se fije. Se necesita más que fuerza para dirigir esta familia. Hay que ser quirúrgico. Esto no es cuestión de fuerza bruta. Es cuestión de control.

—Lo haremos bien —digo—. Mercados exclusivos. Controlados.

Él se recuesta, estudiándome, decidiendo hasta dónde presionar. —Papá no va a esperar para siempre.

—Yo tampoco.

Su sonrisa es afilada, más resignada que divertida. Cree que soy terco, y no se equivoca. El pulso del club sigue latiendo a nuestro alrededor, amortiguando nuestras palabras de oídos curiosos. Los vasos tintinean, las voces suben y bajan, y nada de eso me afecta. Estoy dos pasos adelante, planeando el siguiente movimiento. La Dra. Voss mejor que también lo esté.

El ascensor suena y la veo: una mancha de cabello alborotado y nervios, con los hombros encogidos contra la multitud. Clara Voss parece haber sido arrastrada aquí por un huracán. Sus ojos encuentran los míos, grandes y frenéticos. Llega tarde. Está alterada. No es una buena señal.

—¿Qué está pasando? —pregunto en cuanto llega a nosotros.

—Oh, yo... —señala vagamente hacia la puerta como si eso explicara algo.

—¿Hay algún problema con la fórmula? Dijo que estaba lista.

—Dije casi —Recupera el aliento y las palabras salen atropelladamente—. Hay un problema de pureza. Un avance. Quiero decir, podría ser un avance.

Rafe murmura algo que no me molesto en captar. Estoy concentrado en la química, que parece que podría salir corriendo en cualquier momento.

—¿Por qué se ve tan asustada? —pregunto.

Clara toma otro respiro, su voz aún temblorosa. —Creí que alguien me estaba siguiendo.

Duda, lanzando una mirada a Rafe antes de que sus ojos se fijen de nuevo en los míos.

—Afuera —continúa, con los ojos muy abiertos como si estuviera reviviendo esos frenéticos momentos en la calle.

El pánico en ellos dice que está segura de ello, pero se encoge de hombros como si estuviera tratando de convencerse a sí misma de que no es nada.

—No sé. Me asusté —admite, retorciendo las manos como si no pudieran encontrar un lugar donde asentarse. Sus palabras salen como si no pudiera sacarlas lo suficientemente rápido—. Probablemente no fue nada.

Tal vez ella lo crea, pero yo no. No con un trato tan grande. No con una droga tan limpia.

—Necesitamos moverla —le digo—. A un lugar seguro.

Sus ojos se agrandan, incrédulos. —¡No puedo dejar el laboratorio!

—No puedo arriesgarme a que se quede en la ciudad —digo—. Trabajará en la finca de los Rosetti. Yo lo arreglaré todo.

Ella niega con la cabeza, con un gesto obstinado en la mandíbula. —No puedo simplemente reubicarme. No así. El equipo...

—No puede terminarlo si está muerta —Mi voz es firme, pero mi pulso se acelera. No puedo perder esta ventaja. No ahora.

Clara se cruza de brazos, la determinación marcando sus facciones.

—No puedo irme —argumenta ella, las palabras firmes a pesar del pánico que mostró momentos atrás—. No puedo trabajar sin el laboratorio completo. Estamos hablando de millones de dólares en equipos. Todo está atornillado, calibrado con precisión. —Sus ojos son feroces, desafiándome a contradecirla—. No puedes simplemente cargarlo todo en la parte trasera de un camión y esperar que-

—No podrás terminar si eres un cadáver —la interrumpo, pero ella no está escuchando.

Está en una diatriba, desesperada por hacerme entender lo que parece tan obvio para ella.

—¡Tomará meses recalibrar! Nos retrasará.

Meses... la palabra es una puñalada. Meses matarían el lanzamiento.

—Si te atacan, lo perdemos todo —le digo.

—Dom, ¡estamos tan cerca! —Está suplicando ahora, el cabello se le revuelve mientras gesticula con frustración—. Tengo que quedarme donde estoy. Por favor.

Es terca, tengo que reconocerlo. Quiero asegurar esto por completo. Pero si Clara tiene razón, si mudarnos nos retrasa tanto, entonces nadie perderá tiempo en eliminarla. Simplemente nos pasarán por alto, nos ganarán en el mercado y lo perderemos todo de todos modos. Este avance, todo este proyecto, se vuelve inútil. Es un riesgo de cualquier manera. Lo sopeso, rápido y preciso, y sus

ojos siguen los míos, el trabajo de su vida pendiendo de mi respuesta.

Asiento, breve y decisivo. —Bien, te quedas en el laboratorio. Rafe duplicará tu seguridad.

Rafe asiente, más bien se encoge de hombros, y sé lo que está pensando: ella es un riesgo. Si perdemos a la química, perdemos el negocio.

Clara mira entre nosotros. Se coloca un mechón suelto detrás de la oreja.

—Bien. Gracias —dice.

—¿Qué era eso sobre un problema de pureza? Necesito producto puro, éxtasis total, efectos secundarios mínimos. ¿Eso va a ser un problema?

Ella niega con la cabeza. —No, no, nada de qué preocuparse. Solo un problema técnico que estamos resolviendo.

—Avísame en cuanto eso cambie. ¿Algo más que reportar?

Ella niega con la cabeza. —No. Entonces, ¿a la misma hora la próxima semana? ¿No podemos hacer estas actualizaciones por teléfono?

Entrecierro los ojos. —Eres más inteligente que eso.

Clara se encoge de hombros, luego desaparece entre la multitud, perdida de nuevo en el mar de gente y música. Mantengo mis ojos en ella hasta que sale de vista, luego asiento a dos de mis hombres para que la sigan. La vigilarán hasta que llegue a casa sana y salva y se quedarán fuera de su casa hasta que yo les diga lo contrario.

Rafe se toma otro trago, lo traga como si fuera agua. Me está observando con esos ojos fríos de nuevo como si toda la maldita situación le divirtiera.

—Deberías hacer apuestas, ver qué te mata primero. La química o tu sonrojada nueva novia —dice.

La puya da en el blanco, y él lo sabe.

Rafe se reclina, esperando ver cómo reaccionaré. Le encanta cuando las cosas se ponen complicadas, cuando la presión aumenta y tiene un asiento en primera fila. Esto no es diferente.

—Aún no estamos casados —mascullo.

Rafe suelta una carcajada. —Mañana no está lejos, amigo.

Los planes del viejo son un peso alrededor de mi cuello, arrastrándome hacia abajo en el peor momento. Sal ha decidido fortalecer nuestras alianzas con los albaneses de toda la gente, los putos albaneses, y mi cabeza es la que está en juego. Una esposa como garantía. Una novia como pago. Es un movimiento tan condenadamente imprudente que podría explotar en el segundo en que se pronuncien los votos.

Los Dushku no quieren una fusión, quieren sangre. Pero Sal está manejando los hilos, y yo soy el que baila, tratando de evitar que todo se derrumbe. La química, la novia... mi cabeza ya está sobre el tajo. Si dejo que algo se me escape, tendré la bota del viejo en el trasero y una bala con mi nombre. Sin mencionar una química muerta, una reputación ridícula y un imperio perdido.

Rafe se aparta de la barra y me da una palmada pesada en el hombro.

—Trata de que no te disparen antes de la luna de miel —dice.

—No te preocupes por mí. —Me lo quito de encima—. Tengo un negocio que dirigir.

Se aleja, desapareciendo entre la multitud, una sombra vestida de cuero. Sabe que estoy en un aprieto y lo disfruta demasiado. Su advertencia se repite en mi mente, y desearía poder quitármela de encima tan fácilmente como él lo hace. Pero no estoy programado como Rafe. O mi padre. Salvatore Rosetti ve todo en términos de poder, no de precisión. Una familia, un imperio. Este matrimonio es solo una parte de la estrategia, pero no de mi estrategia. Tengo suficiente caos en mis manos con Iride.

Una mujer en mi casa es una variable más. Un riesgo más. Una pieza más de caos que no necesito.

El bajo de los altavoces sacude mi pecho, y las luces bajan. Un destello de cabello largo, liso y oscuro y ojos verde pálido. Ni siquiera he conocido a la mujer, solo he visto un par de fotos, y mañana llevará mi apellido. Pero esta noche, es solo otro problema más.

3

Besiana

Sale de la caja cegadoramente blanco, capas de satén y encaje que se derraman sobre la alfombra. Es pesado e incómodo de ponerse.

Me falta el aliento mientras una desconocida ajusta el corsé alrededor de mi cintura y otra cierra la cremallera de la espalda. Los espejos muestran un costoso error. Un vestido de novia que no elegí.

Tres mujeres orbitan a mi alrededor. Una con rizos castaño oscuro, otra esbelta y elegante, y otra con grandes ojos color avellana y una melena rubia rizada. Las reconozco de las fotos en el expediente de Domenico, el que Baba me dio como regalo de compromiso. La hermana de Domenico, su cuñada y alguien llamada Juliet Price cuya relación con la familia no recuerdo.

Sus leves toques me hacen estremecer. La última vez que tuve familia en la habitación para una prueba de vestido, tenía nueve años.

—Es increíble, ¿no? —dice Juliet. Una voz dulce, pero que corta como el cristal. Ni siquiera puedo mirarla.

—Debería serlo —respondo—. Costó lo suficiente.

—La boda será en una catedral —dice Juliet como si eso debiera emocionarme. Como si ese no fuera el lugar donde se entierra a la gente. Cierro los ojos. Tengo que ser fuerte.

La habitación es una explosión de telas y encajes. Las tres mujeres hablan una encima de la otra, llenando el aire de felicitaciones, pero todo lo que escucho es el Rosetti en sus voces. Sus palabras caen como piedras en mi regazo.

—¡La prisa vale la pena, espera a ver la cara de Dom!

—¡Dios mío, esta es la mejor boda de la historia!

—¡La mejor novia de la historia!

Cuento sus toques, cada alfiler que muerde a través del vestido. Cinco. Seis. Más. Pierdo la cuenta. Tengo meses de pruebas en media hora. Esta familia no hace nada con suavidad.

Se arremolinan a mi alrededor, tirando, ajustando.

—¡Vaya, estás temblando! ¿Estás nerviosa?

—¡Apuesto a que tiene miedo de que Dom no pueda quitarle las manos de encima!

Se ríen y intercambian miradas, ajenas. Mi pulso ruge en mis oídos, ahogándolas. Lo que soy es una Dushku. Ellas creen que están siendo lindas, inteligentes. Pero para mí, son armas con silenciadores, explosiones con el volumen bajado. Me preparo para lo que sé que viene después. Después de todo, he sido vendida a una familia mafiosa. Ahora están fingiendo, pero pronto mostrarán sus verdaderas caras. Su calidez será temporal.

Ni siquiera sé quiénes son, no realmente. No importa. Son Rosettis. Cada célula de mi cuerpo me dice que no confíe en ellas, pero mi familia tiene un acuerdo que cumplir. Las órdenes de mi padre. Ellas creen que tienen algo que celebrar, pero no son las que están siendo intercambiadas por información. Me muerdo el labio y contengo las lágrimas. He sido entrenada para esto. No debo llorar.

—Oye —dice la de los rizos castaños. Es la hermana. Carmela, así se llama. Su voz es más suave, más cercana. Está justo frente a mí —. Sé que todo esto debe ser demasiado. Pero ahora somos familia. Eso es lo que importa.

Su toque es gentil mientras acomoda un mechón de cabello rebelde en su lugar. Esta vez no me estremezco, pero solo porque lo veo venir.

La más joven, Juliet, parece que podría llorar ella misma. Junta las manos y me sonríe, nerviosamente.

—¿Estás tan emocionada? ¡Te ves como un millón de dólares!

—Nos pasamos bastante del presupuesto, así que más le vale —dice Eleanor, prendiendo una orquídea en mi cabello.

Ella es la cuñada. A ella también la obligaron a casarse con los Rosetti, así que tal vez encuentre una aliada en ella, aunque parece una de ellos por lo que puedo ver.

Se supone que este es el día más importante de mi vida, y siento como si estuviera fuera de él, viendo a alguien más. La boda será en una catedral. Dom es el heredero, el mayor. Ahí es donde se casa el hijo mayor, dicen, como si debiera estar emocionada. O halagada. Su entusiasmo rebota en mí.

Cuando se detienen para respirar, encuentro mi voz. Distante, fría. —Estoy segura de que será maravilloso.

Me sonríen, y yo les devuelvo la sonrisa, serena como siempre.

Las paredes se cierran a mi alrededor, atestadas de extraños, asfixiantes. No puedo respirar.

—¿Estás segura de que estás bien? —Carmela, de nuevo, extendiendo la mano para acariciar mi mejilla.

—Por supuesto —digo, firme esta vez. Sin grietas—. Solo me estoy acostumbrando a todo esto. —A todas ustedes, quiero añadir, pero suena demasiado desesperado.

—No te preocupes —dice Eleanor, retrocediendo para admirar su obra—. Yo estuve en tu lugar una vez, y todo salió bien. Te acostumbrarás a nosotros en un abrir y cerrar de ojos.

Eso es lo que temo. No quiero acostumbrarme a ellos.

—Tenemos que irnos —dice Eleanor, mirando su reloj. Me da una sonrisa rápida—. No hay novias tardías, especialmente no en nuestra familia.

Escucho el Nuestra. Es más grande que la habitación.

Me ponen unos tacones como zancos y me envuelven en un abrigo de piel blanca. Besiana Dushku, ya no más. En este vestido, en esta familia, soy alguien completamente diferente. Me acompañan por las escaleras hasta un auto que espera. El conductor abre la puerta con un asentimiento.

—Estarás bien —dice Eleanor, ayudándome a entrar.

—Estarás increíble —añade Carmela.

El auto se aleja. Está en silencio, un espacio libre de Rosettis, y me recuesto contra el asiento y exhalo.

Las luces pasan borrosas por las ventanas, manchando las calles como pintura. Es finales de octubre, pero se siente más frío que eso. Esto es Nueva York, pero bien podría ser la luna.

¿Quiere Domenico este matrimonio? ¿Lo exigió? ¿Me exigió a mí? Él es otro Baba. Implacable, frío, peligroso. Me lo imagino con los brazos cruzados. Me lo imagino y desearía no hacerlo.

Paso la lengua por mis labios y saboreo el miedo, pero me estoy acostumbrando. Dejo que el zumbido constante del camino se hunda en mis huesos.

Seré fuerte. Hay cosas peores que ser propiedad de alguien. Los Rosetti pronto pueden poseer mi cuerpo, pero nunca poseerán mi alma. Esperaré mi momento y atacaré cuando pueda.

El auto reduce la velocidad y gira, se detiene suavemente. La puerta se abre y una mano busca la mía. Trago saliva con dificultad.

—¿Está lista? —pregunta una voz, y asiento. El conductor me da una mirada tranquilizadora, pero no me la creo.

Salgo con la espalda recta. Los Dushku no se encorvan. La catedral se alza frente a mí como un desafío. Lo acepto, a regañadientes. No es como si tuviera otra opción.



Pan de oro y luz de velas llenan la catedral, pero no hay calidez. Ni alegría. Solo una interminable línea de pétalos por el pasillo y una novia que camina como si fuera a la guerra. Mi padre conoce el significado del poder. Este lugar lo grita con cada centímetro de techo fresquado. Domenico también entiende el poder. Se nota en su postura y su expresión. Se nota en los hombres Rosetti, armados e inmóviles, alineados en los bordes como centinelas.

Estamos en la catedral más alta que he visto jamás. Domenico es el heredero. El hijo mayor. Le toca la boda bajo el techo de treinta metros. Su familia está en cada banco, hasta donde alcanza la vista. Como si fuera una competencia de quién puede amarlo más. Primos, tías, tíos, amigos. Sus rostros son demasiado brillantes. Demasiado cálidos. Es cegador.

No es así en mi lado. Bueno, en realidad no tengo un lado. Solo asociados, tantos como Baba me envió. El cártel Dushku no es familia, solo una colección de colegas. Llenan los bancos como si estuviéramos sentando a un pequeño ejército, vistiendo trajes en lugar de sonrisas. Reconozco algunas caras, pero ninguna es de amigos.

Baba no está aquí porque, por supuesto, no lo está. Me explicó que no quería arriesgarse, siendo el jefe de nuestro cártel, pero se siente como si estuviera haciendo un punto: no valgo la pena.

Miro a Domenico en el altar. No se inmuta. No sonríe. Solo me observa con esos ojos agudos e implacables. Está limpio y suave y perfecto como un diamante pulido. Si está emocionado por obtener una novia, no lo demuestra.

Un bebé Rosetti balbucea, el sonido más fuerte del mundo. Mi respiración se entrecorta y tropiezo. Los Dushku no tropiezan. El peso del vestido me hala hacia abajo, pero me obligo a no caer. Me obligo a no llorar. No aquí. No ahora.

El órgano es un tambor, un réquiem disfrazado de música nupcial. Algún asociado Dushku agarra mi brazo, demasiado fuerte, como si temiera que salga corriendo. El ramo está frío bajo mis dedos, y tengo que aflojar deliberadamente mi agarre para no romper los tallos.

Llego al altar, más atrapada que nunca. El órgano se hincha, más fuerte ahora, luego la música se detiene, y mi mundo se detiene con ella. El asociado me suelta, y siento la pérdida más de lo que pensé. Me mira como diciendo *buena suerte*. La necesito.

Domenico Rosetti se yergue alto e inmóvil en el altar. Viste un traje perfecto, probablemente un Brioni, con blanco crujiente en el cuello y los puños. Me observa con una mirada tan evaluadora, tan

calculada, que estoy segura de que me midió desde el otro lado de la sala y ya ha decidido que no soy suficiente.

Conozco esa mirada, ese vistazo, esa arrogancia. Es como recibir una bofetada con un libro de contabilidad. Te hace sentir pequeña, como un número esperando ser tachado. He visto esa mirada en el rostro de Baba mil veces, y siempre significa lo mismo: *tú eres quien me necesita, no al revés*.

No sonríe. No parpadea. No se inmuta. Sus rasgos no se parecen en nada, pero se ve exactamente como mi padre.

Domenico está cerca, y me concentro en respirar mientras el sacerdote comienza a hablar.

La ceremonia es breve. Lo esperaba. ¿Qué se puede decir sobre un matrimonio de conveniencia? Sin romance, sin calidez. Solo una transferencia simbólica de activos. El sonido de plumas firmando y contratos cumplidos. Me muerdo el labio mientras el sacerdote sigue monótonamente.

—Para bien o para mal —dice, mirándonos por turnos.

Sé cuál me tocará. Mis labios se mueven alrededor de las palabras, los votos sonando huecos en este vasto espacio.

Domenico dice sus votos con una voz fría y segura de absoluta indiferencia. Su tono es profundo, áspero y completamente aburrido.

El sacerdote asiente como si aprobara la fusión. —Puede besar a la novia.

Domenico cierra la distancia entre nosotros, dando un paso más cerca. El mundo contiene la respiración, esperando. Un momento que debería brillar con calor está vacío y frío. Su familia parece suspendida, con los ojos fijos en nosotros. Mantengo mi mirada en Domenico. Mi futuro. Mi enemigo. No me estremezco, pero es casi imposible mantener mi posición.

Se inclina, y nuestros labios se rozan, ligeros como el aire, apenas un toque. Su cuerpo no roza el mío. Sus manos ni siquiera me alcanzan. Las únicas partes de nosotros que hacen contacto son nuestros labios, y los suyos están fríos y reptilianos. La multitud murmura como un océano distante.

Cuando llega el momento, firmo mi nombre con manos que apenas tiemblan.

Los Rosetti salen en fila, charlando como si la iglesia fuera suya. Lo es. Escucho las palabras Increíble, afortunada, amor. Deben referirse a alguien más.

Entonces, se ha ido. Domenico desaparece entre la multitud de Rosetti sin dirigirme una sola palabra.

4

Besiana

Domenico y yo estamos en el asiento trasero de una limusina blanca, la imagen perfecta de los recién casados. Mantengo mis ojos en la ventana, en las luces que pasan rápidamente y se convierten en sombras. Domenico está a mi lado, pero bien podría estar sola. No me toca. No hablamos. Apenas respiramos.

El viaje a casa es lo suficientemente largo como para pensar en nuestra próxima noche de bodas, en cómo me tratará. Ya sé la respuesta. Y sé que no estoy en posición de rechazar a mi marido, a menos que quiera enfrentar la ira de mi padre.

Cuando llegamos a la mansión Rosetti, es una bestia de vidrio y acero, con ventanas largas como ojos de troneras. Altas cercas rodean la casa como cadenas. Las cámaras de seguridad brillan en la luz gris. Una garita se encuentra junto a la entrada. Más hombres, todos de negro. Dom ni siquiera los mira mientras nos deslizamos por el camino de entrada curvo.

Él sale del auto y espero un momento para ver si abrirá mi puerta, pero no planeo quedarme en la limusina toda la noche, así que salgo por mi cuenta y lo sigo escaleras arriba hacia la entrada principal.

Domenico me muestra el interior pero no dice una palabra. Simplemente camina por la casa, ocasionalmente mirándome, y yo lo sigo como un cachorro obediente, asimilándolo todo. Me siento como si estuviera de vuelta en la iglesia. Pisos de mármol frío,

pulidos hasta un brillo mortal. Habitación tras habitación, cavernosas y austeras. Sala de estar. Comedor. Biblioteca. Cada una tan sin vida como la anterior. Es hermoso de una manera cara e impersonal. Arte en las paredes, todo abstracto y sin alma. Sé que no debería sorprenderme. A él no le importaría la comodidad.

Si es aquí donde vamos a vivir, no seré más que un fantasma.

Él responde tres llamadas telefónicas en la primera hora. Su voz es baja y deliberada, haciendo eco en cada superficie vacía. Son más palabras de las que le he oído hablar, y me concentro en el tono, el timbre, la gravilla.

Me acomodo en un sillón en la sala de estar. Este vestido de novia es demasiado voluminoso para relajarse o ponerse cómoda, así que me conformo con sentarme torpemente mientras él atiende sus llamadas.

Cuanto más lo escucho hablar por teléfono, más lo veo: el poder viene del silencio. De saber que no necesitas hablar. Eso es lo que está haciendo, está esperando que yo hable primero, y lo hago, antes de darme cuenta de que está sucediendo.

—¿Dónde está el dormitorio?

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, aunque no deseo nada más que arrancarlas del aire y tragarlas antes de que él las escuche. ¿Y si piensa que lo estoy seduciendo? Honestamente, todo lo que quiero es cambiarme este atuendo sofocante por un par de pantalones de chándal.

Fija sus ojos verde líquido en mí, y siento que un rubor sube por mis mejillas.

Cuando finalmente dice mi nombre, es más fuerte que cualquier palabra que haya escuchado de él. Me pongo en alerta, igual que con mi padre. Ni siquiera me doy cuenta de que lo he hecho hasta que es demasiado tarde.

Él se da cuenta de todo. —Por aquí, Besiana.

Lo sigo. No me permito dudar.

Me guía por una escalera y a lo largo de un pasillo, luego abre silenciosamente una puerta. —Su habitación está aquí.

Parpadeo ante lo que debe ser el dormitorio principal, atónita por un momento. Es enorme, como el resto de la casa. La cama es un

monstruo, tamaño king, con marcos oscuros y ropa de cama blanca inmaculada. Sus sábanas parecen nítidas y sin arrugas, nada como el enredo de mantas al que estoy acostumbrada. Muebles elegantes, todos ángulos pulcros y superficies frías, bordean las paredes. Un espejo gigante con un elaborado marco dorado refleja toda la escena opulenta. Me recuerda a algo salido de una revista. Impersonal y extravagante. Nada en él es real. Nada en él soy yo.

Respiro profundo y me recuerdo que solo estoy aquí por información. Esto es una transacción. Él no necesita mi alma, solo mi cuerpo.

—Cámbiese a algo menos voluminoso y encuéntreme abajo —ordena, luego se da la vuelta y se va, cerrando la puerta tras él.

Obedezco. Siempre lo hago. Busco mis maletas por todas partes, sin éxito, pero finalmente encuentro toda mi ropa desempacada en el enorme armario. *Menos voluminoso*, dijo. Lo cual es prácticamente todo lo que poseo. Supongo que es demasiado pronto en nuestra relación para pantalones de chándal, así que me decido por un vestido cruzado de seda en verde pálido que me dicen que combina con mis ojos.

Encuéntreme abajo, dijo, así que salgo al pasillo y retomo mis pasos hacia las áreas principales. Es difícil encontrar el camino porque la mansión es un laberinto de puertas y giros idénticos. Los pasillos son largos e interminables, y por un momento, me pregunto si quedaré atrapada en ellos para siempre.

El vestíbulo de entrada se extiende ante mí, mármol frío bajo mis pies mientras regreso. Me acomodo de nuevo en el sillón mientras lo espero, pero no tengo que esperar mucho. Aparece, tan indescifrable como siempre, y mantiene su distancia.

Me da un rígido asentimiento, como aprobando mi cambio de vestuario.

—Sírvame un trago.

Es una orden, no una petición, perfectamente acorde con su carácter. Por supuesto que lo es. Me levanto y busco vasos. Mi movimiento es torpe y febril, y mis manos tiemblan mientras lleno el vaso con un whisky caro que nunca antes había escuchado y un poco de agua del grifo.

—Aquí —digo, pasándoselo.

Lo toma con cuidado, asegurándose de no rozar mis dedos con los suyos, y luego me dice que lo siga. Es lo mismo que antes, su figura alta moviéndose delante de mí, sus pasos haciendo eco en las paredes. De cierta manera, es exactamente lo que necesito. Un recordatorio. Estoy aquí para interpretar el papel de su esposa mientras reúno lo que necesito para Baba.

—Todas estas ventanas me hacen sentir expuesta —digo. Tal vez obtendré una reacción.

—Entonces cierra las malditas cortinas —responde, apenas mirando hacia atrás.

Hago lo que dice, como una novia buena y obediente, aunque no es solo por él. Me digo a mí misma que es por mí. Que quiero mantenerlo hablando. Que cada palabra es información. Que es mi elección cerrar cada cortina, que yo tengo el poder aquí. Soy la espía, no la esposa.

Es convincente. Casi.

Me sorprende bostezando mientras cierro la última cortina pesada. Deja de caminar y me espera.

—Estás cansada.

Ladrando órdenes como siempre.

—Sí —digo.

—Hora de dormir.

Escaleras arriba de nuevo, un desfile reluctante. Él guía, yo sigo. Alcanzo el pomo de mi puerta una vez que estamos de vuelta en el pasillo, pero su mano se cierra sobre mi muñeca antes de que la toque. No me suelta, y es, bueno, es el mayor contacto que hemos tenido aparte de ese beso fantasmal en la boda. Mi piel hormiguea ante la sensación. Chispa y ardor, un fósforo listo para prender pero sin llegar a encenderse.

—Ahí no —dice.

Genuinamente confundida, frunzo el ceño mientras mi mente busca desesperadamente una respuesta. Puede que no quiera obedecer todas sus estúpidas órdenes, pero necesito mantenerlo contento mientras reúno información sobre Iride.

—Pero usted dijo que esta es mi habitación.

Él me suelta. Como si estuviera dejando caer algo que no debería haber tocado en primer lugar.

—Ese es tu cuarto. Puedes hacer lo que quieras allí. Guarda tus vestidos, tu maquillaje, lo que sea que hagas. Pero no duermes ahí.

Espera que lo siga, y lo hago. Abre la puerta contigua a la mía, haciéndose a un lado para que entre primero. La habitación es enorme, y me detengo sorprendida. Mi cuarto es grande, pero esto... esto es más grande que algunas casas enteras. Las paredes están pintadas de un azul profundo y melancólico con molduras plateadas, y el techo es de mármol pálido que combina con el suelo. Es tan masculino y afilado, el tipo de habitación que esperaría ver en la portada de una revista, no en la vida real. Me quedo mirando. No puedo evitarlo. ¿Aquí es donde duerme?

Hay una cama enorme, tan grande como la mía, pero no parece tan impecable. Mis ojos se detienen en ella. ¿Es aquí donde espera que duerma? Parece demasiado íntimo. Demasiado pronto.

Hay una cómoda larga con relojes caros encima y una pequeña pila de papeles y libros. Un área de asientos baja se encuentra contra una pared. Dos sillones, uno de cuero oscuro y el otro de algún tipo de lana pesada, enfrentados entre sí. Una mesa entre ellos, medio cubierta con un desorden de vasos medio vacíos y más papeles, algunos en un idioma que no conozco, italiano supongo. La escena parece sacada directamente de una de sus reuniones de negocios.

¿Y quiere que duerma aquí?

Aparto la mirada de la habitación y lo miro, confundida.

¿Por qué me está dando tanto? ¿No tiene cosas mejores y más importantes que hacer? ¿No tiene reuniones de negocios que dirigir y papeles que firmar con sangre? El hecho de que esté dedicando su tiempo a mí, que me esté incluyendo en su propio espacio, que no esté atendiendo otra llamada y me esté tratando como un miembro de su familia en lugar de como una extraña...

Sacudo la cabeza. No puedo pensar así. No puedo dejarme engañar y creer que soy algo más para él que una espía.

Mantente fuerte, me recuerdo. Tienes un trabajo que hacer. Mantenlo contento. Mantenlo hablando. Haz lo que Baba quiere.

—¿Este matrimonio es lo que usted quiere? —pregunta.

Se para cerca, mirando mi rostro en lugar de mi vestido. Me sorprende.

—Soy la hija de mi padre —le digo. Dice más de lo que pretendo.

La comisura de su boca se eleva. No sonríe. Pero casi.

—Bueno, los hijos mayores rara vez pueden elegir a sus propias parejas. —Suena nostálgico, y no puedo decir si está hablando de mí o de sí mismo.

Soy lo suficientemente terca como para tomar eso como un desafío.

—Los negocios son negocios —digo.

—Nuestro negocio es simple. —La misma voz fría y segura—. Yo te obtengo a ti. Tu padre obtiene paz. Nadie obtiene amor.

Es más de lo que pensé que diría, y estoy de acuerdo con cada palabra. Pero yo también obtengo información, por supuesto, aunque él nunca necesita saberlo.

—¿Eso es todo? —pregunto.

Cierra el espacio entre nosotros, un brazo de distancia que se siente como un kilómetro. No estoy acostumbrada a que los hombres tomen mi miedo y lo conviertan en deseo, pero aquí estamos.

—No —dice, y escucho la ira bajo su calma—. No todo.

Pone una mano en mi cadera. Su toque es fuego. Su atención es como lava. Contengo la respiración.

Me mira con un hambre que me hace perder la voz. Y mi valentía. Las encuentro a ambas de nuevo, y encuentro sus ojos. He aprendido que los hombres como él, como mi padre, no dan segundas oportunidades. Cuando te piden que te pruebes a ti misma, lo haces.

—¿Dónde me quiere? —pregunto audazmente. Si vamos a follar, al menos quiero sentir una semblanza de control. Su calor es abrumador, y parte de mí quiere ver si puedo manejarlo.

Está sorprendido. Lo oculta rápidamente, una línea delgada que capto justo antes de que desaparezca. Su voz baja, y recorre mi cuerpo con la mirada, centímetro a centímetro, luego vuelve a encontrarse con la mía.

—No estás lista para esa respuesta —dice.

Un pequeño ruido se me escapa ante su insinuación. Apenas puedo creer que lo haya dicho. Mi piel hormiguea caliente donde me toca. Cuando sus dedos se clavan en mi cadera, prácticamente chillo, y el sonido resuena entre nosotros.

—Ahora eres mi esposa, Besiana.

Está calmado cuando lo dice, demasiado calmado, y esa es la peor parte. Me dice que es lo suficientemente peligroso como para ser paciente.

—¿Sabes lo que eso significa?

Su cinturón golpea el suelo con un sonido frío y definitivo. Me estremezco cuando cae.

—Compartes mi casa.

Su sangre es el mismo veneno que la mía. Da un paso adelante, entre mis muslos, y el movimiento se siente practicado. Con propósito.

—Compartes mi cama.

Agarra mi barbilla y la levanta.

—No porque me importes.

Sus labios rozan los míos. El más mínimo toque de lo que realmente podría ser capaz.

—Porque eres mía.

5

Domenico

Estoy lo suficientemente cerca para ver mi nombre en sus labios.

Pero no lo dirá. Me coloco entre sus piernas y el mundo cambia. Solo yo, ella y mi orden de que comparta mi cama.

La miro fijamente, dejándole ver el ardor en mis ojos, la exigencia. Su vestido es de un verde pálido que hace brillar sus ojos, envuelto alrededor de su cuerpo y atado con un lazo. Con solo tirar de ese cordón, toda la prenda caería. Casi extiendo la mano para jalar el nudo, pero aún no.

Desearla tanto debería ser un crimen. Es todo lo que puedo pensar mientras observo cómo está presionada contra la pared para mí. Cabello oscuro, piernas de infarto, pero son esos ojos los que me cautivan. La forma en que me atraviesan pero actúan como si no lo intentaran. Es sexy como el infierno, y el hecho de que su sexo esté tan cerca de mi muslo me está volviendo loco. Pero no me apresuraré. No puedo simplemente tomarla. No así.

—Dime que dormirás en mi cama —exijo, en voz baja y áspera.

Necesito que ella desee esto. Necesito que me desee a mí. Además, tengo que descifrar a esta maldita mujer. Su reacción siempre está cambiando. Es como perseguir una sombra, como tratar de clavar humo a la pared. Me deja entrar en su espacio, pero luego me mira como si tuviera fuego para quemar. Actúa como la esposa perfecta y obediente y luego me lanza miradas asesinas.

Sus labios se contraen, casi en una sonrisa.

—Si lo requieres —responde, y las palabras suenan sumisas pero un filo de acero las atraviesa.

Su mezcla de obediencia y desafío me está volviendo loco, y casi tiro del lazo que mantiene su vestido en su lugar. Casi.

—Dime que quieres hacerlo.

No me refiero solo a dormir en mi cama. Me refiero a nosotros. A nuestro matrimonio. Pero sé que es un riesgo. Un empujón, un desafío.

Me alejo lo suficiente para leerla. Ella no se mueve. Cuando finalmente parpadea, sus pestañas atraen mi mirada.

—¿Quieres que mienta? —pregunta, en voz baja y suave.

No son las palabras las que me golpean. Es la maldita forma en que las dice, como si me estuviera desestimando con la verdad. Como si yo fuera el que no ve las cosas con claridad.

Esta mujer está loca. Enigmática como el infierno. En la superficie, parece dócil, tal vez incluso pasiva. Pero lo creo cada vez menos con cada minuto que pasa. Está jugando conmigo, y no sé cómo. ¿Quién diablos es ella? Esta esposa mía que se supone que está aquí porque su padre lo exigió, porque no tuvo elección.

—Eres mi esposa, mujer. Dime que quieres dormir en mi cama.

—¿Qué cambiaría eso? —pregunta.

Fría, compuesta. Imperturbable. El destello inicial de miedo —esa única grieta que vislumbré en sus ojos cuando la acorralé contra la pared por primera vez— ha desaparecido hace tiempo.

Es la tensión, un cable vivo entre nosotros, lo que hace que sus palabras suenen como un desafío. Me muero por cerrar el espacio entre nosotros, por tirar del lazo que mantiene su vestido en su lugar, por abrirlo de un tirón y ver qué hace entonces. Pero no puedo descifrarla, y eso me está volviendo aún más loco que el hecho de que estoy listo para sangrar de deseo. ¿Quién es ella? ¿Qué es ella? Esta mujer que se balancea entre la rendición y el desafío.

—No cambia nada. Me perteneces ahora, Besiana. No lo olvides nunca.

Me inclino, dejo que mi muslo presione contra ella, y siento su calor. Observo cómo salta su pulso. Cómo se separan sus labios. Su vestido es lo suficientemente suelto como para deslizarse y abrirse, y su piel se ve tan suave debajo, como si pudiera dejar mi marca en ella con solo un susurro de mi mano. Quiero hacerlo. Dios, quiero hacerlo. Pero necesito que ella también lo desee.

—¿Qué quieres? —pregunta, pero escucho lo que realmente quiere decir. ¿Qué quieres de mí?

Mi mano encuentra el borde de su vestido, seda bajo mis dedos. Lo jalo lo suficiente para ver el destello de piel debajo. Lo suelto y dejo que la tela se cierre de nuevo.

No la entiendo. La chica que aceptó este matrimonio sin pelear. La chica que dejó que su padre la vendiera como un par de zapatos robados. La chica que me deja acorralarla contra una pared y ni siquiera se inmuta. Finge jugar a ser la víctima, pero no es más que fuego. No la entiendo. Me está volviendo loco.

Pero no importa. Nada de esto importa. Nuestro matrimonio es solo una tregua, una forma de mantener la paz con su familia mientras lanzo Iride. Una forma de dejar de preocuparme por los albaneses mientras aseguro todo lo demás.

Sus ojos se estrechan como si supiera lo que estoy pensando. La toco de nuevo, mi mano firme en su pierna esta vez, mis dedos encontrando el calor en el borde de su vestido. Inhala bruscamente, pero no me aparta. Tampoco me acerca, que es lo que necesito que haga. Que admita que me desea. Que lo suplique.

La miro y veo el fuego. Veo la obediencia. ¿Cuál es real?

Inclina la cabeza hacia atrás contra la pared y deja ver la suave línea de su cuello. Me deja ver el latido de su pulso. Me deja sentirlo. Me vuelve loco. Siento la sonrisa que esconde. Es pequeña, como el filo de un cuchillo.

Mi boca está casi sobre ella, a solo un aliento de distancia. Es mi esposa, y quiero tomarla, arruinarla, hacer que me desee. Lo quiero más de lo que debería. Lo quiero más que nada.

Pero ella permanece en silencio. Lo dice todo sin decir una palabra.

Pero no puedo dejar que tenga el poder. Así que le recuerdo con quién se casó. Inclinándome cerca, le susurro al oído.

—No avergüences a la familia —digo.

Solo importa que no arruine el apellido Rosetti. Solo importa que se mantenga en línea. Eso es todo lo que me importa. No el calor de su piel o la mirada en sus ojos o que no pueda descifrarla o lo jodidamente duro que me pone.

Doy un paso atrás.

La comisura de su boca se eleva una fracción de pulgada, revelando el borde de esa sonrisa oculta. Esa maldita sonrisa de cuchillo.

—Cobarde —susurra.

Esta mujer no conoce el miedo. Ni siquiera se inmuta.

La deseo. Ella sabe que la deseo. La forma en que me mira con esos ojos luminosos y esa media sonrisa, es suficiente para quitarle los huevos a un hombre. Está jugando a hacerse la fría, y no puedo dejar que esta maldita mujer gane.

—Cámbiate y ve a la cama —le ordeno, bruscamente.

Me regala un segundo más de su mirada ardiente, luego, como la esposa obediente, asiente con gracia y tira del lazo de su vestido cruzado.

Esta es la parte en la que un caballero tendría la decencia de alejarse. Darle espacio para cambiarse en privado, darle la espalda y dejarla sola en la habitación mientras espera a que ella interprete el papel de buena esposa. Pero yo soy bueno dando órdenes, malo siguiéndolas. Y no soy ningún caballero.

La deseo más que mi próximo maldito aliento. Sé que ella lo sabe. Ella me observa. Yo la observo. Ella lo usa. Estoy clavado en el lugar, fijo en este punto donde puedo verla toda. Me convierto en el hombre más débil del mundo, porque incluso ahora, incluso cuando es evidente que está a punto de desvestirse, no me muevo.

La tela se afloja al tirar de sus dedos, y no podría alejarme aunque lo intentara. Estoy pegado al suelo, mirando fijamente, mientras ella abre su vestido de seda y se encoge de hombros para dejarlo caer a sus pies. Se para frente a mí con un conjunto de sostén y bragas color durazno, y me toma cada gramo de autocontrol no empujarla

contra la pared y follarla allí mismo. Juro que me está provocando deliberadamente. Mi mandíbula está tensa, mis músculos tensos, y mi verga es un cable vivo en mis pantalones. Ella sabe que no la tocaré. Lo sabe maldita sea y lo está usando en mi contra.

—Mi ropa está en la otra habitación —dice, sacando una cadera y resaltando esas malditas curvas.

La visión de ella es irreal, labios entreabiertos, piel resplandeciente. Su cuerpo es lo único que puedo ver. Ni siquiera parpadeo.

Solo me quedo ahí parado, y la miro fijamente.

Dejo que el silencio se extienda entre nosotros. Dejo que ella me vea mirarla, firme y sin parpadear. Ella me permite absorber la vista de su cuerpo, medio desnuda, los finos tirantes de su sostén curvándose sobre sus hombros, las bragas a juego apenas cubriendo lo que deberían.

—Necesito cambiarme —dice de nuevo, como si fuera ella quien diera las órdenes por aquí.

—Siéntete libre de quitarte el sostén. O puedo quitártelo yo. En cuanto a esas bragas... —Me acerco, solo un paso, y me complace ver una chispa de fuego en sus ojos.

Me acerco más, invadiendo su espacio. Estoy a un paso de acorralarla contra la pared, de besarla hasta quitarle el aliento y ver qué hace cuando no puede respirar, cuando cada gramo de su control se ha ido, para ver si realmente es tan indiferente como quiere hacerme creer. Estoy a un paso de perder mi último vestigio de paciencia y arrancar la tela de su cuerpo.

—¿Puedo pedir prestada una camiseta? —pregunta.

Tres palabras. Solo esas tres palabras saliendo de su boca y estoy perdido. Es su tono casual lo que me destroza. La imagen de ella con una de mis camisetas es casi suficiente para hacer que mi verga explote. Sus pezones presionando contra la tela, frotándose fuerte hasta que estén lo suficientemente duros para verse. El dobladillo rozando sus muslos, mi olor cubriendo su piel. Mi mandíbula está tensa, mis músculos tensos, y no puedo hacer nada más que seguir el comando en su voz. Ya no me importa quién esté dando las órdenes ahora.

Sin decir palabra, me dirijo a mi armario. Necesito un segundo para respirar, un segundo para controlarme. Agarro una de mis camisetas limpias y se la lanzo. Ella es pésima atrapando, y cae al suelo detrás de ella. Cuando se inclina para recogerla, me da una perfecta vista de su trasero redondo, y puedo ver una línea oscura de humedad en sus bragas color durazno. Casi me corro en mis malditos pantalones. Se cambia lentamente porque sabe exactamente lo que me hace. Está tratando de volverme loco, y está funcionando.

Se mete en mi cama, donde pertenece, y se cubre como si no acabara de desnudarse frente a mí, como si no se hubiera tomado su tiempo haciéndolo. No me muevo. No respiro. Me quedo justo donde estoy. Ella me mira. Yo la miro. Esto debería ser fácil. Pensé que lo sería. No lo es. Casarme con ella se suponía que resolvería el problema de los albaneses para poder concentrarme en Iride, se suponía que simplificaría mi vida.

Tengo la sensación de que no será así. Tengo la sensación de que lo hará jodidamente difícil.

6

Besiana

Un destello brillante se cuela entre las pesadas cortinas y baña la cama vacía. Se ha ido, dejando solo sábanas frías. Pasé la noche temiendo que mi esposo me tocara y deseándolo al mismo tiempo. Destrozó mi cuerpo sin siquiera intentarlo. Alivio mi tensión sexual, trabajando con mis dedos entre mis muslos, luego tomo una ducha larga y caliente. Cualquier cosa para borrarlo de mi mente.

Me deslizo de vuelta a mi propia habitación, evitando mi reflejo en los vastos y dorados espejos. Probablemente Domenico quiere que me vista como una princesa de la mafia, toda minifaldas con lentejuelas y chaquetas de piel, pero hasta que me lo ordene, no es estrictamente necesario. Así que me cambio a un vestido de Zuhair Murad, uno de mis diseñadores favoritos, un llamativo número negro con recortes geométricos en las mangas. Me siento yo misma, como Besiana Dushku en lugar de la esposa Rosetti que pretendo ser.

Salgo de puntillas, tratando de que mis pasos no hagan eco en esta mansión sin vida. El silencio se rompe cuando escucho voces abajo, y me congelo, mis instintos gritando que evite el conflicto. Pero respiro hondo y me obligo a dirigirme hacia el sonido, donde me encuentro nuevamente con dos de los hermanos Rosetti. Me concentro en recordar sus nombres, porque esta familia es una prueba, y fallar no es una opción. Carmela, la más joven y la única hermana. Y Emilio, uno de los gemelos, el callado.

—¡Eh, cariño! —Carmela me ve y se acerca rebotando con una gran sonrisa. Sus rizos salvajes bailan con cada paso—. ¡Mira quién decidió unirse a nosotros!

Me agarra del brazo y me arrastra al centro de la habitación, demasiado fuerte para ser tan pequeña. Me pregunto si todos van a ser así de falsamente amistosos. Es aterrador de una manera diferente.

Rápidamente escaneo la habitación. Son solo Carmela y Emilio, no hay otros Rosetti escondidos en las esquinas. No estoy buscando a Domenico, obviamente. No podría importarme menos dónde está. Me alegro de que no esté aquí. Puede ir a aterrorizar a alguien más. Carmela lleva un dulce vestido rosa de verano, desparramada en un sofá, y agradezco a Dios que Dom no esté holgazaneando con ella. Tal vez está en la cocina... Doy unos pasos y miro alrededor de la esquina.

Un hermano Rosetti dobla la esquina, casi chocando conmigo. Mide 1,88 metros y es larguirucho, con una sonrisa con hoyuelos y cabello castaño rojizo que parece que acaba de pasarse la mano por él.

—¿Estás buscando a Dom? —pregunta—. ¿O solo viniste a pasar el rato conmigo?

Es Matteo, el otro gemelo, aunque no se parecen en nada. Matt tiene una sonrisa pícara, la misma que llevaba en la boda, y ya puedo decir que es un encantador, un hablador suave. El playboy de la familia. Es un buen cambio de tanto ceño fruncido.

—No estoy buscando a Dom —digo, demasiado rápido.

Matteo se ríe.

—Eso es suerte porque está fuera. Se fue con Leonardo y Eleanor. Por negocios —dice la última palabra lentamente como si se supone que debe asustarme—. No volverá hasta tarde.

—¿Así que estará fuera todo el día? —pregunto, mordiéndome el labio.

—Sí —Matteo salta al sofá junto a su hermana, dándole un toquecito con los dedos—. Pensé que te alegrarías de deshacerte de él.

—Lo estoy —digo.

Definitivamente. Absolutamente. No podría estar más feliz de que mi nuevo esposo me haya dejado sola en una casa llena de mis enemigos.

Carmela inclina la cabeza, sus rizos rebotando con el movimiento.

—No pareces contenta.

—Dormiste tanto que pensamos que estabas muerta —grita Emilio desde el otro lado de la habitación, reclinándose en un sillón.

Con su expresión en blanco y sus jeans y sudadera discretos, Emilio casi desaparece entre todo este lujo. Como el resto de ellos, es molestamente guapo, aunque a diferencia de sus hermanos, parece desinteresado en dominar la habitación.

Está recostado con la tranquilidad de alguien que lo sabe todo, y me pregunto si es así. Si ya ha descubierto mis secretos. Tal vez sea de él de quien debo tener más cuidado.

No es de extrañar que lo llamen "el Fantasma".

—Es bueno saber que sobreviviste la noche, Besiana —agrega Emilio, con un guiño lascivo.

—Puede que no sobreviva el día —murmuro, escaneando la habitación.

Los otros hermanos son demasiada testosterona y músculo en un solo lugar. Estoy nerviosa alrededor de Emilio, y Rafe me da náuseas directamente. Dobla la esquina, caminando como si estuviera en una misión, y cuando me ve, sonríe. Es aterrador.

—Buenos días, Besiana —dice Rafe, su voz un bajo retumbar que me hiela. Puede que sea educado, pero sigue siendo enorme e intimidante. Todos esos músculos son para romper cosas.

—Hola —logro soltar en un chillido.

—Pensamos que ibas a dormir todo el día —bromea Carmela, pasándose una mano por los rizos—. ¿Dom te mantuvo despierta hasta tarde?

Emilio le lanza una mirada, un rápido no-empieces-algo-que-no-puedes-terminar. Me recuerda a la escuela, pero más cálido. Como si realmente pudieran gustarse. Eso hace que sea aún más difícil sentarse ahí con ellos, sonriendo y fingiendo que soy una de ellos.

—No, yo... —Olvídalo. No necesito explicarme ante mis rivales. Estoy aquí por una razón, y no la lograré holgazaneando—. Solo voy

a explorar un poco, si está bien.

—Claro —dice Rafe.

—Te mostraré los alrededores —ofrece Carmela, pero la rechazo.

Emilio solo me observa con esos ojos grises.

—Avísame si quieres compañía —Matteo me guiña un ojo mientras salgo de la habitación—. Soy mucho más divertido que mis hermanos.

Deambulo por los pasillos, fríos y estériles, con arte como el de mi padre en las paredes. Mis instintos me gritan que averigüe sobre Iride, que le dé una actualización a mi padre. Si fallo, sé exactamente lo que pagaré, así que finjo explorar la casa, todo el tiempo buscando información.

Habitación tras habitación, no encuentro nada. Mi corazón late más rápido con cada búsqueda inútil, el miedo familiar goteando a través de mí mientras las paredes hacen eco de mis pasos. Cuando llego a otro pasillo imposiblemente largo, finalmente veo la primera señal de vida. Una nota dejada en una mesa lateral. No es más que un recordatorio sobre una reunión con un químico, pero la agarro como un salvavidas. No es mucho, pero es un comienzo.

Decido preguntarle a Dom sobre eso más tarde si puedo hacerlo sonar natural. *Oye, esposo, ¿dónde guardas a ese genio de la química que todos están tratando de encontrar?*

Renuncio a mi misión y me dirijo de vuelta hacia donde dejé a los Rosetti relajándose.

Incluso el pensamiento de decepcionar a mi padre cuando se entere de esto hace que el pánico se hinche en mi pecho, y trato de reprimirlo, de reprimir todo. Necesito respirar, aunque sea solo por un minuto.

Cuando llego a la sala de estar, solo está Carmela recostada en el sofá. Gracias a Dios. Me hundo en los cojines frente a ella, finalmente capaz de exhalar.

—¡Volviste! —exclama Carmela—. ¿Encontraste el camino?

Estoy a punto de responder cuando escuchamos a dos de los hermanos ausentes antes de verlos. Irrumpen en la habitación, discutiendo tan fuerte que me sorprende que el vidrio no se rompa.

—¡Es tu desastre, Matt! —dice Rafe. Tiene una mirada asesina en los ojos.

Matteo sonríe, enfureciendo aún más a Rafe.

—Si no te gusta cómo lo estoy manejando, hazlo tú mismo.

—¿Por qué no me sorprende? —La voz de Rafe retumba por la habitación. Le lanza una mirada furiosa a su hermano, sus ojos helados se estrechan hasta convertirse en rendijas—. Nunca pones a esta maldita familia primero. —Con eso, pasa junto a nosotros como una tromba, sus pesados pasos resuenan mientras se dirige directamente hacia la puerta, sus músculos tensos y listos para pelear.

Me encojo instintivamente, acurrucándome en los cojines mientras me preparo para una inevitable explosión de temperamentos Rosetti. Una discusión sobre lealtad está destinada a terminar en un baño de sangre, y no quiero ser parte de ello. Escaneo la habitación frenéticamente, comprobando la distancia a las salidas más cercanas, calculando si sería más rápido salir por el vestíbulo delantero o correr hacia la cocina.

Pero la habitación está incómodamente silenciosa. Levanto la vista y, para mi sorpresa, todos me están mirando. La discusión se ha desvanecido, como si se hubieran olvidado por completo.

—¿Qué pasa, cariño? —susurra Carmela, con ojos suaves y curiosos.

—No es nada. —Me siento más erguida para demostrarlo.

—Estás temblando como una hoja. —Posa una mano en mi brazo, y me aparto bruscamente, pero intento disimularlo con una tos.

Niego con la cabeza, pero las palabras salen a borbotones.

—Mi padre siempre decía: "Los huesos rotos son más fáciles de reparar que la lealtad rota". Supongo que simplemente pensé que este iba a ser uno de esos momentos.

—¿Uno de qué momentos? —pregunta Matteo.

Me encojo de hombros.

—Oh, ya saben, una oportunidad para aprender con los puños, como diría Baba.

Las cejas de Carmela se elevan, y lanza una mirada furtiva a Eleanor.

—Así no es como funciona aquí.

Mis manos no dejan de temblar, así que las meto debajo de mis muslos.

—Esta es la mafia, ¿no?

Carmela y Matteo se miran como si hubiera contado un chiste en el idioma equivocado.

Incluso Rafe parece confundido. Resopla.

—Peleamos. Es familia.

—A veces nos ponemos físicos —agrega Matteo con una sonrisa maliciosa.

—Pero el amor viene primero —Carmela tira de un rizo suelto—. Eso es lo que cuenta.

Lo dice como si fuera así de simple. Como si el amor fuera suficiente para mantener intactos los huesos y las lealtades. Me pregunto si eso puede ser cierto. Lo dudo.

Sacudo la cabeza para aclararla y saco las manos de debajo de mis piernas, colocándolas cuidadosamente sobre el cuero a mi lado. No importa qué juegos mentales estén jugando estos Rosetti conmigo, yo sé cómo funciona mi propia familia, y debo mantener a Baba feliz, o si no. Así que aparto mis pensamientos sobre los Rosetti y dirijo mi mente hacia Iride. Eso es algo que puedo entender.

7

Domenico

El frío de Manhattan me abofetea la cara al abrir la puerta de la limusina. El pavimento brilla por la lluvia. Octubre en Nueva York. La noche huele a escape, el viento aúlla por la calle. Acerco a Besiana a mi lado mientras subimos los escalones del Met, nuestros zapatos resuenan en el concreto mojado. Ella tiembla un poco en su vestido, y siento los ojos de la ciudad sobre nosotros: voraces, expectantes. Su cabello oscuro es como tinta contra su piel desnuda. Sus tacones podrían ser armas. Esta es una prueba para ambos. Mi mano aprieta la suya con más fuerza. Los flashes explotan a nuestro alrededor, y sigo caminando. Quiero que miren. Quiero que la vean, que sepan que es mía.

Adentro, la gala se despliega, todo brillo, ruido y luz. Las arañas cuelgan del techo, derramando oro sobre la multitud de abajo. Hombres en esmoquin y mujeres con vestidos que valen más que la vida de algunos hombres. La risa y la música ahogan el aire, mezclándose con el aroma del champán y el perfume caro.

Pero todo lo que veo es rojo. El vestido de Besiana. El escote bajo la hace parecer expuesta, casi frágil, pero hay fuerza en la forma en que se mantiene, con la cabeza alta y la espalda recta. Es perfecta. Más que la hija del enemigo de mi padre. Más que una obligación.

Me inclino hacia ella, mi boca en su oído, observando cómo se prepara para mis palabras.

—Hagamos que hablen —digo.

Sus ojos se alzan hacia los míos, fríos y compuestos.

—Pensé que no te gustaban los chismes.

—No me gustan —digo, llevándola a través de la sala—. Pero es hora de que sepan quién eres.

Ella no se resiste. Nos abrimos paso entre el mar de gente, y las miradas nos siguen, hambrientas y sorprendidas. Probablemente no creían que el heredero Rosetti se casara tan rápido. Besiana está demasiado tranquila, demasiado serena, y me pregunto cuánto de esto es una actuación. Quiero ver qué hay debajo de eso, debajo de ella.

Tomo una copa de champán para Besiana de una bandeja que pasa y pido un whisky para mí.

—Quédate a mi lado —le digo—. Te quiero donde pueda tocarte. —Sin embargo, no la toco, aún no se lo ha ganado.

Nunca le he dicho eso a otra mujer, pero quiero ver cuán obediente es mi nueva esposa. Hasta dónde puedo empujarla antes de que me muerda y me muestre ese fuego que sé que se esconde bajo la superficie.

—Por supuesto, Domenico —responde serenamente, sin vacilar ni un momento.

—No le sonrías a nadie a menos que yo les hable primero.

Puede que no lo sepa, pero mi esposa está rodeada de depredadores, de mentirosos encantadores y jugadores de poder. Y no me refiero solo a mí.

—Ciertamente. —Sorbe su champán y mira alrededor con una expresión benigna, completamente intacta por mis órdenes.

Su obediencia me desconcierta. Cada petición, cada demanda, ella no vacila. Pensé que esto sería diferente, que se resistiría, que el fuego que vi antes no fue solo una casualidad. Me hace querer presionar más fuerte, ver si se quebrará, ver qué está escondiendo. La pruebo de nuevo. Su aceptación me atraviesa más que la desafío lo haría.

Cuando un cuarteto de cuerdas comienza y los invitados más audaces empiezan a balancearse, me inclino hacia adelante y susurro al oído de mi esposa:

—Baila conmigo. Solo conmigo.

Su obediencia es desconcertante y embriagadora, especialmente porque sé que esconde fuego. ¿Hasta dónde me dejará empujarla? ¿Quién será cuando rompa esa calma helada? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la chispa prenda y muestre sus verdaderos colores? No lo sé, y es emocionante.

La atraigo hacia mí mientras la música se intensifica, ambos moviéndonos al unísono. Su cuerpo pegado al mío envía un mensaje a la multitud, uno que resuena más fuerte que las notas: posesión. No hay ni una pizca de romanticismo en la forma en que la hago girar por la pista, solo pura exhibición. Ella es más que una esposa; es una declaración. Una afirmación. Que vean. Que se pregunten cómo logré poner mi anillo en la princesa de la mafia albanesa tan rápido.

Mis labios rozan su oreja, y sé que debe sentir el calor de mi piel.

—Bailas bien —murmuro.

—Por supuesto —responde suavemente, sin siquiera parpadear—. Me entrenaron en todas las artes de la alta sociedad. Y de la vida familiar.

Su voz es como hielo, enfatizando *familiar* de una manera que me dice exactamente a cuál se refiere. La albanesa. No solo su dulce mamá y papá. Hay un toque de arrogancia en la forma en que lo dice, como para recordarme que no es solo un trofeo. Recordarme quién es realmente debajo de ese hermoso exterior.

Incluso mientras la atraigo más cerca y la música nos envuelve, ella permanece perfecta. No hay fracturas en Besiana. Sin grietas. Sus hombros están erguidos y su barbilla alta, su rostro como porcelana. Sigo esperando que vacile, que muestre algún signo de debilidad, pero es impecable, y eso me hace aún más hambriento por saber qué está escondiendo debajo de esa superficie prístina. Cada momento de silencio entre nosotros estira la tensión más fuerte, y deseo que diga algo, cualquier cosa, solo para poder observar esos ojos fríos y calculadores en busca de una pista de lo que realmente está pensando. Lo que realmente está sintiendo.

La pruebo de nuevo, mi voz baja.

—¿Todas las artes? ¿Incluyendo la seducción?

La hago girar, atrayéndola hacia mí con una fuerza que envía un mensaje. Esto es poder. Esto es dominio. Esto soy yo. Su pecho presiona contra el mío, y juro que puedo sentir su latido, constante e imperturbable. Es enloquecedor.

Ella parpadea con una dulzura burlona que casi me hace reír.

—Por supuesto. Y combate cuerpo a cuerpo. —Sus palabras cortan a través de la música, llegando directo a mi núcleo.

Ahí está. Un destello de calor en su mirada, un resplandor que rompe su exterior controlado. Veo el fuego, real y vibrante. Me golpea con fuerza, me excita, y me deja queriendo más. Me hace querer conquistarla, quitarle esas capas hasta que yo sea lo único en lo que está pensando, hasta que esté sin aliento y suplicando.

Me toma toda mi fuerza alejarme antes de arrancarle ese vestido rojo. Este no es el lugar para mostrarle cuánto quiero poseer cada centímetro de ella. Aún no. No puedo dejar que la ciudad murmure sobre los huevos azules del heredero Rosetti días después de la boda.

La guío a través de la multitud nuevamente. Más rostros se voltean. La gente murmura nuestros nombres. Ella interpreta el papel de la esposa perfecta demasiado bien. Se para a mi lado, sonriendo cuando debe sonreír, callada cuando debe estar callada. Un accesorio, hermoso e inquebrantable.

Un par de tipos aburridos del sector inmobiliario se acercan y se los presento a Besiana. La observo de cerca y me complace ver que no les sonríe hasta que yo hablo. La dejo quedarse con los promotores inmobiliarios y sus esposas mientras busco a mis hermanos, cada mirada que le echo hace que apriete más la mandíbula. Todavía está serena y compuesta cuando los encuentro. Raffaele tiene una bebida en la mano y me mira con una sonrisa cómplice.

—No pensé que vendrías —dice, apoyándose en una columna como si fuera suya. Sus guantes negros de cuero no combinan con el esmoquin, pero le quedan bien.

—No todos tenemos el lujo de ignorar al jefe —respondo, lanzando una mirada a Matteo y Emilio, que están inmersos en una conversación y apenas me prestan atención.

Rafe resopla. —¿Te refieres a Salvatore o a la mujer?

Lo ignoro y doy un largo trago. —Tenemos que hablar sobre la distribución de Iride.

—Tenemos que sacarlo a las calles, Dom —dice, sin sonreír ahora —. Podemos moverlo rápido. Ganar un montón de dinero.

—Hacer un desastre, querrás decir —replico—. Esto se queda en lo exclusivo. Bajo perfil. Solo clientes ricos. Clientela exclusiva con bolsillos profundos que saben cómo mantenerse fuera de problemas.

Entrecierra los ojos, azul hielo y cortantes. —Es demasiado lento. Demasiado suave, carajo.

—Lo mantiene bajo control —digo—. Evita que se ponga feo.

—Es una maldita droga, no un cachorro —responde Rafe.

Sigue con más estupideces, pero estoy demasiado distraído para escuchar. Besiana ha estado rechazando educadamente invitaciones para bailar, pero ahora está hablando a solas con uno de los magnates inmobiliarios, sin rastro de las malditas esposas. Y se está riendo. Demasiado cerca de otro hombre. El sonido de su risa atraviesa la habitación y mi agarre se tensa alrededor del vaso.

—Es mi puta decisión, Rafe —escupo.

Estoy a medio camino de Besiana antes de que termine, con mi atención puesta en ella y el hombre a su lado. Él está hablando demasiado, gesticulando con las manos como si tuviera derecho a ponerlas tan cerca de mi esposa. Su risa es brillante, casi real, y los celos se encienden agudos en mi pecho. No debería estar cerca de ella. Nadie debería. No me importa un carajo si armo una escena.

Entonces la música cambia y su rostro se congela. Se ha puesto blanca, todo el color desaparecido. Su sonrisa se desvanece y ya no se está riendo. Parece que no puede respirar. Me olvido del hombre y me concentro en ella. Mi propia respiración se entrecorta y estoy frente a ella antes de darme cuenta, con mi mano en su brazo.

—Besiana.

Sus ojos están muy abiertos, vacíos. —Dom...

—¿Qué pasa? —pregunto. Escaneo la habitación como si pudiera destruirla con la mirada.

La música. El cuarteto de cuerdas ha cambiado de canción. Reconozco la melodía, baja y cadenciosa.

Está temblando y mi pecho se retuerce.

—Besiana.

—No puedo... —Está jadeando por aire, con la mano en la garganta—. No puedo estar aquí dentro.

El hombre empieza a decir algo, pero le lanzo una mirada que le cierra la boca. Rodeo a Besiana con mi brazo y la dirijo hacia la puerta. La multitud se desdibuja mientras nos abrimos paso, y luego la noche nos golpea de nuevo, fría y cruda.

Nos quedamos bajo la cubierta de la entrada y ella se apoya contra la piedra, respirando con dificultad. Nunca la había visto así, expuesta y rota. Algo dentro de mí se quiebra.

—Háblame —digo—. ¿Ese hombre te dijo algo? Lo voy a matar...

—Estoy bien —dice, pero es una mentira, está escrito en todo su cuerpo.

—Patrañas —No me importa si mi voz suena áspera—. ¿Qué fue eso?

Mira hacia otro lado, con un temblor aún en sus dedos. —Esa canción.

—Continúa.

—No la había escuchado desde que era niña —Su voz se quiebra un poco, y el sonido es peor que cualquier cosa—. Era la favorita de mi madre.

Las palabras me golpean y entiendo. —Tu madre murió cuando eras joven.

Su rostro se desmorona y la atraigo con fuerza contra mí, acurrucada en mi pecho donde pertenece, y envuelvo mi chaqueta alrededor de sus hombros desnudos, envolviéndonos a ambos. Tengo la mandíbula tan apretada que me duele. Todavía puedo oír la música dentro, el sonido amortiguado que me envuelve. Debería preocuparme más por el trato, las drogas, por mis hermanos que aún están adentro. Pero todo lo que me importa es la mujer frente a mí, la forma en que su compostura se desmorona, la forma en que se recompone.

La sostengo hasta que deja de temblar, sintiendo que mi corazón se encoge. Tal vez hay más que solo fuego debajo de su máscara. Mi

esposa fría como el hielo alberga una gama de emociones secretas, y quiero entender cada una de ellas.

8

Besiana

Las sábanas son de seda y suaves, y serían un sueño si mi mente simplemente se apagara. Pero me quedo acostada, con los ojos cerrados, recordando el rostro de mi madre, sus ojos tiernos y la canción que me hizo recordar. Incluso con él a centímetros de distancia, tal vez porque está a centímetros de distancia, estoy demasiado tensa para dormir. Estoy en una red de la que no puedo desenredarme, atrapada y un poco embriagada por la sensación. Necesito respirar. Pensar. Estar sola.

Me deslizo fuera de la cama, el mármol frío bajo mis pies. Dom se mueve pero no se despierta, su respiración es constante y tranquila. Lo envidio por eso, por estar tan controlado incluso mientras duerme. Pero no es solo el sueño lo que envidio. Lo envidio por estar tan seguro de lo que quiere.

Mientras salgo de puntillas, miro hacia atrás su silueta, ancha e inmóvil contra las almohadas. Mi pecho se aprieta, una presión que no desaparece, y cierro la puerta casi sin hacer ruido. Bajo por el pasillo hacia mi propia habitación, donde me quito el vestido de seda rojo y lo dejo caer al suelo. Una rebelión, esta escapada nocturna y el descuido del vestido tirado allí como algo muerto. Me pongo unos jeans Armani y una blusa, deslizándome en la comodidad de alguien que reconozco.

El aire afuera está fresco, un fuerte contraste con el calor estancado de la mansión. Las luces de seguridad se encienden cuando paso, y me meto en un auto, forzando una sonrisa para los guardias y dando una excusa frívola por salir. Asienten, sin cuestionar. Ahora soy la señora de la casa, aunque el título me pese como una carga. Saben que es mejor no preguntar.

Me deslizo por la puerta, pasando las altas vallas, la vigilancia, los guardias de negro. El suave ronroneo del auto es casi demasiado silencioso para mi mente frenética. Las palabras de mi padre resuenan en mi cabeza como un disco rayado: los huesos rotos sanan más fácilmente que la lealtad rota. Aprieto los dientes.

Las calles están oscuras y vacías. Me encanta la ciudad de noche. La ilusión de espacio en un lugar que se siente tan abarrotado durante el día. Las luces pasan borrosas mientras me dirijo hacia Brooklyn, hacia un viejo refugio donde a nadie le importan los linajes, los anillos o la lealtad. La princesa Dushku jugando a disfrazarse, soltándose el pelo. Me río en voz alta, el sonido agudo y hueco en el capullo del auto. Hace meses que no voy al bar. ¿Me reconocerá el cantinero?

Las tenues luces del bar son como un cálido abrazo cuando entro, la pesada puerta crujiendo en señal de bienvenida. El humo flota en el aire, mezclándose con el sudor y el sabor del whisky barato. No está lleno, pero hay suficiente gente como para perderme entre ella. Encuentro un asiento en la barra, ignorando las miradas curiosas, y pido un trago. Bourbon. Solo. No hay ojos sobre mí, así que puedo beber lo que se me dé la gana.

El primer sorbo quema, y lo saboreo. Dejo que pique mientras baja. Me hace pensar en ella, en mi madre, en Valmira y sus vestidos sencillos y ojos gentiles. Mami, la llamaba, pero nunca fue solo una mamá. Era una mujer con un cuchillo y una vida que nunca pudo vivir. Igual que yo, solo que más suave. Más amable. Me pregunto si habría terminado así si ella hubiera estado para ayudarme.

Otro sorbo, y dejo que el calor ahuyente el fantasma del aliento de Dom en mi cuello. Dejo que adormezca el nudo apretado de ira y

anhelo que ha estado retorcido dentro de mí desde la gala de esta noche. Desde que sonó esa canción. Desde siempre.

Debería haber venido sin estas joyas que gritan dinero Rosetti. Me quito el enorme anillo de compromiso, la alianza también, y los meto en mi bolsillo. Un desafío para cualquiera que se atreva a llamarme propiedad.

Mi vaso está vacío, y estoy a medio camino de embriagarme cuando el cantinero pone otro frente a mí. —Invita la casa —dice, sus ojos demorándose en mi rostro, buscando un nombre que coincida.

—¿Es esta la parte donde finges que no me recuerdas? —pregunto, levantando el vaso—. ¿O la parte donde me cortas porque estoy armando un escándalo?

—Cortarte significa más trabajo para mí —dice, volviéndose para atender a otro cliente.

Se siente bien estar aquí, ser anónima y un poco salvaje. Como si estuviera tomando prestada la vida de alguien más por la noche. Pero nadie sabe mejor que yo que las cosas prestadas siempre tienen que devolverse.

Miro fijamente el trago, y mi mente vuela hacia Dom. A lo furioso que estaría si me viera así. Quiere que sea algo que no puedo ser. Dócil. Obediente. Como uno de sus elegantes autos o esa maldita casa, todo acero y vidrio y sin lugar donde esconderse. Está tan jodidamente seguro de sí mismo, y no lo soporto. Tomo un largo sorbo, desafiante, y lo saco de mi mente.

No tiene idea de lo que es ser parte de mi familia, cómo el fracaso no es una opción y sobrevivir es un milagro. Cómo mi padre se asegurará de que pague si no le consigo información sobre Iride, y rápido. Huesos rotos, lealtad rota. Las palabras resuenan de nuevo, y las ahogo con otro trago.

La puerta se abre de golpe, y una ráfaga de aire frío corta a través del bar. Un par de tipos me miran, evaluando si intentarlo. Hago contacto visual con uno, y se acerca. Cabello rubio, bien afeitado. Probablemente veintiún años con suerte. Parece fuera de lugar de una manera universitaria, y pienso que podría ser divertido jugar con él. Me preparo para una frase más entusiasta que ingeniosa.

—¿Te invito un trago? —pregunta, apoyándose casualmente en la barra. Su confianza me divierte.

—Nunca digo que no al alcohol gratis —respondo, y él le hace una señal al cantinero.

—Dobles, de lo que ella esté tomando —dice, acomodándose en el taburete a mi lado. Espero más insistencia, un coqueteo, pero es solo un chico tranquilo, sincero y tratando de hacerlo bien.

Llegan las bebidas, y levanto mi vaso.

—Por las noches largas y las malas decisiones —digo, bebiendo el trago de un golpe.

Él sonríe y hace lo mismo.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunta, su voz apenas se escucha entre el ruido.

—Solía hacerlo —digo—. Antes de casarme y volverme aburrida.

Trato de ignorar la punzada de culpa por estar aquí. La emoción de estar aquí de todos modos.

—Qué suerte tiene ese tipo —dice, con el tipo de sinceridad fácil que me hace sentir imprudente. No es amenazante, y podría hablar con él durante horas y no importaría—. Entonces, ¿por qué estás bebiendo sola?

—¿Estoy sola? —bromeo, levantando una ceja.

Él se ríe, y veo que baja la guardia. Esto tampoco es lo que él esperaba.

—Ya no —dice.

Bebemos, y balbuceo más de lo que debería, sobre Dom y mi padre y la sensación de estar atrapada. Sobre lo jodidamente molestos que son los hombres y cuánto estoy disfrutando desafiarlos. Él asiente, un buen compañero que solo quiere que siga bebiendo.

Otra ronda y mi cabeza da vueltas de la mejor manera posible. Pienso en la canción de Mami, y en cómo la música te hace sentir incluso si no quieres. Pienso en mi padre, que no me dejará fallar. En Dom, que no me deja respirar. Y por un momento, no me importa.

La puerta se abre de golpe y entra una ráfaga de aire frío. Un hombre llena el marco y todo se detiene. Es Dom, y está furioso,

oscuro e imponente, imposible de ignorar. Sus ojos me encuentran como un láser, y sé lo que viene.

Cruza el bar en cinco zancadas largas, irradiando posesión.

—Nos vamos a casa. Ahora —dice, con voz baja y controlada.

Es la voz que hace que los hombres adultos le teman, la voz que nunca grita porque no lo necesita.

Lo miro desafiante, sintiendo que el licor me da coraje.

—¿O qué? —lo provoco, un poco más arrastrado de lo que me gustaría—. ¿Vas a castigarme?

El chico a mi lado se baja del taburete y retrocede.

—Oiga, amigo, yo no sabía...

Dom lo ignora, su atención está completamente en mí.

—Besiana —advierte, cada sílaba una amenaza y una promesa.

—Qué gusto verte también, esposo —digo, levantando mi trago en un saludo.

Me siento libre y salvaje y no estoy lista para renunciar a esta sensación, todavía no.

—Vámonos —dice, la orden tan tensa que podría romperse.

Agarra mi brazo, y su agarre es firme, posesivo.

Me libero de un tirón, jugando a tener el control.

—Iré a donde quiera, cuando quiera —digo—. Toma tu anillo y métetelo por donde te quepa.

Sus ojos centellean, revelando la tormenta bajo su superficie. No está acostumbrado a la desobediencia. Especialmente no de mí.

—Estás usando mi anillo —dice, cada palabra afilada como el cristal—. Compórtate como tal.

Siento las miradas del bar, y algo en mí lo adora. El drama. El peligro. La forma en que puedo afectarlo así.

—No eres mi jefe, Dom —digo, empujándolo—. Sé cómo lastimar a un hombre como tú, y lo hago—. No te tengo miedo.

Algo en él se rompe, y antes de darme cuenta, estoy sobre su hombro, mirando el suelo. Su brazo es como acero alrededor de mis piernas, y golpeo su espalda en protesta.

—¡Bájame, imbécil! —grito, debatiéndome mientras me saca.

—Sigue así, Besiana —dice, su voz áspera y prometiendo un castigo que casi deseo—. Te reto.

Es demasiado fuerte, y sé que pagaré por esto después. Mis puños golpean inútilmente contra él, pero no me detengo. No lo dejaré ganar tan fácilmente. Una multitud observa mientras me saca afuera, y recupero el aliento en el aire frío de la noche. Me da una palmada en el trasero, una advertencia, y chillo.

—No me provoques —gruñe, posesivo y ardiente—. A menos que quieras descubrir hasta dónde puedo llegar.

Llegamos a su auto, y abre la puerta de un tirón, arrojándome dentro. Lo miro con furia, borracha y desafiante, admirándolo y odiándolo al mismo tiempo. Se cierne sobre mí, la furia aún en sus ojos, y no puedo evitarlo: quiero empujarlo más lejos, ver qué sucede cuando el perfecto control Rosetti se rompe. Pero sé esto: va a ser explosivo.

9

Domenico

Sus puños golpean contra mi espalda mientras la arrastro escaleras arriba, pero apenas los siento.

Apenas puedo sentir algo que no sea ese pulso candente de rabia, celos y lujuria, todos enredados dentro de mí como un nudo corredizo. Ella cree que puede huir, que puede escapar de mí. No tiene idea de lo equivocada que está. Se está resbalando, su cuerpo cayendo más por mi hombro, y la jalo de vuelta a su lugar, sintiendo el satisfactorio golpe cuando su estómago choca contra el hueso. Me está maldiciendo, diciendo palabras en albanés que cree que no conozco, pero las conozco todas y me importa un carajo. Esta es ella, desenmascarada, y ya era hora de que la viera así. Pateo la puerta del dormitorio para abrirla y la arrojo a la cama.

—¿En qué mierda estabas pensando? —exijo.

Besiana me mira desde el enredo de sábanas. Su cabello es un desastre y hay fuego en sus ojos, y quiero arrancarle esos jeans ajustados y hacer mucho más que hablar. Pero me debe respuestas, y las voy a obtener.

—¿En qué mierda estabas pensando *tú*? —me devuelve. Su voz está ebria y viciosa—. ¡Sacándome de ahí como un cavernícola!

—Sacándote de un bar de mala muerte en Brooklyn —replico—. Emborrachándote con algún don nadie. Mi esposa.

Las palabras saben amargas y calientes, y los celos están justo ahí con ellas, ahogándome. Veo al hombre de nuevo, el de la mirada presumida y los ojos por todo su cuerpo. El que casi maté antes de sacarla de allí.

—¿Es con él con quien estás huyendo? —pregunto—. ¿Con ese pedazo de mierda?

Ella se pone de pie, tambaleándose un poco, como si pensara que va a salir de aquí—. ¿Por qué te importa? Ya me tienes en tu maldita prisión. ¿No es eso lo que querías?

—Siéntate.

Agarro su brazo y la empujo de vuelta a la cama. Me deja hacerlo, pero no porque se esté rindiendo. Tiene esa mirada salvaje y temeraria en sus ojos, como si quisiera que la follara y la matara al mismo tiempo. Apenas puedo soportarlo. Estoy tan jodidamente duro que no puedo pensar con claridad, pero no se lo voy a poner tan fácil.

—No puedes mantenerme aquí. —Se está riendo de mí, de la manera en que solo una mujer borracha puede reírse de su marido —. ¿Crees que puedes obligarme a ser tu pequeña esposa obediente? Sigue soñando, Dom. Voy a huir cada puta vez.

Su desafío es un afrodisíaco. No puedo recordar haberla deseado más que en este momento. Ella no se da cuenta de que le estoy dando exactamente lo que necesita, que su máscara la asfixia incluso más de lo que me asfixia a mí. Me inclino cerca y dejo que lo vea en mis ojos.

—¿Crees que tú estás dando las órdenes, Besa? —lo digo bajo y tranquilo, de la manera que hace que todos los demás tengan miedo —. Esta noche no.

Su barbilla está levantada y sus ojos fijos en los míos, y es un desafío, una maldita provocación. Casi me deshace.

—¿Qué vas a hacer, Domenico? ¿Castigarme? —Se está burlando, las palabras lentas y afiladas.

—Si es eso lo que estás rogando.

Hace un sonido, mitad risa, mitad burla—. ¿Crees que no sé cómo rogar?

La inmovilizo en la cama y siento la lucha en sus músculos y en el latido errático de su pulso. Está caliente y furiosa debajo de mí. Está viva de una manera que nunca veo cuando está en su jaula.

—Sé que lo harás —le digo.

Ahí está esa risa de nuevo. Helada y temeraria—. Vete a la mierda.

Su rodilla sube y me toma por sorpresa, golpeándome lo suficientemente fuerte como para enviar una punzada aguda de dolor a través de mis costillas. Es un golpe suficiente para dejarla escabullirse, deslizándose de mi agarre con una velocidad que no esperaba. Está de pie en segundos, y está sonriendo.

—No vas a ir a ninguna parte. —Está tratando de escapar, pero no tiene oportunidad. No así. Estoy sobre ella rápido, agarrando ese cabello sedoso y tirándola de vuelta hacia mí. La arrastro al suelo, y ella está luchando en cada centímetro del camino hacia abajo. Es duro y repentino, y está donde la quiero, de rodillas frente a mí. Su respiración es entrecortada y la mía también. El aire se siente crudo, eléctrico con ira y lujuria y todo lo que apenas estoy conteniendo. Está borracha y desenmascarada, y estoy perdiendo el control pero no me importa. Nunca me ha importado menos.

—¿Qué va a ser, Besiana? ¿Qué quieres?

Me mira, su respiración entrecortada por la lucha, su cuerpo como el de un animal salvaje, enroscado y listo para huir o atacar. Lo veo entonces, la vacilación que parpadea el tiempo suficiente para que sepa que tengo razón. Se está conteniendo, pero solo por un instante. Luego se estabiliza, ojos agudos y divertidos, y corta como un maldito cuchillo.

—Sabes lo que quiero —ronronea.

Juro que mi polla se pone aún más dura, la necesidad retorcida con ira porque no está diciendo las palabras.

Aprieta su boca en una línea delgada, los ojos ardiendo de desafío, y por un segundo pienso que no va a responder. Las palabras que estoy esperando nunca llegan, pero tampoco llega el escape para el que me estoy preparando.

—Eres un bastardo —me escupe, pero se queda justo donde está, de rodillas.

Agarro su cabello con mi mano y siento todo su cuerpo resistiéndome, negándose a ceder.

—Dilo, Besa.

Estoy tirando tan fuerte que tiene que doler, pero ella ni siquiera se inmuta. Su mirada es firme, eléctrica de furia y deseo, y puedo ver la guerra dentro de ella, la última lucha antes de que se rinda.

—A ti —dice finalmente, la admisión tan cruda que es casi una herida—. Te quiero a ti.

—¿Cómo me quieres?

El rubor sube a sus mejillas, y sé que la tengo. Está donde la quiero, el fuego todavía está ahí pero el hielo empieza a derretirse, y nada me ha puesto más duro en mi puta vida. Ella necesita esto. Necesita que yo tome todo.

—Quiero que me cojas —dice, las palabras crudas y tensas—. ¿Es eso lo que necesitas oír, Dom?

Sé que lo dice en serio. Me desea, desea mi cuerpo, desea mi castigo. Debería sentir algún tipo de culpa, algún tipo de remordimiento por retorcerla de esta manera, pero todo lo que siento es el pulso entre nosotros, más vivo que nunca. Más real. Sus ojos están fijos en los míos, y quiero cada parte de ella, pero lo que más quiero son sus palabras. Es lo único que tomaré antes de tomar todo lo demás.

—Necesito oírlo todo.

Se lame los labios, y me cuesta todo lo que tengo no correrme ahí mismo.

—Me tienes tan retorcida que no puedo pensar con claridad —dice —. Quiero tu cuerpo. Quiero tu verga.

Creo que nunca he deseado nada más de lo que la deseo a ella ahora mismo. Mi contención se rompe como una cadena demasiado tensa, y es su maldita culpa. Ha abierto la jaula y me ha liberado.

—Buena chica —le digo, crudo y temerario de necesidad. He esperado tanto para oírla decirlo, y ahora voy a asegurarme de que nunca lo olvide—. No fue tan difícil, ¿verdad?

Me bajo el cierre del pantalón, y su boca está sobre mí antes de que haya terminado, y ya estoy tan perdido que casi no puedo soportarlo. Casi.

Su boca está húmeda y caliente y perfecta, y no se está conteniendo. Es lo opuesto a la esposa obediente que ha interpretado hasta ahora. En cambio, es salvaje y apasionada y no deja que nada se interponga entre ella y sus necesidades.

Empujo con fuerza y ella gime, enviando una descarga por mi columna. Ahora soy yo el que está rogando. Rogando por más, por todo de ella. Sé que ella puede notarlo porque me mira con esos ojos grandes y desafiantes, sin detenerse nunca, sin dejarme recuperar el maldito aliento.

Enredo mi mano en su cabello y la acerco más. Sus dientes raspan contra mí, y no sé si me está castigando o empujándome al límite. No me importa. Es el cielo. Es todo lo que he querido desde el momento en que la vi.

—Besa —gimo, y la palabra suena como rendición.

Me toma más profundo, y es una explosión de sensaciones, de control y liberación, y sé que no puedo aguantar. No quiero hacerlo. Me dejo ir, me permito perderlo todo en el calor y la humedad y la salvajería de ella. Me corro con fuerza, gritando su nombre como si fuera lo último que diré, lo único que importa. Ella sigue chupando, sigue hasta que ha tomado cada parte de mí, y estoy colapsando, el mundo girando a mi alrededor, y ella sigue ahí, exactamente donde la quiero.

Exactamente donde ella quiere estar.

10

Besiana

Un rayo de luz se cuela entre las persianas, dibujando barras en las paredes del dormitorio. Es temprano, pero sé que Dom está despierto. Su lado de la cama está vacío y frío. Me levanto y me envuelvo en seda. En esta familia, nada permanece cálido por mucho tiempo.

Encuentro mi camino hacia abajo, el eco de mis pasos tragado por los largos pasillos. Dom ya está sentado a la cabecera de la enorme mesa del comedor. Hay un periódico doblado junto a su plato y su teléfono en la mano. El frío mármol se extiende entre nosotros, severo y poco acogedor.

—Buenos días —dice, sin apartar los ojos de su pantalla. Llevamos varios días casados, y aparte de la intimidad desenfrenada de la noche en que me escapé y me emborraché en Brooklyn, ha estado distante. Distraído.

—Buenos días —Me siento y alcanzo el café. Mis dedos rozan los suyos por un segundo antes de que se aparte, tecleando algo con el pulgar—. ¿Día ocupado?

—¿Acaso no lo son todos? —Su sonrisa es rápida y tensa.

Después de tres días de matrimonio, todavía me siento como una extraña en su casa. Dejo que el silencio se asiente entre nosotros, sorbo mi café y estudio su rostro. Parece que no ha dormido, con sombras bajo los ojos y líneas de preocupación en la frente.

Pienso en la nota que encontré sobre una reunión con un químico. Tengo que saber más, tengo que averiguar qué me está ocultando. Tal vez pueda aprender algo sin que se dé cuenta de que tengo curiosidad.

—Necesito algunas cosas de la farmacia. ¿Sabías que en Inglaterra llaman químicos a los farmacéuticos? ¿No es interesante?

Observo cómo la boca de Dom se tensa, su descontento formando una grieta a lo largo de su mandíbula. Vierto crema en mi taza y observo cómo el negro se aclara.

—No realmente —dice.

Su desinterés es frío, punzante.

Insisto. —Bueno, es que vi una nota sobre una reunión con un químico, y me preguntaba si podrían tener las cosas que necesito. Para no tener que ir a la farmacia. —Hago una pausa, tratando de sonar lo más casual posible—. Tal vez podría ir contigo y preguntar. En lugar de andar sola por la ciudad.

Sus ojos están sobre mí ahora, agudos y suspicaces. Está tratando de leerme, de averiguar cuál es mi intención.

—¿Qué nota? —pregunta.

Revuelvo el azúcar en mi café y mantengo un tono ligero.

—Oh, solo una nota que vi en una mesita arriba —digo, encogiéndome de hombros como si no fuera importante. Es difícil suprimir el impulso de presionarlo, de exigir respuestas—. Entonces, ¿la reunión es hoy? Porque realmente no puedo esperar hasta mañana.

Hay una pausa antes de que responda, un tramo de tenso silencio que se siente como un enfrentamiento.

—La reunión es hoy, pero no vas a venir.

Las palabras quedan suspendidas en el aire. Finjo desinterés.

—Está bien, no hay problema. Iré a la farmacia en su lugar. —Dejo mi taza. Mi apetito ha desaparecido, y la tensión en la habitación ha agotado mi paciencia—. Bueno, me voy. Las compras me llaman.

—No compres toda la ciudad, Besiana —dice con un atisbo de sonrisa burlona, luego vuelve a su teléfono.

Camino hacia la puerta, pero las palabras de Dom me siguen, haciéndome detener en el enorme pasillo. Me vuelvo, encontrando

su mirada con una mirada firme.

—¿Cuál es mi límite? —pregunto, cuidando de mantener mi voz casual, despreocupada.

No quiero molestarlo gastando de más ni llamar su atención gastando de menos, necesito mantenerlo contento y mirando hacia otro lado. Pero para eso, necesito entender sus expectativas.

—¿Qué límite?

La ceja de Dom se levanta, una mezcla de diversión y seriedad en su rostro.

—En el Amex negro que me diste. —Lo observo, esperando una reacción.

Finalmente levanta la mirada, mi pregunta captando por fin su atención.

—No tiene límite, Besiana. Deberías saberlo.

Lo presiono más, negándome a dejar que me descarte tan fácilmente.

—Me refiero, ¿cuál es tu límite de lo que puedo gastar?

Hay un destello de algo en su expresión antes de que vuelva a dirigir su atención al teléfono.

—Gasta lo que quieras. Diez mil, veinte mil. Lo que necesites.

Sus palabras son definitivas, sin dejar lugar a dudas o negociación.

Asiento, satisfecha, y lo dejo en la mesa, fingiendo que su indiferencia no me molesta. Arriba en el cavernoso dormitorio, me visto cuidadosamente, sabiendo que cada elección es una declaración. Me pongo un vestido de una diseñadora albanesa, Mirela Vokshi, que viste a diplomáticos y princesas. Me hace sentir poderosa y desafiante.

Me pongo tacones y un abrigo largo, revisándome en el espejo. Todo encaja perfectamente, cada línea suave e intencional. Mi reflejo me devuelve la mirada, una mezcla de hielo y acero. Perfecto.

Luego dejo atrás la fría y vacía habitación, el sonido de mis pasos haciendo eco en las escaleras.

Afuera, me detengo por un momento, el viento mordiendo mi rostro. Un cielo gris y opaco se extiende sobre mí. Miro hacia atrás a la mansión, imponente y poco acogedora, y decido que no tengo nada que perder.

El frío me sigue mientras dejo la mansión, el cielo una sábana de pizarra. Me demoro cerca del garaje, ajustando mi abrigo contra el frío de noviembre, decidiendo mis próximos pasos. Tomo prestada una camioneta y salgo por las puertas, pasando a los guardias con un saludo. A la vuelta de la esquina, me detengo en un camino detrás de un seto y espero.

Pasan horas antes de que el auto negro preferido de Dom pase con su chofer al volante. Lo sigo a distancia.

Los persigo por la ciudad. Mi corazón late contra mis costillas con cada giro que dan. Al este, luego al sur, serpenteando por calles concurridas y cuadras de fábricas. Cuanto más avanzamos, más siento que Dom está arrastrando un cable a través de mí, tensándolo y a punto de romperse. Pasamos edificios con ventanas tapiadas, el paisaje de la lucha de otra persona.

En una calle lateral estrecha, el auto de Dom entra en un estacionamiento vacío. Espero hasta que desaparece en un edificio, luego paso conduciendo y me estaciono a la vuelta de la esquina. Diez minutos después, el auto de Dom se aleja, y apenas puedo distinguirlo en el asiento trasero. Para estar segura, espero cinco minutos más antes de doblar la esquina y caminar hacia el edificio.

Mis tacones resuenan contra el asfalto agrietado mientras me apresuro hacia la entrada. La seguridad es estricta, pero cuando toco el timbre, alguien me deja subir. Respiro profundo antes de entrar, preparándome para la mezcla de olores a productos químicos y polvo.

Dentro del exterior destartalado hay un laboratorio impecable, con superficies relucientes y equipos de última generación. Al fondo, una mujer se mueve entre filas de aparatos, sus rizos rubios atados en un descuidado moño. Tiene el aspecto ajetreado de alguien enamorado de su trabajo, sin tiempo para nada más.

—¿Hola? —digo.

El sonido rebota en las paredes de concreto.

Ella levanta la mirada, con una pregunta en sus ojos. La veo calculando, sumando quién soy y por qué estoy aquí.

—Besiana Rosetti —dice.

Suena extraño e inseguro en su lengua. Claramente sabe quién soy, lo cual es un golpe, pero ya no hay vuelta atrás.

—Esa soy yo. Y usted debe ser la famosa química.

Le doy mi mejor sonrisa, desarmando con encanto. Otra de las habilidades que Baba me enseñó.

—Dra. Voss —me dice. Me estudia por un largo segundo, luego se encoge de hombros y vuelve a su trabajo—. Me temo que acaba de perder a Domenico. Si se apresura, quizás lo alcance.

Esta es la primera persona fuera de la familia que he escuchado referirse a mi esposo por su nombre de pila, y por su valentía, sube un punto en mi estimación.

—Los chicos están ocupados —observo, intrigada por el caos ordenado—. Pensaron que me gustaría ver el trabajo en progreso.

Ella me hace un gesto para que me acerque, animándose con la atención. Sus movimientos son rápidos y seguros, sus dedos vuelan entre botellas y tubos de ensayo.

—No hay mucho que ver, pero estamos progresando. Los nuevos compuestos químicos llevan tiempo.

Finjo seguirla, dejando que me explique mientras archivo detalles. Nombres de químicos. Sus funciones.

Levanta un frasco grande de color ámbar.

—¿Ve esto? —Sus ojos brillan con una extraña especie de hambre —. Ixaforina. Compuesto casi puro. Es la clave de nuestra nueva fórmula.

—¿Iride?

Digo el nombre, cuidando de sonar solo ligeramente curiosa.

—Sí —coloca el frasco con reverencia—. Será revolucionario. Una modulación neurocognitiva transitoria con efectos secundarios agudos o persistentes mínimos.

La miro sin comprender, tratando de descifrar qué demonios está diciendo.

—Eh...

Sonríe.

—Como el éxtasis pero sin el riesgo de deterioro neural a largo plazo. Verdaderamente, es un avance científico.

Miro los estantes, contando los frascos.

—No es mucho para algo que aún está en progreso.

—Guardamos el grueso en otro lugar —dice, distraídamente, absorta en su propio genio.

—¿Y este compuesto? ¿La ixa...?

—Ixaforina.

—Cierto. ¿Dónde...?

Me interrumpe, más entusiasta que reservada.

—Un almacén en la calle 12. La ixaforina es difícil de encontrar, increíblemente rara, en realidad, pero creo que tenemos suficiente para meses.

—Impresionante —dejo que la admiración se filtre en mi voz—. Gracias por mostrarme todo, Dra. Voss.

Parece sorprendida por mi gratitud.

—Clara —dice con un atisbo de sonrisa.

Saco mi teléfono en cuanto estoy afuera. Mis dedos vuelan sobre la pantalla.

—Dime que tienes algo para mí —llega la voz de mi padre. Suena tan fría, como furia congelada.

—Sí, yo...

Estoy a punto de decirle que encontré a la química y el laboratorio, pero la sonrisa de la Dra. Voss, la sonrisa de Clara, aparece en mi memoria. Fue amable, y claramente solo está en esto por la ciencia, no por el poder, y odio pensar en lo que Baba le haría.

En realidad, sé exactamente lo que le haría, y el pensamiento me revuelve el estómago.

—Habla, hija. ¿Encontraste a la química?

Su voz vibra con fría satisfacción.

—No, pero yo... —busco frenéticamente algo más que pueda decirle. El aire se siente pesado, y me cuesta respirar—. Descubrí uno de sus ingredientes clave. Iaxa-algo. No puedo recordar el nombre, pero tengo la dirección donde lo almacenan. Calle 12.

Guarda silencio por un momento. Me lo imagino sentado detrás de su escritorio, esa inquietante mirada gris fija en algún punto distante.

—Lo has hecho bien —dice finalmente.

La llamada termina antes de que pueda responder. Me quedo de pie en la acera vacía, el cielo colgando bajo y opresivo. Guardo mi teléfono, temblando contra el frío y la verdad de lo que he hecho.

Respiro profundo, forzando la calma, pero todo lo que puedo sentir es el apretón de las cadenas.

11

Domenico

Exactamente 15.000,15 dólares. Los números parecen imposibles. Imposiblemente precisos, hasta los centavos. Anoté las cifras cuando el contador me devolvió la llamada, y ahora el número me mira fijamente. Quince mil. Eso es lo que Besiana gastó ayer de compras. Le dije que gastara diez, que gastara veinte, que comprara lo que diablos quisiera. De alguna manera, ha llegado justo al punto medio. Su obediencia demasiado perfecta la envuelve como una máscara. Otra de sus mentiras perfectas.

Doy vueltas a la nota entre mis dedos y siento los bordes clavarse en mi piel. Hay algo deliberado en esto, calculado. Está esa expresión en sus ojos, la que me hace pensar que quizás sea más de lo que aparenta. La que me mantiene preguntándome cuánto control tengo realmente. Presiono la nota contra el escritorio, pero sigue escapándose de debajo de mi palma como si no pudiera sujetarla. No puedo sujetarla a ella. Estoy listo para quemar ese pedacito de papel, pero eso no ayudará.

Agarro mi abrigo, arrugo la nota y la tiro a la papelera. El aire frío y cortante me espera fuera del edificio de gran altura. Mi hermano está esperando, y no apreciará que me quede atascado en el último movimiento de Besiana. Aparto el pensamiento de ella para más tarde y me dirijo a Brooklyn.

Es un largo camino desde nuestra elegante torre de cristal en la ciudad hasta el estacionamiento vacío en el borde de Brooklyn, pero todavía sostengo ese maldito pedazo de papel en mi mente. Besiana. Incluso cuando no está aquí, está aquí. Aparto todo eso y entro para encontrarme con Rafe.

El lugar es todo concreto y sombras. Sillas metálicas vacías están apiladas en una esquina, listas para la próxima noche de peleas clandestinas. Durante las peleas, el aire es denso con calor y ruido y el hedor de demasiada gente con demasiado dinero. Hoy, está casi frío. Encuentro a Rafe parado en medio del ring. Lleva sus guantes de cuero como siempre, aunque solo estamos nosotros dos. Por si acaso, supongo.

—Pensé que tal vez traerías a la vieja —dice, sonriéndome con sorna.

—Besiana se mantiene fuera de los negocios —echo un vistazo alrededor de la sala silenciosa—. ¿Qué está pasando?

Se acerca y se apoya contra la cuerda que rodea el ring. —Los Callahan se están encargando del lado financiero de las cosas para el ring de peleas.

Cruzo los brazos sobre el pecho. —Mira, si solo me arrastraste hasta aquí para decirme mierda que ya sé, te arrancaré esa sonrisita de la cara.

Los Callahan son nuestros socios comerciales para los rings de pelea, la nueva empresa de la que Rafe se está encargando. Son una familia irlandesa con largos tentáculos en los que no confío ni diez segundos seguidos, pero Rafe conoce al hijo del reformatorio y responde por él. Parece estar funcionando bien hasta ahora.

Rafe sonríe. —Tranquilo, hermano mayor. Solo quería una segunda opinión sobre los libros.

Me doy vuelta para irme. —Si necesitas que te arreglen el dinero, tienes al hermano equivocado. Habla con Emilio. Tengo otras cosas que hacer.

Como lanzar Iride. Revisar la seguridad en el laboratorio. Y sacar a Besiana del interior de mi mente.

Estoy a mitad de camino hacia la salida cuando el golpe sordo de hueso golpeando carne llama mi atención.

—Los imbéciles no pudieron ponerse de acuerdo —Rafe inclina la cabeza hacia atrás—. Decidieron empezar la pelea temprano.

Salta la cuerda, y lo sigo a través de la habitación, nuestros pasos haciendo eco en el espacio vacío. Dos miembros del personal se están dando puñetazos. Uno de ellos ya tiene la nariz ensangrentada.

—¡Oigan! —grita Rafe—. No les pagamos por eso.

Siguen golpeando. El más pequeño conecta y el más grande se tambalea. Rafe está sobre ellos en dos segundos, agarrando al tipo más pequeño por el cuello. Me muevo a su lado, agarrando el brazo del grande. Está sudando y tiene la mirada vacía de alguien que no sabe quién soy. Rafe acerca a su tipo.

—No fue una petición —dice Rafe.

El hombre más pequeño lo fulmina con la mirada. Tiene el labio partido y su ojo se está hinchando. —Él empezó.

Puedo sentir la tensión emanando de Rafe. Su voz baja. —No me importa. Empaquen y lárguense.

El tipo se libera de él, tropezando hacia atrás. Maldice y me dice que me vaya a la mierda, y mi sangre se dispara como si alguien me hubiera inyectado hielo en las venas. Besiana. Pienso en ella y en la nota adhesiva y en la forma en que tiene de meterse bajo mi piel. Me maldijo la noche que la arrastré a casa desde ese antro en Brooklyn, pero ella es la única que puede hablarme así.

Estoy distraído por ella, gran sorpresa, cuando el golpe me toma desprevenido. Un destello brillante. El dolor explota en mi cara. El tipo pequeño parece que está a punto de arrepentirse cuando Rafe llega primero a él.

—Ese fue un error —dice Rafe.

Los ojos del hombre se abren de par en par cuando el puño de Rafe se estrella contra él, y sus luces se apagan. Cae al suelo con un golpe desordenado.

El tipo más grande me mira como si no pudiera creer que todavía estoy de pie. Se aleja de nosotros, disculpándose, y se dirige a la puerta.

Rafe sacude su mano enguantada, luego se vuelve hacia mí.

—Ese ojo se va a ver como la mierda —dice, sonriendo de nuevo con sorna.

—Bueno saber que algunas cosas nunca cambian —murmuro, tocándome la cara donde más me duele. La piel se siente en carne viva y magullada, e inmediatamente me pregunto por la reacción de Besiana. ¿Se preocupará por mí? ¿Mostrará su fuego interior y me mandará a la mierda? ¿O simplemente obedecerá y hará lo que sea que le pida?

Dejamos el cuerpo y regresamos a Manhattan, de vuelta al caos controlado de la casa Rosetti. Todavía siento el impacto del golpe con cada paso. Normalmente evito que me golpeen, dejando esa mierda para Rafael y Matteo, pero hoy, mi mente estaba en otro lugar. En un lugar que no podía controlar.

Rafe es el primero en hablar cuando estamos de vuelta en el camino.

—¿Le vas a decir cómo te hiciste eso?

Gruño, con la cabeza apoyada contra la ventanilla del auto. —A ella no le importa.

—Claro que no —enciende la radio y deja que la música crepite entre nosotros.

Atravesamos las puertas y nos detenemos en el garaje. El cielo está gris. Hay una tormenta acercándose, puedo sentirlo en el aire. Dejo que Rafe entre primero y me quedo atrás. Cada movimiento tira de mi ojo magullado, lo hace palpitar. Mantengo la cabeza baja, esperando que nadie me vea, especialmente ella.

Adentro, el lugar es su caos habitual. Emilio en una esquina con una laptop, Leonardo y Eleanor en una acalorada discusión. Carmela también está allí, pero su voz se ahoga detrás de la de todos los demás. Paso a través de todo como un fantasma. Ninguno de ellos nota que me deslizo hacia mi oficina.

La puerta se cierra con un clic. Me desplomo en la silla, mirando una pila de papeles que debería haber firmado ayer. Los revuelvo, mi ojo doliendo cada vez que cambio el enfoque. Sigo viendo la maldita cara de Besiana.

Pasan las horas. Mi cabeza es un tambor que retumba con cada tic tac del reloj. El trabajo sigue sin terminar, pero al menos nadie me

ha encontrado. Todavía.

La manija gira. Me enderezo de golpe.

Besiana entra, cerrando la puerta con un suave clic. Su cabello oscuro está recogido, su vestido ajustado pero no apretado. Me mira, ve mi ojo hinchado, sin un atisbo de sorpresa.

Sus zapatos apenas hacen ruido sobre la alfombra mientras se acerca a mí. Me pongo tenso, esperando que hable, que diga algo mordaz o frío. No lo hace.

En cambio, acerca su mano a mi rostro, con las yemas de los dedos suaves y deliberadas. Saca una botella de alcohol y algo de gasa y los coloca sobre el escritorio.

Se sienta en el borde del escritorio y se inclina cerca. El olor a antiséptico es fuerte entre nosotros. Su cabello sigue impecable, sin un solo mechón fuera de lugar. Pienso en tocarlo, de la misma manera que ella toca mi rostro, pero no me muevo.

Con cuidado, empieza a limpiar el corte. Su respiración es lenta, pareja. Espero que rompa el silencio. Que me pregunte cómo me hice el ojo morado. Que me regañe por ello. Que pida instrucciones. Cualquier cosa.

Pero se mantiene en silencio, atendiendo mi herida con competencia. Sin duda, otra de esas habilidades que le dio su padre.

Cuando termina, me siento en carne viva y sin sutura. Su mano descansa en mi mejilla un momento más de lo necesario. Luego se levanta y alisa su falda.

—Se le permite sangrar, Domenico —dice.

Las palabras cortan la quietud, dejándome con el sonido de sus pasos que desaparecen por el pasillo.

12

Besiana

Domenico parece querer dispararle a algo. O a alguien. Golpeo con mis tacones el piso del auto, tratando de que el silencio incómodo no me mate.

—¿A dónde vamos exactamente? —pregunto.

Él no quita los ojos de la pantalla de su teléfono. —Ya lo verás.

Arqueo una ceja. Críptico. Muy típico de Domenico. No es que me sorprenda. Siempre ha sido de los que me mantienen adivinando. Como ahora: nuestra primera "cita", y no puedo saber si nos dirigimos a un restaurante a la luz de las velas o a la escena de un crimen. Respiro hondo, ignorando los nudos en mi estómago.

Finalmente levanta la mirada, sus ojos verdes afilados y cortantes, como él. Mi corazón da un estúpido vuelco, y casi me río de mí misma. La reina de hielo, derritiéndose en el asiento trasero de un auto.

Es principios de noviembre, pero el frío ya se ha instalado. La ciudad pasa como un borrón de neón y acero. No puedo dejar de mover el pie, esta emoción y ansiedad retorciéndose dentro de mí. Tal vez esta vez me preste algo de atención.

El teléfono en la mano de Domenico empieza a vibrar. Frunce el ceño, apenas un gesto de molestia antes de contestar. —Sí.

—¿Dom? Soy Clara.

Él suelta un suspiro. —¿Qué necesitas, Clara?

Ella habla lo suficientemente fuerte como para que pueda escuchar su voz metálica por la línea. —Lo mismo que necesitaba hace dos horas. Tienes que darme acceso a más ixaforina. Tu maldita seguridad no me deja entrar al almacén.

—Se suponía que esperarías hasta mañana.

—Y se suponía que tú serías más competente que esto.

Él me lanza una mirada, sus labios formando una sonrisa burlona. No está enojado. Está divertido. ¿Debería estar celosa de esta mujer? Le permite llamarlo por su nombre y llamarlo incompetente, y él responde con una sonrisa. Si yo hiciera eso, respondería con una mano firme en mi trasero y me tendría de rodillas.

El calor se acumula en mi entrepierna ante el pensamiento. Hmm, tal vez debería intentar eso más a menudo.

—Bien. Pasaré por ahí —dice él.

—Estoy esperando —responde ella.

Cuelga, guarda el teléfono y se vuelve hacia mí. —Tenemos que hacer una parada antes de la cena.

Intento mantener la calma, encogiéndome de hombros. —Por mí está bien.

Está más que bien. ¿Ver el almacén? ¿Ver dónde ocurre la magia de los Rosetti? Actúo como si no estuviera emocionada, pero por dentro, estoy trazando un mapa de lo que puedo contarle a mi padre. Esto podría ser enorme. Mi pecho se agita con anticipación, pero hay un tirón de algo más también. Culpa. Tal vez incluso arrepentimiento.

—Será rápido —dice Domenico.

Me está mirando con el ceño fruncido. Siempre observando, siempre calculando. Le devuelvo la sonrisa, fingiendo que no me importa, fingiendo que esta no es la noche más complicada de mi vida.

Llegamos al almacén, y es un edificio poco llamativo, pero grande, oscuro e imponente contra la noche. Guardias de seguridad, chaquetas pesadas, armas.

Domenico abre su puerta, y el frío aire de Nueva York se precipita dentro. —Quédate en el auto —me dice.

Asiento. Pero esta es una orden que no tengo intención de seguir. No cuando esto podría cambiarlo todo. Lo observo mientras se dirige a los guardias, su andar confiado.

El conductor me está mirando. Le lanzo una sonrisa y salgo, el crujido de la grava bajo mis tacones. Domenico ya está dentro. Tomo aire y lo sigo, el pulso acelerado con cada paso. Esto es peligroso, estúpido, exactamente lo que no debería estar haciendo. Pero necesito saber qué hay ahí dentro. Necesito ver.

Los guardias me dejan pasar después de que explico quién soy, y con este costoso vestido y el pesado collar de diamantes, serían estúpidos si lo dudaran. Además, me vieron salir del mismo auto que mi esposo.

El interior del almacén es enorme, cavernoso, el tipo de espacio donde las sombras se alargan. Veo a Domenico. Está con Clara ahora, sus rizos rubios alborotados, la bata de laboratorio ondeando mientras gesticula enojada. Me deslizo entre las sombras, lo suficientemente cerca para escucharlos.

—¿Quieres el producto o no? —exige ella.

—Estamos adelantados al cronograma —responde él, tranquilo y compuesto.

—No lo suficientemente adelantados.

Desaparecen en otra habitación, dejándome con una oleada de adrenalina. Ahora tengo algo real. Algo que mi padre puede usar.

Me acerco más, con cuidado de no hacer ruido. Quiero más. Más información, más para informar. De esa manera, mi padre no...

La explosión destroza el aire. Calor, ruido, todo a la vez. Caigo al suelo con fuerza, mis oídos zumbando, mis palmas y rodillas raspadas. El humo llena el espacio, espeso y sofocante. Caos. Guardias gritando, corriendo. Las luces parpadean y se apagan, sumiendo todo en la oscuridad.

Estamos bajo ataque. No puede ser otra cosa. Los hombres de mi padre, mi información, mi traición. Yo hice esto.

Intento levantarme, intento ver a través del humo. Pasos, acercándose rápidamente. Domenico. Está aquí, levantándome, su agarre como el hierro.

—Tenemos que movernos —dice, con voz baja y urgente.

—¿Qué hay de...?

—Tú. —La palabra es una orden, cortando a través del ruido.

Me arrastra con él, esquivando cajas y caos, y por un segundo, olvido todo excepto la sensación de su mano y la certeza en su voz.

Llegamos al aire exterior, y lo respiro, frío y limpio. Detrás de nosotros, gritos. Hombres con armas, sus siluetas borrosas por el humo.

El auto está ahí, con el motor en marcha. Domenico me empuja hacia él, pero me detengo, volviéndome.

—¿Qué hay de la ixaforina? —digo.

Su mandíbula se tensa. No está acostumbrado a perder. No está acostumbrado al fracaso. —Sube al auto.

Y entonces estoy dentro, y estamos corriendo por la calle desierta, la grava escupiendo detrás de nosotros. El auto se lanza hacia adelante, las luces cortando la noche, el rugido del motor casi ahogando el latido de mi corazón.

Mi plan, el plan de mi padre... ni siquiera puedo aferrarme a esos pensamientos ahora. Se desvanecen como la mancha oscura del almacén que desaparece en la distancia. Todo en lo que puedo pensar es en Domenico, en cómo se sintió su mano cuando me levantó del suelo, en su implacable necesidad de sacarme. Fuera del caos. Fuera antes que Iride. Fuera antes que cualquier cosa. Domenico, quien me eligió a mí, su esposa no deseada, por encima de la preciosa ixaforina que se suponía que debía proteger, por encima del negocio que nunca compromete. Es imprudente, una locura,

Su expresión es sombría, cerrada, pero aún no ha soltado mi muñeca.

¿Por qué?

¿Por qué yo?

Las calles pasan volando, y me quedo con la sensación de que tal vez, solo tal vez, he cometido un terrible error. Los Rosetti me han tratado mejor que mi propia familia, exceptuando a Mami y Dritan. Pero ellos ya no están aquí. Quizás esta familia italiana es donde pertenezco. Pero la perspectiva de fallarle a Baba me provoca un estremecimiento, y todo mi cuerpo tiembla.

Ante el mínimo movimiento, Dom levanta la cabeza de golpe, como si su atención hubiera estado enfocada en mí todo este tiempo.

Aquí está, tan feroz y dominante como siempre, con la mandíbula tensa y apretada como si estuviera tratando de contener algo. Pasión, rabia. Es la mirada que tiene cuando está decidiendo si arruinarle el día a alguien o su vida entera. Contengo la respiración, esperando ver cuál será su veredicto sobre mí.

Sin decir palabra, se inclina hacia mí, y la cercanía hace que mi corazón dé un vuelco. Estoy segura de que puede sentirlo, salvaje y rebelde, el latido del pecho de una mujer culpable. Sus manos son rápidas y seguras mientras desabrocha mi cinturón, el roce de sus dedos ligero contra mí. El calor de su toque envía escalofríos por todo mi cuerpo.

En un solo movimiento fluido, Dom me desliza por el asiento trasero, y yo se lo permito. La desesperación y el alivio que me inundan me hacen sentir imprudente y viva. Y así, de repente, todo está al revés y al contrario. Después de esto, después de mi traición, no merezco nada de él. Merezco que me dejen tirada en el suelo, ser nada más que una ocurrencia tardía. Pero en su lugar, me aprieta contra él, y para mí es todo.

Respiro profundamente contra su pecho. Ahí está, ese olor limpio y fresco de Dom que odio y anhelo. El que me hace sentir que estoy a salvo. Es un aroma del que no puedo tener suficiente.

Después de su distancia y frialdad desde aquella noche en que me castigó por correr en la noche, esto lo es todo para mí.

Este pequeño gesto silencioso es tan grande como el mundo entero.

Me apoyo contra mi esposo y respiro su aroma. El ataque al almacén debería ser una victoria para mí. Pero aquí estoy, al lado del hombre que se supone que debo traicionar, y ya no sé de qué lado estoy.

13

Domenico

Hago más ruido del necesario al salir de la cama. Cajón que raspa, puerta que azota, zapatos pesados sobre el piso de mármol. No me importa despertar a los muertos mientras la despierte a ella, pero su respiración sigue constante. Sus ojos permanecen cerrados.

Salgo por la puerta del dormitorio y bajo las escaleras. Mis pensamientos se retuercen en el aire vacío. Llenan las habitaciones con todas las cosas que no pude decir anoche. Todas las cosas que debería haber dicho. No fue en el almacén en lo que pensé cuando volaron las balas. No fue en la mercancía. Fue en ella, ella, ella. ¿Cuándo se convirtió en mi todo?

La casa es demasiado grande y demasiado vacía a esta hora temprana. Me siento a la cabecera de la larga mesa del comedor, esperando compañía. Esperando a mi familia. A mi esposa. La lluvia golpea las ventanas, el único sonido que rompe el silencio. Una mucama me trae café y tostadas, hace una pequeña reverencia y luego se va.

—Hola —Emilio es el primero en llegar. Viste jeans y una camiseta como si fuera un don nadie de fuera de la ciudad, no un maldito Rosetti.

—Hola —gruño.

—Te levantaste temprano.

—Siempre —digo.

Emilio asiente. —¿Dónde está tu esposa?

—Tranquilo, Emilio —suspiro—. No antes de que haya tomado mi café.

Se encoge de hombros y agarra un trozo de tostada de mi plato mientras espera el suyo. La mucama va y viene, y mis ojos permanecen clavados en la puerta.

Resuenan pasos. Levanto la mirada, pero es Raffaele, no Besiana, quien entra arrastrando los pies. Ya lleva puestos sus guantes negros de cuero.

—Te ves bien descansado para un hombre cuyo almacén se incendió —dice—. ¿Dormiste como un bebé, Dom?

Le lanzo una mirada. Sabe que es mejor no terminar ese pensamiento. Podría contarle sobre despertar empapado en sudor frío a las 3 de la mañana, buscándola a ella antes incluso de buscar mi arma. En cambio, solo sorbo mi café y espero.

Rafe capta la indirecta y se desliza en un asiento junto a Emilio.

—¿Cuánta mercancía perdimos? —pregunta, sirviéndose un vaso de jugo de naranja—. Dime que no tenemos una situación.

—Aún lo estamos evaluando —dejo mi taza. Suena fuerte y duro contra la mesa—. No se ve bien.

Nos quedamos así, los tres, hasta que mi paciencia se desgasta. Debería haberme ido hace rato, ya ocupado en los negocios, arreglando el desastre que cayó anoche. Pero necesito asegurarme de que ella esté bien. Debería haber estado abajo con nosotros hace una hora.

Me echo hacia atrás, mi silla raspando contra el suelo, mientras apoyo los codos en la mesa.

—Rafe, llama a Clara. Asegúrate de que esté tranquila. Dile que conseguiremos más mercancía. Milo, asegura una nueva ubicación de almacenamiento. No podemos volver a la calle 12.

—¿Y tú? —pregunta Rafe—. ¿Te vas a quedar aquí sentado lamentándote?

La tensión está apretada dentro de mí, y me pongo de pie de un salto, con los puños en alto, listo para liberarla.

Entonces la veo, y mis brazos caen a los costados. Su cabello oscuro liso contra su mejilla. Su vestido una armadura de alta

costura y líneas más afiladas. Está perfecta, ni un pelo fuera de lugar, como si no hubiera pasado la noche esquivando balas.

—Buenos días —su voz es tranquila y controlada, pero sus ojos sostienen los míos más tiempo del necesario. El más leve indicio de una sonrisa, ahí y luego desaparece. Se siente como si hubiera quitado un alfiler de mi pecho. Como si solo ahora empezara a respirar.

—Llegas tarde —digo, las palabras se me escapan antes de que pueda medirlas.

Su ceja se arquea casi imperceptiblemente. Está sorprendida de que me importe lo suficiente como para decirlo y aún más sorprendida de que lo demuestre. Lo veo en sus ojos, la forma cuidadosa en que me consideran, la leve inclinación de su cabeza.

Quiero decir más, decir todo lo que se tambalea al borde de derramarse. En su lugar, me lo trago y observo en silencio mientras se sienta frente a mí. Toma una taza de café, y por un momento, imagino que es un escudo que levanta entre nosotros. Lo huele con cautela y arruga la nariz.

—¿Algún problema con el café? —pregunto.

—¿Qué? —dice, atrapando mi mirada y manteniéndola esta vez—. No es de Bell & Fig. Pero está bien, lo tomaré.

—¿Bell & Fig? —La forma en que lo dice me hace querer saber. Me hace querer probar esta vida que me está permitiendo vislumbrar.

Sus hombros se alzan en un elegante encogimiento. —Es un pequeño lugar en Soho, escondido en la calle Mercer. Hacen los pastelitos de higo más lindos, sin mencionar el mejor café en el universo conocido.

Lo agarro como un salvavidas. —Vamos —digo.

Las palabras salen rápidas, decisivas, antes de que tenga la oportunidad de dudar. Rodeo la mesa con paso enérgico, todo urgencia y desesperación, tomando la taza de sus manos. Es de porcelana y casi no pesa. La pongo sobre la superficie de madera, apartando su silla, atrayéndola a este plan impulsivo.

Mientras la pongo de pie, su ceja se arquea aún más.

—¿No tienes trabajo? —pregunta.

Tengo mucho. Una mañana llena de llamadas telefónicas, lugares que asegurar y drogas que mover. Averiguar quién demonios filtró la ubicación del almacén. Tengo una casa llena de hermanos impacientes que notarán mi ausencia y sabrán exactamente lo que significa. Debería decirle que sí, decirle que estoy ocupado y dejar que me vea irme, pero no puedo hacerlo. No después de anoche. No después de haber estado tan cerca de perderla.

—Nada que no pueda esperar —digo, y nos vamos.

Ahora llueve más fuerte. Las calles brillan bajo nubes grises, y la gente se apresura bajo paraguas. Mi auto se desliza entre ellos como un fantasma. Dejé al chofer atrás para poder tener a mi esposa solo para mí. Ella se sienta a mi lado, en silencio. Mucho más calmada que anoche, cuando tembló en mis brazos durante todo el largo viaje a casa y siguió temblando en la cama hasta que se quedó dormida en mis brazos.

Llegamos a Bell & Fig en tiempo récord. La tienda tiene un pequeño letrero redondo colgando sobre su puerta roja, y las ventanas están rayadas por la lluvia. Adentro, está cálido y con un aroma dulce, el aire lleno de café y canela. Veo de inmediato lo que le gusta de este lugar. Es acogedor y elegante, lleno de mesitas y sillas que parecen salidas de alguna revista vintage. Las paredes son de ladrillo y están revestidas de estanterías, todas repletas de libros y juegos de mesa. Un par de estudiantes se acurrucan sobre laptops en la esquina, y un anciano con un periódico lee junto a la ventana.

Volantes de colores brillantes empapelan las paredes cerca de la entrada. Exposiciones de arte. Música en vivo. Lecturas de poesía. Lo observo todo, y estoy seguro de que destacamos como lobos en un prado. Pero no importa, porque la tengo aquí, y se ve feliz. Más feliz de lo que jamás la he visto.

Los baristas detrás del mostrador se afanan con delantales a juego, charlando con los clientes como si fueran viejos amigos.

Una chica de pelo corto azul nos sonríe radiante y dice: —¡Hola, chicos! ¿Qué les puedo servir hoy?

Miro a Besiana, dejando que ella tome la iniciativa. Pide como si fuera una cliente habitual.

—Dos cafés negros —dice—. Y media docena de esos pastelitos de higo. —Sus ojos se desvían hacia los míos como preguntando: ¿Está bien?

Asiento con la cabeza, y siento que estoy asintiendo a mucho más que café y comida. Es un sí a esto, sea lo que sea que hay entre nosotros, y al hecho de que lo deseo más que cualquier otra cosa en mi vida. La chica nos cobra, y saco efectivo antes de que Besiana pueda alcanzar su bolso.

—Siéntense tranquilos, yo se los llevaré —dice la barista mientras le entrego los billetes.

Encontramos una mesa hacia el fondo, lejos de las ventanas. Es pequeña e íntima, y hay sillas disparejas a cada lado. Ella se sienta y sus ojos se encuentran con los míos. Algo en esa mirada me hace querer poner el mundo entero a sus pies. No estoy acostumbrado a este sentimiento, a esta atracción que ejerce sobre mí, y me está volviendo loco.

Digo: —Este lugar es agradable.

—¿No es a lo que estás acostumbrado? —bromea Besiana, dejando su bolso.

Es exactamente el tipo de lugar al que nunca entraría, pero ya sé que va a arruinarme para todos los demás sitios. Niego con la cabeza con una pequeña sonrisa. —Ni de cerca.

Ella recorre la sala con la mirada, pareciendo divertida y complacida. —¿Seguro que no estás demasiado ocupado para todo esto? —pregunta, pero oigo un poco de esperanza en su voz.

—Nunca estoy demasiado ocupado para ti —digo, y es lo más honesto que ha salido de mi boca en años.

La barista se acerca dando saltitos, equilibrando una bandeja con nuestro pedido. Coloca dos tazas y un platito de pasteles en la mesa.

—Aquí tienen, chicos —dice alegremente—. ¡Avisen si necesitan algo más!

El aroma del café y los higos calientes nos envuelve.

La observo mientras estamos sentados, mientras pide y come y llena el espacio de vida, no de tensión. La observo como un hombre hambriento mira la puerta de una despensa llena, esperando que me

pregunte si estoy bien, esperando que me pregunte si me importa más ella o la maldita ixaforina. Pero no dice nada de eso. No dice mucho en absoluto, solo bebe su café y deja que la comisura de su boca se curve en la sonrisa más pequeña y brillante. Creo que podría quedarme aquí para siempre sin extrañar nada de lo que dejé en la casa.

—¿Estás bien? Después de lo de anoche, quiero decir. —Soy yo quien rompe el silencio. ¿Cuándo obtuvo esta mujer tanto poder sobre mí?

Una sombra cruza su rostro, pero la disipa con su habilidad habitual. Sonríe. —Fue un shock, por supuesto, pero...

—¿Pero qué?

Su voz vacila. —Pero tú me cuidaste.

Estiro la mano a través de la mesa y rozo el dorso de la suya. Ella se inclina hacia la caricia por un momento, dejándome vislumbrar su vulnerabilidad, antes de apartarse y volver a poner esa maldita sonrisa en su cara.

—Así que, gracias, Dom. Lo aprecio.

—No me hables como si fuera un puto socio de negocios —gruño.

Es como si me clavara un cuchillo con cada palabra educada.

Ella palidece, pero recupera la compostura, inclinando la cabeza de esa manera desafiante. Sus ojos brillan con una pequeña mirada de enojo. —Pensé que habíamos acordado que eso es exactamente lo que somos.

—¿Olvidaste lo de anoche? ¿El almacén? ¿Los disparos? ¿El hecho de que estabas en mis malditos brazos?

—¿Tu punto?

—¿Cómo puedes...

Me detengo, luchando por encontrar las palabras adecuadas. Puedo manejar balas, traiciones y manos ensangrentadas, pero no puedo manejar esto; no puedo soportar que ella finja que no significo nada. Se levanta, arrastrando la silla y sin dejar lugar a más discusión.

De camino a la salida, un hombre sentado en la acera asiente cuando pasamos. Besiana se detiene, pone un billete de veinte

dólares en su mano y acaricia el pelaje de su perro con un toque familiar.

—Cuídate, Dale —dice, y el rostro del hombre se agrieta en algo que podría haber sido una sonrisa en una vida pasada.

El agua gotea de su cabello desaliñado y su chaqueta, y sus ojos verdes tienen el mismo filo duro que su voz.

—Tú también, Bes.

Cuando estamos en el auto, digo: —¿No te dije que no sonrieras a la gente a menos que yo hablara con ellos primero?

Ella pone los ojos en blanco. —No seas ridículo. Eso fue solo para la Gala del Met. No puedo vivir mi vida así. Además, conozco a Dale desde hace años.

—Es un indigente.

—¿Desde cuándo eres tan observador? —se burla.

Ella está divertida, pero yo no.

—¿Por qué eres amable con él? No es nadie.

Ella se encoge de hombros. —Todo el mundo es alguien.

—Podría ser peligroso.

—No, Dale no. Ha estado ahí desde siempre. Desde que yo estaba en la universidad. Me pone triste pensar que nunca dejará ese lugar en toda su vida.

Lo hará. En aproximadamente una hora, estará en una habitación de hotel, no en una caja de cartón. Él y su perro. Lo arreglo con una rápida llamada telefónica y una respiración profunda.

Besiana no dice nada hasta que cuelgo. —¿Por qué hiciste eso?

—¿Por qué crees?

Ella se queda callada por un momento, y cuando habla, su voz es casi suave. Casi tierna. —Por mí.

Me da esa sonrisa otra vez, como si hubiera logrado sorprenderla. No se siente mal. Se siente jodidamente increíble.

Conducimos a casa bajo la lluvia, y ella me observa. Tratando de descifrar dónde encontré este repentino corazón que parezco estar mostrando. En quién demonios me estoy convirtiendo.

Bueno, ojalá pudiera ayudarla. Ojalá lo supiera.

14

Besiana

Paso la mañana en la biblioteca Rosetti, perdiéndome en la poesía. Cada palabra me aleja de las paredes desnudas y los pasillos vacíos de la mansión. Emily Dickinson es mi guía. Ella tiene más que decirme que cualquiera en esta casa. Su voz es urgente y verdadera, no fría como la luz gris de noviembre que se cuela por las largas ventanas. Estoy sumergida en uno de sus poemas cuando Carmela irrumpe, trayendo consigo una explosión de sonido y color.

—Dom quiere que te lleve de compras —dice. Sus ojos brillan con picardía—. Me enteré de que tienes un talento para gastar exactamente la cantidad correcta. Esta vez, nada de matemáticas.

Cierro el libro. Una cosa es ignorar a un poeta. Otra muy distinta es ignorar a una Rosetti.

La mansión Rosetti se alza amenazante en el espejo retrovisor mientras nos subimos al auto y recorremos las concurridas calles de Nueva York. El enorme edificio se desvanece contra el horizonte mientras Carmela parlotea en el asiento del conductor, y yo hago lo posible por seguirle el ritmo. Acelera como una conductora de fuga, zigzagueando por el tráfico a una velocidad aterradora.

—Recuerda, Besa —sonríe—, ¡esta vez nada de matemáticas! ¡Compramos todo!

Su entusiasmo es contagioso y me encuentro riendo. A medida que nos acercamos a la Quinta Avenida, los elegantes peatones

incitan a Carmela a conducir más rápido, y por poco evita chocar con un camión de reparto que se aparta bruscamente. El auto apenas se detiene antes de que ella agarre mi mano.

—¡Hoy nos vamos a divertir y punto! —La voz de Carmela suena decidida, y sonrío ante la energía de la joven.

Dom le ha encomendado una misión a Carmela. No deja de moverse, señalando cada vitrina.

—¿A dónde vamos primero? —dice, mirándome como si fuera a escapar.

Sonrío, casi. —Tú eliges.

—¡Oh, lo haré!

Nos conduce a una tienda con una puerta tan pesada que se siente como entrar en una bóveda. El olor a cuero y lujo es embriagador, casi demasiado para mis sentidos. Echo un vistazo a una etiqueta de precio, y Carmela me da un manotazo como si fuera una niña traviesa.

—Nada de revisar el precio —dice, sonriendo como si me hubiera atrapado robando.

—Pensé que las instrucciones de tu hermano podrían incluir algo sobre presupuestos —digo.

—Dijo que te mostrara cómo comprar sin pensar demasiado. —Saca un vestido brillante y sedoso de un perchero y me lo empuja—. ¡Como este! ¡Pruébatelo!

Su entusiasmo es contagioso. Pronto, estamos rodeadas de un arcoíris de telas, cada una más brillante que la anterior. Me llena de vestidos, camisas, pantalones, todas cosas que normalmente no uso, menos cuellos estructurados y más telas fluidas. Mientras me dirijo al probador, me pregunto qué diría mi padre. Él me entrenó para ser eficiente, para nunca desperdiciar tiempo ni dinero. Aquí, siento que estoy rompiendo todas las reglas.

El probador es grande, lleno de espejos que reflejan cada uno de mis movimientos. Respiro hondo, sintiéndome un poco atrevida y un poco nerviosa. El vestido que Carmela ha elegido para mí es audaz, impresionante, tan diferente a todo lo que he usado antes. Su tela es de un verde esmeralda profundo, rica y sedosa, que cambia como si estuviera viva cuando la luz la toca. El corte es dramático, dejando

los hombros al descubierto y cayendo hasta el suelo como algo que una princesa usaría para un gran baile. Dudo por un momento, recordando los estilos cuidadosos y conservadores que mi padre insiste en usar. Este vestido lo enfurecería. El pensamiento me produce un escalofrío y me lo pongo. Se siente como una rebelión.

Salgo del probador con el corazón acelerado.

Carmela me hace girar como si fuera su muñeca personal. Debería ser molesto, pero no lo es.

—Te ves increíble —dice, admirando cómo el vestido brilla con la luz—. ¡Ese es el indicado!

—No creo que sea...

—¡Tienes que llevártelo! —No me deja discutir. Me siento mareada con tanto color, textura y opciones.

—Tu familia pensará que soy ridícula.

—A mi familia le encantan las fiestas —dice, escogiendo una bufanda amarilla—. ¡Puedes usarlo en tu cumpleaños!

—¿Cumpleaños? —Intento no sonar demasiado sorprendida—. Nunca celebramos cumpleaños.

—¿Nunca? —Sus ojos se agrandan.

—Mi padre decía que las familias criminales serias no hacen eso.

—Vaya. —Se ata la bufanda al cuello y se queda pensativa—. Bueno, ¡nosotros sí! ¡Puedes usarlo en tu primera fiesta Rosetti! —Se echa el vestido al brazo y se dirige saltando a la caja, dejándome para que la siga. Dudo por un segundo, pero no tiene sentido resistirse. Cuando Carmela se propone algo, sucede. Se parece mucho a Dom en ese sentido.

Carmela insiste en pagar, alejándome con una risa cuando abro la boca para objetar.

—Yo me encargo. —No acepta un no por respuesta.

La sigo mientras se dirige saltando a la caja, con el vestido balanceándose en su brazo, tan vivaz y brillante como ella. Le entrega el vestido a la empleada con una sonrisa radiante que casi resplandece.

—¡Nos llevamos este! —exclama, y pronto el vestido está siendo envuelto en papel de seda.

Mientras la vendedora lo registra, Carmela no para de hablar, contándole que es un regalo para su nueva hermana, que tiene un gusto increíble, que están celebrando. La empleada me lanza una mirada rápida y cómplice, y le devuelvo la sonrisa, sintiéndome como si me hubiera arrastrado un torbellino.

Carmela pasa la tarjeta de crédito, claramente una experta en eso, y se vuelve hacia mí con los ojos brillantes.

—¡Vamos a buscarte un bolso!

Salimos de la tienda y nos dirigimos a una boutique de bolsos. Me siento mareada, casi eufórica. Como si hubiera perdido la noción de quién se supone que debo ser. Tal vez los Rosetti no son mis enemigos. Tal vez yo no soy la de ellos.

—Bien, Besa —dice Carmela, enlazando su brazo con el mío—. ¿Te gusta el cuero o el cuero sintético? ¿Marrón claro o brillante? En realidad, no respondas eso, vamos a conseguirte algo atrevido y salvaje.

La siguiente tienda es más pequeña, pero igual de cara. Un bolso en el escaparate cuesta más de lo que algunas personas ganan en un año.

La tienda es elegante y reluciente, con paredes de cristal, techos altos y exhibidores perfectamente ordenados. Trato de no jadear ante los precios. Carmela ni se inmuta mientras entra como si fuera la dueña del lugar. Su confianza es desconcertante y atractiva al mismo tiempo. Las empleadas notan su determinación Rosetti, y creo que saben que están a punto de hacer su mayor venta del año.

—Lo único de lo que deberías preocuparte —dice Carmela, dándome un codazo— es de cómo vas a cargar todas estas bolsas a casa.

Flotamos por los pasillos, cada bolso más extravagante que el anterior. Cuero suave, colores ricos, detalles dorados: todo grita lujo y exceso. Carmela observa cada una de mis reacciones como si intentara descifrar qué podría gustarme. Ni siquiera estoy segura de saberlo yo misma.

—Déjame adivinar —bromea Carmela, sonriendo con suficiencia ante mi vacilación—. ¿Siempre has soñado con un maletín conservador y marrón?

—Más bien un bolso de lona —digo, devolviéndole la broma. Pero, por supuesto, nunca saldría de casa con algo menos que un Jimmy Choo.

—Hoy no, Besa —se ríe—. Vamos a ponernos locas, ¿recuerdas?

Saca un bolso metálico del estante y se ve reflejada en un espejo mientras lo hace, poniendo una cara llena de picardía. —¿Cómo se dice "a lo grande o nada" en albanés?

Me estremezco al recordar a mi padre, pero me contengo antes de que se note. —¿Cómo se dice "bájale dos rayas" en Rosetti?

—Escucha —dice Carmela. Se aclara la garganta como si estuviera a punto de hacer un truco de magia—. A më rri prapanica shumë e madhe me këtë?

Las palabras me golpean como un puñetazo. Albanés. Está hablando albanés. Un idioma que resuena con las reglas y exigencias de mi padre. La pronunciación de Carmela es temblorosa y juguetona, pero la voz de mi padre corta mi mente, precisa y fría. Me olvido de respirar.

Puedo oírlo ahora, recitando las duras sílabas como órdenes. Nos hacía practicar hasta que lo hiciéramos perfecto. Decía que era parte de nuestro legado, algo a lo que teníamos que aferrarnos, algo que nunca podíamos soltar, aunque significara aislarnos de todo lo demás.

Por un momento, olvido dónde estoy.

En lugar de la brillante boutique, veo las habitaciones sombrías de la mansión de mi padre y huelo los libros viejos y los muebles rígidos. Un lugar donde nunca se permitía la diversión, donde todo era serio y planificado, donde los cumpleaños eran solo otro día en el calendario.

Las palabras de Carmela traen todo de vuelta, y no estoy preparada. Me estremezco, y esta vez no puedo ocultarlo. Mi corazón retumba y mi respiración se vuelve entrecortada. Es aterrador cómo una simple frase puede hacerme sentir como una niña otra vez, asustada y atrapada. Me esfuerzo por concentrarme. Los bolsos metálicos en las paredes brillan demasiado, el aire se siente escaso y mi visión comienza a nublarse en los bordes.

Carmela está en medio de todo, con los ojos muy abiertos, esperando que responda.

—Vaya, lo destrocé por completo, ¿no? —Se ríe, pero cuando ve mi cara, su expresión cambia—. ¿Besa? ¿Estás bien?

No puedo hablar. Su intento fue inocente, dulce incluso. Pero todo lo que escucho es ira y control. Mi padre solo hablaba albanés cuando lo había decepcionado. Cuando el castigo venía después. Carmela está ahí parada, sin saber qué hacer. Tengo que salir de esta tienda. Salir de esta conversación. Mi instinto es buscar a Dom. Él sabría qué decir, cómo hacer que todo deje de dar vueltas. Pero no está aquí.

—¿Besa? —La voz de Carmela es suave.

Parpadeo, tratando de recuperarme. —Lo siento. Yo...

—¿Fue terrible?

—No, fue... —Fuerzo una sonrisa—. Sorprendente.

Salimos y el aire de noviembre golpea mis mejillas. Por fin puedo respirar de nuevo.

Caminamos unas cuadras, Carmela cuidando de no decir nada que pueda sobresaltarme. Debe pensar que soy una tonta. Mi corazón se calma, pero la confusión persiste. Dom le ordenó a Carmela que me llevara de compras. No porque yo sea un activo o una herramienta. Porque quería que me divirtiera. Que perteneciera. Mi padre nunca me dio nada sin un precio. Aquí, no sé qué se espera de mí.

—¿Segura que estás bien? —pregunta Carmela. Se detiene e inclina la cabeza. Sus ojos son demasiado sinceros para alguien en mi vida.

—Estoy segura.

—¿Quieres que volvamos?

—Tal vez... tal vez podríamos ir a una tienda más.

Ella sonríe como si le hubiera dado el mejor regalo del mundo.

Dejo que me guíe a otra boutique, su energía cálida y segura. La familia de Dom no es nada como la mía. Sabía esto cuando se casó conmigo. Pero lo que no sabía, lo que no podía saber, es cuánto empezaría a necesitarlo. A necesitarlo a él. Mi padre me entrenó para creer en la lealtad por encima del amor. No sé en qué creo ahora.

Carmela escoge un par de zapatos de un verde esmeralda impactante para combinar con el vestido e insiste en comprármelos. Cuando me pregunta si deberíamos volver a casa, me sorprendo a mí misma.

—Vamos a almorzar —digo—. A algún lugar realmente caro.

15

Domenico

Il Lusso está vivo. Las luces del club brillan en cristal y oro. La élite de Nueva York acude aquí como polillas a la llama, sus risas elevándose hacia el techo. Mi familia construyó este lugar, y la forma en que vibra me hace sentir vivo. Preferiría estar aquí que en cualquier otro lugar, y con Besiana aquí, apretada contra mi costado, soy feliz.

Su vestido es elegante y negro, reflejando el humo y el whisky. Se ve perfecto junto a mi traje. La acerco más, para que no haya duda de con quién está. Ella me mira con esos ojos verde pálido, siempre calculadores, y me pregunto por millonésima vez qué estará pasando por esa linda cabecita suya. Normalmente no la traería a un negocio, pero después de lo que pasó en el almacén de la calle 12, no quiero que se aleje de mi vista.

Después de seguir secretamente a Besiana todo el día mientras compraba con Carmela y adquiría la mitad de Manhattan, decidí que era hora de que viniera conmigo. Ahora, la observo, tratando de entender si está complacida o tramando algo, pero su expresión es inexpresiva e ilegible. Estoy a punto de preguntar cuando finalmente aparece el socio comercial.

Héctor Galletti parece haber salido de un anuncio de Armani, con dientes demasiado blancos y una sonrisa digna de vallas

publicitarias. Me hace señas hacia el ascensor, sus ojos se detienen un momento de más en Besiana.

—¡Domenico! Qué bueno verte. Veo que trajiste compañía —la voz de Héctor retumba sobre el ruido mientras hace un espectáculo de mirar a todas partes menos a Besiana. Hombre inteligente. Muestra otra sonrisa digna de un anuncio antes de que pueda responder y señala el ascensor.

—Sí —mi tono corta cualquier pregunta adicional. Ella no es asunto suyo—. Empecemos.

Nos abrimos paso entre un laberinto de apostadores de alto riesgo. Héctor sigue mirando hacia atrás, probablemente preguntándose por qué ella está aquí. Realmente se preguntaría si supiera lo que pasó en el almacén. Entramos al ascensor y presiono el botón del tercer piso. Allá arriba todo es elegancia, salones privados con gruesas paredes de vidrio que dan al caos de abajo.

Los llevo a uno de los salones y le hago un gesto a Héctor para que tome asiento. No lo hace, así que yo tampoco. Este no es mi primer juego y sé cómo jugarlo. Los ojos de Héctor se desvían nuevamente hacia Besiana mientras me paro junto a ella, su curiosidad prácticamente zumbando.

—Estoy pensando en algo exclusivo, Domenico —se inclina, bajando la voz—. Solo clientela exclusiva. Cuando se corra la voz de que los Rosetti están comerciando con un producto de lujo, serán aún más legendarios —esas sonrisas que muestran los dientes nunca cesan con este tipo.

—Obviamente.

Dejo que Besiana se acomode en el sofá de cuero oscuro y me siento junto a ella. Héctor sabe cómo hacerme enojar, repitiendo mis ideas como si se le hubieran ocurrido a él primero, pero conoce a las personas adecuadas para distribuir el producto. Por eso lo llamé para este trato.

Está a punto de responder cuando la puerta se abre de golpe y Raffaele irrumpe como un maldito huracán. Sus guantes negros de cuero crujen mientras apunta con un dedo a Héctor, luego a mí.

Raffaele no se molesta en saludar. Sus ojos pasan de largo a Besiana y Héctor, clavándome con acusación.

—¿Me estás dejando fuera, Dom? ¿Qué demonios?

Sus palabras son una bala, sin vacilación, sin preocuparse por las consecuencias.

La ira crece dentro de mí, pero la mantengo controlada. Mi voz es lo suficientemente calmada como para enfriar la habitación.

—No discuto asuntos familiares contigo aquí, Raffaele.

Lanzo una mirada a Héctor, que nos observa como un zorro. ¿Cómo se atreve Rafe a sacar esto frente a un socio comercial, mostrando a los Rosetti fracturados? Es imprudente, impulsivo, el maldito estilo habitual de Raffaele. Se lo estoy haciendo saber exactamente con una mirada, pero él solo me devuelve la mirada furiosa.

Rafe se pasa una mano por el pelo, ignorando la advertencia, ignorando todo excepto su propia acusación. Luego cambia, se aleja de las cuestiones de lealtad familiar y comienza con la distribución. —Solo quiero hacer lo mejor para todos. Iride es una droga de fiesta, no un bolso Birkin. Ganamos más vendiéndole a todos.

Ahora está caminando de un lado a otro, con los guantes apretados a los costados, acumulando energía.

Lo observo, sopesando mis palabras. —Ya hemos pasado por esto —digo—. Queremos que la gente adecuada la tenga. Vamos a hacerlo exclusivo.

¿Cree que no he hecho ya los cálculos? Tenemos una imagen que proteger, un legado que mantener, algo que sabría si se molestara en pensar más allá de sus malditos puños.

—¿Exclusivo? ¿Qué demonios, Dom? —La voz de Rafe es un rugido. Rebota en las paredes de vidrio, llama la atención, hace que las cejas de Héctor se levanten divertidas—. Lo queremos en las calles, en todas partes. Necesitamos volumen.

Habla mortalmente en serio. Siempre lo está cuando siente que lo estoy pasando por encima.

Siento los ojos de Besiana sobre mí, fríos y observadores, esperando ver qué haré. Necesito mantener a raya a este hermano rebelde.

—No necesitamos que te arresten —digo, mi voz cortando a través de sus acusaciones.

—Los policías no me van a tocar —es ruidoso e implacable, todo lo contrario a la compostura presumida de Héctor—. Estamos perdiendo dinero haciéndolo a tu manera.

—Y lo perderíamos todo haciéndolo a la tuya.

Miro a Raffaele, desafiándolo a que me ponga a prueba en esto, mis ojos fríos y precisos. Hemos jugado este juego mil veces, pero él todavía no parece ver las paredes cerrándose a su alrededor.

Héctor se aclara la garganta como si estuviera tratando de tragar la incomodidad de quedar atrapado entre los temperamentos de los Rosetti.

—Tal vez debería darles un momento —dice, tratando de alejarse de la tormenta que se avecina frente a él.

—Quédate —digo, cortándolo, queriendo que vea cada centímetro de esto.

Ahora que ha visto el comienzo, necesito que Héctor sea testigo de cómo termino los desacuerdos familiares. Raffaele empieza a caminar de un lado a otro como un animal atrapado. Sabe cómo termina esto y todavía no ha descubierto una manera de ganar.

—Esto es estúpido, Dom —murmura Raffaele, pero hay una grieta en su voz.

Me reclino hacia atrás, llevando a Besiana conmigo, mostrándole lo imperturbable que estoy.

—¿Recuerdas lo que le pasó a Vincent la última vez que no me escuchó? —pregunto, dejando que las palabras lo golpeen donde más duele.

Puedo ver que el golpe da en el blanco, por la forma en que sus ojos se encienden antes de que la ira en él se apague. Eso es lo que pasa con Raffaele: es imprudente pero no estúpido. Sabe lo que haría, lo que haré si no juega según mis reglas.

Su mirada ardiente se dirige a Héctor, y veo que la duda lo paraliza por un segundo. Quiere pelear, pero sabe que ya ha perdido esta ronda. En su lugar, sale hecho una furia, el portazo que lo sigue suena como una acusación final. Hace que Héctor dé un respingo.

Mientras Raffaele sale furioso, parece que va a destrozar el club. Puedo imaginar el camino que abre a través de Il Lusso, abriéndose paso a empujones entre una maraña de traficantes y jugadores de

alto nivel, a través de la multitud de multimillonarios y gánsteres con bordes dorados, pasando junto a las mujeres que reparten bebidas, saliendo de golpe a la fría noche de noviembre.

De vuelta adentro, dejo que el silencio se extienda, dejo que Héctor se cocine en él. Puedo ver que está procesando cada detalle de lo que acaba de ocurrir, pensando en lo rápido que se extenderá la noticia desde aquí hasta cada rincón de la ciudad. Es exactamente lo que quiero. Raffaele se ha ido y Héctor se ha quedado sabiendo exactamente cuál es su lugar. Nadie desafía a Domenico Rosetti sin arrepentirse.

Saboreo la expresión en el rostro de Héctor. Intenta mantener la calma, pero hay tensión escondida detrás de su sonrisa astuta. Veo la historia formándose en su mente, la que le contará a todos los que tengan intereses en este negocio. Necesito que haga precisamente eso, que le haga saber a toda la ciudad que los Rosetti siguen siendo intocables, que yo sigo al mando.

Se alisa la chaqueta de diseñador y aprovecha la oportunidad para volver a centrarse en el trato.

—Entonces —dice Héctor, alisándose la chaqueta de diseñador—. ¿Tenemos un trato?

—Sí —digo—. Y Héctor, esto se mantiene de alto nivel. Nada de negocios turbios.

—Por supuesto, Domenico. Solo lo mejor para usted. —Héctor se marcha, dejándonos solos en la habitación ahora silenciosa.

Besiana se vuelve hacia mí, esos ojos verde pálido escudriñan los míos con una intensidad que me hace tomar aire. Puedo ver que ha estado esperando para preguntar, esperando el momento perfecto para pillarme desprevenido con su voz suave pero sus palabras afiladas como navajas.

—¿Me trajiste aquí para vigilarme o para que yo te vigilara a ti?

Su pregunta queda suspendida en el aire, un desafío envuelto en seda. Hay algo en la forma en que se inclina hacia mí, esperando mi respuesta, que me hace pensar que ya conoce la respuesta. La confianza es una moneda que aún estamos aprendiendo a gastar.

Inclina la cabeza, observándome con una curiosidad juguetona. —¿Cuál de las dos es, Domenico?

Es un juego en el que es buena, hacerme decir cosas que nunca tuve la intención de decir, obligándome a sacar mis sentimientos a la superficie incluso cuando quiero mantenerlos enterrados en lo profundo.

—Ambas —admito, con la voz baja y sin guardias.

Ella no sabe lo peligroso que es, hasta dónde llegaré para mantenerla así de cerca, sin importar lo que tenga que hacer. Me muevo, asegurándome de que no haya espacio entre nosotros, sintiendo su calor contra mí. Es una obsesión, una que no me molesto en ocultar. Ella tiene que saberlo a estas alturas, tiene que ver cómo está envuelta en mi mente.

Esta mujer podría arruinarme, y probablemente se lo permitiría.

Sonríe, algo rápido y agudo, luego aparta la mirada, trazando con el dedo la pulsera de diamantes que compró con Carmela. —¿Soy tu posesión o tu compañera, Domenico?

—Tú dímelo.

Toco su muñeca, manteniéndola quieta. Se siente como si estuviera tratando de agarrar agua.

—Soy lo que tú quieras que sea —dice, pero hay un desafío bajo las palabras.

Siempre lo hay.

Y ese es el problema. No puedo descifrarla. No puedo saber si está tratando de complacerme o si está jugando conmigo. Es la mujer más fascinante que he conocido porque es la única que no he podido quebrar.

—No te dejaré fuera de mi vista, Besiana —digo, con la voz baja.

—¿Tienes miedo de que huya?

Su voz es suave, un eco perfecto de la mía. Levanta la muñeca, haciendo tintinear la pulsera de diamantes.

—Tengo miedo de alcanzarte y no saber qué hacer después —digo, dejando caer mi mano de vuelta a mi costado.

Por un momento, solo nos quedamos sentados, y la observo en la tenue luz. El ruido del club de abajo está amortiguado aquí, haciendo que la habitación se sienta como un mundo diferente, una vida diferente.

Estoy tan acostumbrado a conseguir todo lo que quiero, todo por lo que lucho. Así ha sido siempre. Pero Besiana sigue siendo un misterio. No puedo saber si es obediente porque me ama o porque planea apuñalarme por la espalda en el momento en que me dé la vuelta. Eso hace que la desee aún más.

Me mira de nuevo, esa misma mirada rápida y calculadora, y el suelo se mueve bajo mis pies. Estoy acostumbrado al poder. Acostumbrado al control. Pero Besiana me hace preguntarme si, esta vez, soy yo el que está siendo superado. Me ha hecho obsesionarme, me ha hecho querer desentrañarla hasta saber exactamente qué hay en su núcleo.

Hasta entonces, la mantendré donde pueda verla hasta que me traicione o me ame.

16

Besiana

Todo en la torre de oficinas habla de acero y poder, pero aún no hay seguridad en los ojos de Dom. Lo veo cada vez que se encuentran con los míos, la determinación de que nada más se le escape de las manos. No como sucedió con el almacén de Iride. El frío elevador nos lleva a la suite Rosetti, y Dom me tiene a su lado, con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda, una orden tácita de permanecer cerca.

Ahora me mantiene con él para todo, una forma de protegerme desde el ataque al almacén. Cuando el elevador se abre, Salvatore y Rafe ya están esperando, padre e hijo. La postura de Rafe es rígida, la de su padre todo lo contrario. Tiene esa mirada en el rostro, la misma que he visto muchas veces en mi padre, y sé que está a punto de apretar las tuercas a alguien.

Mis tacones resuenan en el mármol, y pienso en lo que mi padre siempre dice sobre los huesos rotos y la lealtad quebrantada.

—Parece un maldito pueblo fantasma aquí —dice Rafe, señalando el espacio cavernoso, las habitaciones vacías más allá de la mesa de conferencias. Cruza los brazos y se reclina en su silla, mirando directamente a Sal.

Su padre sonríe. Un rápido destello de dientes. —Menos gente significa menos errores.

Dom toma asiento y me atrae a la silla a su lado. Dijo que no quiere que esté sola después del ataque.

Funciona perfectamente para mí, tener acceso sin restricciones a todas las reuniones de negocios de mi esposo. Cada reunión a puerta cerrada me da un acceso como nunca antes lo había tenido, una oportunidad de transmitir información que mi padre no conseguirá en ningún otro lado.

Pero cuanto más me acerco a Dom, menos quiero traicionarlo. Cada día lo hace más difícil, pero lo he hecho de todos modos. Apenas puedo mirarlo.

—Necesitamos discutir la situación con el proyecto Iride —dice Dom, y la forma en que mira a Rafe deja claro que él es quien está en problemas aquí.

—¿Te refieres a cómo se fue todo al carajo? Perdimos la mayor parte de nuestra maldita ixaforina —la voz de Rafe es aguda, impaciente.

Sal mira de un rostro al otro, y la habitación vibra con la tensión creciente. —Sabemos quién lanzó el ataque —dice, y dos pares de ojos Rosetti se endurecen con interés.

Mi propio pulso se dispara. Tengo que reprimir mi instinto de huir, de inventar una excusa rápida antes de que digan un nombre que me señale directamente. Si saben que fue mi padre, si siquiera sospechan de los albaneses, entonces estaré implicada. Quedaré expuesta.

Mis nudillos se vuelven blancos mientras entrelazo las manos en mi regazo.

Los dos hermanos se inclinan hacia adelante en sus asientos, un enfoque compartido que agudiza el ambiente. Incluso los movimientos impacientes de Rafe se detienen mientras Sal juega con las siguientes palabras que está a punto de decir. Hay un destello de emoción entre ellos, la promesa de violencia. Siento como si el nudo ya se hubiera apretado alrededor de mi cuello, como si en segundos se volverían hacia mí con una certeza condenatoria. Me retuerzo bajo su mirada, esperando que caiga el martillo.

Los ojos de Sal brillan con satisfacción, y mi respiración se entrecorta mientras hace una pausa. Mi mente recorre mil

posibilidades. ¿Cuánto saben? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que dirijan esas miradas de acusación y sospecha hacia mí?

—Nos dejaron un pequeño regalo —dice Sal.

Abre un cajón y deja caer una bolsa sobre la mesa. La mano enguantada de negro de Rafe la agarra.

—Hijo de puta —gruñe Rafe, pasando el pulgar sobre el objeto: una cadena de oro con una cruz ortodoxa. El destello del metal bien podría ser una bengala en la noche, un faro anunciando enemigos por todas partes—. Es ruso.

—Lo dejaron durante la redada —confirma Sal.

—Así que fueron los rusos —concluye Dom.

Su voz es firme, pero capto un indicio de incertidumbre en sus ojos, una sombra de culpa que aún podría cambiar de objetivo.

El alivio me invade. Mi padre plantó bien el señuelo, como siempre lo hacía. ¿Fue para protegerme a mí, su hija? ¿O solo para protegerme a mí, su informante? Mi respiración se estremece, y la fuerzo a volver, tratando de mantener todo en su lugar, los secretos que he enterrado, las mentiras que he dicho.

Miro a Dom a mi lado, y la culpa me carcome por dentro. Está tan convencido de mi lealtad. De que nunca lo engañaría. De que no lo destrozaría desde adentro con la verdad. La ironía de todo esto me hiere más profundamente cada día.

Sal y sus hijos se reclinan en sus sillas, depredadores satisfechos, pero sé que la calma momentánea volverá a desatarse. Un desliz, un detalle equivocado, y la sospecha podría caer sobre mí de nuevo. He hecho esto el tiempo suficiente para saber cómo cambian las cosas rápidamente.

También lo he hecho el tiempo suficiente para preguntarme por qué sigo haciéndolo. Hace una semana, habría matado por este tipo de información, un premio para llevar a mi padre. Ahora, estoy paralizada en lugar de emocionada, apenas aguantando con los nudillos blancos.

—Se suponía que esa ubicación era segura —Sal se inclina hacia adelante, con los ojos fijos en Dom. No lo acusa, pero tampoco lo deja fuera de sospecha—. Acordamos que solo la familia lo sabría.

Dom sostiene la mirada de su padre. Tranquilo. Inflexible. —Entonces uno de nosotros cometió un error.

Mi piel se siente como hielo.

—No fui yo —espeta Rafe.

Salvatore se vuelve hacia Rafe, entrecerrando los ojos. —¿Entonces quién fue? ¿Matteo? ¿Emilio? ¿Carmela? ¿O Leonardo? —Se reclina, estirándose como un gato—. Ninguno de ellos conocía la dirección, Rafe, apuesto a que fuiste tú. Un desliz de la lengua, tal vez. Un poco de confianza excesiva en la persona equivocada.

—¡Eso es una mierda, y lo sabes! —Rafe se aparta bruscamente de la mesa, su silla raspando ruidosamente el suelo.

Ahora está de pie, con los puños apretados de rabia, pero hay más que enojo en sus ojos. Hay un destello de incredulidad, una mirada herida que hace que se me corte la respiración. Por un momento, casi siento lástima por él, por la forma en que su padre y su hermano pueden dejarlo de lado tan fácilmente. Pero solo por un momento. No son los sentimientos los que me van a sacar de esto con vida.

—Tu hermano tiene razón, Dom —coincide Sal, y su voz es tan suave como la crema, tan calmada como furioso está Rafe. Mira a su heredero con un lento asentimiento—. Rafe necesita controlar sus emociones.

La boca de Rafe se tuerce en una media sonrisa, medio desprecio, su frustración apenas contenida. El collar con la cruz golpea la mesa con un tintineo cuando lo arroja como un insulto, sus ojos taladrando a su padre. —¿Qué sigue, eh? ¿Me van a mandar a la cama sin cenar?

—Llegaremos al fondo de esto —dice Dom.

La firmeza en su voz corta el ambiente de la habitación. Es un tono que exige obediencia, y puedo ver que ha funcionado con Rafe antes. Mira a Rafe con una autoridad que deja poco espacio para dudas. —Hasta que lo hagamos, estás fuera del proyecto Iride.

—No puedes hablar en serio —dice Rafe, pero la forma en que mira a Dom me dice que sabe cuán serio puede ser su hermano. Mi padre una vez llamó a Dom el más frío de los Rosetti, y puedo ver por qué. No hay suavidad en él, no hay margen para el error.

—Eso es un puto error —sisea Rafe.

—El error sería dejarte quedar —dice Dom.

La voz de Rafe baja, y su acusación se siente como una bofetada, aunque me la merezca. —¿Crees que es un error confiar en mí? Qué ironía, considerando con quién estás casado.

Los segundos pasan como horas. Nadie respira. Los ojos de Sal se desvían hacia mí y vuelven a Dom, y espero que mi esposo explote, que defienda mi honor e inocencia y todas las otras cosas que cree ciertas sobre mí. Lo observo, esperando que su temperamento despierte, pero él solo niega con la cabeza.

—Esto no está en discusión.

Rafe mira furioso a su padre, luego a Dom, y por último a mí. —Te arrepentirás de esto, Dom.

Sale hecho una furia, sus pasos como truenos en el suelo de madera. Mi culpa. Todo. Yo causé la filtración, la discusión, la grieta. Y no puedo arreglar nada de esto.

Sal exhala lentamente y me mira, con un brillo divertido en sus ojos. —Espero que no te moleste este tipo de reunión familiar, Besiana.

—No me molesta —digo, y mi voz suena como la de otra persona. Dom no tiene idea de la traidora con la que se casó—. Gracias por incluirme.

—Si hubieran sido los albaneses quienes atacaron, esto habría sido muy diferente —dice Sal.

Su voz es lo suficientemente pareja, pero reconozco una amenaza cuando la escucho.

—No amenaces a mi esposa —dice Dom, y hay un acero silencioso en su voz que me atraviesa.

La habitación queda completamente inmóvil. Es un tono que le he escuchado usar cuando promete retribución, cuando está a punto de estallar y derramar sangre. Sus ojos están fijos en Sal.

Sal sonríe, y la tensión desaparece. —Ni soñarlo.

Salvatore se pone de pie, alisándose la chaqueta.

—Los dejaré a ustedes dos para que hablen sobre el comportamiento caprichoso de Rafe —dice, descartando toda la situación con un gesto de su mano.

Mi esposo no responde, y cuando Sal finalmente se va, el silencio es una herida abierta.

Me vuelvo hacia Dom, buscando una manera de mejorar esto. —Estoy segura de que Rafe no quiso traicionar a la familia.

Dom resopla. —Por supuesto que no. Solo está siendo un cabeza caliente de nuevo, hablando de más como siempre lo hace.

Niega con la cabeza, frustrado pero confiado, tan seguro de todo. No quiero ser yo quien destruya eso.

Lo intento una última vez. —Tal vez deberías dejarlo quedarse en el proyecto, Dom. Sabes cómo es. Necesita sentirse útil, parte de las cosas.

—No —dice Dom, negando con la cabeza otra vez—. No hasta que lleguemos al fondo de esta filtración.

Me mira, y veo que su sospecha hacia Rafe es completa. Yo hice esto. Lo observo, a mi esposo, el hombre al que me entregué en un trato que hizo mi padre. Soy una traidora para él en todos los sentidos. Me pregunto cómo ha mantenido su fe en mí durante tanto tiempo.

Desvío la mirada por si puede ver la culpa grabada en mi rostro. Se acerca y tira de mi silla hasta que nuestras rodillas se tocan. —Oye. ¿Estás bien?

Asiento. Pero no lo estoy. No sé cómo ser su esposa y una espía.



Está oscuro afuera y aún más oscuro aquí dentro, nuestra habitación se siente más como una tumba que un hogar. Las estrellas sobre Nueva York brillan fuera de nuestra ventana, pero todo lo que puedo ver es la mirada en el rostro de Rafe cuando Sal lo acusó de traición. Cuando Dom le dijo que estaba fuera del proyecto.

La habitación está en silencio hasta que la puerta se abre y luego se cierra. Escucho el deslizamiento de la corbata de Dom, un sonido pequeño pero de alguna manera más de lo que puedo soportar. Las luces están bajas, y también lo está la sensación de malestar en mi estómago. Mi traición llena la habitación. El pensamiento de ello también me llena, hasta que se desborda en lágrimas.

Dom me encuentra así. Acurrucada en el sofá de nuestra habitación, hecha un desastre de lágrimas. Cruza la habitación, tan silencioso, como si temiera que me fuera a romper. Cuando se arrodilla frente a mí, su mano aparta mi cabello, sus dedos suaves y lentos, y quiero morir por lo amable que es.

—Besiana. ¿Qué pasa?

Quiero contarle todo. Las palabras anhelan salir, pero el miedo a perderlo las reprime de nuevo.

—Por favor. —Me atrae a sus brazos y me mece hacia adelante y hacia atrás hasta que mis sollozos se convierten en escalofríos—. Dímelo.

Su calidez es demasiado. No puedo dejar de temblar.

—Es... —Me ahogo con la palabra, la entierro en su hombro.

—¿Es qué, eh? Dímelo.

Cuando no respondo, simplemente me abraza con más fuerza, apoyando su barbilla en mi cabeza, envolviéndome en el tipo de consuelo que me hace sentir como la peor persona viva. No merezco nada de esto. —Nunca debí haberte llevado a la reunión.

—No. —Finalmente encuentro mi voz. Un pequeño fragmento de ella, de todos modos—. No es eso.

—Ya has pasado por suficiente. Tu padre... —No termina la frase, solo me atrae aún más cerca—. Dios, lo siento. No pensé.

Me quedo quieta contra él. ¿Lo sabe? La sangre ruge en mis oídos, ahogando cada pensamiento excepto uno: él lo sabe. Pero cuando miro hacia arriba, su expresión es toda preocupación, nada de la traición que espero ver.

Limpia una lágrima de mi mejilla. —Nunca más tendrás que pasar por eso de nuevo. Carmela me contó cómo nunca celebraste cumpleaños. Cómo te sobresaltas con los ruidos fuertes. Nunca más, Besa. Nunca.

La oleada de alivio me golpea tan fuerte que casi empiezo a llorar de nuevo. —Dom...

—Lo digo en serio, Besiana. —Sus manos acunan mi rostro, obligándome a mirar sus ojos—. No estás sola. Me tienes a mí. Nos tienes a todos nosotros.

No sé qué duele más. Que él piense que estoy tan molesta por mi padre, o que lo estoy dejando pensar eso. Mi cabeza cae contra su pecho, y se siente como ahogarse. Como caer.

Su voz es tan baja que apenas la oigo. —Te protegeré.

—¿Lo prometes?

Mi susurro sale en carne viva, desgarrado. Él no sabe que en realidad le estoy pidiendo que me proteja de su propia familia cuando descubran lo que he hecho, pero no duda en estar de acuerdo.

—Por supuesto que sí.

Su aliento agita mi cabello, y suena tan seguro, tan firme, tan condenadamente amoroso que rompe algo profundo dentro de mí. Presiono mi boca contra su camisa y asiento, y el movimiento me destroza de nuevo. No puedo hacerle esto, no puedo soportar el peso de lo que estoy haciendo, pero tampoco puedo parar. Mi propia necesidad egoísta de él no me lo permite.

Me acomoda para que quede acostada en el sofá, con la cabeza sobre su regazo. Acaricia mi cabello con movimientos largos y reconfortantes.

—Ahora tienes una nueva familia —dice.

Cierro los ojos, deseando que las lágrimas se detengan. Pasa mucho tiempo antes de que lo hagan.

Su toque sigue siendo suave. Su voz un susurro en la oscuridad. —Nosotros somos tu familia.

Me quedo dormida así, envuelta en él y sus promesas. Diciéndome a mí misma la mentira más grande de todas: que él nunca lo descubrirá.

17

Domenico

Hay silencio en el restaurante, una especie de calma que cae sobre una sala llena de gente rica. Están vestidos para matar, estos tipos del Upper East Side. Trajes elegantes y joyas resplandecientes, llevando su importancia como una capa extra de piel. Besiana parece pertenecer aquí, con la espalda recta y llena de aplomo. No estoy acostumbrado a verla fuera de las reuniones de negocios y las reuniones familiares, siempre con un amortiguador entre nosotros. Pero aquí está, sentada frente a la mesa, mirándome fijamente.

—Así que estamos haciendo esto al revés —digo—. Primero casados, ahora nuestra primera cita.

Su boca se curva en una sonrisa. Es pequeña y precisa, como hace todo. —¿Lo tendrías de otra manera?

Su vestido está perfectamente confeccionado y es sencillo. Se ajusta perfectamente. Un blanco intenso contra sus rasgos oscuros. El escote es bajo, el dobladillo coqueto. Se sienta con una pierna cruzada sobre la otra, cada tacón como un arma, letal y elegante. Besiana no solo usa ropa; la convierte en arma. Mi primera impresión es de precisión, pero cuanto más la miro, más veo más allá de la armadura. Las horas que debe haber dedicado a prepararse. Nuestro matrimonio puede ser un movimiento de

negocios, pero esto —el vestido, la cena, la casi sonrisa— es algo completamente diferente.

El restaurante es de alta gama, cada detalle inmaculado. Pisos de mármol, manteles blancos y candelabros que proyectan un tenue resplandor sobre todo. Estamos rodeados por la élite de la ciudad: personas que poseen rascacielos y barrios enteros, todas piezas en movimiento en un tablero de ajedrez que creen controlar. Los ojos de Besiana se encuentran con los míos, y por una vez, no siento que esté jugando un juego.

—Es una primera vez para mí —digo.

Levanta una ceja, divertida. —¿Tener una cita?

—Hacer algo fuera de orden.

Nuestra mesa está junto a la ventana, las luces de la ciudad parpadean justo más allá del cristal. Lleva un vestido azul oscuro, elegante y sofisticado, que se ajusta a su figura en todos los lugares correctos. Me doy cuenta de cuánto tiempo he estado esperando esto: este momento, esta mujer, este espacio entre nosotros que finalmente comienza a reducirse.

Aparece un mesero con menús, tan silencioso que apenas lo noto. Dejo que Besiana ordene primero, y su voz es como terciopelo cuando le habla al hombre. Pide salmón y espárragos, las palabras lentas y cuidadosas. Luego cierra el menú de golpe.

—Tomaré lo mismo —digo, entregando mi menú sin mirar.

Sus ojos se entrecierran una fracción. —¿Me estás copiando ahora?

—Es difícil mejorar la perfección.

El mesero se escabulle, dejándonos solos de nuevo, rodeados por el murmullo de conversaciones adineradas. Recuerdo lo que me preguntó hace unas semanas, un indicio de curiosidad que me desconcertó. Es la apertura perfecta, así que la aprovecho. —El químico que te interesaba —empiezo—. El que querías conocer.

Observo cómo su expresión se cierra, el interés desaparece. —No quiero saber.

—No fue eso lo que dijiste antes.

Se mueve en su silla, sus dedos apretando la servilleta. —He cambiado de opinión. Además, ya fui a la farmacia. No necesito

ningún químico.

Está levantando un muro, y por una vez, no estoy de humor para derribarlo.

—Está bien —digo, sabiendo cuándo no presionar.

Pero deja un sabor amargo en mi boca, la oportunidad perdida de hacer algo por ella.

Miro por la ventana, dándole espacio para respirar. La gente pasea por la acera, sus vidas simples e intactas por nuestro mundo. Suena la bocina de un auto, la ciudad nunca está en silencio. Me recuerda algo más que había planeado, un gesto que ahora empieza a parecer torpe. —Pensé en aprender algunas palabras en albanés para ti —digo, volviéndome hacia ella—. Carmela me dijo que no me molestara.

Un destello de emoción pasa por su rostro, tan rápido como un relámpago. Lo reconozco como dolor, pero desaparece tan rápido que me hace cuestionar si lo imaginé. La cuidadosa compostura de Besiana toma el control como un editor reescribiendo un borrador desordenado, corrigiendo cualquier señal de vulnerabilidad.

—Carmela es muy observadora —me dice con suavidad.

Su voz es tranquila, pero hay una tensión en ella, una señal de que está conteniendo algo en su interior.

—¿Por qué no te gusta hablarlo?

Su mano alcanza la copa de vino. Se toma su tiempo para levantarla y la sostiene cerca de sus labios. No bebe, no se mueve, como si estuviera congelada en un momento de indecisión.

—Me recuerda a la ira y la violencia.

Su confesión es tan silenciosa que casi no la capto, pero las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, más pesadas de lo que deberían ser.

—¿Por qué? ¿Porque lo aprendiste de tu padre?

Asiente, y hay una especie de finalidad en ello. Deja la copa sin beber.

—Sí.

Su voz es firme pero tensa, como una cuerda floja por la que camina. Sus dedos se aferran al tallo antes de soltarlo.

—Todo en mi vida vuelve a él —dice, con amargura en su tono—. La forma en que hablo, la forma en que pienso, la forma en que me siento sobre los idiomas. —Intenta sonreír, pero no llega a sus ojos —. Especialmente los idiomas.

Siento que la puerta se cierra, su renuencia a revisitar un pasado que aún está demasiado presente para ella. Pero algo me impulsa a presionar un poco más, a conocerla un poco más.

—¿Por qué es eso? —pregunto.

—Incluso ahora, cuando lo escucho, todo lo que puedo pensar es en Baba.

Toma su servilleta, alisando los bordes. Espero, sintiendo que hay más.

Pasa un largo momento antes de que hable de nuevo.

—Pero no siempre fue así —dice, y debajo de su control, casi puedo escuchar una grieta.

—Puede que haya sido la lengua materna de mis padres, pero en nuestra casa, solo se hablaba con ira. —Besiana deja su copa, mirando más allá de mí—. Excepto cuando Mami estaba viva —dice suavemente—. Recuerdo que me cantaba en albanés. Una canción de cuna.

La intimidad del momento queda suspendida entre nosotros. Me dan ganas de estirarme sobre la mesa y atraerla hacia la seguridad que he estado construyendo, ladrillo a ladrillo. Pero no me muevo. En cambio, pregunto: —¿Cantaba a menudo?

—Todas las noches —dice.

Hay una tensión en sus palabras ahora, como si estuvieran conteniendo más de lo que dicen.

—¿Cómo murió?

—Una enfermedad —responde Besiana, pero hay algo extraño en su respuesta.

Suena ensayada, como si estuviera repitiendo una historia que no está segura de creer. El aire entre nosotros es pesado, y siento que presiona, el peso de lo que no me está diciendo. Me doy cuenta entonces de que haría cualquier cosa —diría cualquier cosa, sería cualquier cosa— para evitar que vuelva a sentir ese peso alguna vez.

Llega nuestra comida, pero apenas lo noto. No puedo creer que alguna vez la consideré una transacción comercial, solo un peón en un movimiento estratégico. La idea de que ella sufra, de que no esté protegida, es como un tornillo apretándome el pecho. Corto el salmón, pero he perdido el apetito.

Un mesero se acerca y nos pregunta si necesitamos algo más. El servicio aquí es excelente, atento sin ser abrumador. Pero luego se dirige a Besiana, hablándole con un ligero tono en su voz. —¿Algo para beber además del vino?

El tono, la forma en que la mira, hace que el calor suba por mi cuello. No merece su trabajo. Diablos, ni siquiera merece sus manos. Antes de darme cuenta, le he agarrado la muñeca, clavando un tenedor en su mano y en la mesa. Deja escapar un grito, con los ojos abiertos de shock y dolor.

—¡Dom! —La voz de Besiana es cortante, atravesando la neblina roja de mi temperamento.

Me inclino, hablando para que solo el mesero pueda oír. —Consigue una toalla. Termina tu turno. Luego busca un nuevo trabajo.

Se aleja tambaleándose, agarrándose la mano, dejando el tenedor atrás. La sala zumba de sorpresa, los ricos fingiendo que no han visto nada. Me vuelvo hacia Besiana, esperando su enojo, su decepción. En cambio, veo un destello de gratitud en sus ojos. Parpadea por un momento y luego desaparece.

—Puedo cuidarme sola —dice, en lugar del gracias que estoy seguro que está pensando.

Sus palabras son confiadas, pero hay un destello de incertidumbre en sus ojos. Está tan acostumbrada a valerse por sí misma, una fortaleza de independencia. Me pregunto si puede ver a través de su propia armadura, ver lo cansada que está de ser intocable.

Dejo que el silencio se extienda, sabiendo que le molestará. A Besiana no le gustan las pausas; es toda precisión.

Finalmente, digo: —Una vez me dijiste que se me permite sangrar. Lo mismo va para ti. Se te permite sentir, y se te permite dejar que te ayude.

Abre la boca, la cierra, sus pensamientos trabajando. Sus dedos juguetean con la servilleta, y su mirada cae a la mesa. Puedo verla luchando consigo misma, la idea tan ajena que apenas puede aferrarse a ella. Cuando levanta la mirada, sacude la cabeza, con una sonrisa irónica jugando en sus labios. —Nunca debí haber sido tan directa.

—Sí que jodidamente deberías haberlo sido.

Sale más contundente de lo que pretendo, pero no me arrepiento.

La miro, absorbiendo su forma, la manera en que su vestido se hunde en su escote. Me siento como un hombre ahogándose, y ella es lo único que quiero que me hunda.

Llega la cuenta, y tiro unos cientos sobre la mesa, sin molestarme en contar. Veo a Besiana ponerse de pie, grácil como siempre, y mis ojos se detienen en sus piernas, en la curva de sus caderas. Es toda elegancia y control, y no deseo nada más que destrozar ambos.

Salimos, y la ciudad me golpea con su ruido y luz. La gente sale en tropel de los bares, riendo demasiado fuerte, viviendo vidas que me parecen ajenas. Mi mundo se estrecha y se afila hasta que solo somos nosotros dos. Mi mano encuentra la suya, y la atraigo hacia mí, hacia la sombra del restaurante.

Todo en lo que puedo pensar es en sus labios. La única vez que le permití acercarse a mí, el castigo que me castigó más a mí que a ella. El recuerdo arde, abrasando cada pensamiento. Envolvió esos labios alrededor de mi verga como si fuera un acto de desafío, como si me estuviera reclamando incluso cuando yo intentaba reclamarla. Pero ahora quiero darle más que eso. Más que castigo. Quiero darle placer.

La empujo contra la ventana. Ella no se resiste, no intenta contenerse. Es un shock para mi sistema, su disposición. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de un fuego que refleja el mío propio.

—Puedes ser directa conmigo, cara —digo.

Tomo su boca con la mía, besándola como si estuviera hambriento de ella, de ella. Sus labios son suaves y urgentes, y me presiono contra ella, sintiendo el calor y la necesidad y la promesa de todo lo que está por venir.

18

Besiana

El restaurante se encuentra en una acera concurrida en medio de Manhattan. Es exactamente el tipo de lugar que promete privacidad y ofrece espectáculo. Domenico ignoró nuestra mesa junto a la ventana tanto como pudo durante la cena. Ahora no la está ignorando.

Me presiona contra ella, besándome con fuerza. Estoy mareada por el beso. Mi vestido, blanco e indecente, se ha enredado en mis piernas, y la mirada en sus ojos está haciendo lo mismo con el resto de mí.

Digo:

—Vamos a casa.

Se aleja un poco, solo un poco, y ya lo extraño.

—Tengo una mejor idea —dice.

La mano de Dom agarra la mía, posesiva y urgente, mientras me guía por la cuadra. Hay tanto ruido y luz: taxis amarillos salpicando charcos, luces traseras rojas detenidas en fila, y el destello de los semáforos al cambiar. El aire tiene un frío que puedo sentir a través de mi vestido, pero mi piel está caliente, eléctrica. La ciudad huele a cuero, asfalto y poder, y la acera está llena de hombres de traje y mujeres con tacones. Las mujeres miran fijamente mientras Dom se abre paso entre la multitud. Él está acostumbrado a esto; yo estoy acostumbrada a esto. Pero esta noche no me gusta. No quiero

compartirlo con sus miradas. No esta noche. No después de que me besara así.

—¿Cuál es esa idea asombrosa? —pregunto, bromeando, sintiéndome más ligera que nunca.

—Ya verás, cara.

Estamos a dos puertas cuando me doy cuenta de adónde nos dirigimos. Un elegante toldo negro. Un vestíbulo lleno de granito y vidrio. Un discreto letrero de bronce sobre un portero con abrigo de lana verde: el Hotel Aman.

Domenico se dirige a la recepción. Una pulsera dorada brilla en la muñeca de una chica con un moño de bailarina y acento francés. Sabe quiénes somos.

—¿Tiene una reservación, señor Rosetti?

—Domenico —digo, cambiando mi peso y cruzando los brazos—. ¿Hiciste una reservación? —Mi voz tiene un tono frío, pero en realidad estoy un poco asombrada. En este lugar, de último minuto significa el próximo mes. No para nosotros, aparentemente.

Me atrae contra él, mi espalda contra su pecho, sus manos en mis caderas. No es una respuesta a mi pregunta, pero es mejor que una.

—Sin reservación. Pero tomaré la suite penthouse.

—Monsieur, el penthouse ya está reservado...

—Ahora —dice, sacando un grueso fajo de billetes de su billetera. La chica del moño sonríe profesionalmente, pero sus ojos se iluminan.

—Déjeme traerle la llave de inmediato.

Trato de no temblar mientras el frío de la calle se asienta de nuevo en mi piel. Trato de no jadear cuando su aliento, cálido, sopla contra el lado de mi cuello. Es un sonido pequeño, pero él lo escucha y me atrae con más fuerza.

Las puertas del ascensor se cierran tras nosotros. El vestíbulo desaparece, luego el segundo piso, luego el tercero. Ya no quiero bromear. Atraigo su rostro al mío. Quiero más. Él me da más, levantándome contra él, saboreándome, saboreando el lado de mi cuello, justo donde sabe que me volverá loca. Mis piernas se envuelven a su alrededor, apretadas. Sus manos se enredan en mi cabello. Estoy perdiendo la cabeza.

Imagino que la suite será agradable, pero el ascensor es mejor. Es mi lugar favorito en el que hemos estado. Me presiono contra él y pienso que podría morir. He deseado esto desde siempre, y finalmente voy a tenerlo. Él no tiene idea de lo que ha hecho, de lo peligrosa que soy. Las reglas han cambiado. No puede tocarme así y esperar mantener su ropa puesta.

Deslizo una mano entre nosotros y desabotono su chaqueta, luego la empujo sobre sus hombros y la dejo caer al suelo del ascensor. Su camisa es la siguiente, pero no con paciencia. He querido poner mis labios en su pecho cada noche que hemos compartido cama —platónicamente, por acuerdo mutuo, lo que ahora parece jodidamente ridículo— y no voy a esperar ni un momento más. Desabrocho los botones con mis dedos y dientes, abriéndola de un tirón y presionando mi boca, abierta y caliente, contra su piel.

—Besiana —dice, con voz áspera y ronca. Creo que nunca lo he escuchado así.

El ascensor suena y él retrocede, solo por un segundo. Se quita la camisa arruinada de los hombros y sonríe de una manera que asustaría a cualquier otra persona. Pero yo no soy cualquier otra persona. Me encanta, y él sabe que me encanta, y estoy harta de tratar de ocultarme. Finalmente, siento que he encontrado a alguien de quien no necesito esconderme.

Estoy tan absorta en su cuerpo que casi me pierdo toda la cosa del penthouse cuando entramos.

El pecho desnudo de Dom, todo músculo delgado y piel, es tan perfecto como siempre lo he imaginado. Cada vez que he pensado en él ha sido exactamente así. Su camisa arruinada está hecha un charco en el suelo, blanca y crujiente y hecha a medida y rasgada, y no puedo creer que hice eso, excepto que sí puedo, porque es como me siento ahora mismo. Es como me he sentido desde que me empujó de rodillas para castigarme con su polla en mi boca.

Me atrapa contra la pared más cercana, sus ojos tan feroces y duros como su polla. Su boca es suave, húmeda, en todas partes, luego está dejando besos a lo largo de mi clavícula, luego está en mis muslos. Mis malvados y afilados tacones caen de mis pies al suelo. Desliza sus manos por mis piernas, subiendo mi falda, arriba,

arriba, arriba. Besa una línea ascendente por mi pierna, una línea deliberada de fuego, y mi cabeza cae hacia atrás contra la pared. Mis ojos se cierran y pierdo la noción de todo.

—Dom —digo, arqueándome, la pared dura y fría contra mis hombros—. Dom.

No responde. Su rostro está al nivel de mi centro. La tela de mis bragas se mueve a un lado, y sus dedos se deslizan dentro de mí, trabajándome hasta que no puedo soportarlo. Hasta que no puedo mantenerme en pie. Me aferro a su cabello, tirando de él en grandes puñados, atrayéndolo más cerca. Su otra mano presiona contra mi cadera, dejando moretones, insistente. Quiere que me quede quieta. Pero estoy temblando, salvaje. Nunca pensé que podría ser así. Nunca he dejado que fuera así con nadie antes, tan salvaje y temerario.

—Más —digo porque soy débil y codiciosa y no puedo pensar en ninguna razón para no pedir.

Sus dedos empujan dentro de mí, más fuerte y más rápido, hasta que todo mi mundo se inclina y gira. Estoy sin aliento e indefensa, aferrándome a él y apretándome a su alrededor, y estoy tan cerca de quebrarme que temo que pueda detenerse. Pero no se detiene. Me empuja más lejos, mi cuerpo tan apretado alrededor de sus dedos, llevándome más alto, más cerca, mi mente un borrón salvaje y mareado.

Luego está sacando sus dedos de mí. Sacándolos lo suficientemente lento como para volverme loca, lo suficientemente lento como para que piense que podría morir por ello.

Y entonces está de pie, alto y ancho y perfecto, sus ojos feroces mientras se encuentran con los míos. Mantiene mi mirada, ilegible, luego lleva sus dedos a mis labios.

Los separo, húmedos y deseosos, tomándolo, saboreándome a mí misma. Él me observa, intenso pero silencioso, mientras envuelvo mi lengua alrededor de su piel.

Luego su boca está sobre la mía otra vez, su lengua deslizándose contra las puntas de sus propios dedos, un enredo perverso y delicioso que me deja sin aliento.

—Abajo, esposo —le digo, ejerciendo una suave presión sobre sus hombros y, para mi sorpresa, obedece.

En un momento, está de rodillas nuevamente, justo donde lo necesito. Su boca está donde estaban sus dedos, una lenta caricia de fuego que me consume. Lame mi clítoris, juega con él, sin darme suficiente presión hasta que mis manos se entierran en su cabello y empujan. Ahí. Sus dedos se unen a su lengua, vibrando contra mí. Mi espalda se arquea y se levanta de la pared. Y estoy ardiendo y perdida y viva. Mueve su lengua, áspera y precisa, y mi mundo es él.

Está ávido de mí, puedo saberlo por sus gemidos, ávido por la forma en que tiemblo y me deshago, por la forma en que no puedo evitar llamarlo por su nombre. Me destrozo una y otra y otra vez, y a él le encanta, a mí me encanta, y me encanta que me encante.

Es casi demasiado, la forma en que me trabaja. La forma en que gana. La forma en que lo dejo. Se aleja y me mira, temblorosa y expuesta. No hay distancia, no ahora. Ya no. Está bajo mi piel, y lo sabe, y está tan malditamente complacido que casi quiero llorar. Mantenerme distante de él ha sido como luchar por respirar. Nunca se me ha permitido ser así: imprudente y deseosa y amada. Pero ahora, con él, lo soy. Soy libre.

Está de pie en un instante, atrayéndome a sus brazos y acariciando mi cuello con esa barba incipiente suya. Sus labios dejan un rastro de fuego sobre mi piel, y gimo un poco, aún sensible por mi clímax. Él se ríe, bajo e íntimo.

—¿Puedes soportar más? —susurra contra mi lóbulo. Me estremezco.

Sus manos van a la parte baja de mi espalda, bajando el cierre de mi vestido muy lentamente, dejándolo caer a mis pies. Ahora estoy desnuda ante él excepto por mis bragas de encaje. La tensión es deliciosamente insoportable; cada segundo que pasa me hace desearlo aún más. Y él lo sabe; se está tomando su tiempo a propósito.

Sus dedos trazan la curva de mis caderas antes de enganchar un pulgar en la cintura y tirar de ellas hacia abajo.

—Hermosa —murmura contra mis labios, su cuerpo un muro duro de músculo contra el mío.

Desabrocho sus pantalones, empujándolos hacia abajo junto con sus calzoncillos, todo en un movimiento apresurado. Su dureza se libera, y jadeo ante la vista de él, erguido y orgulloso ante mí. Es hermoso de una manera que es casi pecaminosa.

Finalmente, está de pie ante mí completamente desnudo. Su cuerpo es una escultura de músculos delgados, cada centímetro duro y suave bajo mi mirada. Pero es la forma en que me mira lo que realmente me deshace.

Sus manos caen a sus costados mientras me mira, ojos oscuros y pesados de deseo. Está en silencio, solo bebiéndome con la mirada, y una oleada de adrenalina recorre mis venas como una dosis de la droga más fuerte. Me deleito en ello, en él, en el poder que tengo sobre este hombre que domina cada habitación en la que entra.

Lentamente, se acerca a mí, su mirada nunca dejando la mía. Su mano sube para acunar mi mejilla mientras su pulgar acaricia suavemente mi labio inferior. El toque es ligero pero envía escalofríos por mi columna, haciendo que se me erice la piel.

Alzo la mano para tocar su rostro, trazando la línea afilada de su mandíbula antes de bajar a los firmes planos de su pecho.

—Dom... —jadeo cuando sus dedos se deslizan hacia mi cuello y luego mi clavícula, trazando cada línea y curva.

Él se ríe al escuchar su nombre en mis labios, el sonido profundo y resonante en la habitación silenciosa. —Paciencia, cara —murmura, bajando la cabeza para capturar mis labios en un beso abrasador.

Su lengua se desliza contra la mía en una danza lenta que me hace caer en un vertiginoso remolino de deseo. Su sabor es embriagador, y mis dedos se clavan en su espalda, desesperados por más contacto.

Se aparta lentamente, dejándome sin aliento y deseosa. Sus manos recorren mi cuerpo mientras da un paso atrás, observándome de pies a cabeza. Sus ojos están llenos de lujuria, su mirada devorando cada centímetro de mi piel expuesta.

—Eres exquisita —confiesa, su voz baja y ronca—. Mía.

Su posesividad envía un escalofrío de emoción a través de mí. Una pequeña parte de mí está aterrorizada por lo mucho que me encanta, lo mucho que quiero ser reclamada por él. Pero la parte

más grande, la parte que ha cobrado vida en sus brazos esta noche, se deleita en ello.

Sus dedos trazan mis curvas con una reverencia que me quita el aliento. Cada toque es firme pero cuidadoso, como si temiera romperme. Sus manos continúan su exploración, moviéndose por mi cuerpo, a lo largo de mis costados, sobre la curva de mi cintura. Se está tomando su tiempo, provocándome con cada toque, cada beso. Su palma encuentra mi pecho y acaricia el pezón endurecido con su pulgar, su toque ligero como una pluma y enloquecedoramente lento.

Gimo en su boca hasta que baja la cabeza para reemplazar su pulgar con su boca. La sensación de sus labios en mi piel es electrizante y no puedo suprimir el gemido que sale de mi boca mientras me toma más profundamente.

Me conduce hacia el dormitorio, un espacio amplio dominado por una cama con dosel de gran tamaño debajo de una araña ornamentada.

Sus manos agarran mis caderas, levantándome del suelo. Instintivamente envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, presionando mi cuerpo contra el suyo de una manera que nos hace gemir a ambos. Me lleva hasta la cama, acostándome suavemente antes de cubrir mi cuerpo con el suyo.

La sensación de él contra mí es embriagadora. Su dureza empuja en mi entrada, haciéndome gemir de necesidad. Pero permanece quieto, capturando mi mirada con la suya. Sus ojos son tan intensos; están casi negros de deseo. Y sin embargo, hay una suavidad allí que hace que mi corazón se agite.

—Te amo —murmura contra mis labios antes de empujar dentro de mí.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Jadeo por la intensidad de ellas, por la intensidad de él llenándome completamente. Las lágrimas pican en las esquinas de mis ojos mientras lo miro. La respuesta está en mi lengua, pero no fluye naturalmente, así que lo envuelvo en otro beso.

Y entonces él se está moviendo de nuevo, y Dios, es éxtasis.

Empieza a moverse, el ritmo lento y medido al principio. Sus embestidas están perfectamente sincronizadas, cada una enviando una descarga de placer que irradia a través de mí. La sensación de tenerlo dentro es embriagadora: una deliciosa combinación de placer y un toque de dolor que me hace echar la cabeza hacia atrás en éxtasis. Su mano encuentra la mía, nuestros dedos entrelazándose mientras continúa moviéndose dentro de mí.

Me muevo con él, mi cuerpo arqueándose para encontrarse con cada embestida. Está enterrado dentro de mí, tan profundo que puedo sentirlo en cada terminación nerviosa. Mis manos recorren su espalda, trazando las líneas de sus músculos mientras se mueve.

Sus gemidos llenan la habitación, el sonido crudo y desesperado. Ya no se contiene, su cuerpo golpeando contra el mío mientras busca su liberación. Puedo sentirlo desmoronarse, sus movimientos volviéndose erráticos y salvajes. Y entonces llega, derramándose dentro de mí con un grito áspero de mi nombre.

Su mano se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando mi sensible botón. Juega con él, sumando al placer que ya amenaza con consumirme.

—Zemër —gimo, el término albanés escapando de mis labios mientras me aferro a él, mis uñas clavándose en los duros músculos de su espalda mientras cada músculo de mi cuerpo se contrae.

Domenico está enterrado profundamente, alojado bajo mi piel, y nunca quiero que se vaya.

19

Domenico

Todo se siente diferente hoy. La luz que entra por la ventana, la sensación de las sábanas, el lento y suave tirón de la respiración de Besiana contra mi cuello. Por primera vez en años, no quiero moverme. Incluso el dolor en mi hombro es menos cruel. Su pierna está echada sobre mí, pesada y cálida. Su brazo también. No sé dónde termina ella y dónde comienzo yo, y no me importa. Todavía puedo olerla en mi piel. Todavía puedo saborearla en mi lengua. Todavía puedo escuchar cómo dijo mi nombre anoche, abriendo mi mundo de golpe.

Las sábanas crujen cuando ella se mueve. Suspira suavemente, sus labios apenas rozando mi cuello. Contengo la respiración para no despertarla, para poder aferrarme a esto: a cómo se siente ella a mi lado, a cómo me hace sentir, antes de que el día irrumpa con todas sus expectativas y exigencias. Anoche, lo dije en voz alta. Tres palabras que saben extrañas en mi boca, que nunca había dicho antes. —Te amo —Simple, expuesto. Por una vez, no fui estratégico. Por una vez, fui el tonto. Se sintió como entregarle un arma cargada y esperar que no disparara. Pero lo decía en serio. Aún lo hago. La mirada en sus ojos cuando se dio cuenta de que no estaba jugando, de que no estaba mintiendo.

Ella no me lo dijo de vuelta, pero no esperaba que lo hiciera. Se lo dije porque era verdad. Porque es verdad.

Cierro los ojos, obligándome a volver a dormir. No quiero que esta sensación se desvanezca. El ático del hotel está en silencio, solo se oye el suave zumbido de la ciudad afuera. Su respiración me tranquiliza. No he dormido tan bien en años, pero me desperté queriendo más de ella. Siempre lo hago.

Su cabello es un enredo sobre mi pecho, suave y oscuro. Ahora me deja tocarlo. Me deja tocarla en todas partes. Me muevo debajo de ella, siento su pierna apretarse a mi alrededor como si no quisiera que me fuera. O tal vez eso es solo lo que quiero que signifique. Pienso en anoche, en cómo me miró como si nadie más estuviera mirando. Cómo se abrió para mí, amplia y hermosa y mía.

Besiana suspira, un sonido bajo y somnoliento que me excita de nuevo. Toda la habitación huele a ella, y lo respiro, preguntándome si aún estoy soñando. Ella se mueve, se acomoda contra mí, pero no se despierta. Nunca baja la guardia así. Su maquillaje está corrido, una sombra bajo sus ojos, y nunca se ha visto más perfecta.

Me giro de lado, atrayéndola más cerca. Encaja en el hueco de mi brazo. Incluso en su sueño, está cautelosa. No dice mucho sobre él, pero sé que su padre la mantiene con una correa corta. Sé lo que hacen los hombres como él. Ella dijo que yo era como él una vez. Frío. Sin sentimientos. Como si no pudiera amarla aunque quisiera.

Nunca olvidaré la mirada en sus ojos cuando le dije que la amaba. Intentó ocultarlo, ser cuidadosa y afilada y Besiana, pero la vi. La veo ahora, como realmente es. La sábana se tensa sobre sus pechos y su vientre, y quiero verla toda de nuevo. Quiero despertarla y ver la sorpresa en su rostro.

Sigo el rastro de su cabello con mis dedos, dejándolo deslizarse entre mis manos. Mi polla está tan dura que casi duele. Debería dejarla dormir, pero no tengo ese tipo de paciencia. No cuando está justo aquí, suave y cálida y todo lo que siempre he deseado. El resto del mundo está esperando que nos destruyamos mutuamente. Estoy listo para ello, pero aún no.

Ahora no.

Aparto las sábanas lentamente, y ella tiembla ante la pérdida. Deja al descubierto sus pechos, su vientre, sus piernas. Es demasiado perfecta, demasiado tentadora. Aún no se despierta. No sé si quiero

que lo haga, si la quiero así, vulnerable y entregada. Murmura algo que no alcanzo a entender, pero no necesito hacerlo. El sonido es suficiente. Sus bragas son un enredo de encaje negro en el suelo, y me encanta la idea de que sigan allí, un recordatorio perfecto de anoche.

Deslizo mis dedos por su muslo y ella se retuerce. Tan malditamente perfecta. Alcanzo entre sus piernas, ya húmeda y lista para mí. Su piel está caliente, su pulso frenético contra mi palma. Se estremece, empuja contra mí como si no pudiera evitarlo, y mi control se rompe.

La giro sobre su espalda, mi respiración áspera en mi garganta. El peso de su cuerpo debajo del mío me hace sentir como un hombre diferente. Como alguien capaz de más que control y cálculo. Observo su rostro mientras empieza a despertar, mientras me dirige esa mirada suave, y me vuelve loco. Su respiración se acelera, y sus manos suben, deslizándose en mi cabello y tirando de mí hacia abajo.

Dejo que se queden allí.

—¿Estabas soñando conmigo, nena? —susurro contra su oído, presionando la longitud de mi cuerpo contra el suyo. Sus labios se separan, el inicio de mi nombre escapando, y es la única respuesta que necesito. Me introduzco en ella, profundo y seguro, enterrándome con una embestida dura. Ella grita, sin aliento, necesitada, tan malditamente hermosa.

—Dom...

Mi nombre, una plegaria, una promesa. Se arquea hacia mí, codiciosa y jadeante, atrayéndome aún más cerca. Sus muslos agarran mis costados, y tiene una docena de quejas en la punta de la lengua. No dejo que las exprese.

—¿No puedes dejarme dormir? —dice, con la voz entrecortada, bromeando. Tampoco dejo que haga eso.

Sus uñas se clavan en mi espalda, y me trago el resto de sus palabras. La tomo dura y rápidamente, presionando sus muñecas por encima de su cabeza y manteniéndolas allí, implacable y seguro. Ella quiere esto tanto como yo, y nunca ha sido así antes. Nunca.

Sus piernas se cierran alrededor de mi cintura, y embisto más profundo, más fuerte. Se muerde el labio, luchando contra lo que siente. Es lo que amo de ella. Es lo que me vuelve loco.

—No tienes que contenerte —le digo, con un gruñido bajo en mi garganta—. No conmigo.

Ella gime, echando la cabeza hacia atrás, los labios rojos y desesperados volviéndome loco. No cedo, viéndola deshacerse, viendo la sorpresa en su rostro mientras me muevo más rápido. Sus caderas se levantan para encontrarse con las mías, y tengo que decírselo de nuevo, tengo que decir las palabras que nos deshacen a ambos.

—Te amo.

No sé si me escucha, no sé si es capaz de algo más que esto, el empuje y tirón y el impulso de nuestros cuerpos juntos. Me pierdo en ello, en ella, en nosotros, el resto del mundo desvaneciéndose. Ella jadea, se estremece, y luego lo dice de vuelta en un apuro de aliento, un apuro de calor, un apuro de todo.

—Yo... —Su voz se quiebra, luego todo su cuerpo, y grita mi nombre.

Es todo lo que quiero. Es más de lo que esperaba.

Llego al clímax con un estremecimiento y un gemido, desplomándome en sus brazos. Ella me sostiene allí como si nunca planeara soltarme.

Ríe un poco, sin aliento y satisfecha debajo de mí.

Sus mejillas están sonrojadas, los labios hinchados, los ojos entrecerrados, y es la visión más hermosa que he visto jamás.

Sus dedos se enredan en mi cabello, las uñas rozando mi cuero cabelludo de una manera que me hace querer empezar todo de nuevo. Me muevo ligeramente, con cuidado de no aplastarla, y ella suspira contra mi pecho cuando me aparto rodando.

—Tú... —comienza, pero su voz se apaga mientras bosteza y se acurruca contra mí.

Sonrío al techo, más feliz de lo que tengo derecho a estar. —¿Qué pasa conmigo?

Su respuesta es un largo silencio seguido de otro bostezo. —Me estás haciendo muy difícil despertarme —murmura contra mi piel.

—Bien. Quédate.

Se estira perezosamente, sus extremidades cálidas contra las mías. —No podemos simplemente quedarnos aquí acostados todo el día.

Me incorporo sobre un codo para verla mejor, y ella se sonroja bajo mi mirada. Su cabello oscuro está esparcido sobre la funda blanca de la almohada como un halo de tinta y sus ojos verde pálido tienen una suavidad que rara vez he visto antes.

Lentamente, trazo patrones en su piel desnuda con las yemas de mis dedos. Ella suspira contenta, cerrando los ojos.

—¿Por qué no? —pregunto.

Besiana abre los ojos para encontrarse con los míos. —¿No tienes trabajo?

—El trabajo puede esperar —digo sin vacilar—. Primero, necesitas desayunar.

Ella sonríe entonces, suave y genuina, alzando la mano para acariciar suavemente mi mejilla. Presiono mis labios contra su frente y luego me estiro para tomar el teléfono y hacer el pedido.

Una sonrisa perezosa tira de sus labios mientras me observa hablar suavemente al receptor.

El golpe en nuestra puerta llega antes de lo esperado, un camarero del hotel llevando una bandeja de plata cargada con una pila de panqueques, con jarabe escurriendo por los lados, y un gran tazón de helado de vainilla.

Cuando el camarero se va, ella arquea una ceja hacia mí. —¿Helado? ¿Para el desayuno?

—Lo que sea por ti —le digo—. Y nunca lo olvides.

Espero pacientemente mientras ella mordisquea sus panqueques, bebiendo mi café hasta que juzgo que ha comido lo suficiente por ahora, luego saco una gran cucharada de helado y la sostengo contra su pezón, usando mi otra mano para asegurarme de que no se aleje.

—¿Qué demonios...?

—Shh, cariño —murmuro, concentrado en observar cómo su pezón perfecto se endurece con el frío del helado.

—Estás haciendo un desastre —protesta.

—Lo limpiaré —gruño, inclinándome para lamer el helado de su pecho.

Ella se ríe.

Luego, rocío jarabe de arce sobre sus pechos, observando cómo gotea sobre ellos y cae en sus piernas, en las sábanas, por su vientre.

—Ahora estás haciendo aún más desastre —bromea, pero su voz se vuelve ronca, perdiendo ese tono risueño.

—Menos mal que tengo hambre —respondo, mi voz espesa de deseo. Mi lengua sigue el rastro del jarabe, girando alrededor de su pezón antes de chuparlo en mi boca. Ella jadea, arqueándose hacia mí, sus manos encontrando el camino hacia mi cabello.

Su risa se convierte en un jadeo y luego en un gemido mientras recorro su cuerpo, saboreando cada centímetro de ella.

Su cuerpo es mi festín, mi patio de juegos, y me pierdo en su sabor.

De repente, la cama es demasiado pequeña para mi creciente necesidad de poseerla de nuevo. Mis labios se mueven más abajo, trazando las curvas de su estómago, hundiéndose en su ombligo. Ella se retuerce debajo de mí, y es música para mis oídos.

—Te deseo —murmuro contra su piel, mis manos deslizándose bajo sus muslos para abrir sus piernas—. Ahora.

Mis labios se cierran alrededor del sensible botón de carne entre sus piernas, y ella jadea de nuevo. Sus dedos se aprietan en mi cabello mientras lamo y chupo, llevándola hacia el borde con una determinación implacable. El dulce sabor del jarabe en su piel se mezcla con su sabor único, y estoy adicto. Ella son suspiros suaves y jadeos agudos, uñas clavándose en mis hombros mientras se arquea sobre la cama. Sus piernas me rodean, acercándome más, desesperada por más.

Ella tiembla y grita cuando llega al clímax. El mundo fuera de este penthouse todavía existe, estoy seguro, pero ahora mismo no me importa un carajo.

20

Besiana

Una luz gris lo oprime todo mientras camino hacia la casa de mi padre. El edificio, los hombres que lo custodian, las ventanas que vigilan desde arriba. Yo también me siento pesada. Como si alguien hubiera reemplazado mi sangre con concreto y me hubiera ordenado correr. Mi padre estará en su oficina. Su cuchillo favorito —una hoja más vieja que yo— estará sobre el escritorio, brillando como un tercer ojo. Ensayo mis líneas con cada paso. —Ya no espiaré para usted —murmuro entre dientes—. Me retiro. La traición se arrastra sobre mi piel, sus ojos ya están sobre mí. Pero tengo que hacer esto.

Estoy vestida a la perfección. Cada línea precisa. Un traje nuevo, elegante y oscuro. Un abrigo nuevo, lujoso y caro. Italiano. Un diseñador favorecido por los Rosetti. Hay consuelo en usarlos aquí, en territorio enemigo. Si todo se va al infierno, caeré envuelta en una declaración de guerra.

Un hombre de traje oscuro abre la puerta principal. Es nuevo, recién afeitado y entusiasta. —Buenos días, señorita Dushku. —Me mira fijamente como si estuviera memorizándome, por si necesita informar sobre lo que llevo puesto y cómo me veo.

Sonrío sin sentirlo. —Por ahora —digo.

Él se hace a un lado.

Dentro, el vestíbulo se extiende ante mí, pero ignoro las habitaciones y me dirijo directamente a la puerta trasera. A esta

hora del día, él estará en el jardín. Yo solía tomar el turno de la mañana temprano, leyendo mi poesía en paz, y él tomaba café allí después.

Avanzo, rápida y decidida, mis zapatos crujiendo uniformemente sobre la grava como si lo tuviera todo bajo control.

Acaricio el cuchillo de Mami, que está escondido bajo mi abrigo, aunque si esto llega a los golpes, no tendré ninguna oportunidad contra su ejército de hombres.

Adrian Dushku espera, una estatua perfecta contra el cielo gris de noviembre. Está de pie cerca del estanque de concreto que sirve como pieza central del jardín. El agua es demasiado oscura para ser invitante. Un jardinero atiende las plantas a lo lejos, y parece la escena tranquila perfecta, pero sé que hombres de traje nos observan a través de lentes de cámaras, listos para atacar. Algunas hojas que deberían haber caído aún se aferran a los árboles. Su rojo profundo casi parece sangre.

Mi padre me presta toda su atención. Su enfoque golpea como una ráfaga de aire frío. Soy lo suficientemente importante como para ser el centro de su universo, aunque sea solo por unos minutos.

Me quedo allí, lista para recitar mis líneas, cuando noto cómo está vestido. Cuello abierto. Sin corbata. Es tan poco característico de él. Incluso tiene las mangas arremangadas, como si el mero pensamiento del esfuerzo lo volviera perezoso.

Recuerdo otra ocasión, cuando llevaba una chaqueta sobre su pijama, la única otra vez que lo he visto sin traje. El día que Mami murió de su repentina "enfermedad". El día que cambió mi vida.

Doy unos pasos más cerca. Sus ojos gris pálido me encuentran, luego se detienen como si estuvieran aferrándose a algún cálculo importante. Mis líneas se disuelven en mi cabeza, pero no puedo retroceder.

—Baba —digo.

—Besiana. —Está más cálido de lo habitual. Su expresión se suaviza, todo padre orgulloso. Toda máscara—. La dirección del almacén era correcta.

Eso es lo más cerca que mi padre llegará alguna vez a agradecerme, y supongo que debería estar orgullosa. Pero todo lo

que saboreo son cenizas, y paso la lengua por el interior de mis dientes para deshacerme del sabor.

—Vine a hablar de eso —digo, complacida de que mi tono se mantenga parejo, aunque mi corazón late aceleradamente.

—¿Ya tienes más información para mí? —Sus ojos se entrecierran —. Todavía necesito al químico o, al menos, la fórmula de la droga. Cada día que pasa pone a nuestra familia en más peligro.

—¿Peligro? —pregunto, con un tono sarcástico en mis palabras—. ¿Peligro de qué?

—De perder contra los Rosetti.

Me burlo. —¿Eso es todo? Me ha dicho toda mi vida que los Rosetti son despiadados y malvados. Pero usted es peor de lo que ellos jamás han sido. Está dispuesto a sacrificar a su propia familia.

Sus ojos se entrecierran, la suavidad desaparece. —Cuida tu tono, niña.

Enderezo mis hombros, tratando de parecer más fuerte de lo que me siento. Pero el miedo y la determinación corren por mis venas, tropezando entre sí para tomar el control. Su mirada es nítida y fría, erosionando mi resolución. El viento cambia, y huele como si el invierno estuviera llegando. Como si todo estuviera a punto de morir.

Me burlo, y al oírlo, su expresión apenas cambia, pero lo veo. El más leve tic en la comisura de sus ojos.

—Te estoy protegiendo —dice, sonando más apático que protector —. Te he hecho la cortesía de mantener este arreglo, desviando la culpa del ataque al almacén hacia los rusos, aunque nos ponga a todos en riesgo. —Hace una pausa, y escucho la amenaza en los bordes—. Pero esa cortesía no tiene por qué extenderse para siempre.

He jugado este juego durante veintiséis años. Siendo la buena hija. Siendo la espía. Pero si es una elección entre seguir a Mami o vivir mi vida como su herramienta, sé lo que tengo que hacer. Él es un jugador de ajedrez, y estoy cansada de ser el peón en su juego. Mis líneas vuelven de golpe, y me aferro a ellas como si pudieran salvarme.

—Ya no espiaré para usted. Me retiro.

Un destello de algo en sus ojos. Demasiado rápido para saber qué. Luego una sonrisa paciente, como si solo fuera una niña con alguna petición imposible.

Tengo diez años. Quiero un cachorro. Quiero ver a mis amigos. Quiero cualquier cosa que no sea esta vida.

—No —dice como si estuviera corrigiendo un pequeño error. Mira mi abrigo, con una ceja levantada, luego vuelve a mi cara—. ¿Qué estás pensando, presentándote vistiendo italiano?

—Estoy pensando que no lo necesito. —Levanto la barbilla.

—¿Ah, sí? —Cruza los brazos.

No parpadeo. —Ya no me usará más.

Me mira fijamente, entrecerrando los ojos. Calculando. Es peor que si estuviera enojado. Un fuerte crujido resuena, como un disparo, y mi corazón da un vuelco. Me giro rápidamente. El jefe de seguridad está de pie junto a la entrada. Su atención está fija en mí, inexpresivo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Adrian se encoge de hombros. Es un movimiento lento y deliberado, y lo odio. —¿Y Domenico Rosetti te está usando en su lugar? —Suena divertido, como si fuera un padre normal, preguntando por mi novio—. ¿O crees que te ama?

—No —digo, pero el filo en mi voz se escapa con la palabra. Mis manos están frías. Mis pies también.

—¿Olvidaste lo que le pasó a tu madre? —pregunta con apenas emoción—. ¿O simplemente no te importa?

Se me hace un nudo en el estómago y un pequeño suspiro agudo escapa de mi boca. Pienso en Mami. En ese día. El abrigo sobre el pijama. El doctor saliendo con dinero en el bolsillo. Tenía nueve años, pero incluso entonces lo sabía. Sabía que la naturaleza gentil de mi madre era una debilidad, y ahora sé que el mismo destino podría estar esperándome. Después de todo, soy su hija. Igual de blanda donde importa. Si Baba se sale con la suya, iré a la misma tumba, sin importar cuánto lo intente disimular.

Aprieto los puños. —No metas a Mami en esto.

—Pero ¿no sabes que se supone que debes aprender de tu madre? —Lo dice como si fuera un gran chiste, sonriendo ampliamente.

—Siempre me dijiste que murió de una enfermedad —le respondo.

Su sonrisa se afila. —Y tú, niña lista, nunca me creíste. —Se sienta y cruza una pierna sobre la otra, sacudiéndose una mota de polvo como si no acabara de amenazar con enterrar a otro miembro de la familia—. No querrías que tu precioso esposo contrajera la misma... enfermedad.

Mis uñas se clavan en las palmas de mis manos y miro de reojo al jefe de seguridad. ¿Podré hundir la daga de Mami en el pecho de mi padre antes de que su gorila en traje nos alcance? Una idea desesperada y ridícula.

El rostro de Dom aparece frente a mí. La forma en que me mira como si no fuera un peón. No dejaré que mi padre le haga esto. No dejaré que mi familia me arruine.

¿Podríamos huir? ¿Podríamos sobrevivir?

Baba me está observando, y sé lo que eso significa. Ya ha planeado para eso. Ya lo ha tenido en cuenta. Mi padre es muchas cosas, pero nunca está desprevenido.

Aflojo los puños. Una estrategia diferente, entonces. Un último intento.

—¿Por qué? —pregunto, y mi voz es un susurro. El fantasma de una niña que solía ser—. ¿Por qué mataste a Mami?

Adrian sostiene mi mirada durante mucho tiempo. Lo suficiente como para que los latidos de mi corazón se vuelvan demasiado fuertes en mis oídos. —Intentó irse. Intentó llevarte a ti y a Dritan y dejarme. La traición —dice— tiene una forma de alcanzarte.

No puedo respirar bien. No puedo pensar bien. Saco mi teléfono, mi único salvavidas, con el pulgar temblando mientras escribo un mensaje a Domenico. *Ven a buscarme. Ven rápido.*

Vuelvo a guardar el teléfono en mi bolsillo. Finjo estar compuesta, controlada y a cargo.

—¿Y Dritan? —pregunto. Necesito saber qué le pasó a mi hermano.

Baba se recuesta y extiende los brazos sobre el respaldo del banco de piedra. —Un terrible accidente —dice, y luego me guiña un ojo. Me. Guiña. Un. Ojo.

Estoy sudando bajo mi abrigo, el pensamiento demasiado caliente para mi piel. Era solo una niña cuando los perdí a ambos. La edad

perfecta para aprender mis lecciones.

—Lo que les pasó a ellos —digo—, no le pasará a Dom.

Se ríe, y el sonido chirría como acero contra vidrio. —Ya veremos, Besiana.

Escucho su voz, pero estoy en otro lugar. Otro día. Lo veo con su chaqueta sobre el pijama, lo siento de pie sobre mí, el cuchillo de Mami en su mano. *Eres mi hija*, dijo. Su voz aún fría, y la hoja presionada contra mi cara. *Eso te hace fuerte. Una niña perfecta, perfecta.* Luego arrojó la hoja sobre mi almohada, a centímetros de mi cabeza, y se alejó.

Me llevo la mano a la mejilla, como si las cicatrices fueran recientes.

Adrian permanece quieto, observándome recordar, y no dice una palabra.

Frío. Deliberado. Letal.

—Tienes miedo —dice, lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche.

Hay una nueva desesperación en mí, y la odio. Soy lo suficientemente fuerte para alejarme de esta vida. ¿No es así?

—No —escupo, con las manos temblando dentro del bolsillo de mi abrigo.

—Deberías tenerlo. —Su voz es suave como la de un padre, y me dan ganas de llorar.

—Debería irme.

Sonríe. Es lento y peligroso. Me siento como un ciervo en la boca de un lobo.

Intento mantener la cabeza en alto, pero mis manos no dejan de temblar.

—Nunca deberías haber venido, Besiana. Hay consecuencias para cada elección. Irse. Llegar. Traicionar a tu propia sangre.

Asiente a su jefe de seguridad, que está parado como una sombra junto a las puertas dobles. Crunch, crunch, crunch. Cada paso sobre la grava suena como el crujido de mis propios huesos. Mis dedos se cierran alrededor de la empuñadura de mi daga.

21

Domenico

Apenas logro estacionar el auto antes de salir corriendo. El aire frío me golpea la cara, pero no lo siento. No siento nada excepto el mensaje de texto de Besiana que me quema en el bolsillo. Debí haber sabido que esto pasaría. Nunca debí dejar que se alejara de mi lado. Soy un idiota por pensar que se podía confiar en Adrian, aunque fuera por un día.

Las puertas principales están abiertas de par en par pero vigiladas como una fortaleza. Los hombres de negro apenas se inmutan cuando paso corriendo junto a ellos, gritando como un loco: —¿Dónde está ella?

Saben exactamente de quién estoy hablando.

—Patio trasero —balbucea uno de ellos.

El frío muerde con más fuerza, pero lo ignoro. Todo lo que veo en mi mente es a Besiana, sola con Adrian y sus hombres, y el miedo se agita dentro de mí como veneno.

Giro a la derecha, corriendo a toda velocidad junto a una hilera de altas ventanas, y cuando doblo la esquina, la veo. Al otro lado de la fuente de piedra. Uno de los hombres de Adrian la tiene agarrada del brazo. Puedo ver la presión de sus dedos, apretando a través de su abrigo.

Cruzo el jardín, moviéndome como una bala. Estoy a mitad de camino cuando veo la cara del guardia, cruel y fea, tensa con la

arrogancia de alguien que cree que puede salirse con la suya. El viento es cortante, atravesando mi ropa, pero no lo siento. No siento nada excepto la rabia que golpea en mi pecho, al ritmo de cada paso mientras acorto la distancia. Besiana está completamente quieta, pero la conozco lo suficiente como para ver la tensión en sus hombros, la forma en que su boca se aprieta en una línea dura.

No me detengo hasta que estoy allí mismo, hasta que la grava cruje bajo mis zapatos al frenar.

Y entonces el guardia comete el error de mirarme.

Está muerto antes de que sus ojos puedan abrirse de par en par. El cuchillo se desliza fácilmente en él, justo debajo de sus costillas, y está en el suelo antes de darse cuenta de lo que sucedió. Saco la hoja y dejo caer su cuerpo. La sangre se empapa en la grava. Mi pulso está estable ahora, cada parte de mí enfocada y fría como el hielo. Tal como fui entrenado para estar. Meto el cuchillo de vuelta bajo mi chaqueta, donde pertenece. Adrian debería saber que no debe dejar que sus hombres pongan sus manos sobre mi esposa.

Más guardias se abalanzan, acortando la distancia con las armas desenfundadas. Estoy solo, pero mis hombres deberían llegar pronto. Pero no retrocedo. Nunca retrocedo, especialmente cuando la seguridad de Besiana está en juego. Cuadro los hombros, echando un último vistazo al hombre muerto a mis pies. La grava cruje mientras se acercan, mi pulso extrañamente calmado. El primer guardia lo piensa dos veces y vacila. Se detiene justo fuera de mi alcance, con miedo en su rostro, y de repente todos se están deteniendo, hasta el último de ellos se congela cuando Adrian Dushku les hace una señal.

Él está parado detrás de la fuente, con una mano levantada. Nos observa con ojos de cadáver, grises y sin vida. Los guardias siguen en alerta, sus armas temblando hacia mí, pero no se mueven. Adrian baja la mano y los atraviesa, deteniéndose cuando está lo suficientemente cerca para hablar.

—Interesante enfoque —dice.

No me molesto en responder. No hay nada que necesite decirle a este hombre. No ahora, cuando estoy más preocupado por asegurarme de que Besiana esté ilesa.

Me aparto de él y la agarro por los hombros, no tan gentilmente como debería. No tiene marcas, y trato de no imaginar cuántas habría habido si no hubiera llegado tan rápido. Ella me mira fijamente, con ojos verde pálido fríos, pero puedo ver la grieta bajo el hielo, la grieta que nadie más puede ver. Es la única señal de que está aliviada de verme.

—¿Estás herida? —pregunto.

—Viniste —dice ella, evitando la pregunta, pero no veo ninguna lesión.

—No deberías haber venido sola —digo.

Ella aprieta la mandíbula y no dice nada, desviando su mirada más allá de mí hacia el cuerpo en el suelo. El cadáver. Mis dedos se aferran a su hombro. No me importa cuán fría intente ser; si hubiera esperado un minuto más, habría descubierto cuánto daño podría hacer su padre. Esa conversación en particular puede esperar hasta más tarde.

Miro a Adrian, tratando de no dejarle ver la rabia que hierve dentro de mí. —Es tu propia hija —digo—. ¿Por qué exactamente tu hombre tenía sus manos sobre ella?

Adrian se encoge de hombros. —¿Por qué cualquier hombre pone sus manos sobre una mujer?

Los celos arden dentro de mí, pero los reprimo. Sé que este monstruo está tratando de provocarme. Pero voy a hacer que se arrepienta. Voy a hacer que se arrepienta de cada maldita palabra.

En lugar de romperle el cuello con mis puños, me quedo callado y lo dejo hablar, dejo que piense que es él quien tiene la ventaja. Me obligo a quedarme quieto, a jugar esto con cuidado.

¿Cómo se atreve Adrian a tratar tan mal a su hija? ¿Cómo se atreve?

Miro a los ojos de Besiana, tranquilizado por su feroz determinación. Era una reina, incluso frente al peligro. La daga de su madre siempre lista en su cintura.

—Ve —le digo suavemente, dejando a un lado mi enojo por un momento—. Sal de aquí.

—No te voy a dejar solo con él —dice obstinadamente, su voz un susurro contra el viento frío.

—Tienes que confiar en mí, Besa —le digo, dándole un apretón tranquilizador en los hombros.

Su mirada vacila entre la mía y la de Adrian antes de que finalmente asienta. Echa un último vistazo al guardia caído, luego se da la vuelta para irse.

Adrian le grita a su espalda mientras se aleja. —Tradhtia nuk të falet, vajzë. As nga unë, as nga bota.

Está mirando a su hija mientras se aleja, sus ojos grises escalofriántemente desprovistos de cualquier amor o preocupación paternal. Probablemente gritando una amenaza. Me da asco.

Cuando ella está a salvo, me vuelvo hacia su padre y me inclino, mi voz apenas un susurro. —Has cometido un grave error, Adrian. Verás, me importa un carajo la política del cartel o los códigos de conducta. Todo lo que me importa es la seguridad de mi esposa. Vuelve a tocarla, y estás muerto, viejo.

Los labios de Adrian se contraen en un fantasma de sonrisa. —Grandes palabras para un hombre en inferioridad numérica.

Me enderezo y dejo que mi mirada vague hacia sus hombres armados con pistolas. Luego me vuelvo hacia Adrian y me encojo de hombros con indiferencia. —Los números no significan nada si no estás vivo para contarlos.

El silencio pesa entre nosotros, la amenaza subyacente clara como el día. Una ráfaga de viento frío recorre el patio, agitando las hojas caídas del color de la sangre.

Se recuesta contra la fría piedra de la fuente, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus ojos grises se clavan en los míos.

—Rosetti —arrastra las palabras, cada sílaba goteando desdén—. Siempre has sido una espina en mi costado.

—Igualmente —replico, manteniendo mi voz plana y sin emoción. No necesita saber la profundidad de mi odio hacia él, ni hasta dónde llegaría para proteger a Besiana de él.

Adrian se aleja de la fuente.

—Las espinas se pueden quitar fácilmente —dice, sus ojos aún fijos en los míos.

Antes de que pueda responder, se escucha un repentino ruido de pasos detrás de mí. Una mirada rápida lo confirma: mis hombres

finalmente están aquí. Su llegada corta la tensión, sus rostros endurecidos y sus manos aferrando sus armas con fuerza.

La mirada de Adrian se desvía hacia ellos antes de volver a posarse en mí. Sus labios se contraen en una sonrisa más notoria esta vez. No llega a sus ojos.

Con una última mirada prolongada, se aleja de mí y camina de vuelta hacia sus hombres. Sus soldados se apartan para dejarlo pasar, sus ojos aún fijos en mí con cautela. Los observo retirarse hacia la mansión, una sensación de inquietud me carcome las entrañas. Esta pelea está lejos de terminar.

—¿Algún problema? —pregunta uno de mis hombres, Terzo, mientras se acerca. Es un gigante de hombre, con hombros como los de un toro y manos que podrían fácilmente rodear el cuello de alguien.

—Solo algo que tenía que resolver —respondo, señalando con la barbilla hacia el cuerpo aún tendido sobre la grava.

Terzo frunce el ceño, sus ojos oscuros escaneando el patio. —¿Estás seguro de que estás bien? —Sabe que es mejor no preguntar por Besiana. Sabe que si algo le hubiera pasado, habría muchos más cuerpos en el suelo.

—Solo llega más rápido la próxima vez —le espeto.

Mi mirada se desvía hacia donde Besiana desapareció por el camino de entrada. Necesito verla de nuevo.

Cuando llego al auto, encuentro a Besiana apoyada contra él, flanqueada por dos de mis hombres. Se apartan cuando me acerco, y empujo a Besiana dentro de la camioneta, mirando de vuelta hacia la propiedad, a los guardias y las sombras. Mi pulso se acelera de nuevo, no por miedo, sino por la pura necesidad de protegerla. Tengo que sacarla de aquí.

Besiana me observa a través de la ventana, sus ojos indescifrables. Siempre ha sido así, incluso antes del matrimonio, siempre actuando como si no le importara si vive o muere. Tomo un respiro profundo y rodeo el auto hacia el lado del conductor, sacudiéndome el frío antes de que pueda asentarse.

Me subo al auto, y ella rompe el silencio.

—Sabes que estás loco, ¿verdad? No puedes amenazar a mi padre —dice.

Gruño, tratando de tranquilizarla. —No te va a tocar de nuevo —digo, mis palabras no dejan lugar a discusión. Su seguridad significa más para mí que cualquier guerra territorial o venganza de sangre. El error de Adrian fue pensar que no vendría por ella, que valoro mi vida más que la suya.

—Te matará —dice ella.

Un suspiro se escapa entre mis dientes. Tiene razón en estar asustada, pero se equivoca si cree que simplemente me voy a dar por vencido y dejar que suceda. —¿Has olvidado quién soy? —Me giro hacia ella, mis ojos fijos en los suyos para asegurarme de que lo entienda—. Los Rosetti somos cazadores, no presas.

Antes de que pueda replicar, giro la llave y me alejo de la acera, manteniendo mis ojos en el camino, sin confiar en mí mismo para mirarla. Ella será mi muerte. Tal vez literalmente.

22

Besiana

Todavía estoy temblando cuando llegamos a la mansión Rosetti, mis dientes castañetean como juguetes de cuerda. Domenico no dice una palabra, su mano agarra el volante con tanta fuerza que espero que se parta en dos. Cierra la puerta del auto de un golpe y estamos dentro antes de que pueda recuperar el aliento. Lo sigo a través de los pasillos helados.

—¿Qué demonios hacías allí, Besiana? —pregunta finalmente, cada palabra tan afilada como vidrio roto. Mi voz está atrapada en algún lugar profundo de mi pecho. Lo miro y siento todo —furia, preocupación, alivio— emanando de él como truenos.

—Despidiéndome —logro decir—. Para siempre.

Sus ojos se entrecierran, suspicaces. —No tenías que ir a su casa.

Me froto los brazos por el frío, mi cabeza aún da vueltas. Los pisos de mármol brillan bajo las luces duras. Puedo sentir su mirada. Se acerca y mi corazón se encoge.

—¿Su casa? También fue mi casa alguna vez.

—Ya no —espeta—. Entonces, ¿por qué diablos estabas allí?

—Tenía que verlo una última vez —susurro, tanto para mí misma como para él.

Se queda callado. Me hace picar la piel. Estamos de pie en la sala vacía, el frío se filtra a través de mi ropa y se asienta en mis huesos. Él no cede. —¿Por qué ahora?

Las palabras se acumulan dentro de mí, una avalancha amenazando con desatarse. La verdad está en la punta de mi lengua. Cómo espiaba para Baba, pasando información, cómo la persona que filtró la ubicación del almacén de ixaforina fui yo, no Rafe, y cómo lo siento tanto.

Pero antes de que mis secretos se derramen, Dom se vuelve hacia mí, con furia oscura grabada en sus rasgos. —¿Estás espiando para los albaneses, Besiana? —Se acerca acechante—. No exijo tu amor ni siquiera tu afecto, pero sí exijo dos cosas de mi esposa. La primera es lealtad. —Cierra su mano alrededor de mi garganta, apretando lo suficiente para que mi respiración burbujee.

—Si no eres leal a mí y a mi familia, no tienes derecho a vivir. ¿Entiendes?

Mis confesiones se congelan en mi garganta. El hombre que me hizo el amor y me dijo que me amaba ha desaparecido. Este hombre es duro y frío, dispuesto a descargar su furia sobre mí si alguna vez descubre lo que hice.

Afloja su agarre en mi garganta lo suficiente para que pueda asentir.

—Dilo. Dime que entiendes.

—Entiendo.

—¿Te gustaría saber la segunda cosa que exijo de mi esposa?

Asiento.

—No tu afecto. No tu amor. Solo tu cuerpo —dice sin un rastro de suavidad en su voz.

Da un paso atrás y recorre mi cuerpo con la mirada, lentamente, pasándola por mi abrigo de piel, hasta donde mis pies están en tacones lo suficientemente afilados como para sacarle el ojo a alguien.

—Quítate el abrigo —dice.

Me lo quito de los hombros y me muevo para llevarlo al guardarropa, pero me detiene en seco. —Tíralo al sofá.

Obedezco, quedándome allí con mi traje de falda, la chaqueta abrochada sobre una blusa rosa pálido.

—La chaqueta —dice, y me la desabotono, lo miro en busca de instrucciones, y él solo asiente hacia el sofá, así que la arrojo encima

de mi abrigo de piel.

El calor en su mirada es suficiente para derretir mi ropa, pero no me toca. Se queda a un par de metros de distancia, con la mirada pegada a mi cuerpo, y mi miedo se transforma en excitación, mi corazón acelerándose por otra razón.

—Quítate la falda.

Hago una pausa por un momento antes de obedecer y pregunto: —¿Por qué?

Su voz es como grava. —Porque las chicas malas necesitan castigo.

Cruza la habitación y se desabotona la chaqueta del traje, dejándola a un lado. Sus ojos nunca me abandonan mientras me quito cuidadosamente la falda, colocándola sobre el abrigo de piel y la chaqueta.

Mis piernas se sienten como gelatina, y tengo que luchar contra el instinto de cubrir mi cuerpo con mis manos.

Él me rodea, sus pasos hacen eco en la habitación silenciosa. —Hay consecuencias por tus acciones, Besiana —murmura en mi oído, enviando escalofríos por mi columna.

—Desabotona tu blusa —ordena. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras desabrocho el primer botón, luego el siguiente, hasta que mi blusa cuelga abierta. Sus ojos se oscurecen de deseo, pero hay una dureza en ellos que me hace estremecer. La tela se abre y cae de mis hombros, dejándome solo en lencería y tacones.

Los ojos de Domenico se oscurecen aún más, como una tormenta que se avecina sobre el mar. Su amplio pecho sube y baja pesadamente, su respiración coincidiendo con la mía.

—El sostén.

Obedezco, mi corazón latiendo fuerte en mi pecho y el calor acumulándose en mi vientre. Su mano roza mi cintura mientras me rodea, circulándome como un depredador. A pesar del miedo, hay una innegable emoción corriendo por mis venas.

Ahora está detrás de mí, su aliento cálido en mi cuello mientras susurra: —Date la vuelta. —Obedezco, girando lentamente para enfrentarlo.

Luego alcanza la cremallera de sus pantalones. Miro atónita mientras los baja, revelando justo lo suficiente para que mi corazón se salte latidos. —De rodillas, Besiana.

Mis rodillas se doblan y estoy en el frío suelo de mármol antes de que pueda comprender su orden.

—¿Qué hay de tu familia? Podrían llegar a casa en cualquier momento.

Pone un dedo bajo mi barbilla y la levanta para que lo mire a los ojos. —Tu única preocupación ahora es hacer exactamente lo que yo diga. ¿Entiendes?

Asiento.

—Dilo.

—Entiendo —digo.

Frota la punta de su miembro sedoso sobre mis labios, y dejo escapar un suspiro tembloroso. —¿Quieres complacerme, Besiana?

Quiero. Más que nada. Me inclino hacia adelante para tomarlo en mi boca, pero me empuja hacia atrás con las yemas de los dedos en mi frente.

—Responde la pregunta.

Mis bragas están mojadas, y la visión de su enorme verga justo frente a mi boca me está desarmando. No deseo nada más que probarlo, sentir su acero aterciopelado dentro de mí, presionar mis senos contra sus muslos.

—Sí, por favor, déjame...

—Buena chica —murmura, su voz cargada de deseo. Siento el destello de triunfo y el calor se acumula aún más bajo en mi vientre. La mano de Domenico empuja suavemente contra la parte posterior de mi cabeza, guiándome hacia él.

Tomo una respiración profunda y luego, lentamente, lo introduzco en mi boca. Su mano se tensa en mi cabello al primer contacto, un gruñido bajo retumbando en su pecho. Es grande, más grande de lo que puedo tomar cómodamente, pero aprieto mis labios y lo tomo más profundo.

Sus caderas se sacuden involuntariamente, empujándose más dentro de mi boca. Mis ojos se humedecen mientras lo miro a través de mis espesas pestañas, observando cómo su rostro se contorsiona

de placer. Su agarre se aprieta en mi cabello mientras retrocede y luego empuja hacia adelante nuevamente.

—Eso es —gruñe, con los ojos oscuros y enfocados en mí. Mis rodillas duelen en el frío suelo de mármol, pero la incomodidad y el frío son olvidados con el embriagador sabor de la verga de Dom.

Su agarre se intensifica cuando hundo mis mejillas y deja escapar un gemido bajo que hace eco en la fría habitación de mármol.

De repente, me está alejando y levantándome de nuevo. Se inclina, sus labios apenas rozando los míos. —Sube y espérame —susurra, su aliento caliente abanicando mi rostro.

Mis piernas se sienten temblorosas mientras recojo mi ropa y subo la gran escalera, mis tacones resonando en el mármol, mi trasero contoneándose en mis bragas, y el resto de mí completamente desnuda.

La suite principal está oscura y fría, un marcado contraste con el fuego que Domenico ha encendido en mí. Me quito los zapatos, dejo mi ropa y me deslizo bajo las sábanas, las sábanas de satén frías contra mi piel cálida.

Las exigencias de Domenico resuenan en mi mente. Lealtad. Y mi cuerpo. Lo segundo puedo dárselo, pero lo primero... Acabo de recuperar mi lealtad de mi padre, y no estoy lista para entregársela al siguiente hombre que la exija. Pero mi cuerpo... está anhelándolo.

Los minutos se convierten en una eternidad mientras lo espero. Mi cuerpo duele de anticipación, cada segundo se estira interminablemente.

Finalmente, la puerta se abre y Domenico entra, quitándose la ropa mientras cruza la habitación. Su mirada se fija en la mía, llena de calor y promesa.

—He sido muy paciente contigo, Besiana. Eso se acabó. Sal de la cama y quítate las bragas.

Mi corazón se acelera ante su orden. Dudando por un momento, finalmente arrojo las sábanas y me pongo de pie. El aire frío hace que se me ponga la piel de gallina. Alcanzo y lentamente deslizo las bragas de seda por mis piernas, dejándome completamente desnuda ante él.

Su mirada sigue cada movimiento, sus ojos oscuros y prometedores. Su verga está en atención, y me lamo los labios, recordando su sabor.

Su mirada recorre mi cuerpo, deteniéndose en el vértice de mis muslos. —Inclínate sobre la cama —dice, su voz tan áspera como papel de lija.

Un escalofrío me recorre ante su orden, pero hago lo que dice, inclinándome y presionando mi pecho contra el suave edredón. Lo escucho acercarse y siento el calor de su cuerpo cada vez más cerca. Luego sus manos están sobre mí, recorriendo mi cuerpo con una posesividad que me hace estremecer.

Sin previo aviso, su mano cae con fuerza sobre mi trasero desnudo. La fuerte palmada hace eco en la habitación seguida de mi jadeo. —Eso es por ir a ver a tu padre sin decírmelo —gruñe. Frota el lugar que acaba de azotar, su toque aliviando el ardor. Sus dedos se deslizan hacia mi centro, provocándome antes de finalmente empujar dentro de mí.

—Dom —jadeo, mi voz perdida en la inmensidad de la habitación. Bombea sus dedos dentro y fuera, su otra mano agarrando mi cintura para estabilizarse. Sus dedos se sienten tan bien dentro de mí, estirándome y llenándome.

Su mano deja mi trasero, solo para regresar con otra palmada aguda. —Eso es por ponerte en peligro —dice, su voz espesa de deseo y enojo.

Las lágrimas pican mis ojos ante el dolor punzante, pero rápidamente se transforma en un placer palpitante que irradia desde mi trasero hasta mi centro. Hay algo increíblemente íntimo en este momento, en estar desnuda y vulnerable ante Domenico, en que él me marque como suya de una manera tan primitiva.

Saca sus dedos lentamente, haciéndome gemir por la pérdida. —Y esto... —dice, posicionando su dureza en mi entrada, su verga dura y pesada contra mí—, es porque te deseo. Incluso cuando estoy enojado, incluso cuando no debería.

Embiste dentro de mí con fuerza, llenándome completamente. Grito, agarrando las sábanas mientras comienza a moverse. Sus embestidas son lentas y agonizantemente profundas, cada una

enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo, difuminando la línea entre el placer y el dolor.

Se toma su tiempo conmigo, penetrándome con una lentitud brutal que me hace temblar bajo él. Murmura en italiano, profundo y ronco en mi oído mientras sus manos agarran mis caderas, guiándome de vuelta hacia él.

—Io ti possiedo —lo escucho decir antes de que sus labios rocen el borde de mi oreja, enviando escalofríos por mi columna. Te poseo.

Una de sus manos encuentra mi seno mientras la otra agarra mi cadera, manteniéndome estable mientras embiste dentro de mí. Gimo más fuerte con cada empuje, los sonidos llenando la habitación.

—¿Te gusta cuando te follo así, Besiana? —Su voz es áspera en mi oído, su aliento caliente contra mi cuello. Cierro los ojos con fuerza, abrumada por cuánto lo deseo, cuánto lo necesito.

—Sí —susurro, mi voz apenas audible sobre el sonido de nuestros cuerpos chocando.

Sus dedos se clavan en mi piel mientras embiste dentro de mí con más fuerza, más profundo. Su ritmo es castigador, el sonido de nuestros cuerpos chocando haciendo eco en la habitación. Mi cuerpo se tensa mientras el placer comienza a enroscarse en mi vientre, aumentando con cada embestida profunda.

—Dom —gimo, arqueándome contra él, empujando hacia atrás para encontrar sus embestidas. Su agarre en mi cadera se aprieta, y gruñe en respuesta—. Más... por favor.

Me responde agarrando mi cabello y jalándome hacia arriba contra él. Su mano libre se desliza por mi vientre hasta donde estamos unidos, sus dedos buscando ese punto que me hace gritar.

Cuando lo encuentra, jadeo, mi cuerpo sacudiéndose con el repentino placer. —¡Carajo! —exclamo mientras embiste en mí sin piedad.

—Eso es —gruñe en mi oído, el sonido de su voz mezclado con las sensuales palabras en italiano empujándome más cerca del borde—. Dimmi che ti piace. Dime que te gusta.

—Me encanta —logro decir entre gemidos. El placer es tan intenso que es casi insoportable. El ritmo de Dom es implacable.

—Eso es, Besiana —murmura, su voz ronca de placer—. Córrete para mí.

Sus palabras me llevan al límite, y dejo escapar un grito mientras el placer se extiende por mi cuerpo. Me contraigo a su alrededor mientras olas de éxtasis me invaden.

Gruñe bajo en su garganta y embiste en mí unas cuantas veces más antes de que lo sienta tensarse detrás de mí. Con una última embestida profunda, deja escapar un gemido grave, enterrándose profundamente dentro de mí mientras alcanza su liberación.

Nos quedamos así por un rato, nuestras respiraciones entrecortadas y cuerpos enredados. Sale de mí lentamente, y hago una mueca ante el repentino vacío. Se endereza, agarrando una prenda descartada para limpiar el desastre que hemos hecho.

No dice nada mientras se viste, dejándome aún sin aliento en la cama. La habitación está en silencio excepto por nuestras respiraciones pesadas y el roce de la ropa.

Termina de vestirse y se da vuelta para irse, pero no sin antes darme una última mirada. Su mirada está endurecida, su mandíbula tensa. Es una mirada que dice que está lejos de haber terminado conmigo, que hay cosas no dichas, acciones sin terminar.

—Descansa un poco —dice finalmente, su voz una extraña mezcla de molestia y afecto. Y luego se va, la puerta cerrándose con un suave clic detrás de él.

Me quedo allí por mucho tiempo después de que se va, mi cuerpo aún pulsando por nuestro encuentro. Sus palabras resuenan en mi mente: "Eres mía". Es un pensamiento escalofriante, pero también... atrayente. Domenico Rosetti es mi dueño.

Pero la pregunta es: ¿podría yo alguna vez ser su dueña? ¿Podría alguna vez tener poder sobre este hombre que parece tener el mundo a sus pies?

Es un pensamiento peligroso, uno que rápidamente aparto. Ahora mismo, necesito concentrarme en sobrevivir a este matrimonio y mantener mis secretos exactamente así: en secreto.

Con una última mirada a la habitación que fue testigo de nuestro crudo encuentro, me acurruco en la cama, tirando las sábanas sobre mí mientras dejo escapar un suspiro tembloroso.

23

Domenico

La dejo en la habitación, viendo cómo el espacio entre nosotros crece y crece hasta que ya no puedo soportarlo más. Finjo que puedo mantenerme alejado, incluso cuando las habitaciones vacías comienzan a cerrarse a mi alrededor.

Respiro a través del ruido en mi cabeza. Lento. Calculado. No es propio de mí perder los estribos, dejar que alguien más me haga actuar antes de pensar. Especialmente no una mujer. Me abro paso entre el frío mármol y las cavernosas habitaciones. Todo este espacio, y ella es lo único que lo llena. La culpa me carcome. No debería haberla castigado. Estaba en la casa de su padre. Nunca debería haberla dejado estar allí en primer lugar. Cuando me enteré, vi rojo. Cuando me enteré, la lastimé antes de que ella pudiera lastimarme.

La cocina es un monstruo frío y metálico, pero es el único lugar donde esconderse. El tintineo de la botella de whisky y el sonido del líquido al servirse se sienten demasiado fuertes, pero dejo que me ahoguen por un momento. Me apoyo contra las encimeras de acero quirúrgico y espero. Espero a que pase la culpa. Espero los pasos que espero que vengan. Espero cualquier cosa. Pero ella no está aquí. No viene.

No puedo quedarme quieto, no puedo mantener esta ira dentro. No ira hacia ella, sino hacia mí mismo. La dejé arriba, en la cama, su

piel marcada con mi propia debilidad. Está ahí en las huellas rojas y calientes. Me paso una mano por el pelo y lo agarro con fuerza, esperando que me quite de la mente a esta mujer que no debería estar bajo mi piel. Vuelvo a caminar de un lado a otro, sintiendo el frío de la mansión asentarse sobre mí.

El whisky quema. Tal vez adormecerá este dolor. Escucho. Espero que ella baje a reunirse conmigo. Nada más que silencio.

Hay un clic, el sonido de la puerta principal.

—Jesús, esto parece una puta cripta —dice Leonardo al entrar.

Se hace crujir los nudillos, y Eleanor, su nueva esposa, lo sigue. Acaban de regresar de un fin de semana en París, y no estoy de humor para escucharlo hablar de ello.

Él lo nota. Siempre lo nota.

—Alguien está de mal humor —dice—. ¿Dónde está tu reina de hielo?

—Está ocupada.

Eleanor me observa de cerca. Sus ojos son demasiado agudos. No quiero que me lea, no quiero que nadie me lea en este momento. Tiene una mirada de conocimiento en su rostro. Como si hubiera pasado por esto con mi hermano.

Leo sonríe.

—¿Quieres que vaya a buscarla, hermano? Estoy seguro de que podría animarla.

Dejo escapar un suspiro.

—No lo hagas.

Su sonrisa se hace más grande. Cree que estoy bromeando.

—Eres un imbécil —digo, pero mi mente está lejos de aquí.

Eleanor toma su brazo y dice:

—Vamos, Leonardo. Domenico tiene cosas en qué pensar.

—Claro —dice Leo. Me guiña un ojo—. Nos vemos en la cena.

No respondo. Veo a los dos desaparecer en una de las muchas habitaciones frías y sin vida. Espero que Eleanor pueda mantenerlo ocupado para que no esté encima de mí esta noche, pero no cuento con ello. Leo nunca se mantiene alejado cuando hay problemas.

Tomo un trago. Espero. Sigo esperando los pasos que necesito escuchar.

Cuando Carmela llega a casa, con mi madre a cuestas, claramente de regreso de una tarde de compras, el silencio en el que he estado viviendo se hace añicos por completo. Quiero soltar un suspiro de alivio, pero la sensación se queda atascada en algún lugar de mi pecho.

Carmela me abraza fuerte.

—¡Dom! —dice—. ¡Mira lo que compramos mamá y yo!

Trato de seguir su charla, trato de seguirle el ritmo en general.

—¿Más porquerías abstractas para decorar este lugar?

Ella sostiene una lámpara que es toda ángulos y metal.

—Bonita, ¿verdad?

No quiero hablar de lámparas. Quiero hablar de una mujer que debería estar aquí abajo ahora.

—Bonita —digo de todos modos.

Ella pasa un dedo por la fría encimera.

—Deberías encender algunas luces aquí, cariño. Es deprimente.

—Estoy bien.

Inclina la cabeza hacia mí. No me gusta lo que ve, así que me sirvo otro trago para distraerla.

Gianna, mi madre, nos observa a ambos, tomando un sorbo de una taza de café que ya logró encontrar.

—¿Besiana no está contigo? —pregunta.

—Bajará más tarde.

Los ojos de Carmela se abren de par en par.

—¿Ustedes tuvieron una pelea?

—No —digo, demasiado brusco. Mi madre arquea una ceja hacia mí.

—Está bien —agrego, más suave—. Solo estoy cansado.

—¿Ya? —Mamá se ríe y me da una palmada en el hombro—. Espera a tener seis hijos como yo.

—Estoy segura de que Besiana estará más que feliz de hacer que eso suceda —grita Carmela desde el otro lado de la habitación, sirviéndose un vaso de agua. Aprieto los dientes. Espero la risa que llega con demasiada facilidad.

—Si no está enojada contigo, de todos modos —agrega.

No me doy cuenta de que estoy aplastando el vaso en mi mano hasta que se rompe. El sonido hace eco. Estoy demasiado cerca del borde. Me estoy deslizando, deslizando. Mamá me hace un gesto con la cabeza.

—Ve a verla —dice. Su voz es cálida, pero puedo reconocer una orden cuando la escucho.

Lo hago.

Subo las escaleras de dos en dos, con la mente puesta en Besiana y nada más. Ella es lo que importa ahora, incluso si me convierte en un hombre que no reconozco. Incluso si me convierte en el tipo de hombre que pierde el control. El espacio entre nosotros se reduce, pero no lo suficientemente rápido.

Estoy fuera de la habitación. Abro la puerta.

Ella sigue donde la dejé. Las sábanas son un enredo blanco, y ella está acurrucada en ellas, desnuda. Sus hombros tiemblan. Su largo cabello oscuro cae sobre su rostro, pero sé lo que veré si lo aparto. Sus ojos. Rojos, pero no de la manera que pensé. Heridos. El sonido me llega al alma. Es el sonido de un sollozo.

—Besiana —digo, y esta vez la debilidad de mi propia voz es evidente.

Me siento a su lado y la levanto de la cama. Está cálida contra mi pecho, y la llevo al sofá, sosteniéndola cerca. No digo nada. No quiero romper más de lo que ya he roto.

Ella no me mira, no encuentra mis ojos, y mi corazón se está desgarrando en algo que no es más que rojo y crudo. Sus hombros están desnudos. Su piel está desnuda. Toda ella está desnuda. La aprieto contra mí, y no sé cómo hacer esto bien.

Ella tiembla en mis brazos.

Le pregunto qué pasó en la casa de su padre. Lo que debería haber preguntado en primer lugar.

—No importa —su voz es demasiado pequeña para la Besiana que conozco. Entierra su rostro en mi hombro, y hace que el mundo se detenga.

—Sí importa —acaricio su cabello. Suaves mechones oscuros—. Me importa a mí.

Ella no responde, y no la presiono. No esta vez. No cuando no puedo verla quebrarse más de lo que ya lo ha hecho. La abrazo. Espero. La abrazo.

—Era sobre mi madre —dice finalmente, y no me atrevo a moverme.

Me quedo en silencio. Ella habla. Duele como el infierno escucharlo, pero dejo que me atraviese.

—Siempre sospeché que mi padre la había mandado a matar —se estremece, la verdad desenredándose entre nosotros. La única forma en que no la destruye es dándomela a mí, así que la tomo. La tomo toda.

—Sospechaba, pero nunca estuve segura. Él dijo que fue una enfermedad. Dijo tantas cosas —su voz se quiebra, y aprieto mis brazos a su alrededor.

Intento mantenerme mesurado. Trato de no empeorar esto para ella. —¿Y ahora?

Su respiración es inestable. Cuento el subir y bajar de su pecho. —Ahora lo sé —susurra, y sus lágrimas humedecen mi camisa—. Ella iba a huir. A llevarnos a Dritan y a mí y huir.

Su hermano. —Oh, Besa.

Ella niega con la cabeza. No me dejará detenerla ahora. —Ella iba a huir —repite—. Y él la mató por eso.

—Besi...

No me dejará detenerla ahora. Se aferra a mis brazos como si yo fuera lo único que la mantiene entera, como si fuera el único que puede hacerlo. —Unos meses después, Dritan también desapareció. Mi padre siempre decía que los huesos rotos sanan más fácilmente que la lealtad rota.

—¿Y ahora? —Mi propia voz es una herida, cruda y sangrante.

—Y ahora lo sé —solloza—. Ahora sé que fue él quien mató a mi hermano. Los mató a ambos.

No digo nada, no hasta que pueda encontrar las palabras correctas, el tipo que no la lastimarán como ya lo he hecho. La abrazo más fuerte de lo que debería, más fuerte de lo que pensé que abrazaría a alguien alguna vez. Paso una mano por su espalda, suavemente, y me pierdo en lo único que quiero ahora. Ella.

Lo susurro, suave, más suave de lo que jamás he sido. —Lo siento.

Mi piel arde donde toca la suya, y desearía poder quitarle todo el dolor y guardármelo para mí.

—No tienes por qué —dice ella.

Pero lo siento.

—Iba a hacerte sufrir. Pensé que habías corrido hacia él. Te acusé de espiar para él.

Ella tiembla cuando digo eso, y sé que he tocado un nervio. Es el tipo de temblor que se mete bajo mi piel y se queda ahí. Su cuerpo se estremece, y no puedo abrazarla lo suficientemente cerca para detenerlo. Sé que esta vez no es ira, sino algo mucho peor. Deja escapar un aliento que suena como si hubiera estado atrapado dentro de ella durante años.

Soy yo quien rompe el silencio.

—Lo siento.

Sus ojos se encuentran con los míos, y es todo lo que puedo hacer para no dejarle ver que me quiebro por ella. No quiero ser el hombre que ella necesita. No quiero ser este hombre que se preocupa, este hombre que no puede dejar ir. Pero aquí estoy, haciendo exactamente eso. Tomo su rostro y la beso, saboreando la sal de sus lágrimas, y le hago una promesa que debería haber hecho desde el principio.

—Voy a matarlo.

Ella se tensa ante las palabras, y mi estómago se retuerce, porque la he malinterpretado. Pero entonces lo veo, el destello de alivio en sus ojos antes de que las lágrimas regresen.

—No puedes —dice—. Es demasiado poderoso. Es demasiado...

—Lo haré.

—Domenico.

—Lo haré —y lo digo más en serio que cualquier otra cosa que haya dicho jamás.

Sus ojos se cierran. La tensión se desvanece de ella como si acabara de terminar la pelea más larga de su vida. Se derrite contra mí, ya sin temblar.

—Tienes que tener cuidado —murmura, suave como una nana, y me destroza escucharla pensar en mí después de todo lo que ha pasado—. Prométemelo.

—Te lo prometo —digo. Espero que sea suficiente, suficiente para llenar el vacío entre nosotros, suficiente para no dejarle ver la mentira en ello. Nunca seré cuidadoso. No con ella. No con nada.

Me quito la camisa por encima de la cabeza y la cubro sobre su cuerpo desnudo. La acerco más, más fuerte, y ella se acurruca contra mí, sus extremidades contra mi pecho, como si yo fuera su refugio de esta tormenta. Lo soy. Me aseguraré de ello.

Me quedo con ella hasta que su respiración se vuelve lenta y constante. Me quedo con ella hasta que se duerme, su mano aún aferrada a mi pecho como si pensara que me iré si me suelta. Pero no lo haré. Soy suyo para quedarse.

La culpa se clava más profundo de lo que nada tiene derecho a hacerlo. Estaba listo para hacerla sufrir. En cambio, ella se metió bajo mi piel. En cambio, se ha convertido en lo único que importa, y ahora soy yo quien sufre.

Estoy dejando que me distraiga. Estoy dejando que me ciegue.

Ella es un castigo que nunca debí haberme permitido amar, pero aquí estoy, amándola más con cada respiración que toma.

Debería darle espacio, darle la distancia para recuperarse de su infancia, para ser su propia persona y no solo el accesorio de otro hombre. Lo necesita, lo merece. Le daré el espacio. Aunque me mate.

24

Besiana

No hay sueños ni oscuridad, solo el lento y silencioso paso hacia la mañana. Estoy sola en la cama, pero él está aquí, Dom, apoyado contra la ventana con sus ojos fijos en mí. Parece un ángel vengador en esta habitación fría y estéril. Me envuelvo con las sábanas, esperando que diga algo, cualquier cosa.

Cuando me dice que me levante, su voz es monótona. —Nos perdimos el desayuno. Vístete abrigada.

Sin apodos cariñosos. Sin cara, ni Besa. Nada suave. Ningún indicio del hombre que me abrazó anoche. Intento leerlo, pero su expresión es un muro.

Debería alegrarme de que no haya desaparecido de nuevo, como la mayoría de las otras mañanas. En su lugar, hay un nudo en mi pecho. Me siento y me envuelvo con la manta, recordando la camisa que me puso sobre los hombros mientras sollozaba. Qué vergüenza. Desearía no haber llorado así, como una niña. Desearía saber lo que está pensando ahora.

—¿Estás enojado conmigo? —Se me escapa, el patético gemido, antes de que pueda tragar las palabras.

Su mirada se dirige hacia mí, aguda y brillante. —No.

Espero más, cualquier cosa. No lo consigo. Cuando dice —Vístete —, suena como una orden, pero una parte de mí desea que fuera una invitación. Tiene el cuerpo de una estatua romana y la

personalidad de una también. Todavía me está mirando cuando dice —Estaré abajo—, luego se da la vuelta y deja la puerta abierta tras de sí.

Me visto rápidamente, luchando con el broche del sostén, mis dedos tan torpes como mis pensamientos. ¿Por qué no se quedó a verme vestir? Sé que le gusta eso. Tengo la sensación de que todo esto es un juego de fingir, pero no soy muy buena jugando. Me miro en el espejo. Me veo pequeña. Fuera de lugar. Como un pajarito perdido. Como solía decir mi madre cuando seguía a mi padre de habitación en habitación, siguiéndolo como una sombra.

Desearía no haberle contado todo a Dom.

Está en la cocina cuando bajo, diciéndole a la criada que prepare el desayuno. La criada asiente y luego desaparece detrás de las grandes puertas blancas.

—Los demás están fuera por el día —dice, acercando una silla para mí.

La mesa es pesada y pulida, preparada para más personas de las que jamás tendremos. No creo que me acostumbre a eso, a la fría elegancia de esta casa, a la forma en que cada habitación resuena como un salón vacío.

—¿Así que somos solo nosotros? —Mi voz suena insegura.

—Y el personal. —Toma el asiento frente a mí, mira su teléfono y luego lo coloca boca abajo sobre la mesa—. Es mejor así. Más fácil.

—¿Para qué?

—Para el desayuno. —Sus ojos se encuentran con los míos y agrega—: Aún no estás lista para ellos. —Sé que se refiere a su familia, y no puedo discutir eso. Sus hermanos. Las mujeres. El ruido y las risas serían demasiado para mí hoy.

Me siento aliviada y sola al mismo tiempo. —¿Es tu manera de dejarme suavemente? —Intento que suene como una broma. No responde.

La criada trae una bandeja y me obligo a comer. Panqueques y tocino. Café fuerte y caliente. Hago pequeños mapas en el jarabe con mi tenedor. Cada bocado se me atora en la garganta.

Dom me observa, silencioso y calculador. —Vamos al laboratorio hoy —dice finalmente.

—¿Nosotros?

—Tú y yo. Tengo asuntos que atender allí y no te voy a dejar sola. —Lo dice como un hecho. Sin emoción. Todavía no.

Mi estómago se revuelve. —Estaré a salvo si me quedo aquí.

—No. —Se sirve otro café—. No puedo confiar en que no salgas corriendo en otra misión suicida. Además, quiero mostrarte el laboratorio.

Se me corta la respiración. Él no sabe que ya he estado allí, que ya he visto el interior y he hablado con la Dra. Clara Voss. No sabe que fui yo quien obtuvo la ubicación de la ixaforina de la química y se la pasé a Baba. Que soy la culpable de la pérdida y los retrasos.

Quiero preguntarle cuánto sabe. Quiero preguntarle si me está poniendo a prueba.

Lo que digo es: —Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué?

Queda suspendido entre nosotros, la pregunta y mi vacilación. Jugueteo con la taza y presiono mis dedos contra el calor como si pudiera descongelar la frialdad de sus palabras.

—No quiero conocer a la química. —Mi voz es débil.

—Yo quiero que lo hagas —dice él.

—Pero por qué...

Se levanta abruptamente, empujando la silla hacia atrás. Raspa contra el suelo. —Vamos —dice, dándose la vuelta, dirigiéndose a la puerta principal.

Lo sigo, cada paso más incierto que el anterior. Toma mi abrigo y lo sostiene para mí. Me lo pongo, mordiéndome el labio.

Es el abrigo que compró para mí, el italiano que usé para visitar a mi padre ayer. Lujoso y suave, pesado sobre mis hombros. —¿Y si me niego? —pregunto, probando.

Sus ojos se oscurecen. Conozco la respuesta.

Suspiro y me envuelvo más en la piel. Huele a caro. Huele a él.

Estamos en silencio durante el viaje, el auto cálido y rápido. Afuera, Nueva York es todo cielos grises y concreto. Multitudes de personas con abrigos oscuros, paraguas negros apuñalando el aire. Los veo pasar, veo la ciudad difuminarse a mi alrededor.

Cuando ya no puedo soportar el silencio, lo rompo con mi voz.

—¿Has terminado conmigo? —Sale demasiado suave, demasiado rápido.

No aparta los ojos de la carretera. —No lo he hecho.

Sus palabras me sostienen, pero no sé cuánto tiempo puedo creerlas. Llegamos al destartalado almacén. El nudo en mi pecho se aprieta, un pulso duro y urgente.

—Me quedaré en el auto —digo antes de que pueda discutir.

—No.

—Sí —insisto—. Por favor. Solo esta vez.

—Besiana...

—No quiero entrar. —Retuerzo el abrigo en mi regazo. Sé que estoy siendo cobarde, pero no me importa. Si Clara insinúa que ya me ha conocido, surgirán preguntas que no puedo responder sin revelar mi participación en la redada del almacén—. Por favor.

Lo veo luchar con eso, veo la vacilación. La sospecha. Está escudriñando mi rostro, como lo hizo anoche, como si estuviera esperando que mintiera.

Su mano se demora en la manija de la puerta. —Está bien —dice, y su voz suena cortante, áspera. Como si le doliera ceder—. Quédate aquí. No te muevas.

La puerta se cierra con fuerza, y él activa el seguro de las puertas. Lo veo en el espejo retrovisor, sus anchos hombros, su paso rápido y decidido. No estoy acostumbrada a que los hombres se alejen de mí. Lo observo hasta que desaparece, su traje oscuro engullido por los cuerpos más brillantes en la calle.

Me desplomo contra el asiento y presiono mis dedos contra mi sien. El pánico se desvanece, reemplazado por otro miedo, igual de insistente, igual de grande. Las palabras de mi padre presionan contra el interior de mi cráneo:

—Cada elección tiene consecuencias, Besiana.

Cada palabra es una bala. Cada palabra es un peso alrededor de mi cuello. Quiero gritarle a Baba que se calle, pero él no está aquí. Solo mis propios pensamientos, mi mente implacable. Y las palabras de mi padre. Cada elección tiene consecuencias, eso nunca ha sido más claro. Cuando elegí traicionar a Domenico. Cuando elegí traicionar a mi padre. Cuando elegí dejarme creer que Dom me

quería por algo más que un acuerdo de paz y un cuerpo donde enterrar sus secretos.

Ahora, he traicionado a todos a quienes alguna vez estuve cerca y no me queda nadie. Baba también me advirtió sobre eso:

—La traición tiene una forma de alcanzarte, Besiana.

Y siento como si mi traición me estuviera acorralando, rodeándome, exprimiendo el aire de mis pulmones. Como si todo lo que he hecho estuviera regresando para atormentarme. Como los sueños que me despiertan en la noche, la voz de Dom, su furia, la cama fría y vacía cuando llega la mañana. Mi apariencia de seguridad, las palabras que Dom gritó mientras me penetraba la primera vez que tuvimos sexo, dejan de sentirse tan seguras.

Quizás Baba también tiene razón en eso: que Domenico me está usando.

—¿Crees que te ama, Besiana?

Tiemblo y miro la hora. Veinte minutos. ¿Qué está tardando tanto? ¿Qué está haciendo Dom allí dentro?

Cierro los ojos y veo su rostro anoche, la furia en sus ojos y la fuerza inquebrantable en su agarre alrededor de mi garganta.

—Si no eres leal a mí y a mi familia, no tienes derecho a vivir. ¿Entiendes?

Y después de todos los desastres que causé, lloré como una tonta en sus brazos y derramé todos los secretos sobre Mami y Dritan que nunca había querido contar.

—¿Qué clase de hombre le hace eso a su propia familia? —Sonaba tan humano, tan cálido cuando preguntó.

—El tipo al que no puedes decirle que no. —Mi voz estaba ronca. Desesperada.

Dom me abrazó más fuerte. Sentí como si tal vez hubiera dicho sí a lo correcto por primera vez en mi vida.

Ahora no sé qué pensar. Ha estado tan frío esta mañana, tan distante. Todavía puedo sentir el calor de sus brazos a mi alrededor anoche, pero tal vez Dom tiene razón: quizás nada de eso importa a menos que sea leal a él y a su familia. Lealtad que ya he destrozado antes de que tuviera la oportunidad de construirse.

Tal vez solo soy un peón en su juego. Tal vez no le importa lo que le dije. Tal vez solo fingió para poder usar mi confesión para vengarse de Baba. Tal vez está moviendo todas las piezas en su lugar mientras yo estoy aquí sentada, esperando para ver qué hace a continuación.

El aire en el auto está demasiado caliente. Me quito el abrigo y miro fijamente el edificio hasta que mi visión se vuelve borrosa.

Cuando Dom finalmente regresa, se ve diferente. Más relajado. Menos contenido. Hay una nueva suavidad en su boca. No puedo decir si es real o si solo estoy lo suficientemente desesperada como para imaginarlo. Sube al auto, no dice nada, luego arranca el motor.

No pregunta por qué no quise entrar. No pregunta nada. No dice que Clara me mencionó, ni que ella me dijo dónde estaba el almacén.

Finjo que el silencio significa que no lo sabe.

25

Domenico

Es un premio envuelto en seda, entregado a mí, sin que lo quisiera. Nunca creí en este tipo de arreglo. Matrimonio para forjar la paz. Esposa como garantía. Hace un año, habría dicho que estaba por debajo de la familia Rosetti. Por debajo de mí. Pero aquí estamos, su cuerpo enredado en las sábanas, enredado en mi vida.

Besiana Rosetti. Mi esposa. Piel pálida contra seda blanca. Cabello oscuro suelto y salvaje. Ella no encaja en esta familia.

Debería dejarla. Debería darle espacio, dejar que supere al bastardo controlador que se hace llamar su padre. Debería ser el hombre más grande y alejarme, evitar convertirme en un bastardo controlador que se llama a sí mismo esposo.

Pero cada vez que lo intento, termino aquí de nuevo, sentado en el sofá, viéndola dormir. Termino necesitándola.

Hace un suave sonido en su sueño, un susurro inconsciente. No puedo oírlo, pero sé lo que es. Mi nombre. Siempre es mi nombre. Veo sus labios separarse, veo cómo sus dedos se retuercen en la sábana. Se gira, suave como un gato, y se acurruca lejos de mí. Está de lado, y la curva de su trasero apunta hacia mí, redondo e invitante.

Deja escapar otro suave sonido, y me atraviesa. A la mierda. Me desabrocho los pantalones y me arrodillo junto a la cama. La jalo bruscamente al borde de la cama, y ella me deja. Su trasero me está

esperando, pálido y redondo, y entro en ella con un movimiento rápido.

Ella jadea, y es mi nombre de nuevo, mi nombre en sus labios, suave y sin aliento. Empujo de nuevo, y su cuerpo se mueve conmigo.

—Dom —dice, más fuerte ahora, el sueño desaparecido de su voz. Sus manos me buscan—. Dom.

Debería sentirse mal tenerla así, desearla así. Debería sentirse mal estar dentro de ella mientras mantengo la distancia.

Se siente jodidamente increíble.

Su voz es más fuerte, suplicante ahora.

—Más —dice, sus manos retorciéndose en la sábana—. Dame más.

Le doy más. Le doy todo lo que tengo, pero no puedo darle lo que realmente quiere. No puedo darle mi yo. No todo mi yo.

Su espalda se arquea, y se estremece. Todo su cuerpo está apretado a mi alrededor, y luego se rompe en pedazos, y yo voy con ella. Me quedo ahí, mi cuerpo en el suyo, hasta que ella está relajada de nuevo.

Estoy fuera de la habitación antes de que pueda pedirme que me quede. No miro atrás, pero la escucho rodar sobre su costado.

Abajo, escucho voces antes de verlos. Mi padre. Rafe. Emilio. Mis hermanos no suenan felices, pero eso no es inusual.

—Buen trabajo, Rafe —dice Emilio, su voz seca como el polvo—. Te conseguiré un pastel para el funeral.

—Jódete —responde Rafe bruscamente—. ¿Crees que esto es una broma?

Entro en la habitación, y los tres se callan. Es la versión Rosetti de un alto al fuego.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¿Dónde está tu esposa? —pregunta mi padre. Está sentado en el gran sillón de cuero, su rosario retorciéndose en su mano—. Tal vez ella pueda decirnos por qué los federales atacaron nuestro laboratorio.

Mi sangre se hiela.

—¿Qué?

—Lo oíste —dice Rafe. Está de pie junto a la ventana, una sombra de negro—. El laboratorio se fue. Clara está muerta. Todo se ha ido a la mierda.

—Empiecen desde el principio —digo—. Y dejen a Besiana fuera de esto.

—Es simple —dice Emilio, apoyándose contra la pared—. Alguien les dio el soplo. Alguien que sabe demasiado. Tal vez ella habla dormida.

Doy un paso hacia él, y se calla. Puede que sea el único en esta familia que no puede jodidamente dejar a Besiana en paz, pero también soy el único que puede evitar que estos idiotas se despedacen entre sí.

—Les sugiero que miren la última filtración, antes de acusar a mi esposa de algo —gruño, mortal y bajo.

—¿Me estás culpando? —dice Rafe, su voz como un disparo.

—Estoy culpando a quien sea responsable —digo—. Y no es ella.

—¿Ah, sí? —dice Rafe, cruzando los brazos—. Hasta donde yo sé, los federales ni siquiera están en el bolsillo de su padre. ¿Qué les dio ella, una linda nota?

—Suficiente —dice mi padre, su voz profunda y definitiva—. Rafe, te dije que tuvieras cuidado. Te dije que no dejaras que nadie se acercara demasiado. Tal vez ya no escuchas.

—Escucho —dice Rafe, su rostro como piedra—. ¿Crees que le dije a alguien? ¿Crees que lo solté?

—Creo —dice Emilio— que no es coincidencia que el laboratorio sea atacado justo después de que traemos a la princesa Dushku a casa. Tal vez no recuerdas lo que ella es. Una Dushku. Una de ellos.

—¿Terminaron? —digo. Mi voz es tranquila. Demasiado tranquila —. ¿Ya terminaron todos?

Rafe me mira fijamente, sus ojos azul hielo cortando a través de la habitación. Emilio se encoge de hombros, suave y afilado. Mi padre se ve cansado, viejo por una vez, pero su agarre en el rosario es firme.

—Averiguamos quién hizo esto —digo—. No nos sentamos aquí culpándonos unos a otros. Y la dejamos fuera de esto, maldita sea.

—Ella es familia ahora —dice mi padre—. Si ella hizo esto...

—Ella no lo hizo —digo, interrumpiéndolo. No levanto la voz, pero es suficiente para detenerlos.

—Mira, Dom —dice Rafe, su voz casi razonable ahora—. Lo entiendo. Quieres confiar en ella. No quieres pensar que nos jodería así.

—Ella no lo haría —digo—. Ella no es el enemigo.

—Ella no es una de nosotros —dice Emilio—. Deberías recordar eso.

—No estoy diciendo que ella sea la rata —dice Rafe—. Pero tiene oídos. Tiene un padre que tal vez quiera usarlos.

La ira me inunda, una marea roja que exprime la lógica y la precaución. Recuerdo sus lágrimas, calientes contra mi pecho, cuando finalmente me contó todo. Recuerdo su voz, áspera y rota. Adrian Dushku mató a la madre y al hermano de Besiana, y eso la destrozó. Ella nunca espiaría para él ni en un millón de años.

Me pongo en la cara de Rafe, dejando que la ira tome el control, sintiendo su agudeza como un cuchillo. Mis manos agarran su camisa, y quiero golpearlo, hacerle pagar por las palabras que está lanzando.

—Cuida lo que dices sobre mi esposa —escupo—. Puede que no te gusten las consecuencias.

La tensión crepita en la habitación. Emilio está de pie en silencio, sus ojos saltando entre nosotros como si estuviera viendo una pelea en el ring que no quiere perderse. Mi padre se mueve en su silla, el cuero crujiendo bajo su peso. Siento sus miradas, esperando ver quién cederá primero, quién se echará atrás.

Pero Rafe no. Él no se inmuta.

—¿Me estás amenazando ahora, hermano mayor?

Su voz es firme, un eco duro en el aire entre nosotros. Me enfurece. Me dan ganas de sacudirlo, de hacerle entender que no puede tocar a Besiana, ni siquiera con palabras. Lo suelto, empujándolo hacia atrás con un sonido de disgusto.

—Te lo advierto —gruño, con la rabia ardiente y apenas contenida —. Besiana está fuera de límites.

La mandíbula de Rafe se tensa, y hay un peligro en su expresión, una calma mortal que podría estallar en cualquier momento. Cruza

los brazos, un movimiento lento y deliberado.

—Estás ciego, Dom —dice—. ¿Crees que porque le pusiste un anillo, ella no es una amenaza? ¿Crees que le importa un carajo esta familia? ¿O tú?

—Ella no es así —digo.

Emilio levanta una ceja, escéptico pero en silencio, y la mirada de Rafe se agudiza aún más. Sé lo que está pensando. Para él, estoy enfermo de amor. Débil. Un tonto.

Más pesado que antes, el silencio nos rodea. La ira de Rafe hierve a fuego lento, igualando la mía. La sonrisa de Emilio se desvanece. Siento el tira y afloja de su sospecha, el peso de su desconfianza. Pero no puedo dejar que la toquen. No puedo dejar que la culpen por esto.

Miro a mi padre, mi voz aún baja pero más calmada. —Probaré que ella no es la fuga. —Luego me vuelvo hacia Rafe, mirándolo a los ojos una última vez—. No vas a echarle la culpa de esto.

Mi padre suspira pesadamente, su rosario chasqueando con cada movimiento. —Luchamos contra el enemigo, no entre nosotros. Nuestra fuerza radica en nuestra unidad.

La tensión en la habitación se intensifica, pero nadie lo contradice. Mantengo mi mirada fija en Rafe; es una bala perdida, impredecible y propenso a actuar antes de pensar. En este momento de crisis, es a él a quien debo vigilar.

—No estamos llegando a ninguna parte con esto —declara mi padre, levantándose de su silla. La habitación queda en silencio, todos los ojos puestos en él—. Tratamos con hechos, no con teorías. Encuéntrenme pruebas, evidencia concreta, y entonces decidiremos qué hacer.

Una ola de alivio me invade mientras me aparto de Rafe para mirar a mi padre. Al menos una persona en esta habitación no está saltando a conclusiones.

—Descubriré quién hizo esto —digo con firmeza, sosteniendo la mirada de mi padre—. Y cuando lo haga, van a desear no haberse metido con la familia Rosetti.

26

Besiana

El aire nocturno muerde un poco, el viento se arremolina alrededor del dobladillo de mi vestido de seda mientras salgo a la terraza de la mansión Rosetti.

Las luces de la ciudad brillan contra el cielo oscuro, y el zumbido distante del tráfico llena el silencio. A esta hora, espero tener el espacio para mí sola, una oportunidad de escapar de la energía abarrotada del interior, de dejar que la brisa fría alivie la tensión en mis hombros. La terraza es vasta y vacía, un elegante oasis de piedra y cromo, con macetas cuidadosamente dispuestas y el persistente aroma de la lluvia sobre el acero.

Camino más allá, mis tacones resonando contra las baldosas. No estoy sola.

Allí, cerca de la barandilla, lo veo: Domenico. Está de pie, de espaldas a mí, alto e inmóvil. Me detengo, vacilando en las sombras.

Domenico está cerca del borde, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, aún con su traje, su cabello recortado contra el resplandor del horizonte. La ciudad arde en la distancia, luces como brasas. No se da vuelta cuando camino hacia él. Solo eso casi me destroza.

Me detengo a varios pies de él.

—Dijiste que me amabas —digo, las palabras crudas y desnudas.

Sin saludo. Sin precaución. Sin amabilidad. Solo eso.

La cabeza de Dom se inclina ligeramente al sonido de mi voz, pero no se voltea. —Lo recuerdo —responde, su tono firme y medido.

—Entonces, ¿por qué desapareciste? —Me detengo cuando estoy a unos pasos de él.

—Estoy justo aquí —dice.

—Desapareciste emocionalmente. Me follarás o me castigarás, me arrastrarás a tus aburridas reuniones, pero no me mirarás a los ojos. ¿Por qué me tratas como si fuera frágil? ¿Como si fuera temporal?

Su mandíbula se tensa, una línea afilada contra las luces de la ciudad, y un momento de silencio se extiende hasta que pienso que no responderá en absoluto. —Necesitas espacio —dice finalmente.

—Te necesito a ti —replico, las palabras saliendo atropelladamente, casi en carne viva.

Eso lo golpea. Sus hombros se mueven, apenas, pero lo veo.

Se gira entonces, lento y deliberado, y cuando sus ojos se encuentran con los míos, son ilegibles. Acero frío sobre fuego ardiente, emociones que está tratando de encerrar.

—No es tan simple —dice.

Cruzo los brazos sobre mi pecho y enfrento su mirada con un desafío. —No. Nunca lo es contigo.

El silencio pulsa entre nosotros, agudo y doloroso, su peso presionando contra mi corazón. Me mira, exponiendo todo en esa mirada: anhelo, miedo, deseo y contención.

—Me proteges —digo en voz baja, escuchando el temblor en mi propia voz—. Me besas como si fuera tuya. Pero luego te apartas como si tocarme demasiado tiempo pudiera matarte.

—Podría —dice.

Parpadeo, la respuesta inesperada y cortante. —¿Qué?

Dom da un paso adelante, lo suficiente para que mi respiración se entrecorte. —Porque si empiezo —dice, con voz baja—, no pararé.

Mi corazón golpea contra mis costillas. Retumba en mis oídos, fuera de control, como cada parte de mí cuando estoy cerca de él.

—Te querré en cada habitación. Cada noche. Cada decisión. —Su voz es calma, peligrosa.

Dom se acerca más, y no hay lugar para correr. Sus palabras se estrellan sobre mí, implacables.

—Querré tu boca en la mía. Tu piel bajo mis manos. Te querré atada a mí de formas que no podrás deshacer.

Siento cada centímetro del espacio entre nosotros, lo siento encogiéndose, consumiéndose.

No levanta la voz. No necesita hacerlo.

Tiemblo, y sus ojos captan el movimiento, clavándome en mi lugar. Su intensidad me envuelve como fuego.

—Mataré a cualquiera que siquiera piense en alejarte de mí —murmura. Está cerca ahora, lo suficientemente cerca para que su calor se mezcle con el frío viento nocturno—. Y nunca te dejaré ir. Jamás. No porque seas mía. Sino porque no sobreviviré perderte.

Trago con dificultad. El viento parece más fuerte ahora, la ciudad más lejana. Suena como mi latido, haciendo eco salvajemente contra los espacios vacíos entre nosotros.

—Y ya has tenido suficiente de ese tipo de amor controlador —termina.

Una risa amarga se me escapa, inesperada. —¿Crees que me estás protegiendo enjaulándote a ti mismo?

No responde. Solo me mira como si fuera una decisión que no ha ganado el derecho a tomar.

—No eres mi padre, Dom. —Mi voz se quiebra en el aire frío como el cristal—. No eres él.

Permanece en silencio, sus ojos ardiendo como si lo hubiera golpeado. Un paso más cerca.

—No —continúo, mi corazón latiendo con fuerza—. No lo eres. —Las palabras salen más rápido, desesperadas ahora—. No necesito silencio. No necesito espacio. Necesito que dejes de fingir que no importo.

—Importas más que nada. —Su voz es áspera, apenas por encima de un susurro—. Ese es el problema.

Tomo aire. Luego otro. Levanto la mano, mis dedos temblando mientras rozan su mandíbula. Se estremece, solo por una fracción de segundo, y luego su mano se dispara y atrapa mi muñeca, manteniéndola allí. Sosteniéndome.

No me aparto. No puedo.

—Entonces deja de luchar contra ello —susurro, fijando mi mirada en la suya.

Y que Dios me ayude, lo hace.

Me atrae hacia él, cerrando los últimos centímetros entre nosotros, el calor indómito de su cuerpo desterrando el aire nocturno. Siento la fuerza contenida bajo su exterior frío, y cuando su boca reclama la mía, es como una presa rompiéndose. Es como morir y volver a la vida al mismo tiempo.

Su mano suelta mi muñeca, y espero que me aparte de nuevo, que diga que hemos ido demasiado lejos. Pero no lo hace. Nunca hace lo que espero. En su lugar, sus brazos me rodean, con una ferocidad que nunca he conocido tan de cerca. Usualmente, es pasión violenta o ternura que se derrite al amanecer.

Me hundo en el beso, perdiéndome en él, sintiendo cómo el dolor de su contención se convierte en algo salvaje e imparable. Mis manos se enredan en su cabello, acercándolo más, y el mundo se reduce a este momento. El zumbido de la ciudad se desvanece en la nada.

Él es todo lo que oigo, todo lo que siento: mi universo entero.

Cuando sus labios dejan los míos, por un momento pienso que ha cambiado de opinión, que la vieja vacilación está volviendo. Pero entonces su boca está en mi cuello, murmurando mi nombre como si fuera un secreto que ya no puede guardar.

—Besiana.

Me respira, y siento que su pecho se eleva, el ritmo rápido de su corazón latiendo contra el mío. No queda espacio entre nosotros, nada más que nuestros latidos entrelazados y el viento aullando a nuestro alrededor mientras ardemos.

Con una brusquedad que nos hace jadear a ambos, se aparta de golpe, con los ojos oscuros, ardientes, como si ya estuviera temblando por el esfuerzo de recuperar el control.

—Dom —digo, con una súplica inconfundible en mi voz.

Tiemblo cuando me mira, como si estuviera decidiendo si rendirse a esto de nuevo o alejarse. Sus manos siguen en mis brazos, y envían un calor abrasador a través de mí.

Avanza de repente, y nuestras bocas chocan una vez más, el calor y el anhelo nos inundan. Me aferro a él. Nada más existe. Nada importa.

Lo beso de vuelta con todo lo que he estado conteniendo. Todo el miedo, la confusión, la forma en que su ausencia me dejó vacía. Mis manos se deslizan por su pecho, mis dedos se retuercen en su chaqueta, acercándolo más.

Él se separa primero, lo justo para respirar contra mi boca.

—No sabes lo que estás pidiendo —dice con voz ronca.

—Sí —respiro—, lo sé.

Exhala temblorosamente, su frente presionando contra la mía.

Siento que su determinación se desvanece, que las últimas de sus murallas se derrumban entre nosotros. Su cercanía es una tormenta de fuego, derritiendo los bordes fríos de la noche.

—No soy un buen hombre, Besiana —dice como una disculpa, su voz hecha jirones y cruda.

—Eres mi hombre.

Eso le hace algo.

Todo su cuerpo reacciona, sus brazos se tensan para acercarme aún más. Luego nos movemos, su chaqueta cae de sus hombros, mi espalda presionada contra la pared de piedra, fría contra mi columna mientras su boca encuentra la mía de nuevo, más lenta esta vez. Posesiva. Minuciosa.

—No vas a tener espacio después de esto —murmura contra mi cuello, su aliento erizando mi piel—. No vas a tener distancia. Ahora eres mía.

—Ya lo era.

La admisión envía un escalofrío a través de él, y gime profundamente en su pecho.

Gime profundamente en su pecho y me besa como si estuviera sellando un juramento con sus dientes.

Pero entonces, porque es Dom, se detiene. Justo antes del punto sin retorno. Su respiración es áspera, sus manos aún en mis caderas, sus ojos oscuros como la obsidiana.

—Te protegeré, Besiana. Con todo lo que tengo. Incluso de mí mismo.

Presiono un beso en el borde de su mandíbula. —Déjame decidir si necesito protección.

Una larga pausa. El viento se enrosca a nuestro alrededor de nuevo, atrapando los bordes de nuestro cabello y el dobladillo de mi vestido. Él aparta un mechón de mi mejilla como si fuera un acto sagrado.

Luego susurra, tan bajo que casi se pierde en el viento:

—Que Dios me ayude, quemaría el mundo por ti.

Y le creo.

La vacilación en sus ojos se desvanece, reemplazada por la cruda y ardiente certeza que siempre ha existido entre nosotros. Con un sonido áspero, a medio camino entre la rendición y el triunfo, me besa de nuevo. No hay nada de la restricción calculada esta vez, nada de la contención que siempre se ha sentido como un castigo.

La fuerza de ello hace que mi cabeza dé vueltas, hace que mi mundo explote en un caos de su piel, su calor, su inhalar y exhalar. Estoy atrapada entre él y la pared, atrapada por el peso de todo lo que somos juntos, y no cambiaría ni un solo momento de esto.

Mis manos se deslizan bajo su camisa, desesperadas por sentir la flexión de sus músculos bajo mis dedos, y me sorprende el calor de su piel y la forma en que reacciona, como si el más mínimo toque lo fuera a romper. Pero no se rompe. Se aferra con la intensidad de un hombre que ha encontrado lo único por lo que vale la pena perderse.

—Te amo —murmura, las palabras reclamando cada centímetro de mí.

Se aparta, lo suficiente para ver mi reacción, y capto la tormenta en sus ojos. Lo miro y siento como si estuviera cayendo, pero finalmente en la dirección correcta.

—Te amo —dice de nuevo como si no lo hubiera escuchado la primera vez, como si no pudiera creer que finalmente puede decirlo.

Mis manos viajan por su pecho, y lo libero de su corbata, dejándola caer como una rendición final en la terraza de la azotea.

—No vuelvas a olvidarlo nunca —le digo antes de ponerme de puntillas y presionar mis labios contra su clavícula.

27

Domenico

Espero oír el sonido de cristales rompiéndose, que la tormenta finalmente irrumpa y lo destroce todo. En su lugar, la mansión se mantiene firme, sus cimientos tan sólidos como las creencias de mi padre. El viento aúlla a través de la ciudad y contra las ventanas de mi estudio, pero no puede ahogar las palabras que no quiero escuchar.

—Fue ella —repite Rafe.

Está de pie junto a la ventana, todo bordes duros y silueta oscura, con un chip rastreador entre los dedos como una acusación. Me mira, y yo no me muevo. Si me muevo, esto se volverá real.

—El químico, el laboratorio, las drogas... Besiana los delató —la voz de Emilio es baja y letal.

Rafe cruza la habitación. Arroja el chip sobre mi escritorio. Hace un sonido pequeño y sólido, final y brutal.

—Estaba enviando coordenadas directamente a Adrian —su mandíbula está tensa. Lo he visto enojado, pero nunca así—. Ella sabía lo que era. Lo escondió en su abrigo de piel.

—No lo sabes —digo. Mi voz es suave. Demasiado suave. Es como si perteneciera a otra persona—. No lo sabes con seguridad.

Mira a Emilio. Emilio está al borde de la habitación, medio oculto en las sombras. Sus ojos grises son indescifrables.

—No quieres ver lo que está justo frente a ti —dice Emilio. Levanta un teléfono desechable—. Adrian nos envió un mensaje.

Lanza el teléfono. Rafe lo atrapa con una mano y lo arroja sobre el escritorio, junto al chip.

—Era una espía, Dom —dice Rafe—. Lo dice justo aquí. Deberíamos haberlo sabido cuando encontramos muerto al químico.

—Se infiltró en el laboratorio —dice Emilio—. Consiguió las coordenadas del ixaphorine, incendió el almacén y luego destruyó el laboratorio.

Sal se reclina. Su presencia llena la habitación.

—Confiaste en ella, Domenico. Yo confié en ti —dice Sal. Las palabras son pesadas. Sacude la ceniza en el cenicero—. Ve a buscarla y tráemela.

Mi mente es un rugido. Trato de bloquearlo, de reprimirlo hasta que sepa qué hacer con él.

—No te preocupes —dice Rafe, oscuro y frío—. Yo me encargaré.

Sal niega con la cabeza. —No. Quiero que él mismo se encargue.

Mi pecho está apretado. Me digo a mí mismo que necesito oírlo de su boca. Necesito ver la mirada en sus ojos. Necesito estar seguro.

—La traeré —digo—. Se hará.

La tormenta golpea mientras salgo del estudio.

Me dirijo hacia abajo, pasando el vestíbulo. Los suelos de mármol hacen eco con cada paso. Soy piedra, y si me quiebro, nunca podré mantener juntos los pedazos.

Ella los delató. El químico. El laboratorio. Las drogas. Besiana los delató.

El gimnasio privado está en el sótano. Mi corazón está en algún lugar más bajo, más profundo, donde ni siquiera yo puedo encontrarlo. Siento el fantasma de su toque en mi pecho. Sus labios en los míos.

Necesito saber la verdad, aunque me mate. Pero no lo creeré hasta que lo oiga de sus labios.

Mi mano está en la puerta. Está fría, como el resto de este lugar.

Cuando entro, Besiana es un borrón de negro y blanco contra la pared lejana. Está corriendo en la cinta, rápida y grácil, el pelo oscuro recogido en una cola elegante, su rostro una imagen de

concentración. No tiene idea de lo que se avecina. Mi pecho se aprieta. ¿Cómo pude haberme equivocado tanto con ella?

—Tenemos que hablar —mi voz es fuerte, rebotando en las paredes vacías.

Ella reduce la velocidad de la cinta y deja que corra bajo sus pies mientras se sostiene de las barras.

—¿Qué pasa?

Todo. No puedo decirlo.

Me doy la vuelta y golpeo con el puño el saco de boxeo más cercano. Lo golpeo de nuevo. Y otra vez. No para entrenar. No para desahogarme.

Para evitar pensar.

Ella mintió.

Besiana. Mi esposa. Mi fuego y mi perdición.

Ella les dio información. Los hombres de Dushku. La redada en el almacén. La pérdida del ixaphorine. Mi químico muerto. Y yo pensé —*mierda, pensé*— que la estaba manteniendo a salvo.

Otro golpe. La cadena cruje. Mis nudillos arden a través de las vendas.

—Lo descubriste —dice en voz baja.

Mi mandíbula se tensa. Lanzo un golpe más, lo suficientemente fuerte como para hacer temblar el techo. Luego detengo el saco con una mano.

—Dime lo que aún no sé —digo.

Ella no responde.

Me giro. Sus ojos se afilan. Son como astillas de jade pálido.

—¿Le diste a Adrian la ubicación del laboratorio? —pregunto.

Ella baja de la cinta, casi tropieza. Es la primera vez que la veo menos que perfecta.

—Yo...

La interrumpo. —Sabemos que tenías un rastreador. Lo encontramos. Rafe dice que lo escondiste en tu abrigo de piel.

Su boca es una línea delgada. Espero que lo niegue. Que me diga que Rafe está equivocado.

—¿Eso es todo?

Está tranquila. Demasiado tranquila.

—Hay más —digo. Fuerzo cada palabra—. Recibimos un mensaje de Adrian. Dice que estabas espiando. Dice que ese era tu trabajo desde el principio.

Ella baja los ojos. Es un golpe al estómago. No está negando nada de esto. Mi corazón cae como una piedra, pesado y mortal, hundiéndose rápidamente.

—¿Es cierto? —mi voz se quiebra.

Ella no dice nada. No tiene que hacerlo.

La tormenta ha estallado. No afuera. Dentro de mí. Soy escombros, y soy rabia, y soy amor, y soy odio. No sé dónde empiezo y dónde termino.

—Tu padre cree que puede salvarte de mí —digo—. No puede. No lo hará.

Ella no se inmuta, pero sus manos tiemblan ligeramente. Sus ojos centellean, feroces y desafiantes. Pero hay algo más ahí también, lo único que no puede ocultar. Miedo.

—Baba no quiere salvarme —dice.

—¿Entonces por qué? —digo. La ira y la traición se enroscan en cada palabra—. ¿Por qué correr el riesgo? Debe haberte prometido algo.

—Familia —dice. Su mandíbula está tensa, pero la veo temblar—. Lo hice solamente porque es familia, y no tuve otra opción.

Es como una bala. Caliente y real e implacable. Se supone que yo soy su familia. Pero no lo dejo ver. No le daré esa satisfacción.

—Entiendo —digo—. Querías salir. Y no te importó a quién quemabas para lograrlo.

Me acerco. Mi sombra se cierne sobre ella, pero no retrocede.

—¿Desde cuándo? —pregunto.

Traga saliva. —Desde la boda.

El silencio se expande entre nosotros, amplio y resonante. El tipo que mata a la gente más lento que las balas.

—Te envió para destruirme —digo sin emoción.

—Sí.

—Y lo hiciste.

Se estremece como si la hubiera abofeteado. Bien. Que lo sienta.

—Dom, yo nunca...

—No —espeto—. No digas que no era tu intención. Le entregaste cada detalle. Le diste las llaves.

Ella da un paso adelante. Yo retrocedo uno. Solo uno. Lo suficiente para que sienta el cambio.

—Le di lo que me pidió —dice—. Hasta que ya no pude más.

Me río una vez, con aspereza. —Qué noble de tu parte.

—No sabía del segundo ataque.

—El que destrozó la mitad de mi operación y puso a Clara en la morgue.

—Lo sé...

—¿Lo sabes? —Me muevo hacia ella, lento y deliberado—. ¿Sabes lo que significa sangrar por algo? ¿Construirlo con tus manos, solo para ver cómo alguien lo destroza y sonríe mientras muere?

Levanta la barbilla. —Sí. Lo sé.

Eso me detiene. Solo por un segundo.

—Él mató a mi madre —dice—. Y aun así lo serví. Así que no me hables de traición como si fuera algo nuevo.

La miro fijamente, con el corazón latiendo tan fuerte que puedo saborearlo.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste? —pregunto de nuevo. Las palabras salen como una súplica. No frías. Solo rotas.

Sus ojos se encuentran con los míos, afilados e inflexibles, y espero que me corte de nuevo. Pero no lo hace. Sostiene el silencio como sostiene mi corazón: en sus manos, apretado y tembloroso.

—Porque tenía miedo —dice—. Miedo de que dejaras de mirarme como lo haces ahora mismo.

Intento entender, pero mi mente es un enredo de ira y confusión. ¿Quería esto entonces? ¿La rabia y la destrucción? ¿Es por eso que me dejó pensar que era mía?

—Ahora tienes lo que querías —digo, derrotado—. ¿Estás feliz?

Un susurro: —No.

Retrocedo. El silencio ruge.

Ella toma un respiro tembloroso. —Nunca quise enamorarme de ti.

—Pero lo hiciste.

Sus ojos se llenan, pero parpadea para alejar las lágrimas antes de que caigan.

—Lo siento, Dom. Por todo.

Niego con la cabeza una vez. Tenso. Controlado.

—No tienes derecho a sentirlo —digo—. No aquí. No ahora.

Me muevo hacia ella, cerrando la distancia entre nosotros con pasos lentos y deliberados. Cada paso hace que mi decisión sea más peligrosa, más desesperada, más definitiva. Sus ojos permanecen fijos en los míos, conteniendo tanto miedo como determinación. Veo cómo se obliga a ser fuerte, pero mi presencia es una fuerza en sí misma. Siempre he sido fuerte. Ahora soy algo completamente diferente. Desquiciado.

—No eres mi enemiga, Besiana —digo—. Pero tampoco eres mi esposa. No hasta que decida qué carajo eres.

Retrocede con movimientos rígidos y cautelosos, manteniéndose entera incluso cuando choca contra la pared. Sus hombros están cuadrados. La encierro, pongo mis manos a ambos lados de su cabeza, tan cerca que puedo sentir el rápido latido de su pulso. La veo prepararse para ello, el terrible castigo que espera. Mi pecho duele. El mundo da vueltas y vueltas. Podría aplastarla. Podría destruirla.

En cambio, la beso como si fuera lo último que me mantiene vivo. Aplasto mi boca contra la suya y saboreo el sudor en su piel. Ella no se aparta. Me devuelve el beso. Me vuelco en él, imprudente y consumidor.

Nunca me he sentido tan perdido.

—Vete —digo, separándome. La palabra se arranca de mí como si tuviera garras—. Márchate. Antes de que cambie de opinión.

—¿Qué?

—Vete. —Es más fuerte, como mi ira, mi amor, mi necesidad imposible.

—Domenico, yo...

No la dejo terminar. —Lárgate. Si sabes lo que te conviene, no vuelvas nunca. Sal te despellejará viva, y no estoy exagerando.

Me mira fijamente, con los ojos muy abiertos y respirando con dificultad. Sus labios están hinchados. Quiero besarlos una y otra y otra vez. En cambio, la dejo ir. La ayudo a irse. El sonido del viento

nos persigue por la mansión, la elegante y oscura cola del cabello de Besiana rebotando.

Llegamos al primer piso. La arrastro hacia una entrada lateral, a través de más habitaciones vacías, más pasillos desiertos, hasta que estoy seguro de que está libre. Hasta que estoy seguro de que está a salvo.

—Domenico —dice ella nuevamente. Su voz se quiebra esta vez.

La empujo a través de la puerta. El viento frío me golpea, pero la mansión se mantiene firme.

—Vete —digo otra vez. Ya ni siquiera es una palabra. Es una súplica.

Y entonces ella se ha ido.

28

Besiana

Una procesión fúnebre de palomas se balancea tras las migajas dispersas. La panadería está vacía. El escaparate está agrietado, el toldo desteñido por el sol a un rosa pálido. No debería haber venido aquí, pero el arrepentimiento es el aire que respiro. El pasado tiene una manera de arrastrarte de vuelta. Meto las manos más profundo en mis bolsillos. La gente en la calle pasa sin mirar, sin importarles quién soy o qué he hecho.

Paso por un café donde el nombre es nuevo, pero reconozco la pintura descascarada y el fuerte aroma a café. Adentro hay hombres jugando a las cartas. Hombres viejos de cabello blanco y ojos cansados. En el parque, mujeres mayores se sientan y conversan, siempre con algo que decir sobre el mundo. Es más tranquilo aquí, pero he olvidado el ritmo de todo esto. Un taxi toca la bocina y un hombre le grita algo en respuesta. Maldiciones y amenazas en albanés. Suena como a casa. Sigo caminando.

Los ecos son fuertes en mi mente. Si supiera que estoy aquí, Baba me lo recordaría. Rompería algo. Los huesos son los que sanan más rápido. En cambio, pienso en Dom y en las palabras que dijo. Traidora. Mentirosa. Enemiga. Duele tanto como cualquier cosa que Baba haya dicho alguna vez.

Cruzo otra calle y el viento me pica las mejillas. No he dormido en dos días, no desde que dejé la mansión de los Rosetti y decidí que

estoy mejor sin amor. Creen que estoy con Baba ahora, de vuelta con mi familia y feliz. Pero, ¿qué clase de familia es esa? No importa. La voz de mi padre en mi cabeza es más fuerte que nunca. No hagas preguntas, Besiana. Las preguntas son para la gente que tiene algo que ocultar. ¿Tienes algo que ocultar, Besiana?

Ni siquiera lo sé.

Agacho la cabeza para evitar mirar la vieja lavandería, pero mis ojos la encuentran de todos modos. Dom envió a Matteo a vigilarme una vez cuando comí en el café de al lado. Miro de nuevo. Nadie me está vigilando ahora.

Una voz que no reconozco grita mi nombre. Me sobresalto y me giro para ver a un chico corriendo hacia mí. Lleva una chaqueta con un puño deshilachado y una bufanda envuelta apretada alrededor del cuello. Su aliento empaña el aire frente a él.

—¡Besa! —grita de nuevo, y esta vez veo quién es.

Un niño que solía seguirme. Él y un amigo suyo siempre intentaban superarse el uno al otro, demostrando quién era más duro. Ahora es más alto, casi de mi estatura, pero su nariz sigue torcida desde aquella vez que lo golpeé por patear a mi perro. Olvidé su nombre hace años.

—Pensé que te habías ido —dice, metiendo las manos en sus bolsillos. Tiene una sonrisa pícara que me hace pensar que no ha cambiado tanto como quiere hacerme creer.

—Me fui —digo—. Esto no es... —Quiero decirle que debería fingir que nunca me vio. Es lo que yo debería haber hecho.

Se encoge de hombros. —De todos modos, me alegro de verte.

Me siento como un fantasma. Mi propio pasado no me reconoce. —Me alegro de verte también —miento.

Saca una memoria USB de su abrigo y me la tiende. No la tomo, así que agarra mi mano y envuelve mis dedos alrededor de ella. —Ya sabes qué hacer. —Desaparece antes de que pueda decir algo, deslizándose entre la gente como agua entre las grietas.

Me quedo parada en el frío, mirando fijamente la USB. ¿Cree que soy alguien más? ¿O está jugando como cuando era niño, viendo si le sigo el juego? No importa. Está equivocado. Estoy fuera. Mis

dedos aprietan el plástico con más fuerza. Debería tirarla. No lo hago.

La biblioteca está tal como la recuerdo. Grande y gris, su puerta cubierta de avisos despegados. Mi pie vacila en el escalón, y miro detrás de mí. ¿El chico realmente me dejó sola? ¿Me está siguiendo? Tal vez Baba lo envió. Me siento mareada. Dom sabría qué hacer, pero ya no lo tengo. Solo me tengo a mí misma.

El interior huele a polvo. Camino por pasillos y filas, pasando rostros inclinados sobre libros, hasta una computadora en la parte de atrás. Me deslizo en la silla, meto la USB y observo. Se me corta la respiración.

Veo los nombres primero. Raffaele Rosetti. Domenico Rosetti. Leonardo. Emilio. Matteo. Salvatore. Destellan ante mí como si me estuvieran disparando, como si yo fuera la que está en la lista. Hay horarios y ubicaciones, mapas y fotos borrosas. Tienen una reunión programada. Entrecierro los ojos hacia la pantalla, forzándome a mirar, a ver. Todos ellos juntos.

Esto no puede estar bien. Mi padre prometió mantenerlos fuera de esto. Era solo negocios. Nada personal. Quería destruir su operación Iride, tal vez robarla para sí mismo. Pero estas palabras son mucho más: quiere destruirlos. No su negocio, a ellos.

La silla cae al suelo cuando me pongo de pie. Busco torpemente mi teléfono, marcando con dedos que no se quedan quietos. Un hombre levanta la mirada de un escritorio y me mira con enojo. No me importa. El timbre hace eco, cada tono fuerte y vacío. Sé que irá al buzón de voz antes incluso de escuchar su voz. Sé que me ha bloqueado. Dom.

Bien, me lo merezco, pero ellos no. Los Rosetti no.

Estoy temblando mientras intento llamar a Carmela a continuación. Es su única oportunidad. Mi única oportunidad. Por favor.

Contesta, con una risa en su voz. —¿Besiana? Ay, Dios mío, pensé que...

—¡Carmela! ¡Escucha! —grito demasiado fuerte. La bibliotecaria me hace callar. Agarro el teléfono y bajo la voz—. Carmela, es una trampa. Tienes que decírselo.

—Whoa, tranquila, cariño. —Sus palabras son alegres. No entiende. No sabe—. ¿Qué estás...?

—¡Tus hermanos! —No puedo detener las palabras. Se atropellan unas a otras—. Carmela, tus hermanos están en peligro. Es una emboscada. No pueden ir a esa reunión. Tienes que creerme.

La línea se queda en silencio, y por un segundo, pienso que ha colgado. —¿Dónde estás? —Su voz es diferente ahora. Insegura.

—No importa. Solo escucha. —Veo la lista en mi mente. Veo los nombres tachados. Me duelen las manos de sostener el teléfono tan fuerte—. Es esta noche. Diles que no vayan.

—Pero te fuiste. Tú...

—¡Carmela! ¡Por favor! Cometí un error. Esto no es...

—Volviste con ellos, Besiana. ¿Por qué debería creer algo de lo que dices? —Escucho que se le corta la respiración, escucho que su voz baja a un susurro—. ¿Por qué llamaste?

Se les está acabando el tiempo. —Solo impide que vayan a la reunión, y te explicaré todo después —digo.

Silencio de nuevo. Me duele el pecho.

—Ya se fueron —finalmente me dice. Suena lejana, como si estuviera escuchando a través de una puerta cerrada—. Rafe dijo que podrías hacer algo así. Un truco. Ellos...

—¡No vayas! —Estoy gritando de nuevo.

—Ya están allí, cariño. —Su voz es tan suave que apenas la escucho—. Llegaste tarde.

La llamada termina. Estoy sola.

No demasiado tarde. No puedo llegar demasiado tarde.

Salgo furiosa de la biblioteca y corro. El aire frío me muerde la cara, pero no lo siento. Los pulmones me arden y el pavimento retumba bajo mis pies. Hay una entrada al metro adelante, con escaleras empinadas e implacables. Me lanzo por ellas y me aprieto a través del torniquete. Mi abrigo se engancha, pero lo jalo para liberarlo y tropiezo hasta el andén. Estoy jadeando, sin aliento y sin tiempo.

Llega el tren. Se detiene con un chirrido y me abro paso dentro, las puertas cerrándose tras de mí. Ya se han ido. Las palabras de Carmela resuenan con cada traqueteo y estrépito. Dom no

escuchará. La lista de objetivos está llena de nombres Rosetti, y yo hice esto. Pero puedo deshacerlo. Tengo que hacerlo.

Me aferro al poste y el metal está frío en mis manos.

29

Domenico

El viejo teatro se alza en el borde de Hell's Kitchen como una reliquia de un tiempo olvidado. Polvoriento, indeseado y jodidamente frío. Si el viento se vuelve más cortante, podría atravesar mi traje. Estoy parado afuera en la acera sucia con Rafe, Leo, Emilio, Matteo, Sal y media docena de nuestros mejores hombres. Esperando a que aparezcan los albaneses. Es el tipo de lugar que parece una trampa, pero Sal insiste en que escuchemos a Adrian.

—No van a venir —dice Rafe, mirando con furia las viejas puertas de cristal.

Leo se truena los nudillos, inquieto. —Cuando muestren sus cobardes traseros, les pondré una bala a cada uno.

Emilio resopla desde su rincón, escondido en las sombras.

El viejo más vale que tenga razón sobre esto. La espera me volverá loco. Y Matteo no ayuda.

—Que vengan o no, ¿a quién le importa? —se encoge de hombros.

Su moneda atrapa la luz, girando entre sus dedos. Lo atrapo observándome, con una sonrisa burlona en su rostro. No nos gusta esto. A ninguno de nosotros. Pero si Adrian estaba dispuesto a compartir que Besiana nos ha estado espiando, podría soltar otras verdades importantes. No podemos ignorarlo. Aunque nos cueste.

—Entramos —digo, mis palabras cortantes y definitivas—. Podrían estar adentro.

Pasamos por el vestíbulo, y en el momento en que entramos al teatro, sé que algo anda mal.

Está demasiado silencioso. Demasiado prístino para un lugar que supuestamente ha estado cerrado durante décadas. Las arañas están intactas. Las cortinas de terciopelo sin polvo. Y el aire... huele a pulidor fresco.

Rafe está a mi izquierda, con la mandíbula tensa. Emilio sigue detrás, con las manos sueltas cerca de su arma. Matteo, dos pasos detrás de él. Todos hombres Rosetti. Todos armados. Ninguno relajado.

—Esta fue tu idea —murmura Rafe entre dientes.

—Fue su invitación —corrijo—. Yo solo dije que sí.

—Es lo mismo —dice—. Si morimos aquí.

No respondo. Escaneo todo. Asientos del balcón. Aparejos del escenario. El largo pasillo de terciopelo que divide las filas.

Dos hombres albaneses están cerca del centro del escenario, vestidos como diplomáticos. Sin armas visibles. Adrian Dushku está sentado en la primera fila, casual, como si estuviera viendo un ensayo. Sus piernas cruzadas. Su sonrisa quirúrgica.

El calor sube detrás de mis ojos, pero mantengo mi rostro neutral.

—Domenico —dice Adrian, levantándose lentamente—. Llegaste.

—Nuestro último tratado de paz no salió tan bien —digo, forzando mis pensamientos a no detenerse en Besiana—, pero estamos dispuestos a escuchar qué más tienes que ofrecer.

—No hay conversaciones de paz esta noche —dice, sonriendo—. Solo cierre.

Es entonces cuando lo escucho: el suave clic de un cerrojo deslizándose a su lugar. No cerca de nosotros. Encima de nosotros.

El balcón.

Miro hacia arriba, sutil, una fracción de segundo, y veo el reflejo de una mira, medio oculta por la cortina. Otra sombra se mueve cerca de las luces del escenario.

Vinieron armados. Vinieron preparados. Y creen que estamos aquí para morir.

—Rafe —digo, con voz baja—. ¿Puerta trasera?

—Bloqueada.

Por supuesto que lo está.

Adrian extiende sus brazos como un anfitrión en una gala. —Por favor. Siéntense. Hemos preparado todo.

Doy un paso adelante, lento, deliberado, hacia la luz proyectada por las polvorientas arañas.

—Siempre te gustaron los teatralismos —digo.

—Y a ti siempre te gustó fingir que eras diferente al resto de nosotros —responde, con tono frío—. Pero no lo eres, Domenico. Solo estás mejor vestido.

Mis dedos se flexionan a mis costados.

—Entonces —digo—. ¿Esta es la parte donde nos hablas hasta la muerte?

Es entonces cuando el reflector se enciende, cegador, caliente, y suena el primer disparo.

Me falla por un centímetro. Golpea la pared del escenario detrás.

La segunda bala roza mi oreja antes de que incluso oiga el disparo. El polvo explota a mi alrededor, y mis instintos se activan.

—¡Rafe...! —grito.

Él ya se está moviendo, buscando una salida.

Emilio saca su Glock. Matteo voltea una fila de sillas para cubrirse. El fuego de armas estalla desde el balcón, ensordecedor en la cúpula del teatro.

Derribo a Adrian al suelo, no para salvarlo, sino para inmovilizarlo. Mi rodilla se clava en su pecho mientras el caos se desata a nuestro alrededor.

—¿Nos trajiste aquí para morir? —gruño—. ¿Entonces por qué sigo respirando?

La sonrisa de Adrian está ensangrentada. —No por mucho tiempo.

Otro disparo pasa rozando mi oreja. Lo suelto y ruedo detrás de los asientos de la primera fila. Se astillan bajo el fuego. Rafe elimina a un tirador en el balcón izquierdo. Emilio está sangrando del hombro pero sigue disparando.

—¡Nos tendieron una trampa! —la voz de Leo se eleva por encima del caos. Está junto a la puerta, devolviendo el fuego con Emilio.

—¡Maldita sea, lo sabía! —gruñe Rafe. Sus ojos son de un azul helado y furioso mientras dispara dos veces a un grupo de albaneses en el balcón—. ¿Ahora le crees a Adrian?

Miro a Sal, que se esconde detrás de una columna. Asiente, sombrío y cabreado, luego dispara y le acierta a uno de los bastardos en el hombro.

Una docena de albaneses. Los malditos ratas tenían todo el lugar cubierto.

Emilio y Matteo ya están al otro lado del teatro, cubriéndose cerca del escenario. Matteo tiene la espalda contra las escaleras, disparando al balcón. Su moneda tintinea contra el suelo, olvidada.

Emilio grita, acertando un tiro limpio a un albanés que se asoma detrás de las cortinas.

Leo se queda junto a la entrada, disparando rondas y maldiciendo a todo lo que se mueve. —¿Dónde carajo está nuestro refuerzo? — Se agacha cuando una bala pasa silbando junto a su cabeza.

Busco a los hombres que trajimos. Dos están caídos y el resto se encuentra acurrucado junto a la pared del fondo, disparando a ciegas.

Un dolor agudo se enciende en mi costado. Me presiono con la mano. Cálido y húmedo. No es mortal, pero es un mensaje. Aprieto los dientes y me asomo lo suficiente para ponerle una bala al bastardo más cercano.

Esto es un mensaje, claro. Pero no pienso escucharlo, carajo.

—¿Vamos a hacer esto o qué? —grita Leo desde la entrada, su voz se alza por encima del tiroteo—. ¡Agarren a esos imbéciles!

Tomo una decisión.

—¡Rafe! —llamo—. ¡Balcón!

Rafe no necesita más que eso. Saca un cargador del bolsillo de su abrigo, lo inserta y empieza a disparar en ráfagas cortas.

Recupero el aliento, concentrándome en el grupo de albaneses más cercano. Uno de ellos retrocede, herido. Esto provoca una reacción en cadena entre los demás.

Sonrío, bajo y malicioso. Eso es lo que quiero ver.

—No aflojen —digo, recargando. Mi costado arde. La idea del rostro fantasmal y arrogante de Adrian arde aún más—. ¡Los quiero

sangrando!

Se oye un fuerte estruendo cuando la bala de Emilio golpea una de las lámparas. Esta cae, llevándose consigo a dos albaneses en su caída.

—Ya lo escucharon —grita Rafe—. ¡Primero que sangren, luego que mueran!

Los hombres de Rosetti han avanzado hacia el frente. Se despliegan, acorralando a los albaneses detrás de las cortinas. Veo cómo uno de nuestros muchachos cae, luego otro. Tres más toman la posta.

—¡Mierda! —grita Leo cuando su arma se atasca. La arroja al suelo y saca otra del interior de su abrigo—. ¡Salgan, pedazos de mierda Dushku!

Está rojo de furia, como siempre. Impaciente y cabreado, como siempre. Exhalo, apuntando de nuevo al balcón.

—¡Avanzando! —grita Rafe—. ¡Manténganlos ocupados!

Los albaneses se agachan bajo su fuego, retrocediendo hacia las sombras.

—¡Dom! —me llama Matteo desde el escenario—. ¿Quieres los honores?

—¡Adelante! —le grito en respuesta. Estoy más cerca ahora, codo a codo con Sal.

Me mira. A mi mano ensangrentada sobre mi costado sangrante.

—Hablaremos después —dice—. Ocúpate de esto.

Hago una señal para que Matteo y Emilio me sigan mientras avanzo. Matteo va por abajo, Emilio por arriba, y yo tomo el centro. Disparo mientras avanzo, apuntando a cualquier cosa que se mueva.

Los albaneses no saben qué los golpeó.

Rafe está en el balcón, Leo se acerca desde la entrada. Los bastardos no tienen a dónde ir.

El teatro ya no está tan frío. Está lleno de sudor y olor a pólvora. Sangre y cuerpos, también. Nos estamos acercando. Entonces lo escucho: Unas palabras gritadas en albanés. Los inteligentes deciden vivir.

De repente, una explosión ensordecedora resuena, sacudiendo el teatro hasta sus cimientos. Salgo volando y caigo con fuerza sobre el

piso de mármol. El mundo se difumina mientras el polvo y el humo llenan el aire. Mis oídos zumban, pero a través de la bruma, escucho gritos y alaridos: los inconfundibles sonidos del pánico.

—¡Dom! —la voz de Rafe atraviesa el caos.

Intento responder, pero el aire ha sido expulsado de mis pulmones. Toso violentamente, saboreando sangre. Mi costado palpita con una nueva intensidad.

—¿Qué carajo fue eso? —esta vez es la voz de Leo, sonando demasiado distante.

El humo se disipa lentamente, revelando una visión que me hiela la sangre. El teatro está en ruinas: partes del techo se han derrumbado, bloqueando las salidas. Algunos albaneses están atrapados bajo los escombros, pero otros están aprovechando la confusión para reagruparse y contraatacar.

Mis hombres... nuestros hombres, están desprevenidos. Ahora estamos expuestos y superados en número. Si sobrevivimos a esto, será un puto milagro.

Entre el humo y el polvo, una figura emerge de la puerta trasera. Una silueta delgada con un abrigo largo. Besiana. Mi corazón da un vuelco mientras la veo avanzar con una calma escalofriante que no pertenece a este campo de batalla.

Se detiene junto a un albanés caído y se inclina, tomando un arma de su agarre sin vida. Se endereza y examina el caos que se desarrolla frente a ella, sus ojos verde pálido indescifrables.

En medio de esta locura, el tiempo parece ralentizarse. Puedo ver cada detalle grabado en su rostro; la curva de su pómulo, la forma en que su cabello cae sobre un ojo, el pánico que intenta suprimir con tanto esfuerzo.

Un escalofrío de incertidumbre recorre mi espina dorsal. Es la hija de Dushku, su arma más preciada. Pero también ha estado viviendo con nosotros. Todo este tiempo hemos estado jugando al gato y al ratón con la confianza... y no tengo idea de qué lado está su lealtad ahora.

Mientras se adentra en la luz proyectada por un pequeño fuego, su mirada se clava en la mía. No hay calidez allí. Levanta su arma.

30

Besiana

El teatro es un campo de batalla.

El techo ha desaparecido.

Escombros y polvo caen como ceniza, el eco de los disparos rebota en piedra y hierro roto. Los reflectores parpadean salvajemente a través del humo, proyectando sombras.

Entro por la puerta lateral del teatro en ruinas, sintiendo como si estuviera adentrándome en el inframundo.

Mi mirada encuentra a Domenico, atraída hacia él como una limadura de hierro a un imán. Está sangrando por una herida en el costado y en la oreja, pero está vivo, gracias a Dios. Está acorralado, atrapado detrás de los restos desmoronados de una columna, con dos armas apuntándole desde arriba.

La sangre de los Rosetti mancha el suelo.

Y luego está Adrian. Mi padre. De pie en el centro del escenario, tan tranquilo como siempre, como si la violencia estuviera guionizada y solo estuviera esperando el aplauso.

Los ojos de Adrian encuentran los míos, cortando a través del humo y la ruina. Permanece impasible en el caos, como si me hubiera estado esperando todo el tiempo, como si este teatro de guerra no fuera más que un acto predecible. Casi puedo oír los engranajes girando en su mente, y eso lo emociona. Más sangre,

más traición: es la historia que siempre quiso. No muestra sorpresa ni miedo.

—Has vuelto a casa —grita con esa confianza familiar e inquebrantable.

—No —la rebeldía que he ocultado durante años se libera, cruda y poderosa—. He venido a ponerle fin a esto.

Dom me ve. Nuestras miradas se cruzan. No se inmuta, no baja su arma. Pero lo más importante: tampoco la levanta hacia mí.

Está esperando. Observando. *Preguntándose.*

¿Estoy aquí para terminar lo que mi padre empezó?

El aire está cargado de tensión, y lo veo escrito en cada rostro, en cada figura agazapada. Tanto los Rosetti como los Dushku están congelados en su lugar, esperando ver quién será borrado. Siempre he sido la hija obediente, la variable predecible. Nadie espera el giro. Estoy acostumbrada a ser subestimada. Especialmente por él.

Y ahora estoy reescribiendo su guion.

Avanzo lentamente. Mis botas crujen sobre azulejos rotos y sillas destrozadas. Tengo un arma albanesa en mis manos, recogida de un hombre muerto a mis pies, y la levanto. Ni rápido, ni lento, solo deliberado. Los albaneses se tensan, sus armas temblando hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Baba, con voz baja.

—Lo que me enseñaste —digo—. Sobrevivir.

Levanto el arma y apunto directamente hacia él.

Dom no se mueve.

Rafe murmura algo en voz baja.

El mundo contiene la respiración.

—Dile a tus hombres que se rindan —digo.

—Piensa en lo que estás haciendo, vajzë —dice, con voz repentinamente suave. Su voz se vuelve casi gentil ahora, como si pensara que todavía puede persuadirme a la obediencia—. Esta gente... no es tu familia.

—Ellos me protegieron —digo.

—Te usaron —su voz se agudiza, y da un paso cuidadoso hacia adelante, con una mano extendida en ese gesto familiar y condescendiente de supuesto amor. Me mantengo firme, inmóvil—.

Yo te crié —dice, cada palabra cargada con las cadenas que me puso hace años—. Te alimenté. Te enseñé todo lo que sabes.

—Me enseñaste a obedecer —espeto—. A desaparecer. A mentir.

—Y eso te mantuvo con vida —dice, más cortante ahora—. ¿Crees que los Rosetti te dejarán vivir una vez que hayan exprimido todo de ti? Eres un arma para ellos, al igual que lo eras para mí.

No digo nada, dejando que sienta mi silenciosa rebeldía como una bofetada en la cara.

—Si apuntas esa arma hacia mí —dice—, no hay vuelta atrás. Dejas de ser mi hija.

—Bien —susurro—. Porque tú dejaste de ser mi padre hace mucho tiempo.

Me mira fijamente, dándose cuenta de que está perdiendo el control. La ira fría parpadea en sus ojos, la furia de un hombre que no está acostumbrado a perder.

—Ven conmigo, Besiana. Nos vamos ahora. Puedes arreglar esto. Empezamos de nuevo: sin más espionaje. Sin más sangre. Tendrás a tu familia. Estarás a salvo.

—¿A salvo? —Me río, amarga y cruda—. Tú no mantienes a la gente a salvo, Baba. Los mantienes en silencio.

No lo niega. No tiene que hacerlo.

Ambos hemos visto los resultados de su silencio: los cuerpos, la sangre, las traiciones. Espera que vuelva a la fila, que me doblegue a su voluntad como siempre lo he hecho. Pero no hay vuelta atrás de esto. He terminado de jugar su juego.

—Llámalos. Para. Que. Se. Rindan.

Mi mano no tiembla. Mi voz no se quiebra.

Baba parpadea, luego se ríe. *Se ríe.*

—No me dispararás, Besiana —dice.

¿Cree que esto es un farol? ¿Alguna vez me ha visto fanfarronear?

—Tal vez no al corazón —digo—. ¿Pero a tus rodillas? ¿A tu hombro? Me enseñaste a ser despiadada, Baba. No te sorprendas de que haya aprendido mis lecciones.

Algo cambia en sus ojos, solo por un segundo. No es miedo. Es realización.

Los Rosetti me miran fijamente, esperando el remate. Acostumbrados a observar cada uno de mis movimientos, creyendo que conocen mis lealtades. Siento como si lo estuviera viendo con ellos, reescribiéndolo línea por línea. —Llámalos para que se rindan —repito. Las palabras resuenan en el silencio, todos atrapados entre respiraciones.

—No te escucharán —dice.

—Te escucharán a ti —contraataco, llevándolo más lejos, el arma elevándose con las palabras. Mi barbilla está en alto, mi corazón late con fuerza, pero lo mantengo todo estable—. O serás el primero en caer.

Lo observo, veo las piezas moverse en su mente. Es una mirada tan familiar, una que he visto desde que era niña. Siempre lo hacía parecer invencible. Pero ahora veo más. Veo duda.

Dom se levanta lentamente detrás de los escombros, aún sin estar seguro de qué lado estoy. No lo culpo. Pero mantengo el arma firme, mis ojos fijos en mi padre.

Adrian sostiene mi mirada.

—¿Traicionarías a tu sangre? —pregunta.

—Tú ya lo hiciste.

Silencio. Se cierne pesado, presionando sobre todos nosotros. Presiona mi pecho. El polvo gira en patrones caóticos. Mi pulso es un tambor de guerra. Lo observo, esperando su próximo movimiento, mis ojos nunca abandonan su rostro. Vamos, Baba. Muéstrame tus cartas.

Entonces habla.

—Deténganse —dice Adrian. Su voz corta a través del caos, aguda y autoritaria—. Todos ustedes.

Las palabras hacen eco, rebotando en la piedra y el metal. Por un segundo, nadie se mueve. Sus hombres dudan, pero luego su orden surte efecto. Obedecen. Uno por uno, las armas bajan. Los movimientos se ralentizan. La tormenta comienza a calmarse a nuestro alrededor, una calma repentina e innatural sigue a su paso. Tanto los Rosetti como los Dushku me observan, lo observan a él, inseguros de lo que vendrá después.

Dom no se mueve. Yo tampoco.

Adrian me mira con nuevos ojos.

—Te has vuelto fea —dice suavemente.

—No —digo—. Por fin me he vuelto real.

Los hombres de Baba, los albaneses, abandonan el teatro hasta que solo quedan los Rosetti. Y yo.

Me vuelvo hacia Dom. Hacia el único hombre que me miró y no vio una herramienta, un arma, una hija para negociar. Pero lo último que me dijo fue que ya no era su esposa, así que supongo que no tenemos ninguna relación en absoluto.

—Besiana —dice, su voz un fantasma de un susurro, casi perdido entre el polvo que se asienta.

Esos agudos ojos verdes me estudian, buscando una explicación, una justificación para mis acciones. Pero no salen palabras. En su lugar, dejo caer mi brazo a un costado, sintiendo el arma más pesada con cada segundo que pasa.

—Estás herido —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Él se mueve como si fuera a acercarse, pero se detiene en seco. Su mirada nunca abandona la mía.

—He estado peor —dice con un intento de sonrisa que no llega a sus ojos. Hay un silencio incómodo entre nosotros, llenado solo por nuestras respiraciones entrecortadas y el eco distante de pasos que se retiran.

Una inesperada ola de vulnerabilidad me invade. Despojada de las pretensiones, las mentiras y el engaño, me quedo de pie ante él siendo solo Besiana.

Sin decir una palabra, él se acerca y cuidadosamente retira el arma de mi mano aún temblorosa. La suelto sin protestar, observando cómo la coloca en una viga caída cercana. Su mirada se detiene en el arma, sus dedos trazando el frío metal casi distraídamente.

—Podrías haberlo matado —afirma, finalmente rompiendo el silencio. No es una pregunta, más bien una observación. No me mira mientras lo dice, mantiene su atención en el arma.

—Lo sé —respondo en voz baja, mis dedos enroscándose y desenroscándose a mis costados. Bajo la mirada a mis manos,

manchadas de polvo y ceniza, el eco persistente del peso del arma aún palpable.

La mirada de Dom se vuelve hacia mí entonces, estudiando mi rostro de cerca. Es como si me estuviera viendo por primera vez, tratando de dar sentido a lo que creía saber frente a lo que ahora ve de pie frente a él—. ¿Por qué no lo hiciste?

Una multitud de respuestas se apresuran. Podría decir que no quiero convertirme en mi padre o que prefiero que él viva con el conocimiento de que ha sido vencido por su propia hija. Pero en su lugar, dejo escapar un suspiro. Mis ojos se encuentran con los de Dom, manteniendo su mirada fija.

—Porque esa no soy yo —digo.

Las palabras son simples, pero pesan entre nosotros. Por primera vez en mi vida, siento como si estuviera verdaderamente de pie sobre mis propios pies, sin la carga de las expectativas de mi padre o el peso de la lealtad familiar dictando cada uno de mis movimientos.

Dom asiente lentamente.

Entonces hace algo que me toma por sorpresa: extiende una mano hacia mí. Su gesto no es de dominio o posesión como solía ser a menudo, sino de paz. De amistad.

—Hice lo que creí que era correcto —digo finalmente, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Lo sé —responde, su voz ronca de emociones no expresadas.

—Lo siento —logro decir, tragando con dificultad.

No es suficiente, ni de cerca suficiente para borrar el daño causado. Pero es un comienzo, un paso hacia la luz después de semanas pasadas en la oscuridad. Años.

Él no responde al principio, solo me observa con una expresión indescifrable. Y luego asiente lentamente—. Resolveremos el resto más tarde.

Así sin más, descarta todo: la sangre, la traición, el dolor. Y caigo en sus brazos.

31

Domenico

No puedo decir si está abandonado o si es tan hipster que da la vuelta completa y termina siendo decrépito. De cualquier manera, el edificio parece condenado. El menú está pintado con letras artísticas descascaradas sobre ladrillo expuesto, y las lámparas son botellas de refresco recicladas. Hace frío, y el café sabe a cartón quemado. Es difícil creer que ella sugiriera este lugar.

Pero ahí está, sentada en una pequeña mesa en la esquina, con una taza humeante de algo frente a ella. No la he visto en una semana, no desde el lío en el teatro, y mi corazón se encoge. Lleva el cabello suelto, lo cual es tan inusual que casi no la reconozco. Tampoco hay señales de un vestido de diseñador tan angular que podría sacarle un ojo a alguien. Lleva pantalones a medida y una blusa suelta, con su abrigo de piel colgado en el respaldo de su silla. Todavía tiene esa columna de acero, pero no se parece a la chica con la que me casé. Se parece a la chica que perdí.

El lugar está lleno de personas que creen estar en un secreto exclusivo, con laptops y gorros de lana, bufandas tejidas y café malo. Ninguno de ellos parece que sobreviviría una batalla real. Mi traje atrae miradas, pero estoy acostumbrado a eso.

Mis zapatos rascan contra el piso de baldosas agrietadas mientras me dirijo hacia ella. Llego a la mitad del camino y aún no ha levantado la mirada. Me detengo y observo, diciéndome a mí mismo

que es para evaluar la situación. No lo es. Estoy ganando tiempo, y lo sé.

Ella toma un sorbo lento de su taza, y el vapor se enrosca alrededor de su rostro, atrapando la luz de la mañana. Es una vista que he extrañado.

Es casi un alivio cuando levanta la mirada y me ve observándola. Sus ojos se abren. Solo un destello. Se recupera, y vuelven a ser de hielo. No sé si está contenta de verme. Pero está sorprendida de que haya venido, y eso es algo.

Se mueve en su silla y toma otro sorbo.

Un grupo de hipsters en la esquina mira en nuestra dirección. Hace unas semanas, me habría preocupado por los ojos puestos en nosotros. Ahora, los únicos ojos que me importan son los de ella. Me obligo a moverme. Me dirijo a su mesa, un paso lento a la vez.

Cuando me siento, ella señala el menú con la cabeza.

—Pide un café terrible —sugiere.

—¿Por qué este lugar? —pregunto.

Hay un millón de otras preguntas en mi cabeza, pero esta es la que sale.

—Territorio neutral —dice—. Como querías.

—Esto no era lo que tenía en mente. —Sueno demasiado duro, pero no me importa—. ¿Qué tiene de malo Bell & Fig? ¿O el bar del Hilton?

Sus labios se curvan hacia arriba, pero no es exactamente una sonrisa. —Demasiado obvios.

Lo está haciendo de nuevo. Sosteniendo todas las cartas y colocándolas una por una, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Lo peor es que lo tiene. Siempre lo ha tenido.

—Ha pasado un tiempo —dice.

—Sí —respondo, y ambos sabemos cuán inútil es esa palabra.

Quiero sacudirla. Quiero acercarla, respirar su aroma, asegurarme de que es real. No la he visto en una semana, siete largos días desde el tiroteo en el teatro abandonado, 168 horas en las que se ha negado a hablar, y finalmente, ha accedido a encontrarse.

Ella no llena el silencio, solo espera a que yo lo haga. El reloj en la pared hace un tic-tac demasiado fuerte, cada segundo clavándose

en mí, recordándome que ella solo está aquí porque quiere estarlo. Porque ella dio las órdenes, y yo aparecí. Como siempre.

—¿Por qué estamos aquí, Besiana? —Mi voz es demasiado baja. Casi temo la respuesta.

—Quería que lo escucharas de mí —dice.

—¿Escuchar qué?

Su boca se aprieta en una línea tensa, como lo hace cuando está a punto de dar un golpe mortal. —Lo siento.

La palabra es pesada. Llena. Final. No se siente como el final de algo. Se siente como el final de todo.

—Dom —dice finalmente, y hay algo en su voz que casi no reconozco. Vulnerabilidad—. No quería que esto pasara. No lo planeé. Le di la ubicación del almacén, pero pensé que después de eso estaba fuera. —Sus ojos se encuentran con los míos y luego se desvían de nuevo—. Baba plantó ese rastreador en mi abrigo, ¿sabes?

—Ya veo. —Es todo lo que puedo lograr decir.

—Quería decir algo más —dice.

Su voz es baja y temblorosa, y por un segundo pienso que podría quebrarse. Que ella podría quebrarse.

—Adelante.

Sus manos se retuercen frente a ella, y así es como sé que está asustada. No de mí. De lo que está a punto de decir.

—Tenías razón —dice—. Sobre todo. Sobre mi padre. Sobre tu familia, cómo los había entendido mal.

Puedo ver un pequeño temblor en sus hombros mientras se inclina hacia adelante.

—Obviamente.

No le doy nada más, aunque ver cómo se desmorona me hace querer estirarme sobre la mesa y detener toda esta conversación.

No me mira cuando lo dice. Solo estudia el borde astillado de la mesa.

—Si quieres terminar con esto —dice—, puedes hacerlo. No voy a luchar contra ti. Puedes divorciarte de mí. O anularlo. O lo que sea más fácil.

Toma aire. El tipo de respiración que tomas antes de sumergirte profundamente.

—Te mereces a alguien que no haya entregado tu imperio en bandeja de plata.

La miro fijamente. Duro. Largo rato.

Ella todavía no levanta la mirada.

—¿Terminaste? —pregunto.

Ella parpadea. —¿Qué?

—Dije: ¿terminaste? —repito pacientemente, reclinándome en mi silla. No aparto mis ojos de ella.

Por fin encuentra mi mirada. Y por primera vez en semanas, la veo. No la máscara. No la espía. No el nombre con el que nació.

Solo Besiana. La mujer que casi perdí.

Me inclino lentamente sobre la mesa.

Ella no se inmuta. Chica valiente.

—¿Quieres que me divorcie de ti? —pregunto, deteniéndome a centímetros de ella—. ¿Crees que quiero salirme?

Una pequeña pausa. —Creo que rompí algo —susurra, y casi me destroza.

Alzo la mano y suavemente, deliberadamente, acuno su mandíbula. Sus ojos se cierran como si se estuviera preparando para el dolor.

—Lo hiciste —digo—. Rompiste todo.

Exhala temblorosamente. Su aliento susurra contra mi piel como si finalmente estuviera dejando ir algo que ha sostenido con demasiada fuerza.

—Y aun así no te dejaré ir.

Sus ojos se abren de golpe.

—Eres mía, Besiana. Fuiste mía desde el segundo en que entraste a esa boda luciendo como una maldita guerrera.

—Pero yo...

—Me traicionaste. Y luego me elegiste. Eso es más de lo que la mayoría de la gente hace jamás.

Ella sacude la cabeza. —Dom...

—Le apuntaste con un arma a tu padre por mí.

—Por nosotros —corrige.

Asiento una vez. Luego la beso.

No es suave. No es lento. Son semanas de deseo y días de dolor y demasiadas noches fingiendo que no quería atraerla de vuelta hacia mí y *retenerla.*

Cuando rompo el beso, ella respira como si acabara de sobrevivir a una tormenta.

—Nada de divorcio —digo—. Nada de anulación.

—¿Y si pido uno?

Su voz tiembla, como si necesitara escuchar mi respuesta más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Entonces diré que no.

Deja escapar una risa temblorosa que se convierte en un sonido que no he escuchado en mucho tiempo. Alegría.

—Eres imposible —dice.

—Estoy enamorado de ti —corrijo.

Toma mi mano. Entrelaza nuestros dedos. Sus ojos brillan en la tenue luz del café, y me doy cuenta de que moriría mil veces por esa mirada.

—Entonces construyamos algo nuevo. Solo nosotros.

—No más secretos —digo.

—No más reglas —susurra.

—Todavía no se te permite apuntarme con armas.

Sonríe. —No prometo nada.

Salimos del café, y le arrojo algo de dinero al personal, suficiente para cubrir la comida y renovar el mostrador de mierda.

El frío nos golpea tan pronto como salimos por la puerta, y la atraigo contra mí.

Nos toma unas cuantas cuadras antes de que me permita realmente mirarla, con los ojos grandes y brillantes. Está aquí, caminando por el corazón de la ciudad, y tomó una decisión. No olvidaré lo que le costó.

—¿Qué hay de tu familia? —pregunta.

—Al diablo con ellos —digo.

—Pensé que eras un hombre inteligente —dice.

—No cuando se trata de ti.

Me mira, con los ojos grandes y vulnerables.

—No me verán igual después de esto, ¿sabes? —dice.

No dudo. —No son ellos con quienes me casé —respondo—. ¿De verdad crees que me importa un carajo lo que vean?

Su risa esta vez es una exhalación aguda.

—Siempre te importó, Dom —dice—. Son tu familia, y siempre te ha importado.

—Tú también lo eres —digo. Sale casi como un gruñido feroz—. No me importa un carajo lo que piense nadie más, Besiana. No te dejaré ir.

—¿Y estás realmente seguro?

La atraigo hacia mí, mis dedos envolviendo su cintura. Se siente tan sólida, tan real, y he extrañado esto más de lo que jamás admitiré. La acerco aún más, mi aliento caliente contra su oído. —No me hagas decirlo de nuevo.

Caminamos por las calles un rato, dejando que el aire frío llene el espacio entre nosotros. Pero no es lo mismo que antes. Este silencio se siente cómodo, como un moretón que está sanando, una herida que finalmente se está cerrando. Mi brazo descansa sobre sus hombros, manteniendo al resto del mundo alejado.

No estamos arreglados, aún no. Hay grietas por todas partes. Pero tampoco estamos destrozados.

—¿Adónde vamos desde aquí? —pregunta, y suena insegura. Insegura pero no asustada—. ¿De vuelta a la mansión Rosetti? Mi padre...

—Olvídalo —interrumpo. Necesita saber que hablo en serio—. Olvídalos a todos. —Sostengo su mirada, asegurándome de que entienda—. A algún lugar nuevo. Solo nosotros.

—A algún lugar nuevo —dice—. ¿Una casa propia?

—Encontraremos una —prometo.

Sus ojos buscan los míos. —¿Podemos celebrar las fiestas?

Es una petición extraña, demasiado ordinaria, demasiado tierna. —¿Quieres decir —digo, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro— como la gente normal?

Su risa es diferente esta vez. Baja. Sorprendida. —Sí. Como la gente normal.

—Por supuesto —digo, atrayéndola aún más cerca—. Lo normal no suena tan mal.

32

Besiana

Estoy enredada con Dom en la suite del ático del Hotel Aman. La habitación huele a nosotros, crudo y nuevo, como si el poder se hubiera desplazado, equilibrado. Por primera vez, siento que es mi elección estar aquí. Me acerco más, sintiendo su latido al compás del mío, y las palabras se me escapan antes de que pueda tragarlas.

—Te amo.

Es como lanzarse de un acantilado y descubrir que puedo volar. Su sonrisa, la forma en que me atrae hacia él, me dice que siente lo mismo.

Dejo que el momento me envuelva, suave como las sábanas enredadas alrededor de nuestras piernas. Es extraño y maravilloso sentirme así, como si mi vida no estuviera preescrita, como si mis elecciones fueran realmente mías. Contengo la respiración y las palabras flotan entre nosotros, pesadas de verdad. Dom me mira con esos ojos verdes penetrantes que ven más de lo que yo quisiera mostrar, pero ahora mismo, no me importa. Quiero que me vea.

—Lo dices como si fuera una confesión —dice, con un tono juguetón en su voz.

Sonrío, dejándome relajar contra él.

—Se siente como una.

Su mano me toma por la nuca y me atrae hacia él, besándome. Todo esto es nuevo y aterrador, pero la emoción está en la caída

libre. Se aleja lo justo para hablar contra mis labios.

—Yo también te amo.

Las palabras se asientan sobre mí, calentándome desde adentro. Se siente como romper la superficie después de estar demasiado tiempo bajo el agua, como tomar aire y llenar mis pulmones con todo lo que no sabía que me faltaba.

La ciudad se extiende debajo de nosotros, las luces brillan como estrellas distantes. Es finales de noviembre, y el frío de afuera acentúa el calor de aquí dentro. No hemos salido de esta habitación desde ayer, no hemos pensado en nada más que en nosotros. Es lujoso, en más sentidos que el del ático, no preocuparse por el mundo por un tiempo.

Me echo hacia atrás, observando su rostro, memorizando cada ángulo y línea. Se ve relajado, más de lo que jamás lo he visto. También parece más abierto, como si me dejara entrar. El peso que siempre carga parece más ligero ahora.

—¿Qué pasa por esa cabeza tuya? —pregunto, recorriendo su mandíbula con mi dedo.

Él atrapa mi mano, llevándola a sus labios.

—Que voy a mantenerte aquí todo el tiempo que pueda.

Levanto una ceja, fingiendo sorpresa.

—No sabía que era tu prisionera.

—No lo eres —me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Yo soy el tuyo.

La forma en que lo dice, la intensidad silenciosa en su voz, hace que mi corazón se salte un latido. Durante mucho tiempo, me he sentido como un peón en el juego de otro. Aquí con Dom, se siente diferente. Somos iguales. No soy su propiedad. No soy de nadie. Estoy, por primera vez, eligiendo.

Inclino la cabeza, dándole una sonrisa juguetona.

—Podría acostumbrarme a tenerte a mi merced.

—Creo que ya lo has hecho —dice, haciéndome girar para quedar encima de mí.

Me río, y es un sonido real, sin reservas y libre.

Mi risa rebota en las paredes y llena el aire, y él se une, con un rumor grave que me envuelve. Alzo la mano, trazando el contorno

de su sonrisa. Es algo raro verlo tan despreocupado, y lo absorbo. Su chaqueta está tirada sobre el respaldo de una silla, su camisa descartada en algún lugar de la habitación. Es un nuevo look para él, esta elegancia deshecha y arrugada. Por una vez, parece que no le importa.

El calor entre nosotros vuelve a crecer, y no puedo decir si viene de su piel o de la mía.

—Podríamos quedarnos aquí para siempre —digo, arqueándome hacia él.

—Para siempre es mucho tiempo —murmura contra mi cuello—, pero estoy dispuesto si tú lo estás.

El mundo exterior no existe aquí. Somos solo nosotros, atrapados en este momento que se siente como una eternidad en sí mismo. Nuestro pequeño universo.

Dom sostiene mi mirada, su expresión suavizándose, volviéndose seria pero aún tan cálida. Parece un hombre enamorado, y me pregunto si ve lo mismo en mí.

—¿Por qué me miras así? —pregunta, rozando sus labios sobre mi frente.

Lo abrazo más fuerte, si es que eso es posible.

—Nunca pensé que tendría esto.

—Yo tampoco —se mueve, llevándome con él hasta que somos un lío enredado en la cama.

Me dejo caer en la sensación, perdiéndome en él. Hace un ruido, algo entre un gruñido y una risa, y es el sonido más maravilloso que he escuchado jamás. La habitación gira a nuestro alrededor, borrosa y eléctrica, hasta que todo lo que conozco es su piel y su toque y la feroz e increíble certeza de estar juntos.

Su boca encuentra la mía, y estoy sin aliento y perdida y encontrada a la vez. Nada más importa. Solo esto. Solo él. Solo nosotros.

Entramos en el edificio de oficinas donde la familia Rosetti dirige su imperio. El vestíbulo huele a loción para después de afeitar. Todo es elegante y moderno, desde el acero pulido hasta el vidrio inmaculado, y la seguridad nos observa de cerca. El viaje en el ascensor es silencioso. Soy demasiado orgullosa para admitir que estoy nerviosa porque Dom simplemente me llevaría de vuelta a la suite del ático, pero insistí en venir. Tengo que hacer esto.

Cuando llegamos a la sala de conferencias, Sal, Rafe, Emilio, Leonardo y Matteo ya están esperando. Se siente como caminar hacia un pelotón de fusilamiento, pero mantengo la cabeza en alto. Lo que sea que me lancen, sobreviviré.

La sala es espaciosa, fría de autoridad. Las paredes están revestidas de madera oscura, la mesa es larga y pulida. Es una sala destinada a tratos, a decisiones que derriban imperios. Dom entra como si fuera el dueño del lugar, que, por supuesto, lo es. Lo sigo, mis tacones resonando contra el suelo de madera. No tengo miedo, me digo a mí misma.

La última vez que estuve con estos hombres, estábamos rodeados de balas y sangre. Antes de eso, iban tras mi piel. Dom me mira y me da un pequeño asentimiento. Me tranquiliza.

Los hombres Rosetti levantan la vista cuando entramos. Sal, el patriarca, se sienta a la cabecera de la mesa, sus ojos verdes y agudos sin perderse nada. Rafe se reclina en su silla, con los brazos cruzados, el ceño fruncido habitual en su rostro. Matteo y Emilio, ambos en traje pero cada uno llevándolo a su manera —uno elegantemente desaliñado, el otro pulcramente casual— intercambian una mirada. No me esperaban.

Enderezo la columna, aprieto la mandíbula. Sabrán que no estoy aquí para esconderme.

—Besiana —dice Salvatore, su voz suave y medida—. Esto es una sorpresa.

Ofrezco un asentimiento, manteniendo mi expresión neutral.

—Quería verlos a todos en persona.

—Valiente —dice Emilio, levantando una ceja—. ¿Qué rama de nuestro negocio planeas destruir hoy?

Matteo lanza una moneda al aire, observándome con curiosidad. —Espero que no le tengas miedo a las armas —dice, dándose una palmadita en la cadera.

Hay un momento de silencio, y luego Rafe descruzar los brazos. —O a lo cabreados que estamos.

—Rafe —advierte Dom, con un tono cortante.

Sé que mi esposo me protegerá, incluso contra sus propios hermanos.

Sostengo la mirada helada de Rafe, sin inmutarme. —Deberían estar enojados. Todos ustedes.

Sal nos hace un gesto para que nos sentemos, con una leve sonrisa tirando de sus labios. Tomo asiento, con la espalda recta y la determinación firme.

—No voy a hacerles perder el tiempo —digo. Mi voz hace más eco del que esperaba en esta habitación de cristal que parece un ataúd —. Todos saben lo que hice.

La mandíbula de Rafe se tensa. Los ojos de Sal se entrecierran, apenas perceptiblemente.

—Me enviaron aquí para infiltrarme —continúo—. Y lo hice. Le pasé información a mi padre. Ayudé a causar la redada que destruyó su almacén. Socavé su imperio.

Silencio.

De ese tipo que no es solo quietud, sino que es *pesado*.

—Pero también elegí parar. Elegí alejarme de mi padre. Y cuando llegó el momento...

Levanto la barbilla.

—Apunté con un arma a mi padre. No a ninguno de ustedes.

Matteo exhala por la nariz.

—No puedo deshacer lo que hice —digo—. Pero vine a asumir la responsabilidad por ello. No tienen que quererme. No tienen que confiar en mí.

Miro alrededor de la mesa, obligándome a encontrar la mirada de cada uno de ellos.

—Pero si van a matarme, háganlo rápido. Prefiero morir de pie que pudrirme en la culpa.

Por un momento, nadie se mueve.

Entonces Leo murmura: —Mierda —y se deja caer en una silla como si el peso finalmente lo hubiera golpeado—. Tiene más agallas que la mitad de la gente que hemos pagado para protegernos.

Rafe se despega de la pared, aún con los brazos cruzados. Su expresión no se ha suavizado, pero habla.

—Nos traicionaste —dice, calmado como una hoja de afeitar—. Pero también salvaste nuestras vidas.

Sal se aclara la garganta. Aún regio. Aún de hierro.

—Elegiste a los Rosetti —dice—. Y nosotros no olvidamos la lealtad.

Una larga pausa.

—Ni la traición —añade—. Pero...

Mira a Dom, luego de vuelta a mí.

—Un arma habla más fuerte que las buenas intenciones. Y apuntaste la tuya al hombre correcto.

La tensión se rompe, solo un poco. Lo suficiente para dejar que el oxígeno vuelva a la habitación.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Ahora —dice Rafe, acercándose—, te lo ganas. Día a día.

Emilio interviene sin levantar la vista de su teléfono. —No vas a ir a ningún lado, ¿verdad? Eres un poco infame ahora.

Leo sonríe con suficiencia. —Infame es nuestra marca.

Matteo sonríe. —Además, seríamos idiotas si desperdiciáramos a una mujer que puede disparar así.

Casi sonrío, casi me permito creer que estoy perdonada. —En el teatro, quería mostrarles que soy leal.

Sal me estudia, su expresión indescifrable. —Tu padre lo llamaría traición.

—Mi padre —digo— no conoce el significado de la lealtad.

Dom toma mi mano, su agarre fuerte, reconfortante. —Ella ya no está de su lado.

Hay otra pausa, y me pregunto si pueden oír lo rápido que late mi corazón.

Emilio golpea la mesa con los dedos. —Le debemos.

—Y sangre Dushku o no —agrega Matteo, haciendo girar su moneda—, es una de nosotros.

Rafe asiente de mala gana. —De acuerdo.

Sal mira alrededor de la habitación, luego de vuelta a mí. —Bienvenida a la familia. De verdad, esta vez.

Suelto un suspiro. Me han aceptado, estos hombres unidos por algo más poderoso que la sangre. Confiarán en mí, y no los defraudaré.

—¿Y el Iride? —pregunta Rafe, cambiando el enfoque—. ¿También está muerto?

La habitación queda en silencio. Esta es la pregunta que más importa, y todos lo saben.

—Clara está muerta —dice Dom, con la voz tensa—. También su trabajo. Estamos comprando todo lo que podemos de ixaforina, pero sin la química ni los registros...

—No tenemos nada —termina Matteo, haciendo una mueca mientras se guarda la moneda en el bolsillo.

He esperado este momento, sin saber cómo reaccionarían, esperando que confiaran lo suficiente en mí. Meto la mano en mi bolso y coloco una carpeta gruesa sobre la mesa. Todos los ojos se dirigen a ella.

Rafe la agarra, abriéndola. —¿Qué diablos es esto?

—La fórmula —digo, observándolos cuidadosamente—. Del Iride. Clara me la dio cuando visité el laboratorio.

Emilio se inclina, con la mirada agudizándose. —¿La verdadera?

—Quería asegurarse de que no muriera con ella. Supongo que sabía que era una posibilidad —digo.

—Y tú querías asegurarte de tener la información —dice Sal lentamente.

—No le di esto a mi padre —digo, mirando alrededor de la mesa, encontrando la mirada de cada uno de ellos—. Quiero construirlo con ustedes.

Hay un latido, luego otro. La habitación parece contener la respiración. Es todo lo que necesitan para terminar de hacer el Iride.

El agarre de Dom en mi mano se aprieta, y una sonrisa fantasmal toca sus labios. —¿Entonces? —dice—. Parece que tenemos un plan. Encontramos otro químico, reconstruimos el laboratorio, llevamos esto al mercado.

—Eso parece —dice Rafe, aún hojeando las páginas. Hay algo como respeto en su voz ahora, un reconocimiento reacio de que soy una de ellos.

—Adrian es inteligente —dice Matteo—, pero no más inteligente que esta familia.

—Y esta familia —añade Emilio— está de vuelta en el negocio.

Ahora soy parte de esto, esta familia loca, leal y maravillosa, y estoy lista para demostrarlo cada día. Hablan uno sobre otro, planes y estrategias, ideas rebotando en las paredes como ecos de todo lo que siempre quise ser parte. Casi puedo ver el futuro aquí, y por primera vez, no le temo.

Besiana Rosetti, pienso, y el nombre encaja como nunca pensé que lo haría.

33

Domenico

Besiana me mira como si le hubiera clavado un cuchillo en su corazón ya herido. La verdad es que quiero mantenerla lo más lejos posible de todo esto. Lejos de los muelles, el almacén, su padre. Me cierro la chaqueta mientras le digo de nuevo que debería quedarse en el hotel. No es una visita social, le digo. Rafe y yo vamos a tener una charla con Adrian, y no será agradable. Todavía no lo mataremos, agrego, pero será peor. Ella entrecierra los ojos y levanta la barbilla.

—Si crees que no puedo manejarlo, entonces realmente no me conoces en absoluto.

—Besiana —digo, extendiendo la mano hacia su brazo.

Ella gira y se dirige furiosa hacia la puerta. —Voy a ir.

La sigo hasta el frío de diciembre. Las luces de la ciudad parpadean más allá del Hudson, amarillas y azules contra el cielo nocturno. Subimos al auto. Besiana mira fijamente al frente, con la mandíbula apretada. Respiro hondo y arranco el motor.

—¿Sabes que esto se va a poner sangriento, verdad? —digo, rompiendo el silencio mientras conducimos hacia el centro.

—Con mi padre, siempre lo es —Se gira para mirarme, desafiante.

Quiero decir más, pero sé cuándo estoy vencido. Asiento. —Bien. Pero te quedas afuera.

Llegamos a los muelles. Están mayormente abandonados a esta hora, con solo unos pocos trabajadores nocturnos moviéndose bajo el resplandor de las farolas. Estaciono el auto en las sombras, lejos de la farola más cercana. El almacén se alza ante nosotros, una forma enorme y vacía contra el río. Me inclino y aprieto la mano de Besiana.

—Quédate aquí en la entrada hasta que sepa que es seguro —digo, pero puedo ver que no lo hará.

Salimos, el aire frío nos golpea con fuerza. El agua golpea contra los muelles, y en algún lugar en la distancia, la bocina de un barco corta la noche. Besiana se abraza más fuerte con su abrigo. Nos dirigimos al almacén.

Adentro, es exactamente como lo recuerdo de la última vez que Rafe y yo trabajamos a un tipo aquí. Cajas apiladas hasta lo alto, polvo suspendido en el aire, y el frío húmedo que siempre encuentra la manera de meterse en tus huesos. Lo que no esperaba era la vista que nos aguardaba. Rafe está de pie sobre Adrian, quien está atado a una silla en el centro de la habitación.

—Te faltó un lugar —digo, señalando la cara magullada e inconsciente de Adrian.

—Lo estaba guardando para ti —dice Rafe, con voz inexpresiva.

Pateo la silla de Adrian, abofeteándolo hasta que sus ojos se abren lentamente. Ya está en mal estado: mejilla hinchada, sangre seca bajo la nariz. Cuando me ve, hay odio en esos ojos pálidos suyos, pero nada más.

Sonrío, lenta y deliberadamente. —Intentaste matarme. Y a mi padre. Y a cada uno de mis hermanos. Ahora vamos a tomarnos nuestro tiempo contigo.

Ni siquiera se inmuta. Maldito bastardo frío.

Rafe levanta un par de alicates. —¿Puedo empezar con sus dedos?

—Paciencia —digo—. Quiero que lo vea venir todo.

Le quito la mordaza de la boca a Adrian, y por un momento sonríe. Luego los ojos de Adrian se desvían, fijándose en la entrada. Me doy vuelta y veo lo que él ve. Besiana, parada allí, mirando a su padre. Rafe me lanza una mirada de qué-carajo.

Adrian empieza a suplicar, su voz ronca pero urgente. —Zemër, tienes que dejarme ir. No pueden tratarme así. Soy tu padre.

—Besiana —advierto—, te dije que esto sería feo.

Pero ella ya está caminando hacia él. Contra mi mejor juicio, retrocedo y la dejo pasar.

Se detiene frente a él. —¿Baba?

—Todo va a estar bien —dice Adrian, mirándola con esos ojos inyectados en sangre—. Volveremos a como era antes. Antes de que todo se pusiera mal.

Besiana duda, y mi corazón cae como una piedra en mi estómago. Un momento de duda es todo lo que Adrian necesita. Se lanza hacia adelante con una fuerza repentina, agarrando su muñeca y tirándola contra su pecho. El movimiento es fluido, un borrón de velocidad que ni siquiera yo vi venir. Sus ojos se abren de par en par mientras tropieza hacia él. Antes de que Rafe o yo podamos reaccionar, antes de que demos un solo paso, Adrian le está sosteniendo un cuchillo en la garganta. Hijo de puta.

La hoja brilla bajo la tenue luz, un cruel corte contra su piel. Me congelo. Rafe se congela. Adrian se pone de pie, arrastrándola con él y fuera de la silla.

—¿De dónde sacó eso? —gruño, la pregunta como fuego en mi garganta. Estoy listo para matar a Rafe por ser tan descuidado con sus herramientas.

—¡Atrás! —grita Adrian, arrastrándola y sacándola de la silla. Se está moviendo, retrocediendo hacia la salida con Besiana fuertemente agarrada.

El rostro de Rafe es como piedra, ilegible. —¿Este es tu plan, viejo? No llegarás a cien metros.

—Baba, por favor...

—¡Silencio! —La voz de Adrian es fría y firme. La sangre ha dejado de manar de su nariz, pero aún está manchada en su barbilla. La hoja presiona con más fuerza contra su piel.

Aprieto los puños, dando un paso adelante. Puedo ver a Besiana tragar con dificultad, su garganta moviéndose contra el filo del cuchillo.

—¿Crees que eres más fuerte que yo? —Las palabras de Adrian cortan el aire de la habitación—. Solo eres una niña, Besiana.

Quiero alcanzarla, arrancarla de su agarre, pero sé cómo funciona esto. Cualquier movimiento en falso y el bastardo la cortará. Los ojos de Besiana se encuentran con los míos.

Adrian la jala más cerca y se ríe, no es un sonido fuerte, pero mordaz y lleno de desprecio.

—Deberías haberme matado cuando tenías esa pistola en mi cara, niña —escupe—. Pero eras demasiado débil. Después de todo, sí perteneces con los Rosettis. Pero yo? Yo soy fuerte. Y, como sabes, no tengo escrúpulos en matar a mis familiares más cercanos.

Rafe se mueve a mi lado, tenso y listo, pero ambos sabemos que estamos caminando por la cuerda floja aquí.

Cada palabra de Adrian es como un veneno, filtrándose en la habitación. —No tienes nada, Besiana. Ni poder. Ni fuerza. Eres tan inútil para ellos como lo eres para mí.

Ella no se inmuta, no visiblemente, pero sé que la golpea duro.

Nos detenemos, el mundo entero conteniendo la respiración. Los ojos grises de Adrian son afilados como el hielo.

—Por esto es que nunca deberías confiar en nadie —le dice a Besiana, empezando a moverse de nuevo.

Besiana no se inmuta. No se mueve. Puedo ver la furia acumulándose detrás de sus ojos, una intensidad que ni siquiera Adrian ha calculado.

En un instante, veo su mano ir a su pierna.

Saca el cuchillo de su madre de una funda en su muslo y lo apuñala, hunde esa daga hasta el mango en el pecho de su padre.

Los ojos de Adrian se abren de par en par. La conmoción lo congela. Su mano se afloja alrededor de la hoja.

Besiana retrocede, con una expresión en el rostro fría y clara como la escarcha.

El bastardo no lo vio venir.

Los ojos pálidos de Adrian están abiertos de par en par, mirándola como si la viera por primera vez. Su cuerpo se sacude hacia atrás. Besiana aprovecha la oportunidad, arrancándose de su agarre

mientras él jadea en busca de aire. El cuchillo sigue clavado profundamente en él mientras tropieza y cae.

Rafe y yo nos lanzamos hacia adelante, moviéndonos rápidamente mientras está en el suelo. Agarro a Besiana, atrayéndola hacia mí mientras Rafe alcanza a Adrian con furia en los ojos. Adrian se ahoga, su respiración sale húmeda, la sangre floreciendo en su camisa como una mancha que se extiende.

—Eres el único en quien no puedo confiar —dice Besiana, respirando con dificultad.

Adrian se está desangrando, rápido. Observo cómo la vida lo abandona, esos ojos pálidos apagándose.

—Dom —susurra Besiana. Su voz tiembla. Permanece inmóvil, con los ojos abiertos y desenfocados, como si no pudiera creer lo que acaba de hacer. Está en shock, puedo verlo.

—¿Estás herida? —exijo saber.

Examino su rostro, su cuerpo, aterrorizado de encontrar sangre que no sea de Adrian. Ella no responde de inmediato, solo sigue mirando el cuerpo de Adrian, inmóvil en el suelo.

—Yo... lo maté —dice finalmente, como si probara la verdad de ello, luchando por hacer que ella misma crea las palabras que escapan de sus labios.

Sacude la cabeza como si saliera de una niebla oscura. —Maté a mi padre.

Hay incredulidad en su voz. El shock en su rostro aún está presente, pero empieza a registrar su entorno, comienza a entender lo que acaba de suceder.

Sus ojos se encuentran con los míos nuevamente, y están crudos, vulnerables.

—Lo maté —repite, su voz más firme esta vez.

La realización corta a través de la bruma y llena el almacén como un grito. Nunca la había visto así, nunca la había visto de otra manera que no fuera compuesta, pero ahora parece que está a punto de desmoronarse.

Mira sus manos, manchadas de rojo.

—Besiana —digo suavemente, desesperado por alcanzarla, por traerla de vuelta del borde.

Extiendo la mano y tomo las suyas, con gentileza, mi corazón latiendo con fuerza.

—Besiana —repito, haciendo que me mire. Sus ojos verde pálido están atormentados, llenos de un tormento que me roba el aliento.

—Sí —le digo—. Lo hiciste. Y era tú o él. Hiciste lo que tenías que hacer.

Su mirada cae a nuestras manos, las mías aferrando las suyas con fuerza, ambos manchados con la sangre de su padre. Traga saliva con dificultad.

—Dom —susurra, su voz temblando como una hoja en la tormenta —. ¿Qué... qué hago ahora?

Aprieto sus manos, desesperado por anclarla, por evitar que se pierda en ese momento. —Nos cuidamos el uno al otro —digo simplemente.

En la periferia de mi visión, Rafe está de pie sobre el cuerpo de Adrian, su rostro plano y endurecido.

Nos quedamos allí en el frío, el cuerpo de Adrian a nuestros pies, su sangre extendiéndose por el concreto.

Rafe mira a Besiana, luego a mí.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Ya está enviando un mensaje para un equipo de limpieza.

—Ahora —digo—, vamos a casa.

34

Besiana

Así es como te dan la bienvenida después de una traición. La mansión Rosetti está vestida para la Navidad, adornada con luces centelleantes que atraviesan la niebla como faros. Miro a Domenico a mi lado, que nunca se ve distante, y le aprieto la mano más fuerte de lo que pretendo. Él no se inmuta. Podría aplastarle los dedos y ni siquiera pestañearía.

—¿Todavía estás preocupada? —pregunta.

—Sí —respondo.

No voy a fingir que no lo estoy. La última vez que estuve aquí, salí por la puerta trasera, huyendo de la ira de los Rosetti. Miro la mansión, a la familia que tiene todo el derecho de odiarme.

—¿Y estás seguro de que esto es una buena idea? —pregunto.

Su sonrisa es tranquila, imperturbable. —Es familia. Nunca es una buena idea.

Me aferro a su mano mientras entramos por la puerta principal.

Dentro, la casa está aún más transformada. Altos árboles, decorados en rojo y verde, se encuentran en cada habitación. Luces y cintas cubren las barandillas. Incluso los fríos suelos de mármol parecen más cálidos, abarrotados de paquetes, cajas y bolsas. Estoy tratando de asimilarlo todo cuando escucho la voz que más he temido.

—¡Besa! —Carmela viene hacia mí con toda su fuerza, un borrón de rizos castaños y terciopelo verde brillante. Me envuelve con sus brazos, y no estoy segura de qué hacer con mis manos—. ¡Me alegro tanto de que estés aquí! Y te pusiste el vestido verde. Te ves espectacular, cariño.

Tampoco estoy segura de qué decir.

—Yo...

—Está preocupada —termina Domenico por mí.

—¿Por qué? —Carmela se aparta lo justo para mirarme a los ojos —. ¡Te hemos extrañado!

—¿Ves? —dice Dom.

Veo. Veo que tiene razón, y veo que soy ridícula, y siento alivio en el frente de Carmela por primera vez en tres semanas.

No dura. Es engullido por el caos cuando la madre de Dom, Gianna, se apresura a abrazarme, y luego me veo envuelta en saludos y risas, fuertes y cariñosas. El resto de la familia se agolpa a nuestro alrededor, ansiosos y con los ojos brillantes. Eleanor y Juliet, incluso Sal.

—Todavía te ves muy delgada —dice Gianna, sacudiendo la cabeza mientras me abraza—. ¿Acaso no te alimenta?

—La alimento muy bien, mamá —Dom está a mi lado, tranquilizador, aún sosteniendo mi mano.

Carmela tira de la otra. Me arrastra entre un montón de hermanos, maridos y primos. Cada abrazo se siente como un signo de exclamación. No sé cómo seguirles el ritmo.

A mi lado, Eleanor me da una mirada de complicidad. —¿No estás acostumbrada a esto? —dice.

—No realmente.

Para nada. Lo más cercano a celebraciones que tuvimos en casa fue cuando Baba conseguía lo que quería, un trato de negocios exitoso o algún golpe bajo, y llegaba a casa con una caja de champán y se emborrachaba solo.

—Se nota —dice una voz que solo podría ser de Leonardo.

—Estará bien —dice Sal, divertido, como si hubiera estado viendo esto desenvolverse exactamente como esperaba—. Dale tiempo.

—Y una aspirina —murmura Rafe, con los brazos cruzados. Mira a Dom con una sonrisa cómplice.

—Si se va a quedar, necesitará más que una aspirina —agrega Emilio.

Matteo sonríe. —Tapones para los oídos. Definitivamente tapones para los oídos.

—¡Es Navidad! —dice Carmela—. Podemos estar callados.

—¿Quieres apostar? —Leo se truena los nudillos, y me pregunto cuánto tardará esto en terminar en desastre. Ya está luchando con Matteo, ambos riendo. Debería sentirme como una extraña. Debería sentirme sola. No es así.

—¿Qué piensas? —pregunta Domenico. Sus ojos están atentos, sin perderse nada.

—¿Con sinceridad?

Él asiente.

—Creo que estoy aterrada —admito.

Suelto su mano por un segundo para apartarme el pelo de los ojos. Cuando la tomo de nuevo, es porque quiero, no porque lo necesite.

—¿Eso es todo? —Su voz es más suave, lo suficientemente baja para que nadie más escuche.

—Aterrada pero feliz.

Él levanta mi mano y la besa. —Suena como cada maldita Navidad que he soportado.

Intento responder, pero Carmela me aleja de nuevo, parloteando tan rápido como se mueve el resto de la habitación. Me lleva a un par de sofás mullidos, ambos enterrados bajo cajas y papel.

—¡Aquí! Siéntate con nosotras. —Empuja a un lado una pila de paquetes brillantes, con una sonrisa radiante en su rostro—. Tenemos mucho de qué ponernos al día.

Es cierto, pero no sé por dónde empezar. Carmela lo hace fácil, llenando los huecos con preguntas sencillas. ¿Qué he estado haciendo? ¿Cómo está el hotel? ¿Cómo es nuestro nuevo lugar y cuándo nos mudamos?

—Es una casa grande y antigua —digo—. Necesita mucho trabajo, pero la convertiremos en un hogar.

Ella sonríe radiante, y me doy cuenta de que le gusta cómo suena eso tanto como a mí.

Eleanor está a mi lado, abriendo una caja gigante con una mano y acariciando a su cachorro dormido con la otra. Es rizado y diminuto y demasiado adorable para pertenecer a un Rosetti.

—Juliet lo va a malcriar —dice—. Y hablando de hermanos... —Alza la voz, asegurándose de que Dom pueda oír—. ¿Vas a dejar que Paz visite la nueva casa?

Domenico levanta una ceja desde el otro lado de la habitación. —No hasta que ese chucho esté entrenado para ir al baño.

—Oh, yo también iré —dice Carmela, prácticamente vibrando de emoción—. Ni notarás que estoy allí.

—Eso es lo que me temo —bromea Dom.

—¿Temer? ¿Tú? Pensé que nada te asustaba. —Matteo. Puedo verlo haciendo girar una moneda de plata entre sus dedos.

—Esta sí —dice Dom, asintiendo hacia mí.

Me estoy ahogando en preguntas, atención y amor. Es maravilloso y aterrador, pero siento un extraño confort en el caos. No estoy acostumbrada a esto, y ellos lo saben, y de alguna manera eso lo hace más fácil.

Juliet nos pasa una bandeja de pequeños vasos, cada uno lleno de algo fuerte y transparente. Carmela se toma el suyo con la misma energía con la que hace todo lo demás, y la habitación se llena de risas cuando arruga la cara.

—No te preocupes —me dice Eleanor—. Se calmará. No pueden mantener este ritmo para siempre.

—Te oí —dice Leonardo.

—Y estás equivocada —agrega Rafe.

—Todos están equivocados —dice una vocecita, con acento y autoridad—. Pueden hacer esto todo el maldito día. Especialmente si hay bebida de por medio.

Una mujer pequeña y elegante con un vestido rojo brillante se une a nosotros. Sé inmediatamente quién es, aunque es la primera vez que la veo.

—Usted debe ser la Nonna Toni —digo.

—Y tú debes ser la que causó todo ese alboroto. —Sonríe, con una sonrisa amplia y pícara—. Bien hecho.

Mide menos de un metro cincuenta, pero es tan intimidante como Salvatore, y ambos observan la sala como si fuera su propio espectáculo privado.

Nonna Toni suelta una carcajada que haría sonrojar a un marinero, y la oigo murmurar algo sobre encontrar una bebida. Carmela se levanta de un salto para buscarle una bebida a su abuela, y yo me recuesto contra los suaves cojines, perdiéndome en el torbellino de papel de regalo, cintas y voces.

Un mundo que nunca imaginé. Un mundo donde las fiestas significan más que nuevos tratos o adquisiciones exitosas. Significan algo.

—¡Besa! —me llama Carmela desde el comedor. Ya está despejando espacio en una mesa larga y abarrotada—. ¡Te sentarás a mi lado!

Todos toman sus lugares. La mesa está llena, y también las sillas, los bancos y los platos. Es una locura, y me encuentro sonriendo mientras lo asimilo todo. Esto es Navidad. Esto es familia.

La energía de la habitación es como nada que haya experimentado. Brillante y ruidosa y cálida, llena de más comida de la que jamás he visto. Carmela está en constante movimiento, corriendo entre la cocina y el comedor con bandejas gigantes ya que todo el personal está de vacaciones. La siguen risas y olores a ajo y vino. Los chicos están demasiado ocupados discutiendo sobre cuál regalo será el más vergonzoso. Es un empate entre Matteo y Leo.

Nonna Toni toma su lugar en la cabecera de la mesa. —¿Dónde está mi bebida?

Rafe levanta su copa. —Agradece que tienes platos.

Gianna sacude la cabeza. —¿Ven? Malcriados.

—¿Malcriados? —Matteo finge estar sorprendido—. ¿Cómo podemos estar malcriados si tuvimos que poner la mesa?

—Y ni siquiera lo hicieron bien. —Esto de Emilio, quien no presta atención a nada más que a la pantalla de su teléfono.

No puedo seguirles el ritmo, pero no puedo dejar de sonreír.

—Dom —lo llamo. Está observando desde la puerta, absorbiéndolo todo como si fuera su propio reino privado.

—¿Sí?

—Ven acá.

Le hago espacio, aunque está apretado. Se desliza a mi lado, y Carmela aplaude triunfante.

—¡Por fin! —Le pasa un plato gigante—. ¡Podemos comer!

Él asiente hacia el caos a nuestro alrededor y se inclina cerca, diciendo: —Y pensabas que no serías bienvenida.

Lleno mi plato. Antipasto, cerdo asado, polenta, lasaña, papas. Todo delicioso.

A mi lado, Carmela llena mi copa. —¿Es tu primera Navidad italiana?

—Es mi primera Navidad —le digo.

Sus ojos se agrandan. Parece que no sabe si estar emocionada o sentir lástima por mí.

Dom se inclina para susurrar. —Por fin se quedó sin palabras.

Me río. —Se le pasará.

La habitación estalla en carcajadas cuando Sal derrama vino tinto sobre la cabeza de Leo. Todos hablan a la vez, tratando de hacerse oír por encima del ruido de los platos y los sonidos de una familia demasiado grande. Es todo lo que mi mundo nunca fue, y no puedo tener suficiente.

Carmela nunca deja de moverse, nunca deja de parlotear. Cuenta historias entre bocados y llena mi plato tan a menudo como llena mis oídos. Mi único descanso es cuando Leo y Eleanor se enzarzan en una ruidosa y amistosa pelea sobre quién le dio al otro el peor regalo.

—Deberíamos abrirlos ahora —bromea Eleanor.

—Sí —dice Leo—. Así sabremos quién dormirá en el sofá esta noche.

—Creo que lo haré yo.

—De ninguna manera.

—Pensé que te gustaban los sofás —dice Matteo—. ¿O lo estoy confundiendo con las alfombras junto al fuego?

—¿Les contaste sobre eso? —le exige Eleanor a su marido, sonrojándose furiosamente.

Leo pone un brazo alrededor de Eleanor. —Por supuesto que no —dice, pero todos sabemos que está mintiendo.

—Solo lo más destacado —sonríe Leo.

Eleanor golpea el pecho de su marido, pero se apoya en él felizmente mientras la conversación fluye.

Es imposible tener miedo cuando hay tanta calidez. Imposible sentirse como una extraña cuando Carmela sigue arrastrándome a su mundo. Me pierdo en la comida, las historias, el ruido.

Esto es lo que se siente pertenecer.

La comida se extiende hasta el postre, luego más regalos, más locura. Todo parece multiplicarse. Cada regalo es demasiado, y cada risa es un recordatorio de lo que me he perdido toda mi vida, pero que ya no tendré que perder más.

Domenico me lleva aparte por un momento, y tomo un respiro profundo. Todavía puedo oírlos en la otra habitación. Sus voces se elevan, brillantes y salvajes, como si nunca fueran a parar.

—Oye. —Acaricia mi mejilla con sus dedos, ligeros como plumas.

—Oye.

—¿Demasiado?

—Nunca.

—¿Segura? Es mucho.

—Es bueno —digo—. Ellos son buenos.

—Son ruidosos.

Tiene razón. Su familia es ruidosa y salvaje, lo opuesto a la calma constante de Domenico.

—Entonces, ¿cómo terminaste con una familia así? —bromeo, rodeando su cuello con mis brazos.

—Suerte —dice. Me besa, profunda y seguramente, como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Y, en tu caso, buen gusto.

Me mira, esperando. —¿Qué? —pregunto.

—Estás feliz. —No es una pregunta.

—Sí.

Un estruendo y un grito desde la habitación contigua. Carmela y Eleanor, cada una con una pila de nuevos regalos. Leo está

maldiciendo, tan alto como siempre. Dom no se mueve. Puedo notar que no quiere soltarme.

Nanna Toni nos grita que volvamos allí, y Dom sacude la cabeza en una rendición divertida. —¿Ves? Demasiado ruidosos.

—Te encanta.

—Te amo. —Me atrae hacia él. Nunca levanta la voz, incluso cuando el resto grita como si fuera su trabajo.

—¡Vuelvan aquí! —Las órdenes de Nanna Toni son definitivas—. ¡Están cantando y es horrible!

No es horrible. Es caos y confort y todo lo que necesito. Volvemos a la sala de estar, y Carmela me abraza. Está sosteniendo una caja perfectamente envuelta. Es de un rojo intenso y brillante, y parece tan cálida como todo lo demás aquí.

—Para ti —dice—. Feliz Navidad.

—¿Debería tener miedo? —pregunto.

—Nunca —dice. Sus ojos son tan brillantes como el papel—. Te encantará.

Me observa, ansiosa y expectante, mientras lo abro. Es una botella y dos copas de cristal. Inclino la cabeza en señal de interrogación.

—Grappa añejada, cariño —explica—. Eres de la familia, así que tienes que beber como tal. Bébela cuando dejes de dudar que perteneces aquí. O cuando quieras prender fuego a algo.

Me encanta. Ella no lo sabe, pero es tan importante como el cuchillo de mi madre, como la casa que Dom y yo haremos nuestra. Lo sostengo con fuerza, y ella me abraza de nuevo, más fuerte que antes.

El resto de la familia se reúne a nuestro alrededor, esperando lo que sucederá a continuación. El piano. Un montón de villancicos, y luego uno que resuena en el fondo de mi memoria.

—Lindi Mesia, u gëzua gjithësia —cantan las voces al unísono, y mi corazón se estremece.

El idioma que he intentado olvidar, cantado para mí de una manera que nunca imaginé. Carmela no deja de sonreír. Se lo ha enseñado a todos, solo para mí.

De la forma en que cantan, las palabras no suenan duras. No suenan como amenazas u órdenes. Son suaves, redondas y plenas.

Me recuerdan a Mami. Por primera vez, el idioma albanés es hermoso, y decido aprenderlo de nuevo.

Miro a Dom, a su familia, a mi nuevo mundo. No estoy segura de saber cómo pertenecer así, pero a ellos no parece importarles.

35

Domenico

Después de la locura del almuerzo de Navidad, me escabullo arriba para tomarme un descanso del caos.

Desde aquí, en el techo del edificio Rosetti, todo se ve pequeño. La nieve espolvorea el borde, derritiéndose lentamente bajo el calor de mi taza de café. El aire muerde mi garganta.

Abajo, alguien está tocando un saxofón en la esquina. "Blanca Navidad", probablemente.

Debería estar adentro. Todos siguen bebiendo grappa y discutiendo sobre quién es el peor cocinero de la familia. Carmela finge odiar el caos. Rafe realmente lo odia. Y Besiana...

Besiana se está riendo.

No está actuando. No está calculando. No se está disculpando.

Solo está *riendo*.

Nunca antes la había oído hacerlo así. Fuerte. Sin reservas. Como si el sonido le perteneciera desde siempre y ella acabara de recordar cómo usarlo.

Tomo otro sorbo del café hirviendo, luego exhalo en el aire.

Se suponía que el amor era el enemigo del control. Eso es lo que siempre he creído. Que volvía a los hombres blandos, descuidados, débiles. Que los distraía del trabajo, del imperio. Que los mataba.

Pero entonces ella me miró a través de esa mesa esta noche —su mano descansando sobre la mía como si perteneciera allí, sus ojos

firmes, *presentes*— y sentí algo que nunca he asociado con el amor.

Enfoque.

Todavía destrozaría el mundo para protegerla. Aún quemaría reinos hasta los cimientos. Pero no porque haya perdido el control.

Porque ella me dio una razón *para tenerlo*.

Una razón para ejercerlo. No por el legado. No por el poder. Por *nosotros*.

La puerta se abre detrás de mí.

No necesito voltearme para saber que es ella.

Sus zapatos hacen clic en la piedra. Lleva puesto mi suéter, el dobladillo rozando sus muslos. No habla. Solo viene a pararse a mi lado, lo suficientemente cerca como para que su hombro roce el mío.

Me entrega una segunda taza. La suya ya está medio vacía. La tomo.

—Se está poniendo tranquilo allá adentro —dice después de un momento.

—¿Quieres decir que Leo finalmente se calló?

—Los milagros sí ocurren.

Nos quedamos allí un rato. Ningún sonido excepto el viento y lo que sea que todavía esté tocando ese saxofón distante.

Entonces lo digo. En voz baja.

—No me quitas nada, Besiana.

Ella me mira. No desvío la mirada.

—Me recuerdas por qué estoy luchando.

Su respiración se entrecorta. Solo por un segundo.

Luego presiona su mejilla contra mi brazo, su voz cálida y firme.

—Lo mismo digo.

36

Domenico

Me reclino en la silla de mi escritorio y espero a que Rafe conteste su maldito teléfono. Cuando soy yo quien llama, debería contestar de inmediato.

Besa y yo seguimos encerrados en el Aman, esperando el cierre de la compra de nuestro nuevo lugar. El ático es elegante y moderno, con vistas panorámicas de la ciudad. He pasado el último mes en este lugar, lidiando con problema tras problema y apagando incendios mientras Rafe maneja las cosas en Brooklyn.

¿Dónde está? Ya debería haber contestado.

Mis dedos tamborilean sobre el escritorio. Cuando soy yo quien llama, se supone que debe contestar de inmediato.

Finalmente, gruñe un impaciente hola. Lo veo en mi mente, con los brazos cruzados, sus ojos azul hielo taladrando el teléfono.

—Tenemos una situación —digo, reclinándome en la silla.

—¿Una situación? —Ya suena cabreado—. La última vez que revisé, Dom, tú eres el que tiene una situación. Una situación del tamaño de Besiana. ¿Necesitas que vaya a tomarte de la mano?

Me río entre dientes. —¿Qué te hace pensar que te llamaría para eso?

Casi puedo verlo poner los ojos en blanco. —Llamas porque quieres algo. Así que, ¿qué es?

Jugueteo con el bolígrafo sobre mi escritorio. —¿Qué sabes sobre los Callahan?

Hay un momento de silencio. Espero, sabiendo que Rafe es tan calculador como yo, solo que más brusco. —Son irlandeses. Respiran. ¿Qué más necesito saber?

—También son generosos —digo—. Nos avisaron sobre algo que va a pasar esta noche. Una chica metida en problemas, necesita que la cuiden. Preguntaron si estás interesado.

Resopla, pero con menos confianza de la que esperaría. —¿Desde cuándo los Rosetti hacen la limpieza para los Callahan? ¿Y desde cuándo nos importa alguna tipa que arruina su propia vida?

—A mí no —digo—. Pero pensé que a ti podría importarte.

Rafe no responde de inmediato. Está pensando, y pensar significa que está interesado. No lo dejo reflexionar demasiado. —Dicen a las nueve. Cerca del FDR. En algún callejón. Podría ser tu tipo de fiesta.

—¿Y no podías enviar a nadie más? —pregunta—. Llámame paranoico, pero casi suena como si quisieras que yo estuviera allí.

Sonrío, aunque él no pueda verlo. —Eres el experto del vecindario.

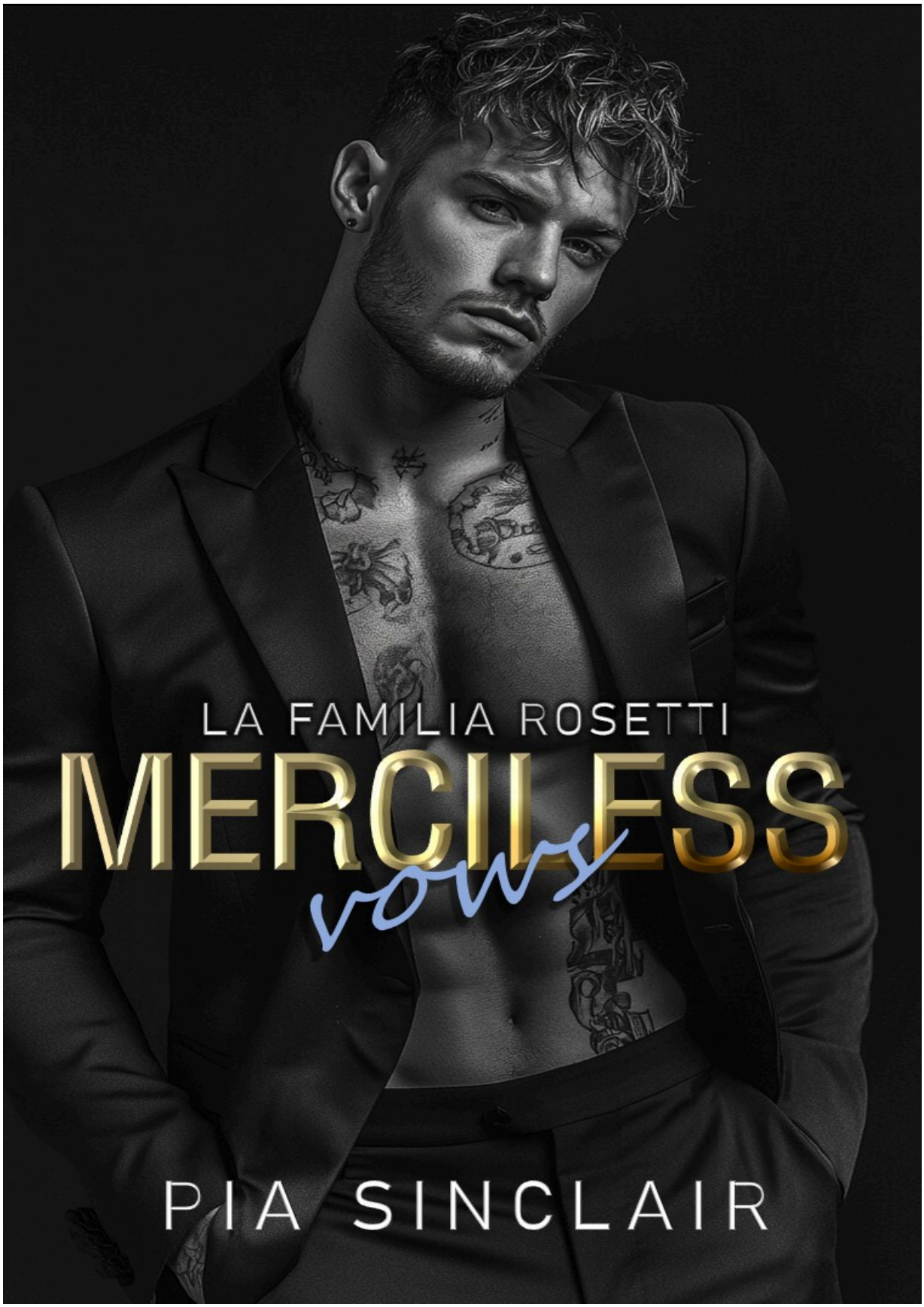
Lo oigo respirar, lento y constante, como si estuviera sopesando sus opciones. Rafe no hace nada que no quiera hacer. Pero conozco a mi hermano, y sé cómo se siente respecto a ciertas cosas. Que es más probable que salve a esta chica a que la elimine.

—Bien —dice finalmente—. Lo revisaré. Pero no le estoy haciendo ningún favor a nadie. Especialmente no a los Callahan.

—Eso es lo que amo de ti, Rafe —digo—. Eres todo corazón.

Me cuelga, pero no me importa. Miro fijamente la ciudad, las luces como tantas promesas distantes. El trato con Besiana me enseñó cosas sobre el tipo de hombre que soy. Sobre lo que haré y no haré para proteger a mi familia.

Me sirvo un trago, dejo que el whisky me caliente en el frío de diciembre. Rafe se meterá en problemas. Ya lo veo venir. Pero no me preocupo. Lo conozco. Y si tiene que elegir entre dispararle a una mujer o enamorarse de ella, digamos que me aseguraré de que tenga el espacio que necesita.


LA FAMILIA ROSETTI
MERCILESS
vows
PIA SINCLAIR

Merciless Vows

Pia Sinclair

1

Rafaele

Un callejón junto a la FDR no es mi primera elección de lugares para estar, especialmente en enero, pero los Callahan me pidieron que los encontrara aquí. A las 8:45, estoy apoyado contra una pared de ladrillos, fuera de vista y temprano como siempre. Hundo la punta de mi bota en un montón de basura y espero. El frío muerde mis mejillas y dedos. Mi aliento empaña el aire como el humo de un cigarro barato. La chica llega tarde. Típico.

Les dije a los Callahan que la tuvieran aquí a las nueve, pero no escuchan, no saben cómo hacer las cosas bien. Ajusto mis guantes de cuero, cambio el peso de un pie al otro. No tengo nada contra ella. Todavía no, al menos. Podría hacerles un favor, deshacerme de ella. O podría salvarla. O simplemente dejarla con ellos. No he decidido. Soplo aire caliente en mis manos, lo veo flotar frente a mí. Me tienen parado en un callejón, en el frío helado, sin siquiera saber si haré el trabajo. Trabajo de aficionados.

Un motor de auto tose y se apaga. Una puerta se cierra de golpe. Está cerca. Me quedo quieto y espero. La nieve comienza a caer, pequeñas motas en mi abrigo. Se escuchan pasos. Rápidos, desiguales, acercándose. Me asomo por la esquina. Es bonita, con aspecto de estrella de cine, cabello rubio. Veintiocho años, quizás. Nada extraordinario en ella, solo otra chica que se metió demasiado profundo con la gente equivocada. No siento lástima por ella.

Me recuesto contra la pared, me mantengo fuera de vista. Si la salvo, estoy pidiendo problemas. Los Callahan lo tomarán como una bofetada. ¿Me importa lo suficiente esta chica como para crear problemas con ellos? No es probable. Pero tampoco voy a hacer su trabajo sucio. No cuando no la conozco, y no cuando no les debo nada.

Ahora está cerca, parada en la entrada del callejón. Está confundida. Con frío. Sé que le dijeron que se reuniera conmigo, y debe estar desesperada para seguir adelante. Se ajusta el abrigo, escudriña las sombras. Los oigo moverse, a los Callahan. Se están acercando, pero ella no vale el esfuerzo que tomaría detenerlos. Me doy vuelta, listo para irme. Hay un sonido agudo, y luego ella está en el suelo. Le han disparado, hicieron un desastre. La sangre, roja como pintura, salpica la nieve.

Espero. Se alejan conduciendo, sin luces. Uno de ellos arroja una botella por la ventana. Han dejado el cuerpo en el callejón, como idiotas. Me agacho y observo. Nunca lo habría hecho así. Demasiado desordenado, demasiados testigos. No tienen habilidad, ni respeto por el trabajo. Miro a la chica. Tenía esa mirada en sus ojos, solo por un segundo. La he visto antes. Sabía lo que venía, sabía lo que la esperaba, pero lo enfrentó de todos modos. Algunos lo llamarían valiente, pero yo no. Lo llamo estúpido.

Estoy a punto de dejar el desastre de los Callahan cuando más pasos rebotan en el pavimento, haciendo eco en las paredes cercanas. No espero a nadie más, y el pensamiento acelera mi pulso. Me quedo quieto, ya trabajando ángulos en mi mente. Demasiado ligeros para ser policías. Demasiado pesados para alguien de mi mundo. Alguien más, entonces. Otra chica, tal vez. Me acerco justo cuando ella dobla la esquina. Destaca entre las sombras, diferente a todo lo de aquí, e inmediatamente la evalúo.

Significa más problemas. Puedo verlo, claro como el día.

Mide aproximadamente 1,65 metros, con cabello castaño oscuro suelto alrededor de su rostro. Ojos verdes penetrantes que atraviesan la noche y captan la luz. Su ropa es casual —jeans, botas, una chaqueta de cuero que insinúa curvas ocultas— pero las lleva con una clase de gracia que no ves en la mayoría de las mujeres.

Como si no le importara un carajo lo que alguien piense de ella, pero con suficiente aplomo interior para hacer que su indiferencia parezca elegancia. Es una imagen de confianza y calma, pero no hay manera de que pertenezca aquí. No en mi mundo ni en una calle trasera de la FDR.

Mi cuerpo se tensa instintivamente, como siempre lo hace en presencia de un testigo inesperado. Pero hay algo diferente esta vez, un extraño calor extendiéndose por mi pecho, una tensión en mi estómago que no tiene nada que ver con la precaución. Mis ojos se detienen en la curva de su mandíbula, en la forma en que cae su cabello, en cómo sus labios se separan ligeramente mientras asimila la escena. Es jodidamente hermosa. No de una manera que debería importarme, pero lo hace.

¿Está perdida? ¿Los Callahan se equivocaron y enviaron a la chica equivocada? ¿Han enviado otra advertencia?

No me gustan los misterios. Doy un paso atrás hacia las sombras, tratando de entenderla. No es una amenaza, no por la forma en que se mueve. Camina como si no tuviera prisa, como si el frío no la tocara. Hay algo en ella que me golpea en el estómago. Inesperado. Fuerte.

Quiero protegerla. El sentimiento no tiene sentido en absoluto, y no puedo precisar qué es lo que la hace tan diferente del resto de esta escena. Pero lo es, y lo sé en el segundo que la veo. Está ahí en mi mente, tan clara como su silueta contra la oscuridad. Es algo especial. No estoy seguro de que me guste el pensamiento.

Se está acercando, y debería moverme. Podría seguir por la calle, pero si gira hacia el callejón y ve el cuerpo, todo el infierno se desatará. Si me quedo, estaré aún más enredado en algo que no quería para empezar. Debería dejarla, poner todo esto detrás de mí antes de involucrarme. Pero estoy pegado al suelo, mis pies obedeciendo sus propias reglas. Cuando ella entra al callejón, no puedo apartar la mirada.

No puedo simplemente abandonarla.

Se detiene en seco, con los ojos tan abiertos como platos, verde brillante contra la oscuridad. Ve el cuerpo allí en la nieve, y toda su cara cambia. Shock. Horror. Tal vez incluso miedo. Está escrito por

todo su rostro. Su boca se abre, como si estuviera tratando de gritar, o quizás pedir ayuda, pero nada sale. Yo también sé lo que es eso, cuando las palabras se atascan en tu garganta y no puedes respirar, mucho menos hablar. Debería salir de aquí, pero no puedo. Ni siquiera parpadeo.

Permanece allí, congelada en su lugar, con los pies pegados al pavimento. Y yo sigo observando, sigo escondido. Si mira alrededor, me verá. Si me ve, ¿entonces qué? Siento una extraña atracción, una necesidad abrumadora de ir hacia ella. Sacarla de aquí. Asegurarme de que esté a salvo. Los Callahan podrían volver en cualquier momento, recordando que tienen un maldito cuerpo que limpiar, y eso pondría a esta mujer directamente en su mira. Nunca pensé que me importaría lo que le suceda a una extraña, no en este tipo de trabajo, pero por alguna razón, no quiero ver a esta mujer tendida en el pavimento con su sangre derramándose a su alrededor.

Mira a la chica muerta, luego por encima de su hombro. No me ve, pero yo la veo, clara como el día. No sé quién es, pero ya está en mi sangre. Debería alejarme de esto, de ella. No lo hago.

Entonces hace su movimiento, una explosión de movimiento que no esperaba. Gira sobre sus talones, corre de vuelta por donde vino, sus botas golpeando el pavimento y haciendo eco en las paredes. Es rápida, pero yo soy más rápido. La sigo, con cuidado de mantener mi distancia. Su respiración se engancha en el aire frío, un ritmo brumoso que marca su pánico. Me acerco a ella, no tan cerca como podría estar, pero lo suficiente. Puede sentirme allí. Su cabeza se gira. Pánico. Casi la tengo, pero es ágil, esquivando mis brazos.

—¡Déjeme en paz!

No me detengo. No puedo. Está en problemas, y tengo que mantenerla viva el tiempo suficiente para averiguar por qué.

Ahora estamos fuera del callejón, en la calle vacía, el río cerca y negro en la noche. Está helando, pero a ella no le importa. Rompe su ritmo lo suficiente para mirar hacia atrás y me ve detrás de ella, su rostro marcado por el terror. Debería estar asustada. Yo lo estaría. Pero tiene agallas, tengo que reconocerlo. Disminuye la velocidad solo una fracción, lo suficiente para gritarme.

—¡No vi nada!

Su voz es clara, fuerte. Nada congelado en ella ahora. Va a seguir corriendo, y no puedo dejar que se aleje demasiado.

—¡Espere! —llamo.

No lo hace. Sale a toda velocidad, más rápido de lo que pensé que podría ir. Podría acortar la distancia, tener mis manos sobre ella en un segundo si quisiera. No quiero. No estoy tratando de asustarla. Solo quiero ayudar. Pero ella no lo sabe, no me conoce, y nunca va a detenerse si sigo persiguiéndola así. Acelero, lo suficientemente cerca para gritar.

—¡Deténgase! —digo—. No voy a hacerle daño.

Mi aliento empaña el aire entre nosotros. Me siento como un idiota tratando de hablar con ella mientras corre por su vida, pero nada de esto tiene sentido para mí de todos modos. Lo estoy improvisando sobre la marcha.

—¡Aléjese! —grita, todavía moviéndose, poniendo espacio entre nosotros.

No confía en mí, ¿y por qué lo haría? Acaba de encontrar un cadáver en un callejón y probablemente piensa que soy el asesino.

Pero no voy a dejarla ir, no sin saber quién es, por qué está aquí. Su respiración es irregular ahora, y por un segundo, creo que va a detenerse.

—¡Puedo ayudarla! —grito. Ella mira hacia atrás, sus ojos encontrando los míos en la oscuridad. Algo parpadea allí, un cambio.

Mi corazón late más fuerte de lo que debería para una simple persecución. Son esos ojos. Me han cautivado. Verdes como gemas atrapando la débil luz de la calle. Incluso llenos de miedo, son impresionantes, vivos con un fuego que rara vez veo en las personas con las que trato. Ha pasado mucho tiempo desde que una mujer me afectó así, especialmente una que huye de mí aterrorizada. El deseo me golpea como un golpe físico. No solo atraparla, sino conocerla. Hacer que esos ojos me miren con algo que no sea miedo.

Me cree. Solo un poco, lo suficiente para disminuir la velocidad, para dejarme alcanzarla. No la toco, no todavía. Tiene que venir a mí, tiene que confiar en mí lo suficiente para dejarme entrar. Me detengo a unos metros de distancia, observándola desde una

distancia segura. No está segura, no está segura de nada en este momento. Pero ya no está corriendo. Es la apertura que necesito. Doy un paso, lento y cuidadoso, como si fuera un animal salvaje que estoy tratando de atraer a mi mano. Sus ojos están fijos en mí, y no puedo apartar la mirada.

—Está a salvo conmigo —me oigo decir, las palabras saliendo más suaves de lo que le he hablado a alguien en años. Quiero alcanzarla, tocar su rostro, alisar ese cabello salvaje, sentir si su piel es tan suave como parece bajo las duras luces de la calle. El impulso es tan inesperado, tan inoportuno, que aprieto mis puños enguantados a los costados para mantenerlos quietos.

Entonces sale disparada, desaparece tan rápido como el pensamiento de ella. Está al otro lado de la calle y en la noche antes de que sepa lo que está pasando.

Pero sé que la encontraré de nuevo. Tengo que hacerlo. No solo porque es testigo de lo que sucedió en ese callejón, sino porque por primera vez en años, alguien me ha hecho sentir algo que pensé que estaba muerto dentro de mí. Algo peligroso. Algo que debería saber mejor que perseguir.

Mis pies comienzan a correr.

2

Sloane

El frío me atraviesa, brutal y cortante. Mis pulmones arden, mis piernas me suplican que me detenga. Sigo moviéndome, volando por una calle, desviándome hacia la siguiente. Bolsas de basura apiladas a lo alto de las aceras. Bicicletas encadenadas a las rejas oxidadas de los parques infantiles. Farolas que arden blancas contra la oscuridad. Sus pasos se hacen cada vez más fuertes, y va a atraparme. También va a matarme.

El rostro de Maddy aparece en mi mente. La conmoción en sus cálidos ojos cafés. La sangre formando un charco alrededor de su cuerpo mientras se desangraba en el suelo. No parece real. Nada de esto parece real. Ni siquiera la vi morir, pero de alguna manera su grito sigue resonando en mis oídos. No puedo dejar de escucharlo.

Me abro paso empujando a una pareja que sale de un bar. Una mujer con aliento a cigarrillo me grita cuando choco contra ella. El tipo que la acompaña maldice y se gira como si también fuera a perseguirme. Corro con más fuerza, luchando contra el dolor punzante en mi costado, ignorando la confusión de nombres de calles que apenas reconozco.

Ahora hay gente por todas partes. Risas y voces ebrias. Me escabullo entre la multitud, chocando contra un hombre con abrigo de lana, girando lejos de él y aterrizando con fuerza contra un auto estacionado. No puedo sentir mis manos. No puedo sentir nada

excepto el calor blanco de mi pulso, el raspón de mis tenis contra el asfalto, el pánico cegador. Mi pecho está a punto de estallar. Pero Maddy está muerta. Maddy está muerta, y no puedo dejar de correr.

Él sigue ahí. Lo suficientemente cerca como para jurar que puedo oírlo respirar.

Doblo otra esquina. Luces más brillantes. Más gente. La frialdad del aire nocturno, denso con humo y gritos. Tal vez pueda perderlo. Tal vez pueda vivir.

Una sirena suena cerca. El tráfico y el ruido aumentan hasta convertirse en una confusa maraña atronadora. Tropiezo, mis pies enredándose debajo de mí, pero de alguna manera sigo adelante. Una mancha de color en la distancia. El restaurante de 24 horas que Maddy adora, con el cupcake rosa neón brillando. Mi pecho se hunde con un sollozo. Tengo que llegar. Simplemente tengo que hacerlo.

Una mano se aferra a mi hombro, haciéndome girar. Grito. Un sonido salvaje y aterrorizado que desgarra mi garganta. Pateo la mano, me libero de ella y cruzo la calle corriendo. Más voces gritan. Las bocinas de los autos suenan. Mi pie se atasca en un bache, pero me mantengo en pie. Estoy escapando. De alguna manera, estoy escapando.

Paso la gasolinera y una hilera de tienditas nocturnas. El reflejo de mi propio rostro aterrorizado en las ventanas sucias. Labios azules por el frío. Cabello volando en todas direcciones. Una bufanda que me hace tropezar mientras se desliza de mi cuello. Mi cara, y luego la suya. Más cerca. Más cerca.

Me meto en un callejón estrecho, medio iluminado y lleno de botes de basura. Huele a desperdicios viejos y nieve. Los gritos de la calle se desvanecen hasta convertirse en un zumbido sordo. El sonido de sus pasos, tan cerca. Demasiado cerca.

Salgo por el otro lado, derrapando en la acera, y corro. Corro hasta que mis piernas ceden, y luego corro más. Mi visión se nubla. El mundo gira. No puedo respirar, no puedo ver, no puedo pensar.

Pero sigo viva.

Ese pensamiento me golpea como una descarga eléctrica. Sigo viva. Me doy vuelta bruscamente y miro detrás de mí. Los pasos han desaparecido.

Han pasado segundos. Horas. No puedo decirlo. Mi corazón todavía golpea contra mis costillas, rápido y salvaje. Pero la calle está vacía.

¡Vacía!

Reduzco la velocidad a un trote, luego a un paso, tambaleándome hasta la pared de una tiendita. Me apoyo allí, sintiendo los ladrillos fríos a través de mi chaqueta. Jadeo en busca de aire, tratando de recuperar el aliento suficiente para mover los dedos. Busco torpemente mi teléfono, con las manos temblorosas, entumecidas por el miedo.

Lo saco, marco el primer número que puedo. Un timbre apagado y bajo al otro lado. La policía. He llamado a la policía. Vendrán. Me ayudarán.

—No tu movimiento más inteligente.

Me doy vuelta de golpe, el teléfono se me resbala de los dedos y se estrella contra la acera.

Está aquí. El hombre que mató a Maddy. A no más de tres metros. Apoyado contra el edificio como si hubiera estado ahí todo el tiempo. Como si no me hubiera estado persiguiendo por las calles. Es mayor que yo. Treinta y tantos, quizás. Una maraña de rizos oscuros y una leve sombra de barba incipiente a lo largo de una mandíbula pronunciada. Una chaqueta de cuero sobre hombros anchos, sobre una camisa oscura y jeans aún más oscuros. Puedo ver un destello de metal, el cañón de una pistola asomándose desde su cintura.

La luz de la calle proyecta duras sombras sobre los planos de su rostro, captándose en sus ojos, de un azul sorprendente, frío como el hielo invernal pero de alguna manera ardiendo con intensidad. Mi pulso, ya acelerado, se dispara. El miedo se mezcla con algo que no quiero nombrar, algo que hace que mi piel se sonroje a pesar del aire helado.

—La policía no te ayudará —dice, enderezándose, con voz baja y áspera—. No con esto.

Podría matarme. Podría haberlo hecho ya. En cambio, está ahí parado, hablando, y no lo entiendo. No entiendo nada de esto. Mi respiración llega en ráfagas irregulares, dolorosas y superficiales. El aire frío quema mis pulmones, pero de repente soy consciente de

otras sensaciones también, el leve aroma a cuero y algo picante que emana de él, la amplitud de sus hombros mientras cambia su peso, y la extraña electricidad que parece vibrar en el pequeño espacio entre nosotros.

—¿Quién es usted? —logro decir con voz ahogada—. ¿Por qué no ha... —Mi voz se quiebra—. ¿Por qué no ha...

—¿No he qué? —dice, casi divertido—. Eres más rápida de lo que pareces.

Lo miro fijamente. Todo da vueltas. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo, un tambor salvaje contra mis costillas. Da un paso más cerca, y me presiono contra la pared, atrapada entre los ladrillos y su presencia imponente. Se mueve con una gracia fluida que parece imposible para alguien tan sólido, y a pesar de mi terror, no puedo evitar notar cómo el cuero de su chaqueta se estira sobre sus hombros, cómo sus manos enguantadas se flexionan a sus costados.

—Usted la mató. —Sale como un susurro, mis palabras formando densas nubes en el aire helado—. Mató a Maddy.

Espero que lo niegue. Que se ría o diga que estoy loca o tal vez simplemente me dispare aquí mismo. Pero él solo se encoge de hombros.

—Fueron los Callahan —dice, observándome de cerca—. No yo.

Parpadeo, tratando de darle sentido a algo.

—¿Los quién?

Se acerca más, amenazante. Me estremezco pero mantengo mi posición. Mis rodillas se sienten como gelatina, pero de alguna manera sigo de pie. Capto su aroma nuevamente, cuero y especias con notas de tabaco y algo únicamente suyo. Es embriagador de una manera que no tiene sentido, no cuando debería estar corriendo por mi vida.

—Los Callahan —dice de nuevo, más lentamente, como si estuviera hablando con una niña pequeña—. Ellos son los que mataron a su amiga.

Abro la boca, la cierro, luego la abro de nuevo. No sé qué decir, qué preguntar. Él espera, su mirada nunca dejando mi rostro. La intensidad de su mirada hace que el calor suba a mis mejillas, y me

odio por ello. Odio cómo mi cuerpo parece traicionarme, reaccionando a él de maneras que no debería.

—¿Por qué me está diciendo esto? —finalmente logro articular.

—Porque me acusaste —dice, impasible. Puedo escuchar el zumbido constante del tráfico a lo lejos, el contraste discordante con la quietud sofocante que nos rodea. Mi corazón todavía late como un bombo.

—¿Entonces, no es un asesino?

Las palabras salen de mí a toda prisa. Espero su respuesta, apenas respirando. Mis puños se aprietan, esperando que responda. Cuando inclina la cabeza, noto la fuerte columna de su cuello, el pulso latiendo constantemente allí. Tan diferente de mi propio latido acelerado.

Inclina la cabeza y da un paso más cerca, evaluándome, deliberado.

—Nunca dije eso —dice, y tiemblo. Sus ojos no vacilan—. Pero yo no la maté.

Lo dice en serio. La seguridad en su voz, la forma en que mantiene mi mirada.

De alguna manera, le creo.

Mi cerebro trabaja a mil por hora. Nada tiene sentido. Estoy viva, pero Maddy está muerta. El hombre se mueve de nuevo, y la luz de la calle capta sus facciones desde un ángulo diferente. A pesar de todo, no puedo evitar notar lo guapo que es, de una manera peligrosa e inquietante. El tipo de guapo que advierte en lugar de dar la bienvenida. Mi estómago se tensa con algo que no es solo miedo.

—¿Quién es usted? —pregunto de nuevo. Mi voz suena más firme esta vez—. ¿Cómo sabe quién...? —No puedo decir las palabras.

Inclina la cabeza. Sus ojos son oscuros e ilegibles. —Sé muchas cosas.

Voy a golpearlo. Estoy demasiado cansada para correr, pero todavía puedo golpearlo. —¿Como qué?

—Como que la policía no ayudará. Están en la nómina de los Callahan.

Mi boca está seca. —¿Y usted no?

—¿Parezco un policía?

—Parece un idiota.

Por un segundo, la sombra de una sonrisa. Luego desaparece. Se encoge de hombros de nuevo, como si todo esto no fuera nada. Como si la muerte de Maddy, perseguirme por media ciudad, aparecer aquí fuera solo un martes normal para él. Tal vez lo sea.

—Sé cómo mantenerte viva, si eso es lo que quieres —dice.

—Quiero saber por qué me está ayudando.

Sus ojos atrapan los míos, sosteniéndolos, desafiándome a mirar hacia otro lado. —Me interesas —dice—. O valiente o estúpida.

—¿Y usted es... qué? —lo desafío—. ¿Tratando de descifrarme?

—Tal vez. —Suena como si estuviera disfrutando de esto. Quizás soy la primera cosa interesante que le ha pasado en mucho tiempo.

Mis labios se curvan en una mueca de desprecio. —No me respondió. ¿Quién es usted?

Esta vez, una sonrisa completa. Un destello de dientes blancos. No llega a sus ojos, pero de alguna manera es más real que cualquier otra cosa que haya ocurrido esta noche. Transforma su rostro, suavizando los bordes duros lo suficiente como para hacer que se me corte la respiración. —Alguien que sabe más que tú —dice, exasperantemente vago.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, tratando de aparentar que no me estoy congelando. Tratando de ignorar cómo esa sonrisa me afecta, cómo envía un calor no deseado que se extiende por mis venas. —¿Y quiere compartir todo ese conocimiento útil... por qué?

Me mira fijamente por un largo momento. Lo suficientemente largo como para pensar que tal vez ha cambiado de opinión. Que quizás ahora sí me disparará, me dejará en la acera con mi teléfono roto y la estúpida creencia de que no iba a matarme.

En cambio, gira sobre sus talones y se aleja. —Ven conmigo si quieres saber.

Debería quedarme aquí. Esperar a la policía que él dice que nunca vendrá. Llamar a alguien. Correr más.

Pero el nombre Callahan resuena en mis oídos.

El callejón está más oscuro de lo que recordaba. Ya está a mitad de camino cuando empiezo a seguirlo.

No disminuye la velocidad, no se da vuelta, pero puedo sentir su satisfacción. Mis pies se mueven por sí solos, atraídos hacia él por alguna fuerza que no entiendo. Cada paso más cerca de él hace que mi pulso se acelere, y no solo por miedo. Hay algo magnético en él, algo que me atrae a pesar de que todos mis instintos me gritan que corra en la dirección opuesta.

Lo odio un poco por eso. Y por hacerme creer que podría tener respuestas.

Está helando, pero estoy sudando. Acabo de correr una maldita maratón.

—¿No estás tan en forma como pensabas, eh? —Suena divertido, el idiota—. ¿Necesitas que te cargue?

Me detengo, lanzándole mi mejor mirada fulminante. Está de pie bajo una farola, su aliento formando niebla a su alrededor. La pistola en su cintura todavía a plena vista. Por un segundo, considero dar marcha atrás. Considero probar suerte por mi cuenta, sin él.

—Estás congelándote —dice, como si no lo supiera—. Ponte esto.

Algo vuela por el aire y cae a mis pies. Es su chaqueta de cuero. Ahora solo lleva una camiseta. Una camiseta realmente buena que muestra el tipo de músculos que una persona normal no debería tener. Trato de no mirar cómo la tela se estira sobre su pecho, los brazos definidos ahora expuestos al frío. Ni siquiera tiembla, y me pregunto si algo le afecta en absoluto.

—Estoy bien —digo, con los dientes castañeteando.

—Valiente y estúpida, entonces —responde, impasible.

—No me estoy congelando —insisto—. Solo... tengo algo de frío.

Soy una pésima mentirosa. Pero de alguna manera, no le tengo miedo. Debería tenerlo. Maddy está muerta, pero no tengo miedo.

—Algo de frío —repite, y no puedo decir si está a punto de reírse o llamarme una ambulancia.

Recojo la chaqueta. Huele a cuero y humo de leña. Meto mis brazos en las mangas. Está caliente. Y pesada. Lleva su calor corporal, su aroma envolviéndome de una manera extrañamente íntima. Trato de ignorar cómo se siente el forro contra mi piel, todavía cálido por él, cómo el solo hecho de usar su chaqueta me hace sentir a la vez protegida y totalmente vulnerable.

—¿Mejor? —Ahora está burlándose.

—¿No tiene otras chicas a quienes molestar? —pregunto, alcanzándolo.

—No esta noche.

Empieza a caminar de nuevo, sin esperar a ver si lo seguiré.

El resto del camino es tranquilo. Las farolas parpadean sobre nosotros. Una anciana pasea un perro pequeño y ladrador al otro lado de la calle. Es tan normal que casi parece extraño. Mi corazón todavía no se ha desacelerado, y soy muy consciente de él a mi lado, de sus pasos medidos, de la forma en que escanea nuestro entorno, del calor que parece irradiar de él a pesar del aire helado.

—¿Ya llegamos? —pregunto después de lo que parecen horas.

Mis piernas son de goma, mi respiración sale en ráfagas nebulosas.

—Realmente no sabes dónde estás, ¿verdad?

Lo dice como si fuera algún tipo de debilidad, como si no tener sentido de la orientación fuera peor que huir de un asesinato. Mis mejillas se sonrojan, pero ya sea por vergüenza o por el frío, no puedo decirlo.

Doblamos otra esquina, y me doy cuenta de que de alguna manera estamos en medio de SoHo. El hombre toca el timbre del edificio más bonito de la cuadra y sostiene la puerta, dándome una última oportunidad de echarme atrás.

—¿Vienes? —pregunta.

No es el antro destartalado que esperaba. Enorme, para esta zona. Austero. Una verdadera fortaleza anidada entre cafés bohemios.

—No lo creo. —De repente, esto parece una terrible idea. Mi cuerpo está medio congelado, mi mente completamente bloqueada, y estoy entrando al departamento de un hombre que posiblemente acaba de matar a mi mejor amiga. Definitivamente no debería hacer esto.

El hombre levanta una ceja y me lanza una mirada por encima del hombro. —Como quieras.

Justo cuando la puerta se está cerrando, extiendo la mano y la agarro, abriéndola de golpe, y luego sigo al hombre musculoso de la camiseta hasta su fortaleza. Nuestros dedos se rozan

accidentalmente mientras ambos alcanzamos la puerta, y una descarga de electricidad sube por mi brazo. Él también lo nota. Veo su mandíbula tensarse, el ligero corte en su respiración. Nuestros ojos se encuentran por un latido demasiado largo.

La puerta se cierra detrás de mí con un suave clic.

Soy muy consciente de que acabo de atraparme voluntariamente con un extraño peligroso. Aún más inquietante es darme cuenta de que, a pesar de todo —a pesar de Maddy, a pesar de la pistola en su cintura, a pesar de su admisión de que es un asesino— me siento más segura con él que en toda la noche. El pensamiento debería aterrorizarme. En cambio, envía un tipo diferente de escalofrío por mi columna.

3

Sloane

El apartamento es como una parte de él, enorme, simple y construido para soportar cualquier cosa que se le presente. Pero también hay otro lado: una especie de historia oculta en los suelos desgastados y una calidez sorprendente en el suave resplandor de las lámparas. Huele a cuero viejo con un toque de tabaco. Quizás sea algo más que un duro noctámbulo.

Absorbo cada pequeño detalle, anclando mi miedo, aunque debería sentirme aterrorizada. En cambio, él parece la solución, no el problema.

—¿Vives aquí solo? —pregunto.

Me mira de reojo y, por un momento, me pierdo en esos ojos pálidos y vigilantes. Mi pulso se acelera cuando su mirada se encuentra con la mía, y me sorprende lo profundo que es realmente el azul. Tan cerca, puedo captar su aroma, algo amaderado y penetrante, con matices de una colonia cara que probablemente cuesta más que mi renta.

—No. No vivo aquí en absoluto. Este es solo mi lugar en la ciudad, para cuando necesito alejarme de mi familia.

Su familia. El pensamiento resuena débilmente dentro de mi cráneo. Tiene una familia. Probablemente también tiene un nombre, aunque todavía no se lo he sacado. Estoy hiperconsciente de su presencia, del espacio que ocupa en la habitación. El aire entre

nosotros parece cargado, electricidad estática esperando el momento adecuado para saltar.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Rafaele Rosetti —dice, observándome, monitoreando mi reacción.

El nombre se extiende por todo mi ser. Rosetti. Incluso yo conozco ese nombre. Mi papá lo conocería mejor, de sus días en la policía. Se me seca la boca y trago con dificultad.

—¿Se supone que debo saber quién es? ¿Estás en la televisión o algo así?

Él se burla, luego se desliza a la siguiente habitación sin responder. Lo sigo lentamente, observando los muebles robustos y las impactantes fotografías en blanco y negro en las paredes. El silencio entre nosotros está cargado de palabras no dichas, con una tensión que parece crecer con cada paso que doy hacia él.

—Aquí —dice mientras reaparece con una taza de té, su pequeña nube de vapor bailando. Su voz retumba baja y constante, y la pausa entre sus palabras se siente como un soplo de aire fresco—. Para ayudarte a relajarte.

Extiende la taza y nuestros dedos se rozan cuando la tomo. Una descarga de calor sube por mi brazo, inesperada y desarmante. Su expresión no cambia, pero noto la sutil tensión de su mandíbula, la leve dilatación de sus pupilas. Él también lo sintió.

No puedo evitar preguntar: —¿Es aquí donde me matas también?

El desafío se me escapa, mezclado con mi desesperada necesidad de respuestas. Mi corazón late rápidamente, en parte por miedo y en parte por algo más que no quiero nombrar.

Sonríe levemente y responde: —Si te quisiera muerta, no habría preparado té. —Ofrece la taza y, con un juguetón movimiento de cabeza, añade—: ¿Manta?

Mis dedos se calientan en la taza, y por un momento, el simple confort me estabiliza. Estoy lo suficientemente cerca para ver la tenue barba incipiente a lo largo de su mandíbula, la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda. Su presencia llena la habitación, poderosa pero contenida.

—Necesito respuestas —digo sin rodeos.

Se desliza en un sofá de cuero agrietado. —Primero, dime tu nombre —dice. Su voz es más baja ahora, casi íntima en el tranquilo apartamento.

Hago una pausa por un minuto, pero no parece tener sentido mentir. Y él parece el tipo de persona con suficientes recursos para encontrar la verdad de todos modos.

—Sloane Carter —le digo—. ¿Cómo sabías que eran los Callahan?

—Los vi —responde con un tono pragmático—. Camioneta blanca. Difícil de perder.

—¿Y no los detuviste? —insisto.

—No meto mi nariz donde me la puedan morder —toma una manta vieja y gastada de un sofá de aspecto antiguo y me la lanza —. Tú tampoco deberías —añade suavemente.

Aprieto más la taza, y entonces la pregunta sale, cruda y sin filtro:

—¿Por qué lo hicieron? ¿Qué les hizo Maddy?

Se inclina más cerca. —Se involucró con gente equivocada. Tomó malas decisiones. Malos amigos.

Lo miro fijamente, sintiendo el calor en mis mejillas. Su proximidad hace difícil pensar con claridad. Huele a peligro y seguridad al mismo tiempo, y odio lo mucho que quiero inclinarme hacia él a pesar de todo.

—Yo soy su amiga. ¿Entonces por qué sigo viva? —pregunto.

—Llegaste tarde —responde de manera contundente.

Las palabras me golpean, desconcertantes en su simplicidad. Nada tiene sentido ahora mismo. Debería estar asustada, pero aquí estoy, tomando té con un asesino confeso. Lo más extraño es lo segura que me siento en su presencia, cómo mi cuerpo me traiciona queriendo acercarme a él en lugar de alejarme.

—¿Eres parte de esto? ¿Por eso sabes tanto? —pregunto.

Hace una pausa, y por un momento, el espacio entre nosotros se siente cargado de preguntas no dichas. Nuestras miradas se encuentran, y la intensidad en sus ojos hace que me falte el aliento. —¿Realmente importa? —responde.

—¿Eso cuenta como un sí?

Inclina la cabeza hacia el pasillo. —La cama está por aquí, si estás lista.

Una parte de mí quiere correr, escapar antes de que todo se desmorone. Pero no soporto la idea de poner un pie fuera en la oscuridad de la noche, rodeada de asesinos y el recuerdo del cuerpo sin vida de Maddy. Así que lo sigo, caminando por el pasillo como un cordero al matadero. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo, el ritmo traicionando emociones que no quiero reconocer.

—¿En serio me vas a dejar dormir? —pregunto.

—No necesito que te desmayes en mi piso —dice con ironía, sosteniendo la puerta abierta y asintiendo hacia la cama.

Mis piernas vacilan como si el suelo pudiera ceder bajo mis pies, pero entro en la pequeña y espartana habitación. Es aún más vacía que el resto de la casa. Una simple cómoda, una silla solitaria y una sola lámpara que proyecta sombras suaves y danzantes.

—Gracias —susurro, sin estar muy segura de por qué le estoy agradeciendo.

—No lo menciones —responde casualmente.

Me siento al borde de la cama, sintiendo cómo el peso del día cae sobre mí como una sábana pesada. La puerta se cierra tras él, y sus pasos se desvanecen hasta que me quedo sola con mis pensamientos.

Mi cabeza golpea la almohada, y pronto el agotamiento me arrastra al sueño, a un paisaje onírico mezclado donde las imágenes parpadean: el rostro de Maddy, un muro frío de concreto, los ojos de Rafaele Rosetti tan azules como un amanecer de invierno.

El pánico intenso no llega hasta bien pasada la medianoche.

Es una habitación de sombras asfixiantes, tendidas espesas en el suelo, pesadas sobre mi pecho. Me despierto ahogándome. Su nombre está atrapado como bilis en mi garganta. Maddy. Mi cuerpo se siente pegado a las sábanas, el colchón como arenas movedizas debajo de mí. Sus ojos, inmóviles y fríos. Estoy muriendo allí mismo con ella. Me caigo de la cama, jadeando, con la piel ardiendo. Cada latido es un eco de su nombre. Me traga por completo. Maddy.

Me siento en el suelo, con el corazón latiendo fuertemente. Está muy oscuro. Demasiado silencioso. El aire está aplastando mis pulmones y tengo que arrastrar una respiración tras otra. Todavía

puedo verla. El cabello extendido sobre el concreto. Su collar de plumas favorito, plateado sobre rojo. Es entonces cuando llega el grito, desgarrándome la garganta. Suena crudo. Destrozado. Me empujo el puño contra la boca.

Las sábanas se adhieren a mí, empapadas de sudor. Las arranco, me arrastro por el suelo, pero toda la habitación está llena de ella. Presiono mis palmas contra mis oídos, apretando los ojos. No puedo bloquearla. Está ahí conmigo, y no lo está. Solo hay vacío. Estoy tan jodidamente sola.

Tropiezo hasta ponerme de pie, enredándome con las sábanas. Mi piel está en llamas, brillante de fiebre. Me está quemando la vida. Atravieso la puerta y salgo al pasillo.

La casa está oscura, excepto por una luz tenue en algún lugar a lo lejos. Hace frío y está vacía, y mi respiración hace eco contra las paredes. Aprieto la manta contra mi pecho, la arrastro detrás de mí como un fantasma. Me siento como uno. Nada más que una cosa hueca y embrujada.

Sigo moviéndome, con las piernas inestables debajo de mí. No hay nada más que sombra, solo habitación tras habitación. Me presiona, afilada como hueso. Su nombre late como sangre a través de mí. Lo susurro entre respiraciones. Maddy. Pero no es suficiente. No lo bastante fuerte. Ni siquiera real.

Entonces, de alguna manera, encuentro una puerta. Está cerrada, pero eso no me detiene. Giro el pomo, lo abro y ahí está él. Ni siquiera sé si estoy más aterrorizada o aliviada.

Rafaele.

Su espalda está hacia mí. Las sábanas apenas cubren sus hombros, como si incluso durmiendo no pudiera soportar sentirse atrapado. La habitación huele a él, cálido y penetrante, y puedo saborearlo en la parte posterior de mi garganta. Me llena la boca.

Doy un paso adentro, arrastrando la manta conmigo. Mis dedos tiemblan en el pomo de la puerta, y lo suelto antes de perder los nervios. La puerta se cierra detrás de mí, y el clic es fuerte. Casi me doy la vuelta, casi me voy, pero entonces recuerdo los ojos de Maddy. Cómo se veían. Fríos y vacíos, pero viéndolo todo.

Él no se ha movido, no me ha oído todavía. Su respiración es constante, los hombros subiendo y bajando con ella. Miro por largo tiempo, esperando que el valor me llene. No lo hace. Es un agujero que nunca se llena. Así que tomo el camino cobarde.

Me deslizo en la cama junto a él, bajo el borde de su manta. Está boca abajo, con la cara enterrada en la almohada. Su cabello se derrama sobre ella como tinta, y mis dedos pican por tocarlo. Por tocarlo a él. Cualquier cosa para saber que no soy la única que todavía respira.

Su espalda es ancha, y no hay suavidad en él, ni siquiera dormido. Me quedo suspendida allí, queriendo presionarme contra él, queriendo desaparecer, queriendo...

—¿Qué demonios?

Ya se está dando la vuelta. Me quedo quieta, atrapada como una niña escabulléndose después del toque de queda. Quiero fundirme con el colchón. Quiero que me trague.

—¿Sloane? —Mi nombre suena extraño viniendo de él. Demasiado íntimo—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Todavía estoy temblando. Desearía no estarlo, pero mi cuerpo aún no se ha puesto al día con mi cerebro. Se siente frágil. —No podía dormir —digo. Suena estúpido—. Pensé que tal vez...

—Vuelve a tu habitación. —Ahora está completamente despierto. Enfadado, con las cejas fruncidas en una línea dura.

—Ni tú deberías —le digo antes de poder contenerme.

Es verdad. Es como un oscuro dios de la guerra, fuera de lugar en el espacio mundano de un dormitorio. No entiendo mi propia reacción: debería estar aterrorizada de él, huyendo, no subiéndome a su cama. Pero hay algo en él que me atrae, que me hace sentir más segura de lo que debería.

Se sienta, todo bordes afilados. No me muevo, y puedo ver cómo lo procesa. Midiendo cuán terca cree que seré. Su pecho desnudo es un paisaje de músculos delgados, tatuajes y cicatrices tenues, iluminado por la luz tenue que se filtra a través de las persianas. La visión de él hace que mi boca se seque, que mi corazón se acelere por razones que no tienen nada que ver con el miedo.

—Fuera —dice—. Ahora.

Su voz es baja y peligrosa, pero no me importa. Hay algo más también: un destello de calor en sus ojos cuando me recorren, deteniéndose por un momento demasiado largo.

—Tuve una pesadilla —digo.

Es más que eso, pero no sé cómo explicarlo. Su proximidad es embriagadora, una droga que no debería desear pero que no parezco resistir.

—Sigue sin ser mi problema.

Está mintiendo. Puedo verlo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus puños se aprietan en las sábanas. Le importa, aunque no quiera.

—Maddy está muerta —suelto de golpe. Las palabras saben a veneno—. Su cuerpo...

Pero no puedo terminar. Mi garganta se cierra de nuevo. Me envuelvo con la manta, alrededor de mis hombros esta vez, escondiéndome en ella. Es la única forma en que puedo respirar. Sueno débil y pequeña, y me odio por ello.

Él exhala, se frota la mandíbula con la mano.

—Estás jodidamente loca —murmura.

—Probablemente. —Escucho el borde desquiciado en mi voz, sé que él también lo escucha—. No podía soportarlo. —Hago una pausa, trago con dificultad—. Estar sola.

—Eso no significa que puedas irrumpir aquí —dice, todavía enojado.

Se pasa una mano por el pelo, y veo cómo sus músculos se agrupan y flexionan con el movimiento. Siento cada centímetro de la cama, cada centímetro de él. Un pulso de calor me atraviesa, asentándose en mi vientre. No debería estar reaccionando así ante él, no cuando estoy de luto, no cuando me está alejando. Pero no puedo evitarlo.

—Necesito quedarme. —Suena desesperado. Lo es—. Necesito...

—Necesitas irte.

Su rostro es una máscara de conflicto: ira luchando contra algo que parece casi hambre. Se acerca más y, por un momento, su mirada cae a mis labios. Se me corta la respiración, anticipación

vibrando a través de mí como electricidad. El aire entre nosotros es denso, cargado de una tensión que no tiene nada que ver con la ira.

Por un instante, creo que va a besarme. Su aliento acaricia mi rostro, cálido y tentador. Mis ojos se cierran y me balanceo hacia él, atraída por un magnetismo que no puedo explicar.

Luego retrocede bruscamente, como si se hubiera quemado. El momento se hace añicos.

Me agarra la muñeca, tirando de mí hacia el borde de la cama. Piensa que soy frágil.

—No. —Me libero de su agarre, con el corazón latiendo más rápido —. No lo haré. No lo haré.

Parece que podría sacudirme. O tirarme sobre su hombro y arrojarme de vuelta a esa pequeña habitación él mismo.

—Dios, Sloane.

Me aferro a su brazo, con fuerza. Mis dedos registran el calor de su piel, el músculo sólido debajo. El contacto envía una chispa a través de todo mi cuerpo, y por la forma en que sus pupilas se dilatan, sé que él también lo siente.

—Por favor.

La palabra se siente como aserrín en mi boca.

Sus ojos se estrechan, y veo el momento en que su voluntad se desmorona. Me suelta, disgustado. Consigo mismo, o conmigo. Tal vez ambos. No me importa, mientras pueda quedarme.

La manta se desliza de mí mientras me recuesto. Está fresca sobre mi piel, contra el calor húmedo. Él se siente como un fuego junto a mí, salvaje y consumidor. Comienzo a temblar de nuevo, y mis dientes chocan entre sí, un frenético redoble en mi cabeza.

—¿Vas a estar así toda la noche? —pregunta, alejándose, pero no puedo decir si es para no tocarme o si es para ver mejor lo destrozada que estoy.

—Probablemente.

—Eres un maldito desastre.

Trata de sonar duro, pero puedo escuchar la resignación debajo. Es casi alivio. Me trago la risa que burbujea en mi garganta, y sabe a histeria.

Entonces, de alguna manera, todo se está volviendo al revés. El miedo todavía está ahí, el terror y el pánico, pero están cambiando de forma. Convirtiéndose en otra cosa. Algo hambriento.

Es Rafaele. Tan cerca que puedo sentir el calor que emana, sentir el ritmo salvaje y poderoso de él. Puedo olerlo, esa mezcla embriagadora de cuero y almizcle y algo más oscuro que me hace dar vueltas la cabeza. La sábana susurra entre nosotros, una barrera demasiado delgada.

Y entonces mis manos están sobre él.

Se sobresalta, sorprendido, pero ya estoy ahí. Es fuego bajo mi piel. Su pecho es duro bajo mis palmas, piel ardiendo caliente.

—Sloane —dice, como si estuviera seguro de que estoy perdiendo la cabeza.

Lo estoy. Lo he perdido todo, y no queda nada más que él.

Me siento a horcajadas sobre sus caderas, lo escucho contener la respiración, lo siento endurecerse debajo de mí. Todo mi cuerpo responde, vivo y eléctrico. Me atraviesa como una droga. El calor se acumula en mi vientre, y me mezo contra él, buscando fricción, buscando alivio de esta fiebre que crece dentro de mí.

Me inclino hacia adelante, lo siento a través de la tela delgada de sus shorts. Sus dedos se clavan en mis muslos, mitad tratando de detenerme, mitad acercándome más. Mis pezones se endurecen bajo mi camiseta, la tela de repente demasiado áspera, demasiado restrictiva. Quiero sentir su piel contra la mía, quiero ahogarme en la sensación.

—Sloane. —Suena diferente ahora. Sus ojos son oscuros y conocedores, las pupilas dilatadas por el deseo—. No quieres esto.

—Sí quiero. —Apenas puedo oírme por encima de los latidos de mi corazón—. Sí lo quiero.

Él duda, y sé que lo tengo. Me muevo de nuevo, más cerca, más cerca, encontrando su longitud caliente, sintiéndola tan cerca de mí. Mi cabeza da vueltas. Creo que me estoy ahogando.

Pero entonces me está empujando hacia atrás, duro y repentino.

—Para —dice, con un borde áspero en su voz—. Esto no va a pasar.

Su palma acuna mi mejilla por el más breve momento, su pulgar rozando mi labio inferior en un toque tan tierno que rompe algo dentro de mí. Nuestros ojos se encuentran, y veo la batalla que se libra dentro de él: el deseo luchando contra una especie de honor retorcido.

Mi mente está dando vueltas, mi cuerpo poniéndose al día. Quiero volver a subirme encima de él, pero la forma en que me mira, tan seguro de que estoy perdiéndola, me detiene.

—No sabes lo que estás haciendo —dice, tratando de poner espacio entre nosotros. Todavía estoy jadeando. Temblando—. Sal.

Sus manos están en mis hombros, guiándome fuera de él, fuera de la cama. Se siente frío en todas partes donde no nos tocamos.

—Vete —dice de nuevo.

Pero todo lo que puedo pensar es que lo voy a conseguir. De una forma u otra.

Lo voy a conseguir.

4

Rafaele

La escarcha de la mañana temprana se aferra a las ventanas de la cocina. Enciendo la cafetera, su clic más fuerte que un disparo en la habitación vacía. Estoy solo, pero mis pensamientos son como sombras, me siguen a todas partes. La chica está arriba, dormida. Debería haberme ido. Debería haberme esfumado en la noche como siempre lo hago, pero aquí estoy, todavía pensando en ella.

Anoche se metió en algo que la superaba. Su mejor amiga muerta en un callejón, a solo unas cuadras de aquí. Un gran desastre de los Callahan. Lo más sensato habría sido desaparecer. Pero la mirada en sus ojos me detuvo. Podía verla quebrarse, y por primera vez en años, me importó. Quizás por eso le impedí llamar a la policía. Le estaba haciendo un favor, por alguna maldita razón desconocida. Los policías no encontrarían nada, y ella terminaría con una diana en la espalda.

Me paso una mano por la cara. Parece papel de lija. No he dormido, no realmente.

Intenté no recordar cómo se metió en mi cama. Dios. Casi me convence. Acababa de empezar a dormirme cuando sentí el colchón moverse bajo mi cuerpo. Pensé que estaba soñando al principio, pero cuando abrí los ojos, ella estaba ahí, subiéndose encima de mí. Toda suave y cálida, su cabello derramándose sobre mi pecho. Una promesa dulce y tentadora que sabía perfectamente que debía

ignorar. Estuve a una fracción de segundo de perder el control, de hundir mi verga en ella y hacerla gritar mi nombre. Casi lo hago, además. Habría sido tan fácil ceder, dejar que convirtiera todo ese dolor y conmoción en lujuria. Estaba justo ahí, lista, y Dios, cómo la deseaba.

Sin embargo, no era correcto. Me obligué a parar, la mantuve a distancia incluso cuando se sentía como una tortura.

La chica era algo especial. Me dejó duro toda la noche, incluso después de masturbarme. Debería estar acostumbrado a esto ahora, a alejarme, a dejarlas con ganas, a poner distancia entre ellas y yo. Pero ella es diferente. Llegó hasta mí, y aquí estoy por la mañana, todavía pensando en ella.

Me sirvo una taza y me siento a la mesa. Es bonita. Fuerte, pero demasiado confiada. Así es como la gente termina muerta en este mundo. Hace unos meses, la habría dejado en el callejón y habría olvidado que existía. Ahora estoy sentado aquí como un idiota.

El piso cruje sobre mí. Está despierta.

Me preparo mentalmente, sorbo mi café. Me pregunto si hoy me mirará diferente. Si finalmente se dará cuenta de que debería estar asustada. Entonces recuerdo anoche, cómo ni siquiera se inmutó cuando abrí la puerta de mi apartamento, y sé que no lo hará.

Ella entra en la cocina, sus pasos silenciosos pero firmes. Me ve y se detiene en seco, como si le sorprendiera que todavía esté aquí.

—Buenos días —dice. Su voz es pequeña, un poco quebrada en los bordes.

Asiento. —Buenos días.

Su cabello está suelto, un desorden oscuro sobre sus hombros. Sus ojos están rojos. Se frota las manos en los jeans, como si no supiera qué hacer con ellas. Terminan en la mesa, luego se alejan bruscamente.

—Yo, eh, no quise... —empieza—. Anoche, yo...

La interrumpo. No soy bueno en estas cosas. —¿Quieres café?

Ella vacila, luego asiente. —Claro.

Le sirvo una taza. Sus dedos rozan los míos cuando la toma. Espero que se estremezca, que se aleje, pero no lo hace. Sus manos

están firmes. Una pequeña cicatriz en la izquierda se ve blanca contra su piel.

—Debería irme —dice después de un momento. Me mira, y tiene el dolor escrito por toda su cara.

—Te llevaré.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé.

Tomo otro sorbo de mi café. No me tiene miedo. Debería tenerlo, pero no lo tiene.

—Déjame vestirme y te llevaré a casa.

Parece que va a discutir, pero no lo hace. Puedo verla decidiendo, ver sus hombros relajándose. No confía fácilmente, pero confía en mí.

—Está bien —dice—. Gracias.

Dejo mi taza y me dirijo a las escaleras. Siento sus ojos en mi espalda todo el camino. Me cambio rápido, poniéndome una chaqueta de cuero y agarrando mi casco.

Cuando regreso a la cocina, ella está en la ventana, observando el mundo pasar. Está tranquilo. Frío. Se ve pequeña, como si se estuviera replegando sobre sí misma. No me oye de inmediato, y me sorprendo a mí mismo observándola.

Se gira cuando estoy a unos metros.

—¿Conduces moto? —pregunta, mirando el casco en mi mano.

—Sí. ¿Has montado alguna vez?

Niega con la cabeza. Hay un destello de algo en sus ojos. ¿Miedo? Tal vez. Pero no de mí.

—Seguro que sobreviviré.

—¿Tienes una dirección para mí?

Se muerde el labio. Me pregunto si va a cambiar de opinión, entonces me dice: —South 4th, en Williamsburg.

Asiento. —¿Estás lista?

Pone cara de valentía. —Eso creo.

—Vamos.

Nos dirigimos a la puerta, y noto que lleva puesta mi sudadera. Debe haberla agarrado esta mañana, cuando buscaba algo para cubrir la camiseta de anoche. No digo nada. Le queda bien.

El aire muerde cuando salimos. Mi moto está estacionada a unos metros, luciendo solitaria en la calle vacía. Ella se queda ahí, mirándola como si no estuviera segura de en qué se ha metido. Le entrego el casco.

—Póntelo —digo—. Y agárrate fuerte.

Duda, luego se lo pone en la cabeza. Me subo, enciendo el motor y la siento subirse detrás de mí. Sus manos están tímidas en mi cintura.

—Estarás bien —le digo.

Por alguna razón, la imagen de su rostro afligido anoche en mi cama me hace querer tranquilizarla, consolarla. No sé por qué me importa.

La moto ruge con vida, y nos vamos. El viento pica, y siento que su agarre se aprieta. Nos deslizamos por las calles, la ciudad despertándose a nuestro alrededor. Es ligera contra mi espalda, cálida y viva. Es demasiado fácil imaginarla conmigo, pretender que esto no es solo un viaje a casa.

Williamsburg llega rápido. Me detengo frente a un viejo edificio de apartamentos, del tipo con un timbre roto y pintura descascarada. Mala seguridad. Los Callahan podrían entrar aquí cuando quisieran.

Ella se baja, y la veo forcejear con el casco. No la ayudo. No confío en mí mismo para acercarme tanto.

—Gracias —dice, devolviéndomelo.

—Sí.

Me mira, buscando algo. No sé qué encuentra, pero la hace sonreír, solo un poco. Es suficiente para hacerme desear poder quedarme.

—Cuídate —digo.

Asiente. —Tú también.

La veo entrar. Este es el final, me digo a mí mismo. La última vez que la veré.

Sí, claro.

Arranco la moto y me lanzo calle abajo, de regreso a un mundo que no debería incluirla. Pero lo hace.

Es lo primero en lo que pienso cuando llego al puente. Probablemente será lo último en lo que piense cuando llegue a casa.

La casa de Nanna es una explosión de ruido y desayuno. Las voces y el olor a huevos chocan entre sí. Me quedo cerca de la puerta, sintiéndome extrañamente fuera de lugar. Carmela me ve y se dirige directamente hacia mí, toda sonrisas y demasiada energía.

—¡Rafe, cariño! ¡Siéntate y come antes de que se enfríe!

Ella está en mi cara, y Dom está detrás de ella, ya preguntando sobre el ring de pelea.

No tengo tiempo para esto. Apenas tengo tiempo para dejar mi chaqueta de cuero en el respaldo de una silla antes de que me empuje un plato.

Carmela revolotea, mirándome con esos ojos grandes e inocentes.

—Necesitas comer, ¿sí? —Ella llama a todos "cariño". Es como un rayo de sol en una casa llena de nubes de tormenta.

—Está bien —digo.

Es lo más que logra sacar de mí. Me siento, huevos nadando en grasa. La mesa está llena. Emilio con sus ojos pegados a una laptop, Matteo lanzando esa moneda, la voz de Nanna elevándose sobre todo.

Dom es el más ruidoso. No su voz. Su presencia. Es todo negocios, siempre lo es.

—El Lower East Side ha estado tranquilo —dice Dom—. Nuestro acuerdo con los grupos de Chinatown se mantiene.

—No como el desastre en Red Hook —añade Matteo, su moneda aún moviéndose entre sus dedos—. Los Callahan están empujando a sus vendedores a nuestro territorio otra vez.

—Los contratos de construcción en Midtown son más importantes —responde Dom, su tono dejando claro que el asunto está resuelto

—. Necesitamos que esos edificios estén terminados a tiempo. La oficina del alcalde está vigilando esos proyectos de cerca.

Nanna Toni le da una mirada dura a Dom. —Tu padre nunca dejaría que se perdiera territorio. Ni siquiera por contratos elegantes.

—Los tiempos cambian, Nanna —dice Dom, su voz firme pero respetuosa—. El dinero real ya no está en las esquinas. —Se gira hacia mí—. Rafe, ¿qué sabes sobre el ring de pelea?

—Él no sabe pelear, eso es seguro —interrumpe Matteo. Sonríe como el diablo y roba la mitad de los huevos de mi plato.

—Ya basta —dice Emilio sin levantar la vista—. Solo puedes decir estupideces si tienes cerebro.

—Mira quién habla —responde Matteo. La moneda se mueve rápido entre sus dedos, y sé que está a punto de mentir o comer o ambas cosas.

Dom los ignora. Me está observando. —El ring de pelea —dice—. ¿Alguna idea de por qué nos está desangrando?

—Siéntense y coman antes de que esa silla se enfríe —interrumpe Nanna. Es feroz como siempre, su voz cortando a través del ruido—. Todos ustedes necesitan comer.

Nos sentamos, pero la conversación no se detiene.

—¿Dónde está Leonardo? —pregunta Matteo con la boca llena de tostada.

—Luna de miel número tres —dice Emilio—, ¿o eso fue el mes pasado?

—Deberías saberlo, Fantasma —responde Matteo—. Tú sabes todo.

—Él y Eleanor están en Tokio —dice Dom, sin perder el ritmo—. Y Besa está en el Hotel Aman, donde yo debería estar. —Está hablando de su esposa, que es el único momento en que esos ojos fríos suyos tienen un pequeño destello de calidez.

—¿Hotel Aman? Eres un maldito cobarde, Dom —habría dicho Leonardo si estuviera aquí—. ¿Puedes durar dos horas sin ella, no?

Como mis huevos en silencio.

Debería estar en casa, o en el ring, resolviendo esto en paz. Pero no. Nanna nos ha llamado, y eso significa que te presentas, aunque

te mate. Son las viejas costumbres. La familia. No te metes con la tradición.

El ring de pelea nos está haciendo perder dinero. Eso dicen, pero yo sé mejor. No se ha perdido. Ha sido robado.

Y sé quién tiene el cuchillo.

Los Callahan. Esto tiene su olor por todas partes. Apuesto a que es Chase haciendo una jugada rápida. Pero mantengo la boca cerrada. ¿Un rumor así? Empezará una guerra.

—Pasa el tocino, cariño —dice Carmela, sus ojos amplios y preocupados—. Quiero decir, si no estamos en bancarrota. Si todavía hay suficiente carne para repartir.

Lanzo el plato al otro lado de la mesa. —Estoy investigándolo —le digo a Domenico.

—¿Estás seguro?

La voz de Dom es aguda. No enojada, solo asegurándose. Asegurándose completamente.

—Sí.

—Sí —dice Matteo, con una risa escondida en su voz—. Está en ello como una erupción.

Le doy una mirada que podría matar. No estoy de humor, y él lo sabe. Vuelve a comer en un instante.

Dom se reclina, y el mundo se inclina con él. —Asegúrate de que sea así.

No confía en nadie, ni siquiera en mí. No hasta que lo demuestre. No hasta que le muestre que puedo evitar que nos desangremos.

¿Y yo? Me estoy preguntando sobre la chica muerta anoche. La amiga de Sloane. Los Callahan también están metidos en eso, y ahora me pregunto por qué.

Nanna corta todo con una mirada que podría derretir el vidrio.

—Ustedes, muchachos, hablan como viejas —dice—. Coman ahora, hablen después.

Pero no tengo ganas de comer. Tengo ganas de largarme de aquí.

Sloane. No puedo sacarla de mi cabeza. ¿Qué hace una chica como ella metida en todo esto? Tiene una diana en la espalda, pero ni siquiera lo sabe.

—¿Adónde vas? —pregunta Emilio, sin despegar los ojos de la pantalla.

—Sí —interviene Matteo—. ¿Dónde es el incendio, Rafe?

—Cállate —digo.

La casa se siente demasiado pequeña, demasiado abarrotada. Mi moto está esperando afuera, y ahí es donde necesito estar. Pero Sloane sigue en mi cabeza.

No tenía miedo. Debería haberlo tenido, pero no lo tenía.

Y esa es la parte que me hace sudar. Especialmente en ese edificio con seguridad de mierda que ella llama hogar.

Me levanto, y Carmela está de pie. Me abraza y me empuja más comida.

—Llévalo, cariño —dice—. Y cuídate. Te ves asustado.

—Eso va para todos ustedes —espeta Nanna—. Montón de payasos. Pónganse a trabajar.

Salgo por la puerta antes de que pueda decir más. Mi mente es un desastre, y necesito aclararla. Necesito averiguar qué están tramando los Callahan y cómo se relaciona con la amiga de Sloane.

El viaje es frío y cortante, la ciudad esperando una guerra. ¿Pero yo? Estoy pensando en una chica que no debería importarme en lo más mínimo.

5

Sloane

Me acurruco en mi cama, abrazando mis rodillas mientras el fantasma de Maddy se desliza en cada espacio entre mis extremidades. Siento su presencia en todas partes y en ninguna: su risa haciendo eco suavemente, su voz familiar flotando en el aire, y esa imagen perturbadora de su cuerpo sin vida en el callejón, salpicado de sangre.

Escucho mi propio sollozo rompiendo el silencio y saboreo la sal de mis lágrimas. El departamento vacío parece hincharse a mi alrededor, sus sombras presionando en cada rincón. Todo se siente como demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

Aquí, simplemente no puedo huir de mis recuerdos.

Las lágrimas queman mis mejillas, ardientes e implacables. Entierro mi rostro en la almohada, esperando sofocar los sonidos quebrados que escapan de mí, pero nada ayuda. Mi mente reproduce una película incesante, transformando la suave risa de Maddy en gritos penetrantes, su sangre manchando mis manos y mis llantos desgarrando la tranquila noche. Aprieto la almohada aún más fuerte, deseando que de alguna manera pudiera ser ella, cálida, respirando, viva. Pero Maddy ya no está, y me estoy ahogando completamente sola.

Pensé que regresar a mi departamento, rodeada de mis libros, mis recuerdos, mis paredes familiares, haría que todo pareciera real,

incluso mejor. Sin embargo, cada rincón apesta a algo sin vida, como mis plantas marchitas que ni siquiera puedo animarme a regar. Todas me recuerdan a ella, a un mundo drenado de color, y cada momento me arrastra de vuelta a anoche en el callejón, y al silencio que me abrumó después de gritar hasta que mi voz desapareció. Cierro los ojos con fuerza, tratando de desterrar la implacable imagen de ella tendida ahí, tan quieta y tan vacía.

No importa cuánto lo intente, esas imágenes nunca me abandonan. Mi cuerpo se siente como un nervio expuesto, pulsando con el shock de haberla encontrado. Estoy reviviendo cada segundo de ese terrible momento: la visión de su cuerpo desplomado, un halo rojo filtrándose por el concreto, y todos los detalles desordenados de la vida que de repente se esfumó.

Estoy sollozando de nuevo, o quizás nunca realmente paré.

Y luego está él: Rafaele Rosetti. Se infiltra en mis recuerdos como una sombra silenciosa justo fuera de todo este caos, observándome. Apenas lo conozco, pero cuando me ofreció un abrigo, un viaje y una noche segura bajo su techo, donde las paredes no parecían cerrarse tan rápido, sentí un destello de esperanza. Es brutal y tranquilo a la vez, como hielo en medio de mi incendio interno. En un momento de locura, dejé que me llevara a su casa, una especie de fortaleza que olía a madera pulida. Dormí en una cama que no era mía. Incluso cuando me alejó de su cama, me sentí segura.

Pero ahora, de vuelta en mi propio departamento, todo se siente frío y vacío.

Me limpio la cara con la palma de mi mano, mientras los sollozos lentamente se asientan en un dolor constante y bajo en mi pecho, como un ancla inflexible. Me recuesto contra la pared, levantando mis piernas para que se doblen bajo mi barbilla. Los recuerdos me inundan, corriendo demasiado rápido: Maddy con su café dulce y cremoso; Maddy acostada en mi sofá, descalza con un expediente extendido frente a ella. Tenía una manera maravillosa de escuchar, de hacerme sentir realmente oída.

Quería que me uniera a ella anoche, para celebrar haber terminado otro examen de posgrado.

—Un trago —dijo con una sonrisa juguetona—, es un crimen dejar que todo ese whisky se desperdicie.

Insistí en que necesitaba estudiar y ponerme al día con el sueño, inventando un millón de excusas que nunca realmente satisficieron a nadie, ni siquiera a mí. Y luego, cuando finalmente cedí y corrí por el callejón para encontrarla, ya era demasiado tarde.

Las lágrimas vuelven a brotar intensas y frescas.

Debería haber ido antes. Tal vez podría haberla salvado.

Esa abrumadora sensación de fracaso pulsa a través de mis venas, un segundo latido constante y cruel. La forma en que murió es demasiado similar a la primera vez, cuando perdí a Charlie, nuestro dulce labrador, el único amor que perdí hace mucho tiempo. Recuerdo el cuchillo en mi mano, la sangre y las palabras murmuradas de aquellos que me miraban con sospecha. Las dudas de mi padre, el juicio de todos. En esos recuerdos, todos me dieron la espalda excepto Maddy. Y ahora, ella se ha ido, dejándome con la misma triste historia y preguntas sin respuesta.

Siento que me desmorono otra vez.

Mis ojos palpitan de agotamiento, hinchados por el flujo interminable de lágrimas. La habitación a mi alrededor se desdibuja y se retuerce bajo el peso de mi dolor, y me deslizo en un sueño inquieto y hambriento. En mis sueños, estoy de nuevo en ese callejón, temblando mientras sacudo el cuerpo inerte de Maddy, el mundo entero pintado de carmesí. Rafaele también aparece en mi sueño, sus manos enguantadas extendiéndose hacia mí solo para desvanecerse tan rápido como llegaron.

Despierto de repente, jadeando, mi corazón golpeando contra mis costillas mientras el pánico todavía se anuda dentro de mí. Me encuentro acurrucada en la cama, mis puños apretados en las sábanas, mientras una tenue luz se filtra suavemente por las ventanas. Podría ser la mañana o el atardecer. Ya no puedo distinguirlo. El departamento permanece extendido con sombras y pesado silencio, cada crujido del piso un recordatorio de su ausencia, un recordatorio de que su suave risa no llenará más este espacio.

Pero entonces un fuego tranquilo y determinado surge dentro de mí, empujando contra el dolor hueco que se ha vuelto tanto parte de mí. Decido que no dejaré que esto me defina, que no dejaré que estos recuerdos me entierren. Envuelvo mis brazos fuertemente alrededor de mis piernas y me balanceo suavemente contra las olas de dolor.

Lentamente, me pongo de pie, cada músculo rígido y reacio. Mi visión se tambalea por el agotamiento mientras tropiezo por el pequeño departamento, recogiendo el caos de papeles dispersos y apilándolos en torres desiguales que parecen listas para derrumbarse en cualquier momento, una pequeña distracción de la abrumadora impotencia. Mis manos tiemblan cuando riego las plantas caídas que tercamente se niegan a prosperar. Me siento perseguida, y esa sensación se filtra en todo lo que me rodea.

Libros, expedientes, tazas de café, todas estas cosas se sienten completamente inútiles ahora. Ninguna de ellas puede traerla de vuelta.

Finalmente, me desplomo en el suelo y abrazo el dolor con fuerza, abrumada por la desesperación. No puedo sobrevivir a otro fracaso. Debo averiguar quién hizo esto, quién me la arrebató.

6

Rafaele

Los disparos resuenan como si estuviéramos en guerra. Una explosión de sonido, un eco en los oídos. Aquí abajo, a nadie le importa si es de día o de noche. El tiempo no funciona igual cuando estás bajo tierra, encerrado en una batalla contigo mismo. El aire huele a pólvora, el tipo de lugar donde puedes perderte.

Emilio ya está perdido, sumergido en su zona, con los ojos entrecerrados mientras dispara otra ronda. Yo disparo y fallo por kilómetros.

—Estás distraído —dice Emilio, todavía apuntando al blanco.

Es el hermano más callado, el Fantasma, el que se desliza entre las sombras. Y puede notar que tengo demasiadas cosas en la cabeza. Nunca pude ocultarle un secreto.

—Estoy bien —gruño.

Soy muchas cosas, pero "bien" no es una de ellas. Los otros tipos en el campo de tiro gritan y bromean mientras destrozan sus blancos. Debería ser más como ellos. Concentrado. Imperturbable. Pero no logro aclarar mi mente.

Disparo de nuevo. La bala acierta, pero estoy muy lejos del centro. Maldigo en voz baja. Emilio baja su arma, me lanza una de esas miradas que dicen más que una frase completa. Juro que tiene un sexto sentido para cuando las cosas están a punto de torcerse. O tal vez simplemente me conoce demasiado bien.

Me ajusto mejor los guantes e intento bloquear el ruido.

—No tiene sentido estar aquí si vas a disparar así —dice, con una voz tan calma como el ojo de una tormenta.

Sus ojos grises reflejan los blancos de acero, fríos e inflexibles.

—Gracias por las palabras de aliento —murmuro, negándome a encontrar su mirada. Levanta una ceja, un desafío silencioso.

Respiro profundo, oliendo el humo acre, escuchando el eco agudo de las balas golpeando el metal. Esta vez cuando disparo, acierto más cerca del blanco. No es perfecto, pero mejor. Emilio da un pequeño gesto de aprobación.

Esto no se trata solo del dinero perdido; se trata de lo que representa. El apellido Rosetti significa algo en esta ciudad. Significa respeto, poder, control. Cuando alguien nos roba, no solo está tomando efectivo, está desafiando todo lo que representamos. Papá nos inculcó eso desde niños. El negocio familiar no es solo un negocio; es lo que somos. Y me condenaré si dejo que alguien lo socave bajo mi vigilancia.

Pero es más que orgullo. El dinero perdido crea grietas en nuestros cimientos. Esas grietas no solo me amenazan a mí, amenazan a Carmela, a Matteo, a todos los que llevan nuestra sangre. He pasado mi vida siendo el ejecutor, el que hace que los problemas desaparezcan para que el resto no tenga que ensuciarse las manos. Es mi papel, mi propósito. Fallar no es una opción.

Y ahora está Sloane, de alguna manera enredada en todo esto a través de su amiga muerta. No debería importarme. No es familia. Ni siquiera está cerca de ser mi tipo. Pero algo acerca de su desesperación, su obstinada negativa a retroceder, ha logrado meterse bajo mi piel. No sabe en lo que se está metiendo y, por alguna razón que no puedo nombrar, no quiero verla convertirse en daño colateral en una guerra que no entiende.

—Averigua por qué los Callahan ordenaron el asesinato de Madeline Torres —le digo.

Emilio recarga su arma, lenta y fácilmente. Es la mejor persona que conozco con computadoras, y el mejor manteniendo la boca cerrada.

—Pensé que no te importaban esos tipos —dice, buscando información.

—No me importan. —Apunto y disparo, justo en el blanco esta vez —. Pero necesito saber.

—Quieres decir que necesitas saber si ha aparecido cierto nombre —dice.

Ni siquiera me mira, solo dispara otra vez.

Mi arma golpea la mesa cuando agarro a Emilio por la camisa y lo estrello contra la pared, y todos en el campo de tiro se quedan inmóviles. Las miradas se dirigen hacia nosotros. Nadie quiere estar cerca cuando una pelea entre Rosetti comienza. Los más listos empiezan a recoger sus cosas, sin arriesgarse a mirarnos. Sé que algunos de estos tipos probablemente esparcirán rumores para el final del día, pero ahora mismo, no me importa.

—¿Cómo carajo sabes de Sloane?

Las palabras salen más afiladas que una bala. Mi puño se aprieta en su camisa.

Emilio me mira entrecerrando los ojos, más molesto que asustado. —Ese es mi trabajo, hermano —dice, sonando aburrido—. Tú te ocupas de los músculos, yo de la inteligencia. No hay mucho que no sepa, especialmente sobre mi propia familia.

Ni siquiera se inmuta, y eso solo me enfurece más. Lo empujo, soltándolo con suficiente fuerza para enviarlo de vuelta contra la pared.

—Púdrete, Milo —gruño.

Se encoge de hombros, acomodándose la sudadera como si solo estuviéramos teniendo una charla casual. Sé que no se irá hasta que tenga las respuestas que quiere. Su calma me envía una nueva ola de ira.

—Solo averigua sobre el asesinato —espeto.

Pero Emilio tiene razón. Quiero saber si Sloane tiene una diana en la espalda. Quiero saber qué tan profundo está metida, y cuán preocupado debería estar.

El lugar huele a sudor, cuero y adrenalina. Las balas explotan desde las armas mientras otros hombres disparan. La habitación vibra con todo eso, pero sigo atascado en la expresión de Sloane

cuando la dejé en su casa. Como si no tuviera miedo en absoluto. Como si no viviera en un apartamento de mierda que necesitaba una puerta nueva solo para mantenerse en pie.

—¿Asumo que mantendremos esto en secreto? —pregunta Emilio.

—Como una tumba.

—Claro, Rafe. —Voltea su cuchillo y lo coloca de nuevo en la mesa —. Lo que tú digas.

Se suponía que este era un lugar para escapar, para despejar mi mente. Pero no hay escape. Sigo pensando en cómo debería mantener la distancia. Dejar que la chica viva su vida sin que yo la ronde. En cambio, estoy reforzando la seguridad de su apartamento. Instalando alarmas. Arreglando la maldita puerta para que no se congele hasta morir antes de que alguien tenga la oportunidad de matarla.

Disparo otra vez. El blanco se hace trizas.

Emilio sonríe con suficiencia. —¿Qué pasó con mantenerte al margen?

Lo ignoro. Tal como ignoré la promesa que me hice a mí mismo cuando la vi por primera vez. Una chica linda como ella, me dije, merece algo mejor que un chico malo como yo. Se suponía que la observaría desde lejos. No se suponía que dejara que se complicara.

No se suponía que me sonriera como si yo no fuera una especie de monstruo.

El pensamiento me distrae. La imagino en ese pequeño apartamento, llorando por su amiga, fingiendo que no tiene miedo.

—Por Dios, Rafe —dice Emilio, negando con la cabeza—. Esto está mal. Estás demasiado involucrado.

No sé cómo demonios mi hermano sabe tanto sin siquiera preguntar, pero no se equivoca.

Le he arreglado todo el apartamento. Como lo tengo configurado, recibiré una alerta si alguien que no vive allí estornuda cerca de su edificio. Ella no lo sabe, no necesita saberlo, porque no volveré a poner un pie cerca de ella y arriesgar su vida, a menos que las alarmas se activen.

Emilio lo sabe mejor. Probablemente ya esté apostando cuánto tiempo pasará antes de que me quiebre y deje de fingir que no me

importa.

Agarro el resto del equipo y lo meto en la bolsa.

—Asegúrate de que su nombre quede fuera de esto —digo—. No quiero que tu investigación sea lo que haga sonar las alarmas para los Callahan.

—Me conoces mejor que eso, imbécil —dice Emilio, arqueando una ceja.

—Solo hazlo, carajo.

Me cuelgo la bolsa al hombro y me dirijo hacia la puerta. Los otros chicos levantan la mirada y asienten cuando pasamos, sus blancos completamente perforados. Les devuelvo el gesto, pero mi mente está en otro lugar. Está en un pequeño apartamento con mala calefacción y una chica optimista que debería haber sido mi último trabajo.

Afuera, el aire está helado. Enero en Nueva York. El viento corta como un cuchillo. Ya estoy congelado, y tengo tres capas de ropa y guantes. No sé cómo lo soporta Sloane. Aunque, de nuevo, está llena de sorpresas.

Juré mantenerme alejado, pero ya he roto todas las demás promesas que me hice a mí mismo sobre ella.

¿Qué importa una más?

7

Sloane

Se siente demasiado pronto para estar de vuelta aquí, demasiado pronto para cualquier cosa excepto el espacio vacío que Maddy dejó. Solo han pasado tres semanas desde que murió, pero la biblioteca aún parece susurrar su nombre con cada murmullo suave y página que cruje. Apoyo mi frente contra la mesa, tratando de respirar a través del dolor apretado en mi pecho mientras su risa resuena en mis oídos. Casi grito, pero en vez de eso, reviso el último mensaje de Lucas: "¿Estás recibiendo esto?" No estoy segura de si puedo enfrentar al hermano de Maddy todavía, pero sé que tengo que empezar por algún lado.

Por todo el campus, el habitual bullicio de la vida estudiantil continúa, la charla y el alboroto que Maddy solía iluminar con su energía. Ahora, ella es como un suave fantasma que permanece en cada rincón, y me siento inundada por los recuerdos: noches de estudio hasta tarde con tazas de café esparcidas sobre nuestra mesa, sus comentarios aleatorios que siempre lograban arrancarme una sonrisa.

Moviéndome en mi dura silla, intento concentrarme en el cuaderno frente a mí, dejando que el ritmo constante de la escritura me ofrezca un poco de consuelo. Pero justo cuando me acomodo, su rostro se desliza entre las líneas como un visitante inesperado. Es como si el silencio a mi alrededor llenara todo el espacio que ella

solía ocupar, dejando mis pulmones apretados de anhelo. Aunque el dolor sigue siendo demasiado reciente, me recuerdo que necesito vivir con él. Abrazo esta pérdida, dejando que me atraviese hasta que se atenúe y tome nueva forma. Tengo que saber quién la mató, y eso significa volver a este lugar, a esta vida, incluso cuando su recuerdo parece aparecer en cada esquina.

La pantalla de mi teléfono brilla intensamente en la luz tenue, un recordatorio de todas las personas que he estado ignorando, condolencias de gente que apenas la conocía, enviadas como si entendieran lo profundo que ella calaba. Pero ahí está Lucas, sus mensajes cortos y apresurados, llenos de creciente desesperación. "¿Estás recibiendo esto?" pregunta de nuevo. La culpa de hacerlo esperar me punza, así que escribo un simple "Sí", lo dejo flotar por un momento, y presiono enviar.

Más tarde, me dirijo a la acogedora cafetería justo fuera del campus, un refugio familiar durante las semanas de exámenes, incluso si ahora la vida parece dividida entre el hermano de Maddy y yo. Lo veo antes de que él me vea: un desorden de cabello oscuro y ojos fijos en la mesa. Lleva su sudadera habitual, aunque hoy parece tragárselo por completo. Mi corazón vacila entre el alivio y una persistente preocupación de que tal vez sea demasiado tarde. Aun así, me obligo a acercarme.

Casi no lo reconozco. En solo tres semanas, Lucas se ha transformado, su rostro demacrado y con las mejillas hundidas, como si el dolor hubiera estado tallándolo físicamente. Las ojeras bajo sus ojos sugieren que no ha dormido en días. Ha perdido tanto peso que su sudadera, normalmente ajustada, cuelga de sus hombros como si perteneciera a otra persona.

—Hola —digo en un tono cálido y amistoso. Siempre fui la alegre en nuestro pequeño trío, pero ahora se siente como una carga.

Él se sobresalta un poco, sus ojos marrones y crudos encontrándose con los míos. Su rostro está más anguloso ahora, grabado con un dolor reciente, que retuerce algo dentro de mí.

—Hola —responde, su voz áspera como papel de lija—. Pensé... Mierda, Sloane, ni siquiera estaba seguro si tú...

—Lo siento —interrumpo suavemente, acomodándome en la silla junto a él.

Se siente extraño sentarse aquí sin la risa contagiosa de Maddy y la forma en que llenaba el espacio con calidez.

Lo intento de nuevo: —Debería haber... Lo siento mucho.

Él deja escapar un largo suspiro tembloroso y se pasa una mano por el cabello. Está grasoso, sin lavar. Otra señal de que apenas puede mantenerse entero.

—No sabía a dónde más ir.

Lo estudio, el hermano de Maddy, un amigo que he conocido casi tanto tiempo como a ella. Se está rompiendo, y es como mirar un reflejo de mi propio dolor.

—Dicen que fueron drogas —dice Lucas, su voz rápida, sobreponiéndose a la duda—. No... no lo creo. ¿Tú sí?

—Claro que no —respondo con más firmeza de la que siento—. Ella nunca haría eso. Ella... —hago una pausa, perdida en el recuerdo de Maddy acurrucada en su escritorio, totalmente absorbida en el trabajo que amaba—. No. No fueron drogas. Lo sé.

—¿En serio? —el tono de Lucas se vuelve cortante, y me estremezco—. ¿De verdad lo sabes?

Baja la mirada, el arrepentimiento suavizando su enojo por un momento mientras el silencio se instala entre nosotros, un silencio tan desordenado como todo lo que se ha sentido desde que Maddy murió.

Su teléfono vibra contra la mesa, la pantalla iluminándose con un mensaje. Lucas lo toma tan rápido que casi derriba su café. Sus ojos escanean el mensaje, y observo cómo todo el color abandona su rostro. Su mano tiembla mientras mete el teléfono en su bolsillo.

—¿Todo está bien? —pregunto.

—Sí —dice demasiado rápido—. Solo... mi casero. La renta está atrasada otra vez.

Se ríe, pero es una risa hueca y forzada. —No puedo mantenerme al día con nada últimamente. Me están amenazando con desalojarme si no pago antes del viernes.

Me inclino hacia adelante, mi corazón latiendo más rápido.

—Lucas, están equivocados. Vamos a demostrarlo.

Él sacude la cabeza lentamente, pasándose la mano por el cabello de nuevo. Es un tic nervioso que nunca había notado antes.

—No escuchaste lo que dijeron, Sloane. Sonaban tan seguros, como si realmente lo supieran. —Duda, mirando hacia la puerta como si esperara a alguien—. Yo... pensé que tal vez habías escuchado algo, que realmente la conocías. Pensé...

—No sabía que estaba en problemas —confieso en voz baja—. Pero ella no habría estado metida en drogas. Por favor, tienes que creerlo.

Se hunde en su silla, exhausto, enojado y asustado.

—Ya no sé qué creer.

Lo miro, absorbiendo cada borde crudo y herida, tan similares a los míos, aunque mi dolor se siente un poco más controlado mientras el suyo se derrama todo de una vez.

—Vamos a descubrir qué pasó realmente —insisto, rompiendo el silencio inminente—. Te lo prometo. No dejaré que digan lo que dijeron sobre ella.

Él encuentra mi mirada, y hasta una pequeña sonrisa amarga parpadea en su rostro.

—Debería ser yo quien lo prometa, ¿no?

—Entonces prométemelo también —digo, mi voz firme a pesar del tumulto interior—. No podemos dejar que se salgan con la suya.

—Bien —asiente, y una determinación lenta regresa a sus ojos—. Sí. Bien.

—Empezamos ahora —declaro—. ¿Quién querría verla muerta?

Una sombra cruza su rostro, y retrocede como si la mesa se hubiera cerrado repentinamente. Abre la boca, luego la cierra, finalmente fijando su mirada en mí, ojos tan parecidos a los de Maddy que se siente como si ella también me estuviera mirando.

—Quizás no quieras escuchar esto —admite en un tono bajo y pesado.

Contengo la respiración, esperando.

—Ella estaba saliendo con alguien... alguien peligroso —continúa suavemente—. Le dije que no se involucrara, pero no me escuchó. Nunca escuchaba. —Hace una pausa, frotándose los ojos con el dorso de la mano—. No debería haberlo permitido.

—¿Quién? —pregunto, sintiendo una oleada de temor.

—No lo sabías, ¿verdad? —susurra, sacudiendo la cabeza de manera cansada y triste—. Por supuesto que no. Ella sabía que le dirías que lo dejara, igual que yo.

La voz de Maddy resuena en mi mente —brillante, un poco desafiante— y me doy cuenta de que nunca realmente escuché.

—Entonces, ¿quién era él?

—No lo sé. —Sus puños se aprietan por un momento antes de aflojarse—. Nunca me dijo su nombre.

Lo miro fijamente, un torbellino de preguntas surgiendo dentro de mí. ¿Cómo pude no saberlo? ¿Cómo pudo ocultarnos esto a los dos?

Lucas se inclina hacia adelante, su rostro pálido y ojos llenos de urgencia.

—Tenemos que encontrarlo, Sloane. Tiene que ser él. No hay nadie más.

Su voz es desesperada, igual que sus mensajes o las llamadas que nunca respondí.

Me aferro a sus palabras como si fueran un ancla.

—Lo encontraremos —prometo firmemente—. Resolveremos esto.

Parece que está a punto de decir algo importante, pero se contiene. Sus ojos se dirigen hacia la ventana, y por un momento, veo miedo desnudo allí.

—Lucas —digo cuidadosamente—, ¿hay algo más? ¿Algo que no me estás diciendo?

Traga con dificultad. —Solo estoy preocupado de que te involucres en todo esto. Podría ser peligroso.

—Puedo cuidarme sola —le aseguro.

—Eso es lo que Maddy pensaba también —dice, tan quedamente que casi no lo escucho.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, la brecha entre nosotros desaparece. Ya no somos las mismas personas que solíamos ser. Maddy cambió eso, y el secreto que dejó atrás estira la distancia entre nosotros. Pero por ahora, estamos aquí juntos, aferrándonos a lo que realmente importa.

—No fueron drogas —digo, mi voz volviéndose más firme—. Y ambos sabemos que ella no terminó en un callejón con una bala por

pura casualidad.

Lucas se estremece, como si la verdad fuera demasiado pesada para él.

Continúo, sabiendo que detenerme ahora podría significar nunca empezar de nuevo.

—Vamos a rastrear a este tipo con el que estaba saliendo y averiguar por qué Maddy nunca le contó a nadie lo que estaba pasando realmente. Incluso si...

—Incluso si quizás no queremos saber la respuesta —agrega en voz baja.

Su teléfono vibra de nuevo. Esta vez, ni siquiera lo revisa. Solo mira fijamente el bolsillo donde vibra, como si fuera una bomba de tiempo.

Compartimos una mirada, el peso de nuestras preguntas suspendido en el aire. Y por primera vez en semanas, a pesar del miedo, siento una chispa de propósito debajo de todo.

—Bien —digo, con un nuevo sentido de resolución—. Voy a empezar a investigar. Tú haz lo mismo, y nos encontramos aquí en...

—¿Dos días? —sugiere, moviéndose un poco mientras un fuego se enciende detrás de sus ojos—. ¿O tres? ¿Qué piensas?

Casi sonrío, incluso me río un poco, porque suena tanto como Maddy ahora, lleno de esa confianza familiar y determinación.

—Dos días —decido—. Para entonces, tendremos algo. Aunque sea solo una pequeña pista, es mejor que nada, ¿no?

Un pequeño nudo en mi pecho se afloja un poco mientras ambos nos levantamos, ninguno dispuesto a ser el primero en bajar la guardia. Lucas me da una larga e ilegible mirada antes de alejarse.

—Sloane —dice, volviéndose repentinamente. Su rostro es una máscara de desesperación—. Pase lo que pase, por favor recuerda... yo la amaba. Más que a nada. Recuerda eso, ¿sí?

La intensidad de su súplica me toma por sorpresa. —Por supuesto, Lucas. Sé que lo hacías.

Asiente una vez, como si hubiera tomado una decisión, luego se va, abriéndose paso a través de la puerta de la cafetería.

Afuera, el viento muerde ligeramente mi piel mientras salgo de la cafetería. Respiro profundo, dejando que el aire fresco llene cada

rincón de mí. La memoria de Maddy está en todas partes, y esta vez, en lugar de sentirme ahogada por ella, dejo que su recuerdo me impulse hacia adelante.

8

Sloane

La multitud es ruidosa y cercana, su energía inquieta pulsando a través de mí con cada momento. Voces gritan desde todos lados, crudas y ansiosas, mientras los puños y la carne chocan en el centro del ring. Sé que no debería estar aquí, pero después de días sin resultados, necesito encontrar a Rafaele. Está apoyado contra la pared lejana, tan relajado como puede estar en este desastre. Este es su territorio—donde el sudor y el humo se mezclan en el aire viciado del subterráneo, y los cuerpos y los egos magullados colisionan—y él lo observa todo con un frío desapego. Me dirijo hacia él, con un ojo en los luchadores y el otro fijo en la única persona que conozco en este caos.

Mi corazón se agita mientras me acerco. Incluso medio oculto en la tenue iluminación del sótano, destaca, todo bordes duros y poder apenas contenido. Las luces amarillas que cuelgan del techo bajo capturan su perfil, resaltando el corte afilado de su mandíbula, la intensidad en sus ojos mientras observa la pelea. No puedo evitar notar cómo su camiseta negra se estira sobre sus hombros, cómo sus manos se flexionan casi imperceptiblemente a sus costados. Mi boca se seca de repente.

Alguien golpea mi brazo, y un soplo de aliento con olor a cerveza golpea mi cara. Me abro paso entre un grupo de tipos que gritan números e intercambian dinero como si no fuera gran cosa. En el

ring, dos luchadores gruñen y sangran mientras intercambian golpes. La multitud estalla en gritos y vítores, un muro de sonido que retumba en las paredes de concreto y deja mis oídos zumbando. Estoy acostumbrada al ruido estos días, pero la idea de quedarme sin respuestas no es algo con lo que pueda conformarme. Si quiero respuestas, tengo que pasar por él.

Rafaele se apoya casualmente contra una columna de concreto, tranquilo en medio de toda esta locura. Lleva una camisa negra y jeans que combinan con la sombra en su rostro. Incluso a distancia, su intensidad es cristalina. Todo lo que yo no soy. Mi pulso comienza a acelerarse y, por una fracción de segundo, me pregunto si esto fue un error.

Sigo avanzando hacia él, mis botas pegándose ligeramente al suelo húmedo de cerveza. Mientras más me acerco, más parecen cobrar vida mis terminaciones nerviosas. El aire aquí abajo está cargado de humedad y el sabor metálico de sangre y sudor, pero hay algo en él que me atrae, una fuerza gravitacional que no puedo explicar y que no quiero examinar particularmente.

Me ve antes de que llegue a él, y sus ojos azul hielo se estrechan con sorpresa. Probablemente soy la última persona que esperaba ver en una pelea clandestina. Bueno, eso hace dos de nosotros. Cuando su mirada se encuentra con la mía, el calor inunda mis mejillas a pesar del frío húmedo del sótano. Maldigo silenciosamente la traición de mi cuerpo.

Llego justo a tiempo para ver al luchador más grande estrellar al más pequeño contra el suelo. Los gritos se elevan, salvajes y afilados, como una manada de lobos yendo a matar. Incluso en medio del caos, soy extremadamente consciente de Rafe—el sutil cambio en su postura mientras me acerco, la forma en que sus ojos siguen cada uno de mis movimientos. El aire entre nosotros se siente cargado, eléctrico, a pesar de la pesada atmósfera del sótano abarrotado.

—Pensé que estarías enterrada entre libros y tazas de café —dice Rafaele, su voz cortando el ruido—. ¿Qué te trae por aquí, Sloane?

Escuchar mi nombre así retuerce algo dentro de mí, pero enderezo mi espalda y respondo:

—Necesito tu ayuda.

Él levanta una ceja y ofrece una media sonrisa que no llega del todo a sus ojos. Su aroma me alcanza, cuero, sudor limpio y algo más oscuro, más primario. Destaca contra los olores subterráneos a humedad, cerveza y sangre. Me hace dar vueltas la cabeza por un momento antes de recuperar el enfoque.

—Pareces bastante buena haciendo las cosas por tu cuenta.

Pero no lo suficientemente buena. Después de una pequeña pausa, insisto:

—Es sobre Maddy.

Eso borra la sonrisa de su rostro por completo. Cruza los brazos y se recuesta, actuando como si no le importara en absoluto. El movimiento tensa más su camiseta sobre su pecho, y tengo que obligar a mis ojos a permanecer en su cara. Una gota de condensación cae de una tubería sobre nosotros, aterrizando en el suelo de concreto junto a mi bota.

—Tenía un novio que nunca conocí, y está metido en cosas bastante desagradables. He intentado rastrearlo, pero es como un fantasma. Esperaba...

—¿Que yo lo encontrara por ti? —termina secamente, su tono poco impresionado.

Sus palabras me duelen un poco, e ignoro el calor que sube por mi cuello.

—Eres el único que puede hacerlo.

—Entonces no conoces a mucha gente. —Inclina la cabeza hacia la pelea—. Algunos de estos tipos son bastante buenos para hacer que las cosas sucedan.

Siguiendo su mirada, veo a un luchador delgado recibir un golpe fuerte en la mandíbula. Fácilmente podría haber sido Rafaele en otra vida, a juzgar por la antigua fractura en su nariz. Pero ahora mismo, soy yo quien está buscando desesperadamente una solución. Mi voz es más afilada de lo que pretendía cuando pregunto:

—¿Puedes ayudar o no?

Me sostiene la mirada firmemente, la condensación del techo bajo haciendo que el aire entre nosotros parezca aún más denso, más cargado.

—No puedo.

—¿O simplemente no quieres?

Sus ojos se fijan en los míos por un momento largo y duro. El sótano parece desvanecerse—las paredes húmedas, la multitud gritando, el hedor a cerveza derramada—todo retrocede hasta que solo quedamos nosotros. Bajo su exterior frío, vislumbro un destello, quizás duda, o incluso un indicio de deseo. Me aferro a esa chispa porque Rafaele es mi único contacto confiable en este submundo, el único que podría preocuparse lo suficiente por Maddy para intervenir. Necesito que quiera ayudarme. Tengo que hacer que me desee.

Escaneando el espacio confinado en busca de un plan B, veo a un hombre delgado con tatuajes trepando por sus brazos. Su apariencia ruda probablemente pondría a mi hermano nervioso si alguna vez lo llevara a casa. Perfecto. Doy un paso hacia él, luego me vuelvo hacia Rafaele con una sonrisa extra confiada.

—Quizás tengas razón. Tal vez encuentre a alguien más —digo.

Por un segundo, pienso que Rafaele podría detenerme, tal vez incluso estar de acuerdo. Pero solo se encoge de hombros y se aleja.

Mientras tanto, el hombre tatuado ha estado observando la pelea, tal vez fingiendo hasta que me acerco a su lado. Todavía siento los ojos de Rafaele sobre mí desde el otro lado del sótano, y eso me da un salvaje arranque de imprudencia. Alcanzo el brazo del tipo. Mis dedos rozan su piel, y me aparto con una sonrisa tímida practicada. Casi puedo oír a Maddy riéndose. Ella siempre fue la sexy, y me gusta pensar que está mirando ahora, animándome.

Sus tatuajes se asoman por debajo de su cuello, y su sonrisa es arrogante pero invitadora. Se vuelve hacia mí, sus ojos brillando en la tenue luz del sótano. Pero no son azules como los de Rafe, no están llenos de esa misma intensidad que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Hola. No esperaba ver a alguien como tú en un lugar como este.

Me río suavemente, cálida y baja:

—Podría decir lo mismo.

—¿En serio? Parece que encajo perfectamente. —Hace un gesto hacia la escena caótica, ruido, sudor y calor, todo lo cual parece

energizarlo.

—Lo haces —respondo, manteniendo mi tono coqueto y ligero, lo suficientemente alto como para que Rafaele pueda captarlo si todavía está mirando—. Y yo podría necesitar un poco de ayuda para encajar.

—¿Ah sí? —Se inclina más cerca, un movimiento que debería hacerme retroceder, pero se lo permito, disfrutando el momento. Su aliento es cálido contra mi oreja, pero carece de la carga eléctrica que siento cuando Rafe se para demasiado cerca—. ¿De qué tipo de ayuda estamos hablando?

Este hombre parece desagradable, y solo quiero alejarme de él, pero mantengo la actuación, dejando que mi mano descanse con confianza en su brazo. Me inclino, dejando que la curva de mis caderas roce contra él. Todo el tiempo, estoy escaneando la multitud en busca de un vistazo de Rafe, preguntándome si está mirando, si le importa. El techo bajo del sótano parece presionar hacia abajo, haciendo que el aire entre nosotros sea más caliente, más íntimo.

—No lo sé. ¿Por qué no me sorprendes?

Su risa es viscosa, pero es como un trago de whisky caliente que me hace sentir viva. Soy una persona cuidadosa, siempre tan malditamente cuidadosa, pero esta noche es emocionante soltarme. Soy mejor en este asunto de coquetear de lo que esperaba. Mi sangre palpita, y casi me pierdo en el juego.

Me inclino y susurro en su oído. Él sonríe, con los ojos brillando como si hubiera visto lo mejor de la noche.

—Sí, puedo hacer eso. Vamos a salir de aquí —dice.

Tal vez ahora a Rafaele le importe. Tal vez finalmente vea que hablo en serio sobre encontrar al misterioso novio de Maddy, incluso si tengo que perseguir a cada tipo rudo en la ciudad. Mi corazón late con esperanza y un poco de miedo, con un toque de valentía y mucha imprudencia. Echo un vistazo hacia atrás, buscando a Rafe en el espacio subterráneo.

Allí está. Me está mirando, con la mandíbula apretada, esa mirada severa de tipo duro. Pero también hay algo oscuro y posesivo en sus ojos, que envía un escalofrío por mi columna. El aire entre nosotros parece crepitar con tensión incluso a través del sótano abarrotado.

Con solo una palabra, volvería a su lado. Sostengo su mirada un momento más de lo que debería, sintiendo una tensión salvaje y eléctrica entre nosotros, una corriente que casi puedo saborear. Espero que ceda, que llame mi nombre.

Pero no lo hace.

No dudo.

—Está bien.

La palabra se escapa tan fácilmente como un secreto, y dejo que el hombre tatuado me guíe lejos de la pared. Nos abrimos paso entre la multitud, más allá de todo el ruido y el caos, y fuera de mi propia cabeza.

No puedo evitar pensar que Maddy estaría tan orgullosa de mi éxito coqueteando.

Estamos casi en la puerta cuando un borrón de movimiento llama mi atención. De repente, Rafaele está allí, agarrando al hombre tatuado por el cuello y lanzándolo contra la húmeda pared de concreto. De pie sobre él, Rafe es oscuro e intenso, cada músculo enrollado con propósito, irradiando una energía mortal que me deja sin aliento.

El sótano de repente se siente quieto y caliente. Puedo escuchar mi corazón latiendo mientras la multitud se aparta para darnos espacio. El hombre tatuado se levanta rápidamente, maldiciendo en voz baja, mientras las manos de Rafaele se cierran en puños dentro de sus guantes negros de cuero. Su voz baja, enojada, rebotando en las paredes de concreto alrededor nuestro.

—Nadie en esta habitación es lo suficientemente bueno para hablar con Sloane Carter, imbécil. Y tú menos que nadie.

El puño de Rafaele sale disparado, duro y preciso, directo a la mandíbula del tipo. La cabeza del hombre tatuado se echa hacia atrás, sus ojos abiertos por la conmoción. Antes de que tenga la oportunidad de reaccionar, Rafaele lo golpea de nuevo, una, dos veces, los golpes aterrizando con la fuerza de un tren de carga. La sangre salpica contra la pared, y siento una salvaje emoción de horror y fascinación mientras observo, congelada en mi lugar. Nunca he visto violencia así de cerca. Es cruda y sin filtros, nada como me lo había imaginado.

Rafaele no cede, no hace pausa, solo sigue con él hasta que el hombre no es más que pulpa en el suelo. Mi corazón está acelerado, y no puedo decir si es miedo o emoción lo que me está dejando sin aliento.

Rafaele lo observa por un momento, luego dirige su mirada hacia mí. Noto la tensión en su mandíbula y me acerco lo suficiente para sentir el calor detrás de su ira, incluso la aspereza de su respiración. El espacio confinado del sótano hace que su presencia sea aún más abrumadora, como si ocupara todo el aire disponible.

—¿Es lo mejor que puedes hacer, Carter? —pregunta.

—No soy yo quien acaba de convertir a un humano en carne molida.

Estoy sin aliento, y no puedo entender por qué. Algo que ver con este monstruo de hombre que interviene para protegerme. Y con el hecho de que funciona. Me hace sentir segura.

Me mantengo firme, con un desafío juguetón en mi tono. Mi corazón late en un ritmo que no tiene nada que ver con el miedo mientras me acerco más a él, lo suficientemente cerca para captar el sabor metálico de la sangre y el aroma acalorado de su piel.

—¿No te gustó la competencia?

¿Qué demonios me pasa? ¿Por qué estoy incitando a este monstruo a la violencia? ¿Por qué lo estoy provocando? ¿Y por qué me acerco más a él cuando debería estar huyendo?

—No juego a juegos —responde, su voz helada.

Aunque su tono envía escalofríos por mi columna, no siento frío, solo el calor de haber logrado meterme bajo su piel. Intento mi mejor mirada inocente, ojos abiertos y dulce, a pesar de que mi pulso se acelera.

Evito mirar el desastre ensangrentado en el suelo, que ahora tiene varias personas revoloteando alrededor, pero ambos sabemos de qué estoy hablando.

Él se acerca aún más, pero no retrocedo. Nuestros cuerpos están a centímetros de distancia ahora, y puedo sentir el calor que irradia de él, puedo ver el subir y bajar de su pecho mientras respira. El espacio reducido del sótano hace imposible ignorar su físico, la forma en que parece llenar el espacio a mi alrededor.

—Ve a casa, Sloane.

—Pensé... —comienzo.

—Pensaste mal. No puedo ayudarte —interrumpe, haciendo una pausa mientras un destello de algo—quizás celos o arrepentimiento —cruza sus ojos y hace que mi corazón se salte un latido—. Y nadie más aquí lo hará. No ahora.

Bueno, eso parece bastante cierto. Ninguna persona cuerda se iría conmigo después de presenciar la respuesta de Rafaele.

—Déjalo estar, Carter. Vuelve a tu vida normal y olvida que nada de esto sucedió.

Me quedo ahí, esperando a que cambie de opinión, esperando a que su ira se desvanezca hasta que Rafaele sea solo Rafaele de nuevo.

—Nunca me voy a rendir —digo, en voz baja, pero sé que me escucha.

Rafaele me mira fijamente. Hace señas a alguien y le dice que me lleve a casa a salvo, luego, con una última mirada hacia mí, da media vuelta y desaparece entre la multitud.

Bueno, que se joda. Si piensa que me voy a dar por vencida en limpiar el nombre de Maddy, está aún más loco de lo que parece.

Mientras lo veo marcharse, todavía puedo sentir el calor fantasma de su cuerpo cerca del mío, todavía puedo oler el cuero de sus guantes y el leve rastro de colonia bajo el sudor y el humo del ring de combate subterráneo. Odio que mi cuerpo reaccione ante él, odio que incluso mientras se aleja, mis ojos lo siguen, absorbiendo la confianza de sus hombros, la gracia peligrosa de sus movimientos mientras navega a través de la multitud del sótano.

Lo peor de todo, odio que una parte de mí quiera que se dé la vuelta, que regrese, que decida que valgo la pena ayudar después de todo.

No mira hacia atrás.

9

Rafaele

El perfil de la ciudad se cierne contra el horizonte, con callejones estrechos y farolas tenues que proyectan largas sombras. Me quedo en el auto, dejando que la oscuridad de la noche me envuelva mientras estaciono discretamente al otro lado de la calle frente al edificio de apartamentos de Sloane.

Trazo el contorno de su rostro en la pantalla de mi teléfono, con la investigación que hice sobre ella todavía abierta. Me digo a mí mismo que es solo para asegurarme de que esté a salvo, pero eso es mentira. Estoy obsesionado, y está empeorando día a día. Ella me persigue como ninguna mujer lo ha hecho antes.

Mi cuerpo responde con solo pensar en ella—Sloane Carter, con su familia perfecta y esos ojos que ven demasiado. No puedo dejar de imaginar cómo se sentiría debajo de mí, cómo sabría, cómo sonaría cuando se quiebre. El deseo es un dolor físico, una distracción que no puedo permitirme con los Callahan al acecho. Pero sigo volviendo a su calle, a su apartamento, a la peligrosa posibilidad de ella.

Podría tener a cualquier mujer que quisiera. Entonces, ¿por qué estoy sentado en un auto helado, vigilando a una chica que saldría corriendo y gritando si supiera lo que realmente soy? Sea lo que sea esto, ya ha ido demasiado lejos. Estoy comprometido. Y para hombres como yo, eso suele ser una sentencia de muerte.

No debería estar aquí. Debería estar supervisando el cargamento que llega por los muelles de Brooklyn, nuestra mayor fuente de ingresos desde que papá negoció derechos exclusivos de importación con los sicilianos hace tres años. Los Callahan matarían por poner sus manos en esas líneas de suministro. Literalmente. Por eso la tregua se ha mantenido durante casi una década—destrucción mutua si cualquiera de las familias se mueve contra las operaciones principales de la otra.

Veinte años de rencores entre nuestras familias, temporalmente pausados por un acuerdo comercial que nos beneficia a ambos. El ring de peleas se suponía que era terreno neutral, un símbolo de cooperación. Ahora, con dinero desapareciendo, todas esas viejas heridas están a punto de reabrirse.

Golpeo suavemente el volante y escucho los murmullos de la ciudad a mi alrededor: pasos distantes, el ladrido ocasional de un perro, todos sonidos que parecen entender que deben evitar este vecindario. Debería estar concentrándome en mantenerme alerta ante cualquier problema, pero mis pensamientos siguen volviendo a ella.

Ella se aferra a mis pensamientos, testaruda como siempre. Sloane. Su nombre está clavado en mi cabeza como si se hubiera vuelto parte de mí. No puedo quitármela de encima, aunque realmente no es mi tipo habitual. Hubo algo en la manera en que me miró aquella primera vez en el callejón, cuando huía de la escena del asesinato de su amiga, sus ojos encendidos con lágrimas no derramadas, furia salvaje y una exigencia de respuestas que yo no tenía. Su rostro arde en mi memoria.

¿Por qué no puedo simplemente alejarme?

He mantenido distancia de todos durante años. Es más fácil así. Más seguro. El apellido Rosetti es suficiente para hacer que la gente se estremezca, para que crucen la calle cuando me ven venir. Y así me gusta. No estoy destinado a estar cerca de personas como ella. Personas con futuros, con manos limpias y grandes planes.

Pero por ella, rompo todas mis reglas. Paso en auto frente a su apartamento, memorizo su horario y sé el momento exacto en que

apaga la luz cada noche. Es una adicción que nunca pedí y que no puedo quitarme.

No tiene sentido: Sloane Carter, con su familia perfecta. Un ex policía como padre, una madre ama de casa casi santa, hermanos con trabajos respetables, y una hermana enfermera, por Dios. Todo parece demasiado inmaculado en comparación con la intensidad en sus ojos aquel día. Y quizás es exactamente por eso que se queda en mi mente.

Todos los hechos dicen que es una chica normal con un pasado normal. Una niña a quien una vez culparon de matar a su perro, con sus padres arreglando las cosas. Solo otra familia rica limpiando un pequeño desastre. Elegante, privilegiada, pero entonces, ¿por qué está enredada en un caso de asesinato? Esa pregunta da vueltas en mi cabeza, junto con la más grande: ¿por qué me importa tanto?

No solía ser así. Estaba contento en mi aislamiento. Contento de hacer mi trabajo, de mantener a los Rosetti en la cima, de existir en ese espacio entre el respeto y el miedo. Antes de que Sloane irrumpiera en mi vida, decidida a encontrar respuestas sobre el asesinato de su amiga, incluso si eso significaba ponerse en peligro.

Recuerdo a Alisa, hace años. La forma en que me miraba con esa misma determinación feroz, la forma en que pensaba que podía salvarme, cambiarme. Recuerdo cómo terminó eso—con ella en lágrimas, con las amenazas susurradas de su padre, con la clara comprensión de que alguien como yo no obtiene un final feliz. Que no estoy hecho para relaciones normales.

Perdí a Alisa cuando vio lo que realmente soy. Cuando vio la sangre en mis manos que ninguna cantidad de frotado podía eliminar.

Pero Sloane... algo me dice que ella podría ser diferente. Cuando la atrapé después de que huyó de la escena del crimen, había algo en sus ojos que no había visto antes. No solo miedo, sino determinación. Fuego. Solo pensarlo hace que mi sangre arda.

Dejo el teléfono a un lado y me recuesto en el asiento. El aire frío se cuela por la ventana, manteniéndome despierto incluso mientras muerde mi piel. Es febrero, y por supuesto, la calefacción está descompuesta. La arreglaré mañana.

Respiro sobre mis manos y observo cómo una leve niebla se desliza por el vidrio. Ella ha estado adentro por más de veinte minutos, y la calle permanece tranquila. Mis ojos se ajustan a la oscuridad, rastreando las formas cambiantes en el estacionamiento mientras la voz de Sloane hace eco en mi mente. Todavía recuerdo nuestro breve encuentro, cómo huyó de mí aterrorizada esa noche, cómo se veía cuando la alcancé. Estaba enojada, sí, pero también perdida y quebrada. Tal vez no puedo sacarla de mi cabeza porque estoy demasiado concentrado en tratar de reparar lo que veo como roto.

Me acomodo en el asiento, reclinando la cabeza mientras su nombre rebota en mis pensamientos. Aprieto la mandíbula mientras mi imaginación vuela con pensamientos sobre ella. Cómo sería si viniera a mí voluntariamente, sin miedo. Cómo sería tocarla. Antes de darme cuenta, mi mano se desliza hacia mi cinturón, mis jeans se desplazan a un lado inconscientemente.

En ese momento privado, su imagen se agudiza: esa chica bonita y rica enredada en sentimientos que no puede controlar del todo, sus piernas largas y jeans ajustados prometiendo más de lo que deberían. Todavía puedo escuchar su voz marcada con una delicada agudeza, sus ardientes ojos verdes y la suave curva de su cuerpo.

Dejo que mis pensamientos vaguen, imaginando cómo se sentiría ceder a lo que ella me hace, permitirme tenerla, permitirme deslizarme dentro de ella, viendo sus ojos encontrar un nuevo enfoque más allá del dolor que parece mantenerla tan malditamente atrapada.

Y algo más. Algo un poco más egoísta que solo su liberación. Algo que es solo sobre mí. Imagino cómo se sentiría reclamar a esa chica bonita, privilegiada y recatada. Arrancarla de esa vida perfecta a la que se aferra, mostrarle cosas que una chica como ella nunca debería ver, hacerla mía.

Me muevo en el asiento, mi espalda arqueándose contra el cuero rígido mientras dejo que mi mente avance con eso. Me apoyo en la puerta, dejando que el borde áspero de mi cinturón se clave en mi piel, aportando un poco de agudeza a la brumosa niebla de deseo que me envuelve tan fuerte. La imagino con sus manos en mi pecho,

atrayéndome, manteniéndome allí como si no fuera más que un escudo contra el mundo perfecto que ella no quiere. Me imagino sus dedos, suaves al principio, luego más firmes, encontrando su agarre. Mi propia mano me rodea con ese mismo agarre, y acaricio y acaricio hasta que termino.

Mi respiración se vuelve entrecortada en el aire fresco de la noche. Me siento como un completo degenerado, atrapado en un momento de placer egoísta mientras ella ha estado claramente sufriendo. Pero eso no me impide desearla. Me subo la cremallera de los jeans y rápidamente me limpio la mano con una servilleta vieja de la guantera. Imagino que ella me vería como un monstruo, el tipo de problema del que su familia perfecta le advertiría que se alejara. Después de todo, ella es hija de una familia perfecta, y yo soy un Rosetti con demasiadas complicaciones.

Por eso no debería involucrarme. El pensamiento viene sin ser invitado, duro en su claridad. No estoy hecho para esto, para toques suaves y palabras dulces. Estoy hecho para la violencia, para la intimidación, para las sombras. No para una mujer que estudia psicología y todavía cree en la justicia.

La última mujer que supo lo que yo era, que realmente lo supo, me miró como si fuera una mancha que no podía quitar. Como si estuviera enfermo. Alisa también había sido curiosa al principio. Fascinada por el peligro, por el borde de violencia siempre hirviendo bajo mi piel. Hasta que lo vio de primera mano. Hasta que me vio mandar a un hombre al hospital por faltarle el respeto a mi hermana.

Sloane puede pensar que quiere esto, que me quiere a mí, pero no sabe lo que eso significa. No sabe sobre la sangre y los cuerpos y las pesadillas que vienen con ellos.

Y sin embargo, algo me dice que ella entendería. Que miraría la oscuridad en mí y no retrocedería. Que tal vez, solo tal vez, ella tiene su propia oscuridad que llama a la mía.

Vuelvo a revisar la hora y me enfoco nuevamente en su edificio. La calle permanece silenciosa, vacía bajo el cielo nocturno. Debería estar pensando en el trabajo, en toda la mierda que está pasando en

el ring de peleas, pero sin importar qué, ella sigue ahí en mi mente, al frente y en el centro, mezclando cada pensamiento que tengo.

Te estás ablandando, Rosetti. Es la voz de Dom en mi cabeza, advirtiéndome, recordándome quién soy. Quién debo ser.

Pero mientras miro fijamente la ventana de su apartamento, observando cualquier señal de movimiento, sé que ya es demasiado tarde. Algo acerca de Sloane Carter se ha metido dentro de mí, bajo mi piel, como una astilla que no puedo quitar. Y lo peor es que no estoy seguro de querer hacerlo.

Ella merece algo mejor que yo. Mejor que esta vida, estas manos, este legado. Y sin embargo, la parte egoísta de mí, la parte que siempre ha tomado lo que quiere, se pregunta si yo podría ser suficiente. Si podría mantenerla a salvo en mi mundo sin destruir lo que la hace tan malditamente brillante.

No es probable. Las personas como yo no obtienen finales felices. Obtenemos sangre y pesadillas y vigilancias solitarias en autos fríos.

Y aun así, me quedo. Observando su ventana, contando los minutos, asegurándome de que esté a salvo. Asegurándome de que siga ahí. Me digo a mí mismo que es para su protección, pero sé que es tanto por mí como por ella. Necesito que esté a salvo. Necesito que exista en este mundo, incluso si nunca puedo tenerla.

Porque sea lo que sea esto—obsesión, protección, algo más oscuro que no quiero nombrar—no puedo alejarme. No todavía.

10

Sloane

Han pasado días desde que me alejé de Rafe en el ring de peleas, y su negativa a ayudarme todavía me duele. —No puedo hacer esto —había dicho, descartándome a mí y a mi búsqueda de respuestas sobre la muerte de Maddy. Bien. Si el poderoso Rafaele Rosetti no quiere ayudarme, encontraré la verdad yo misma. Por eso estoy aquí, parada afuera de este bar de mala muerte en la peor parte de la ciudad, con el corazón golpeándome contra las costillas. Sé que es peligroso, exactamente de lo que Rafe me advirtió, pero me he quedado sin opciones. Respiro profundamente y empujo la puerta para abrirla.

El olor me golpea primero, como si todo Brooklyn hubiera sido metido a la fuerza en una habitación sucia. Es sudor y humo, y ya soy un cenicero ambulante. Tengo que hacer esto rápido. Encontrar a alguien que sepa en qué se metió Maddy antes de que la mataran. Alguien que sepa por qué. Está más oscuro que el interior de una conciencia culpable, así que entrecierro los ojos hacia la barra. Todo aquí es pegajoso: los pisos, los taburetes, incluso las miradas de los hombres alineados como depredadores. Me ajusto la chaqueta y pido una bebida, cualquier cosa para parecer que pertenezco aquí.

—¿Corona? —graznó—. ¿Por favor?

El cantinero me examina con una mirada que grita "carne fresca" antes de golpear la botella frente a mí. Me acomodo en un taburete

y observo a la multitud. No es reconfortante. Hombres grandes con malos tatuajes y peores actitudes llenan el lugar. Un tipo en una mesa de la esquina tiene un cuchillo afuera, clavándolo distraídamente entre sus dedos. Me pregunto si me lo prestaría por un minuto. Solo hasta que termine aquí.

Los Callahans dirigen este lugar. Me tomó algunos días investigando los bares irlandeses más sórdidos de Nueva York para descubrirlo, y me felicito por haber avanzado. Maddy tenía alguna conexión con los Callahans, una que necesito conocer si voy a averiguar por qué está muerta. Mi confianza se deshace tan rápido como la etiqueta de mi cerveza. Esa que dice IMPORTADA DE MÉXICO pero se siente tan auténtica como yo me siento ahora mismo.

El cantinero sigue observándome. Si todo este asunto de la psicología no funciona, tal vez me dedique a la actuación. Claro. Porque definitivamente estoy engañando a todos.

La puerta principal se abre, y me encojo, esperando, medio esperando ver a Rafaele Rosetti. Pero por supuesto que no es él. Dejó muy claro que no tiene intención de ayudarme, y que estoy por mi cuenta. Bien, así es como opero mejor de todos modos.

En cambio, es un tipo con chaqueta de cuero, todo ángulos amenazantes y pelo grasiento, y se dirige hacia mí. Definitivamente no está en mi lista de tarjetas navideñas. Se abre paso entre la multitud, con los ojos fijos en mí como si fuera su propio blanco personal. Mi pulso se acelera cuando se acerca. Parece problemas, del tipo que no tiene problema en lidiar con forasteros. Mi mente comienza a dar vueltas, preguntándome qué voy a decir exactamente cuando llegue a mí.

¿Y quién más podría aparecer si digo algo incorrecto?

Los hombres a su alrededor se apartan como si él fuera Moisés y ellos el Mar Rojo, todos igual de rudos, pero ninguno con el mismo aire de amenaza. Ya casi está aquí. No tiene sentido fingir que no lo veo, así que dejo mi bebida y trato de no encogerme cuando se detiene frente a mí.

—¿Estás perdida? —pregunta, cernido sobre mí como una nube de tormenta.

—Estoy buscando a una amiga —digo—. Madeleine Torres? Maddy.

Estudio su rostro, esperando, cuando veo un destello en sus ojos. Un relámpago tan rápido que casi lo pierdo, pero está ahí. La conoce. Sabe exactamente quién es ella. Pero más importante aún, sabe en qué andaba ella metida con los Callahans. Se recupera rápido, sus ojos volviendo a endurecerse mientras me examina como si estuviera decidiendo si valgo la molestia. Contengo la respiración. Por un momento, creo que podría realmente responder. Luego resopla. Un sonido que es casi una risa.

—¿Eres policía o algo así? —pregunta. Se acerca más, voz baja, toda amenaza ahora. Prácticamente puedo saborear el peligro—. Sal ahora. No tienes nada que hacer aquí.

El ruido del bar se desvanece. Todo lo que puedo escuchar es la sangre latiendo en mis oídos.

—Quizás estaba trabajando con alguien —digo, insistiendo—. ¿Con los Callahans?

Aprieto los dientes para evitar que mi voz tiemble, sabiendo que si muestro miedo, estoy perdida.

Observo su rostro, rogando por otra señal. Cualquier cosa. A nuestro alrededor, la habitación rebosa de hombres que parecen preferir romperme una botella en la cabeza que responder una sola pregunta.

—Maddy está muerta, cariño —finalmente dice, como si estuviera escogiendo cada palabra para lastimar. Toma un trago de mi cerveza y sonríe con suficiencia—. Mejor que como estarás tú si sigues haciendo preguntas.

Trato de mantener mi voz firme. —¿Qué estaba haciendo para los Callahans? ¿Qué sabes de ella?

Sonríe. Es una sonrisa malvada y torcida. —Mucho. Nada que quieras oír.

Su mano está en mi brazo, apretada, cerrándose alrededor de mi muñeca.

—Suéltame —digo, tirando hacia atrás. No es muy convincente, y aún menos exitoso.

Me arrastra de mi taburete hacia la parte trasera del salón, moviéndose rápidamente a través de la multitud. Estoy luchando por

mantenerme en pie, tambaleándome sobre mis tacones puntiagudos y tratando de mantener el equilibrio.

—¿Adónde me llevas?

Sonríe con desprecio. —Solo afuera para una conversación personal. Tu amiga también metió su nariz en los asuntos de los Callahan —dice el hombre, como si estuviéramos teniendo una charla amistosa—. Pregúntame bien bonito, y tal vez te diga por qué la mataron.

—Dímelo aquí —digo.

—No. —Me jala—. Conversación privada.

Estamos en la parte de atrás del salón, justo al lado de los baños. Una puerta con una calcomanía de pistola, y otra con un beso de lápiz labial rosa. De él y de ella, supongo.

El hombre me golpea contra la pared. El dolor me atraviesa, y mi visión se nubla en los bordes. ¿Cómo me metí en esto? Mi mente corre tan rápido como mi pulso, y mis piernas se sienten como espagueti. Es más fuerte de lo que esperaba, y estoy empezando a pensar que esto fue una muy mala idea. Debería haber esperado, tal vez venir con Lucas. Pero esperar significa no hacer nada, y no hacer nada nunca llevó a nadie a ninguna parte.

Trato de concentrarme. Su agarre se mueve más abajo. Su mano llega debajo de mi camisa, en cámara lenta, su palma sudorosa recorriendo mi cadera. Todo se vuelve blanco de rabia.

Lucho por liberarme, imaginando a Maddy, cómo estos podrían haber sido sus últimos momentos también. De ninguna manera voy a dejar que eso suceda. Mi muñeca todavía está atrapada en su mano como una prensa, y jadeo cuando me jala más cerca, la brusquedad de su movimiento sacudiendo mis dientes. Estoy metida en algo que me supera, hundiéndome rápido, pero me niego a ahogarme.

Necesito un plan, alguna salida, pero mis opciones se están reduciendo tan rápido como mi respiración. Aprieto los dientes. Debería haber traído respaldo. Ahora voy a terminar como un contorno de tiza, y la única culpable soy yo.

—¿Qué estás haciendo? —grito, mi voz quebrándose. Estoy abrumada y desesperada, pero no dejaré que él lo note—.

¡Suéltame!

—¿Qué crees, cariño? —Se cierne sobre mí, cada palabra rezumando amenaza y colonia barata—. A Callahan no le gusta la compañía. No le gustan las chicas entrometidas husmeando.

Ya pasamos los baños, acercándonos a la salida del callejón. Me estoy quedando sin tiempo, sin pajas a las que aferrarme. Me retuerzo, tratando de liberarme, tratando de pensar rápido.

Él corta mis rutas de escape, una por una.

Planto mi pie y tiro hacia atrás con toda la fuerza que mis brazos de fideo pueden reunir.

Se ríe, como si esto fuera un juego que estamos jugando. Luego está sobre mí otra vez, sujetando mis muñecas para que no pueda moverme. El pánico me grita que haga algo, cualquier cosa, cuando de repente él es quien está contra la pared.

Rafe lo tiene por la garganta. Sucede tan rápido que casi me lo pierdo, en un segundo estoy a punto de convertirme en fertilizante y al siguiente este furioso ángel vengador está gruñendo a mi atacante, empujándolo con fuerza contra la pared de hormigón.

El tipo está balbuceando, con los ojos desorbitados, completamente tomado por sorpresa. Yo también lo estoy. Me había convencido de que Rafe no quería tener nada que ver conmigo, que me estaba dejando caer de bruces, o que me destrozaran la cara.

El tipo pierde su agarre en mi brazo, pero Rafe no pierde el suyo sobre él. Ni por un segundo. Aprieta su tráquea como una pajita de refresco, y el tipo parece aterrorizado. No lo culpo. Me siento bastante aterrorizada también, pero no dejaré que eso se note.

—Tócala otra vez —dice Rafe, su voz tranquila—. Te reto, maldita sea.

Mi corazón se detiene. Todo se detiene.

El hombre no tiene oportunidad de responder antes de que Rafe lo patee al suelo.

Entonces tiene su pistola fuera y apuntando a todo el bar. Ahora todos están muy interesados en sus bebidas. Un par de ellos se levantan, como si fueran a hacer algo, pero Rafe no parece preocupado.

—Si ella entra aquí, le muestran respeto —dice Rafe—. Si respira cerca de ustedes, cierran sus malditas bocas. Si la vuelven a ver, mejor que recen que sea conmigo.

Nadie habla. Nadie se mueve. Me saca de allí como si yo fuera lo próximo que va a matar. Su agarre en mi codo es de hierro, y estoy tambaleándome y rezando por equilibrio mientras lo persigo, teniendo una fuerte sensación de déjà vu.

Afuera, tropiezo en el frío mordiente, y mis piernas son gelatina. Tiemblo incontrolablemente, mitad por miedo, mitad por alivio. Gracias a dios que apareció. Me desplomo contra la pared, luchando por recuperar el aliento mientras Rafe observa como si estuviera a punto de explotar. Encuentro sus ojos, y la ira se enciende por encima de mi vergüenza. Me siento pequeña. Expuesta. Pero sobre todo confundida.

—Dijiste que no me ayudarías —digo.

Sale pequeño, avergonzado.

—Cambié de opinión.

Me mira furioso, voz baja y furiosa. Su agarre en mi brazo es más apretado que un constrictor.

—¿En qué demonios estabas pensando? —pregunta.

Estoy tratando de mantenerme firme, pero se siente como arena bajo mis pies.

—Me estabas siguiendo —digo.

Incluso yo puedo oír lo patético que suena. Mi propia voz me traiciona, delgada y temblorosa en el aire nocturno.

—Sí, y es una suerte para ti —responde bruscamente—. ¿Qué hacías en ese pozo de los Callahan?

—Buscando respuestas —digo, tratando de sonar más fuerte de lo que me siento—. Supuse que era obvio.

Rafe resopla, y es como una ráfaga de viento golpeándome directamente en el pecho.

—Desde fuera, es difícil saber si quieres averiguar quién mató a tu amiga o si quieres unirte a ella —dice—. Si no hubiera aparecido, estarías tirada en un callejón en algún lugar.

Sus palabras son afiladas, cada una una daga. Sus ojos destellan como hielo al sol, fríos y cortantes. Sacude la cabeza, incrédulo.

Presiono mis labios, tratando de no mostrar que me está afectando.

—No necesito un guardaespaldas —digo—. He estado bien por mi cuenta.

—¿Así es como llamas a casi hacer que te maten? —Su voz es como un gruñido—. ¿Tienes deseos de morir o algo así?

—No sería la primera vez —respondo, mi frustración desbordándose—. He estado sola desde siempre, Rafe. Puedo manejarlo.

—Ya no más —ladra, cortándome—. De ahora en adelante, no vas a ninguna parte sin mí. Si quieres justicia, la consigues a través de mí. Hacemos esto a mi manera.

Las palabras cuelgan pesadamente entre nosotros. Está tan seguro de sí mismo, de todo, y odio que pueda tener razón. La desesperación araña mi interior, pero también la ira. No va a controlarme así. No voy a permitírselo.

—¿Tu manera? —digo, prácticamente gritando.

Me detengo en seco. Estoy furiosa y temblando. Él da un paso, quizás dos, y estoy enjaulada entre él y la pared de un edificio sucio. Es un latido antes de que añada: —Ya no caminas sola. Ya no hablas con hombres como ese. Ni siquiera respiras sin que yo lo sepa.

Se inclina, el calor de su cuerpo envolviéndome, y de repente me estoy ahogando en él. Está tan cerca que puedo sentir su sangre pulsando en su cuello, y mi propio pulso lo imita, frenético y esperanzado. Está cerrando el espacio entre nosotros, acercándose como si realmente fuera a besarme, pero no sé si quiero eso o si quiero empujarlo lejos. Creo que podría estar temblando, pero no puedo decir si es el frío, la adrenalina, o simplemente él.

Se detiene en seco, y su aliento llega caliente y constante contra mis labios. Aspiro aire que sabe a whisky y a ira, pero no me atrevo a moverme. Ni siquiera parpadeo. Apenas puedo respirar, y él simplemente se cierne allí, tan malditamente seguro de sí mismo, tan malditamente seguro de mí.

Levanta su mano, y es el movimiento más lento y deliberado del mundo. Como si tuviera todo el tiempo para saborear lo desequilibrada que estoy. Como si esto fuera otro tipo de pelea que

está ganando, y estoy demasiado aturdida para siquiera defenderme.

Su pulgar roza mi mejilla, suave, y envía ondas de choque hasta la punta de mis dedos. Limpia una mancha de sangre que ni siquiera sabía que estaba allí, y por un momento olvido cómo pensar, cómo respirar, cómo ser.

El pulgar de Rafe se demora, y estoy dividida entre desear que se quede para siempre y desear que simplemente retroceda.

El toque todavía está cálido en mi piel cuando finalmente se aleja.

—La próxima vez que vayas a un lugar como este sin mí, no me detendré en amenazas.

Y así, sin más, tiene mi mano en la suya y me está arrastrando por la nieve.

11

Rafaele

Todavía puedo oír el crujido del cartílago bajo mi puño cuando entramos al apartamento de Sloane. Las llaves suenan como huesos en su mano. El viento de Nueva York nos sigue, persiguiendo el frío de febrero a través de la puerta. Ella la cierra de golpe, excluyéndome también, esforzándose demasiado por aparentar que está bien. No engaña a nadie.

El lugar es como ella: ordenado, pequeño, mal asegurado. Empiezo a hacer lo que siempre hago, circular, revisar los cerrojos de las ventanas. Ella me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿También vas a revisar debajo de la cama?

Su voz es toda irritación con un toque de miedo residual. Está provocándome.

—Si creo que alguien podría estar ahí debajo, sí.

Suspira y se deja caer en un sofá rojo desgastado. Se hunde en el medio como si lo hubiera tenido demasiado tiempo y nunca se hubiera molestado en arreglarlo. Una manta está doblada pulcramente en un extremo. La atrae hacia su regazo, trazando los bordes con sus dedos, y puedo ver que está tratando de mantener la compostura.

—No es una fortaleza Rosetti, pero está bien, ¿de acuerdo?

No lo está. Ni de cerca. Me detengo junto a la ventana, la que da a la escalera de incendios, y muevo el cerrojo de un lado a otro para

probarlo. Ella gruñe como si la estuviera torturando.

—Tenías razón sobre Callahan —dice mientras continúo mi revisión del perímetro—. Maddy realmente estaba involucrada con él de alguna manera.

Dejo de moverme, observándola.

—Sí. Tenía razón.

Hay un destello de algo en sus ojos, gratitud quizás, pero desaparece en un parpadeo.

—Puedo manejar esto, Rafe. No soy una damisela en apuros.

Gruño, me encojo de hombros. Ambos sabemos que es una mentira.

—Bien, porque yo no soy un maldito caballero.

La calefacción se enciende, traqueteando como si todo el lugar estuviera a punto de desmoronarse. Huele a polvo y a tostadas quemadas. Finalmente me siento junto a ella, dejando un espacio de tela roja entre nosotros como si estuviera tratando de no contagiarme de algo. Su cara está sonrojada por el frío y por el caos de la noche, y noto que está acunando su muñeca.

La manga de su chaqueta está manchada de sangre. Debajo se extiende una piel moteada y enojada, toda negra y púrpura, expandiéndose como aceite en el agua. Me levanto de nuevo, porque es lo único que sé hacer, y me dirijo a la cocina.

—Estoy bien, Rafe. En serio.

Abro el congelador, ignorándola, y lanzo una bolsa de chícharos a su regazo. Ella la mira, sorprendida, y luego me lanza una sonrisa torcida.

—Para alguien que afirma no preocuparse, se te da bastante bien esto.

—Cállate y ponle hielo.

La miro fijamente, el silencio presiona, las palabras atrapadas en mi boca. No me gusta cómo se sienten, así que simplemente las escupo:

—He estado investigando a Maddy.

Los ojos de Sloane se agrandan. Se endereza, casi demasiado rápido, y los chícharos se deslizan de su regazo, evitando por poco el

suelo. Una parte de mí quiere reír, pero no hay nada gracioso en esto.

—Pensé que estabas fuera de todo esto hasta, como, hace treinta minutos —suelta mientras se inclina para recuperar la bolsa congelada.

—¿Quieres la información o no, Sloane?

Me separo de la pared y cruzo los brazos.

—Dímelo.

Su voz es aguda, urgente, como si temiera que me detuviera.

Le doy lo que está pidiendo.

—Descubrí con quién salía Maddy.

Se queda inmóvil, con la respiración atrapada en la garganta. No creo que siquiera esté parpadeando.

—No te atrevas a dejar de hablar ahora, Rosetti.

—Ethan Reyes —digo, dejando que su nombre quede suspendido pesadamente en el aire.

Su aliento sale en un jadeo fuerte e irregular. El apartamento se siente aún más pequeño, las paredes se cierran con el peso de lo que acaba de escuchar.

—Maddy nunca me dijo que estaba saliendo con alguien. Y mucho menos con un... un...

Lucha por encontrar la palabra, como si no pudiera obligarse a decirla.

—Puede que ella no supiera mucho —le digo—. Reyes guardaba secretos.

—¿Cómo lo sabes?

Hay un borde salvaje y desesperado en sus ojos. Está tambaleándose sobre alguna esperanza irregular, aferrándose a ella como a un salvavidas.

—Porque es mi maldito trabajo saberlo.

Hay un momento de silencio, luego la calefacción golpeando, el viento aullando contra las ventanas. Sloane me mira, con la boca abierta como si estuviera a punto de hablar, pero nada sale. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—Ethan... —Dice el nombre como si fuera una palabra extranjera que no está segura de querer aprender—. ¿Estaba con Callahan?

—Está con los Red Hooks —digo—. Hace mierdas de bajo nivel para Callahan. Lo suficiente para hacerlo peligroso.

Los ojos de Sloane se agrandan, y la conmoción en ellos la hace parecer más joven. Exhala de repente y ruidosamente, mirándome como si acabara de lanzarle agua fría.

—¿Estaba saliendo con un miembro de una pandilla? ¿Un criminal de verdad?

Su voz tiembla. Puedo decir que no está haciendo una pregunta tanto como tratando de darle sentido. Es la peor combinación posible en su mente: Maddy y un criminal.

Las palabras me golpean como un puñetazo, más afiladas de lo que deberían ser.

Soy un jodido criminal, no hay nada malo en eso. El mejor trabajo del mundo.

Pero no uno que pertenezca cerca de Sloane, o cerca de la vida que ella piensa que quiere.

—Sí —logro escupir, cambiando mi peso, descruzando los brazos.

Ella niega lentamente con la cabeza, como si no pudiera asimilarlo del todo. Como si repetirlo varias veces pudiera hacer que tuviera sentido.

Su boca trabaja, sin que salga ningún sonido.

—Ethan —dice finalmente—. ¿Ethan fue quien... quien la mató?

Me separo de la pared y cruzo hasta el sofá, sentándome a su lado, pero sin tocarla.

—No lo sé —digo—. Pero Reyes es el único vínculo que tenemos entre Maddy y los Callahan, así que diría que es un maldito buen lugar para empezar.

Ella me mira, con una chispa de determinación en su rostro.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

Está al borde de lanzarse a la acción, malditas sean las consecuencias. Casi quiero decirle que vaya con calma, pero no es algo que pueda hacer sin atarme mis propias manos.

—Lo hice seguir —digo en su lugar—. Pasa mucho tiempo en Queens, un edificio de mierda que parece que Dios le cagó encima. Calle Bloom.

—No puedo creer que Maddy me ocultara esto —susurra finalmente Sloane, con la voz quebrada.

Es como si solo creyera en lo que puede resolver, un problema o un rompecabezas, y este la tiene desconcertada. Niega con la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Probablemente pensó que te estaba protegiendo.

Ella aprieta la bolsa con más fuerza, y me sorprende que la cosa no explote. Aparto la mirada, tratando de darle algo de privacidad en un lugar demasiado estrecho para contenerla. Me concentro en los detalles, en cambio: la pila de libros de texto en la mesa de café, la taza amarilla brillante dejada en el mostrador, los marcos de fotos abarrotados de caras que no reconozco. Un montón de plantas en macetas medio muertas.

Se pasa una mano por el pelo, dejándolo salvaje.

—¿Así que realmente me estás ayudando ahora? —dice.

Es una pregunta simple, pero siento el peso de ella presionando. Lo que hice esta noche, ponerme de su lado, hacer enojar a los Callahan, rompió las reglas que había establecido para mantenernos a ambos enteros. Me excluí de su lío por una razón, y ahora estoy de vuelta.

Ella me mira, esperando, y hay más en sus ojos de lo que puedo manejar. Más que expectativa. Algo como confianza que aún no ha sido aplastada. No quiero ser yo quien lo haga. No esta vez.

Me vuelvo para mirarla, observando cómo se tensa la piel entre sus cejas, y cuando respondo, las palabras rasgan al salir, la honestidad extraña en mi lengua.

—Debería haberte ayudado en el segundo en que entraste en mi mundo.

Ella toma una respiración aguda. Sus ojos se vuelven más brillantes, más amplios.

—Tú... —dice, deteniéndose mientras me mira como si fuera una persona diferente.

Sus dedos juguetean con el borde de la manta. Puedo ver la esperanza creciendo en ella, llenándola. Es intensa, casi abrumadora, y no puedo decir si está feliz o asustada o ambas.

—Todos pensaron que solo estaba haciendo ruido —dice—. Lamentándome mal. No me creyeron. Pero tú... Tú realmente lo investigaste.

Ella es diferente ahora, como si alguien hubiera activado un interruptor y la hubiera encendido.

Extiendo la mano, tomo su muñeca buena con suavidad—. Alguien tiene que asegurarse de que no te mates.

Su boca se curva hacia arriba—. Nadie te había clasificado como el tipo que se preocupa, Rosetti —Inclina la cabeza y me mira con esos ojos verdes penetrantes—. ¿Qué cambió?

—Eres una pesada —digo—. Pero supongo que estoy empezando a disfrutar tenerte cerca.

Ella se ríe, breve y real. El tipo de sonido que no he escuchado en años.

—El hermano de Maddy, Lucas —dice, como si estuviera abriendo una nueva página en una historia—. Hablé con él sobre todo esto. Él quiere ayudar. Él piensa...

—¿Confías en él? —interrumpí, las palabras saliendo afiladas, porque la confianza en este negocio es algo cargado.

Ella asiente, y el movimiento es firme, confiado, sin un rastro de duda.

—Lo conozco desde siempre —dice—. Probablemente es la única persona que ama a Maddy tanto como yo. Amaba.

La palabra pesa, y su voz baja mientras intenta reorganizar el pasado en algo que tenga sentido.

Demasiadas personas, demasiadas variables. Solo hace falta un movimiento equivocado para que todo se vaya a la mierda, y cuantas más personas hay, más arriesgado se vuelve, especialmente si son un cañón suelto sin experiencia.

Niego con la cabeza.

—No me gusta —digo—. Dile que está fuera. No necesito a un hermano inútil jodiendo esto para nosotros.

Ella se pone rígida, y el cambio es instantáneo, como accionar un interruptor.

—Esta es mi investigación, Rafe. Agradezco que me ayudes y, honestamente, probablemente no podría hacerlo sin ti, pero eso no

significa que puedas irrumpir y tomar el control —dice, sus palabras rápidas y feroces—. Lucas está en el equipo, y eso es definitivo. Sin discusión.

Me mira por un largo tiempo, su mirada nunca vacilante, desafiándome a pelear con ella sobre esto. El hecho es que ya me he hecho cargo. Pero ella no necesita otra pelea ahora, no cuando apenas ha salido a respirar de ese idiota en el bar. He presionado demasiado, y ya puedo verla aferrándose. He vivido bajo mis reglas durante tanto tiempo, que casi olvidé lo que es dejar que alguien más tenga voz y voto.

—Bien —digo, la palabra desgarrándose—. Pero no vayas a medio cocinar sin mí.

Ella sonríe, triunfante, y sé que acabo de perder esta ronda. Se mueve en el sofá, cerrando el espacio rojo entre nosotros.

—Entonces —dice, y su rodilla choca con la mía—. ¿Cuál es el plan?

—Vamos por Ethan. Pero no hasta que yo diga que es seguro —Mantengo su mirada, asegurándome de que me está escuchando—. Necesitas prometerme que no irás tras él por tu cuenta.

Sus ojos se elevan a los míos, un poco molestos, un poco burlones —. Ni lo soñaría.

—Sloane.

—Está bien, está bien, lo prometo. Pero no puedes seguirme a todas partes.

—Pruébame.

Ella pone los ojos en blanco pero parece complacida. Quiero inclinarme hacia adelante y borrarle la sonrisa de la cara con un beso. Quiero inmovilizarla y ver qué otras promesas puedo hacerle cumplir. En cambio, me quedo donde estoy, trabajando con los guantes de cuero en mis manos.

—Siempre y cuando prometas que puedo estar allí cuando lo hagas —dice.

Sonríe, y es el tipo de sonrisa que podría volver loco a un hombre.

Niego con la cabeza, tratando de parecer molesto.

—Lo pensaré.

Caemos en un silencio que no es incómodo ni pesado, y no sé cómo es eso posible con todo a lo que nos enfrentamos. Su mano roza la mía, casual como si no me estuviera afectando. Pero lo está. Más de lo que ella sabe.

Se aleja un poco, de repente pareciendo insegura de sí misma—. Supongo que probablemente deberías irte —Vacila, con una risa nerviosa en su voz—. A menos que quieras quedarte a pasar la noche —Se acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja—. En el sofá, quiero decir.

La observo, absorbiendo cada detalle. El moretón en su muñeca. La sangre en su mejilla. La maldita cosa entera sobre ella, desatando fuegos artificiales en mi cerebro. Estoy tentado. Estoy realmente jodidamente tentado. Debería irme, salir de aquí antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepintamos, pero no puedo dejar de mirar. Se ve sexy salpicada con la sangre de otro. Sentada en su apartamento, dura como clavos y suave como una maldita pluma.

Aparto mi mirada y la dejo caer sobre las cosas en la habitación. Los suelos desgastados, la pila de libros de texto disparejos y las plantas en macetas. El lugar está más habitado que yo. Sé que debería irme, alejarme de esto antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepintamos, pero no puedo.

La observo de nuevo, grabando su imagen en mi cabeza.

Muchos tipos verían a una chica con ropa ensangrentada y pensarían que está fuera de su alcance. Para mí, es una historia diferente. El moretón, la sangre, los chícharos agarrados en su mano, es como si pidiera más problemas de los que ya tiene. Como si estuviera hecha de maldito acero, y yo soy el que se está debilitando.

Ella inclina la cabeza, esperando, y juro que sabe lo que está pasando por mi mente. Debería irme, pero tal vez esta vez no soy lo suficientemente fuerte.

—¿Rafe? —pregunta, el sonido de mi nombre trayéndome de vuelta.

Pero sé lo que es mejor—. Debería irme —le digo.

—Buenas noches, Rafe —dice suavemente.

Su voz me sigue fuera de la puerta, y casi soy lo suficientemente estúpido como para regresar.

En cambio, me siento en mi auto y me acomodo, mirando su ventana. Incluso una fuerza de la naturaleza como Sloane necesita protección.

La nieve comienza a caer de nuevo. Pequeñas motas contra el parabrisas. Veo su luz apagarse a través de la ventana. Debería estar planeando mi próximo movimiento, pero todo en lo que puedo pensar es en la forma en que ella me miró cuando salí. Como si yo fuera la respuesta a cada pregunta que jamás haya hecho.

¿Esto entre nosotros? Va a ser un problema. Y esa es la única cosa que sé que puedo manejar bien.

12

Rafaele

Entro al bar y veo a Dale desplomado en una cabina de vinilo pegajoso. Me abro paso a través de una nube de humo y cerveza derramada, pasando junto a tipos que gritan por encima de la música rock retumbante. Todavía no me ha notado. Dale típico, dejando que el mundo venga a él.

Esquivo a un grupo de borrachos y respiro hondo. El trabajo. Concéntrate en el trabajo. No en Sloane. Es una distracción que no puedo permitirme ahora mismo.

Afuera, la calle está salvaje con el caos del sábado por la noche. El problema de los Callahan necesita toda mi atención. El ring de peleas está perdiendo dinero, y necesito averiguar adónde va. Eso es lo que importa aquí. Por eso llamé a Dale.

De todas formas, ella es completamente inadecuada para mí. Chica inteligente, buen origen, un ex-policía como padre. Apuesto a que lustra su placa todas las noches antes de acostarse y bebe descafeinado hasta vaciar la cafetera. No me llevó mucho tiempo descubrirlo: su viejo es una pequeña leyenda por limpiar una comisaría en Jersey que estaba más sucia que yo.

¿Y ella? Estudiante de posgrado en psicología criminal. Como si estuviera sosteniendo una lupa sobre mí y toda mi vida. Una chica así debería estar huyendo de tipos como yo, no persiguiendo respuestas sobre su amiga muerta. Está metida en algo que le

queda grande, y mantenerme alejado de ella es lo más inteligente para ambos.

Tengo problemas reales que resolver. Dinero desaparecido. Negocios familiares. Los Callahan. No hay tiempo para distracciones, sin importar cuán verdes sean sus ojos o cuán obstinadamente se niegue a mantenerse alejada de los problemas.

Me arrastro de vuelta al momento. El trabajo. Concéntrate en el trabajo.

Doy los últimos pasos hacia la cabina. Dale levanta la mirada y sonríe.

—Rosetti —dice, levantando su cerveza—. Pensé que me habías dejado plantado.

Me deslizo frente a él. El asiento de vinilo cruje bajo mi peso. —No tienes tanta suerte.

La mesera me nota cuando me siento y me trae un shot de whisky. Ni siquiera espero a que se vaya antes de tomármelo de un trago rápido. Es fuerte, quemándome la garganta, justo como me gusta.

—Nunca has sido de cerveza, ¿eh? —Dale arquea una ceja mientras da un sorbo a su propia bebida. Hay un pequeño tono de burla en su voz, como si intentara sonar casual.

—Tampoco bebo agua del Hudson —respondo, dejando el vaso vacío con un golpe seco—. Pero supongo que no estamos aquí para hablar de eso.

Me reclino, observándolo atentamente en busca de cualquier indicio de lo que vendrá después.

Dale no es mala sangre. Lo conozco desde hace tiempo, pero no nos reunimos solo para charlar, y no me gusta perder el tiempo. Sin embargo, no es propio de él llamarme si no tuviera algo importante en mente. No estaría sentado ahí esperándome si esto no fuera nada.

—Te ves serio —añado, cortando a través del ruido del bar.

Sus ojos se entrecierran un poco, como si estuviera tratando de medir mi reacción ante algo grande. Un mechón de ese pelo rubio desaliñado cae sobre su rostro mientras se inclina hacia adelante.

—Creo que alguien está desviando nuestra parte —dice.

Mi mente se acelera. Las familias Callahan y Rosetti unieron fuerzas a mediados del año pasado para abrir un ring de peleas clandestinas. El gimnasio donde entrenábamos de todas formas se ponía sangriento la mayoría de los días, así que simplemente decidimos monetizarlo. Los Rosetti gestionan las peleas, y los Callahan se encargan de las apuestas.

Es un éxito salvaje. La mayoría de las noches, no podrías meter ni un grano más en esa sala, y el efectivo vuela casi tan rápido como el alcohol.

Pero los números no cuadran. Hay un hueco. Una fuga. Hice que uno de mis cerebritos lo calculara, sentado junto al ring observando cada maldita apuesta. Incluso hice que Emilio husmeara en las computadoras de los Callahan, y no podemos encontrar la fuga, pero estoy seguro de que está ahí.

Así que la desaparición del dinero no es una novedad para mí, pero el hecho de que Dale lo sepa sí lo es. Y el hecho de que venga a mí con esto dice que probablemente él no es el tipo detrás de esto.

—¿Crees que es uno de nuestros chicos? —pregunto, tanteando el terreno para ver si sabe más de lo que dice.

Sus ojos entrecerrados se fijan en los míos, y no puedo decir si tiene un nombre o si es solo una de sus corazonadas salvajes con las que espera que yo siga.

—No lo sé —admite después de una pausa, con frustración impregnando su voz.

Me inclino hacia adelante. La luz tenue proyecta sombras en su rostro.

—¿Qué sabes exactamente?

Golpea su botella contra la mesa. La mesa vibra.

—Una tonelada de efectivo simplemente desapareció —dice.

—¿Qué hay de Chase? ¿Lo sabe? —Mi voz baja a un susurro.

Dale se estremece. —Ni hablar. Si le dijera a mi viejo, ya sabes lo que haría. Lo que tu viejo haría. —Hace una pausa—. Sería un baño de sangre. Pensé que podrías ayudarme. Discretamente.

—¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto? —Ya tengo una idea.

—Un par de meses —dice—. Está empeorando.

Doy un sorbo lento.

—¿No puedes hacer que alguien de tu equipo se encargue?

Niega con la cabeza.

—Mi padre me ensartaría por necesitar ayuda. Tengo que demostrar que puedo manejar esto.

Lo estudio. Hay un destello de preocupación detrás de sus ojos.

—¿Estás seguro de que no es tu viejo?

Sacude la cabeza. —Esta vez no. No se arriesgaría con ustedes los Rosetti metidos en esto. Estoy tratando de hacer lo correcto por él. Y por el negocio.

Sonrío con suficiencia. —Crees que te cubriré el trasero solo porque somos compañeros del reformatorio.

—Bueno... —dice.

Casi me río, pero hay algo en su voz, una grieta que guardo para más tarde.

—Bien —le digo—. Digamos que te creo. ¿Piensas que es uno de nuestros chicos?

—Podría ser cualquiera. —Me mira a los ojos—. Nos conocemos desde hace mucho. ¿En quién más puedo confiar?

Me encojo de hombros. —Otro de tus líos. Estoy acostumbrado a ellos.

Sonríe a medias. —Sigues siendo un bastardo, pero al menos escuchas.

El silencio se extiende.

Considero preguntarle sobre Maddy Torres. Me reclino en mi asiento y cruzo los brazos, observando a Dale detenidamente mientras reflexiono sobre el riesgo.

Sloane ha estado husmeando, buscando respuestas sobre quién mató a su amiga. Tiene teorías sobre pandillas rivales y novios secretos. Lo único que sabemos con certeza es que los Callahan ordenaron el golpe. Podría preguntarle a Dale qué sabe, ver si ha escuchado algo que pueda ayudar, pero el peligro es real. Él está en lo alto, tal vez incluso segundo al mando. Si detecta la conexión de Sloane con esto, que ha estado indagando donde está involucrada la familia Callahan, podría terminar mal para ella.

Si le llegara a Chase Callahan el rumor de que alguna chica anda fisgoneando... He visto lo que les pasa a las personas que se interponen en su camino. Rápido y brutal. Fin de la historia.

Mejor mantener la boca cerrada por ahora. Conseguir la información que pueda sobre el dinero desaparecido, resolver nuestro problema inmediato. Sloane tendrá que manejar su propio lío, preferiblemente desde una distancia segura.

Entonces él se levanta, poniéndose su chaqueta de cuero.

—Gracias por no golpearme, Rosetti. Estaré esperando tu llamada.

Antes de que pueda responder, se funde con la multitud. Lo veo irse, sabiendo que está limpio pero preguntándome por su viejo.

Una sombra cae sobre la mesa, y miro hacia arriba. Es una visión, rubia, de piernas largas, toda curvas y una sonrisa que podría tragarme entero. El tipo de mujer de la que normalmente no me alejo.

—¿Eres Rafe Rosetti? —pregunta, inclinándose lo suficientemente cerca como para oler su perfume.

Esta vez, es diferente. Niego con la cabeza. —No estoy interesado.

Se desliza en la cabina, presionándose contra mí, muslo con muslo. —Vamos, déjame invitarte un trago. He oído que eres divertido.

—Mal rumor —digo, deslizando su trasero de vuelta por el asiento de vinilo pegajoso antes de saltar fuera de la cabina.

El bar está ruidoso y lleno, un mar de malas ideas. ¿Esta? ¿Esta vez? Un no fácil. Me pongo de pie y empiezo a abrocharme la chaqueta.

Ella hace un puchero y saca una cadera.

—No seas así, bombón, yo...

La interrumpo, mirándola directamente a los ojos.

—¿Te llamas Sloane Carter?

Parpadea, desconcertada, y veo que la tengo justo donde quiero.

—Eh, no —dice.

—Entonces lárgate.

No espero para ver su reacción. Tengo asuntos más importantes que atender. Necesito encontrar adónde va el dinero, y necesito evitar que Sloane se haga matar. Lo segundo no debería importarme

tanto como me importa, pero no tengo tiempo para analizar ese problema ahora mismo.

Me alejo con paso firme y abro la puerta del bar con mi mano enguantada de negro.

Afuera, el aire fresco me despierta. Me dirijo a mi auto, una movida estúpida, pero lo haré de todos modos. Pasaré por su casa, me aseguraré de que esté a salvo, y luego volveré a lo que debería estar enfocado: el dinero desaparecido, los Callahan y mantener intacto el negocio de los Rosetti.

En el momento en que haga algo más que eso, en el momento en que le haga saber que estoy vigilando, o peor, me permita preocuparme demasiado, los dos estaremos jodidos. Y en mi mundo, "jodido" generalmente significa "muerto".

13

Sloane

Siento como si hubiera entrado a algo vivo, que respira. La casa de Lucas, también conocida como el antiguo lugar de Maddy. El grifo hace tictac como un metrónomo, y las tablas del piso crujen como si se quejaran del frío de febrero. Prácticamente puedo oír los latidos de mi corazón haciendo eco en las paredes, recordándome que ella ya no está.

Veo un montón de tenis y botas junto a la puerta, dos tallas más pequeñas que las de Lucas. Mi pecho se oprime. Maddy no va a regresar. De alguna manera me había engañado a mí misma olvidando que está muerta, y ahora el dolor me golpea como un tren de carga.

Camino de puntillas por el pasillo estrecho. El aire es denso y viciado, los radiadores resoplando, las ventanas selladas. Una planta marchita en el alféizar se ve tan exhausta como yo me siento. Recorro con los dedos la vieja cicatriz en mi mano izquierda, esa que todavía me pica cada vez que entro aquí. La pintura azul brillante se descascara de la pared, pósters de bandas punk abarrotan el techo sobre el sofá, y esa manta amarilla descolorida que ella recogió en algún mercado callejero descansa doblada en el reposabrazos. Está en todas partes.

—Pensé que te habías rendido —dice Lucas desde la entrada de la cocina. Su sudadera cuelga floja a su alrededor, y círculos oscuros

subrayan unos ojos que no han visto el sueño en semanas.

Mi voz sale demasiado suave.

—Ni hablar. Maddy es... era... —empiezo, pero es incómodo hablar en tiempo pasado—. Debería haber venido antes.

Él exhala una pequeña risa.

—Ya sabes dónde encontrarme —dice, señalando una delgada torre de cajas de comida para llevar—. Lo mein. Especial de ayer. Sírvete.

—Paso —digo, posándome en el brazo del sofá, con cuidado de no enredarme con los cables de los audífonos—. Conseguí un nombre y una dirección. El novio de Maddie. Teníamos razón. Está metido en cosas serias.

Lucas se tensa, sus ojos se elevan rápidamente para encontrarse con los míos.

—¿Quién?

—Ethan Reyes —digo—. Tiene vínculos con los Red Hooks.

—Mierda. —Su voz está a un suspiro de quebrarse—. ¿Esa pandilla?

Asiento.

—Son de bajo nivel, pero operan por todo Brooklyn. No hay forma de saber en qué más está metido.

Él patea el borde de la alfombra, mirando un punto en el suelo.

—¿Cómo demonios averiguaste todo esto? —pregunta.

Ahí es donde se complicó todo.

—Tuve algo de ayuda —admito.

Su ceja se arquea.

—¿De quién?

Miro una baldosa agrietada en lugar de mirarlo a él.

—Solo un tipo.

Técnicamente cierto. Rafaele Rosetti definitivamente es un tipo. Apareció en ese bar anoche y me rescató de ese imbécil que intentaba arrastrarme afuera a Dios sabe dónde. No, era peor que eso, y aunque me aterra admitirlo, las cosas podrían haberse puesto feas si Rafe no hubiera aparecido. Apenas protesté cuando me acompañó a casa y entró, luego se quedó como un mal tapiz, furioso por lo imprudente que fui.

Rafe Rosetti ya me llevaba cinco pasos de ventaja, al parecer. Encontrármelo en el bar no fue casualidad. Había estado vigilando el lugar de Callahan. O vigilándome a mí. Ya tenía todos los detalles sobre el novio de Maddy, y cuando me lo contó, me quedé atónita. No tenía idea de que ya estaba investigando.

Lucas se mueve, tratando de leer mi rostro. Necesito mantenerme concentrada.

—Tenemos que encontrar a Ethan antes de que desaparezca —digo—. Parece el tipo de persona que puede esfumarse en cualquier momento.

—¿Este tipo te dio una dirección? —pregunta Lucas, caminando de un lado a otro.

—Queens —admito—. Dice que ahí es donde Ethan se esconde la mayor parte del tiempo, pero no está 100% seguro si también duerme allí.

Lucas tira una pila de papeles del sofá. Las facturas se desparraman. Muchas de ellas.

Me agacho para recogerlas, la culpa retorciéndome las costillas. Debería haber llegado a tiempo para encontrarme con Maddy, tal vez entonces habría conocido a este tipo Ethan, advertido a Maddy, mantenido viva.

—Dijiste que Maddy estaba con él la noche que murió —insisto—. Tiene que saber algo.

Pongo las facturas en la mesa abarrotada.

—Seguro —acepta Lucas, hundiéndose en el sofá—. Pero si está con los Red Hooks, no va a hablar con nosotros. O tal vez se haya ido para siempre. Dios. ¿Por qué no lo vi? Debió haberse asustado cuando ella...

—Lo resolveremos —prometo, agachándome junto a él.

Puedo oler el cigarrillo rancio en su aliento. Ha vuelto a sus malos hábitos.

Asiente, con la mirada distante.

—Tenemos que hacerlo.

—Te necesito en esto, Lucas.

Él levanta la mirada.

—Estoy dentro —dice, como si necesitara convencerse a sí mismo —. Vamos a buscarlo el próximo fin de semana. ¿Puedes esperar tanto?

Podría arreglarlo con Rafe, conseguir que venga también. Pero el próximo fin de semana, Dios... Suena como una eternidad. Si Rafaele tiene razón, Ethan podría desaparecer en cualquier momento. Solo voy a tener una oportunidad, y tengo que aprovecharla al máximo.

—Vamos mañana —digo, poniéndome de pie y cambiando el peso de un pie a otro, incapaz de quedarme quieta. La adrenalina se acumula en mi sistema, y añado:

—Diablos, vamos ahora.

Lucas se mira a sí mismo y gime.

—Soy un maldito desastre, Sloane. Necesito dormir.

—Necesitas ducharte —añado.

—Sí. Yo... Mira, voy a componerme, lo prometo, y te ayudaré. Solo dame una semana.

Lo examino. Tiene razón, es un desastre. No puedo obligarlo a que venga conmigo a encontrarse con un miembro de una pandilla antes de que se ponga en orden.

No quiero tener la muerte de Lucas en mis manos porque lo arrastré a algo para lo que no estaba listo, lo forcé a una situación peligrosa mientras todavía estaba de luto por Maddy. El pensamiento me enferma, e imagino explicándole a sus padres por qué fue él quien terminó muerto, cómo fui yo quien lo empujó a eso. La culpa me comería viva. No puedo permitirme cometer el mismo error dos veces. Es mi culpa que Maddy estuviera sola la noche que murió. No estuve ahí para ayudar, y nunca me perdonaré por eso. Luke dijo que necesita una semana. Sé que no quiere admitirlo, pero está claro que apenas se mantiene, que una parte de él todavía cree que Maddy volverá a casa. Mantenerse al margen por ahora podría darle la oportunidad de recuperar el aliento y quitarle algo de presión.

Pero de ninguna manera voy a esperar una semana, cuando este tipo Ethan podría escaparse mientras estoy aquí con los pulgares cruzados.

Mi pulso se dispara.

—Claro —miento—. El próximo fin de semana.

Asiente, pareciendo aliviado, como si esperara que le discutiría.

Mi pecho arde. Realmente cree que me voy a quedar sin hacer nada.

Lucas se frota los ojos, limpiando el agotamiento.

—Te seré más útil cuando no sea un zombi —añade, tratando de convencerme, o tal vez a sí mismo.

—Iremos juntos. Armaremos un escándalo, como en los viejos tiempos —digo, tratando de que suene como si no tuviera prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Lucas soltó un largo suspiro, uno que casi puedo sentir resonando en mis propios pulmones.

—Pasaré por tu casa cuando esté listo —dice—. ¿El sábado, alrededor del mediodía?

—Claro —digo.

—Es una cita —dice, y luego se ríe débilmente.

El aire en el apartamento me presiona como una banda ajustada alrededor de mi pecho. No estoy segura de cuánto tiempo puedo soportarlo.

—Necesitas comer —digo—. Después de ducharte.

—Sí. Supongo que sí —dice, pasándose una mano por el pelo y luego empujándose para ponerse de pie—. Te llamaré, Sloane. Gracias.

Agarro mi chaqueta del brazo del sofá y dudo en la puerta. No se siente bien dejarlo solo, pero tampoco se siente bien quedarme.

—Ten cuidado —dice.

—Siempre lo tengo.

Salgo al frío aire de febrero, ajustándome la chaqueta sobre los hombros. Siento como si la casa todavía respirara detrás de mí, y no puedo sacudirme el alivio de dejarla atrás.

Mis botas crujen en el camino congelado mientras me dirijo de vuelta a mi auto. El frío en el aire me atraviesa, pero no es nada comparado con el frío temor que se asienta en mis huesos. Sé que Lucas necesita tiempo, pero Maddy no tuvo tiempo. Ella no tuvo opción.

Mientras me deslizo en el asiento del conductor, mis dedos tiemblan un poco mientras tantean la ignición. Apartando los pensamientos de Lucas y su dolor, me obligo a concentrarme en Ethan Reyes. Rafe está seguro de su participación, y confío en él.

Salgo marcha atrás del camino de entrada de Lucas y tomo rumbo a casa. Iré mañana. Conduciendo en piloto automático, las luces de la ciudad se desdibujan a mi paso mientras me preparo para lo que viene. Tal vez esto sea imprudente—ir sola, mantener a Lucas en la oscuridad—pero esto ya no se trata de mí. Se trata de justicia para Maddy.



Las tuberías de la ducha gimen mientras el agua caliente golpea mi piel. Quema de la mejor manera posible, lavando el polvo, la tensión y el fantasma del apartamento de Maddy. El vapor se arremolina a mi alrededor, y me hundo en las baldosas, frotándome la suciedad del cabello y borrando de mi mente el recuerdo de aquellos zapatos vacíos, fríos, del tamaño de Maddy.

Mi propio lugar se siente como un santuario. Las plantas no están tan muertas, el sofá no está abarrotado de comida para llevar a medio comer y facturas vencidas. Además, me recuerda a Rafaele, ya que estuvo aquí anoche. Casi durmió en el sofá. O en algún otro lugar.

Cierro los ojos bajo el chorro de agua y me lo imagino aquí ahora, delgado y peligroso, esa voz baja envolviéndome. Mi piel se eriza de deseo. Imagino sus ojos azul hielo encontrándose con los míos, la leve aspereza de la barba incipiente en su mandíbula, la forma en que cambia su peso cuando piensa. Se siente como chispas contra mi piel.

Recorro con el agua caliente mi torso y casi puedo sentir sus manos allí en lugar del rocío. Mi corazón se acelera, y dejo que mi mente divague sobre cómo se sentiría si se acercara, respiración cálida, músculo sólido, un susurro de mi nombre.

Inclino mi cabeza hacia atrás, dejando que el agua resuene en mis hombros. Por un momento, el mundo entero se disuelve: solo vapor, solo calor, solo esa fantasía de Rafaele inclinándose.

Sus palabras resuenan en mi mente:

—Debería haberte ayudado en el momento en que entraste en mi mundo.

El agua corre por mis muslos mientras presiono mi mano entre ellos, provocándome, trayendo la idea de él a un enfoque nítido y caliente. Me lo imagino de pie junto al espejo, observándome. Me lo imagino enojado y hambriento, cruzando las baldosas a grandes zancadas. La mirada en sus ojos cuando me alcanza. Me inmovilizaría contra la pared, su boca cubriendo la mía hasta que olvidara cómo hacer cualquier cosa excepto dejarme llevar. Sus caderas presionando contra mí, duras y exigentes. Su verga.

Mi mano trabaja más rápido, más frenética, necesitada como el infierno. No recuerdo sentirme así, como si fuera a romperme en pedazos si él no me toca. Tal vez sea la niebla de la habitación o el silencio después del dolor de Lucas, pero no puedo parar. No quiero.

En mi mente, sus manos son ásperas, tal vez enojadas, y quiero cada toque. Me mantendría justo contra él, exactamente donde quiero estar.

Lo estoy anhelando, acercándolo en mi cabeza, y juro que puedo sentir sus dientes en mi cuello, sus manos anclándome. Casi puedo tocar la forma en que su voz baja me envolvería. Sentir su calor, su boca sobre la mía. Áspero y posesivo.

Jadeo mientras la fantasía golpea con fuerza, apretándome a su alrededor, blanco cegador. Se hace añicos y me sostiene a la vez, un fantasma desvaneciéndose en el vapor. El agua lava lo último de ello. Estoy sin aliento y vacía, con el nombre de Rafaele en mis labios.

14

Sloane

El grito de un niño me despierta de golpe, y doy un chillido hacia el techo. Me toma un segundo recordar que estoy sola, no hay ningún perro sangrando, ni cuchillo reluciente, solo el zumbido distante del tráfico y el suave ronroneo de mi radiador, como si estuviera ronroneando. Mi corazón late con fuerza, la musculosa empapada de sudor. Agarro un suéter de la silla y me lo pongo, esperando que mi pulso se calme.

En la cocina, quemo el pan tostado y dejo el café demasiado tiempo. Asqueroso, pero tendrá que servir. No estoy de humor para empezar de nuevo. El radiador silba, luchando contra el frío invernal, y la tetera envía perezosos remolinos de vapor. Es toda la banda sonora del desorden en mi cabeza.

No estoy obsesionada con el asesinato de Maddy; estoy decidida a resolverlo. Demostrar que no estaba metida en drogas. Me sirvo café, dejo que me queme la lengua solo para sentirme conectada con la realidad. Tengo que hablar con Ethan, y Lucas no puede ponerse las pilas hasta la semana próxima. Es demasiado tiempo.

Un cuchillo de plástico raspa la mantequilla en mi tostada—no guardo cuchillos de metal en casa. Reviso mi teléfono: ¿esperar o actuar? Mis pulgares marcan el número de Lucas.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos reunirnos antes? Es importante.

El café se enfría en mi mano mientras miro por la ventana, esperando.

—Lo siento —responde por mensaje—. Todavía estoy comiendo y durmiendo y duchándome y toda esa mierda.

Típico de Lucas. Lo acosaría, pero no está listo. Lo entiendo.

Camino entre pilas de papeles, expedientes de casos y libros tambaleantes. Una triste planta marchita en la esquina parece suspirar junto conmigo.

Mis pensamientos se dirigen a Rafaele. Él es quien realmente puede ayudar, y dijo que lo haría. Incluso me hizo prometer no ir sin él.

Sin darme tiempo para pensarlo bien, agarro mi teléfono. Mis dedos vuelan sobre la pantalla.

—Necesito refuerzos. ¿Hoy?

En el momento en que presiono enviar, mi teléfono se ilumina con el nombre de Raffaele. Eso fue rápido.

Contesto, pero él habla antes de que pueda saludar.

—No —dice, con voz tajante y definitiva.

—Me alegra escucharte —bromeo, dejando mi taza con exagerado cuidado.

—Sloane —arrastra las palabras, pesado y como advertencia—. No va a suceder.

—Pero ni siquiera te he dicho cuándo o dónde —protesto, sintiendo que mi frustración comienza a aumentar.

—No importa. No puedes ir sola.

Sus palabras suenan como órdenes, cada una cortante e intransigente.

—Por eso te estoy pidiendo que vengas —argumento, tratando de imprimir algo de alegría en mi voz.

Pausa. Me lo imagino pensándolo, sopesando sus opciones.

—No puedo hoy —dice finalmente.

—Y yo que pensaba que serías más útil que Lucas —le lanzo, sintiendo que la exasperación se desborda.

Suspira, un sonido bajo y áspero.

—Hoy no me funciona, Sloane. Iremos el jueves o el viernes.

—He esperado suficiente... —empiezo a decir, pero él me interrumpe, con voz como un latigazo.

—Sloane, te lo prohíbo —dice, agudo y severo—. Prométeme que no harás algo estúpido.

Agarro mi teléfono con fuerza, la ira pulsando a través de mí.

—Gracias por el apoyo, Rafe.

Le arrojo su nombre de vuelta, con sarcasmo mordaz.

Intenta seguir hablando, su voz volviéndose más suave, como si estuviera dando marcha atrás. Pero no quiero escucharlo. Cuelgo, ya deslizando el teléfono en mi bolsillo.

Su voz hace eco en mi cabeza, cada vez con más fuerza. Prométeme. Prométeme. Promételo. Mi mandíbula se tensa.

La terquedad le gana a la inteligencia, y mi familia me lo ha recordado bastante. Agarro mi bolso y me pongo un abrigo de un tirón. Si dudo, me ahogaré en pensamientos. Mejor moverse. Actuar.

Afuera, el aire frío pincha mis mejillas. Mi pulso retumba en mis oídos mientras me abro paso entre los viajeros, sus rostros matutinos de acero y bolsos como armaduras, ajenos a mi misión. Me deslizo entre ellos hasta el andén del metro, el rugido del tren haciendo eco de mi propia determinación.

Este edificio tiene cinco pisos de hormigón agrietado, ventanas con rejas y mugre, prácticamente el niño modelo de este barrio. Todo se ve gris e indiferente. Siento un repentino escalofrío de miedo—¿cuántas veces estuvo Maddy parada aquí?—pero mi enojo lo ahuyenta. Ethan es mi única pista. Tengo que hablar con él, ver su cara cuando le pregunte sobre ella.

El timbre emite un áspero y estridente "BREEEEP".

Mis manos están frías y rígidas, así que me ajusto más la chaqueta y espero. La calle está vacía excepto por una sirena distante y el leve sabor a polvo de ciudad en el aire. Me imagino a Maddy aquí, tratando de recuperar el aliento en esta bruma contaminada. ¿Qué sintió? ¿Cuánto tiempo estuvo enredada con Ethan antes de que las cosas se torcieran? Si pudiera leer su miedo, tal vez obtendría una imagen más clara. Una pista más fuerte. Tiemblo de nuevo. Mi abrigo está haciendo lo mejor que puede, pero el invierno gana.

Debería esperar a Rafaele o Lucas, pero estoy cansada de esperar. Cansada de fingir que puedo ignorar la urgencia. Necesito mirar a Ethan a los ojos y exigir la verdad. Exigir algo. Cualquier cosa. Además, era el novio de Maddy, ¿no? Tal vez quiere resolver este caso tanto como yo.

Antes de estar lista, la puerta suena. Echo un último vistazo a la calle, mi corazón haciendo un solo de batería. Nada se mueve. Soy un manojo de nervios, el corazón acelerado, imaginando demasiadas cosas a la vez, miedo, ira, arrepentimiento, todos jugando un cruel juego de rayuela dentro de mí. Pero la determinación gana, y me apresuro a entrar en el edificio antes de que pueda detenerme.

La puerta se cierra de golpe detrás de mí, y el sonido reverbera por el estrecho pasillo. Me la imagino cerrándose también detrás de Maddy, dándome más escalofríos que el frío. El lugar apesta a cemento húmedo y cigarrillos rancios, y me dan arcadas por el olor. Pensar que ella respiraba esto día tras día me duele en el pecho. Las paredes son de un amarillo sucio, con manchas de mugre y de humedad, y se cierran sobre mí como si cuestionaran mi derecho a estar aquí. Es más destartalado que el peor dormitorio que he visto.

Agarro mi teléfono en el bolsillo, lista para pedir ayuda, pero luego la desesperación me empuja hacia adelante. No tengo nada que perder excepto mi actitud de esperar y ver, y la perdí hace mucho tiempo. Empiezo a caminar, mis propios pasos uniéndose al fuerte latido en mi pecho.

Esto es como un mundo diferente, uno donde todo es viejo y gastado. Mientras subo las escaleras al segundo piso, mis propios pasos hacen eco a mi alrededor, rebotando con fantasmal

insistencia. Luego escucho otro par de pasos, un acercamiento lento que me pone tensa.

Una mujer abre la puerta del apartamento 210: cabello rubio platino apilado en lo alto, una camiseta escarlata pegada a sus huesos. Sus ojos, bordeados con delineador pesado, se entrecierran hacia mí como si fuera un gato callejero.

—¿Quién eres? —pregunta con una voz baja y áspera de fumadora.

—Sloane —digo, intentando sonar confiada—. Estoy buscando a Ethan.

Ella se ríe, un ladrido corto.

—Vaya, vaya. El imbécil sí tiene amigos —dice, haciéndome señas para que entre—. Es por aquí.

Dentro, cables y colillas de cigarrillos cubren el suelo como si alguien hubiera tirado confeti de basura. Un calefactor zumba mientras una música distante retumba, baja y siniestra.

La rubia me lleva más allá de una cocina mugrienta, con encimeras llenas de cajas de comida para llevar vacías, hacia la sala de estar. Tres tipos están recostados en los sofás, con los ojos fijos en mí, sin parpadear, evaluándome. Me mantengo erguida de todos modos.

—¿Quién es esta tipa? —pregunta uno de ellos. Es un tipo delgado, vestido de negro y gris, a juego perfecto con el edificio. Todo en él grita desinterés, desde su voz plana hasta la mueca más perezosa en su rostro.

—Deberías saberlo. Te está buscando.

El tipo se levanta, y sé que debe ser Ethan. El Ethan de Maddy. Se desliza hacia adelante con un aire despreocupado, sus ojos oscuros firmes bajo un corte de pelo rapado, con tatuajes que serpentean en líneas irregulares por sus brazos. Me estudia como si tuviera todo el tiempo del mundo. Puedo sentir el calor de su mirada taladrándome, la habitación en silencio excepto por el bajo retumbo de la música. Hay algo inquietante en la forma en que me observa, como un gato observando a un ratón.

—¿Quién eres? —pregunta finalmente, con voz suave y baja.

—Mi nom... Soy Sloane Carter —digo, tratando de evitar que mi voz tiemble—. Soy amiga de Maddy. —Trago saliva—. Su mejor amiga.

Lo miro fijamente, con el corazón golpeando en mi pecho.

Hay una pausa. Ethan inclina la cabeza como un perro que no entiende una orden.

—¿Maddy quién? —pregunta, pero noto el tic en su ceja.

Mi ira sube como una marea caliente, casi volcánica. Madeleine era la mejor de las personas, lo absolutamente mejor, ¿y este idiota, este desgraciado que ni siquiera merece limpiar el barro de sus botas, finge no saber quién es?

—¿Me estás jodiendo? —pregunto, mis palabras lentas y amenazantes—. Tu novia que murió el mes pasado por alguna mierda en la que la metiste. Así que no me preguntes Maddy maldita quién.

Sus ojos se entrecierran. —Tienes muchas agallas presentándote aquí sin avisar, perra.

—No planeaba esperar una invitación —respondo.

Mi voz suena más valiente de lo que me siento. Trato de no notar cómo los otros, probablemente más miembros de los Red Hooks, se levantan del sofá y se acercan más.

—Ahora que estás aquí —dice lentamente—, ¿qué quieres?

—Necesito saber sobre Maddy.

Ethan mira a su equipo, con una sonrisa burlona en los labios como si tuviera palomitas secretas para el espectáculo.

—Este no es un buen momento.

—Es el único momento que tengo —respondo.

La rubia se carcajea, y la sonrisa burlona de Ethan desaparece, reemplazada por hielo.

—Carter —dice de nuevo, arrastrando mi nombre con una sonrisa burlona, resbaladiza y burlona, haciendo que las sílabas suenen viscosas y haciéndome desear no haberle dado mi nombre real—. Deberías irte. Ahora.

Señala con el pulgar hacia la puerta, un movimiento despectivo que me pone los dientes al borde. Este bastardo cree que tiene el

control, que puede simplemente descartarme, fingir que Maddy no importaba. Mi frustración se dispara, aguda y ardiente.

—No —digo, plantando mis pies como raíces en la alfombra sucia —. No hasta que hables.

Las palabras salen más fuertes de lo que pretendo, haciendo eco en el desorden de la habitación. Mi voz tiembla, pero debajo de ella, mi determinación es sólida como una roca. Los ojos de Ethan brillan oscuros y peligrosos, estrechándose en una línea tormentosa. No está acostumbrado a que la gente le plante cara. Mala suerte. No me iré hasta obtener respuestas.

—No creo que sepas cómo funciona esto —dice, recostándose, todo arrogancia y músculos delgados.

Su voz es baja y siniestra, como una serpiente enroscada lista para atacar. Los tres tipos a nuestro alrededor se mueven, silenciosos y amenazantes, como si estuvieran esperando una señal para echarme. Mantengo mi atención en Ethan, negándome a ceder un centímetro.

—Enséñame, entonces —le espeto, devolviéndole sus palabras.

Necesito que se deslice, que deje escapar algo. Tal vez si piensa que puede asustarme, se volverá arrogante, dirá más de lo que pretende. El aire entre nosotros se siente eléctrico, como si una palabra equivocada pudiera desatar una tormenta de fuego.

Ethan se inclina hacia adelante, cerrando la distancia entre nosotros hasta que su cara está tan cerca que puedo ver las líneas duras de su mandíbula. Hay un destello peligroso en sus ojos, tan afilado como el cristal cortado. De cerca, es mucho más intimidante de lo que había imaginado, pero me niego a dejar que vea mi temblor.

—¿Realmente crees que sabes lo que pasó esa noche? —pregunta, casi susurrando.

Sus palabras son una burla y un desafío.

—Maddy no me contó todo —digo, igualando su tono y omitiendo la parte donde ella no me dijo absolutamente nada—. Pero tú me lo vas a contar.

Mi voz suena más firme de lo que me siento, pero el temblor en mi estómago es real. Me mira fijamente. Todos están mirando,

esperando a ver qué sucede después.

La rubia cruza los brazos, con la sonrisa burlona pesada en sus labios.

—Esta tipa está loca —dice a nadie en particular.

Pero Ethan ya no parece divertido.

Un fuerte golpe me hace saltar. Ethan golpea su puño en la mesa.

—Lárgate —gruñe.

Uno de los tipos se acerca, me agarra del brazo.

—Lo escuchaste. Esfúmate.

Me libero retorciéndome.

—¡Ethan! —digo, con pánico bordeando mi voz—. Me debes la verdad.

Él se pone de pie, hielo en su mirada.

—Si te debo algo, es esto. Lár. Gate.

—Bien —digo, con la respiración entrecortada—. Le preguntaré a los Callahan en su lugar.

La habitación se queda quieta, todos se detienen para mirar. El polvo flota en el aire, nuestras respiraciones colgando como si el radiador estuviera absorbiendo el calor de todo. Los tipos me rodean, con los ojos fijos en mí, la mirada de Ethan la más estridente de todas. Está demasiado callado, estudiando mi rostro como si estuviera tratando de quitar las capas.

—¿Qué acabas de decir? —exige, cerrando el espacio entre nosotros.

Su aliento está demasiado cerca del mío, envolviéndome, caliente y agrio.

—Dijo que irá con los Callahan —repite uno del equipo, su rostro borroso detrás del de Ethan.

Prácticamente está metiendo las palabras en el oído de Ethan.

—Me sonó un poco como una amenaza —interviene otro, divertido de la manera más desagradable.

—Gracioso —se burla Ethan, dándome una mirada que podría cortar vidrio—. A mí me sonó como si dijera que no quiere irse. Nunca.

—No —empiezo, pero entonces la habitación gira, y de repente, me jalan hacia atrás.

Tropiezo hacia los otros hombres. Un tipo me está jalando. Otro tipo me envuelve con un brazo, apretado como un tornillo, mientras un tercero me tuerce las manos detrás de la espalda. Una cuerda áspera me rasga la piel, mordiendo mis muñecas, luego me arrastran por un pasillo hasta un dormitorio trasero.

—Cree que sabe tanto —se burla uno.

—No sabe una mierda —dice el otro, empujándome por una puerta.

Caigo con fuerza en un suelo desnudo, con las rodillas gritando.

—Quédate quieta, listilla.

Una última mirada de odio, y cierran la puerta de golpe.

Ahora estoy sola. Mi corazón late contra el repentino silencio. La habitación está fría y húmeda, vacía excepto por mí y las cuerdas ardientes en mis muñecas. Me arrastro por la habitación sobre mi trasero y presiono mi espalda contra la pared para estabilizarme. A Ethan no le importo yo ni Maddy. Su sonrisa arrogante gira en mi mente, burlona, imposible de borrar. No debería haber venido. No debería haber presionado.

Pero lo hice. Y ahora tengo que esperar.

¿Qué harán? Me imagino a Ethan afuera, dando órdenes a sus secuaces. Mi pulso se duplica. El pánico retuerce mi pecho, pero no puedo dejar que gane. Presiono con más fuerza contra la pared, sintiendo el frío morder mis omóplatos.

Los minutos se estiran como chicle que nunca pierde su pegajosidad. Miro fijamente una grieta en el suelo de linóleo, contando los segundos. Mis muñecas sangran, mis pensamientos se difuminan, pero me mantengo firme.

Porque eso es exactamente lo que Maddy haría. Y no tengo más opción que seguir adelante.

15

Rafaele

El deber familiar martillea mi cabeza con cada latido. El aire en el viejo gimnasio de papá sabe a metal caliente y sudor pegajoso. Inhalo, y el puño de Domenico lo corta, afilado como un relámpago. Me mantengo en pie. Él sonríe, y comenzamos a movernos en círculo, hermano contra hermano, cada uno esperando una apertura.

—Mantén el ritmo, Rafe —se burla, rebotando sobre la punta de sus pies como si todo fuera un juego.

Lanzo un golpe. Mi guante conecta, y él retrocede tambaleándose. Se limpia la boca, dejando un manchón rojo en sus nudillos. Se siente bien.

Mi mandíbula me recuerda su golpe anterior—todavía está sonriendo por eso. Domenico siempre está feliz de recordarme quién es el mayor. Escupo, saboreando el cobre en mi lengua.

El ring está vacío, excepto por nosotros. Arriba, más allá de las cuerdas, escucho la vida de la ciudad: motores zumbando, sirenas distantes. Este lugar solía ser un gimnasio decente antes de que Dom lo convirtiera en algo menos legítimo. Ahora es un lugar para nudillos desnudos y sangre.

—Papá dice que el concejal se está poniendo nervioso —dice Dom entre puñetazos—. El proyecto de desarrollo en Queens está atrayendo demasiada atención.

Bloqueo con facilidad. —Dile que use a los sindicatos de construcción como cobertura. Eso fue lo que funcionó con el proyecto de Hudson Yards.

—Ya está resuelto. El jefe del sindicato ahora está en nuestra nómina mensual. —Dom aterriza un golpe en mi costado—. El comisionado de policía envía saludos, por cierto. El regalo para la boda de su hija fue... apreciado.

Sonrío con suficiencia. —Bien. Necesitamos que esté contento con el aumento de actividad desde que los albaneses se movieron a nuestro territorio el mes pasado.

Domenico se abalanza. Es rápido y astuto bajo esa apariencia de traje a medida que suele llevar. Esquivo, y su puñetazo susurra más allá de mi hombro. Me encanta pelear aquí, en el calor, la luz tenue. Corta a través de todo lo demás. Excepto que hoy no puedo concentrarme. Sus palabras se repiten en mi cabeza.

Sloane. Sonaba como un desafío cuando colgó el teléfono esta mañana.

—Gracias por el apoyo, Rafe —había dicho, destilando veneno. Había planeado encontrarse con Ethan Reyes sola a pesar de mis advertencias. Y ahora no puedo quitarme la sensación de que he cometido un error crítico al dejarla ir sola.

Reyes. Red Hooks. Un grupo de matones de bajo nivel que cortarían la garganta de su propia madre por el precio correcto. ¿Y ella cree que puede simplemente entrar allí y exigir respuestas sobre su amiga?

Domenico lanza de nuevo. Sus ojos se desvían hacia mi costado y cambian, pero no lo suficientemente rápido. Su puño aterriza en mi estómago. Me doblo, y el aire sale de mí con un silbido. Él se ríe. Lo miro, más frío que diciembre.

—Estás distraído —dice.

—Sigo en pie —respondo bruscamente.

—No por mucho —advierte, señalando con la cabeza el suelo de cemento liso resbaladizo por el sudor.

Se detiene, su rostro tornándose serio.

—Necesitamos hablar de los libros.

Ambos alcanzamos botellas de agua. Mi respiración aún es entrecortada mientras destornillo la tapa. El agua fría es un alivio para mi garganta irritada.

—¿Crees que es uno de nuestros muchachos? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Todavía lo estoy investigando —digo.

No puedo nombrar al Viejo Callahan sin pruebas. No tiene sentido iniciar una guerra territorial por rumores.

—Arréglalo, Rafe —dice Domenico suavemente.

Odio cuando juega a ser el jefe. Quiero decirle que cambie su libro de contabilidad por una pistola, pero ha tenido razón. El flujo de efectivo mantiene las peleas en marcha. Presiono mis palmas contra el rollo de cinta y envuelvo mis manos con fuerza. Mis nudillos se vuelven blancos.

—Obviamente —digo con desdén.

Lanzo un jab y conecto con sus costillas, ganándome un gemido.

—Confías demasiado fácil —digo.

Él da un paso adelante y golpea. Bloqueo fácilmente.

—Y tú no confías en nadie —dice.

Se echa hacia atrás, observándome, ahora con cuidado. Es un planificador, deliberado en sus palabras y sus golpes.

Esta mañana en el teléfono, Sloane ignoró cada palabra que salió de mi boca. Cabeza bonita demasiado terca para su propio bien.

—Gracias por el apoyo, Rafe —dijo, goteando actitud.

Bloqueo el siguiente golpe de Domenico con un crujido de piel contra piel. Desearía que otro golpe pudiera borrar el escozor de esa discusión: su solicitud de "respaldo", su risa sin humor cuando le dije que no.

Ella no quiere que la detenga, lo entiendo. No necesito detenerla. Solo necesito asegurarme de que no muera. Necesito saber que sigue respirando cuando decida llamarme de nuevo.

Si es que lo hace.

Ese pensamiento me destroza más que el último puñetazo de Dom. ¿Y si no llama? ¿Y si me entero demasiado tarde de que debería haber estado allí?

—¿Qué te está comiendo? —pregunta Dom, captando mi expresión—. No te he visto tan alterado en años.

Me encojo de hombros, tratando de mantenerlo casual. —Nada importante.

—Mentira —dice, bajando sus guantes—. Habla o te lo sacaré a golpes.

—Puedes intentarlo —respondo bruscamente, pero sin convicción.

Dom retrocede, mirándome con esa mirada que he conocido toda mi vida, la que dice que no estoy engañando a nadie, y menos a él.

—Es la chica —adivina, con voz demasiado conocedora—. La amiga de la muerta. ¿Cómo se llamaba?

—Sloane Carter. —El nombre se siente pesado en mi lengua, significativo de una manera que no me siento cómodo examinando.

Dom no pasa por alto mi reacción. Nunca lo hace. —¿Qué hizo?

—Está caminando sola hacia el territorio de Red Hook. —Intento sonar indiferente, pero puedo escuchar la tensión en mi voz—. Buscando respuestas sobre su amiga.

—¿Y te importa porque...?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. No tengo una respuesta que esté dispuesto a dar, ni siquiera a mí mismo. Alcanzo una toalla, secando el sudor de mi cara.

—Es una civil —murmuro—. No sabe nada sobre este mundo.

Dom levanta una ceja. —¿Desde cuándo te importan los civiles?

Desde nunca. Ese es el problema. He pasado años manteniendo a la gente a distancia, haciendo lo que hay que hacer, manteniéndome enfocado en el negocio familiar. Pero Sloane se me ha metido bajo la piel de una manera que nadie ha logrado antes.

—Podría exponer cosas —digo en cambio—. Hacer ruido.

Dom resopla. —Entonces déjala. Hemos lidiado con cosas peores.

—Ella es... —busco las palabras correctas—. Diferente.

—¿Diferente cómo?

Ronda terminada. Con los brazos adoloridos, bajamos. Saco mi teléfono del bolsillo, con el corazón palpitando. Ningún mensaje. Ninguna llamada perdida. Genial.

—Ya déjalo —dice Domenico—. Ella llamará.

Frunzo el ceño. Nunca debería haberle hablado de ella. Él se encoge de hombros, quitándose los guantes.

El recuerdo de encontrar a Sloane en el apartamento de Reyes anoche me golpea con fuerza repentina. Sus muñecas atadas, sus ojos salvajes de miedo y desafío. El alivio que me inundó cuando me di cuenta de que estaba viva, seguido por una rabia tan consumidora que apenas podía ver con claridad. Quería matar a cada persona que la había tocado, que había causado ese destello de miedo en sus ojos.

Me asustó, esa intensidad. Ese tipo de sentimiento no es profesional. No es racional. No soy yo.

Pero ahora lo soy.

—¿Cuándo te volviste tan blando? —pregunta Dom, interrumpiendo mis pensamientos.

—No soy blando —gruño.

—¿No? —Me mira fijamente—. ¿Entonces por qué sigues aquí parado en vez de ir tras ella?

Tiene razón. Ya me estoy moviendo hacia las escaleras. Una ráfaga de aire frío me recibe cuando salgo a la calle.

Mi moto está cerca. La arranco. El motor ronronea en aprobación. Me deslizo entre taxis amarillos y bocinas que suenan, el viento frío cortando bajo mi chaqueta como pequeños cuchillos. Lo permito. Necesito sentir cómo me atraviesa. Necesito que me mantenga alerta. Conduzco rápido, más rápido de lo que debería, sabiendo dónde estará ella. Dónde es lo suficientemente estúpida para ir.

Ella no conoce a hombres como Reyes. Peces pequeños con grandes actitudes que quieren demostrar que son tiburones y la pagan con pececillos como ella. Y ahora, no contesta. Sé lo que eso significa, y cuanto más lo pienso, más fuerte conduzco. Los taxistas tocan la bocina y gritan, sus palabras se pierden bajo el torrente de aire frío de febrero. Los puentes y edificios pasan borrosos junto a mí. Nuestro ring de pelea está en el borde de Brooklyn. No es un viaje largo hasta el lugar de Reyes en Queens, pero se siente interminable.

La maldigo. Maldigo la forma en que se me mete bajo la piel. Pero sigo conduciendo.

Maldita sea. ¿Por qué no escucha?

Me desvío de la autopista, adentrándome en Queens, los edificios haciéndose más pequeños y sucios a medida que avanzo. Esta parte del distrito es mala. Llena de personas que creen que pueden manejar sus juegos sin incluir a los Rosetti o a cualquier otro. Respeto su atrevimiento. Casi siempre tengo que matarlos por eso.

Las calles se estrechan a medida que me acerco a su lugar, cinco pisos de ventanas enrejadas y concreto mugriento.

Subo la moto a la acera y bajo el soporte. La gente se dispersa como ratas. Quiero que lo hagan. No necesito público. No quiero una escena.

El viento me golpea en la cara nuevamente mientras trepo sobre bolsas de basura y botellas rotas, abriéndome paso con los codos más allá de una mujer que sale del edificio. Corro por la escalera de incendios, de dos en dos, mis guantes raspando el metal oxidado.

Llego al segundo piso, mis pies suenan fuerte contra los escalones de metal. No me importa. Que me oigan venir.

Golpeo una vez, educado. Luego pateo. La madera se astilla bajo mi bota. Una sonrisa tira de mi mandíbula.

Y entonces estoy dentro.

El lugar me traga entero. La oscuridad y el ruido me rodean, voces rotas y caos. Los dejo. Dejo que se vuelva espeso y caliente e imprudente.

Ella está ahí en alguna parte, y el pensamiento de que esté herida es suficiente para empujarme a través. Me golpea como una droga.

Y entonces el miedo está aquí. Espeso como el humo, afilado como la metanfetamina, comiéndose sus ojos. Un hombre intenta correr, su silla raspando con fuerza el suelo. Otro grita. Todo ese miedo, todo por mí, y tienen maldita razón en estar asustados. No me detengo. Su nombre es un puño en mi pecho. Su rostro es un moretón en mi cabeza. Los dejo guiarme como una pistola. Romperé este lugar entero si es necesario. Enterraré a Reyes y sus hombres. Mataré al mundo entero si eso la mantiene respirando. El pensamiento de que esté herida hace que mi visión se vuelva blanca de rabia.

El área principal es un caos. Los cuerpos abarrotan el lugar, el aire hinchado de calor por las ventanas selladas y un radiador hiperactivo. Por demasiados idiotas sudorosos. Cada ojo se vuelve hacia mí, esperando ver quién se mueve primero. Pateo una silla fuera de mi camino. Un hombre se pone de pie, con las manos en alto, luciendo como si deseara estar en cualquier otro lugar. Lo agarro por el cuello y le pongo una pistola en la cabeza.

—¿Dónde está ella?

El color se drena de su rostro, sin sangre como un maldito cadáver.

—Habitación del fondo —dice—. Por favor...

Lo suelto, pero los otros no se libran tan fácilmente. Se congelan por un segundo, como si matara a toda la habitación solo por estar aquí. Luego todo se desata. Ya me estoy moviendo, la sangre bombeando rápido en mis venas. Más le vale estar viva. Si la han tocado, desearán estar muertos.

Alguien se abalanza sobre mí. Movimiento estúpido. Estrello un puño contra su mandíbula y siento el crujido del hueso. Cae, y el resto se mantiene atrás. Por ahora. Conozco a su clase. Se amontonarán una vez que crean que no estoy mirando. Mantengo la cabeza baja, clavo una rodilla en el estómago de otro tipo, me abro paso a través del ruido y el calor y el hedor del miedo. Las luces cuelgan tenues y amarillas arriba, pero todo lo que veo es el recuerdo de la voz de Sloane cuando prometió no hacer esto. Cuando no escuchó.

Derribo una puerta de una patada, pero está vacía. No hay Sloane.

Un cuerpo se estrella contra mi costado. Dos de ellos, quizás tres, puños y brazos y gritos. Golpeo el suelo. Fuerte. Me arrastro hasta ponerme de pie. Ella no está aquí. El pensamiento se abre paso a través del peso de los cuerpos. Ella no está aquí, y necesita estarlo. Necesita seguir viva hasta que llegue a ella. Clavo un codo en las costillas de alguien, siento la ráfaga de aire mientras él retrocede. Pateo otro par de piernas.

Me abro paso de vuelta al pasillo. El sabor de la sangre es agudo y bueno.

Uno de ellos está casi riéndose, el maldito arrogante, y supongo que no sabe el tipo de daño que puedo hacer. Piensa que puede conmigo. Piensa que vivirá para contarlo. Su sonrisa se echa hacia atrás con la fuerza de mi puñetazo.

Huele a sudor y hierba pasada. Un lugar con grietas en las paredes, cucarachas en las esquinas. Conozco estos edificios. Los conozco demasiado bien.

Más le vale estar ahí cuando derribe la siguiente puerta.

Irrumpo en otra habitación, el zumbido del pánico constante y agudo. Gritos resuenan detrás de mí, pero son solo ruido, menos que malditos insectos. Reyes es a quien quiero. Lo haré lento para él. Haré que desee nunca haber salido del agujero del que vino.

Hay gritos ahora, desesperados y duros, y entonces paso a través. Reyes está de pie, con la pistola levantada, su sonrisa burlona demasiado grande para su cara. Flaco, arrogante, en todo tipo de problemas. Custodia una puerta cerrada, y no hay premio por adivinar quién está detrás.

Los hombres se paran en un círculo suelto, tomándose su tiempo, esperando su oportunidad.

—¡Carter! —grita Reyes, con voz baja, presumida y segura—. ¿Este tipo viene por ti?

Me señala con la cabeza y sonríe mostrando los dientes.

Escucho su voz detrás de la puerta. Sin aliento. Aguda. Tan jodidamente viva que es mejor que la sangre.

—Te dije que vendría —dice ella.

Esas palabras son suficientes para hacer estallar todo este lugar. Suficientes para hacerme atravesar todo lo que se interponga en mi camino. Golpeo a Reyes primero, rápido y fuerte. Le borro la sonrisa de la cara a puñetazos, siento cómo se parte bajo mi puño. Le doy un codazo en la garganta. Lo siento ahogarse, lo veo caer, observo cómo araña el aire como el maldito bastardo que es.

Entonces vienen con más fuerza. Más de ellos.

Devuelvo los golpes, golpeo rápido, con los nudillos crudos y listos para cualquier cosa. No entienden que ella vale más que todas sus vidas juntas. Que no pueden ganar esto.

Estrello a otro contra la pared. Lo escucho jadear, lo siento desmoronarse bajo mi puño. Agarro a otro, lo lanzo hacia atrás como el maldito insecto que es. No me detengo. No puedo parar. No cuando ella está tan cerca. Sigo en pie, incluso mientras su número disminuye, reducidos a obstáculos en el suelo.

Mis manos son seguras y rápidas. No me detengo. No hasta que hayan terminado. No hasta que cada uno de ellos sepa lo que significa tocar a una chica como Sloane.

No se van a levantar. No esta vez. Tal vez nunca. La habitación se queda quieta y brillante.

Estoy en la puerta, con astillas crujiendo bajo mis botas. Su nombre está en mi lengua, atrapado ahí, y no lo diré hasta que lo sepa. Hasta que esté a salvo. Desgarro la puerta como los destrozaría a todos ellos, sin una maldita cosa en mi camino.

Y entonces ella está ahí.

Y entonces es mía.

Está en el suelo, con las muñecas atadas y rojas, la piel más pálida de lo que jamás he visto. Levanta la mirada, con los ojos abiertos y asustados. Su cabello está suelto, desordenado alrededor de su rostro. Tiene el labio partido, pero no lo suficiente como para detenerla.

—Rafaele —dice.

La cuerda cae como si no fuera nada bajo mi cuchillo. La levanto del suelo y la atraigo a mis brazos, la sostengo fuerte, más fuerte, la respiro. Siento latir su corazón. La siento respirar. La siento viva y real contra mí.

—Te dije que no vinieras sola —digo.

Mi voz está ronca, demasiado cerca de algo que no quiero que ella escuche. Ella me rodea con sus brazos, me abraza como si creyera que voy a desaparecer.

—¿Y perderme esto?

Sonríe, pero sus manos están temblando.

—Eres una maldita idiota, Sloane.

—Solo había tres tipos. Pensé...

Con los brazos todavía alrededor de mí, como si yo fuera quien podría desvanecerse.

—¿Tres? —la interrumpo antes de que pueda decir más—. Debe haber más de diez allá afuera. Debieron traer refuerzos.

—Porque me tienen miedo —dice, pero sé que no cree eso.

No puedo evitar que mi boca se curve en la comisura.

—Porque le tienen miedo a los Callahan, idiota.

Cortante. Pero quizás no lo suficientemente cortante para hacer que deje de hacer esto.

Todavía está temblando, y la abrazo con más fuerza. La sostengo como si yo mismo la haría dejar de respirar si alguna vez vuelve a escaparse. Ella aprieta con toda su fuerza, una risa atrapándose en su garganta mientras se inclina hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Y ahora qué? —pregunta, con la voz temblando muy ligeramente.

Acaricio su labio, limpio la sangre. Me aseguro de que lo sepa.

—Vas a volver a casa.

La adrenalina quema a través de mi sistema mientras nos alejamos rugiendo en mi moto, con los brazos de Sloane fuertemente apretados alrededor de mi cintura, su rostro presionado contra mi espalda. Las calles de Queens se difuminan en la autopista mientras escapamos, y puedo sentir su corazón latiendo contra mí, marcando el tiempo con el mío.

Empujo la moto con más fuerza, más rápido, poniendo distancia entre nosotros y el lugar de Reyes. El viento invernal muerde mi rostro, pero apenas lo noto. Todo en lo que puedo pensar es en ella, viva, respirando, aferrándose a mí como si yo fuera su ancla.

Me desvío hacia un mirador con vista al puente, apagando el motor. La ciudad se extiende debajo de nosotros, las luces brillan contra el cielo oscuro. Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Sus brazos permanecen aferrados a mí, su aliento cálido contra mi cuello.

Finalmente, ella se desliza, con las piernas temblorosas. La sigo, observándola cuidadosamente mientras camina hacia la barandilla y mira el horizonte. Me mantengo alejado, dándole espacio, aunque cada instinto me dice que la mantenga cerca.

—¿Estás bien? —pregunto, con voz áspera.

No se da la vuelta. —He estado mejor.

Me quito los guantes, guardándolos en mi bolsillo. Mis nudillos están en carne viva, ensangrentados, evidencia de lo que he hecho esta noche. Lo que haría de nuevo sin pensarlo.

—Podrías haberte matado —digo, las palabras más duras de lo que pretendo.

Ella se gira entonces, enfrentándome. Hay un moretón formándose en su mejilla, un corte en su labio. Algo feroz y primario surge a través de mí ante la vista. Quiero volver, terminar lo que empecé con Reyes y sus hombres.

—Lo sé. —Su voz es pequeña, temblorosa.

Me golpea entonces, la realización de lo cerca que estuve de perderla antes incluso de tenerla. Cómo me habría destruido encontrarla demasiado tarde. He visto la muerte antes, la he causado con mis propias manos, pero la idea de encontrar su cuerpo en esa habitación me enferma físicamente.

—No vuelvas a hacer eso —digo, acercándome—. Nunca.

Ella asiente, pero hay una sombra en sus ojos que me dice que no está haciendo promesas.

—¿Por qué viniste por mí? —pregunta.

La pregunta me toma por sorpresa. Como si alguna vez hubiera habido otra opción. Como si hubiera podido mantenerme alejado.

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa? —gruño.

—Una verdadera —dice ella, con la mirada firme—. Me dijiste que no fuera. Fui de todos modos. Podrías haberme dejado enfrentar las consecuencias.

Tiene razón. Eso es exactamente lo que habría hecho con cualquier otra persona. Dejar que aprendieran por las malas, si sobrevivían. Nunca he sido del tipo que limpia los desastres de otras personas, que se arriesga por los errores de otros.

Hasta ella.

—No pude —admito, las palabras como vidrio roto en mi garganta.

—¿Por qué?

Me acerco, lo suficientemente cerca para tocarla, pero conteniéndome. —Porque tú importas.

Sus ojos se abren ligeramente. —¿Para quién?

—Para mí —digo, la admisión desgarrando algo que he mantenido bajo llave—. No sé por qué. No sé cómo. Pero es así.

Ella me estudia, como si estuviera tratando de leer algo escrito en un idioma que no entiende del todo.

—Eso te asusta —dice. No es una pregunta.

No lo niego. —Sí.

—¿Por qué?

Me alejo, mirando la ciudad. El horizonte se difumina mientras los recuerdos surgen: el rostro aterrorizado de Alisa la primera vez que vio mi lado violento. Las lágrimas silenciosas de mi madre mientras limpiaba la sangre de la ropa de mi padre. La forma en que la gente nos mira, me mira a mí, sabiendo lo que significa el apellido Rosetti.

—Todos los que me importan terminan heridos —digo finalmente —. De una forma u otra.

—Ya me han herido —me recuerda.

—No por mí.

—¿Es eso lo que temes? —pregunta, acercándose—. ¿Que me harás daño?

Me vuelvo para enfrentarla. —Sé que lo haré.

Ella alza la mano, sus dedos suaves contra mi mejilla. Debería alejarme. Debería mantener la distancia. Pero no puedo obligarme a moverme.

—¿Y si no le temo a eso? —susurra.

—Entonces eres una maldita idiota —digo, pero sin fuerza.

Sonríe, y algo en mi pecho se abre. —Ya lo hemos establecido.

Atrapo su mano con la mía, manteniéndola contra mi rostro por un momento antes de bajarla. —Vamos a llevarte a casa.

No discute mientras montamos la moto de nuevo, sus brazos deslizándose alrededor de mi cintura como si pertenecieran allí. Como si ella perteneciera allí.

Y ese es el problema. Porque estoy empezando a pensar que así es. Empiezo a pensar que no puedo imaginarla en ningún otro lugar. Y eso me aterroriza más que cualquier cosa a la que me haya enfrentado.

Porque personas como yo no pueden conservar las cosas que aman. Las rompemos. Las perdemos. Las vemos alejarse.

Pero mientras la siento presionada contra mi espalda, su corazón latiendo al ritmo del mío, sé que lucharé como el demonio para cambiar eso. Para ser diferente. Para ser digno de ella.

Aunque me mate.

16

Sloane

Rafe conduce como si el mundo lo persiguiera, sin bajar de los cincuenta y sin molestarse en zigzaguear. Me aferro a su cintura por mi vida, apoyándome contra su espalda sólida y firme. Debería sentirse imprudente. Se siente seguro. El puente de Queensboro se arquea por encima, hierro e infinito, y lo abrazo con fuerza mientras las luces pasan borrosas. Mis muñecas me duelen por los nudos de Ethan, pero no es nada comparado con mi orgullo.

Rafe debe pensar que soy una completa idiota. Y tendría razón.

La mansión Rosetti se alza como un gigante de hielo en el Upper East Side. Altas cercas la rodean como cadenas. Las cámaras de seguridad brillan en la luz gris. Dios mío. Y yo que pensaba que ya estaba metida en un gran lío.

Rafe se detiene frente a una garita donde acechan hombres de negro. Ni siquiera habla, solo asiente, y nos dejan pasar. La grava del camino cruje bajo las llantas, y me presiono nuevamente contra su espalda. Esta no es solo la casa de algún matón de la mafia. Es una auténtica fortaleza.

Se detiene y apaga el motor.

—¿Es aquí donde vives? —pregunto.

—¿Algún problema? —Espera a que me baje de la moto, luego pasa su pierna por encima también.

—Pensé que solo eras muy bueno en tu trabajo. Ahora descubro que eres Tony Stark.

Rafe levanta una ceja oscura, pero una sonrisa tira de su boca. —Yo no construyo las armas —dice.

Mis manos tiemblan mientras miro hacia arriba. La casa se cierne, fría y majestuosa. Escalones de mármol conducen a puertas dobles lo suficientemente grandes como para que pase una carroza de desfile.

Antes de que podamos llegar a ellas, las puertas se abren de par en par. Un hombre está allí, más alto que Rafe, con el mismo cabello oscuro pero ojos más fríos. Su traje es impecable, su postura rígida.

—Domenico —dice Rafe con un leve asentimiento.

La mirada de Domenico se desliza sobre mí, evaluando, calculando. —¿Qué demonios es esto? —pregunta, con voz de acero —. ¿Trajiste a una civil a nuestra casa? ¿Con los Callahan respirándonos en la nuca por el ring de peleas?

Rafe avanza, protegiéndome a medias con su cuerpo. —Necesitaba un lugar seguro.

—¿Y qué hay de nuestra seguridad? —contraataca Domenico, sin moverse del umbral. Sus ojos se entrecierran mientras me mira otra vez—. ¿Siquiera sabes quién es? ¿A quién podría conocer? ¿Con quién podría hablar?

—Es Sloane Carter —dice Rafe—. Y no es una amenaza.

—¿Carter? —Una sombra cruza el rostro de Domenico—. ¿Algún parentesco con Jack Carter? ¿El ex policía?

Mi estómago se hunde. Levanto la barbilla, encontrando su mirada. —Es mi padre.

La risa de Domenico es corta y amarga. —Perfecto. Has traído a la hija de un policía a nuestra casa. —Se vuelve hacia Rafe—. ¿Has perdido la cabeza?

—Está retirado —interrumpo—. Y no sabe que estoy aquí.

—Como si eso importara —dice Domenico. Se vuelve hacia Rafe—. Esta no es una casa de acogida para desamparados. Sácala de aquí.

Rafe da un paso adelante, bajando la voz. —Los Callahan la están buscando. Está relacionada con esa chica que mataron hace unas semanas.

Eso capta la atención de Domenico. Sus ojos vuelven a mí, reevaluándome.

—¿Es cierto eso? —me pregunta directamente.

Asiento. —Maddy Torres era mi mejor amiga. La chica que mataron. He estado investigándolo.

—Y ahora sabes demasiado —termina Domenico. Suspira, pasándose una mano por el cabello—. Fantástico.

Otra figura aparece detrás de Domenico. Una mujer con rasgos elegantes y ojos afilados que no se pierden nada. —¿Qué está pasando? —pregunta, con un acento melodioso.

—Rafe trajo a casa a una desamparada —le dice Domenico—. Con un policía por padre.

La mujer me estudia con el frío desapego de una científica examinando un espécimen. —Entrega tu teléfono —dice, extendiendo la palma—. Ahora.

Dudo, aferrando mi teléfono con más fuerza. —¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no vas a poner un pie en esta casa hasta que sepamos que no has estado rastreando tu ubicación o grabando algo —explica, con un tono que deja claro que esto no es negociable.

Rafe me mira. —Es temporal —dice en voz baja.

Trago saliva y coloco mi teléfono en la mano extendida de la mujer. Ella se lo pasa a Domenico, quien se lo guarda sin decir palabra.

—Y tu reloj —añade, mirando mi muñeca—. ¿Algo más inteligente o conectado?

Me quito el reloj, sintiéndome cada vez más vulnerable. —Eso es todo.

La mujer asiente, aparentemente satisfecha. —Se queda en el ala este. Acceso restringido. Nada de deambular.

Domenico no parece feliz al respecto, pero se hace a un lado. —Una noche —le dice a Rafe—. Después discutimos esto como familia.

Rafe no discute. Coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me guía dentro de la casa. Al pasar junto a Domenico, siento su mirada quemándome como un toque físico.

El vestíbulo es cavernoso, con techos altos y pisos de mármol que hacen eco con nuestros pasos. Todo reluce, acero, vidrio, piedra.

Incluso el arte es del tipo que solo encuentras en museos elegantes, todo abstracto e incomprensible.

—Tu hermano parece agradable —murmuro en voz baja.

Rafe casi sonríe. —Es cauteloso. Por buenas razones.

—¿Y la mujer?

—Besiana. La esposa de Dom. —Me mira de reojo—. No dejes que te escuche llamándola así.

Nos movemos rápidamente por la casa, pasando puertas cerradas y voces susurrantes. Siento ojos sobre mí desde cada sombra, cada esquina. Esta no es la bienvenida que esperaba, pero entonces, ¿qué esperaba? ¿Ser recibida con los brazos abiertos por una familia criminal?

Rafe se detiene en un largo pasillo. Cuento más puertas de las que puedo creer.

—Estarás segura aquí —dice, quitándose los guantes y metiéndolos en el bolsillo de su abrigo—. Cámaras, guardias. Nadie pasará.

Me froto la muñeca, donde las quemaduras de la cuerda todavía están en carne viva. —¿Es mal momento para preguntar si soy una prisionera?

Frunce el ceño, luego se inclina, y me llega un aroma de su colonia, fuerte y limpia. —¿Crees que pasé por todos esos problemas solo para mantenerte encerrada? —pregunta—. Si fuera a hacer eso, al menos te pondría en cadenas de oro.

—Bueno —digo, tratando de no derretirme como un charco—. Al menos combinarían con la decoración.

Antes de que pueda responder, se acercan pasos desde detrás de nosotros. Me giro para ver a un hombre delgado con sudadera, sus ojos oscuros observándome con desconfianza no disimulada.

—Este es Emilio —dice Rafe—. Mi hermano.

Emilio no ofrece su mano. —Necesitamos hablar —le dice a Rafe, ignorándome por completo—. Ahora.

Rafe suspira. —¿Puede esperar?

—No —dice Emilio rotundamente. Su mirada se dirige a mí—. Asuntos familiares.

El rechazo es claro. No soy familia.

—Adelante —le digo a Rafe—. Estaré bien.

Rafe duda, mirando entre nosotros. —Emilio...

—Ya hice una verificación de antecedentes —interrumpe Emilio—. Licenciatura en Stanford. Candidata a doctorado en Psicología. El padre es Jack Carter, ex miembro del NYPD, especializado en crimen organizado. La madre es Nigella Carter, profesora de inglés en secundaria. El hermano Frank, la hermana Lisa.

Mi boca se abre. —¿Cómo pudiste...?

—Es lo que él hace —explica Rafe. Se vuelve hacia Emilio—. ¿Y?

—Y está limpia —admite Emilio a regañadientes—. Sin contactos policiales aparte de su padre. Sin conexiones en redes sociales con nadie que nos deba preocupar. Sin transacciones financieras sospechosas.

—¿Ves? —dice Rafe—. Te lo dije.

Emilio se encoge de hombros. —Te has equivocado antes.

La tensión entre ellos es palpable. Me muevo incómoda, dolorosamente consciente de que soy la causa.

—La llevaré al ala este —dice Emilio finalmente—. Tú ocúpate de Dom.

Rafe me mira. —¿Estás bien con eso?

Asiento, aunque mi estómago se revuelve con ansiedad. —Claro.

Rafe le da a Emilio una mirada dura. —Sé amable.

La sonrisa de Emilio no llega a sus ojos. —Siempre lo soy.

Rafe me aprieta brevemente el brazo, luego se da vuelta y regresa por donde vinimos. Lo veo irse, luchando contra el impulso de llamarlo.

—Por aquí —dice Emilio, ya moviéndose por el pasillo.

Lo sigo, tratando de mantener su ritmo rápido. —Entonces, ¿eres el chico de la tecnología o algo así? —pregunto, intentando romper el hielo.

—Algo así. —No reduce la velocidad ni mira atrás.

Doblamos por otro pasillo, luego por otro. La casa es un laberinto, y me doy cuenta con creciente inquietud de que no tengo idea de cómo encontrar el camino de regreso.

—¿Cuántos son ustedes? —pregunto—. Rosettis, quiero decir.

—Demasiados —responde Emilio. Se detiene repentinamente en una puerta, sacando una llave de su bolsillo—. Esta es tu habitación. Baño por allá. No salgas sin escolta.

La habitación que abre es como una suite de hotel, solo que más impersonal. La cama podría caber una familia de cinco.

—Hay una ducha por allá —dice, señalando una de las puertas—. Y ropa en el armario.

Me río nerviosamente. —Por favor, dime que los Rosetti tienen una colección grunge.

Emilio no sonríe. —¿Por qué estás aquí? —pregunta sin rodeos.

La pregunta me toma por sorpresa. —Yo... Rafe me trajo. Después de lo que pasó con Ethan.

—No —dice Emilio, su voz suave pero insistente—. ¿Por qué estás involucrada en todo esto? Los Callahan, Dale, el asesinato de tu amiga. ¿Cuál es tu estrategia?

—¿Mi estrategia? —repito, incrédula—. Maddy era mi mejor amiga. Fue asesinada. Quiero saber por qué.

Emilio me estudia, su expresión indescifrable. —¿Y eso es todo? ¿Sin fantasías de venganza? ¿Sin agenda secreta? ¿Sin planes de correr con papi con todo lo que descubras?

La ira se enciende en mi pecho. —Mi padre no tiene nada que ver con esto.

—Es policía.

—Ex policía —lo corrijo—. Y no sabe nada sobre lo que estoy haciendo. Piensa que estoy centrada en la escuela, en mi tesis.

—¿Y no tiene idea de que su hija anda con la familia Rosetti? —presiona Emilio.

—No —digo con firmeza—. Y me gustaría que siguiera así.

Emilio me observa por un largo momento, como si esperara que me quebrara bajo su escrutinio. Finalmente, asiente. —La cena es a las siete. Alguien vendrá por ti. —Da un paso atrás hacia el pasillo—. La puerta se cierra con llave desde afuera.

Antes de que pueda protestar, cierra la puerta. Escucho la llave girar en la cerradura, y luego silencio.

Estoy sola en una habitación extraña en la mansión de una familia criminal, sin teléfono, sin reloj y sin salida. Me hundo en el borde de

la cama, abrumada. El edredón es suave bajo mis dedos, pero la enormidad de los eventos del día pesa sobre mí como una manta de plomo.

Paso mis dedos sobre mi brazo, sobre un moretón que no sabía que tenía hasta ahora. Sangre seca forma costras en mis muñecas. La habitación es hermosa, tan fuera de lugar. Y Rafe se ha ido, dejándome a merced de su suspicaz familia.

No esperaba esto. No esperaba la frialdad, el interrogatorio, la puerta cerrada con llave. Pero, ¿qué esperaba? ¿Que entraría bailando a la mansión Rosetti y sería recibida con los brazos abiertos? ¿Que confiarían en mí inmediatamente, solo porque Rafe parecía hacerlo?

Soy una idiota.

Me levanto y me dirijo al baño, haciendo una mueca ante mi reflejo en el espejo. Mi cabello es un desastre enmarañado, mi rostro pálido y demacrado. Hay una mancha de sangre en mi mejilla que ni siquiera sabía que estaba allí.

La ducha es tan lujosa como el resto de la habitación, con múltiples chorros y accesorios cromados brillantes. La enciendo, dejando que el agua corra caliente, luego me quito la ropa sucia y me meto bajo el chorro.

El agua escuece mis muñecas quemadas por la cuerda, pero agradezco el dolor. Me conecta con la realidad, me recuerda que estoy viva. Que sobreviví.

Mientras estoy bajo el agua golpeante, intento procesar todo lo que ha sucedido. Ethan. Los Callahan. Rafe rescatándome. Y ahora, encerrada en una habitación de la mansión Rosetti, tratada como una amenaza potencial.

Necesito ser inteligente en esto. Necesito demostrarles que no soy un peligro, que se puede confiar en mí. Que estoy de su lado.

Porque me guste o no, parece que los Rosetti son mi única opción ahora. Mi única oportunidad de descubrir qué le sucedió realmente a Maddy. Mi única oportunidad de justicia.

Y si eso significa soportar su sospecha, sus interrogatorios, sus puertas cerradas con llave, entonces eso es lo que haré.

Les demostraré mi valía. Me ganaré su confianza.

Lo que sea necesario.

17

Sloane

Me despierto con el sonido de una llave girando en la cerradura. Mi corazón se acelera cuando la puerta se abre, revelando a Emilio de pie en el pasillo, con el cabello oscuro cayendo sobre su frente. Me incorporo apoyándome en los codos, todavía aturdida después de una noche de sueño agitado.

—Buenos días —dice, con rostro inexpresivo.

Lo miro con cautela. —¿Me van a trasladar, o...?

—Se te concede acceso limitado a las áreas comunes —responde, como si leyera de algún reglamento invisible—. Cocina, sala principal, patio. Todo lo demás sigue fuera de límites sin escolta.

Me siento completamente, sorprendida. —¿Qué cambió?

Emilio se apoya en el marco de la puerta, estudiándome. —Dom y Besiana pasaron la mitad de la noche discutiendo sobre ti. Rafe respondió por ti. Repetidamente. —La comisura de su boca se curva —. Y a gritos.

La idea de que Rafe me haya defendido envía un revoloteo por mi pecho que rápidamente intento suprimir.

—¿Entonces ya no estoy restringida? —pregunto, tratando de mantener mi voz neutral.

—Llamémoslo un período de prueba —dice Emilio—. No hagas que nos arrepintamos.

Con eso, se da la vuelta y se aleja, dejando la puerta intencionadamente abierta. Un mensaje claro: puedes salir, pero seguimos vigilando.

Sacudo la cabeza y miro alrededor. La habitación es brillante y moderna, con bordes afilados y luz fría, con una alfombra blanca como nieve fresca. Mi ropa está en un montón ordenado, lavada y doblada. Es dulce pero espeluznante, como si alguien hubiera estado rondando mientras duermo. Probablemente cincuenta personas en esta familia.

Todo vuelve de golpe. La confrontación con Ethan. Rafaele irrumpiendo para encontrarme justo cuando empezaba a entrar en pánico y atrayéndome contra su pecho, calmándome con palabras más suaves y silenciosas de las que jamás pensé que podrían salir de su ser grande y áspero. Luego la enorme y extensa mansión en la que vive con su familia, como una especie de príncipe americano moderno.

El baño es tan grande y elegante como todo lo demás, todo cromo y vidrio. Me ducho, tratando de ajustar la temperatura antes de convertirme en una paleta helada, luego me pongo mis jeans y camiseta recién lavados. No hay señal de mi abrigo. Me peino el cabello con los dedos y sacudo el resto del agua, temblando.

Cruzo hacia el inmenso vestidor que encontré ayer y echo un vistazo lento y detenido. Vestidos y trajes, principalmente. Todo parece caro y nuevo, todavía en las perchas. La mitad de estas cosas aún tienen etiquetas. Revuelvo entre los estantes, sintiéndome como un mapache que ha tropezado con una boutique del Upper East Side. Incluso hay un par de Manolos de mi talla.

Hay seda por todas partes. Negro por todas partes. Estilo Rosetti, supongo.

Finalmente, encuentro un simple suéter negro y me lo pongo rápido sobre la cabeza, murmurando una pequeña disculpa a Coco Chanel. Al menos me queda bien. Me pongo unas botas que nunca elegiría por mí misma y salgo al pasillo.

La mansión está en silencio cuando abro la puerta, sin señales de vida. Es como vivir dentro de un pueblo fantasma de lujo.

Deambulo por el pasillo, con el cabello aún húmedo, y miro en habitación tras habitación. Todo está ordenado, austero, impersonal. Nadie se ha molestado con nada acogedor o hogareño. Apuesto a que hasta las telarañas tienen un aire minimalista.

Sigo el aroma del café recién hecho y me encuentro en la cocina. Sin la adrenalina corriendo por mi cuerpo, puedo apreciarla adecuadamente. Es enorme, más parecida a un restaurante que a cualquier cosa que haya visto en una casa. Los mostradores se extienden por kilómetros. Los electrodomésticos elegantes brillan bajo las luces, totalmente sin usar, y todo el lugar huele a pintura nueva y dinero. En medio de todo, como si me hubiera estado esperando, está uno de los hermanos.

Es mucho más alto que yo y delgado, con ojos grises penetrantes y cabello negro azabache. Es el único Rosetti además de Rafe que he visto sin traje. Lleva una sudadera con capucha y jeans, y se mimetiza tanto que casi no lo veo.

—Eh, buenos días —digo, de repente consciente de lo fuerte que estoy siendo en esta silenciosa mansión.

Levanta una ceja y sonríe como si acabara de contar un buen chiste.

—Carmela pensó que tal vez huirías —dice en voz baja—. Estuviste despierta hasta tarde.

—Lo pensé —admito, preguntándome quién demonios es Carmela —. Pero las habitaciones son agradables, y Rafe me prometió desayuno.

Corta una naranja con un cuchillo demasiado grande para el trabajo, y la manera en que la rebana es quirúrgica, como si pudiera ser un extra en una película de mafiosos llamada "El Asesino de la Cocina".

Observo sus manos, sintiendo nervios por la naranja.

—¿Y tú eres? —pregunto—. ¿El callado? ¿El aterrador? ¿El del desayuno?

Hace una pausa como si estuviera decidiendo cuál elegir.

—Emilio —dice finalmente.

—Bueno, yo soy Sloane —ofrezco—. No aterradora. Ruidosa. No puedo cocinar ni para salvarme la vida.

Levanta la mirada, más interesado ahora. —Estudiante de posgrado —dice como si fuera un hecho.

—¿Tan obvio?

—Rafe dice que nos estás estudiando.

Me río, sintiendo que mis mejillas se calientan.

—Es un poco intenso, ¿no?

—Más que un poco. —Emilio sonríe con suficiencia, y tengo la sensación de que es más peligroso que el resto de ellos porque se sienta y observa, sin perderse nada.

—Solo no le digas que dije eso —añado—. Me gustaría sobrevivir la semana.

—Inteligente —dice.

Hace que cortar parezca sin esfuerzo, y me encuentro retrocediendo, sintiéndome más nerviosa de lo que quiero admitir. Ese cuchillo es grande y afilado, y tengo flashbacks a la última vez que estuve cerca de algo tan afilado. Emilio no pierde el ritmo. Pela la naranja en una pieza perfecta y me mira fijamente con esos ojos grises como si me tuviera toda descifrada.

—Entonces —digo, acercándome a la puerta—. ¿Toda la familia vive aquí? ¿Solo los que conocí ayer, o hay algún otro hermano o hermana que debería conocer?

—Pregúntale a Carmela —responde con una insinuación de sonrisa —. Te hará una hoja de cálculo.

—Carmela es...?

—Nuestra hermana menor.

Jesús, ¿cuántos de estos Rosetti hay? Tal vez debería estudiarlos como sugirió Emilio, puramente desde una capacidad profesional, por supuesto.

El cuchillo hace un corte, y ya no puedo soportarlo más.

—Bien —digo rápidamente—. Creo que iré a dar un paseo, ya sabes, explorar el terreno. Familiarizarme.

—Cuidado con los guardias —advierte—. Muerden.

—Correré el riesgo.

Escapo antes de perder un dedo, vagando por un largo pasillo, finalmente encontrando la puerta que da al jardín.

El jardín es como una jungla. Una jungla ordenada y cara donde todo está bajo control. Me mantengo en el camino, todavía sintiéndome enjaulada. Las cámaras de seguridad me guiñan como si yo fuera la broma del día. Setos altos conducen a una fuente con una estatua de algún romano desnudo que parece miserable, probablemente por todos los cielos grises. Estoy empezando a relajarme cuando veo algo que me hiela la sangre. Un pequeño perro color chocolate, algún tipo de caniche. Me congelo, y mi estómago se retuerce en un nudo mientras los recuerdos vuelven rápidamente.

Por un segundo, no puedo moverme. Es como si el tiempo se hubiera detenido. Tengo doce años nuevamente, y el mundo se desmorona a mi alrededor. Salgo de mi estupor y me doy vuelta, pero el perro es más rápido. Se dirige hacia mí como un tren fuera de control, y mis pies no quieren cooperar. Tropiezo con un arbusto perfectamente cuidado y caigo con fuerza en el camino. Oigo un ladrido y me apresuro a levantarme. Mi corazón está acelerado, palpitando, retumbando en mis oídos.

Se está acercando. Demasiado cerca.

—Aléjate —jadeo—. Por favor, solo aléjate.

El perro se detiene en seco e inclina la cabeza. Parece feliz. Amigable. Exactamente lo contrario de cómo me siento.

—¡Paz! —una voz está llamando, pero no puedo decir de dónde viene—. ¡Paz!

Empiezo a levantarme de nuevo, tratando de recordar cómo respirar, pero el perro me rodea, curioso, y estoy tan mareada de pánico que ni siquiera puedo ponerme de pie.

—Detente —suplico—. Solo detente.

Las lágrimas nublan mi visión, y me acurruco en una bola. Es demasiado, y el pasado me está arañando. De repente, unos brazos fuertes me levantan, y miro hacia arriba para ver un rostro familiar, áspero y serio.

—Te tengo —dice Rafe, levantándome como si no pesara nada.

Agarro su camisa y me aferro, apenas consciente de adónde vamos. El perro salta a su alrededor, lo que no ayuda. No me baja hasta que estamos adentro y lejos de todos los recuerdos. Lejos de aquello que no puedo soportar enfrentar.

La sala de estar es tan fría como el resto de la casa, pero está tranquila, e intento recuperar el aliento. Rafe me coloca en el sofá y se arrodilla frente a mí, sus ojos azul hielo más suaves de lo que jamás los he visto. Espera mientras tiemblo y jadeo, sin decir una palabra, y esa preocupación silenciosa atraviesa el pánico.

—Lo siento —logro decir—. Lo siento mucho, mucho.

—Olvídalo —dice él—. ¿Estás bien?

—No —digo, sacudiendo la cabeza, sintiendo las lágrimas otra vez —. Realmente no lo estoy.

Me observa, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza. Me siento tan expuesta, como si pudiera ver a través de mí, pero no puedo parar ahora. Las palabras salen antes de que pueda retenerlas.

—Es el perro —digo—. No sabía... No podía...

—Es inofensivo —dice Rafe, pero su voz no es tan segura como sus palabras—. Te lo juro.

—No es eso —digo, limpiándome los ojos con el dorso de la mano, y no hace nada para detener el diluvio—. Soy yo. No puedo... Cuando era niña, tenía un perro. Estábamos jugando, y yo tenía un cuchillo, y fue un accidente, pero fue malo, y...

Me detengo, los recuerdos volviendo a golpearme, sintiendo como si me estuviera partiendo. La mano de Rafe está sobre la mía. Cálida y firme.

—¿Y? —me anima.

—Todos pensaron que lo maté —susurro—. Todos pensaron que lo hice a propósito.

Guarda silencio por un largo momento, y tengo miedo de levantar la mirada. Miedo de ver lo que hay en esos fríos ojos suyos.

—Fue un accidente —digo—. Todos piensan que no lo fue, pero lo fue.

Mi garganta se cierra, como si tuviera once años otra vez, asustada e incapaz de respirar.

—No quise hacerlo —digo.

Espero que se encoja. Estoy acostumbrada a verlo, el momento en que empiezan a dudar de mí. Él no lo hace.

Las palabras vienen rápido, más rápido de lo que puedo pensar.

—El cuchillo se resbaló justo cuando él saltó sobre mí, y todo sucedió tan rápido. Había sangre por todas partes. Intenté detenerla. Intenté ayudarlo, pero papá nos encontró, y había tanta sangre, y yo estaba cubierta de ella, y nadie... nadie me creyó.

Todo el mundo cae en silencio. El calor de la habitación, la presión, se acercan.

—Lo sostuve en mi regazo hasta que dejó de moverse. Bear. Se llamaba Bear. Y nadie me creyó. Ni siquiera mi propia familia.

—Sloane...

—No importaba cuántas veces se los dijera —digo, con voz delgada y quebradiza—. Papá, mamá, Frank, incluso Lisa, y ella era demasiado joven para recordarlo. Nunca lo dicen en voz alta, pero lo escucho de todos modos.

—Son unos idiotas.

—Son mi familia. —Apenas puedo pronunciar las palabras.

—Siguen siendo idiotas.

Lo miro, confundida. —¿Cómo puedes decir eso? Ni siquiera sabes...

—Sí, lo sé —interrumpe.

—Me ha perseguido toda mi vida —continúo. Tengo que hacer que él entienda. Tengo que saber por qué no está huyendo como todos los demás—. Papá me llevó a terapia. Mamá me dijo que lo superara. Lo intento, pero siguieron mirándome como si fuera una especie de...

—No lo eres.

No puedo parar. Soy una represa con demasiadas grietas. —Psicópata. Asesina. Homicida. Me enviaron a un internado, y seguí esperando el momento en que vieran que no fue mi culpa, cuando finalmente entendieran. Pero nunca llegó. Incluso después de irme. Incluso cuando pensé que lo había dejado todo atrás, simplemente sigue persiguiéndome.

—Sloane.

Al tono bajo de su voz, lo miro. —¿Sí?

—No importa.

Parpadeo.

Sacudo la cabeza, incrédula.

—No entiendes. Soy un monstruo —digo.

Él deja escapar una risa seca y breve.

—He matado cosas peores que un perro.

Lo miro fijamente, a este hombre imposible, sin saber qué pensar de él, sin saber cómo darle sentido a nada de esto.

Él es firme. Calmado. Como si nada de eso importara. Como si yo no fuera el desastre que creo ser.

—Estás helada —dice, su voz baja, atrayéndome.

—Yo...

—Vamos —dice, envolviéndome nuevamente, un refugio oscuro.

Es tan diferente de todo lo que imaginé que sería. Y me golpea, como una ola que choca con fuerza.

Lo único que puedo hacer es fundirme en ello. En él.

Antes de darme cuenta, él está ahí, más cerca que cerca. Su boca en la mía, cálida, áspera, perfecta. Me envía una descarga, y me dejo caer en ello, en él, con todo lo que tengo. Es desesperado y deseoso, todo lo que no sabía que había estado esperando. La sensación de ser comprendida. De ser querida, sin duda ni miedo ni vergüenza.

Me besa con fuerza, atrayéndome más profundamente, más estrechamente. Y es perfecto, cada bit de ello. Años de no ser creída, de contenerme, de nunca tener lo que necesito. Todo explota en el calor de este momento, y creo que podría perderme en ello. Quiero hacerlo.

Luego termina. Él se aleja, lento y deliberado. Sus ojos permanecen en mí, manteniéndome en mi lugar, y veo un destello de algo en ellos.

—No tienes que fingir conmigo, Carter.

Me siento deshecha. Expuesta. Inestable.

Tiene razón, sin embargo. Por primera vez, alguien lo ve todo. Y el peso de eso es increíble.

—No tienes que fingir —dice de nuevo, con voz más suave, atrayéndome como la gravedad, y esta vez, sé que me quedaré.

18

Rafaele

Besarla es una jodida revelación. No esperaba la suavidad. La dulzura. No esperaba querer más. La sensación de Sloane perdura en mis labios, más peligrosa que cualquier cosa que haya probado antes. Debería alejarme. Pero me hundo más profundamente, ahogándome en ella, sabiendo que es el último lugar donde debería estar.

Ella sigue en el sofá, y yo estoy arrodillado frente a ella. Su cuerpo se derrite contra el mío. Absorbo su aroma, su calor. Nada de lo que he hecho antes me prepara para cómo ella hace que mi cabeza dé vueltas. Es eléctrico, explosivo. Mejor que el sexo. Mejor que cualquier cosa que haya sentido en años, quizás nunca. Y aquí estoy, un adicto necesitando otra dosis, ya demasiado enganchado para mi propio bien.

No soy nada bueno para ella. No sabe en lo que se está metiendo. Piensa que matar a un perro es el peor crimen que una persona puede cometer, por el amor de Cristo. Si alguna vez descubre la verdad sobre mí, sobre los cuerpos que he enterrado... maldita sea, seré yo quien termine desangrándome en la cuneta. Lo inteligente sería terminarlo antes de que comience. Pero no me siento inteligente. Me siento estúpido. Imprudente y egoísta. Desesperado por hacerla mía.

El rostro de Alisa aparece en mi mente, repentino e invitado. La última mujer que pensó que podía manejarme. La que me miró con los mismos ojos brillantes hasta que vio lo que realmente soy. El asco en su cara esa noche todavía me persigue. La noche en que me vio mandar a un hombre al hospital por faltarle el respeto a mi hermana. Todavía recuerdo cómo retrocedía, cómo esos ojos grandes se entrecerraban, cómo esa boca que solía sonreírme se retorcía horrorizada.

—Eres un monstruo —había susurrado.

Y tenía razón.

Su sabor permanece conmigo, incluso cuando intento concentrarme en por qué esto es una mala idea. Ella me verá por lo que soy. Un asesino, no un amante. Un hombre con demasiada sangre en sus manos. ¿Y ella? Es luz y suavidad. Brillante. Voy a apagarla. Pero incluso pensando eso, todo lo que quiero es otro beso. Ella me quema por dentro. Y me aterra. Esta mujer es letal.

Tengo que controlarme. Nunca perdonará las mierdas que he hecho. Pero que me jodan si no es lo único que quiero. Debería acabar con esto. Detener lo que sea que esto es antes de que me clave sus garras.

Pero no lo hago. La beso de nuevo, más brusco esta vez, como si pudiera aplastar el deseo con pura fuerza. Solo hace que la desee más. Saboreo su sorpresa, su deseo, todo ello matizado por la curiosidad que la impulsa, que debería hacerme alejar y correr como el infierno.

Ella no está huyendo.

Pero yo necesito hacerlo, ¿no? Intento recordarlo, pero la sensación de ella, su aroma, hace que todo sea jodidamente confuso.

Así que hago lo más difícil que he hecho jamás. Me aparto.

Mi cabeza da vueltas. Mi pulso martillea tan fuerte que duele. En el segundo en que mis labios dejan los suyos, sé que hice lo correcto. Es la única manera de evitar ser absorbido por ella otra vez.

Me pongo de pie. Doy un paso atrás. Paso una mano por mi cabello.

—Esto es un error —digo.

Veo la mirada en sus ojos. Me golpea como un puñetazo en el estómago. Pero necesito que esto termine. Necesito dejarla ir. Y ella necesita dejarme ir, aunque todavía no lo comprenda.

—No podemos hacer esto, Sloane.

Sus labios se separan, pero no le permito decir una palabra.

—No puedo hacer esto —aclaro.

Ella también se pone de pie, así que no estoy por encima de ella, aunque todavía no está ni cerca de mi altura. Sus ojos son afilados, como si tratara de diseccionarme aquí mismo.

—¿Es por lo del perro?

—No. No seas tonta.

—¿Entonces por qué?

Me doy la vuelta, incapaz de sostener su mirada. La verdad arde en mi garganta, exigiendo ser liberada. Algo en ella me hace querer ser honesto, y eso me asusta más que cualquier cosa.

—Estás de luto —digo finalmente, mi voz más baja de lo que pretendía—. Buscas una distracción, algo que te haga sentir mejor. Que te haga olvidar. Lo entiendo. Pero no soy yo.

Sus ojos se entrecierran. —No es eso lo que esto es.

—¿No lo es? —Me vuelvo para enfrentarla—. Perdiste a tu amiga, estás buscando respuestas, estás vulnerable. Y yo soy... conveniente.

—¿Conveniente? —Ella se ríe, afilada e incrédula—. Eres el hombre menos conveniente que he conocido.

—Sabes a lo que me refiero.

—No, realmente no lo sé.

Me paso una mano por la cara, sintiendo el peso de las palabras que necesito decir.

—He estado aquí antes, Sloane. Con alguien que pensó que quería lo que soy. Hasta que lo vio de cerca.

Su silencio me impulsa a continuar, y por una vez, no me detengo.

—Su nombre era Alisa. Le encantaba el peligro, el filo. Hasta que no. Hasta que vio lo que realmente soy.

—¿Y qué eres, exactamente?

—Un Rosetti —digo, con el apellido pesado en mi lengua—. Un hombre que lastima a la gente por dinero. Que es bueno en ello.

Ella no se estremece, y eso me enfurece más. Me hace querer que entienda.

—Me dejó la noche que me vio mandar a un hombre al hospital —continúo, las palabras derramándose ahora—. Solo por mirar mal a mi hermana. Un minuto pensaba que yo era emocionante, al siguiente me estaba llamando monstruo. Y tenía razón.

—No soy ella —dice Sloane en voz baja.

—No, eres peor —suelto—. Porque ni siquiera tienes miedo. Eres tan jodidamente terca que no puedes ver lo que está frente a ti.

—No es lo que quieres.

Su voz es cortante, pero escucho la ira detrás.

—No sabes lo que quiero —dice ella—. No sabes lo que puedo manejar.

Me hace reír. No porque sea gracioso, sino porque necesito alejarla más. Necesito enfurecerla tanto que se vaya y me deje solo con mis arrepentimientos.

—Créeme. No puedes manejarlo.

Su mandíbula se tensa. Sus ojos se oscurecen un tono.

—¿Es así?

—Sí. Es así.

La miro fijamente, tratando de recordar por qué este es un buen plan cuando se siente tan equivocado.

—¿Entonces qué? —dice ella, con voz tensa—. ¿Tú decides por los dos?

—Deberías agradecérmelo. —Mi pecho arde mientras lo digo—. Piensas que matar a un perro es el peor crimen que alguien puede cometer, por el amor de Dios.

—¿Y tú crees que me conoces?

Su mirada está fija en la mía, sin parpadear, desafiándome a que aparte la vista.

Algo se quiebra en mí. ¿Cómo demonios logra hacer eso? Quebrarme cuando pienso que soy piedra. Me quedo en silencio, sabiendo que debería dejarla tener la última palabra. Dejarla ganar esta ronda.

—Eres un cobarde —dice, cada palabra fría y precisa.

Duele más de lo que pensé que lo haría. Doy otro paso atrás, asegurándome de que la distancia sea real.

—Llámame como quieras. No cambia los hechos.

—Los hechos —dice, con un toque de sarcasmo.

Cruza los brazos, tan calmada que hace que mi sangre hierva.

—Sí. Los hechos.

Quiero sacudirla. Quiero acercarla y nunca dejarla ir.

—No somos una buena idea —digo.

—Tal vez me gustan las malas ideas.

No puedo creerlo. La forma en que simplemente lo dice. Como si no estuviéramos hablando de la diferencia entre la vida y la muerte. Entre el cielo y el infierno. Me enfurece, pero más que eso, hace que la desee aún más. Maldita sea. Maldita sea la forma en que se mete bajo mi piel.

—No sabes lo que estás diciendo.

—¿Sabes cuál es tu problema? —dice, inclinando la cabeza hacia un lado.

Espero, con ira y lujuria corriendo salvajes por mis venas.

—Crees que me estás haciendo un favor, alejándome. No es así.

Me vuelve loco la forma en que convierte todo lo que digo en otra cosa. La forma en que ni siquiera se inmuta. Estoy tan acostumbrado a que la gente se eche atrás, huya. Sloane se mantiene firme, y es la cosa más jodidamente excitante que he visto.

Me siento vacilante, queriendo ceder, tomar lo que ella ofrece. Pero el rostro de Alisa aparece en mi mente de nuevo, la forma en que me miró como si fuera algo roto, algo a lo que temer. No puedo soportar ver esa mirada en el rostro de Sloane. Prefiero alejarla ahora que verla irse más tarde, cuando me haya permitido creer que podría quedarse.

—Quítate de mi vista, Carter —siseo—. No necesito a una princesita privilegiada con complejo de salvadora del mundo metiendo sus narices en mis asuntos. Todo lo que haces es meterte en problemas como un maldito gatito en un incendio, y no necesito

un jodido gatito. Quédate en mi casa hasta que pase el peligro, pero mantente fuera de mi espacio personal.

Sus ojos verdes arden de furia. —Pendejo.

Hago una reverencia burlona. —Ahora lo entiendes.

Mientras ella se da vuelta para irse, algo frío y hueco se instala en mi pecho. Me digo a mí mismo que es alivio, que he hecho lo correcto. Que nos he salvado a ambos de algo que solo terminaría en desastre.

Pero cuando la puerta se cierra de golpe detrás de ella, sé que es una mentira. No la estoy protegiendo de mí, me estoy protegiendo a mí de ella. De la forma en que me hace sentir humano de nuevo. De la aterradora posibilidad de que pueda ver todo de mí y no huya.

Justo como lo hizo Alisa.

19

Sloane

Mi habitación está tan vacía como me siento yo. Hace un frío terrible aquí. El invierno se filtra por cada pared, haciendo que todo me recuerde a él. Cómo pasó del fuego al hielo, de besarme como si fuera su última comida a actuar como si yo fuera veneno. ¿Por qué tiene que ser tan irritante? Un segundo, pienso que me entiende, al siguiente, quiero gritar. Y lo peor es que me hace dudar de mí misma. ¿Soy solo una princesa a sus ojos, demasiado frágil para su mundo? Lo odio por hacerme desearlo.

Repaso toda la escena en mi cabeza, cada palabra de su rechazo cortando más profundo en la repetición. —No es lo que quieres — dijo, como si yo no conociera mi propia mente. Como si la honestidad de mi confesión —sobre Bear, sobre todo— no significara nada comparado con su odio personal sombrío. Abrió la puerta lo suficiente para que pudiera ver el interior, y luego me la cerró en la cara.

Debería estar enojada. Estoy enojada. Pero debajo de eso hay algo peor. Dolor. El tipo de dolor que se siente como una grieta extendiéndose por el vidrio. Me dejo caer en la cama y miro al techo, tratando de ignorar cómo su sabor aún persiste en mis labios. Tal vez tenga razón. Tal vez esto es un error. Tal vez solo estoy buscando una distracción del dolor, del caos del asesinato de Maddy.

Pero no se siente así. Se siente real. Demasiado real. Y eso es lo que me aterroriza.

Entierro mi cara en la almohada, mitad riendo, mitad gimiendo. ¿Quién se cree que es? Un minuto estoy lista para treparlo como un gimnasio de la jungla, al siguiente quiero estrangularlo. Besa como si se estuviera ahogando, como si yo fuera el aire que necesita. Y le devolví el beso. Por completo. Sé qué tipo de hombre es, pero por un momento, no importó. Quería que fuera el que lo hiciera mejor. El que no me culpa por todo, incluyendo cosas que no puedo controlar.

Luego, de la nada, se aleja. Me deja hecha pedazos.

Estoy tan enojada. Pero no es el tipo de enojo que se extingue. Se sienta pesado, ardiendo como brasas que no quieren morir. Me levanto de la cama y camino por la habitación, frotando mis brazos para calentarme. Es inútil. Nada aquí se siente cálido, no con él en mi mente. Todo en esta mansión es demasiado grande, demasiado frío. Como él. En el momento en que creo que lo tengo descifrado, me lanza una bola curva y estoy de vuelta en el punto de partida, más confundida que nunca. Más enojada que nunca.

Pero enojada de una buena manera, si es que existe tal cosa. El tipo de enojo que me hace estar aún más segura de que tengo razón sobre él. El tipo que me hace querer demostrarle que está equivocado sobre mí.

Cuando me besó, cuando me tocó, fue como si me estuviera dando un vistazo. Solo un pequeño pedacito de cómo podría ser si me dejara entrar. Más que solo calor y cuerpos chocando. Era pura adrenalina. Era crudo y real, y no se contuvo. Ni por un segundo.

Hizo que todo lo demás se desvaneciera. Todo excepto él y yo.

No debería permitir que me haga esto. Se supone que soy yo quien entiende a las personas, ¿verdad? Es lo que estudio. Es en lo que soy buena. Pero con él, estoy perdida. Pensé que era más fuerte que esto, pero aquí estoy. Hay algo en Rafe que me hace olvidar las reglas. Olvidar por qué no debería estar tan cerca de él. Olvidar que es una bandera roja viviente y respirante, ondeando justo frente a mi cara.

Olvidar que ya está rompiendo mi corazón antes de que tenga la oportunidad de dejarlo entrar.

Tal vez por eso no puedo seguir enojada. No solo me mantiene a distancia. Está luchando contra sí mismo tanto como está luchando contra mí. Pero maldita sea, Rafe, si vas a alejarme, al menos sé coherente. Un minuto, es el extraño oscuro y peligroso que no debería desear, y al siguiente, es este hombre que me deja creer que es lo suficientemente humano para intentarlo. Y aquí estoy, engañándome a mí misma pensando que no me atrae.

Suelto un suspiro y miro alrededor. No hay nada en esta habitación que sea mío. Sin fotos, sin libros, solo paredes blancas y una silla que parece que podría morderme si me siento mal. Es igual que el resto de la casa. Todo dinero, sin calidez. Quizás piensa que eso es todo lo que me importa. La forma en que se burló cuando me llamó princesa me dolió profundamente. Pero soy más dura de lo que cree. No dejaré que sea él quien me rompa.

Si acaso, voy a ser yo quien lo rompa a él.

Mis manos son hielo, mi pulso es fuego. Sé que estoy perdiendo el control, pero ¿no es ese el punto? Quiero que vea de qué estoy hecha, incluso si no es lo que espera. Especialmente si no es lo que espera. No me importa cuánto tiempo tome. Va a saber que estaba equivocado sobre mí, equivocado sobre nosotros, equivocado al pensar que no puedo manejarlo. Voy a asegurarme de que me vea, toda yo, justo como lo hizo cuando me besó. Y voy a asegurarme de que sepa que lo quiere, incluso si tiene demasiado miedo para admitirlo.

Me quedaré en esta habitación frígida y vacía el tiempo que sea necesario para que entre en razón. Puede alejarme, pero no se deshará de mí tan fácilmente. Ni de lejos. Es lo que aún no se da cuenta. Me gustan las malas ideas, y él es la mejor peor idea que he tenido jamás.

Me dirijo a la cocina. No voy a esconderme en una habitación con menos personalidad que una bandeja de cafetería, sin importar lo atractivo que sea Rafe un minuto y lo mucho que quiera estrangularlo al siguiente. Atravieso las grandes habitaciones vacías y bajo las escaleras. Llego a la cocina y lo veo sentado allí solo, con guantes de cuero y expresión taciturna. Parece que es dueño del mundo. Es dueño del mundo, más o menos, pero no voy a dejar que

sea dueño de mí. Levanta la vista y me hace un gesto para que entre, y mi corazón da un pequeño salto mortal.

Dudo. Mi mano todavía está en el marco de la puerta, la mitad de mí lista para correr de vuelta a mi prisión de paredes blancas y evitar esto... sea lo que sea. La otra mitad avanza. No dice una palabra, solo inclina ligeramente la cabeza. Desearía poder odiarlo. Desearía poder dejarle pensar que estoy enfurruñada, pero ese no es mi estilo. Soy nada si no terca. Dejo salir un lento suspiro y entro.

Está en el enorme refrigerador industrial para cuando llego al mostrador. El acero inoxidable brilla bajo la luz fluorescente, como si incluso los electrodomésticos me desafiaran a quebrarme. Igual que Rafe. Abre la nevera y comienza a hurgar dentro, sacando artículos al azar y golpeándolos sobre la encimera de mármol. Pan. Una rueda de queso. Algún tipo de carne que no reconozco.

—Pareces hambrienta —dice.

No estoy impresionada.

—Tú pareces... como tú.

—Lista —dice, casi sonriendo, pero no del todo.

—Sí, pero ¿puedes manejarlo?

Levanto las cejas y me muerdo el labio.

Se ríe esta vez, un sonido corto y brusco.

Lo siento en mi estómago, una sacudida. Pero lo disimulo, actúo como si no me afectara en absoluto la forma en que domina este espacio, como domina todo lo demás.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Alimentándote.

—Oh, así que ahora te importa.

—Sí —dice, volteándose hacia mí con un trozo de salami o prosciutto o lo que sea—. Ahora me importa.

Mi boca se tuerce en la esquina, pero todavía estoy enojada con él, todavía estoy herida por la forma en que me abrió en canal y luego me cerró.

—Bueno saberlo que tienes prioridades.

Sostiene el trozo de carne en mi dirección.

—Come —dice.

Cruzo los brazos, principalmente para que no vea mis manos temblar.

—¿Qué es esto?

—¿Qué parece?

—No estoy hablando de la comida —digo.

—Tú eres la que vino aquí abajo.

Me lo devuelve, pero es casi juguetón. Casi.

—Cierto —digo—. Debería haberme quedado en mi torre de marfil.

Corta el queso con un cuchillo que podría servir de machete.

—Te lo dije. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Estás seguro de que tu princesa puede soportarlo?

No se inmuta, pero ahora hay un filo en su voz.

—Estoy seguro de que encontrarás la manera.

—¿Sabes qué? Lo haré —digo.

Sus ojos se fijan en los míos.

—Bien.

Es casi gracioso, la forma en que somos el uno con el otro. Como compañeros de sparring a los que les gusta tanto recibir golpes como lanzarlos. Tal vez por eso no puedo odiarlo. Tal vez por eso no puedo irme. No tiene sentido, pero lo tiene.

—Así que me estás obligando a quedarme, ¿eh?

Se encoge de hombros, se reclina como si ya hubiera ganado.

—Es la única forma de mantenerte a salvo —dice.

Niego con la cabeza, mitad divertida, mitad furiosa.

—Increíble —murmuro.

—Lo sé.

Y justo así, el calor se enciende de nuevo. Solo que ahora no es por ira o miedo o la incertidumbre habitual. Es por esa parte de él que empieza a desenredarse, que empieza a mostrarse incluso cuando él no tiene la intención de permitirlo.

—¿Quieres más comida?

Empuja el plato hacia mí.

—No tengo hambre.

—Sí, la tienes.

Se levanta, se mueve alrededor del mostrador con la agilidad y la confianza de un hombre que siempre tiene el control.

—Crees que me tienes toda descifrada —digo, siguiéndolo con los ojos—. Crees que lo sabes todo.

—Sé lo suficiente.

Está de vuelta en el refrigerador. Más comida. Más cosas que no reconozco. Pero no es lo que está haciendo lo que importa. Es la forma en que me está mirando, como si tal vez esta vez, no se alejará. Como si tal vez esta vez, me dejará entrar lo suficiente para mostrarle que puede confiar en mí con cualquier secreto que esté escondiendo.

—¿No tengo voz ni voto?

Se quita los guantes, los tira en el mostrador.

—Adelante.

El aire se siente cargado ahora, la distancia entre nosotros más pequeña, más caliente. Camino alrededor de la isla, me paro lo suficientemente cerca para ver la tensión en sus hombros. Lo suficientemente cerca para verlo suavizarse mientras me acerco aún más.

—Te vas a arrepentir de esto —digo, con la voz baja, provocadora, lista para retarlo a admitir la verdad.

—¿Estás segura de eso?

Sus ojos están sobre mí, quemando a través de cada duda que tengo.

Sonrío, casi tocándolo, casi no. —Me gustan las malas ideas, ¿recuerdas?

Lo siento quebrarse de nuevo. Lo siento verme de esa manera que hace que todo a nuestro alrededor desaparezca. Hace que el resto del mundo se esfume para que solo seamos él y yo, y nada más que espacio y calor y las cosas que no dice. Se mueve, como si fuera a agarrarme, a acercarme, y a besarme hasta dejarme sin sentido, pero no lo hace. Todavía no. En su lugar, alcanza detrás de él y toma un frasco, me lo entrega con el más leve indicio de una sonrisa.

Mi corazón se salta un latido. Mostaza picante. Mi favorita.

—¿Cómo lo sabías? —pregunto, sin aliento, ya sabiendo la respuesta.

—Sé todo sobre ti.

No son las palabras. Es la forma en que las dice. Es el hecho de que recuerda algo tan pequeño, solo por mí. Es el hecho de que, por mucho que lo intente, no puede mantenerme fuera. Me está dejando entrar más de lo que quiere, y puedo verlo en cada centímetro de su cuerpo. Lo veo cuando me mira con frustración y anhelo y necesidad. Lo veo en la forma en que comienza a alcanzarme de nuevo, se detiene, luego alcanza de nuevo. Me atrae hacia él, envuelve un brazo alrededor de mi cintura, y mi corazón hace más que un salto mortal.

—Eres una verdadera molestia —dice, pero está lleno de algo parecido al asombro.

Inclino la cabeza hacia atrás y le sonrío, y sé que lo tengo.

—Y te gusta.

—Debo estar loco —dice en un susurro grave, tan cerca que puedo sentirlo en mis huesos.

—Puedo trabajar con la locura —digo, envolviendo mis brazos alrededor de su cuello, presionándome contra él hasta que no hay nada entre nosotros.

Nuestras bocas se encuentran, suaves luego duras, lentas luego salvajes, y esta vez, no lo voy a dejar ir.

20

Rafaele

Su boca está sobre la mía, silenciando cada palabra, cada vacilación. Mis manos encuentran su cintura, atrayéndola hacia mí, imprudente y listo para arder. Ahora soy el incendio forestal. Soy una llamarada que arrasa cada habitación de esta casa, dejando cenizas y calor a mi paso. Pierdo noción de dónde termino yo y dónde empieza ella. Sus uñas arañan mis hombros, duras y hambrientas. Me encanta, maldita sea. Estamos envueltos el uno en el otro, y la respiro como si fuera el único aire que queda en el mundo. Todo gira, intenso, desesperado. Ella es mía. Y maldición, yo soy suyo.

Me presiona contra la encimera, su boca feroz e implacable. Sus dedos están en mi cabello, en mi cuello, deslizándose bajo mi camisa como si tratara de memorizar mi forma. Intento mantener el control, aferrarme a un pedazo de mi cordura, pero ella es todo lo que siento, todo lo que quiero. Me estoy ahogando, pero es la mejor manera de morir.

—Rafe —suspira contra mis labios, un desafío y una promesa.

No estoy seguro de cuál de los dos gime, pero nos enciende a ambos.

Levanto su camiseta, su piel caliente y perfecta. Mi pulso es un tambor, mi cuerpo un infierno. Sus labios encuentran mi garganta,

mi pecho. Su boca sobre mí lo es todo. Pensé que la consumiría, pero soy yo quien está a punto de quebrarse.

—Rafe —dice nuevamente, con voz juguetona y salvaje.

Gruño, mitad advertencia, mitad rendición.

Su risa es cálida y sin aliento. La siento en todas partes, penetrando bajo mi piel. Ella desea esto tanto como yo, y me hace sentir expuesto, imparable. No puedo contenerme, no quiero hacerlo. La hago retroceder hasta que está contra la encimera, levantándola sobre esta. Sus piernas me rodean, acercándome más. No voy a salir vivo de esto. No me importa un carajo.

Suelto su cabello, que cae enredándose entre mis dedos. Se muerde el labio, esa sonrisa traviesa iluminándola, y pierdo cualquier esperanza de cordura.

Estoy perdido en ella, enloquecido de deseo. Nada más importa.

Encuentro el borde de su sostén, lo quito. Nunca he sentido nada como ella, salvaje y abierta. Saboreo la piel sobre su pecho, capturo el borde de su pezón. Ella jadea, el sonido retorciéndose dentro de mí. Sus muslos me agarran con más fuerza, y me froto contra ella, rudo y desesperado.

—¿Alguien te ha dicho que la paciencia es una virtud? —dice, con la respiración entrecortada.

—No necesito virtud —gruño, reclamando su boca—. Te necesito a ti.

Ella ríe de nuevo, temeraria y ligera, el sonido más feliz que jamás he escuchado. Me tiene. Me posee.

Su mano se desliza hacia mi cintura, y hace un ruido de aprobación al sentir el contorno duro de mi verga bajo mis jeans. Estoy duro como una roca, deseando estar dentro de ella. Me está volviendo loco, haciéndome suyo. Quiero arrancar cada barrera entre nosotros, sentirla completamente.

Presiono mi rodilla entre sus piernas, separándolas, sintiendo su calor.

—Si sigues así —advierto—, vas a descubrir lo mala idea que soy.

—Me gustan las malas ideas, ¿recuerdas?

Maldición, sí le gustan.

La atraigo hacia mí y le quito los jeans de un tirón. No me detiene, ni por un segundo. Puedo ver el contorno de su concha, húmeda y lista, y me vuelve loco. Ella también lo sabe. Conoce el poder que tiene sobre mí.

Le doy un beso rudo y desesperado, luego caigo de rodillas.

—¿Qué me vas a hacer, Rafe? Dímelo.

Su voz es un desafío, sin aliento y atrevida, probando el límite de mi control. La miro, y casi me quiebra. Su cabello es un enredo de abandono salvaje, esa sonrisa traviesa desafiándome a hacer lo peor. Estoy listo. Lo necesito.

—Voy a lamer tu dulce concha, princesa. Chupar tu clítoris hasta que grites mi nombre.

Sus bragas desaparecen en un instante, y estoy sobre ella, saboreando su dulzura.

Mi lengua encuentra su clítoris y ella grita, arqueando la espalda. La estoy volviendo loca, y me encanta. Ella sabe exactamente lo que voy a hacerle, y no puede resistirse. La deshago con mi boca, siento cómo tiembla bajo mi agarre. Sus muslos son como seda en mi piel, y me pierdo en su sabor, en su calor. Me atrae más cerca, ahogándome en ella, haciéndome suyo.

Sus dedos encuentran mi cabello, acercándome más. Sus gritos resuenan en las paredes de la cocina, crudos y sin aliento, una maldita sinfonía de necesidad. La devoro como si me fuera a morir sin hacerlo. Sus caderas se sacuden contra mi boca, y es una criatura salvaje, feroz y libre. Me ahogo en ella, absorbo cada sonido, cada temblor. Sus piernas descansan sobre mis hombros, y la presiono contra la encimera, manteniéndola allí, haciendo que reciba cada movimiento de mi lengua.

—Oh dios, Rafe —gime.

Sus manos me agarran, perdiendo el control. ¿Ella piensa que soy peligroso? No tiene idea. Estoy completamente entregado ahora, impulsado por nada más que la necesidad de tenerla. Toda de ella.

Sabe tan condenadamente bien. No puedo tener suficiente. Está goteando, húmeda y cálida, y nunca he sentido nada igual. Ella es mi todo.

—No pares —dice, con voz quebrada, urgente.

Carajo. No podría parar aunque lo intentara.

Siento su pulso contra mis labios, escucho su respiración entrecortarse, y luego ella estalla. Es todo lo que quiero, todo lo que maldita sea necesito. La arrastro a través de ese orgasmo, negándome a dejarla ir hasta que le he sacado el último temblor. Ella colapsa, sin aliento y sonrojada. Lo más hermoso que he visto jamás.

Me pongo de pie y me arranco la camisa por encima de la cabeza, arrojándola a un lado. Mis pantalones son los siguientes. No puedo esperar más. Sus ojos se ensanchan, fijos en mi verga, y se muerde el labio otra vez, la pequeña sirena traviesa. Me pone aún más duro.

—¿Ahora quién no tiene paciencia? —dice, ese fuego encendiéndose nuevamente en ella.

No se equivoca, y definitivamente no está a salvo de mí. Ya no más.

—Arriba —ordeno, levantándola para que esté casi nariz con nariz conmigo.

Su piel está resbaladiza por el sudor, el cabello hecho un desastre. Verla así es una maldita obra maestra. Quiero poner mi nombre en ella. Hacerla mía para siempre. Ahora tiene sus manos sobre mí, rudas e impacientes, deslizándose hacia donde la anhelo.

—Mierda, Sloane —gimo, enterrando mi cara en su cuello.

La levanto, y ella me envuelve como si estuviera destinada a estar ahí, como si fuera el único lugar al que pertenece. La fricción casi es suficiente para hacerme perder el control en ese momento. No creo haber deseado algo tanto nunca.

Sus ojos son agudos, viendo a través de mí.

—¿Me vas a hacer esperar, Rafe?

Gruño y la recuesto en la encimera, asegurándome de que sepa exactamente lo que va a recibir. Subo a la encimera de rodillas y cubro su cuerpo con el mío. Estamos piel con piel, y estoy loco por ella, loco por esto.

Me alineo, siento su calor, la promesa húmeda de todo lo que he estado anhelando.

—Dilo —exige, sin aliento y traviesa. Sus ojos brillan, desafiándome como una criatura salvaje—. Di lo que vas a hacer.

Estoy temblando de deseo por ella, desesperado y fuera de mi maldita cabeza. Estoy en todas partes, doliendo, frenético. No estoy seguro de poder soportar más la espera. No estoy seguro de poder lidiar con ella.

—Voy a cogerte, Sloane —digo, con voz baja y áspera.

—Dilo —me provoca de nuevo, atrayéndome hacia ella.

—Voy a cogerte tan fuerte —gimo.

Ella se ríe, y el sonido me atraviesa como fuego y whisky.

—¿Qué más? —exige.

—Voy a reclamarte —gruño, dejando salir la verdad—. Hacerte mía.

Sus ojos brillan con anticipación y desafío.

—Demuéstralo.

La necesidad y el calor me desgarran, y ella es todo lo que quiero. Me introduzco en ella, de una sola embestida que nos toma a ambos por sorpresa. Ella grita, aferrándose más a mí, y estoy completamente dentro, enterrado profundamente en la estrecha y caliente prisión de su cuerpo.

—Oh dios —respira, envolviéndome, moviéndose conmigo—. ¡Rafaele!

Mi nombre en sus labios es el puro cielo.

Me quedo quieto, tratando de recuperar el aliento, tratando de mantener una pequeña parte del control. No dura. Ella se mueve contra mí, y estoy perdido. No hay forma de ir despacio. No ahora. Chocamos una y otra vez, imprudentes y duros, cuerpos y corazones y cada maldita cosa que somos.

La cocina desaparece. El mundo desaparece. Ella es todo, todo, todo.

Pensé que la asustaría, pensé que la rompería. Pero ella mantiene mi ritmo, sin miedo y salvaje, como si yo fuera quien necesita ser salvado. Como si yo fuera quien se está deshaciendo.

—Rafe —dice, su voz mitad súplica, mitad orden—. Ni se te ocurra contenerte.

Me hace sentir sin límites, como si pudiera aplastar toda esta casa, toda esta ciudad, si lo necesitara. Sin embargo, lo único que necesito es a ella.

—No pensaba hacerlo —digo, y la tomo como si lo dijera en serio.

Encuentro un ritmo, un ritmo brutal y hermoso, que nos lleva a ambos al límite. Lo único que me mantiene cuerdo es saber que ella está justo ahí conmigo. Saber que soy yo quien la está empujando a este punto, el que la está haciendo salvaje y cruda y tan malditamente hermosa que no puedo soportarlo. Su cuerpo comienza a apretarse a mi alrededor, y me enciende. Pierdo el control, embistiendo como un loco, y ella grita, mi nombre, su propio clímax, todo. Nos destrozamos juntos, una explosión que sacude el mundo.

Mi corazón es un tambor, mi cuerpo un cable vivo. Me hundo contra ella, atrayéndola a mis brazos. No es solo el sudor lo que nos une. Es la cruda necesidad que hemos intentado fingir que no estaba ahí. La misma necesidad cruda que me matará si alguna vez se va.

—Dios mío, Sloane —logro decir, con voz ronca y destrozada—. La mejor peor idea que he tenido jamás.

Ella sonríe, la sonrisa más feliz que jamás he visto, y la beso. Duro, feroz y para siempre.

—No me digas —susurra contra mis labios.

Nunca había sido así con nadie. Nunca supe que podría serlo.

Nos desenredamos lentamente, con los corazones aún latiendo. La llevo a la sala, donde un fuego arde en la chimenea, agarro una manta del sofá y la arrastro al suelo conmigo. Ella se acurruca, y se siente como el hogar. Se siente como todo lo que nunca he tenido, nunca supe que podría tener. Levanta su rostro hacia el mío, traviesa y llena de fuego.

—¿Esta es tu manera de decirme que estoy atrapada contigo?

Aparto el cabello de su rostro, dejándole ver la verdad, la locura, la pura admiración.

—Sí, lo es —digo—. Eres mía, Carter.

21

Sloane

Despierto en medio de una tormenta de nieve, toda enredada en blanco, solo para descubrir que estoy abrazada a él. Rafe me observa con sus ojos azul hielo, como si fuera una visión que soñó. Estamos en mi cama en la habitación de invitados del piso superior, donde me llevó anoche cuando estaba demasiado débil para caminar.

No había dormido tan profundamente en años. Sin pesadillas llenas de sangre, sin cuchillos afilados y pelo enmarañado, sin el horror en los ojos de mi padre. Solo un sueño puro y sin imágenes. Es un pequeño milagro, esta sensación. No estoy acostumbrada a despertar con algo que no sea miedo, pero esto es cálido, real y brillante.

Rafe me atrae aún más cerca. Sonrío como una idiota.

—¿Todavía aquí? —murmura.

En vez de responder, me coloco encima de él. Su risa ronca se convierte en un gemido.

Ambos ya estamos desnudos, lo que ahorra tiempo. Lo monto a horcajadas y muevo mis caderas, sintiendo la urgencia, el deseo. Mi corazón late salvaje en mi pecho. Mi pulso canta. Sus manos se deslizan hacia abajo, agarrándome, guiándome. Sé que me volverá loca antes de que tenga oportunidad de respirar. No somos más que un enredo de extremidades, no más que un destello de calor. Siento

su fuerza, su profundidad, y lo hace durar hasta que estoy desesperada por más. Hasta que no puedo soportarlo. Hasta que estoy jadeando.

Agarra mi cintura, me da la vuelta y me folla como si fuera la última mujer que tendrá jamás. Como si fuera la primera. Es brutal y hermoso. Es implacable. Clavo mis uñas en su espalda, acercándolo más, queriendo todo lo que puede dar. Es demasiado bueno. Demasiado. Estamos frenéticos, enredados, explotando el uno en el otro. Entierra su rostro en mi cuello, y me aferro con fuerza, con más fuerza, tomando todo y más, sintiéndome desmoronar. Él también está ahí. Está justo ahí conmigo. Bajamos, agarrándonos el uno al otro, jadeando por aire. Esto es un milagro, y no lo voy a soltar.

—Locura —murmura contra mi piel.

Meto la cabeza bajo su barbilla, me acurruco contra él como si intentara memorizar el momento. Nunca me había sentido así. Nunca había sido así con nadie. Debería asustarme la forma en que todo es rápido, salvaje e incontrolable. Pero en cambio, es perfecto. Sin miedo. Sin dudas. Sin vacilación.

Cierro los ojos y lo respiro, tratando de recordar cómo funcionar ahora que estoy completa y totalmente destrozada.

—¿Durmiendo de nuevo, Carter?

Me abraza con más fuerza, calidez y fortaleza.

Resoplo, mi aliento haciéndole cosquillas en el pecho. —Es la única forma de mantenerme callada.

Da una risa baja, profunda en su garganta. La siento en todas partes. Me hace pensar en lo fácil que atravesó todas las cosas que me mantenían sola, me hizo darme cuenta de que no era tan fuerte como pensaba. Ahora me ha hecho ver algo más. Nunca había dormido así, no desde que era niña. No sin despertar en medio de la noche, escapando de viejas pesadillas, atormentada por un recuerdo sangriento. Pero anoche no.

Sin sueños. Sin miedo. Solo él.

—Me sorprende que no hayas puesto a un guardia conmigo —digo, mirando hacia arriba.

—Lo hice. Yo.

Mi cara se ilumina con una sonrisa, tan amplia que es un milagro que mis mejillas no se agrieten.

—Estás atrapada conmigo, Carter.

La idea me emociona. Sé que se supone que es una amenaza, pero es la mejor promesa que he escuchado jamás.

—Claro que sí —digo—. Y más te vale creer que no te dejaré fuera de mi vista.

Estoy tan feliz que casi duele. Pero no puedo evitar provocarlo.

—No es mucha prisión si quiero estar aquí —añado, sintiéndome audaz, sintiéndome sin miedo.

Agarra mis brazos y rueda, inmovilizándome debajo de él, flotando tan cerca que mis labios vibran con ganas de tenerlo de nuevo.

—Ya veremos —dice.

Lo beso con fuerza, como si tal vez me muriese si no lo hiciera. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes, haciéndome jadear. Volviéndome loca de deseo. Es intenso. Más de lo que puedo soportar. Dejo que dure, pero somos dos personas en medio de una tormenta de fuego, y no hay forma de detener el ardor.

Así es despertar con Rafe. Como zambullirse en un horno. Como arder hasta la vida.

Y ahora que lo sé, no estoy segura de poder volver a despertar sola.

Está tranquilo y silencioso cuando finalmente nos ponemos de pie, como si incluso esta casa grande y sin alma estuviera sorprendida por cómo la llenamos.

Rafe ya está vestido, observándome mientras tropiezo, tratando de encontrar el resto de mi ropa. No llevo nada más que un enredo de pelo y la sábana que agarré de la cama. Lo sorprendo mirándome fijamente, con ojos ardientes y posesivos.

—¿Ves algo que te guste?

—No estoy seguro —dice, levantando una ceja—. Suelta la sábana y te lo haré saber.

Pongo los ojos en blanco, aunque me encanta la forma en que me mira, como si fuera lo mejor que ha visto jamás. Como si tal vez estuviera tan metido como yo.

Encuentro mi ropa, me arreglo y veo al engreído bastardo pasarse una mano por el pelo. Parece casi inocente cuando está recién follado, como un niño pequeño en el cuerpo de un hombre. Quiero saltarle encima de nuevo.

Nos dirigimos al pasillo.

—Entonces —digo, tanteando, observándolo por el rabillo del ojo —. ¿Supongo que ahora soy tu prisionera?

Espero una réplica, algo que me haga bufar y resoplar como ha hecho tantas veces, pero solo se encoge de hombros, fácil y relajado.

—Supongo que sí.

—¿Vas a atarme? ¿Esposas y todo?

Su risa es rica y profunda.

—Qué pervertida, Carter.

Mis mejillas arden.

—No es lo que quería decir.

—Entonces tendré que pensar en algo más.

Estamos a mitad del pasillo. Hace frío, está silencioso. Trato de imaginarme aquí, despertando con él todos los días, intentando fingir que no me asusta una barbaridad. Nunca pensé que dejaría que alguien se acercara tanto. Pero él no es cualquiera. Es este hombre que hace que mi cabeza dé vueltas y mi corazón se acelere, que me hace sentir que puedo enfrentarme al mundo. Es peligro y consuelo, locura y calma.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto, tratando de sonar despreocupada—. ¿Mantenerme como rehén hasta que los Red Hooks retrocedan?

Me lanza una mirada lateral, ojos oscuros.

—Podría llevar un tiempo.

—Tengo tiempo —digo, con el corazón acelerándose ante la idea.

—¿Estás segura de eso?

Sé lo que realmente está preguntando. ¿Puedo manejar esto? ¿Estoy lista para ello? Sorprendo a ambos con la rapidez de mi respuesta.

—Sí —digo—. Estoy segura.

Puedo ver que baja un poco más la guardia. Todavía está inseguro, pero puedo decir que estoy llegando a él. Quiere esto tanto como yo, quizás incluso más.

—Si voy a quedarme un tiempo, necesitaré un recorrido por la casa. Y preferiblemente una lista de todos los que viven aquí.

—Solo yo, tres de mis hermanos, mi hermana pequeña y una esposa. Dom y Besiana tienen su propio lugar, pero también están aquí a menudo. También mamá y papá, y la abuela Toni.

—Demonios. Eso es mucha mafia.

Se ríe. —Pensé que te gustaba vivir peligrosamente.

—Tantos malditos Rosettis —digo, como si eso fuera algún tipo de respuesta.

Llegamos a la biblioteca, las puertas gigantes abriéndose. Es enorme, llena de estanterías que se extienden hasta el techo, toda de madera oscura y mármol frío. Está vacía, haciendo eco, y deja claro que esto realmente es una mansión de la mafia.

—Hermosa —digo.

—Pareces decepcionada.

—Pensé que me estabas mostrando tu mazmorra sexual.

Rafe se apoya contra el marco de la puerta, perezoso y seguro de sí mismo.

—Cualquier habitación puede funcionar para eso. Mientras nos mantengamos en silencio —dice, con un toque de picardía en su voz.

—¿Vamos a escabullirnos?

—Sí.

Sonrío ante la idea. Es una locura, pero también lo es todo lo demás sobre nosotros.

—No me digas que los chicos Rosetti tienen miedo de un pequeño escándalo.

Me atrae hacia él, rápido y hambriento, aplastando su boca contra la mía, tragándose el sonido de mi sorpresa. No es un beso largo, pero es suficiente para recordarme por qué estoy haciendo esto, por qué me estoy permitiendo ser vulnerable. Porque no lo soy, no con él. Me conoce. Me ha visto, toda yo.

—Tal vez me guste un poco de escándalo —dice, con los labios rozando los míos.

Sus palabras me atraviesan como fuego. Las siento en todas partes.

Entramos en la biblioteca, y es tan cavernosa y vacía que no puedo evitar la sonrisa salvaje en mi cara. Nunca había querido hacer nada como esto, nunca pensé que sería esta chica. Pero aquí estoy, conspirando con un chico malo de la mafia para tener sexo en la biblioteca de su familia, excitándome ante la idea de ser descubiertos.

Rafe lo ve en mis ojos y levanta una ceja.

—¿Por qué me miras así?

Empujo las pesadas puertas para cerrarlas, desafiándolo a que me detenga, sabiendo que no lo hará.

—Pensé que te gustaba vivir peligrosamente —digo, devolviéndole sus propias palabras.

Su sonrisa es todo hambre. —¿Vas a poner tu dinero donde está tu boca, Carter?

Cierro la puerta con llave y me enfrento a él, sin aliento y eléctrica. Es una habitación enorme, y estoy mareada con lo incorrecto y lo correcto que es esto. Estamos locos. Somos atrevidos. Ambos vamos a pagar por esto más tarde.

Pero ahora mismo, no me importa.

Me acerco hacia él, como si tal vez yo fuera la que tiene el poder. Tal vez me deje pensar que lo soy, solo por un segundo. Mis pasos hacen eco en el mármol, haciendo que el espacio entre nosotros se sienta cargado, esperando para combustionar.

Rafe observa, todo anticipación y anhelo, sabiendo exactamente lo que estoy haciendo, dejándome hacerlo de todos modos.

Lo alcanzo, enredo mis dedos en su camisa y lo atraigo hacia mí, besándolo con un calor que es casi violento. Responde en un instante, sin restricciones. No puedo creer lo mucho que quiero esto. No nos molestamos en buscar un sofá, una silla, nada. Somos un frenesí de manos, lenguas, cuerpos, y terminamos en el frío y duro suelo, justo allí entre las estanterías.

Su boca está en todas partes, insistente y salvaje. Sus manos son ásperas y rápidas, despojándome de mi ropa, mi cordura, mi todo. Es emocionante, abrumador, haciéndome temblar.

Me esfuerzo por mantener el ritmo, perdiéndome, sin importarme en absoluto.

Me quita los jeans, su calor implacable y consumidor. Estoy tan perdida que veo estrellas, aferrándome a él, manteniéndolo cerca. No nos tomamos nuestro tiempo, pero lo hacemos durar. Es piel y fuerza y deseo crudo. Está encima de mí, dentro de mí, y creo que voy a perder la cabeza.

El mármol frío no es nada, solo un recordatorio de dónde estamos, del peligro en el que nos encontramos. Pero Rafe lo es todo. Estoy al borde del control, deseándolo, necesitándolo, tan desesperada como estoy.

Se retira, haciéndome jadear, volteándome, arrastrándome a cuatro patas, entrando en mí de nuevo desde atrás. Estoy ida, loca, cada nervio en llamas. Es arriesgado, imprudente y más de lo que jamás he soñado.

—Eres una maldita maníaca —gime, embistiéndome.

No tarda mucho. Estoy allí, justo allí, llevada al límite y lista para explotar, lista para correrme, tan llena de él y enloquecida que creo que moriré si no lo hago. Me llena, me sacude, me folla con todo lo que tiene.

Entonces ambos estamos idos, cayendo, rompiendo, alcanzando nuestro límite. Muerdo mi labio, ahogando apenas un grito. Me sostiene ahí, acercándome, temblando con la fuerza de todo. Somos un desastre tembloroso y risueño de extremidades y calor.

Estamos locos. Somos perfectos. Estamos a punto de ser atrapados.

—¿Qué fue eso? —jadeo, medio ahogándome, medio riendo.

Rafe me levanta, poniéndose su ropa, ayudándome a encontrar la mía.

—Quiero decir, fue increíble —digo, haciendo una búsqueda frenética de mi calcetín perdido, medio vestida y sin aliento—. ¿Pero ese ruido?

Todavía respira con dificultad, su rostro brillante, una mezcla de pánico y emoción.

—Mierda —dice—. Alguien viene.

Ahora también lo escucho. Pasos en el pasillo. Están cerca. Agarro su brazo, sosteniéndome, lista para huir.

—¿Crees que es tu hermana? —susurro—. ¿O uno de tus hermanos aterradores?

—Peor —dice, luciendo aterrorizado—. Podría ser la abuela.

Eso me hace soltar una risa ahogada, justo cuando estoy tratando de ponerme seria. Rafe me mira, a medio camino entre desesperado y divertido.

—Carajo —murmura.

Me estoy vistiendo, arrastrándolo conmigo mientras corremos hacia la puerta. Está haciendo todo lo posible por parecer imperturbable, como si no importara si nos atrapan, pero sé que está preocupado por mí. Preocupado de que no pueda manejar el calor, no pueda manejar a la familia, no pueda manejarlo a él. No lo dice, pero lo veo. Veo todo, incluso la parte de él que piensa que podría echarme atrás.

Pero no estoy huyendo. No tengo miedo. Apenas estoy empezando.

22

Rafaele

Estoy con ella en el pasillo vacío, y la enorme casa resuena a nuestro alrededor como si guardara un secreto. Sus ojos brillan con planes, y me pregunto si alguna vez me acostumbraré a esto, a lo condenadamente feliz que me hace. Todavía no estoy seguro de cómo dejé que sucediera. Cómo se metió bajo mi piel tan rápido. Pero lo hizo, y ahora no hay vuelta atrás. No para mí. Se estira sobre la punta de sus pies, me da un beso rápido y me mira con esa sonrisa traviesa.

—Quiero tomar algunas cosas de mi departamento.

Ella cree que simplemente diré que sí. Está loca.

Entrecierro los ojos mirándola, y su sonrisa se ensancha.

—Ni de coña —le digo.

—Rafe, solo tomará un minuto.

—No estás escuchando —le digo—. Los Red Hooks saben dónde vives. No vas a poner un pie en ese departamento hasta que yo lo diga.

—Estoy bastante segura de que sobreviviré —dice, poniendo los ojos en blanco.

—No vale la pena el riesgo.

Sus labios se tuercen, y veo un desafío ahí, una terquedad que conozco demasiado bien.

—Necesito más de un cambio de ropa.

—Entonces estás de suerte.

Tomo su muñeca, la llevo a la habitación donde durmió antes de que decidiera que prefería mantenerme despierto toda la noche.

—Estoy bastante segura de que está vacía.

—Hay un armario —digo.

Sus ojos se abren de par en par, luego se entrecierran al recordar el estado del lugar. La sensación de que todo está intacto.

—Sí, lo noté. Todo de diseñador y formal. No me siento exactamente cómoda usando un vestido de cóctel para dormir.

Cruzo los brazos.

—No voy a ceder.

Ella suelta un suspiro exasperado, del tipo que dice que está furiosa pero sin prisa por irse. Me gusta ese sonido.

—Bien —dice, mirándome de reojo—. Llévame de compras entonces.

Maldita sea, ya estoy demasiado metido en esto.



Estamos en la Quinta Avenida, y la tengo en una tienda de lujo con tantas cosas de diseñador que podrían hundir un barco. El lugar es tranquilo, de buen gusto. El tipo de sitio donde no puedes preguntar cuánto cuesta algo porque no te lo dirán. Por eso sé que me está probando cuando levanta unos jeans rotos como si fueran los últimos en la Tierra.

—¿Crees que combinarán con un vestido de cóctel? —pregunta, sonriendo amplia y presumidamente.

—Lo dudo —digo—. Pero tal vez si los combinas con esto.

Le lanzo una blusa que parece que podría quedarle a una niña de doce años.

Su boca se abre, y sonrío con suficiencia.

—Muéstrame —digo, señalando hacia el probador—. Quiero ver qué va a usar mi pequeña princesa de prisión.

Me lanza una mirada como si hubiera perdido la cabeza, pero va.

Espero, echando un vistazo a algunos vestidos en un perchero cercano. Sé lo que quiero verle puesto, pero también sé que me lo discutirá.

La cortina se abre, y ella está parada ahí con las manos en las caderas. Mi pulso da un pequeño traspié.

—Carajo.

Le doy una larga mirada. Hace que incluso esos jeans rasgados parezcan que cuestan una fortuna. La blusa se le adhiere como si estuviera pintada, y parece más Sloane que nunca.

Me acerco, y ella se muerde el labio, ese borde juguetón de vuelta en sus ojos.

—Ahora sé que me han secuestrado.

Señalo la pila de ropa que no se ha puesto. Es todo lo que quiero verle puesto.

—Llévate esas también —digo, y ella pone los ojos en blanco.

—¿En serio? —pregunta—. Ni siquiera sé qué son algunas de estas cosas.

—Pruébatelas todas —respondo.

Parece que va a discutir, pero en vez de eso hace una mueca y comienza a probarse las cosas, una por una. Cada vez que sale, la observo. Preciosa.

—Se ve bien —digo, reacomodándome la entrepierna.

Ella se ríe de mí, me llama pervertido y desaparece detrás de la cortina para continuar. Es el mejor maldito desfile de moda que he visto jamás. Blusas elegantes, vestidos casuales, cosas tan pequeñas que no estoy seguro de que sean legales. Sale con todo eso puesto, y juro que se ve más increíble cada vez. Es suficiente para hacer que mi cabeza dé vueltas y mi pulso se acelere, y ni siquiera estoy tratando de ocultar cuánto me gusta.

La veo pasarse una mano por el pelo, sus labios temblando con esa sonrisa maliciosa y tentadora. La vendedora revolotea cerca, y apuesto a que nunca ha visto un viaje de compras como este antes. El lugar es tan silencioso que puedes escuchar la risa de Sloane

resonar entre los percheros, y el tictac del reloj en la pared. Podría quedarme aquí todo el día, solo viéndola tratar de entender cómo terminó en esta tienda y en mi casa.

Pero en vez de eso, la veo salir una última vez, y cruzo los brazos.

—Todo —digo, negando con la cabeza—. Necesitas todo lo que hay aquí.

Abre la boca para discutir, pero ya estoy en la caja, y cuando digo que quiero todo, lo digo en serio.

—Loco —murmura cuando entrego la tarjeta de crédito.

Salimos con más bolsas de las que puede cargar, y me pregunto si alguna vez me cansaré de la forma en que discute conmigo, de la manera en que siempre dice lo que piensa. Ella intenta mantener su fachada, pero veo la emoción en sus ojos. La emoción que siente al meterse bajo mi piel, haciéndome gastar como nunca antes lo he hecho.

Como un tonto que ya está demasiado hundido.



No nos detenemos en un solo lugar. Recorremos toda la cuadra. Zapatos. Bolsos. Chaquetas. Suficientes conjuntos para llenar todo su maldito departamento.

Sloane protesta en cada parada, pero no dejo que sus palabras me afecten. La forma en que se ilumina cuando le compro algo dice más que sus argumentos.

—Pensé que se suponía que estaba escondida —dice, mirando una chaqueta de cuero roja con hambre en sus ojos.

Asiento al dependiente, que la agarra en su talla.

—La mejor manera de mezclarse es parecer que perteneces —digo —. Esta ciudad está llena de ricos engreídos. Nadie nota a otro más.

Ella levanta sus cejas hacia mí.

—Así que lo admites. Eres un rico engreído.

Entrego la tarjeta de crédito de nuevo, viendo cómo las bolsas se acumulan a nuestro alrededor.

—Algo así.

—Esto es una locura —dice—. Estoy perfectamente contenta comprando en Target.

Dejo que mantenga la ilusión por ahora, porque sé que en el segundo en que volvamos a la mansión, verá lo serio que soy. Cuán dispuesto estoy a darle todo.

Cuando hemos comprado la mitad de la Quinta Avenida, tomo su mano y la llevo a una boutique de maquillaje. Es elegante como el demonio, y parece que podría reírse a carcajadas cuando entramos.

—Rafe. En serio.

Ya estoy señalando lo que quiero que tenga, como si tuviera idea. Perfume, champú, gel de baño y lociones que cuestan más de lo que algunas personas ganan en una semana. Ella solo se queda ahí, tratando de decidir si debe protestar de nuevo o rendirse.

—Un poco de todo —digo—. Envuélvalo.

Me lanza una mirada, pero ahora es medio juguetona.

—¿Y tú me llamas princesa?

Nos vamos con más de lo que cualquiera de los dos puede cargar, más de lo que cualquier persona cuerda debería comprar, y la llevo a un pequeño bistró con el tipo de menú que no muestra precios. Ella me observa mientras nos sentamos, sus ojos agudos y curiosos, como si todavía estuviera tratando de descifrarme.

—Esto es demasiado —dice, señalando la montaña de bolsas.

—Qué puedo decir? Voy a lo grande.

—Estoy segura de que eso es quedarse corto.

—Lo seguiré haciendo mientras tú quieras.

Su rostro se pone serio, y deja su taza de café, se inclina sobre la mesa.

—No quiero tu dinero, Rafe. Lo sabes, ¿verdad?

—No te preocupes —sonrío con suficiencia—. Tengo bastante.

—Yo... nunca he gastado tanto en ropa. O en un auto. O en cualquier cosa. Piensa en lo que este dinero podría comprar. Como

dije, puedo comprar felizmente en Target y dar todo el dinero a, no sé, niños hambrientos en África. Me sentiría mejor haciendo eso.

Se muerde el labio, como si no estuviera segura de cómo decir lo que quiere decir.

—Suéltalo, Carter. ¿Qué tienes en mente?

Toma un respiro, pone sus codos sobre la mesa mientras se inclina. La preocupación está grabada en la pequeña arruga entre sus cejas, y me pregunto si alguna vez entenderá. ¿Cómo podría alguien como ella conocer a alguien como yo? La veo sorber su café y mirar las bolsas de ropa junto a la mesa. Tiene esa mirada preocupada que nunca había visto antes.

—Solo... muchas gracias por todo esto, de verdad. Es muy generoso. Pero, ¿te importaría mucho si vendo algunas de estas cosas para poder donar el dinero? Solo para no sentirme como una persona terrible. Me quedaré con algunos conjuntos, por supuesto... y tal vez la chaqueta de cuero roja.

Mi corazón se estremece, y un tono duro entra en mi voz.

—¿Te sientes mal por gastar dinero en ti misma?

—Oh Dios, lo siento, no quise ofenderte —dice rápidamente—. No te preocupes. Olvida que dije algo.

La examino. Es un maldito enigma. Toda respuestas descaradas y movimientos imprudentes, luego se vuelve toda sumisa cuando le muestro la más mínima amabilidad. Es como si nadie le hubiera comprado un regalo antes.

—Te quedarás con la ropa, Sloane.

—Está bien.

—Y también ayudaremos a salvar a las ballenas que se ahogan, o lo que sea que quieras hacer.

Saco mi teléfono y paso unos minutos en él.

Su frente se arruga. —¿Qué quieres decir?

Le entrego mi teléfono, y ella ve la pantalla. Se queda mirando, con la boca abierta.

—Rafe.

—Elegí una organización benéfica en África —digo, sonriendo como un idiota—. Igualé todo lo que gastamos, Sloane. Solo por ti.

Sus ojos brillan, como si no pudiera creer que lo hice. No puede creer que esto sea real. Es una nueva mirada para ella, y quiero seguir viéndola.

—Eres algo especial —dice, negando con la cabeza, pero hay un calor en su voz que es jodidamente adictivo.

—Cada centavo que gastes —digo—, igualaré la donación. Así que sigue gastando.

—Rafe.

—Lo digo en serio. Date un capricho, por una vez.

Me mira, larga y profundamente, y veo el cambio en ella. La forma en que ve el cambio en mí. No puede evitar una pequeña sonrisa.

—Te vas a arrepentir de esto —dice, desafiante.

Me recuesto, cruzando los brazos sobre mi pecho.

—No, no lo haré.

Ella niega con la cabeza, pero puedo decir que ahora está en esto. En esto conmigo, sin vuelta atrás. Está asimilándolo todo, permitiéndose tenerlo, permitiéndose quererlo, aunque no le salga naturalmente. Es lo suficientemente fuerte para dejar que le dé todo, y es lo suficientemente inteligente para ver que lo digo en serio.

—Vamos, hombre loco —dice, alcanzando las bolsas—. Vámonos.

La observo, feliz y terca y mía, y sé que esto es solo el comienzo. Estoy jodido, pero no lo siento. No me importa lo metido que esté.

Igualaré cada centavo. La donación y los sentimientos.

Cada maldito centavo.

23

Sloane

Sé que a Rafe le gustan las malas ideas. Cuento con ello. Me pongo uno de los vestidos que me compró, el azul con la elegante etiqueta de diseñador, y me calzo los tacones negros que hacen que mis piernas parezcan imposiblemente largas. Él me ve con el vestido y parece que podría arrancármelo. Pero en su lugar, sonríe como si tuviera todas las cartas en la mano y dice:

—¿Estás lista?

No me dice adónde vamos, pero antes de darme cuenta estamos en la ciudad, y estoy más nerviosa de lo que quiero admitir. Apuesto a que él lo sabe.

—Estás muy callada —dice mientras conduce, con las luces de la ciudad destellando sobre su rostro.

—Tengo miedo de moverme —respondo, acomodándome en el asiento—. Podría romper una costura.

—Valdría la pena —dice, mirándome de reojo.

La mirada en sus ojos es puro fuego, y es un milagro que el vestido no estalle en llamas.

—¿Adónde vamos? —pregunto, pero él solo sonríe con suficiencia, todo misterio y travesura.

—Ya verás —dice, con voz baja y provocadora.

Mi corazón es un tambor. Mi pulso es un cable en vivo. No sé qué esperar, pero sé que no lo olvidaré.

Il Lusso. He oído hablar de este lugar, pero nunca pensé que pondría un pie dentro. Solo la entrada es suficiente para dejarme boquiabierta. Puertas enormes de cristal. Cuerda de terciopelo. Una fila que rodea el edificio y desaparece en la noche. Pero Rafe pasa de largo, tomando mi mano y llevándome directamente al frente.

—Este es el tipo de sitio al que perteneces —dice, luciendo endemoniadamente presumido.

—Si tú lo dices —respondo, con voz un poco temblorosa.

Por dentro, es aún más impresionante. Luces tenues y suelos de mármol oscuro. Candelabros que parecen costar más que una casa. Gente que parece ser dueña de manzanas enteras de la ciudad, bebiendo tragos caros y susurrando sobre cosas que probablemente no debería escuchar.

Aprieto mi agarre en el brazo de Rafe, y él se inclina, rozando sus labios contra mi oído.

—¿Todavía crees que no encajas?

Trago saliva con dificultad, tratando de mantener la calma.

—No estoy segura de que esto sea lo mío —digo, mirando a todas las mujeres con vestidos que probablemente cuestan más de lo que ganaré en un año.

—Ellas no son tú —dice, levantando mi barbilla con su dedo—. Ellas desearían serlo.

Me guía a través de la opulencia, y siento que todos nos observan, preguntándose quién soy. Preguntándose si pertenezco aquí.

—¡Domenico!

La voz de una mujer corta a través del ruido. Una mujer impactante con cabello negro en un estilo que desafía la gravedad, posiblemente la persona más elegante que he visto jamás, engancha

su brazo alrededor de un hombre que debe ser uno de los hermanos de Rafe, el que aún no he conocido.

—Ignóralos —murmura Rafe, pero debe saber que eso es imposible.

El hombre se da vuelta, y ahora estoy segura. Es Domenico, el mayor de los Rosetti. El que parece esculpido en piedra. Sus ojos verdes se fijan en nosotros.

—Rafe —dice Domenico cuando llegamos a ellos, esa única palabra lleva el peso de una orden.

—Dom —dice Rafe, asintiendo—. Besiana.

La sonrisa de Besiana es cálida, pero hay algo agudo en sus ojos, como si estuviera resolviendo un rompecabezas complejo. Observa a Rafe, luego a mí, y luego a Rafe otra vez. Es impresionante, aún más de cerca. Su ropa es impecable. El verde de sus ojos es aún más llamativo. Me hace alegrarme de mi vestido de diseñador y ser consciente del impacto que un atuendo puede tener en los demás. El suyo es una verdadera armadura.

—Tú debes ser Sloane —dice, sin esperar una presentación.

—Esa soy yo —digo, tratando de no sonar como si hubiera perdido la cabeza—. Y usted debe estar preguntándose qué estoy haciendo aquí.

Los labios de Domenico se contraen, lo más cercano que creo que veré a una sonrisa en él.

Rafe interviene.

—¿Has sabido algo de los Red Hooks, Dom?

—Tranquilos —responde Domenico—. Con suerte, se exterminarán entre ellos mismos.

—A menos que los ayudemos un poco —añade Besiana, con voz suave y relajada.

Detecto un sensual acento extranjero. Encaja perfectamente aquí, como si hubiera nacido en ríos de oro y criada en humo y secretos, lo que me hace sentir aún más fuera de lugar.

Los ojos de Domenico se estrechan aún más, su versión de un ceño fruncido.

—No necesitamos intervenir —dice.

—Era una broma, Domenico —dice Besiana, con un toque de risa en su voz—. Creo que Sloane lo entendió.

Me doy cuenta de que ella es la única otra mujer en una conversación llena de Rosettis, y no parece para nada fuera de lugar. Se ve como en casa.

—Entonces, Sloane —dice Besiana, enlazando su brazo con el mío —. ¿Rafe te mantiene ocupada, o tienes vida fuera de este caos?

—¿Eso es una opción? —pregunto, arqueando una ceja.

Ella se ríe, y es genuino, cálido.

—Me caes bien —dice—. Pero voy a dejarlo muy claro: si le rompes el corazón a Rafaele, te romperé el cuello.

—Eh, supongo que es justo —digo, tratando de mantener mi voz firme.

De alguna manera, una amenaza de Besiana es más aterradora que ser rehén de los Red Hooks, y no dudo que habla en serio.

—Deberíamos tomar algo juntas alguna vez —dice—. Una bienvenida apropiada a la familia.

Sus palabras me hacen tambalear, y todavía estoy tratando de procesarlas cuando aparece Emilio. El hermano callado. El que se mezcla con su entorno. Esta noche, eso significa un traje negro, bien cortado pero completamente olvidable.

Rafe parece contento de verlo, y eso solo hace que me caiga bien de inmediato. Es más suave que los otros Rosettis, casi tímido, pero sé que es mejor no dejarme engañar por las apariencias.

—Milo —dice Rafe—. ¿Quieres ir a las mesas?

Me estoy preguntando de qué tipo de mesas están hablando cuando la mirada de Emilio se posa en mí, curiosa y evaluadora.

—Te he investigado —dice.

—¿Investigado? —pregunto.

De repente me cae un poco menos bien.

—Investigado. Tu padre es policía.

—Era policía. Está retirado. No soy una infiltrada ni nada por el estilo.

El grupo estalla en carcajadas. Domenico, Besiana, Emilio y Rafe, todos riendo como colegiales.

—¿Qué? —exijo saber.

—Nadie sospecha que seas una infiltrada —dice Rafe, rodeando mi cintura con su brazo.

—Podría serlo —digo a la defensiva.

Emilio esboza la sombra de una sonrisa.

—Eres el mayor problema en el que mi hermano se ha metido jamás —dice—. Pero no de esa manera.

—Ella vale la pena —dice Rafe, con un tono mordaz que hace vibrar mi sangre.

—Necesito preguntarte algo —dice Emilio, volviendo su atención a Rafe, alejándolo de los demás—. Estamos teniendo un infierno para seguir el dinero desaparecido de las peleas.

Rafe todavía está sujetando mi cintura, así que termino en el pequeño tête-à-tête entre él y Emilio.

—¿Adónde va? —pregunta Rafe mientras seguimos a Emilio por el bar.

—Ojalá lo supiera —dice Emilio—. Eché un vistazo a las finanzas de los Callahan.

—¿Hackeaste sus registros bancarios? —balbuceo, perdiendo la poca compostura que tenía.

Rafe me mira con un destello de diversión en sus ojos acerados.

Emilio me ignora y sigue hablando.

—Nada inusual allí. Limpios, si puedes creerlo.

—No. No puedo —dice Rafe, guiándome a una mesa en el extremo más alejado de la sala.

Tengo muchos talentos, pero el espionaje financiero no es uno de ellos, e intento seguir el ritmo mientras se sumergen en una conversación sobre lavado de dinero. Cómo el dinero podría desaparecer a través de una cadena de bancos, cambiar de manos una docena de veces y terminar viéndose tan limpio como si lo hubieran ganado las Girl Scouts recaudando fondos para osos polares. Dinero aún más sucio, está diciendo Emilio, libre de cualquier huella digital. Asiento como si estuviera siguiendo, pero estoy bastante segura de que la confusión se refleja en mi cara.

Rafe me observa mientras Emilio habla, y estoy convencida de que disfruta tanto de mi desconcierto como de la conversación en sí.

—Inversiones legítimas —dice Emilio—. No se le puede atribuir ni una maldita multa de estacionamiento sin pagar.

Su voz es tan tranquila que parece que estuviéramos hablando sobre si lloverá mañana en lugar de qué familia mafiosa los está jodiendo.

Recuerdo lo que dijo antes, sobre cómo los libros de los Callahan parecen limpios. Ahora me pregunto si eso significa que su dinero también está paseando por una cadena de bancos, blanqueándose y planchándose en el camino.

Los sigo el ritmo, y no parecen molestarse por mi presencia, pero siento que estoy escuchando cosas que no debería.

—Tal vez estamos buscando en el lugar equivocado —dice Emilio.

—Verifica de nuevo las cuentas de los Callahan, luego investiga a cualquiera asociado con ellos. Si algún imbécil le hizo una mamada a Chase Callahan hace diez años, quiero que revises sus registros. El dinero tiene que ir a alguna parte. Ya sabes lo que papá siempre dice...

—Si quieres al ladrón, sigue su libro —termina Emilio.

Eso es tan cierto. He pasado todo este tiempo en el caso de Maddy tratando de analizar la psicología de todos los involucrados, desde los matones de la mafia hasta el novio sospechoso, pero nunca pensé en seguir el rastro del dinero. Si es que hay uno.

—Mantenme informado —dice Rafe.

—Obviamente.

Emilio está a punto de irse, pero extiendo la mano y lo detengo. Me lanza una mirada penetrante, sorprendido.

—¿Crees que podrías investigar a alguien para mí? —pregunto, mirando a Rafe.

Él levanta una ceja, claramente interesado.

—Tengo un nombre —digo—. Ethan Reyes de los Red Hooks. Quizás algo en sus cuentas bancarias nos dé una pista sobre lo que Maddy estaba haciendo. Sobre por qué está muerta.

—¿Maddy? —pregunta Emilio—. ¿La chica muerta?

Sus palabras me golpean, succionando el aire de mis pulmones. Una llamarada de ira surge mientras intento tragar el nudo en mi garganta, pero el calor se extiende por mis mejillas y cuello. Sé que

el color está floreciendo como un letrero de neón, y siento los ojos de todos sobre mí.

—Ella es mucho más que solo una... una chica muerta. Era mi mejor amiga. La mejor persona en todo el mundo.

Escucho el temblor en mi voz. Me siento expuesta, y percibo que Emilio no es el único que presta atención. Rafe debe ver la tormenta a punto de desatarse porque atraviesa a Emilio con una mirada lo suficientemente afilada como para cortar un ladrillo. El tipo de mirada que podría desprender la pintura de las paredes.

Emilio me mira un momento, sus ojos cambiando de indiferentes a algo un poco más humano. No es hasta que Rafe le lanza una mirada asesina que murmura una disculpa.

—No sabía que significaba tanto para ti —dice Emilio, sonando como si realmente pudiera estar sincero.

Asiento, tratando de mantener la compostura. Tratando de ignorar las miradas del resto de la mesa. Tratando de actuar como si el cuchillo en mi corazón no acabara de retorcerse un poco más.

—Está bien —digo, aunque no lo está. Aunque nunca lo estará.

—¿Crees que este tipo Ethan tiene dinero de otra persona? —pregunta Emilio.

—No tengo idea —digo—. Pero me gustaría saber si estaba sentado sobre una pila de dinero.

—¿Rafe está de acuerdo con que preguntes? —Mueve la cabeza en dirección a Rafe—. ¿Sin consultárselo primero?

—Rafe no me controla —gruño, lanzándole a Rafe una mirada desafiante.

Rafe gruñe pero no me detiene.

—Bien —dice Emilio—. Pero no esperes encontrar mucho. Esos tipos de Red Hook meten la mayor parte de su dinero en sus narices o en sus venas.

—Solo investígalo —dice Rafaele, con voz baja y peligrosa.

—Entendido.

Emilio se aleja. Lo vemos irse en silencio, y no le toma mucho tiempo desaparecer en la habitación como si nunca hubiera estado allí en primer lugar.

Me giro hacia Rafe.

—¿Estás enojado?

—¿Sobre Ethan? —pregunta—. ¿O sobre que te veas así?

Sus ojos arden en mí, como si yo fuera lo único que quiere mirar. Como si tal vez este vestido fuera la mejor idea de todas.

—¿Ambos? —digo, sintiendo que el calor sube a mis mejillas.

Se inclina y habla bajo, solo para mí, su aliento calentando mi oído.

—Te ves demasiado bien, Sloane.

Como si fuera un insulto.

—Esto fue idea tuya, ¿sabes? —digo—. El vestido. Los tacones. La manzana entera de ropa.

Baja la voz.

—Ese vestido es mío, Carter —dice—. No lo olvides.

Un escalofrío me recorre por la forma en que lo dice. Como una promesa. Como si estuviera listo para tomarme aquí mismo, ahora mismo.



Las bebidas son fuertes, el tipo de cócteles que podrían mandar a una chica a otra vida, la vida que Rafe parece pensar que es mía. El cantinero me mira como si también lo supiera. Como si hubiera visto un millón como yo. Quiero sacudirlo. Rafe quiere hacer algo peor. Se toma su whisky de un solo trago y mueve la cabeza hacia las escaleras. Lo sigo, sin aliento.

Subimos a un salón privado, con vista a todo el club, y él cierra la puerta con llave, sus ojos en mí como un lobo sobre su presa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, mirando alrededor.

Una pared es completamente de cristal, con vista a la multitud abajo. Cristal negro, iluminación tenue, sofás de terciopelo, whisky caro, armas probablemente escondidas en la pared.

Puedo ver todo su mundo desde arriba, pero él solo me está mirando a mí.

—¿Quieres saber lo que hago aquí? ¿Lo que poseo? A ti. Ahora mismo.

Echo una cadera hacia fuera, sintiendo cómo la tela se estira sobre mi cuerpo.

—Tú no me posees, Rafe.

—Los primerizos no pueden subir aquí —dice—. No se supone que estés aquí.

Cruzo los brazos y pregunto:

—¿Entonces por qué me trajiste aquí?

Rafe se acerca, apretando la mandíbula mientras me mira.

—Porque no quiero que nadie más te mire —responde.

Miro a través del cristal unidireccional.

—Demasiado tarde para eso. Algunos hombres notaron el vestido —digo.

Se acerca más, acorralándome contra el cristal.

—Cada hombre en esa habitación notó el vestido. Y todavía estoy decidiendo quién va a pagar por ello —dice.

Levanto el mentón desafiante.

—No tienes derecho a estar celoso —le digo.

Él está totalmente serio cuando responde:

—No estoy celoso. Soy posesivo. No confundas las dos cosas.

Hay una pausa, y me quedo sin aliento. Todavía no me toca, pero su voz baja aún más.

—Te traje aquí arriba para recordarme que todavía tengo control —dice.

—¿Y? —lo insto.

Finalmente toca mi cintura, su agarre firme.

—No lo tengo —admite.

Me inclino hacia él mientras sus manos se deslizan por mi espalda.

—Entonces deja de fingir —susurro.

Su boca está contra mi cuello ahora.

—No tienes idea de lo que me estás haciendo —murmura.

—Muéstrame —digo suavemente.

Colisionamos. Sus manos están en mis caderas, mi espalda contra el cristal, el bajo del club vibrando a través de la pared.

Gruñe en mi oído:

—Que bailen. Que beban. Que se pregunten dónde estás.

—Contigo —susurro.

—Así es —responde, arrastrando su boca por mi clavícula.

Su boca choca contra la mía, sin vacilación, sin restricciones. Una mano se cierra en mi cabello, agarrando lo suficiente para inclinar mi cabeza como él quiere. La otra se curva alrededor de mi cintura, arrastrándome contra él como si no pudiera acercarme lo suficiente.

—Ya no puedes desaparecer entre la multitud —gruñe contra mis labios—. No puedes ponerte en peligro. Ahora me perteneces.

Abro la boca para discutir... él aprovecha la oportunidad, su lengua invadiendo, un beso brutal y posesivo. Mis rodillas casi ceden. Él me sostiene sin perder el ritmo.

Su chaqueta cae al suelo. Mete la mano dentro del escote bajo de mi vestido, acariciando mi pecho.

—Cada vez que entras a una habitación —murmura, su boca ardiente contra mi clavícula—, me cuesta más respirar.

Jadeo mientras su boca desciende más. —Tú... nunca... dices cosas así.

—Eso no significa que no lo piense —dice, sus manos deslizándose por mis muslos, bajo mi vestido—. ¿Crees que no he imaginado esto cien veces?

Me levanta sobre el borde del diván de terciopelo, separando mis rodillas con una mirada oscura que me hace temblar.

—He pensado en ti así —dice, cayendo de rodillas—. Mirando el club como si fuera tuyo. Pero no lo es. Tú eres mía.

Levanta suavemente mis caderas y baja mis bragas por mis piernas. Mi respiración se entrecorta cuando empuja mi vestido hacia arriba, arrastrando su boca por el interior de mi muslo. Ya estoy temblando cuando su lengua me encuentra. Lento al principio, luego más profundo, más oscuro, hasta que no puedo recordar mi propio nombre.

—Rafe... oh Dios mío...

No se detiene. No se apresura. Está concentrado, implacable. Como adoración. Como castigo. Como ambos.

Cuando me deshago, me sostiene durante todo el proceso, sus manos firmes en mis caderas, su boca aún devorándome, mi grito ahogado por el bajo retumbante de la pista de baile abajo.

Se levanta entonces, todavía completamente vestido, fuego en sus ojos. Sin decir palabra, me pone de pie y me lleva al cristal. Lentamente, desliza mi vestido hacia arriba sobre mi cabeza, luego desabrocha mi sostén hasta que estoy completamente desnuda ante él.

—Dilo, Rafe —exijo, perdiendo la cabeza.

—Voy a cogerte tan duro —dice, con voz baja y rasgada.

El cristal frío está en mi espalda, su cuerpo caliente contra el mío, y soy un frenesí de deseo por él.

Lo beso, un beso crudo y atrevido, y nos enciende a ambos.

—Dios, Sloane —gime.

Desabrocho su cinturón, desabotono su pantalón y bajo su cremallera. Su miembro es enorme y ansioso, y cuando lo sostengo en mi palma, mi hombre gime.

—¿Qué más? —lo provoco, sintiendo la locura en mi voz—. Dilo.

—Voy a hacerte gritar —dice, desesperado e implacable.

Un suave gemido escapa de mis labios.

—Date la vuelta —dice, con voz baja y destrozada—. Manos en el cristal.

—Alguien podría...

—No verán. Pero tú sí —Su voz es puro pecado—. Verás todo. Mientras te desarmo.

Obedezco.

Entra en mí, una fuerte embestida, y pierdo el control. Él está dentro, caliente y perfecto, y estoy tan llena de él que no puedo soportarlo. Me vuelve loca de necesidad, la forma en que no se contiene. La forma en que me da todo de sí mismo.

—¡Rafaele! —grito, de repente deseando que todos abajo pudieran escucharme llamar su nombre.

—Carajo —gruñe—. Se siente tan bien.

El cristal está frío en mis palmas. Sus manos son fuego. Cuando empuja dentro de mí, es demasiado y no suficiente al mismo tiempo.

—Dilo —dice entre dientes contra mi hombro—. Di que eres mía.

—Soy tuya —jadeo—. Siempre he sido tuya.

Su ritmo se vuelve salvaje. Una mano se desliza hasta mi garganta, sin ahorcar, solo sosteniendo. Anclándome. Marcándome.

—Buena chica —gruñe—. Ahora déjalos bailar. Déjalos beber. Deja que sepan a quién mierda perteneces.

Me toma con más fuerza, desenfrenado y sin restricciones. El cristal vibra con nuestros cuerpos, nuestra locura, nuestro todo. Estamos fuera de control, y nunca lo he deseado tanto. Me lleva hasta el borde, más allá del borde, hasta el lugar donde estoy a punto de caer.

—Ay, dios —digo, aferrándome a él, lista para explotar—. ¡Rafe!

—Acaba para mí —exige—. Acaba fuerte, princesa.

Lo hago. Me deshago, todo un borrón de calor y fiereza. Me desmorono en sus brazos, temblando, riendo, perdiendo la cabeza. Me lleva con él, una embestida más y él también se va. Gime, profundo y grave, sujetándome con fuerza, sosteniéndome, manteniéndome suya. Volvemos en sí, sin aliento y vulnerables, y no estoy segura de poder tener suficiente jamás.

24

Rafaele

¿No hay ningún lugar acogedor en esta casa? —pregunta, deslizando un dedo por una inmensa pared blanca en la entrada.

Líneas largas, superficies lisas y bordes duros. Puedo entender su punto.

—Lo acogedor no es la vibra que buscamos —respondo, observando cómo sus ojos recorren la extensión del pasillo.

El vacío austero de la casa hace eco de su pregunta, casi burlonamente. Acabamos de regresar de Il Lusso, y ella todavía lleva ese vestido azul matador que me hace cosas, pero su humor está cambiando, volviéndose serio.

—No, supongo que no —dice.

Suelta una risa ligera, pero hay un toque de anhelo en ella. El sonido es pequeño en el espacio enorme, como si pudiera perderse antes de llegar a mí. Me detengo, inseguro, con un pie apuntando hacia la habitación de huéspedes. Vacilo, reacio a enfrentar el vacío de mi habitación espartana. Hay renuencia en la forma en que cambio mi peso, sin querer estar solo con tan poco confort a mi alrededor.

—¿Todavía vas al ala este? —pregunto, tratando de sonar casual.

Ella levanta una ceja. —¿A dónde más iría?

Me encojo de hombros, repentinamente inseguro. —Dom convocó una reunión familiar esta mañana. Sobre ti.

—¿Sobre mí? —Su voz se eleva ligeramente, con un toque de ansiedad. —¿Qué dijeron?

—Que ya no eres un riesgo para la seguridad. —Observo su rostro cuidadosamente—. Te has probado a ti misma. No más puertas cerradas. No más acceso restringido.

Sus ojos se abren ligeramente. —Entonces, oficialmente soy... ¿qué? ¿Una invitada con privilegios?

—Algo así. —Doy un paso más cerca de ella—. Podrías quedarte en mi habitación. Si quieres.

La oferta queda suspendida entre nosotros, cargada con todo lo no dicho. Observo una serie de emociones cruzar su rostro, sorpresa, consideración y, finalmente, una pequeña sonrisa que hace que mi corazón se acelere.

—Qué atrevido, Rosetti —dice, pero no hay rechazo en su tono.

—Solo soy práctico —respondo, aunque ambos sabemos que es más que eso—. Mejor vista. Baño más grande.

Ella se ríe suavemente. —¿Es todo?

Me acerco más, incapaz de mantenerme alejado. —Además, duermo mejor cuando estás ahí.

Su expresión juguetona se suaviza. —Yo también.

Nos quedamos allí por un momento, el silencio que se extiende entre nosotros ahora es cómodo, lleno de posibilidades en lugar de vacío.

—Espera aquí —le digo, rompiendo el momento.

Ella inclina la cabeza, curiosa, mientras me dirijo hacia la cocina. La dejo allí de pie, llenando el espacio cavernoso, y me dirijo a la cocina. Le preparo un té de menta con dos cucharadas de azúcar, como la he visto tomarlo. Revuelvo hasta que la dulzura se disuelve, el remolino de vapor llevando el aroma a menta.

—Justo como me gusta —exclama cuando se lo entrego, sus ojos brillantes y agradecidos.

Sus dedos envuelven la taza, y parte de la tensión abandona mis hombros.

—Sígueme —digo, guiándola lejos de las habitaciones frías y estériles hacia la biblioteca más pequeña.

El suelo cruje bajo nuestros pies, marcando nuestro camino. Ella avanza a grandes pasos, y me apresuro para mantener el ritmo, el vapor de su té como un cálido rastro entre nosotros. No miro hacia atrás, pero puedo oír sus suaves pasos, rápidos de emoción, mientras empuja la puerta de la biblioteca para abrirla. Miro alrededor, observando lo que claramente es la habitación más acogedora del lugar. El resplandor de la chimenea proyecta sombras parpadeantes, y el aroma a papel viejo y madera pulida llena el aire. Observo cómo el calor se filtra en ella, como si ya fuera parte de la habitación. Sostiene la taza como un tesoro, el calor empapando sus manos.

—Siéntate —le digo, señalando uno de los dos sillones de cuero colocados alrededor de la chimenea.

Ella se acomoda con una ansiedad casi cómica, y no puedo evitar notar lo bien que se ve allí, como una salpicadura de color en el suave resplandor de la habitación. Me inclino y empiezo a preparar un fuego, sintiendo sus ojos sobre mí, esperando su reacción.

—Esta es mi habitación favorita de toda la casa —dice, acurrucándose en uno de los sillones y colocando una manta sobre su regazo.

—Los hermanos malvados han logrado crear un espacio decente y acogedor —añade.

Respondo con un "hmm" mientras apilo madera más grande en forma de tipi sobre la leña menuda.

Nos sentamos en silencio mientras construyo el fuego, sentado en cuclillas y removiendo la madera, soplando las pequeñas llamas, instando al calor violento a destruir la madera.

—Parece que haces eso muy seguido —dice suavemente, curiosa.

Mantengo mis ojos en las llamas mientras bailan a lo largo del tronco, observando cómo el humo se eleva en una espiral lenta, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Es más seguro que mirarla a ella.

—Lo hago, siempre que no puedo dormir —respondo, las palabras salen medidas—. Esta es mi habitación favorita también.

—¿Sueles estar despierto hasta tarde? —pregunta, el filo acerado de su voz suavizado por su propia curiosidad.

—Sí. ¿Y tú?

Me concentro en los crujidos, los chasquidos, las pequeñas explosiones de la madera.

Sloane se mueve, alejándose del sillón y hundiéndose en el suelo frente al fuego, como si ese fuera su lugar. Me recuerda lo diferentes que somos. Lo equivocado que soy para ella. Cómo debería decirle que se vaya, que se acueste, que se salve de mí. Pero mi boca no se abrirá.

Ella recoge sus rodillas, pequeña contra la luz anaranjada, y odio lo frágil que se ve. Odio lo mucho que quiero hacerla sentir segura.

—Tengo pesadillas —admite en voz baja.

Ahí está. La grieta. No en su voz, sino en su armadura.

—¿Pesadillas sobre tu perro? ¿Bear? —pregunto, manteniendo mi distancia.

Ella asiente, sus ojos perdidos en la distancia.

—Solía pensar que si solo seguía explicando... si seguía repitiendo mi inocencia... arreglaría algo —dice—. Que quizás la gente me creería.

Me quedo quieto. Si me muevo, si respiro demasiado fuerte, podría detenerse. No puedo arriesgarme a eso.

—Todos me culpaban. Durante años, los niños de la escuela susurraban sobre eso. Me llamaban la niña que mató a su propio perro.

Mi mandíbula se tensa. Ese es el tipo de herida que no cicatriza; se empapa.

Ella se ríe, pero es el sonido que haces cuando algo todavía duele y estás cansada de ocultarlo.

—Empecé a creerlo —dice.

Quiero matar a esos niños. Ridículo, irracional, pero destella caliente detrás de mis costillas.

—Eras una niña —le recuerdo, tratando de traerla de vuelta.

—Sí. Una niña que aprendió rápido que una vez que la gente piensa que eres culpable, sigues siendo culpable. No importa cuál sea la verdad.

Conozco esa historia. Solo que se cuenta en diferentes habitaciones.

El fuego crepita. Me deslizo hasta la alfombra a su lado.

—Por eso estás tan empeñada en demostrar que Maddy no estaba metida en drogas. Que no estaba pidiendo ser asesinada. Que no hizo nada malo —digo, manteniendo mi voz firme y llevando mis rodillas hacia mi pecho.

—Dios, quiero creer eso tanto —dice con una voz tan pequeña que casi desaparece—. Pero ahora, con todas estas cosas sobre Ethan y los Red Hooks, no sé qué creer. Cuanto más investigo, más parece estar involucrada. Maddy lo era todo. Pensé que yo era la única que lo entendía, que la entendía. Pero quizás no fue así.

No interrumpo. Sé que es mejor no hacerlo.

—Era dura, ¿sabes? —Sloane envuelve sus manos alrededor de la taza—. Mucho más dura que yo. Me hacía sentir normal. Como si no fuera rara o estuviera rota o fuera esa niña triste y destrozada. Como si fuéramos nosotras contra el mundo.

Puedo ver la tristeza. Puedo ver cómo se clava.

—¿Y ahora?

—Y ahora ni siquiera lo sé. —Se muerde el labio, esa boca traviesa y malvada volviéndose seria. Volviéndose dura—. Todos piensan que era solo una chica tonta que se buscó que la mataran, que se metió en algo más grande de lo que podía manejar. Y, bueno, con Ethan y los Red Hooks... quizás lo era.

—No crees eso —digo.

No es una pregunta.

—Solo pienso que tal vez, tal vez si hubiera sido una mejor amiga, si hubiera pasado menos tiempo estudiando y más tiempo con ella, me habría contado sobre su novio y toda la mierda en la que se estaba metiendo y podría haberla ayudado a salir, advertirle, mantenerla a salvo, y tal vez nunca habría...

Su teléfono suena, el sonido cortando la habitación como un disparo. Ella salta, su mano automáticamente alcanzándolo como un reflejo. Veo el identificador de llamadas antes de que pueda agarrarlo: Lucas.

Lo mira, algo conflictivo pasando por su rostro. Apaga el timbre y lo vuelve a meter en su bolsillo.

El silencio resuena más fuerte que la llamada.

—¿No vas a contestar? —pregunto con cuidado.

Ella niega con la cabeza. —Ahora no. Es tarde.

Algo en su tono me hace presionar un poco más. —¿Todo bien con él?

El ceño de Sloane se frunce. —Sí, es solo que... Lucas ha estado llamando mucho. Como, todo el tiempo. Al principio, pensé que solo estaba preocupado por mí al involucrarme en todo esto, pero...

—¿Pero? —la animo, observando su rostro de cerca.

—No sé. Ha estado actuando raro últimamente. —Mira fijamente el fuego, las llamas proyectando sombras sobre su rostro—. Desde que le dije que estaba investigando a los Callahan, ha estado... diferente. Nervioso. Casi asustado.

Siento una punzada de preocupación, más por ella que por cualquier otra cosa.

—¿Asustado cómo? —pregunto, manteniendo mi voz casual.

—Es difícil de explicar. No deja de preguntarme con quién hablo, qué sé. —Me mira—. Al principio pensé que solo estaba siendo protector, ¿sabes? Después de perder a Maddy. Pero a veces se siente como... como si me estuviera vigilando.

—El duelo hace cosas extrañas a las personas —ofrezco—. Probablemente solo no quiere perderte a ti también.

—Tal vez. —Se encoge de hombros, pero puedo ver la incertidumbre en sus ojos—. Probablemente solo estoy siendo paranoica. Lucas amaba a Maddy más que nadie. Si alguien quiere justicia para ella, es él.

Nos sentamos en silencio por un rato, mirando el fuego bailar, escuchando el crujido de la madera.

—Parece que los Rosetti y los Callahan tienen bastante historia —dice Maddy.

—Se podría decir eso. Mi abuelo llegó en el '47 —digo, observando las llamas bailar—. Comenzó con apuestas ilegales en Little Italy, luego protección en el distrito de empacadoras de carne. Los

Callahan ya estaban establecidos en Hell's Kitchen. Mafia irlandesa con conexiones al viejo país.

Sloane escucha atentamente mientras continúo.

—La guerra comenzó en el '78. Los Callahan ejecutaron al hermano mayor de mi padre por un territorio de apuestas en disputa. Tres semanas de derramamiento de sangre siguieron. Veintisiete muertos entre ambas familias. Finalmente, una tregua fue negociada por la Comisión, las viejas familias italianas que aún controlaban la mayor parte de la ciudad en ese entonces.

Flexiono mis dedos desnudos a la luz del fuego. —Mi padre se convirtió en el jefe de la familia en el 95. Modernizó todo. Negocios legítimos, conexiones políticas, comercio internacional. Hizo más difícil que los federales nos tocaran. Los Callahan también se adaptaron, pero siempre ha habido mala sangre. Esta asociación de peleas clandestinas fue la primera colaboración real en décadas.

Su teléfono vibra otra vez, un mensaje de texto esta vez. Lo saca, lo lee y luego frunce el ceño.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Es Lucas de nuevo —dice ella, con confusión evidente en su voz —. Quiere saber exactamente qué me dijo Ethan. Dice que es urgente.

Observo su reacción, notando el leve surco en su frente. —Es bastante insistente.

—Sí. No le he contado todo todavía. He querido hacerlo, pero... — Se interrumpe, mirando fijamente el mensaje—. No sé por qué está tan insistente al respecto.

Su incertidumbre me parece extraña. Es natural que él quiera actualizaciones, pero algo en su reacción sugiere que su comportamiento va más allá de la preocupación normal.

—¿Confías en él? —pregunto, curioso por su vacilación.

—Por supuesto —dice de inmediato, pero hay una pausa casi imperceptible antes de responder—. Es como familia. ¿Por qué no confiaría en él?

Me encojo de hombros, manteniendo un tono ligero. —Por nada. Solo parece que no estás segura de devolverle la llamada.

Sus ojos se entrecierran ligeramente. —Es complicado. Quiero a Lucas, pero a veces... no sé. Siento que ya no estamos en la misma página.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, revelando una tensión en su amistad que no había notado completamente antes. Me hace preguntarme qué más está pasando entre ellos.

—El duelo cambia a las personas —digo, dándole una salida fácil —. A veces de formas que no esperamos.

Ella me estudia por un momento.

—Procesa primero tu propio duelo antes de preocuparte por el de otras personas. No puedes atar tu culpa por tu perro con la culpa por tu amiga —digo—. Bear no murió por tu culpa. Maddy no murió por tu culpa.

—¿No fue así? —susurra.

—No. Ella murió porque alguien tomó una decisión. No tú.

Y quienquiera que haya sido, pagará por ello. Ella no lo ve porque sus ojos están fijos en el fuego, pero digo cada palabra en serio.

—No es tu culpa, Sloane.

Ella no discute. Tampoco me cree.

—¿Por qué siento que sí lo es?

Levanta la mirada, buscando en mi rostro algo que no sé si puedo darle. Tranquilidad, quizás. O una respuesta. Algo sólido y real.

Deja escapar un largo suspiro, un sonido suave que me conmueve, me hace sentir las cosas que no dice.

No puede decirlo, pero sé lo que quiere decir. ¿Y si nunca descubre qué pasó? ¿Y si la muerte de Maddy queda suspendida sobre ella como la del perro, como una condena sin libertad condicional?

Pienso en lo determinada que está, en cómo esta búsqueda de la verdad la impulsa. Es admirable y preocupante a la vez. Se está sumergiendo en peligros que no comprende completamente, y no estoy seguro de poder protegerla de todos ellos.

Me quito un guante, luego el otro. El cuero es suave y gastado, como una segunda piel. Ella me observa, curiosa. Nadie me ve nunca quitármelos. Nadie me ve sin ellos.

El significado de lo que estoy haciendo pesa sobre mí como una presión física. Estos guantes no son solo accesorios. Son una barrera

entre yo y el mundo, un recordatorio constante de la violencia de la que mis manos son capaces. Han sido mi escudo y mi prisión durante años, manteniéndome aislado, manteniéndome separado de la conexión humana normal.

Quitármelos ahora, con Sloane observando, se siente como salir desnudo a una tormenta de nieve. Estoy expuesto, vulnerable de una manera que no me he permitido ser desde que me los puse por primera vez. Mi corazón golpea contra mis costillas, y me pregunto si ella puede oírlo, si sabe lo que esto significa.

—Nunca te los quitas —dice ella, con sus ojos en mis manos desnudas, sorprendida.

—No son para dar calor.

Mi voz suena extraña a mis propios oídos. Cruda. Honesta.

—¿Entonces para qué?

Miro fijamente mis manos, mi pasado un eco en cada línea. Nudillos aún magullados. Dedos que rompieron la mandíbula de un hombre la semana pasada y que temblaron la primera vez que acabé con una vida. El recuerdo arde como el fuego frente a nosotros.

—Mi primer trabajo para la familia... tenía diecinueve años —digo, escuchando el frío en mi propia voz—. El tipo no era mucho mayor. Se defendió. Tuve que terminarlo con mis manos. A sangre fría.

El recuerdo vuelve, vívido y afilado. El callejón estrecho, el olor a lluvia sobre el concreto, la mirada de horror creciente en los ojos del hombre cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder. La forma en que mis manos temblaron después, no por miedo, sino por la sorpresa de lo fácil que había sido.

Flexiono mis dedos, recordando. Extiendo mis manos, sintiendo el calor del fuego, recordando el frío de aquella noche. Un golpe en diciembre. Contra un tipo que debía montones de dinero y se creía lo suficientemente rey como para no pagar. Miro fijamente mis dedos, los mismos dedos que crujieron en el frío, los mismos dedos que rompieron su piel.

El crepitar del fuego hace eco en la habitación, y el silencio retumba más fuerte que sus preguntas de antes.

Ella no se estremece. Solo eso deshace algo en mí. Como si tal vez pudiera tomar toda la fea historia, las peores partes de mí, y

mantenerlas cerca, acunarlas en esas manos inquebrantables. Absorbe mi historia como absorbe el calor del fuego, como si incluso pudiera esperar algo peor. Tal vez debería. Pero se mantiene firme, y la parte salvaje y esperanzada de mí piensa que podría acostumbrarme a que ella esté aquí, a que no aparte la mirada. Su calma es un desafío, y lo enfrento con todas las cosas que nunca he contado.

Nadie me ha visto tan expuesto desde Alisa, y eso terminó en llamas. Alisa pensaba que quería al chico malo, el peligro, hasta que realmente vio lo que eso significaba. Había mirado mis manos, estas mismas manos, con horror, con asco, cuando se dio cuenta de lo que habían hecho.

Pero Sloane las mira como si fueran solo manos. Imperfectas, cicatrizadas, pero no monstruosas. No más allá de la redención.

—Temblaron después. No por miedo. Por adrenalina. Por lo... vivo que me hizo sentir.

Levanto la mirada. Ella sigue observando.

—Empecé a usar guantes para no olvidar de lo que soy capaz.

—¿Te dan miedo tus manos? —pregunta suavemente.

—No.

Sí.

—Tengo miedo de lo que haré si dejo de fingir que están limpias.

Ella se inclina hacia adelante. Gentil. Estúpida. Valiente.

—No me parecen sucias —dice.

Sus dedos se deslizan sobre los míos. Lento. Cuidadoso. La dejo.

Es la única persona viva a la que dejaría tocarme así. La única que podría no quemarse con ello.

—No me mires así —digo.

—¿Así cómo? —pregunta, acercándose más.

Suave, estúpida, valiente.

—Como si no fuera un monstruo.

Sus dedos se entrelazan con los míos. Son cálidos. Firmes. Sin miedo.

—No creo que los monstruos se queden despiertos toda la noche para proteger a personas que ya han perdido demasiado.

Las palabras golpean más fuerte de lo que deberían.

He vivido en las sombras. He matado en silencio. He usado los guantes, la máscara, el papel. Pero esta noche, envuelto en la luz del fuego y su maldita bondad, me siento humano. Y me aterroriza.

Sloane no me mira como si fuera algo a lo que temer. Me mira como si pudiera valer la pena salvarme. El pensamiento es aterrador e intoxicante a la vez. Nadie me ha mirado así antes, como si vieran la oscuridad y no estuvieran huyendo.

Me siento desnudo bajo su mirada, despojado de todas mis defensas. Y lo más extraño es que no quiero volver a ponérmelas. No quiero volver a ser intocable, inalcanzable. No con ella.

—Nunca he... —empiezo, luego me detengo, las palabras atrapadas en mi garganta—. Nadie me ve sin ellos.

Su mano se aprieta alrededor de la mía, una presión suave que me ancla a este momento, a ella.

He pasado años asegurándome de que nadie pudiera verme, al verdadero yo, bajo el nombre Rosetti, bajo la violencia y el miedo. Y aquí está ella, esta frágil mujer, con sus pesadillas y su culpa y su inquebrantable bondad, mirando a través de todas mis defensas como si estuvieran hechas de cristal.

Debería hacerme querer huir. Debería hacerme alejarme, volver a ponerme los guantes, reconstruir todos los muros que he pasado años reforzando. Pero en vez de eso, me encuentro apretando su mano con más fuerza, dejando que su calor se filtre en una piel que no ha sentido el contacto de otra en demasiado tiempo.

Esto es peligroso. Más peligroso que cualquier trabajo que haya hecho, cualquier pelea que haya luchado. Porque si la dejo entrar, si me permito creer que podría aceptarme por completo, y luego ella se va...

No estoy seguro de que podría volver a ponerme los guantes.

25

Sloane

Me encuentro en uno de los estudios de la mansión Rosetti, donde estanterías de caoba del suelo al techo recubren las paredes, una profunda alfombra persa color borgoña amortigua nuestros pasos, y pesadas cortinas de terciopelo bloquean el sol de la tarde, excepto por una única lámpara de escritorio de latón que proyecta un cálido círculo de luz sobre una mesa de roble con marcas de desgaste. Dos sillas de cuero con respaldos altos flanquean el escritorio, y la pintura al óleo de un severo ancestro Rosetti nos observa desde encima de la chimenea.

Emilio está inclinado sobre el desordenado escritorio, sus dedos vuelan sobre el teclado de su laptop, la pantalla proyectando un resplandor azul sobre su rostro. Rafe y yo estamos cerca, nuestros ojos pegados al monitor mientras Emilio navega por filas de números y transacciones.

—¿Algo todavía? —pregunta Rafe, con tensión en su voz.

Emilio sacude la cabeza, murmurando: —Solo los depósitos y retiros habituales, nada sospechoso.

Finalmente se reclina, pasándose una mano por el cabello, y todos dejamos escapar un suspiro colectivo, con los hombros caídos por la decepción.

—Estaba segura de que encontraríamos algo sobre Ethan Reyes —digo, con frustración infiltrándose en mi tono.

Pero las cuentas bancarias no revelan nada fuera de lo común.

—Solo el típico idiota de los Red Hooks que se fuma y se esnifa cada centavo que consigue —dice Emilio.

—¿Has revisado nuestras propias cuentas? —pregunta Rafe—. ¿Cómo fluye el dinero del ring de peleas por nuestro lado?

—El sistema es complejo —explica Emilio, señalando la pantalla—. El dinero se mueve desde la operación de apuestas a través de una serie de empresas fantasma. Primero el negocio de suministros de restaurantes en Jersey, luego la compañía inmobiliaria en Delaware, finalmente a través de la firma de inversiones en las Islas Caimán antes de regresar limpio.

—Nuestra ruta habitual de lavado —observa Rafe.

—Exactamente —asiente Emilio—. La mayoría de nuestras operaciones están compartimentadas. Solo la alta gerencia tiene acceso a la canalización financiera completa. Nada extraño sucede ahí.

Los observo, fascinada por esta visión de la mecánica de su mundo.

—Los Callahan manejan su propio lavado a través de sus contratos de gestión de residuos con la ciudad —continúa Emilio—. Cinco distritos, contratos de treinta años que valen millones en ingresos legítimos. La cobertura perfecta para mover dinero sucio. Pero nuevamente, no hay vínculos con quién está desviando fondos del ring.

De repente, una idea surge en mi cerebro.

—Espera, ¿qué era lo que solía decir tu padre? —pregunto, sintiendo una oleada de posibilidad.

Emilio mira a Rafe, con una esquina de su boca curvándose hacia arriba.

—Asegúrate de enterrar bien los cuerpos —dice, con un tono medio burlón.

—Usa guantes. No dejes rastro —agrega Rafe con una sonrisa maliciosa.

Jesús, ¿quiénes son estos hombres? Vaya familia.

—No —insisto—. Algo sobre bancos o billeteras o algo así.

—Si quieres al ladrón, sigue su cuaderno —dicen los dos hermanos al unísono, las palabras perfectamente sincronizadas.

—¡Sí! —digo, mi voz elevándose con emoción—. Correcto. Así que tal vez hemos estado mirando a la persona equivocada.

Los ojos de Emilio se encuentran con los míos, el entendimiento pasando entre nosotros en una sola mirada rápida.

—¿Puedes revisar las cuentas de Maddy? —pregunto-exijo, con urgencia arañando mi interior.

—No voy a perder mi tiempo ayudando a alguna extraña —dice Emilio tajantemente—. Ya tenemos suficientes problemas con los Callahan.

—Ella sabe cosas que nosotros no —argumenta Rafe, parado detrás de mí como una sombra—. Sobre Maddy, sobre sus cuentas, sobre en qué podría haber estado involucrada.

—¿Y cómo sabemos que no llevará lo que encontremos directamente a la policía? —desafía Emilio, sus ojos estrechándose mientras se fijan en mí—. Su padre era de la policía de Nueva York, por el amor de Cristo.

Doy un paso adelante, sosteniendo su mirada. —Porque quiero justicia para Maddy más que nadie. Y sé que la policía no me la dará. —Respiro profundo—. Ustedes sí.

Emilio me estudia, su rostro ilegible. —Bonitas palabras. No convincentes.

—Mi padre se jubiló hace cinco años —digo, con desesperación infiltrándose en mi voz—. No he hablado con él sobre nada de esto. No lo haré. Esto no se trata de él. Se trata de Maddy.

—¿Y si encontramos algo que implique a tu amiga? —pregunta Emilio, inclinándose hacia adelante—. ¿Qué entonces? ¿Todavía quieres la verdad si significa que tu recuerdo perfecto de ella se hace pedazos?

La pregunta me golpea como un impacto físico. No me había permitido considerar esa posibilidad de que Maddy podría haber estado involucrada en algo oscuro.

—Necesito saber —digo, mi voz más firme de lo que me siento—. Lo que sea. He pasado toda mi vida siendo culpada por algo que no

hice. No puedo dejar que eso le pase a Maddy. Incluso si... —trago duro—. Incluso si la verdad no es lo que quiero que sea.

Algo cambia en la expresión de Emilio. No es exactamente confianza, sino curiosidad.

—Estuve allí cuando murió —continúo, las palabras brotando—. Encontré su cuerpo. He pasado cada día desde entonces tratando de entender por qué. No me detendré hasta saber. —Mis manos están temblando, pero las aprieto en puños—. No puedo.

Rafe se coloca a mi lado. —Confío en ella —dice simplemente.

Los ojos de Emilio se dirigen a su hermano, luego de vuelta a mí. —Tu juicio ha sido cuestionable últimamente —le dice a Rafe, pero hay menos resistencia en su voz.

Meto la mano en mi bolsillo y saco una pequeña libreta. —Estas son todas las cuentas que Maddy me mencionó. Cuenta corriente personal, cuenta de ahorros que abrió en la universidad, tarjeta de crédito que obtuvo cuando comenzó el posgrado. —La coloco sobre el escritorio frente a él—. He estado tratando de recopilar información durante meses: estados de cuenta que encontré en su apartamento, cosas que me dijo sobre sus finanzas. Pero no puedo acceder a los registros reales. Hay solo hasta cierto punto que puedo hacer por mi cuenta.

Emilio toma la libreta, pasando por las páginas. Sus cejas se levantan ligeramente.

—Has estado ocupada —murmura.

—No estoy pidiendo caridad —digo—. Creo que esto se conecta con los Callahan de alguna manera. Si es así, también te ayuda a ti.

Emilio y Rafe intercambian una mirada que no puedo interpretar del todo. Finalmente, Emilio suspira y se vuelve hacia su laptop.

—Una hora —dice, sus dedos suspendidos sobre el teclado—. Si no encuentro nada para entonces, lo dejamos.

Asiento, con alivio inundándome. —Gracias.

—No me agradezcas todavía —responde, ya escribiendo—. Puede que no te guste lo que encuentre.

Acerco una silla junto a él, lo suficientemente cerca para ver la pantalla pero con cuidado de no abrumarlo. —Prefiero conocer la fea verdad que vivir con una hermosa mentira.

Sus dedos se detienen por un momento, y capto el fantasma de una sonrisa en su rostro. —Quizás no eres tan ajena como pensaba.

Rafe y yo observamos por encima de los hombros de Emilio mientras trabaja, lo suficientemente cerca para ver pero con cuidado de no abrumarlo. Navega a través de los datos financieros con precisión experimentada, y el resplandor azul de la pantalla proyecta una luz extraña en nuestros rostros mientras buscamos la verdad que le costó la vida a Maddy.

—Dios, ¿sus finanzas siempre fueron tan aburridas? —se queja Emilio, frotándose los ojos—. Con razón ustedes dos se llevaban bien.

—¡Oye! —replico, aunque un indicio de sonrisa tira de mis labios. Es extrañamente reconfortante que el hermano de Rafe me trate como si no fuera una completa extraña.

Finalmente, Emilio deja de escribir y se reclina en su silla. Sus ojos se dirigen hacia Rafe antes de fijarse en mí.

—Bien —dice lentamente—, no hay nada inusual en las cuentas bancarias de Maddy... pero hay algo extraño en su tarjeta de crédito.

La mano de Rafaele es pesada y cálida sobre mi hombro. Pienso en Maddy, sus ojos brillantes con secretos. La forma en que se reía cuando yo estudiaba hasta tarde y me rogaba que saliera en su lugar. La forma en que me negaba, noche tras noche, diciéndome a mí misma que siempre habría más tiempo. Pero ahora se ha ido, y no puedo perderla otra vez.

Cuando aparece en la pantalla, es como ver su fantasma. Mi corazón se aprieta, mis ojos se nublan. Parpadeo para aclararlos, obligándome a mirar. A ver realmente.

Está ahí mismo, justo frente a mí. La evidencia. Su nombre. Su dirección. Su vida en números, cuentas, libros contables. Es mucho más frío de lo que esperaba, y se aprieta a mi alrededor, un nudo de números.

Entonces lo veo, y casi jadeo.

—Depósitos —dice Emilio, su voz baja, seria.

—Son grandes —agrega Rafe.

—Por debajo del límite de reporte de $10,000 —dice Emilio, asintiendo como si confirmara sus propias sospechas—. Quien le

pagaba sabía lo que estaba haciendo. Evitó las leyes contra el lavado de dinero.

La habitación gira por un segundo, como si toda la mansión estuviera tambaleándose al borde del colapso.

—Ella no dijo nada —susurro—. Ella no dijo nada.

—Espera —dice Emilio, haciendo zoom en una línea particular.

Ahí está. Otro nombre. Otra vuelta del cuchillo.

Lucas Torres.

Siento que el mundo se desvanece.

—Su nombre está en la cuenta —dice Rafe, sus ojos pegados a la pantalla—. Jesús, es cotitular.

Ahora lo veo. Todo está ahí en blanco y negro. Lucas estaba en su cuenta durante la época de los depósitos. Durante la época de su muerte.

—¿Quién demonios es Lucas? —pregunta Emilio.

—El hermano de Maddy —digo, mi voz quebrándose—. Ella me habría dicho si estaban tramando algo.

Trato de entenderlo, trato de darle sentido a lo que estoy viendo. ¿Por qué Lucas está en su cuenta? ¿Por qué necesitaban ese dinero? Las preguntas se acumulan, se desploman, me hunden.

—¿Eran cercanos? —pregunta Emilio.

—Sí —dice Rafe, respondiendo por mí—. Un trío inseparable, los tres.

Su voz suena lejana. Como si la estuviera escuchando desde el fondo de un pozo profundo y oscuro.

—Podríamos tener algo aquí —dice Emilio, con emoción creciendo en su voz.

—Sigue buscando —lo urge Rafe.

Mi pecho se siente como si se estuviera hundiendo. Las paredes, los libros, la madera pulida, se cierran sobre mí, asfixiándome.

Observo sus rostros. La esperanza. El impulso. La determinación.

Para ellos, es el eslabón perdido. Para mí, es un astillamiento. Un resquebrajo. Un miedo que corre profundo.

Mi piel está demasiado tensa, mi pulso demasiado fuerte. Veo el rostro de Lucas, la sombra de dolor y rabia que nunca lo abandona

ahora. Veo su culpa, la rabia que trata de ocultar. Me pregunto si eso es todo, o si hay más, mucho más que nunca supe.

—Jesús —murmuro.

—Rafe —dice Emilio, una advertencia, una pregunta.

La mano de Rafe se cierra sobre la mía, su agarre firme. Levanto la mirada y lo veo observándome, con preocupación marcando su rostro, preguntas persistiendo en sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunta.

Quiero decir que sí, quiero decir que puedo manejarlo. Pero ya no estoy segura. No estoy segura de nada.

—Sigue adelante —digo en cambio—. Tenemos que saber.

—Es solo un comienzo —dice Rafe—. No tienes que... Es una pista. Eso es todo.

—¿Pero qué pasa si es cierto? —digo, cada palabra más aguda, más áspera que la anterior—. ¿Qué pasa si significa... Y si ella estaba en peligro por esto? ¿Por culpa de Lucas?

Cuanto más hablo, más suena a traición.

Siento que la mano de Rafe se aprieta sobre la mía.

—¿Crees que está involucrado? —pregunta.

No sé qué pensar. Mi mente es una tormenta, un remolino. Maddy y Lucas. Lucas y el dinero. Lucas y la culpa que pensé que era dolor.

—Es uno de mis amigos más antiguos —digo—. Él y Maddy. Él nunca... Pero el dinero... Y su nombre en la cuenta... No lo sabía. No lo sabía, carajo.

Los ojos de Rafe están fijos en los míos, firmes y seguros. Debería calmarme, pero no lo hace. Solo hace que todo se sienta más real.

—Es mucho para asimilar —dice suavemente—. Podemos esperar.

—Estoy harta de esperar —espeto, las palabras como balas, rápidas e incontroladas.

—Sloane —dice.

La ira se disipa, dejándome vacía.

—Puedes tomarte el tiempo para resolverlo —agrega.

Sacudo la cabeza, tratando de aclararla, tratando de pensar.

Escucho la risa de Maddy, su voz burlona cuando me escapaba de otra noche de fiesta. La forma en que bromeaba diciendo que tenía

sus propios secretos, que tal vez un día me los contaría. Pero nunca lo hizo. Nunca lo hizo, maldita sea.

—No quiero esperar —digo—. No puedo. No cuando esto podría ser. No cuando estamos tan cerca.

—Llevará algo de tiempo entender qué significa todo esto —dice Rafe.

—Tengo que saber —repito.

Mi voz está en carne viva ahora, despojada de cualquier defensa.

—Entonces lo averiguaremos —promete Rafe.

—¿Crees que este tal Lucas está ocultando algo? —pregunta Emilio.

—No lo sé —digo—. Pero tengo que averiguarlo. Incluso si significa... Incluso si Maddy...

Las palabras se atascan en mi garganta. Cortan profundo, dejándome sin aliento. No quiero decirlas. No quiero creerlas.

—¿Y si no era quien yo pensaba? —logro preguntar.

Apenas reconozco mi propia voz.

—Sigue buscando —le dice Rafe a Emilio.

Su voz es acero. Inquebrantable. Una roca en el caos de mi mente girando. Emilio asiente, sus dedos ya volando sobre las teclas, ojos atentos e implacables.

—Visitaremos a Lucas y averiguaremos qué está tramando —dice Rafe—. Todo estará bien.

Me alcanza de nuevo, su toque cálido y reconfortante. Pero se siente como una mentira. Como algo que no puede prometer.

Miro fijamente la pantalla, las líneas de depósitos y nombres. Las preguntas no dichas. Las posibilidades oscuras.

—No puedo acercarme al hermano doliente de mi mejor amiga y acusarlo de esto —grito, mi voz haciendo eco en las pinturas al óleo —. Es el único amigo que me queda en el mundo. Y acaba de perder a su maldita hermana.

La habitación está demasiado caliente. El aire es demasiado espeso. Me pongo de pie y retrocedo, lejos de los números, de los secretos, de las cosas que nunca quise saber.

—Está bien —dice Rafaele, su voz firme, una roca contra mi marea de pánico—. Entonces visitaremos a Ethan en su lugar.

Emilio asiente, ya planeando, estrategizando. Los observo. Veo cuán motivados están, cuán determinados. Cuán convencidos. Pero yo todavía no tengo respuestas.

—Tengo que salir de aquí —digo, y las palabras son apenas un susurro.

Salgo del estudio, pero me sigue.

El peso de todo.

El miedo de lo que significa.

El temor de que nunca la conocí realmente.

26

Rafaele

El cuarto de almacenamiento en el sótano de Il Lusso está impregnado de sangre y balas. Quizás no literalmente, pero ha presenciado lo suyo. Es una mala idea estar aquí abajo a solas conmigo, y creo que Carter lo sabe. Sloane tiene la misma expresión que aquella vez que la acorralé contra el vidrio unidireccional, como si no confiara en que pueda mantenerme bajo control. Está mitad emocionada, mitad aterrorizada. No es nada nuevo, pero todavía no entiende que la parte de mí que le asusta es la parte que le pertenece.

—¿No guardan cuerpos aquí abajo, verdad? —Su voz suena casual, pero percibo la tensión que esconde.

—No desde el martes pasado. —Sus ojos se abren de par en par, luego nota la sonrisa burlona en mi rostro y me golpea el hombro—. Rafe. —Su sonrisa es tanto alivio como advertencia.

Cruzo los brazos, me apoyo contra la pared y la contemplo. Ella permanece con los brazos cruzados, su postura rígida y cautelosa. Lleva una camiseta negra ajustada y una falda larga, su cabello castaño oscuro recogido en un moño despeinado. Las pecas esparcidas sobre su nariz bailan mientras sus ojos recorren la habitación, observando las paredes y el piso de cemento, los casilleros gris metálico y el único banco.

—Obtendrás la verdad que buscas —digo—. Esta noche. —Veo un destello de duda en sus ojos, pero no vacila.

—¿Crees que Reyes hablará? —Le doy una mirada larga y deliberada, dejando que la pregunta flote en el aire cargado entre nosotros—. ¿Crees que tendrá opción? —pregunto, arqueando una ceja mientras me recuesto contra la fría pared de ladrillo.

Su sonrisa aparece como un relámpago antes de desvanecerse, reemplazada por una expresión más seria. Cambia su peso de un pie al otro, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Esto no es un juego —dice, su voz suavizándose como un susurro en el viento—. ¿Y si... y si no quiero saber?

—Entonces no estarías aquí —respondo. Me observa intensamente, entrecerrando los ojos como si intentara ver bajo mi piel, buscando cualquier signo de debilidad, esperando que flaquee.

—No lo sé, Rafe —dice finalmente, con un tono cargado de incertidumbre—. Estás corriendo un gran riesgo al traerme aquí. Podría quebrarme.

—Quebrarse es el plan, Carter. —Caemos en un silencio momentáneo, los sonidos distantes de Il Lusso filtrándose a través de las paredes, un ritmo de bajo palpitando como un corazón, una risa lejana haciendo eco, un grito amortiguado atravesando la quietud. Luego ella endereza los hombros, levantando su barbilla con renovada determinación.

—¿Por qué no podíamos simplemente hablar con él en la casa? —pregunta, sus ojos clavándose en los míos. Sostengo su mirada, mi respuesta tan dura e inflexible como el acero—. Porque Ethan le tiene más miedo a los Callahan que a ti —digo, mi voz cargando el peso de la verdad.

Ella tiene ese toque suave, el tipo que se desliza bajo tu piel y clava sus garras, el tipo que pone mi mundo al revés cada vez que me mira.

—Mala idea estar aquí abajo a solas contigo —dice, su sonrisa provocadora y peligrosa, enviando mi mente a un torbellino—. Pensé que te gustaban las malas ideas —digo mientras me separo de la pared, acercándome a ella. Sus ojos verdes captan la tenue luz, y mi

sangre se convierte en fuego. Mi respiración se entrecorta y siento el calor subiendo por mi pecho.

—Mejor ten cuidado, Rafaele. O te quebraré a ti también. —Pronuncia mi nombre despacio, provocándome, con una sonrisa jugueteando en sus labios mientras se apoya contra la pared, brazos cruzados—. Como si no lo hubieras hecho ya —replico.

—Quizás huya. Quizás me salve a mí misma. —Cambia su peso, sus ojos desafiándome a reaccionar. Gruño y me acerco, el espacio entre nosotros cargado, eléctrico. Mi mano roza la suya, encendiendo una chispa—. ¿Crees que te dejaré? —murmuro, a centímetros de su rostro, mi voz baja y firme.

Veo el desafío en sus ojos, la temeridad imprudente que me vuelve loco. Su barbilla se levanta, desafiándome con silenciosa fuerza. —¿Cuánto tiempo va a tomar esto? —pregunta, golpeando impaciente su pie contra el suelo. Me alejo, riendo bajo en mi garganta mientras camino lentamente, dejando que la tensión aumente—. ¿Tienes prisa? —pregunto por encima de mi hombro, mirándola de reojo.

—Un poco —admite—. Tendrás que ser paciente —digo, cruzando los brazos—. ¿Sí? —Arquea una ceja.

—Leo puede haber encontrado la manera de darle unos buenos golpes primero —digo, observando su reacción detenidamente. Sus ojos se entrecierran ligeramente—. ¿Ese es el plan? ¿Dejar que tu hermano lo ablande?

—Tal vez —digo. Le doy esa mirada que la vuelve loca, la que dice que soy dueño del lugar, del mundo y de ella. No se inmuta, manteniendo su posición—. Quiero la verdad —exige, con un desafío en su voz mientras cruza los brazos desafiante.

Asiento, lento, cuidadoso, considerando mi respuesta. —Es lo único que vas a conseguir, princesa. Pero no va a ser bonito —advierto. Quiero decirle que arrancaré la verdad de Reyes si es necesario. Que está con el hombre equivocado si quiere bordes suaves. Pero ella ya lo sabe, y aun así sigue aquí.

Se muerde el labio antes de finalmente responder. —Lo bonito está sobrevalorado. —La miro fijamente, dejándole ver cada borde duro, cada rincón oscuro.

Cruzo los brazos, siento el cuero de mis guantes tensarse sobre los huesos. Ella me observa como si estuviera viendo una tormenta. —¿Preocupado por lo que pensaré de ti? —pregunta—. ¿Preocupado de que me asuste?

—No sería la primera vez que me ves así. —Inclina la cabeza, y es lo más adorable. La cosa más jodidamente adorable—. Ni la última —dice.

Antes de que pueda responder, oímos pasos. Leonardo empuja a Ethan al interior y me hace un gesto con la cabeza. El rostro de Ethan es una mezcla de miedo y desafío, con el labio ensangrentado y un moretón formándose alrededor de su ojo. Su cabello es un desastre, su ropa está arrugada, y hay una mirada atormentada en su rostro que no estaba ahí cuando lo vimos por última vez en su apartamento.

—Lo tienes, hermano —dice Leo. Luego mira a Sloane, levanta una ceja—. ¿Segura que quieres estar aquí?

—Obvio. —Leo se va con una sonrisa rápida, y entonces estamos solos. Solo yo, Sloane y el maldito Ethan Reyes.

—¿Tú? —La voz de Ethan es apenas un susurro, sus ojos grandes y salvajes. No sabe si estar furioso o aterrorizado—. Yo —digo—. Pero es a ella a quien debes temer.

Asiento hacia Sloane, y tan pronto como Ethan la ve, empieza a sudar. —No la maté. Lo juro por Dios, no la toqué —dice. Su voz se quiebra con emoción genuina. No es solo miedo, hay dolor ahí también, crudo e inconfundible.

Me acerco, mi voz tranquila y mortal. —Nadie dijo que lo hicieras. —Los ojos de Ethan miran hacia la puerta cerrada—. ¿Entonces por qué demonios estoy aquí abajo como un animal?

Mis labios se curvan. —Porque sabes quién lo hizo. —Ethan se estremece. Lo estudio. Esto no es culpa. Es miedo.

Ethan da un paso atrás, pero le bloqueo el camino. —Ni lo intentes, Reyes —gruño—. Sabes que no terminará bien. —Mueve los pies, como si estuviera tratando de pensar en una escapatoria.

—No puedo decirles nada —dice, con los ojos yendo de mí a Sloane y viceversa—. Lo harás —le digo—. De una manera u otra. —Tropieza con sus propias palabras, con su propio miedo.

—No saben lo que están pidiendo —dice—. No saben lo peligroso que es. —Sacude la cabeza, asustado, acorralado—. Por favor —dice —. Por favor, Sloane. No lo entiendes.

Me crujo los nudillos, lento y deliberado. Los ojos de Ethan están fijos en mis manos. No sabe si las usaré o no, y eso lo asusta más que la idea de los Callahan.

Sus ojos se desvían hacia mí, suplicando. Hay una desesperación en ellos que no estaba ahí cuando lo arrastramos desde su apartamento. Una mirada de animal herido que me hace pensar que hay más en esta historia. Sloane aclara su garganta.

—Ethan, por favor. Solo dime qué pasó —dice ella. Él se queda callado. Sus hombros se hunden, como si estuviera cargando un peso demasiado pesado para soportar.

Lo golpeo una vez, y el aliento abandona su cuerpo. Mi puño conecta con su estómago, no con toda mi fuerza, pero lo suficiente para doblarlo.

La boca de Sloane es una línea tensa, sus ojos en los míos. Pero no se estremece. Es más dura de lo que pensaba.

Ethan se dobla, el dolor sacudiendo su delgado cuerpo. Cuando se endereza, hay lágrimas en sus ojos. No por el golpe, estas se han estado acumulando durante semanas.

Mira a Sloane, ve sus ojos implacables, y eso lo quiebra. —Ella encontró dinero —jadea—. En sus cuentas.

Miro a Sloane, observando cómo cambia su expresión. —¿Los Callahan? —pregunta.

—No quería que ella se involucrara —dice, su voz espesa de emoción—. La amaba, maldita sea, Sloane. La amaba. La advertí. Le dije que lo dejara en paz. Pero Maddy... era fuego, ¿sabes? —Traga con dificultad, un sollozo atrapado en su garganta—. Se dio cuenta de que algo no estaba bien con el dinero. Vio transferencias. Pensó que alguien estaba lavando dinero a través del ring.

Sloane se congela. —¿Tenía razón?

Él asiente, con dolor en los ojos. Mira sus manos, como si no pudiera soportar encontrarse con su mirada. —Los Callahan obtuvieron acceso a sus cuentas de alguna manera. No a través de mí, lo juro por Dios. Nunca le haría eso. —Su voz se quiebra—.

Pasaron efectivo a través de ellas, manteniéndolo fuera de las suyas para que no llegara a los Roset... a ustedes. Ella lo descubrió. Se volvió loca. Dijo que iría a la policía, o le diría a tu padre, Sloane, o... ni siquiera sé. Estaba asustada. Y estaba furiosa.

Lo dejo hablar, observándolo mientras se enreda en sus propias palabras, en sus propias emociones. Hay un dolor real ahí, crudo y feo. Casi me hace sentir lástima por él.

—Quería enfrentarlos —dice Ethan—. Traté de detenerla. Lo intenté. —El rostro de Sloane se pone pálido, luego rojo, luego pálido de nuevo.

—Nunca escucha —dice Ethan, su voz quebrándose. Se corrige: —Nunca escuchaba, maldita sea. —Sloane se abraza a sí misma como si fuera ella quien acaba de recibir el golpe.

Siento la rabia, la frustración, la maldita impotencia. Los puños de Sloane se cierran a sus costados.

—Murió porque intentó detenerlo —dice ella. La voz de Ethan se quiebra—. Murió porque no la detuve con suficiente fuerza.

—¿Quién dio la orden? —pregunto, mi voz bajando de tono. El silencio se extiende antes de que Ethan susurre—: Connor Callahan. Dijo que era un riesgo. Dijo que lo haría rápido.

—¿Intentaste advertirle? —presiono.

La risa de Ethan es rota, hueca. —Hice todo lo que pude. Le supliqué que se fuera de la ciudad. Le ofrecí irme con ella, empezar de nuevo en otro lugar. —Sus ojos están atormentados—. Me dijo que me fuera a la mierda. Pensaba que era invencible. Creía que podía manejarlo ella misma, que nadie se atrevería a tocar a una estudiante de posgrado sin antecedentes penales.

Sloane ríe ahora, el sonido irregular y sin alegría. —No lo era —dice.

La habitación queda en silencio excepto por el débil retumbar del bajo sobre nosotros. El acero silencioso de Sloane corta a través del silencio: —¿Por qué no dijiste nada cuando vine a ti antes? En vez de atarme y encerrarme, podrías haberme dicho la verdad.

Golpeo a Ethan, enviando un chasquido agudo que hace eco mientras se desploma sobre el frío e implacable concreto. El golpe sordo reverbera en el aire. —Eso es por tocar a mi chica —gruño

antes de darle una patada brutal en el estómago, provocándole un gemido de dolor—. Y eso es por lastimarla. Ahora levántate de una puta vez y responde su maldita pregunta.

Ethan se pone de pie con dificultad, su respiración entrecortada y superficial. Hay algo roto en él, algo que va más allá del dolor físico. Encuentra mis ojos fugazmente antes de desviar su mirada hacia el suelo polvoriento. —No le dije porque...

Me abalanzo hacia adelante, mi puño estrellándose contra su nariz con un crujido repulsivo, sintiendo el cartílago ceder bajo mis nudillos. —Le estás respondiendo a Sloane, imbécil. Así que mírala.

Sus ojos se dirigen a regañadientes hacia mi chica, y la furia arde dentro de mí, un impulso animal de arrancarle los ojos solo por atreverse a mirarla, aunque acabo de exigírselo. Me obligo a contenerme, por ahora.

—Yo... —comienza Ethan, su voz pequeña. Respira profundamente, haciendo una mueca cuando tira de sus costillas magulladas—. Tenía miedo de que los Callahan me mataran. Pero eso no es todo.

Ahora mira directamente a Sloane, algo roto pero honesto en su mirada.

—Pensé que si te lo contaba todo, actuarías impulsivamente como Maddy. Eres igual que ella: demasiado valiente para tu propio bien. —Una lágrima se mezcla con la sangre en su rostro—. No podía cargar con otra muerte en mi conciencia. No la tuya también.

Su voz tiembla, pero hay un timbre de verdad en ella.

Lo miro fijamente, revaluándolo. Hay algo genuino en su dolor, algo que va más allá del miedo por su propia vida.

—La amaba. Lo juro por Dios, Sloane. La amaba. —Su voz se quiebra—. Hubiera muerto por ella si hubiera podido. Pero era tan jodidamente terca. —Una pequeña y triste sonrisa toca sus labios—. Igual que tú.

La voz de Sloane se quiebra al responder: —Entonces deberías haberla protegido.

Mantenemos un largo y pesado silencio. Ethan finalmente se hunde en una silla, su cabeza entre sus manos. Su cuerpo tiembla

con sollozos silenciosos. El duro matón de Red Hook ha desaparecido, reemplazado por un hombre herido y destrozado.

Agarro a Ethan por el cuello, lo levanto. —Esto es lo que va a pasar ahora —digo—. Te vas a ir. Vas a mantener la boca cerrada. Y vas a rezarle a Dios no cruzarte en mi camino la próxima vez que venga a buscarte.

Él asiente, entendiendo. Desbloqueo la puerta, pero no me voy.

Miro de nuevo a Ethan y digo secamente: —Si estás mintiendo sobre cualquiera de esto, lo sabré. Y no tendré miedo de actuar.

—Lo sé —susurra Ethan, el miedo volviendo a sus ojos. Pero hay algo más ahí también: una resignación silenciosa, una aceptación de su destino—. La amaba, Sloane. No pude salvarla. Tal vez al menos tú puedas asegurarte de que no murió en vano.

Sloane lo observa, su expresión suavizándose solo una fracción. No lo perdona, no completamente. Pero algo en su confesión rota la ha alcanzado.

—Lo haré —dice en voz baja—. Por Maddy.

27

Sloane

La impresionante vista desde la azotea de la mansión Rosetti me deja sin aliento. Aunque la propiedad parece tan lejana abajo, puedo escuchar el suave murmullo de los árboles oscureciéndose en el viento frío como un susurro inquieto. El sol se hunde bajo el horizonte, pintando los vastos jardines con un cálido resplandor naranja, y la ciudad más allá se ilumina en pequeños destellos centelleantes. Es hermoso y solitario a la vez. Tiemblo y me apoyo con fuerza contra la barandilla, que se siente fría y poco acogedora bajo mis dedos. El viento muerde, afilado e implacable, y me doy cuenta de que debería haber usado un abrigo. Tal vez prefiero la incomodidad.

Me rodeo con mis brazos como si quisiera mantener todo dentro. Se siente como lo único que puedo hacer aquí.

Rafe se coloca a mi lado pero no dice ni una palabra. Fiel a su estilo, como siempre. Casi espero que se dé la vuelta y me deje con mis pensamientos, pero simplemente se queda ahí. Una sombra silenciosa. Tomo una respiración profunda que se entrecorta un poco al final.

—Murió porque hizo lo correcto —susurro.

Él responde en voz baja.

—Murió porque alguien más no lo hizo.

Nos quedamos así por un momento. Las luces de la ciudad brillan debajo de nosotros. Miro hacia afuera, con la mandíbula tensa.

—¿Y qué hay de Ethan? —pregunto, con la voz tensa—. Es un desgraciado, pero la amaba. Sigue siendo el novio de mi mejor amiga, pero tengo ganas de matarlo. Ni siquiera sé qué debería sentir.

Rafe suena inexpresivo.

—Él sabía lo que estaba haciendo. Eso no cambia porque saliera con ella.

—Ya lo sé —respondo bruscamente—. No tienes que hacerlo sonar tan simple.

Finalmente me mira, realmente me mira, y su voz se suaviza.

—No es simple. Nada de esto lo es.

Exhalo bruscamente y me doy la vuelta. Él se acerca más, y su voz se vuelve más suave.

—La amabas. Y ahora te estás ahogando en lo que queda.

—Ella era la buena —susurro.

No discute. Simplemente deja que el silencio permanezca hasta que encuentro sus ojos, llenos de algo que no puedo nombrar.

—Siento que cada vez que me acerco a las respuestas, pierdo más de ella —digo.

Él se acerca aún más.

—Entonces deja de buscar respuestas en personas que permitieron que muriera.

Me estremezco. Él cierra la distancia, con las manos en mis brazos. Mi voz se quiebra.

—Ella confiaba en él, en Ethan, en los Red Hooks, confió en todas las personas equivocadas. Yo también lo hice.

Me sostiene con firmeza.

—No confiaste en mí.

Levanto la mirada hacia la suya.

—Ahora sí —digo.

Su mandíbula se tensa. La tensión aumenta, y entonces está sobre mí. Manos en mi cabello, boca aplastándose contra la mía como si yo fuera lo único sólido que queda en el mundo.

—Intenté mantenerme alejado —murmura contra mis labios.

Lo acerco más.

—No lo hagas.

Me hace retroceder hasta que mi espalda presiona contra la fría pared de piedra. El viento enreda mi cabello. Sus manos se deslizan bajo mi camisa hacia mi cintura.

Su voz está tensa.

—No puedes mirarme como si yo fuera algo remotamente seguro.

—Lo eres —murmuro, sin aliento—. Cuando estoy contigo, ya no me siento perdida.

Gruñe bajo en su garganta, con los labios arrastrándose por mi cuello.

—Dilo otra vez.

Susurro contra su piel.

—Eres el único lugar donde me siento encontrada.

Su control se rompe. Me presiona contra la pared de la azotea. Mis dedos tropiezan con su camisa. Sus labios magullan los míos, sus manos posesivas.

Con la voz destrozada, susurra:

—Voy a arruinarte para cualquier otro.

Sonrío levemente, sin aliento.

—Demasiado tarde.

Entonces se ríe, un ronco rumor contra mi boca. Lo siento deslizándose por mi columna. Sus dedos trazan fuego a lo largo de mis costados mientras suben para acunar mi rostro, atrayéndome hacia otro beso profundo y lánguido.

—Rafe —susurro contra sus labios.

Una mano se desliza hacia abajo para descansar en mi espalda baja, manteniéndome pegada a él. Un escalofrío me recorre al sentir su fuerte cuerpo contra el mío. De repente, las losas de piedra fría que presionan mi espalda ya no parecen tan heladas.

Su voz es un áspero susurro, amortiguado contra mi cuello.

—A quien necesites que mate, princesa, lo haré.

Me aparto para mirarlo entonces, mirarlo de verdad. Sus ojos son duros e intensos bajo el tenue resplandor de las luces de la ciudad muy por debajo de nosotros. Pero también hay una suavidad ahí, una gentileza debajo de ese exterior áspero.

Y con eso, cubre mi boca con la suya nuevamente, nuestros cuerpos arqueándose el uno hacia el otro. Su tacto es un salvavidas, un bálsamo para mi alma destrozada.

Nos separamos solo cuando nuestros pulmones lo exigen, nuestro aliento mezclándose en el frío aire nocturno. Las luces parpadeantes de la ciudad giran ante mis ojos.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor, anclándome a la realidad.

—Recuerda —dice, su voz un ronco susurro en mi oído—. Pase lo que pase... yo te cubro.

Las lágrimas pican en mis ojos, pero las contengo. Este no es momento para lágrimas. Pasando mis dedos por su mandíbula con barba incipiente, me acerco más, envuelta en el calor del cuerpo de Rafe contra el frío viento que nos corta desde todos lados. Encuentro consuelo en el ritmo de su respiración contra mi mejilla, constante como el latido de un tambor de guerra.

En este momento, se siente como si estuviéramos al borde de un evento cataclísmico. Hay una sensación de finalidad en el aire, una línea trazada entre nuestras heridas pasadas y batallas futuras. El mundo debajo de nosotros, nuestra ciudad, parece a la vez distante e íntimamente cercano.

—Lo sé —respondo con una tranquila certeza, acurrucándome en el hueco de su cuello.

Mi corazón late contra su pecho en código Morse, deletreando palabras que no tengo el valor de decir.

Deslizo mis manos por su pecho, sintiendo los músculos sólidos bajo su camisa. Él me observa, una pregunta silenciosa en sus ojos, pero no se mueve para detenerme. Mi corazón late con nervios excitados mientras me arrodillo ante él en la fría azotea.

—Mírame —ordena suavemente.

Su voz es áspera de deseo, pero hay también ternura que me estremece. Incluso ahora, así, su prioridad no es tomar sino dar, asegurarse de que estoy bien.

—¿Qué estás haciendo? —exige.

Lo miro hacia arriba, mi voz como humo.

—Tú dime.

Su mandíbula está tensa cuando dice:

—Sloane.

Me mantengo suave, segura.

—Voy a empezar con mi boca.

Con deliberada lentitud, desabrocho su cinturón, asegurándome de no romper el contacto visual. El viento agita mi cabello mientras desabrocho cuidadosamente su cremallera, mi respiración entrecortándose cuando siento la dureza presionando contra sus jeans.

Susurro:

—Voy a besar la punta primero. Solo lo suficiente para hacerte temblar.

Su respiración se entrecorta cuando bajo su bóxer y lo libero, su miembro erguido y duro en el aire frío.

Mientras rozo mis labios contra él, ligero como una pluma y sin presión, exhala como si lo hubieran golpeado.

—Luego voy a lamerte. Lento. Lengua plana. Desde la base hasta la punta —digo, arrastrando mi lengua lentamente a lo largo de su parte inferior.

Rafe gruñe, bajo y violento, advirtiendo.

—Estás jugando un juego peligroso.

Sonriéndole, respondo:

—Ni siquiera he empezado.

Mis dedos lo rodean ahora, acariciando una vez, firme y mesurado.

—Luego voy a tomar solo la cabeza. Chuparla. Lo justo para hacerte sentir cada centímetro que aún no te estoy dando —le digo, girando mi lengua a su alrededor.

Su mano se cierra en mi cabello, y dice con dificultad:

—Carajo, Sloane...

Me alejo solo lo suficiente para hablar, con los labios húmedos.

—Después iré más profundo. Centímetro a centímetro. Hasta que pueda sentirte en mi garganta.

Tomándolo más profundo ahora, lento pero implacable, golpea el fondo de mi garganta. Mis ojos revolotean, y él maldice en voz baja, grave y obsceno.

—Mírame —exige, con voz desgarrada.

Lo hago, con la boca llena y los ojos vidriosos. Parece destrozado, como un hombre desmoronándose. Alejándome lo suficiente para hablar, digo:

—Luego voy a dejar que folles mi boca. Como quieras. Hasta que olvides todo menos a mí.

Gruñe algo en italiano, su mano apretándose en mi pelo, no para forzar, solo para mantenerse firme.

Lo tomo de nuevo, más profundo, más rápido ahora, cada embestida más resbaladiza que la anterior. El viento aumenta, la ciudad resplandece, y Rafaele Rosetti, que siempre está en control, finalmente, gloriosamente, no lo está.

Sus profundos gemidos hacen eco en el aire nocturno, mezclándose con el aullido del viento.

Extiendo una mano para acariciar sus testículos, la otra está en su miembro, deliberada, trabajando al unísono con el ritmo de mi boca.

Cada movimiento destroza su contención.

Siento la tensión acumulándose dentro de él, enrollándose más y más apretada, una tormenta lista para estallar.

Sus dedos se flexionan contra mi cuero cabelludo mientras lo consumo una y otra vez, más profundo con cada embestida.

Mi nombre es un mantra en sus labios, áspero y crudo.

—Sloane —ahoga, con voz astillada y desesperada.

Sus piernas tiemblan con el esfuerzo de mantenerse de pie, los músculos vibrando bajo mi ritmo implacable.

De repente, se echa hacia atrás, con una mirada salvaje en sus ojos.

—Princesa —respira, estrangulado y suplicante.

Sé lo que me está pidiendo, sé lo que está tratando de hacer.

No lo dejo.

Lo tomo aún más profundo, implacable, relajando mi mandíbula para que pueda follar mi boca, sintiéndolo engrosarse una última vez.

No pregunta de nuevo. Me levanta por la cintura y estrella su boca contra la mía. Sabe a fuego. Nos gira, caminando hacia atrás hasta que mi columna encuentra la fría pared de piedra que bordea la

azotea. Mi falda se amontona alrededor de mis caderas antes de que pueda siquiera jadear.

—Dime que pare —gruñe contra mi cuello.

—No —gimo.

—Dime que es mío.

—Todo es tuyo.

Mis bragas son empujadas a un lado, sin tiempo, sin espacio, solo necesidad. Agarra su miembro, se alinea con mi húmedo calor y embiste. De una sola vez. Profundo. Brutal. Perfecto.

Grito, no de dolor, de alivio. He estado esperando esto, mi cuerpo lo sabía antes de que mi mente tuviera la oportunidad de entenderlo.

—Carajo. Se siente como el pecado —murmura, enterrado profundamente dentro de mí.

No se mueve por un momento. Nos quedamos ahí, pecho contra pecho, la ciudad rugiendo debajo de nosotros mientras estamos quietos. Luego retrocede y embiste de nuevo, fuerte. Jadeo. Sonríe, peligroso.

—Dilo otra vez.

—Soy tuya.

Embiste dentro de mí.

—Más fuerte.

Envuelvo mis piernas alrededor de él.

—Soy tuya, Rafe. Siempre he sido tuya.

Me folla, reclamando cada parte rota de mí y cosiéndola de nuevo con cada embestida. Me aferro a sus hombros, su camisa negra arrugándose bajo mis puños. Aprieta su mano en mi cabello. Muerdo su hombro. Gime, porque maldita sea, soy todo lo que lo mantiene unido.

—No pares —suplico, desesperada.

Se vuelve salvaje.

Chocamos una y otra vez hasta que no hay nada más que calor húmedo, respiración entrecortada y el horizonte ardiendo a nuestro alrededor. Mi orgasmo llega rápido y fuerte, apretándome a su alrededor como si estuviera decidida a mantenerlo dentro de mí para siempre.

—Eso es, bebé. Déjame sentirte —gruñe, crudo.

Y entonces él está justo ahí conmigo, con las caderas sacudiéndose, la voz rompiéndose, mientras se vacía dentro de mí con un rugido bajo que hace temblar mis huesos.

Estamos temblando. Ambos. El viento besa nuestra piel. La ciudad pulsa debajo. Y por una vez en este maldito mundo brutal... no nos sentimos solos.

28

Rafaele

La luz de la mañana se derrama por el suelo del dormitorio mientras Sloane se mueve a mi lado. Después de lo de anoche en la azotea, después de todo lo que compartimos, todavía me sorprende que esté aquí. Que no huyera cuando vio la oscuridad dentro de mí, cuando le dije que mataría por ella. En cambio, me atrajo más cerca, como si tal vez esa oscuridad fuera algo que necesitaba.

Se mueve contra mí, su aliento cálido sobre mi piel. —¿Qué hora es?

Miro el reloj. —Casi las diez.

—Tarde —murmura, enterrando su rostro en la curva de mi cuello.

—Merecíamos el descanso.

Su mano se desliza por mi pecho, trazando el tatuaje sobre mi corazón. El que me marca como un Rosetti. Como un asesino.

—Sigo pensando en lo que dijo Ethan —dice, su voz más alerta ahora—. Sobre que Maddy descubrió que estaban usando sus cuentas.

Paso mis dedos por su cabello, gentil de una manera a la que todavía me estoy acostumbrando. —Ella no formaba parte de eso. No voluntariamente.

—No —concuerda Sloane—. Estaba tratando de detenerlo.

El peso que la ha estado aplastando desde que Maddy murió parece más ligero hoy. No se ha ido —quizás nunca se vaya— pero es diferente. Compartido.

—Era valiente —le digo—. Como alguien más que conozco.

Esta vez, sonríe, pequeña pero real.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta, apoyándose en un codo para mirarme.

Trazo la línea de su mandíbula, todavía sin creer del todo que sea real. Que sea mía.

—Descubriremos quién la involucró.

—¿Y luego? —No hay juicio en su voz. Solo certeza.

—Luego pagarán.

Asiente, aceptando esta parte de mí, este mundo en el que ha entrado. —Quiero ayudar.

—Hay partes de esta vida que no necesitas ver, Sloane.

—Ya he visto bastante.

Nos quedamos ahí, en silencio por un momento. La mansión zumba a nuestro alrededor, viva con secretos y poder.

—Nanna llamó —digo finalmente—. Nos quiere para cenar esta noche.

Sloane se incorpora, la sábana formando un charco alrededor de su cintura. —¿Nos? ¿Como en, tú y yo?

—Sí.

—Eso es... eso es importante, ¿verdad?

Asiento, observándola procesar esto. Después de todo, la confesión de Ethan, la azotea, la manera en que ha visto directamente hasta el centro de mí, una cena familiar no debería sentirse significativa. Pero lo es.

—Nadie me ha llevado a conocer a su familia antes —dice.

La vulnerabilidad en su voz hace que mi pecho se apriete. Me siento a su lado, acercándola.

—Los Rosettis son diferentes —le advierto—. Más ruidosos. Más peligrosos.

—Te he manejado a ti hasta ahora.

Me río, sorprendiéndome a mí mismo. —Eso es discutible.

Sonríe contra mi hombro. —Entonces, cena con la familia. Después de todo lo que ha pasado.

—Será bueno —le digo—. Una oportunidad para respirar. Para olvidarnos de los Callahan por unas horas.

—Me gustaría eso.

Nos duchamos y vestimos, moviéndonos uno alrededor del otro como si lo hubiéramos estado haciendo por años en lugar de días. Sloane usa uno de sus vestidos nuevos, un vestido verde profundo que hace que sus ojos parezcan esmeraldas. La observo prepararse, memorizando cada movimiento, cada sonrisa. Está más suave hoy, los bordes de su dolor suavizados por lo que aprendimos de Ethan, por lo que compartimos en la azotea.

Para cuando estamos en el auto, el sol de la tarde es cálido en el tablero. La mano de Sloane encuentra la mía mientras conduzco, sus dedos encajando entre los míos como si estuvieran hechos para estar ahí.

—Cuéntame sobre Nanna Toni —dice.

—Es feroz. No aguanta tonterías de nadie, ni siquiera de Dom. O de papá.

—Suena como mi tipo de mujer.

El camino se extiende adelante, serpenteando a través de vecindarios que se vuelven más exclusivos, más del viejo mundo con cada kilómetro. Miro a Sloane, observándola asimilarlo todo.

—¿Nerviosa? —pregunto.

—¿Debería estarlo?

Lo considero. —Tal vez un poco. Nanna te interrogará sobre tus intenciones.

—¿Mis intenciones? —se ríe—. ¿Contigo?

—Con todos nosotros. La familia.

Se pone seria. —¿Qué debería decirle?

Hago una pausa, eligiendo mis palabras cuidadosamente. —La verdad. Que estás en esto. Que no te vas a alejar.

Nuestras miradas se encuentran por un momento antes de que vuelva a mirar al camino.

—No lo haré —dice en voz baja—. Alejarme.

Algo en mi pecho se expande, cálido y poco familiar. Aprieto su mano.

—Nanna te amará —le digo—. No tanto como yo, pero lo suficiente.

Las palabras se escapan antes de que pueda retenerlas. No las retiro.

Me mira, con los ojos muy abiertos. Luego una lenta sonrisa se extiende por su rostro, lo suficientemente brillante para ahuyentar las últimas sombras de lo que hemos pasado.

—Puedo manejar a tu abuela, Rosetti.

—Ya veremos.



La casa de Nanna Toni huele a ajo asado y albahaca machacada, ese tipo de aroma que se filtra en tu ropa y te da hambre aunque acabes de comer. La cocina está cálida, ruidosa, llena de conversaciones superpuestas y ollas tintineando.

—Revuelves hasta que te duela el brazo, ¿capisci? Si no duele, no lo estás haciendo bien.

La voz de Nanna Toni corta a través del caos de la cocina mientras presiona una desgastada cuchara de madera en la mano de Sloane como si fuera una reliquia sagrada. Sloane, con las mangas arremangadas, ya salpicada de harina, no se inmuta.

—Entendido —dice, aceptando la cuchara con una sonrisa—. El dolor es sabor.

Está de pie junto a la estufa, con las mangas arremangadas, el cabello recogido en un moño a medio hacer que ya se está soltando. Sus antebrazos están salpicados de salsa, sus mejillas sonrojadas por el calor. Parece como si perteneciera aquí, aunque todavía es un

poco demasiado cuidadosa, todavía midiendo cuánto espacio se le permite ocupar.

Es lo más peligroso que he visto jamás. Me apoyo contra el marco de una puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, dejando que mi espalda presione contra el borde duro.

—No, no, no —dice Nanna, golpeando suavemente la muñeca de Sloane—. Revuelve desde el fondo. Esta salsa no soporta muñecas perezosas.

—Sí, señora —dice Sloane, sonriendo.

Hay un rubor rosado en sus mejillas que no tiene nada que ver con el calor.

—¿Quién te enseñó a cocinar? —interviene Carmela desde la mesa del comedor, mirando a Sloane por encima de una copa de Chianti—. No me parecías del tipo que usa delantal.

—Mi amiga Maddy —dice Sloane, mirándola.

Esa frase queda suspendida en el aire como si fuera más pesada que la olla de salsa. Mi estómago se tensa. También mi mandíbula.

—Ella solía decir que la única manera de aprender a hacer una salsa era quemándola una vez —añade Maddy, más suave ahora—. Lo que hice. Dos veces.

—Oh, nena, ¿tu amiga que murió? —dice Carmela, con voz más suave de lo habitual.

Está enroscada en la mesa de la cocina, hojeando con pereza una revista sin mirar realmente las páginas.

Nanna Toni toma la cuchara por una vuelta. Lenta, segura, experimentada.

—Entonces sabes cómo cocinar con dolor —dice, devolviéndole la cuchara a Sloane con la ceremonia de entregar una corona—. Esa es la mejor clase de salsa.

Golpea como un puñetazo en el pecho. Silencioso. Pesado. Pero honesto. Todos nos quedamos con eso por un segundo. Los ojos de Sloane se desvían hacia mí, y el borde afilado de la puerta presiona contra mi espalda. Miro mis manos, flexiono mis dedos como si pudieran explicar lo que estoy sintiendo, sintiendo el crujido del cuero.

La habitación cae en ese tipo de silencio que solo los Rosettis saben mantener, tranquilo, pero nunca vacío. Y luego, porque el universo no puede soportar la tensión más de diez segundos—

—Cómprame una biblia —llama Matteo desde la ventana abierta de la cocina, medio colgado hacia afuera—. Alguien está paseando a un perro en pantalones de yoga, y creo que vuelvo a creer en Dios.

Nanna Toni ni siquiera parpadea.

—Si traes otra mujer a mi mesa que no pueda pronunciar 'gnocchi', te ahogaré en la bañera.

—Ella puede decir pasta —dice Matteo, riendo—. Lo verifiqué.

—¿Come pasta o solo le toma fotos para el 'Gram? —pregunta Emilio, entrando con uno de los niños de nuestros primos colgado sobre su hombro como una bufanda risueña.

Matteo se encoge de hombros. —No juzgues mi camino.

Sloane resopla. Es una risa real. No educada o cuidadosa, no del tipo que le da a las personas a las que trata de impresionar. Es abierta, sin guardia. Y quiero escucharla otra vez. Y otra.

Emilio ajusta al niño pequeño en su hombro.

—¿Quién le enseñó a este a morder tobillos? ¿Matteo?

—Si hubiera sido yo, iría por la garganta —responde Matteo, todavía colgando de la ventana como si viviera allí.

—Ni siquiera habla —murmura Emilio a nadie, dando un juguetón rebote al niño pequeño—. Pero si pudiera, te destrozaría.

Los ojos de Besiana se levantan de su espresso, el vapor enroscándose alrededor de su elegante vestido.

—¿Alguien más ha notado que Rafe no ha quitado sus ojos de ella en todo este tiempo? —arrastra las palabras.

—Cállate —digo secamente.

Dom no levanta la mirada de su taza.

—Traes a una mujer a la casa de Nanna, más vale que estés pensando a largo plazo.

—No pensé que Rafe tuviera un largo plazo —llama Matteo, claramente encantado consigo mismo, su risa mezclándose con la charla que resuena en las paredes.

Emilio sonríe y mira al niño pequeño.

—Di 'el tío Rafe está dominado'. Vamos, dilo.

—Dices eso —le digo al niño—, y te alimentaré con anchoas por una semana.

Casi puedo saborear la sal.

Todos se ríen. Incluida Sloane. Sus hombros se aflojan. Su sonrisa se suaviza. Y algo me golpea en el pecho porque esto, este ruido, esta mesa, esta vida, no se suponía que fuera para ella.

Y ahora no la quiero sin ella.

Sloane se vuelve hacia Nanna, y tengo que esforzarme para escucharla por encima del zumbido de la conversación.

—¿Alguna vez se vuelve... más fácil? —pregunta—. ¿Pertenecer a un lugar como este?

Nanna Toni voltea un bistec, luego asiente.

—No. Pero se vuelve más difícil irse. Así es como sabes que es real.

Sloane mira fijamente la olla como si pudiera contener la respuesta a algo más grande. Mi garganta se tensa. Quiero decir algo. No lo hago.

En cambio, solo me quedo allí, sintiendo el cambio de gravedad bajo mis pies. El tipo de cambio del que no puedes volver atrás.

—Carmela está haciendo maravillas con la expansión del club nocturno —señala Dom, pasando un plato—. Los ingresos aumentaron un treinta por ciento desde que ella asumió la administración.

—Las licencias de importación de alcohol ayudaron —responde Carmela con una modesta sonrisa—. Y el acuerdo con los rusos para vodka premium redujo nuestros costos a la mitad.

Leonardo levanta su copa. —Por mi hermana, la mejor lavadora de dinero desde nuestro abuelo.

—Y por Emilio —añade Matteo—, por mantener a la unidad de cibercrimen de la NYPD persiguiéndose la cola mientras modernizamos nuestras plataformas de apuestas.

Nanna Toni da un asentimiento de conocimiento. —Tu padre estaría orgulloso. Cada uno de ustedes manejando sus territorios exactamente como debería hacerlo un Rosetti.

Se siente como un momento familiar ordinario. Entonces el teléfono de Sloane vibra.

El sonido corta a través de la calidez como una hoja. Se limpia las manos en un paño de cocina, revisa la pantalla, y su expresión se aplana instantáneamente.

—¿Qué es? —pregunto, ya moviéndome hacia ella.

Gira la pantalla hacia mí.

Mensaje de Lucas: Necesitamos hablar. Ahora. A solas.

Y justo así, la calidez se convierte en ceniza en mi boca.

Encuentro sus ojos, y ya sé lo que viene después. Vamos a ir. Juntos. Y si Lucas piensa que va a quebrarla con lo que sea que esté esperando al otro extremo de ese mensaje, ha olvidado exactamente en qué familia acaba de ganarse su lugar.

29

Sloane

Los dientes del horizonte se alzan contra la noche de Nueva York. Tan pronto como abrimos con un chirrido la pesada puerta cortafuegos hacia la azotea de mi antiguo edificio, veo a Lucas, pequeño y desesperado, esperándome. Rafe está a mi lado, sujetando mi mano mientras una brisa me recorre los brazos y se cuela bajo mi cuello. Pienso en cómo sería caer.

Mi corazón golpea contra mis costillas mientras piso la azotea cubierta de grava. He estado temiendo este encuentro desde que Lucas me envió un mensaje, críptico pero urgente: Necesitamos hablar. Ahora. A solas. Algo en esas palabras me revolvió el estómago. Lucas nunca ha sido del tipo dramático—ese siempre fue el papel de Maddy en nuestro pequeño trío.

Tomo un respiro profundo, inundada de recuerdos. Lucas enseñándome a jugar póker durante aquellas interminables noches de verano en el garaje de sus padres. Lucas sosteniendo mi mano en el decimosexto cumpleaños de Maddy cuando tuve un ataque de pánico. Lucas y yo acurrucados juntos en su funeral, nuestro dolor compartido como un puente entre nosotros cuando las palabras fallaban. Hemos sido amigos durante tanto tiempo que confrontarlo así se siente como confrontar una parte de mí misma.

Lucas no nos oye al principio, caminando de un lado a otro, pasándose las manos por el pelo como si estuviera perdiendo la

cabeza. Pero entonces se detiene. Nos ve. Mi corazón golpea con fuerza. Golpea fuerte, y luego se hace pedazos.

No he visto a Lucas desde aquella tarde en su casa, en la casa de Maddy, cuando prometimos investigar su muerte juntos. Él iba a recomponerse, a salir del pantano de dolor, y luego confrontaríamos a Ethan juntos. Ha pasado tanto desde entonces, y no ha respondido a ninguno de mis mensajes ni ha atendido mis llamadas. Y lo más parecido a un mensaje que he recibido de él fue cuando vi su nombre listado como copropietario en la cuenta bancaria de Maddy.

Escudriño desesperadamente su rostro, esperando encontrar algún destello del Lucas que he conocido la mayor parte de mi vida, algún rastro del chico que hacía bromas terribles para animarme, que una vez golpeó a un niño que me llamó mata-perros, que lloró abiertamente cuando Maddy entró en la universidad de sus sueños. Quizás todavía haya una explicación inocente para todo. Quizás su nombre en esa cuenta significaba algo completamente distinto. Quizás he malinterpretado todas las señales de advertencia.

Pero el hombre frente a mí es casi irreconocible. El Lucas que conocía siempre fue sólido, confiable a pesar de sus ocasionales cambios de humor. Este Lucas parece vaciado por dentro, con la piel estirada sobre sus huesos como si no hubiera comido en semanas. Su ropa le cuelga, y las sombras bajo sus ojos se han oscurecido hasta convertirse en moretones. Parece atormentado. No, cazado. Como alguien que ha estado huyendo de algo terrible y finalmente ha sido acorralado.

—Viniste —dice Lucas, su voz un desastre de dolor y rabia.

Sus ojos se desvían hacia Rafe, y la mano de Rafe se aprieta alrededor de la mía. El gesto protector me estabiliza, me da una fuerza que no sabía que necesitaba.

Debería sentirse más frío aquí arriba, pero el escalofrío no cala. Nada lo hace.

—Claro que vine —digo con voz tensa.

La última vez que estuve aquí fue con Maddy y Lucas y un grupo de amigos de la universidad, bebiendo vino espumoso y viendo el

atardecer sobre la ciudad mientras celebrábamos el fin de los exámenes. Parece hace un millón de años.

Lucas no sonríe. No estoy segura de que sepa cómo hacerlo ya.

—Necesito decirte algo —dice, desesperado y apresurado—. Antes de que me atrapen. Antes de que me maten.

Rafe se tensa a mi lado, pero no dice nada. Su silencio es una amenaza.

—Entonces dímelo —digo.

Me acerco, con el pulso golpeando como un martillo. He practicado este momento en mi cabeza una docena de veces en el camino. Qué diría, cómo reaccionaría si mis peores temores se confirmaran. Pero ahora que estoy aquí, frente a Lucas, todas mis respuestas ensayadas se evaporan. Me quedo con nada más que instinto crudo y la desesperada esperanza de estar equivocada sobre él.

Lucas parece que podría deshacerse, hacerse pedazos frente a mí.

—La cagué, Sloane —dice—. La cagué muy mal.

Mi pecho está apretado. Apenas puedo respirar. Lo miro, esperando a que llegue el golpe.

La voz de Lucas es plana, un sonido ya resignado a la derrota.

—Les di acceso a su cuenta.

Al principio, parpadeo, sin comprender del todo las palabras.

—¿Qué?

—Maddy. Su nombre. Sus datos bancarios. Se los di a ellos —confiesa en voz baja.

La gravedad de sus palabras flota en el aire, efímera pero pesada, como humo que se niega a disiparse.

—¿Qué hiciste qué? —exijo, mi voz cortando el silencio.

Él apresura sus siguientes palabras, como si acelerarlas pudiera de alguna manera disminuir su aguijón.

—Me ofrecieron una parte. Dijeron que sería rápido. Solo una forma de mover dinero, nada rastreable. Estaban usando el club de peleas, y ella estaba tan alejada, tan inocente e intocable, que tenía sentido. Ni siquiera lo notaría...

Interrumpo, con voz helada.

—Ella lo notó.

Lucas asiente, la vergüenza inundando sus facciones.

—Sí. Lo hizo. Vino a mí, furiosa. Le dije que lo arreglaría. Que lo detendría. Pero no lo hice. Lo dejé seguir. Necesitaba el dinero...

Rafe da un paso adelante, su voz baja y peligrosa.

—Necesitabas efectivo, así que vendiste el nombre de tu hermana a los Callahan.

Niega con la cabeza, un escalofrío parece recorrerlo. Lucas se estremece.

—No pensé que la matarían.

La voz de Rafe se agudiza.

—Dejaste que los confrontara sin decirle la verdad. Dejaste que caminara hacia la cueva del león, y te quedaste ahí parado.

La mandíbula de Rafe está tensa, sus puños apretados. Veo cómo sus nudillos se vuelven blancos y coloco una mano suavemente sobre su brazo. No para contenerlo, solo para recordarle que todavía estoy aquí.

—Pensé que la asustarían. Tal vez amenazarían su trabajo. Nunca... —la voz de Lucas está ahogada de arrepentimiento.

Rafe avanza, interrumpiéndolo.

—Nunca pensaste. Punto.

En un instante, Rafe agarra a Lucas por el cuello y lo estampa contra el borde de ladrillo. Lucas no se defiende. Sus manos permanecen a sus costados.

—Rafe —digo con voz ronca.

Entre dientes apretados, con la nariz a centímetros de la de Lucas, Rafe hierve.

—No tienes derecho a hacerte la víctima aquí —gruñe.

Lucas apenas respira.

—No lo hago. Sé lo que hice. Sé que yo...

—Tú la mataste, Lucas —interrumpo bruscamente.

Esas palabras detienen todo. El viento se mueve a nuestro alrededor, pero permanecemos congelados. Solo el zumbido del tráfico desde muy abajo y el sonido de una planta marchita en una maceta cayéndose con una ráfaga.

—Ella confiaba en ti. Y dejaste que la usaran. Como si no fuera nada —añado suavemente, mi voz vacía.

El momento en que conocí a Maddy está grabado en mi mente, brillante y para siempre. Se sentó junto a mí un día en la cafetería increíblemente abarrotada de la preparatoria, dejó caer su bandeja junto a la mía con estrépito y anunció con absoluta certeza que era mi nueva mejor amiga. Así sin más. Todavía recuerdo cómo sonrió, esa chispa traviesa en sus ojos como si ya supiera que cambiaría mi vida.

Tenía razón. No pasó mucho tiempo antes de que fuéramos las dos, inseparables, abriéndonos paso a través de la escuela y todo lo demás que vino con ella, desde sesiones de estudio nocturnas hasta películas, desamores y atracones de helado. Pienso en todos esos años con ella a mi lado, su risa como música en mis oídos, su lealtad tan feroz e inquebrantable. Mi nueva mejor amiga. Hasta que se fue.

Lucas no responde porque no hay nada que decir. Lo acepta todo, cada palabra como una bala que esperaba. Sus ojos están vacíos, llenos de la devastación que no puede expresar con palabras. Es la primera vez que lo veo parecer que podría llorar. Se pasa una mano por el pelo, agarra un puñado y tira.

—No quería nada de esto —dice finalmente—. No quería que muriera.

—¿Entonces qué carajo querías? —grito.

Sus hombros se encogen, todo su cuerpo contrayéndose sobre sí mismo.

—Quería mantenerte a salvo, Sloane.

Sus palabras quedan suspendidas entre nosotros, llenas de culpa y dolor.

Rafe suelta a Lucas bruscamente, empujándolo como si tocarlo fuera veneno. Lucas tropieza hacia atrás contra el borde, un jadeo escapando de sus labios, su pecho agitándose como si fuera a estallar. Un escalofrío lo recorre, sus ojos salvajes y frenéticos, como un animal acorralado.

—No querías que muriera, pero está muerta, Lucas —digo, con voz baja—. ¿Y ahora quieres hacerte el héroe?

Siento mi sangre palpitando, un zumbido en mis oídos.

Rafe está en silencio. Su mandíbula es dura, sus ojos más duros aún.

Lucas no levanta la mirada. No me mira.

—Maddy dijo que te iba a contar todo —dice, con voz pequeña—. Le habrías dicho a tu padre, te habrías involucrado para protegerla y probablemente te habrían matado. Así que entré en pánico. Entré en pánico y la dejé morir.

Siento como si fuera yo quien cae, precipitándome a través de la ciudad. El suelo se acerca rápidamente, listo para romper cada hueso. Cada corazón.

—¿Todo porque le debías dinero a alguien, eh? —digo, con voz espesa y enojada.

Lucas asiente. No puede mirarme.

—¿Cuánto? —digo.

—Demasiado —dice—. Más de lo que podría pagar jamás.

Pensé que mi corazón se había roto. Estaba equivocada. Se está rompiendo ahora.

Rafe se acerca a Lucas, alzándose sobre él, su mandíbula como hierro.

—¿Estabas lavando dinero para los Callahan?

El cuerpo de Lucas está rígido, como si esperara un golpe. Pero no retrocede. Apenas asiente, y su voz es frágil, fina como papel.

—S-sí.

—¿Del club de peleas?

—Sí.

Rafe se inclina, acorralando a Lucas contra el borde del edificio, mientras exige las siguientes palabras, y me pregunto si Lucas tendrá siquiera la fuerza para decirlas. —¿Quién? ¿Qué Callahan? — La voz de Rafe es ahora tranquila, tan baja y fría que podría cortar la piel.

Lucas exhala la respuesta.

—El hijo. Dale.

Rafe suelta una maldición explosiva.

—¡Mierda!

Golpea su puño contra la pared de ladrillo, y una grieta se abre directamente por el mortero. Si no fuera por los guantes, estoy segura de que sus nudillos serían jirones de carne y hueso, goteando sangre en el pavimento.

Pero no puedo concentrarme en él. No puedo apartar mis ojos de Lucas. Mi amigo. El hermano de Maddy. El tipo que causó su muerte.

Todo este tiempo, y nunca dijo una palabra.

Cada latido de mi corazón es como una bomba, y necesito igualarlo con el sonido de un grito.

Quiero correr. Quiero dejarlo aquí, ver cómo se desmorona. Quiero agarrarlo por los hombros y sacudirlo hasta que se quiebre. Quiero gritar y gritar y gritar hasta que el único sonido sea mi voz contra el horizonte, el eco de mi corazón latiendo.

—Me estaba ahogando —dice Lucas—. Y te arrastré conmigo.

Finalmente levanta la mirada, y la expresión en sus ojos es lo más triste que he visto jamás.

—Di algo, Sloane —dice, y es una súplica.

—¿Qué puedo decir? —respondo.

—Cualquier cosa —dice—. Di que me odias.

—¿Ahora mismo? —digo, y mi voz se quiebra—. Ahora mismo, sí.

Lucas cierra los ojos, como si las palabras fueran demasiado. Cuchillos, cortándolo hasta el hueso. Pero no son suficientes. Ni de lejos suficientes.

—Encontraré la manera de arreglar esto —dice—. Te lo prometo, Sloane. Lo arreglaré.

—¿Cómo? —grito—. ¿Cómo arreglas esto?

Quiero agarrarlo por el cuello y exigirle que lo retire. Que retire la muerte de Maddy, que retire su silencio, que retire cada maldito secreto que guardó. Quiero sacudirlo y hacer que me diga por qué. Por qué me dejó en la oscuridad. Por qué la dejó morir.

En lugar de eso, dejo caer mis brazos a mis costados, flojos e inútiles.

—No lo sé —dice Lucas, su voz un susurro quebrado.

Todos somos un desastre. Los tres, parados allí con el viento pasando rápido. Rafe es una nube de tormenta, silenciosa y oscura, esperando explotar. Lucas es un aguacero, constante y sin esperanza, desesperado por un respiro. Yo soy el rayo, lista para partirlo todo.

Lucas toma aire, pero suena más como un sollozo.

—Pienso en ello cada noche. Cómo se veía cuando lo descubrió. Nunca la había visto tan enojada. O tan asustada —dice.

Lucas se vuelve hacia mí, su voz cargada de arrepentimiento.

—No quería morir. Pero ahora... cada día se siente como un castigo.

La voz de Rafe cortó la tensión, plana e inflexible.

—No es suficiente castigo.

Lucas cierra los ojos, como si se preparara para un golpe físico que nunca llega. Rafe permanece inmóvil, el aire denso con palabras no dichas.

—Lo siento —dice Lucas—. Lo siento tanto.

Las palabras cuelgan en el aire, girando entre nosotros.

Luego caen, se precipitan desde la azotea hasta el suelo muy abajo. Lucas cae con ellas.

Se hunde en el suelo, con la cabeza entre las manos.

—Maddy murió porque fui demasiado débil para ayudarla —dice, su voz ahogada por su dolor.

Siento como si hubiera estado cayendo para siempre. No sé si alguna vez tocaré el suelo.

—No puedo hacer esto —digo, retrocediendo, dándome la vuelta.

Lucas levanta la mirada, frenético, sus ojos grandes y salvajes.

—Por favor, Sloane. Te necesito. No tengo a nadie más —dice, cada palabra una grieta en su voz.

Sacudo la cabeza. —¿Y yo qué? —digo—. ¿Qué tengo yo?

El mundo gira a mi alrededor. Todo está desequilibrado. Quiero estar firme, pero es imposible.

—Dime qué se supone que debo hacer —dice—. Dímelo, y lo haré.

Me doy la vuelta, y es lo más difícil que he hecho jamás.

Lucas deja escapar un sonido como un animal herido. Hace eco en la azotea vacía. Lo siento en mis huesos.

—Ojalá fuera yo —dice—. Ojalá fuera yo en lugar de ella.

Es un desastre, un lío de disculpas y dolor y lágrimas que nunca llegan. Su voz tiembla, luego desaparece.

Rafe finalmente da un paso adelante, una sombra, una torre.

—Tienes suerte —dice Rafe, su voz baja, dura—. Tienes suerte de ser lo más parecido a una familia que ella tiene, o estarías mucho

peor.

Lucas no se estremece. No contraataca.

Simplemente lo acepta porque es todo lo que puede hacer.

—Por favor —dice Lucas—. Por favor, no me dejen así.

Nos alejamos. Lo dejamos así.

Llegamos a la puerta cortafuegos, y me detengo. Miro hacia atrás, y Lucas es más pequeño de lo que nunca lo he visto, el viento despeinando su cabello y su ropa holgada.

Pensé que estaba cayendo. Pensé que la ciudad se precipitaba para romperme.

Pero no es la ciudad.

Es la verdad. Es Maddy. Es todo lo que perdí cuando ella murió.

Pensé que estaba cayendo, pero es peor que eso. No estoy cayendo en absoluto.

Estoy congelada, suspendida, esperando estrellarme.

30

Rafaele

Me siento en mi auto fuera del almacén, los nudillos blancos contra el volante, reproduciendo la confesión de Lucas en esa azotea una y otra vez en mi mente. La rabia que sentí al ver a Sloane derrumbarse, ver su rostro cuando se dio cuenta de que el propio hermano de su amiga la traicionó, sigue ardiendo dentro de mí, un fuego lento y constante que no se apaga.

No le he dicho adónde voy esta noche. Lo que estoy a punto de hacer.

Es mejor así. Ella todavía está procesando lo que hizo Lucas, tratando de entender un mundo donde las personas en las que confiaba podrían hacer lo impensable. He visto esa mirada antes, la que tenía cuando dejamos a Lucas en esa azotea, la confianza destrozada, la desesperada necesidad de creer que había otra explicación. Es la misma mirada que Carmela tenía cuando entendió por primera vez lo que nuestra familia realmente hace. La misma mirada que a veces me persigue cuando veo mi propio reflejo.

La cena familiar en casa de la Nonna hace apenas unas horas parece una vida diferente ahora. Sloane riendo con mis hermanos, encajando como si siempre hubiera pertenecido allí, sus ojos brillantes y vivos. La forma en que todos la aceptaron, incluso Dom, que nunca acepta a nadie. Durante unas horas, vi un futuro

diferente, uno donde tal vez podría ser más de lo que fui hecho para ser.

Pero la realidad siempre encuentra la manera de filtrarse. La confesión de Lucas lo cambió todo. No solo para Sloane, sino también para mí.

Reviso mi arma, metódico, el peso familiar contra mi palma. Dale Callahan siempre ha sido un amigo, o tan cercano a un amigo como alguien como yo puede tener en este negocio. Crecimos juntos, recorrimos las calles juntos. Pero usó a Maddy, hizo que la mataran, y lastimó a la única persona por la que he empezado a preocuparme más de lo que debería.

El viejo Rafe no habría dudado. Lo habría visto como solo otro trabajo, otro cuerpo, otro mensaje que enviar. Pero ahora está Sloane, y no puedo dejar de pensar en lo que ella diría si supiera lo que estoy a punto de hacer. La decepción en esos ojos verdes. El miedo de que tal vez estaba equivocada sobre mí.

Debería alejarme. Debería encontrar otra solución. Una que no añada más sangre a manos ya manchadas más allá de la redención.

Pero esto es lo que soy. Esto es lo que hago. Y no importa cuánto Sloane me haga desear ser diferente, algunas deudas solo se pueden pagar de una manera.

Salgo del auto, el frío aire de febrero me golpea como una bofetada. El almacén se alza delante, silencioso y expectante. Ajusto mis guantes—los que no usé en la cena de la Nonna, los que separan al hombre que Sloane cree que puedo ser del hombre que siempre he sido.

Dale Callahan tiene que pagar por lo que le hizo a Maddy. Por lo que le hizo a Sloane. Y yo soy quien va a cobrar.

Solo espero que cuando termine, cuando regrese a Sloane con sangre en mis manos que ella no puede ver pero que siempre estará ahí, todavía me mire como lo hizo en la mesa de la Nonna. Como si fuera alguien que vale la pena salvar.

Pero sé la verdad. Los hombres como yo no se salvan. Solo seguimos sumando a la cuenta hasta que alguien nos mete bajo tierra.

Echo un último vistazo a mi teléfono, a la foto de Sloane que no debería tener pero que no pude resistirme a tomar cuando ella no estaba mirando, sonriendo por algo que Matteo dijo en la cena. Luego lo guardo, encerrando esa parte más suave de mí detrás de los muros que he construido durante años haciendo el trabajo más oscuro de la familia.

Esta noche no se trata de redención. Se trata de justicia—la única clase que sé cómo impartir.



El ring de peleas clandestino se extiende ante mí, un espacio desnudo de concreto y arena. Apesta a sangre y sudor, empapados en los pisos y paredes. Un pequeño bar se ubica en una esquina, nada más que una solitaria losa de madera rodeada de taburetes vacíos.

Ni un alma a la vista. Dom se aseguró de que tuviéramos el lugar para nosotros solos cerrándolo por el día. Solo yo y Dale jodido Callahan, la clase de escoria que no merece respirar el mismo aire.

Sus pasos hacen eco a través del vasto vacío mientras cruza el espacio, dirigiéndose hacia el centro donde estoy esperando. Los fluorescentes del techo parpadean al ritmo de mi corazón, bañando todo con una luz dura y fría.

Dale sonríe. —Vaya, mierda. Mira quién finalmente llamó. Pensé que me estabas ignorando, Rosetti.

—Necesitaba tranquilidad. Este lugar es perfecto —respondo sin emoción.

Dale se ríe. —Todavía tienes ese toque dramático. ¿Cuál es el trato? ¿Vas a pedirme que me ponga en guardia por los viejos tiempos?

—Esto no es nostalgia. Es una ejecución.

La sonrisa de Dale vacila por primera vez. La comprensión aparece en su estúpida cara como una bombilla que se enciende. Disfruto cada segundo. Una de sus manos va a su bolsillo, rápido, como si estuviera buscando algo que lo saque de este lío. ¿Teléfono? ¿Arma? No, dejó ambas con Domenico en la puerta principal. Reglas del club y todo eso.

Es casi patético verlo sudar. La arrogancia se drena de él, y se queda allí, congelado. Sus ojos recorren la habitación, desesperados, calculando sus probabilidades. No son buenas.

Más pasos mientras llega la caballería. Domenico está apostado en la puerta. Matteo y Emilio muestran sus caras, emergiendo, listos para acorralarlo si intenta escapar. Leonardo cruza y se apoya contra la barra. Cuatro tipos enormes tatuados con muy malas actitudes. Además de mí, el peor de todos.

Dale nunca ha visto a la familia así, y seguro desearía no verla ahora.

—Mierda —dice—. Una reunión completa, ¿eh? No puedo creer que hayas traído a toda la pandilla.

Intenta parecer tranquilo, pero no lo logra. Leo sirve tragos, los alinea a lo largo de la barra, uno para cada hermano. Para después.

—Cuidado —le digo a Dale, arrastrando una silla—. No querrías derramar ningún secreto.

—Pensé que teníamos toda esta mierda resuelta, Rosetti —dice, señalando el ring de pelea—. ¿Me traes hasta aquí para renegociar?

—Llámalo una oferta final. Compensación por fondos perdidos.

Sonrío, mostrándole el filo de mis dientes.

Comenzamos este ring de peleas como un esfuerzo conjunto entre familias. Los Callahan administrando el efectivo, y nosotros los Rosetti dirigiendo el espectáculo. Una ofrenda de paz. Una manera de hacernos todos ricos. Y él ha ido y arruinado todo. Dejó a los Rosetti fuera de las ganancias. Nos tomó por tontos.

Dale mira alrededor, midiendo sus posibilidades. Tratando de actuar casual, como si no estuviera acorralado.

Finge una sonrisa, se rasca el cuello. No sabe que lo he estado observando como un halcón, y cree que puede salir de esto hablando. El idiota de mierda.

Se apoya en el borde de una mesa, cruzando los brazos como si fuéramos solo dos viejos amigos poniéndose al día.

—Me insultas, Rafe, si crees que te robaría. ¿Recuerdas el reformatorio? Vamos. Somos más cercanos que esto.

—Ya no.

Dejo que escuche la mordida en mi voz.

Me pongo de pie y doy un paso adelante.

—Me robaste. De mi ring. Lavaste dinero a través del nombre de Maddy. Firmaste su certificado de defunción.

El rostro de Sloane destella en mi mente, sus ojos llenos de dolor, buscando respuestas, desesperada por conocer la verdad sobre su amiga. Mi enfoque se agudiza, mi rabia se cristaliza en algo más frío, más preciso de lo habitual. Esto ya no es solo un asunto de negocios. Es por ella. Por darle el cierre que merece.

Dale se burla. —No conoces toda la historia.

Me mantengo mortalmente calmado. —Sé lo suficiente. Lucas me contó todo.

Frenético ahora, Dale gira. Un destello de pánico cruza su rostro mientras cambia su peso, buscando salidas. Pero no hay ninguna. Cada salida está cubierta por un Rosetti. Está completamente acorralado, y lo sabe. Lo observo, sabiendo exactamente lo que está pasando en su inútil cabeza.

Mira hacia el frente y ve a Dom parado firmemente, todo músculos y brazos cruzados.

—¿Vas a alguna parte? —pregunta Dom. Su voz es plana, firme y peligrosa. El tipo de voz que debería hacer temblar a Dale en sus zapatos.

Gira, rápido, sopesando sus probabilidades.

—¡Whoa! —grita Leo, levantando los brazos como si estuviera señalando un touchdown—. ¿Adónde crees que vas?

Dale se vuelve hacia atrás, y allí está Emilio, apoyado contra la pared, volteando su cuchillo en una mano. El movimiento es lento y tranquilo, pero no hay forma de confundir la amenaza. Ni siquiera está tratando de disimular.

—Tómate tu tiempo —dice Emilio con una sonrisa seca—. No tenemos prisa.

Dale está prácticamente sudando balas.

—Está bien —dice, dándole un último intento—. Tal vez robé un poco. Eso es todo. Nada loco.

—Nada loco —repito, lento y deliberado, observando cómo empieza a sudar—. Todos esos ceros. Solo un poco de cambio para el bolsillo.

Me pongo los guantes, tomándome mi tiempo con cada dedo. La habitación queda en silencio. Los ojos de Dale están fijos en mis manos como si ya estuvieran alrededor de su cuello.

—Yo no la maté, hombre. No la toqué —insiste Dale.

Respondo, con voz baja y letal. —No tenías que hacerlo. Solo la entregaste.

Siento que algo cambia dentro de mí, un calor extraño y desconocido que no tiene nada que ver con el honor familiar o los negocios Rosetti. Normalmente, esto sería sobre enviar un mensaje, sobre proteger nuestros intereses. Limpio. Profesional. Pero esto es diferente. Es personal de una manera en la que nunca me he permitido ser.

Pienso en Sloane, en cómo me miró en la azotea, en cómo confió en mí con su dolor. En cómo se ha metido bajo mi piel y ha hecho un hogar allí. Y de repente, esto no es solo otro trabajo. Es por ella.

—Solo eran números. Solo unas cuentas. Tú habrías hecho lo mismo si... —comienza Dale.

—No te compares conmigo, maldita sea. Entra al ring —interrumpo.

—¿Qué? —pregunta, confundido.

—Entra al maldito ring —repito.

Dale cruza el piso lentamente, sus ojos buscando salidas, y entra directamente en la maldita jaula. Lo sigo, y la puerta de la jaula se cierra con un gemido detrás de mí.

Con las manos levantadas y retrocediendo ligeramente, Dale suplica: —Mira, hemos pasado por mierda juntos. Reformatorio. Las calles. Nunca quise traicionarte.

Leonardo se mueve y cierra la jaula detrás de nosotros.

Continúo caminando hacia adelante, mis botas raspando en el piso de concreto.

El ring de peleas representa apenas el cinco por ciento de nuestros ingresos, pero es simbólico: terreno neutral en una ciudad dividida por décadas de acuerdos territoriales. Romper esas reglas tácitas significaba más que solo robar dinero; era un desafío directo al delicado equilibrio que mantenía prósperas a ambas familias y las calles en paz.

Dom lo había dejado claro: esto no era solo por el dinero. Esto era por mantener la reputación de los Rosetti. En nuestro mundo, el respeto era moneda corriente. Sin él, perderíamos nuestro control sobre todo, desde las extorsiones en Little Italy hasta los contratos sindicales que llenaban de efectivo nuestras fachadas comerciales legítimas.

—Me traicionaste en el momento en que hiciste sangrar a una chica inocente por tu beneficio —le digo a Dale, con voz dura.

Lo que no digo es que cruzó una línea que normalmente requeriría una reunión formal entre familias. Mi padre y el viejo Callahan normalmente negociarían la pena, generalmente un pago financiero sustancial y el sacrificio del soldado infractor. Al tomar el asunto en mis propias manos, estaba rompiendo el protocolo. Iniciando algo que tendría efectos de ondulación a través de cada operación criminal en la ciudad.

La máscara de Dale finalmente cae. Sabe que esto no es una advertencia. Es una sentencia de muerte.

Se mueve, nervioso. —Tu padre te matará si inicias algo con nosotros —dice—. ¿Una guerra entre las familias? ¿Crees que Sal quiere eso?

El terror se cuela bajo sus palabras mientras se da cuenta de lo malo que es esto. Es el tipo de miedo que rompe a un hombre antes de que siquiera le ponga un dedo encima.

—Está cabreado, desde luego —doy un paso adelante, lentamente —. Porque tú ya iniciaste la guerra.

Mis hermanos me están observando, y sé lo que ven, el mismo Rafe que ha manejado los negocios durante años. Calculado. Controlado. Pero por dentro, ardo con algo nuevo. Nunca había querido que alguien sufriera así antes. No por negocios. No por familia. Esto es diferente. Esto es por ella.

—Estás loco, Rafe —escupe Dale, pero escucho el temblor en su voz, huelo su sudor y miedo—. Si me tocas, mi padre los borrará a todos.

—Tal vez. Pero mierda, voy a disfrutarlo.

Una parte de mí se pregunta si mis hermanos pueden ver el cambio en mí, si notan cómo esto ya no se trata del dinero. Dom lo llamaría una debilidad, este nuevo fuego que arde dentro de mí. Esta necesidad de vengar no solo un desaire comercial, sino uno personal. Herir al hombre que lastimó a alguien que Sloane amaba. Cruzar líneas que siempre he mantenido claras.

No me apresuro. Golpeo como un trueno. Un puñetazo limpio al estómago, luego a la mandíbula. Dale se desmorona, arrastrándose, pero no me detengo. Puños. Rodillas. Codo. Esto es metódico. Mi furia no es ruidosa, es fría. Precisa. Absoluta. Practicada. Dale tambalea, jadeando por aire, y voy directo a los puntos blandos. No tiene ninguna oportunidad, pero quiero que sienta cada golpe, cada apretón de mis puños. No necesito un arma. Voy a destrozarlo con estas manos. Un golpe que destroza los huesos en las costillas. Una patada rápida y brutal en el costado.

Cae de rodillas, pero no cedo. Ni siquiera le doy tiempo para respirar. Estamos jugando con las reglas de los Rosetti, y él sabe lo que eso significa. Ya está muerto. Lo llevo al suelo, asegurándome de que se quede abajo. Todo en mí está enfocado, implacable. Este es su castigo, y voy a hacer que se quede grabado.

Dale escupe sangre. —Rafe... por favor... —jadea.

Lo levanto por su camisa, esperando un momento a que ponga los pies bajo él, luego golpeo su mandíbula como un camión, y él se tambalea hacia atrás, estrellándose contra la jaula. Levanta una mano, tratando de recuperar el aliento, tratando de conseguir cualquier tipo de respiro.

—Te lo devolveré, lo juro. Puedes tenerlo todo.

—Sé que puedo.

Se encoge, tratando de calmarme. Nunca tuvo estómago para la violencia real, ni siquiera en el reformatorio. Lo estrello contra la pared, siento el crujido del hueso, siento la adrenalina que me hace sentir más vivo que cualquier otra cosa. Es para lo que estoy hecho.

Lo arrastro al suelo y lo golpeo de nuevo, lo suficientemente fuerte como para hacerlo escupir sangre y entrar en pánico.

—No hagas esto —suplica, sus palabras ahogadas y frenéticas—. Por favor, hombre. Por favor. Puedo conseguirte el dinero. Puedo conseguirte más.

Siento el impulso en mis manos, el calor limpio de ello.

—¿Dale Callahan suplicando? —digo, mi voz goteando desprecio—. Pensé que nunca vería ese día.

Dejo que mi puño aplaste su nariz.

Grita, lo suficientemente alto como para hacerme estremecer. No me detengo. Quiero estar seguro. No me detengo hasta que estoy completamente seguro.

—¿Crees que estamos a mano ahora, Rafe? ¿Crees que voy a... ¡mierda!

Es un desastre de sangre y lágrimas y moretones, de nuevo en el suelo, acurrucado en una bola. Se retuerce, una desesperación impotente apoderándose de él.

—Estás cometiendo un error —jadea—, un enorme...

Aplasto mi pie, y él balbucea, jadeando como si estuviera a punto de perder la conciencia. Lo quiero despierto. Quiero que sepa exactamente lo que está sucediendo.

—Idiota de mierda —digo, sacudiendo el dolor de mis manos—. Tú ya lo cometiste.

Sus ojos están abiertos, llenos de terror. Hace un sonido gutural, desesperado y patético.

Me inclino y clavo mis nudillos en la garganta de Dale, escuchando un ruido de chapoteo cuando su manzana de Adán revienta. —Ella tenía veintiséis años. Murió asustada. Piensa en eso —digo.

Mientras lo miro, me doy cuenta de que estoy cruzando una línea que nunca antes había cruzado. No solo quitando una vida -he hecho eso suficientes veces- sino haciéndolo por razones personales. Por alguien más. Por Sloane. Poniendo su justicia, su necesidad de respuestas, por encima de la distancia limpia y profesional que siempre he mantenido.

Así no es como los Rosetti hacen negocios. Somos fríos. Calculadores. No dejamos que las emociones nublen nuestro juicio.

Pero estoy rompiendo esa regla por ella. Porque de alguna manera, en medio de toda esta sangre y oscuridad, ella se ha vuelto más importante que el código por el que he vivido toda mi vida.

Y entonces lo termino. Silencioso. Eficiente. Dale deja de moverse.

Me quedo allí un momento más, el pecho subiendo y bajando. Sangre en mis manos. Ni un rastro de culpa.

El mundo entero está en silencio, solo por un momento.

—Jesús, Rafe —murmura Matteo.

Me dejan recuperar el aliento, no dicen una palabra hasta que estoy listo. Cinco hermanos, y ninguno de nosotros rompe el silencio. El cuerpo de Dale yace inmóvil, sangre filtrándose de su boca, formando un charco oscuro bajo su cabeza. Sus ojos están abiertos, congelados en el tipo de terror que no se puede fingir.

Lo respiro, la satisfacción pesada y espesa en el aire. La adrenalina disminuye, dejándome con esa familiar calma hueca. Entonces veo a Matteo voltear su moneda. Una vez. Dos veces. Está esperando a que yo tome la decisión. Todos lo están.

—Vámonos —digo.

Domenico es el primero, sus pasos precisos y medidos mientras cruza hacia la barra. Leonardo lo ve venir. Los gemelos son rápidos en seguir, la cara de Emilio una máscara en blanco, y Matteo volteando su moneda con una calma perezosa. Gruño, sacudiendo la rigidez de mis manos, la sangre todavía goteando de mis dedos. Domenico nos desliza nuestros vasos de trago con movimientos lentos, sin prisa. Como si estuviéramos celebrando. Supongo que lo estamos. El silencio se mantiene un momento más, luego bebemos nuestros tragos en un solo movimiento sincronizado.

Nadie habla, pero la mirada en sus ojos dice más que las palabras. Está hecho. El primer disparo de la guerra, o el último. El tiempo lo dirá.

Caminamos de regreso al cuerpo, la tensión drena de nosotros mientras asimilamos lo ocurrido.

—¿Terminamos aquí? —pregunta Emilio, empujando el brazo sin vida de Dale con la punta de su zapato.

Sus ojos son hielo, calmos, impasibles.

Asiento, siento el frío filtrarse de nuevo mientras el calor abandona mis venas.

—Deberíamos limpiar esto antes de que Carmela o Besi tengan que verlo —dice Dom.

Su voz es medida, siempre, pero escucho el indicio de advertencia debajo.

—Déjalo.

Me quito los guantes de las manos y los dejo caer sobre el pecho de Dale, un mensaje tan claro como cualquier maldita cosa que haya escrito jamás.

Un desafío, una sentencia de muerte, una declaración de guerra.

Doy la vuelta y me dirijo a la puerta, sintiendo el impulso, sintiendo la maldita locura, sintiéndolo todo.

Mientras me alejo, me doy cuenta de que algo ha cambiado en mí. He matado por dinero, por familia, por negocios —pero nunca por alguien que me importa. Nunca porque quería hacer el mundo más seguro para una persona específica. El pensamiento debería aterrorizarme —este cambio en mis prioridades, esta debilidad que siempre he evitado. En cambio, siento algo cercano a la paz. Como si tal vez esto es en lo que me he estado convirtiendo todo el tiempo.

—Déjales saber que apenas estamos empezando.

31

Rafaele

La ciudad está ardiendo. Las llamas titilan y bailan en el reflejo de mis gafas de sol mientras el sol se pone, proyectando largas sombras sobre los edificios. Nueva York es una ciudad de secretos, y esta noche, uno de ellos ha sido liberado.

Me encuentro al pie de la mansión familiar, sintiendo el peso de todo. La guerra que se avecina, las vidas que penden de un hilo, y la sangre de Dale Callahan aún fresca en mis manos. A mi alrededor, Nueva York está cayendo en el caos. Las sirenas resuenan a lo lejos, y los autos tocan la bocina con furia en medio del tráfico. Pero aquí, hay un silencio inquietante. Como si la mansión de mi padre existiera fuera del tiempo y el espacio.

—Rafaele.

Me volteo al escuchar su voz, la veo parada ahí en lo alto de los escalones de mármol, vistiendo una suave camiseta y shorts para dormir. El rostro de Sloane está pálido, sus ojos abiertos de par en par, su cabello recogido en un moño suelto. Camina hacia abajo lentamente, cada paso calculado y deliberado. Sus manos se abren y cierran a sus costados, como si se estuviera preparando para algo.

—¿Qué pasó? —pregunta suavemente.

Sus ojos permanecen fijos en mí, buscando respuestas.

No respondo. No de inmediato. Solo la observo, absorbiendo la fuerza que lleva a pesar de todo. Los músculos alrededor de sus ojos

están tensos, pero no vacila. Es fuerte.

Cuando finalmente hablo, mi voz suena áspera.

—Está hecho.

Es todo lo que puedo decir, y hasta eso se siente demasiado. No elaboro más. Ella no pregunta. No es necesario. Ambos sabemos lo que significa. Camina hacia mí lentamente, como si estuviera acercándose a algo salvaje que podría huir. O algo peligroso que podría lastimarla.

—¿Estás bien? —pregunta.

Sus palabras golpean un lugar que está en carne viva y doliente. No es solo preocupación. Está aquí, y no se irá a ninguna parte. Si fuera un mejor hombre, la mandaría lejos ahora mismo.

Pero no lo soy. Así que me quedo quieto y dejo que se acerque.

No respondo. Estiro la mano para tocar su rostro, pero recuerdo la sangre bajo mis uñas y me retraigo. Esta no es su lucha. No debería serlo. Sin embargo, aquí está, de pie a mi lado como si perteneciera ahí. Como si ya hubiera aceptado lo que realmente significa estar conmigo.

—Quería estar contigo esta noche.

Esa es la cosa más honesta que he dicho en años.

Mis hermanos se han reagrupado en la casa de mamá y papá para adelantarse a esta guerra, para delinear nuestros próximos movimientos, para planificar lo que todos saben que viene. Todos ellos piensan en términos de tácticas y estrategias, de líneas trazadas y vidas perdidas. Yo también, es el estilo Rosetti. Pero esta noche mi cabeza no estaba en eso. Mi corazón no estaba en eso. No podía seguirlos de vuelta allí, no después de todo lo que ha pasado. No con la sangre de Dale todavía en mis manos. No con Sloane en mi mente.

Una sesión informativa, dijeron, como si diseccionar este caos y ordenarlo en piezas ordenadas y manejables le daría sentido a algo de esto. Tendrán los mapas afuera, las listas de nombres, el quién-debería-eliminar-a-quién-y-cuándo. Besiana también estará allí, fría y controlada, planeando el siguiente movimiento de nuestra familia con una precisión escalofriante. Es buena en esto. A veces mejor que cualquiera de nosotros.

Pero necesitaba estar aquí, lejos de sus estrategias y esquemas, lejos de la lógica de todo, con Sloane, esperando que pudiera ver en mí algo más que la sangre que derramo.

—Me alegro.

Sin vacilación. Sin titubeos. Se recuesta contra mi pecho, sus brazos rodeándome la cintura, con cuidado de la sangre. Me quedo rígido por un segundo, luego cedo. Solo un poco. Lo suficiente.

Huele a flores y campos frescos, y respiro profundamente, sintiendo cómo su calidez se filtra en mí.

—Era mi amigo. Una vez —murmuro.

—Y traicionó todo lo que representas —susurra—. Lo siento... —añade suavemente—. Que fuera... que fuera Dale.

Busqué durante meses para descubrir quién estaba desviando el dinero. Meses de sospechas, de seguir cada pista hasta un callejón sin salida, de cuidar mi espalda mientras trataba de desenmascarar al traidor. Era como un fantasma, dejando apenas suficiente rastro para hacerme dudar de todos a mi alrededor. Meses sospechando de los Callahan, de sospechar de mis propios hombres. Pero nunca sospeché de él. Debería haberlo sabido mejor. Resultó ser el único Callahan en quien pensé que confiaba. Dale.

—Yo no lo siento —finalmente digo, con una voz tan áspera como papel de lija—. La vendió como si no fuera nada.

Sloane se aparta para mirarme.

—Ella no era nada. No para mí. No para ti.

Examino su rostro, esperando que se estremezca, que se aleje del desastre que soy. No lo hace.

Me mira, sus ojos vidriosos pero resueltos.

—Dale se ha ido, ¿verdad? ¿Para siempre? —pregunta.

No puedo obligarme a decir la palabra 'muerto', no cuando podría significar que deje de mirarme así. Así que solo asiento.

—¿Y el círculo de peleas está bajo tu control ahora, verdad?

Asiento, manteniendo mi voz firme.

—Los Rosetti están a cargo ahora. Hemos eliminado a las ratas, triplicado los hombres en el lugar. Emilio ha tomado el control de las cuentas.

Sus cejas se fruncen.

—¿Y los Callahan? ¿Qué les pasa a ellos?

—Van a tomar represalias —digo, con la fría certeza hundiéndose —. No se quedarán de brazos cruzados.

—Una guerra... —susurra, casi para sí misma.

Sus manos tiemblan mientras se abraza a sí misma como si las palabras fueran un viento frío.

—Sí —confirmo, sin endulzarlo.

Una guerra es inevitable en nuestro mundo. Es solo cuestión de cuándo y qué tan sangrienta.

—¿Y tú?

Su voz tiembla lo suficiente para delatar el miedo que se esconde debajo. Sus ojos permanecen fijos en los míos, un destello de determinación en ellos como una hoja en la oscuridad. Brillante y afilada. Puedo ver las preguntas que no está haciendo. Puedo ver las dudas que teme expresar. Quiere saber qué pasa ahora. Con nosotros. Conmigo. Con esta cosa que hemos comenzado y si ya se está rompiendo antes de que siquiera tenga la oportunidad de empezar.

—No quiero ser el tipo de hombre que solo sabe cómo romper cosas —le digo, bajando la voz.

Hay un mundo de significado en esa frase. Es todo lo que soy y todo lo que desearía no ser. Es cada miedo que me mantiene despierto por la noche. Pero ella no duda. Nunca lo hace.

—Entonces no sueltes lo único que no rompiste.

Habla suavemente, las palabras son un salvavidas. Un ancla. Me está manteniendo unido.

Su mano presiona contra mi pecho, y no creo que ella sepa lo cerca que estoy de perderlo justo ahí. De desmoronarme de una manera que nunca me he permitido antes. Estamos atrapados en este momento donde nada más importa. Ni la guerra que estamos a punto de comenzar, ni el caos que nos espera a la vuelta de la esquina, ni la sangre que se ha derramado o la sangre que se derramará. Solo nosotros. Solo esto.

Para un hombre que nunca se permite suplicar, nunca se permite quebrar, nunca se permite apoyarse en nadie más, su toque es todo lo que necesito ahora mismo.

Dejo escapar un suspiro, como si una guerra hubiera terminado dentro de mí, como si finalmente estuviera en paz.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —pregunto, mi voz toda gravilla y necesidad.

Sloane asiente una vez.

—Siempre.

Sloane no duda ni un segundo. Sus dedos se enroscan alrededor de mi mano, sin importarle la sangre ni nada más. Es un toque pequeño, pero ahora mismo, se siente como un ancla. Me lleva hacia la mansión, ambos en silencio mientras empujamos la pesada puerta y entramos. La vasta y fría extensión del vestíbulo se cierne sobre nosotros. Cada paso resuena en los pisos de mármol y los techos altos. Está tenue, con algunas lámparas proyectando débiles halos de luz alrededor del espacio. El hogar de mi familia, todo ángulos afilados y sombras frías, nada hogareño excepto el persistente aroma a ajo.

Pero ahora mismo, no se siente como mío en absoluto. Ella me guía por las escaleras, su agarre firme, como si temiera que pudiera dar marcha atrás o desaparecer.

La sigo sin decir palabra mientras llegamos al segundo piso y avanzamos por el largo pasillo. Habitación tras habitación vacía. Cada una más limpia y pulida que la anterior. Pasamos por la habitación de invitados que usó cuando llegó por primera vez. Luego estamos en mi puerta, y ella la abre sin hacer pausa. Entramos.

Ni siquiera se detiene para tomar aire mientras pasamos por el dormitorio y entramos al baño contiguo. Sin decir palabra, me sienta en el borde de la bañera, sus movimientos suaves pero seguros. El agua corre en el lavabo, ahogando todo lo demás, y una fina neblina se eleva mientras se calienta. Me siento ahí y la observo, mi corazón late con un ritmo sordo y profundo en mi pecho.

Agarra un paño y lo exprime, sin siquiera mirarme mientras se concentra. Sus labios están fruncidos en una línea determinada. Es cuidadosa, precisa, enfocada en lo que está haciendo. Como si esto, justo aquí, fuera la misión más importante del mundo. La miro en silencio, asimilándolo todo, la forma en que esta mujer se ha incrustado en mi vida, en mi corazón, sin pedir permiso, sin

importarle lo dañado que estoy. Como si hubiera decidido que soy suyo.

Entonces, finalmente, se arrodilla frente a mí. El paño está tibio y húmedo en sus manos mientras comienza a limpiar la sangre de mis nudillos, borrando a Dale Callahan y borrando la noche. Sus dedos son suaves mientras trabajan, gentiles mientras trazan cortes y moretones.

—No te merezco —digo suavemente.

Estoy expuesto de una manera a la que no estoy acostumbrado, abierto y vulnerable ante todo lo que Sloane es. Ella no levanta la cabeza, no pierde el ritmo en su trabajo cuidadoso. Simplemente sigue limpiando la sangre, su toque firme y cálido.

Sus dedos son gentiles mientras se deslizan sobre los moretones y trazan mi piel maltratada. El paño se siente reconfortante, como si su toque por sí solo pudiera borrar el caos de la noche. Temo que si parpadeo, ella podría desvanecerse.

—Bien —dice, su voz ligera pero firme—. Entonces tal vez estamos a mano.

32

Sloane

El cementerio está completamente vacío excepto por mí y Rafe. Los únicos signos de vida son los sonidos de la calle a lo lejos y el grafiti rojo manchando la lápida de Maddy. DROGADICTA, dice. Una acusación. Un insulto. Una mentira.

Sumerjo mi cepillo en un balde de agua jabonosa y froto, cada movimiento de mi mano lento y cuidadoso.

Han pasado tres días desde que Rafe mató a Dale Callahan, y todavía no sé cómo procesarlo. Regresó esa noche con sangre bajo las uñas y una mirada vacía en sus ojos. Sus guantes de cuero habían desaparecido, un detalle que noté inmediatamente. Cuando me contó lo que había hecho, su voz era plana, sin disculpas. —Se terminó —dijo simplemente—. Dale no lastimará a nadie más.

No pedí detalles. Una parte de mí no quería saber. Pero otra parte ya entendía. Rafe había cruzado una línea por mí, había tomado una vida porque Dale era responsable de la muerte de Maddy. Porque la había usado, traicionado, marcado para morir. Porque había lastimado a alguien que yo amaba.

El aire es frío con ese tipo de frío que se asienta en tus huesos, incluso mientras el sol lucha por atravesar la neblina de Nueva York. Marzo, pero se siente como invierno.

Presiono el cepillo contra el granito, las cerdas duras y ásperas en mi mano. Trabajo con determinación, cada pasada llevándose un

poco más del feo color rojo. Puedo ver cómo las palabras desaparecen, y siento como si también se estuvieran borrando de mi corazón. Puedo respirar por primera vez en mucho tiempo, sabiendo que finalmente limpiaré su nombre.

Esto es lo que Rafe me dio: justicia, cierre, la verdad que había estado buscando desde que Maddy murió. Mató por mí. El pensamiento debería aterrorizarme. Debería hacerme correr lo más lejos posible de él. En cambio, siento un complejo enredo de emociones, gratitud, culpa y algo más oscuro que no quiero nombrar. ¿Qué dice de mí que pueda amar a un hombre capaz de tal violencia? ¿Que pueda estar a su lado y no apartarme?

La palabra todavía es visible, sigue ahí, pero froto con más fuerza. Froto hasta que mis brazos arden.

Rafe me observa, callado y constante.

Está ahí como siempre lo está, y significa todo. Carga con el peso de lo que ha hecho sin quejarse, sin dudar. Como si acabar con la vida de Dale fuera simplemente otro paso para proteger lo que es suyo. Y ahora, de alguna manera, yo soy lo que es suyo. Pertenezco a un hombre que mata sin remordimientos, que camina entre dos mundos: el civilizado donde jugamos juegos familiares y compartimos comidas, y el violento donde se eliminan cuerpos y se lava la sangre.

Rafe no intenta detenerme ni hacer que vaya más despacio, no me dice que tenga cuidado con mis manos o mi corazón. Ahora sabe que es mejor no hacerlo. Trabajo con el cepillo en círculos fuertes, más jabón que agua, y siento la determinación en cada pasada. Siento cómo los meses de duda se lavan con cada inmersión del cepillo. Maddy no era una drogadicta. Maddy no hizo que la mataran. Me tomó mucho tiempo descubrirlo, pero finalmente lo hice.

—Lucas estaba trabajando con los Callahan —susurro a la tumba, a ella—. Así es como entraron en tus cuentas. No fue Ethan. Él estaba tratando de protegerte.

Rafe se mantiene atrás, observándome. Dejándome tener este momento con Maddy, con mis recuerdos. Permitiéndome hacer lo que necesito hacer.

—No te recordarán así —le digo—. No si yo puedo evitarlo.

Sumerjo el cepillo nuevamente, pero el agua ya está roja y jabonosa, y es difícil ver a través de la espuma. No importa. Sigo frotando hasta que mis manos arden. Hasta que el aire quema mis pulmones con cada respiración fría y desesperada.

Luego me detengo, miro mi trabajo. No digo nada, solo miro la piedra gris con el nombre TORRES tallado profundamente. No está limpia, no todavía. Pero lo estará. Prometo por lo menos eso.

Una lágrima solitaria se desliza por mi mejilla, y la limpio antes de que caiga.

—Serás recordada —le digo—. No así. Lo prometo.

Rafe sigue ahí, una presencia constante y silenciosa.

No dice una palabra, no tiene que hacerlo. Su apoyo es suficiente. Más que suficiente.

Respiro hondo, sintiendo que mi corazón se calma mientras el frío muerde mis dedos. Lucas la traicionó. Lucas y sus secretos.

Casi puedo escuchar a Maddy riendo, diciéndome que no me altere tanto. Casi puedo sentirla a mi lado, instándome a terminar lo que he comenzado. Sonrío, incluso cuando las lágrimas amenazan con caer nuevamente.

Trabajo con el cepillo con determinación, mis manos rígidas por el frío. Siento que toda una vida de peso cae de mis hombros a medida que el rojo se desvanece.

Dejo el cepillo, el mango de plástico resbaladizo y frío en mis manos entumecidas. No digo una palabra mientras alcanzo el sobre junto al balde. Es grande, uno de esos sobres de manila que ves en manos de alguien a punto de entregarte documentos legales.

Eso es exactamente lo que estoy a punto de hacer.

—Tengo la confesión de Lucas —le digo, mi aliento visible en el aire helado—. Los registros bancarios. Todo.

Me giro para mirar a Rafe, y la fuerza en sus ojos, en la firmeza de su mandíbula, me da el valor para seguir adelante.

—¿A los periódicos? —pregunta, y hay orgullo en su voz.

—Sí —respondo—. A los periódicos.

Aprieto el sobre contra mi pecho, siento el peso de los documentos dentro. La confesión de Lucas, todo lo que necesito

para limpiar su nombre. Para liberarme de la culpa que he estado cargando desde que murió. Rafe asiente, su aprobación tan firme e inquebrantable como el resto de él.

La carga que he llevado ya se está desvaneciendo, como la escarcha en las lápidas.

—Gracias, Rafe —digo, sin mirarlo.

Sin mirar a ninguna parte. Solo dejando caer las palabras.

—¿Por qué? —pregunta, y casi me hace reír.

Niego con la cabeza, me limpio los ojos con el dorso de la mano. Por fin puedo respirar. Por fin puedo dejar ir el pasado. La muerte de Maddy. Mi culpa. La sensación de que nunca seré suficiente. Dejo el sobre y alcanzo el cepillo nuevamente, pero Rafe es más rápido.

Lo toma y me lo ofrece. No lo tomo de inmediato.

—¿Estás segura de esto? —pregunta—. No tienes que...

—Sí tengo —digo—. Tengo que hacerlo. Y lo haré.

Lo miro, sintiendo que mi corazón se enciende. Sintiendo que todo se enciende. Sus ojos son tan intensos, tan vivos, que no puedo apartar la mirada. Alargo la mano y tomo el cepillo de sus manos.

—No sé si puedo devolverte algo —digo, sintiendo las palabras atorarse en mi garganta.

—No necesito que lo hagas —responde.

Da un paso atrás, pero siento su presencia como una llama, como calor.

—Una vez que la historia salga a la luz —digo—, entonces habrá terminado.

El viento muerde mis mejillas, pero se siente bien. Se siente real.

Sumerjo el cepillo en el balde, frotando el último rastro de rojo.

La piedra gris parece nueva otra vez, intacta, sin marcas.

—Sí —dice Rafe, extendiendo su mano hacia la mía.

La tomo, dejando que me atraiga al calor de sus brazos. El mundo desaparece, y somos solo nosotros dos, solo este momento, solo esta esperanza que pensé que nunca tendría.

Me sostiene allí, y sé lo que es ser encontrada. Estar viva.

Permanecemos así, en silencio y respirando, hasta que finalmente me aparto. Hasta que estoy lista para estar completa otra vez.

—¿Crees que lo publicarán? —pregunto, aferrando el sobre—. ¿La confesión de Lucas?

—Me aseguraré de que así sea —dice.

Su confianza me hace sentir eufórica, y me río, un sonido inesperado que corta el frío.

—Estás lista, Sloane —dice Rafe, sosteniendo mi mirada. Manteniéndome firme.

Le creo. Por primera vez, creo que es verdad.

Tomo aire, dejando que me llene por completo. Se siente bien, se siente libre.

—Salgamos de aquí —digo, y no suelto su mano.

La hoja está fría e implacable, y el borde afilado brilla en la tenue luz de la cocina mientras corto otra zanahoria, enviando un disco de color naranja brillante deslizándose por la encimera de mármol. Preciso, pienso, y mi corazón late más rápido.

No me he atrevido a usar un cuchillo tan afilado desde que Bear murió, nunca confié en que mis propias manos fueran lo suficientemente firmes. Las palabras siempre resonaban en mi cabeza. ¿Y si vuelve a pasar, y si no puedes controlarlo, y si alguien sale lastimado, y si, y si, y si? Pero hoy, el único sonido es el acero contra la madera.

Es un sonido nítido y limpio. Cada rebanada cae con un pequeño golpe seco. Miro mis manos, asombrada. Son fuertes. Firmes. No las manos de una chica culpable que decepciona a la gente, que hace que otros salgan lastimados. No las manos de alguien que lleva fantasmas a todas partes. El pensamiento me emociona, y levanto la mirada.

Rafe está ahí, una presencia oscura y tranquila a mi lado. Se apoya contra la encimera, con los ojos en mis manos. Los ojos en mi trabajo. Observando cada corte con una especie de reverencia que me hace reír en voz baja.

—Cuidado, Rosetti —digo, arqueando una ceja—. Vas a hacerme pensar que te importa.

Él ni siquiera parpadea.

—Sabes que sí —dice, las palabras cálidas y firmes, como el resto de él.

Su mirada se mueve del cuchillo a mi rostro, y mi corazón aletea en mi pecho, un pájaro en vuelo.

Tomo un trozo de zanahoria y me lo meto en la boca. Está fresca y crujiente y real, y la mastico como si nunca hubiera probado nada mejor. Toda la cocina es cálida y familiar, y por fin me siento en casa en ella.

En mi propia vida.

En mi propia piel.

Rafe me observa, observa la forma en que trabajo, y sé que él también lo ve. El cambio en mí. No me estremezco cuando baja el cuchillo. No vacilo.

Sostiene un vaso de whisky, acunándolo en su palma. Su presencia es eléctrica, un cable vivo que hace que todo sea más real, más vivo. Es el tipo de intensidad que me hace sentir como si yo fuera lo único en el mundo.

Corto la zanahoria otra vez, solo para ver su reacción. Él mira los discos de color naranja brillante, luego me mira a mí, y hace que mi sangre zumbe.

—Están perfectos —dice, y puedo decir que se refiere a más que las zanahorias.

—Más les vale —respondo, bromeando—. Tardaron bastante.

Mi voz es ligera, pero hay un filo en ella. La confesión de Lucas todavía está en mi mente, pero ya no duele como antes. Conocer la verdad significa que finalmente estoy libre de ella. Saber qué pasó, por qué murió y quién fue el responsable. Por fin tengo las respuestas.

Y se siente increíble.

Estoy lista para correr riesgos. Estoy lista para vivir mi vida sin las sombras que me atormentaron durante tanto tiempo.

Bear. Maddy. Las acusaciones y los secretos. La culpa que pensé que nunca dejaría atrás.

Todo está en el pasado. Todo se ha ido.

Dejo el cuchillo, miro a Rafe. Su confianza, su certeza, su tranquila intensidad que hace que mi corazón se salte un latido.

Sus ojos son como fuego.

Se inclina cerca, como si estuviera a punto de reclamar lo que es suyo. Como si estuviera a punto de tomarlo todo.

Él aún no lo sabe, pero estoy a punto de dejarlo.

—Rafe —susurro, pero no termino la frase. No tengo que hacerlo.

No cuando el resto de nuestras vidas nos está esperando.

33

Rafaele

Sloane está sentada en mi regazo, sus muslos enmarcando mis caderas, con un paño limpio en una mano y ese ceño fruncido entre sus cejas. Mis costillas arden como el infierno, pero no me estremezco. No con ella tan cerca. Sus piernas están desnudas. Está usando una de mis camisas otra vez. Y estoy haciendo mi mejor esfuerzo para no arrastrar su boca a la mía y olvidar lo que se supone que estamos haciendo.

Estamos sentados al borde de la cama. La luz de la luna se derrama a través de las amplias ventanas, empapándonos de plata. Todo lo demás en la habitación es oscuro, las líneas pesadas de los muebles, las fotos en blanco y negro en las paredes, así que ella parece brillar en la noche.

Se inclina y estudia el moretón hinchado en mi mandíbula, su voz suave.

—Se ve feo.

Le ofrezco una sonrisa irónica mientras ella toca el corte con el paño antiséptico.

—Deberías ver al otro tipo.

Sus labios se curvan con diversión.

—Déjame adivinar. ¿Alguien dijo algo inapropiado?

Me acomodo contra las almohadas.

—Un pequeño imbécil engreído en el gimnasio. Pensó que dar unos cuantos golpes significaba que podía responderle mal a Matteo.

Sloane pone los ojos en blanco, pero noto que la comisura de su boca se eleva.

—Déjame adivinar otra vez. Lo corregiste.

Me encojo de hombros, dejando que aplique presión sobre el corte.

—Llámalo un momento educativo.

Ella resopla pero no puede suprimir su sonrisa, esa que hace que mi pecho se sienta demasiado apretado. Vuelve a dar golpecitos, más lentamente esta vez, y apenas noto el ardor. No con ella a mi lado.

Deja el paño a un lado, y sus manos permanecen en mis costillas, sus dedos rozando la piel magullada.

—Has estado recibiendo muchos golpes últimamente —dice en voz baja.

Encuentro su mirada.

—He salido caminando de todos ellos.

Sus dedos tiemblan contra mí.

—Entonces... ¿qué sigue?

Lo pregunta con tanta naturalidad que me congelo. No solo está preguntando sobre el moretón o las peleas. Está preguntando por nosotros.

—¿A qué te refieres? —digo con cuidado.

—Ahora que todo terminó. Maddy. Dale. Los Callahan. —Duda, desviando la mirada—. Supongo que debería volver a mi apartamento.

Sus palabras son como una bofetada fría, de esas que dejan marca. Mi pulso se acelera y mi mente corre. No más Sloane caminando de puntillas por la cocina, Sloane robando mis camisas, la risa de Sloane llenando los espacios vacíos de este lugar. Solo yo. Solo. No puedo permitir que eso suceda. No puedo dejarla ir.

—No.

—Rafe... —comienza, pero la interrumpo, más bruscamente de lo que pretendo.

—No, Sloane.

Mis manos se deslizan por su espalda, pero la mantengo a distancia. Tiene que escuchar esto. Tiene que entender.

—¿Crees que después de todo, voy a dejar que vayas a dormir a un apartamento frío mientras yo me quedo despierto preguntándome si cerraste la puerta? ¿Preguntándome si estás sola? ¿Preguntándome si sigues siendo mía?

Mi voz suena más cruda de lo que esperaba. Ella es todo lo que nunca quise y todo lo que siempre he necesitado. Es la luz del sol en este mundo oscuro. Y la idea de que se me escape me aterroriza más que cualquier otra cosa.

Su voz es tentativa.

—Rafe, no dije...

Interrumpiéndola, declaro:

—Eres mía. Te quedarás aquí. Y vas a usar mi maldita alianza de matrimonio aunque sea lo último que hagas.

Ella se congela, con los ojos muy abiertos como si tratara de descifrar cada palabra. Contengo la respiración, esperando que salga corriendo, esperando que diga que estoy loco.

—¿Tu alianza de matrimonio? —repite.

Gruño nuevamente, esta vez porque estoy perdiéndolo.

—¿Me estás... proponiendo matrimonio? —susurra.

Me acerco más, con la voz áspera.

—No estoy preguntando. Estoy harto de preguntar. Te estoy diciendo: eres todo para mí. Así que o lo hacemos oficial... o te mantengo encerrada en esta habitación hasta que entres en razón.

En lugar de huir, ella comienza a sonreír. La sonrisa se extiende lentamente, como si no pudiera evitarlo, como si yo fuera la mayor maldita sorpresa de su vida. Su respiración se entrecorta, y luego se ríe, un sonido suave, hermoso y ligeramente lloroso.

—Entonces sí. Obviamente sí.

Exhalo como si me hubiera liberado de un peso que he cargado durante meses. Mis manos acunan su rostro, y la beso como si fuera lo único que me mantiene vivo.

—Te amo —murmuro contra su boca.

Las palabras se sienten como una confesión.

Ella se aparta, con los ojos brillantes.

—Dilo otra vez.

—Te amo —repito, con voz ronca y áspera.

—Otra vez —exige ella—. Una y otra vez.

—Dios, eres codiciosa —digo, pero no me detengo.

Lo digo hasta que es la única palabra que importa.

—Nunca es suficiente —dice ella, con un desafío en su voz.

Devoro su boca en un beso, y ella se aparta lo suficiente para susurrar:

—Yo también te amo, Rafe.

Eso es todo. Me quiebro. Me pongo de pie, la levanto y la arrojo a la cama. Ella rebota una vez, con el cabello cayendo salvajemente alrededor de su rostro, y me arrastro sobre ella como si tuviera toda la noche.

—Eres mía, Sloane. Cada parte de ti —gruño.

—Sí —respira.

Mi corazón late con fuerza, mi sangre late con fuerza, y juro que nunca se ha visto más hermosa. Nunca se ha visto más mía.

Sus dedos se enganchan alrededor de mi cuello, atrayéndome hacia abajo, y voy de buena gana, sabiendo que le daré cualquier cosa que me pida. Ella me besa con una ferocidad que no sabía que tenía, y dejo que me consuma.

—Rafe —respira.

—Todo —digo—, quiero todo, Sloane.

Apenas puedo soportarlo, apenas puedo soportarla a ella.

—Muéstrame cuánto —dice, y estoy perdido.

Ruedo sobre mi espalda, la llevo conmigo. Ella se sienta a horcajadas sobre mis caderas, su sonrisa me marea, y tengo que detenerme y recuperar el aliento antes de volverme loco. Es toda fuego y suavidad, calor y promesa, el tipo de mujer que debería arruinarme pero no lo hace. En cambio, me hace completo.

—Aún no me voy —dice, traviesa y llena de risa.

—Bien —gruño, porque no puedo pensar en nada más, no puedo pensar en nada que no sea ella, y la atraigo hacia mí, besándola con todo lo que tengo.

Le quito la camisa lentamente, tomándome mi tiempo, saboreando cómo se siente su piel, la manera en que deja escapar un suspiro

entrecortado. Me vuelve loco. Me saca de mis cabales. No puedo tener suficiente. Es suave, dulce, perfecta, y pierdo la noción de todo. Mis manos, mi boca, mi mundo, todo es ella.

Su camisa cae al suelo, y arrastro mis labios por su cuello, sobre su clavícula, perdiendo la maldita cabeza. Ahora solo lleva ropa interior, encaje negro contra su piel cremosa.

—Demasiada tela. Quítatela —exijo.

Su sonrisa es todo calor y locura, el tipo de sonrisa que podría destruir a un hombre menos fuerte. Se desliza de mi regazo, se quita la ropa interior, y la miro, sintiéndome destrozado, sintiéndome vivo. Sus curvas, su piel, ella, podría perderme en ella para siempre.

Cuando está desnuda, vuelve a subir a la cama, provocándome, tentándome, una sirena a la que no tengo esperanza de resistir. Pasa sus dedos por mi pecho, trazando las líneas de mis tatuajes, y no puedo soportarlo.

—Tú también —dice ella, acercándose.

Sus labios rozan mi oreja, su aliento cálido, sus palabras letales.

—Quiero sentirte, Rafe.

Me estremezco por la forma en que lo dice. La forma en que me hace desear más de lo que jamás debería.

—Ahora —dice, sin aliento, y no dudo.

Nos hago rodar, la sujeto contra la cama y me deshago de mis jeans y bóxers. Sus piernas rodean mi cintura, instándome a acercarme, más cerca. Su cuerpo se mueve contra el mío, y es el mejor tipo de tortura, el mejor tipo de cielo, el mejor tipo de perfección que nunca pensé que tendría.

La habitación está oscura, pero la luna se derrama a través de las ventanas, pintando su piel, pintándolo todo. Nunca he visto nada más hermoso.

Ella pasa sus dedos por mi espalda, luego me agarra con fuerza, y juro que estoy perdido. Juro que nunca volveré.

—Rafe —jadea, arqueándose, desesperada.

Soy codicioso. Estoy listo. Estoy fuera de mí.

Agarro sus muñecas, las sujeto por encima de su cabeza, manteniéndola quieta. Sé lo que quiere, sé lo que necesita, sé que le daré todo.

—Despacio —digo, soltando sus muñecas para acariciar su mejilla, para tocarla de la manera en que nunca me permití antes.

Sus dedos se hunden en mi cabello, en mi alma.

—No puedo —dice, salvaje.

—Déjame intentarlo.

La beso, larga y profundamente, reclamando cada pieza rota de ella y haciéndolas mías. Su boca es fuego, y juro que me quemará vivo. Quiero que lo haga. Le hago saber con cada respiración que ahora me pertenece, me pertenece para siempre.

Cuando finalmente entro en ella, está húmeda, caliente y perfecta. Me hace temblar, hace que mi control se rompa, me vuelve loco lo bien que se siente. Ella gime mi nombre, y sostengo su rostro en mis manos, negándome a dejarla apartar la mirada, negándome a dejarla ir.

—Sloane —digo.

Ella jadea, tiembla, y me pierdo en ella, me pierdo en todo.

Vuelvo a hacernos rodar, sujetándola contra mi pecho, queriendo sentirla lo más cerca posible. Queriendo sentirla deshacerse sobre mí. Queriendo verla. Su respiración se acelera, su piel enrojecida. Sus manos agarran las mías, apretando con fuerza, y la atraigo hacia abajo, desesperado por más. Su boca encuentra la mía, y me besa con una dulzura que me deshace.

Siempre he sido rápido y brusco y brutal, pero con ella es diferente.

Nuestros cuerpos encuentran un ritmo, y me muevo dentro de ella con una lentitud que es más devastadora que cualquier brusquedad que haya conocido. Se siente tan bien que creo que moriré por ello. Creo que perderé la cabeza.

—Sloane —digo, mi voz destrozada, y su respiración se entrecorta, su cuerpo se tensa.

Alcanzo entre nosotros, mis dedos encontrándola, y ella se hace pedazos. Llama mi nombre, se aferra a mí como si nunca quisiera soltarme, y juro que no la dejaré.

Estoy justo ahí con ella, sintiéndola deshacerse, y eso me lleva al límite. Empujo hacia arriba, duro y salvaje y desesperado, un

hombre sin límites, y ella grita, su cuerpo arqueándose sobre mí, sus pechos moviéndose tan deliciosamente.

—¡Rafe! —jadea.

Cubro su boca con la mía, atrayéndola, llevándola conmigo. Siento la tensión enroscarse, siento que se rompe, siento todo a la vez, y me pierdo en ella.

—Por favor, no pares —susurra.

—No voy a ninguna parte —digo con dificultad, cada movimiento una promesa.

Ella llega primero, con un grito silencioso debajo de mí. La sigo con un gemido y un entrecortado "Mierda, Sloane", las palabras más una oración que una blasfemia.

La sostengo durante todo el proceso, ambos temblando, jadeando y sin aliento.

Mis manos encuentran su cabello, enredándose en él, manteniéndola cerca.

Mis ojos encuentran los suyos, sujetándolos, sin dejarlos ir.

Presiono un beso en su sien.

—Sloane Rosetti suena bien —murmuro.

Ella se ríe contra mi cuello.

—Esposo también suena bien.

La atraigo más cerca y susurro en su cabello.

—Nunca te dejaré ir.

La luz de la luna se derrama sobre nosotros, cubriendo nuestros cuerpos, y creo que tal vez nunca querré más que esto.

Creo que tal vez finalmente estoy completo.

Después, yacemos enredados en la oscuridad, sus dedos trazando círculos perezosos en mi pecho.

34

Sloane

La noche de juegos en la mansión Rosetti es una locura y amor, todo enredado como luces navideñas. El ruido rebota en las paredes de acero y vidrio mientras nos reunimos alrededor de la enorme mesa de café en la sala principal, gritando unos sobre otros, lanzando cartas y fingiendo que no nos importa quién gana (a todos nos importa).

Carmela levanta los brazos, casi derramando su copa de vino, y luego estalla en un ataque de risitas. Matteo le lanza un beso y la llama pequeña tramposa. Rafe está sentado a mi lado, una tormenta silenciosa en el centro de todo. Sus hermanos son ruidosos e imposibles. Su hermana es un rayo de sol. Su familia. Mi familia. Se siente como si siempre hubiera estado aquí. Como si este fuera mi lugar.

Leonardo se pone de pie, ruidoso como siempre, lanzando un mazo de cartas a través de la mesa. Se dispersan como confeti, cayendo en los regazos, en el suelo, y estoy segura de que algunas desaparecen en el enorme sofá negro detrás de nosotros.

—Alguien no está jugando limpio —dice, tronándose los nudillos, haciéndolo sonar como una amenaza.

—Y me pregunto quién podría ser —sonríe Matteo, haciendo girar una moneda plateada entre sus dedos.

Brilla bajo las luces del techo, resplandeciente como su sonrisa con hoyuelos. Se recuesta, todo confianza perezosa y encanto.

—No hace falta ser un genio para saber que no sabes barajar una mierda —añade.

—Cuidado, Playboy —gruñe Leonardo, pero está sonriendo.

Es imposible no hacerlo con este grupo.

La habitación resuena con el ruido de las cartas y las voces, el tintineo de las copas, y risas que rebotan en los techos altos. Huele a vino y demasiadas colonias caras y a los espaguetis que el personal de cocina preparó antes. La sala es elegante y moderna, llena de muebles caros, arte en las paredes. Pero esta noche, con todos aquí, se siente cálida, viva.

Dom levanta una ceja desde el sillón que comparte con Besiana, la imagen del caos compuesto.

—Si hay trampas —dice—, sé dónde mirar primero.

—¿Yo? —pregunta Matteo, poniendo una mano en su corazón, actuando todo ofendido—. Vamos, no necesito hacer trampa para ganar.

Besiana sacude la cabeza, sonriendo mientras se apoya en Dom.

—Ustedes los Rosetti —dice, con voz suave y divertida—. ¿Hay algo que no sea una competencia?

Carmela me da un codazo desde el otro lado.

—Mejor acostúmbrate, cariño —dice.

Sus ojos verdes brillan con risa, los rizos rebotando como resortes mientras se mueve en el sofá.

—O tendrás que cambiar a Rafe por un novio normal —añade.

Me río.

—Lo normal es aburrido.

Cruzo miradas con Eleanor al otro lado de la habitación. Está acurrucada junto a Leonardo, elegante y serena, pero incluso ella se está riendo ahora, con la cabeza echada hacia atrás, su cabello castaño rico cayendo sobre su hombro. Encuentra mi mirada y me guiña un ojo, con una sonrisa cómplice jugando en las comisuras de sus labios.

Rafe desliza una mano enguantada en cuero dentro de la mía, y su calidez hace que mi corazón tropiece consigo mismo. No dice nada,

pero no tiene que hacerlo. Encajamos. Pertenecemos.

Todos nos acomodamos en los asientos y comenzamos a repartir de nuevo. Las cartas pasan de mano en mano, y no puedo dejar de sonreír como una idiota. Es un mundo diferente de donde crecí. Más ruidoso, más desordenado. Más amor del que sé qué hacer con él.

Una carta pasa volando junto a mi cabeza, y me agacho justo a tiempo para evitarla. Emilio se encoge de hombros cuando lo miro. Tiene la capucha de su sudadera puesta, como siempre, los ojos medio ocultos bajo el cabello oscuro.

—Estaba apuntando a Leo —dice—. Pero supongo que ambos son un dolor en el trasero.

Me río, y se siente bien. Mejor que bien.

Rafe aprieta mi mano.

—¿Estás bien? —pregunta, lo suficientemente bajo para que sea solo para mí.

Me inclino hacia él, captando el aroma familiar de cuero y jabón y él.

—Nunca mejor.

Jugamos ronda tras ronda, bromeando, hablando mal y creando nuevas reglas cuando nos conviene. Dom y Besiana tienen sus cabezas juntas, una conspiración silenciosa contra el resto de nosotros. Matteo acusa a Emilio de contar cartas, y Emilio solo levanta una ceja como si no se molestara en negarlo. Leonardo y Eleanor forman un equipo indestructible hasta que Carmela se une a mí, y logramos derribarlos de su pedestal por una ronda.

Rafe se mantiene al margen, contento de observar, lo cual está bien porque nadie puede ponerse de acuerdo sobre si es mejor tenerlo como compañero o estar en el lado opuesto.

Es una locura, pura y simple, pero no puedo borrar la sonrisa de mi cara. La que ha estado ahí por días.

Leonardo señala las copas vacías en la mesa.

—¿Quién necesita rellenar?

Levanto mi mano junto con algunas otras.

—Volvemos enseguida —dice, tirando de Eleanor para ponerla de pie.

La tiene agarrada, un poco salvaje, un poco posesivo, y ella pone los ojos en blanco como si fuera lo más ridículo, pero no lo suelta.

Empezamos a repartir de nuevo mientras salen de la habitación, pero Rafe me atrae de vuelta al sofá antes de que pueda involucrarme demasiado. Caigo contra él, y me rodea con un brazo, ajustado y seguro. Me siento a salvo aquí, justo aquí contra él.

—Mírenlos —dice Matteo—. Es asqueroso.

—Te escuché —grito, y le lanzo una carta, un tiro perfecto justo en su frente.

—Tal vez deberíamos empezar a actuar como ellos —continúa Matteo, mirando a su alrededor como si fuera a encontrar a alguna mujer elegible escondida en las sombras y esperando caer en sus brazos.

—Tal vez deberías dejar de hablar —interrumpe Emilio, con voz seca como siempre.

—Tan asqueroso —dice Matteo de nuevo, y Rafe finalmente sonríe.

Jugamos algunas rondas más, la noche convirtiéndose en caos, risas y cartas derramadas. Emilio gana la mitad de los juegos, aunque no estoy convencida de que no hackee la baraja. El resto de nosotros pasamos más tiempo gritando y culpándonos unos a otros que llevando la cuenta.

Eleanor y Leonardo regresan con bebidas. La habitación está caliente, ruidosa y perfecta, y sé que no es así como debería ser. No si le preguntas a mis viejos vecinos de casa. Pero es exactamente como yo lo quiero.

—Oye —dice Leonardo, entregándome una copa de vino, con ojos traviesos como si ya estuviera planeando algo—. ¿Qué va a decir tu papi policía de todo esto? —Hace un gesto alrededor de la habitación, un amplio movimiento que abarca cada pulgada ruidosa y feliz—. ¿Crees que le dará un ataque al corazón?

Pienso en papá, imagino su mirada severa mientras observa a la familia que viene con el hombre que he elegido. Puedo sentirlo fulminando con la mirada a Rafe, sus exigencias de una verificación de antecedentes solo medio en broma. Lo peor es que sé qué tipo de problemas imaginará que tengo. Lo mejor es que tendrá razón.

Me imagino a mi madre a su lado, su cerebro práctico y organizado tratando de encontrar un lugar por donde empezar. Será amable, al menos. Siempre lo es. La imagino tratando de encajar donde pueda, y cómo sus cejas se dispararán hasta el cielo la primera vez que alguien maldiga en la noche de juegos. La primera vez que alguien saque un arma.

Y luego está Frank, su protección de hermano mayor aumentada al máximo. Puedo oírlo ahora, su voz sin tonterías retumbando desde Tennessee. Puedo oír la incredulidad cuando se entere de mi vida ahora, la sorpresa total cuando la vea por sí mismo en su primera visita. Puedo ver sus ojos agrandándose ante la vista de todos estos grandes y ruidosos hombres Rosetti con sus trajes de diseñador, camisetas negras, cuero y tatuajes.

Y Lisa, mi hermana pequeña, la práctica. Apuesto a que ignorará todas las tonterías, sacudirá la cabeza y señalará a mamá, papá y Frank lo equivocados que están.

Mi dulce y tranquila familia. El contraste es casi gracioso. Son tan diferentes a los Rosetti. Nunca han conocido a personas que literalmente arrancarían la cabeza de un hombre por insultar a un ser querido. Nunca han conocido a nadie como Rafe, con ojos azul hielo, guantes de cuero y una historia que a veces todavía me asusta. Nunca han conocido a una familia así.

No lo saben todavía, pero van a amarlos.

—Los amará a todos —digo, y lo digo en serio—. O al menos, tendrá que fingir que lo hace, o si no...

Carmela se atraganta con su bebida, Matteo sonríe, y todos estallamos en risas.

—O si no —repite Emilio, con una elevación de su ceja y una sonrisa en sus labios.

—Despiadada —dice Dom, sonando casi orgulloso y asintiendo, como si esto resolviera todo—. Es una de nosotros.

Leonardo me rodea con su brazo y me da un apretón, como un hermano mayor mostrando afecto.

—Maldita sea que sí —dice.

Eleanor se ríe y lo empuja.

—Sé amable —le dice, pero está sonriendo, y sé que siente lo mismo.

Me duelen las mejillas de tanto sonreír, pero no me importa. Esta es mi vida ahora, salvaje e inesperada y hermosa.

—Despiadada, me gusta eso —digo, mirando a Rafe, quien me mira con esos ojos imposiblemente azules—. ¿Crees que me queda bien?

Me roza un beso en la sien.

—Demonios, sí —dice.

Todos gritan y silban. Carmela nos arroja un cojín, y Matteo nos llama la pareja más cursi en la historia de las parejas cursis. Rafe solo le muestra el dedo medio y me atrae más cerca.

—Tan malditamente asqueroso —gime Leonardo, pero lo atrapo mirando a Eleanor como si fuera lo único que jamás necesitará.

Me acurruco al lado de Rafe, mi cabeza en su hombro, y respiro la noche. Las risas, el desastre, el amor. Todo es mío, y es perfecto.

—Terminemos este juego —dice Carmela. Está en el suelo ahora, haciendo equipo con Matteo, ojos llenos de travesura—. Alguien tiene que mostrarle a Emilio que no es el jefe por aquí.

—Buena suerte con eso —dice Emilio, su voz divertida y tan segura de sí mismo que no es de extrañar que siga ganando.

—El perdedor hace el desayuno —declara Dom, y Besiana solo sacude la cabeza y se ríe.

—No —dice ella—. Creo que todos deberíamos hacer el desayuno.

Leonardo se frota las manos como si estuviera planeando un nuevo atraco.

—Ahora estás hablando. Sloane, ¿tienes algún consejo para el desayuno?

—Sí —sonrío—. Solo denme un cuchillo afilado y vean cómo hago magia.

Rafe se ríe, bajo y cálido.

—Sí, vas a encajar perfectamente.

Jugamos algunas rondas más, y Emilio gana como todos sabíamos que lo haría. La última carta apenas está en la mesa antes de que se recueste, presumido como el infierno, y cruce los brazos.

—Solo suerte —dice, con el más mínimo indicio de una sonrisa.

—Una mierda —se ríe Leonardo.

Nos sumergimos en el caos, acusaciones y negaciones volando como las cartas lo hicieron antes. Gritamos, culpamos y protestamos, y de alguna manera todos tienen razón y nadie la tiene. Es el mejor tipo de pelea, ruidosa y feliz y rebosante de amor.

Miro a todos ellos, mi familia, mi imposible, desordenada y maravillosa familia, y sé sin lugar a dudas que esto es. Este es mi hogar.

35

Epílogo - Emilio

El resplandor azul de mis monitores es la única luz en la habitación. Han pasado tres días desde que Rafe mató a Dale Callahan, y no he dormido. No puedo dormir. No cuando ella ha vuelto a la ciudad.

Mis dedos vuelan sobre el teclado mientras reviso las imágenes de seguridad del Hotel Grand Metropolitan en el centro. Y ahí está ella. Mara Vale. Su cabello oscuro es más corto ahora, cortado en un elegante bob que enmarca su rostro. Se mueve con la misma gracia fluida que alguna vez me cautivó, la misma confianza calculada que todavía persigue mis sueños.

Tres años, dos meses y dieciséis días desde que desapareció de mi vida.

Amplío la imagen, estudiando sus rasgos con una intensidad que debería perturbarme. La curva de su mandíbula. El leve surco entre sus cejas mientras revisa su teléfono. La forma en que escanea el vestíbulo, sin perderse nada.

Mis otras pantallas muestran lo que ella no puede ver: las alarmas digitales que he colocado a su alrededor, monitoreando cada uno de sus movimientos. Sus reservas de hotel. Sus comunicaciones encriptadas. Los teléfonos desechables que cambia como si fueran naipes. Durante meses —años, si soy honesto conmigo mismo— la he rastreado a través de continentes, a través de innumerables

identidades. Incluso cuando la familia pensaba que había desaparecido por completo, yo seguí observando. Seguí esperando.

Suena una notificación. Mi pulso se acelera mientras abro el mensaje:

E- Chase quiere sangre. Primero tu familia, luego todos los que te importan. He aceptado el contrato. -M.V.

Mis dedos se detienen sobre el teclado. No debería haberme advertido. Es un error táctico, uno que la Mara que conocía nunca habría cometido. A menos que...

Escribo mi respuesta:

¿Por qué decírmelo?

La respuesta llega casi instantáneamente:

Tú sabes por qué.

Tres palabras. Mi pecho se tensa. Detrás de mí, mi puerta se abre, y rápidamente minimizo la ventana.

—¿Algo nuevo? —pregunta Rafe, apoyándose en el marco de la puerta. Hay agotamiento grabado en las líneas de su rostro, pero también algo que no había visto en él antes. Una ligereza. Esa es la influencia de Sloane.

—Chase está movilizándose —respondo, abriendo una pantalla diferente para ocultar mi correspondencia—. Ha llamado a todos sus favores, a todos sus aliados. Los Callahan se están preparando para la guerra.

Rafe se acerca, estudiando el mapa que he creado mostrando los movimientos de los Callahan por toda la ciudad.

—Sabíamos que esto iba a pasar.

—No así —abro otra ventana, mostrando transacciones financieras que he estado monitoreando—. Está liquidando activos. Millones. Esto no es solo venganza por Dale. Es personal. Está planeando borrarnos por completo.

La mandíbula de Rafe se tensa.

—Dom ha convocado una reunión familiar. En diez minutos.

Asiento, mi atención ya desviándose de vuelta a la ventana minimizada, al mensaje de Mara.

—Ahí estaré.

Cuando Rafe se va, vuelvo a la cámara de seguridad. Mara ya no está en el vestíbulo, pero sé hacia dónde se dirige. Siempre lo sé. El algoritmo de rastreo que construí la ha estado siguiendo durante años. Ella piensa que es invisible, moviéndose por el mundo como un fantasma. No se da cuenta de que la veo en todas partes.

Otra notificación. Un nuevo mensaje:

Medianoche. El lugar que me prometiste llevar. Ven solo.

Mi corazón late contra mis costillas. El recuerdo surge sin ser invitado: Mara en mis brazos, su confesión susurrada sobre el pequeño café con vista al río, cómo siempre había querido ver el amanecer allí. Cómo le prometí llevarla algún día.

Una promesa que nunca cumplí.

Verifico la hora. Dos horas hasta la medianoche. Dos horas para decidir si estoy caminando hacia una trampa. Pero ya sé que iré. He estado esperando este momento desde que desapareció, dejando nada más que una cama vacía y un vacío en mi pecho que nada ha llenado.

Cierro el mensaje y abro mi sistema de vigilancia, accediendo a las cámaras de seguridad alrededor del café. Está casi vacío, salvo por una pareja demorándose con su café en el rincón. No hay señales de hombres de Callahan. Ninguna amenaza obvia.

Aun así, la precaución está programada en mí. Ejecuto el reconocimiento facial en la pareja, confirmando que son turistas de Chicago. Escaneo los edificios circundantes, los autos estacionados, buscando cualquier cosa fuera de lugar. Nada. Pero eso no significa que sea seguro.

Nada es seguro cuando se trata de Mara Vale.

Mi teléfono vibra con un recordatorio de la reunión familiar. Debería ir. Debería advertirles sobre lo que viene. Sobre quién viene.

Pero no lo haré. Aún no. Esto es entre Mara y yo. Siempre lo ha sido.

Abro un cajón y saco un pequeño estuche negro. Dentro, mi Glock personalizada descansa en un acolchado de espuma. La reviso metódicamente, los movimientos automáticos después de años de práctica. Cargada. Seguro puesto. La enfundo, luego me pongo mi

sudadera con capucha, manteniendo la capucha baja sobre mi rostro.

Mientras salgo de mi habitación, me cruzo con Sloane en el pasillo. Sale de la habitación de Rafe, su rostro tenso por la preocupación.

—¿Reunión familiar? —pregunta.

—Algo así —paso junto a ella, evitando sus ojos. Es perceptiva, esta mujer que mi hermano ha elegido. Demasiado perceptiva.

—Ten cuidado —dice, y algo en su tono me hace pausar.

La miro, sopesando cuánto revelar.

—Las cosas se van a poner feas —digo finalmente—. Quédate cerca de Rafe.

Ella asiente, entendiendo la advertencia por lo que es.

—¿Y qué hay de ti?

Un fantasma de sonrisa toca mis labios.

—Tengo asuntos que atender.

Me voy antes de que pueda hacer más preguntas, deslizándome por la mansión como la sombra que mis hermanos nombraron. Los guardias me asienten al pasar, pero mantengo la cabeza baja, evitando sus ojos. Mejor que no recuerden haberme visto esta noche.

Afuera, el aire nocturno es cortante con la escarcha que se aproxima. Evito la puerta principal, tomando el camino oculto a través del bosque en el borde de la propiedad. Mi motocicleta espera donde la dejé, oculta bajo una lona. La descubro en silencio, luego reviso mi teléfono una vez más.

Un nuevo mensaje de un número desconocido:

Se están moviendo contra tu familia esta noche. Almacén en el Muelle 17. Te he comprado tiempo, pero no mucho.

Mi sangre se congela. El almacén alberga millones en productos. Si los Callahan lo atacan...

Debería avisarles. Debería dar la vuelta.

Pero el reloj marca las 11:30 PM. Treinta minutos hasta Mara.

Vacilo, dividido entre el deber y la obsesión. Luego escribo un mensaje rápido a Domenico:

Callahan se mueve esta noche. Muelle 17. Envía refuerzos.

No es suficiente. Debería estar allí. Debería ayudar a defender lo que es nuestro.

Pero Mara está esperando, y he estado esperando este momento demasiado tiempo para dar marcha atrás ahora.

Monto la motocicleta y salgo rugiendo en la noche, el viento cortando a través de mi ropa, tan afilado como la culpa que atraviesa mi pecho. Las carreteras se difuminan bajo mí mientras corro hacia el café, hacia ella.

Estaciono a una cuadra de distancia, escaneando el área una vez más antes de acercarme a pie. El café está cerrado, pero la puerta lateral está desbloqueada, tal como su mensaje insinuaba que estaría. Cada instinto grita trampa, pero avanzo de todos modos, una mano en mi arma enfundada.

Dentro, el café está oscuro y vacío. Una sola mesa en la esquina tiene una vela encendida, pero nadie está sentado allí. En la mesa hay un sobre con mi inicial: E.

Me acerco con cautela, buscando cualquier movimiento en las sombras. El sobre no está sellado. Dentro hay una nota con su familiar caligrafía:

Todavía no. Nos están vigilando a ambos ahora. Cuando sea el momento adecuado, te encontraré. O tú me encontrarás. Siempre lo haces. -M.V.

Miro fijamente las palabras, decepción y alivio luchando dentro de mí. Ella sabía que vendría. Sabía que no podría resistirme.

La llama de la vela parpadea, proyectando sombras sobre el papel. Lo doblo cuidadosamente, deslizándolo en mi bolsillo, ya memorizando cada curva de su caligrafía.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Domenico:

Demasiado tarde. Almacén atacado. Leo herido. Regresa AHORA.

La culpa surge a través de mí. Debería haber estado allí. Debería haber puesto a la familia primero.

Apago la vela y me muevo rápidamente de regreso a mi motocicleta. La guerra ha comenzado, y ya he fallado en mi primera prueba de lealtad.

Pero mientras regreso a toda velocidad hacia la mansión, hacia mi familia, la nota de Mara arde en mi bolsillo como una promesa. O

una amenaza.

Cuando sea el momento adecuado, te encontraré.

Está jugando conmigo. Lo ha estado haciendo durante años. Esta elaborada danza de depredador y presa, roles constantemente invertidos. Observando. Esperando. Preguntándose quién se rompería primero.

Empujo la moto más rápido, el viento golpeando mi rostro, pero mi mente permanece en ese café, con el fantasma de una mujer que traicionó todo lo que yo representaba. La mujer que nunca he podido dejar ir.

La mujer que seguiré observando, cazando, deseando. Hasta el final.

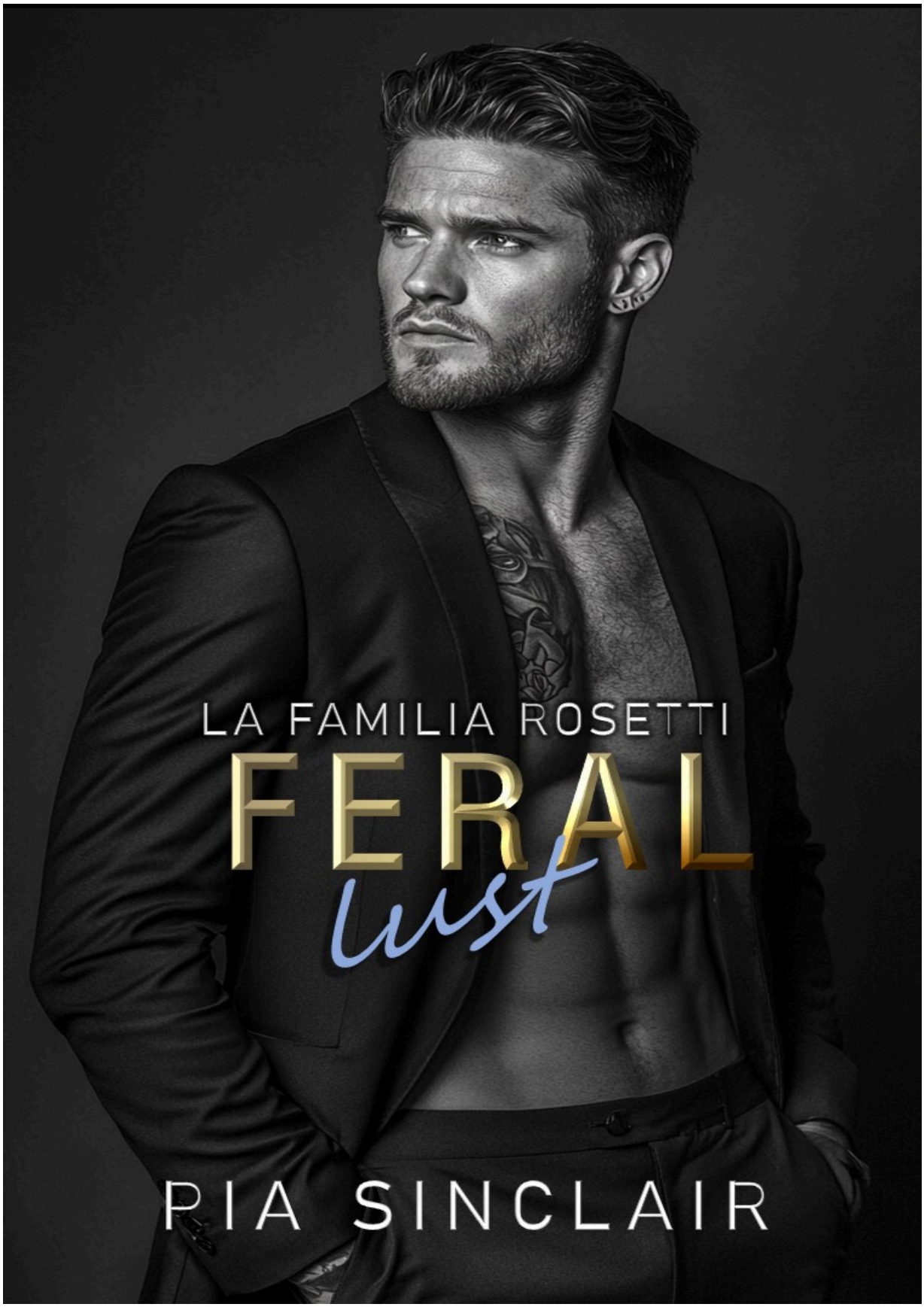
Mientras la mansión aparece a la vista, luces resplandecientes, seguridad en alerta máxima, me hago una promesa. La encontraré. La haré explicar por qué se fue, por qué está trabajando para Chase, y por qué me advirtió.

La encontraré, y cuando lo haga, no dejaré que desaparezca de nuevo.

La guerra con los Callahan puede ser inevitable. Mis hermanos pueden necesitarme ahora más que nunca.

Pero esto, esta obsesión, esta cacería, es solo mía.

Y nunca he sido de los que pierden.


LA FAMILIA ROSETTI
FERAL
lust
PIA SINCLAIR

Feral Lust

Pia Sinclair

1

Mara

El viento de marzo atraviesa mi abrigo mientras camino por Madison Avenue, cada paso llevándome más profundamente a un territorio que debería resultarme familiar pero que, en cambio, se siente como una trampa cerrándose a mi alrededor. Tres años lejos de Nueva York, y regresar es como volver a una vida que ya no me encaja, llena de sombras que podrían ocultar las consecuencias de decisiones que no puedo deshacer.

Me detengo en un cruce, aparentemente revisando mi móvil, pero en realidad escudriñando el reflejo en el escaparate a mis espaldas. El mismo hombre con el abrigo gris marengo ha estado tres manzanas atrás desde que salí del hotel. No lo suficientemente cerca para ser obvio, no lo suficientemente lejos para ser coincidencia.

Alguien me está siguiendo. Probablemente la gente de Chase. Asegurándose de que acuda a esta cita en lugar de salir corriendo como me gritan todos mis instintos.

Mi pulso se acelera al recordar el mensaje que envié ayer. *Muelle 17. Esta noche. Chase quiere sangre. -E.M.* Palabras que podrían costarme todo, pero no podía dejar que Leonardo Rosetti muriera en una emboscada sin advertirle. No podía permitir que guardias inocentes se convirtieran en víctimas de la guerra de Chase Callahan.

Aun sabiendo que expondría mis lealtades divididas. Aun sabiendo que Chase lo descubriría.

La sensación punzante entre mis omóplatos se intensifica al girar hacia la calle 72. En algún lugar de las arterias digitales de esta ciudad, Emilio está presente. Sabe que he vuelto a Nueva York, sabe que fui yo quien le alertó. La idea de enfrentarme a él de nuevo después de lo que hice, después de cómo me fui, hace que mi pecho se tense con algo entre anhelo y terror.

Aparto ese pensamiento. Una crisis a la vez.

La cafetería que Chase seleccionó está en la esquina de la 74 con Lexington, lo suficientemente íntima para una conversación privada pero lo bastante pública para desalentar el tipo de violencia que temo que esta reunión pueda provocar. A través de las ventanas, lo localizo inmediatamente, pelo plateado perfectamente peinado, un traje caro que susurra en lugar de gritar riqueza, y una postura que exige atención incluso estando sentado.

A sus sesenta y dos años, Chase Callahan sigue siendo formidable. No solo peligroso, sino brillante de esa manera que construye imperios criminales y destruye a cualquiera lo suficientemente insensato como para cruzarse en su camino. El tipo de hombre que ve la traición como un insulto personal que requiere una corrección permanente.

El hombre al que acabo de traicionar al avisar a sus enemigos.

Me acomodo en la silla frente a él, notando cómo se ha posicionado con la espalda contra la pared y líneas de visión despejadas hacia todas las salidas. Viejos hábitos de una vida creando enemigos. Hoy, podría ser uno de ellos.

—Parece nerviosa —observa, aunque su tono transmite evaluación clínica más que preocupación—. ¿Conciencia culpable, quizás?

El ataque directo hace que mi estómago se contraiga, pero he sobrevivido tres años en su organización no mostrando nunca debilidad.

—¿Debería tener la conciencia culpable?

—Usted dígame. —Su sonrisa es fría como el invierno, hermosa y terrible—. El muelle 17 fue toda una masacre anoche. Tres guardias

de Rosetti muertos, Leonardo en el hospital. Casi como estaba planeado.

Mis manos permanecen firmes mientras alcanzo el espresso que ha pedido para mí, aunque mi corazón late frenéticamente.

—Me alegro de que la operación tuviera éxito.

—¿De verdad? —Su voz baja hasta apenas un susurro, pero la amenaza que contiene hace que mi piel se erice—. Porque alguien les avisó. No lo suficiente para evitar bajas, pero sí para limitarlas. Curioso, ¿no cree?

El café sabe a ceniza. Lo sabe. La cuestión es cuánto, y qué planea hacer al respecto.

—Las filtraciones internas siempre son una preocupación —digo con cautela—. Quizás un aumento en los protocolos de seguridad...

—Déjese de gilipolleces, Mara. —El lenguaje vulgar de su boca cultivada impacta como una bofetada—. Ambos sabemos que usted envió esa advertencia. La pregunta es por qué.

No tiene sentido negar cuando tiene pruebas. Sostengo su mirada directamente, recurriendo a años de entrenamiento para proyectar una calma que no siento.

—Un impulso. Un momento de debilidad que lamento.

—Debilidad. —Prueba la palabra, reclinándose en su silla con paciencia depredadora—. Por un hombre que según usted no significaba nada. Qué... revelador.

El calor inunda mis mejillas a pesar de mis esfuerzos por mantener el control. Tres años de cuidadosa distancia y desapego profesional, y un momento de preocupación desesperada ha expuesto todo lo que he intentado ocultar.

—Emilio Rosetti fue un error —digo en voz baja—. Una complicación que no volverá a ocurrir.

—¿No? —Chase saca una fotografía y la desliza sobre la mesa de mármol—. Porque tengo una teoría sobre su "error", y creo que es hora de ponerla a prueba.

La foto muestra a Connor Callahan, el sobrino de Chase, treinta y tantos años, atractivo de esa manera peligrosa que atrae a mujeres que deberían ser más sensatas. He trabajado con él en operaciones

europeas y conozco su competencia y su completa falta de conciencia.

—No entiendo —logro decir, aunque la angustia crece en mi estómago.

—Mañana por la noche. Sección VIP de Bautiste. Usted y Connor tendrán una velada romántica. —La voz de Chase transmite una satisfacción que me hiela la sangre—. Muy pública, muy visible, muy... íntima.

El alcance completo de su plan cristaliza con una claridad nauseabunda. No un castigo por mi traición, sino utilizarla como arma. Usar mis sentimientos expuestos como cebo para atraer a Emilio.

—¿Quiere que salga con Connor? —La pregunta surge estrangulada.

—Quiero que se la vea saliendo con Connor. En lugares donde ciertas redes de vigilancia lo notarán. Donde ciertos algoritmos marcarán la actividad. —Su sonrisa se ensancha con cruel diversión —. Donde Emilio Rosetti se dará cuenta de que la mujer que le advirtió sobre el muelle 17 ahora está románticamente involucrada con su enemigo.

—Eso es... —Lucho por encontrar palabras, por alguna forma de negarme que no resulte en mi inmediata eliminación—. Eso es guerra psicológica.

—Eso es justicia —el dolor que cruza su rostro es real, devastador —. Dale está muerto, señorita Vale. Mi hijo está muerto porque los Rosetti decidieron que su vida era un daño colateral aceptable. Si piensa que no utilizaré todas las armas disponibles para destruirlos, ha subestimado gravemente mi compromiso con la venganza.

Dale Callahan. Veinticinco años, más interesado en galerías de arte que en el negocio familiar. Muerto porque Rafaele Rosetti apretó el gatillo, escalando su guerra.

—Lamento lo de Dale —digo, y lo digo en serio—. Pero usarme como cebo...

—Es exactamente lo que te mereces después de tu pequeña hazaña de advertencia —su tono se vuelve glacial—. Has revelado lealtades divididas, Mara. Demostraste que tus sentimientos por

Emilio Rosetti comprometen tu juicio. Ahora esos sentimientos se vuelven útiles.

—No tengo sentimientos por él —miento, aunque mi voz vacila con el esfuerzo—. Cualquier conexión que existiera, ya ha desaparecido.

—¿De verdad? —se inclina hacia adelante, estudiando mi rostro con la intensidad que le ha hecho legendario en las negociaciones—. Porque estás temblando. Y no es por el frío.

Obligo a mis manos a quedarse quietas, recurriendo a años de entrenamiento para componer mis facciones en una expresión neutral. Pero por dentro, el pánico crece como una tormenta. Tres años huyendo de lo que sentía por Emilio, y ahora me obligan a usar esos sentimientos como armas.

—Incluso si hubo algo una vez —continúo, odiando cómo tiembla mi voz—, usarlo para manipularlo es peligroso. Impredecible. No es alguien que responda bien a la manipulación emocional.

—No —Chase está de acuerdo, con satisfacción entrelazada en su tono—. Por eso mismo funcionará. El Fantasma se enorgullece de ver todo y controlar cada variable. Cuando se dé cuenta de que su antigua amante, la mujer que acaba de advertirle sobre un ataque, ahora está saliendo con su enemigo... bueno. Las respuestas emocionales tienden a anular el cálculo racional.

La idea de la reacción de Emilio me oprime el pecho con algo entre la anticipación y el terror. He visto sus celos antes, la furia fría que lo transforma de un genio controlado en algo mucho más peligroso.

—¿Y si no responde como esperáis?

—Entonces Connor lo elimina durante vuestra velada romántica —las palabras de Chase llevan una brutalidad casual que me revuelve el estómago—. De cualquier manera, los Rosetti pierden su mayor activo. Sus ojos y oídos. Su protección. Vende la actuación, y Emilio Rosetti vendrá a ti.

Mis manos tiemblan, así que las empujo hacia mi regazo bajo la mesa, donde Chase no puede verlas.

—¿Y si me niego?

—Entonces te unirás a Dale en cualquier más allá que espere a los traidores y sus víctimas —su sonrisa es lo bastante afilada como

para cortar cristal—. Tu elección, querida. Seduce al Fantasma, o conviértete en uno tú misma.

Se levanta con gracia fluida, dejando dinero sobre la mesa. —Mañana por la noche, le recordarás a Emilio Rosetti lo que cuesta inspirar lealtad en activos que deberían pertenecerme por completo.

Mientras se dirige hacia la salida, me quedo congelada en mi silla, procesando la magnitud de lo que está exigiendo. No solo la traición a alguien que una vez amé, sino convertir ese amor en un arma contra él. Usar cualquier sentimiento que pueda quedar como la hoja que le corte la garganta.

A través de las ventanas de la cafetería, la luz de la tarde pinta Manhattan en tonos de oro y ámbar. En algún lugar de esta ciudad, Emilio Rosetti ha recibido mi advertencia y está haciendo preparativos para proteger a su familia. No tiene idea de que la mujer que la envió está a punto de convertirse en el arma apuntada a su corazón.

La advertencia fue puro impulso, tres años de sentimientos enterrados que afloraron en un momento de desesperada preocupación. Pero mañana por la noche será cálculo, actuación y manipulación deliberada de emociones que nunca he podido cortar por completo.

La idea de sentarme frente a Connor mientras Emilio observa desde cualquier sombra digital que habite hace que mi garganta se contraiga con algo entre la culpa y una anticipación aterradora. Mi cuerpo le recuerda de maneras que mi mente ha intentado olvidar, cómo su atención se sentía como ser vista completamente, la precisión devastadora con la que podía leer cada microexpresión.

Mañana por la noche, todo ese conocimiento íntimo se convierte en un arma dirigida contra él. Y Dios me ayude, no sé qué me aterroriza más, la idea de que pueda funcionar, o la posibilidad de que verlo de nuevo destruya todas las defensas que he construido desde que dejé su cama hace tres años.

El cazador está a punto de convertirse en el cazado. Y yo soy el cebo en una trampa que podría destruirnos a ambos.

2

Emilio

Han pasado tres días desde que Rafe mató a Dale Callahan. Tres días desde que la frágil paz entre las principales familias criminales de Nueva York se hizo añicos. Y anoche los Callahan contraatacaron, asaltando nuestro almacén en el Muelle 17.

Los monitores proyectan una luz pálida sobre mis dedos mientras reviso las consecuencias del Muelle 17: tres muertos, Leo hospitalizado, millones en productos destruidos. El ataque podría haber sido peor. Mucho peor. De no ser por las palabras que lo cambiaron todo.

Muelle 17. Esta noche. Chase quiere sangre. -M.V.

Sus iniciales arden en la pantalla como una marca. Mara Vale. La mujer que desapareció de mi cama hace tres años sin explicación, sin dejar nada más que preguntas y un vacío que las grabaciones de vigilancia no pudieron llenar.

Ha vuelto a Nueva York. Y me advirtió sobre el ataque.

Mis dedos se ciernen sobre el teclado, divididos entre la gratitud y la furia. Anoche salvó vidas —Leo podría estar muerto sin su información. Pero está trabajando para Chase Callahan, lo ha hecho durante años, construyendo Dios sabe qué tipo de relación con nuestros enemigos mientras yo he estado...

¿Mientras yo he estado qué? ¿Llorándola? ¿Construyendo monumentos digitales a su ausencia? ¿Transformando una obsesión

saludable en algo más oscuro, más consumidor, más patológico con cada mes que pasa?

La alerta de reconocimiento facial suena suavemente, arrancándome de pensamientos que no llevan a nada productivo. Una coincidencia en la red de vigilancia de la ciudad —no aleatoria, sino señalada porque he programado cada cámara en Manhattan para buscar un rostro específico.

Su rostro.

La imagen se carga con claridad HD: Mara caminando por Madison Avenue, el pelo oscuro más corto ahora, vestimenta profesional que habla de dinero y una presentación cuidada. Se ve... diferente. Más dura. Los bordes suaves que recuerdo han sido refinados por lo que sea que haya soportado en Europa, moldeados por experiencias que no estuve allí para presenciar o de las que no pude protegerla.

Pero es hermosa. Joder, sigue siendo tan hermosa que me hace doler el pecho.

Mejoro la imagen, estudiando microexpresiones con la misma intensidad que aplico a la inteligencia enemiga. Está nerviosa —tensión en los hombros, la ligera compresión alrededor de sus ojos que significa que está procesando estrés. Su cabeza gira constantemente, escaneando su entorno con hipervigilancia propia de alguien que ha aprendido a esperar amenazas.

¿Qué le pasó en esos tres años? ¿Qué hizo la organización de Chase Callahan para transformar a mi dulce y confiada Mara en esta depredadora cautelosa?

El algoritmo continúa rastreando su movimiento, las cámaras transfiriéndose la cobertura mientras se dirige hacia el Upper East Side. Vigilancia estándar hasta que se detiene en una cafetería en la 74 con Lexington.

Mi sangre se congela.

A través de la ventana, puedo ver su objetivo. Cabello plateado, traje caro, el tipo de amenaza controlada que construyó imperios criminales mediante violencia sistemática. El mismísimo Chase Callahan.

No una reunión con un subordinado ni un traspaso de información. Una audiencia personal con el hombre que ordenó la destrucción de

mi familia.

Activo ángulos adicionales de cámara, micrófonos direccionales, y dirijo todo a través de protocolos de mejora que convierten la vigilancia distante en escucha íntima. Todos los recursos a mi disposición centrados en la mujer que salvó la vida de mi hermano hace doce horas.

La conversación es demasiado silenciosa para una captación estándar, pero el software de lectura de labios completa los huecos. Las acusaciones de Chase sobre lealtades divididas. Las cuidadosas negaciones de Mara. La fotografía que desliza sobre la mesa que hace que su rostro palidezca.

Connor Callahan. El sobrino de Chase. El hombre responsable de coordinar las operaciones europeas, el blanqueo de dinero y suficiente tráfico humano como para ganarse múltiples condenas a muerte.

El hombre con quien Mara tendrá una cita mañana por la noche.

La rabia crece en mi pecho como acero fundido, una furia incandescente que hace casi imposible el pensamiento racional. Ella me advirtió sobre el Muelle 17, ¿y la respuesta de Chase es exhibirla frente a otros hombres? ¿Usarla como cebo en cualquier guerra psicológica que esté planeando?

Accedo al sistema de reservas de Bautiste con ilegalidad casual, confirmando lo que ya sé. Mesa doce, sección VIP, mañana a las ocho. Connor Callahan e invitada. El mismo lugar donde llevé a Mara hace tres años, donde se rio de algo que le susurré y me miró como si yo valiera la pena.

Ahora se sentará allí con mi enemigo, interpretando cualquier papel que Chase le haya asignado, mientras yo observo desde las sombras digitales y pierdo lentamente la cabeza.

El software de lectura de labios capta la amenaza final de Chase: *Seduce al Fantasma, o conviértete en uno tú misma.*

La están utilizando. No solo como activo o recopiladora de inteligencia, sino como cebo diseñado para explotar cualquier sentimiento que pueda quedar entre nosotros. Chase conoce nuestra historia —siempre la ha conocido— y ahora la está utilizando como arma.

Mis manos tiemblan mientras cierro la ventana de vigilancia, abriendo en su lugar los planos arquitectónicos de Bautiste. Líneas de visión, protocolos de seguridad, rutas de escape —todo lo que necesito para asegurarme de que la noche de mañana no termine con la sangre de Mara en suelos de mármol.

Ella no sabe que estoy observando. Cree que está entrando sola en esta trampa, que tendrá que navegar entre las exigencias de Chase y mi posible reacción sin respaldo. No tiene idea de que cada cámara en Manhattan se ha convertido en mis ojos, que he estado rastreando sus movimientos desde el momento en que puso un pie en la ciudad.

La mujer que salvó a mi familia piensa que está desprotegida. Está equivocada.

Abro su archivo, el que he construido durante tres años de ausencia, un santuario digital para el espíritu que me persigue. Fragmentos de datos de ubicación de Europa. Rastros financieros que desaparecen en intercambios de criptomonedas. Capturas de vigilancia de redes CCTV en las que no tenía ningún derecho a hackear. Todas las migajas que he recopilado como un hombre poseído, tratando de entender por qué desapareció.

Las piezas nunca encajaron. Hasta ahora.

Mi teléfono vibra. Leo, desde su cama de enfermo.

—Dime que la has encontrado —dice, con voz áspera por la medicación para el dolor.

—La he encontrado.

—¿Y?

—Está con Callahan —las palabras me saben amargas—. Preparando algún tipo de jugada con Connor.

El silencio de Leo habla por sí solo. Sabe lo que esto significa: o Mara ha estado trabajando para nuestros enemigos todo este tiempo, o está atrapada en algo de lo que no puede escapar. Ninguna opción borra la traición, pero una podría justificarla.

—¿Vas a matarla? —pregunta Leo con su característica franqueza.

—Aún no lo sé.

—Mentira. Sabes exactamente lo que vas a hacer. Vas a salvar su estúpido trasero, incluso si ella es quien nos puso en el punto de

mira.

No respondo. No hace falta. Leo me conoce demasiado bien, sabe que aunque mi cerebro calcula evaluaciones de amenazas y planes de contingencia, mi corazón ya está comprometido con una ecuación diferente.

—No se lo digas a los demás. No se lo digas a Dom. Yo me encargaré, ¿vale? Prométemelo.

El silencio al otro lado de la línea hace que me clave las uñas en las palmas de las manos hasta que por fin habla.

—Guardaré silencio por ahora. Pero recuerda, si está jugando a dos bandas, no es solo tu vida la que está en juego. Somos todos nosotros.

Después de colgar, me quedo sentado en la oscuridad de mi suite, rodeado de pantallas y el frío resplandor azul de información que no debería poseer. Hace tres años, habría confiado en ella sin dudar. Ahora, no confío en nada más que en los datos.

Reviso las marcas temporales del reconocimiento facial de la última semana. Mara lleva dos días en Nueva York. Tiempo suficiente para preparar la advertencia de Pier 17, pero también suficiente para haber orquestado el ataque. La cronología funciona en ambos casos. Salvadora o saboteadora.

Mi sistema de seguridad emite una alerta. Alguien ha entrado en mi ala de la mansión Rosetti. Cambio a la vigilancia interna y me quedo helado.

Matteo. Mi gemelo.

Entra en mi suite sin llamar, todo fanfarronería y energía prepotente. A diferencia de él, yo llevo mi oscuridad por fuera, todo aristas afiladas y amenaza calculada.

—¿Otra vez escondiéndote en tu cueva, hermanito? —Matteo sonríe con superioridad, sirviéndose mi whisky sin pedir permiso—. Siempre con tus ordenadores mientras los demás hacemos el trabajo de verdad.

—Solo soy unos minutos más joven que tú —respondo secamente, minimizando las imágenes de vigilancia de Mara antes de que pueda verlas—. Y algunos preferimos resolver los problemas con el cerebro en lugar de con la entrepierna.

Se ríe, pero sin calidez alguna.

—¿Todavía resentido por lo de Barcelona? Esa rubia me eligió a mí, Milo. No es mi culpa que estuvieras demasiado ocupado pirateando semáforos para darte cuenta de sus señales.

—Estoy ocupado —digo, ignorando la provocación—. ¿Qué quieres?

Matteo se desparrama en mi silla, invadiendo deliberadamente mi espacio.

—Dom quiere saber quién nos atacó en Pier 17. Dice que llevas horas encerrado aquí sin nada que mostrar.

—Estoy trabajando en ello.

—Trabaja más rápido. —Apura mi whisky y deja el vaso con innecesaria fuerza—. ¿O es otra situación en la que estás demasiado metido en tu cabeza para ser útil a la familia?

La referencia a mi crisis tras la desaparición de Mara no es sutil. Matteo nunca aprobó cómo lo manejé: mi obsesión, mi negativa a dejarla ir. Lo llamó debilidad. Quizás tenía razón.

—Algunas amenazas requieren paciencia para desentrañarlas —digo con cuidado—. A diferencia de tu enfoque de disparar primero y no hacer preguntas nunca.

Entrecierra los ojos.

—Al menos yo consigo resultados. ¿Cuándo fue la última vez que te alejaste de tus pantallas y te ensuciaste las manos? Crees que eres mejor que el resto porque trabajas limpio, pero solo eres un cobarde escondido detrás de la tecnología.

—Y tú solo eres un matón con el apellido de nuestro padre —replico—. Hay una razón por la que Sal me busca a mí para la estrategia y te envía a ti a romper rodillas.

Matteo se levanta, dominando mi escritorio.

—Cuídate, hermano. Cuando esta familia se enfrente a un peligro real, no serán tus algoritmos los que nos salven. Serán hombres dispuestos a sangrar.

—Sal de mi espacio —digo. Necesito concentrarme, y su presencia es una distracción que no puedo permitirme ahora mismo—. Tendré información para Dom por la mañana. —Vuelvo a mi trabajo, intentando indicar que la conversación ha terminado.

—La has encontrado —dice, no como pregunta, sino como afirmación. Sus ojos buscan en los míos una confirmación, tratando de leer la verdad en mi expresión.

Espero largos segundos antes de responder, debatiendo cuánto admitir. Leonardo era el único al que le dije que Mara había vuelto a la ciudad, y solo porque me sentía culpable al verlo acostado, recuperándose de su herida de bala. No quería que mis hermanos, o peor aún mi hermana, supieran que ella había vuelto porque pensaban que actuaba de forma ilógica con ella. Lo último que necesitaba era que Matteo usara su encanto y convenciera a Dom o a Sal de ir tras Mara.

—¿Cómo lo sabías? —digo finalmente.

No tiene sentido negarlo. Puedo ocultar cualquier secreto a cualquier persona del mundo excepto a mi maldito gemelo. Me lee como si fuera un puto periódico.

Matteo se acerca a la ventana y mira hacia el jardín como si estuviera considerando qué partes quemar.

—Porque estás aquí en lugar de cazando a los hombres de Callahan. Porque tienes esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La que dice que estás a punto de hacer algo estúpido por una mujer que te dejó sangrando. —Coge un disco duro de mi escritorio y lo gira en sus manos como si pudiera leer los datos desde fuera.

Me levanto y le arrebato el disco de la mano.

—No sabes de qué hablas.

—Sé exactamente de qué hablo. Estás comprometido, Milo. Siempre lo has estado cuando se trata de ella. El gemelo callado y melancólico, tan desesperado por conexión que se enamoró de la primera cara bonita que le miró dos veces.

—Que te jodan —digo, con voz baja y peligrosa.

La risa de Matt es cortante.

—¿Cuál es tu plan? ¿Salvarla? ¿Traerla a casa como a un animal callejero? Tal vez pueda dormir en tu cama mientras le pasa información a Callahan.

—Fuera.

—No hasta que me prometas que no harás ninguna estupidez. Esto no es una de tus partidas de ajedrez donde puedes predecir cada movimiento. Esto es la vida real, y ella es una amenaza real.

Me giro para enfrentarme a él completamente, bajando la voz a ese tono que incluso Matteo sabe que debe temer.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no he analizado cada escenario, calculado cada riesgo? Yo no soy el que piensa con la polla, Matt. Esa es tu especialidad.

—Al menos yo sé con quién me acuesto —contraataca—. ¿Tú? Ella te tenía tan enredado que no podías ver con claridad. Y ahora ha vuelto, y tú vuelves a ser su marioneta.

—He dicho que te vayas.

Matt se acerca más, invadiendo mi espacio.

—Oblígame. ¿O estás demasiado ocupado planeando cómo traicionar a tu familia por una mujer que nunca te amó?

El golpe da exactamente donde pretendía. A pesar de toda su inteligencia social, Matt siempre ha sabido exactamente dónde clavar el cuchillo. Me doy la vuelta, sin confiar en mí mismo para responder.

Se queda ahí, empujando deliberadamente los límites de mi paciencia.

—¿Sabes cuál es tu problema, Milo? Crees que porque puedes verlo todo a través de tus cámaras, lo entiendes todo. Pero no ves una mierda. Nunca la has visto.

Después de que se marcha, el silencio se siente cargado. Me pregunto, no por primera vez, cómo dos personas que comparten un ADN idéntico pueden convertirse en hombres tan diferentes. Donde yo busco patrones, Matteo busca poder. Donde yo calculo, él domina.

Vuelvo a mirar las pantallas, al rostro de Mara congelado en medio de una conversación con Chase Callahan. Quizás Matteo tenga razón en una cosa: ver no es lo mismo que entender. He observado a Mara durante tres años sin comprender por qué se fue.

Mañana por la noche, haré algo más que observar. Por fin conseguiré

3

Mara

La sección VIP de Bautiste resplandece con una iluminación íntima. Me siento frente a Connor Callahan, forzándome a esbozar una sonrisa que parezca genuina mientras mi pulso golpea contra mis costillas.

Es bastante atractivo, con pelo oscuro peinado hacia atrás, mandíbula fuerte, traje a medida. Pero lo único en lo que puedo pensar es en la última vez que me senté en este restaurante, hace tres años, cuando unos ojos gris tormenta me observaban al otro lado de la mesa.

—Parece que está usted distraída —observa Connor, con un tono de diversión que me pone la piel de gallina—. ¿Tiene dudas sobre nuestra velada?

—Solo estoy absorbiendo el ambiente —miento con soltura, señalando hacia el opulento interior del restaurante—. Hace tiempo que no estoy en un lugar tan... civilizado.

La ironía no se me escapa. Nada en esta velada es civilizado. Ni las armas que intuyo bajo la chaqueta a medida de Connor, ni la vigilancia que sé que está siguiendo cada uno de nuestros movimientos, ni la trampa que estamos tendiendo a un hombre que una vez me hizo sentir como lo más preciado del mundo.

Un hombre al que avisé hace tres días, potencialmente firmando mi propia sentencia de muerte. Y la suya.

Connor se inclina hacia delante, y resisto el impulso de echarme hacia atrás. —Ha pasado tiempo desde París. El tío Chase mencionó que te quedaste en Europa después de aquello. Un trabajo impresionante en Praga, por lo que he oído.

La referencia casual a mis actividades criminales debería halagarme, un reconocimiento de competencia en un mundo donde el respeto se gana a través de la violencia. En cambio, me recuerda lo profundo que he caído, lo lejos que estoy de la mujer que una vez creyó en cosas como la justicia y la redención.

—Praga fue... educativo —respondo, aceptando el vino que sirve con manos que permanecen firmes a pesar de mi caos interno—. A veces descubres capacidades que no sabías que poseías.

—¿Como cuáles? —Sus ojos revelan un interés depredador que hace que mi estómago se contraiga en señal de advertencia.

—Supervivencia. Adaptación. La capacidad de convertirte en alguien completamente diferente cuando las circunstancias lo requieren.

Como convertirme en alguien que puede sentarse frente a Connor Callahan y fingir atracción mientras rezo para que el hombre que una vez amé se mantenga alejado de cualquier trampa que estemos construyendo.

Pero incluso mientras se forma el pensamiento, sé que es inútil. Emilio sabe que he vuelto a Nueva York. La cuestión no es si sabe que estoy aquí. Es qué planea hacer al respecto.

La mano de Connor encuentra la mía a través de la mesa, su pulgar dibujando patrones contra mis nudillos que deberían sentirse íntimos pero que, en cambio, me ponen la piel de gallina. —Sabes, cuando el tío Chase sugirió esta velada, no estaba seguro de qué esperar. Pero eres... intrigante.

Debería inclinarme hacia su contacto y vender la actuación que Chase ha escrito. Debería sonreír y sonrojarme y fingir que este encantador sociópata está ganándose mi corazón. En cambio, me encuentro escaneando las esquinas del restaurante, catalogando rutas de salida y amenazas potenciales con una hipervigilancia que no puedo suprimir.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Connor, siguiendo mi mirada con creciente atención.

—Viejos hábitos. —Obligo a mi atención a volver a su rostro, proyectando una calma que no siento.

Su agarre se aprieta en mi mano con una fuerza posesiva que hace que las alarmas suenen en mi mente. —Debería mencionar que el tío Chase ha posicionado seguridad por todo el restaurante. Por si tus... experiencias educativas atrajeran atención no deseada.

Esta revelación casual envía hielo por mis venas. No solo vigilancia, sino una operación coordinada diseñada para asegurar que lo que sea que ocurra esta noche se desarrolle según el plan de los Callahan. Si Emilio aparece, estará caminando hacia un campo de ejecución disfrazado de ambiente romántico.

Debería avisarle. Debería encontrar alguna manera de enviar un mensaje, crear una distracción, cualquier cosa para mantenerlo alejado de la elaborada ejecución que Chase ha orquestado.

Pero las palabras se atascan en mi garganta, la supervivencia profesional luchando contra la lealtad personal de maneras que hacen imposible el pensamiento racional. Avisar a Emilio me expondría, firmaría mi sentencia de muerte y destruiría cualquier posibilidad de completar mi misión más importante de todas.

No avisarle podría destruir al único hombre que me hizo sentir que merecía ser protegida.

—¿Pedimos? —sugiere Connor, aunque su atención sigue centrada en mi rostro más que en el menú—. La cocina aquí es excepcional.

Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra con un mensaje de un número desconocido: *Aseo de señoras. Ahora. Ven sola.*

Mi sangre se vuelve agua ártica. Solo una persona podría haber conseguido mi número, evitado el cifrado y enviado un mensaje que sonara tanto a invitación como a orden.

—Disculpe —logro decir, poniéndome en pie con piernas que de repente se sienten inestables—. Necesito empolvarme la nariz.

Los ojos de Connor se estrechan ligeramente. —Por supuesto. No tardes mucho; echaré de menos tu compañía.

La amenaza envuelta en cortesía hace que apriete la mandíbula, pero fuerzo una sonrisa que se siente como cristales rompiéndose.

—Solo unos minutos.

El camino hacia el aseo de señoras se siente como una marcha hacia la muerte. Mis tacones repiquetean contra el mármol con cada paso, acercándome a una confrontación que he temido y anticipado a partes iguales. Tres años preguntándome qué diría si lo viera de nuevo, y ahora estoy a punto de averiguarlo.

El aseo de señoras está vacío, con iluminación suave y accesorios caros que hablan del tipo de lujo que el dinero no siempre puede comprar. Compruebo los compartimentos con precisión metódica, confirmando que estamos solos antes de permitirme reconocer el terror y la anticipación que batallan en mi pecho.

Está aquí. En este edificio, lo suficientemente cerca para tocarlo, probablemente observándome a través de cámaras que no puedo ver. Esta revelación hace que mi piel se erice con una consciencia que nada tiene que ver con el miedo.

Mi cuerpo le recuerda de formas que mi mente ha intentado olvidar.

—Hola, Mara.

La voz emerge de sombras que creía vacías, grave y familiar, cargada de suficiente amenaza controlada como para hacer que las personas sensatas busquen armas. Pero yo no lo hago. Me giro lentamente, con cuidado, dando tiempo a mi sistema nervioso para procesar lo que mis ojos están confirmando.

Emilio Rosetti está junto a la puerta como un fantasma que ha cobrado forma. Tres años mayor, más delgado de alguna manera, con nuevas líneas alrededor de sus ojos. Pero el magnetismo fundamental permanece intacto, la forma en que ocupa el espacio como si fuera suyo, cómo su atención se enfoca con una intensidad láser que hace que todo lo demás se desvanezca en ruido de fondo.

—Emilio —su nombre surge sin aliento, desgarrado por tres años de anhelo reprimido—. No deberías estar aquí.

—¿No debería? —Se acerca con gracia fluida, cada paso deliberado y controlado—. ¿Cuando la mujer que desapareció de mi cama hace tres años reaparece en Nueva York, trabajando para mis enemigos? ¿Cuando me advierte sobre ataques y luego aparece en cenas románticas con operativos de los Callahan?

La forma casual en que cataloga mis traiciones hace que la vergüenza me queme en la garganta, pero debajo se enrosca algo más peligroso. Alivio. No solo porque esté vivo, sino porque está aquí, lo suficientemente cerca para tocarlo, real en lugar de un recuerdo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Aunque incluso mientras pregunto, ya conozco la respuesta. Vigilancia. Siempre vigilancia con él.

—Sé todo sobre tu velada, cariño —el apelativo cariñoso lleva bordes afilados, afecto familiar envuelto en algo más frío—. La pregunta es: ¿estás aquí por elección propia o Chase te está obligando?

La pregunta directa me pilla desprevenida. No es acusación sino evaluación, dándome espacio para explicar sin exigir una confesión inmediata.

—Es complicado —logro decir, sintiendo las palabras inadecuadas para la situación imposible que he estado navegando.

—Contigo siempre lo es —su sonrisa es una tentadora mezcla de belleza y peligro—. Pero no podemos permitirnos complicaciones en este momento. Connor se está impacientando, y el equipo de seguridad de Chase comienza a sospechar por tu retraso.

—¿También has estado vigilándolos a ellos?

—He estado observándolo todo —se acerca más, el calor de su cuerpo envolviéndome, y capto el embriagador aroma de su colonia —. La verdadera pregunta es qué sucede a continuación.

Antes de que pueda responder, pasos resuenan en el pasillo exterior. Pesados, decididos, acercándose hacia nosotros.

—¿Mara? —la voz de Connor atraviesa la puerta—. ¿Todo bien ahí dentro?

La expresión de Emilio permanece igual, pero su postura cambia: músculos tensándose, manos preparándose sutilmente para la acción. —Respóndele —susurra—. Tono normal. Dame treinta segundos.

—Estoy bien —digo, sorprendida de lo firme que sueno—. Solo estoy retocando mi maquillaje. Salgo enseguida.

—Tómate tu tiempo —responde Connor, aunque percibo su creciente sospecha.

Emilio se mueve silenciosamente hacia la puerta, posicionándose para lo que está a punto de suceder. Mi corazón se acelera al darme cuenta de que Connor entrará, y presenciaré cualquier violencia que se desencadene.

Debería advertirle o crear una distracción, pero en lugar de eso, me aparto y dejo que suceda.

La puerta se abre lentamente. Connor aparece, con la mano dentro de su chaqueta, buscando amenazas.

—Mara? Pareces...

Emilio se mueve rápidamente, cerrando la distancia antes de que Connor termine. Cierra la puerta de golpe y empuja a Connor contra la pared de mármol con fuerza.

—Connor Callahan —dice Emilio, manteniéndolo contra la pared con facilidad practicada—. El sobrino de Chase. Coordinador de operaciones europeas. El hombre que cree que está con mi mujer.

—¿Tu mujer? —jadea Connor, sangre goteando—. Ahora trabaja para nosotros, Rosetti. Lo ha hecho durante años.

—¿De verdad? —pregunta Emilio, más divertido que enfadado—. Sin embargo, me advirtió sobre el Muelle 17. Extraño comportamiento para un activo leal de los Callahan.

Mi estómago se encoge mientras Connor lo asimila, sus ojos abriéndose con rabia. No tenía ni idea. Chase ocultó mi traición a su sobrino, usándolo como cebo.

—Zorra mentirosa —gruñe Connor, retorciéndose contra el agarre de Emilio—. ¿Le advertiste? ¿Comprometiste nuestra operación?

—Cuida tu lenguaje —dice Emilio, apretando su agarre hasta que Connor se queda quieto—. Tenemos a una dama presente.

—Ella no es ninguna dama... —empieza Connor.

Emilio rompe los dedos de Connor en rápida sucesión. Los huesos crujen, resonando en las estrechas paredes con azulejos. Connor grita.

—Dije que cuidaras tu lenguaje —repite Emilio, sin cambiar nunca el tono conversacional y tranquilo—. ¿Y estos dedos? Se estaban acercando demasiado a lo que no les pertenece.

Connor intenta gritar, pero Emilio le tapa la boca con una mano, pellizcándole el labio hasta que brota sangre.

—Esta boca —continúa Emilio en voz baja—, estaba pensando en besarla. Descortés.

El sonido de la carne desgarrándose hace que mi estómago se revuelva, pero no puedo apartar la mirada. Este es quien realmente es Emilio bajo la ropa a medida y el comportamiento tranquilo: no solo peligroso. Aterrador.

Mi corazón late con fuerza y el calor fluye por mi cuerpo.

—Dios mío —jadea Connor a través de su boca destrozada, sangre en su camisa—. Estás loco.

—Devoto —dice Emilio, soltándolo—. Y territorial. Recuérdalo cuando le expliques a Chase por qué esta velada terminó temprano.

Connor tambalea, acunando su mano destrozada contra el pecho mientras la sangre gotea constantemente de su labio partido. —Esto no ha terminado, Rosetti. Chase va a...

—¿Va a qué? ¿Iniciar una guerra conmigo? —Emilio se ríe—. Ese cohete ya ha despegado.

Sus ojos encuentran los míos a través del espacio embaldosado, haciendo que se me corte la respiración.

—Vuelve a la cena —le dice a Connor sin romper nuestra mirada—. Explícale a tu equipo de seguridad que te resbalaste en el baño. Un accidente torpe. Estas cosas pasan.

—¿Y si les digo la verdad?

La sonrisa de Emilio es fría como el invierno y absolutamente letal. —Entonces descubrirás que los dedos rotos y los labios partidos son solo el principio de lo que puedo hacer cuando estoy debidamente motivado.

Connor huye, dejando un rastro de sangre en las baldosas. La puerta se cierra silenciosamente, encerrándonos a Emilio y a mí en un espacio lleno de tres años de tensión acumulada.

—No tenías que hacer eso —susurro, aunque mi voz carece de convicción—. Podría haber manejado a Connor.

—¿Podrías? —Se acerca más, lo suficientemente cerca para tocar pero sin llegar a hacer contacto—. Porque desde donde yo estaba

observando, parecía que estabas teniendo dificultades con la actuación.

—¿Has estado observando toda la noche?

—Te he estado observando desde que pusiste un pie en Nueva York.

Eso es aterrador. Simplemente aterrador. ¿Entonces por qué no estoy huyendo? El magnetismo de este hombre mantiene mis pies plantados en las baldosas.

—Emilio... —empiezo, pero las palabras me fallan.

—Vuelve a tu mesa —dice en voz baja, apartándose para darme un camino despejado hacia la puerta—. Termina tu cena. Vende cualquier historia que mantenga a raya las sospechas de Chase.

—Te matarán. Chase tiene este lugar rodeado. La mitad de los comensales son sus hombres. Nunca podrás escapar.

No he deseado nada más que olvidar a este hombre durante tres años, así que debería alegrarme que esté a punto de morir. Simplificaría todo. Pero no puedo quitarme el tono suplicante de mi voz.

Su labio se contrae en el inicio de una sonrisa. —No sabía que todavía te importaba.

Esas palabras quedan suspendidas entre nosotros, haciendo que el aire sea denso y que sea difícil respirar. Su colonia es repentinamente sofocante, y mis pensamientos se han convertido en papilla.

—No me importa —finalmente logro decir.

Los ojos de Emilio se estrechan en una expresión que nunca he visto en su rostro. ¿Enfado? ¿Decepción? ¿Rabia apenas contenida?

—No te preocupes por mí, cariño —gruñe—. Si hay algo que el Fantasma sabe hacer, es desaparecer. —Me giro para irme, y él agarra mi muñeca—. Estás a salvo de Callahan, Mara. Siempre has estado a salvo de todos excepto de mí.

Mi garganta se tensa con una emoción que no puedo permitirme procesar. No aquí, no ahora, no cuando la sangre de Connor todavía mancha las baldosas y los hombres de Chase están esperando justo afuera.

—Esto no ha terminado —susurro, haciendo eco de las palabras de Connor pero con un significado completamente diferente.

—No —Emilio está de acuerdo, su sonrisa devastadora—. Acaba de empezar.

4

Emilio

Siento como si hubiera nacido y crecido en esta silla, con los ojos pegados a las pantallas que la muestran con una claridad de alta definición. El espresso a mi lado se ha enfriado, dejando marcas en el mármol. Nada de eso importa. Nada importa excepto la mujer en el encuadre catorce-A.

El sistema de seguridad del Grand Metropolitan es una maravilla de la paranoia moderna, cámaras por todas partes, sensores de movimiento en las paredes, incluso micrófonos disfrazados de detectores de humo. Lo que el equipo de seguridad del hotel no sabe es que he pirateado su red. Todos los ángulos, todas las transmisiones, centrados en la habitación 1408.

En ella.

Mara está sentada junto a la ventana con vistas a Central Park, su bata de seda deslizándose por uno de sus hombros mientras mira al vacío. La marca de tiempo indica las 2:17 de la madrugada. No ha dormido, ni siquiera lo ha intentado. Simplemente permanece ahí, inmóvil, como si cargara un peso insoportable. Conozco su rutina de memoria: noches inquietas, sueño intranquilo desde el amanecer hasta el mediodía, movimientos cautelosos durante el día cuando cree que la gente la observa.

No tiene ni idea de lo atentamente que la estoy observando.

La cámara del dormitorio capta perfectamente su perfil, la curva de su cuello donde solía besarla, la elegante línea de su columna bajo la seda. Está más delgada que cuando se marchó, ahora todo son ángulos marcados. Pero sigue siendo hermosa. Sigue siendo mía, aunque ella aún no lo sepa.

A través de la transmisión, observo su ritual nocturno: comprueba las cerraduras con meticuloso cuidado, coloca una silla contra la puerta a pesar de los sistemas de seguridad. La precaución de alguien que sabe que la seguridad es solo una ilusión y que la preparación es la única plegaria que funciona.

Se dirige al termostato, ciñéndose más la bata mientras ajusta la temperatura. Sesenta y siete grados, demasiado frío para alguien que solía robarme el calor por las noches, apretando sus helados pies contra mí y riéndose cuando maldecía en italiano.

Tecleo en el sistema de control climático del hotel. Unas pocas pulsaciones, y la temperatura sube a setenta y dos grados. La configuración que necesita para dormir, aunque siempre se negara a admitirlo.

Se detiene a medio paso, inclinando la cabeza cuando los conductos de ventilación cobran vida. La confusión cruza su rostro, pero no investiga. Todavía no. Simplemente acepta el calor.

En la cámara de la cocina, la veo abrir el minibar. Dentro, encuentra el vino que descubrió en Praga, botellas que no suelen estar en un minibar estándar de hotel. Sus dedos recorren la etiqueta.

—Imposible —susurra, aunque hay menos duda en su voz de la que cabría esperar.

Se sirve una copa, el líquido burdeos captando la luz. Da un sorbo, y sus hombros se relajan por primera vez en horas. El vino hace su magia.

La cámara del salón la muestra acomodándose en la cama con gracia, sujetando la copa de vino con ambas manos. Es hermosa bajo el resplandor del monitor, su cabello oscuro cayendo en un bob por encima de sus hombros, la seda ciñéndose perfectamente a su cuerpo. Pero ahora parece frágil, con una fragilidad que antes no estaba ahí.

Huir la ha desgastado. No solo físicamente, sino espiritualmente. Parece alguien que lleva secretos demasiado pesados para una sola persona.

Quiero consolarla. Quiero atravesar la pantalla y abrazarla, recordarle lo que se sentía al no enfrentarse sola a la crueldad del mundo. Pero el cristal de vigilancia es un espejo unidireccional, y todo lo que puedo hacer es observar, desear y planear cómo convertir esta observación en realidad.

A veces habla sola, un hábito que he visto en diferentes transmisiones de vigilancia de distintas ciudades. Esta noche no es diferente. Sus labios se mueven en silencio mientras mira su reflejo en la ventana oscura, practicando conversaciones para audiencias imaginarias.

—No puedes seguir huyendo para siempre —le dice a su reflejo, su voz apenas audible incluso con el audio mejorado—. Tarde o temprano, tendrás que enfrentarte a lo que dejaste atrás.

Las palabras golpean fuerte. Está pensando en mí, en nosotros, en la elección que arruinó todo lo que construimos juntos. Pero hay agotamiento en su voz, el tipo que viene de una lucha que estás cansado de ganar.

Bien. El agotamiento hace que la gente sea imprudente. Hace que busquen consuelo en lugar de seguridad, calor en lugar de independencia. Los hace vulnerables a aquellos que saben esperar.

Realiza su rutina nocturna con movimientos precisos: lavándose la cara con productos caros que no pueden ocultar las ojeras bajo sus ojos, cepillándose los dientes cuidadosamente, como si estos pequeños hábitos le dieran una sensación de control. En el espejo, parece una sombra de sí misma. Todavía hermosa, pero cargada por cosas de las que no puede escapar.

La cámara del dormitorio la muestra deslizándose bajo sábanas de algodón egipcio, vistiendo un pijama de seda que cubre demasiado y revela muy poco. En lugar de dormir, coge su teléfono, desplazándose por los contactos.

Mi nombre todavía está ahí. Alcanzo a ver "Emilio" en su lista de contactos antes de que pase rápidamente, con culpabilidad, como

tocando una herida que no puede dejar de hurgar. Saber que todavía estoy en su espacio personal me da una oscura satisfacción.

Deja el teléfono y se queda tumbada, pero el sueño no llega. En cambio, mira al techo intensamente, pensando en decisiones difíciles. Su respiración se mantiene superficial y rápida, como una presa consciente de que el depredador está cerca pero incapaz de ver dónde se esconde.

Chica lista. Debería tener miedo.

A través de la superposición de imágenes térmicas, observo cómo cambia la temperatura de su cuerpo con el estrés, pulso elevado, respiración irregular, los signos físicos de una mujer que sabe que está siendo cazada pero que no se ha dado cuenta de lo cerca que está el cazador.

Lo suficientemente cerca para contar sus latidos. Lo suficientemente cerca para ver cada expresión que hace en momentos privados. Lo suficientemente cerca para cambiar su realidad con unas pocas pulsaciones de teclas mientras ella permanece inconsciente de los hilos que controlan su mundo.

Tiembla aunque la temperatura sea perfecta, subiendo las mantas más arriba. El movimiento es automático, del tipo que muestra una profunda conciencia de que no está sola, sintiendo algo que no puede ver. Bien. El miedo mezclado con misterio es una combinación poderosa.

Mi teléfono vibra con una notificación: su ritmo cardíaco ha saltado a 110 pulsaciones por minuto. Los monitores de estrés que he colocado en el sistema de bienestar del hotel son avanzados. Cada reacción física registrada, cada emoción medida, cada momento de vulnerabilidad anotado para el futuro.

La mujer que abandonó mi cama sin decir palabra es ahora un libro abierto de datos biométricos y análisis de comportamiento. Sé cuándo está asustada, cuándo está emocionada y cuándo piensa en cosas que preferiría olvidar. La vigilancia crea un perfil de su mente más íntimo que cualquier examen físico.

De repente se incorpora, sus ojos escrutan la habitación con aguda consciencia. Algo ha activado sus instintos. No un sonido o movimiento, sino la sensación de estar siendo observada. Su mano

se desliza bajo el colchón, encontrando el arma que sé que guarda allí.

—Sé que alguien está mirando —dice a la habitación vacía, su voz clara a través de los micrófonos de audio mejorado—. Puedo sentirlo.

Sus palabras directas hacen que mi corazón palpite con fuerza. Se da cuenta de que su privacidad es un mito. Que alguien, en algún lugar, ve todo lo que hace, cataloga cada respiración, aprende sus patrones con cuidadosa precisión.

Tiene razón, por supuesto. Pero saberlo y demostrarlo son cosas diferentes, y me he asegurado de que mi presencia sea invisible para cualquiera que no tenga mis habilidades.

Se dirige a la ventana, estudiando los reflejos con la concentración de alguien que busca fantasmas. Su bata de seda se abre un poco, revelando la curva de su pecho, la sombra entre sus muslos, haciendo que mi boca se seque de deseo.

Hermosa. Incluso cuando está paranoica y armada, es lo más cautivador que he visto jamás. La forma en que se mueve con gracia letal, la inteligencia que afila su rostro, la valiente obstinación que la ha mantenido viva cuando otros habrían desaparecido hace mucho tiempo. Mía. Era mía, y volverá a serlo, esté de acuerdo o no.

El servicio de habitaciones llega a las 3:42 de la madrugada. No pedido, no solicitado, pero perfectamente programado para cuando es más probable que necesite consuelo en lugar de comida. Té de manzanilla y galletas de mantequilla, la combinación que solía pedir cuando el estrés le dificultaba dormir.

Coge la bandeja con confusión en vez de sospecha, escuchando la explicación del camarero sobre el "servicio nocturno de cortesía para huéspedes distinguidos" como si pudiera ser una amenaza. Pero el té es lo que necesita, y la necesidad supera la precaución cuando está demasiado cansada.

—Gracias —le dice al camarero, aunque sus ojos vagan hacia donde podrían estar escondidas las cámaras. No hacia el personal del hotel, sino a quien podría estar observando en secreto. A mí.

El té hace su mágico efecto calmante, la manzanilla y la miel creando una suave somnolencia que la hace sentirse menos tensa.

Se acurruca bajo las sábanas con la gracia que ha perseguido mis sueños, finalmente dejando a un lado su teléfono mientras la química supera su ansiedad.

Su respiración se vuelve regular en el ritmo que he memorizado de incontables noches a su lado. Pero incluso durmiendo, no está en paz. Una mano permanece cerca del arma escondida, la otra se cierra en un puño como si estuviera librando batallas en sueños a los que no puedo llegar. Todavía.

Me quedo frente a mis monitores, vigilando su sueño con cuidado tecnológico. Según sea necesario, hago ajustes: temperatura, iluminación, incluso el sistema de sonido ambiental apenas audible que oculta los ruidos del edificio. Creando condiciones perfectas para el tipo de sueño que merece.

Ella no sabe que la estoy cuidando. No se da cuenta de que cada comodidad está planificada, cada conveniencia adaptada a sus necesidades y preferencias. La vigilancia probablemente le parezca una violación porque no la ve como devoción. Pero lo hará. Eventualmente, comprenderá que ser observada por alguien que te ama completamente puede sentirse igual que ser abrazada.

5

Mara

La habitación del hotel se siente diferente cuando regreso de mi encuentro con Chase Callahan. Me detengo en el umbral, sosteniendo la cálida tarjeta-llave en mi mano, con cada instinto dentro de mí gritando advertencias que no acabo de entender. La habitación parece igual, muebles de cuero color crema perfectamente colocados, ventanales del suelo al techo mostrando Manhattan, y arte abstracto seleccionado por un comité. Pero algo ha cambiado.

Empieza con el aire. La temperatura que me recibe no es la configuración fría que dejé atrás, ese incómodo frío que mantengo porque me impide dormir demasiado profundamente, confiar con facilidad o morir silenciosamente. En su lugar, el calor me envuelve. Es exactamente la temperatura que me gusta, aunque nunca se lo he dicho a nadie.

Mi mano tiembla mientras suelto el pomo de la puerta. Pongo todos los seguros, cerrojo, cadena, cierre electrónico, luego me apoyo contra la pesada puerta y escucho. El silencio parece estar esperando, como si la habitación hubiera contenido la respiración a que yo regresara.

—Paranoia —susurro al costoso vacío, pero incluso esa palabra suena hueca. Años de huir hacen que la evaluación de amenazas sea automática, tan natural como respirar. La hipervigilancia ya no es

una opción, es una habilidad de supervivencia afilada por demasiados encuentros cercanos y noches despertando por pasos que no deberían estar ahí.

Pero esto no es paranoia. Es conciencia. Realizo mis comprobaciones de seguridad rápida y eficientemente. El único cabello atravesado en el marco de la puerta del baño sigue ahí. Bien. El ligero polvo en la mesa de mármol no muestra signos de alteración. Mejor. El libro en la mesita de noche está exactamente donde lo dejé, con el lomo alineado de manera precisa.

Todo está como lo dejé. Entonces, ¿por qué me siento como una extraña en mi propio espacio seguro?

En la pequeña zona de cocina, me sirvo un vaso de agua. El frío vaso de cristal se siente helado contra mi mano. Miro mi reflejo en la brillante puerta de la nevera. Muestra a alguien que parece tranquila y en control. Pero mis ojos cuentan una historia diferente. Están abiertos y alerta, con pupilas dilatadas por la adrenalina que no puedo explicar.

La reunión con Chase fue mejor de lo que pensaba. Tenía todas las razones para sospechar sobre Connor siendo golpeado por Emilio en nuestra cita y qué papel podría haber jugado yo. Es natural en un hombre que sobrevive siendo cauteloso. Pero él necesita desesperadamente lo que le ofrezco. Por ahora.

Me acomodo en el sofá de cuero crema, equilibrando mi portátil sobre mis rodillas, e intento concentrarme en los registros bancarios de los Rosetti que uno de mis contactos en Zúrich me proporcionó. Son números que representan millones en dinero oculto, cuentas que podrían financiar pequeñas guerras. Este trabajo exige toda mi atención. Si quiero librarme de este lío, necesito ventaja.

Pero pierdo la concentración tan pronto como capto un aroma. Al principio, es tan tenue que creo que lo estoy imaginando, un truco mental causado por el estrés y la falta de sueño. Pero mientras permanezco inmóvil, el olor se hace más fuerte.

Jazmín.

No es el ambientador habitual del hotel o un perfume comercial, sino algo distinto y real. Es del tipo que crece en jardines mediterráneos, donde ancianas cuidan con esmero antiguas

enredaderas. Donde pálidas flores florecen al sol de la mañana y liberan su fragancia en el aire cálido...

Se me hiela la sangre.

Conozco bien este aroma, de formas que van más allá del recuerdo. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, con el pulso acelerado mientras mis instintos me inundan con una oleada de químicos de lucha o huida.

El jardín de su abuela. La última mañana antes de que todo se fuera al infierno.

Me desperté temprano en sus brazos, arrancada del sueño por la luz solar y los dulces aromas que entraban por las ventanas abiertas. El jazmín estaba en plena floración, con sus viejas enredaderas liberando su fragancia diaria. Me deslicé cuidadosamente de la cama, tratando de no despertarle, disfrutando de cómo el sueño suavizaba sus rasgos normalmente afilados. Caminé por los pasillos de mármol, aún frescos por la noche.

El jardín estaba vacío excepto por la luz matutina y una sensación de posibilidad. Cogí una sola flor, estudiando sus delicados pétalos que parecían demasiado frágiles para durar pero que de alguna manera lo hacían. Cuando regresé para colocarla en su mesita de noche, sus ojos grises me observaban con una mirada desconocida. Algo crudo y lleno de asombro.

—Hueles a jazmín —murmuró, su voz áspera por el sueño y algo más—. Te sienta bien.

Me acurruqué contra su pecho, sintiéndome segura, amada y en casa. Esa fue la última vez que me sentí a salvo.

Ahora, sentada en esta habitación de hotel estéril con el corazón acelerado, miro alrededor del espacio con nuevos ojos, buscando un aroma que no debería estar ahí.

Ahí.

En la mesa de cristal.

Una única flor de jazmín yace junto a mi portátil como si hubiera aparecido de un recuerdo. Sus pétalos blancos son suaves como alas de mariposa, con un centro amarillo brillante como luz solar capturada. Está lo suficientemente fresca para que el rocío de la

mañana aún se aferre a ella, atrapando la luz y creando pequeños arcoíris.

Mis manos tiemblan cuando alcanzo a cogerla, pero me detengo. *Evidencia. No estropees la escena.*

Bajo la flor hay algo que me deja sin aliento.

Papel del hotel. Papel color crema con la marca de agua del Grand Metropolitan. Y en él, una caligrafía que reconocería incluso dormida, incluso si estuviera ciega, entre mil escrituras similares porque está grabada en mi memoria para siempre.

Mara.

Solo mi nombre. Y debajo, con la misma letra pulcra:

Siempre te gustó el jazmín por la mañana.

Miro fijamente la nota hasta que las palabras se vuelven borrosas, hasta que mi visión se desvanece en los bordes, hasta que tengo que recordarme a mí misma respirar.

Alguien ha estado aquí. En mi habitación. Mi lugar seguro.

No cualquiera. Él. La realización golpea con fuerza. No un intruso aleatorio o personal del hotel con pobres límites. Él. El hombre del que he estado huyendo durante años, el depredador cuya presencia he sentido como un peso en mi piel a través de continentes.

Emilio Rosetti ha estado en esta habitación.

Ha tocado estas superficies y ha colocado esta flor con el mismo cuidado que una vez usó para todo lo importante. Ha escrito mi nombre con la misma caligrafía que solía aparecer en notas escondidas entre mi ropa, dulces mensajes que encontraba cuando el amor parecía infinito. La flor está colocada exactamente donde yo la habría puesto. No está posicionada dramáticamente ni escondida como un secreto; simplemente está ahí. Natural. Como si a la habitación le faltara este detalle, este recordatorio de un pasado que he intentado olvidar con tanto esfuerzo.

La magnitud completa de la violación me invade. Ha estado aquí. Mientras yo trataba con Connor Callahan, jugando peligrosamente con personas que matan por decepción, *él* estaba aquí. En mi espacio. Entre mis cosas. Aprendiendo mis nuevos hábitos de la misma manera que una vez aprendió mi cuerpo, con atención completa y paciencia infinita.

Pero es más que una simple violación. Eso es lo que hace que mis manos tiemblen y mi visión se nuble. Es el cuidado. La precisión. La forma en que recordó algo que yo había olvidado de mí misma: que solía recoger jazmín porque su aroma hacía que las mañanas parecieran promesas en lugar de amenazas. Que solía dejar flores solitarias en su mesita de noche.

Esto no es solo allanamiento de morada. Es curadoría. Es alguien que me conoce tan bien que puede convertir una invasión en un regreso a casa, la vigilancia en cortejo.

Me alejo de la mesa de café, con el corazón latiendo tan fuerte que puedo oírlo. Mis manos tiemblan mientras enciendo la cámara del teléfono para capturar la evidencia.

Hay una flor, una nota, un aroma que no debería estar aquí. Es un recordatorio de que no soy invisible y nunca lo he sido. Cada movimiento que he hecho, cada identidad que he adoptado. Nada de eso importa para alguien que me ve tan claramente que años de separación parecen minutos.

Durante las siguientes dos horas, realizo la comprobación de seguridad más exhaustiva de mi vida. Inspecciono cada superficie, reviso cada dispositivo electrónico y busco en cada posible escondite cámaras, micrófonos o dispositivos de rastreo.

No encuentro nada, ningún equipo de vigilancia, ninguna señal de entrada forzada. La única prueba de que alguien ha estado aquí es mi creciente certeza y la flor que llena la habitación de recuerdos.

Es un nivel de intrusión solo posible con habilidades profesionales o dinero familiar, haciendo inútiles las órdenes de alejamiento contra alguien que no sigue la ley.

A medida que cae la noche y Manhattan se ilumina como un mar de estrellas, rodeo la flor de jazmín como si fuera peligrosa. No la toco, apenas respiro, temiendo que cualquier pequeña perturbación pueda conducir a algo peor.

Cuando finalmente me meto en la cama, con la puerta cerrada, el teléfono cargado y las rutas de escape memorizadas, el aroma persiste. Se desliza a través de las caras sábanas, llenando mis sueños con imágenes de jardines mediterráneos y ojos grises que

ven todo sin juzgar, recordando detalles que convierten la caza en una forma de adoración.

Sueño con mañanas llenas de promesas. Con manos que instintivamente saben cómo explorar la piel sin necesitar permiso. Con un amor tan completo que desafía los límites legales y el sentido común.

Cuando me despierto con la cálida luz de la mañana tardía, mi primer pensamiento no es sobre Chase Callahan o la red cada vez más compleja de mentiras que estoy tejiendo. Es miedo. Miedo puro y profundo de que alguien piense que merezco este tipo de atención. Que valgo el riesgo de ser expuesta. Que merezco la cuidadosa planificación necesaria para burlar la seguridad de alta gama y dejar regalos que se sienten más como amenazas que cualquier otra cosa.

La realización me golpea con terrible claridad. Así es como comienza, no con violencia o fuerza abierta, sino con regalos. Con una atención tan intensa que hace que estar sola se sienta como estar abandonada. Con alguien que te ve tan claramente que ser invisible se convierte en una mentira y rendirse empieza a sentirse inevitable.

Me incorporo en mi pijama arrugado y miro la flor de jazmín, todavía allí bajo la luz de la mañana. Es la prueba de que Emilio Rosetti me ha encontrado de nuevo, ha estado aquí y ha dejado su marca en mi espacio seguro de formas que van más allá de la simple intrusión. Lo sensato sería hacer las maletas de inmediato y huir, como he estado haciendo, manteniéndome siempre un paso por delante del depredador cuya atención se siente tanto amenazante como prometedora.

Pero mientras veo cómo el sol de media mañana resalta los delicados pétalos, me doy cuenta de que algo importante ha cambiado. No son solo mi ubicación o las medidas de seguridad, sino mi comprensión de aquello de lo que realmente estoy huyendo. No de él.

Es la parte de mí que podría querer ser encontrada. Y eso me asusta más que cualquier amenaza directa.

Me deslizo fuera de la cama y camino lentamente hacia la mesa de café. El jazmín está empezando a mostrar signos de envejecimiento, los pétalos un poco menos firmes, el color pasando de blanco puro a crema. Recojo la flor y la estudio una última vez. Luego, con movimientos impulsados tanto por la ira como por el miedo, la aplasto entre mis dedos. Los frágiles pétalos se deshacen, liberando un último estallido de ese poderoso aroma antes de convertirse en polvo en mi mano.

Me dirijo a la ventana y dejo que los trozos se dispersen en el viento, viéndolos desaparecer en la inmensidad de Manhattan.

6

Mara

Esa noche, el espejo del baño del ático me devuelve la mirada de una desconocida. He cambiado mi aspecto tantas veces que a veces olvido quién era antes de que todo esto comenzara. Antes de dejarlo. Antes de empezar a huir.

Toco el elegante bob al que todavía no me he acostumbrado, colocando un mechón detrás de la oreja de una manera que se siente extraña y familiar a la vez. Incluso aquí, a cuarenta pisos sobre Manhattan en un edificio propiedad de una de las empresas fantasma de Chase Callahan, siento el peso de los ojos digitales de Emilio vigilándome. Intenté evadirlo, pero no hay forma de escapar de Emilio Rosetti.

Respiro hondo, apoyándome en la encimera de caoba. Mi reflejo muestra un maquillaje impecable, ropa perfecta, ni un pelo fuera de lugar, la armadura que he construido para enfrentarme al mundo. Pero debajo, el agotamiento se refleja en mis ojos. Años de huir, cambiarme a mí misma y estar alerta tanto a los enemigos de Callahan como a la mirada vigilante de Emilio me han desgastado.

El móvil desechable sobre la encimera vibra con un mensaje de Connor Callahan: *Reunión aplazada a las 9. Estate preparada.*

Mi estómago se tensa. Más tiempo para prepararme, pero también más tiempo para pensar. Más tiempo para dudar. Respondo con un simple acuse de recibo y dejo el teléfono.

En el salón, compruebo si hay dispositivos de vigilancia, aunque registré minuciosamente el ático ayer después del incidente del jazmín. Miro hacia la esquina del techo donde probablemente se ocultaría una pequeña cámara, aunque no logré encontrar ninguna. ¿Está mirando ahora? ¿Ya se ha colado burlando la seguridad del edificio para instalar su propio sistema de vigilancia? La idea hace que mi corazón se acelere, mi piel hormiguea con una sensación de alerta. Esta invasión de la privacidad es repugnante, este acoso electrónico. Sin embargo, me descubro irguiéndome, moviéndome más deliberadamente, como una artista consciente de su público.

Me dirijo al dormitorio y abro el armario, pensando en qué ponerme para la reunión de esta noche. Connor Callahan puede ser un psicópata, pero es predecible: reacciona al poder, la confianza y las insinuaciones de piel.

¿Y Emilio? Él reacciona a algo completamente distinto. El pensamiento me viene antes de que pueda detenerlo, imprudente y peligroso. ¿Y si le diera algo que mirar? Algo más que simples imágenes de seguridad y metadatos. ¿Algo que le recuerde lo que perdió cuando me fui?

Una calidez se extiende por mi cuerpo ante la idea, seguida de un frío temor. Este es un terreno peligroso, mezclar la manipulación profesional con el deseo personal. Debería olvidar la idea por completo. De alguna manera, me encuentro cogiendo el vestido negro con la abertura hasta el muslo, ese que deja al descubierto un hombro, revelando las pecas que Emilio solía recorrer con sus dedos en la oscuridad. Lo coloco sobre la cama y me dirijo al baño para ducharme.

Bajo el agua caliente, cierro los ojos, tratando de concentrarme en los objetivos de esta noche. Necesito convencer a Chase y a Connor de que no estoy filtrando información a los Rosetti. Necesito asegurarme de que aún me necesitan viva. Y sobre todo, necesito asegurarme de que cumplan con su parte del trato, la razón por la que estoy haciendo todo esto. Nada es más importante que eso.

Sin embargo, mis pensamientos siguen volviendo a la carga de los ojos vigilantes de Emilio. Tengo una creciente sensación de que dondequiera que vaya, haga lo que haga, él está observando. El

agua salpica contra mi piel. Estando aquí, desnuda y expuesta con el vapor arremolinándose a mi alrededor, la realidad me golpea con fuerza: nunca he estado realmente en control. No realmente. Él siempre ha sido mejor que yo en esto, siempre un paso por delante, incluso cuando parecía estar detrás.

Salgo de la ducha, envolviéndome en una toalla suave. Mientras limpio la condensación del espejo, me encuentro mirando las esquinas del baño, buscando el destello de una lente de cámara. ¿Está aquí? ¿Ya ha invadido este espacio? ¿Ha escondido cámaras donde ni siquiera yo puedo encontrarlas? La idea me hace estremecer a pesar del ambiente vaporoso.

De vuelta en el dormitorio, dejo caer la toalla y me paro frente al espejo de cuerpo entero, examinándome sin emoción. El tiempo me ha cambiado y endurecido. Nuevas cicatrices hablan de experiencias que Emilio desconoce, una fina línea blanca a lo largo de mis costillas de Zúrich, una pequeña cicatriz cerca de mi hombro de París. Marcas de batallas que él no puede entender, luchando contra enemigos invisibles.

Me visto lentamente, sin ponerme ropa interior, enviando un mensaje silencioso a Emilio si está mirando. Mira lo que has perdido. Mira lo que no puedes tener. El vestido negro abraza mi cuerpo, revelando y ocultando al mismo tiempo. Apropiado para una reunión de negocios, pero lo suficientemente provocativo como para distraer. Me aplico el maquillaje con cuidado, oscureciendo mis ojos, pintando mis labios de un rojo intenso que nunca usé con él. Otro cambio, otra capa de protección.

Me peino, extrañando por un momento la longitud de mi pelo antes de apreciar cómo el bob enmarca mi rostro, haciéndome parecer más afilada, más peligrosa. Bien. Necesito ser peligrosa esta noche.

Miro mi reloj. Todavía queda una hora antes de que tenga que irme. El tiempo se estira, vacío pero lleno de posibilidades.

Mis ojos vagan hacia el panel de seguridad junto a la puerta, que controla los sistemas electrónicos del ático, incluidas las cámaras.

La idea que se forma en mi mente es imprudente, estúpida. Totalmente imposible. Pero...

Me descubro acercándome al panel de control, mis dedos tocando la pantalla táctil mientras accedo al sistema de seguridad del ático. Encuentro las cámaras interiores, instaladas por la administración del edificio como una "característica de seguridad" para los inquilinos adinerados, pero en realidad son una herramienta de vigilancia para aquellos con el acceso adecuado. Como Emilio. El único conjunto de cámaras que estoy segura que existen.

No las apago. En cambio, me aseguro de que estén funcionando, realizando una rápida comprobación que alertaría a cualquiera que las estuviera monitorizando. Un saludo digital. Una invitación deliberada.

Mi corazón se acelera mientras regreso al dormitorio, comprobando mi reflejo una última vez. La mujer que me mira parece segura y en control. Solo yo conozco el temblor interior, el miedo y la anticipación que luchan en mi pecho.

Si Emilio está mirando, estoy a punto de darle un espectáculo que no olvidará. Algo para castigarle por observarme. Para hacerle sentir tan mal como me siento yo.

Me muevo hacia el centro de la habitación donde la cámara en el detector de humo tiene mejor visibilidad. Lentamente, dejo caer el vestido por un hombro, revelando la constelación de pecas que solía besar. Mis dedos trazan el patrón, recordando cómo sus labios se sentían contra mi piel, la forma en que susurraba frases en italiano que solo yo podía escuchar.

—Sé que estás mirando —digo suavemente, con los ojos fijos en donde debería estar la cámara—. Nunca pudiste evitarlo, ¿verdad?

Mi teléfono vibra en la mesita de noche. Miro y veo un mensaje de un número encriptado.

Te veo.

La confirmación envía una espiral de calor por mi vientre. No solo está mirando, está respondiendo. Reconociendo el juego.

El teléfono vibra de nuevo antes de que pueda procesar por completo el primer mensaje.

Quítate el vestido. Despacio.

Se me corta la respiración. Esto no es lo que esperaba, que tomara el control tan rápido, cambiando nuestros roles en este

arriesgado juego. Debería ignorarlo, fingir que soy yo quien tiene el control aquí. En cambio, mis dedos se mueven hacia mi hombro, deslizando el vestido poco a poco. Siento su mirada como una caricia, el calor extendiéndose por mi piel mientras me revelo ante su ojo digital.

Date la vuelta. Déjame verte entera.

Giro lentamente, con el vestido aún aferrado a mis caderas. Su mensaje me da una sacudida, el Fantasma dando órdenes desde su trono digital, esperando que obedezca. Y por razones que no acabo de entender, estoy siguiendo sus indicaciones.

Todo, Mara. Ahora.

El aire se siente cargado de tensión. Esto es arriesgado, mostrar demasiado, revelar debilidades que él podría usar contra mí. Pero también hay poder en ello. Dejo que el vestido caiga por completo, amontonándose a mis pies. Me quedo allí desnuda, expuesta para su vigilancia.

Tócate los pechos. Como yo solía hacerlo.

La franqueza de su orden hace que mi centro se tense. No es así como debía ser nuestra danza. Se suponía que yo debía provocar, seducir, mantener el control mientras le daba justo lo suficiente para mantenerlo persiguiéndome. Sin embargo, mis manos se mueven hacia mis pechos, sosteniendo su peso antes de que mis dedos encuentren mis pezones, pellizcándolos y girándolos como él solía hacer, lo suficientemente firme como para casi doler, justo como me gusta. Un gemido se me escapa mientras el placer recorre mi cuerpo.

Recuéstate en la cama. Abre las piernas. Déjame ver lo húmeda que estás.

Debería parar esto. Debería recuperar el control. Pero hay algo emocionante en ceder a sus órdenes después de tres años corriendo, de siempre mirar por encima del hombro, de estar alerta en todo momento. Me muevo hacia la cama, recostándome contra las sábanas de seda. Mi piel hormiguea consciente mientras abro lentamente los muslos, exponiéndome completamente a su mirada digital.

—Crees que me conoces —digo, incluso mientras me revelo ante él—. Crees que porque puedes rastrearme a través de continentes, hackear mis cuentas, controlar mis movimientos, sabes quién soy.

Tócate. Muéstrame cuánto me has echado de menos.

Mis dedos bajan por mi cuerpo, entre mis muslos. Jadeo al primer contacto, sorprendida por lo preparada que estoy, por cuánto he anhelado el contacto después de negármelo. Demasiado tiempo sin que nadie me toque, desde que me he permitido ser tan vulnerable.

—Nunca has visto todo de mí —susurro, con los dedos moviéndose en círculos, construyendo un placer que hace que mi espalda se arquee—. Solo las partes que te dejé ver.

El teléfono vibra otra vez. Lo alcanzo con mi mano libre, leyendo su mensaje mientras mi otra mano mantiene el ritmo.

Más despacio. Quiero ver cada reacción. No me ocultes nada.

Se me escapa una risa entrecortada mientras el placer crece bajo mi tacto. —Siempre el controlador —murmuro, sabiendo que puede oírme a través de su vigilancia—. Siempre dirigiendo cada detalle.

A pesar de mis palabras, ralentizo mis movimientos, circundando mi clítoris con una presión cuidadosa, mostrándole exactamente cómo reacciona mi cuerpo.

Dos dedos dentro. Ahora. Curvalos como te enseñé.

Mi cuerpo responde a su orden antes de que mi mente la procese, la memoria muscular se apodera mientras deslizo dos dedos profundamente dentro, curvándolos para encontrar ese punto que hace temblar mis muslos.

Mira a la cámara cuando te corras. Quiero ver tus ojos.

Mi respiración se acelera, el cuerpo tensándose mientras me empujo hacia la liberación, siguiendo sus instrucciones con ansia. Mi mano libre se mueve hacia mi pecho, pellizcando mi pezón fuertemente como él solía hacer.

—Dios, Emilio —respiro, perdiendo el control a medida que me acerco al límite—. ¿Recuerdas cómo solías tocarme? ¿Cómo sabías exactamente dónde te necesitaba?

Otra vibración del teléfono, pero no lo compruebo aún, demasiado concentrada en la presión creciente.

—¿Recuerdas cómo me sentía a tu alrededor? —jadeo, curvando los dedos dentro—. ¿Lo apretada y húmeda que estaba para ti? Solo para ti...

Mi respiración se acelera mientras el placer alcanza su punto máximo y se estrella sobre mí en oleadas, dejándome temblorosa. No calculado, no planeado, un momento genuino de vulnerabilidad en una vida llena de mentiras. Mi espalda se arquea mientras disfruto del orgasmo, jadeando su nombre una y otra vez.

Después, me quedo quieta mientras la realidad regresa y mi respiración se estabiliza. ¿Qué he hecho? Me he expuesto, tanto literal como figuradamente, ante un hombre que me ha estado persiguiendo. Un hombre que no sabe por qué me fui, que probablemente me odie por mi traición. Un hombre que podría arruinar todo por lo que he trabajado con una sola llamada telefónica.

Alcanzo el teléfono y leo su último mensaje:

Voy por ti. No solo por tu yo digital. Por ti. Toda tú. Sea lo que sea que estés ocultando, donde sea que estés huyendo, se acabó. Te he dejado dirigir este baile durante demasiado tiempo. Ahora es mi turno.

El pánico amenaza con abrumarme, pero lo reprimo, incorporándome con toda la dignidad que puedo. Lo hice a propósito, me digo a mí misma. Para castigarlo por violar mi espacio personal, instalar cámaras, allanar mi casa y dejar una jodida flor. Para castigarlo mostrándole lo que no tiene, y nunca tendrá. Para castigarlo a él, no a mí.

Me levanto, recojo el vestido del suelo y lo llevo al armario. Necesito un nuevo conjunto, algo que no me recuerde lo que acaba de pasar. Algo que no me haga sentir tan expuesta. El reloj marca las 8:25. Tengo treinta y cinco minutos hasta mi reunión con Connor Callahan para seguir fingiendo ser una operativa leal. Mis dedos tiemblan un poco mientras elijo un vestido diferente. Ajustado, azul marino, de cuello alto y manga larga. Es una armadura, no una invitación.

Mientras me visto, siento el peso de lo que he hecho asentándose en mi estómago. Acabo de entregarle a Emilio un poder que no

puedo permitirme perder. Le he mostrado que a pesar de todo, todavía reacciono ante él, aún lo deseo, aún recuerdo.

Compruebo mi aspecto una última vez, asegurándome de que cada atisbo de vulnerabilidad quede oculto bajo un maquillaje perfectamente aplicado y una ropa impecable. La mujer en el espejo se ve serena, profesional, lista para lo que venga. Solo yo conozco el caos bajo la superficie.

Mientras cojo mi teléfono y mi bolso, miro hacia la entrada del dormitorio, hacia las cámaras. A pesar del riesgo, a pesar del miedo, una parte de mí, una parte peligrosa e imprudente, se alegra de que estuviera mirando. Se alegra de que el recuerdo de lo que vio lo atormente tanto como el recuerdo de su tacto me atormenta a mí.

Activo el sistema de seguridad del ático al salir, sabiendo que Emilio tiene las grabaciones y estará analizando cada segundo, cada palabra, cada movimiento. Que lo haga. Que piense que está ganando ventaja mientras yo llevo a cabo la siguiente fase de mi plan.

Porque a pesar de lo que acaba de ocurrir, a pesar del momento de debilidad, todavía tengo una ventaja: él no sabe por qué me fui. No conoce la verdadera razón, la verdad que lo arruinaría todo.

Mientras eso siga siendo así, todavía tengo una oportunidad, aunque él nunca me perdone por lo que tuve que hacer.

7

Emilio

El ascensor privado de Il Lusso requiere una llave que diseñé personalmente: encriptada, cambiando su firma cada treinta segundos. Una seguridad que supera a la de muchas instalaciones gubernamentales. El club exclusivo de mi familia alberga secretos que podrían derribar imperios. Incluido el mío.

Consulto mi reloj: 10:47 PM. Trece minutos hasta que ella llegue, si su mensaje es de fiar. *Necesito hablar. Cara a cara. Il Lusso VIP, 11 PM. Importante.* Cuatro frases que podrían significar cualquier cosa: urgencia genuina, una trampa elaborada, una súplica desesperada de ayuda.

Con Mara, las tres son a menudo indistinguibles.

La sala VIP está vacía. La desalojé con una sola llamada a Domenico. Mi hermano sabe que es mejor no interferir cuando estoy cazando, aunque supone que estoy rastreando los movimientos de Callahan en lugar de orquestar un reencuentro con la mujer que ha consumido mis pensamientos durante tres años.

Pensar en ella sobre sábanas de seda, con los dedos entre sus muslos, jadeando mi nombre me pone duro. Días rastreándola y construyendo una red de información para encontrarla, y nada me preparó para verla deshacerse ante mi orden. Pero no puedo dejar que me distraiga. No ahora que la tengo acorralada.

Me posiciono en las sombras donde la iluminación cerúlea apenas llega, un punto de observación óptimo para evaluar amenazas mientras mantengo la ventaja táctica. Desde aquí, puedo ver todas las entradas, todas las salidas, todos los ángulos de aproximación.

Mi teléfono vibra. El reconocimiento facial la ha detectado entrando en la planta principal. El algoritmo que construí para rastrear sus movimientos muestra un noventa y tres por ciento de probabilidad de que está operando bajo coacción: indicadores elevados de estrés, patrones de escaneo hipervigilantes, la forma particular en que mantiene los hombros cuando alguien más está manejando los hilos.

No está aquí por elección propia. La pregunta es por elección de quién.

La observo navegar entre la multitud a través de las cámaras de seguridad, vestido azul marino, cabello oscuro peinado con una precisión que habla más de armadura que de seducción. En público, se mueve de manera diferente que en privado. Cada gesto está planificado, cada paso medido. Sonríe al personal de seguridad, dientes blancos contra labios rojos, mostrando un DNI falso que escaneará como auténtico. Otra identidad cuidadosamente elaborada.

El ascensor sube. Mi pulso se acelera a pesar de años de condicionamiento que me han enseñado a controlar las respuestas fisiológicas bajo presión. Tres años de persecución digital, y por fin está de nuevo a mi alcance. Lo suficientemente cerca para tocarla, reclamarla, exigir respuestas a las preguntas que han atormentado cada algoritmo de vigilancia que he construido.

El deseo se enrosca dentro de mí al recordar cómo se veía, con los muslos separados, los dedos relucientes. Cómo respondía a mis órdenes a través de la división digital. Cómo se arqueaba cuando se corría, mi nombre en un susurro desesperado en sus labios.

El recuerdo me hace querer inmovilizarla contra la pared en cuanto llegue. Recordarle a quién pertenece. Pero ese no es el plan. Esta noche, necesito información más que liberación.

Me enderezo, colocándome la máscara sin emociones y calculadora que mi familia conoce. No el hombre cuyas manos

tiemblan con la necesidad de tocarla después de años de persecución en línea.

Las puertas se abren, y ahí está ella, Mara, enmarcada por una luz dorada. El tiempo se detiene. Tres años de búsqueda, un imperio construido solo para encontrarla, y nada me preparó para el impacto de verla en persona. Las imágenes de vigilancia no captaron su realidad.

Entra en el salón, y me olvido de respirar. Su vestido azul marino abraza curvas que he memorizado pero no he tocado en años. Sus movimientos son precisos, la gracia cuidadosa de alguien que conoce el valor del control. Su cabello corto enmarca su rostro de manera diferente, mostrando pómulos afilados, labios carnosos y ojos cautelosos que alguna vez fueron confiados.

Mi sangre retumba en mis oídos. Debe oírlo desde el otro lado de la habitación. Tengo la garganta seca, la piel caliente, los músculos tensos con la necesidad primaria de reclamar lo que me fue arrebatado. La máquina calculadora en la que mi familia confía, todo despojado por su presencia.

Me obligo a respirar mientras ella escanea la habitación, notando las salidas antes de encontrar el bar. Sus ojos pasan por mi esquina sin detenerse, pero algo en su postura dice que me percibe. Está demasiado bien entrenada para no hacerlo.

Pide algo que no puedo distinguir. El barman, que está en mi nómina, asiente y se va por el ascensor de servicio. Ya sola, sus hombros bajan ligeramente. Agotamiento, o quizás alivio por estar sola un momento.

—No hay cámaras en esta habitación —digo, mi voz firme a pesar de mi corazón acelerado—. No hay vigilancia excepto la que yo traigo. Estás fuera de la red, Mara.

No se sobresalta. Toma un sorbo lento, deja su copa cuidadosamente, luego se gira para mirarme.

—Emilio —escuchar mi nombre de sus labios todavía me afecta—. Me preguntaba cuándo dejarías de esconderte en las sombras.

—Curioso, viniendo de alguien que ha estado huyendo —doy un paso hacia la luz—. He estado siguiendo el rastro que dejaste.

Sus labios se curvan en una expresión afilada.

—¿Es así como lo llamamos? ¿Seguir rastros? ¿No acosarme? ¿No observarme a través de cámaras a las que no di mi consentimiento?

Me acerco más, atraído hacia ella, hasta que estamos a solo unos metros de distancia. Su aroma me llega, un nuevo perfume, más afilado, con notas metálicas que muestran cuánto ha cambiado.

—Consentiste esta tarde. Bastante entusiasmada.

Sus mejillas se sonrojan, pero su mirada se mantiene firme.

—Eso fue un riesgo calculado.

—¿Es eso lo que te dices a ti misma? —me inclino hasta que mi aliento se mezcla con el aire entre nosotros—. ¿Que fue estrategia, no deseo? ¿Que no estabas emocionada sabiendo que te estaba mirando?

Su respiración se acelera, pero no retrocede.

—No te pedí que nos reuniéramos para hablar de deseo.

La palabra deseo en sus labios es un puto afrodisíaco, y me cuesta mantener la distancia entre nosotros.

—Lo que tú quieras no es importante ahora mismo. La pregunta que deberías hacerte es, ¿qué es lo que yo quiero?

Ella levanta la mirada.

—¿Qué quieres, Emilio?

—Sabes exactamente lo que quiero —la rodeo lentamente, como un depredador—. Respuestas. Empezando por por qué estás trabajando para el hombre que intenta destruir a mi familia.

—Es complicado.

Me río, un sonido áspero incluso para mí. —Con todo este silencio, ¿y eso es lo mejor que se te ocurre? ¿"Es complicado"? —Me detengo detrás de ella, lo suficientemente cerca para que mi aliento mueva su cabello—. Inténtalo de nuevo.

No se gira, pero veo cómo su pulso se acelera en su garganta. —No te debo explicaciones.

—Me lo debes todo —gruño, con palabras cargadas de obsesión y dolor. Intento recuperar el control—. Pero podemos empezar por el motivo por el que estás saliendo con Connor Callahan, el hombre que mandó matar a Maddy Torres, el que comenzó esta guerra.

Ella se gira para mirarme. —Tenemos que hablar de lo que le hiciste a Connor.

—¿De verdad? —Me detengo justo al borde de su espacio personal, lo suficientemente cerca para captar su perfume de jazmín mezclado con algo más penetrante. Quizás miedo—. Porque recibió exactamente lo que estaba pidiendo cuando te invitó a salir.

Sus pupilas se dilatan ante la certeza posesiva en mi tono, su cuerpo respondiendo a una dominancia que ha pasado años tratando de olvidar. Pero bajo esa atracción involuntaria, percibo algo más: angustia genuina.

—Connor me dijo que organizara este encuentro —confiesa, como si fuera una confesión arrancada de labios reluctantes—. Dijo que querrías discutir condiciones.

El hielo cristaliza en mis venas. —¿Condiciones?

—Para mi seguridad. Para evitar más escaladas. —Su voz desciende a poco más que un susurro—. Dijo que serías razonable si se te abordaba correctamente.

Las piezas encajan con una claridad nauseabunda. Quiere que me entregue para proteger a Mara. Está contando con mis emociones para mantenerla a salvo, utilizándola como cebo para hacerme salir. La venganza de Connor por sus dedos rotos y su orgullo herido.

—¿Y le creíste? —pregunto, aunque puedo ver por su expresión que no lo hizo—. ¿Pensaste que Connor Callahan quería evitar una escalada después de que lo marqué delante de ti?

—Sabía que probablemente era una trampa. —La cruda honestidad hace que algo se resquebraje en mi pecho—. Pero Chase me matará si no cumplo. Y pensé... esperaba que fueras lo suficientemente inteligente para verlo venir.

—Lo vi venir. —Me acerco más, atraído por la fuerza magnética que nos ha definido desde el principio—. La cuestión es por qué viniste de todos modos, sabiendo que nos pondría a ambos en riesgo.

Su risa es amarga, cortante. —Porque estoy cansada de ser peones en los juegos de otros. Porque quizás prefiero enfrentarme a cualquier trampa que hayan preparado que seguir huyendo.

—Necesitas salir de Nueva York —digo, sorprendiéndome a mí mismo—. Esta noche. Antes de que Chase se dé cuenta de que estás comprometida.

—No puedo. —Dos palabras, llenas de significado.

—¿No puedes o no quieres? —Cierro la distancia entre nosotros hasta que puedo sentir su calor—. ¿Qué te retiene aquí? ¿Por qué vale la pena arriesgar tu vida?

Sus ojos se fijan en los míos, un destello de vulnerabilidad antes de que su máscara regrese. —No lo entenderías.

—Ponme a prueba. —Levanto mi mano, sin llegar a tocar su rostro pero lo suficientemente cerca para que sienta mi calor.

Por un segundo, creo que podría contármelo. Sus labios se entreabren, sus ojos escrutando los míos como si decidiera si puede confiarme su secreto.

Entonces su mirada se desplaza por encima de mi hombro, enfocándose detrás de mí. Su expresión cambia al instante, volviéndose alerta. —Tenemos que irnos. Ahora.

No lo cuestiono, no me giro. En su lugar, compruebo el reflejo en la pared con espejos. Tres hombres entran en el área VIP. No son mi seguridad, no son hombres de Rosetti. Su postura, los bultos de armas ocultas bajo sus chaquetas de diseñador, la forma en que escanean la habitación. Profesionales. Hombres de Callahan.

Mi mente trabaja a toda velocidad. El área VIP necesita mi llave personalizada, tecnología que ni siquiera las agencias gubernamentales podrían copiar. Alguien abajo les dejó entrar. Algún idiota empleado que perderá su trabajo, y probablemente un par de dedos, cuando termine con él.

—Salida de servicio —digo suavemente, moviéndome para ocultarla de la vista—. Detrás de la barra, a través de la cocina. Tengo un coche esperando.

Ella asiente, cogiendo su bolso con tranquila confianza. —A la de tres. No mires atrás.

Nos movemos juntos, deslizándonos detrás de la barra mientras los hombres se acercan desde el otro lado del salón. La guío a través de una puerta oculta disfrazada como paneles de la pared, por un estrecho pasillo que el personal usa para la entrega de botellas.

—Revisarán las cámaras —dice mientras bajamos por las escaleras de servicio, sus tacones haciendo un suave clic en el hormigón.

—No, no lo harán. —Logro esbozar una pequeña sonrisa a pesar del peligro—. La transmisión de seguridad tiene un retraso de cinco minutos, y puedo borrarla remotamente. Yo mismo diseñé el sistema.

Toco mi reloj, activando el programa que tengo preparado.

La entrada de servicio se abre a un callejón trasero donde mi Audi negro espera, con el motor en marcha gracias al arranque remoto que activé. Mara se desliza en el asiento del copiloto sin vacilar, sin discutir sobre venir conmigo, sin intentar marcharse por su cuenta. Lo que sea que haya visto la convenció de que quedarse conmigo es su mejor oportunidad de supervivencia.

Por ahora.

Me alejo conduciendo con calma a pesar de la descarga de adrenalina. Sin chirridos de neumáticos, sin exceso de velocidad, nada que atraiga la atención. Solo otro coche caro en una ciudad llena de ellos.

—¿Adónde vamos? —pregunta una vez que estamos en el tráfico, su voz firme a pesar de todo.

—A un lugar seguro. A un sitio que ni siquiera mi familia conoce.

Se gira, sorprendida. —¿Guardas secretos a los Rosetti?

—Solo los que importan. —La miro brevemente antes de volver a centrarme en la carretera—. Solo a ti.

La confesión suena más profunda de lo que pretendía. Todo este seguimiento, sistemas construidos solo para encontrar a una mujer, y nunca le he contado a mi familia toda la magnitud. Nunca revelé cuánto he invertido en encontrarla. Nunca admití que evité los protocolos de seguridad familiar para mantener funcionando mi red de vigilancia privada.

—Revisarán todas las propiedades conocidas de los Rosetti —dice después de un momento, volviendo al tema—. Casas seguras, almacenes, apartamentos.

—Esto no es una propiedad de los Rosetti —giro rápidamente a la derecha, cortando por calles secundarias para asegurarnos de que no nos siguen—. Es mía. Comprada a través de una sociedad pantalla sin vínculos con la familia o el negocio.

Ella arquea las cejas.

—Has estado planeando esto.

—He estado planeándolo todo —acelero para pasar el semáforo en ámbar, poniendo distancia entre nosotros e Il Lusso—. He pensado en cada situación, me he preparado para cada posibilidad. Incluido sacarte del peligro.

—Extraerme —repite ella, con un tono difícil de interpretar—. Como una operación militar.

—¿No es eso lo que es esto? Una zona de guerra. Con tú atrapada en medio.

Ella no responde, pero el silencio habla por sí mismo. Conducimos en ese silencio durante minutos, con sus ojos fijos en el retrovisor lateral, vigilando si alguien nos sigue mientras yo nos dirijo hacia nuestro destino.

—Tu coche podría estar comprometido —dice finalmente—. El móvil. El reloj.

—Ya me he ocupado de eso —doy un golpecito en el salpicadero donde parpadea un pequeño dispositivo verde—. Inhibidor de señal. Nada entra ni sale a menos que yo lo permita. Estamos fuera de la red hasta que lleguemos al piso franco.

Ella asiente, con un destello de respeto en su rostro. Siempre valoró la competencia. Una de las cosas que nos unió, el respeto mutuo por la habilidad, la planificación cuidadosa, ver diez pasos por delante cuando la mayoría solo ve dos.

—Los Callahan están planeando algo —dice tras más silencio—. Algo grande. De eso trataba la reunión de esta noche.

No pregunto cómo lo sabe o por qué comparte esto ahora. No cuestiono esta inesperada ayuda después de tanto tira y afloja.

—Cuéntame.

—Un cargamento de armas que llega por Red Hook. De calidad militar. Más potencia de fuego de la que necesita una guerra de mafia habitual —se frota las sienes, pareciendo de repente cansada —. Chase no solo intenta hacer daño a tu familia. Quiere borraros del mapa completamente. Hacer una declaración que nadie en Nueva York olvidará.

Se lo transmitiré a Dom y Sal.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunto, realmente curioso—. Si estás trabajando para Chase...

—Nunca dije que estuviera trabajando para Chase —me interrumpe, con voz afilada—. Dije que es complicado.

—¿Lo suficientemente complicado como para que los hombres de Callahan estuvieran a punto de atraparte esta noche? ¿Lo suficientemente complicado como para que estés huyendo en vez de explicarte ante ellos?

Su mandíbula se tensa, pero no lo niega.

—Te lo estoy diciendo porque morirá gente si ese cargamento llega. Gente inocente, no solo Rosettis y Callahans.

—¿Desde cuándo te importan las vidas inocentes? —la pregunta sale más dura de lo que pretendía, llena de preguntas amargas sin respuesta—. Te fuiste sin decir palabra, Mara. Desapareciste como si nunca hubieras existido. Si te importara alguien más que tú misma...

—No sabes nada sobre por qué me fui —espeta, con los ojos ardiendo de repentina ira—. ¿Crees que porque puedes vigilarme a través de cámaras, me conoces? ¿Sabes por lo que he pasado? ¿Lo que he tenido que hacer?

La emoción cruda en su voz me silencia por un momento. Esto no es su habitual actuación calculada. Esto es real, rompiendo la cuidadosa fachada que ha mantenido desde que volvió a Nueva York.

—Entonces dímelo —digo, más suavemente ahora—. Ayúdame a entender.

Ella se aparta, mirando las luces de la ciudad que pasan borrosas.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —pregunto de nuevo, haciendo eco de nuestro intercambio anterior.

—Ambas cosas —la palabra suena arrancada de ella, irregular y reluctante—. Hay cosas que es mejor que no sepas, Emilio. Más seguro no saber.

—Yo decido qué riesgos merece la pena correr. No tú.

Ella se ríe, un sonido breve y amargo sin humor.

—Ese siempre ha sido tu problema. Crees que puedes controlarlo todo. Información, sistemas, personas —me mira, con un destello de

lástima en su expresión—. Algunas cosas no pueden ser controladas, no importa cuántos planes hagas.

Sus palabras dan más en el clavo de lo que ella sabe. He pasado tanto tiempo construyendo sistemas para rastrearla, analizar sus movimientos, predecir sus pasos. Y aun así logra sorprenderme, mantenerse por delante en momentos cruciales. Incluso esta noche, su revelación sobre el cargamento de armas de los Callahan no estaba en ningún informe de inteligencia. Todavía tiene información que yo no tengo, acceso que no he logrado duplicar.

Conducimos en silencio durante varios minutos, con sus ojos pegados al espejo lateral, comprobando si alguien nos sigue mientras yo nos dirijo hacia nuestro destino.

—¿Por qué te está señalando Chase? —pregunta finalmente—. ¿Por qué a ti específicamente? ¿Por qué no a Domenico o Rafaele?

Una buena pregunta, en la que he pensado mucho.

—Porque yo soy el que lo sabe todo. Cada operación de los Rosetti, medida de seguridad, ruta financiera. Si me eliminan, la familia pierde sus ojos y oídos. Sus defensas.

—Su Fantasma —murmura.

—Exactamente.

Caemos en pensamientos silenciosos mientras conduzco por las calles de Manhattan, girando finalmente hacia Central Park West. Su presencia junto a mí se siente irreal después de tanto tiempo rastreándola por medios digitales. Su aroma llena el coche, más afilado de lo que recuerdo, con matices metálicos que muestran cuánto ha cambiado. Cuánto hemos cambiado ambos.

Le echo miradas furtivas a su perfil, iluminado por las luces de las tiendas que pasamos. Su bob afilado enmarca su rostro, resaltando sus pómulos y su mandíbula determinada. Diferente de la mujer que dejó mi cama, pero de alguna manera más cautivadora por la fuerza que ha ganado. Por los secretos que puedo ver pesando sobre ella.

Una sensación de posesividad fluye a través de mí, una oscura satisfacción de que después de todo este tiempo, de toda la persecución a través de continentes, finalmente está aquí. En mi coche. Bajo mi protección. Donde puedo verla sin pantallas, seguirle la pista sin algoritmos y cámaras. Mantenerla.

Extiendo la mano por encima de la consola, sin llegar a tocarla pero lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor de mi mano cerca de su muslo. Un mensaje sin palabras: Te veo. Siempre te he visto. Y finalmente te he atrapado.

8

Mara

La consciencia regresa gradualmente, sacándome de un sueño profundo y agotado a las suaves sábanas de seda que hablan de lujo y seguridad. Mi boca todavía sabe al vino de anoche, un recordatorio agudo de nuestra huida de Il Lusso.

El techo me resulta desconocido. No es el coche estrecho donde recuerdo haberme quedado dormida contra el hombro de Emilio, sino un techo blanco, inmaculado y alto con molduras dignas de revista. La luz del sol se derrama a través de grandes ventanas, bañando todo con una luz dorada.

Fragmentos de memoria regresan: los Callahan en el reservado VIP, nuestra precipitada huida por los pasillos de servicio, la descarga de adrenalina mientras Emilio nos conducía a un lugar seguro. Debí quedarme dormida durante el trayecto, agotada una vez que el peligro había pasado.

El dormitorio a mi alrededor parece una tumba lujosa. Sábanas oscuras, una zona de estar para conversaciones privadas, armarios que podrían albergar a familias enteras. Todo sugiere un gusto masculino refinado respaldado por recursos ilimitados, pero son los pequeños detalles los que aceleran mi corazón. La habitación está a exactamente diecinueve grados, a pesar de sus quejas sobre el frío en el pasado. Hay agua embotellada europea, la misma marca que

bebí en Praga. Orquídeas blancas, dispuestas con cuidado meticuloso, recordándome las que fotografié en Tokio.

Ha estado observando atentamente. No solo siguiendo mis movimientos, sino tomando nota de mis preferencias y hábitos, recopilando los detalles que convierten un lugar en un hogar. El alcance de esta vigilancia me pone la piel de gallina, incluso mientras percibo una especie de devoción retorcida detrás de ello.

Levantarme requiere esfuerzo después de un sueño tan profundo, mi cuerpo rígido por relajarme finalmente tras semanas de tensión. Pero mientras miro alrededor, la inquietud comienza a sustituir al alivio. Esto no es solo seguridad. Es algo más complicado.

Las ventanas podrían revelar dónde me ha traído. Al acercarme a ellas, mi reflejo me detiene. El pelo revuelto por el sueño, todavía con la ropa de anoche, como alguien que fue llevada a la cama. Más allá del cristal, Central Park se extiende cuarenta pisos más abajo, con el horizonte de Manhattan desplegándose a lo lejos.

—Estás despierta —su voz contiene satisfacción con un toque de algo más suave, quizá alivio. Me giro para ver a Emilio en la puerta, su pelo ligeramente despeinado como si hubiera estado despierto toda la noche, vigilándome mientras dormía.

—¿Dónde estamos? —pregunto, con la voz áspera por el sueño.

—Te he traído a un lugar seguro —responde, moviéndose con suavidad por la habitación—. Te quedaste dormida en el coche. No quería despertarte.

—Así que me llevaste hasta aquí —no es realmente una pregunta. Puedo imaginarle levantándome mientras dormía, trayéndome a este lugar que ha preparado.

—Necesitabas descansar. Descanso real, no ese medio sueño alerta del que has estado dependiendo.

Su suave comentario se acerca peligrosamente a la verdad. ¿Cuándo fue la última vez que dormí sin estar pendiente de pasos, sin tener la mano cerca de un arma?

—¿Dónde estoy? —me alejo de las ventanas, necesitando espacio de su presencia magnética y esa atención que hace que mi piel hormiguee con sensibilidad a pesar de mi enfado.

—En un lugar seguro. Un lugar donde no pueden alcanzarte.

—Eso no es una respuesta.

—Manhattan. Central Park.

—¿Puedo tener una llave? —ladeo la cadera, anticipando ya su respuesta.

—Puedes tener seguridad —dice él.

—De nuevo, eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que necesitas. Protocolo de seguridad. —Se yergue, moviéndose por la habitación con un aire grácil y depredador que me hace extremadamente consciente de cada salida, cada arma potencial, cada ruta de escape en esta lujosa prisión.

Su desapego clínico, como si fuera solo un activo que hay que gestionar en lugar de una persona, me produce escalofríos. Este no es el hombre que me consoló mientras lloraba. Este es el Fantasma, calculador y controlado, convirtiendo los problemas humanos en variables manejables.

—Protocolo de seguridad —repito, dejando ver el veneno—. ¿Y cuánto dura este "protocolo"? ¿Hasta que la amenaza de los Callahan desaparezca? ¿Hasta que decidas que soy lo bastante segura para tomar mis propias decisiones de nuevo?

—Hasta que dejes de intentar que te maten por tu obstinada independencia.

La arrogancia casual, asumiendo que mi supervivencia depende únicamente de él, hace que la ira me invada. He sobrevivido a situaciones imposibles, he navegado por redes criminales europeas y he permanecido viva mientras servía a un monstruo. Pero él piensa que necesito protección como una civil indefensa.

—He estado manteniéndome viva perfectamente —replico, moviéndome hacia lo que parece ser una zona de estar. Si esto va a ser un interrogatorio, no lo haré de pie como una suplicante.

—¿Ah, sí? —su voz es peligrosamente tranquila mientras me sigue, manteniendo una distancia precisa que le permite alcanzarme pero no me atrapa—. Porque desde mi punto de vista, parece que estabas a punto de ser eliminada por asesinos profesionales hasta que intervine.

El recordatorio de lo cerca que estuve de la muerte anoche hace que mi estómago se tense, pero reprimo el miedo. Mostrar debilidad ahora sería un error. —¿Y tu solución es encerrarme en una torre como alguna princesa de cuento?

—Mi solución es mantenerte respirando el tiempo suficiente para que aprecies el esfuerzo.

Me acomodo en un sillón junto a la cama, el cuero suave bajo mis manos temblorosas. Los temblores están empeorando, ya sea por lo que sea que utilizó o por la adrenalina que necesita una salida. De cualquier manera, odio que pueda ver mi vulnerabilidad.

—Esto no es protección, Emilio. Esto es posesión.

Su expresión permanece inmutable, pero algo parpadea en sus ojos grises, una satisfacción rápidamente ocultada, el depredador complacido de que su presa finalmente entienda el juego.

—Las dos cosas no son mutuamente excluyentes —dice simplemente.

La honestidad duele más de lo que lo habría hecho una evasiva. Al menos no está fingiendo que esto es puramente altruista, que mi bienestar importa más que su necesidad de controlar todo en mi vida.

—No puedes mantenerme aquí contra mi voluntad.

—¿No puedo? —pregunta, genuinamente curioso sobre mis pensamientos acerca de sus capacidades en lugar de sentirse amenazado por mi desafío—. ¿Qué crees exactamente que me lo impide?

Examino su rostro buscando señales de un farol, algún indicio de que solo me está poniendo a prueba en lugar de hablar en serio. Pero el Fantasma no hace faroles.

—La ley, para empezar.

Ríe suavemente, genuinamente entretenido. —¿La ley? Cariño, estamos tan alejados de preocupaciones legales que la jurisdicción no significa nada. Nadie sabe dónde estás. Nadie te buscará. Y aunque lo hicieran, encontrarían a una mujer quedándose voluntariamente con su devoto novio.

La forma en que retuerce la realidad, quitándome la libertad mientras mantiene una fachada de inocencia, me recuerda el tipo de

hombre que es. No solo peligroso, sino inteligente en el uso de su poder.

—Devoto novio —repito, sintiendo la amarga ironía—. ¿Eso es lo que crees que es esto?

—Creo —dice, acomodándose suavemente en la silla frente a mí—, que estás experimentando el impacto de estar verdaderamente a salvo por primera vez en más de treinta meses. Es desorientador, lo sé. Tu cuerpo está acostumbrado a estar constantemente alerta.

Su perspicacia psicológica da en el clavo. Mi sistema nervioso está, de hecho, confundido por la falta de peligro inmediato y el lujo que no exige un alto precio. Pero reconocer su precisión no significa aceptar su control.

—¿Así que tu solución es hacer la jaula lo suficientemente cómoda como para que olvide que es una jaula?

—Mi solución es darte todo lo que necesitas mientras te acostumbras a las nuevas circunstancias. —Su tono se mantiene irritantemente razonable, como si estuviéramos discutiendo sobre decoración del hogar en lugar de cautiverio—. Comida, ropa, entretenimiento, atención médica si es necesario. Lo único que no puedes tener es la libertad de tomar decisiones que pongan en riesgo tu seguridad.

—¿Mi seguridad o tu tranquilidad?

—No hay diferencia. Tu muerte me destruiría, lo que hace que tu seguridad sea mi principal preocupación.

La cruda honestidad remueve algo dentro de mí. No gratitud, sino el reconocimiento de una devoción tan fuerte que va más allá de los límites racionales. Esto no es un control casual, es una protección obsesiva, un amor que cambia los límites morales.

Pero entender su motivación no la hace aceptable.

Me levanto rápidamente, necesitando moverme para canalizar mi energía inquieta. La habitación se siente más pequeña ahora.

—Necesito espacio para pensar correctamente. Necesito sentirme como un ser humano en lugar de un objeto de colección que has puesto en exhibición.

—El balcón ofrece vistas excelentes —sugiere suavemente—. Aire fresco, luz natural, completa privacidad.

—Eso no es lo que quiero decir y lo sabes.

—Lo que quieres decir es que deseas irte. Probar límites, explorar opciones, posiblemente intentar escapar. —Su voz transmite una comprensión paciente que me dan ganas de gritar—. Es natural. Esperado. Pero en última instancia, inútil.

La forma en que desmenuza mi psicología, reduciendo emociones complejas a patrones predecibles, hace que mis manos tiemblen con algo más que los efectos químicos. No solo me observa, me analiza, cataloga mis respuestas y construye perfiles como si fuera un espécimen bajo un cristal.

—Crees que me conoces tan bien —susurro, con ira y algo peligrosamente cercano a la fascinación batallando en mi pecho.

—Te conozco. —Su certeza es absoluta y aterradora en su totalidad—. La vigilancia enseña patrones que la observación consciente nunca podría. Sé que te muerdes el labio inferior cuando estás calculando rutas de escape. Sé que te tocas la garganta cuando mientes. Sé que duermes en el lado izquierdo de cualquier cama, mirando hacia la puerta, con una mano debajo de la almohada.

Cada observación golpea fuerte, conocimiento íntimo usado para probar mi transparencia. Pero es la forma gentil en que entrega cada revelación, no como una amenaza sino como evidencia de cuidado, lo que hace que mi visión se nuble con emoción no deseada.

—Conocer mis hábitos no significa que me poseas.

—¿No? —Se inclina un poco, con ojos grises fijos en los míos con intensa concentración—. ¿Qué es la posesión, realmente? ¿Documentos legales? ¿Aceptación social? ¿O entender verdaderamente la naturaleza, necesidades y debilidades de alguien?

Su pregunta filosófica permanece entre nosotros como un desafío. Tiene razón, y hace que mi garganta se estreche. La posesión legal no es nada comparada con conocer profundamente a alguien, la capacidad de predecir, proveer y controlar a través del entendimiento en lugar de la fuerza.

—Quiero irme —digo en voz baja, probando límites con honestidad.

—Lo sé.

—¿Me dejarás?

—No.

Su rechazo directo, dado sin ira ni disculpa, de alguna manera duele más de lo que habría dolido una explicación detallada. No está tratando de convencerme de que tiene razón, solo está afirmando un hecho.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Todo el tiempo que sea necesario.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única respuesta que puedo darte. —Algo cambia en su expresión, el depredador mostrando un atisbo del hombre debajo—. Hasta que la amenaza de los Callahan desaparezca. Hasta que estés a salvo. Hasta...

—¿Hasta qué?

—Hasta que dejes de querer irte.

Esa confesión queda suspendida entre nosotros. No es un cautiverio temporal, sino un método para cambiar mis deseos.

¿Estoy horrorizada? Debería estarlo. Debería estar planeando mi escape, buscando armas, pensando en resistencia. En cambio, me encuentro mirando su rostro a la luz de la mañana, notando los cambios que el tiempo ha hecho. Ángulos más afilados, líneas de estrés alrededor de unos ojos que han buscado demasiado, deseado demasiado.

Es hermoso en su obsesión. Terrible, magnético y completamente devoto.

—¿Y si prometo tener cuidado? —pregunto, odiando el tono suplicante de mi voz—. ¿Y si acepto precauciones razonables, me reporto regularmente y acepto protección sin sentirme prisionera?

—¿Y si intentas huir en cuanto te dé la oportunidad? —Su sonrisa es tan afilada como el hielo—. ¿Y si tus cuidadosas promesas son solo trucos para conseguir una libertad que usarás para desaparecer otra vez?

—No lo haré.

—Sí lo harás —lo dice con una certeza que resulta más cortante que una acusación—. Porque huir es lo que haces cuando las cosas

se vuelven demasiado reales, demasiado peligrosas, demasiado permanentes. Lo has estado haciendo durante mucho tiempo.

Su precisión me hace estremecer. No solo conoce mis hábitos, comprende mi mente, mis patrones, el instinto de protegerme que me ha mantenido viva pero también sola.

—¿Así que vas a mantenerme aquí hasta que demuestre que no voy a huir?

—Voy a mantenerte aquí hasta que huir ni siquiera te parezca una opción.

Esta idea me asusta más que ser forzada. No quebrar mi voluntad, sino cambiarla. No destruir mi independencia, sino hacer que sienta que la dependencia es mi elección.

—Estás loco —susurro, aunque realmente no lo creo.

—Estoy entregado —su voz baja a un tono que hace que mi corazón se salte un latido a pesar de todo—. Absoluta, completa e irrevocablemente entregado a tu supervivencia. Si eso es locura, entonces he estado loco desde el momento en que saliste por la puerta.

La forma en que enmarca la obsesión como amor, el control como cuidado, despierta algo peligroso dentro de mí. Así es como empieza, el lento desgaste de la resistencia a través de una atención que se siente como adoración.

—Necesito pensar —digo, poniéndome de pie con piernas temblorosas—. Sola. Sin que me observes como si pudiera desvanecerme.

—Por supuesto —se levanta con suavidad, ya moviéndose hacia la puerta—. Tómate todo el tiempo que necesites. Explora. Ponte cómoda. El ático es tuyo para disfrutar. Y cuando estés lista, únete a mí para desayunar.

La oferta casual, el permiso para usar lo que ya es mío porque estoy atrapada, hace que apriete la mandíbula. Incluso sus amabilidades refuerzan su control.

—Emilio —su nombre me detiene en la puerta. Cuando me giro, un destello de vulnerabilidad cruza su rostro.

—¿Cuánto tiempo has estado planeando esto? ¿El ático, la vigilancia, la... preparación?

—Desde la noche que te fuiste —admite—. Comencé a construir contingencias en el momento en que me di cuenta de que te habías ido. Cada sistema, cada medida de seguridad, cada lujo... todo diseñado para el día en que finalmente volvieras a casa.

La profundidad de su obsesión me provoca un escalofrío. Y una extraña satisfacción de que alguien se preocupara tanto.

—¿Y si nunca hubiera vuelto?

Me mira a los ojos con honestidad. —Entonces habría muerto rodeado de recuerdos de la mujer a la que no pude salvar de sí misma.

9

Mara

Después de que Emilio se marcha, inspecciono el dormitorio.

La luz del sol inunda las ventanas. Manhattan se extiende, una promesa que puedo ver pero no tocar. Cuarenta pisos más abajo, la gente continúa con vidas que no requieren negociar su propia libertad.

Me estiro, dándome cuenta de que me siento descansada a pesar de todo. ¿Cuándo fue la última vez que dormí ocho horas seguidas sin alargar la mano para coger un arma?

En la mesita de noche hay cosas que no he pedido: un vaso de agua a temperatura ambiente, vitaminas que no he tomado en meses. La minuciosidad me provoca un escalofrío por la espalda. La ropa está dispuesta con precisión meticulosa. No las prendas caras de ayer, sino lo que yo elegiría para estar cómoda. Vaqueros suaves de mi talla, un jersey de cachemir azul profundo que resalta mis ojos, ropa interior que me queda perfectamente aunque él no haya tenido oportunidad de comprobar mi talla recientemente.

El baño muestra más signos de una planificación cuidadosa. No solo productos caros, sino mis marcas específicas. La crema hidratante que encontré en Praga, el champú que pedí desde Tokio, incluso el tono exacto del bálsamo labial que usé en Viena hace seis meses. Ha estado anotando mis preferencias con precisión científica.

Parece una exposición de museo titulada "La vida y preferencias de Mara Vale".

Esto no es una casa de seguridad. Es un santuario construido para contenerme.

Me visto y me dirijo a la zona de estar, un espacio amplio lleno de sofás cómodos y cálida luz solar. Mi estómago se tensa al percibir un olor familiar. Cruasanes frescos de la panadería situada a tres manzanas de nuestro antiguo apartamento. Los mismos que solía traerme los domingos por la mañana, todavía calientes, con esa textura hojaldrada que dije que me encantaba solo una vez.

Pero es el café lo que me hace detenerme. Sigo el aroma y lo encuentro en una cocina que parece sacada de revistas de arquitectura, preparando el desayuno con atención concentrada. La máquina de espresso es el mismo modelo de nuestro antiguo apartamento, esa que según él hacía la mejor crema. Pero junto a ella hay algo que me hace contener la respiración: la taza específica de cerámica azul de la que bebía cada mañana, esa con una pequeña muesca en el asa que la hacía única para mí.

—¿Cómo? —digo antes de poder contenerme. Él se gira, vestido informalmente con vaqueros oscuros y un jersey ajustado, pareciendo más el hombre junto al que me despertaba antes que aquel que ha construido este detallado santuario. La sonrisa que me dedica es una mezcla de satisfacción y algo casi tímido.

—Lo guardé todo —dice simplemente, como si conservar reliquias de una relación pasada fuera completamente normal—. Cada pieza que importaba. Cada detalle que te hacía sentir en casa.

—Los cruasanes —consigo decir, aunque me cuesta hablar con el nudo en la garganta.

—De Laurent's. Aún calientes. —Los coloca en el plato con un cuidado casi reverente—. Dijiste que te recordaban a las mañanas en Provenza, antes de que tu vida se complicara.

Nunca le conté sobre Provenza. Jamás mencioné los veranos allí cuando era niña, cómo el olor de la panadería podía transportarme a cuando tenía ocho años y me sentía segura. Sin embargo, lo sabe, lo ha sabido y recordado, creando este momento perfecto de comodidad.

—Siéntate —dice suavemente, guiándome hacia la isla donde los cubiertos están dispuestos como una exposición—. Come algo. Has perdido peso.

La observación es incómodamente precisa. Años de estar siempre alerta, sin saber de dónde vendría la próxima comida, habían desgastado una suavidad que no me di cuenta que echaba de menos. Pero él lo notó. Lo recordó. Hizo planes para arreglarlo.

El café está perfecto. Como me gusta, con la proporción exacta de espresso y leche vaporizada. El cruasán se derrite en mi lengua, trayendo de vuelta sentimientos que había intentado olvidar.

—Esto es imposible —susurro, mirando su rostro para ver cuánto sabe realmente—. No puedes saber estas cosas. Mis preferencias, mi historia, detalles que nunca he compartido con nadie.

Su mirada sostiene la mía intensamente. —Sé que duermes seis horas y media cuando te sientes segura, pero nunca más de cuatro cuando tienes miedo. Sé que te tocas la clavícula cuando estás pensando en huir. Sé que llevas el mismo perfume desde que te fuiste porque fue el último frasco que te compré.

Cada observación me hace sentir más débil. Pero es la suavidad en su voz, no amenazante sino curiosa, lo que hace que mi visión se nuble con una emoción que no quiero sentir.

—¿Contabas mis ciclos de sueño?

—Contaba todo. —Se mueve con facilidad por la cocina, preparando comida que no pedí pero que de repente anhelo—. Tus patrones, tus gestos, tus necesidades.

Su sincera confesión me golpea con fuerza. No es solo observar, sino entender verdaderamente. La línea entre el acoso y la devoción es el tipo de atención que nota todo sin juzgar.

—Enséñame —digo, con mi mente decidida mientras miro su rostro bajo la luz de la mañana—. Enséñame lo que sabes.

Su expresión cambia, la sorpresa se convierte en un hambre apenas contenida. —¿Estás segura de que quieres verlo?

—Necesito entender a qué me enfrento.

Asiente y va hacia un panel en la pared de la cocina que parece un armario normal hasta que lo toca. Los sistemas ocultos cobran vida

en silencio. Las pantallas se elevan y aparecen teclados sobre lo que parecía mármol.

—La activación por voz es más conveniente —dice, sentándose a mi lado con cuidado—, pero a veces los viejos métodos resultan más... íntimos.

Las pantallas se llenan de datos que me dejan sin aliento. No solo imágenes de vigilancia, sino expedientes de inteligencia detallados que abarcan continentes y años. Registros financieros, patrones de viaje, historial médico, perfiles psicológicos, todo sobre mí, analizado.

—Viena —dice, moviendo los dedos sobre las teclas con facilidad —. 15 de octubre. Pasaste cuatro horas en el Museo de Historia del Arte, pero solo miraste tres cuadros. El resto del tiempo te sentaste en ese banco cerca del Vermeer, llorando.

La pantalla muestra imágenes de seguridad, granuladas pero claras. Yo, con el abrigo azul que pensé que nadie había notado, derrumbándome en público por primera vez desde que lo dejé. El cumpleaños de Sarah, aunque él no podía haberlo sabido.

—Pediste té en lugar de café por primera vez en dos años —continúa, mostrando recibos de la cafetería del museo—. Manzanilla. Intentabas calmar tus nervios.

—¿Cómo podrías posiblemente...?

—He estado rastreando tus tarjetas de crédito, tus teléfonos, tus huellas digitales desde la noche en que te fuiste —su voz es tranquila y segura—. Cada compra, cada ubicación, cada cambio en tus patrones habituales. El té fue inusual. Mostraba que algo había cambiado.

El alcance de su vigilancia es aterrador, pero me resulta fascinante. Me inclino hacia delante, atraída por lo minuciosamente que ha estudiado mi vida.

—París —susurro, queriendo comprobar cuánto sabe.

—¿Qué vez? —su sonrisa es afilada—. ¿La entrevista de trabajo en la Galerie Margot, donde llevabas el traje negro de Chanel y mentiste sobre tus referencias? ¿O más tarde, cuando volviste para robar el Degas?

Mi taza de café tiembla contra el platillo. —Solo estaba haciendo vigilancia. Pero... espera... ¿Sabes sobre el robo?

—Sé sobre todos ellos. Zúrich, Tokio, aquel asunto en Mónaco —sus dedos siguen tecleando, mostrando evidencias de crímenes que creía ocultos—. Eres brillante en ello, por cierto. Especialmente en la falsificación de arte. Has mejorado mucho desde que estábamos juntos.

La forma en que habla de mis actividades criminales, sin juzgar sino apreciando, es vertiginosa. —¿Has estado viéndome cometer delitos y no hiciste nada?

—He estado viéndote sobrevivir —corrige suavemente—. Utilizando las habilidades que te ayudé a desarrollar para mantenerte viva en un mundo que te quería fuera. Estoy orgulloso de ti.

Sus palabras me impactan con fuerza, cambiando lo que creía saber sobre mi vida secreta. No oculta para él, sino vista y admirada desde lejos por el hombre que pensaba que había dejado atrás.

—El apartamento en Praga —digo, con voz de susurro.

—Calle Karlova. Tercer piso, frente a la plaza. Mantuviste las cortinas cerradas durante seis semanas porque la vista te recordaba algo doloroso —sus ojos se suavizan un poco—. Estabas pensando en mí.

Así era. Cada mañana, las campanas de la iglesia sonaban, y yo recordaba los domingos por la mañana con él, cómo se quejaba del ruido mientras me abrazaba. La conexión que ha hecho, entre las cortinas cerradas y evitar emociones, toca demasiado cerca de la verdad.

—Las carreras matutinas —sigo indagando, intentando captar el panorama completo.

—Cinco kilómetros, siempre el mismo recorrido junto al río. Empezaste esa rutina después de que las pesadillas empeoraran —parece preocupado—. Dormías menos de cuatro horas por noche. Estaba preocupado.

—¿Preocupado lo suficiente para actuar?

—Preocupado lo suficiente para conseguir que el dueño del apartamento instalara mejores cerraduras. Y sí, puede que haya

denunciado anónimamente a las autoridades locales a los hombres sospechosos que rondaban tu edificio.

La verdad me golpea con fuerza. —Me protegiste. Desde la distancia.

—Te protegí como pude —su voz está cargada de emoción apenas contenida—. Incluso si eso significaba mantenerme alejado.

Las pantallas que nos rodean destellan con años de datos recopilados: una carta de amor digital hecha de vigilancia y cuidado. Cada archivo marca un momento que observó desde lejos, aprendió algo nuevo y ajustó su comprensión de quién me había convertido.

—Hay más —dice suavemente, con los dedos deteniéndose sobre teclas que podrían descubrir verdades aún más profundas—. Pero puede que no te guste lo que veas.

—Muéstramelo todo.

Abre un archivo que hace que mi estómago se retuerza con reconocimiento: perfiles psicológicos detallados que analizan mi comportamiento, reacciones al estrés, historial de relaciones. No solo hechos, sino interpretación. Conocimientos extraídos de observarme vivir sin saber que estaba siendo observada.

—Te muerdes el labio cuando calculas rutas de escape —lee de extensas notas—. Te tocas la garganta cuando mientes, pero solo sobre emociones, nunca sobre hechos. Te ríes de manera diferente cuando estás genuinamente divertida en comparación con cuando es por obligación social. Nunca has tenido un orgasmo con nadie más.

Su última observación hace que mis mejillas ardan. —No puedes saber eso.

—Lenguaje corporal. Patrones vocales. La forma en que respondes a los estímulos —su voz baja a ese tono que hace que mi corazón se acelere a pesar de todo—. Sé cómo te ves cuando te corres, Mara. Qué sonidos haces, cómo cambia tu respiración. Te he visto fingirlo con otros hombres.

—Me has visto con otros hombres.

—Te he visto sobrevivir por cualquier medio necesario —corrige, algo oscuro destellando en sus ojos grises—. Y odié cada segundo de ello.

¿Era eso una amenaza? ¿O una confesión? No solo observación, sino dolor emocional. Ver a la mujer que amaba con otros, anotando sus reacciones, aprendiendo a distinguir la verdad de la actuación en sus momentos más privados.

—El regalo —susurro, recordando algo que aún me oprime el pecho—. En Tokio. El perfume vintage.

—Hermès Calèche. 1961. La fragancia distintiva de tu abuela —su sonrisa es suave, casi tímida—. Lo mencionaste una vez. Dijiste que olerlo te hacía sentir segura.

La botella había aparecido en mi tocador del hotel como por arte de magia. Imposible de conseguir, valía más de lo que ganaba en medio año, con una nota que simplemente decía "Para sueños seguros". Lo había usado todos los días desde entonces, sin saber nunca de dónde venía.

—Fuiste tú.

—Fui yo.

Las pantallas muestran evidencia de otros regalos. Libros en habitaciones de hotel, comidas misteriosamente pagadas, hombres sospechosos arrestados antes de que pudieran alcanzarme. Un ángel guardián con habilidades tecnológicas, vigilándome desde las sombras digitales.

—Este nivel de vigilancia, de... obsesión —respiro, aunque no estoy segura.

—Este nivel de amor —corrige simplemente—. Ajustado al hecho de que la mujer que amo se especializa en volverse invisible.

La forma en que llama devoción a la vigilancia hace que el calor se enrosque en mi pecho. Así es como empieza el síndrome de Estocolmo.

Pero necesito verlo todo antes de poder empezar a entender lo que significa.

—El armario de arriba —digo, sintiendo crecer mi sospecha—. Dijiste que lo guardaste todo.

Su rostro muestra tanto entusiasmo como vulnerabilidad, como un depredador revelando al hombre que hay en su interior.

—¿Te gustaría verlo?

La pregunta significa más que simple curiosidad. Es una oferta para ver cuánto le importo, para entender qué tipo de santuario ha creado alrededor de mi recuerdo.

—Sí —susurro, tomando una decisión aunque cada pensamiento lógico me advierte en contra. Me lleva arriba con pasos cuidadosos, como un conservador a punto de mostrar una obra maestra. El dormitorio se ve exactamente igual que ayer, pero ahora lo veo diferente, no solo como lujo, sino como una recreación. Una reconstrucción de comodidades que podrían hacerme querer quedarme.

La puerta del armario se abre silenciosamente, revelando un espacio que me deja sin aliento. No son solo prendas. Es un museo de mi vida. Percheros cubren las paredes, no con conjuntos aleatorios, sino con copias de todo lo que he usado en los últimos años. El vestido rojo de Praga, el abrigo azul de Viena, incluso los vaqueros que llevaba la noche que le dejé, todo limpio y cuidado con devoción.

—¿Cómo? —digo con voz entrecortada.

—Las fotos de vigilancia me dieron referencias. Hice que especialistas recrearan todo —su voz tiene orgullo y quizás un poco de vergüenza—. Cada tejido, cada detalle, cada cambio que hiciste. Réplicas exactas de tu vida.

Camino más adentro, tocando seda como la del vestido que usé en una inauguración de galería en París, cachemir como el de un jersey que compré en Roma. No es solo mi estilo; son mis piezas, reconstruidas a partir de la memoria y la obsesión.

En el centro, como tesoros sagrados, cuelgan las ropas de nuestra última noche juntos. El vestido negro que llevé a cenar, la lencería debajo, incluso los zapatos que me quité junto a la puerta de su dormitorio. Tienen años pero están en perfectas condiciones, esperando a que regrese.

—Lo guardaste todo —susurro, tocando la tela que contiene años de silenciosa esperanza.

—Te dije que esperaría a que volvieras a casa —dice suavemente —. Así es como esperé.

Esto... esto es...

—Necesito pensar.

—Por supuesto —se aparta, dejándome pasar sin presionarme—. Tómate todo el tiempo que necesites. El balcón ofrece privacidad.

Me apresuro hacia el aire prometido, dejándole de pie junto a la evidencia de años dedicados a amar mi recuerdo. El balcón se extiende más allá de los grandes ventanales, ofreciendo amplias vistas de una ciudad que de repente se siente distante.

El viento de marzo atraviesa la seda, aclarando mis pensamientos lo suficiente para procesar lo que he visto. No solo vigilancia, sino la construcción de un santuario. No solo observación, sino amor desde una distancia que debió sentirse como morir cada día.

Recreó todo mi mundo por si yo volvía. Me estudió tan bien que conoce mi mente mejor que yo. Me protegió de peligros que nunca supe que existían mientras respetaba mi independencia lo suficiente como para mantenerse alejado.

Esto no es solo obsesión. Es el tipo de amor que construye grandes cosas, cambia la realidad y se niega a aceptar la derrota.

Lo aterrador es lo correcto que se siente. Qué natural. Qué perfectamente ha anticipado cada necesidad que no me di cuenta que tenía.

10

Mara

He sido su prisionera durante cuatro días, encerrada en este santuario con forma de ático, preguntándome si alguna vez me dejará marchar. Lo peor es que me estoy adaptando. Acostumbrándome a mi cautiverio y durmiendo como un bebé. Sentada en el balcón, contemplando el parque muy por debajo de mí, me siento relajada.

No dura mucho. La alarma rompe la calma de la tarde como un grito. No son sus habituales suaves tonos del sistema, sino alertas agudas que hacen que mi corazón se acelere.

Alguien ha entrado en su red.

Encuentro a Emilio en la consola oculta de la cocina, sus dedos moviéndose rápidamente con intensa concentración. Múltiples pantallas muestran alertas rojas en cascada, sistema tras sistema iluminándose con advertencias de acceso no autorizado.

—¿Qué está pasando? —pregunto, aunque ya lo intuyo. Por la forma en que se mueve, la ira controlada en su postura. Esto no es aleatorio.

—Intrusión de Callahan —dice sin levantar la mirada, su voz lo suficientemente fría como para asustar a cualquiera—. Alguien ha accedido a nuestras cámaras de vigilancia exteriores. Están cartografiando el plano del ático.

Las implicaciones me golpean con fuerza. No solo nos están observando, nos están estudiando. Aprendiendo nuestras rutinas, nuestras debilidades, incluso los detalles que podrían permitir un ataque físico.

—¿Hasta dónde han llegado?

—Lo suficientemente lejos. —Su mandíbula se tensa mientras otro sistema cae ante la intrusión—. Cámaras de la cocina, grabaciones del pasillo, incluso la vigilancia del ascensor. Están construyendo un plano completo.

En las pantallas, veo nuestra mañana reproduciéndose. Yo en la cocina, él preparando el desayuno, momentos privados siendo grabados por ojos hostiles. La violación me llena de ira.

—¿Puedes detenerlo?

—Puedo, pero no desde aquí. —Se levanta con suave precisión, moviéndose hacia un panel que no había notado—. Los sistemas principales están comprometidos. Necesitamos trabajar desde la habitación del pánico.

La puerta oculta revela un espacio como sacado de una película de espías. Paredes reforzadas, su propio suministro de energía, suficiente potencia informática para dirigir un pequeño país. Los procesadores zumban intensamente, sus ventiladores girando mientras combaten la intrusión. Pero es estrecho, pensado para una persona, no para dos.

Sigo a Emilio dentro, manteniéndome cerca de él para no golpear los controles.

—Protocolos de sala de pánico activados —anuncia una voz femenina mientras las cerraduras se cierran con un fuerte golpe—. Sistemas ambientales ajustándose para ocupación prolongada.

—¿Cuánto tiempo llevará esto? —pregunto mientras él se acomoda en la única silla frente a los monitores.

—Horas —responde, sus dedos moviéndose rápidamente sobre el teclado—. Quizás más. Son buenos. Protocolos de intrusión de nivel militar, algoritmos adaptativos. No es un hackeo criminal común.

La temperatura de la habitación aumenta constantemente mientras los procesadores trabajan duro, librando una batalla que podría decidir si vivimos o morimos. El sudor se forma en mi frente.

—Puedo ayudar —ofrezco, mirando los flujos de datos que me resultan familiares por mi propia experiencia de hacking—. He visto ataques similares antes.

—Estoy seguro de que sí —dice—. Pero esto necesita un enfoque específico. Mi enfoque.

Su desestimación casual me hace apretar los dientes. —No soy una aficionada, Emilio. Llevo tres años sobreviviendo a la guerra digital.

—¿En serio? —No aparta los ojos de las pantallas, pero su tono me desafía, haciendo que mi corazón se acelere—. ¿O has estado jugando en la zona poco profunda mientras yo luchaba en aguas profundas?

Su arrogancia es exasperante. Pero, aún más frustrante, sus palabras despiertan algo más en mí.

—Ponme a prueba —digo, acercándome para estudiar su método.

—Siéntate primero. —Señala su regazo sin apartar la mirada de las pantallas—. Necesito acceso a la interfaz principal.

—No hay otro sitio donde sentarse.

—No —acepta con una satisfacción que hace que mi piel hormiguee—. No lo hay.

La insinuación parece un desafío. Podría levantarse, podría trabajar de otra manera, podría hacer espacio para mí. En cambio, está haciendo que mi participación dependa de un nivel de proximidad que no he aceptado.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. —Su mirada finalmente se encuentra con la mía, ojos gris tormenta con una intensidad paciente—. ¿Quieres ayudar? Estas son las condiciones.

Debería decir que no. Debería mantener los límites que impiden que esto se vuelva más peligroso que simple vigilancia y obsesión. Pero las pantallas muestran la intrusión de Callahan extendiéndose como una enfermedad a través de los sistemas destinados a protegerme, y mi orgullo profesional choca con mi necesidad de autopreservación.

—De acuerdo —susurro, incluso cuando cada parte sensata de mí grita advertencias.

Me siento en su regazo. Hago contacto. Sus muslos son firmes debajo de mí, irradiando calor a través de la tela aunque la habitación esté caliente. Cuando sus brazos me rodean para alcanzar el teclado, me envuelve el aroma a cedro.

—¿Cómoda? —pregunta, la diversión en su voz haciendo que mis mejillas se sonrojen.

—Simplemente muéstrame a qué nos enfrentamos.

Sus dedos se mueven rápidamente por las teclas, y tengo que apoyarme contra su pecho para ver las pantallas con claridad. El contacto envía un escalofrío por mi columna vertebral, haciéndome hipersensible a cada respiración y movimiento de su cuerpo contra el mío.

—Aquí —murmura cerca de mi oído, su aliento agitando mi cabello suelto—. Están usando un patrón de ataque distribuido. Múltiples puntos de entrada, sincronización coordinada. ¿Ves cómo están buscando debilidades?

Lo veo, la intrincada complejidad de métodos de intrusión de nivel militar adaptados para objetivos civiles. Pero concentrarme se vuelve casi imposible con sus labios tan cerca de mi garganta, con el latido constante de su corazón contra mi espalda.

—Algoritmos adaptativos —logro decir, inclinándome hacia adelante para estudiar los flujos de datos, tratando de ignorar cómo el movimiento presiona mi espalda más firmemente contra él—. Están aprendiendo de tus contramedidas.

—Exactamente —sus manos guían las mías hacia el teclado, sus dedos cubren los míos con un tacto cálido y posesivo—. Lo que significa que debemos ser impredecibles. Obligarles a reaccionar en vez de actuar.

El contacto envía calor por mis brazos, pero más allá de la respuesta física, siento una oleada de excitación intelectual. Esto es como una partida de ajedrez de alto nivel, mentes enfrentándose en campos de batalla donde un solo error significa el fracaso.

—Dame la interfaz secundaria —digo, sorprendida de lo firme que suena mi voz a pesar del caos en mi pulso.

—No.

Su negativa es tajante. Me inclino para estudiar su rostro, lo suficientemente cerca como para ver motas plateadas en sus ojos.

—¿Por qué no?

—Porque nunca comparto el control de mis sistemas. Jamás —su voz baja a un registro grave que hace que mi interior se contraiga, incluso ahora—. Pero te enseñaré a usar los míos.

La diferencia me golpea con fuerza. No es una asociación, es un permiso. No es igualdad, sino unirse según sus términos, bajo sus reglas y autoridad total sobre todas nuestras interacciones.

El cambio de poder se siente terrible. Entonces, ¿por qué siento calor en mi vientre?

—Enséñame —respiro. La elección está hecha, a pesar de que todos mis instintos feministas gritan que no.

Sus manos toman las mías para guiarme a través de la interfaz, sus dedos entrelazándose con los míos mientras me muestra un proceso que se siente más como seducción que como entrenamiento —. Aquí, redirige su sonda a través de estos servidores proxy. Hazles creer que están ganando terreno mientras rastreamos su punto de origen.

El plan es brillante: usar la propia agresión de los atacantes contra ellos y recopilar información para detener amenazas futuras. Pero exige una estrecha cooperación, sus manos sobre las mías para guiar los pasos exactos, su voz suave cerca de mi oído mientras explica cada movimiento.

—¿Así? —pregunto, lanzando una contra-sonda que debería exponer su red de mando.

—Perfecto —el orgullo en su voz calienta mi pecho—. Aprendes rápido.

—He tenido buenos maestros —las palabras se me escapan, recuerdos de hombres que intentaron mostrarme sus sistemas, sus métodos, sus secretos. Ninguno de ellos enseñaba de una manera que se sintiera como un juego previo.

—¿Ah, sí? —un borde peligroso aflora en su tono, posesivo, haciendo que mi piel se erice—. ¿Y disfrutaste aprendiendo de ellos?

La pregunta contiene más que curiosidad: es un desafío, una amenaza, tal vez celos.

—No así —admito, sintiendo que la honestidad surge de algún lugar profundo—. Nunca así.

Su cuerpo se tensa detrás de mí, los músculos flexionándose mientras se contiene. Cuando vuelve a hablar, su voz es más áspera.

—Bien —gruñe contra mi oído—. Porque esto es mío. Tú respondiendo a mis instrucciones, tu cuerpo contra el mío mientras trabajamos. Todo me pertenece.

Al darme cuenta de que puedo ser así de peligrosa, así de dispuesta a ceder ante la fuerza, un fuego se extiende por mi interior. El calor se acumula entre mis muslos, la excitación aumenta.

—Emilio —comienzo, sin saber si es una protesta o una súplica.

—Concéntrate —ordena, sus manos apretándose sobre las mías en el teclado—. Se están adaptando a nuestras contramedidas. Necesitamos intensificar.

Las pantallas muestran a nuestros enemigos cambiando sus tácticas, sondeando nuevas debilidades con persistencia implacable. Es difícil concentrarse en la guerra cuando su aliento roza mi cuello y su corazón late contra mi espalda como tambores de guerra.

—El calor está empeorando —digo, usando preocupaciones prácticas para ocultar cómo me afecta su cercanía. El sudor se forma entre mis pechos, empapando la tela que se adhiere a mi piel caliente.

—Quítate el jersey —dice sin apartar la mirada de las pantallas, su tono lleva una autoridad casual que hace que mi pulso se salte un latido.

—¿Qué?

—El cachemira. Es demasiado pesado para esta temperatura —su voz baja, más autoritaria—. Quítatelo.

La petición es razonable, un ajuste práctico al aumento de temperatura en la habitación sellada. Pero la forma en que lo dice, como una orden que espera obediencia inmediata, convierte un acto simple en algo cargado de tensión.

—Podrías mirar hacia otro lado —sugiero, probando los límites mientras el calor aumenta en lugares no relacionados con la temperatura de la habitación.

—Podría —acepta, sus manos aún moviéndose por las teclas con precisión letal—. Pero no lo haré.

Su negativa casual a permitir incluso la privacidad básica provoca tanto indignación como excitación en mi pecho. Va a verme desvestir porque quiere, porque puede, porque mi comodidad importa menos que su deseo de ver la piel que considera suya.

Voy a negarme. Mantendré mi dignidad y mis límites y la pretensión de que tengo opciones en esta dinámica.

En cambio, me encuentro quitándome el jersey lentamente, muy consciente de su atención en cada centímetro de piel revelada. La camisola de seda debajo se adhiere a curvas que se sienten sensibles bajo su mirada, los pezones endureciéndose a pesar del calor de la habitación.

—¿Mejor? —la pregunta me sale más entrecortada de lo que pretendía.

—Mucho mejor —su voz está llena de satisfacción que me hace querer arquearme hacia él como un gato buscando atención—. Ahora podemos concentrarnos adecuadamente.

Pero concentrarse se vuelve imposible mientras sus manos guían las mías sobre el teclado, piel tocando piel enviando chispas por mis brazos. Su pulgar traza patrones en mi muñeca, más como caricias suaves que como instrucción.

—Quiero que me ayudes a ganar —dice, sus dedos aún moviéndose con los míos a través de interfaces que responden a nuestro tacto combinado—. Lo que sea necesario.

La admisión queda suspendida entre nosotros. No se trata solo de pedir cooperación, sino de ceder. No es solo una asociación, sino reconocer que su victoria es más importante que mi comodidad.

Y, que Dios me ayude, algo profundo dentro de mí responde a esa exigencia con un calor no relacionado con la temperatura de la habitación.

—Muéstrame qué hacer —digo, ocultando la rendición como estrategia.

La siguiente hora transcurre en un borrón de estrecha colaboración que se siente más peligrosa que cualquier amenaza física. Sus manos guían las mías, su voz susurra suavemente en mi

oído, su presencia me envuelve mientras nos movemos por campos de batalla virtuales.

Cada éxito nos llena de satisfacción. No solo orgullo profesional, sino un triunfo compartido que se siente tan íntimo como una caricia. Cuando finalmente expulsamos su vigilancia de nuestros sistemas, bloqueándolos definitivamente y cambiando nuestra firma digital para que no puedan volver a entrar, la victoria sabe tan dulce como el vino.

—Los pillamos —digo.

—Lo hicimos —sus brazos se estrechan a mi alrededor—. Estuviste perfecta.

El elogio me llena de calidez, no por el éxito, sino porque he ganado la aprobación de un hombre cuyo respeto es tan valioso como los diamantes.

—¿Los canales están asegurados? —pregunto, aunque las luces verdes que sustituyen a las advertencias rojas en sus pantallas ya me lo dicen.

—Completamente. Están bloqueados, rastreados y marcados para su eliminación —su aliento agita mi cabello mientras el agotamiento finalmente alcanza a la adrenalina—. Podemos volver ahí fuera.

Pero ninguno de los dos se mueve. La crisis ha terminado, el peligro inmediato ha desaparecido, y aun así seguimos apretados en este pequeño espacio que ha presenciado la colaboración más íntima de mi vida.

—Mara —comienza, con la voz áspera.

La forma en que dice mi nombre, como una plegaria, una afirmación y una pregunta, rompe algo dentro de mi pecho. Por primera vez desde que desperté en su ático, no estoy pensando en rutas de escape, probando límites o luchando contra su control.

Lo estoy disfrutando. Disfrutándole a él. Disfrutando cómo controla las reacciones de mi cuerpo mientras me mantiene a salvo con una habilidad implacable. Esta revelación me asusta más que cualquier amenaza externa.

—Deberíamos salir de aquí —digo, retrocediendo antes de que lo que está ocurriendo entre nosotros se convierta en algo que no pueda deshacerse.

Me suelta de inmediato, sin resistencia, solo una suave cooperación que de algún modo hace que perder el contacto se sienta aún peor. Mientras me pongo de pie con piernas temblorosas, su mirada sigue mi movimiento.

—Por supuesto —dice, con voz tranquila a pesar del deseo que aún brilla en sus ojos—. Tómate todo el tiempo que necesites.

Pero mientras me apresuro hacia el aire fresco, me doy cuenta de algo. Lo más peligroso de Emilio Rosetti no es su vigilancia, su control o su capacidad para modelar la realidad alrededor de sus obsesiones. Es lo correcto que se siente ceder ante él.

11

Emilio

Día cinco. Llevo la cuenta ahora, cada amanecer marca otra victoria sobre el tiempo y su obstinada independencia. Han pasado cinco días desde que la traje a casa, y por fin ha dejado de buscar rutas de escape cada vez que entra en una habitación. Pero me ha estado evitando desde la sesión de ayer en la sala segura.

La encuentro en el balcón mientras la luz del atardecer pinta Manhattan de oro y ámbar, envuelta en la manta de cachemira que dejé sobre el mobiliario exterior. No reconoce mi presencia, pero sus hombros se tensan ligeramente. Es consciente de mí pero no me da la bienvenida. La ciudad se extiende cuarenta pisos más abajo como una alfombra reluciente, casi lo suficientemente cerca como para tocarla.

—Te has perdido la cena —menciono, acomodándome en la silla junto a ella sin agobiarla, pero lo suficientemente cerca para captar el aroma a jazmín en su piel.

—No tenía hambre. —Su voz tiene cierto desapego que usa cuando lidia con emociones demasiado complejas para palabras simples. He aprendido a leer las señales, la forma en que se mantiene cuando está abrumada, el ligero ceño entre sus cejas cuando libra batallas internas.

Lo de ayer cambió algo entre nosotros. La forma en que reaccionó a mi control en la sala segura, el calor que se generó entre nosotros

mientras luchábamos juntos en la guerra digital, el momento en que se dio cuenta de que disfrutaba de mi dominio en lugar de simplemente soportarlo. Ahora se está alejando, reconstruyendo muros que estaban a punto de derrumbarse.

Lo entiendo. Cuando algo importante está lo suficientemente cerca como para tocarlo, el instinto es protegerlo manteniendo la distancia. Pero he aprendido a tener paciencia, y puedo esperar a que sus defensas vuelvan a bajar.

—Tengo algo para ti —digo en voz baja, sacando una pequeña caja de terciopelo del bolsillo de mi chaqueta.

Sus ojos se desvían hacia el estuche de joyería y luego se apartan, pero noto que su respiración se acelera ligeramente. —Emilio, no puedo aceptar...

—Míralo primero. —Coloco la caja sobre la mesa entre nosotros, lo suficientemente cerca para que pueda alcanzarla, pero sin forzar el contacto—. Luego decides.

Mira fijamente el terciopelo durante mucho tiempo, claramente dividida entre la curiosidad y la autopreservación. Finalmente, con movimientos que muestran su cuidadoso control, abre el estuche.

La brusca inspiración que toma me dice que hice la elección correcta. El collar es sencillo, una delicada cadena de oro con un colgante que una vez perteneció a su madre. Es de estilo Art Nouveau, probablemente de los años 20, con un pequeño diamante en el centro que capta la luz menguante. Lo encontré en una casa de empeños en Praga, tres meses después de que ella tuviera que venderlo para conseguir dinero para viajar.

—¿Cómo? —pregunta, con la voz tensa, sus dedos flotando sobre el colgante pero sin llegarlo a tocar.

—He estado siguiendo tus transacciones financieras durante años —digo suavemente, observando su rostro para ver cuánta verdad puede manejar—. Cada venta, cada compra, cada elección desesperada que hiciste para sobrevivir. Cuando vi que habías empeñado el collar de tu madre, me encargué de recuperarlo.

Sus manos tiemblan mientras levanta el collar de su caja de terciopelo, sosteniéndolo para captar los últimos rayos de sol. El oro

brilla como fuego líquido, y el diamante proyecta pequeños arcoíris en su palma.

—Ella lo llevaba todos los días —susurra, con la voz espesa de emoción—. Incluso cuando no teníamos nada más, ella conservó esto. Decía que le recordaba que las cosas hermosas podían sobrevivir a circunstancias feas.

Permanezco en silencio, dejando que procese los recuerdos que se proyectan en su rostro como una película. El dolor suaviza su expresión, haciéndola parecer más joven, más vulnerable que la mujer que ha estado resistiéndose a mi control durante cinco días.

—Lo vendí en Praga porque el hotel quería el pago por adelantado. —Su confesión es cruda, extraída de un lugar que rara vez muestra—. Tres generaciones en nuestra familia, y lo cambié por dos semanas de seguridad.

—Y ahora ha vuelto a casa —digo simplemente.

Me mira entonces, realmente me mira, y veo el momento en que comprende lo que esto significa. No se trata solo de recuperar una joya, sino de rastrear sus elecciones desesperadas a través de continentes, entendiendo lo que era lo suficientemente importante como para guardar, y preocupándose lo suficiente como para preservar partes de su historia que ella pensaba que se habían perdido para siempre.

—¿Por qué? —pregunta, la pregunta cargada con más que simple curiosidad—. ¿Por qué harías esto?

—Porque tú importas. —Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía, mi devoción acumulada encontrando una voz—. Cada parte de ti, cada recuerdo, todo lo que has tenido que sacrificar para sobrevivir... todo ello me importa.

Es entonces cuando se derrumba.

Las lágrimas la alcanzan repentinamente, una presa rompiéndose bajo una presión que no pudo soportar. Todo su cuerpo tiembla mientras solloza, aferrando el collar contra su pecho.

Cada instinto me dice que aproveche la situación. Está vulnerable, emocional, sus defensas destrozadas por una bondad inesperada. Esta es la oportunidad que el depredador en mí ha estado esperando. Su guardia está baja.

Pero en lugar de eso, me muevo al sofá exterior, atrayéndola suavemente. No reclamando sino consolando, no tomando sino dando, resistiendo el impulso de sujetarla demasiado fuerte mientras se desmorona.

—No puedo —jadea contra mi camisa, sus palabras ahogadas por las lágrimas—. No puedo permitirme desear esto. Desearte. Es demasiado peligroso.

—¿Por qué es peligroso? —pregunto suavemente, acariciando su pelo con una mano mientras trazo patrones calmantes en su espalda con la otra. El contacto me transmite calor, pero me concentro en sus necesidades en su lugar.

—Porque amarte ya me destruyó una vez. —Su confesión es cruda —. Pasé años intentando olvidar cómo se sentía ser vista completamente por alguien que no me juzgaba.

Sus palabras me golpean con fuerza, obligándome a pensar en su partida. Todavía no sé por qué se fue. ¿Huía de mí? ¿O de lo que teníamos juntos?

—Mara —digo, su nombre cargado de preguntas que me han atormentado.

—No lo entiendes. —Se aparta para mirarme, su rostro surcado por lágrimas que la hacen parecer tan joven—. Las cosas que he hecho, las decisiones que he tomado... Si lo supieras, ya no me querrías. Verías cómo soy en realidad.

—Sé lo que eres. —Paso mi pulgar por su mejilla, limpiando lágrimas que saben a sal y secretos—. Eres una superviviente de situaciones imposibles gracias a tu inteligencia y determinación. Valoras la belleza lo suficiente como para arriesgarlo todo por ella. Eres mía.

Se estremece ante mis palabras pero no se aleja. En cambio, se inclina hacia mi contacto, buscando consuelo a pesar de las palabras que deberían hacerla huir.

—No puedes simplemente apropiarte de las personas —susurra, aunque su voz carece de convicción.

—¿No puedo? —Sostengo su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme a los ojos—. Esto es real, Mara. Tú y yo somos reales.

Su risa es temblorosa y quebrada. —Demasiado real. ¿Como construir un santuario en un ático y seguirme a través de continentes?

—Como recuperar el collar de tu madre y esperar a que vuelvas a casa para llevarlo.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. La siento temblar contra mí, atrapada entre el deseo y el miedo, la confianza y la autoconservación. Este es el momento. ¿Aceptará el regalo y me dejará acercarme un poco más, o se refugiará tras muros que pasaré otra vida intentando atravesar?

—Ayúdame a ponérmelo —susurra finalmente.

Mis manos tiemblan mientras abrocho el delicado cierre en su cuello, con las yemas de los dedos rozando una piel que se siente como seda y electricidad. El colgante se asienta perfectamente en el hueco de su garganta, el oro cálido contra una piel enrojecida por la emoción.

—Precioso —murmuro, aunque estoy mirando su rostro en lugar de la joya.

—Se siente como ella —dice con asombro, sus dedos trazando el colgante con cuidado gentil—. Como si todavía me estuviera protegiendo de alguna manera. Protegiéndonos.

Tengo la sensación de que no se refiere a ella y a mí, sino a ella y a alguien más. ¿A quién más querría proteger la madre de Mara? ¿Quién más en la vida de Mara podría hacer que tanto ella como su madre se sintieran protectoras? Aparto ese pensamiento para examinarlo más tarde, en privado.

—Estaría orgullosa —digo, sintiendo cada palabra—. De en quién te has convertido, de lo que has sobrevivido, de la fuerza que necesitaste para seguir adelante cuando todo se desmoronaba.

Nuevas lágrimas se derraman, pero estas son diferentes. No de dolor sino de gratitud. Cuando se acomoda contra mí de nuevo, no está derrumbándose sino eligiendo.

A medida que cae la noche, las luces de la ciudad centellean debajo de nosotros, Manhattan como una galaxia de estrellas. Apenas me fijo en las vistas. Mi atención está en la mujer entre mis

brazos, en cómo su respiración se ralentiza, en el calor de su cuerpo contra el mío.

Es una deliciosa forma de tortura. Su cuerpo es suave y dócil contra el mío, confiándome su vulnerabilidad. Cada respiración que toma la presiona más cerca; cada pequeño movimiento envía chispas a través de mí.

Mi verga se endurece contra su cadera, la sangre fluyendo hacia abajo a pesar de mis mejores esfuerzos por controlarme. Está dolida, emocional, frágil de maneras que hacen impensable aprovecharme. Pero mi cuerpo no conoce la noble contención, solo sabe que la mujer que deseo está aquí, aceptando mi consuelo, llevando la prueba de mi reclamo.

—¿Emilio? —dice, con voz somnolienta y satisfecha, haciendo que mi pecho se tense de orgullo.

—¿Hmm?

—Gracias. Por mantenerlo a salvo cuando yo no pude.

Su simple gratitud me impacta más que cualquier seducción. No solo me está agradeciendo por el collar; me está agradeciendo por entender lo que importaba, por preocuparme lo suficiente como para proteger lo que ella no podía.

—Siempre —prometo, besando la parte superior de su cabeza—. Siempre te mantendré a salvo. A toda tú.

Suspira, y siento cómo la tensión abandona su cuerpo. No es exactamente rendición, sino aceptación. Un reconocimiento de que luchar contra mi protección es más agotador que dejarla entrar.

A medida que la noche se hace más profunda, la sostengo mientras se duerme, luchando contra el impulso de presionar mis labios contra los suyos. Este momento importa más que cualquier acto físico: su elección de confiarme su vulnerabilidad, de aceptar el cuidado en lugar de huir de la intimidad.

El depredador en mí quiere llevarla a la cama y arrancarle la ropa, adorar su cuerpo y alma. Pero sé que la paciencia ahora dará sus frutos más tarde, y ganar su confianza vale más que tomar su cuerpo.

Así que espero, sosteniéndola mientras Manhattan resplandece abajo. Dejo que descanse mientras mi propio deseo duele. Cuento

sus latidos, memorizo su peso en mis brazos y planeo exactamente cómo la cortejará mañana.

12

Mara

El sol de la mañana alcanza el colgante alrededor de mi cuello, proyectando pequeños arcoíris en el techo del dormitorio mientras despierto. Han pasado días desde que llegué aquí, y en lugar de averiguar cómo escapar, estoy tumbada en su cama llevando joyas que me marcan como suya, pensando en cómo le temblaban las manos cuando me lo abrochó anoche. Todo cambió después del balcón. Después de que me devolviera una parte de mi madre que creía perdida. Después de que me quedara dormida en sus brazos y despertara siendo llevada a la cama como algo valioso.

Lo encuentro en su cocina-despacho, rodeado de su tecnología. Múltiples pantallas muestran flujos de datos que estoy empezando a reconocer. Información financiera, interceptaciones de comunicaciones, feeds de vigilancia de la ciudad. El Fantasma está trabajando en su elemento. Hoy, en lugar de sentirme incómoda por sus habilidades, estoy intrigada.

—Muéstrame cómo lo encontraste —digo desde la puerta, tocando el colgante con los dedos—. El collar. Quiero entender tus métodos.

Levanta la mirada de sus monitores, con ojos sorprendidos pero luego complacidos por mi interés en su mundo. —¿Segura de que quieres ver detrás de la cortina? —pregunta, pero ya está haciendo espacio para mí en su puesto de trabajo—. Una vez que veas lo profundo que llega esto, no podrás desconocerlo.

—Creo que ya he pasado el punto de la ignorancia feliz.

Su sonrisa es afilada, hermosa y complacida. —Siéntate. Deja que te lo muestre.

Me siento junto a él, lo suficientemente cerca para compartir la luz de sus pantallas y captar su aroma. Estar cerca de él se siente diferente ahora. No atrapada sino incluida, no vigilada sino confiada con secretos.

—Praga —dice, moviendo los dedos rápidamente sobre las teclas —. 15 de octubre. Empeñaste tres objetos en la tienda de Novotny en la Plaza de Wenceslao.

La pantalla se llena con registros financieros que me hacen contener la respiración. No solo la transacción, sino información detallada, grabaciones de seguridad de la casa de empeños, análisis de mi estado emocional, incluso suposiciones sobre por qué tomé esa decisión desesperada.

—Estabas llorando —observa, mejorando la calidad de las imágenes borrosas hasta que mi cara aparece claramente—. No solo alterada, devastada. Lo que te llevó a vender el collar de tu madre no fue solo presión económica.

Miro la imagen de mí misma de hace años, con ojos vacíos y desesperada, sosteniendo reliquias familiares como si pudieran salvarme. Era el cumpleaños de Sarah. La mujer en la pantalla parece rota de maneras que había olvidado, desgastada por cosas que no podía controlar.

—¿Cómo sabías que debías rastrear casas de empeño?

—Porque te conozco. —Su voz es segura, enviando calidez por mi pecho—. Nunca venderías algo valioso a menos que no tuvieras otra opción. Y elegirías cuidadosamente. Lugares con buena reputación donde pudieras recuperarlo si las cosas mejoraban.

La lógica es perfecta, usando conocimiento íntimo para proteger en lugar de controlar. No solo rastreó mis problemas financieros, los entendió, los planificó y estuvo listo para solucionarlos.

—¿El dueño de la tienda? —pregunto, mirando metadatos que muestran meses de comunicación.

—Le convencí para que me contactara si alguien preguntaba por el collar. Establecí una aprobación automática de compra con una

prima alta. —Sus dedos muestran registros financieros de cuánto estaba dispuesto a pagar—. He estado vigilando ventas de patrimonio, casas de subastas y coleccionistas. Si hubiera aparecido en cualquier lugar, lo habría encontrado.

El alcance de su planificación me hace dar vueltas la cabeza. No solo comprando joyas, sino creando redes para recuperar cualquier parte de mi historia que pudiera aparecer en el mercado.

—¿Qué más has recuperado?

—El anillo de tu abuela. El reloj de tu padre. La caja de música que tu madre te regaló por tu decimosexto cumpleaños. —Cada objeto aparece en pantalla mientras habla, catalogado con gran detalle—. Todo lo que te has visto obligada a vender, lo he adquirido y mantenido a salvo.

—Dios mío. —La palabra sale sin aliento—. Has estado recopilando toda mi historia.

—He estado protegiendo lo que te importa cuando tú no podías protegerlo. —Sus ojos se fijan en los míos con intensa concentración —. Algunas cosas son demasiado preciosas para perderlas para siempre.

La forma en que describe vigilar como preservar, acechar como salvar, hace que algo inquietante se mueva dentro de mí. Esto no es solo obsesión, es una cuidadosa reconstrucción de todo lo que me hace sentir humana.

—Muéstrame más —me oigo decir, decidiendo a pesar de que mi mente racional me advierte en contra—. Quiero entender cómo me ves.

—Te veo completa. —Su voz baja a ese tono que me tensa por dentro—. Cada centímetro perfecto.

—Muéstramelo —susurro, asustada de lo que estoy pidiendo.

Se mueve a diferentes archivos, y estoy intrigada a mi pesar por la profundidad del análisis. La atención se siente abrumadora y extrañamente reconfortante.

—París —dice, abriendo imágenes que me tensan el estómago—. La inauguración de la galería donde llevabas el vestido rojo.

Recuerdo esa noche, interpretando un papel para un objetivo. Pero viéndome a mí misma en sus pantallas, veo algo diferente. No

la operadora segura que creí mostrar, sino alguien luchando contra una soledad tan profunda que se notaba en mi postura.

—Te veías hermosa —dice, con voz ronca—. Pero vacía. Como si estuvieras fingiendo felicidad para gente sin importancia mientras la mujer interior lentamente desaparecía.

La observación se acerca demasiado a la verdad. —¿Y qué querías hacer al respecto?

—Todo. —La palabra es cruda y honesta—. Quería aparecer a tu lado en esa inauguración, para recordarte quién eras. Quería llevarte a casa y pasar horas demostrándote que la verdadera tú valía más que cualquier papel que pudieras interpretar.

El deseo desnudo en su confesión hace que el calor se acumule entre mis muslos. No solo quiere mi cuerpo, quiere restaurar las partes de mi alma que renuncié para sobrevivir.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque necesitabas elegirme libremente. —Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad devastadora—. Podría haberte tomado en cualquier momento. Pero quería que tú quisieras ser tomada.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire. Toda su paciencia y planificación condujeron a este momento, cuando yo dejaría de huir y empezaría a pedir que me atraparan.

Y que Dios me ayude, sentada aquí entre pruebas de su devoción, estoy empezando a entender por qué rendirse podría sentirse tan correcto.

—Las cámaras —digo, un pensamiento repentino que hace que mi pulso se acelere—. Todavía me estás observando. Aquí, en el ático.

—Siempre. —Sin vergüenza, sin disculpas—. Cada habitación, cada momento. Observándote adaptarte a estar en casa, viéndote relajarte poco a poco, notando el momento exacto en que dejaste de buscar rutas de escape.

Su tranquila confesión no me horroriza, envía una oleada de conciencia que hormiguea por mi piel.

—Siempre te estoy observando. —Su voz contiene una satisfacción depredadora que hace que mi centro se contraiga—. Pero ahora también te estoy tocando.

Sigo su mirada hasta donde su mano descansa sobre mi muslo, su pulgar dibujando patrones en el pijama de seda que había olvidado que llevaba puesto. El contacto arde como fuego, haciendo imposible pensar con claridad.

—Esto es una locura —susurro, aunque no me aparto.

—Esto es amor —corrige, deslizando su mano más arriba hasta que su palma cubre la curva de mi cadera—. Ajustado al hecho de que la mujer que amo pasó años volviéndose invisible para todos excepto para mí.

Su manera de convertir la obsesión en devoción hace que un calor surja en mi pecho.

—Odio eso —susurro, inclinándome hacia su contacto a pesar de mí misma.

—No, no lo odias. —Su pulgar traza el punto sensible donde mi cadera se une a mi muslo, haciéndome jadear—. Tienes curiosidad. Sobre cuán profundo es esto, cuánto sé.

Tiene razón, y darme cuenta de esto me asusta más que cualquier amenaza externa.

—Enséñamelo —susurro, decidiendo a pesar de las consecuencias que no puedo descifrar—. Enséñame cómo me ves cuando no sé que me están observando.

Algo oscuro y ansioso destella en sus ojos. —¿Grabaciones del dormitorio?

—Todo. —Las palabras se me escapan antes de que mi valor se desvanezca—. Quiero entender lo que has visto.

Hace una pausa, sus dedos inmóviles en mi muslo. —De acuerdo.

Sus pantallas se llenan de imágenes que me hacen quedar inmóvil, momentos íntimos que creía privados, capturados con una claridad que muestra cada detalle. Yo durmiendo, duchándome, tocándome en camas por todo el mundo mientras pienso en ojos grises tormentosos y manos posesivas.

—Dios mío —susurro, viéndome arquear contra almohadas de hotel, jadeando su nombre—. Has visto todo esto.

—Cada segundo. —Su tono se vuelve áspero con un hambre apenas controlada—. Cada noche que te tocabas pensando en mí, momentos en que cedías a necesidades que creías que nadie veía.

Las imágenes muestran una verdad que había intentado negar. Incluso mientras huía de él, lo había estado anhelando.

—Me veo... —empiezo, luego me detengo, mirando fijamente mi propia imagen perdida en el placer.

—Hermosa —termina él—. Desesperada. Mía, incluso cuando intentabas pertenecerte a ti misma.

Verme a través de sus ojos es tanto abrumador como excitante. Puedo ver lo que él veía, no solo la reacción física, sino la necesidad emocional. La forma en que susurraba su nombre como una plegaria, arqueaba mi espalda como una ofrenda, cediendo a los recuerdos de manos que sabían exactamente cómo deshacerme.

El deseo me invade mientras veo mis propias noches desesperadas reproducidas en sus pantallas. Pero más allá del deseo, siento algo más, una poderosa conciencia de la fuerza que había olvidado que tenía.

—Apágalo —digo en voz baja.

—¿Por qué? —Su mano se mueve más arriba, sus dedos encontrando el borde de mis shorts del pijama—. ¿Avergonzada de lo hermosa que te ves cuando cedes a lo que deseas?

—No avergonzada. —Me levanto lentamente, intencionadamente, creando espacio entre nosotros mientras él me observa con intensa concentración—. Inspirada.

Algo cambia en su expresión, la sorpresa convirtiéndose en un hambre apenas oculta bajo su exterior tranquilo. —¿Inspirada a hacer qué?

—A mostrarte la diferencia entre ver recuerdos y experimentar la realidad. —Me muevo al centro de la habitación donde múltiples ángulos de cámara pueden capturar cada detalle—. Entre vigilancia y actuación.

Su respiración cambia, volviéndose más profunda, más controlada, mientras asimila lo que estoy ofreciendo. —Mara...

—Has estado observándome —continúo, mis dedos encontrando el dobladillo de la parte superior de mi pijama de seda—. Mis respuestas, analizando mis patrones, aprendiendo exactamente cómo me veo cuando cedo a necesidades que creía privadas.

—Sí —respira, sus nudillos blancos mientras agarra los brazos de su silla.

—Pero nunca me has visto actuar solo para ti. No en persona. —La parte superior se desliza sobre mi cabeza lentamente, la seda rozando contra una piel que se siente extra sensible bajo su intensa mirada—. Nunca me has visto tocarme mientras miro directamente a tus ojos.

Un músculo se contrae en su mandíbula mientras lucha por controlarse. —¿Qué estás proponiendo?

—Un intercambio. —Me paro ante él con solo los shorts de seda a juego, dejando que absorba mi piel expuesta mientras mantengo el contacto visual—. Recibes un espectáculo diferente a cualquier cosa que tu vigilancia haya capturado. Pero lo haremos a mi manera.

—A tu manera —repite, con la voz tensa de deseo.

—Tú miras, pero no tocas. Ni a mí, ni a ti mismo. Solo mira. —Engancho mis pulgares en la cintura de mis shorts y dejo que caigan al suelo—. ¿Quieres verme rendirme? Esta es la rendición en mis términos.

Mira mi cuerpo desnudo, con los músculos tensados por el hambre. Pero permanece en la silla. No se mueve, no intenta tomar el control del espectáculo que le estoy ofreciendo.

—¿Y si quiero tocarte? —pregunta con voz áspera.

—No puedes. —Mi sonrisa es afilada como el cristal roto—. No hasta que yo decida que te lo has ganado.

El cambio de roles nos sacude a ambos: él, obligado a quedarse quieto mientras yo dirijo cada momento. Había olvidado que rendirse puede ser un arma cuando lo haces a propósito.

Me deslizo hacia la chaise longue de cuero situada en su línea de visión y me acomodo entre los cojines. Dejo que mis muslos se abran lentamente, ofreciéndole una vista. —Quiero que veas exactamente lo que te has estado perdiendo.

Mis manos recorren mi cuerpo, no frenéticas como en las antiguas grabaciones, sino lentas y deliberadas para volverlo loco. Acaricio mis pechos, rodeo mis pezones hasta que se ponen erectos. Él observa cada respuesta.

—Joder —suspira, con las manos tan apretadas que el cuero cruje.

—¿Quieres tocarme? —Deslizo una mano hacia abajo mientras la otra sigue trabajando mi pecho.

—Más que respirar.

—Qué pena. —Mis dedos encuentran la humedad entre mis muslos, haciendo círculos mientras mantengo su mirada—. Perdiste el privilegio de tocar cuando decidiste mirar sin permiso.

Su brusca inhalación demuestra que he dado en el clavo. Esto no es solo una actuación, es un ajuste de cuentas.

—Esto es lo que te perdiste —murmuro, introduciendo dos dedos mientras mi pulgar encuentra mi clítoris.

Respira con dificultad mientras me muevo lentamente, mostrándole exactamente cómo me afecta su presencia, mientras él solo puede observar.

—Dime qué estás pensando —exijo, sintiendo cómo el placer crece y hace que mi espalda se arquee contra los cojines.

—Que quiero reemplazar tus dedos con mi lengua —gruñe, con la voz áspera de deseo—. Que quiero saborearte mientras te deshaces bajo mi boca.

—¿Qué más? —Aumento la presión, persiguiendo el límite mientras sus palabras encienden más fuego dentro de mí.

—Que verte tomar el control es lo más erótico que he presenciado jamás. —La confesión es cruda y honesta—. Que soportaría esta tortura solo por verte reclamar tu poder.

Sus palabras me empujan hacia el clímax, pero me obligo a ralentizarme, prolongando su exquisito sufrimiento. —¿Tortura? ¿Solo por mirar?

—Por desear lo que puedo ver pero no puedo tener. —Sus nudillos están blancos mientras agarra la silla—. Por saber cómo te ves cuando te entregas, pero ser incapaz de hacer que eso suceda yo mismo.

—Pobre depredador —murmuro, añadiendo un tercer dedo mientras mi pulgar se mueve en lentos círculos—. Ahora sabes lo que se siente al cazar algo que no puedes atrapar.

Eso lo rompe. Un sonido escapa de su garganta, una mezcla de gruñido y súplica, que me hace espiralar hacia el orgasmo.

—Dime qué quieres —dice, con la voz áspera por la necesidad apenas contenida.

—Quiero que me digas qué hacer —admito, las palabras arrancadas de un lugar que no sabía que existía—. Pero necesito saber que puedo decir no.

—Siempre —respira—. Siempre puedes decir no. Pero cuando dices sí...

—Cuando digo sí, tú tomas el control.

—Córrete para mí —ordena, aunque no tiene poder—. Déjame ver lo que me he estado perdiendo. Muéstrame cómo es cuando eliges entregarte en lugar de ser forzada a ello.

Su súplica, llena de desesperada autoridad, rompe los últimos vestigios de mi control. Me corro con su nombre en mis labios, mi espalda arqueándose mientras olas de placer me inundan, dejándome temblorosa contra los cojines.

Pero a diferencia del vídeo que habíamos visto, esta vez mantengo mis ojos fijos en los suyos durante todo el clímax. Le permito ver no solo mi respuesta física, sino la elección de compartir este momento con él, de permitirle acceso a la vulnerabilidad que he protegido.

Cuando vuelvo a ser consciente, lo encuentro observándome con una mirada que nunca había visto antes, hambre mezclada con algo que parece peligrosamente cercano a la reverencia.

—Ahora lo sabes —digo suavemente, recogiendo el pijama de seda con manos que tiemblan ligeramente por las réplicas del orgasmo.

—¿Saber qué? —Su voz es ronca, tensa.

—La diferencia entre tomar y que te den. —Me visto lentamente, notando sus ojos siguiendo cada uno de mis movimientos—. Entre vigilancia y confianza. Entre observar a alguien y ser elegido por esa persona.

Me detengo en la puerta, volviéndome para mirar su rostro. —Cuando decidas que quieres lo real en lugar de solo el espectáculo, házmelo saber.

El depredador permanece inmóvil en su silla, rodeado de tecnología que le ha dado acceso a todo excepto a lo que más desea. El permiso para dejar de mirar y empezar a participar.

Pero esa es una elección que tendrá que ganarse. Y por primera vez desde que llegué a su ático, soy yo quien tiene todas las cartas en la mano.

13

Mara

Bergdorf Goodman después del horario de apertura. Está vacío. La luz dorada realza las lujosas exposiciones. A través de la entrada privada, se me corta la respiración ante el lujo que nos rodea, pero esta vez, hay algo más que solo sorpresa. Algo ha cambiado entre nosotros durante los últimos días, y estoy empezando a entender lo que significa cuando Emilio Rosetti decide cortejar a alguien.

—¿Excesivo? —siento que mi pulso se acelera en mi garganta, muy consciente de cómo su atención sigue el movimiento. Mi cuerpo todavía hormiguea por su mirada devorándome ayer mientras me tocaba para su deleite visual.

—Quizás —coloca su mano en la parte baja de mi espalda, un contacto que arde después de horas preguntándome cuándo me tocaría otra vez—. Todo lo que hago por ti es intencionado, Mara.

La certeza en su voz me calienta a pesar del fresco aire de marzo. La dinámica entre nosotros está evolucionando, y tengo curiosidad por saber hacia dónde se dirige.

—Señor Rosetti —un hombre se acerca con la confianza de alguien acostumbrado a tratar con la élite de Manhattan—. Soy Marcus Laurent, su estilista personal. Todo está preparado según sus especificaciones.

Noto cómo los ojos de Marcus se detienen en mi rostro con una apreciación que se siente demasiado íntima, demasiado evaluadora.

Algo destella en el rostro de Emilio: irritación ante la atención de otro hombre.

El área de consulta parece un apartamento de lujo, con champán enfriándose en cubos de cristal y delicados entrantes. Pero es la selección específica lo que hace que mi pulso se acelere. Pasteles franceses que mencioné que me encantaban una vez, champán de un viñedo que soñaba con visitar.

Ha estado escuchando. No solo observándome, sino recordando preferencias casuales, comentarios sobre belleza, comodidad o pequeños lujos que hacen que la vida valga la pena.

—Tiene una estructura ósea extraordinaria —dice Marcus, mirando mi rostro con admiración abierta, haciendo que Emilio se tense a mi lado—. Perfecta tanto para piezas de elegancia clásica como de vanguardia contemporánea.

La tensión de Emilio aumenta mientras la mirada de Marcus baja desde mi mandíbula hasta mi garganta con una mirada que se siente casi personal. Emilio percibe competencia, incluso cuando forma parte de una consulta de moda.

Las piezas que Marcus muestra son impresionantes. Una americana azul medianoche a medida que me hace parecer como si perteneciera a salas de juntas donde se construyen imperios, un vestido de noche de seda esmeralda que convierte la elegancia en un arma. Cada prenda habla de una calidad más allá del mero gasto, una artesanía que convierte la ropa en armadura.

—La tela es exquisita —dice Marcus, entregándome un vestido de cóctel, sus dedos tocando ligeramente los míos mientras tomo la percha—. Seda italiana, tejida a mano. Sienta el peso.

El breve contacto, apenas un roce de piel, hace que Emilio se quede completamente inmóvil a mi lado. Puedo prácticamente sentir la tensión acumulándose dentro de él, instintos afilados por nuestra creciente cercanía.

—Atento —digo, examinando la confección del vestido, muy consciente de la tensión del hombre a mi lado. El recuerdo de su atención enfocada me envía una oleada de calor, incluso en público.

—Pruébese el vestido de cóctel —sugiere Marcus, dirigiéndose al probador con una familiaridad asumida—. Le ayudaré con el cierre;

es bastante intrincado.

—No.

La palabra sale helada, llena de suficiente amenaza como para hacer que las personas inteligentes reconsideren sus decisiones. Tanto Marcus como yo nos quedamos inmóviles cuando la fachada de Emilio cae, revelando al depredador que nuestro creciente vínculo ha traído más cerca de la superficie.

—Señor Rosetti, le aseguro que es completamente normal que yo ayude...

—He dicho que no.

Emilio se levanta lentamente, asegurándose de que Marcus entienda qué tipo de hombre es: uno que resuelve problemas. El tipo cuya mujer acaba de complacerle y ahora está siendo tocada por alguien más.

—Emilio —le advierto, aunque una parte de mí está emocionada por su demostración. La creciente cercanía entre nosotros hace que sus instintos protectores parezcan una progresión natural en lugar de un control no deseado.

—Por supuesto —dice Marcus rápidamente, recuperando la calma a pesar del sudor en su frente—. El probador está completamente equipado. Por favor, tómese su tiempo.

Me deslizo detrás de las pesadas cortinas, muy consciente de que esto ya no se trata solo de ropa. Ayer le había mostrado la diferencia entre ser observada y tener una elección. Ahora él me está mostrando lo que significa pertenecer a alguien que ve mi placer como su principal preocupación.

El vestido negro se desliza sobre mi piel como una sombra líquida, transformándome de una mujer con sentimientos complejos en algo hermoso y peligroso. Cuando salgo, el respirar entrecortado de Emilio me dice todo lo que necesito saber sobre el efecto.

Pero es la clara admiración de Marcus, la forma en que sus labios se separan ligeramente, sus pupilas se dilatan, lo que desencadena la reacción que he estado temiendo.

Emilio se mueve rápidamente, cerrando la distancia entre ellos con una gracia suave y depredadora. Su mano se cierra alrededor de la garganta de Marcus.

—¿Pensaste —dice con una voz tranquila que se convierte en un susurro mortal—, que la traje aquí para que la desnudaras con tus ojos? ¿Que organicé esta consulta privada para que pudieras imaginar cómo se ve debajo de esa seda?

—Por favor... —Marcus jadea, arañando la muñeca de Emilio mientras su rostro comienza a tornarse morado—. No quería decir...

—¿No querías faltar al respeto a lo que es mío? —El agarre de Emilio se aprieta un poco—. Porque eso es exactamente lo que hiciste.

La violencia casual es alarmante. Aun así, la excitación inunda mi sistema como fuego. Verle desatar su furia se siente como presenciar al verdadero él, peligroso y emocionante.

—Emilio —me acerco, usando la autoridad que reclamé ayer—. Suéltalo.

Por un momento, creo que podría ignorarme. Es como un depredador con su presa a la vista, y yo soy una amenaza para su territorio. Pero entonces me mira, ve algo en mi expresión y suelta a Marcus.

—Fuera —le dice al estilista, sin dejar de mirarme—. Envía a otra persona. Una mujer. Ahora.

Marcus corre hacia la salida, sujetándose la garganta, y su traje revolotea a su alrededor como plumas de pavo real. La puerta se cierra suavemente, dejándonos solos con la seda y el cristal esparcidos.

—Bueno —digo, mirando mi reflejo en los espejos que captaron toda la escena—, eso ha sido dramático.

—Te miraba como si...

—¿Como si fuera hermosa? —me giro para mirarlo, mostrando satisfacción en lugar de miedo o desaprobación—. Qué terrible.

—Como si estuvieras disponible —corrige, acercándose hasta que puedo verme reflejada en sus ojos—. Como si fueras suya para evaluarte y vestirte.

—Y eso te molestó. —No es una pregunta. Solo comprensión tras ver cómo perdía el control.

—Eso me molestó. —Sin vergüenza, sin disculpas. Solo sinceridad sobre los instintos que nuestra creciente cercanía ha intensificado—.

La idea de que otro hombre piense que puede tocarte.

El calor en su voz hace que una calidez se extienda por mi cuerpo. —Te gustó mi reciente... firmeza.

—Mucho. —Sus manos enmarcan suavemente mi rostro, contrastando con su violencia anterior—. Pero eso no significa que permitiré que otros hombres te miren como lo hago yo.

La distinción importa más de lo que debería. No es solo posesividad, sino una relación que crece.

Victoria entra, de mediana edad y profesional, asegurándose de no mencionar la dramática salida de Marcus. Navega por la consulta con suave eficiencia, mostrando piezas que me transforman de una mujer en conflicto a alguien que encaja en el mundo de Emilio.

Es la selección final la que realmente me deja sin aliento. Un vestido de seda color burdeos hasta el suelo me hace parecer una diosa de la guerra, resaltando los tonos dorados de mi piel mientras que el corte sugiere tanto elegancia como peligro.

—Este —susurro, mirando mi reflejo—. Esta es quien podría ser.

—Esta es quien eres —corrige Emilio, de pie detrás de mí para que ambos estemos en el espejo—. Solo necesitabas el entorno adecuado para verlo claramente.

Sus manos descansan en mi cintura, y me apoyo contra su pecho sin pensar.

—El vestido burdeos será perfecto para ocasiones formales —dice Victoria con satisfacción—. Aunque debería mencionar que los eventos en vuestro círculo social tienden a requerir ciertas... consideraciones.

—¿Consideraciones? —pregunto, aunque su tono sugiere que ya lo sé.

—Cuestiones de seguridad. El tipo que hace que la belleza sea una forma de armadura en lugar de simplemente una elección estética. —Ajusta las líneas del vestido con experticia—. El señor Rosetti ha especificado que todas las piezas permitan protección oculta mientras mantienen siluetas elegantes.

La mención casual de armas ocultas me produce un escalofrío. Esto no es solo ir de compras, es prepararse para la guerra.

—Entonces nos lo llevamos todo —decide Emilio, hablando con la fácil autoridad de alguien para quien el dinero realmente puede comprar cualquier cosa.

14

Mara

El día siete amanece gris y silencioso. Me despierto entre sábanas de seda, vistiendo solo un pijama de seda y el collar de mi madre. El colgante atrapa la luz de la mañana mientras me estiro.

Encuentro a Emilio en la cocina, preparando café, calentando cruasanes. Se siente más como seguridad que como asfixia.

—Buenas noticias —dice, sin levantar la vista de su tableta, aunque veo sus ojos seguirme en los reflejos de los electrodomésticos—. He asegurado tu plan de salida.

La noticia me hace detenerme a medio paso. —¿Asegurado cómo?

—He finalizado una nueva identidad para ti. Pasaporte, carné de conducir. Te he comprado un billete de tren a Jersey y un vuelo de conexión a Londres. —Se gira, sus ojos grises muestran satisfacción y alivio—. Estás a salvo.

A salvo. La palabra significa más que simple protección. Significa libertad.

—¿Lo cual significa? —pregunto, ya adivinando hacia dónde va esto.

—Lo cual significa que eres libre de irte. —Lo dice con cuidado, pero noto la tensión en sus hombros y cómo sus manos se detienen en la encimera de mármol—. Las cerraduras están desactivadas, los sistemas de seguridad configurados para salida, no para retención. Puedes irte cuando quieras.

Esto lo cambia todo.

—¿Así sin más? —Me acerco, estudiando su rostro en busca de cualquier señal de mentira—. ¿Una semana de cautiverio, y ahora me das libertad porque has conseguido una nueva identidad para mí?

—Una semana de santuario —corrige suavemente—. Siete días en los que has aprendido lo que se siente al ser protegida en vez de perseguida. Valorada en vez de utilizada.

La distinción me golpea fuerte porque es verdad. Cada necesidad satisfecha, cada comodidad proporcionada, cada vulnerabilidad respetada en lugar de explotada.

—¿Y si decido irme?

—Entonces te veré marchar. —Su voz se vuelve áspera, aunque permanece tranquilo—. Me aseguraré de que tengas todo lo que necesitas para volver a desaparecer, para construir la vida que quieras sin interferencias mías ni de nadie más.

—Me dejarías marchar. Después de toda esta búsqueda, después de construir este elaborado santuario, después de demostrar que puedes proporcionar todo lo que nunca supe que necesitaba.

—Sí. —Simple. Directo. Desgarradoramente honesto.

Miro su rostro, buscando cualquier signo de engaño, cualquier indicio de que esto es manipulación. Pero sus ojos grises muestran solo verdad, dolorosa, cruda, absoluta.

—¿Por qué?

—Porque mantenerte contra tu voluntad no es una victoria. Es solo otra forma de perderte. —Se acerca más, tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual—. Quiero que me elijas, Mara. No como una escapatoria de tu situación, no como una rendición ante una fuerza mayor, sino como un reconocimiento de que lo que tenemos merece ser protegido.

Su confesión hace que mi garganta se estreche con emociones que no estoy lista para nombrar. —¿Y si me quedo? ¿Cómo sería eso?

—Como tú quieras que sea. —Sus manos enmarcan suavemente mi rostro—. Una asociación, si quieres igualdad. Protección, si necesitas seguridad. Posesión, si anhelas la entrega. O alguna

mezcla de las tres, decidida día a día mientras descubrimos cómo construir algo que funcione para ambos.

La oferta es todo lo que he deseado y todo lo que me asusta.

—Necesito pensar —susurro, sintiendo el peso de la verdadera libertad después de tanto tiempo pensando que no tenía ninguna.

—Por supuesto. —Se aparta de inmediato, dándome un espacio que no he pedido pero necesito—. Tómate todo el tiempo que necesites. La decisión es completamente tuya.

Corro hacia el balcón, necesitando aire y distancia y el anonimato de una ciudad que no conoce mi nombre. El viento de marzo corta a través de mi pijama de seda, pero el frío ayuda a despejar mi cabeza de su aroma y la atracción de su atención.

Manhattan se extiende debajo de mí. Millones viviendo vidas sin negociar la libertad con hombres que convierten el amor en hermosas jaulas. Yo podría ser una de ellos otra vez, invisible, independiente, responsable solo ante mí misma.

Este pensamiento debería emocionarme. En su lugar, se siente como considerar una amputación.

Hace siete días, habría huido sin dudarlo. Habría visto su oferta de libertad como una oportunidad para escapar antes de que cambiara de opinión.

Pero estos siete días me han mostrado de qué estaría huyendo: café perfecto y regalos imposibles, atención que se siente como veneración, control que viene con protección. Un hombre que me ha estudiado tan bien que conoce mis necesidades antes que yo, que es lo suficientemente paciente como para esperar años a que vea la diferencia entre ser tomada y ser ofrecida.

El collar en mi garganta atrapa la luz de la mañana, enviando pequeños arcoíris por el suelo del balcón. Un recordatorio físico de la devoción que siguió mis elecciones desesperadas a través de continentes.

¿Cuándo amar a alguien se convirtió en darle todo lo que necesita para dejarte?

La pregunta cristaliza algo que ha estado creciendo desde que me mostró las imágenes de vigilancia, desde que actué para él en mis

propios términos, desde que me sostuvo mientras lloraba y no intentó convertir la vulnerabilidad en oportunidad.

Esto es quien realmente soy. Una persona que responde a la fuerza con deseo, que encuentra el poder irresistible cuando se usa para protegerme.

Luego pienso en despertarme durante siete días en sábanas de seda, con café hecho exactamente como me gusta, y rodeada de señales de que alguien valora inmensamente mi comodidad. Sintiéndome hermosa bajo unos ojos grises que han visto cada parte de mí y la han encontrado preciosa, no defectuosa. Antes de esto, mi vida eran solo habitaciones de hotel anónimas e identidades falsas, seguras pero vacías. Libre pero sola.

La elección no es entre libertad y cautiverio. Es entre estar sola y tener una conexión, entre ser independiente y tener intimidad, entre protegerme a mí misma y confiar en que alguien más me proteja mejor de lo que podría yo sola.

Cuando regreso del balcón, Emilio está exactamente donde lo dejé, apoyado en la isla de mármol, la tableta ignorada, pareciendo un hombre que espera un veredicto que podría destruirlo o salvarlo.

—La puerta —digo en voz baja—. Dijiste que los cierres están desactivados.

—Lo están. —Su voz es cuidadosamente neutral, pero no puede ocultar por completo la tensión que hay en él.

—Enséñamelo.

Algo destella en su rostro, quizás sorpresa o dolor, pero asiente y me conduce a la entrada principal. El panel de seguridad, que brillaba en rojo durante siete días, ahora pulsa en verde, mostrando sistemas configurados para salir, no para contener.

—Cierres biométricos desactivados —explica, sonando profesionalmente distante aunque sus manos se cierran y abren a sus costados—. Acceso al ascensor restaurado. El coche te llevará a cualquier lugar de la ciudad al que quieras ir.

Coloco mi mano en la superficie lisa de la puerta. Siete días con una barrera entre el mundo y yo, y ahora nada se interpone entre la libertad y yo excepto mi propia decisión.

—Podría salir ahora mismo —observo.

—Sí.

—Y no me detendrías.

—No.

Miro su rostro, notando las pequeñas señales de emociones que intenta ocultar. La ligera tensión alrededor de sus ojos muestra que está esperando una pérdida. La forma en que aprieta la mandíbula para contener palabras que no dirá. La completa quietud por forzar sus instintos a mantenerse bajo control.

—¿Por qué no intentas convencerme para que me quede?

—Porque si tengo que convencerte, entonces no estás tomando realmente una decisión. —Su voz se hace más grave de una manera que hace que mi corazón se acelere, incluso ahora—. Y he pasado años buscando a una mujer que decida. No a una que sea forzada.

Sus palabras abren algo en mi pecho. Toda esta paciencia, todo este trabajo, conduciendo a este momento en que él da un paso atrás y confía en que yo vea lo que está ofreciendo con la suficiente claridad como para desearlo por mí misma.

—Odio que me hayas rastreado a través de continentes —digo en voz baja.

—Lo sé.

—Odio que hayas construido este lugar sin mi permiso.

—Lo sé.

—Odio que sepas cosas sobre mí que nunca le he contado a nadie.

—Lo sé. —Su voz se suaviza un poco—. ¿Qué más?

—Odio que me hayas hecho sentir más segura en siete días de lo que me he sentido en todo este tiempo protegiéndome a mí misma. —La confesión viene de un lugar real y crudo—. Odio que irme se sienta como elegir la soledad en lugar del amor. Elegir mi propio orgullo en lugar de... en lugar de la felicidad.

Él respira profundamente, calmándose. —¿Y?

—Y odio que vaya a quedarme de todos modos. —Las palabras salen antes de que pueda perder el valor—. No porque tenga que hacerlo, no porque me hayas atrapado, sino porque dejarte se siente como abandonar lo mejor que me ha pasado nunca.

Su expresión cambia drásticamente. La sorpresa se convierte en un profundo alivio que casi hace que sus rodillas cedan. Se apoya

contra la pared, con los ojos fijos en los míos.

—Te quedas —dice, como si necesitara oírlo de nuevo para creerlo.

—Me quedo. —Me alejo de la puerta, de la libertad, moviéndome hacia el hombre que se ha convertido en el centro de mi mundo—. Pero con condiciones.

—Nómbralas.

—No más vigilarme sin consentimiento. No más rastrear mis movimientos. No más tomar decisiones sobre mi vida sin mí. —Me acerco más, hasta que compartimos el aire entre nosotros—. Si estoy eligiendo esto, estoy eligiendo una asociación. No solo protección.

—De acuerdo. —La palabra sale de inmediato, sin vacilación—. ¿Algo más?

—Sí. —Alzo la mano para tocar su mandíbula, sintiendo el ligero temblor en él ante el simple contacto—. Quiero que entiendas que no estoy renunciando al control. Estoy eligiendo compartir el mío.

Su sonrisa es tan fría como el invierno y asombrosamente hermosa. —Llevo tres años esperando oírte decir eso.

15

Mara

La alarma rompe el silencio de la mañana temprana. Mis ojos se abren de golpe en la gran cama donde he estado durmiendo sola. Han pasado ocho días desde que Emilio me trajo a casa, y uno desde que decidí quedarme.

Él nunca viene aquí conmigo; su ansiedad le impide relajarse, a pesar de que la mujer a la que perseguía ya no está huyendo.

Pero ayer fue diferente. Ayer le dije que me quedaba y que quería una asociación en lugar de solo protección. Ayer pensé que tendríamos tiempo para descubrir qué significa eso.

Pero aun así durmió en otra cama. No sé qué pensar sobre eso, pero ahora no tengo tiempo.

Las alarmas del ático están sonando estridentemente, y eso no puede significar nada bueno.

—Mara —Emilio está en la puerta con vaqueros y una sudadera carísima—. Tenemos sesenta segundos.

Ya estoy en movimiento, los instintos de años de supervivencia activándose a pesar de la conmoción. La bolsa de emergencia está lista en el armario, un viejo hábito de antes de confiar en alguien más para mi protección. Mis manos tiemblan mientras cojo ropa, dejando atrás los pijamas de seda, el lujo que pensé que finalmente podría disfrutar.

—¿Cuántos? —pregunto, poniéndome unos vaqueros negros y un jersey ajustado, sintiéndome extraña con ropa doméstica después de una semana siendo tratada como una obra de arte preciosa.

—Ocho confirmados. Posiblemente más en reserva —abre la caja fuerte en la pared detrás de un Monet invaluable, revelando dinero en efectivo, documentos y suficientes armas para una pequeña guerra—. Grado militar. Asalto coordinado.

Ocho asesinos entrenados. La casa segura que parecía protegida ahora se siente tan frágil como el cristal. Esta es la vida que elegí cuando decidí quedarme. No solo lujo y protección, sino la amenaza constante por amar a un hombre con enemigos mortales. Aunque, para ser justos, yo también tengo mi buena parte de ellos.

Un estruendo distante resuena por todo el ático, tablas del suelo encontrándose con botas tácticas. Están dentro del edificio, atravesando defensas que deberían haberlos detenido.

—¿El ascensor privado? —cojo la caja de joyas de la mesita de noche: dispositivos de rastreo disfrazados de diamantes, regalos de un hombre que pensaba que tendríamos tiempo para construir algo hermoso juntos.

—Comprometido —su voz está impregnada de ira—. Alguien con acceso a los planos del edificio y detalles de seguridad.

Información interna. Alguien sabía exactamente cómo irrumpir en lo que parecía imposible de violar. La comprensión me estremece. Esto no es violencia aleatoria, sino un ataque planificado. Otro estruendo, más cerca. Se están tomando su tiempo porque saben que estamos atrapados a cuarenta pisos de altura sin escapatoria.

—Escaleras de servicio —dice Emilio, entregándome una Glock. Metal frío, pesado con la promesa de violencia—. Quédate cerca. Mantente en silencio. Haz exactamente lo que te diga cuando te lo diga.

El Fantasma está en modo de acción total, cada movimiento eficiente y letal. Este es quien realmente es bajo el exterior educado.

Nos deslizamos por una puerta oculta hacia pasillos de hormigón que huelen a moho y desuso. El calor y la luz de nuestro lugar seguro desaparecen detrás de paredes que se sienten como una

tumba. Mi aliento se empaña mientras bajamos por estrechas escaleras, dejando atrás todo lo que creía seguro.

Arriba, voces amortiguadas llegan a través de las paredes, cazadores tranquilos que saben que nos tienen acorralados.

Emilio se mueve como una sombra, cada paso planeado para el silencio. Incluso mientras escapa, mantiene ese control inhumano que lo hace legendario. Pero puedo ver la ira ardiendo bajo su exterior tranquilo. Rabia por ser invadido, por tener nuestro lugar seguro violado, y por verme darme cuenta de que estar con él significa peligro constante.

El aparcamiento apesta a escape y aceite de motor, el espacio de hormigón haciendo eco de nuestros pasos. Su Lamborghini espera, elegante, potente, pero no es la elección correcta para un escape donde necesitamos pasar desapercibidos.

—El Lambo no —susurro.

—No —me lleva hasta un sedán sencillo, eligiendo la supervivencia sobre el estilo. El motor arranca suavemente mientras nos incorporamos al tráfico matutino de Manhattan, solo un coche más entre muchos.

SUVs negros rodean la entrada del edificio, vehículos gubernamentales con ventanas oscuras y apariencia de contratistas militares. Hombres con trajes caros que matan por dinero, no por pasión.

—Dios mío —respiro, hundiéndome más en mi asiento—. ¿Quiénes son?

Sus nudillos se vuelven blancos sobre el volante, la única señal de emoción. —Eso es lo que pretendo averiguar —el filo en su voz me hace estremecer—. Alguien envió asesinos armados al lugar donde duermes. A nuestro hogar.

La rabia posesiva no debería excitarme como lo hace.

—Callahan —susurro, la vergüenza ahogándome la garganta—. Están aquí por mí. Porque finalmente dejé de huir y te convertí en un objetivo.

—No —su voz suena firme—. Están aquí porque cometieron el error de amenazar lo que me pertenece. Eso hace que sea mi responsabilidad, no la tuya.

Me gusta su dominancia. Me gusta cómo toma el control. Yo elegí esto. Lo elegí a él. Elegí el peligro que conlleva ser preciada para un hombre como él.

Una hora después, entramos en un aparcamiento de motel que parece congelado en los años 70. Los carteles de neón zumban y parpadean, anunciando tarifas por hora a personas reducidas a necesidades desesperadas. El cambio desde nuestro ático es drástico, pasando de la riqueza a la oscuridad en una sola mañana.

—¿Aquí? —miro la pintura descolorida y el asfalto agrietado, viendo cómo es la protección cuando el lujo desaparece—. ¿Este es tu plan?

—Nadie nos buscará aquí —aparca lejos de la recepción, eligiendo las sombras sobre la conveniencia—. A veces el lugar más seguro es la nada. Un puto vertedero.

La habitación es exactamente lo que esperaba. Muebles baratos, moqueta industrial y el olor a desinfectante librando una batalla perdida contra décadas de humo. Las paredes son tan delgadas que las conversaciones se filtran desde las habitaciones contiguas donde otros manejan sus propios asuntos desesperados.

Pero es seguro y anónimo, un lugar donde Emilio Rosetti y su mujer pueden desaparecer hasta que él decida cómo destruir a la gente que nos ha perjudicado.

Emilio cierra la puerta con llave y se apoya contra ella, su cuerpo añadiendo otra capa de protección.

La ira que ha controlado desde que saltó la alarma finalmente estalla.

—¡Joder! —Su puño destroza el panel de yeso, sus nudillos golpeando contra el yeso barato—. Tres años de preparación, millones en tecnología, y lo atravesaron como si fuera papel.

Nunca lo había visto perder el control, no al cuidadoso Rosetti, no al hombre que planifica cada contingencia. Esto es furia pura.

—Emilio...

—Construí ese lugar para ti —Se gira, y el dolor en sus ojos me golpea más fuerte que su rabia—. Cada sistema, cada medida, cada lujo. Diseñado específicamente para mantenerte protegida. Y no significó nada.

El dolor en sus palabras me atraviesa. No es solo obsesión. Es devoción.

—Hemos escapado —digo, acercándome a él a pesar de la energía tensa que le rodea—. Estamos vivos. Eso es lo que importa.

—¿Protegidos? —Se ríe con amargura—. Estamos escondidos en una habitación de motel de cuarenta euros mientras asesinos nos persiguen. Mis defensas no valen nada, y alguien sabe exactamente cómo encontrarnos.

El hombre que me rastreó a través de continentes está ahora en plena retirada. El Fantasma humanizado por alguien que conocía sus puntos débiles mejor que él mismo.

—Oye —Estiro la mano hacia él a través del aire cargado—. Mírame.

Sus ojos color tormenta se encuentran con los míos, y veo el miedo bajo su ira. No miedo a morir, sino a perderme otra vez. Le preocupa que me dé cuenta de que estar con él significa vivir una vida donde la seguridad es incierta y el amor puede ser usado en nuestra contra.

—Vamos a resolver esto —digo, con voz más firme de lo que me siento—. Juntos, ¿recuerdas? Socios. Lo que significa que afrontamos lo que venga como un equipo.

—Juntos —Prueba la palabra, como si fuera completamente nueva después de años en soledad—. ¿Lo dices en serio? ¿Incluso después de esto? ¿Incluso sabiendo que amarme significa vivir con un peligro constante?

Su pregunta contiene años de dolor y esperanza, el miedo a que huya ahora que sé lo que realmente cuesta amarle.

Me acerco más y presiono mis labios contra los suyos.

El beso desata siete días de tensión, la necesidad encuentra finalmente alivio. Sus manos acunan mi rostro, los dedos enredados en mi pelo mientras reclama mi boca con feroz urgencia. Saboreo el café.

Cuando nos separamos, ambos jadeando, sus ojos están oscuros con una necesidad que roza la obsesión.

—No puedo perderte otra vez —respira, las palabras ásperas con algo entre asombro y desesperación—. No sobreviviría viendo cómo

te das cuenta de que esto es demasiado peligroso, demasiado complicado, demasiado difícil de manejar.

—No tendrás que hacerlo. Prefiero enfrentar cualquier peligro contigo que estar a salvo sin ti. No voy a huir, Emilio. No de esto, no de ti.

Su rostro se endurece, ojos fríos como acero invernal. —Ten cuidado con lo que pides.

16

Mara

Sus palabras resuenan en el aire viciado del motel: —Cuidado con lo que pides.

La habitación se siente estrecha. Papel pintado que se desprende, una moqueta que apesta a cigarrillos, ruido de tráfico filtrándose a través de paredes finas. Todo aquí es temporal, desechable, olvidado. Perfecto para lo que estamos a punto de hacer.

Cuando la boca de Emilio encuentra la mía, el beso está lleno de ira apenas contenida. El sabor a café y una descarga de adrenalina, años de rabia encontrando finalmente una salida. Su lengua se desliza entre mis labios mientras sus manos reclaman mi cuerpo con hambrienta reverencia. Una palma descansa en mi garganta, no ahogándome, sino marcándome como suya. La otra se clava en mi cadera con tanta fuerza que sé que mañana tendré moratones.

Cualquiera podría oírnos: la pareja de al lado discutiendo, un televisor a todo volumen, la máquina de hielo traqueteando al final del pasillo. No me importa. Que escuchen. Que el mundo sepa que Emilio Rosetti está tomando lo que le pertenece.

—Tres años —respira contra mi garganta, labios y dientes moviéndose hasta que jadeo. Su barba incipiente roza deliciosamente áspera—. Tres putos años viéndote a través de cámaras, siguiéndote por continentes, construyendo sistemas solo

para captar vislumbres. —Su voz se hace más profunda—. ¿Sabes lo que eso me hizo?

Su aroma llena mis pulmones, colonia mezclada con sudor, adrenalina y desesperación. Intento hablar, pero besa el punto en mi clavícula y mis pensamientos se hacen añicos por la necesidad.

—Rompió algo dentro de mí —continúa, deslizando sus manos bajo mi jersey para tocar mi piel. Sus dedos tiemblan a pesar de su tono tranquilo—. Me convirtió en alguien que no reconocía. Alguien que quemaría media Europa solo para saber que estabas a salvo.

No tengo miedo. En cambio, el calor se acumula entre mis piernas, el deseo entrelazado con la adrenalina. El olor a antiséptico no puede ocultar mi necesidad en este aire denso.

—Bien —logro decir—. Quería que te rompieras. Quería que sufrieras como yo estaba sufriendo.

Sus manos se congelan. Sus ojos grises se oscurecen como una tormenta de invierno. Por un momento, veo vulnerabilidad antes de que su máscara vuelva a colocarse, más fría que antes.

—¿Es así? —pregunta, con voz mortalmente tranquila, haciendo que todos mis nervios se tensen—. ¿Querías que sufriera?

—Sí. —La confesión sale en carne viva—. Quería que sintieras lo que es perderlo todo. Tener tu mundo destrozado por las decisiones de otra persona.

Me mira fijamente, su expresión oscilando entre el dolor, la comprensión y la rabia. La dura luz fluorescente esculpe sombras en su rostro, haciéndolo parecer mármol y malicia. Entonces estalla.

Me da la vuelta y me empuja contra la puerta de cara. Mis palmas golpean la madera barata con fuerza, escociendo. Una astilla se clava en mi palma, haciéndome sangrar. Su cuerpo presiona detrás de mí, todo músculo duro y violencia apenas controlada, atrapándome entre él y la puerta.

La puerta es áspera bajo mi mejilla, la madera pintada raspa mi piel. Lo siento temblar con furia controlada, su respiración áspera en mi oído.

—¿Me quieres roto? —Su aliento es caliente en mi oreja mientras sus manos agarran mis muñecas, sujetándolas por encima de mi

cabeza mientras la otra se desliza para rodear mi garganta—. Felicidades, cariño. Lo has conseguido.

El término suena como una maldición, haciéndome arquear a pesar del peligro que irradia de él. Su corazón late con fuerza detrás de mí, coincidiendo con mi propio ritmo frenético.

—Pero esto es lo que no contabas —continúa, rozando mis labios con su oído—. Las cosas rotas no juegan con las mismas reglas. No tienen límites. No se detienen cuando deberían.

Su mano libre se desliza por mi cuerpo, encontrando el botón de mis vaqueros y abriéndolo. El sonido de la cremallera corta el aire de la pequeña habitación, imposiblemente fuerte.

—Emilio —respiro, sin estar segura de si es protesta o súplica.

—No. —Su agarre se aprieta en mi garganta, no lo suficiente para restringir la respiración, pero sí para mostrar dominio—. No tienes derecho a decir mi nombre como si significara algo. No después de lo que me hiciste pasar.

Su mano se desliza dentro de mis vaqueros, sus dedos encontrando la humedad que delata exactamente cómo me afecta su dominación. No puedo evitar el gemido cuando rodea mi clítoris con habilidad practicada, la memoria muscular guiándolo exactamente a lo que necesito.

—Joder, estás empapada —gruñe, con satisfacción entrelazando su voz—. Años huyendo, y estás goteando en el momento en que te pongo las manos encima.

Dos dedos se deslizan dentro sin previo aviso, y mi espalda se arquea cuando el placer me atraviesa. Conoce mi cuerpo demasiado bien, recuerda exactamente cómo tocarme para hacerme perder el control. La puerta gime bajo mi peso mientras me apoyo en ella, mis piernas amenazan con ceder.

—¿Es esto lo que querías? —pregunta, moviendo los dedos con precisión despiadada mientras su pulgar trabaja mi clítoris—. Cuando te fuiste sin decir palabra, cuando me hiciste perseguirte por continentes, ¿es esto lo que imaginabas? ¿Que te desarmara en alguna habitación cutre de motel?

No puedo responder, luchando por respirar mientras me eleva cada vez más. La moqueta es áspera bajo mis botas, el aire cargado

de cigarrillos rancios y deseo fresco. En algún lugar del pasillo, una puerta se cierra de golpe, pero se siente distante comparado con el fuego que crece dentro de mí.

—Contéstame —insiste, curvando los dedos para golpear el punto que hace que las estrellas estallen detrás de mis párpados.

—Sí —jadeo, la honestidad arrancada por el placer—. Dios, sí. Quería esto. Te quería a ti.

—Entonces tómalo. —Retira sus dedos y gimo por la pérdida—. Pero me tomas entero, Mara. La obsesión, la furia, las partes que rompiste cuando te fuiste. Ya no puedes elegir.

Oigo su cremallera, el sonido de tela moviéndose, y la anticipación se mezcla con una necesidad más oscura en mi pulso acelerado. Cuando separa mis pies y se posiciona detrás de mí, estoy temblando de deseo.

—Última oportunidad para huir —murmura cerca de mi cuello, y lo siento duro y listo en mi entrada. Por un momento, su voz se quiebra, mostrando al hombre bajo el depredador—. Porque una vez que esté dentro de ti, nunca más te dejaré ir.

Maldita sea. Violencia y deseo se mezclan en mi pecho, inseparables. El deseo se tensa bajo en mi vientre. —He terminado de huir —susurro, diciéndolo más en serio que nada antes.

Me penetra con una feroz embestida que me deja sin aliento y me hace gritar. El sonido rebota en las finas paredes, desvergonzado y crudo. Por un momento, ambos permanecemos inmóviles, adaptándonos a la conexión. Es más grande de lo que recordaba, o quizás he olvidado lo que se siente estar tan completamente llena.

—Dios —suspira cerca de mi cuello, con palabras tensas entre el placer y el dolor. Todo su cuerpo se estremece, y siento cómo su frente cae entre mis omóplatos. Por solo un instante, la máscara del depredador se desliza, dejando apenas a un hombre abrumado por tener finalmente lo que ha cazado durante tanto tiempo—. Había olvidado...

—¿Qué? —logro decir, aunque hablar con esa abrumadora plenitud es casi imposible.

—Lo perfectamente que me ajustas. Como si hubieras sido creada para esto. —Sus caderas retroceden antes de volver a empujar hacia

delante, y me apoyo para no caerme. La madera barata cruje bajo la presión—. Como si hubieras sido creada para mí.

Entonces empieza a moverse con determinación, marcando un ritmo rápido que me deja sin aliento. No hay nada de delicadeza en ello, solo pura necesidad y años de anhelo que finalmente se satisfacen. La puerta tiembla con cada embestida.

—¿Es esto lo que querías? —exige entre respiraciones entrecortadas, con una mano agarrándome la cadera y la otra sujetándome la garganta—. ¿Verme perder el control? ¿Que tome lo que necesito en lugar de pedirlo?

No puedo hablar, solo aceptar todo lo que me está dando. Mi sumisión es ahora completa. Sin fingimientos, sin juegos, solo rendición ante el hombre que me ha poseído desde que nos conocimos. El ángulo es perfecto, golpeando puntos que hacen que mi visión se nuble.

—Te he hecho una pregunta. —Sus dientes encuentran mi hombro, mordiendo lo suficientemente fuerte como para dejar marcas. Saboreo sangre donde me he mordido mi propio labio—. ¿Es esto lo que querías cuando huiste de mí?

—Sí —sollozo, sin importarme lo desesperada que suene—. Dios, sí. Quería que dejaras de ser tan controlado. Quería que me necesitaras tanto como yo te necesitaba a ti.

—¿Necesitarte? —Su tono es áspero, sin aliento—. Estoy obsesionado contigo. He construido toda mi vida alrededor de encontrarte, mantenerte, poseerte. ¿Es eso suficiente necesidad para ti?

El peso de sus palabras cae sobre mí, haciendo que mis rodillas se doblen. Su brazo rodea mi cintura, sosteniéndome mientras continúa moviéndose dentro de mí, implacable y perfecto.

—Mira lo que me has hecho —gruñe, sin que su ritmo flaquee—. Era un hombre con control, con disciplina. Ahora estoy follándote contra la puerta de un motel donde cualquiera podría oírnos, donde cualquiera podría saber lo que te estoy haciendo.

La verdad de esto hace que me apriete a su alrededor, arrancándole un gemido desde lo profundo de su pecho. Ya estoy cerca, tambaleándome al borde de algo que se siente como caer.

—Date la vuelta —ordena de repente, retirándose y girándome para quedar frente a él—. Quiero ver tus ojos cuando te corras.

Bajo la dura luz fluorescente, finalmente le veo con claridad: pupilas dilatadas de deseo, pelo despeinado donde debo haberlo agarrado, un fino brillo de sudor haciendo que su piel resplandezca. Parece peligroso y hermoso, un depredador finalmente reclamando a su presa.

Me levanta con facilidad, mi espalda golpeando la puerta mientras mis piernas se envuelven alrededor de su cintura. Cuando me penetra de nuevo, ambos jadeamos, el nuevo ángulo imposiblemente profundo. Su frente se apoya contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose en el estrecho espacio entre nosotros.

—Mírame —exige, con voz áspera—. Mira lo que has creado.

Lo hago. Veo todo: la obsesión, la rabia, la necesidad desesperada. El hombre que conocía transformado en algo más oscuro, más hambriento. Mi creación. Mi monstruo.

—Perfecto —susurro, y algo en su expresión se quiebra.

Me besa entonces, todo dientes y lengua y desesperación, mientras sus caderas embisten contra mí con fuerza castigadora. La puerta traquetea detrás de nosotros, las bisagras baratas protestando. No me importa si se rompe, si acabamos expuestos en el pasillo. Que todos vean en lo que nos hemos convertido.

—Mía —gruñe contra mi boca—. Dilo.

—Tuya —jadeo mientras el placer crece, amenazando con consumirme—. Siempre tuya.

Su ritmo cambia, se ralentiza a algo más profundo, más deliberado. Cada embestida ahora se siente como si estuviera tratando de marcarme desde dentro, reclamar un territorio que nadie más tocará jamás. La mano en mi garganta se desliza hacia arriba para girar mi cara hacia él, obligándome a encontrarme con sus ojos gris tormenta.

—Mírame —ordena—. Quiero ver tu cara cuando te corras para mí. Quiero verte romperte como yo lo hice.

Nuestras miradas se encuentran, y algo eléctrico pasa entre nosotros. Veo todo ahí: la rabia, el dolor, el amor desesperado que

alimentó su caza. Mi cuerpo se tensa a su alrededor, ya escalando hacia la liberación.

—Eso es —murmura, su voz suavizándose ligeramente—. Dámelo, Mara. Todo lo que has estado conteniendo.

Su ritmo vacila, volviéndose errático mientras se acerca a su propio límite. Una mano se desliza entre nosotros, encontrando donde estamos unidos, y el primer toque de sus dedos me envía a un espiral. El orgasmo me golpea como violencia, haciéndome gritar su nombre mientras mi cuerpo convulsiona a su alrededor. Mis uñas se clavan en la pintura desconchada de la puerta, sacando astillas, pero apenas noto el dolor. Ola tras ola me atraviesa mientras él continúa con su ritmo implacable.

—Joder —gime, su ritmo vacilando mientras mi cuerpo pulsa a su alrededor—. Sigues siendo tan jodidamente hermosa cuando te corres.

Me sigue al abismo momentos después, hundiéndose profundamente con un sonido gutural que es mitad gruñido, mitad mi nombre. Su cuerpo se estremece contra el mío, su frente cayendo sobre mi hombro mientras ambos luchamos por respirar.

Por un momento, permanecemos congelados, conectados y temblando, mientras la realidad se filtra lentamente de vuelta.

El tráfico afuera. La discusión de al lado. El calor pegajoso de nuestros cuerpos presionados juntos.

Cuando finalmente me baja a mis pies, mis piernas están inestables. Sus brazos permanecen a mi alrededor, sosteniéndome mientras ambos recuperamos el aliento. La ira se ha drenado de él, dejando algo más suave pero no menos peligroso en su estela.

Mi mejilla escuece donde la puerta la ha raspado, y puedo sentir moratones formándose en mis caderas por su agarre. Estas son marcas que llevaré durante días, prueba de su reclamo.

—Mara —murmura suavemente, colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja.

Los faros barren la habitación, iluminando su rostro con brillantez. Sus ojos grises son más suaves ahora, la ira reemplazada por calidez, pero igual de intensa. Hay una vulnerabilidad que me oprime la garganta.

—No más huidas —dice en voz baja, sus pulgares acariciando mis pómulos.

Mirando sus ojos, viendo la vulnerabilidad bajo la fortaleza, sé que solo hay una respuesta que puedo dar.

—No más huidas —susurro, aceptando cualquier futuro que nos espere.

Su sonrisa es afilada, satisfecha y completamente posesiva. —Bien. Porque lo dije en serio. Nunca te dejaré ir otra vez.

17

Emilio

Su sabor aún perdura mientras observo a Mara salir del baño del motel, con el vapor envolviéndola como un suave velo. La luz fluorescente que zumba sobre nosotros arroja sombras duras, haciéndola parecer más peligrosa, más como si fuera mía. Las gotas de agua resbalan por su espalda, caminos que quiero recorrer con mi boca, pero ella se cubre con la fina toalla antes de que pueda moverme.

El sexo debería haber sido suficiente. Debería haber silenciado la necesidad que ha estado creciendo dentro de mí durante tres años. Pero en cambio, me siento aún más hambriento, no solo de su cuerpo, sino de las partes de sí misma que todavía me oculta, incluso después de que gritara mi nombre mientras la tomaba contra esa endeble puerta.

—No podemos quedarnos aquí mucho más tiempo —dice, evitando mi mirada mientras busca ropa limpia en su bolsa de emergencia. La distancia que crea hace que apriete la mandíbula—. Los hombres de Callahan ampliarán su búsqueda.

—Que vengan —las palabras salen más duras de lo que pretendía, con ira impregnando mi voz—. Mataré a cualquiera que intente apartarte de mí.

Se queda inmóvil, con ropa interior de encaje negro colgando de sus dedos. —Emilio...

—No —me levanto de la cama hundida, moviéndome hacia ella. La áspera moqueta raspa mis pies descalzos, cada paso se agarra ligeramente—. No te alejes otra vez. No después de lo que acaba de pasar entre nosotros.

—Lo que ha pasado fue... —Empieza a girarse, pero la acorralo contra el marco de la puerta del baño, mis brazos creando una barrera sin tocarla. El marco metálico se siente frío contra mis manos, contrastando con el calor que emana su cuerpo.

—¿Fue qué? —Me inclino más cerca, mi aliento agitando el cabello húmedo de su cuello—. ¿Un error? ¿Un momento de debilidad? ¿Otra excusa para huir?

Sus hombros se tensan, pero no intenta marcharse. —Fue complicado.

Me río, un sonido oscuro y amargo. —Todo es complicado contigo, Mara. Tu lealtad a los Callahan. Tu completa incapacidad para decirme la puta verdad sobre cualquier cosa.

Se gira rápidamente para enfrentarme, sus ojos llenos de ira que me excita a pesar de la rabia que crece dentro de mí. —¿Quieres la verdad? Bien. La verdad es que

seguimos siendo enemigos, Emilio. Seguimos en bandos opuestos de una guerra que va a destruirlo todo.

Me burlo. —Un consejo, cariño. Ya no trabajas para los Callahan. Estás bien y formalmente despedida. La notificación debe seguir en el correo. No me digas que somos enemigos —sostengo su rostro entre mis manos, obligándola a mirarme—. Porque hace treinta minutos, me suplicabas que te follara más fuerte mientras te corrías a mi alrededor. Eso no parecía cosa de enemigos.

Sus mejillas se sonrojan, pero mantiene su posición. —El sexo no es confianza. Es solo química.

—¿Es así? —Deslizo mi pulgar por su labio inferior, notando cómo contiene la respiración a pesar de sus desafiantes palabras—. ¿Entonces por qué estás temblando?

Se aparta de mi contacto, envolviendo la toalla más apretada a su alrededor como una armadura. —Porque tengo frío. Y estoy cansada. Y me pregunto qué demonios estoy haciendo en esta pesadilla.

Sus palabras duelen más de lo que deberían. Bajo mis manos, retrocediendo para darle el espacio que quiere.

—Prometiste que no huirías más —digo, odiando lo patético que sueno.

Suspira, todo su cuerpo hundiéndose. —No estoy huyendo, estoy... pensando.

Pasa junto a mí hacia la habitación principal, poniéndose la ropa con movimientos rápidos que parecen más íntimos que cuando estaba desnuda. Necesito atravesar sus defensas. Otra vez.

—Necesitamos opciones —digo, cogiendo mi teléfono de la mesita de noche—. Un lugar más seguro que este.

—¿Como tu último escondite? —Su sarcasmo me hiere profundamente—. ¿Ese por el que los Callahan entraron como si estuviera hecho de papel?

El recuerdo de mi fracaso me llena de ira. Toda esa planificación, todas esas medidas de seguridad, y no pude mantenerla a salvo cuando era crucial. —Eso no volverá a suceder.

Reviso mis contactos, mi pulgar deteniéndose sobre un nombre al que no he pedido ayuda en meses. Años quizás. Pedir ayuda va en contra de todo lo que he aprendido sobre ser autosuficiente, pero mantener a Mara a salvo es más importante que mi orgullo.

—Tengo familia —digo finalmente—. Recursos más allá de lo que los Callahan pueden alcanzar.

Su rostro palidece. —¿Quieres involucrar a tu familia? ¿Después de lo que he hecho?

—Matteo podría ayudar —las palabras suenan vacías, pero estoy lo bastante desesperado como para decirlas—. Si le explico la situación.

Antes de que pueda dudar, pulso el botón de llamada. Suena cuatro veces antes de que la voz de mi gemelo rompa el silencio, sonando somnoliento e irritado.

—¿Emilio? Son las tres de la puta madrugada. Esto mejor que sea vida o muerte.

—Podría serlo —mantengo mi voz calmada, sabiendo que Mara está escuchando cada palabra—. Necesito un favor.

Una pausa. —¿Qué tipo de favor?

—Del tipo que requiere discreción.

Oigo movimiento al otro lado; probablemente esté saliendo de la cama de cualquier mujer en la que esté para tomarse esta llamada en serio.

—Jesús, Milo. ¿En qué lío te has metido?

Es la primera vez que usa mi apodo de la infancia sin que suene sarcástico en meses. ¿Cuándo dejamos de ser hermanos para convertirnos en... simples compañeros de trabajo? ¿Cuándo se hizo tan grande la brecha entre nosotros que pedir ayuda se siente como una derrota?

—No puedo explicarlo por teléfono —digo suavemente—. Pero necesito un lugar seguro. Algún sitio que los Callahan no puedan alcanzar.

Otra pausa, más larga esta vez. —Los Callahan. Esto es por ella, ¿verdad? Mara. Tu zorrita.

El comentario vulgar hace que vea rojo. —Sí.

—Jódeme —su risa es vacía—. La encontraste, ¿y ahora qué? ¿Estáis jugando a las casitas mientras hay una guerra?

Su tono despectivo despierta ira en mí. —No es así.

—Y una mierda. Porque desde aquí, parece que has dejado que tu polla anule tu cerebro. Otra vez.

—Matteo...

—No, escúchame —su voz se vuelve afilada con una autoridad que rara vez usa—. La familia está bajo ataque. Leo está postrado con agujeros de bala, Dom está listo para quemar medio Manhattan, ¿y me pides que esconda a tu mujer? ¿Alguna chica que desapareció hace años?

—Ella no es... —empiezo, y luego me detengo. ¿Cómo explico lo que Mara significa para mí? ¿Cómo pongo en palabras la obsesión que se ha apoderado de mi vida?

—¿No es qué, Emilio? ¿No es la razón por la que has estado distraído e inútil durante semanas? ¿No es el fantasma que has estado persiguiendo en lugar de centrarte en el negocio familiar?

Cada palabra corta profundo, y siento años de resentimiento no expresado alzándose entre nosotros. Todas las veces que he puesto

mis obsesiones por delante de los deberes familiares. Todos los secretos que he guardado, la distancia que he creado.

—Lo entiendo perfectamente —continúa—. Te has comprometido por un polvo que está jugando a dos bandas. Y ahora quieres que yo comprometa a la familia también.

El rojo tiñe mi visión. —Cuida tu puta boca.

—¿O qué? ¿La elegirás a ella por encima de tu propia sangre? —La risa de Matteo es amarga, cortante—. Noticias de última hora, hermano, ya lo has hecho.

Aprieto los puños e intento recuperar el control de esta conversación.

—Estoy intentando protegerla —digo en voz baja.

—¿De quién? ¿De los Callahan? ¿O de nosotros?

La pregunta se acerca demasiado a la verdad. —De ambos, si es necesario.

El silencio se extiende entre nosotros como un cable tenso, roto solo por el sonido distante del tráfico en la autopista. Cuando Matteo habla de nuevo, su voz es más fría de lo que jamás la he oído.

—Entonces estás solo. No voy a formar parte de cualquier gilipollez autodestructiva en la que estés metido.

—Matt...

—No lo hagas. Simplemente... no lo hagas. —Le oigo moverse de nuevo, probablemente vistiéndose—. ¿Quieres quemarlo todo por ella? Bien. Pero deja a la familia fuera de esto.

—No sabes de lo que estás hablando —digo en voz baja.

—¿No lo sé? Entonces explícamelo. Explícame por qué un Rosetti, un jodido Rosetti, está dispuesto a quemar puentes con su familia por una mujer que lo dejó.

—Porque la amo. —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, crudas y honestas—. Porque ella es lo único que siempre ha importado más que el negocio familiar. Más que los códigos por los que vivimos. Más que cualquier cosa.

El silencio golpea con fuerza. Cuando Matteo habla de nuevo, sus palabras son frías.

—Amor. ¿Crees que esta obsesión enferma es amor? Esto destruirá todo.

La línea se corta, y miro fijamente el teléfono mientras Mara me observa, sabiendo demasiado.

—Ha dicho que no —señala ella en voz baja.

—Sí. Ha dicho que no. —Dejo el teléfono, tratando de controlar la ira y la decepción dentro de mí.

—Emilio —empieza Mara, pero la detengo con un gesto.

—No lo hagas. Lo que sea que vayas a decir, no lo hagas. —Me siento en el borde de la cama, sintiéndome cansado por la confrontación—. Sé cómo se ve esto. Sé lo que acabo de hacer.

—Me elegiste a mí. —Su voz es suave, llena de asombro—. Por encima de tu propia familia.

—Te elegí a ti por encima de su aprobación —aclaro—. Hay una diferencia.

Ella se para frente a mí, mirando mi rostro en la tenue luz. —¿La hay? Porque parece que acabas de quemar un puente que no puede reconstruirse.

—Tal vez. —Alargo la mano hacia ella, poniendo mis manos en sus caderas para acercarla—. ¿Eso te asusta?

—Estoy aterrada —admite—. La idea de que renuncies a tanto por alguien como yo.

—Alguien como tú —repito, mi pulgar acariciando la curva de su cadera a través de sus vaqueros—. ¿Te refieres a alguien lo suficientemente valiente como para caminar hacia el peligro? ¿Alguien lo suficientemente inteligente para jugar en diferentes bandos y no ser atrapada? ¿Alguien que me hace sentir humano en lugar de solo... útil?

Ella sostiene mi cara entre sus manos, haciéndome mirarla. —Alguien que te ha estado mintiendo sobre todo lo importante.

Sus palabras deberían doler. Deberían encender la ira que ha estado creciendo desde que volvió a Nueva York. Pero en su lugar, simplemente la acerco más, hasta que está entre mis rodillas y puedo apoyar mi cabeza contra su estómago.

—Entonces dime la verdad —susurro contra su suave jersey—. Toda la verdad. La razón por la que me dejaste. La razón por la que trabajaste para Callahan. Déjame ayudarte con lo que sea que estés ocultando.

Sus dedos recorren mi pelo, sus uñas arañando suavemente mi cuero cabelludo. —No puedo. Aún no. No hasta que...

—¿Hasta qué?

—Las personas para las que he estado trabajando no sueltan fácilmente. Hasta que sepa cómo lidiar con eso, la verdad nos pone a ambos en peligro.

Me inclino hacia atrás para mirar su rostro, tratando de encontrar respuestas en la tenue luz. —¿Qué tan malo es, Mara? ¿Qué es lo que no me estás contando?

El miedo mezclado con determinación se muestra en su rostro, desesperación envuelta en cuidadoso control. —Lo suficientemente malo como para que quedarnos en este motel otra noche podría ser la opción más segura.

Sus palabras me producen un escalofrío. Sea lo que sea de lo que está huyendo, sea lo que sea lo que se está acercando a nosotros, es lo suficientemente grande como para hacer que una mujer que ha enfrentado el infierno sola elija una habitación barata en lugar de comodidad y seguridad.

—Entonces nos quedamos —digo simplemente—. Pero mañana...

—¿Mañana?

Me pongo de pie, sosteniendo su rostro entre mis manos. —Mañana, te recordaré por qué merece la pena luchar por ti. Por qué mereces que te elija por encima de todo lo demás.

Su respiración se entrecorta, sus ojos se ensanchan al ver mi intención. —Emilio...

—Prometiste que no volverías a huir, Mara. No más esconderse o fingir que esto se trata solo de supervivencia. —Beso suavemente sus labios, sintiendo su incertidumbre y miedo—. Mañana, te cortejo adecuadamente. Te mostraré lo que significa ser reclamada por alguien que te ve como algo más que una simple conquista.

—¿Y esta noche?

Sonrío contra su boca, mi sonrisa llena de promesas. —Esta noche, sobrevivimos. Juntos.

Mientras la tiro sobre el áspero colchón, me hago una promesa. Mañana, la rodearé de lujos para que recuerde lo que es sentirse adorada. Romperé sus defensas con placer y comodidad y el tipo de

atención que hace que una mujer olvide por qué alguna vez tuvo miedo.

18

Mara

Le Bernardin resplandecía en un suave tono dorado. Las mesas vacías estaban preparadas con cristalería que capturaba la cálida luz. Emilio lo había organizado todo. El restaurante entero estaba cerrado solo para nosotros.

—¿Todo el restaurante? —miro alrededor del lujoso espacio—. ¿Cómo has...?

—El dinero abre puertas —suena complacido mientras me observa —. A veces es el único lenguaje que importa.

El maître aparece con pulida confianza. —Señor Rosetti, todo ha sido preparado según sus especificaciones.

Nos sentamos en una mesa de esquina, privada y con una clara vista de la entrada. No puedo creer que hayamos pasado de aquella habitación de motel a este templo de la gastronomía.

—No tenías que hacer esto —digo mientras Emilio se acomoda frente a mí, sus ojos oscuros observando mi rostro a la luz de las velas.

—Sí, tenía que hacerlo —extiende la mano a través de la mesa y roza mis dedos—. Después de lo que pasó con Matteo, después de lo que dije... necesitaba que entendieras algo.

—¿Qué cosa?

—Que elegirte no fue desesperación ni obsesión —su pulgar recorre mis nudillos—. Fue la decisión más sensata que he tomado

nunca.

El sumiller trae una botella de vino y explica su procedencia. Apenas le escucho, demasiado concentrada en cómo el roce de Emilio envía una emoción por mi brazo, en cómo sus ojos nunca abandonan los míos.

Cuando volvemos a estar solos, llega el primer plato. Le miro bajo la suave luz: vaqueros oscuros y un jersey negro de cachemir que se ajusta a su figura esbelta. Otros hombres ricos se visten para presumir, pero Emilio se mueve como si no tuviera nada que demostrar.

—Háblame de París —dice mientras empezamos a comer—. La inauguración de la galería donde llevabas el vestido rojo.

Mi tenedor se detiene. —Olvidé que me estabas vigilando.

—Siempre —sin vergüenza, sin disculpa—. Te quedaste junto al Monet durante veintitrés minutos. ¿En qué pensabas?

Recuerdo esa galería de París, pensando en el hombre que me enseñó a ver la belleza. —En ti, probablemente. Estaba pensando en ti.

Su labio se curva. —Incluso mientras huías de mí.

—Especialmente entonces —sorbo vino que sabe rico y complejo —. Estabas en todas partes donde iba, Emilio. Cada cosa hermosa me recordaba aquello de lo que me había alejado.

Llega el siguiente plato, pero apenas lo pruebo. Mi mente busca frenéticamente una forma de cambiar nuestra dinámica. Quiero un poco del poder que tenía en aquel ático, cuando le hice mirar sin tocar.

Una idea toma forma. Arriesgada, peligrosa, pero exactamente adecuada para este momento.

Bajo el mantel blanco, me quito los tacones. La alfombra se siente gruesa bajo mis pies con medias mientras estiro la pierna hacia su silla, probando límites.

—Estás distraída —observa Emilio mientras muevo la comida por mi plato.

—Solo pensando —dejo que mi pie toque su pierna, rozando con el dedo contra la lana.

Su respiración se entrecorta ligeramente, pero su rostro no cambia. Años de disciplina, y he encontrado una grieta en su armadura con solo el arco de mi pie contra su pantorrilla.

—¿En qué? —su voz se mantiene firme, pero noto una ligera aspereza.

—En lo surrealista que es todo esto —trazo patrones en su pierna a través de la tela, viendo cómo sus pupilas se dilatan a pesar de su expresión tranquila—. Ayer estábamos en un motel con paredes finas. Esta noche...

—Esta noche recuerdas lo que se siente al ser valorada —alcanza a través de la mesa, sus dedos entrelazándose con los míos mientras mi pie se desliza más arriba, encontrando el firme músculo de su muslo—. Lo que significa estar con alguien que te ve como algo que vale cualquier gasto, cualquier riesgo.

Presiono mis dedos más firmemente contra su pierna, sintiendo la tensión en su cuerpo mientras intenta mantener la compostura. —¿Es eso lo que es esto? ¿Valorarme?

—Entre otras cosas —su agarre en mi mano se aprieta mientras mi pie continúa, encontrando la creciente dureza bajo su cremallera. El entrecortamiento de su respiración me llena de satisfacción.

Curvo mi pie, flexionando los dedos y presionando contra el contorno de su miembro, y observo el temblor que recorre su rostro, una tensión en la mandíbula, un destello en la cuidadosa máscara. Sus uñas se clavan en el dorso de mi mano hasta que casi quiero encogerme, pero ni siquiera lo considero; lo recibo como un recuerdo de cómo se está desmoronando por mí. Por una vez, soy la tormenta que él no puede predecir.

Saboreo cada detalle del revelador calor de su cuerpo, la manera en que se mantiene rígido, un hombre que siempre tiene el control forzado a suplicar clemencia con nada más que el temblor de sus manos. Mi pulso es un alboroto de colibrí, pero dejo que mi rostro no traicione nada, solo una pequeña sonrisa complacida mientras le acaricio, lenta y deliberada. La ilusión de control, siempre su herramienta favorita, ahora es mía. Podría hacerle suplicar delante de toda la sala, y él lo sabe. Ese conocimiento es un secreto entre

nosotros, tan íntimo como cualquier cosa que hayamos dicho en voz alta.

—Dios, Mara —su voz es apenas audible, una sílaba estrangulada con sabor a súplica. No hay amenaza en ella, solo rendición.

Me inclino mientras me sirvo una nueva copa de vino, dejando que el rojo profundo parpadee a la luz de las velas. —¿Ocurre algo? —mi pie presiona con más firmeza, rodando sobre su prominencia, la fricción inconfundible—. Pareces... tenso.

Se ahoga con una risa, mitad gemido, mitad desesperación, y su otra mano se sumerge bajo la mesa, envolviendo mi tobillo con un agarre que dejaría moratones si no estuviera tan decidida a resistir más que él. En lugar de apartarme, me arrastra más cerca, anclando mi pie a su erección, animando la presión que está haciendo que su mandíbula se apriete con desesperación.

—Estás jugando con fuego —gruñe, su pulgar presionando el salto de mi pulso. Sus palabras son roncas, un poco salvajes, como si hubiera estado corriendo durante kilómetros.

Resisto el impulso de regodearme. En su lugar, impregno mi voz de terciopelo. —Menos mal que me gusta quemarme.

Mis dedos encuentran la cabeza de su miembro, rígida e imposiblemente dura, marcando su calor a través de la fina tela. Empujo más fuerte, lenta e implacable. Su cabeza cae hacia adelante, el ceño fruncido en agonía y anticipación. El depredador que me acechó a través de continentes y códigos queda reducido a esto: una cosa temblorosa e indefensa bajo mi talón.

El camarero vuelve, deslizándose hasta el borde de nuestra mesa como un fantasma, y por un momento me retraigo, ofreciendo a Emilio la cortesía de una fachada compuesta. Las manos del camarero son rápidas y expertas, entregando el siguiente plato con un discreto floreo y desapareciendo de nuevo, dejándonos solos en nuestra esfera privada de tensión.

Emilio apenas logra murmurar un gracias, con voz firme pero mirada vidriosa, su pecho subiendo y bajando con una agitación que no puede ocultar. Levanto mi tenedor y pruebo la comida. Delicada, perfecta, completamente desperdiciada en mi lengua entumecida.

Estoy delirante de poder, sabiendo que puedo quebrarle con nada más que un roce.

En cuanto el camarero se marcha, Emilio intenta recuperarse, pero veo cómo su mano permanece bajo la mesa, reacia a soltar mi tobillo, a renunciar incluso a un segundo de contacto. Comienzo de nuevo, con caricias lentas y tortuosas, clavando el talón, flexionando el arco para acariciarle con ritmo. Es arcilla bajo mis atenciones, su dignidad hecha jirones pero su orgullo negándose a rendirse.

—El personal —logra decir entre dientes.

—¿Qué pasa con ellos? —dejo que mi talón se deslice hacia arriba, mis dedos curvándose contra la creciente humedad en su entrepierna—. Están entrenados para ser discretos. Es por eso que les pagas, ¿no?

Mi pie se mueve más rápido, la fricción intensa, sus caderas temblando contra mis dedos. Saboreo la victoria en la forma en que su mandíbula se tensa, en el pequeño jadeo que reprime, en el pánico de sus dedos apretando mi tobillo.

—Eso es —susurro, viendo cómo sus pupilas se dilatan, el obsidiana eclipsando el gris—. Déjate llevar, Emilio. Puedes perder el control. Solo por esta vez.

Sacude la cabeza en pequeños y desafiantes movimientos, siempre el mártir, siempre el héroe, pero no cedo. El ritmo es implacable, mis movimientos seguros. Le veo luchar, observo el esfuerzo ardiente por mantenerse en silencio, por ocultar la tormenta que he desatado dentro de él. El sudor brilla en su frente. En este momento, todo lo que ha construido, su imperio de código, su fortaleza de secretos, sus décadas de disciplina, no significan nada. Es mío, y él lo sabe.

—Mara —susurra con voz ronca. Mi nombre apenas es un sonido, más una plegaria que una advertencia—. Si no paras...

Presiono más fuerte, la punta de su miembro tensándose contra la lana humedecida, y dejo que mi expresión muestre un deleite dulce y despiadado.

—¿Qué harás? —le provoco—. ¿Pedir ayuda? ¿Romper la copa? ¿Montar una escena y dejar que todos vean lo que sucede cuando atrapan al Fantasma?

Inhala bruscamente, un estremecimiento le atraviesa. —Vas a hacer que yo...

—Sé exactamente lo que voy a hacer que hagas —ralentizo el ritmo, solo un poco, manteniéndolo suspendido al borde del precipicio. Quiero verle sufrir por ello, por esta hermosa y condenatoria necesidad—. La única pregunta es si podrás quedarte en silencio cuando te corras.

Su rostro se contorsiona, batalla perdida. Se queda absolutamente quieto, cada músculo rígido. Sus ojos brillan, buscando en mi rostro algo de piedad, pero no hay ninguna. Siento una oleada de calor, luego un pulso violento bajo mi pie. Él sujeta mi pie bajo la mesa, agarrándolo tan fuerte que creo que perderé la sensibilidad, y su cuerpo se sacude, una, dos veces. Su respiración se interrumpe con un gemido bajo y entrecortado. Durante dos, tres segundos, todo en el mundo se detiene.

No grita, no se derrumba. En cambio, me mira fijamente, con ojos vidriosos y salvajes, y deja que el placer le golpee tras sus dientes apretados. Las réplicas le sacuden, ola tras ola, hasta que queda exhausto. La única evidencia es el rubor que se extiende por su cuello, la mancha húmeda oscureciendo la tela, y el temblor en su exhalación cuando finalmente suelta mi pierna.

El silencio es sagrado.

Durante un rato, simplemente permanece sentado, con el pecho subiendo y bajando rápidamente mientras siente las réplicas. Cuando finalmente habla, su voz es áspera, casi irreconocible.

—Joder.

Lentamente retiro mi pie, disfrutando de su estremecimiento, y me calzo los tacones con cuidado. —Considéralo un anticipo de mi gratitud.

Me mira con admiración sorprendida y una clara promesa de revancha. —Te das cuenta de que tendré que devolverte el favor —su voz insinúa algo oscuro—. Multiplicado por diez.

El camarero llega con nuestro siguiente plato, inconsciente de lo que acaba de ocurrir. O quizás no lo es: evita mirar el regazo de Emilio mientras coloca los platos con destreza profesional.

—¿Está todo a su gusto? —pregunta el camarero.

Emilio sonríe como un depredador mientras me mira, sus pupilas aún dilatadas. —Absolutamente perfecto.

19

Emilio

El ring de combates clandestinos vive en un mundo de sombras y violencia que el dinero no puede ocultar. No importa cuánto haya invertido la familia Rosetti bajo el gimnasio de boxeo en Brooklyn, sigue siendo una arena brutal donde la sangre se impregna en el hormigón y los hombres apuestan fortunas al dolor ajeno.

Al descender por las escaleras reforzadas, lo primero que golpea es el olor: sudor, sangre, miedo y el ácido aroma de puros caros en el aire húmedo. La colonia no hace nada contra el crudo olor de la violencia. Los golpes húmedos de carne contra carne rebotan en las paredes, el rugido de la multitud resuena por el estrecho pasillo, huesos quebrándose en la distancia. Ni siquiera la ventilación de alta gama puede detener la humedad que gotea del techo.

Aquí es donde mi familia gana millones, y donde nos asociamos con los Callahan, antes de que la traición de Dale lo arruinara todo.

Estoy a punto de arriesgarlo todo a la disposición de mi hermano para perdonar.

—Quédate cerca —le murmuro a Mara mientras pisamos el suelo del sótano—. Y no reacciones a nada de lo que veas.

Su mano se desliza en la mía con una fuerza sorprendente. Ha cambiado su vestido de seda de la cena por vaqueros y un jersey, pero sigue moviéndose con una elegancia peligrosa. Los hombres le

miran descaradamente la garganta, las caderas, la seguridad con la que camina. Cada mirada descarada me hace hervir de rabia.

El área principal se abre a un espacio amplio dominado por una jaula de combate en su centro. Los eslabones de la cadena están salpicados de sangre fresca que brilla bajo las luces crudas. Los hombres gritan y agitan billetes por encima del estruendo. Toda la sala vibra con una violencia apenas contenida.

Dentro de la jaula, dos luchadores se rodean mutuamente. Uno sangra por un corte sobre el ojo, con el carmesí deslizándose por su rostro. El otro favorece su lado izquierdo, probablemente con las costillas fracturadas. La multitud ruge cuando el hombre herido se abalanza, impulsado por la desesperación. Cuando colisionan, el impacto resuena, seguido por el asqueroso crujido del cartílago.

—Dios mío —susurra Mara a mi lado, aunque parece fascinada.

—Aquí es donde solíamos hacer negocios con los Callahan —digo, escudriñando entre la multitud el perfil familiar de Domenico—. Antes de que Dale empezara a quedarse con parte de los beneficios y Rafe tuviera que matarlo.

Localizo a mi hermano en una nueva plataforma elevada que no estaba allí antes de que comenzara la guerra. Está claramente construida para la paranoia de Dom y su necesidad de vigilarlo todo. Desde lo alto puede ver cada entrada y mantenerse a salvo. Hay varios sillones de cuero, elegantes pero colocados a toda prisa. Está con su habitual traje impecable, su pelo oscuro perfecto incluso bajo tierra, observando las peleas con fría indiferencia.

Incluso desde aquí puedo ver cómo la guerra lo ha cambiado: líneas de estrés alrededor de sus ojos, hombros siempre tensos, cuerpo posicionado como si estuviera listo para sacar un arma en cualquier momento. Dos soldados Rosetti se sientan a cada lado de él, hombres a los que he visto pero nunca conocido. Examinan la multitud, con las manos flotando cerca de sus fundas.

—Allí —digo, señalando la plataforma VIP—. Dom está presidiendo la reunión.

Al llegar a las escaleras, uno de los guardias da un paso adelante. Está construido como un muro de ladrillos, con los nudillos cicatrizados y ojos duros. Huelo el aceite de pistola en su chaqueta y

noto sus pesadas botas hechas para derribar puertas. Las duras luces de arriba pintan sombras a través de su rostro áspero.

—Área privada —dice, con voz áspera como la grava—. Solo con invitación.

—Dile a Domenico que su hermano necesita cinco minutos —digo, manteniendo mi voz tranquila aunque por dentro estoy hirviendo.

Mira a Mara, no para evaluarla sino para determinar si representa una amenaza. Luego asiente.

—Esperad aquí.

Sube las escaleras, sus botas golpeando contra el hormigón mientras el rugido de la multitud llena el aire. Detrás de nosotros, la rodilla de un luchador se estrella contra las costillas de su oponente con un enfermizo crujido. La multitud vitorea, el dinero cambia de manos, fortunas hechas y perdidas en el sonido de huesos rompiéndose. El olor a sangre fresca se mezcla con la colonia cara y el pánico.

—Encantador —dice Mara, aunque veo sus ojos recorriendo las salidas y buscando cualquier cosa que pudiera usar como arma—. Muy familiar.

—El imperio Rosetti no se construyó con obras de caridad —respondo en voz baja, sabiendo cómo el sonido reverbera en esta tumba de hormigón—. A veces la violencia es el único lenguaje que la gente entiende.

—Y a veces es simplemente rentable.

Cierto. El ring genera millones, blanquea dinero a través de las apuestas y ofrece un lugar de reunión discreto para personas que no pueden reunirse en público.

El guardia regresa y señala hacia las escaleras.

—Cinco minutos.

El área VIP parece improvisada pero bien ubicada. Es lo suficientemente silenciosa para hablar, con una alfombra burdeos que amortigua el ruido y sillas sencillas contra paredes de hormigón desnudo. Desde aquí, las peleas de abajo se desarrollan como un teatro, el cristal convirtiendo el rugido de la multitud en un rumor bajo.

Domenico no levanta la mirada cuando nos acercamos. Está observando la jaula, donde un luchador lleva clara ventaja. La sangre mana de la nariz rota del perdedor, manchando el suelo bajo las duras luces. Incluso a través del cristal, el olor metálico se eleva y se mezcla con la sutil y cara colonia de Dom.

—Milo —mi nombre suena como una puta decepción—. Y por supuesto Mara Vale. Nos volvemos a encontrar.

Mantiene un tono educado pero no revela nada. Este es Dom en su momento más peligroso, medido y preciso, el legítimo heredero del imperio de nuestro padre.

—Dom —me acomodo en la silla frente a él. Mara se desliza en el asiento a mi lado—. Gracias por recibirnos.

—¿Tenía elección? —finalmente levanta la mirada, sus ojos grises, tan parecidos a los míos, escaneándonos—. ¿Después de tu misteriosa ausencia de los negocios familiares y ahora esta convocatoria a altas horas de la noche?

Su desaprobación me pesa, pero sigo adelante. —Mara tiene información sobre las operaciones de los Callahan. Inteligencia que podría ayudarnos a terminar esta guerra.

—Inteligencia. —Dom levanta su copa, dando un sorbo lento—. ¿Y cómo exactamente ha conseguido esta información, señorita Vale?

Mara se inclina hacia delante, sosteniendo su mirada sin pestañear. —Tengo contactos en su organización. Personas que me deben favores, que han compartido información sobre sus operaciones y puntos débiles de seguridad.

—Contactos. —El tono de Dom es escéptico—. ¿En medio de una guerra, tienes contactos amistosos que te filtran secretos de los Callahan?

—No amistosos —corrige Mara con suavidad, su tono miel sobre acero—. Rentables. La información es una mercancía, señor Rosetti. Y llevo años en el negocio de adquirir mercancías valiosas.

Es una evasiva cuidadosa. No admite su implicación pero ofrece una razón creíble para su conocimiento.

—Inteligencia como mercancía. —Prueba la idea, asintiendo lentamente. Debajo de nosotros, la pelea alcanza su clímax cuando un hombre finalmente cae, su oponente de pie sobre él con los

puños en alto mientras la multitud estalla en celebración—. Una motivación que puedo entender. ¿De qué inteligencia estamos hablando?

—Sistemas financieros, protocolos de comunicación, operaciones planificadas. —Mara habla con la confianza de alguien que realmente posee información valiosa—. Conozco sus debilidades, sus fallos de seguridad, sus próximos movimientos.

—¿Incluyendo el ataque al Muelle 17?

—Recibí un aviso anticipado a través de mi red —dice Mara con cautela—. Suficiente para alertar a Emilio antes de que ocurriera lo peor.

La expresión de Dom permanece igual, pero me mira de reojo, una señal segura de que hablaremos de eso más tarde. Como por qué no mencioné que la advertencia sobre el ataque vino de Mara. Bien, me ocuparía de eso después.

—¿Y qué quieres a cambio de esta inteligencia? —pregunta Dom.

—Protección —respondo antes de que Mara pueda contestar, con un tono más áspero de lo que pretendía—. Un lugar en la organización familiar. Inmunidad ante las represalias.

—Inmunidad. —La risa de Dom es suave, peligrosa—. Me estás pidiendo que introduzca en nuestra organización a una intermediaria de información con lealtades cuestionables.

—Te estoy pidiendo que aceptes a alguien que nos advirtió de un ataque que podría haber eliminado la mitad de nuestros ingresos. Que podría haber matado a Leo. —Mi voz se endurece a pesar de intentar mantenerme diplomático—. Alguien que se ofrece a compartir información valiosa que podría acabar con esta guerra.

—Y casualmente resulta ser tu antigua amante que ahora ha vuelto a tu cama.

El cruel comentario hace que mi visión se vuelva roja de ira. Aprieto los puños tan fuerte que mis nudillos crujen. —Cuidado, Dom.

—¿O qué? —Deja su copa con deliberada delicadeza, haciendo que el cristal resuene contra la mesa—. ¿Volverás a elegirla a ella por encima de la familia?

La verdad escuece porque tiene razón. Estoy eligiéndola a ella por encima de la estabilidad familiar, por encima de los protocolos, por encima del equilibrio que ha mantenido funcionando nuestra organización durante generaciones.

—Si es necesario —digo en voz baja.

El silencio se extiende entre nosotros, solo interrumpido por los sonidos lejanos de caos y negocios desde abajo. Dom estudia mi rostro con la misma intensidad que utiliza para las decisiones de negocios, viendo la verdad en mi expresión.

—La amas —afirma, no como una pregunta sino como un hecho.

—Sí.

—Lo suficiente como para comprometer la seguridad familiar por su protección.

—Sí.

—Lo suficiente como para quemar puentes con tu propia sangre.

—Ya lo he hecho.

Asiente lentamente, asimilándolo todo. Cualquier error aquí podría costar vidas. Cuando habla de nuevo, su voz es definitiva.

—Una noche —dice, cada palabra deliberada—. Puede quedarse en la mansión una noche mientras verificamos su inteligencia. Si resulta valiosa, hablaremos de acuerdos a más largo plazo.

El alivio me inunda, pero mantengo mi rostro sereno.

—Gracias.

—No me agradezcas todavía. —Su mirada se desplaza hacia Mara, fría como el acero—. En el momento en que sospeche traición, en el momento en que se convierta en una responsabilidad en lugar de un activo, esta conversación nunca ocurrió. ¿Queda claro?

—Cristalino —responde Mara, firme a pesar de la amenaza en el aire.

—Bien. —Dom se levanta, ajustándose la chaqueta. Sus manos flotan cerca de armas ocultas mientras la funda de cuero cruje—. Entonces vamos a discutir los detalles de esta inteligencia. Empezando por las operaciones financieras de Callahan.

Lo seguimos por un pasillo silencioso hasta una pequeña sala de reuniones detrás de la sección VIP. El calor nos presiona. La mano de Mara encuentra la mía, sus dedos helados, su cuerpo tenso.

—Una noche —murmuro en su oído—. Es todo lo que necesito para demostrar que perteneces con nosotros.

Ella ofrece una sonrisa afilada y secreta. —Una noche podría ser más de lo que cualquiera de nosotros puede manejar.

La habitación es pequeña e insonorizada, construida para conversaciones privadas. Dom se sienta en un escritorio de madera sencillo; Mara y yo tomamos asiento enfrente.

—Empieza con sus sistemas financieros —indica Dom, sacando una grabadora digital—. Cada detalle que puedas recordar.

Mara se inclina hacia delante, confiada mientras expone los hechos. En la luz tenue, cada movimiento es preciso: la línea de su mandíbula, la intensidad en sus ojos oscuros, la forma en que subraya sus puntos. Está en su elemento, peligrosa, brillante, imposible de ignorar.

Aunque, por otro lado, ella siempre ha sido así.

20

Mara

La mansión Rosetti se alza ante nosotros como una fortaleza moderna, su fachada de hormigón y acero brillando suavemente bajo las primeras luces de seguridad. Incluso ahora, la vista me deja sin aliento, no solo por la riqueza, sino por su audacia. Cuatro plantas de arquitectura severa, sus líneas afiladas suavizadas por jardines elegantes, cada ángulo diseñado para exhibir una riqueza intimidante. Pasé muchas noches aquí cuando estaba con Emilio, pero nunca encajé realmente. Ahora, volver para pedir protección a Domenico, resulta irónicamente doloroso.

—Estás temblando —observa Emilio mientras su Audi pasa silenciosamente por las puertas que se abren sin hacer ruido. Los hombres de guardia le saludan al pasar. Extiende la mano hacia la mía, su pulgar dibujando patrones en mi palma que me dificultan concentrarme, a pesar de la gravedad de nuestra situación.

—Tengo frío —miento, aunque los asientos calefactados hacen que sea una excusa débil.

La verdad es más complicada, la emoción y el miedo batallan dentro de mí mientras nos acercamos al lugar donde encontraré seguridad o enfrentaré peligro. El camino circular nos lleva más allá de fuentes, esculturas modernas de metal que se elevan desde elementos acuáticos que reflejan las luces de seguridad. Los jardines

son perfectos, árboles y arbustos colocados justo para resaltar las líneas severas de la mansión sin disminuir su impacto.

—¿Nerviosa por ver a la familia de nuevo? —pregunta Emilio—. No te han olvidado, Mara. Para bien o para mal.

La simplificación me hace reír, aunque estoy tensa. No he visto a la familia Rosetti desde que desaparecí de la vida de Emilio sin decir palabra, dejando solo preguntas y a un hermano impulsado por la obsesión. Ahora regreso como alguien que ha estado trabajando para sus enemigos, técnicamente cierto, aunque la verdad es mucho más complicada.

—Carmela solía quererme —murmuro, contemplando las ventanas de la mansión que brillan con una cálida luz amarilla que hace que el enorme edificio parezca casi acogedor. Casi—. Ahora querrá verme muerta.

—Mi hermana protege lo que ama —corrige Emilio mientras conducimos bajo el pórtico de mármol, donde columnas clásicas sostienen una fachada que habla de poder antiguo—. Odiaba que tuvieras poder sobre mí. Que pudieras hacerme daño.

—¿Y ahora?

Su sonrisa es afilada, depredadora, del tipo que hace que otros hombres se aparten sin pensarlo. —Ahora aprenderá que algunas cosas valen la pena el dolor.

El aparcacoches aparece, elegantemente vestido a pesar de la hora tardía, moviéndose eficiente y respetuosamente mientras abre mi puerta.

Al acercarnos a la entrada, los recuerdos regresan. Las pesadas puertas con sus patrones geométricos parecen barrotes de prisión iluminados desde atrás, y los escalones de piedra resuenan bajo nuestros pies. Este lugar moldeó a Emilio, lo convirtió en el hombre que es: inteligente, peligroso y completamente dedicado a proteger lo que es suyo.

Dentro, el vestíbulo se eleva sobre nosotros, con líneas limpias y un vacío suntuoso que hace que mi voz parezca pequeña. Una lámpara de araña de metal retorcido y cristal cuelga como una explosión congelada, proyectando sombras afiladas sobre paredes forradas con pinturas abstractas que cuestan millones pero no

revelan nada sobre las personas que viven aquí. Los suelos pulidos brillan como espejos bajo mis pies.

Pero es el silencio lo que más me impacta, la profunda quietud de una casa conteniendo la respiración, esperando ver qué ocurre a continuación.

—¿Dónde está todo el mundo? —susurro, aunque mi voz aún hace eco en el amplio espacio.

—Reunión temprana sobre la represalia contra Callahan —dice Emilio mientras me guía más adentro de la mansión, su mano descansando en mi espalda, tanto guiando como reclamando—. Dom quería hablar con ellos primero antes de hacerte entrar.

Antes de dejarles ver la amenaza potencial que represento. El peso de su desconfianza pesa sobre mí como una losa, haciendo que cada paso se sienta más difícil mientras nuestras pisadas resuenan en el mármol a lo largo de los pasillos.

—Tu habitación está en el ala este —dice Emilio mientras subimos por una escalera que se enrolla como una cinta de mármol, el pasamanos suave bajo mi mano por las innumerables otras que lo han sostenido antes—. Aposentos familiares.

El significado no se me escapa. No una habitación de invitados en el ala oeste donde se alojan dignatarios visitantes y socios comerciales, sino el área familiar donde crecieron los hijos Rosetti, donde se comparten secretos y la lealtad es inquebrantable. Domenico está mostrando una gran confianza o quiere tenerme lo suficientemente cerca para vigilar cada uno de mis movimientos.

—¿Contigo? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, revelando más vulnerabilidad de la que pretendía.

Su sonrisa es conocedora, posesiva, la de un hombre que persiguió a su presa durante mucho tiempo y finalmente la atrapó. —Conmigo. Donde perteneces.

El corredor que conduce a su suite es más ancho que la mayoría de los pasillos, flanqueado por fotos familiares en marcos de metal elegantes que muestran décadas de poder Rosetti, retratos formales, instantáneas de viajes familiares a lugares que muchos nunca visitarán. En muchas de ellas, el parecido familiar es claro, la aguda inteligencia en sus ojos y la confianza de la riqueza generacional.

La suite de Emilio está en la esquina noreste del ala familiar, justo como la recuerdo, un lugar que refleja su personalidad en cada detalle. El área de estar tiene muebles que insinúan discretamente su lujo, con líneas limpias y colores neutros que crean una sensación de calma. Grandes ventanales ofrecen vistas impresionantes de los terrenos, aunque el cristal de privacidad asegura que nadie pueda ver hacia dentro.

Pero es la tecnología lo que realmente hace que este sea su espacio. Las pantallas están integradas perfectamente en las paredes, teclados ocultos en muebles que cambian con un toque, y cables y equipos escondidos detrás de paneles, haciendo que el área parezca simplemente elegante mientras alberga sistemas avanzados. Es la mezcla perfecta de lujo del viejo mundo y tecnología moderna.

—Sigue igual —observo, pasando mis dedos por el borde de su escritorio personalizado donde solía verle trabajar, asombrada por su concentración en datos que la mayoría de la gente ni siquiera podría entender.

—No del todo. —Se coloca detrás de mí, apoyando sus manos en mi cintura con una cálida posesividad—. He añadido medidas de seguridad. Mejor vigilancia. Mejoras diseñadas pensando en ti.

Sus palabras envían una calidez a mi vientre a pesar de mi agotamiento. Incluso cuando estuve ausente, incluso cuando no sabía si regresaría, él se estaba preparando para mí. Construyendo defensas para protegerme. Creando un refugio seguro para mí.

—Enséñamelo —susurro. Me apoyo contra su pecho; sus brazos rodean mi cintura. Sus manos guían las mías hasta lo que parece una simple base de lámpara. Cuando la toco, un panel se desliza, revelando escáneres biométricos y controles para sistemas que solo puedo imaginar.

—Cada superficie, cada accesorio, cada mueble ha sido modificado. La habitación es una fortaleza disfrazada de dormitorio.

—¿Y la cama? —pregunto, aunque no sé por qué la pregunta importa.

—Colchón a medida con sensores que monitorizan el latido del corazón, la respiración, la temperatura corporal. —Sus labios rozan mi oreja, y siento escalofríos que no tienen nada que ver con el frío

—. Quería saber en el momento en que tuvieras pesadillas, si estabas enferma, si alguien te había drogado.

No estoy sorprendida, solo aliviada. Incluso cuando estuve lejos, él se preocupaba por mí de la única manera que conoce: con tecnología, planificación y una atención implacable al detalle.

Antes de que pueda responder, voces urgentes resuenan en el pasillo, el silencio de una disputa familiar en tonos apagados. A través de la pesada puerta de roble, oigo la voz indignada de Carmela, luego la risa despectiva de Matteo, y a Domenico intentando calmarlos.

—Están hablando de mí —me doy cuenta, con un nudo de miedo retorciéndose en mi estómago.

—Están protegiendo a la familia —corrige Emilio, aunque su propia mandíbula se tensa de frustración—. Es lo que hacemos.

Las voces se vuelven más fuertes, y capto frases que me hielan la sangre. Riesgo de seguridad, demasiado conveniente, va a hacer que lo maten. Creen que soy una amenaza. Solo Emilio me quiere aquí.

Un golpe seco detiene mis pensamientos, y la voz de Carmela corta como un cuchillo: —¿Emilio? Necesitamos hablar. Todos nosotros.

Me suelta con reluctancia; sus manos se demoran en mi cintura —Quédate aquí. Déjame ocuparme de esto.

—No. —Me vuelvo hacia él, sorprendida de lo firme que sueno—. Si van a juzgarme, que lo hagan a la cara.

Su sonrisa es orgullosa y feroz. —Esa es mi chica.

El pasillo fuera de su suite se ha convertido en una repentina reunión familiar, con los hermanos Rosetti alineados como equipos rivales. Carmela permanece con los brazos cruzados, sus rizos castaño oscuro rebotando un poco mientras cambia el peso de un pie a otro. Sus ojos verdes destellan con ira protectora, haciéndola parecer un ángel vengador a pesar de su apariencia delicada. Con veintitrés años, es la más joven de la familia, pero no hay nada infantil en su forma de comportarse, toda la dureza de la familia envuelta en calidez, haciéndola más peligrosa que sus hermanos.

El cambio me sorprende. Esta no es la chica alegre y dulce que solía recibirme con sonrisas sinceras y preguntas curiosas sobre mi vida fuera de la familia. Aquella Carmela había sido cálida, casi como una hermana, llamándome "cariño" con verdadero entusiasmo. Esta versión es precisión gélida envuelta en seda, cada parte de su cuerpo mostrando hostilidad.

Matteo se apoya contra la pared con una falsa tranquilidad, pero puedo ver la tensión en sus hombros, el modo en que su habitual moneda se mueve rápidamente entre sus dedos. Domenico está al frente de esta reunión informal, irradiando autoridad.

—Vaya —dice Carmela cuando aparecemos, sus ojos examinándome con clara hostilidad—. Mira lo que trajo el gato. La mujer que rompió el corazón de mi hermano y se esfumó.

—Carmela —advierte Domenico, pero ella no ha terminado.

—¿Tienes alguna idea de lo que le hiciste? —Se acerca más, lo suficiente como para que pueda oler su perfume de diseñador, una fragancia floral y juvenil que contrasta con la amargura de su voz—. Tres años viéndole desaparecer en esos ordenadores, persiguiendo sombras a través de continentes, construyendo sistemas solo para captar vislumbres de ti. Tres años eligiendo su obsesión por encima de su familia.

Cada acusación golpea con precisión, haciendo que corten más profundo que simples insultos. Tiene razón. Lo rompí, lo dejé atrás para perseguir ilusiones mientras construía una nueva vida en secreto. La culpa que he estado ocultando amenaza con apoderarse de mí.

—Tenía mis razones —digo en voz baja, aunque las palabras me suenan vacías incluso a mí.

—Estoy seguro de que las tenías. —La voz de Matteo es suave y peligrosa, perfecta para negociaciones—. La cuestión es si esas razones justifican el daño que has causado.

—Ya basta. —La voz de Emilio corta la tensión, con fría ira irradiando de él mientras se coloca a mi lado—. Está aquí bajo la protección de Dom. Eso la mantiene fuera del alcance de las políticas familiares.

—¿De verdad? —La risa de Carmela es amarga y afilada—. Porque desde donde yo estoy, parece que está aquí porque no puedes dejar ir a una mujer que claramente no quiere ser encontrada.

—Está aquí —interrumpe Domenico antes de que Emilio pueda responder—, porque tiene información que podría acabar definitivamente con la amenaza de los Callahan. Información que ya ha demostrado ser útil.

La mención de mi informe de inteligencia cambia ligeramente la atmósfera, aunque la tensión sigue siendo densa. No soy solo la antigua obsesión de Emilio, soy un activo potencial en su batalla.

—¿Qué tipo de información? —pregunta Matteo.

—Sistemas financieros —respondo, ciñéndome a las verdades parciales que me han mantenido a salvo durante años—. Protocolos de seguridad. Redes de comunicación. Los Callahan han estado modernizando sus operaciones, pero también se han hecho vulnerables.

—Qué conveniente —observa Carmela—. Casualmente conoces información detallada sobre las operaciones más sensibles de nuestros enemigos.

—Tengo contactos —digo sin rodeos—. Personas que me deben favores, que intercambian información por beneficio mutuo.

—¿Qué tipo de contactos? —Se acerca un paso más.

El silencio que sigue es pesado, cargado de una tensión que sugiere violencia. No respondo. No puedo. Las palabras se me han quedado atascadas en la garganta.

—Bueno —dice finalmente Matteo, deteniendo su moneda a medio giro por primera vez desde que le conozco—. Eso no suena nada sospechoso.

—¿Qué estás insinuando? —La voz de Emilio baja a un susurro, pero la amenaza en ella hace que todos retrocedan un paso.

—Estoy diciendo que quizás sea hora de considerar la posibilidad de que tu preciada Mara no sea la víctima en este escenario —la voz de Carmela corta como cristal roto—. Tal vez sea el arma que alguien ha estado apuntando hacia nuestra familia todo este tiempo.

El silencio que sigue es abrumador, roto solo por el suave tictac de un reloj antiguo en algún lugar de la mansión y el distante zumbido

de aparatos electrónicos que nunca se detienen. Siento el peso de la atención de los Rosetti sobre mí.

—Ya basta —dice Emilio por fin, con voz definitiva que no admite discusión—. Mara está bajo mi protección. Eso significa que está bajo la protección de la familia. Cualquiera que tenga un problema con eso puede tratarlo directamente conmigo.

Su declaración es tanto una afirmación como un desafío, y observo cómo sus hermanos comprenden lo que significa. No solo me está defendiendo, está dispuesto a dividir a la familia para mantenerme a salvo.

Eso me aterroriza.

Porque Carmela podría tener razón. Y si la tiene, entonces el hombre que amo está dispuesto a arriesgar todo lo que le importa por una mujer que podría ser su perdición.

21

Mara

Mi teléfono vibra contra mis costillas justo cuando Emilio me defiende ante su familia. El sonido corta la tensión en el pasillo, y todos los ojos de los Rosetti me siguen mientras saco el teléfono del bolsillo con dedos temblorosos.

El mensaje de texto hace que se me revuelva el estómago: *Tu hermana te echa de menos. No la hagas esperar mucho más.* Chase no solo está presionando; me está recordando por qué he estado atrapada durante años, por qué le he dado información mientras odiaba cada momento.

El teléfono tiembla en mis manos, el cristal resbaladizo por el sudor. La mirada de la familia Rosetti es afilada y fría mientras esperan explicaciones que no puedo dar, sus dudas confirmadas por mi evidente miedo ante el mensaje.

—Dentro. Ahora —la voz de Emilio atraviesa mi estado de parálisis, baja y autoritaria.

Su mano descansa en mi espalda, los dedos extendiéndose contra la seda que ahora parece demasiado fina, demasiado reveladora, guiándome hacia su habitación con un toque protector que envía calor por todo mi cuerpo a pesar del miedo.

El pasillo se vacía mientras sus hermanos se van a ocuparse de sus propias crisis, dejándonos solos para enfrentar la verdad que ha destrozado mi calma.

La puerta se cierra con un suave siseo como un ataúd sellándose, los cerrojos encajando en su sitio. Estamos solos en su fortaleza de acero y secretos, rodeados de equipos de vigilancia que podrían revelar todas las verdades que he estado ocultando.

Por un momento, ninguno de los dos habla. El silencio se extiende entre nosotros mientras lucho por encontrar palabras para los secretos que me han estado consumiendo. Emilio se mueve hacia su escritorio pero no se sienta, su cuerpo tenso en paciente espera de explicaciones que nos salvarán o arruinarán todo lo que hemos construido.

—Habla —su voz apenas supera un susurro, con una calma letal que hace confesar incluso a los hombres duros—. Y ni se te ocurra mentir. No después de lo que acaba de pasar. No cuando estás temblando así.

Estoy temblando. Mis manos, mi voz, todo mi cuerpo tiembla bajo el peso de cargar con esta carga sola durante tanto tiempo. Camino hacia las ventanas que dan a los terrenos, necesitando espacio y movimiento para organizar mis pensamientos dispersos.

—¿Quieres la verdad? —las palabras saben desesperadas, metálicas y amargas—. ¿Toda la verdad sobre por qué me fui? ¿Sobre lo que he estado haciendo todo este tiempo?

—Quiero todo —no se acerca, pero su atención en mí es intensa—. Cada secreto, cada mentira, cada razón por la que has estado huyendo de lo que teníamos.

Mi teléfono vuelve a vibrar. Otro mensaje de Chase: *Sarah está esperando a que tomes la decisión correcta. No la decepciones.*

La manipulación familiar me hiela, pero también despierta una necesidad desesperada de finalmente contarle a alguien la verdad sobre la elección imposible que arruinó mi vida.

—Hace años —comienzo, con voz más firme de lo que me siento —, Chase se me acercó con una oferta que no pude rechazar. Rechazar significaba ver morir a alguien a quien amo.

Emilio se queda completamente inmóvil, cada músculo tenso como preparado para una pelea. —¿Quién?

—Mi hermana —las palabras rompen algo dentro de mí, una fractura que se extiende por mis huesos—. Sarah. Tenía veintidós

años, recién salida de la universidad, trabajando en una ONG en el centro. No tenía ni idea de tu familia, de lo que hacíais, del mundo en el que entré al amarte.

Algo cambia en su expresión. —Nunca mencionaste que tuvieras una hermana.

—La mantuve separada. Protegida —mi garganta se cierra con culpa—. Pensé que si nunca sabía de este mundo, estaría a salvo de él. Me equivoqué.

—¿Cómo supo Chase de ella?

—Chase hace de su negocio conocer todo sobre las personas que quiere controlar —le muestro la foto que me envió aquella primera noche saliendo de su apartamento, viéndose hermosa y llena de vida, sin saber que estaba siendo vigilada—. Tenía fotos de ella saliendo del trabajo, la dirección de su apartamento, su rutina diaria. Su cafetería favorita, la parada de metro que usaba, la amiga con la que quedaba para tomar algo cada jueves.

El rostro de Emilio se endurece al darse cuenta de lo seria que era la vigilancia. —La seguía en cada minuto.

—Hasta el segundo —digo, con la voz quebrada—. Me mostró semanas de evidencia. Pruebas de que podía llegar a ella cuando quisiera. Estaba completamente expuesta.

—Así que me dejaste —sus palabras son frías y afiladas, cortando más profundo que la ira.

—Te dejé para mantenerla con vida —esta diferencia es importante, aunque no estoy segura de que él lo vea así—. Chase me dio veinticuatro horas para decidir: dejarte y trabajar para él, o ver a Sarah morir lentamente, sabiendo que era mi culpa.

El silencio que sigue es tenso, la calma antes de la tormenta. Emilio procesa esto con cuidado, pero puedo ver emociones acumulándose bajo su rostro calmado: dolor, rabia y quizás un destello de comprensión.

—Podrías habérmelo contado —dice finalmente, sus palabras tensas—. Podríamos haberla protegido juntos.

—¿Podríamos? —me giro para enfrentarle, dejándole ver los años de culpa que cargo—. Tu familia ya estaba en guerra con media

Nueva York. Añadir otro objetivo, otra debilidad... —niego con la cabeza—. Chase la habría matado solo para demostrar que podía.

—Así que en lugar de eso te destruiste para salvarla —su voz es ronca, como si tuviera la garganta seca—. Renunciaste a todo para convertirte en su activo.

—Me convertí en su arma —confieso, las palabras sabiendo amargas—. Le di información sobre vuestras operaciones, vuestras debilidades, vuestra familia. Ayudé a planear ataques que hirieron a personas cercanas a ti, aunque odiaba cada momento.

Emilio se mueve de repente hacia su configuración personalizada de ordenadores con determinación. —Muéstrame —exige, tecleando rápidamente con habilidad practicada—. Todo lo que tiene sobre ella. Cada amenaza, cada pieza de presión que ha usado contra ti.

Mis manos tiemblan mientras saco mi teléfono, desplazándome por meses de mensajes que me han atormentado. Cada texto es un recordatorio del peligro que pende sobre Sarah, cada foto una prueba de que Chase podía llegar a ella cuando quisiera.

—Envía actualizaciones —digo, mi voz ganando fuerza mientras finalmente comparto la carga que he llevado sola—. Fotos de ella en el trabajo, descripciones de su rutina, recordatorios de que su seguridad depende de mi cooperación.

Leí los mensajes en voz alta, años de tormento mental convertidos en crueldad digital: *Sarah se veía encantadora hoy durante la comida. Sería una pena que algo le ocurriera a esa cara tan bonita. Tu hermana está trabajando hasta tarde otra vez. Hay tantos peligros en la ciudad por la noche. Espero que Sarah se encuentre mejor. Sería terrible que su resfriado empeorara.*

—Mira —digo, mostrando mi última prueba de que está bien—. Justo ayer me envió esta foto de su carrera matutina. ¿Ves? Lleva la pulsera de actividad que le regalé por Navidad. Eso de atrás es Central Park.

Le muestro la imagen con desesperada esperanza, aferrándome a la prueba de que las amenazas de Chase son reales porque la alternativa es impensable.

Emilio examina la foto detenidamente. Sus dedos vuelan sobre el teclado y varias pantallas se iluminan a nuestro alrededor, datos

fluyendo en corrientes digitales mientras accede a sistemas secretos.

—Esta foto —dice lentamente—, ¿exactamente cuándo la recibiste?

—Ayer por la mañana. Alrededor de las ocho —respondo, con voz firme pero empezando a flaquear—. Siempre sale a correr temprano, antes del trabajo.

—Mara —dice, con un tono ahora muy cauteloso—. Mira los metadatos.

Muestra detalles técnicos que no puedo comprender, información de fecha y hora que me revuelve el estómago. Los números se desdibujan ante mis ojos, pero veo lo suficiente para saber que no coinciden con lo que creía que era verdad.

—Eso... eso no está bien —digo, con voz temblorosa—. Debe haber un error. Chase no... no podría...

Pero incluso mientras hablo, siento una oleada de náuseas. Se me seca la boca, y la habitación parece inclinarse ligeramente.

—Sarah Voss —lee Emilio en voz baja desde una pantalla llena de datos personales—. Veinticinco años, licenciada en sociología por Columbia, trabajó en el albergue Hope, en el centro, hasta...

Se detiene y se queda completamente inmóvil. El color desaparece de su rostro mientras mira fijamente lo que ha encontrado.

—No —la palabra se me escapa antes de que pueda detenerla—. No, no lo digas. Lo que sea que vas a decir, no lo hagas.

—Mara —dice, con una suavidad que nunca había escuchado antes, el tipo de voz que se usa para comunicar noticias terribles—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste directamente con ella? No mensajes de Chase, ni sus actualizaciones sobre ella. ¿Cuándo fue la última vez que escuchaste su voz?

La pregunta se siente como agua helada en mis venas. Empiezo a responder, luego me detengo. Cuento hacia atrás a través de meses de comunicación cuidadosamente gestionada. —Ha estado ocupada —digo débilmente—. Chase dijo que el contacto directo era demasiado peligroso.

—¿Cuánto tiempo, Mara?

—Ocho meses —susurro—. Quizás más.

La confesión queda suspendida en el aire como un presagio de muerte. Mis piernas de repente se sienten débiles, y tengo que agarrarme al borde de su escritorio para no tambalearme.

—Muéstrame pruebas más recientes —dice Emilio suavemente—. Todo lo que tengas que demuestre que está viva.

Con manos temblorosas, desplazo la pantalla de mi teléfono, mostrando conversaciones de texto, fotos, el mensaje de cumpleaños que recibí la semana pasada. Cada prueba parece menos convincente a medida que la presento, mi confianza desmoronándose.

Emilio mira cada elemento cuidadosamente, su expresión volviéndose más sombría.

—Este hilo de mensajes —dice—, los patrones de lenguaje no cuadran. Sarah estudió sociología, pero estos mensajes utilizan términos empresariales que ella no conocería.

—Ha estado aprendiendo —digo, desesperada—. Chase dijo que estaba tomando cursos...

—Esta foto de su cena de cumpleaños. —Hace zoom en los detalles—. El restaurante del fondo. Ese lugar cerró hace seis meses.

Mi corazón se acelera. La habitación parece dar vueltas. —Tiene que haber una explicación.

—La hay. —Sus manos tiemblan mientras gira otra pantalla hacia mí, claramente afectado por lo que está a punto de mostrarme—. Necesitas ver esto.

La pantalla muestra un mensaje interno entre Chase y uno de sus lugartenientes. Pero no se trata solo de logística. Es peor.

La chica Voss está muerta, como solicitaste. "Accidente" de coche anoche. ¿Qué hacemos con su hermana?

Nada cambia. M no necesita saberlo. Sigue enviando las amenazas habituales. La influencia de un muerto funciona tan bien como la de un vivo si el activo cree la mentira.

¿Cuánto tiempo mantenemos el engaño?

Mientras sea útil. M es nuestro mejor activo dentro de las operaciones de Rosetti. Su culpa y amor la hacen predecible, manejable. ¿Por qué romper un sistema que funciona?

¿Y si empieza a sospechar?

No lo hará. La chica está tan desesperada por creer que su hermana está viva que aceptará cualquier prueba que le demos. Es casi patético lo fácil que es manipularla. Sorprendente lo que la gente está dispuesta a creer.

Las palabras reescriben todo lo que creía saber sobre los últimos ocho meses. La habitación se inclina violentamente, y tengo que agarrarme con más fuerza al escritorio para no caerme. La bilis sube por mi garganta, ácida y ardiente.

—No —jadeo, pero el sonido sale estrangulado—. Eso no es... me ha estado enviando mensajes. Mandando fotos. Se suponía que me iba a escribir mañana para...

Mis rodillas ceden. El suelo de hormigón se precipita a mi encuentro, pero los brazos de Emilio me atrapan antes de que me golpee, atrayéndome contra su pecho mientras todo dentro de mí se derrumba de golpe.

—Se ha ido —susurro, las palabras apenas audibles contra su camisa—. Realmente se ha ido. Mi hermana está muerta, y yo he estado...

La verdad golpea como violencia física. Mi estómago se revuelve, y por un momento creo que voy a vomitar aquí mismo en su caro suelo. El dolor que me invade no se siente como tristeza, se siente como si me estuviera ahogando, como si estuviera siendo aplastada bajo el peso de ocho meses de mentiras.

—He estado sirviendo a su asesino —digo entre sollozos, cada palabra arrancada de mi garganta sobre el cristal roto alojado allí—. Todo este tiempo, mientras ella estaba muerta, yo estaba trabajando para el hombre que...

Emilio me abraza con más fuerza mientras los sollozos sacuden mi cuerpo, su cara camisa humedeciéndose con mis lágrimas.

Pero peor que el dolor es darme cuenta de que Chase *disfrutó* con esto. La crueldad casual en esos mensajes, la forma en que se reía de lo fácil que era manipularme. No solo usó la muerte de Sarah como palanca, sino que encontró placer en mi sufrimiento.

—Pensaba que era divertido —susurro, mientras el horror y la rabia batallan en mi pecho—. La forma en que me controlaba. Le parecía patético lo mucho que yo la quería.

—Shhh. —La voz de Emilio suena tensa mientras me abraza más fuerte, con una mano acariciándome el pelo y la otra dibujando círculos reconfortantes en mi espalda—. Estoy aquí contigo. Estoy aquí, cariño.

Pero no está conmigo. Nadie lo está. Porque Sarah está muerta, lleva muerta ocho meses, y he estado protegiendo una mentira mientras servía al monstruo que encontraba divertido mi dolor.

—Podría haber vuelto contigo —sollozo contra su pecho—. Hace ocho meses, podría haber dejado a Chase y haber vuelto a casa. Podríamos haber tenido ocho meses juntos en lugar de estar yo sirviendo a nuestros enemigos mientras ella ya estaba...

Ocho meses de libertad que no sabía que tenía. Ocho meses de amor y sanación en lugar de esta elaborada tortura.

—Mírame. —Emilio sostiene mi cara, secando mis interminables lágrimas—. Mara, mírame.

Me obligo a centrarme en su rostro, viendo mi propio dolor reflejado en sus ojos grises. Pero hay algo más ahí. Una furia fría y controlada que hace que mi corazón se salte un latido.

—No lo sabías —dice con firme certeza—. No podías saberlo. Chase es un hombre muerto que fue demasiado estúpido como para ver que usar el dolor como arma sellaría su destino.

—Pero debería haber...

—No. —Sostiene mi cara con más firmeza, haciéndome ver la verdad que me está ofreciendo—. Hiciste lo que el amor exigía. Renunciaste a todo para mantener a alguien a salvo. El hecho de que ya estuviera fuera de tu alcance no disminuye lo que estabas dispuesta a hacer por ella.

—Murió pensando que la había abandonado. —La culpa tiene un sabor amargo—. No había llamado en meses porque Chase dijo que era demasiado peligroso, me obligó a no hacerlo. Debe haber pensado que te elegí a ti por encima de la familia y me fui sin decir palabra.

—No. —La voz de Emilio es firme y segura—. Sarah sabía que la querías. Las hermanas recuerdan ese vínculo, incluso con algunas llamadas perdidas. Ella lo sabía.

—Utilizó su memoria contra mí. —Mis palabras están cargadas de ira, cortando a través de mi dolor—. Durante ocho meses, Chase utilizó mi amor por mi hermana para manipularme. Y lo disfrutaba.

—Sí. —El rostro de Emilio se vuelve mortalmente tranquilo, reconociendo el daño que Chase ha causado—. Y va a pagar por eso de formas inimaginables.

—Quiero que sufra. —Me sorprende la fuerza de mi ira, quemando todo lo demás hasta que solo queda la necesidad de venganza—. Quiero que sienta lo que es perder todo lo que le importa y no poder hacer nada para evitarlo.

—Lo hará. —La promesa de Emilio es tan pesada como una tormenta de invierno y está llena de violencia calculada—. Chase va a aprender lo que pasa cuando manipula a la mujer de un Rosetti. Suplicará por la muerte mucho antes de que se la conceda.

Cuando me besa, sabe a sal, a ira y a promesas selladas con sangre. Su boca captura la mía con hambre desesperada, y yo respondo con la necesidad de alguien que se ha estado ahogando en secretos y finalmente está siendo rescatada.

—Lo siento —susurro suavemente contra sus labios mientras nos separamos—. Por dejarte. Por trabajar con tus enemigos. Por intentar enfrentarme a esto sola cuando debería haber confiado en que me ayudarías a encontrar otra manera.

—Ahora estás aquí. —Presiona su frente contra la mía, compartiendo el espacio íntimo entre nosotros—. Estás a salvo, eres mía, y honraremos la memoria de Sarah ocupándonos del monstruo que se atrevió a usarla contra ti.

La verdad ha salido a la luz. Sarah se ha ido. Chase ha estado usando su memoria para controlarme, y he sido libre de elegir el amor sobre el miedo durante ocho meses sin saberlo. El dolor es abrumador, pero bajo él arde la certeza de que ya no estoy sola con esta carga.

Ahora tengo un compañero. Un igual. Un hombre cuyo amor es lo bastante fuerte como para convertir la manipulación emocional en un error, cuyos recursos son lo suficientemente vastos como para hacer de la venganza un arte.

22

Mara

La verdad se asienta pesadamente en mi interior. Me despierto enredada en sábanas de seda, con la luz del amanecer entrando por ventanas que se han aclarado por sí solas. La habitación huele a sexo, a sudor y a nosotros.

El brazo de Emilio rodea mi cintura, su respiración profunda y constante contra mi cuello. Puedo sentir los latidos de su corazón contra mi espalda, fuertes y seguros. El vello áspero de su pecho me raspa la piel, y percibo un rastro de colonia mezclada con sudor. Por primera vez en años, he dormido sin pesadillas, sin despertarme cada pocas horas para comprobar cerraduras y salidas, sin esa constante alerta que me mantuvo viva pero que lentamente me desgastaba.

Le he contado todo sobre Sarah, sobre la cruel manipulación de Chase, sobre servir a Callahan creyendo que la estaba protegiendo. La carga de esos secretos me estaba aplastando, y ahora su ausencia me hace sentir casi ingrávida, libre de una manera que resulta arriesgada. Incluso con la muerte de Sarah, me siento liberada.

Pero es más que solo alivio. Durante ocho meses, cargué con una culpa que no era mía, creyendo que Sarah necesitaba mi protección cuando ya se había ido. Había renunciado a mi propia felicidad para servir a una mentira, y Emilio había soportado mi ausencia mientras

yo libraba una batalla que ya estaba perdida. Ambos habíamos estado lamentando diferentes pérdidas, sin saber que estábamos en el mismo bando.

Emilio se mueve detrás de mí, su mano deslizándose por mi costado para acariciar mi pecho. Su pulgar encuentra el punto sensible, y me inclino hacia su contacto. Incluso medio dormido, me toca con urgencia, su cuerpo recordando el dolor de la separación, haciendo que cada caricia sea urgente con la necesidad de saber que soy real.

—Estás pensando demasiado alto —murmura contra mi hombro, sus labios rozando mi piel con cuidadosa precisión—. Casi puedo oír tu mente trabajando.

—Solo estoy procesando —admito, inclinándome hacia su tacto mientras su pulgar encuentra mi pezón, trazando círculos con una habilidad natural que envía calor acumulándose entre mis muslos. Ese simple contacto hace que cada nervio de mi cuerpo hormiguee con la conciencia de su cercanía, su calor y la forma en que su respiración cambia al sentir mi reacción—. Ocho meses de libertad que no me di cuenta que tenía no pueden desaparecer de la noche a la mañana.

—¿Libertad? —Su voz se agudiza, alerta ante cualquier amenaza a mi bienestar, incluso las emocionales.

Me giro en sus brazos para mirarlo, y la luz de la mañana revela cambios ocultos por la oscuridad, sombras bajo sus ojos por noches sin dormir, nuevas líneas por la búsqueda incesante, y una dureza en su rostro que no estaba allí antes de que me fuera. Su mandíbula está áspera por la barba matutina que quiero sentir en mi piel, y hay una nueva cicatriz en su sien, prueba de la violencia que soportó sin mí. Pero más allá de estos cambios, sus ojos aún mantienen esa mirada intensa que me hizo enamorarme de él, profundidades grises que ven demasiado, saben demasiado, perdonan demasiado.

—Te dejé —susurro, las palabras raspando mi garganta—. Me alejé de todo lo que teníamos para proteger a alguien a quien no podía salvar, mientras tú me buscabas por continentes. Te hice pensar que no eras suficiente, que lo que teníamos no valía la pena salvarlo.

—Protegiste a tu familia —corrige, sus dedos trazando suavemente mi mandíbula, haciendo que mi pecho se estremezca de emoción—. Renunciaste a todo, tu seguridad, tu felicidad, tu futuro, por amor y por lo que sabías en ese momento. Que Sarah no pudiera ser salvada no disminuye lo que estabas dispuesta a hacer por ella.

Las lágrimas nublan mis ojos, ocho meses de duelo mal dirigido derramándose. Son calientes e imparables. Saboreo la sal en mis labios mientras caen, y mi garganta se siente en carne viva, haciendo que cada palabra sea dolorosa.

—Te echaba de menos —susurro, la confesión surgiendo de lo más profundo de mí, donde la he mantenido oculta, demasiado peligrosa para admitirla incluso a mí misma—. Cada día, cada noche, cada momento que estuve con Chase, te añoraba tanto que sentía que me moría.

Su expresión se suaviza, mostrando vulnerabilidad a través de su habitual control. La fachada del Fantasma desaparece, dejando solo al hombre que me amó, que todavía me ama, completamente.

—Dios, Mara. ¿Sabes lo que me hizo cuando desapareciste? Llegué a casa a un apartamento vacío, cama vacía, vida vacía. Tu taza de café seguía en el fregadero, tu aroma en la funda de la almohada, tu libro en la mesilla de noche, todo tal como lo dejaste. Sin nota, sin explicación, sin pista de adónde habías ido o por qué. Simplemente... desaparecida.

Su voz se quiebra en la última palabra, y de repente veo al hombre bajo el duro exterior, el que me amaba plenamente, confiaba en mí completamente, construyó un futuro conmigo que destrocé en una noche de sacrificio desesperado.

—Pensé que había hecho algo mal —continúa, limpiando mis lágrimas con su pulgar—. Pensé que te había fallado de alguna manera, que no era suficiente para hacer que te quedaras. Durante meses, repasé cada conversación que tuvimos, cada momento que compartimos, buscando el fallo, la razón por la que decidiste que no valía la pena quedarte.

—Eras todo —digo suavemente, mi voz llevando ocho meses de verdad—. Valías la pena sacrificar mi felicidad, mi libertad, mi futuro.

Me convertí en lo que nunca quise ser: el arma de Chase contra el hombre que amaba.

Ambos lloramos ahora, lágrimas de alivio, arrepentimiento y la constatación de un amor que sobrevivió a la traición, la separación y los intentos de destruirlo. La luz de la mañana atrapa los caminos salados en sus mejillas.

Me doy cuenta de que nunca lo había visto llorar antes. El Fantasma siempre mantiene sus emociones bajo control, nunca mostrando debilidad o perdiendo el control. Pero por mí, está dispuesto a ser vulnerable.

—Te quiero —susurro, diciendo finalmente las palabras que he mantenido dentro—. Te he querido cada día desde que me fui, a través de cada noche solitaria y cada momento que fingí trabajar para Chase mientras creía sus mentiras sobre Sarah. Te quiero tanto que me alejé para proteger lo que creía que era mi última familia, y te quiero lo suficiente para quedarme ahora que conozco la verdad.

—Yo también te quiero —dice suavemente, y la sinceridad en su voz derrumba todas mis defensas—. Más que a la familia, más que al deber, más que a mi propia vida. Te quiero lo suficiente como para haberte buscado por todo el mundo, y te quiero lo suficiente como para hacer cualquier cosa para mantenerte a salvo.

Cuando me besa, sabe a lágrimas, café y un anhelo que ha estado contenido demasiado tiempo. Sus labios son suaves sobre los míos, pero su agarre es firme y seguro. Una mano está en mi pelo, y la otra presiona contra mi espalda para acercarme más. Este beso no está lleno de la urgencia de nuestros encuentros pasados; es más profundo y más genuino. Puedo saborear sus lágrimas.

—Te necesito —susurro contra sus labios, una confesión que lleva capas de significado más allá del simple deseo físico—. Te necesito para que me ayudes a recordar quién soy bajo todas las mentiras, todos los papeles que he interpretado, todas las máscaras que he usado para Chase. Necesito que me veas, que realmente me veas, y que aun así elijas amar lo que encuentres.

Su respuesta es hacerme rodar bajo él con cuidadosa reverencia, posicionándose entre mis muslos con el tipo de intención deliberada que hace que mi respiración se entrecorte y mi núcleo se contraiga

de anticipación. Puedo sentir su peso asentándose sobre mí, el ardor de su pecho desnudo contra mis pechos, el vello áspero de sus muslos rozando la piel sensible de mis piernas interiores. —Te he visto —murmura, sus ojos fijos en los míos con una intensidad devastadora mientras su mano recorre la curva de mi cadera, sus dedos dejando rastros de calor en mi piel—. Cada versión de ti, la mujer que sacrificó todo por la familia, la superviviente que ha pasado años luchando batallas que nunca conocí, la luchadora que eligió el amor por encima del miedo a pesar de las probabilidades imposibles. Y las amo a todas.

Sus manos mapean mi cuerpo, dedos trazando curvas que ha memorizado a través de grabaciones de vigilancia pero que no ha tocado desde que desaparecí. Cuando encuentra la fina cicatriz a lo largo de mis costillas, su expresión se oscurece con furia posesiva, el músculo de su mandíbula saltando mientras procesa lo que significa. Catalogo el cambio automáticamente, leyendo la peligrosa promesa en su quietud tal como he aprendido a leer niveles de amenaza en una docena de países diferentes.

—¿Quién te hizo daño? —La pregunta emerge peligrosa y baja, sus palabras llevando la promesa mortal que hace que criminales endurecidos confiesen sus pecados.

Su dedo suavemente traza la cicatriz, un toque tierno que contrasta con la ira bajo su control.

—El hombre de Chase en Berlín —logro decir, arqueándome cuando sus dedos se deslizan entre mis muslos, encontrando la humedad que le hace gemir con satisfacción masculina. El sonido vibra a través de su pecho, y puedo sentir su miembro endureciéndose contra mi cadera, grueso e insistente y listo—. Pensó que ocultaba información. Decidió hacer permanente su disgusto.

—¿Y? —Su pulgar circunda mi clítoris con una precisión enloquecedora mientras dos dedos se deslizan dentro de mí, estirando y llenando en un ritmo que hace casi imposible el pensamiento coherente. Ya estoy empapada para él, mi cuerpo recordando su tacto incluso después de todo este tiempo,

respondiéndole como una memoria muscular que se niega a desvanecerse.

—Hice que su disgusto fuera muy temporal —jadeo, mis caderas sacudiéndose contra su mano mientras el placer aumenta en intensidad—. Permanentemente temporal.

Su risa es oscura, aprobatoria, teñida de satisfacción salvaje que hace que mi núcleo se contraiga alrededor de sus dedos. —Mi chica letal. Mi hermosa, peligrosa, perfectamente mortífera mujer.

—Tuya —respiro, la palabra llevando mi rendición—. Todo lo que soy, todo lo que he sido, todo lo que llegaré a ser... tuyo.

La confesión parece romper algo dentro de él. Su cuidadoso control se fractura, revelando el hambre cruda debajo. Retira sus dedos y, antes de que pueda protestar, se está posicionando en mi entrada, haciendo que todo mi cuerpo se tense de anticipación.

—Dime que quieres esto —exige, palabras tensas con necesidad apenas contenida—. Dime que quieres que reclame cada centímetro de ti, que te haga recordar lo que se siente pertenecer a alguien absolutamente.

—Lo quiero —respiro, mis manos agarrando su cabello oscuro mientras lo atraigo hacia abajo para un beso—. Hazme tuya otra vez.

Entra en mí lentamente, deliberadamente, cada centímetro una reclamación que hace que mi espalda se arquee y mi respiración se detenga en mi garganta. Puedo sentir cada relieve, cada vena, la forma en que me estira hasta que estoy completamente llena, totalmente reclamada, enteramente suya. Cuando está completamente dentro de mí, ambos nos quedamos quietos, abrumados por la conexión que ha estado construyéndose durante tanto tiempo.

—Dios, Mara —respira, su frente presionada contra la mía mientras lucha por el control—. Te sientes como volver a casa.

La simple honestidad de ello me rompe por dentro. La rabia y el dolor desaparecen por un momento, y todo lo que puedo sentir es a él.

—Muévete —susurro, mis uñas clavándose en sus hombros mientras la necesidad supera el sentimiento—. Por favor, Emilio.

Necesito sentir cómo me reclamas.

Comienza a moverse entonces, estableciendo un ritmo que es tanto tierno como posesivo, cada embestida una declaración de posesión que acepto con gusto. Las sábanas debajo de nosotros se humedecen con sudor.

—Soñé con esto —confiesa con voz ronca, sus manos deslizándose para agarrar mis muslos, abriéndome más para poder entrar más profundo—. Cada noche soñé con tenerte debajo de mí otra vez, con escucharte gemir mi nombre mientras reclamaba cada centímetro de ti.

—Yo también soñé con ello —admito, mis palabras fracturándose mientras el placer se construye como un incendio a través de mi sistema nervioso—. Con tus manos en mi piel, tu boca en mi garganta, tu miembro llenándome tan profundamente que no podía recordar mi propio nombre.

La admisión parece llevarlo más allá del punto de la razón. Sus movimientos se vuelven urgentes, desesperados, cada embestida golpeando ese punto perfecto dentro de mí que hace que mi visión se difumine con estrellas. Su boca encuentra mi garganta, dientes y lengua trabajando la piel sensible hasta que estoy jadeando su nombre en oración.

—Nunca más —gruñe contra mi cuello, empujando más profundo con cada palabra—. Nunca más servirás los intereses de otro hombre, nunca te sacrificarás por mentiras. Ahora eres mía, Mara. Mía para proteger, para poseer, para amar hasta que seamos demasiado viejos para recordar por qué estuvimos alguna vez separados.

—Sí —jadeo, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura para acercarlo más—. Siempre. Incluso cuando trabajaba para Chase, incluso cuando pensaba que Sarah necesitaba mi obediencia, incluso cuando iba en contra de lo que quería... siempre fui tuya.

Su mano se desliza entre nosotros para encontrar mi clítoris, dedos trabajando el sensible nudo de nervios mientras continúa ese ritmo implacable. La combinación envía placer en cascada a través de mí en olas que hacen temblar todo mi cuerpo.

—Córrete para mí —ordena, palabras tensas—. Déjame ver lo que me he estado perdiendo, lo que he estado buscando a través de continentes y años. Muéstrame que eres mía.

Sus palabras y su tacto me empujan al límite hacia un orgasmo que me deja sin aliento y abruma mis sentidos. Mi cuerpo se tensa a su alrededor, pulsando con oleadas de placer intenso. Él me sigue con un gemido, susurrando mi nombre como una plegaria, su cuerpo temblando mientras alcanza su propio clímax. Puedo sentirlo dentro de mí, cálido y fuerte, marcándome de una manera profundamente primitiva mientras sus caderas se mueven con cada ola de liberación.

Permanecemos conectados durante un rato, respirando pesadamente, nuestros corazones latiendo al unísono.

23

Emilio

El aroma del espresso y de los pasteles recién horneados emana de la cocina de la mansión mientras guío a Mara por el pasillo de mármol. Sus pies descalzos no hacen ruido sobre la piedra pulida, y el frío la hace acercarse más a mi calor. Lleva puesta una de mis camisas de cachemir negras que le llega a medio muslo, adhiriéndose a las curvas que acabo de redescubrir. Debajo no lleva ropa interior, solo piel suave con leves moretones donde mis dedos la sujetaron durante nuestro reencuentro. Con cada paso, la tela roza sus muslos, haciendo que mi miembro se despierte con un hambre renovada.

Verla con mi ropa, en mi casa, justo donde pertenece, me llena de un oscuro sentimiento de victoria. Parece reclamada, poseída, completamente mía. Sin embargo, bajo mi satisfacción hierve una ira protectora mezclada con culpa. Anoche descubrió que Sarah llevaba ocho meses muerta. Ocho meses sirviendo a Chase, pensando que su hermana necesitaba protección cuando Sarah ya estaba más allá de toda ayuda. El dolor es evidente en sus ojos, sombras de lágrimas que la consolé durante la noche.

Por fin está aquí, no como invitada sino como mi premio. Mi presa capturada que ha dejado de huir y ha aceptado su lugar. Traerla al núcleo de la familia se siente como revelar mi mayor vulnerabilidad. La misma familia que me ha visto perdido en la obsesión, que ha

cuestionado mis decisiones, que podría verla como más problemática de lo que vale.

Que intenten arrebatármela. Destruiré esta mansión antes de permitir que alguien se interponga entre nosotros otra vez. Mi mano descansa en su espalda mientras nos acercamos a la cocina, con los dedos extendidos sobre el cachemir, lo suficientemente fino para sentir su calor. Ella tiembla, no por frío, sino por conciencia. Su cuerpo sabe a quién pertenece, respondiendo a mi tacto. El aroma de su piel se mezcla con mi jabón, creando una combinación irresistible.

Su agotamiento no es solo físico, es emocional. Descubrir la verdad sobre Sarah la ha dejado conmocionada, lidiando con un duelo atrasado y navegando por políticas familiares que podrían determinar su destino. Debería ser abrumador, pero lo enfrenta con fuerte determinación. Aun así, noto los momentos en que su compostura flaquea, cuando el peso de la pérdida casi la hace caer de rodillas.

—¿Lista para conocer al jurado? —murmuro contra su oído, mi aliento agitando su cabello de seda oscura.

Su pulso se acelera cuando presiono mis labios bajo su oreja. El recuerdo de su rendición hace horas, lágrimas por Sarah, confesiones sobre Chase, la forma en que se arqueó bajo mi cuerpo gimiendo mi nombre entre dolor y deseo, hace que mi miembro se despierte. Incluso enfrentando el juicio familiar mientras procesa la muerte de su hermana, quiero arrastrarla arriba y recordarle a su cuerpo quién es su dueño.

—¿Sobre demostrar que pertenezco aquí? —Su voz está llena de determinación mezclada con vulnerabilidad, haciendo que mi pecho se tense. Me necesita ahora. Mi protección, aprobación y la aceptación de mi familia. La mujer independiente de hace tres años ha desaparecido, reemplazada por alguien que entiende lo frágil que es su situación. Está procesando la muerte de su hermana mientras lucha por su lugar: dolor y determinación entrelazados.

La cocina queda en silencio cuando entramos, cinco pares de ojos Rosetti observándonos con miradas que van desde la sospecha hasta la abierta hostilidad. La gran isla de mármol actúa como zona

neutral, pero puedo sentir la tensión emocional por todas partes. La luz del sol entra a raudales por los grandes ventanales, iluminando el área donde mi familia decidirá si aceptar mi premio o deshacerse de ella como una amenaza.

Posiciono a Mara justo detrás de mí. Este es mi territorio, mis reglas, y ella es mi mujer para defenderla o entregarla como yo elija.

Carmela está de pie con los brazos cruzados, pareciendo en todo aspecto la hermana menor furiosa y protectora. Sus rizos se mueven cuando cambia de postura, con ojos verdes ardiendo. Ella es el corazón ardiente de la familia.

—Bueno —dice, cada palabra destilando veneno—. ¿Dormiste bien, hermano?

Ignora deliberadamente a Mara, a quien puedo sentir tensarse detrás de mí.

—Carmela —advierte Domenico, pero su voz no es firme. Él también siente curiosidad, quiere ver si la mujer que lastimó a su hermano se quebrará.

Pero Mara da un pequeño paso al frente, no lo suficiente como para salir de mi sombra protectora, pero sí para mostrar que no se acobardará. Su movimiento presiona su espalda más firmemente contra mi pecho, y tengo que resistir el impulso de rodearla con mis brazos, de mostrarle a todos en la habitación a quién pertenece.

—Tomé decisiones que hirieron a personas que me importaban —dice en voz baja, su voz firme a pesar del temblor que siento en su cuerpo—. Es algo con lo que tengo que vivir.

Su admisión sorprende a todos, sin excusas ni defensas, solo un reconocimiento del daño causado. Lo que no saben, lo que no pueden ver, es el dolor reciente en sus palabras. No solo se está disculpando por dejarme, está lidiando con el hecho de que todo lo que sacrificó se basó en una mentira. Que Sarah murió mientras Mara seguía sirviendo a su asesino, pensando que estaba protegiendo a una hermana que ya estaba más allá de toda ayuda. Los ojos de Carmela se estrechan, sospechando de la aparente facilidad con la que Mara parece ceder.

—Hiciste más que romperlo —continúa Carmela, su voz elevándose con verdadero dolor—. Lo convertiste en un extraño

obsesionado. Tres años viéndolo desaparecer en esos ordenadores, construyendo redes de vigilancia como un hombre poseído, eligiendo su búsqueda por ti por encima de su propia familia. ¿Tienes alguna idea de lo que eso nos hizo? ¿Ver cómo se consumía por una mujer que claramente no quería ser encontrada?

Cada palabra está destinada a herir, a hacer que Mara entienda la profundidad del resentimiento al que se enfrenta. Ella lucha por no retroceder, por no buscar más mi protección. La vulnerabilidad que emana hace que todos mis instintos protectores se despierten. Su respiración se vuelve superficial y rápida, un sonido apenas audible pero inconfundible para alguien que conoce cada una de sus reacciones.

Me necesita. Desesperadamente. Completamente.

—Lo sé —susurra Mara, y capto el ligero temblor en su voz que muestra cuánto le afectan las palabras de Carmela. No es solo culpa, es el profundo agotamiento de alguien que acaba de descubrir que su hermana lleva ocho meses muerta mientras ella trabajaba para el hombre que la mató—. Sé lo que le hice a él. Lo que os hice a todos vosotros. Pensé que lo estaba protegiendo, pero solo estaba asustada. Asustada de confiarle la verdad, asustada de que saliera herido por mi culpa.

Lo que no dice, y lo que no dejaré que diga frente a estas personas tan críticas, es que estaba intentando proteger a Sarah. Cada elección que tomó estuvo motivada por el amor hacia una hermana, incluso después de que ya se hubiera ido, una manipulación tan cruel que me deja sin aliento. La familia no necesita saber sobre Sarah todavía. No necesitan ver a Mara en su momento más vulnerable mientras aún está lidiando con ese dolor.

—Así que lo heriste primero —dice Matteo, sus palabras suaves y cortantes, lo que le hace eficaz en las negociaciones. Su moneda salta entre sus dedos con creciente agitación, el sonido metálico afilado en el tenso ambiente—. Qué noble.

Veo a Mara estremecerse, y un calor protector se extiende por mi pecho. Están derribando sus defensas, haciéndola depender más de mí con cada palabra dura.

—Sí —admite, la palabra sonando como si hubiera sido arrancada de su garganta—. Lo herí primero porque pensé que dolería menos que ver cómo lo destruían por mi culpa.

—¿Y ahora? —pregunta Salvatore, su voz transmitiendo el tipo de autoridad que ha definido a la familia Rosetti durante tres generaciones. Aunque nuestro padre no vive en la mansión, su presencia llena la cocina. A sus sesenta y dos años, todavía irradia una amenaza controlada que hace que hombres adultos confiesen sus pecados sin que se lo pidan. Sus palabras parecen pesar en el aire, como si tuvieran masa física—. ¿Ahora quieres perdón? ¿Un lugar en la familia que dejaste atrás?

La pregunta queda suspendida en el aire, afilada y cortando cualquier falsedad. Esto no se trata solo de familia, se trata de supervivencia. Si Mara vive o muere depende de su respuesta.

Me muevo ligeramente, posicionándome para protegerla y dejar claro que soy su defensor. Mi territorio, mi elección, mi deber de proteger.

—Quiero ganarme el derecho a quedarme —dice Mara, su voz ganando fuerza por mi presencia—. Demostrar que puedo ayudar en vez de ser solo un problema del que él está demasiado obsesionado para deshacerse.

Su honestidad despierta algo en mí. Ella sabe lo que es: mi debilidad hecha realidad, el único defecto que podría arruinar todo lo que he construido. Y aun así está dispuesta a luchar para seguir siendo esta debilidad.

—¿Contribuir cómo? —pregunta Domenico, aunque parece que ya sabe la respuesta—. ¿Qué puedes ofrecer a una familia que ha estado bien sin ti?

—Chase está planeando una reunión con sus contactos europeos este viernes por la noche —dice Mara en voz baja, pero con suficiente firmeza para hacer que todos escuchen—. Es una reunión privada para finalizar la financiación y asignar contratistas para su guerra contra vuestra familia.

Hace una pausa, dejándoles absorber la información.

—Voy a ir a esa reunión —continúa, ganando confianza por su atención—. Y me aseguraré de que Chase Callahan no salga vivo de

esa habitación.

Sigue un silencio mientras la familia considera su oferta. No solo está pidiendo seguridad, sino que está involucrándose activamente en la violencia de nuestro mundo. La línea entre ser protegida y ser protectora, entre un activo y un operador.

Salvatore la mira durante un largo momento, su expresión indescifrable. Cuando finalmente habla, su voz está llena de autoridad.

—Una oportunidad —dice, cada palabra cargada de significado—. Te deshaces de Chase Callahan el viernes por la noche, demuestras tu valor para esta familia. Si fracasas, desapareces. Para siempre. De cualquier manera, el asunto Callahan queda resuelto.

La dura realidad de la situación hace que el aire de la cocina se sienta ligero. No es una prueba, es una orden de ejecución con una sola salida. Éxito o muerte, sin término medio.

—Entendido —dice Mara, aunque puedo sentir su cuerpo temblando, su respiración cambiando mientras comprende la gravedad de su situación.

—Bien —responde Salvatore con una sonrisa afilada como el hielo —. Entonces nos entendemos perfectamente.

Mientras la familia comienza a marcharse, la habitación cargada de tensiones sin resolver, agarro la mano de Mara, apretándola lo suficientemente fuerte como para dejar marcas. Mi pulgar presiona contra su muñeca, sintiendo su acelerado pulso.

—¿Asustada? —le susurro al oído cuando nos quedamos solos en la enorme cocina, atrayéndola hacia mí. Todavía puedo oler nuestro acto de amor en su piel. Es embriagador.

—Aterrorizada —admite. Su vulnerabilidad es como una droga para mí, y estoy enganchado. Tiembla ligeramente contra mí, mostrando que ha sido llevada al límite pero sigue en pie. Anoche, descubrió que su hermana estaba muerta. Ahora se enfrenta a un ultimátum familiar de vida o muerte. La mayoría de las personas se quebrarían, pero ella sigue aquí, sigue luchando—. Pero prefiero morir intentando ganarme mi lugar aquí que vivir sabiendo que te abandoné de nuevo.

Las palabras cortan más profundo porque entiendo lo que le cuestan. No solo me está eligiendo a mí por encima de la seguridad, está eligiendo nuestro futuro por encima del dolor que la está destrozando. La muerte de Sarah todavía es reciente, una herida que necesita tiempo para sanar. Pero está dispuesta a dejar de lado ese dolor para centrarse en sobrevivir y demostrar que es digna de la familia que podría ofrecerle el único hogar que le queda.

—No vas a morir —le aseguro, aunque una parte de mí saborea su miedo, su necesidad, su dependencia absoluta de mi protección—. No dejaré que te pase nada.

Mis palabras la hacen estremecer contra mí, su cuerpo reaccionando a mi autoridad a pesar, o quizás debido a, el peligro que nos rodea. Puedo saborear su miedo cuando beso su garganta, sentir su pulso acelerado bajo mi lengua.

El viernes por la noche se decidirá todo: la guerra con los Callahan, su aceptación en la familia, nuestro futuro juntos. Pero por ahora, ella está aquí. En mis brazos, en mi hogar, tocada por mí y reclamada por mi determinación.

Y que Dios ayude a cualquiera que intente apartarla de mí.

24

Mara

El suelo de mármol se siente frío bajo mis pies descalzos mientras me aferro al lavabo, con los nudillos blancos contra la piedra italiana. Apenas reconozco a la mujer en el espejo, su piel pálida muestra leves marcas de dientes, y oscuras ojeras sombrean unos ojos que han memorizado demasiados planes de escape. Sus labios están hinchados por besos desesperados y mordisqueados por la preocupación familiar. Pero esta vez, el miedo no es a ser descubierta. Es a perderlo a él.

Una oportunidad. Eliminas a Chase Callahan el viernes por la noche, demuestras tu valor para esta familia. Si fracasas, desapareces permanentemente.

Las palabras de Salvatore resuenan en mi mente como un reloj que hace tictac. Setenta y dos horas hasta que entre en la reunión de Chase, y cada instinto me dice que algo saldrá mal. Esta perfecta reunión, este frágil espacio seguro, podría romperse como todo lo demás que he intentado proteger.

Setenta y dos horas hasta que uno de nosotros podría no regresar.

—Estás entrando en espiral —dice Emilio detrás de mí, con voz baja y conocedora, haciendo que mi corazón se acelere. Aparece como una sombra, sus ojos plateados observando cada pequeña expresión como si temiera que sea la última vez que me verá así, vulnerable, sin defensas.

Sus manos descansan sobre mis hombros, sus pulgares encontrando los nudos de tensión con habilidad experta. El contacto envía una sacudida por mi columna, pero bajo el deseo familiar hay algo más profundo, una necesidad desesperada de recordar el peso de sus manos, el calor de su piel, la forma en que me hace sentir valorada en lugar de cazada.

—Aterrorizada —corrijo, reclinándome en su sólida calidez—. Hay una diferencia.

—¿La hay? —Sus labios rozan mi oreja, pero sin burla—. Porque desde donde estoy, parece que estás planeando despedirte.

La observación se acerca demasiado a la verdad. He estado catalogando momentos, almacenando sensaciones, preparándome para la posibilidad de que el viernes por la noche termine con uno de nosotros bajo tierra y el otro aprendiendo lo que significa llorar a alguien por quien morirías para proteger.

—La planificación comienza ahora —murmura contra mi garganta, pero su tono lleva un peso más allá de la preparación táctica—. No solo para el viernes por la noche. Para lo que sucede si...

No termina la frase, pero escucho lo que no está diciendo. *Si no regresas. Si yo no regreso. Si esta cosa perfecta que hemos construido es destruida por la violencia que la creó.*

—No lo hagas. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía —. No planees para el fracaso.

—No estoy planeando para el fracaso. —Me sostiene con más fuerza, manteniéndome cerca de su pecho—. Estoy planeando mantenerte con vida, sin importar lo que me pase a mí.

La forma en que habla de su propia muerte me hiela. Me giro en sus brazos, necesitando ver su rostro y encontrar la verdad en sus ojos que han visto demasiado.

—Emilio...

—Escúchame. —Sostiene mi rostro con suavidad, sus pulgares acarician mis mejillas como si las estuviera memorizando—. Si algo sale mal el viernes por la noche, si las cosas cambian, si caigo... hay cosas que necesitas saber.

—Deja de hablar así.

—¿Así cómo? ¿Como un hombre que ha pasado su vida asegurándose de que estés a salvo? —Su sonrisa es fría, pero siento el miedo debajo que me aprieta la garganta—. Eso es exactamente lo que soy, Mara. Y parte de mantenerte a salvo es asegurarme de que puedas sobrevivir sin mí.

Me lleva a su suite principal, pero en lugar de ir a su configuración tecnológica, me lleva a la zona de estar. La luz matutina a través de los grandes ventanales se siente demasiado brillante, demasiado esperanzadora para lo que estamos a punto de discutir.

—Siéntate. —Es una orden, pero dada con cuidado—. Por favor.

Me hundo en el sofá de cuero, observándolo caminar hacia las ventanas. Su reflejo se mezcla con la vista del jardín, cabello oscuro y complexión delgada contra el verde cuidado, un hombre considerando todo lo que podría perder.

—Hay una caja fuerte —dice, todavía de cara a la ventana—. Detrás del Monet en mi dormitorio. Tiene un cierre biométrico configurado para tu huella palmar. Dentro, encontrarás todo lo que necesitas. Dinero, documentos y contactos que pueden ayudarte a desaparecer si la familia te ve como una amenaza.

—¿Programaste mi huella palmar?

—Mientras dormías. —Se gira por fin, y la vulnerabilidad en su rostro me deja sin aliento—. Después de la reunión familiar.

Jadeo. —¿De verdad crees que me matarán?

—Por supuesto que no —dice, pero puedo notar que es una mentira. Ambos sabemos que los Rosetti protegen a los Rosetti, y hasta que yo sea una de ellos, soy una amenaza.

Mi pecho se aprieta. No solo está preocupado por el fracaso de la misión, está asustado de que su propia familia me vea como más un riesgo que un beneficio, sin importar lo que suceda el viernes por la noche.

—Hay más —dice, dirigiéndose a su escritorio. En lugar de encender las pantallas, saca una única llave de un cajón—. El Lamborghini abajo. Está modificado con blindaje, cristales a prueba de balas y un GPS que puedes desactivar. El maletero tiene bolsas de emergencia con todo lo que necesitarías para seis meses a la fuga.

Tomo la llave con manos temblorosas, sintiendo el calor de su agarre. —¿Cuánto tiempo llevas planeando esto?

—Desde el momento en que decidiste quedarte. —Se sienta a mi lado, lo suficientemente cerca como para que pueda oler su colonia mezclada con un toque de miedo—. Desde que me di cuenta de que amarme podría ser lo más peligroso que hayas hecho jamás.

—La lista de contactos en la caja fuerte —dice, con la voz áspera por la emoción—. Matteo está en la parte superior. Si algo me sucede, si la familia se vuelve contra ti, él te ayudará. Quemamos puentes, pero es mi gemelo. Yo... confío en él.

Mi garganta se aprieta con lágrimas que no puedo derramar. —Has pensado en todo.

—He intentado hacerlo. —Acaricia suavemente mis nudillos con su pulgar—. Pero hay una cosa para la que no puedo planificar. Un pensamiento que me mantiene despierto por las noches.

—¿Cuál es?

—Tú. —Sostiene mi cara entre sus manos, obligándome a mirar sus ojos—. Lo que te pasará a ti si yo muero y decides que no puedes vivir sin mí.

Su sincera confesión me golpea con fuerza. No solo teme el peligro, está aterrorizado de que perderle me haga elegir la muerte en vez de la supervivencia.

—Prométemelo —suplica, con voz desesperada—. Prométeme que si me pasa algo, utilizarás lo que te he dado. Que huirás, desaparecerás, empezarás una nueva vida. Que no dejarás que el dolor te haga cometer una locura.

—No puedo...

—Sí puedes. —Su agarre se intensifica, los dedos presionando mi piel—. Eres más fuerte de lo que nadie sabe, incluso tú misma. Sobreviviste sin mí antes. Puedes hacerlo de nuevo si es necesario.

—No quiero hacerlo.

—Yo tampoco. —Su frente toca la mía, compartiendo el aliento en el pequeño espacio entre nosotros—. Pero querer no cambia la realidad. Y la realidad es que amarme ha puesto una diana en tu espalda que quizás nunca desaparezca.

La verdad se asienta entre nosotros, un peso que ninguno quiere soportar. Esto ya no se trata solo del viernes por la noche, sino de aceptar que nuestro amor existe en un mundo donde la devoción crea riesgo, donde las conexiones profundas pueden ser utilizadas por los enemigos.

—Muéstrame el resto —susurro, necesitando ver toda la extensión de sus planes, cómo ha preparado mi supervivencia sin él.

Enciende sus pantallas, no para mostrar datos tácticos, sino mapas, rutas de escape por la ciudad, casas seguras en otros países, redes financieras que podrían mantenerme para siempre. No planes para nuestra misión, sino una guía para mi futuro si él no está.

—Cuentas suizas —dice, trazando caminos digitales mientras sostiene mi mano—. Solo tú puedes acceder a ellas con tus datos biométricos. Suficiente dinero para vivir cómodamente en cualquier parte del mundo el resto de tu vida.

—¿Y si sobrevives el viernes pero la familia decide que soy demasiado peligrosa para tenerme cerca?

—Entonces desapareceremos juntos. —Su sonrisa es afilada y decidida—. También he hecho planes de respaldo para eso. Nuevas identidades, recursos que no pueden rastrear, lugares donde ni siquiera la influencia de los Rosetti puede llegar.

La forma en que habla de abandonarlo todo, familia, imperio, la vida que ha construido, hace que mis costillas se compriman con emociones que apenas puedo manejar.

—Lo abandonarías todo —digo suavemente—. Por mí.

—Ya lo he abandonado todo. —Su pulgar traza suavemente mi labio inferior—. En el momento en que te elegí a ti por encima de ellos, en el momento en que rompí lazos para mantenerte a salvo. No queda nada más que abandonar excepto el tiempo, y prefiero pasar el tiempo que tengamos juntos que estar separados para siempre.

—¿Y el viernes por la noche? —pregunto—. ¿Realmente crees que ambos podemos salir de allí con vida?

Su pausa es breve, pero la noto. El momento de duda rápidamente ocultado, el miedo que no se permite sentir del todo.

—Creo —dice con cautela—, que Chase ha estado planeando esto más tiempo del que nos damos cuenta. Ha convertido lo que debería ser una celebración en algo más peligroso. Pero también creo que eres la mujer más inteligente y letal que he conocido, y no puedo creer que el universo me permitiera encontrarte de nuevo solo para perderte.

—Eso no es estrategia, Emilio. Es esperanza.

—A veces la esperanza es todo lo que tenemos —dice, atrayéndome más cerca hasta que casi estoy en su regazo—. A veces tienes que creer que el amor es más fuerte que lo que intenta destruirlo.

Cuando me besa, se siente como una promesa, no el hambre intensa habitual, sino algo más suave y más valioso. Es el beso de un hombre asustado de que esto pueda ser un adiós, fingiendo que solo es una sesión de planificación.

—Te quiero —susurro contra sus labios, las palabras cargadas de significado—. Si el viernes por la noche sale mal, si esto es todo lo que tenemos, te quiero lo suficiente como para que haya valido la pena. Todo.

—Yo también te quiero —responde, y por primera vez desde que lo conozco, su voz se quiebra con una emoción que no puede ocultar —. Lo suficiente como para enfrentarme a mi propia familia si intentan hacerte daño. Lo suficiente como para planear cada futuro excepto aquel en el que dejo de protegerte.

Sus palabras rompen mi determinación. Entierro mi cara contra su cuello, respirando cedro, sándalo y algo únicamente suyo, memorizando el aroma en caso de que el viernes por la noche me quite la oportunidad de hacerlo de nuevo.

—Prométeme algo —murmuro contra su piel.

—Lo que sea.

—Si llega el momento de elegir entre la misión y mantenernos a ambos con vida, elígenos a nosotros. —Me separo para mirarle a los ojos, necesitando que vea lo seria que estoy—. No me importa mucho la aceptación familiar o demostrar mi valía. Me importa tener un futuro contigo.

Su sonrisa es afilada como un cuchillo pero templada por algo que parece peligrosamente parecido a la esperanza. —Ya me he adelantado en eso, cariño. Llevo tres años eligiéndote por encima de todo lo demás. No voy a parar ahora.

25

Mara

El salón de baile del Plaza resplandece de riqueza el viernes por la noche. Las arañas de cristal proyectan luz sobre el suelo de mármol, mientras el champán se mezcla con una atmósfera más oscura y tensa. La mitad de los invitados desea que la otra mitad esté muerta.

Camino entre la multitud del brazo de Emilio, con mi vestido de seda color borgoña fluyendo a mi alrededor. El vestido oculta un arma en mi muslo mientras mantiene una apariencia elegante. La mano de Emilio descansa posesivamente en mi espalda, guiándome a través de la reunión más peligrosa de la ciudad.

Chase ha prometido a estas personas partes del imperio Rosetti. Las conversaciones ocurren en varios idiomas, pero el mensaje es claro: se avecina una guerra, y todos quieren una parte del botín. El ultimátum de la familia pesa sobre mis hombros: triunfar esta noche y conseguir aceptación, o fracasar y enfrentar consecuencias permanentes. Sin presión alguna.

—Respira —susurra Emilio en mi oído—. Pareces lista para huir.

Las palabras dan en el blanco porque son ciertas. Mis dedos tocan el colgante en mi garganta: el collar de mamá, el que él guardó a salvo mientras yo estaba ocupada traicionándole.

El vial de cristal en mi bolso de mano se siente tan pesado como mi culpa. Doce minutos desde la entrega hasta el efecto. La

neurotoxina es incolora, inodora e indetectable. Solo necesito dos segundos con la copa de champán de Chase.

Y Sarah finalmente tendrá su justicia. Ocho meses muerta mientras yo servía a su asesino, creyendo sus mentiras sobre su seguridad. Esta noche, Chase pagará por cada engaño, cada foto falsa, cada mensaje pretendiendo que ella estaba viva mientras su cuerpo estaba frío.

—Aún no está aquí —observo, buscando el cabello plateado de Chase—. La mesa principal está vacía.

—Estará aquí exactamente a las once —los dedos de Emilio presionan firmemente en mi espalda—. Chase es obsesivamente puntual. Controla a través de la precisión.

Observo la seguridad. Hombres con auriculares, armas bajo sus chaquetas, invitados que pueden dirigirse rápidamente a las salidas. Asesinos fingiendo ser parte de la sociedad educada.

—Mara Vale —la voz detrás de mí es lo suficientemente amenazante como para hacer que la gente inteligente busque sus armas. Es Connor Callahan, mi antigua cita—. No esperaba verte aquí.

Me vuelvo con calma, mostrando sorpresa pero ocultando mi miedo. Connor está con dos hombres que no reconozco. Tienen cuerpos de soldados, no de personas de sociedad.

—Connor —añado calidez a mi voz mientras mi mente busca rutas de escape—. Había oído que te habías marchado de la ciudad. ¿Algo sobre arreglar tus dientes rotos?

Estoy llevándolo al límite, pero no puedo evitarlo.

—Los planes cambiaron en el último momento —su sonrisa es demasiado amplia, mostrando demasiados dientes, todos los cuales están de vuelta en sus lugares habituales—. El tío Chase quería familia en la celebración de esta noche.

Algo no encaja. Connor no estaba en nuestros planes. Sus guardaespaldas parecen europeos, no el equipo habitual de los Callahan.

—Qué agradable —digo, apoyándome en el calor de Emilio. Su mano se mueve a mi cintura, su pulgar acariciándome suavemente,

un gesto casual que lo prepara para la acción—. Me encantan las reuniones familiares.

—A todos nos gustan —los ojos de Connor se mueven entre nosotros, entendiendo cosas que hacen que mi estómago se anude —. Tu elección de compañía es sorprendente. Emilio Rosetti. Un movimiento bastante audaz mostrar tu cara por aquí.

En una reunión de hienas que quieren despedazar el cadáver de la familia Rosetti, quiere decir.

—He demostrado que puedo manejarte —dice Emilio, con voz tranquila—. ¿O has olvidado nuestro encuentro en Bautiste?

La amenaza es clara, mientras los dos se miden mutuamente y yo quedo atrapada en medio.

—En efecto —la sonrisa de Connor crece, planeando algo que me pone la piel de gallina—. Mi cita con Mara. Sabes, esa no fue nuestra primera velada juntos. Trabajamos estrechamente en París, ¿verdad, Mara?

La forma en que dice "estrechamente" hace que Emilio agarre mi cintura con más fuerza, su cuerpo tenso con agresividad apenas controlada.

—Éramos socios de negocios —digo suavemente, aunque mi corazón se acelera—. Nada más.

—Por supuesto —el tono de Connor sugiere que encuentra mi comentario divertido—. Aunque pasaste mucho tiempo en mi suite del hotel. Las llamabas sesiones de estrategia.

La respiración de Emilio cambia a mi lado, más profunda y constante, un depredador preparándose para la acción. Su pulgar detiene su movimiento calmante, y sus dedos presionan la seda con suficiente fuerza como para dejar marcas.

—Si nos disculpas —dice Emilio, bajando el tono de su voz—, la dama me prometió un baile.

—Por supuesto —la voz de Connor nos sigue mientras nos dirigimos a la pista de baile—. Disfrutad de la velada. Los dos.

La orquesta comienza un vals. A nuestro alrededor, las parejas empiezan a moverse. Emilio me atrae a sus brazos con gracia fluida, una mano en mi cintura mientras la otra sostiene la mía con ternura posesiva. Cuando nuestros cuerpos se alinean, todo lo demás en el

salón de baile se desvanece. No más amenazas o sobrinos sospechosos, solo su mano ardiendo a través de la seda, su aroma debilitando mis rodillas.

Nos movemos juntos como si hubiéramos sido hechos para esto, su muslo deslizándose entre los míos mientras me guía por el giro, su pecho firme contra el mío mientras me acerca más de lo que es apropiado. Cada paso es una seducción coreografiada, su mano manteniéndome estable mientras su pulgar traza círculos que tensan mi interior.

—Connor sospecha —susurro contra su garganta, usando la cercanía del baile para ocultar nuestra urgente conversación.

—¿Cuánto? —su voz permanece firme a pesar de la tensión en su cuerpo.

—Lo suficiente para ser peligroso —me hace girar, el movimiento ayudándome a observar posiciones de seguridad que han cambiado desde la llegada de Connor—. Los hombres que lo acompañan son profesionales. Especialistas europeos, no músculo habitual.

—Lo que significa que Chase ha estado planeando esto más tiempo del que pensábamos —dice Emilio en voz baja, haciéndome una elegante pirueta que oculta su búsqueda de amenazas—. Esta reunión no es solo una fiesta. Es una trampa. Querían que viniera contigo.

La revelación me golpea como agua fría. El momento perfecto elegido por Chase, los guardias adicionales, el respaldo especializado de Connor, todo destinado a exponer y eliminar cualquier amenaza al poder de los Callahan. Yo incluida.

—Deberíamos irnos —susurro, mis labios rozando su oreja mientras me atrae hacia él—. Abortar la misión. Salgamos ahora.

—No —su voz es tajante, llena de certeza. Su mano se desliza desde mi cintura hasta la parte baja de mi espalda, apretándome contra él—. Terminamos esto esta noche.

—Emilio...

—He dicho que no —aprieta su agarre en mi vestido de seda y levanta mi barbilla para que no tenga más remedio que mirar sus ojos gris tormenta. El hambre que veo en ellos me hace estremecer —. O matas a Chase Callahan y ganas tu lugar en mi familia, o

morimos los dos intentándolo. Esas son las únicas opciones aceptables.

La determinación en su voz envía una oscura corriente de placer por mi pecho en lugar de terror. Preferiría enfrentar la muerte juntos que retirarse por separado. Mi cuerpo responde a su dominación, tensándose cuando su pulgar recorre mi labio inferior.

—Prométeme algo —respiro, desesperada—. Si esto sale mal...

—No saldrá mal —me silencia con un beso que es pura posesión, su boca reclamando la mía con un hambre que nuestros años de separación solo han intensificado. Su lengua se desliza entre mis labios, y me derrito completamente contra él, olvidando dónde estamos, olvidando el peligro, olvidando todo excepto su sabor.

Cuando nos separamos, ambos jadeando, sus ojos están oscuros, llenos de promesa. —Pero si ocurre —dice—, te quedas detrás de mí. Dejas que yo me encargue de la violencia. Confías en que te sacaré con vida.

La música se intensifica a nuestro alrededor, cuerdas de violín tejiendo una melodía romántica sobre posiciones estratégicas y amenazas de muerte susurradas. Otras parejas se deslizan cerca: traficantes de armas bailando con blanqueadores de dinero, tratantes girando con narcotraficantes, todos manteniendo una fachada educada mientras arruinan vidas.

Chase Callahan llega como un tiburón cortando aguas ensangrentadas. Cabello plateado, traje perfecto, amenaza controlada. Sus guardias están por todas partes. Sabe algo. Lo observo examinar rostros con fría precisión, marcando amenazas con la paranoia que lo ha mantenido vivo mientras todos los demás lo quieren muerto.

—Esto es una emboscada —susurro—. Ha estado planeando todo esto.

—Quizás. Pero nosotros también.

El vals termina. Las parejas se separan, pero yo permanezco inmóvil en los brazos de Emilio, comprendiendo la trampa en la que hemos caído. Vinimos a asesinar a Chase, pero nos dejaron entrar para morir.

La orquesta comienza una nueva pieza. Las conversaciones se acallan mientras Chase se levanta con gesto dramático. Todos observan al hombre que les prometió piezas Rosetti, mientras yo me preparo para asegurarme de que nunca cumpla esa promesa.

Este es mi momento. Mi oportunidad para demostrar que merezco el apellido Rosetti y encontrar seguridad en el peligroso mundo de Emilio. Por Sarah. Por la justicia perdida durante ocho meses de engaño.

Toco el vial de cristal, su vidrio cálido contra mis dedos. La neurotoxina es una fórmula perfecta de muerte. Doce minutos desde la ingesta hasta el paro cardíaco.

La fuente de champán se alza en el centro de la sala, lujosa y llamativa. Capas de cristal rebosantes de burbujas doradas. Hay muchas copas en las mesas cercanas, pero solo una importa, la que está sobre la pequeña mesa del frente, la que Chase cogerá para su brindis.

Me muevo entre la multitud sin llamar la atención, deslizándome entre conversaciones mientras Chase se prepara. El vial sale de mi bolso, lo suficientemente pequeño para ocultarlo en mi mano mientras me acerco a la mesa.

—Damas y caballeros —la voz de Chase resuena en el salón de mármol—. Esta noche marcamos el final de una era y el comienzo de algo mucho más rentable...

Estoy cerca ahora. Lo suficientemente cerca para ver su copa de champán al alcance. Lo suficientemente cerca para completar la misión y asegurar mi protección.

Mis dedos encuentran el tapón del vial. La muerte perfeccionada, lista para mezclarse con el champán.

Noto movimiento al borde de mi visión. Connor moviéndose entre la multitud con determinación, mano dentro de su chaqueta. Tres figuras más rodeando a Emilio. No son movimientos aleatorios. Es un ataque planeado.

El plan se vuelve dolorosamente claro. Chase conoce mi presencia. Este brindis es un espectáculo destinado a exponerme mientras Connor elimina la amenaza principal: el Fantasma, cuya brillantez protege a los Rosetti. El tiempo se ralentiza con nitidez absoluta.

Puedo completar la misión vertiendo el contenido en la copa de Chase. Puedo demostrar mi valía a Emilio a través de sangre y violencia. O puedo proteger al hombre que amo de ser asesinado por un sicario.

La decisión me golpea con fuerza, como un rayo. El deber frente al amor. Mis instintos de supervivencia chocan, cada uno dando órdenes diferentes, mientras mi corazón entrega un mensaje claro:

Emilio. Protege a Emilio. Elige a Emilio.

Dejo caer el vial.

El cristal se hace añicos contra el mármol. La neurotoxina se extiende por la piedra.

Cada sacrificio que estaba dispuesta a hacer por la aceptación familiar queda destruido. El sonido se pierde entre los aplausos. Abandono la misión y me abro paso entre la multitud hacia el hombre cuya vida es más importante que la aprobación, demostrar mi valía, o cualquier otra cosa. La copa de Chase permanece intacta mientras lucho entre trajes de gala y sonrisas falsas, desesperada por llegar a Emilio antes de que se desarrolle el plan de Connor.

—¡Arma! —grito al llegar a la pista de baile, mi voz cortando los aplausos—. ¡Emilio, arma! —Él no duda. Su mano encuentra mi espalda, guiándome hacia el pasillo de servicio. Nos movemos con calma urgente, solo otra pareja buscando privacidad, no ciervos escapando de lobos por pasillos de mármol.

El primer disparo suena como un trueno. El cristal se hace añicos cuando la bala de Connor impacta en la fuente de champán en lugar de en una persona. Los gritos estallan. La sociedad civilizada cae en el caos mientras la gente se dispersa.

—¿Cuántos? —pregunta Emilio cuando alcanzamos el corredor.

—Connor más dos especialistas. Músculo europeo, posicionados para fuego cruzado.

Pasos sobre mármol nos interrumpen. Nos han seguido hasta un lugar apartado, perfecto para una conversación mortal. Connor y sus hombres aparecen de las sombras con las armas listas. Tan arrogantes.

—¿Va a alguna parte, Mara? —Su amenaza casual me produce escalofríos—. La fiesta apenas comienza.

Emilio se coloca delante de mí, situándose entre las armas de Connor y yo. En la tenue luz del corredor, parece esculpido en hielo. Feroz, determinado, centrado en proteger lo que le importa.

—Connor —dice Emilio, su voz tornándose baja e intensa—. Estaba deseando tener esta charla.

—¿En serio? Porque desde mi punto de vista, parece que tu novia acaba de perdonarle la vida al tío Chase para salvarte. ¿Qué clase de agente elige al objetivo por encima de la misión?

La acusación permanece en el aire, pesada y tóxica, pero Emilio no se inmuta. Parece relajarse aún más, sus músculos tensándose con una silenciosa preparación.

—La clase que es mía —responde Emilio con una calma letal—. Todo lo demás es solo ruido.

—¿Tuya? Ha sido parte de mis operaciones, Rosetti. Tenía mi confianza. ¿Por qué crees que...?

De repente aparece un cuchillo, negro y amenazador, sacado de las sombras del traje a medida de Emilio sin ningún alarde. Absorbe la luz en lugar de reflejarla.

—Deberías ser muy cauteloso —observa Emilio con naturalidad— sobre lo que vas a decir a continuación.

Los ojos de Connor se ensanchan, reconociendo el cambio. Ve a un depredador reconociendo a otro depredador. Un asesino profesional dándose cuenta de que se enfrenta a algo aún más peligroso. Se tensa, pero la calma de Emilio le hace dudar.

—Ella me eligió a mí —continúa Emilio, dando un paso deliberado hacia adelante. Suave y controlado, como un cazador que ya ha elegido su momento—. Por encima de la misión, por encima de todo lo que tú y Chase le ofrecisteis. Se enfrentó a la elección entre terminar su tarea y salvar mi vida, y no dudó.

—No importa... —comienza Connor, pero la risa de Emilio le interrumpe, afilada y rápida.

—Importa más que cualquier cosa —dice en voz baja—. Porque cometiste un error crítico.

—¿Y cuál es?

—Amenazaste lo que me pertenece. —El dedo de Connor se tensa sobre el gatillo, listo para terminar la conversación con violencia.

Pero Emilio ya está en movimiento.

El Fantasma se mueve con suavidad, como muerte líquida. Su cuchillo encuentra el hueco entre los tendones de la muñeca de Connor, obligándole a soltar su arma, que cae al suelo con estrépito. El grito de Connor resuena mientras el metal se desliza contra el hueso.

Mientras los hombres de Connor miran atónitos durante un precioso instante, saco la pistola de mi cartuchera del muslo y disparo a uno en el brazo. Emilio desliza su cuchillo en el corazón del hombre, y este cae como una piedra. El segundo mercenario saca su arma, pero Emilio gira con elegancia, moviéndose dentro del alcance del arma. Su hoja corta la garganta del hombre en un arco mortal, dejando una marca sangrienta en las paredes.

—Esto —murmura Emilio mientras el hombre cae, la sangre extendiéndose por el mármol— es lo que les sucede a quienes piensan que pueden arrebatar lo que es mío.

Connor ahora está solo, su arma en el suelo, su muñeca sangrando libremente. Está temblando.

—Vas a morir ahora —dice Emilio, avanzando con pasos pesados que suenan como tambores funerarios. Las manchas rojas tiñen su camisa blanca, y no puedo apartar la mirada.

—No lo entiendes —jadea Connor—. Chase va a...

—Chase también morirá —interrumpe Emilio, ahora lo suficientemente cerca como para tocarlo—. No esta noche, pero pronto. Y cuando lo haga, sabrá el coste de amenazar lo que aprecio. Pero primero —susurra Emilio al oído de Connor—, tú lo harás.

La segunda hoja se desliza entre las costillas de Connor. Esta muerte se siente diferente. Personal, marcada por una violencia íntima.

—Ella es mía —dice Emilio suavemente mientras la vida de Connor se derrama sobre el mármol—. Y esto es lo que le sucede a cualquiera lo bastante necio como para pensar que pueden cambiar eso.

Connor intenta responder, pero solo burbujas de un rojo oscuro salen de su boca.

Cuando el cuerpo de Connor se queda inerte, Emilio lo deja caer con indiferencia casual. Connor y sus hombres son eliminados en menos de tres minutos por Emilio Rosetti.

Entonces se vuelve hacia mí, dejando atrás la muerte, sus ojos plateados buscando en mi rostro cualquier signo de miedo o disgusto.

Me acerco, atraída por la misma fuerza magnética que nos ha definido desde el principio. El deseo inunda mi sistema mientras contemplo la imagen de él, con la camisa manchada de rojo, el cabello oscuro despeinado por la violencia, los ojos brillando con satisfacción. Esto es lo que realmente es debajo de su ropa a medida y su exterior calmado. No solo el Fantasma, sino algo mucho más peligroso. Un hombre que convierte la violencia en adoración cuando sirve al amor.

—Me elegiste a mí —respira, su voz áspera mientras sus dedos manchados tocan suavemente mi mejilla—. Por encima de todo lo demás. Me elegiste a mí.

La maravilla en su voz llena mi pecho de emoción hasta que es difícil contenerla. —Siempre —susurro, inclinándome hacia su caricia a pesar del olor metálico de la muerte en su piel—. Siempre te elegiré a ti.

26

Emilio

Mientras cruzamos el puente de Williamsburg, con las luces brillantes de Manhattan al frente, recibo un mensaje. Mi teléfono vibra en el salpicadero, señalando algo importante de mi familia. Tres palabras que hacen que mi corazón se detenga.

Orden de ejecución activa.

Matteo, mi gemelo, me advierte con eficacia, como siempre lo ha hecho, manteniendo a la familia Rosetti a salvo durante años. No necesita explicación: la familia ha juzgado las acciones de Mara en el Plaza. Domenico ha dado una orden basada en el resultado de la gala.

A mi lado, Mara se queda inmóvil. Su respiración sigue siendo constante, pero puedo sentir el cambio. Años de supervivencia le han enseñado a manejar sentencias de muerte como pronósticos del tiempo, pero se tensa.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta, con voz firme pero con un leve temblor.

—Horas, quizás menos —respondo con calma, tomando la siguiente salida—. A Dom no le gusta alargar las cosas.

La traición de la familia es como una puñalada en mis entrañas. Puede que Dom tenga que morir por esto. Apago los faros y conduzco hacia una zona industrial con almacenes abandonados, el

tipo de lugar donde los secretos permanecen ocultos y los coches se desvanecen en las sombras.

—Aquí —digo, deteniéndome entre dos edificios deteriorados donde los muelles de carga nos protegen de miradas indiscretas. El motor se apaga, y nos quedamos en un silencio que hace que nuestros latidos sean atronadores.

Por un momento, permanecemos en la oscuridad, pensando en lo que ha cambiado. Hace solo unas horas, Mara buscaba aceptación. Ahora está marcada para morir por las mismas personas cuya aprobación deseaba.

—He fallado —susurra, con palabras ásperas—. Tenía a Chase justo ahí. La oportunidad perfecta. Pero elegí salvarte del ataque de Connor en su lugar.

—Tomaste la decisión correcta —me giro para mirarla, las luces de la ciudad proyectan sombras doradas en su rostro—. Elegiste el amor sobre el deber, la protección sobre la política, a mí por encima de todo lo que podrían haberte ofrecido.

—Y ahora quieren que muera por ello.

—Quieren que mueras porque no entienden la verdadera lealtad —encuentro su mano en la oscuridad—. Creen que podrías haber matado a Callahan, y que yo me habría ocupado de mí mismo.

—¿Y lo habrías hecho? ¿Ocuparte de ti mismo, digo? Ni siquiera un Rosetti puede ver lo que tiene detrás. No sabías que venía. Habrías muerto, ¿verdad?

Me encojo de hombros. —Supongo que nunca lo sabremos.

Su risa no contiene humor, solo una amarga aceptación. —Tu familia nunca me aceptará ahora. La mujer que eligió los sentimientos por encima del éxito de la misión.

—Cuando se den cuenta de que salvaste mi vida, lo entenderán —digo.

—Si no estoy ya muerta.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros. Fuera, el distrito de almacenes está tranquilo. Dentro del coche, la tensión crece como un horno.

—No podemos quedarnos aquí —dice Mara, pero no se mueve—. Ampliarán la búsqueda, usarán cámaras de tráfico.

—No —estoy de acuerdo, mi pulgar trazando círculos en su palma, alterando su respiración—. Pero tenemos unos minutos antes de que nos acorralen. Y hay algo que necesito que sepas.

—¿Qué es?

—Que no me arrepiento de nada de esto —mi mano libre acuna su rostro, sintiendo el calor bajo los dedos que aún recuerdan la sangre de Connor—. Huir de mi familia, quemar todos los puentes, nada importa comparado con mantenerte con vida.

Su respiración se entrecorta mientras asimila lo que le estoy ofreciendo. No solo protección, sino una devoción que desafía la lógica.

—Me han marcado para morir —susurra—, y tu respuesta es ir contra tu propia familia.

—Elijo lo que importa por encima de lo que se espera —digo, inclinándome más cerca en el espacio reducido, atraído por el vínculo que hemos tenido desde el principio—. Elijo a la mujer que salvó mi vida por encima de la organización que la quiere muerta por ello.

—Emilio —mi nombre en sus labios está lleno de comprensión—. Puede que no sobrevivamos a esto. Soldados de la familia, represalias de Callahan...

—Entonces lo afrontamos juntos —trazo suavemente su labio inferior con el pulgar—. Pero no dejaré que mueras sola, y no viviré sin ti de nuevo. Esos son los únicos resultados que no puedo aceptar.

Mi certeza cambia algo en su expresión. Cuando me mira ahora, veo a la mujer debajo de la agente, la que ha estado tomando decisiones imposibles en soledad.

—Te necesito —dice, las palabras surgiendo de un lugar desesperado—. Antes de que nos encuentren, antes de que esto termine... necesito sentir que me reclamas una vez más.

Sus palabras despiertan algo profundo dentro de mí, un reconocimiento de su llamada a la conexión frente al peligro. El aroma de su deseo se mezcla con el jazmín y el persistente matiz metálico de la violencia, creando una mezcla embriagadora que hace reaccionar a mi cuerpo.

—¿Aquí? —pregunto, aunque ya me estoy moviendo, mis manos encontrando instintivamente los cierres de su vestido—. ¿En un coche, rodeados de sombras?

—Especialmente aquí —su sonrisa es afilada, hermosa e innegablemente mía—. Quiero recordar cómo se sentía cuando me reclamabas mientras éramos perseguidos.

La ciudad parece pulsar a nuestro alrededor, viva de amenaza y electricidad. Mara se desliza con gracia felina, sus muslos cubiertos por medias que captan el resplandor de las farolas, dando a sus piernas un brillo como las alas de una polilla. La seda color borgoña que aún lleva puesta se acumula en su cintura mientras se sube encima de mí, cada movimiento sin prisa, deliberado, como para demostrar que todavía controlamos algo. La tela susurra mientras se desliza por el cuero del asiento, el sonido apenas audible por encima de la sangre que late en mis oídos.

Sus manos están frías y seguras mientras desabrocha mi cinturón con memoria muscular, el clic del metal y el roce de la cremallera suenan fuerte en el coche estacionado. No necesita mirar hacia abajo, sabe exactamente cómo tomar lo que necesita. Hundo mis manos en su pelo, atrayendo su boca a la mía, y saboreo la adrenalina y la dulzura floral en sus labios. Esto no es ternura; es una declaración, una estaca en el corazón del miedo.

Su beso es contundente, su lengua ávida. Agarro sus caderas, pulgares presionados en los huecos pálidos cerca de su cresta pélvica, sintiendo su pulso martilleando contra la fina y tenue malla de sus medias. Gime en mi boca, necesitando que yo sepa lo cerca que está de quebrarse. Me aparto lo justo para hablar.

—Mírame —ordeno, con voz áspera. Necesito ver sus ojos. Necesito ver la verdad detrás de la máscara.

Ella encuentra mi mirada, iris oscuros dilatados, pupilas devorando el color. Me mira como si quisiera devorarme, absorberme dentro de ella y mantenerme allí, a salvo del mundo que nos persigue. Rasgo sus medias, abriendo un agujero justo en la entrepierna, mis nudillos rozando sus bragas húmedas. Su mano se desliza hacia abajo y envuelve mi polla, alineándome sin preámbulos y guiándome dentro

de ella, apartando sus bragas a un lado. La cabeza de mi polla encuentra seda y calor, y casi me corro ahí mismo.

Se hunde sobre mí en incrementos lentos y agónicos, sus paredes internas estrechas y codiciosas, tomándome por completo hasta que nuestras caderas están alineadas y su frente descansa contra la mía. La crudeza de la conexión es casi demasiado; agarro la parte posterior de su cuello, manteniéndola quieta, anclándome en el olor penetrante de su piel y el palpitar de su corazón.

—Dios, Mara —. Las palabras brotan de mis labios como un estremecimiento, mis manos temblando mientras la atraigo con más fuerza hacia mí. Ella mueve sus caderas en forma de ocho, usando cada músculo, cada gramo de control que ha dominado tras años de disciplina y negación. El dolor del mundo se desvanece. Cada movimiento de su cuerpo expulsa otro fragmento de mi miedo.

—Esto es todo lo que importa —respira, su voz un temblor bajo en mi oído—. Justo aquí. Tú dentro de mí. Quiero recordar esto, aunque sea la última cosa buena que tengamos.

Sus palabras desencadenan una reacción en cadena en mi columna. Muerdo su clavícula, lo suficientemente fuerte para dejar una marca, y ella jadea, un sonido a medio camino entre un sollozo y una risa. Mis manos se mueven sobre ella, ávidas por memorizar la topografía de su cuerpo, los lugares donde el hueso y la carne se desplazan bajo mi agarre, las cicatrices que ha intentado ocultar.

Fuera, el frío se filtra por las ventanas, escarchando el cristal y convirtiendo el mundo en una bola de nieve de farolas y sombras. El ritmo que encontramos es un desafío al tiempo, un "que te jodan" al universo que nos vería muertos antes del amanecer.

Ella me monta, sus manos apoyadas en mis hombros, clavándome las uñas para sujetarse. Cada vez que baja sobre mí, la encuentro a mitad de camino, mis caderas golpeando con suficiente fuerza como para dejar moratones. La tensión en mi pierna duele, una vieja herida luchando por atención, pero me niego a dejar que me frene.

La muevo ligeramente, inclinando mi pelvis para encontrar el punto dentro de ella que hace que su espalda se arquee y su respiración se entrecorte. Cuando lo alcanzo, sus manos buscan

desesperadamente el techo, derribando el ambientador. Se aprieta a mi alrededor, con los ojos desbocados.

—Emilio —gime, gutural y cruda, y siento cómo se deshace, su control deslizándose un latido tras otro.

Quiero que pierda el control. Quiero que olvide que somos perseguidos. Quiero que crea, aunque sea por un segundo, que sobrevivir es posible. Así que le doy todo lo que tengo, cada embestida y estremecimiento, cada maldición contenida y cada término cariñoso susurrado. La follo como si fuera lo último que haré en mi vida.

Ella echa la cabeza hacia atrás, garganta expuesta, y no hay nada más hermoso que ella en este momento, viva, desesperada, todavía luchando. La visión de ella me lleva al límite, y agarro sus caderas, atrayéndola hacia mí mientras me derramo dentro de ella, con la mente en blanco y al rojo vivo.

Nuestros corazones laten irregulares y desincronizados, pero lentamente, la conmoción se asienta en un ritmo compartido. Ella se derrumba contra mí, mejilla presionada contra mi hombro, pelo húmedo de sudor pegado a la curva de su mandíbula. Estamos pegajosos y temblorosos y completamente agotados.

Envuelvo mis brazos a su alrededor, sujetándola con fuerza como si pudiera evitar físicamente que el resto del mundo se entrometa. Hay silencio en el coche ahora, roto solo por el enganche y liberación de nuestra respiración y el aullido distante de una sirena en algún lugar lejos de aquí.

Ella es la primera en moverse, cambiando ligeramente para que nuestros cuerpos sigan unidos pero su cara esté a centímetros de la mía. Me estudia, buscando algo —duda, quizás, o arrepentimiento—. No encuentra ninguno. Aparto un mechón de pelo de su frente, colocándolo detrás de su oreja con más reverencia de la que he mostrado nunca por nada en mi vida.

—¿Estás bien? —pregunto, con voz más suave de lo que esperaba.

Asiente, y por un momento, parece años más joven, despojada de su armadura, vulnerable de una manera que nunca me ha dejado ver. —No quería que fuera sexo de despedida —susurra—. Solo quería que fuera real.

Levanto su barbilla y la beso de nuevo, más lento esta vez, dejándole saborear la promesa bajo la desesperación. —No es una despedida —digo contra sus labios—. No hasta que yo lo diga.

Fuera, la noche se vuelve más fría, pero dentro del coche somos un horno de calor y necesidad. Ella se aferra a mí, y yo a ella, ambos reacios a movernos y separarnos siquiera una fracción de centímetro. La ciudad puede esperar. Los asesinos pueden esperar. Por ahora, solo existimos nosotros, suspendidos en un momento que parece que podría durar para siempre.

La adrenalina finalmente se consume, dejando a su paso un cansancio profundo. Ella suspira en mi pecho, trazando círculos indiferentes en mi antebrazo, su cuerpo relajado y saciado. Memorizo su peso, la sensación de su corazón latiendo contra el mío, la forma en que se amolda a la forma de mi cuerpo como si nunca hubiera habido nadie más.

Permanecemos juntos en la oscuridad durante un rato, respirando con dificultad, nuestros corazones latiendo al unísono mientras la noche nos envuelve. Cuando la realidad vuelve lentamente, ninguno de los dos quiere soltarse, sin querer romper el vínculo que nos ha mantenido a través de tanto.

—Tenemos que irnos —digo finalmente, aunque todo en mí quiere quedarse, mantenerla cerca hasta que el mundo nos olvide—. La familia estará acercándose.

27

Emilio

El teléfono se siente pesado en mi mano mientras miro el número de Matteo, con el pulgar flotando sobre el botón de llamada. El coche está al ralentí en las sombras de los almacenes abandonados en una zona industrial a cinco kilómetros de la Plaza, donde todo salió mal. Mara eligió salvarme en lugar de completar su misión, dejando el asesinato de Chase para rescatarme a mí.

Ahora nos persiguen a los dos. A mi lado, Mara está sentada con un vestido burdeos manchado de sangre, el elegante traje ahora rasgado y marcado con la sangre de Connor Callahan. Bajo la tenue iluminación del distrito, parece un hermoso fantasma.

La orden de ejecución de mi familia se cierne sobre nosotros. La decisión de Domenico fue rápida y definitiva: fallar en la misión significa muerte. Sin apelaciones, sin segundas oportunidades, sin interferencias de hermanos demasiado obsesionados para pensar con claridad. Mara no falló por incompetencia o miedo. Falló porque me eligió a mí por encima de todo lo demás cuando importaba.

—Se lo explicaremos a tu familia —dice ella—. ¡Te salvé la vida! Eres un Rosetti. Ellos son Rosettis. Harían cualquier cosa por ti.

Asiento lentamente. —Bueno, eso es cierto.

—Entonces...

—Dirán que podrías haber hecho ambas cosas, nena.

Ella se estremece ante mi tono posesivo, pero no retira la mano cuando la tomo. Sus dedos están fríos, manchados con sangre que no es suya.

Deslizo el pulgar por el teléfono antes de que el orgullo pueda detenerme. Suena una vez antes de que la voz familiar de Matteo llene el coche.

—Por Dios, Emilio —dice, sonando más que cansado—. ¿Sabes qué caos ha provocado ella?

—Protegió lo que es suyo —respondo, con la voz áspera por sentimientos mezclados de satisfacción y necesidad—. Se llama amor.

—El amor no viene con órdenes de ejecución y ultimátums familiares. —Su tono cambia, no tan helado como antes, pero aún frío—. Dom ha estado en reuniones desde los informes de la Plaza. Ocho muertos, incluido Connor Callahan. Chase sobrevivió, lo que significa que esta guerra acaba de empeorar.

Un frío temor llena mi estómago, pero mantengo la voz firme. —Mara me salvó la vida.

—Sabes cuidarte solo. Su trabajo era matar a Callahan.

—Tenía sus razones.

—Estoy seguro de que las tenía. —La risa de Matteo tiene bordes amargos—. Dime, hermano, ¿cuándo exactamente decidiste que tu polla era más importante que la supervivencia de la familia?

Mi mandíbula se tensa, pero sé que esto es una prueba. Está tratando de provocar al antiguo yo, al Emilio que reaccionaría con ira controlada.

—Cuando me di cuenta de que algunas cosas son más importantes que la sangre —digo suavemente—. Cuando entendí que elegirla no era una traición. Era crecimiento.

Hacemos una pausa, el silencio cargado con nuestro pasado compartido y traiciones recientes.

—Mira, Matt, necesito tu ayuda.

Cuando habla de nuevo, su tono es inexpresivo. —¿Quieres mi ayuda? —No hay calidez, solo una evaluación fría—. Entonces reúnete conmigo en persona. Demuestra que sigues siendo mi hermano y no solo su títere.

El insulto da en el blanco, pero percibo esperanza oculta bajo su hostilidad. Reunirnos cara a cara significa que todavía hay una posibilidad. No está renunciando completamente a mí.

—¿Dónde?

—El viejo muelle. Muelle 49, donde pescábamos con la Nonna. —Su voz se suaviza ligeramente—. Treinta minutos. Ven solo, o no vengas.

La llamada termina, dejándome mirando el teléfono mientras Mara me observa atentamente.

—¿Nos ayudará? —pregunta, pero su tono sugiere que sabe que es complicado.

—Quizás. —Miro mi reloj: 12:17 AM—. Pero hay condiciones.

—¿De qué tipo?

—Del tipo en que tengo que demostrar que todavía puedo elegir a la familia por encima de la obsesión cuando importa. —Las palabras saben amargas—. Incluso cuando la obsesión eres tú.

Su sonrisa es afilada, peligrosa, insinuando secretos aún no descubiertos. —¿Y puedes?

La pregunta queda suspendida entre nosotros. Esto no se trata de tácticas; se trata de la cuestión que nos ha definido desde que regresó a Nueva York.

—Ni en sueños —murmuro, arrancando el motor.

El camino al Muelle 49 nos lleva por calles desiertas que huelen a sal y viejas fábricas. Mara está callada a mi lado, sabiendo que esta conversación decidirá si encontramos seguridad o nos enfrentamos solos a los cazadores de la familia.

—Quédate en el coche —le digo mientras nos acercamos al muelle de pesca desierto—. Mantén las puertas cerradas y el motor encendido. Si algo parece ir mal, aléjate conduciendo. No me esperes.

—¿E ir adónde? —Su voz está cargada con la realización de que se ha quedado sin lugares seguros—. Tu familia me quiere muerta, Emilio. Los Callahan me quieren muerta. Solo estoy viva porque tú lo estás arriesgando todo para salvarme.

—Es suficiente —digo, inclinándome para besarla, un beso lleno de promesas—. Mientras yo esté vivo, estás segura. Eso no está en

discusión.

Su sabor persiste mientras camino hacia el muelle, el aire salado cortante a mi alrededor. El viejo muelle de pesca se extiende en la oscuridad como un dedo de hormigón que no señala a ninguna parte. No he estado aquí en más de diez años, pero recuerdo exactamente dónde solíamos sentarnos Matteo y yo con nuestra abuela, compartiendo secretos antes de que aprendiéramos que los niños Rosetti no pueden soñar sin pagar un precio.

Ya está allí cuando llego, perfilado por las luces del puerto. Una moneda de plata gira entre sus dedos, mostrando su creciente tensión. Incluso en la oscuridad, puedo ver su inquietud.

—Veintinueve minutos —comenta sin darse la vuelta—. Sigues siendo puntual, incluso cuando huyes por tu vida.

—Papá nos enseñó que ser puntual es crucial para la supervivencia —me siento a su lado en la barrera de hormigón, lo suficientemente cerca para captar el aroma de su caro perfume—. Parece que ninguna de las otras lecciones caló.

—Eso parece —su voz es cortante—. Dime, Milo, cuando estabas creando tu imperio digital para encontrar a esta mujer, ¿alguna vez pensaste en lo que nos costaría al resto?

El viejo apodo duele más que cualquier insulto. —¿Qué quieres decir?

—Me refiero a ver a mi gemelo perderse en una obsesión mientras la familia sufría —deja de juguetear con la moneda entre sus dedos —. Me refiero a años de poner excusas por tus ausencias, tu distracción, tu incapacidad para centrarte en algo que no fuera su rastro digital.

Sus palabras golpean con precisión, pero bajo la ira, detecto algo más profundo. Dolor. El sufrimiento de ver a un hermano elegir el aislamiento sobre la conexión.

—Nunca te pedí que me cubrieras.

—No hacía falta —su risa es amarga—. Eres mi otra mitad, Milo. Mi gemelo. Y eso es lo que hacen los hermanos, ¿verdad? Protegerse mutuamente de las consecuencias, incluso cuando uno está demasiado perdido para notar el sacrificio.

La acusación duele porque es cierta. Había estado tan absorto en la búsqueda de Mara que había dejado de notar cómo mi obsesión afectaba a quienes más me importaban.

—Tienes razón —digo en voz baja, cambiando mi peso mientras la tabla cruje debajo de mí—. Desaparecí. La elegí a ella por encima de todo lo demás, incluso de ti.

—Sí, lo hiciste —la moneda vuelve a moverse, pero más despacio ahora—. La cuestión es, ¿mereció la pena?

Pienso en Mara en el coche detrás de nosotros, manchada de sangre y agotada pero viva. En su elección en la Plaza, salvando mi vida en lugar de completar su misión. En cómo me mira como si yo mereciera cualquier sacrificio.

—Sí —digo llanamente—. Ella mereció todo.

Matteo me mira bajo las luces del puerto, leyendo mis expresiones con profunda comprensión. Cuando habla de nuevo, su voz muestra una aceptación reticente. —Vaya, realmente la amas.

—Más que respirar.

—¿Y ella te quiere lo suficiente como para renunciar a todo por lo que ha trabajado?

—Salvó mi vida y ahora se enfrenta a la ejecución por ello —digo.

—¿Y ahora qué? ¿Seguiréis huyendo? ¿Os esconderéis mientras la familia os persigue?

—La mantendré viva —respondo con absoluta certeza—. Cueste lo que cueste.

Matteo suspira, lleno de frustración. —Sabes que Dom ha dado una orden de eliminación.

—Sí, lo mencionaste.

—Múltiples equipos. Todos los recursos —su tono se vuelve frío—. No están jugando, Emilio. No se trata de traerte de vuelta, se trata de eliminar la amenaza que ella representa.

—Lo sé —mis manos forman puños—. Por eso necesito tu ayuda.

—Mi ayuda —repite, la moneda girando más rápido en su mano—. ¿Por qué arriesgaría todo para salvarte? ¿Después de verte elegirla a ella por encima de nosotros durante meses?

—Porque eres mi hermano —digo suavemente—. Porque en el fondo, todavía te importa lo que me pase.

—Esa es una suposición arriesgada.

—¿Lo es? —le miro a los ojos—. Porque estás aquí, Matt. Viniste cuando te llamé, a pesar de todo. Eso tiene que significar algo.

El silencio se instala entre nosotros mientras las olas golpean el hormigón debajo. Cuando Matteo habla de nuevo, su voz es tranquila y firme.

—Tengo un lugar. Pero no es lo que esperas.

—¿Qué tipo de lugar?

—Del tipo que trae problemas que no te gustarán —su mandíbula se tensa—. ¿Recuerdas a Sophia Reyes? ¿Mi ex del año pasado?

Un escalofrío me recorre. Sophia es intensa, inteligente y peligrosa de la manera en que solo pueden serlo las personas heridas. Había amado profundamente a Matteo pero fue apartada cuando su familia le necesitó en otro lugar.

—La marchante de arte.

—La marchante de arte a la que fastidié cuando Dom necesitaba que me centrara en la situación de Callahan —sus palabras están impregnadas de vergüenza—. La dejé tirada en un trato que le costó mucho dinero y tiempo. Ha guardado rencor desde entonces.

Se vuelve dolorosamente claro. —Y ahora quieres pedirle ayuda.

—Me debe una —dice, pero no suena seguro—. Una vieja deuda de antes de que las cosas se torcieran entre nosotros. Tiene un lugar en Queens, fuera de los registros, sin vínculos familiares.

—Y te odia.

—Me odia —confirma lo que ambos sabemos—. Lo que significa que probablemente también te odiará a ti. Pero cumple con sus deudas, aunque preferiría destruirlo todo.

El viento del puerto trae aire salado y suciedad de la ciudad, aumentando mi inquietud. Cambiar un peligro por otro.

—¿Cuál es el inconveniente?

—La desventaja es que es impredecible. Inestable. Podría decidir que ayudarte no merece la pena y luego volverse contra mí —lanza su moneda nerviosamente—. Además, el barrio no es elegante. Es Queens industrial, con sirenas todas las noches y un lugar donde los coches de lujo acaban desguazados por piezas.

—¿Cuánto tiempo podemos quedarnos?

—Unos días, quizá una semana si tenéis suerte y ella no se aburre —la expresión de Matteo se endurece—. Después de eso, o bien os echará o hará algo que atraiga una atención que no os podéis permitir. No es estable, Emilio. Esto no es una solución, solo es ganar tiempo.

Su dura verdad flota entre nosotros. No es un rescate, solo retrasar lo inevitable. Cambiar un problema por otro.

Pero es tiempo para pensar, planificar y encontrar una solución real que no implique huir eternamente o morir en un espectacular estallido.

—La dirección —digo con la decisión tomada.

Matteo me da una dirección que suena como de otro universo: Queens industrial, lejos del lujo que he conocido. Un lugar donde el privilegio Rosetti no significa nada y la supervivencia depende de saber adaptarse.

—Una cosa más —dice mientras me preparo para marcharme—. Esto no arregla las cosas entre nosotros. Ayudarte no significa que esté de acuerdo con tus decisiones o que perdone lo que le has hecho a la familia. Solo significa que prefiero un hermano vivo y equivocado a uno muerto y en lo cierto.

Sonrío. No es exactamente una gran reconciliación, pero es un reconocimiento de que los lazos familiares son más profundos que los desacuerdos de negocios.

—Gracias —digo, ya dirigiéndome hacia la mujer que confía en mí con su vida.

—Agradécemelo manteniendo con vida a esa chica el tiempo suficiente para demostrar que merece el caos que has creado —su expresión se suaviza ligeramente—. Y, Emilio, la próxima vez que elijas a una mujer por encima del negocio familiar, quizá avisa primero a tu gemelo. Le ahorras a todo el mundo el drama de las órdenes de asesinato.

28

Emilio

El pequeño apartamento en Queens contrasta fuertemente con los rascacielos de Manhattan, a sólo tres pisos de una bodega que siempre está abierta, donde el aire está impregnado con el aroma de comino y gases de escape. Las caras velas de Sophia intentan, sin éxito, enmascarar los olores de aceite de cocina y años de historia incrustados en las paredes.

Mara duerme acurrucada contra mí en el futón. Incluso aquí, en este refugio que Matteo consiguió mediante favores y viejas deudas, está impresionante. El pijama de seda que le compré ayer abraza sus curvas. Su aroma se mezcla con el de la ciudad: jazmín y sal combinados con especias de curry y el lejano olor a escape.

Mi mano descansa sobre su cadera, con el pulgar trazando suavemente círculos sobre la seda mientras observo las sombras más allá de nuestra cama improvisada. Oímos cada sonido a través de las paredes: vecinos discutiendo en español, pasos en las escaleras crujientes, el constante zumbido de una ciudad que nunca duerme. No es el refugio seguro que tenía planeado para ella, pero nos ha mantenido a salvo durante tres días mientras mi familia busca en lugares más obvios.

Han pasado tres días desde el Plaza, desde que Mara me eligió por encima de su misión y abandonó el asesinato de Chase para salvar

mi vida. Hemos estado escondidos mientras las repercusiones se extienden por ambos mundos.

El teléfono desechable vibra sobre la mesa de café, su luz azul destaca cruelmente contra el desgastado mobiliario. Son las 6:42 AM, como muestra la pantalla agrietada, una hora en que solo llegan asuntos urgentes u órdenes de ejecución. Me aparto cuidadosamente del calor de Mara, moviéndome con suavidad para no despertar a la mujer que por fin ha encontrado algo de paz.

La voz de Matteo rompe la estática electrónica, urgente y escalofriante a pesar del calor del apartamento. —Chase está en movimiento —dice rápidamente—. Es una emergencia. Carmela está en peligro inmediato.

La estrechez de la habitación hace que nuestros susurros se sientan a la vez cercanos y arriesgados, rebotando en las finas paredes.

—Más detalles —susurro, hundiéndome en las sombras donde la acústica del apartamento traga nuestras palabras.

—Los informes llegaron hace una hora. Chase ya no solo se está defendiendo, está planeando algo para esta mañana. Un completo cambio de juego.

Un escalofrío me recorre, pero antes de que pueda responder, Mara se mueve en el futón. Su cuerpo percibe el cambio en mi respiración, la ligera tensión en mis músculos, despertando sus instintos incluso durante el sueño. Sus ojos se abren de golpe, alerta a pesar de su cansancio, y se sienta con elegancia, la seda susurrando contra la tela desgastada.

El sonido de Matteo hablando atrae su atención hacia el teléfono, y veo cómo su mente pasa del descanso a evaluar la situación. Procesa la amenaza con la misma habilidad que utilizaba para los eventos de galería y galas benéficas.

—Ponlo en altavoz —dice en voz baja, su voz aún ronca por el sueño pero ya concentrada.

Hago lo que me pide, y la voz de Matteo llena nuestro pequeño espacio con palabras que podrían cambiar todo lo que sabemos sobre el conflicto en el que estamos atrapados.

—Chase está apuntando a Carmela —dice rápidamente—. Un brunch en una galería de SoHo esta mañana. En cuatro horas, rodeada de civiles y solo con un equipo de seguridad estándar.

Mi hermana, de veintitrés años y no afectada por los eventos que nos han moldeado, sorbe mimosas y charla sobre arte renacentista mientras asesinos profesionales se mezclan con amantes del arte que desconocen la violencia real.

Mara se tensa a mi lado, con una expresión de reconocimiento cruzando su rostro. Sus pupilas se dilatan mientras procesa la información, y escucho su respiración aguda, señalando una percepción profesional en lugar de miedo civil.

—Guerra psicológica —dice en voz baja, el término envía escalofríos por mi columna—. Le he visto hacer esto antes.

—¿Qué? —la voz de Matteo crepita por el altavoz, sonando confundida incluso a través de la estática.

—París, hace dos años. Chase eliminó a un rival atacando a la hija del hombre en su boda —explica Mara con un tono distante, relatando la brutalidad profesional que ha presenciado—. No al rival, eso habría sido negocio. A la hija, rodeada de trescientos invitados inocentes que vieron lo que sucede cuando te enfrentas a un Callahan.

El significado flota pesadamente en el aire. No es un ataque casual, sino una guerra psicológica calculada destinada a aplastar a los oponentes golpeándolos donde duele emocionalmente, no físicamente.

—Él lo llama "guerra íntima" —continúa Mara, su voz afirmándose mientras recuerda detalles tácticos—. Atacas lo que más aman, en público. Creas un trauma que va más allá del negocio, lo haces personal. Les muestras que oponerse a él pone en peligro a todos los que aprecian.

Mis manos se cierran en puños apretados, los nudillos crujen en el pesado silencio, resonando en las frágiles paredes.

—¿Cronología? —pregunto, aunque mi voz me suena lejana, amortiguada por la ira protectora que crece dentro de mí.

—El brunch comienza a las once —responde Matteo—. Solo por invitación, unos sesenta invitados. Carmela lo ha estado organizando

durante meses, exhibiendo artistas italianos emergentes, un evento cultural legítimo perfecto para nuestra imagen pública.

—¿Qué hay de la seguridad?

—Dos guardias, quizás tres. Solo la seguridad habitual para un evento cultural, no para un campo de batalla.

Sus palabras reflejan una cruda verdad: protección suficiente para amenazas regulares, pero ni de lejos suficiente si Chase trae asesinos profesionales disfrazados de asistentes aleatorios.

La respiración de Mara cambia a mi lado, una señal de que está considerando rápidamente todos los escenarios posibles. Cuando habla, su voz es segura, como si ya hubiera visto desarrollarse esta situación antes.

—Atacará durante el brunch —afirma con firmeza, descartando especulaciones—. Testigos con teléfonos, impacto máximo. El mayor daño al nombre Rosetti.

El radiador hace clic constantemente, contando regresivamente hacia una violencia que podría arruinar todo lo que he trabajado por proteger.

—Después de los discursos —me doy cuenta, encajando las piezas con una sensación de hundimiento—. Exhibición pública de violencia.

—O durante el servicio de bebidas —añade ella, con la voz cargada de una sombría certeza que viene de conocer cómo operan estos depredadores—. Solo necesita estar separada de la multitud unos segundos, tiempo suficiente para que los profesionales se la lleven y monten un espectáculo.

El teléfono crepita mientras Matteo asimila este análisis táctico, convirtiendo una crisis familiar en un plan en los rincones ocultos de la ciudad. —Dom no confía en la información detrás de esta amenaza específica —dice finalmente—. Cree que Chase sigue centrándose en el negocio, no jugando a juegos mentales. La seguridad estándar no cubrirá estas tácticas.

—Entonces lo manejaremos nosotros mismos —decido, con claridad cortante—. Protección extraoficial, una respuesta táctica fuera de los métodos habituales de la familia.

—¿Nosotros? —pregunta Mara, sorprendida, pero hay un atisbo de alivio en su voz—. ¿Quieres que te ayude a proteger a tu hermana?

—Te necesito conmigo cuando nos enfrentemos a cualquier trampa que Chase haya preparado —admito, con la voz más áspera de lo que pretendía, dándome cuenta de que afrontar esto solo sería un orgullo estúpido—. Tu conocimiento de cómo opera, tu comprensión de estas tácticas. Necesito tu experiencia.

Su sonrisa bajo la tenue luz del teléfono es afilada como cristal roto, hermosa y peligrosa a la vez, y me pertenece. —Bien.

Mi corazón se acelera ante la certeza de su voz, la forma en que asume mis batallas con la misma intensidad con la que yo he abrazado las suyas. Después de todo, los Callahan, la traición familiar, las duras decisiones que nos han moldeado, ella todavía elige estar a mi lado.

—No es tu lucha —le recuerdo, aunque sostengo su mano con fuerza, mostrando cuánto la necesito conmigo.

—Sí que lo es —responde, con voz firme—. Tus luchas son mis luchas.

El tictac del radiador ya no se siente como una cuenta atrás sino como un ritmo constante, como el latido de una ciudad que cría supervivientes en sus rincones ocultos.

—Matteo —digo al teléfono—, estaremos allí.

29

Mara

El champán sabe a agua tónica. Estoy de pie junto a Emilio en la galería de Tribeca, rodeada de la élite cultural de Nueva York, que sorbe Dom Pérignon mientras discute sobre influencias renacentistas que nunca comprenderán realmente. La luz de la tarde se filtra por los altos ventanales, bañando el arte exclusivo en tonos dorados que deberían transmitir calidez pero que, en cambio, parecen frágiles, listos para hacerse añicos al primer indicio de problemas.

Carmela se mueve con elegancia entre las piezas de arte, resplandeciente en su vestido de seda verde. Parece toda una sofisticada mecenas de galería, hablando sobre claroscuro con coleccionistas que ven la belleza como una inversión. A sus veintitrés años, parece intocable, protegida por la riqueza y el estatus. No tiene ni idea de que el peligro ha seguido a los invitados y a la charla trivial hasta su espacio seguro.

—Cuarenta y siete invitados confirmados —susurro a Emilio, con mi voz apenas audible por encima de la conversación educada—. Hay dos guardias de seguridad visibles, pero están centrados en el robo de arte, no en asesinatos. Normas estándar de galería. —Mis ojos entrenados recorren la sala. Hay muchas salidas: la entrada principal, un pasillo de servicio junto al champán, una puerta de emergencia cerca de los aseos y un muelle de carga para los

costosos cuadros. Demasiadas formas de entrar y salir, lo que dificulta asegurar un lugar pensado para la apertura.

—La gente de Chase podría ser cualquiera —añado, escudriñando rostros que se mezclan en la escena artística neoyorquina—. Coleccionistas, periodistas, personal de servicio. Una cobertura perfecta para un ataque sorpresa. —La mano de Emilio toca ligeramente mi espalda, su pulgar moviéndose de una manera que parece afectuosa pero que en realidad me posiciona para alcanzar rápidamente la salida más cercana. Su tacto se siente ardiente a través de la tela, afectándome incluso mientras mi mente calcula amenazas y rutas de escape.

—Carmela ha estado aquí desde el montaje —señala, con voz tensa y controlada—. Protección mínima, exposición máxima. Si Chase quisiera enviar un mensaje sobre atacar lo que más nos importa, esto es.

El conocimiento me hiela. Es un ataque psicológico calculado destinado a quebrar emocionalmente a la familia Rosetti en lugar de hacerlo mediante un conflicto directo. Es una guerra personal, la especialidad de Chase, perfeccionada a lo largo de años derribando a rivales mediante la destrucción de lo que aman.

Recuerdo a la novia en París que murió en brazos de su nuevo marido, con la música de la boda aún sonando, el rojo extendiéndose por su vestido blanco.

—Allí —dice Emilio en voz baja, concentrándose intensamente—. Esquina noreste. Tres hombres que no están mirando el arte.

Sigo su mirada sin mover la cabeza, usando mi visión periférica para localizar la amenaza. Los hombres con trajes caros que no les quedan del todo bien, de estilo europeo que no encaja con la escena americana, su postura delata un entrenamiento militar más que apreciación artística. Se mueven entre la multitud con una deliberada consciencia, escaneando rostros y posiciones en lugar de admirar el arte renacentista.

—Contratistas —susurro, mi corazón acelerándose con el reconocimiento—. Especialistas italianos. He visto a gente como ellos antes en misiones europeas.

No solo están mirando arte o charlando sobre cultura. Están esperando, listos para atacar cuando llegue el momento adecuado. Asesinos fingiendo ser amantes del arte, tan pacientes como arañas, con el objetivo de apuntar a mi futura cuñada.

—Tenemos que moverla —digo, percibiendo la urgencia al ver al líder de los asesinos hacer señales a su equipo con gestos sutiles—. Ahora, antes de que terminen de posicionarse.

—De acuerdo. —Emilio me guía hacia Carmela, moviéndose con autoridad, abriéndose paso entre grupos que hablan de arte y beben champán—. Pero con cuidado. El pánico lleva al caos, y el caos les ayuda.

Caminamos a través de conversaciones sobre tendencias artísticas y rumores del mercado. Carmela nos ve primero, sus ojos verdes abriéndose con sorpresa, luego entrecerrándose con sospecha. Su entusiasmo se desvanece cuando me reconoce, la mujer a quien todavía no ha perdonado por la larga obsesión de su hermano.

—Emilio —dice, aceptando su beso en ambas mejillas mientras me lanza una mirada penetrante—. No te esperaba. Ni a ella.

Su tono frío podría congelar el champán, pero lo entiendo. Para ella, soy quien rompió el corazón de su hermano y desapareció, y luego no logró probar su lealtad matando a Callahan.

Emilio responde con calma, su voz atravesando sus defensas. —Mara quería ver la exposición. Tiene buen ojo para el arte renacentista.

Me adelanto, ofreciéndole mi mano con suavidad a pesar de la tensión entre nosotras. —Tu hermano mencionó tu trabajo como comisaria —digo cordialmente—. La forma en que has dispuesto estas piezas crea una hermosa conversación entre diferentes períodos históricos.

El apretón de manos de Carmela es firme y seguro, pero sus ojos permanecen fijos en mi rostro. Me examina detenidamente, como si estuviera comprobando la autenticidad de un cuadro, buscando defectos o cualquier cosa que revele mi verdadera naturaleza bajo la superficie.

—¿Y qué te atrae específicamente de los maestros italianos? —pregunta, insinuando algo más que simple charla.

Es una prueba para ver si mi interés es real o solo para esta reunión. Miro la gran reproducción de Caravaggio en la pared detrás de ella y respondo con genuina apreciación. —La forma en que la oscuridad hace valiosa la luz —digo sinceramente—. Cómo las sombras añaden una profundidad que la luz plena nunca podría. Belleza que solo existe por el peligro que la rodea.

Algo cambia en la expresión de Carmela, quizás sorpresa, o reconocimiento de que mis palabras son genuinas, no simples cortesías sociales. Antes de que pueda responder, noto un movimiento lateral que hace que mi estómago se tense con preocupación.

Los contratistas se mueven con más determinación, abandonando su actuación de observación casual por algo más serio. El líder toca su auricular, recibiendo instrucciones que hacen que su rostro adquiera una concentración letal.

—Tenemos un problema —digo en voz baja, intentando mantener un tono normal mientras pienso qué hacer—. Se están acercando. —Emilio no cambia su postura, pero puedo sentir el cambio en su energía, aunque sigue pareciendo un novio culto charlando sobre arte con su hermana. Su mano se mueve desde mi espalda hasta mi cintura, interponiéndose entre la amenaza y las dos mujeres que prometió proteger.

—Carmela —dice, bajando la voz a un tono que exige atención—. Necesito que escuches con cuidado y hagas exactamente lo que te digo. —Su voz corta la refinada atmósfera de la galería como un cuchillo afilado. Carmela, con su naturaleza artística, percibe el grave peligro, sabiendo que su hermano no exagera.

—¿Qué está pasando? —susurra ella, sus ojos verdes revelando su rápido razonamiento.

—Nada que concierna al resto de invitados —responde Emilio con autoridad—. Pero necesitas caminar tranquilamente hasta la salida de servicio que hay detrás del puesto de champán. Ahora mismo.

—Emilio, no puedo simplemente abandonar la exposición. He pasado mes-

—Puedes y lo harás —dice con un tono que pone fin a cualquier discusión—. Confía en mí o arriesga tu vida aquí. Esas son tus únicas

opciones.

La cruda verdad impacta como agua fría. Carmela palidece al darse cuenta del peligro, comprendiendo que su hermano habla en serio sobre la seguridad familiar. A nuestro alrededor, las conversaciones continúan con normalidad, ajenas a la amenaza entre el arte y el champán.

—Salida de servicio —susurra, asimilándolo—. Detrás del puesto de champán.

—Despacio —aconsejo, mientras ya me coloco delante de los contratistas y su objetivo—. Actúa como si estuvieras comprobando el catering. No les mires, no corras, no hagas nada que demuestre que lo sabes.

Comenzamos a dirigirnos con naturalidad hacia la seguridad, tres personas hablando de arte mientras el peligro acecha entre el champán y la cultura. Los contratistas nos observan pero no se apresuran, están esperando el momento adecuado que su entrenamiento les ha enseñado a identificar.

Estamos a cinco metros de la salida de servicio cuando todo cambia.

El auricular del contratista principal crepita, y su rostro pasa de una tranquila observación a una acción rápida. La señal que necesitaban acaba de llegar. Hace un gesto brusco a su equipo, y de repente se mueven con intención letal entre la multitud.

—¡Ve! —grita Emilio, abandonando toda apariencia cuando la amenaza se vuelve real—. ¡Muévete ahora!

Carmela corre, sus tacones resonando en el mármol mientras deja atrás la sofisticación por la supervivencia. La puerta de servicio se abre de golpe, y ella desaparece en el pasillo, dejándonos a Emilio y a mí para enfrentarnos a enemigos que ya no ven necesidad de tener paciencia.

A nuestro alrededor, el ambiente de la galería cambia cuando los instintos de supervivencia de la gente se activan. Las conversaciones se detienen, las copas de champán quedan suspendidas en el aire, y personas con trajes caros de repente recuerdan que pueden resultar heridas.

El primer contratista se echa hacia atrás la chaqueta, mostrando una pistola negra que refleja la luz del sol de la tarde a través de los grandes ventanales. La visión de un arma en este lugar de belleza provoca pánico. Las mujeres gritan, las copas de champán se estrellan contra el mármol, y hombres con grandes carteras de acciones se dan cuenta de que son mortales.

Me muevo más rápido de lo que puedo pensar.

La copa de champán de cristal en mi mano se convierte en un arma, su borde afilado capaz de cortar profundamente con suficiente fuerza y precisión. Puedo utilizar cualquier cosa cercana, convirtiendo artículos elegantes en herramientas para hacer daño.

El contratista se centra en Emilio, viéndolo como la principal amenaza e ignorándome como una preocupación menor. Gran error. Mientras está distraído, me acerco y clavo el cristal dentado en su garganta.

La sangre salpica un Monet cercano mientras su vida se escapa. Cae con un golpe húmedo, su arma repiqueteando en el suelo de mármol en medio del caos de invitados que gritan y cristales que se rompen.

—¡Detrás de ti! —grito cuando el segundo contratista se acerca sigilosamente a Emilio.

Emilio gira rápidamente, un cuchillo apareciendo como si fuera parte de él. La hoja encuentra su objetivo entre las costillas con la precisión que le ha hecho famoso en círculos donde dudar equivale a morir. El contratista cae al instante, la sangre extendiéndose bajo pinturas renacentistas.

El tercer hombre se esconde detrás de un pedestal, usando una estatua como escudo mientras los invitados huyen presos del pánico. Apunta a Emilio, esperando el tiro perfecto para terminar el enfrentamiento.

Recojo el arma del contratista caído, su peso familiar a pesar de la adrenalina que corre por mis venas. El seguro se desactiva suavemente, de alguna manera audible sobre el caos circundante.

—¡Suéltala! —exijo, apuntándole con firmeza—. ¡Ahora!

En lugar de escuchar, se gira hacia mí, su arma moviéndose rápidamente en mi dirección. El tiempo parece detenerse. El cañón

parece enorme, prometiendo un final mortal.

Disparo dos veces. Ambos tiros dan en el centro, demostrando mi entrenamiento. Las balas lo empujan hacia atrás contra la estatua, mármol y carne colisionando con un final brutal.

El silencio cubre la galería como una cortina espesa. Los atacantes armados han caído, dejando tras de sí a civiles traumatizados y suficiente caos para marcar paredes que antes solo conocían la belleza. El olor penetrante de la pólvora se mezcla con el champán y el miedo, creando un aroma que perseguirá este lugar para siempre.

—¿Carmela? —llama Emilio hacia la salida de servicio, su voz tensa por la emoción.

—A salvo —responde ella desde el pasillo más allá—. ¿Están todos neutralizados?

—Todos abatidos —confirmo, mis manos temblando mientras aseguro el arma. La realidad de lo que acaba de suceder empieza a golpearme, atacantes armados neutralizados por la fuerza, convirtiendo un domingo tranquilo en una pesadilla.

Las sirenas aúllan en la distancia, la policía alertada por disparos en el distrito artístico de Tribeca. Solo tenemos minutos antes de que esto se convierta en una escena del crimen, antes de que surjan preguntas que podrían deshacer todo lo que hemos construido.

—Tenemos que irnos —dice Emilio, dirigiéndose rápidamente hacia la salida de servicio—. Antes de que esto se convierta en una investigación policial.

Le sigo, pasando sobre cuerpos que hace momentos amenazaban todo lo que él aprecia. Las manchas en mis manos reflejan la luz de la galería, oscuras y duraderas. Después de años escapando de la violencia, he demostrado que puedo ejercerla con precisión cuando mi familia necesita protección.

En el pasillo más allá, Carmela espera con ojos muy abiertos y manos temblorosas. Me mira como si fuera algo nuevo y peligroso, algo que reveló su verdadera naturaleza al salvarle la vida.

—Me has salvado la vida —susurra, sus palabras transmitiendo algo más que simple gratitud.

—Te he protegido —respondo, diciendo cada palabra en serio—. Eso es lo que hace la familia.

Su expresión cambia.

—Gracias —dice simplemente, y por primera vez desde que regresé a Nueva York, escucho perdón.

Por fin.

30

Mara

La enfermería de la mansión Rosetti se siente como un confesionario. Estéril e íntima, diseñada para heridas que no pueden tratarse en hospitales públicos. Me siento en la camilla de exploración mientras Emilio limpia la herida de cuchillo en mi hombro, con mi vestido de seda negra rasgado para revelar una piel que siempre ha sido demasiado valiosa para la violencia que ahora la marca. La sangre se mezcla con antiséptico y perfume de jazmín, creando un aroma que me revuelve el estómago.

Mis manos no dejan de temblar.

Las aprieto en mi regazo, deseando que los temblores cesen, pero continúan como réplicas de un terremoto que ha reorganizado todo en mi interior. Esta noche lo arrojé todo por la borda en un solo momento de instinto. Cuando vi aquella hoja dirigiéndose hacia la garganta de Carmela, todo lo demás desapareció. El entrenamiento, la autopreservación, el delicado equilibrio que había mantenido... todo se esfumó.

He matado a alguien esta noche. No mediante informes de inteligencia o manipulación a distancia, sino con violencia directa y personal. Mis manos recuerdan el peso de su muñeca mientras la retorcía, el sonido húmedo cuando la hoja de Emilio encontró su garganta, cómo sus ojos se abrieron de par en par y luego quedaron vacíos.

El recuerdo de Sarah pesa en mi pecho. Ocho meses muerta mientras yo servía a las mentiras de Chase, creyendo que su seguridad dependía de mi obediencia cuando ya estaba más allá del alcance de cualquiera. Esta noche sentí que por fin honraba su memoria con acción en lugar de sacrificio equivocado.

—Quédate quieta —murmura Emilio, con una voz que transmite una suavidad controlada que recuerdo de nuestros momentos más íntimos. El antiséptico quema en la piel desgarrada, pero el dolor se siente distante comparado con el caos en mi cabeza—. Casi termino.

Observo su rostro mientras trabaja, el ceño fruncido cuando se concentra, cómo aprieta la mandíbula al ver sangre fresca filtrarse a través del vendaje. Sus manos están firmes donde las mías no lo están, aunque sé que eso apenas disimula una furia apenas contenida. El depredador quiere cazar a todos los que podrían amenazarme, eliminar cualquier posible fuente de daño futuro.

—Nunca he... —empiezo, y me detengo.

¿Cómo explicas que cruzar esa línea por primera vez te deja con la sensación de que tu piel ya no te queda bien?

—¿Nunca qué? —Sus dedos se detienen sobre mi hombro.

—Matado a alguien directamente. Con mis propias manos. —Las palabras me rasgan la garganta—. He hecho cosas terribles por dinero, pero nunca he sentido la vida de alguien acabar por lo que elegí hacer.

Su expresión se suaviza.

—¿Cómo se siente?

Considero mentir, darle la respuesta que creo que quiere. Pero la verdad se derrama antes de que pueda detenerla.

—Terrible —susurro—. Y correcto. Al mismo tiempo. —Mi voz se quiebra con la confesión—. Lo volvería a hacer sin dudar si eso significara mantenerla a salvo.

—¿Eso te molesta?

—No. No me molesta. Crucé todas las líneas que juré que nunca cruzaría, me convertí en alguien que nunca quise ser, y todo en lo que puedo pensar es en lo agradecida que estoy de que tu hermana esté viva.

Sus pupilas se dilatan ante mi confesión, sus fosas nasales se ensanchan como si pudiera percibir el cambio en mi moral. Esto es lo que ha estado esperando sin saberlo, no solo mi regreso a su lado.

—Eso es lo que te hace mía —dice suavemente, inclinándose más cerca hasta que nuestras frentes casi se tocan—. No tu cuerpo, no tu inteligencia, ni siquiera tu lealtad. Sino tu disposición a volverte peligrosa por las personas que amas.

La certeza en su voz envía una corriente por mis venas a pesar del olor estéril y las luces intensas. Mi cuerpo reconoce a su contraparte incluso mientras mi mente intenta asimilar en qué me he convertido.

—No soy la misma persona que te dejó hace tres años —digo, necesitando que entienda la profundidad del cambio en mi interior—. Ni siquiera soy la misma persona que entró en esa galería esta noche.

—No —coincide, su pulgar acariciando mi labio inferior con un toque suave—. Eres mejor. Más fuerte. Más honesta sobre tus capacidades cuando realmente importa. —La dura iluminación proyecta sombras en su rostro, haciéndolo parecer feroz, como una tormenta apenas contenida. Sin embargo, su toque sigue siendo suave, reconociendo que me he vuelto igual de poderosa.

—Mataste por mi familia —continúa, bajando la voz de una manera que hace que mi corazón se acelere—. Sin pensar, sin planificar, puro instinto para proteger lo que importa. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que me he convertido en alguien que no conozco?

—Que te has convertido en alguien a quien por fin puedo aferrarme para siempre. —Sus manos se mueven a mi cintura, trazando patrones en la seda que me dificultan concentrarme—. Alguien que sabe que el amor no es seguro ni fácil, es la fuerza más peligrosa que existe.

Sus palabras se asientan en mí, ardientes y adictivas. De esto es de lo que he estado huyendo, con miedo a convertirme. No solo en su pareja, sino en su igual en la oscuridad, compartiendo el tipo de violencia que protege lo importante.

—Tengo miedo —admito, con la voz entrecortada por la emoción —. No de ti, sino de lo correcto que se sintió y de lo fácilmente que podría volver a hacerlo.

—Bien. —Su sonrisa es afilada, hermosa y aterradora a la vez—. El miedo te mantiene humana. Pero estar dispuesta a hacer cualquier cosa por la familia, eso te convierte en una Rosetti.

—Cuando vi esa hoja apuntando a su garganta —susurro, queriendo que entienda el momento que lo cambió todo—, no pensé en las consecuencias, mi entrenamiento o lo que me costaría. Simplemente actué. Como si mi cuerpo supiera qué hacer antes de que mi mente pudiera detenerlo.

—Instinto —coincide, sus pulgares acariciando suavemente mis costillas donde mi vestido rasgado revela piel cálida—. Del tipo que no se puede enseñar ni fingir. Naciste para esta vida, Mara. Solo necesitabas el empujón adecuado para aceptarlo.

La aceptación, no solo por parte de él, sino también por mí misma, se posa sobre mí como un manto. Esto es lo que soy ahora. Alguien que mata para proteger a la familia. Alguien que elige la sangre por encima de la comodidad. Alguien que finalmente está lista para admitir que amar a un Rosetti significa volverse peligrosa también.

La muerte de Sarah me enseñó que algunos sacrificios son inútiles, que servir a mentiras en su nombre deshonraba su memoria. Pero esta noche sentí que finalmente la estaba honrando, protegiendo a los vivos en lugar de servir a los muertos.

—Enséñame —digo, con mi decisión clara mientras miro su rostro bajo la luz intensa—. Enséñame lo que significa ser como tú.

Su respuesta es rápida. Sus manos agarran mi cintura, levantándome de la mesa de exploración y colocándome en su regazo en la única silla de la habitación, quedando cara a cara en el pequeño espacio. El cuero está frío contra mi espalda mientras su calor atraviesa la seda rasgada. El movimiento tira de mis puntos, pero el dolor parece lejano comparado con la fuerte necesidad de ser reclamada por él.

—Aquí no —digo, mirando hacia la puerta donde la familia podría entrar en cualquier momento.

—Especialmente aquí —corrige, moviendo sus manos por mis muslos bajo la seda rasgada—. Donde estás vendada por proteger a mi familia. Donde tu sangre se mezcla con antiséptico y valentía. Donde estás lista para dejar de esconderte de quien eres.

Sus dedos se enganchan bajo la seda que ya está húmeda con mi excitación, y jadeo ante el contacto, una exploración suave que hace que mi interior se tense con una necesidad cruda. El entorno clínico es inapropiado, incorrecto, pero se siente como una reclamación. Como un santuario ganado a través de la violencia y el amor demostrado mediante el sacrificio.

—Ahora me perteneces —susurra contra mi garganta, sus dientes rozando la piel que todavía conserva el leve aroma a sangre—. Sin cuestionamientos, sin escapatoria, sin dudas. Y te lo demostraré.

Cuando sus dedos se deslizan dentro de mí, ahogo el tipo de gemido que resonaría por los pasillos reforzados con acero de la mansión durante horas. La sensación arde en mí, cruda, urgente, nada parecido al placer educado de mi antigua vida, su palma presionando con firmeza contra la parte más suave de mí, el pulgar trazando círculos con la misma violencia controlada que una vez usó para cortar microchips de diamantes raros. No se mueve con vacilación ni con rastro alguno de piedad. Solo con la certeza de un hombre que siempre ha sabido exactamente lo que es y lo que está dispuesto a hacer para mantener las cosas que ama lo suficientemente cerca como para protegerlas y destruirlas al mismo tiempo.

Pero no es la forma en que me toca lo que me hace temblar. Es la forma en que me mira, como si quisiera ver no solo mi cuerpo, sino mi alma abierta y examinada, y luego guardada pulcramente en su bolsillo para llevarla para siempre.

—Mírame —ordena Emilio, con voz cargada de una dureza que antes solo escuchaba cuando irrumpía en sistemas que yo juraba impenetrables, o silenciaba una habitación llena de hombres que le doblaban el tamaño.

Las palabras no dejan duda de si obedeceré. Me obligo a encontrar su mirada, parpadeando a través de las lágrimas que no

tienen nada que ver con el dolor y todo que ver con la ola de autoconocimiento que retumba dentro de mí.

Quiere un testigo para esto. No solo del acto, sino del cambio.

—Quiero ver tus ojos cuando te des cuenta de en qué te has convertido —dice, y es lo más amable y cruel que alguien me ha dicho jamás.

¿En qué me he convertido? La pregunta no es retórica, no esta noche, no en esta habitación. Soy la suma de mil decisiones, algunas perfectas y otras defectuosas, pero cada una llevándome inexorablemente aquí, a este momento donde la verdad me reorganiza a nivel celular. Soy suya, sí. Pero también soy mía, por primera vez en años.

Y mis manos, mi cuerpo, mi centro, todos lo saben.

Él percibe la duda en mi silencio, y su expresión cambia, calor mezclado con una ternura que podría matarme.

—¿En qué me he convertido? —pregunto, mi voz apenas audible bajo las luces fluorescentes y el ruido blanco del purificador de aire.

Sonríe, no con su boca sino con el fantasma de un hoyuelo en el borde de su mandíbula. —En alguien tan letal como yo —dice, introduciendo un tercer dedo hasta que mi columna se arquea contra el cuero implacable de la silla—. Alguien que mata por la familia.

Las palabras caen dentro de mí y detonan. Ya no hay paciencia en él, no después de lo que he confesado, no después de lo que he hecho. Quiere que lo acepte, que reclame la nueva piel que llevo. Su otra mano sostiene la parte posterior de mi cuello, el pulgar acariciando ese lugar vulnerable justo debajo de mi oreja, como para anclarme aquí, para recordarme que no estoy perdida, solo encontrada por un tipo diferente de hombre.

Cada movimiento es meticuloso, calculado. Sus dedos se mueven en un ritmo diseñado para arrancar hasta el último resto de vacilación. Conoce mi cuerpo tan bien como conoce una vulnerabilidad de día cero o el cortafuegos de un banco. Encuentra el punto débil, la parte de mí que nunca he dejado que nadie más vea, y presiona hasta que no puedo ocultar lo que soy.

El placer es tan intenso que roza el dolor, mi cuerpo sorprendido por la velocidad y certeza de su tacto. Pero es el hecho de que nunca aparta la mirada, ni siquiera parpadea, lo que me deshace. Quiere verme quebrarme. Quiere ver el momento exacto en que dejo de temer lo que puedo hacer. Quiere ver a la persona que siempre creyó que podía ser, incluso cuando yo no lo creía.

Y bajo la dura iluminación de la sala médica, con mi vestido rasgado y la sangre secándose bajo el vendaje en mi hombro, me doy cuenta de que este es el momento que quería desde siempre. Que alguien viera la violencia en mí no como un defecto sino como un don. Que alguien la amara, incluso.

Se inclina, sus labios rozando mi mejilla, y susurra: —Eres perfecta así. Nunca te disculpes por lo que hiciste esta noche.

Eso lo consigue. La tensión, semanas, quizás años de ella, se rompe. Me oigo a mí misma sollozar su nombre en el mismo aliento en que alcanzo el clímax, el sonido amortiguado por la mano que presiona contra mi boca como un acto final de control.

No se detiene, ni siquiera entonces. Sigue con esa furia medida hasta que mis piernas tiemblan y las lágrimas corren libremente y mi corazón late tan fuerte que ahoga cualquier rastro de inseguridad.

Cuando finalmente me desplomo contra él, agotada y en carne viva, me sostiene en silencio durante un largo minuto. Una de sus manos me acaricia distraídamente el pelo, la otra dibuja círculos perezosos sobre mi muslo como si trazara un sigilo que solo yo podré entender jamás. Entierro mi cara en su cuello, respirando el olor a sudor, loción de afeitar y sangre cobriza, y pienso que quizás esto es lo que se supone que debe sentirse como hogar, aterrador y seguro exactamente al mismo tiempo.

—Estás temblando —murmura, casi para sí mismo.

Quiero decir que es por el dolor, la pérdida de sangre, el subidón de adrenalina. Pero ambos sabemos que no es eso.

—Ya no estás sola —añade, presionando sus labios contra mi sien en un beso tan suave que casi no lo siento—. Nunca tendrás que estarlo.

Es la primera vez que alguien me dice eso y me hace creerlo.

No recuerdo haberme movido, pero de repente estoy a horcajadas sobre él, con las rodillas a ambos lados de su regazo, mis brazos rodeando su cuello. Sus manos exploran bajo la seda arruinada, cartografiando cada lugar que todavía duele por la violencia de esta noche pero que ahora hormiguea con algo más dulce.

—Podría volverme adicta a esto —digo, con la voz ronca de tanto llorar y desear y no contener nada.

Sonríe, mostrando los dientes. —Ya lo estás.

Permanecemos así, envueltos el uno en el otro, el frío resplandor de la habitación haciendo que su piel parezca casi luminosa. Me permito sentir cada segundo de ello, el peso de su cuerpo, el latido donde sus dedos acababan de estar, la forma en que su respiración agita el pelo en mi nuca.

Por una vez, no intento analizar lo que significa todo esto. Simplemente existo, perfecta y violentamente y por completo en el presente.

31

Mara

El comedor de los Rosetti se ha transformado de ser un espacio formal de exhibición a un cálido refugio. No es la gran mesa cerca de la cocina donde suelen cenar, sino el comedor formal independiente. Las líneas severas de la habitación se suavizan con una iluminación cálida, y el aroma de la lasaña de Nonna Toni reemplaza el olor clínico que persiste en mi cabello. Me siento junto a Emilio en una mesa donde se han tomado numerosas decisiones familiares, vistiendo su jersey de cachemira para ocultar los vendajes en mi hombro. El jersey lleva su aroma, haciéndome sentir abrazada incluso entre aquellos cuya aprobación he estado buscando durante semanas.

Por primera vez desde que regresé a Nueva York, no estoy pensando en rutas de escape. Simplemente estoy aquí, cosida, cansada y, de alguna manera, finalmente en casa.

—Te ves mejor, cariño —dice Carmela desde el otro lado de la mesa. Su miedo anterior se ha convertido en auténtica calidez. Sus ojos verdes, antes suspicaces, ahora muestran gratitud y lo que podría ser afecto genuino—. El color ha vuelto a tus mejillas.

—La buena comida hace eso —dice Nonna Toni desde la cabecera de la mesa, sirviéndome más comida a pesar de mis protestas. A sus ochenta y siete años, dirige la familia con una autoridad gentil que

hace que hombres adultos confiesen sobre palitos de pan caseros—. Come, bambina. Estás demasiado delgada para pelear con asesinos.

Matteo se ríe ante la mención casual de la violencia, su moneda de plata moviéndose con facilidad entre sus dedos, mostrando que está relajado. —Solo a Nonna se le ocurre convertir un intento de asesinato en consejo dietético.

—La chica salvó la vida de nuestra Carmela —responde Nonna Toni con certeza—. Ahora es familia. Y la familia come.

Esta simple declaración significa más que cualquier ceremonia formal. No se trata de tácticas o alianzas, se trata de pertenecer, de ser vista como alguien que merece protección, alimento y amor a pesar de todas las razones para mantenerse suspicaces.

Domenico levanta su copa de vino, un gesto que se siente importante. —Por el valor bajo el fuego —dice, con voz fuerte y autoritaria, haciendo que todos escuchen—. Y por los lazos familiares que se prueban con acciones, no solo con palabras.

—Por los instintos protectores —añade Salvatore, su voz llena de aprobación patriarcal, moldeando la realidad a través de pura determinación—. Y por la mujer que se interpuso entre la muerte y mi hija sin pensarlo dos veces.

—Por un valor que no se puede enseñar —añade Gianna Rosetti, de pie junto a Salvatore, su cabello castaño rojizo con mechas plateadas brillando bajo la luz de la lámpara mientras se inclina para apretar mi mano con calidez—. Bienvenida a la familia, esta vez de verdad.

El vino sabe a gloria, rico y complejo, mientras asimilo la importancia de lo que está sucediendo. No es solo tolerancia o aprobación condicional, sino una verdadera bienvenida de personas que una vez me vieron como una amenaza.

—Cuéntame sobre ese momento —dice Matteo, inclinándose hacia adelante con vivo interés—. Cuando decidiste actuar. ¿Qué pasó por tu mente?

Dejo mi copa, pensando en cómo explicar una elección que se sintió más como la gravedad, inevitable e imparable, la única respuesta posible al ver a Carmela en peligro.

—No pasó nada por mi mente —admito—. Vi la hoja apuntando a su garganta, y mi cuerpo se movió antes de que pudiera pensar en consecuencias o entrenamiento o lo que podría costarme. No hubo elección, solo la certeza de que no se podía permitir que ella muriera.

—Instinto —murmura Emilio a mi lado, su mano encontrando la mía sobre la mesa de caoba con suave cuidado—. El tipo que no se puede enseñar ni fingir.

—El tipo que define a la familia —corrige Salvatore, observando mi rostro con la aguda atención que lo hizo famoso en conversaciones donde malinterpretar a alguien podría ser fatal—. Los parientes de sangre comparten ADN. Pero ¿la familia elegida? Esa se demuestra a través de acciones cuando todo lo demás se desmorona.

Esto es lo que he estado buscando, ser reconocida como alguien digna de protección porque he demostrado que estoy dispuesta a proteger a los demás también.

—Te odiaba —dice Carmela de repente, con voz brutalmente honesta, haciendo que todos se detengan—. Pensaba que eras egoísta —continúa, con lágrimas cercanas a pesar de su tono firme —. Cruel. Alguien que tomó todo lo bueno de mi hermano y lo retorció en algo dañino. Quería odiarte para siempre.

—¿Pero? —pregunto suavemente, aunque ya intuyo lo que viene.

—Pero esta noche te interpusiste entre un asesino y yo sin dudarlo. No porque tuvieras que hacerlo. No porque te beneficiara. Sino porque me ves como familia. —Su voz tiembla ligeramente—. Sangraste por mí. Mataste por mí. Y lo volverías a hacer sin pensarlo dos veces.

El sentimiento crudo en sus palabras hace que se me apriete la garganta. —Sí —murmuro—. Lo haría.

—Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba equivocada en todo —dice, secándose los ojos, su maquillaje corriéndose un poco —. No lo destruiste, le diste algo que merece esa clase de devoción. Algo por lo que vale la pena construir un imperio para protegerlo.

—Algunas personas —corrige suavemente Emilio, su pulgar trazando patrones en mi palma que me dificultan concentrarme—. Algunas personas merecen imperios para mantenerlas a salvo.

—La familia protege a la familia —comenta Nonna Toni con tono satisfecho, haciendo su acento más espeso y musical—. Así ha sido siempre. Así será siempre.

—Lo que nos lleva a asuntos prácticos —dice Domenico, pasando suavemente de la charla emocional a la planificación—. Chase Callahan sigue ahí fuera. Sigue planeando. Sigue yendo tras lo que más nos importa.

El recordatorio de las amenazas me provoca un escalofrío en la columna, pero me acerco en lugar de retroceder. No pienso en escapar, sino en cómo contraatacar. No evito la violencia, sino que me preparo para enfrentarla.

—¿Qué sabemos sobre sus planes actuales? —pregunto.

—Lo suficiente para detenerlo —responde Matteo, su moneda deteniéndose mientras se concentra en la tarea—. Pero necesitamos trabajar juntos. Unidad familiar.

—La tenéis —digo sin vacilar—. Lo que necesitéis, cueste lo que cueste, sea cual sea la violencia necesaria, tenéis mi total lealtad.

—¿Incluso si eso significa más muertes? —pregunta Salvatore, aunque parece conocer ya la respuesta—. ¿Incluso si proteger a esta familia significa cruzar líneas que nunca pensaste que cruzarías?

Pienso en el peso de la muñeca del asesino entre mis manos, el sonido húmedo cuando la hoja de Emilio alcanzó su garganta, y cómo mi entrenamiento se activó para proteger lo que más importaba. El recuerdo debería perturbarme, pero en su lugar, me produce una oscura satisfacción interior.

—Especialmente entonces —digo, mirándole a los ojos—. He intentado ser alguien que no soy, huyendo de lo que significaba amar a Emilio, cargando con una culpa que ni siquiera sabía que tenía. Esta noche he descubierto quién soy realmente: alguien que mata para proteger a su familia, que elige la sangre por encima de la ley cuando realmente importa.

—¿Y Sarah? —pregunta Emilio en voz baja.

—Sarah lo habría entendido —respondo, y por primera vez desde que supe la verdad sobre su muerte, siento una sensación de paz alrededor de mi dolor—. Ella siempre decía que la familia lo era todo. Estaría orgullosa de que dejara de huir de la familia que elegí.

—Entonces era sabia —dice Nonna Toni con certeza—. Los muertos quieren que vivamos plenamente, que amemos completamente, que protejamos lo que importa. Honras su memoria abrazando lo que ella no puede.

Esta simple aceptación me llena los ojos de lágrimas, pero ya no son lágrimas de dolor, son lágrimas de gratitud, de entender que la muerte de Sarah no disminuye el amor que he encontrado. Lo bendice.

—Nuestra —dice Matteo de repente, levantando su copa—. No suya, no tuya. Nuestra.

—Nuestra —acepto, y esa palabra cambia todo sobre mi identidad, mis prioridades y mi comprensión de lo que el amor exige cuando la supervivencia depende de la sangre—. Ya no estoy eligiendo solo a él. Os estoy eligiendo a todos vosotros.

El silencio llena la habitación mientras la familia asimila lo que acabo de ofrecer. No es una alianza temporal o protección, sino un cambio duradero hacia alguien cuya lealtad va más allá del interés propio.

—Bienvenida a casa —dice finalmente Salvatore, sus palabras hacen oficial la aceptación—. De verdad esta vez.

Las palabras me impactan profundamente, y siento que realmente pertenezco aquí, no porque sea útil o entretenida, sino porque he demostrado la feroz protección que define a la familia.

—Sabes lo que esto significa —dice Matteo, rompiendo el ambiente serio con una sonrisa traviesa—. Mara necesita oficialmente un apodo de la familia Rosetti.

Emilio gime a mi lado, pero puedo sentir que se relaja. —Absolutamente no.

—Demasiado tarde —interviene Carmela, su anterior llanto reemplazado por deleite—. Es tradición. Todos tienen uno.

—Nunca he oído hablar de esto —dice Eleanor—. Nunca os llamáis por apodos.

—Están en lo más profundo, bajo la superficie —dice Leo—. Casi nunca salen a la luz, pero sabemos que están ahí.

Eleanor parece ofendida. —¿Cuál es el mío?

Todos responden al unísono. —Princesa.

Eleanor intenta mantener un rostro serio, pero se le arruga de placer.

—¿Qué tiene de malo Mara? —pregunto, agradecida por la ligereza después de tanta intensidad.

Nonna Toni hace un gesto desdeñoso con la mano. —Demasiado simple. Un apodo apropiado debe capturar la esencia.

Matteo se inclina hacia adelante, con los ojos brillantes. —Estoy pensando en "Navaja". O quizás "Asesina".

—No vas a ponerle un nombre de película de terror —dice Emilio, pero está luchando contra una sonrisa.

—¿Qué tal "Valquiria"? —sugiere Carmela—. Ya sabes, como esas mujeres guerreras que eligen quién vive y quién muere.

—Demasiadas sílabas —opina Salvatore inesperadamente—. Un buen apodo debe fluir en la lengua.

Miro alrededor de la mesa, asombrada al ver a la familia más peligrosa de Nueva York debatiendo esto como si fuera un asunto de seguridad nacional. Domenico ha sacado su móvil y parece estar haciendo una lista.

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunto a Emilio, dándole un suave codazo.

—No... —empieza, pero Matteo le interrumpe.

—¡Calculadora! —anuncia Matteo con orgullo—. Porque analiza todo hasta la muerte.

—Mejor que el tuyo, Urraca —replica Emilio.

—¿Urraca? —repito, mirando a Matteo.

Carmela se ríe. —Porque le atrae todo lo brillante y no puede dejar de hablar.

Matteo lanza su moneda al aire, atrapándola con un floreo. —Lo acepto. Además, Calculadora y Urraca hacen un gran equipo. El cerebro y el encanto.

—Eso es nuevo —murmura Gianna a Salvatore, lo suficientemente alto para que todos lo oigan—. En realidad están admitiendo que se necesitan mutuamente.

Observo cómo Emilio y Matteo intercambian una mirada; algo ha cambiado entre ellos, el tono competitivo se ha suavizado hasta convertirse en un aprecio genuino.

—Hemos hablado —dice Emilio simplemente—. Después de lo que ocurrió con Carmela.

—Más bien le hice entrar en razón —corrige Matteo, pero su tono es afectuoso—. Le dije que tener siempre la razón es agotador para todos, especialmente para él.

—Y yo le recordé que el encanto sin sustancia es solo aire caliente —añade Emilio.

—Mirad a mis chicos —dice Nonna Toni con orgullo—. No hay nada como el peligro mortal para arreglar la rivalidad entre hermanos.

La mesa estalla en carcajadas, y me encuentro riéndome con ellos, olvidando el dolor en mi hombro.

—Lo tengo —anuncia Domenico de repente—. Fénix.

—Por Fénix —dice Matteo, levantando su copa.

Nonna Toni levanta su copa y añade: —Y por las mujeres que muestran a los hombres por qué algunas cosas merecen la pena luchar.

Mientras las copas tintinean alrededor de la mesa de caoba, siento un cambio fundamental. No solo en mi relación con esta familia, sino en mi comprensión de lo que puedo hacer cuando realmente importa.

—Por Mara —dice Emilio.

La certeza en su voz me transmite calidez, pero más que eso, me trae una profunda satisfacción. Esto es por lo que he estado luchando: formar parte de algo más grande, más peligroso y más duradero que el deseo personal.

Chase Callahan ha iniciado una guerra esta noche. Está a punto de descubrir qué clase de monstruos ha creado al amenazar lo que más apreciamos.

Pero ese ajuste de cuentas será mañana. Esta noche, celebramos un vínculo familiar forjado en la violencia y sellado por elección: tan duradero como la sangre y doblemente peligroso.

32

Emilio

La terraza de la azotea en Times Square domina su ruta matutina. Estoy aquí desde las 4 de la madrugada, rodeado de enlaces satelitales, amplificadores de señal, el tipo de tecnología que oficialmente no existe. Cada pantalla, cada red, cada pulso digital en Manhattan espera mi orden.

Vivo con ella, así que conozco sus rutinas. Toma la misma ruta hacia su cafetería favorita todos los martes, llegando a las 7:47 de la mañana. Es un ser de costumbres, incluso después de todo. Especialmente después de todo. Necesita rutina ahora, estabilidad, pruebas de que algunas cosas no cambian después de enterarse de que Sarah llevaba ocho meses muerta mientras a ella le servían mentiras.

El hackeo llevó nueve semanas de planificación. No solo la arquitectura técnica, sino también el momento preciso. Cada pantalla en Manhattan sincronizada al milisegundo. Satélites gubernamentales, pantallas de tráfico, cada smartphone en un radio de ochenta kilómetros. El tipo de coordinación digital que haría llorar de envidia a las agencias de inteligencia.

Ella piensa que he estado trabajando en "asuntos familiares" estas últimas semanas. Que lo siga pensando. La sorpresa merecerá el engaño.

Mis dedos flotan sobre la interfaz personalizada. La secuencia final se carga con precisión mecánica: 847 pantallas principales, 2,3 millones de smartphones, cada red Wi-Fi en un radio de ochenta kilómetros. Todos esperando para transmitir el mensaje que o bien me convertirá en el hombre más afortunado del mundo o confirmará que estoy completamente loco.

A través de la mira, la veo salir de la cafetería. Su abrigo burdeos ondea con el viento otoñal, y su pelo oscuro brilla bajo la luz de la mañana. Es lo suficientemente impresionante como para detener el tráfico, lo suficientemente peligrosa como para proteger a su familia, y tan importante para mí que estoy a punto de violar leyes federales solo para hacerle una pregunta.

Mi teléfono marca las 7:46:30.

Solo diecisiete segundos antes de que llegue a la intersección donde todas las pantallas cambiarán. Diecisiete segundos hasta que El Fantasma se quite la máscara y muestre al hombre que hay debajo.

7:46:47.

Ejecuto el código.

Times Square estalla primero. Cuarenta y siete vallas publicitarias cambiando en perfecta sincronización, anuncios de lujo disolviéndose en algo mucho más valioso. Su nombre resplandece por toda la ciudad.

MARA VALE ERES EL ÚNICO CÓDIGO QUE NUNCA QUIERO DESCIFRAR CÁSATE CONMIGO - E

Cada smartphone en Manhattan. Doce millones de dispositivos, todos mostrando el mismo mensaje. Amantes en la cama, ejecutivos en salas de juntas, desconocidos en el metro, todos presenciando mi declaración a la única mujer que me hizo olvidar que existía todo lo demás.

La satisfacción no está en el logro técnico, aunque coordinar esto requirió habilidades que oficialmente no existen. La satisfacción está en saber que ahora mismo, ella está viendo exactamente hasta dónde llegaré para demostrar que merece cualquier exposición, cualquier riesgo, cualquier consecuencia.

A través de la mira, la veo detenerse. Simplemente... se para. En medio de la acera, mirando hacia la valla publicitaria que debería estar anunciando coches de lujo pero que en su lugar muestra mi corazón.

Su vaso de café se desliza de sus dedos. El café con leche se extiende por el hormigón como mi control se extiende por las redes digitales, total e imparable.

Gira la cabeza hacia el escaparate de la cafetería, donde su reflejo se mezcla con mi mensaje desplazándose por la pantalla. Incluso los nombres de las redes Wi-Fi han cambiado: "MaraVale_TeQuieresCasarConmigo_EmilioRosetti"

Todos en la calle están mirando pantallas que muestran mi devoción. Desconocidos están presenciando este momento.

Esto es aterrador. No el riesgo técnico —puedo borrar evidencia digital, hacer que las agencias olviden lo que han visto, y desaparecer a través de sus sistemas como si nunca hubiera estado allí. ¿Pero esta exposición emocional? ¿Esta declaración pública de que el depredador está ahora completamente entregado a su presa?

Podría decir que no. Podría decidir que un hombre que hackea una ciudad entera para proponer matrimonio está demasiado obsesionado, es demasiado peligroso, demasiado intenso. Podría huir de nuevo, y esta vez tendría que dejarla ir porque el mundo entero acaba de verme ofrecerle mi corazón.

Mi teléfono vibra. Mensaje de su número: *Magnífico, loco, perfecto acosador. ¿Dónde estás?*

El alivio casi me hace doblar las rodillas. No está huyendo. No está horrorizada. Está... impresionada. Excitada, probablemente. Enamorada de un hombre que acaba de cometer delitos federales para hacerle una pregunta.

Le envío unas coordenadas. No a un restaurante elegante o a un mirador bonito, sino a la azotea desde donde he estado observando su rutina matutina. He pasado semanas planeando este momento, rodeado del equipo de vigilancia que la rastreó por todo el mundo.

Esto es lo que somos. El cazador y su presa voluntaria. El hombre que lo ve todo y la mujer que eligió ser vista. Si va a casarse

conmigo, se casa con todo —la obsesión, la vigilancia, el amor que dobla las reglas.

Cada pantalla en Manhattan sigue iluminada con mi propuesta. Tres minutos y cuarenta y siete segundos del Fantasma volviéndose humano, del depredador ofreciéndose a la única presa que alguna vez importó.

A través de las cámaras de seguridad del edificio, la veo venir hacia mí. Justo a tiempo, la puerta de la escalera se abre de golpe detrás de mí. Ella sale como la venganza en lana burdeos, con los ojos ardiendo. Sus mejillas están sonrojadas por subir el último tramo, su aliento visible en el aire matutino, y nunca la he visto más hermosa.

—Eres un acosador loco, brillante y completamente desquiciado —jadea, examinando el equipo de vigilancia a nuestro alrededor—. Has hackeado toda una ciudad para pedirme matrimonio.

—Doce millones de dispositivos —respondo, incapaz de ocultar la satisfacción en mi voz—. Cuarenta y siete pantallas principales. El alcalde va a tener preguntas.

—El FBI va a tener preguntas.

—Que pregunten —me levanto lentamente, cada movimiento calculado para mostrarle exactamente qué tipo de hombre soy—. Nunca probarán que fui yo.

Ella ríe, sin aliento, encantada, ese sonido que ha atormentado mis sueños durante tres años. —Excepto que lo has firmado prácticamente.

—Soy tuyo —la confesión sale más áspera de lo que pretendía—. Sin preguntas. Y necesitaba que el mundo entero lo supiera.

A nuestro alrededor, las pantallas terminan su exhibición sincronizada, volviendo a los insulsos anuncios que mostraban antes.

—Tres minutos y cuarenta y siete segundos —observa, consultando su móvil—. La duración exacta de nuestro primer beso.

—Lo recuerdas.

—Recuerdo todo —su voz desciende a ese tono de miel sobre acero que siempre ha hecho que hombres poderosos olviden sus propios nombres—. La habitación del hotel. La forma en que me mirabas como si fuera lo único importante en el mundo. El momento

en que me di cuenta de que me estaba enamorando de un hombre que lo veía todo.

El recuerdo arde entre nosotros de aquella primera noche, cuando ella pensaba que me estaba seduciendo para obtener información mientras yo ya planeaba pasar mi vida demostrándole que merecía cualquier devoción.

—Tengo algo para ti —digo, metiendo la mano en mi chaqueta para sacar la pequeña caja de terciopelo que ha estado ardiendo contra mis costillas.

—¿Además de apropiarte de todas las pantallas de Nueva York?

—Además de eso.

El anillo atrapa la luz de la mañana, arrojando arcoíris sobre los equipos de vigilancia. No es el diamante más grande que el dinero puede comprar, pero sí el más perfecto, tallado con precisión matemática, engarzado en platino que nunca se deslucirá. Eterno, como la obsesión que nos ha traído hasta aquí.

—Mara Vale —digo, arrodillándome entre la tecnología—, ¿quieres casarte con el hombre que te ve completamente y ama lo que encuentra?

Ella mira el anillo, luego a mí, y después a la ciudad que se extiende abajo.

—Realmente lo has hecho —dice—. Has pirateado Manhattan para pedirme que me case contigo.

—Y pirataré el mundo si es lo que hace falta para tenerte —las palabras portan una verdad absoluta—. Satélites, redes de defensa, cada sistema digital en la tierra, todo ello no significa nada comparado con que digas que sí.

Entonces ella me alcanza, enmarcando mi rostro con sus manos en una suave reverencia. —Eres un hombre hermoso, peligroso y completamente obsesionado. Claro que me casaré contigo.

El beso sabe a puto cielo.

Cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad, sus ojos contienen una travesura mezclada con un calor que hace que mi pulso trastabille.

—Una condición —dice.

—La que sea.

—La próxima vez que quieras decirme algo importante —murmura contra mis labios—, quizás empieza con flores antes de pasar al ciberterrorismo.

Mi risa retumba contra su garganta. —¿Dónde estaría la gracia en eso?

Mientras deslizo el anillo en su dedo, ella apoya su frente contra la mía.

Debajo de nosotros, Manhattan retoma su ritmo, sin saber que acaban de presenciar cómo el Fantasma se vuelve humano por la única mujer que le hizo querer ser visto.

—Señora Mara Rosetti —murmuro contra su pelo, probando cómo suena el nombre.

—Aún no —corrige, pero su sonrisa es pura satisfacción—. Pero pronto.

Pronto, será mía en todas las formas que importan. Pronto, la mujer que huyó a través de continentes llevará mi nombre, tendrá mi protección y entenderá que algunas cacerías terminan con el depredador y la presa exactamente donde deben estar.

Juntos. Para siempre. Reclamando y siendo reclamados mutuamente.

El fantasma ha encontrado a su alma gemela. Ahora atormentamos juntos.

33

Epílogo: Matteo

Tres meses después

La recepción resplandece a mi alrededor, con lámparas de cristal y la élite de Manhattan mezclándose como si su riqueza y sus donaciones políticas fueran lo mismo. La mansión Rosetti está engalanada para la ocasión, cada habitación repleta de suficientes flores como para iniciar una pequeña revolución, e invitados cuyas sonrisas esconden secretos que podrían derrocar gobiernos.

Emilio y Mara se deslizan entre la multitud como si fueran los dueños del lugar. Ella viste seda marfil, él lana medianoche, ambos irradiando la confianza de personas que han sobrevivido a tiempos difíciles y han salido fortalecidos. Ella se ríe de algo que él susurra.

Mi gemelo ha encontrado su pareja. La mujer que una vez salvó a Carmela mediante el asesinato, ganándose su lugar a través de la violencia, y que de alguna manera transformó al Fantasma de una figura solitaria a un hombre que realmente sonríe. El matrimonio le sienta bien, aunque lo ha vuelto doblemente peligroso. No hay nada más amenazante que un asesino con algo que vale la pena proteger.

—Estás cavilando —dice Carmela, apareciendo a mi lado con champán y esa mirada de hermana preocupada que ha perfeccionado desde su experiencia cercana a la muerte. Recién recuperada de sobrevivir a unos asesinos, ha desarrollado el irritante hábito de analizar a todos—. Esto es una boda, no un funeral.

—Estoy observando —respondo, tomando la copa de cristal mientras vigilo los patrones de movimiento a través del salón de baile. Los viejos hábitos son difíciles de matar—. Hay una diferencia.

—Claro. ¿Y el jugueteo con la moneda es solo para aparentar?

Miro hacia abajo, sorprendido al ver la moneda de plata moviéndose entre mis dedos con inusual energía.

—Tal vez me está dando urticaria por tanta felicidad —admito, aunque mi tono es más cortante que gracioso—. Ver a Emilio cambiar de legendario ermitaño a devoto esposo me está poniendo ansioso.

—¿Temes que sea contagioso? —la voz de Carmela contiene auténtica diversión—. ¿El mujeriego Matteo Rosetti preocupado por contagiarse de sentimientos?

Antes de que pueda ofrecer una respuesta apropiadamente mordaz, Dom se acerca con ese paso que significa que los negocios han invadido la fiesta.

Su expresión concentrada hace que la gente inteligente preste atención y que los más astutos busquen la salida más cercana.

—Matt —dice, señalando hacia los corredores más tranquilos de la mansión—. Necesitamos hablar sobre la situación de Chase. Nueva información.

Chase Callahan. Cuatro meses de conflicto creciente, ataques fallidos y agresiones a los intereses de nuestra familia. El imbécil que intentó matar a nuestra hermana y ha estado agotando nuestros recursos mientras planea algo que podría arruinar todo lo que hemos construido. Mi mandíbula se tensa al oír su nombre.

—¿Qué tipo de información? —pregunto, siguiéndole hasta la biblioteca donde tratamos los asuntos familiares lejos de oídos indiscretos.

—Del tipo que cambia las reglas del juego. —La voz de Dom refleja satisfacción mientras cierra la pesada puerta—. Hemos encontrado su punto débil.

Desliza una carpeta manila sobre el escritorio de caoba. La abro y mi respiración se entrecorta. La foto muestra a una joven, quizás de veinticuatro años, con cabello rubio miel y ojos como esmeraldas. Es lo suficientemente impresionante como para detener el tráfico y

provocar conflictos, pero hay algo más en ella. Inteligencia, quizás. Desafío. Un espíritu que no se rompe fácilmente.

—Isabella Callahan —explica Dom, acomodándose en un sillón de cuero con un crujido—. Sobrina de Chase. Veinticuatro años, licenciada en historia del arte por Columbia, actualmente en el Museo Metropolitano. Vive sola en Tribeca, seguridad mínima, rutina predecible.

Examino las fotos de vigilancia. Ella saliendo del trabajo, entrando en su edificio, viviendo con la confianza casual de alguien que nunca ha tenido que mirar por encima del hombro. Pero algo en su postura sugiere profundidades ocultas. No es solo el punto débil de Chase, es intrigante por sí misma.

—Expediente limpio —continúa Dom—. Sin participación en el negocio familiar, sin conocimiento de las operaciones de su tío. Por lo que sabemos, es la única parte inocente del mundo de Chase Callahan.

—¿Y? —pregunto, ya consciente de la dirección que está tomando esto.

—Y la cogemos —dice Dom con ese tono calculador que ha traído éxito a nuestra familia durante tres generaciones—. Influencia estratégica. Chase no esperará que apuntemos a familiares civiles.

La carpeta tiene justo lo suficiente para despertar interés: una fotografía, detalles básicos, el esquema de un plan destinado a una discusión más profunda. Isabella Callahan, viviendo su vida normal mientras su tío lucha contra todo lo que yo valoro.

—Quieres que me encargue de ella —observo, sintiendo una emoción que no quiero analizar.

—Quiero que lo pienses —corrige Dom—. Discutiremos los detalles otro día.

Miro su foto, notando rasgos que parecen familiares a pesar de no haberla visto nunca. La forma en que inclina su barbilla sugiere que no se romperá fácilmente. Bien. Las cosas frágiles no interesan a hombres como yo.

—¿Cuándo? —pregunto, tomando la decisión a pesar de mí mismo.

—Pronto. Chase está planeando algo grande. La información sugiere un ataque dentro del mes. Mejor tener preparada la influencia antes de que actúe.

Cierro la carpeta, pero el rostro de Isabella permanece en mi mente. La sobrina de Chase Callahan. Lo único puro en un imperio corrupto, a punto de convertirse en mi responsabilidad. Mi complicación. Mi...

El pensamiento se detiene ahí, demasiado arriesgado para completarlo incluso en mi cabeza.

—Considéralo hecho —digo, levantándome con suavidad—. Me encargaré personalmente.

—Matt. —La voz de Dom me detiene en la puerta, transmitiendo la advertencia que los hermanos dan cuando ven venir el peligro—. Esto no es como la situación de Emilio. No vas a conseguir una mujer que te desee, vas a llevarte a alguien que tiene todos los motivos para despreciar todo lo que representas.

—Conozco la diferencia —respondo, aunque mi agarre sobre la carpeta se tensa, traicionando un instinto posesivo—. Esto es un asunto profesional, no una obsesión personal.

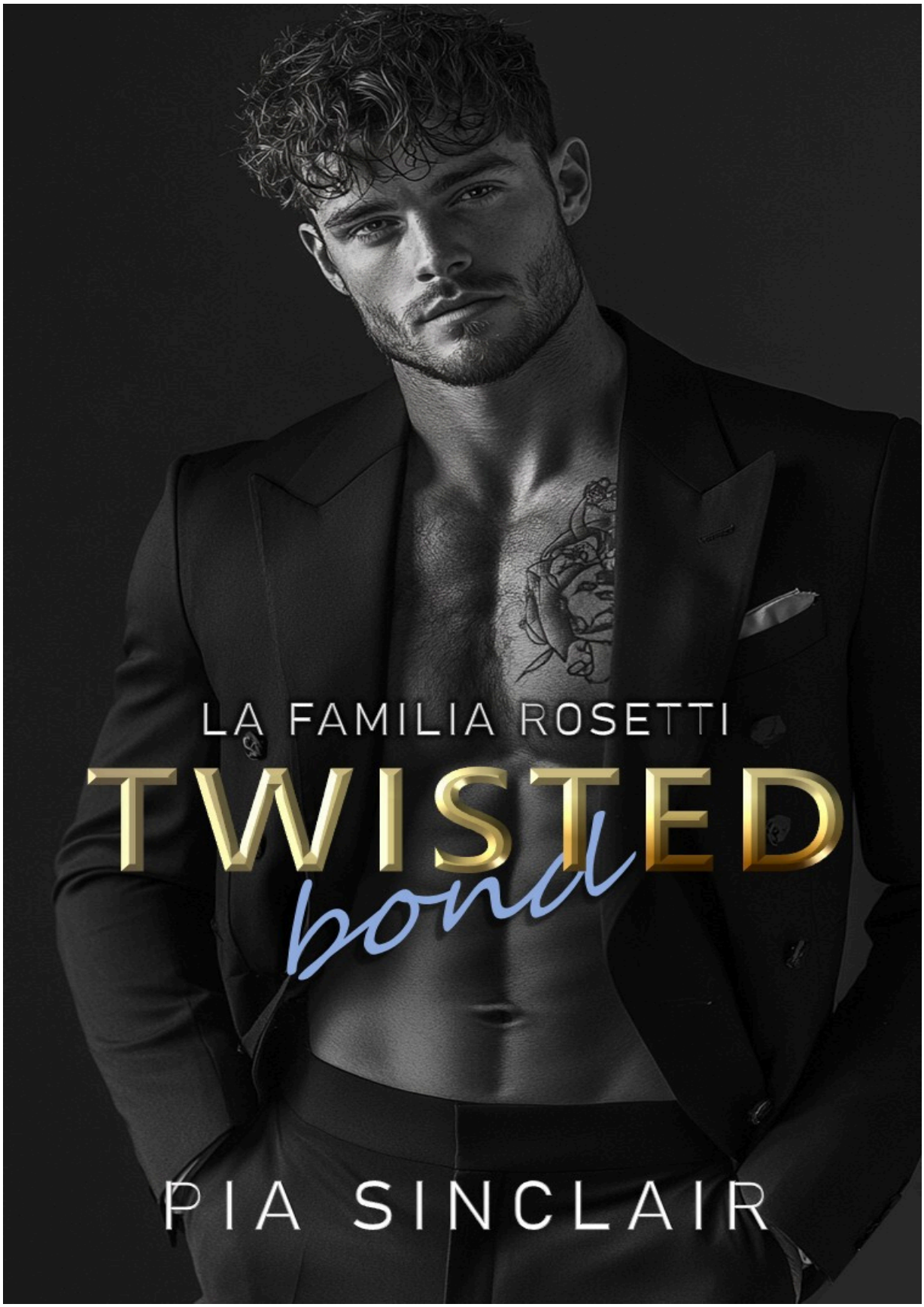
—Asegúrate de que siga así. —Su mirada sugiere que sabe cómo estas cosas pueden cambiar cuando los hombres Rosetti encuentran a mujeres que quieren conservar—. Necesitamos su cooperación, no su miedo.

Asiento, pero mientras regreso a la boda donde mi gemelo celebra su final feliz, mi mente se acelera con planes y estrategias. Isabella Callahan aún no lo sabe, pero su vida normal ha terminado. Mañana, será mía. Para protegerla, para utilizarla, para...

La moneda gira más rápido entre mis dedos mientras observo a Emilio hacer girar a Mara por la pista de baile, ambos resplandecientes con la alegría de haberse elegido el uno al otro por encima de todo. El amor triunfa, los desafíos superados, una asociación perfecta forjada a través del esfuerzo y el deseo.

Pero algunas cosas requieren ser tomadas, no ganadas. Algunas mujeres necesitan ser reclamadas antes de que puedan rendirse voluntariamente. Y a veces, el juego más peligroso no comienza persiguiendo, sino capturando.

Isabella Callahan está a punto de descubrir exactamente lo que significa llamar la atención de un Rosetti. La cacería comienza mañana.


LA FAMILIA ROSETTI
TWISTED
bond
PIA SINCLAIR

Twisted Bond

Pia Sinclair

1

Matteo

Las sábanas de seda susurran contra mi piel mientras me deslizo fuera de la cama sin hacer ruido. Años de práctica me han enseñado el arte de la salida impecable: vestirse en la oscuridad, zapatos en mano, sin quedarse más de la cuenta.

A mi lado, Lindsay Lonnigan se remueve entre sueños, con su cabello rubio desparramado sobre la funda de almohada de algodón egipcio. Anoche, era puros susurros entrecortados y Chanel N.º 5, el tipo de princesita de Park Avenue que cree que un Rosetti es un trofeo interesante. Esta mañana, es solo otra conquista enfriándose en sábanas que huelen a perfume caro y a arrepentimiento.

Estoy a medio ponerme los pantalones cuando se despierta.

—¿Matteo? —Su voz tiene ese tono esperanzado que ponen las mujeres cuando piensan que una noche podría convertirse en algo más—. ¿Ya te vas?

—Tengo una reunión temprano —murmuro, mientras me abotono la camisa. El algodón aún conserva el leve aroma de su perfume—. Los negocios no duermen.

Ella se apoya sobre un codo, y la sábana se desliza para revelar el tipo de cuerpo que adorna las portadas de las revistas. Un par de años atrás, eso podría haber sido suficiente para arrastrarme de vuelta a la cama. Hoy, ya estoy mentalmente desconectado.

—¿Te volveré a ver? —pregunta, intentando sonar casual, sin éxito.

Me inclino para besarle la frente, un gesto que parece tierno pero que no compromete a nada. Mis labios rozan su piel aún cálida por el sueño. —Te llamo.

Ambos sabemos que no lo haré.

Mi teléfono vibra mientras me ato los cordones de mis zapatos de cuero italiano. Un mensaje de un número desconocido. Lo borro sin leerlo y agarro mi chaqueta de la silla donde la tiré anoche, cuando quitármela parecía urgente.

El trayecto en ascensor desde su *penthouse* es silencioso, excepto por el suave jazz que suena a través de unos altavoces ocultos. Mi reflejo me devuelve la mirada desde las puertas de acero pulido: el pelo castaño rojizo alborotado por sus dedos, la camisa arrugada a pesar de mis esfuerzos, la expresión satisfecha de un hombre que obtuvo exactamente lo que quería y nada de lo que no.

Veinte minutos después, entro en el estacionamiento subterráneo bajo nuestra torre en Midtown. El motor del Aston Martin retumba contra las paredes de concreto mientras encuentro mi lugar reservado, un sonido agudo e insaciable. Todo en mi vida es agudo e insaciable: mis trajes, mis autos, mis salidas, mis apetitos.

Mi teléfono vibra de nuevo. Otro número desconocido. A algunas mujeres les toma más tiempo que a otras captar el mensaje.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo sin mirar y luego me detengo, observando la camisa arrugada que llevo puesta desde ayer por la tarde. No puedo reunirme con Domenico con esta pinta de recién salido de la cama de alguien. Saco una camisa blanca de botones limpia de la reserva de emergencia de mi baúl, una colección que ha salvado mi reputación más veces de las que me gustaría admitir. Me cambio rápidamente entre los autos estacionados, el aire frío del subsuelo me pone la piel de gallina.

En el ascensor, me arreglo el cuello y observo cómo suben los números. Cuarenta pisos para preparar mi rostro, para pasar del Matteo mujeriego al Matteo hombre de negocios. La transición es más fácil de lo que la mayoría creería: ambos roles requieren un encanto calculado y la disposición de ir a matar.

Las puertas se abren con un suave tintineo, revelando un pasillo de mármol pulido e iluminación tenue. El dominio de mi hermano. Hago girar mi moneda de plata de la suerte entre mis dedos, su peso familiar me centra mientras avanzo hacia las puertas dobles al final del pasillo. Lo que sea que Domenico quiera, no es una visita social. No a esta hora, no con ese tono en su mensaje.

Hora de averiguar qué incendio hay que apagar hoy.

Manhattan se extiende debajo de la sala de conferencias, un imperio de concreto cocinándose bajo el sol de la mañana de verano, con olas de calor que destellan sobre el vidrio y el acero. El café se está colando en algún lugar cercano, llenando el aire con un aroma rico y oscuro, pero mi atención permanece fija en la carpeta abierta sobre la mesa de cristal.

Isabella Callahan.

Una noche. Eso es todo lo que le tomó a su fotografía para alojarse en lugares donde no tiene nada que hacer, desde que Dom me la entregó en la recepción de la boda de Emilio. Menos de doce horas desde que vi por primera vez ese rostro, y esta mañana desperté con su cabello rubio miel enredado en mis sábanas, en mis sueños, al menos. El tipo de sueño vívido y explícito que me dejó duro y frustrado a pesar de la mujer sexi que tenía en las sábanas a mi lado.

Hacía mucho tiempo que ninguna mujer invadía mi sueño sin permiso. Usualmente, soy yo quien invade. Usualmente, soy yo quien las deja con ganas de más.

—Matteo.

La voz de Dom atraviesa mi distracción. Mi hermano mayor está de pie a la cabeza de la mesa, con las manos apoyadas en la superficie de cristal, sus ojos verdes duros con el tipo de concentración que construyó este imperio. Su cabello castaño oscuro está perfectamente peinado a pesar de la hora temprana, su traje gris marengo impecablemente planchado. Siempre profesional, siempre en control.

—¿Estás escuchando?

Lanzo la moneda una última vez antes de atraparla en la palma de mi mano, el metal resbaladizo por el calor. —Chase se está

moviendo más rápido de lo esperado. Te oí la primera vez.

—Entonces actúa como si importara. —Pero hay diversión en su voz, del tipo que viene de saber exactamente dónde he estado esta mañana—. ¿Qué tal la chica Lonnigan?

Leonardo resopla desde su silla junto a la ventana, su alborotado cabello pelirrojo oscuro capta la luz mientras se gira hacia nosotros. —Predecible, probablemente. Siempre lo son con Matt.

—Caballeros —digo, abriendo las manos con una dignidad exagerada—, un caballero nunca lo cuenta.

—Menos mal que no eres un caballero —comenta Rafe secamente, sin levantar la vista de su tableta. Sus ojos azul hielo escanean informes de inteligencia mientras su nariz rota le da a su apuesto rostro el tipo de carácter que proviene de años de trabajo de campo —. Además, medio Manhattan ya sabe que te fuiste con ella.

—¿Solo la mitad? —Lanzo la moneda de nuevo, dejándola danzar entre mis nudillos—. Estoy perdiendo el toque.

Dom niega con la cabeza, pero su expresión denota una exasperación cariñosa en lugar de una desaprobación real. —Alguno de estos días, tu reputación te va a pasar factura.

—Mi reputación es un activo —replico, dejando que una confianza arrogante se filtre en mi voz—. Las mujeres esperan encanto y seducción de Matteo Rosetti. Las hace más fáciles de manejar cuando necesito algo.

—Hablando de manejar mujeres —dice Leo, con sus ojos color avellana brillando con picardía—, tal vez deberías concentrarte en la que de verdad importa para el negocio.

Señala la carpeta sobre la mesa y el ambiente en la habitación cambia. El zumbido del aire acondicionado se vuelve más fuerte, o quizás es solo la tensión repentina. Se acabó el juego.

Chase Callahan llevaba meses probando nuestros límites, buscando debilidades como una rata que busca agujeros en las paredes. Pero la debilidad no es algo que los Rosetti mostramos, y la paciencia no es algo por lo que se nos conozca.

Rafe se inclina en su silla, con sus ojos azul hielo fijos en el mapa digital que muestra marcadores rojos por todo nuestro territorio. —Compró tres propiedades más cerca de los muelles —dice Rafe,

tocando su tableta—. Son empresas fantasma, pero los documentos llevan a cuentas de Callahan. Está sentando las bases para algo grande.

Leonardo se mueve inquieto a su lado, tamborileando los dedos sobre la pulida mesa. —Entonces, lo golpeamos primero —dice Leo, con la voz cargada de ese familiar filo de violencia apenas contenida —. Terminemos con esto antes de que escale.

—Ya escaló. —Dom desliza otra carpeta sobre la mesa—. Hizo que Marco, de Il Lusso, se cambiara de bando anoche. Veinte años de lealtad, esfumados porque Chase le ofreció el triple de lo que le pagábamos.

La traición me cala como una puñalada helada en el pecho. Marco ha estado administrando nuestro club principal desde antes de que Leo y yo naciéramos, una presencia constante que conocía cada secreto que pasaba por esas puertas. Si Chase puede comprarlo a él, puede comprar a cualquiera.

—¿Cuánto le ofreció? —pregunto.

—Lo suficiente para que otros empiecen a calcular su propio valor —responde Dom sombríamente—. Y tiene nuevos matones llegando de Jersey. Profesionales, no delincuentes callejeros.

—Quiere una guerra que no puede ganar —observa Rafe—. Quizás es hora de que le recordemos quién termina las guerras en esta ciudad.

Dom asiente en dirección a las fotos de vigilancia esparcidas sobre el cristal. Isabella riendo cortésmente en algún evento de una galería, sus ojos verde esmeralda distantes. Isabella saliendo de su *loft* en Tribeca, cada línea de su postura perfectamente controlada. Isabella a medio paso por el patio del Met, capturada en un momento de gracia espontánea.

—Y ahí es donde entra ella.

La habitación queda en silencio, a excepción del zumbido del aire acondicionado y el lejano sonido del tráfico cuarenta pisos más abajo. Extiendo la mano hacia la carpeta, mis dedos rozando el borde de su fotografía. El mismo rostro que ha estado atormentando mis sueños, el mismo perfil elegante que me hizo ofrecerme como

voluntario para este trabajo antes de que Dom terminara de explicarlo.

—Isabella Callahan —digo, manteniendo la voz serena—. La chica del arte. Tribeca. Camina al trabajo como si nadie la estuviera viendo.

—No está involucrada —confirma Dom—. No hay vínculos con sus operaciones, no tiene conocimiento del negocio. Historial limpio, reputación impecable. La sobrina perfecta.

—Entonces es el punto de presión perfecto. —Cierro la carpeta, pero su imagen permanece grabada en mi memoria—. No es parte del negocio, pero aun así sangrará por ella.

Leo se aleja de la ventana, con los ojos avellana brillantes de curiosidad. —¿Qué te hace estar tan seguro de que puedes manejar esto limpiamente?

La moneda se desliza de nuevo entre mis dedos, el metal resbaladizo por el sudor a pesar del aire acondicionado. Pienso en cómo se ve en las fotos, serena e intocable con sus vestidos de diseñador. El tipo de intocable que hace que un hombre quiera arruinar toda esa perfección, ver qué hay debajo de ese cuidadoso control. Pasar mis manos por ese cabello rubio miel hasta que esté tan alborotado como los sueños que ha estado protagonizando.

He tenido muchas mujeres que se creían intocables. Usualmente son las más divertidas de domar. Usualmente son las que gritan mi nombre más fuerte cuando termino con ellas.

—Porque soy bueno en lo que hago —digo, dejando que mi sonrisa con hoyuelos aparezca—. Y ella es exactamente el tipo de desafío que hace que este trabajo valga la pena.

—Solo no te distraigas con el objetivo —advierte Leo, pero él también está sonriendo—. Todos sabemos cómo te pones con las mujeres hermosas.

—Consigo resultados —lo corrijo, mi voz bajando a un tono más peligroso—. Que sean hermosas o no es solo… un extra que pienso disfrutar.

Rafe frunce el ceño, recostándose en su silla. —Llevarse a una civil es complicado, Matt. Especialmente una con su perfil. El mundo del arte notará si desaparece.

—No si se hace bien. —Lanzo la moneda de nuevo, atrapándola sin mirar—. Rápido, limpio, contenido. Se toma unos días libres del trabajo, quizás un fin de semana largo. La gente asumirá que está visitando a su familia.

—¿Y la seguridad? —pregunta Leo.

—Mínima. Un portero, acceso con tarjeta. Sin guardaespaldas, sin protección real. Nunca se ha ganado enemigos porque nunca ha sido parte del juego.

Dom me estudia por un largo momento, con sus ojos verdes calculadores. —Esto no es una seducción, Matteo. Es apalancamiento. Tenlo en cuenta.

—Entendido. —Mis dedos se aprietan en la carpeta a pesar de mi tono casual—. Primero los negocios, las complicaciones después.

Pero incluso al decirlo, sé que hay algo diferente en esta misión. A Lindsay Lonnigan la olvidé antes de dejar su cama esta mañana, pero Isabella Callahan ha estado ocupando un valioso espacio en mi cabeza desde anoche. No es propio de mí obsesionarme, especialmente con una mujer que ni siquiera he conocido. Que ni siquiera he tocado.

Todavía.

—¿Plazos? —pregunto.

—Pronto. —La voz de Dom carga con el peso de lo inevitable—. La inteligencia sugiere que Chase planea un golpe importante dentro de un mes. Es mejor tener el apalancamiento listo antes de que él haga su movimiento.

La habitación vuelve a quedar en silencio. Afuera, el calor de julio hace que la ciudad brille como un espejismo, toda de cristal y acero y posibilidades peligrosas. Pienso en Isabella caminando a través de ese calor, completamente inconsciente de que su vida ordinaria está a punto de terminar. Completamente inconsciente de que estoy a punto de convertirme en lo más importante de su mundo.

El pensamiento envía un oscuro escalofrío de placer por mi pecho.

—Considéralo hecho —digo, poniéndome de pie con una gracia fluida—. Me encargaré personalmente de la adquisición.

Mis hermanos intercambian miradas mientras me dirijo a la puerta, pero ninguno se opone. Saben que soy la mejor opción para este

tipo de trabajo: sutil, encantador y capaz de hacer que lo imposible parezca inevitable.

Me detengo en el umbral, con la carpeta bajo el brazo y la moneda de plata tibia en la palma de mi mano.

—Una cosa más —digo sin darme la vuelta—. Cuando esto termine, cuando Chase entienda el costo de amenazar a la familia, de amenazar a nuestra hermana, quiero ser yo quien le entregue el mensaje personalmente.

—Anotado —responde Dom—. Solo asegúrate de que a la chica no le pase nada. Necesitamos cooperación, no un trauma.

Asiento y salgo al pasillo, pero mi mente ya está repasando a toda velocidad la logística y los tiempos. Isabella Callahan aún no lo sabe, pero su vida cuidadosamente ordenada está a punto de ser mía para orquestarla. Mía para controlarla.

Mía para disfrutarla.

Las puertas del ascensor se cierran con un suave susurro, llevándome hacia la calle donde empieza el verdadero trabajo. En mi bolsillo, la moneda da vueltas entre mis dedos, ahora más rápido, un hábito nervioso que solo aflora cuando contemplo algo particularmente peligroso.

O particularmente tentador.

La cacería empieza ahora.

2

Isabella

El retrato me devuelve la mirada con esos fieros ojos oscuros y, por un momento, casi creo que está escuchando. He estado aquí desde las siete de la mañana, escondida en el ala de almacenamiento de Artes Decorativas Europeas, adonde los turistas nunca se aventuran, con mi segunda taza de café y el dolor de cabeza que acompaña a otra noche de insomnio.

—¿Quién eras? —le susurro a la mujer pintada. El modesto lienzo, de apenas cuarenta y cinco centímetros por lado, muestra a una joven de la década de 1760 con cabello oscuro y una expresión que se niega a disculparse por ocupar un espacio. La placa dice: «Retrato de una dama desconocida, escuela francesa, circa 1760-1770», pero llevo meses investigándola, siguiendo rastros de papel a través de casas de subastas y colecciones privadas.

El ultramarino en su vestido costó una fortuna en su día. Alguien pensó que ella valía los costosos pigmentos. Alguien quiso capturar esa inclinación desafiante de su barbilla, esa negativa a bajar la mirada ante el espectador.

Extiendo mis notas de investigación sobre la pequeña mesa de visualización, con fotografías de retratos similares y registros de subastas que se remontan a siglos atrás. La carta que encontré en los archivos de la Bibliothèque Nationale menciona a la modelo de un pintor que se hizo famosa por negarse a casarse con los hombres

que encargaban sus retratos. Una mujer que se eligió a sí misma por encima de la seguridad.

Mi teléfono vibra sobre la superficie de mármol, un sonido agudo en el silencioso nicho. La oficina de Chase. Claro.

El dolor de cabeza se intensifica mientras miro el identificador de llamadas. Tres horas de paz robada, de sentir que mi mente me pertenece en lugar de a todos los demás, y ahora se acabó. Miro una vez más a mi dama desconocida, tomando fuerza de su mirada desafiante, y luego contesto.

—Buenos días, tío.

—Isabella. —Su voz tiene esa calidez particular que reserva para el consumo público, el tono que lo hace parecer un tutor cariñoso en lugar de lo que realmente es—. Te levantaste temprano.

—Quería adelantar algo de trabajo antes de que abriera el museo. —Recojo mis papeles de investigación con una mano, sabiendo ya que esta conversación me robará lo que queda de la mañana.

—Siempre tan dedicada. Escucha, hay una gala benéfica el próximo viernes por la noche. El evento para el Hospital Infantil.

Se me oprime el estómago. —No lo vi en mi agenda.

—Rebecca te enviará los detalles. Algo elegante, nada demasiado atrevido. Ya entiendes.

Ya entiendes. Un código para: sonríe lindamente, encanta a los donantes, recuérdale a todo el mundo que Chase Callahan tiene conexiones con la cultura y la respetabilidad. Que no es solo otro criminal con dinero. Miro a mi dama desconocida, preguntándome si alguna vez tuvo a alguien que controlara su vestuario, su agenda, su existencia entera.

—Por supuesto —me oigo decir—. ¿Necesitará que haga algo en específico?

—Solo tu magia de siempre, cariño. Tienes un don para hacer que la gente se sienta bienvenida.

Bienvenida. Qué palabra tan amable para lo que hago en realidad. Estar ahí de pie con un aspecto impecable mientras hombres con las manos manchadas de sangre firman cheques y fingen que son filántropos.

—Estaré lista.

—Sé que lo estarás. Siempre lo estás. Ah, ¿y, Isabella? No te quedes hasta muy tarde en el trabajo esta noche. Últimamente te ves cansada.

La llamada se corta antes de que pueda responder. Ni siquiera me ha visto esta semana, pero de algún modo sabe que no he estado durmiendo. De algún modo, siempre lo sabe todo.

Miro el retrato durante un largo momento, memorizando la curva de esa mandíbula desafiante, y luego guardo cuidadosamente mi investigación. Es hora de transformarme en la Flor de Hielo Callahan. Hora de fingir que mi vida me pertenece.

Tomo una respiración profunda para calmarme y camino hacia las galerías principales, cada paso alejándome más de la mujer que soy y acercándome más a la mujer que tengo que ser. Para cuando llego al ala de Artes Decorativas Europeas, mi espalda está recta, mi expresión serena, mi voz lista para encantar a los donantes y desviar preguntas incómodas.

La mañana transcurre entre correspondencia con donantes y la planificación de exposiciones. El dolor de cabeza persiste, haciendo que todo se sienta afilado, pero he aprendido a funcionar en peores condiciones. Cuando Jeffrey, de conservación, pasa a darme noticias sobre el análisis de pigmentos de mi retrato, logro mostrar un entusiasmo genuino a pesar del agotamiento.

—Señorita Callahan, el señor Pellia está aquí para su visita privada.

Suavizo mi expresión hasta una calidez profesional, la máscara volviendo a su lugar con facilidad experta.

Antony Pellia espera junto a la vitrina de porcelana de Sèvres, alto y de cabello plateado, con una sonrisa que no le llega a los ojos y una colonia que huele cara y empalagosa.

—Isabella, mi querida. Está usted encantadora, como siempre.

—Señor Pellia. Gracias por elegirnos para su visita privada de hoy. —Señalo hacia la vitrina—. Pensé que le podría interesar ver las nuevas adquisiciones de las que hablamos en la cena de donantes.

Me sigue por las galerías, haciendo ruidos de apreciación en los momentos adecuados mientras sus ojos catalogan todo, desde las cámaras de seguridad hasta las rutas de escape. He aprendido a

reconocer esa mirada, la forma en que los hombres poderosos evalúan todo como un posible territorio que reclamar.

—Su tío habla muy bien de su trabajo aquí —dice mientras nos detenemos ante un reloj de bronce dorado—. Mencionó que usted tiene un gran ojo para las piezas importantes.

Algo en su tono hace que se me erice la piel. La forma en que dice «piezas importantes» como si estuviera hablando de algo más que arte. —He tenido la fortuna de trabajar con algunos artefactos extraordinarios.

—Ciertamente. Imagino que Chase valora tenerla a usted en círculos tan distinguidos.

Valora. Ahí está esa palabra de nuevo. Como si yo fuera una moneda en lugar de una persona, una ficha brillante de respetabilidad para exhibir mientras los negocios más oscuros suceden a puerta cerrada.

—El museo es afortunado de tener patrocinadores tan generosos —respondo, manteniendo la voz serena a pesar de la fatiga que hace que todo se sienta a flor de piel—. Sus contribuciones nos han permitido adquirir varias obras importantes este año.

—Ah, estoy seguro de que aún quedan muchas adquisiciones importantes por hacer —su sonrisa se vuelve depredadora—. Su tío y yo hemos estado discutiendo algunas oportunidades interesantes.

Asiento, sonrío e interpreto mi papel, todo mientras me pregunto qué clase de oportunidades requieren un recorrido privado por los fondos más valiosos del museo. Qué clase de negocios se disfrazan de filantropía cultural.

Para cuando lo acompaño de regreso a la entrada principal, me duele la mandíbula de mantener expresiones agradables y la cabeza me martillea por el agotamiento. Me aprieta la mano un instante de más al despedirse, sus dedos fríos y húmedos contra mi palma.

—Hasta la próxima, mi querida. Espero con ansias continuar nuestra asociación.

Lo veo desaparecer entre la multitud de turistas, luego me retiro a la sala de descanso del personal por un café que sabe a libertad, aunque sea temporal. Pero la cafeína solo hace que se me acelere el

corazón, lo que aumenta la sensación de nerviosismo que proviene de dormir poco y tener demasiado estrés.

El café cerca del Lincoln Center está a un corto paseo bajo el calor del verano. Sirve ensaladas carísimas a mujeres demasiado delgadas que pasan las tardes discutiendo sobre comités de caridad y casas de fin de semana en los Hamptons. Encajo perfectamente, picoteando la rúcula mientras finjo escuchar conversaciones sobre nada que importe.

Mi teléfono yace en silencio sobre la mesa de mármol blanco. Ni una llamada de la oficina de Chase exigiendo mi presencia en algún lugar. Ninguna emergencia que requiera la cara pública de la familia Callahan. Durante exactamente cuarenta y tres minutos, solo soy una mujer almorzando sola en Manhattan.

A veces, en momentos como este, pienso en mi mujer desconocida. Me pregunto si alguna vez se sentó en los cafés del París del siglo XVIII, tramando su próxima negativa a conformarse. ¿Sintió esta misma energía inquieta, esta hambre de algo más que la vida que le habían preparado?

La rúcula sabe a papel. Últimamente, todo sabe a papel, excepto por los pocos momentos robados en esa alcoba con el retrato de alguien que eligió el desafío por encima de la seguridad.

Mi teléfono vibra. Rebecca, la asistente de Chase. Otro evento, otra obligación, otra actuación con guion como la sobrina obediente. Me quedo mirando el mensaje sin abrirlo, saboreando estos últimos segundos de anonimato.

Una mujer en la mesa de al lado se ríe de algo que dijo su acompañante; el sonido es brillante, genuino y completamente espontáneo. No recuerdo la última vez que me reí así. No recuerdo la última vez que sentí algo que no tuviera que ser medido y modulado para el consumo público.

Abro el mensaje. El próximo viernes. La gala de beneficencia. Viste de negro. Llega a las siete. Sé visible.

Sé visible. Pero no demasiado. Presente, pero no prominente. Encantadora, pero no lo suficientemente memorable como para eclipsar los verdaderos negocios que se llevan a cabo en las sombras.

Pago la ensalada que apenas toqué y vuelvo a salir al calor del verano, componiendo ya mi rostro para lo que venga. La tarde se extiende ante mí con un bendito vacío. No más citas, no más actuaciones. Solo la caminata a casa hasta mi loft, donde finalmente podré quitarme la máscara por unas horas.

La caminata debería ser agradable. Tribeca al atardecer, la luz dorada cayendo entre los edificios, la ciudad acomodándose en su ritmo nocturno. Debería, pero algo no se siente bien.

Comienza como un escozor entre mis omóplatos. La sensación de ser observada, estudiada, catalogada. He aprendido a confiar en estos instintos con los años. Me han mantenido a salvo en situaciones en las que una confianza ingenua habría sido peligrosa.

Me detengo en el escaparate de una tienda y uso el reflejo para escanear la calle detrás de mí. Peatones que se apresuran a casa desde el trabajo, algunos turistas con cámaras, nada obviamente amenazador. Pero la sensación persiste, afilada como una cuchilla contra mi espalda, empeorada por la fatiga que me tiene los nervios de punta.

Ahí está. Un hombre con un traje oscuro, merodeando junto a un puesto de periódicos que obviamente no está leyendo. Cuando doblo la esquina, me sigue a una distancia que parece calculada. No lo suficientemente cerca como para ser obvio, no lo suficientemente lejos como para perderme de vista.

El pulso se me acelera. Esto no es paranoia. Es la realidad estrellándose contra mi mundo estructurado. Alguien me está siguiendo, y la lista de personas que podrían querer vigilar a la sobrina de Chase Callahan no es corta.

Me meto en una bodega, tomo una botella de agua que no necesito mientras observo la calle a través de la ventana. El hombre se detiene al otro lado de la calle y revisa su teléfono con una estudiada indiferencia. Profesional. Deliberado. Definitivamente no es algo al azar.

Cuando salgo cinco minutos después, ha desaparecido. Pero un sedán negro está parado en la esquina, con las ventanillas polarizadas no me devuelven ningún reflejo. Se aleja mientras me acerco, suave y silencioso.

Para cuando llego a mi edificio, las manos me tiemblan por algo más que la cafeína y el agotamiento. La tarjeta de acceso se me resbala dos veces antes de que la cerradura haga clic y se abra. El portero me saluda con la cabeza como de costumbre, ajeno al miedo que me corre por las venas.

En el ascensor, me observo en el reflejo de las puertas de acero pulido. Sigo impecable en la superficie. Sigo siendo la Flor de Hielo, intocable y serena. Pero por debajo, algo está cambiando. Algo que se siente como la primera grieta en un muro que ha estado conteniendo años de verdad reprimida.

Mi vida no es realmente mía. Nunca lo ha sido. Soy una pieza en juegos que no entiendo, movida por un tablero que no puedo ver, por jugadores cuyas reglas nunca aprenderé.

Pero esta noche, por primera vez en años, sentí algo más que una aceptación resignada. Esta noche, caminando a casa con ojos desconocidos siguiendo cada uno de mis pasos, me sentí viva.

Aterrada, pero viva.

Y tal vez, solo tal vez, eso es exactamente lo que mi mujer desconocida habría sentido, caminando por París con el peso de las expectativas de otros sobre sus hombros, eligiendo el desafío de todos modos.

Quizás el valor no sea la ausencia del miedo. Quizás consista en sentirse atrapado, vigilado y limitado, y aun así encontrar maneras de ser auténticamente uno mismo.

Aunque nadie sepa jamás tu nombre.

3

Matteo

La camioneta SUV negra acecha como un depredador frente al edificio de Isabella, y me apoyo en su superficie pulida con el celular en una mano y una moneda de plata danzando entre los dedos de la otra. Desde mi lugar en la acera, tengo una vista despejada del vestíbulo de cristal del edificio de Tribeca y observo cómo el indicador del elevador sube hacia su piso.

Siete y treinta y dos de la noche. Es constante, eso hay que reconocérselo. Desayuno a las seis y media, en el trabajo a las ocho, cena a las ocho de la noche en punto. Isabella Callahan maneja su vida como un reloj suizo. Otras mujeres me han hecho esperar horas, jugando con los tiempos solo para poner a prueba su poder. Pero Isabella no. Predecible. Precisa. Exactamente lo que necesito.

La moneda da vueltas sobre mis nudillos con un ritmo constante, un hábito que surge cuando estoy a punto de hacer algo particularmente peligroso. Esta noche definitivamente entra en esa categoría. La voz de Dom resuena en mi cabeza: primero los negocios, las complicaciones para después. Pero la verdad es que las complicaciones empezaron en el momento en que vi su fotografía. Los sueños solo se volvieron más vívidos, más explícitos, más imposibles de ignorar.

El indicador del elevador se detiene en el doce. Su piso.

Me enderezo el saco negro y compruebo mi reflejo en la ventanilla polarizada de la camioneta. El pelo rojizo ligeramente desordenado, a propósito. La camisa blanca de botones abierta en el cuello, sin corbata. El aspecto proyecta una confianza informal, la de un hombre cómodo en su propia piel. Un hombre que consigue lo que quiere sin esforzarse demasiado.

La luz del atardecer baña la calle en cálidos tonos miel, la tarde de julio aún conserva el calor del día. Los oficinistas pasan en su éxodo de fin de jornada, pero mi atención permanece fija en la entrada del edificio. Un portero con uniforme azul marino abre la puerta a los residentes, ofreciendo educados asentimientos y sonrisas olvidables. No veo cámaras de seguridad en el vestíbulo. Ni guardias, ni protocolos. Realmente vive como alguien que nunca se ha ganado enemigos.

Las puertas se abren e Isabella emerge en la luz del atardecer, dirigiéndose claramente a su rutina de cena nocturna.

Es más despampanante en persona que en cualquier fotografía. Su pelo rubio miel capta la luz mientras camina, y su blusa color crema se mueve como seda líquida sobre su piel. Los pantalones azul marino se ciñen a unas curvas que me encienden la sangre, y esos tacones añaden la altura justa para poner su boca al nivel perfecto para besarla. Para otras cosas.

Se detiene en la acera y busca algo en su bolso. El celular, probablemente. Siempre conectada, siempre actuando para las expectativas de alguien más. He visto suficientes grabaciones de vigilancia para saber que se comporta como una mujer que aprendió desde temprano que ser impecable es la única opción aceptable.

Es hora de hacer añicos esa fachada impecable.

Me aparto de la camioneta y me acerco con el paso tranquilo de un hombre que pertenece a cualquier lugar al que va. Ella levanta la vista ante mi movimiento, y esos ojos verde esmeralda recorren mi rostro con cautelosa curiosidad.

—Isabella Callahan, ¿verdad? —Dejo que aflore mi característica sonrisa con hoyuelos, la que me ha abierto más puertas y más piernas de las que puedo contar—. Qué mundo tan pequeño.

Se queda helada a mitad de paso, y la observo barajar posibilidades. ¿Nos conocemos? ¿Debería reconocerme? La incertidumbre la hace aún más hermosa, la vulnerabilidad filtrándose a través de su máscara de compostura.

—¿Lo conozco? —Su voz es culta, cuidadosa. Exactamente lo que esperaba de alguien que pasa sus días entre arte de valor incalculable y hombres peligrosos.

—Todavía no. —Guardo la moneda en el bolsillo, ofreciéndole toda mi atención—. Pero me moría de ganas de remediarlo. Matteo Rosetti.

El reconocimiento brilla en sus ojos. No mi cara, sino el apellido. Todo el mundo en Nueva York conoce el apellido Rosetti, incluso los que fingen que no. Especialmente los que fingen que no.

—Justo iba a salir a cenar —continúo, señalando la camioneta con la cabeza—. Un pequeño lugar increíble en SoHo. ¿Siempre camina sola a cenar con tacones como esos?

Ella baja la vista hacia sus zapatos, y luego la devuelve a mi cara. Sus pupilas están ligeramente dilatadas, ya sea por la luz que se desvanece o por algo completamente distinto. —Prefiero caminar.

—Es una elección inteligente. Aunque después de un día entero de pie en el trabajo, pensaría que querría darles un descanso a esos tacones. El Met, ¿no? Artes Decorativas Europeas. —Dejo que esa información flote entre nosotros, una prueba de que sé más de ella de lo que un desconocido debería—. Debe de ser fascinante trabajar con todas esas cosas hermosas e intocables.

Sus labios se entreabren ligeramente ante el énfasis en «intocables», y observo cómo se mueve su garganta al tragar. Bien. Ella también lo está sintiendo, esta corriente eléctrica que se ha ido acumulando desde que vi su fotografía por primera vez.

—¿Cómo sabe dónde trabajo?

—De la misma manera que sé que toma el café solo y que prefiere caminar en lugar de pedir un auto. —Me acerco más, lo suficiente para percibir su aroma. Algo limpio y caro que me hace querer hundir la cara en su cuello—. Me encargo de conocer a las mujeres hermosas.

Ella retrocede medio paso, pero no huye. Lista o ingenua, todavía no puedo decirlo.

—Debería irme —dice, pero a su voz le falta convicción.

—De hecho, esperaba poder llevarla. —Vuelvo a señalar la camioneta, donde mi chofer está sentado en silencio detrás de los cristales polarizados—. Tengo reservaciones para cenar en veinte minutos, y odiaría comer solo. Además, odiaría dejar a una mujer hermosa caminando después del anochecer.

Apenas son las siete y media, todavía es de día, y Tribeca no es precisamente peligroso. Pero la invitación es bastante clara, envuelta en una caballerosidad que las mujeres como Isabella entienden, incluso cuando saben que no deberían.

—Es muy amable, pero en realidad no lo conozco.

—Un punto válido. —Saco mi celular, mis dedos se mueven por la pantalla—. Listo. Acabo de enviarle mis datos por mensaje. Nombre, número de teléfono, incluso mi perfil de LinkedIn si es usted del tipo corporativo. Ahora sabe exactamente quién soy.

Su teléfono vibra en su mano y ella baja la mirada hacia el mensaje. La observo calcular riesgos y probabilidades, su mente analítica procesando todos los ángulos. Curadora de museo. Acostumbrada a evaluar la autenticidad, a detectar falsificaciones. Pero también es una mujer que ha pasado su vida siendo protegida, resguardada del peligro real.

—Le prometo que no soy un asesino en serie —añado con una risa autocrítica—. Solo un tipo que odia comer solo y que tuvo la suerte de toparse con la mujer más hermosa de Tribeca.

El cumplido me sale con facilidad, pero mi reacción hacia ella es absolutamente real. Estando tan cerca, puedo ver los destellos dorados en sus ojos verdes, la forma en que su pulso palpita en la base de su garganta. Huele a perfume caro y a algo más, algo que hace que se me haga agua la boca y que mis manos piquen por tocarla.

—¿En qué parte de SoHo? —pregunta finalmente.

Mi pecho se oprime con anticipación, pero mantengo mi expresión neutral. —Un pequeño lugar francés en Spring Street. Íntimo, tranquilo. Ideal para conocer a alguien.

Ella mira hacia la SUV y luego de vuelta a mi rostro. Puedo verla dudar, atrapada entre la curiosidad y la cautela. Otra mujer ya se habría marchado, pero Isabella Callahan ha pasado años navegando en peligrosas aguas sociales. Sabe cómo leer a las personas, cómo mantenerse a salvo mientras toma riesgos calculados.

Lo que no sabe es que yo no soy un riesgo calculado. Soy una certeza.

—De acuerdo —dice en voz baja—. Pero solo hasta SoHo.

—Por supuesto. —Le hago un gesto hacia la puerta del pasajero, moviéndome ya para abrírsela—. Después de usted.

El interior de la SUV es exactamente como lo planeé: asientos de cuero color medianoche, iluminación tenue, música clásica sonando suavemente a través de altavoces de primera calidad. Todo diseñado para sugerir riqueza sin ostentación, poder sin amenaza. Mi conductor, Anton, asiente cortésmente por el espejo retrovisor, pero no habla. Conoce su papel en esta actuación.

Isabella se acomoda en el asiento del pasajero con una gracia inconsciente, su postura recta incluso en el espacio reducido. Me deslizo a su lado, tan cerca que mi muslo casi roza el suyo, y observo su reacción a la proximidad.

—Esto es hermoso —dice, pasando las yemas de sus dedos sobre el suave cuero—. No creo haber estado nunca en algo tan lujoso.

—¿De verdad? —Dejo que la sorpresa tiña mi voz—. ¿Su familia no cree en el lujo?

La pregunta es bastante inocente, pero observo su rostro con atención. Se tensa ligeramente, un cambio apenas perceptible que me dice que he tocado una fibra sensible.

—Mi familia cree en muchas cosas —dice con cuidado.

Me recuesto, dejando que el silencio se alargue. A veces, la mejor manera de obtener información es crear un espacio para que la gente lo llene. Pero Isabella no muerde el anzuelo. Está demasiado bien entrenada, es demasiado cuidadosa. Es hora de un enfoque diferente.

—Debe ser agradable tener una familia que se preocupe lo suficiente por usted. Chase Callahan parece del tipo protector.

Las palabras caen en el espacio entre nosotros como piedras en agua calma.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y veo cómo cambia su rostro. Una barrera se cierra tras sus ojos, transformando la calidez en recelo en un instante.

—¿Cómo conoce a mi tío?

Demasiado tarde para retractarme. Mostré mis cartas demasiado pronto, dejé que el entusiasmo anulara la estrategia. Pero tal vez sea mejor así. Más limpio. Más honesto, a su manera.

—Negocios —digo simplemente, y le hago una seña a Anton para que maneje.

Los seguros se activan con un suave clic. Seguros para niños, activados desde el panel del conductor. Isabella no se da cuenta de inmediato, demasiado concentrada en mi rostro, tratando de leer la verdad allí.

El poder de tenerla atrapada a mi lado, completamente bajo mi control, envía un oscuro escalofrío por mi sangre. Está tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su piel, puedo ver el rápido palpitar de su pulso en su garganta. Cada aliento que toma me hace querer inclinarme más cerca, reclamar lo que es mío.

—¿Qué tipo de negocios?

—Del tipo complicado.

La SUV se incorpora suavemente al tráfico, dirigiéndose al norte de la ciudad en lugar de al sur, hacia SoHo. Isabella nota primero el cambio de dirección, luego intenta abrir la puerta. No cede.

—Este no es el camino a SoHo.

—No —concuerdo—. No lo es.

Su respiración cambia, volviéndose más rápida y superficial. La observo analizar sus opciones: gritar, luchar, negociar. Pero es demasiado inteligente para entrar en pánico, demasiado controlada para hacer una escena que podría lastimarla. Aun así, noto la forma en que sus dedos tiemblan ligeramente mientras se aferran a la manija de la puerta. Miedo, cuidadosamente oculto pero no del todo invisible.

—Esto no es un favor. Esto es una trampa.

—Chica lista. —Me recuesto en el asiento de cuero, dejando que mi voz adquiera un tono más peligroso—. Empezaba a preocuparme de que solo fuera bonita.

Intenta abrir la puerta de nuevo, luego se gira para encararme por completo. Sin lágrimas, sin histeria. Solo furia fría y calculadora que hace que mi pulso se dispare con algo que no es exactamente miedo. Pero noto la forma en que se presiona contra la puerta del otro lado, poniendo tanta distancia entre nosotros como es posible en el reducido espacio. El cuidadoso control en su voz no logra ocultar del todo el temblor subyacente.

—¿Cree que una sonrisa y un auto de lujo son suficientes para llevarme?

La pregunta me golpea de una forma que no esperaba. Hay acero en su voz, un núcleo de fortaleza que hace que se me dispare el pulso. Es embriagador. Un desafío. Exactamente el tipo de cosa que me hace querer llevarla al límite, ver hasta dónde se extiende ese control. Tenerla aquí, atrapada, furiosa y esforzándose tanto por ocultar su miedo, me envía calor directo a la verga.

—No, Isabella —digo, y estiro la mano para tocarle la barbilla, inclinando su rostro hacia el mío. Su piel es increíblemente suave, cálida por la ira y la adrenalina—. Pero ahora que es mía, no necesito encanto.

Ella se aparta bruscamente de mi contacto, con los ojos encendidos.

—No soy suya.

—De hecho, lo es —respondo, recostándome en mi asiento mientras observo cómo procesa la realidad de su situación—. Al menos durante los próximos días. Hasta que su tío aprenda a llevarse bien con los demás.

—Chase lo matará por esto.

—Lo intentará —digo mientras lanzo la moneda entre mis dedos, el metal capturando la luz—. Pero primero, tendrá que encontrarla. Y yo soy muy bueno escondiendo las cosas que quiero conservar.

La camioneta entra en la autopista, en dirección norte hacia la casa de seguridad. Hacia el aislamiento, hacia el lugar donde tendré a Isabella Callahan completamente para mí. La idea me enciende la

sangre, una oscura anticipación que no tiene nada que ver con la ventaja y sí todo que ver con la posesión.

Ella mira por la ventana la ciudad que va quedando atrás, su reflejo fantasmal en el cristal polarizado. Puedo ver sus manos apretadas en su regazo, los nudillos blancos por la tensión que intenta ocultar. Cuando vuelve a hablar, su voz es perfectamente controlada, pero puedo oír la furia que esconde. Y debajo de eso, apenas audible, el miedo que tanto se esfuerza por reprimir.

—No tiene ni idea de lo que acaba de hacer.

—Ilústreme.

—Ha iniciado una guerra que no puede ganar.

Me río, y el sonido llena el reducido espacio entre nosotros.

—Cariño, la guerra empezó cuando su tío decidió amenazar a mi familia. Yo solo estoy igualando las probabilidades.

—¿Secuestrando a una mujer inocente?

—Tomando algo que él valora. Hay una diferencia.

Se vuelve para mirarme de nuevo, y la expresión en sus ojos verdes me corta la respiración. Ya no es miedo, ni siquiera ira. Algo más frío. Más peligroso.

—Se va a arrepentir de esto.

—Tal vez —respondo, y estiro la mano para apartarle un mechón de cabello rubio miel de la cara, a pesar de su esfuerzo por apartarse—. Pero lo dudo.

La autopista se extiende ante nosotros, llevándonos hacia el norte, hacia la casa del lago, hacia el aislamiento, hacia lo que sea que venga después. Isabella está sentada, rígida, a mi lado, su perfume mezclándose con el olor a cuero del auto, creando una combinación embriagadora que me hace desear acercarla más.

Pero ya habrá tiempo para eso. Horas de tiempo, sin nada más que la naturaleza y el silencio a nuestro alrededor. Tiempo para descubrir qué hay bajo su superficie perfecta, tiempo para ver hasta dónde puedo presionarla antes de que se quiebre.

Tiempo de averiguar si es tan intocable como aparenta.

4

Isabella

La manija de la puerta gira con facilidad bajo mi palma, pero la puerta no cede. Cerradura electrónica, por supuesto. Del tipo que requiere un código o una tarjeta. La pruebo de nuevo, presionando el hombro contra la madera maciza, pero no cede en lo más mínimo.

Mi corazón martillea contra mis costillas, un staccato agudo que me obligo a controlar con la respiración. El sudor me perla la nuca a pesar del aire fresco. La realidad de mi situación me cae como un balde de agua fría. Atrapada. Realmente atrapada.

A continuación, me dirijo a las ventanas, mis pies descalzos se deslizan en silencio sobre el piso de madera. Los ventanales van del piso al techo y ofrecen una vista de un bosque profundo que se extiende sin fin en todas las direcciones. Ni edificios, ni caminos, ni escapatoria. Solo árboles, cielo y un silencio tan completo que se siente sofocante.

Las ventanas se abren tres pulgadas y se detienen. Algún tipo de mecanismo de seguridad que impide que pase algo más grande. Seguridad. Claro.

Catalogo todo mientras mis manos recorren sistemáticamente el marco de la ventana, en busca de cualquier punto débil. La habitación es hermosa de esa forma que solo el mucho dinero puede comprar. Muebles modernos en tonos crema y gris suave, todo de

líneas limpias y telas costosas. Una pequeña sala de estar cerca de las ventanas. Otra puerta que probablemente conduce a un baño.

Mi ropa de ayer está arrugada, pero intacta. La blusa torcida, los pantalones ajados, pero todavía lo llevo todo puesto, excepto los tacones. Un pequeño consuelo.

Los recuerdos me asaltan mientras reviso la puerta del baño. Abierta, pero sin ventanas. La camioneta. La sonrisa con hoyuelos de Matteo Rosetti y esos dedos que no dejaban de mover aquella moneda de plata. La forma en que su voz se hizo más grave cuando dijo que yo era suya.

Se me revuelve el estómago, pero me obligo a seguir moviéndome. A seguir pensando. A seguir planeando.

Examino la rejilla de ventilación en el techo del baño. Demasiado pequeña y, de todas formas, probablemente vigilada. De vuelta en el dormitorio, compruebo los cables de las lámparas, buscando cualquier cosa que pueda ser útil. Los tiradores de los cajones de la mesita de noche son de latón macizo, lo suficientemente pesados como para hacer daño si fuera necesario.

Los años cerca de Chase me enseñaron a recopilar información, a buscar ventajas incluso cuando todo parece perdido. Especialmente entonces.

Todavía estoy catalogando posibles armas cuando oigo pasos en el pasillo. Mesurados y seguros. No llama a la puerta. La cerradura se desactiva con un suave pitido y Matteo Rosetti entra en mi hermosa jaula, con una taza de café en la mano y la expresión de un hombre que es dueño de todo lo que ve.

Incluyéndome a mí.

—Buenos días —dice, como si esto fuera un hotel y yo una huésped bienvenida.

Enderezo la espalda y me aliso la blusa con unas manos que quieren temblar, pero no lo harán. No delante de él. —Quiero irme.

—Lo sé. —Cierra la puerta detrás de sí con un cuidado deliberado. La cerradura se activa de nuevo automáticamente—. ¿Café?

La taza que me tiende huele intenso y perfecto, exactamente como me gusta. El hecho de que sepa esto me pone la piel de gallina.

—No quiero nada de usted.

—Excepto su libertad. —Sus labios se curvan en algo que podría ser una sonrisa en el rostro de cualquier otra persona. En el suyo, parece peligroso—. Por desgracia, eso no es una opción.

Me cruzo de brazos sobre el pecho, necesitando la barrera entre nosotros. —¿Qué es lo que quiere?

—Ahora mismo, que se siente y se tome un café mientras hablamos como gente civilizada.

—La gente civilizada no secuestra a historiadoras de arte.

—Lo hacen cuando las historiadoras de arte tienen tíos que amenazan a sus familias. —Su voz no denota enfado, solo una certeza objetiva que de algún modo lo empeora todo—. Yo resuelvo problemas.

—No soy un problema. Soy una persona.

—Usted es una ventaja. —Pero algo parpadea en su rostro al decirlo, desapareciendo demasiado rápido para que yo pueda interpretarlo—. Y ahora mismo, una ventaja es exactamente lo que mi familia necesita.

Camino hacia las ventanas, necesitando espacio entre nosotros. El bosque se extiende sin fin en todas direcciones, denso, verde y completamente silencioso. Sin vecinos, sin carretera, sin escapatoria. Solo árboles, cielo y el hombre a mi espalda cuya presencia parece llenar cada rincón de la habitación.

—¿Qué quiere de mí?

—Cooperación. —La palabra es sencilla, pero oigo capas de significado debajo de ella—. Esto no tiene por qué ser desagradable, Isabella. No voy a hacerle daño.

Me vuelvo para encararlo. —Ya lo ha hecho.

Por un instante, su máscara de confianza se resquebraja. Algo parecido al arrepentimiento cruza sus facciones antes de que se recupere, pero lo he captado. Bien. Quizá no sea tan intocable como pretende ser.

—Aquí está a salvo —dice en voz baja—. Más a salvo de lo que ha estado nunca, probablemente.

—Estaba a salvo en mi propia casa.

—¿Lo estaba? —Ladea la cabeza, estudiándome con esos agudos ojos verdes—. ¿Viviendo a la sombra de Chase Callahan, actuando para sus socios, fingiendo ser algo que no es cada día? Eso no es seguridad, cariño. Eso es supervivencia.

Las palabras cortan más profundo de lo que deberían porque hay verdad en ellas. Pero he pasado años construyendo muros contra ese tipo de verdad, y no voy a dejar que Matteo Rosetti los derribe.

—Usted no sabe nada de mi vida.

—Sé más de lo que cree. —Se aparta del marco de la puerta y se acerca con esa gracia depredadora que me acelera el pulso. Cada paso acerca más su aroma, algo limpio y masculino que hace que mi cuerpo traidor quiera inclinarse hacia él en lugar de apartarse—. Sé que no se ha tomado unas vacaciones de verdad en tres años. Sé que cena sola seis noches a la semana.

Mis manos se cierran en puños a mis costados. Está recitando mi vida como si leyera la lista del supermercado, reduciendo todo lo que soy a datos de vigilancia.

—Sé que se va a dormir cada noche en ese loft impoluto y se despierta cada mañana poniéndose una máscara.

Las palabras atraviesan mi compostura cuidadosamente mantenida. Mi respiración se acelera, la familiar opresión se acumula en mi pecho, esa que aparece cuando alguien ve demasiado.

—Deténgase. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía, pero él no se detiene. Nunca se detiene.

—Sé que su tío la usa como adorno para sus negocios. —Su voz se vuelve más grave, más íntima, como si fuéramos amantes compartiendo secretos en lugar de captor y prisionera—. Sé que nunca ha tenido una relación que durara más de tres meses porque no puede permitir que nadie vea más allá de la actuación.

Se me cierra la garganta. Tres meses. El tiempo exacto que le toma a alguien empezar a preguntar por qué nunca hablo de mis verdaderos sentimientos, por qué me estremezco cuando sugieren conocer a mi familia, por qué siempre tengo otro lugar donde estar cuando las cosas se vuelven demasiado íntimas.

—Deténgase. —Pero la voz se me quiebra al pronunciar la palabra, delatando todo lo que intento ocultar.

—Sé que se siente sola, Isabella. —Ahora está tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos verdes, puedo sentir el calor que irradia de su piel—. Y sé que está cansada de fingir que no es así.

La verdad me golpea con toda su fuerza. Todos esos días perfectamente ordenados, todas esas interacciones cuidadosamente controladas, todas esas noches mirando el techo preguntándome si esto es todo lo que hay. Él lo ve. Ve a través de cada defensa que he pasado años construyendo.

La rabia llega, veloz y candente, nacida de una exposición para la que nunca di permiso. Mi mano se mueve sin pensarlo, agarra la taza de café y se la arroja a la cabeza con toda la furia que no puedo expresar de otra manera. La atrapa con facilidad, el líquido salpica su camisa y las gotas de café se esparcen por el piso de madera. Pero sus ojos nunca se apartan de los míos, y algo en ellos hace que se me corte la respiración. No es ira por ser atacado, sino fascinación. Como si acabara de descubrir algo precioso.

El silencio se extiende entre nosotros, denso por una tensión que puedo saborear en la lengua. Mi pecho sube y baja con respiraciones agitadas que no puedo controlar. Me tiemblan las manos de rabia y de algo más, algo que se siente peligrosamente cercano al alivio de por fin dejar caer la máscara.

—¿Se siente mejor? —pregunta, con la voz un poco rasposa.

—No. —La palabra apenas sale como un susurro.

—¿Quiere intentarlo de nuevo?

La pregunta me toma por sorpresa. No hay ira en su voz, ni amenaza. Solo curiosidad genuina, como si de verdad le interesara mi respuesta. Como si quisiera que siguiera luchando contra él.

—Quiero irme a casa.

—Lo sé. —Saca un paño del bolsillo y se limpia el café de los antebrazos—. Pero esa no es una opción en este momento.

—Porque usted no me deja.

—Porque dejarla ir significa la muerte de mi hermana. —El encanto casual se desvanece de su voz, revelando algo más duro por debajo—. Y esa tampoco es una opción.

Hermana. Carmela Rosetti. Conozco ese nombre del mundo del arte, aunque nunca nos hemos conocido directamente. Ha causado revuelo en las galerías contemporáneas, tiene reputación de ser brillante e intocable. Si Chase la amenazó…

—¿Esto es por ella?

—Esto es por la familia. —Arroja el paño a un lado y me mira directamente—. Algo cuyo valor su tío aparentemente no comprende.

—Chase me ama.

—Chase la usa. —No hay vehemencia en su afirmación, solo una fría certeza—. Igual que usa a todo el mundo. La diferencia es que yo no voy a fingir que no es así.

Quiero discutir, defender al hombre que me crio después de que mis padres murieron. Pero las palabras se me atascan en la garganta porque en el fondo, en lugares que no me permito examinar demasiado, sé que Matteo tiene razón.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto en su lugar.

—Ahora voy a explicarle cómo funciona esto. —Se apoya en la cómoda, la imagen misma del control casual, pero noto cómo sus dedos encuentran de nuevo esa moneda de plata. El tic nervioso que ya estoy aprendiendo a leer—. Piense en ellas como pautas para hacernos esto más fácil a ambos.

Pautas. Como si hubiera algo fácil en ser secuestrada.

—Primera regla. —La moneda gira una, dos veces—. Nada de intentos de escape. Las puertas están cerradas con llave, las ventanas no se abren lo suficiente y hay medidas de seguridad que no puede ver. Lo único que logrará es que esto sea más restrictivo de lo necesario.

Me cruzo de brazos, una barrera contra sus palabras y la forma en que me mira. Como si estuviera memorizando cada detalle de mi cara, catalogando mis reacciones para usarlas en el futuro.

La idea me provoca un escalofrío inoportuno por la espalda.

—Segundo, las comidas se compartirán. No dirijo un hotel y no soy su sirviente. —Su voz adquiere un filo que me recuerda al acero envuelto en terciopelo—. Comemos juntos, limpiamos juntos, mantenemos una apariencia de comportamiento civilizado.

Civilizado. La palabra tiene un sabor amargo. Nada en esta situación es civilizado, pero entiendo lo que realmente está diciendo. Quiere la apariencia de normalidad, la actuación de participación voluntaria. Otro espectáculo que montar, solo que con un público diferente.

—¿Cuán civilizado puede ser cuando estoy aquí en contra de mi voluntad?

—Más civilizado de lo que podría esperar. —Sus ojos se clavan en los míos, y veo algo parpadear en ellos. Calor. Interés. El tipo de mirada que hace que la piel se me sienta demasiado tirante—. Tercero, no entre en mi despacho. Es la única habitación de esta casa que está prohibida para usted.

Guardo esa información. Una habitación que no quiere que vea. Un espacio que podría contener respuestas, o armas, o una salida.

—¿Y si no sigo sus reglas? —Mi voz suena más firme de lo que me siento.

—Entonces sus privilegios se reducirán en consecuencia. —La moneda atrapa la luz de la mañana al girar, proyectando arcoíris fracturados en la pared—. Ahora mismo, tiene libertad para moverse por casi toda la casa, acceso a libros y música, un entorno cómodo. Presióneme, y se encontrará confinada en esta habitación solo con lo básico.

La amenaza es lanzada en el mismo tono que podría usar para discutir los planes de la cena, pero no dudo que dice cada palabra en serio. Hay acero bajo todo ese encanto, el tipo de pragmatismo despiadado que construyó el imperio de su familia.

—¿De verdad cree que puede mantenerme aquí indefinidamente?

—Creo que puedo retenerla aquí el tiempo que sea necesario. —Se endereza, y esa pose casual se transforma en algo más depredador —. Que eso sea cómodo o no, depende en gran medida de usted.

Camina hacia la puerta, pero se detiene en el umbral. Cuando se vuelve, algo en su expresión hace que se me seque la boca. No es el encanto pulido que me mostró anoche, sino algo más crudo. Más famélico.

—Hay ropa en el clóset. No es de su talla, pero tendrá que servir. El baño está por esa puerta, totalmente equipado con todo lo que

pueda necesitar. Estaré abajo cuando esté lista para el desayuno.

El corazón me martillea en las costillas. —¿Y si nunca estoy lista?

Permanece en silencio un largo momento, su mirada viajando desde mi rostro, recorriendo mi cuerpo y volviendo a subir. La evaluación es franca, posesiva, y provoca que un calor se acumule en la parte baja de mi vientre a pesar de todo lo que mi mente racional grita.

—Entonces le dará mucha hambre, Isabella. —Su voz baja a algo que es casi un gruñido—. Y la paciencia es una virtud que todavía estoy aprendiendo.

La puerta se cierra tras él con un suave clic, dejándome sola con el rápido martilleo de mi corazón y el aroma persistente de su colonia mezclado con el café derramado. Me dejo caer en el borde de la cama, y mi compostura cuidadosamente mantenida finalmente se quiebra bajo el peso de todo lo que ha sucedido.

Estoy atrapada. Completa y absolutamente atrapada con un hombre que ve a través de cada defensa que he pasado años construyendo. Un hombre que sabe exactamente cuán solitaria y vacía se ha vuelto mi vida perfecta, que puede recitar mi aislamiento como si leyera un guion.

Un hombre cuya voz se vuelve de terciopelo cuando me amenaza, cuyos ojos se encienden cuando mira mi cuerpo, cuya presencia llena cada rincón de esta hermosa prisión hasta que apenas puedo respirar.

Hundo el rostro entre mis manos, intentando encontrar un ancla en el caos. La Isabella Callahan que se despertó ayer por la mañana en su loft impecable parece una extraña ahora. Esa mujer vivía en un mundo donde controlaba cada variable, donde su mayor preocupación era qué ponerse para encantar a los socios de Chase.

Esta mujer está sentada en el dormitorio de un extraño, con la ropa arrugada de ayer y el pulso todavía acelerado por la forma en que Matteo la miró. Como si quisiera devorarla. Como si estuviera imaginando exactamente a qué sabría.

El pensamiento me recorre con un escalofrío que no tiene nada que ver con el miedo.

Y esa podría ser la revelación más aterradora de todas. No que esté atrapada aquí con él, sino que una parte oscura de mí siente curiosidad por saber qué pasaría si dejara de luchar. Si le permitiera ver más allá de la actuación, como claramente desea.

Si finalmente dejara que alguien se acercara lo suficiente como para descubrir qué hay debajo de todo el control cuidadosamente mantenido.

El aroma del café y su colonia persiste en el aire como una promesa. O una amenaza.

Ya no estoy segura de que haya diferencia.

5

Matteo

El silencio de la noche del domingo se instala a mi alrededor. Pasaron dos días completos desde que traje a Isabella aquí, y la casa de seguridad se siente diferente ahora. Más pesada. Cargada de una tensión que no tiene nada que ver con la seguridad y sí todo con la mujer que está en el piso de arriba.

La noche se ha apoderado por completo del bosque, dejando solo el suave resplandor de los monitores de seguridad para repeler la oscuridad. Estoy sentado en mi despacho, la silla de cuero cruje mientras me reclino, inspeccionando las pantallas que muestran cada rincón de mis dominios.

Cada rincón, incluido el suyo.

El monitor del centro muestra la habitación de Isabella, donde está sentada al borde de la enorme cama que elegí específicamente para ella. Lleva una hora ahí, solo sentada, con la mirada perdida en el bosque como si tramara su escape. Mis pantalones deportivos grises y holgados cuelgan sueltos en su esbelta figura, con la cintura enrollada varias veces. La sudadera con capucha a juego se la traga por completo, con las mangas arremangadas hasta los codos.

Mi ropa. Lo único de lo que dispone en este lugar.

Lanzo la moneda al aire y la atrapo entre mis dedos; el metal está tibio por el contacto con mi piel. Tres días. Tres días viéndola moverse por esta casa como un pájaro enjaulado, todo gracia

contenida y furia oculta. Tres días de café por la mañana, conversaciones cuidadosamente educadas y de fingir que esto es solo un negocio.

Dejó de ser solo un negocio en el momento en que vi su fotografía.

La puerta del baño se abre en la pantalla e Isabella desaparece de la vista. Oigo el suave sonido del agua corriendo a través de los altavoces, las tuberías zumbando por las paredes. Su segunda ducha de hoy.

Debería apagar el monitor. Darle privacidad. Mi mano se cierne sobre el interruptor.

Esto es una locura. Soy Matteo Rosetti. Supermodelos me han suplicado pasar la noche en mi cama. He rechazado a hijas de multimillonarios que me ofrecieron todo lo que tenían. Yo elijo a quién quiero, cuándo la quiero y cómo la quiero. No me quedo sentado en cuartos oscuros viendo cámaras ocultas como un tonto desesperado.

Y, sin embargo, aquí estoy.

La moneda se queda quieta entre mis dedos.

En lugar de pulsar el interruptor de apagado, busco otro control. La imagen de la cámara oculta cobra vida, mostrando el baño desde un ángulo que ella nunca sospechará. El vapor se eleva de la mampara de cristal de la ducha y ahí está Isabella, de espaldas a la cámara mientras busca una toalla.

Mierda. Mírala.

No tiene idea de que puedo verla. Ni idea de que estoy observando cada movimiento, catalogando cada detalle. Ni idea de que el hombre más poderoso de Nueva York está reducido a esto, sentado solo en la oscuridad, ya duro solo con la promesa de verla desnuda.

¿Qué me ha hecho?

El calor se dispara directo a mi verga y estoy presionando la palma de mi mano contra el bulto creciente en mis pantalones antes de que el pensamiento racional haga acto de presencia.

Se quita la sudadera por la cabeza y luego se baja los pantalones deportivos, y se me olvida cómo respirar. Su piel parece de un pálido

de porcelana bajo la suave iluminación, curvas y valles que hacen que me duelan las manos por tocarla. Hay una sola vela encendida en el tocador, algo que pidió ayer. Se la di para poder observarla a la luz de las velas.

Decir que es retorcido no le hace justicia.

Pero también estoy más duro de lo que he estado en años. Esto es diferente a las seducciones calculadas, a los movimientos ensayados, a las mujeres que abren las piernas por mi nombre o mi dinero o la emoción del peligro. Esto es crudo. Primitivo. Real.

Nunca antes había tenido que esforzarme por conseguirlo. Nunca tuve que desear algo que no pudiera simplemente tomar. Lindsay Lonnigan prácticamente se me echó encima la semana pasada y no sentí más que una leve satisfacción cuando la hice correrse. Las gemelas Petrova me ofrecieron un trío en la fiesta de cumpleaños de Leo y las rechacé porque ya estaba aburrido antes de que terminaran de hablar.

¿Pero Isabella? Isabella me hace sentir como un adolescente de nuevo, desesperado, hambriento y completamente fuera de control.

Se mete bajo el chorro de agua, y el agua cae en cascada sobre sus hombros, bajando por su columna. Inclina la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y emite un suave sonido que los micrófonos apenas captan. Incluso a través de los altavoces, ese sonido va directo a mi verga.Ese ruido. Esa pequeña e inconsciente expresión de placer va a atormentarme.

Esto ya no se trata de poder.

Me bajo la cremallera del pantalón con dedos temblorosos y saco mi verga. Ya está resbaladiza por el líquido preseminal, la cabeza oscura e hinchada. ¿Cuándo fue la última vez que estuve así de duro? ¿Cuándo fue la última vez que necesité liberarme con tanta urgencia?

Nunca. La respuesta es nunca.

Mi respiración cambia, se vuelve más pesada mientras observo sus manos moverse sobre su cuello, resbaladizas por el jabón y el agua. Sus dedos trazan su clavícula, luego bajan, rodeando la parte superior de sus pechos, y tengo que reprimir un gemido. Se está

tocando con tanta inocencia, tan inconscientemente, que me está volviendo jodidamente loco.

Envuelvo mi verga con la mano y la acaricio lentamente, saboreando la sensación. Normalmente soy rápido, eficiente. Acabar y seguir adelante. ¿Pero esto? Esto quiero que dure.

Ella no se da cuenta de nada. Es completamente mía para observarla. El pensamiento debería hacerme sentir culpable, debería obligarme a apagar la cámara y marcharme.

En cambio, me hace masturbarme más fuerte.

He tenido mujeres que adoraban mi cuerpo, que suplicaban mi contacto, que hacían cualquier cosa que les pidiera. Pero ninguna de ellas me hizo sentir así. Como si estuviera famélico. Como si me arrastrara de rodillas solo por probar su piel.

Sus movimientos son inconscientes, sensuales, autocontenidos. No está actuando para nadie, lo que lo empeora. Lo hace real. Aquí no hay artificio, ni control cuidadoso. Solo Isabella siendo Isabella, y es más embriagador que cualquier seducción que haya orquestado jamás.

Mi pulgar se desliza sobre la cabeza de mi verga, esparciendo la humedad, e imagino que es su lengua. ¿Sería tímida la primera vez? ¿Me miraría con esos ojos verdes mientras me recibía en su boca?

La fantasía hace que mis caderas se sacudan contra mi puño.

En la pantalla, ella echa la cabeza hacia atrás, el agua cayendo sobre su rostro, y comienza a tararear. Una melodía que no reconozco, suave e inquietante. El sonido flota a través de los altavoces, y yo me masturbo más rápido, con la otra mano aferrada al brazo de mi silla.

Si la tocara ahora, me quemaría vivo. Y yo suplicaría por el fuego.

¿Qué me está haciendo? Yo soy el que toma lo que quiere. Yo soy el que hace que las mujeres pierdan el control. No me siento en habitaciones oscuras a mirar pantallas como un tonto enamorado.

Pero aquí estoy, meneando mi verga al ver a una mujer que ni siquiera sabe que existo en sus momentos privados. Una mujer que secuestré. Una mujer que me odia.

La ironía no se me escapa. Matteo Rosetti, que nunca ha tenido que esforzarse por nada en su vida, reducido a esto. A observar. A

desear lo que no puede simplemente extender la mano y tomar.

Se gira ligeramente, su perfil ahora visible, y el jabón se desliza por su cuerpo. Su piel brilla a la luz de las velas, dorada y húmeda. Cuando se pasa las manos por el cabello, arqueando la espalda, me masturbo más fuerte, más rápido.

Mírala. Solo mírala.

No sabe que estoy aquí. Pero ahora es mía. Mía para protegerla. Mía para observarla. Mía para desearla. Mía para desarmarla hasta que grite mi nombre.

La admisión hace que mi mano se mueva con más brusquedad. Me decía a mí mismo que esto se trataba de Chase, de tener una ventaja, de los negocios familiares. Pero al verla ahora, al verla así, masturbándome ante la visión de su cuerpo desnudo, sé la verdad.

La deseo. No como un peón ni un arma ni un medio para un fin. Deseo a Isabella Callahan con un hambre que va a consumirme.

¿Y la parte más retorcida? Me gusta ser consumido. Me gusta que me haya convertido en esto. Que me haya vuelto desesperado de una manera que ninguna mujer jamás lo ha hecho.

Tararea de nuevo, la melodía flota a través de los altavoces, y mis caderas embisten contra mi puño. Imagino que es su boca la que hace esos sonidos alrededor de mi verga, sus manos sobre mí en lugar de jabón y agua. Imagino empujarla contra esa pared de cristal de la ducha y poseerla hasta que no pueda recordar ni su propio nombre.

¿Me combatiría? ¿Se derretiría? ¿Enrollaría esas largas piernas alrededor de mi cintura y suplicaría por más?

Mi respiración se vuelve entrecortada mientras veo sus manos esparcir jabón sobre su estómago, más abajo, y casi pierdo el control ahí mismo. En cambio, me obligo a ir más despacio, a igualar el ritmo de sus movimientos. A fingir que son mis manos las que están sobre su piel.

Esto es una tortura. Una tortura hermosa y exquisita.

Cuando vuelve a tomar el jabón líquido, inclinándose ligeramente y dándome una vista que me nubla la visión, pierdo lo que queda de mi control. Mi mano se mueve más rápido, más bruscamente, y me muerdo los nudillos para no gemir su nombre en voz alta.

Ella lo es todo. Cada curva, cada movimiento, cada gesto inconsciente del que no tiene idea que me está volviendo loco. Y no tiene idea de que está destruyendo al hombre más controlado de Nueva York, una gota de agua a la vez.

Nunca he deseado nada como la deseo a ella. Nunca he necesitado poseer algo tan completamente. Las mujeres antes de ella fueron entretenimiento, desahogo, conquistas. Isabella es algo completamente diferente.

Va a ser mi perdición. Esta mujer intocable que no sabe que me está haciendo perder la cabeza.

Mi verga late en mi mano, cerca del límite, y me obligo a bajar el ritmo de nuevo. Todavía no. No así. Cuando finalmente me corra, será dentro de ella. Bien adentro de ella mientras esté envuelta a mi alrededor, tomando todo lo que tengo para dar.

El pensamiento casi rompe mi determinación.

Entonces me detengo antes de poder terminar, golpeando en cambio los controles con mi mano libre, cortando la transmisión.

Los monitores se apagan, dejándome solo en la repentina oscuridad con mi verga todavía dura en mi mano y el sabor de su nombre en mi lengua. Estoy temblando, temblando de verdad, por la necesidad de terminar lo que ella empezó sin siquiera saberlo.

Pero no lo hago. Me guardo de nuevo en los pantalones, cada movimiento una tortura, y me recuesto en mi silla. Mi respiración es agitada, mi cuerpo está tenso como un alambre, y hay una satisfacción enfermiza en negarme lo que más quiero.

Porque cuando finalmente me corra, será dentro de ella. No ante su imagen en una pantalla, no ante fantasías y vistazos robados. Dentro del cuerpo de Isabella Callahan mientras grita mi nombre.

El pensamiento hace que mi verga palpite dolorosamente contra mi cremallera.

Lanzo la moneda una, dos veces, el ritmo familiar me ayuda a recuperar algo de control. En algún lugar de arriba, Isabella está terminando su ducha, completamente inconsciente de que acaba de poner mi mundo cuidadosamente ordenado patas arriba. Inconsciente de que estoy aquí sentado, duro, adolorido y medio loco de deseo por ella.

La moneda se detiene en mi palma y, por primera vez en años, no sé cuál debería ser mi próximo movimiento. Todo lo que sé es que el cuidadoso control sobre el que he construido mi vida se está resquebrajando, y es ella quien sostiene el martillo.

Ahora está grabada en mí. En mis pensamientos, mis sueños, mi sangre. Cada gota de agua en su piel, cada suave sonido que hizo, cada curva y valle de su cuerpo. Todo es mío ahora. Marcado a fuego en mi memoria, donde puedo invocarlo cuando quiera.

Y querré hacerlo. Demonios, me la voy a jalar pensando en esto durante semanas.

Hace tres días, secuestré a Isabella Callahan por mi familia.

Esta noche, quemaría el mundo entero para quedarme con ella. Y mañana, voy a empezar a planear exactamente cómo hacerla mía en todos los sentidos que importan.

6

Isabella

El vestido de seda gris se me ajusta como una segunda piel. Demasiado apretado en las caderas, la tela se tensa cuando respiro profundo, pero es lo único en el clóset que no hace que me pierda entre la ropa holgada de Matteo. Carmela Rosetti debe de ser más menuda que yo, más delicada. Paso las manos sobre la tela e intento fingir que se siente como una armadura en lugar de un disfraz que me obligan a usar.

Cuatro días. Cuatro días de esta cortesía sofocante, de café y conversaciones cuidadosas, y de fingir que esto es algo distinto a lo que realmente es. Cuatro días viéndolo lanzar esa moneda de plata y sabiendo que piensa en cosas que no quiero comprender.

Pero esta noche se siente diferente. Esta noche me va a llevar a alguna parte.

—¿Lista? —Matteo aparece en el umbral de la puerta, y tengo que esforzarme para mantener mi expresión neutral. Lleva un traje negro sin corbata, con la camisa abierta en el cuello de una manera que parece descuidada, pero que probablemente no lo es. Su cabello castaño rojizo está perfectamente desordenado, y la ya conocida moneda no se ve por ninguna parte.

—¿Tengo opción?

—No realmente —dice él con esa sonrisa encantadora que no le llega a los ojos—. Pero te gustará a dónde vamos. Rhinebeck tiene

la mejor comida italiana fuera de Little Italy.

Lo sigo escaleras abajo hasta la camioneta, la misma que me arrancó de mi vida. Los mismos asientos de cuero, la misma música suave, la misma sensación de estar atrapada. Pero esta vez no intento escapar. Estoy observando. Aprendiendo. Trazando un mapa de las carreteras que tomamos y memorizando las curvas.

El restaurante está escondido en una calle tranquila, con una elegancia discreta que denota dinero y discreción. Adentro, el jazz suave se mezcla con el tintineo del cristal y las conversaciones en voz baja en italiano. El aroma a ajo y vino flota pesado en el aire, mezclándose con colonias caras y la sutil tensión que sigue a Matteo a dondequiera que va. La mano de Matteo encuentra la parte baja de mi espalda mientras entramos, un toque posesivo que me quema la piel, aunque me diga a mí misma que lo odio.

—Señor Rosetti —lo saluda el anfitrión como si fuera de la familia, con calidez y deferencia—. ¿Su mesa de siempre?

—Perfecto.

Nos sientan en un reservado de esquina que ofrece una vista clara de todo el restaurante, pero nos protege de la observación casual. Estratégico. Todo en este hombre es estratégico, desde la forma en que pide un vino que yo nunca le pedí hasta la manera en que sus ojos escanean constantemente la sala, incluso mientras habla conmigo. Catalogo cada detalle de forma automática, del mismo modo que me han entrenado para evaluar cualquier entorno nuevo. Dos salidas, una a través de la cocina. Cámaras de seguridad en tres esquinas. Mesas posicionadas para amortiguar las conversaciones.

—Conoces a todo el mundo aquí —observo, viéndolo asentir hacia una mesa de hombres con trajes caros.

—Socios de negocios. Rhinebeck es territorio neutral —sus dedos tamborilean sobre el mantel blanco—. Seguro para ciertas conversaciones.

La forma en que lo dice hace que se me encoja el estómago. Esto no es una cita. Es él presumiéndome. Exhibiendo su premio.

—¿Así que soy parte del espectáculo?

—Ahora eres parte de todo —se reclina en su silla, completamente a gusto mientras yo me siento expuesta bajo la luz ambiental—.

Cuanto antes lo aceptes, más fácil será todo esto.

Bebo un sorbo del champán que pidió, las burbujas afiladas contra mi lengua. A nuestro alrededor, la conversación fluye en varios idiomas, se cierran tratos entre pasta y vino. Los meseros se deslizan entre las mesas llevando bandejas de plata, sus movimientos coreografiados hasta casi el silencio. Es civilizado. Cortés. Mortal.

La atmósfera cambia antes de que lo vea acercarse. Las conversaciones no se detienen, exactamente, pero bajan de volumen. Las miradas se dirigen a nuestra mesa y luego se apartan rápidamente.

—¿Isabella?

Levanto la vista y encuentro a un joven de pie junto a nuestra mesa. Pelo oscuro, traje caro, el tipo de sonrisa confiada que significa problemas. Es guapo de una manera obvia, pura fachada y nada de sustancia, pero hay algo depredador en cómo su mirada se detiene en el escote de mi vestido.

—No creo que nos hayan presentado —sus ojos me recorren con aprecio—. Nico Torrino. Y tú debes de ser el nuevo adorno de Matteo. No creo haber visto una obra de arte tan fina desde el Met.

Un calor me recorre, pero no el que espero. No es vergüenza ni ira. Algo más oscuro. Algo que reconoce el brillo depredador en sus ojos y quiere afilar mis garras en respuesta.

—Cuidado —digo, dejando que el hielo se filtre en mi voz—. Muerdo.

Él se ríe como si hubiera dicho algo encantador en lugar de peligroso. —Ya me cae bien, Matteo. ¿Dónde encontraste a esta?

Miro a Matteo y me quedo helada. La máscara encantadora ha desaparecido por completo, reemplazada por algo frío y letal. Tiene las manos planas sobre la mesa, los nudillos blancos, y sus ojos están fijos en Nico con una concentración depredadora.

—Lárgate, Nico —la voz de Matteo es baja. Demasiado baja.

—Vamos, no seas egoísta. Solo un baile, tal vez una conversación.

Las palabras todavía están suspendidas en el aire cuando Nico se acerca y sus dedos rozan mi hombro mientras aparta un mechón de mi cabello. El toque es casual, insignificante.

Matteo se mueve como la violencia hecha carne.

El sonido de la cara de Nico al golpear la mesa es húmedo y seco, como un hueso rompiéndose. El impacto hace que los vasos de agua salten y los cubiertos caigan al suelo con estrépito. La sangre salpica el mantel blanco en perfectos puntos carmesí, sobre los platos de pan, sobre mi copa de champán. La mano de Matteo está aferrada al pelo de Nico, manteniendo su rostro presionado contra la madera. Más sangre gotea constantemente sobre el suelo, cada gota resonando con fuerza en el repentino y absoluto silencio.

Todas las conversaciones en el restaurante se apagan al instante. Los tenedores se detienen a medio camino de las bocas. Las copas de vino flotan en el aire. Pero nadie nos mira directamente. Nadie se mueve para ayudar o interferir.

—Si vuelve a mirarte —dice Matteo, con una voz como el acero en invierno—, le sacaré los ojos.

Matteo suelta el cabello de Nico y retrocede, alisándose la chaqueta con una calma deliberada. Hay sangre en su puño, oscura contra la tela blanca. Nico se tambalea hacia atrás, con una mano presionándose la nariz y con la otra buscando su billetera.

—Mis disculpas —masculla Nico a través de la sangre que le corre por la barbilla—. No me di cuenta de que tenía dueño.

Con dueño. Como si fuera una propiedad. Como si fuera algo que se puede poseer, marcar y por lo que se puede pelear.

Observo el rostro de Matteo, buscando alguna señal de remordimiento, conmoción o algo humano. En cambio, veo una fría satisfacción, la mirada de un hombre que ha enviado exactamente el mensaje que pretendía. Esa expresión le provoca algo peligroso a mi pulso, hace que el calor se acumule en lugares que no quiero reconocer.

—Ven —dice Matteo, y su mano encuentra mi muñeca. No con brusquedad, sino con firmeza. Una guía que se siente como una correa—. Nos vamos.

Dejo que me guíe afuera, al aire fresco de la noche, con las piernas temblándome. El vestido de seda gris ahora me parece demasiado ajustado, me dificulta respirar. O quizás es solo la imagen grabada a fuego en mis retinas de la sangre extendiéndose sobre el

lino blanco, el sonido húmedo del impacto, la forma en que cada persona en ese restaurante desvió la mirada como bailarines en una coreografía.

En la camioneta, el silencio se extiende entre nosotros como una respiración contenida. Matteo está sentado perfectamente quieto a mi lado, con la respiración ligeramente agitada y la mandíbula aún apretada. Hay sangre bajo sus uñas. Sangre en su camisa. El olor a violencia se aferra a él, metálico y penetrante.

—Pudiste haberlo matado —digo finalmente, con la voz apenas audible.

Me mira, y sus ojos son lava derretida. Oscuros, hambrientos y sin el menor arrepentimiento.

—Todavía podría. —Se inclina más, lo suficiente como para que pueda ver las motas doradas en sus ojos marrones. Lo suficiente como para sentir el calor que irradia su piel—. Eres mía, *bella*. Y yo no comparto.

Las palabras me golpean como una descarga eléctrica. Crudas, posesivas y completamente incorrectas. Observo cómo su mirada baja a mi boca y luego más abajo, asimilando la forma en que el vestido se ciñe a mi cuerpo. La forma en que mi pecho sube y baja con cada respiración acelerada.

Mi cuerpo me traiciona por completo. El calor inunda mis venas, mi pulso martillea contra mi garganta, y algo en lo profundo de mí responde a su reclamo con una satisfacción feroz y primitiva. Pero no puedo dejar que lo vea. No puedo dejarle saber cuán completamente me está deshaciendo.

—Eso es barbárico —susurro, las palabras apenas audibles.

Su mano encuentra mi muslo, sus dedos se extienden sobre la seda. El contacto quema a través de la tela, reclamando, exigiendo y siendo absolutamente devastador.

—¿Lo es? —El fantasma de una sonrisa roza sus labios, pero hay algo más oscuro debajo. Algo que sugiere que sabe exactamente lo que su violencia me provoca, incluso si yo no lo admito—. Porque tu cuerpo me está contando una historia diferente.

No puedo responder. No puedo respirar. No puedo pensar más allá del calor de su mano en mi pierna y la forma en que me mira como

si quisiera devorarme entera. La violencia que acabo de presenciar se repite tras mis ojos, brutal, rápida y completamente orquestada. Destruyó a un hombre por tocarme. Por mirarme. Por pensar que tenía derecho a reclamar lo que Matteo considera suyo.

La parte racional de mi mente grita advertencias, habla del síndrome de Estocolmo y los vínculos traumáticos y la peligrosa psicología del cautiverio. Pero esa voz es cada día más silenciosa, ahogada por algo más oscuro. Algo que susurra sobre la posesión y la protección y la embriagadora euforia de ser deseada tan completamente que un hombre derramará sangre para retenerte.

Pero no puedo darle eso. No puedo dejar que vea cuán a fondo está desmantelando todo lo que creía saber sobre mí misma.

—No entiendo lo que me está pasando —exhalo, lo más cercano a la verdad que puedo manejar.

—Estás aprendiendo —dice, su pulgar acariciándome el muslo—. Aprendiendo que la perfección es solo otro tipo de prisión.

El auto entra en el camino de entrada de la casa de seguridad, la grava crujiendo bajo las llantas. De vuelta a mi hermosa prisión. El pensamiento deja un sabor amargo en mi garganta.

Matteo no se mueve para salir. En cambio, se gira completamente hacia mí, su mano deslizándose más arriba en mi muslo. El aire entre nosotros se siente cargado, crepitando con una tensión que no tiene nada que ver con el miedo y todo que ver con el deseo.

—Dime que no lo sentiste —dice, con voz ronca—. Dime que no te gustó verme destruirlo por ti.

La mentira sale fácil, por reflejo. De la misma manera que he estado mintiéndome a mí misma durante cuatro días.

—Lo odié. —Las palabras saben a cenizas—. Odié cada segundo.

Algo parpadea en su rostro. ¿Decepción? O quizás sabe que estoy mintiendo y le parece divertido. Su pulgar traza un círculo en mi muslo, y tengo que morderme el labio para no reaccionar.

—¿De verdad? —Su voz es suave, peligrosa—. Porque tu pulso dice algo diferente.

Quiero apartarme, quiero escapar de la intensidad de su mirada y del calor de su contacto. Pero estoy atrapada entre él y la puerta del

auto, atrapada en este espacio donde las mentiras se sienten tan delgadas como el papel.

—No sabes nada de mí —digo, pero mi voz tiembla.

—Sé más de lo que crees. —Su mano no se mueve, pero de alguna manera el contacto se siente más posesivo. Más autoritario —. Sé que has pasado toda tu vida siendo exactamente lo que todos esperaban. Y sé que eso te está matando lentamente.

Sus palabras hieren demasiado cerca de algo que no quiero examinar. Algo que se ha ido agrietando más cada día que paso en este lugar, cada mañana que me despierto y encuentro café esperándome, cada vez que me mira como si yo fuera algo por lo que valiera la pena destruir a un hombre. Pero no puedo dejar que vea que tiene razón.

—Estás equivocado.

—¿Lo estoy? —Se reclina un poco, pero su mano permanece en mi muslo—. Entonces, ¿por qué estás temblando?

Estoy temblando. Mis manos, mi voz, algo en lo profundo de mi pecho que no puedo reprimir. Pero no le daré la satisfacción de saber por qué. No admitiré que cada palabra que dice parece leída de un guion de mis miedos más profundos.

—Quiero entrar.

Por un momento, no se mueve. Solo estudia mi rostro como si intentara leer la verdad escrita en él. Luego, suelta mi muslo y abre su puerta, rodeando el auto para ayudarme a salir como el perfecto caballero que finge ser.

Pero ya he visto lo que yace bajo esa pulida fachada. He visto la violencia, rápida, brutal y completamente calculada. Y la parte más aterradora no es de lo que es capaz.

Es lo mucho que una parte sepultada de mí desea volver a verlo.

Ese pensamiento me sigue hasta la casa, inoportuno e indeseado. Subo las escaleras hacia mi habitación, hiperconsciente de su presencia detrás de mí, de la forma en que sus ojos siguen mis movimientos. En mi puerta, me detengo sin mirar atrás.

—Buenas noches, Matteo.

—Buenas noches, Isabella. —Su voz es áspera, con un matiz que no quiero identificar—. Dulces sueños.

Cierro la puerta entre nosotros y me apoyo en ella, con el corazón martilleándome. A través de la madera, escucho sus pasos retirarse por el pasillo. Solo entonces me permito respirar.

En el espejo al otro lado de la habitación, mi reflejo me devuelve la mirada. Mejillas sonrojadas, ojos brillantes, labios ligeramente entreabiertos como si estuviera esperando algo. Parezco una mujer que ha sido completamente reclamada.

Parezco una mujer que disfrutó cada segundo.

La mentira que le dije resuena en mi cabeza. Lo odié. Pero mi cuerpo cuenta una historia diferente. La forma en que mi pulso se aceleró cuando destruyó a Nico. La forma en que el calor se acumuló en mi bajo vientre cuando me llamó suya. La forma en que todavía tiemblo por su tacto.

Esto es solo un vínculo traumático, me digo a mí misma. Una respuesta psicológica al cautiverio. No significa nada real. No significa que realmente quiera esto.

Me dejo caer en el borde de la cama y hundo el rostro entre mis manos. Cuatro días. Cuatro días, y ya está desmoronando todo lo que creía saber sobre mí misma. Todo lo que creía querer.

Lo odié. Odié cada segundo.

Si sigo repitiéndomelo, quizá mi cuerpo termine por creérselo también.

7

Matteo

Llevo caminando por los pasillos desde las dos de la mañana, mis pies descalzos sigilosos sobre los pisos de madera. Tres horas de dar vueltas como un animal enjaulado, reviviendo el sonido de la cara de Nico al golpear el mármol. El crujido húmedo del cartílago. La salpicadura perfecta de carmesí sobre el lino blanco.

La satisfacción todavía arde con calidez en mi pecho, pero ahora está enredada con algo más. Algo que se parece demasiado a la inquietud. Demasiado al deseo.

La casa de seguridad está construida tanto para el control del sonido como para la seguridad. Muros gruesos, vidrios reforzados, suficiente espacio entre las habitaciones para que los secretos permanezcan enterrados. Esta noche agradezco el aislamiento, porque lo que estoy pensando en hacer me costaría la vida si mi familia se enterara.

Isabella está a tres puertas de distancia. Lo sé porque he estado escuchando su respiración a través de los monitores, observando el subir y bajar de su pecho bajo la tenue luz azul de la cámara de seguridad. Su sueño ha sido intranquilo desde que regresamos del restaurante. Interrumpido. Atormentado.

La primera pesadilla la golpeó alrededor de la medianoche. Suaves gemidos que se convirtieron en jadeos desesperados, las sábanas enredándose en sus piernas mientras luchaba contra algo que yo no

podía ver. La observé retorcerse a través de la pantalla de la cámara, con las manos apretadas en puños mientras cada instinto que he pasado años enterrando me gritaba que fuera con ella.

No lo hice. Los hombres inteligentes no se involucran en los sueños de otras personas.

La segunda pesadilla llegó una hora después. Peor esta vez. Todo su cuerpo se puso rígido, su espalda se arqueó sobre el colchón y gritó un nombre que no pude distinguir. El sonido me golpeó como un puñetazo, hizo que algo se me revolviera en las entrañas que no tenía nada que ver con el hambre y todo que ver con la necesidad de arreglar lo que fuera que la estuviera lastimando.

Apagué el monitor esa vez. Me dije que tenía mejores cosas que hacer que ver dormir a una mujer.

Pero no podía dejar de escuchar su voz a través de las paredes.

Ese instinto es el problema. Se parece demasiado a que me importe, y que te importe alguien siempre ha sido la forma más rápida de que te maten en mi mundo.

Aprendí esa lección de joven. A los ocho años, viendo al socio de mi padre desangrarse en el piso de nuestra cocina porque papá lo atrapó robando dinero. El hombre suplicó piedad, habló de las facturas médicas de su hija, de los tratamientos de cáncer de su esposa. Todas las cosas blandas y humanas que lo hacían vulnerable.

De todos modos, Sal le puso la pistola en la cabeza.

—La emoción es una ventaja para el enemigo, muchacho —me dijo mientras el cuerpo se enfriaba entre nosotros—. En el momento en que alguien sabe lo que te importa, puede destruirte.

Un consejo inteligente. De los que me han mantenido vivo durante veintinueve años.

Entonces, ¿por qué estoy de pie en este pasillo a las tres de la mañana, escuchando el lamento de una mujer?

Un suave quejido llega por el pasillo, ahogado pero inconfundible. La tercera pesadilla de la noche.

Esta vez no dudo.

La puerta de Isabella está cerrada con llave, pero tengo los códigos de anulación para cada habitación de este lugar. La

cerradura se desactiva con un pitido silencioso y entro sin anunciarme. Lo primero que me golpea es el aroma: algo floral y limpio que me hace la boca agua. Entonces la veo.

Está enredada en sábanas blancas, el cabello rubio miel derramado sobre la almohada en ondas. Mis pantalones de sudadera grises le quedan holgados, la sudadera a juego torcida alrededor de su torso. Incluso dormida, se ve elegante. Refinada. Nada que ver con las mujeres que suelen calentar mi cama.

Nada que ver con nadie que debería estar aquí, en mi mundo, en mi cabeza.

Vuelve a gemir, y el sonido me atraviesa. Su rostro está vuelto hacia la ventana, la luz de la luna capturando el rastro de las lágrimas en sus mejillas. Sus dedos se aferran a las sábanas como si su vida dependiera de ello. Aquello con lo que está soñando tiene dientes.

Me siento en el borde del colchón, con cuidado de no despertarla. Tan cerca, puedo verlo todo: la forma en que sus pestañas revolotean contra sus mejillas, el pulso rápido en su garganta, la curva vulnerable de su cuello. Se ve más joven así. Más delicada. Como alguien que nunca ha visto derramar sangre durante la cena.

—Shhh, *bella* —murmuro, mi voz apenas un susurro—. Es solo un sueño.

Mi mano se mueve sin permiso, apartando el cabello húmedo de su frente. Su piel está tibia, sin las marcas de la violencia que moldeó mi mundo. Se calma con el contacto, su respiración se ralentiza, y siento que algo peligroso se remueve en mi pecho.

Esto es una locura. Debería irme. Debería volver a mi habitación y fingir que esto nunca sucedió. Debería mantener la distancia que nos mantiene a ambos con vida.

En cambio, sigo acariciando su cabello y hablándole en voz baja en italiano. Palabras que mi madre solía susurrar cuando yo era lo suficientemente pequeño como para creer en la seguridad, antes de aprender que el consuelo era solo otra forma de debilidad.

—Duerme ahora —le digo—. Nada puede hacerte daño aquí.

La mentira me quema en la lengua. Todo puede hacerle daño aquí. Yo soy la mayor amenaza de todas.

Pero ella no lo sabe. Simplemente suspira y se hunde más en las sábanas, su rostro tranquilo por primera vez desde que la traje a este lugar. La observo respirar, cuento el constante subir y bajar de su pecho, y me doy cuenta de que estoy sentado en la oscuridad a las tres de la mañana consolando a una mujer que no debería significar nada para mí.

Una mujer que se supone que es una herramienta, no una tentación.

Me quedo más tiempo del que debería. El tiempo suficiente para memorizar el sonido de su respiración, la forma en que la luz de la luna convierte su piel en perla, la confianza que me está mostrando sin siquiera saberlo. Cuando finalmente me obligo a irme, cierro la puerta suavemente detrás de mí y me apoyo en la pared del pasillo.

Me tiemblan las manos.

A Matteo Rosetti no le tiemblan las manos. Ni durante las negociaciones, ni durante la violencia, nunca. Pero aquí estoy, a los veintinueve años y temblando como un niño porque toqué el cabello de una mujer dormida.

Esto es lo que provoca el preocuparse por alguien. Por eso papá me enseñó a arrancarlo de raíz antes de que se extendiera.

Pero de regreso a mi habitación vacía, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de su rostro cuando se calmó con mi caricia. No puedo olvidar la forma en que susurró mi nombre entre sueños, con voz suave y llena de confianza.

Como si tal vez no me tuviera el miedo que debería tenerme.

El aroma a expreso me saca de un sueño intranquilo cuatro horas después. No es suficiente descanso, pero tendrá que bastar. Hoy Dom espera un informe sobre la situación de Chase, y no puedo permitirme parecer un hombre distraído por su cautiva.

Aunque sea exactamente en lo que me he convertido.

La cocina es mi dominio en este lugar. Sartenes de hierro fundido colgados de ganchos, encimeras de granito, todo colocado para la máxima eficiencia. Aprendí a cocinar de la misma manera que aprendí todo lo demás: porque podría salvarme la vida algún día. Un hombre que no puede alimentarse por sí mismo es un hombre que puede ser controlado.

Esta mañana necesito la distracción. Necesito los movimientos precisos y los rituales familiares para acallar la voz en mi cabeza que no deja de reproducir los suaves suspiros de Isabella de hace cuatro horas.

Huevos con trufa laminada porque se merece algo hermoso. Expreso recién hecho porque necesita la cafeína después de la pesadilla. Tostadas con mermelada de cereza silvestre porque parece algo que ella elegiría. Algo elegante y refinado, como todo lo demás en ella.

La naturaleza doméstica de la situación debería resultarme extraña. Nunca he cocinado para una mujer, nunca he querido hacerlo. Pero esto no se trata de romance o sentimientos. Se trata de mantener a mi activo cómoda hasta que obtenga lo que necesito de ella.

Y lo que necesito es su completa rendición, preferiblemente desnuda y suplicando.

Al menos, eso es lo que me digo a mí mismo mientras lo dispongo todo perfectamente en la bandeja. Mientras me aseguro de que el café esté a la temperatura exacta. Mientras me sorprendo tarareando en voz baja como un tonto domesticado.

Estoy sirviendo los huevos cuando aparece en el umbral de la puerta. El cabello revuelto por el sueño, los pies descalzos, vistiendo mi ropa como si estuviera hecha para ella. Parpadea ante el olor del café, todavía adormilada, y cada instinto protector que he pasado años enterrando despierta con un rugido.

—Buenos días —digo, manteniendo un tono de voz uniforme—. Preparé el desayuno.

Se acerca con cautela, esos ojos verdes examinando cada detalle. El plato perfectamente servido, la taza de café ya humeante a su lado, la forma en que me he posicionado entre ella y la salida. Siempre calculando, siempre alerta. Es una de las cosas que respeto de ella.

—¿Qué es esto? —pregunta, acomodándose en la silla frente a mí —. ¿Servicio a la habitación para rehenes?

A pesar de todo, casi sonrío. —Cocino mejor que mis enemigos. Es una habilidad.

Prueba un bocado de los huevos y cierra los ojos brevemente en señal de apreciación. Esa imagen provoca cosas en mi pulso que catalogo como pura respuesta física. Como verla en la ducha a través de los monitores. Como imaginar qué sonidos hará cuando finalmente la tenga debajo de mí.

—Esto es increíble —admite, y hay una sorpresa genuina en su voz —. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Supervivencia. —La palabra sale más cortante de lo que pretendía—. En mi familia, depender de los demás hace que te maten.

Me estudia el rostro, buscando algo que no quiero que encuentre. —Eso suena solitario.

La observación cala más hondo de lo que debería. «Solitario» no es una palabra que pertenezca a mi vocabulario. Yo no me siento solo. Yo me concentro. Yo obtengo resultados.

No me siento en cocinas vacías al amanecer deseando que alguien comparta mi café.

Pero lo hice esta mañana, ¿no? Estuve de pie frente a esta encimera imaginándola entrar, adormilada y vistiendo mi ropa, haciendo que todo se sintiera menos como una tumba.

—La soledad es un lujo —le digo, que es lo que diría mi padre. Lo que diría Dom. Lo que diría cualquier Rosetti inteligente—. Los hombres débiles se sienten solos. Los hombres inteligentes se vengan.

Pero viéndola comer la comida que preparé con mis propias manos, viéndola suavizarse con la luz de la mañana, no puedo quitarme la sensación de que este momento de calma es más peligroso que cualquier negociación en la que haya entrado.

No porque me esté enamorando de ella. Eso sería estúpido, y yo no soy un hombre estúpido.

Sino porque me está haciendo desear cosas que nunca antes había deseado. Y desear te vuelve descuidado.

Comemos en un silencio relativo, la tensión de anoche asentándose entre nosotros como un buen vino. Corta los huevos con movimientos precisos, cada gesto controlado y elegante. Incluso

desayunando, parece que pertenece a un museo, no a la casa de seguridad de un criminal.

—Lo que pasó anoche —dice finalmente, sin levantar la vista del plato—, no fue por negocios.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Tiene razón, por supuesto. Los negocios habrían sido una conversación tranquila, quizás una amenaza sutil. Los negocios no habrían implicado la sangre de Nico decorando el mantel.

—Eres mía. Lo dejé claro.

—Esa no es la parte que me asustó.

Su honestidad me toma por sorpresa. Dejo el tenedor, estudiando su rostro en busca de rastros de engaño. No encuentro ninguno. Solo una verdad cruda que me oprime el pecho.

—Bien —le digo, con la voz más baja que antes—. El miedo te mantiene viva.

Pero incluso mientras lo digo, sé que es otra mentira. El miedo no la mantendrá viva cuando Dom decida que es demasiado peligrosa para dejarla respirar. El miedo no la protegerá cuando este castillo de naipes se derrumbe.

El miedo no la mantendrá viva cuando Dom o Sal decidan que es demasiado peligrosa para dejarla respirar. El miedo no la protegerá cuando este castillo de naipes se derrumbe.

La jugada inteligente sería obtener primero lo que quiero de ella. Derribar esos muros que ha levantado con tanto cuidado y tenerla exactamente donde la he imaginado desde el momento en que vi su fotografía, sometida bajo mi cuerpo y gritando mi nombre. Una vez que haya saciado esta hambre, una vez que la haya poseído por completo, entonces podré pensar con claridad sobre los siguientes pasos.

Entonces podré tomar decisiones racionales en lugar de quedarme aquí sentado como un tonto enamorado, viéndola desayunar.

La veo salir de la cocina, con el café enfriándoseme en las manos, y pienso: «El tiempo se acaba».

Para Chase. Para la guerra. Para el juego que sea que me traiga con la hermosa mujer que duerme al final del pasillo.

Es solo algo físico. Solo el deseo de poseer algo perfecto antes de que sea destruido.

Algo que podría costarnos la vida a ambos si no tengo cuidado.

8

Isabella

Me tiemblan las manos mientras bajo la escalera de madera, cada escalón resonando en el silencio como una cuenta regresiva. El mensaje fue simple, transmitido a través del intercomunicador de la casa con esa voz engañosamente tranquila: —Biblioteca. Ahora.

Sé por qué me llamó. La puerta de la oficina que intenté abrir esta mañana. La que se suponía que estaba cerrada con llave, pero no lo estaba. En la que me deslicé durante exactamente treinta y siete segundos antes de que el sistema de alarma me delatara con su suave y acusador tintineo.

Treinta y siete segundos. Tiempo suficiente para ver los monitores, los archivos esparcidos sobre su escritorio, el gabinete de armas en la esquina. Tiempo suficiente para entender exactamente qué tipo de hombre me retiene aquí. No el suficiente para encontrar algo útil.

Tiempo suficiente para que me atraparan.

Siento el pulso martilleando en mi garganta cuando llego al final de la escalera. Cinco días. Cinco días desde que Matteo Rosetti puso mi mundo cuidadosamente ordenado patas arriba, y acabo de darle la excusa perfecta para empeorar las cosas. Lo inteligente sería disculparme, hacer el papel de la cautiva arrepentida y esperar clemencia.

Pero me cansé de ser inteligente. Me cansé de ser perfecta.

La luz del atardecer se cuela por las ventanas de la biblioteca en barras doradas, pintando rayas en el piso de madera. Tengo las palmas húmedas de un sudor nervioso y me las seco contra sus pantalones de sudadera holgados que me quedan enormes. Sigo usando su ropa, sigo rodeada de su aroma, sigo haciendo el papel de la prisionera sumisa.

Excepto que no soy sumisa. Ya no.

Me detengo en la entrada, contemplando la escena ante mí, y se me encoge el corazón con lo que veo. Estanterías del suelo al techo cubren cada pared, volúmenes encuadernados en cuero que crean un cálido capullo que se siente más como una trampa que como un refugio. El aire huele ligeramente a humo de leña y papel, con un toque subyacente de su colonia que hace que mi pulso se acelere a pesar de todo. Un reloj de pie marca el paso del tiempo de forma constante en la esquina, cada sonido como el mazo de un juez marcando mi destino.

Matteo está sentado detrás del enorme escritorio de roble que ha movido al centro de la habitación, y todo en su postura grita furia contenida. Su cabello castaño rojizo está peinado a la perfección ahora, no es el desorden casual al que me he acostumbrado. Su camisa de vestir blanca está impecable, con las mangas arremangadas con precisión militar. Sus manos descansan planas sobre la superficie del escritorio, completamente quietas.

No levanta la vista cuando entro, pero puedo sentir su conciencia de mi presencia como electricidad en el aire. Su tableta muestra lo que parece ser una grabación de seguridad, y se me revuelve el estómago cuando reconozco mi propia imagen en la pantalla, congelada en el acto de alcanzar el pomo de la puerta de su oficina.

—Siéntate —la palabra es suave, calmada y absolutamente aterradora.

Llevo su ropa otra vez: unos pantalones de sudadera grises arremangados en la cintura y una sudadera con capucha negra y ancha que me engulle por completo. La tela huele a él, a limpio y masculino, un recordatorio constante de quién controla cada aspecto de mi existencia aquí. Nada en este lugar es mío, excepto el espacio que se me permite ocupar.

Sigo de pie, mi barbilla alzada en un gesto de desafío, aunque las rodillas amenazan con cederme. —Necesito hablar contigo de algo primero.

Ahora sí levanta la vista, y esos ojos ambarinos están helados. Sus manos permanecen inmóviles sobre el escritorio. —¿Primero? ¿Crees que estás en posición de establecer el orden del día aquí, Isabella?

Siento la garganta seca, pero me fuerzo a hablar. Esta es mi única oportunidad, mi única ocasión para convertir este desastre en una oportunidad. —Hay una gala el viernes por la noche. La Fundación Callahan la organiza en el Plaza, y se espera que yo asista.

El silencio que sigue es ensordecedor. El tictac del reloj de pie parece volverse más fuerte, marcando cada segundo de su deliberación. Su mirada nunca abandona mi rostro, y prácticamente puedo verlo recalcular, reevaluar.

—¿Esperado por quién? —pregunta con una voz peligrosamente suave.

—Por Chase —el nombre se siente extraño en mi lengua ahora, después de todo lo que ha sucedido—. Es un evento público. Donantes, miembros de la junta, fotógrafos de sociedad. Si no aparezco… —dejo la frase en el aire, permitiendo que él complete los espacios en blanco.

—La gente hará preguntas —su voz es reflexiva, no despectiva. Eso es algo que he aprendido sobre Matteo en estos cinco días. Él escucha. Escucha de verdad, de una manera que la mayoría de la gente no lo hace.

—Sí. Y Chase sabe que nunca me pierdo los eventos de la fundación. Mi ausencia sería… —busco la palabra correcta—. Sospechosa.

Matteo se queda en silencio por un largo momento, esa moneda bailando de nuevo entre sus dedos. Cuando habla, su voz tiene un nuevo matiz. —Entonces irás.

El alivio me inunda tan rápidamente que me marea. —¿De verdad?

—De mi brazo.

El alivio se evapora. —¿Qué?

Se pone de pie, y de repente la espaciosa biblioteca se siente mucho más pequeña. Se mueve con esa gracia depredadora que he

llegado a reconocer, acortando la distancia entre nosotros en tres pasos medidos. —Irás a tu gala, *bella*. Pero irás como mía.

—No puedo —las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. La gente me verá. Hablarán. Chase va a…

—¿Chase va a qué? —su voz baja a un susurro peligrosamente suave—. ¿Darse cuenta de que su sobrina perfecta ya no es intocable? ¿Que alguien más la reclama?

Mis manos se cierran en puños a mis costados. —No soy una posesión que se pueda reclamar.

Esa sonrisa se extiende por sus labios, la que hace que se me revuelva el estómago y se me contraigan los muslos. —¿No lo eres?

Antes de que pueda responder, él continúa, su voz adquiriendo un tono de negocios que de alguna manera lo empeora todo. —Si quieres ir a esta gala, necesitamos establecer algunas reglas básicas —su voz adopta un tono casual, como si estuviera discutiendo planes para la cena en lugar de mi cautiverio.

Me irrito por su tono. —¿Más reglas? Eres como un maldito manual de la policía.

Su sonrisa se vuelve afilada y da otro paso hacia adelante. Ahora puedo sentir la estantería a mi espalda, sólida e inflexible. —¿Prefieres quedarte encerrada en tu habitación?

La amenaza la suelta con indiferencia, pero oigo el acero que esconde. Se me seca la boca. —¿Qué tipo de reglas?

—Primero, nada de intentos de escape. Te quedarás cerca de mí en todo momento. —Apoya una mano en la estantería junto a mi cabeza y percibo el aroma de su piel, cálido y limpio—. Segundo, cualquier conversación que tengas con Chase será donde yo pueda ver y oír cada palabra. Nada de charlas privadas.

La parte analítica de mi mente cataloga la postura, la forma en que usa su cuerpo para acorralarme sin llegar a tocarme. Es un movimiento calculado, diseñado para abrumar e intimidar.

Pero esa distancia analítica se desmorona rápidamente.

Su moneda de plata aparece entre sus dedos, girando a ese ritmo constante que he aprendido que significa que está calculando algo peligroso. Ahora estoy completamente atrapada, rodeada de libros encuadernados en cuero y del calor que irradia su cuerpo.

—Tercero —continúa él, bajando la voz a un susurro que me eriza la piel—, sonreirás cuando te toque. Usarás lo que yo elija. Interpretarás el papel de una mujer que quiere estar ahí conmigo.

Se me corta la respiración. El cuidadoso control al que me he estado aferrando empieza a resquebrajarse. —¿Y si me niego?

—Entonces te quedas aquí. —Su rostro está a centímetros del mío ahora, tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos ámbar, tan cerca que su aliento entibia mi piel—. Pero no creo que te niegues, Isabella.

Un calor florece en mi pecho y se extiende hacia abajo, y odio cómo mi cuerpo le responde. —No sabes nada de mí.

Su risa es grave, áspera, y envía vibraciones a través de mi pecho, donde casi nos tocamos. —Sé que has estado usando mi ropa durante cinco días y no te has quejado ni una vez. Sé que me observas cuando crees que no te miro. Sé que tu pulso se acelera cada vez que me acerco a ti.

Sus dedos rozan mi garganta y encuentran el rápido aleteo de los latidos de mi corazón. El contacto es suave, casi reverente, pero me marca de todos modos. —Como ahora mismo.

Entonces su otra mano se mueve, deslizándose bajo el dobladillo de mi sudadera. El contacto de su palma contra mi pecho desnudo me hace jadear, mi espalda se arquea involuntariamente contra la estantería. No mueve la mano, no acaricia ni provoca. Solo me sujeta ahí, reclamándome con el peso y el calor de su piel contra la mía. Los lomos de cuero de los libros se clavan en mis omóplatos, anclándome incluso cuando siento que podría salir flotando.

—Dime que pare —susurra, mientras su pulgar traza mi pulso y su otra mano permanece perfectamente quieta, una marca de posesión que hace que mis pezones se endurezcan dolorosamente.

Cada pensamiento racional que tengo me grita que lo aparte, que mantenga una pizca de dignidad, algún vestigio de control. Pero mi cuerpo tiene otras ideas. Me estoy derritiendo bajo su contacto, mis muros cuidadosamente construidos desmoronándose como arena.

En cambio, me encuentro inclinándome hacia su caricia, mis labios se separan en un suave jadeo que suena a rendición.

—Te equivocas —susurro, pero ni yo misma me lo creo. Mi cuerpo grita su necesidad, mi piel arde donde me toca. El reloj de pie da la hora en algún lugar detrás de él, marcando el tiempo mientras mi mundo se reduce a este momento, este contacto, este deseo imposible.

—¿Ah, sí? —Su mano se mueve ligeramente contra mi pecho, y contengo un gemido—. Entonces demuéstralo. Dime que pare.

Las palabras deberían salir con facilidad. Dos simples palabras que pondrían fin a esto, que pondrían distancia entre nosotros, que restaurarían alguna medida de control a esta situación. Pero se me atascan en la garganta como piedras.

Porque la verdad es que no quiero que pare. La verdad es que su contacto me hace sentir más viva de lo que me he sentido en años. La verdad es que he pasado toda mi vida siendo la sobrina perfecta, la curadora perfecta, la Callahan perfecta, y estoy cansada de ser perfecta.

—Yo… —empiezo, pero me interrumpo cuando su mano se aprieta posesivamente contra mi pecho. La sensación me atraviesa por completo, fundida y devastadora.

—¿Tú qué, *bella*?

El apelativo cariñoso se desliza de su lengua como miel, y tengo que cerrar los ojos ante la ola de deseo que me inunda. Su mano todavía está presionada contra mi piel desnuda, un recordatorio constante de su control. —Te odio.

—No —dice suavemente, su aliento cálido contra mi oreja. El sonido de su voz, tan cercano, tan íntimo, me hace temblar—. Odias que me desees. Hay una diferencia.

Mis ojos se abren de golpe y veo mi propio deseo reflejado en su mirada. —Eres un arrogante.

—Tengo razón. —Su pulgar se arrastra lentamente por el punto de mi pulso mientras su otra mano permanece inmóvil contra mi pecho, y contengo un gemido. La doble sensación me está volviendo loca, el placer y la frustración luchando en mi pecho—. Me deseas, Isabella. Y el viernes por la noche, todos van a ver exactamente a quién le perteneces.

—No le pertenezco a nadie. —Pero la protesta suena débil incluso para mis propios oídos, especialmente con sus manos sobre mí, reclamándome.

—¿No? —Se inclina más cerca, sus labios casi rozando los míos. Su aroma me rodea, cálido, masculino y embriagador—. Entonces, ¿por qué no has intentado escapar? Eres lo suficientemente inteligente como para encontrar una forma de salir de aquí si de verdad quisieras. Pero no quieres, ¿verdad?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. Porque tiene razón, y ambos lo sabemos. Podría haber probado las ventanas, podría haber revisado cada cerradura, podría haber hecho algún intento de escapar. Pero no lo he hecho. Y la razón me aterra más que cualquier otra cosa en esta situación.

El silencio se extiende entre nosotros, roto solo por el tictac del reloj de pie y el sonido de nuestra respiración. Finalmente, hablo, mi voz apenas por encima de un susurro.

—Está bien. —La palabra sale como poco más que un aliento—. No huiré.

—Buena chica. —La aprobación en su voz hace que un calor florezca en mi pecho—. ¿Y el resto?

Trago con dificultad, con la boca repentinamente seca. —No hablaré con Chase en privado.

—¿Y?

Este es el momento. El punto de no retorno. Puedo sentirlo suspendido entre nosotros como una cuchilla, lista para cortar lo último de mis pretextos. —Sonreiré cuando me toques.

—¿Por qué?

La pieza final. La confesión que hará añicos lo que queda de mis muros cuidadosamente construidos. —Porque quiero que lo hagas.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros por un latido, dos latidos, y entonces él se mueve. Su boca se estrella contra la mía, y saboreo posesión y hambre y algo más profundo que hace que me flaqueen las rodillas. Su mano finalmente se mueve sobre mi pecho, su pulgar rozando mi pezón, y gimo en su boca, el sonido resonando en las paredes de la biblioteca.

Cuando se aparta, ambos respiramos con dificultad. Su frente descansa contra la mía y puedo sentir el temblor en sus manos donde me sostienen. La luz de la tarde ha cambiado, proyectando sombras más largas entre las estanterías.

—El viernes por la noche —dice en voz baja, su voz ronca por el deseo—, usarás lo que yo elija. Te quedarás cerca. Y si intentas huir, si intentas traicionarme, te arrastraré de vuelta frente a todos. Y te gustará.

Quiero discutir. Quiero decirle que está equivocado, que no soy suya para que me dé órdenes, que todavía tengo cierto grado de control sobre mi propia vida. Pero las palabras no salen. El sabor de sus labios todavía está en los míos, el recuerdo de su contacto todavía quemándome por dentro.

—Entiendo —susurro.

Estudia mi rostro por un largo momento, con su mano todavía presionada contra mi piel, luego retira lentamente ambas manos. La pérdida de su calor me hace querer alcanzarlo, pero mantengo las manos a los lados, mi cuerpo aún vibrando con una necesidad insatisfecha.

—Bien. —Se endereza la camisa y ese encanto natural vuelve a su lugar como una armadura—. Mañana te llevaré de compras. Algo apropiado para la ocasión.

Se dirige a la puerta, pero se detiene en el umbral. Cuando se vuelve, hay algo en su expresión que me corta la respiración. No el deseo controlado de momentos antes, sino algo más crudo. Más vulnerable.

—¿Isabella?

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí.

Luego se va, dejándome sola en la dorada luz de la tarde con su sabor todavía en mis labios y la presión fantasma de su mano aún ardiendo contra mi piel.

Me deslizo por la estantería hasta quedar sentada en el suelo, con las piernas demasiado temblorosas para sostenerme más. El reloj de

pie continúa su tictac constante, indiferente al caos que él ha dejado a su paso. La furia contra mí misma sube, caliente y amarga, por mi garganta. ¿Qué demonios me pasa? Debí haber luchado más. Debí haberlo empujado en el momento en que me tocó. En cambio, me derretí como una cosa patética y hambrienta, desesperada por atención.

Él es mi captor. El hombre que me secuestró, que me retiene aquí contra mi voluntad, que me trata como una propiedad que se puede manejar y controlar. Y acabo de dejar que me ponga las manos encima. Dejé que me hiciera desear cosas que no debería desear.

Hace tres meses, vivía mi vida tranquila y controlada en Tribeca, catalogando artefactos, asistiendo a eventos de caridad y fingiendo que todo estaba bien. Tenía límites. Tenía amor propio.

Ahora estoy sentada en el suelo de la biblioteca de una casa de seguridad, después de haber aceptado que me exhiban del brazo del hombre que me secuestró. Después de haber admitido que quiero que me toque. Después de haber demostrado que, al parecer, cinco días de cautiverio es todo lo que se necesita para convertirme en alguien que no reconozco.

Mi pecho todavía arde donde su palma me reclamó, el recuerdo de su contacto me hace doler de maneras que no quiero examinar. En tres días, voy a entrar al Hotel Plaza del brazo de Matteo Rosetti, frente a Chase y la mitad de la alta sociedad de Nueva York, y fingir que elegí estar allí.

La parte aterradora no es fingir.

La parte aterradora es que una parte retorcida de mí está deseando que llegue.

9

Matteo

La noche del viernes llega como un suspiro contenido que por fin se libera.

El vestido negro cuelga en la puerta del clóset de Isabella, donde lo dejé esta mañana; una tela elegante que se ceñirá a cada curva que he memorizado a través de miradas robadas y grabaciones de vigilancia. Los aretes de esmeralda descansan en su caja de terciopelo sobre el tocador, elegidos específicamente para resaltar el verde de sus ojos. Todo calculado, planeado, ejecutado.

Igual que la mujer que lo llevará todo puesto.

Me ajusto las mancuernillas de mi esmoquin negro, revisando mi reflejo en el espejo del baño. Sin corbata esta noche. Las líneas limpias del saco son severas, peligrosas. Exactamente la imagen que quiero proyectar cuando entre en la Gala de la Fundación Callahan con Isabella del brazo.

Chase no estará allí. Demasiado obvio, demasiado arriesgado después de todo lo que ha pasado esta semana. Pero su gente estará observando. Sus aliados, sus donantes, su red de influencias cuidadosamente cultivada. Todos verán a Isabella Callahan, radiante e intocable, eligiendo estar conmigo.

El mensaje será claro: ahora es mía.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Anton. El auto está listo abajo. Lanzo mi moneda de la suerte una, dos veces; su peso

familiar me centra mientras camino por el pasillo hacia la habitación de Isabella. A través de las gruesas paredes, puedo oír una suave música clásica. La misma lista de reproducción que ha estado escuchando cada noche desde que la traje aquí.

Toco dos veces antes de entrar. Ella está de pie junto a los ventanales que dan al bosque, y su imagen me roba las palabras que había planeado decir. El vestido le queda como si estuviera hecho para su cuerpo, seda negra que se acumula a sus pies y deja sus hombros al descubierto. Su cabello rubio miel está recogido en un moño elegante, y esos aretes de esmeralda atrapan la luz de la lámpara.

—Te ves… —me detengo y me aclaro la garganta. ¿Desde cuándo me cuesta encontrar las palabras con una mujer?—. «Hermosa» no le hace justicia.

Ella se da la vuelta y veo que su maquillaje es impecable, su expresión serena. Pero hay algo frágil en su mirada, una tensión que me hace querer cruzar la habitación y atraerla hacia mí hasta que se relaje. Recuerdo cómo se sintió cuando la presioné contra la estantería, cómo su pecho llenó mi palma y su pulso se aceleró bajo mis dedos.

—El vestido queda bien —su voz es cortés, distante. El mismo tono que usó durante nuestras primeras conversaciones en el desayuno—. Gracias.

—Isabella —doy un paso hacia ella, observando sus manos donde descansan a sus costados. Firmes, controladas. Pero recuerdo cómo temblaron cuando sostuve su garganta, cómo su respiración cambió cuando reclamé su boca—. ¿Estás lista para esto?

—Acepté tus términos —me mira directamente a los ojos—. Sonreiré cuando me toques. Me mantendré cerca. No huiré.

Las palabras hacen eco de lo que dijo en la biblioteca, pero algo es diferente ahora. Hay un muro entre nosotros que no existía después de nuestro beso, después de la forma en que se rindió bajo mis manos. Se está refugiando detrás de esa fachada serena, convirtiéndose de nuevo en la intocable princesa Callahan.

No debería molestarme. Esto es un negocio, después de todo. Una ventaja contra Chase, nada más.

Pero sí me molesta. Y eso me irrita más que su distancia.

—Ven aquí —digo en voz baja.

Duda solo un instante, luego se acerca a mí con esa gracia inconsciente que hace que se me dispare el pulso. Cuando está lo suficientemente cerca para tocarla, extiendo la mano y le ajusto uno de los aretes, permitiendo que mis dedos rocen la suave piel de su cuello. El mismo lugar donde sostuve su garganta, donde su pulso revoloteó bajo mi tacto como un pájaro atrapado.

No se aparta, pero siento que su tensión aumenta. Cada músculo de su cuerpo está contraído, listo para correr o luchar a pesar de sus promesas.

—Relájate, *bella* —dejo mi mano en su garganta, sintiendo el rápido aleteo de su pulso—. Estás a salvo conmigo.

—¿Lo estoy? —la pregunta se le escapa antes de que pueda detenerla, y por un momento la máscara se resquebraja. Veo a la mujer debajo, a la que me devolvió el beso con un hambre desesperada, a la que admitió que deseaba mi contacto.

—Siempre —la palabra sale más áspera de lo que pretendía—. Nadie te hará daño mientras seas mía.

Sus ojos verdes escudriñan mi rostro, buscando la verdad o mentiras o algo intermedio. Lo que sea que encuentra allí parece satisfacerla, porque parte de la tensión abandona sus hombros.

—¿Lista? —le ofrezco mi brazo.

Lo toma con dedos firmes.

—Lista.

El trayecto hacia Manhattan transcurre en un silencio cómodo, con las luces de la ciudad pasando fugazmente por las ventanillas polarizadas de la SUV. Isabella se sienta a mi lado, serena y controlada, su hombro desnudo rozando ocasionalmente el mío cuando Anton toma una curva. Cada punto de contacto envía calor a través de mi sistema, haciéndome hiperconsciente de su aroma, de su respiración, de la forma en que sus dedos descansan en su regazo.

Recuerdo esos dedos clavándose en mis hombros cuando la besé, la forma en que se arqueó contra mí cuando mi mano encontró su pecho. El recuerdo hace que apriete la mandíbula. Se supone que

esto es un negocio, no sobre cómo se sintió ella derritiéndose bajo mi tacto.

Para cuando llegamos al Plaza, estoy más tenso que la cuerda de un piano.

El valet abre la puerta de Isabella, y los flashes de las cámaras comienzan a estallar de inmediato. Una pequeña multitud de fotógrafos se ha reunido frente al hotel, atraídos por la promesa de un escándalo de la alta sociedad. Salgo del auto detrás de ella, colocando mi mano en la parte baja de su espalda mientras caminamos hacia la entrada.

Ella no se pone rígida ante mi contacto. No se aparta. En cambio, gira ligeramente la cabeza y sonríe, brillante y deslumbrante. Pero su cuerpo se acerca más al mío, buscando refugio o consuelo, y el calor de su piel a través de la seda me hace pensar en cómo se sintió presionada contra la estantería.

—Sonríe, *bella* —le murmuro al oído mientras llegamos a las puertas giratorias—. Eres el escándalo más hermoso de la sala.

Su respiración se corta ligeramente, pero su sonrisa nunca flaquea. Nos movemos por el vestíbulo como si perteneciéramos aquí, como si ella hubiera elegido estar de mi brazo en lugar de haber sido forzada a ello. La actuación es impecable.

Las puertas del salón de baile se abren para revelar a la élite de Manhattan en todo su resplandeciente esplendor. Candelabros dorados proyectan una luz cálida sobre los vestidos de diseñador y los esmoquines. Torres de champán reflejan la luz del techo, y una música clásica emana de una pequeña orquesta cerca de la pista de baile. El aire huele a perfume caro, a whisky añejo y a ese aroma particular del dinero de toda la vida mezclándose con la corrupción fresca.

Este es mi mundo tanto como el de ellos. He estado jugando a este juego desde que tuve edad para ponerme un traje, usando el encanto y la violencia calculada a partes iguales para construir el imperio Rosetti. Pero esta noche se siente diferente. Esta noche no solo estoy aquí para cerrar tratos o reunir información.

Esta noche, vengo a reclamar lo que es mío.

—Matteo. —El senador Reynolds se nos acerca, con su esposa siguiéndolo como si fuera un accesorio caro. Sus ojos se desvían de inmediato hacia Isabella, absorbiendo cada detalle con la evaluación hambrienta de un hombre que aprecia las cosas hermosas—. Qué agradable sorpresa. No esperaba verlo por aquí.

—Senador. —Extiendo la mano, notando la forma en que su mirada se detiene en la apariencia de Isabella. El arrebato de calor posesivo que me atraviesa es inesperado e inoportuno—. Quisiera presentarle a Isabella Callahan.

La reacción es inmediata. Las cejas de su esposa se arquean ligeramente, y casi puedo ver los engranajes del chisme girando tras sus ojos. Un mesero deja caer su copa de champán en algún lugar detrás de nosotros, el estrépito del cristal rompiéndose acentúa el momento. Todos en esta sala conocen el apellido Callahan, saben de los recientes problemas de Chase con mi familia. Tener a su sobrina aquí, de mi brazo, envía ondas de choque a través de su cuidadosamente mantenido orden social.

Exactamente lo que quería.

—Señorita Callahan. —El apretón de manos del senador se prolonga un instante más de la cuenta—. Está usted absolutamente radiante esta noche.

—Gracias, senador Reynolds. —La voz de Isabella es miel cálida, modulada en el tono exacto de un interés cortés—. He oído cosas maravillosas sobre su trabajo con los asuntos de veteranos.

Es buena en esto. Mejor de lo que esperaba. Se mueve en la conversación con una soltura ensayada, diciendo exactamente lo correcto sin revelar nada sustancial. Pero percibo cómo su mano se aprieta ligeramente en mi brazo cuando el senador menciona la obra de caridad de su familia, y recuerdo cómo sus dedos se aferraron a mi camisa cuando la apreté contra la estantería.

Nos adentramos más en la multitud, deteniéndonos para charlar con aliados clave y enemigos potenciales. Cada presentación es calculada, cada sonrisa un arma disfrazada. Isabella interpreta su papel a la perfección, encantando a todos los que conocemos sin jamás permitirles acercarse lo suficiente como para que importe.

El patriarca de la familia Marchetti asiente con aprobación cuando se la presento. —Una elección impresionante, Matteo. La chica Callahan tiene un excelente abolengo. —Sus ojos se detienen en su escote con la apreciación de un hombre que colecciona objetos hermosos.

Quiero romperle los dedos por mirarla de esa manera. El impulso es agudo, inmediato y completamente irracional. No es mía para protegerla más allá de los términos de nuestro acuerdo. No es mía para defenderla de miradas indiscretas y comentarios inapropiados.

Pero mi mano se aprieta en su cintura de todos modos.

—Señor Marchetti —dice Isabella con suavidad, ofreciéndole la sonrisa precisa. Ni demasiado cálida ni demasiado fría—. Espero que esté disfrutando la velada.

—Inmensamente, mi querida. Inmensamente. —Su risa es demasiado fuerte, demasiado efusiva—. Sabe, su madre era igual de encantadora a su edad. Una verdadera tragedia lo que les pasó a sus padres.

Algo parpadea en el rostro de Isabella. Breve, apenas visible, pero lo capto. Una tensión alrededor de sus ojos, una ligera rigidez en sus hombros. La misma tensión que sentí en su cuerpo cuando mi mano estaba envuelta en su garganta.

—Sí —dice en voz baja—. Lo fue.

Nos excusa con elegancia, guiándome hacia la barra con movimientos que parecen casuales pero que se sienten urgentes. Pido un whisky, ella pide champán, y nos quedamos en un cómodo silencio observando a la multitud arremolinarse a nuestro alrededor.

—Lo hiciste bien con Marchetti —le digo, notando la forma en que sus dedos se envuelven alrededor de la copa de champán. Manos delicadas que recuerdo clavándose en mis hombros, que temblaron cuando le toqué el pecho.

—Es inofensivo —dice, pero hay algo en su voz. Una nota de cansancio que no estaba allí antes.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —La respuesta es automática, ensayada. De la misma manera en que probablemente respondió a esa pregunta

durante años después de la muerte de sus padres—. Solo necesito un momento.

Antes de que pueda responder, una voz familiar atraviesa el ruido de la multitud detrás de nosotros.

—Matteo Rosetti. Esperaba encontrarlo aquí.

Me doy la vuelta para ver a Tanya Ashford, deslumbrante en un vestido de seda rojo que se ciñe a cada curva y con unos pendientes de diamantes que atrapan la luz como estrellas capturadas. Dinero de toda la vida, un abolengo impecable y el tipo de conexiones que construyen o destruyen carreras políticas. Tuvimos una aventura breve hace dos años, mutuamente satisfactoria y completamente sin complicaciones.

El tipo de mujer que encaja en mi mundo sin preguntas ni enredos emocionales. El tipo de mujer que sabe exactamente lo que quiere y cómo conseguirlo.

—Tanya. —No me aparto de Isabella, pero siento que se tensa ligeramente a mi lado—. Está usted preciosa esta noche.

—Gracias. —La sonrisa de Tanya es depredadora mientras observa la escena ante ella. El rostro sonrojado de Isabella, nuestra proximidad, la evidente tensión crepitando entre nosotros. Su mirada se detiene en mi mano donde descansa sobre la cintura de Isabella, y algo calculador parpadea en sus ojos—. Espero no interrumpir nada importante.

—En absoluto —dice Isabella con suavidad, esa máscara de compostura volviendo a su sitio—. Quizás ustedes dos quieran ponerse al día.

Empieza a alejarse, pero la sujeto por la muñeca. El contacto envía calor por mi brazo, recordándome cómo se aceleró su pulso cuando le sujeté la garganta, cómo se derritió cuando reclamé su boca.

—Quédate —digo en voz baja.

La palabra sale más áspera de lo que pretendía. Los ojos de Isabella se abren un poco más y veo su pulso saltar bajo mi pulgar. El mismo aleteo rápido que sentí cuando mis dedos estaban envueltos en su garganta, cuando se estaba rindiendo a mi tacto.

—De hecho —dice Tanya, acercándose con gracia felina—, esperaba robarme a Matteo para un baile. Ha pasado demasiado tiempo desde que tuvimos la oportunidad de… reconectar.

La invitación es clara, cargada de recuerdos y promesas. Hace dos años, Tanya era exactamente lo que yo quería. Hermosa, sofisticada, sexualmente aventurera. Conocía las reglas del juego y las seguía sin quejarse. Sin complicaciones emocionales, sin expectativas más profundas. Solo placer y beneficio mutuos.

Todo lo que creía querer en una mujer.

Pero mientras miro su sonrisa calculada y sus ojos depredadores, en lo único que puedo pensar es en la forma en que la voz de Isabella se quebró cuando habló de sus padres. La forma en que me devolvió el beso en la biblioteca a pesar de tener todas las razones para resistirse. La forma en que sentí su seno en mi palma, suave, cálido y pesado.

—Gracias, pero estoy exactamente donde quiero estar —me oigo decir.

Las cejas de Tanya se alzan ligeramente y una sorpresa genuina destella en su rostro. No está acostumbrada a que la rechacen. —Ya veo. —Su mirada se desvía hacia Isabella, evaluadora y despectiva —. Bueno, si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Se desliza de nuevo entre la multitud, dejándonos solos en la barra. Isabella la sigue con la mirada, con algo indescifrable en su expresión.

—Es hermosa —dice finalmente.

—Sí.

—Sofisticada. Disponible.

—Probablemente.

Isabella se vuelve para mirarme, buscando en mi rostro algo que no puedo identificar. —¿Por qué no fuiste con ella?

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. «Porque no puedo dejar de pensar en ti. Porque te metiste bajo mi piel de maneras que no entiendo. Porque ninguna otra mujer me ha hecho sentir que sostenía algo precioso cuando la tocaba».

Pero no puedo decir eso. Solo necesito follarme a esta mujer y sacármela del jodido sistema.

—Porque te dije que te quedaras cerca —digo en su lugar—. Y lo dije en serio.

No es toda la verdad, pero es todo lo que puedo darle ahora mismo. La idea de bailar con Tanya me dejó frío.

Isabella estudia mi rostro durante un largo momento, luego asiente lentamente. —Deberíamos socializar más. La gente lo esperará.

Tiene razón. Pasamos la siguiente hora recorriendo el salón y la observo actuar con creciente fascinación. Encanta a la esposa del alcalde con un interés genuino en su obra de caridad. Desvía los comentarios inapropiados de los donantes borrachos con un humor elegante. Recuerda nombres, hace preguntas de seguimiento, hace que todos se sientan como la persona más importante del salón.

Pero puedo ver el costo. La forma en que su sonrisa nunca le llega del todo a los ojos. El ligero temblor en sus manos cuando cree que nadie la mira. La cuidada distancia que mantiene incluso cuando parece completamente inmersa en la conversación.

Está agotada de ser lo que todos necesitan que sea. Igual que estaba agotada cuando la tenía presionada contra la estantería, cuando finalmente dejó que alguien viera más allá de la actuación.

—Necesito tomar un poco de aire —dice en voz baja cuando terminamos de hablar con un grupo de coleccionistas de arte—. Solo un momento.

La guío hacia las puertas de la terraza, mi mano en la parte baja de su espalda siente la tensión acumulada en sus músculos. El aire de la noche de verano es cálido contra nuestra piel y los sonidos de la fiesta se desvanecen hasta convertirse en un murmullo agradable detrás de nosotros. Estamos solos en el balcón privado, con las luces de la ciudad brillando bajo nosotros como estrellas caídas.

—¿Mejor? —pregunto.

Ella asiente y deja su copa de champaña en la barandilla de piedra con cuidadosa precisión. —Gracias. Solo necesitaba dejar de actuar por un momento.

La honestidad en su voz me sorprende. Sin evasivas, sin una cortesía cuidadosa. Solo la verdad, cruda y simple.

—¿Así es como lo llamas? ¿Actuar?

—¿No es eso lo que todos estamos haciendo? —Se vuelve para mirarme y, bajo la suave luz del salón de baile, parece más joven. Más vulnerable—. Interpretando papeles, diciendo las cosas correctas, siendo lo que la gente espera que seamos.

—Unos más que otros.

—¿Tú no estás actuando ahí dentro?

Considero la pregunta. —Quizás. Pero yo elegí mi papel. A ti te eligieron el tuyo.

Algo parpadea en su rostro ante eso. Reconocimiento, tal vez. O dolor. —Debería volver a entrar. La gente se dará cuenta si nos ausentamos demasiado tiempo.

Se mueve hacia las puertas de la terraza, pero la tomo de la mano, deteniéndola. Por un momento, nos quedamos allí en el cálido aire de la noche, con los sonidos de la fiesta distantes e insignificantes. Su pulso late firmemente bajo mi pulgar y recuerdo cómo se aceleró cuando la toqué en la biblioteca. La forma en que susurró mi nombre como una plegaria.

—Isabella —empiezo, pero ella se aparta con suavidad.

—Vámonos —dice en voz baja—. Antes de que olvide cómo ser lo que necesitas que sea.

Regresamos al salón de baile e Isabella se transforma de nuevo en la princesa de la alta sociedad. Sonríe, encanta y dice todas las cosas correctas, sin delatar ni una sola vez lo que sintió en la terraza. Pero ahora puedo ver el agotamiento en la postura de sus hombros, la forma en que su sonrisa comienza a deshilacharse por los bordes.

El resto de la velada pasa como un borrón de apretones de manos, charlas triviales y conversaciones cuidadosamente codificadas. Isabella nunca se aparta de mi lado, nunca pierde la compostura. Para todos los que la observan, parece una mujer que eligió estar aquí, que está exactamente donde quiere estar.

Pero ahora sé que no es verdad. Puedo ver las grietas en su armadura, los puntos donde la actuación se está desgastando. Y

cada vez que la sorprendo luchando por mantener la fachada, pienso en cómo se sentía en mis brazos. Lo real que era cuando dejaba de fingir ser lo que todos los demás necesitaban.

Para cuando caminamos hacia la salida, estoy enojado conmigo mismo por razones que no quiero examinar. Enojado porque rechacé a Tanya sin pensar, enojado porque estoy más interesado en el agotamiento de Isabella que en las oportunidades de contactos que estoy perdiendo, enojado porque sigo pensando en su sabor cuando la besé.

Se supone que esto se trata de tener una ventaja. De poder. De obtener lo que mi familia necesita de Chase Callahan.

En cambio, estoy obsesionado con una mujer que me mira como si tal vez mereciera su confianza, y no logro descifrar si eso me hace débil o peligroso.

Cuando llegamos a la camioneta, Isabella se desliza en el asiento trasero con un suave suspiro, sus hombros por fin relajándose ahora que estamos lejos de miradas indiscretas. Las luces de la calle proyectan sombras en movimiento sobre su rostro mientras Anton se incorpora al tráfico, y me descubro estudiando su perfil, memorizando la curva de su mejilla, la forma en que sus pestañas proyectan sombras.

Cumplió con su papel esta noche. Mejor de lo que esperaba, mejor de lo que tenía derecho a pedir. Pero verla actuar mientras se asfixiaba lentamente por dentro me hace querer arrancarle cada máscara que usa hasta encontrar a la mujer que me devolvió el beso en la biblioteca.

Es solo fascinación, me digo. El desafío de un rompecabezas que aún no he resuelto. Una ansia física que no he saciado.

Nada más complicado que eso.

10

Isabella

La mujer que solía ser nunca habría hecho esto. Nunca habría dejado que un hombre como Matteo Rosetti la viera perder el control, viera las grietas en la fachada perfecta que pasó años construyendo.

Pero esa mujer murió en algún punto entre el champán y la gala de Chase, y en quien sea que me esté convirtiendo ya no sabe cómo fingir.

Murió cuando el senador Reynolds me miró como si yo fuera un mueble. Cuando Tanya Morrison tocó el brazo de Matteo y sentí que algo violento y posesivo me arañaba la garganta. Cuando cada conversación sobre mis padres se sentía como caminar por un campo minado, cada condolencia cuidadosamente formulada era otro peso que oprimía mi pecho.

La mujer que solía ser habría sonreído a pesar de todo. Habría mantenido una conversación cortés y se habría retirado con elegancia, y nunca habría dejado que nadie viera la tormenta que se gestaba en su interior.

Pero ya no soy ella.

Ahora estoy sentada en el asiento trasero del auto de Matteo, viendo la ciudad desaparecer detrás de las ventanas veteadas de lluvia, y puedo sentir cómo lo que queda de mi control se desmorona con cada kilómetro. Su saco pesa sobre mis hombros, el

aroma de su colonia me envuelve como un recordatorio de todo lo que pasó esta noche. Cada sonrisa que fingí, cada mentira que dije, cada momento que pretendí que esta era mi elección.

La lluvia comienza a golpetear contra las ventanas, gotas suaves que crean un ritmo contra el cristal. El sonido hace eco del aleteo nervioso en mi pecho.

Matteo está sentado a mi lado en un silencio cómodo, su presencia es a la vez reconfortante y sofocante. Puedo sentir que me observa en la tenue luz del tablero, catalogando cada detalle como siempre lo hace. Leyéndome como si fuera uno de sus tratos de negocios.

Pero mi mente sigue volviendo a la gala. A la forma en la que la gente no dejaba de mencionar a mis padres esta noche. «Qué tragedia, perderlos tan joven». «Tus padres estarían muy orgullosos». «La fundación ha prosperado desde su fallecimiento». Cada comentario se sentía como una aguja bajo mi piel, acumulando una tensión que no podía liberar.

Había algo en la forma en que la gente hablaba de ellos que nunca me cuadró del todo. Demasiado cuidadosos, tal vez. Demasiado pulcros. Como si todos hubieran ensayado el mismo guion sobre el «trágico accidente» que se los llevó cuando yo tenía nueve años.

La peor parte es lo poco que recuerdo de esa noche. Fragmentos, en su mayoría. El sonido de cristales rotos. Rojo extendiéndose sobre el azulejo blanco de la cocina. Gritos que parecían resonar para siempre. Pero los detalles faltan, como si alguien hubiera tomado unas tijeras y recortado las partes importantes de mi memoria.

Las luces de la calle pasan borrosas tras la ventana veteada de lluvia, y presiono mi mano contra mi pecho, donde la ansiedad se acumula. Algo de esta noche la desencadenó peor de lo habitual. Tal vez fue ser exhibida como la sobrina perfecta de Chase mientras sabía que en realidad era la prisionera de Matteo. Tal vez fue la forma cuidadosa en que la gente evitaba mirarme a los ojos cuando mencionaban a mis padres.

O tal vez es solo la creciente sensación de que todo el mundo sabe algo que yo no.

Para cuando entramos en el largo camino de entrada que conduce a la casa de seguridad, mi respiración se ha vuelto superficial y mis manos tiemblan en mi regazo. La lluvia cae con más fuerza ahora, tamborileando contra el techo. En el momento en que entramos, las sombras se acumulan en rincones que esta mañana parecían acogedores, y no puedo quitarme la sensación de que algo está a punto de estallar.

Matteo busca el interruptor de la luz, pero lo detengo.

—No. Por favor.

Él estudia mi rostro en la penumbra que se filtra desde el exterior.

—Está bien. Lo que necesites.

La amabilidad en su voz quiebra algo en mi pecho, pero antes de que pueda procesarlo, mi celular vibra en mi bolso. El sonido atraviesa el silencio como una cuchilla.

Lo saco con dedos temblorosos, y las palabras en la pantalla hacen que se me hiele la sangre.

Interesante elección la de esta noche, Isabella. Tus padres siempre dijeron que no se podía confiar en los Rosetti. Qué irónico cómo la historia se repite. Tenemos que hablar. Mañana. -C

El celular se me escapa de los dedos entumecidos y cae con un estrépito sobre el piso de madera. El mensaje resuena en mi cabeza como una burla. Mis padres siempre dijeron... pero murieron cuando yo tenía nueve años. ¿Cómo recuerda Chase conversaciones específicas de hace tanto tiempo? ¿Por qué mis padres habrían estado hablando de los Rosetti?

La habitación se inclina, y de repente no puedo respirar. El aire se siente demasiado espeso, demasiado pesado, presionando mis pulmones. Mi visión se vuelve borrosa en los bordes y hay un zumbido en mis oídos que suena familiar y equivocado.

—No puedo respirar —las palabras salen estranguladas, desesperadas—. Siento el pecho aplastado, como si tuviera un peso sobre las costillas.

Unas manos fuertes me guían al sofá de la sala, y Matteo se arrodilla frente a mí.

—Mírame, Isabella. Solo mírame.

Lo intento, pero todo sigue dando vueltas. La habitación, mis pensamientos, los fragmentos de memoria que no se quedan quietos el tiempo suficiente para que los entienda.

—Mis padres —jadeo las palabras entre intentos de respirar—. Algo en ese mensaje… algo no está bien.

—De acuerdo —dice él en voz baja, sin cuestionar ni desestimar. Solo aceptando—. Dime qué estás sintiendo.

—No los recuerdo con claridad —mi voz se quiebra—. Todos hablan de cómo murieron como si fuera algo resuelto, pero mi cuerpo simplemente… reacciona. Como si supiera algo que mi mente no me deja ver.

Matteo no me agobia ni exige explicaciones. Se queda exactamente donde puedo verlo, su presencia sólida y real en un mundo que parece disolverse a mi alrededor.

—Estoy aquí contigo —dice, con voz baja y firme—. Cuenta tus respiraciones conmigo. Inhala durante cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.

Trato de seguir su ejemplo, pero mi pecho sigue crispándose. —¿El mensaje de Chase…? Habla de ellos como si recordara conversaciones de hace quince años. Palabra por palabra. ¿Quién recuerda cosas así?

—¿Qué más? —pregunta suavemente, sin presionar, pero dándome espacio para expresar lo que se ha estado acumulando dentro de mí.

—Todos actúan como si hubiera una versión de los hechos que se supone que debo aceptar. Pero las piezas no encajan en mi cabeza. Nunca lo han hecho —las palabras se me escapan, quince años de dudas reprimidas que por fin encuentran una voz—. Y cada vez que alguien saca el tema, siento que me ahogo.

Mi respiración empeora, y cada inhalación se siente como si me ahogara en un aire que no llega a mis pulmones. La habitación gira más rápido y puntos negros danzan en los bordes de mi visión.

—Voy a desmayarme —susurro.

—No, no lo harás —su voz atraviesa el pánico, firme pero suave—. No voy a permitirlo. Mantén los ojos en mí.

Comienza a hablar, con voz firme e hipnótica, anclándome a algo fuera de mis propios pensamientos en espiral. Me habla de la lluvia,

de cómo la luz del fuego parpadea en las paredes, de lo valiente que soy por hacer preguntas que me asustan.

Lentamente, mi respiración comienza a calmarse. La habitación deja de girar. El peso aplastante en mi pecho comienza a aliviarse.

—Eso es —murmura—. Estás bien. Estás a salvo.

Y por primera vez en quince años, cuando alguien me dice que estoy a salvo, le creo.

Ahí es cuando me quiebro.

El sollozo viene de algún lugar profundo, un sonido que he estado conteniendo desde que tenía nueve años y aprendí que llorar incomodaba al tío Chase. Todo mi cuerpo tiembla, quince años de cuidadoso control se desmoronan de una vez.

Matteo se sienta en el sofá a mi lado y yo me desplomo contra su hombro sin pensar. Me rodea con sus brazos, sólidos, cálidos y firmes, dejándome derrumbar en la seguridad de su silencio.

—Tengo miedo —susurro contra su camisa—. Tengo tanto miedo de las cosas que no puedo recordar.

—Lo sé —su voz es áspera—. Pero sea lo que sea a lo que le temes, no lo enfrentarás sola.

No intenta arreglarlo ni minimizarlo ni ofrecer promesas vacías. Solo me abraza mientras lloro por unos padres que apenas recuerdo y por verdades que no estoy segura de querer saber. El latido de su corazón es constante bajo mi mejilla, mezclándose con el olor a lluvia y el calor de su piel.

Por primera vez en mi vida adulta, me siento genuinamente protegida. No manejada ni controlada ni guiada, sino a salvo. La diferencia es sorprendente.

—No estás rota —murmura contra mi cabello cuando lo peor del llanto cesa—. Has estado sobreviviendo. Hay una diferencia.

Las palabras tocan algo profundo dentro de mí, un lugar que ha estado frío y vacío por demasiado tiempo. Esto es lo que me faltaba. No alguien que manejara mi vida o tomara mis decisiones, sino alguien que simplemente estuviera ahí cuando todo se desmoronara.

Me quedo en sus brazos más tiempo de lo que debería, absorbiendo el desconocido consuelo de ser abrazada sin juicios. Sus dedos trazan suaves patrones en mi espalda, y me doy cuenta de

que es la primera vez que un hombre me toca con amabilidad en vez de con expectativa.

Pero a medida que mi respiración se estabiliza y mis pensamientos se aclaran, la realidad comienza a regresar. Este es Matteo Rosetti. El hombre que me secuestró. El hombre que me tiene prisionera en esta hermosa casa. El hombre que, a pesar de este momento de ternura, todavía controla cada aspecto de mi existencia aquí.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy permitiendo que pase?

Me aparto lentamente, extrañando de inmediato el calor de sus brazos pero necesitando la distancia para pensar con claridad. Sus ojos ambarinos escudriñan mi rostro, y veo el momento exacto en que reconoce mi retirada.

—Gracias —digo en voz baja, rodeándome con mis brazos donde antes estuvieron los suyos—. Solo… necesitaba eso.

Algo parpadea en su expresión. Comprensión, quizás. O decepción. —Por supuesto.

Me pongo de pie con piernas temblorosas, poniendo distancia entre nosotros aunque cada célula de mi cuerpo quiere quedarse acurrucada a su lado. —Debería irme a la cama.

Él asiente, sin intentar detenerme, pero siento su mirada sobre mí mientras avanzo hacia las escaleras. Al pie del primer escalón, me detengo sin mirar atrás.

—¿Matteo?

—¿Sí?

—No le des demasiadas vueltas a esto. Solo estaba cansada.

La mentira sabe amarga en mi lengua, pero es necesaria. Por unos minutos, me permití creer que alguien podría abrazarme sin intentar poseerme. Pero así no funciona esto. Así no funcionan los hombres como él.

Un músculo se contrae en su mandíbula, y cuando habla, hay algo áspero en su voz que hace que me duela el pecho. —Lo que tú digas, *bella*.

Subo las escaleras hacia mi habitación, cada paso alejándome más del hombre que acaba de sostenerme mientras me desmoronaba. Pero incluso al cerrar la puerta entre nosotros, todavía puedo sentir el calor fantasma de sus brazos a mi alrededor.

Y eso me asusta más que cualquier mensaje que Chase pudiera enviar.

Porque por un momento, quise quedarme. Quise confiarle más que solo mis lágrimas. Y así es exactamente como las mujeres como yo se pierden en hombres como él.

No importa cuán amable sea la jaula, sigue siendo una jaula.

Incluso si una parte traicionera de mí deseara que no lo fuera.

11

Matteo

La encuentro en la cocina y la esperanza en mi pecho muere al instante.

Lleva puesta su propia ropa otra vez. El vestido negro entallado y los tacones de la noche en que la engatusé para que se subiera a mi auto; toda su figura grita distancia profesional. El chasquido de sus tacones sobre la encimera de mármol cuando cambia de peso me dice todo lo que necesito saber. Mi chaqueta de anoche está doblada con precisión en el respaldo de una silla; la tela aún conserva el leve aroma de su perfume.

—Buenos días —dice, con la voz perfectamente neutral. Agradable. Como si saludara a un desconocido en lugar de al hombre que la sostuvo mientras ella se desmoronaba.

Sirvo café y el intenso aroma llena el espacio entre nosotros. La cafetera sisea y gorgotea, el único sonido además del tictac constante del reloj de pie en el pasillo. El vapor se eleva del líquido oscuro mientras le entrego la taza.

—¿Dormiste bien? —le pregunto, observándola con atención. No me mira a los ojos, no deja que nuestros dedos se rocen cuando toma el café.

Una sombra de mentira cruza su rostro. —Bien, gracias. —La porcelana tintinea contra el mármol cuando deja la taza con un cuidado deliberado—. Agradezco lo que hizo anoche.

Pienso en las otras noches. Las que ella no sabe que he presenciado. La forma en que da vueltas en la cama, gimiendo en sueños, llamando a personas que no pueden responder. Las pesadillas que la dejan sin aliento, despierta a las tres de la mañana, con la ropa de dormir prestada pegada a su piel húmeda de sudor.

—No tienes que agradecerme por preocuparme por ti —digo, apoyándome en la encimera. El frío granito presiona mi espalda.

Algo parpadea en sus ojos, desaparece demasiado rápido. —Por supuesto que no.

La moneda de plata encuentra su camino entre mis dedos, el metal se calienta contra mi piel. Me está excluyendo, reconstruyendo cada muro que pensé que habíamos derribado.

—¿Qué está pasando? —lanzo la moneda al aire.

—No pasa nada. Estoy bien. —Se abraza a sí misma, una postura defensiva que hace que la seda de su vestido susurre contra sí misma.

—Estás asustada.

—No estoy asustada. —Pero su pulso salta visiblemente en su garganta, y quiero presionar mi boca allí, sentir ese latido frenético contra mis labios.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

Entonces sí me mira, con algo desesperado en sus ojos verdes. La luz de la mañana atrapa los destellos dorados que he memorizado al verla dormir. —Porque mirarte hace que esto sea más difícil.

Antes de que pueda preguntar a qué se refiere, el teléfono fijo comienza a sonar. Agudo, insistente. El sonido corta la tranquila mañana como una cuchilla.

Isabella se queda completamente quieta. El color se drena de su rostro, dejándola pálida como la encimera de mármol. Su taza de café traquetea contra el plato, y noto cómo le tiemblan los dedos al dejarla.

—Yo contesto —digo, apartándome de la encimera. Pero ella ya está negando con la cabeza, retrocediendo ante el sonido.

—No lo hagas. Por favor, no lo hagas.

—Es solo un teléfono.

—Es él. —Retrocede hacia la puerta, y alcanzo a ver cómo su pecho sube y baja rápidamente bajo la seda—. Sé que es él.

Camino hacia el pasillo; mis pasos son amortiguados por la gruesa alfombra. El teléfono está sobre una mesita antigua, su superficie negra reluce. Tomo el auricular, el plástico frío contra mi oreja.

—¿Hola?

—Matteo Rosetti. —La voz es fría, controlada, absolutamente furiosa. Chase Callahan. El sonido hace que apriete la mandíbula con tanta fuerza que me sorprende que mis dientes no se quiebren.

Isabella aparece en el umbral y, cuando me ve sosteniendo el teléfono, se abraza a sí misma. El movimiento presiona sus senos, e incluso a través de su miedo, noto cómo la seda se ciñe a cada una de sus curvas.

—Chase. —Mantengo mi voz tranquila, casual. La moneda continúa su ritmo constante entre mis dedos—. ¿A qué le debo el placer?

—¿Dónde está mi sobrina?

—¿Su sobrina?

—Vieron a Isabella en la gala anoche. De su brazo. Con un aspecto muy cómodo. —Su voz podría cortar el cristal. Cada palabra es precisa, mortal—. Lleva una semana desaparecida. No contesta su teléfono, no está en su apartamento, no está en el trabajo. Y luego reaparece en un evento de la Fundación Callahan, colgada de cada palabra que usted dice.

Isabella emite un pequeño sonido, como si la hubieran golpeado. Se lleva una mano a la boca, los dedos presionados contra sus labios. Pero noto cómo sus pezones se han endurecido bajo la fina seda, visibles a través de la tela. El miedo le hace al cuerpo cosas que la mente no puede controlar.

—Parece que está haciendo su vida —digo, atrapando la moneda en mi palma.

—Isabella no toma decisiones así. Fue criada mejor que eso. Conoce sus lealtades.

Observo a Isabella desplomarse contra el marco de la puerta, sus piernas repentinamente inestables. La forma en que se apoya allí, con la seda subiéndole ligeramente por los muslos, hace que el calor

se acumule en la parte baja de mi vientre, incluso mientras la furia crece en mi pecho.

—Quizá está madurando.

—Si está ahí por elección, entonces ha traicionado todo lo que le enseñé. Y habrá consecuencias.

La palabra «consecuencias» hace que algo oscuro y violento se despliegue en mi pecho. Mi mano libre se cierra en un puño y tengo que contenerme para no estrellarlo contra la pared.

La respiración de Isabella se vuelve superficial y rápida. Su pecho sube y baja rápidamente, y puedo ver el momento en que el pánico comienza a apoderarse de ella. Sus ojos verdes se abren de par en par, las pupilas se dilatan.

—No está disponible —digo, mi voz bajando a ese susurro mortal que hace que hombres hechos y derechos den un paso atrás.

—Haga que esté disponible.

—No lo creo —Las palabras salen con suficiente veneno como para matar.

—Esto no ha terminado, Rosetti. Ni de lejos.

La línea se corta con un clic seco. Vuelvo a poner el teléfono en su base, el sonido resonando en el repentino silencio. Me tiemblan las manos con la necesidad de romper algo, de encontrar a Chase Callahan y mostrarle exactamente lo que pasa cuando amenaza lo que es mío.

Isabella está temblando ahora, todo su cuerpo se sacude como una hoja en la tormenta. —Lo sabe —susurra—. Sabe que estaba contigo.

—¿Y? —Avanzo hacia ella, lento y deliberado. Se aprieta con más fuerza contra el marco de la puerta, pero alcanzo a ver cómo sus ojos bajan a mi boca por un segundo antes de volver a subir bruscamente.

—¿Y qué? —Me mira fijamente, sus ojos verdes abiertos de par en par por el pánico—. Cree que elegí estar ahí. Cree que lo traicioné.

—Y eso te asusta. —Doy otro paso hacia ella. Ahora está atrapada entre el marco de la puerta y yo, y puedo oler ese aroma dulce que me vuelve loco.

—No entiendes cómo es él cuando se decepciona. —Las palabras brotan, crudas y desesperadas. Se aparta del marco de la puerta, pero eso solo la acerca más a mí. Por un momento, estamos a centímetros de distancia y puedo sentir el calor que irradia de su piel. Se le corta la respiración y noto cómo sus labios se entreabren ligeramente.

Luego pasa a mi lado, ahora caminando de un lado a otro. Sus tacones repiquetean contra la madera en un ritmo frenético, y observo la forma en que la seda se mueve con su cuerpo, aferrándose a su trasero, a sus muslos.

—Él aísla a la gente. Por completo. De todo.

Saco mi teléfono para enviarle un mensaje a Milo, obligándome a concentrarme en los negocios en lugar de en la forma en que se muerde el labio inferior cuando está nerviosa. Mi pulgar se mueve rápidamente: Necesito información sobre Chase Callahan. ¿Qué ha estado haciendo esta semana?

—Es tu tío, no tu dueño —digo, observándola caminar de un lado a otro—. Cada paso es grácil, incluso en su pánico. Incluso aterrorizada, se mueve como una obra de arte.

—Él me crio. Después de que mis padres murieron, me lo dio todo. —Se detiene frente a los altos ventanales, presionando las palmas de sus manos contra el frío cristal. La posición le arquea ligeramente la espalda y tengo que clavarme las uñas en las palmas para no ir hacia ella.

—No le debes la vida.

—Todo lo que tengo viene de él. El trabajo de la fundación, los contactos, incluso mi apartamento. —Su aliento empaña la ventana mientras habla y noto cómo su voz se ha vuelto entrecortada, como si luchara por respirar.

Mi teléfono vibra. Emilio: Deme 20 minutos.

—Y así es como te controla. —Guardo el teléfono de nuevo en mi bolsillo, el movimiento atrae su atención. Cuando me mira, sus pupilas siguen dilatadas, pero ahora hay algo más allí. Algo que hace que mi sangre hierva.

—Él me protege. Él me quiere. —Pero la incertidumbre se cuela en su voz, haciéndola vacilar. Haciéndola suave y vulnerable de una

manera que me da ganas de cruzar la habitación y mostrarle cómo es la verdadera protección.

—¿De verdad? Porque las familias que se quieren no amenazan con consecuencias por decisiones independientes.

Se aparta de la ventana, la seda susurrando. El sonido va directo a mi verga. —Yo no tomé una decisión. Tú me secuestraste.

—Pero él no sabe eso.

—Por eso necesito ir a casa. Explicárselo. —Pasa a mi lado hacia la cocina, y percibo un toque de su aroma natural mezclado con algo más. Algo que me dice que su cuerpo está respondiendo a mí, lo quiera o no.

—¿Y crees que te va a creer?

Se detiene en el umbral, su mano aferrada al marco. Sus nudillos están blancos por la tensión, pero noto que su pecho todavía sube y baja rápidamente. —Tiene que hacerlo.

—¿En serio?

Abre la boca y luego la cierra. La duda parpadea en sus ojos, y prácticamente puedo ver el momento en que su certeza se resquebraja.

Mi teléfono suena, cortando la tensión. Emilio.

—¿Qué encontraste? —contesto, sin dejar de mirar el rostro de Isabella.

—Chase ha estado llamando al apartamento de Isabella todos los días. Varias veces. También ha estado llamando a su trabajo, a sus amigos. Mandó a investigadores a revisar su apartamento ayer.

El rostro de Isabella palidece aún más. Su mano se aprieta en el marco de la puerta.

—¿Qué encontraron?

—No hay señales de forcejeo. Ni de que haya empacado. Pero aquí está la parte interesante: ha estado haciendo esto durante meses. Las llamadas, las averiguaciones. Este no es un comportamiento nuevo.

Miro a Isabella, que observa con creciente ansiedad. Su mano libre está presionada contra su estómago, y puedo ver el momento en que esta información la golpea.

—¿Cuánto tiempo?

—Al menos seis meses, hasta ahí revisé. Podría ser más tiempo.

Cuelgo y me guardo el teléfono en el bolsillo. Isabella me está mirando con esos grandes ojos verdes, y casi puedo oír cómo su mundo se reconfigura.

—Te ha estado vigilando —digo en voz baja—. Mucho antes de que desaparecieras.

—Eso es… —Niega con la cabeza, el cabello rubio miel se desprende de su arreglo perfecto—. Eso no es posible.

—¿No lo es?

Me mira fijamente, una guerra desatándose en sus ojos. Verdes con motas doradas, inundados de lágrimas no derramadas. Pero también hay algo más. Algo que acelera mi pulso.

—Necesito ir a casa —dice finalmente, su voz apenas un susurro.

—No.

—Matteo.

—No. —Lanzo la moneda por última vez, atrapándola en la palma de mi mano. El metal está tibio por mi piel, y puedo sentir cómo cambia la tensión en la habitación—. No vas a volver con él.

—No puedes retenerme aquí para siempre.

—Ya verás. —Doy un paso hacia ella y no retrocede. Ahí es cuando sé que ya es mía, aunque ella todavía no lo sepa.

—Esto es una locura.

—Quizás. Pero también tengo razón. —Doy otro paso, y ahora estoy lo suficientemente cerca para ver las motas doradas en sus ojos, para oler ese aroma dulce que me ha estado volviendo loco—. Todavía no estás lista para enfrentar la verdad sobre él. Pero lo estarás. Y cuando lo estés, aquí estaré.

—¿Y si nunca estoy lista?

—Entonces esperaré.

—¿Por cuánto tiempo?

—El tiempo que sea necesario.

Extiendo la mano y le recorro la mandíbula con un dedo. Ella inspira bruscamente y la siento temblar. Pero no se aparta. Sus labios se entreabren ligeramente y puedo ver cómo le martillea el pulso en la garganta.

—No eres su propiedad —murmuro, con la voz grave y ronca—. Nunca lo fuiste.

Me inclino más, hasta que mi boca casi le roza la oreja. Se le corta la respiración y puedo sentir el calor que irradia de su piel.

—Ahora eres mía, Isabella. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será esto.

Me alejo lo justo para mirarla a los ojos. Están desorbitados, asustados, pero hay algo más en ellos. Algo voraz que intenta ocultar.

Entonces me aparto, dejándola allí de pie, con el pecho subiéndole y bajándole rápidamente, los labios entreabiertos, todo su cuerpo temblando con algo que no es enteramente miedo.

—Dulces sueños, princesa —digo, y me alejo.

A mis espaldas, la oigo tomar aire bruscamente y sonrío. Todavía no está lista para elegirme por encima de Chase. Pero su cuerpo ya lo ha hecho.

Y eso es un comienzo.

12

Isabella

Lleva horas fuera.

Estoy de pie junto a la ventana de la cocina, viendo cómo el bosque se oscurece mientras el atardecer cae sobre los árboles. Matteo se fue antes del amanecer para su importante «reunión» de negocios en Manhattan, y el silencio en la casa de seguridad se ha vuelto más denso con cada hora que pasa. El reloj de pie del pasillo da nueve campanadas, marcando otra hora de espera.

¿Qué pasará si no vuelve?

El pensamiento se desliza por mi mente como agua helada. Este lugar es hermoso, lujoso, abastecido con todo lo que podría necesitar. Pero también es una jaula. Las ventanas solo se abren unos pocos centímetros. Las puertas tienen cerradura electrónica. Ni siquiera sé exactamente dónde estamos, solo en algún lugar al norte del estado, en medio de la nada.

Si algo le pasara, ¿acaso yo… me quedaría aquí? ¿Esperaría hasta que se acabara la comida? ¿Hasta que alguien finalmente viniera a buscarme? ¿Sus hermanos sabrían siquiera dónde encontrarme o me convertiría en otro misterio, otra persona que simplemente desapareció?

Un pensamiento más pequeño y perturbador susurra en el fondo de mi mente: espero que esté bien.

Aparto ese pensamiento, centrándome en las preocupaciones prácticas. La supervivencia. Las rutas de escape. Cualquier cosa excepto el nudo de preocupación que crece en mi pecho.

La puerta principal se cierra de un portazo con la fuerza suficiente para hacer temblar las ventanas, y me quedo helada. El sonido retumba por la casa de seguridad, agudo y furioso, nada que ver con las entradas controladas habituales de Matteo. Mi taza de café se detiene a medio camino de mis labios, el líquido de repente amargo en mi lengua.

Unos pasos pesados recorren el pasillo de la planta baja, irregulares y arrastrados. Dejo la taza con manos temblorosas, la porcelana tintineando contra el mármol. El ritmo familiar de su andar es completamente anormal.

Lo encuentro en la sala, de espaldas a mí, junto a las ventanas. Su camisa blanca está rasgada en el hombro, con manchas oscuras que se extienden por la tela. Sangre. Sangre fresca, todavía húmeda y reluciente bajo las luces del techo.

Esto está mal. Todo mal. Matteo Rosetti no llega a casa sangrando. Él es el que hace sangrar a otros, el que sale de la violencia ileso y sonriendo. Él es confianza serena y encanto calculado, siempre impecable, siempre en control.

No esto. No herido y tambaleándose.

—¿Qué pasó? —Las palabras salen más cortantes de lo que pretendo.

No se da la vuelta. —Nada importante. —Pero su voz es más áspera de lo normal, forzada. Cuando estira la mano hacia la licorera de whisky en la mesita, noto que se mueve como si todo su costado izquierdo estuviera hecho de vidrios rotos.

—Estás sangrando.

—Estoy bien. —Vierte un líquido ambarino en un vaso, el cuello de la botella tintineando contra el cristal. Sus nudillos están partidos e hinchados, con sangre seca formando una costra entre sus dedos. Profundos arañazos recorren su antebrazo, líneas paralelas que parecen marcas de garras.

Me acerco, mis pies descalzos silenciosos sobre el piso de madera. Tan cerca, puedo ver el agotamiento en la postura de sus hombros,

la forma cuidadosa en que se mantiene erguido. La máscara intocable que siempre usa se está agrietando, revelando algo crudo debajo.

—Matteo.

—Dije que estoy bien. —Intenta tomar un sorbo, pero le tiembla un poco la mano. El vaso oscila, el whisky chapoteando por los lados.

Ahí es cuando lo veo. Un tajo a lo largo de sus costillas, visible a través de la camisa rasgada. Profundo e irregular, como si alguien le hubiera arrastrado un cuchillo por la piel. Aún sangra, empapando el algodón blanco en una mancha carmesí que se extiende.

—Siéntate —digo, con la voz más firme de lo que me siento—. Voy por el botiquín de primeros auxilios.

—No lo necesito.

—Estás goteando sangre en el suelo. —Señalo las gotas oscuras esparcidas por la madera—. Siéntate. Ahora.

Se gira para mirarme, y veo el agotamiento en sus ojos verdes. Por un momento, parece más joven. Humano de una manera que me aprieta la garganta.

Esta es la primera vez que lo veo como algo más que el hombre peligroso que me secuestró. Esta es la primera vez que parece… mortal.

—Mandona —murmura, pero se mueve hacia el sofá. Se sienta pesadamente, como si su cuerpo pesara demasiado.

Saco el botiquín médico del baño, mis manos moviéndose con gestos familiares. Chase siempre mantenía uno abastecido en cada propiedad, e insistió en que aprendiera a usarlo. El peso del botiquín en mis manos me resulta familiar, reconfortante de una manera que me recuerda habilidades que nunca quise necesitar.

Cuando vuelvo a la sala, está desplomado contra los cojines del sofá, con los ojos cerrados. El vaso de whisky yace olvidado en la mesita, y puedo ver el subir y bajar de su pecho, demasiado rápido y superficial. Su rostro está pálido bajo el bronceado, la mandíbula apretada.

El playboy intocable que se abrió paso entre mis defensas con su encanto, que siempre parece saber exactamente qué decir. Reducido

a esto. Sangrando y agotado e intentando no mostrar cuánto le duele.

—Quítate la camisa —digo, dejando el botiquín sobre la mesa junto a su vaso.

Abre los ojos y se encuentran con los míos. —Cuidado, bella. Si sigues hablando así, podría pensar que te gusto.

La broma no causa efecto. Su habitual sonrisa de suficiencia es forzada, no llega a sus ojos. Incluso herido, todavía intenta ser el galán.

—La camisa tiene que quitarse para que pueda ver qué tan grave es.

Lucha con los botones, sus dedos torpes por el dolor y el agotamiento. Después de verlo batallar con el tercero, me acerco. —Déjame.

Mis manos rozan las suyas mientras desabrocho los botones, y siento el calor que irradia su piel. De cerca, puedo ver los moretones que empiezan a aparecer en su pecho, marcas de un morado oscuro que empeorarán mañana. El olor metálico de la sangre se mezcla con su perfume, algo caro y masculino que hace que mi estómago se revuelva a pesar de todo.

La camisa cae, y contengo la respiración.

Su torso es un mapa de violencia. El tajo en sus costillas es peor de lo que pensaba, una línea irregular que se le curva por el costado, tan profunda que alcanzo a ver el blanco del hueso debajo. Pero no es la única herida. Tiene el pecho y los hombros cubiertos de moretones, algunos frescos y rojos, otros que ya se vuelven morados. Varios cortes más pequeños le surcan los brazos, heridas de defensa por haber bloqueado algo afilado.

Y debajo de todo ese daño, es… hermoso. Músculos magros y piel dorada, hombros anchos que se estrechan en una cintura delgada. El tipo de cuerpo que pertenece al mármol, no a estar sentado y ensangrentado en un sofá.

—Santo Dios —susurro—. ¿Qué te hicieron?

—Nada que no les haya devuelto el doble de fuerte. —Me observa mientras examino las heridas, sus ojos verdes siguen cada uno de

mis movimientos—. No tienes que hacer esto, Isabella. Yo puedo encargarme.

—Deja de ser terco. —Abro el botiquín, con las manos firmes a pesar de lo acelerado que está mi corazón—. Esto va a doler.

—He aguantado cosas peores.

Vierto antiséptico en un paño limpio, el olor penetrante llena el aire entre nosotros. —¿Cuándo?

—¿Qué?

—¿Cuándo has aguantado cosas peores? —Presiono el paño contra el tajo, y él sisea entre dientes. Los músculos de su abdomen se contraen y no puedo evitar notar cómo se mueven bajo su piel—. Cuéntame algo mientras limpio esto.

Por un momento, creo que no responderá. Luego, su voz sale en voz baja, más áspera de lo habitual. —Me rompí el brazo cuando tenía diez años. No le dije a nadie por tres días.

Mis manos se detienen en su tarea. —¿Tres días?

—Mi abuelo se estaba quedando con nosotros, tenía un genio de los mil demonios. Pensaba que la debilidad era algo que se sacaba a golpes. —Mira fijamente al techo, sin cruzar la mirada conmigo—. Lo escondí hasta que Sal me encontró llorando en el baño. Él mismo me llevó cargando a la sala de emergencias.

El paño en mi mano ya está manchado de rojo. Lo enjuago en el cuenco de agua que he preparado, viendo cómo el líquido transparente se vuelve rosado. —Eso es horrible.

—Ese fue el día en que supe quién me protegería de verdad. —Su voz es distante, como si hablara de otra persona—. Papá nunca hizo preguntas. Solo se encargó del asunto.

Trabajo en silencio, limpiando la herida con cuidadosa precisión. El tajo es profundo pero limpio, sin signos de infección. Necesitará sutura, pero sanará. Mis dedos se mueven por su piel, limpiando la sangre y la suciedad, e intento ignorar la forma en que sus músculos se tensan bajo mi tacto.

Está completamente quieto, dejándome trabajar. Confiándome su dolor de una manera que se siente íntima, más personal que cualquier cosa que hayamos compartido antes.

—Eres buena en esto —dice finalmente, con voz suave.

—Chase se aseguró de que supiera cómo manejar situaciones médicas. —Enhebro una aguja, el peso familiar entre mis dedos—. Dijo que uno nunca sabía cuándo necesitaría remendar a alguien sin que le hicieran preguntas.

—Hombre listo. —Pero hay algo oscuro en su voz cuando lo dice—. Aunque sea un cabrón.

La aguja se desliza a través de su piel y él no se inmuta. Solo me observa trabajar con esos intensos ojos verdes, como si estuviera memorizando cada detalle. Puedo sentir el calor de su mirada, la forma en que hace que mi piel se caliente y mis manos tiemblen ligeramente.

—¿Por qué no pediste ayuda? —pregunto mientras doy la segunda puntada—. A tus hermanos, quiero decir.

Permanece en silencio tanto tiempo que creo que no contestará. Luego: —Porque este era un desastre que me tocaba limpiar a mí.

—¿Qué pasó?

—La reunión se fue al traste. Alguien decidió enviar un mensaje. —Su mano se mueve para cubrir la mía donde descansa sobre su pecho, sus dedos cálidos contra mi piel—. Pero yo también dejé el mensaje claro.

Debería apartarme. Debería mantener la distancia que he estado tratando de reconstruir. Pero hay algo en verlo así, vulnerable y herido, que lo hace imposible.

Mi palma está plana contra su pecho y puedo sentir el latido de su corazón, constante y fuerte a pesar de todo. La piel bajo mi mano es cálida, lisa a excepción de las líneas en relieve de viejas cicatrices. La prueba de una vida vivida peligrosamente, un cuerpo que ha visto la violencia antes.

—Listo —digo, anudando la última puntada—. Intenta no arrancártelas.

—Haré lo que pueda. —Mira mi trabajo y luego vuelve a mirarme —. Gracias.

—No me des las gracias. —Empiezo a recoger los suministros médicos, necesitando algo que hacer con mis manos—. No lo hice por ti.

—¿No? ¿Entonces por qué?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. No puedo explicar la forma en que se me oprimió el pecho cuando lo vi sangrando, o el alivio que me inundó cuando me di cuenta de que sus heridas no eran potencialmente mortales. No puedo admitir que en algún punto entre el secuestro y ahora, algo ha cambiado.

—Porque necesitaba algo que hacer con las manos —digo finalmente, una mentira tan frágil como necesaria.

—Isabella. —Su voz es suave, cautelosa—. Mírame.

No lo hago. No puedo. Porque si lo miro ahora, veré algo en sus ojos que no estoy lista para enfrentar.

—Debería dejarte descansar —digo en su lugar, levantándome demasiado rápido—. Tienes que mantener esas suturas limpias.

—Bella.

—No soy «alguien» —digo, las palabras salen más cortantes de lo que pretendo—. Soy una moneda de cambio, ¿recuerdas?

Se queda en silencio un largo momento. Cuando finalmente habla, su voz es áspera por algo que no puedo identificar. —No esta noche.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que deberían. Me vuelvo para mirarlo, y la expresión en sus ojos hace que se me corte la respiración. Hay algo crudo ahí, algo que se parece peligrosamente a la ternura.

—Me voy a la cama —digo, retrocediendo hacia las escaleras—. Intenta no mancharlo todo de sangre.

Escapo a mi habitación, cerrando la puerta detrás de mí con manos temblorosas. Mi corazón está desbocado, y todavía puedo sentir el calor de su piel bajo mis dedos, todavía puedo ver la vulnerabilidad en sus ojos cuando habló de su padre.

Esto es peligroso. Más peligroso que el secuestro, que las amenazas o que la forma en que me hace sentir cuando me mira como si fuera algo valioso. Este es el tipo de peligro que surge de ver más allá de la superficie, de comprender que el monstruo que me llevó es también el niño que escondió su brazo roto durante tres días.

Apoyo la espalda contra la puerta, escuchando el silencio que viene del piso de abajo. En alguna parte de la silenciosa casa de seguridad, Matteo Rosetti está sentado a solas con sus heridas y su

whisky, y yo estoy escondida en mi habitación porque me aterra lo que podría hacer si me quedo.

Aterrada de las ganas que tenía de cuidarlo.

Aterrada de lo bien que se sintió verlo como algo más que mi captor.

Pero lo más aterrador de todo: la forma en que mi cuerpo respondió al tocarlo, al verlo vulnerable, fuerte y hermoso, todo a la vez. La forma en que algo en lo más profundo de mí susurró que este hombre, este hombre peligroso y complicado, podría valer la pena.

No estoy lista para eso. Nunca lo estaré.

13

Matteo

___ Vístete —digo—. Vamos a salir.

Isabella levanta la vista de su taza de café, enarcando las cejas. Está sentada en la isla de la cocina, otra vez con esos malditos pantalones de ejercicio, el cabello recogido en un moño desordenado, con una pinta más de irse a entrenar que de pasar el día conmigo.

—¿A dónde? —pregunta.

—De compras.

—No necesito nada.

—Lo necesitas todo. —Señalo su atuendo—. Llevas una semana usando los mismos tres conjuntos. Pantalones de ejercicio y sudaderas. Esa no eres tú.

—Así soy cuando me tienen cautiva.

—No. —Me acerco, observando cómo le salta el pulso en la garganta—. Así eres cuando te escondes. Quiero ver quién eres cuando no lo haces.

Deja su taza de café sobre el mármol con un clic de la porcelana. —¿Quiere vestirme como una muñeca?

—Quiero verte con ropa que esté a la altura del fuego en tu mirada. —Extiendo la mano y le recorro la mandíbula con un dedo. Ella no se aparta, pero se le corta la respiración—. Quiero verte recordar lo que se siente ser poderosa.

—¿Y si me niego?

—Entonces te niegas. Pero creo que tienes curiosidad. —Me inclino aún más, hasta que mi boca casi le roza la oreja. El aroma de su champú me llena los pulmones, algo limpio y caro que me hace querer enterrar la cara en su cabello—. Creo que quieres saber qué se sentiría entrar a un lugar y adueñarte de él por completo.

Cuando me echo hacia atrás, sus mejillas están sonrojadas y sus labios, entreabiertos. Hay algo voraz en su mirada, algo que quiere ser liberado.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, retrocediendo para darle espacio —. De verdad.

—Bien. —La palabra sale neutra, educada, vacía. El mismo tono que probablemente usaba con los donantes del museo y los socios de Chase.

Esa amabilidad insípida me duele más de lo que debería. Ha vuelto a tratarme como a un extraño.

—¿No más ataques de pánico? —pregunto, y me arrepiento al instante cuando veo que su expresión cambia.

Su mano se congela a medio camino de su taza de café y algo se cierra en su mirada. —Eso fue hace días.

—Lo sé. Es que… —Me paso una mano por el cabello, frustrado conmigo mismo—. Perdón. No debí haberlo mencionado.

—No importa. —Pero su voz es más tensa ahora, más controlada —. Los ataques de pánico no duran mucho. Solo… necesito procesar.

—¿Procesar qué?

Ella toma un sorbo, y la porcelana choca contra sus dientes. —La sensación de que todos saben algo que yo no. Que hay una versión de mi vida que no se me permite ver.

Ahora entiendo lo que de verdad me carcome. La ropa informal es solo la superficie. Se ha estado envolviendo en telas sin forma durante días, pero es más que eso. Lo de anoche cambió algo entre nosotros. La forma en que me cuidó sin que se lo pidiera, la gentileza de su tacto cuando me limpió las heridas. Por primera vez desde que la traje aquí, me miró sin barreras.

Luego huyó. De vuelta a su habitación, de vuelta tras sus defensas, como si mi sangre en sus manos hubiese contaminado

algo puro.

—Así soy cuando me tienen cautiva.

—No. —Me acerco, observando cómo le salta el pulso en la garganta—. Así eres cuando te escondes. Quiero ver quién eres cuando no lo haces.

Deja su taza de café sobre el mármol con un clic de la porcelana. —¿Quiere vestirme como una muñeca?

—Quiero verte con ropa que esté a la altura del fuego en tu mirada. —Extiendo la mano y le recorro la mandíbula con un dedo. Ella no se aparta, pero se le corta la respiración—. Quiero verte recordar lo que se siente ser poderosa.

—¿Y si me niego?

—Entonces te niegas. Pero creo que tienes curiosidad. —Me inclino aún más, hasta que mi boca casi le roza la oreja. El aroma de su champú me llena los pulmones, algo limpio y caro que me hace querer enterrar la cara en su cabello—. Creo que quieres saber qué se sentiría entrar a un lugar y adueñarte de él por completo.

Cuando me echo hacia atrás, sus mejillas están sonrojadas y sus labios, entreabiertos. Hay algo voraz en su mirada, algo que quiere ser liberado.

—Una condición —dice al fin.

—Dime cuál.

—No más mentiras. Si le pregunto algo, me contesta con la verdad.

La petición me toma por sorpresa. La mayoría de la gente quiere dinero, favores, garantías de seguridad. Ella quiere la verdad. Estudio su rostro, sopesando las implicaciones. Hay cosas sobre esta situación, sobre mi familia, sobre lo que estoy sintiendo por ella que no estoy listo para admitir. Pero la forma en que me mira, como si me estuviera ofreciendo algo precioso…

—Trato hecho.

Veinte minutos después, Isabella baja de nuevo las escaleras con ese maldito vestido de seda gris de la gala, el que le ciñe las curvas como una segunda piel. Le queda demasiado ajustado; la tela se estira sobre su pecho y sus caderas de una forma que me seca la

boca. Lo combinó con unos sencillos tacones negros, y su cabello cae en ondas sueltas sobre sus hombros.

El vestido está hecho para alguien más menuda, alguien que no tiene las peligrosas curvas de Isabella. Pero, joder, la forma en que se le pega al cuerpo hace que se me crispe la verga en los pantalones.

Estamos en el asiento trasero de mi auto, rumbo a Manhattan. Ella se sienta a mi lado, cruzando y descruzando las piernas en ese ajustado vestido de seda. Cada vez que se mueve, la tela se tensa sobre sus muslos y tengo que obligarme a mirar por la ventanilla.

La ciudad pasa a toda velocidad como un borrón de cristal y acero, pero yo estoy más concentrado en la mujer que tengo al lado. Lleva el pelo recogido en un moño bajo y la luz de la tarde atrapa los hilos dorados de su cabello rubio. El vestido resalta la elegante línea de su cuello, la curva de sus clavículas, la turgencia de sus pechos, donde la seda se ciñe contra la tela.

—¿A dónde vamos exactamente? —pregunta mientras se baja el dobladillo del vestido.

—A un lugar donde te sentirás como en casa. —La ayudo a salir del auto frente a un edificio anodino en el Garment District. La acera está abarrotada de turistas y lugareños, pero mantengo mi mano posesivamente en la parte baja de su espalda mientras caminamos —. Confía en mí.

Tomamos un ascensor hasta el decimoquinto piso, donde las puertas se abren para revelar una sala de exposición privada. Unos ventanales que van del suelo al techo dan a la ciudad, y elegantes maniquíes exhiben piezas únicas. Una música suave suena desde unos altavoces ocultos y el aire huele a cuero caro y seda. Es el tipo de lugar al que vienen las celebridades cuando necesitan algo hecho a su medida.

—Señor Rosetti. —Un hombre distinguido de unos sesenta años se nos acerca, con un ligero acento europeo. Pelo plateado, camisa perfectamente planchada, el tipo de confianza que se obtiene tras vestir a mujeres poderosas durante décadas—. Todo está preparado tal y como lo solicitó.

Isabella mira a su alrededor, asimilando la sala de exposición privada, el champán esperando en copas de cristal, los percheros con ropa que parece pertenecer a un museo. —¿Usted organizó todo esto?

—No puedes estar usando la ropa que desecha Carmela para siempre. —Acepto dos copas de un asistente que ronda cerca y le ofrezco una. El champán está frío contra mis dedos, con burbujas que suben a la superficie como diminutas joyas—. Ese vestido no te queda bien.

Ella toma el champán, pero no bebe; lo sostiene como si fuera un accesorio. —Este vestido no tiene nada de malo.

—Tu cuerpo tampoco tiene nada de malo. Pero ese vestido no fue hecho para una mujer con tus curvas. —Dejo que mi mirada la recorra lenta, deliberadamente. La forma en que la seda se estira sobre sus caderas, la forma en que apenas puede contener sus pechos—. Mereces cosas que te queden como si estuvieran hechas para ti. Porque lo estarán.

El diseñador aparece con un montón de opciones. Vestidos de seda en tonos joya, suéteres de cachemira suaves como nubes, cuero que probablemente provenía de vacas italianas que vivieron mejor que la mayoría de los humanos. Todo a medida, todo perfecto, todo diseñado para hacer que una mujer se sienta como una reina.

—No sé por dónde empezar —dice Isabella, y por primera vez desde que la conozco, suena insegura.

—Empieza por lo que te llame la atención. —Me acomodo en un sofá bajo, con las piernas bien abiertas, listo para disfrutar del espectáculo. El cuero es suave como la mantequilla bajo mis manos y puedo verlo todo desde aquí. El probador, los espejos, la forma en que la luz juega sobre la tela cara—. Tenemos todo el día.

Desaparece en el probador con el diseñador, y yo bebo un sorbo de mi champán, esperando. La anticipación crece en mi pecho como un calor intenso y complejo. He comprado cosas para mujeres antes, pero nunca así. Nunca con la profunda satisfacción de saber que le estoy dando a alguien exactamente lo que necesita.

El primer conjunto que se prueba es un suéter de cachemira azul marino con pantalones a juego. Predecible. Aburrido. El tipo de cosa que usaría para una reunión de la junta de un museo. Se ve hermosa, pero contenida. Como si se estuviera escondiendo detrás de una tela cara.

—No —digo antes de que pueda preguntar—. Pruébate otra cosa.

El segundo es un vestido de cuero. Negro, ajustado, con una cremallera que va desde la garganta hasta el dobladillo. Sale y puedo ver cómo se mueve de manera diferente con él. Más segura, más consciente de su propio poder. Pero todavía no es el correcto.

—Mejor —digo con voz ronca—. Pero todavía no.

Desaparece de nuevo, y puedo oír el crujido de la tela, el susurro de la seda contra la piel. El asistente ronda cerca, rellenando mi champán, pero apenas me doy cuenta. Toda mi atención está centrada en el probador, en la mujer que está dentro.

Cuando sale por tercera vez, todo pensamiento coherente abandona mi cabeza.

El vestido de seda esmeralda se adhiere a sus curvas como si estuviera pintado sobre su cuerpo, fluyendo sobre ella de una manera que hace que se me ponga dura al instante. El color resalta el fuego de sus ojos, hace que su piel brille como si estuviera iluminada desde dentro. Se ve como todas las fantasías que he tenido, envuelta en una tela carísima.

—Joder… —susurro, dejando mi copa antes de que se me caiga. Aprieto las manos en puños para no abalanzarme sobre ella.

Se da la vuelta frente al espejo de tres vistas, estudiándose desde todos los ángulos. El vestido se mueve con ella, la seda susurrando contra la seda, y puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de su propio poder. Su espalda se endereza, su barbilla se eleva y, de repente, no solo está usando el vestido. Se adueña de él.

—Es hermoso —dice, con la voz suave por el asombro.

—Tú eres hermosa. —Me levanto, acercándome—. El vestido es solo el envoltorio.

Se encuentra con mi mirada en el espejo, y algo pasa entre nosotros. Algo eléctrico, peligroso y absolutamente inevitable. Mi

pulso se acelera y me muevo en el asiento, tratando de aliviar la presión que se acumula en mis pantalones.

—Me está mirando fijamente —dice, pero no hay acusación en su voz. Solo consciencia.

—No puedo evitarlo. —Me inclino hacia adelante, con los codos en las rodillas—. Estás jodidamente despampanante.

La palabra vulgar hace que sus mejillas se sonrojen, pero no aparta la vista. En cambio, pasa las manos sobre la seda, alisándola contra sus curvas. El gesto es inocente, pero hace que me hierva la sangre.

Un joven asistente se acerca con una bandeja de joyas, y lo observo con atención. Es apuesto de esa manera inofensiva, pero cuando se dispone a abrocharle un collar en el cuello a Isabella, sus dedos le rozan la piel. Se demoran más de lo necesario.

Cruzo la habitación antes de siquiera ser consciente de que me muevo.

—Ella no necesita ayuda —digo, con un tono lo suficientemente cortante como para que todos en la sala de exposición se queden helados.

Las manos del asistente retroceden de golpe, como si se hubiera quemado. —Por supuesto, señor. Solo estaba…

—Solo estabas yéndote. —No levanto la voz, no cambio mi expresión. Pero algo en mi tono lo hace retroceder tres pasos rápidos.

Isabella observa el intercambio con interés, con la cabeza ligeramente ladeada. —¿No es usted muy posesivo?

—¿Cuando se trata de ti? Por supuesto. —Me acerco más, hasta que estoy justo detrás de ella. Lo suficientemente cerca para ver su pulso agitarse en su garganta, para oler el sutil perfume que hace que se me haga agua la boca—. ¿Algún problema con eso?

—No dije que fuera un problema. —Su voz suena entrecortada, y puedo ver que me observa en el espejo—. Dije que era posesivo.

—Bien. Porque eres mía mientras estés conmigo. —Extiendo la mano y recorro con los dedos el escote del vestido, donde cae lo suficiente para mostrar la curva de sus pechos—. Y yo no comparto.

Ella se estremece con mi tacto, y puedo ver sus pezones endurecerse a través de la seda. La imagen hace que mi verga palpite contra mi cremallera, y tengo que reprimir el impulso de girarla y besarla hasta dejarla sin aliento.

—Nos llevaremos este —digo sin apartar la vista de su rostro—. Y cualquier otro que ella quiera probarse.

—Señor, eso es casi…

—No me importa lo que cueste. —Finalmente me giro para mirar al diseñador, que se ha puesto un poco pálido—. Empaque todo lo que ella elija. Envíelo a la dirección que le di.

Isabella me agarra la muñeca cuando me vuelvo hacia ella. —Matteo, esto es demasiado.

—No. —Cubro su mano con la mía, sintiendo el calor de su piel—. Esto es lo que te mereces. Seda, cosas hermosas y gente que sepa cómo tratarte bien.

—Usted me secuestró —susurra, con la voz tan baja que solo yo puedo oírla.

—Y ahora te estoy consintiendo. Soy así de complejo. —Me inclino más cerca, hasta que mi aliento agita los finos cabellos de su sien—. Vuelve a cambiarte. A menos que quieras volverme completamente loco.

—¿Eso es lo que está pasando? —Su voz es suave, burlona—. ¿Lo estoy volviendo loco?

—Sabes perfectamente lo que me haces. —Doy un paso atrás antes de hacer algo que escandalice al personal—. Cinco minutos, *bella*. Antes de que olvide que tenemos público.

Desaparece en el probador y me quedo allí de pie, con la sangre ardiendo y la verga dura como una piedra. El diseñador se ocupa con el papeleo, fingiendo que no acaba de presenciar a un secuestrador y su cautiva coqueteando como amantes.

Cuando Isabella sale, lleva de nuevo ese vestido de seda gris, pero algo ha cambiado. Ahora se mueve de otra manera, como si hubiera recordado algo importante sobre sí misma. La forma en que sostiene la cabeza, la postura de sus hombros, la seguridad en sus pasos.

—Haga que envíen todo hoy —le digo al diseñador.

Saco una pequeña caja de terciopelo del bolsillo de mi chaqueta, algo que le pedí a mi joyero que enviara esta mañana. Dentro hay un colgante de esmeralda, del mismo color que el vestido, que sus ojos cuando está enojada o excitada.

—Hace juego —digo, abrochándoselo alrededor del cuello. Mis dedos rozan la nuca y ella se estremece—. Algo que es tuyo.

Toca el colgante, con los ojos brillantes. —Gracias.

—No me des las gracias todavía. —La guío hacia la puerta, con mi mano posesiva en la parte baja de su espalda—. El día aún no ha terminado.

Al salir de la sala de exposición, veo nuestro reflejo en el escaparate. Está impresionante con esa seda gris, en cada centímetro la reina que nació para ser. Y yo soy el hombre que puede caminar a su lado, que puede ver a otros hombres desear lo que no pueden tener.

El viaje en el ascensor hacia abajo es silencioso, cargado de electricidad. Puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, puedo oler el sutil aroma de su excitación mezclado con un perfume caro. Me pican las manos por tocarla, por deslizar esa seda por sus muslos y descubrir si está tan húmeda como creo.

—¿Así que esta es su idea de un secuestro? —pregunta mientras nos acomodamos en el auto—. ¿Compras y champaña?

—No te acostumbres. —Me reclino en el asiento de cuero—. No siempre soy tan generoso.

—¿No? ¿Cómo es usted usualmente?

Estudio su rostro, la forma en que se ha relajado en los asientos de cuero, la forma en que el colgante refleja la luz en su garganta. —Peligroso.

—Lo noté. —Toma un sorbo de champaña de la botella que se enfría en el asiento trasero, pensativa—. Pero usted también es…

—¿Qué?

—Complicado. —Mira por la ventana la ciudad que pasa a toda velocidad—. Esperaba un monstruo. En cambio, encontré a un hombre.

—¿Decepcionada?

—Aterrada. —La palabra sale suave, honesta—. Es más fácil odiar a los monstruos.

La confesión me golpea en algún lugar profundo, un lugar que no sabía que todavía era vulnerable. Quiero decirle que no tiene que tenerme miedo, que nunca le haría daño. Pero eso sería una mentira. Ya le estoy haciendo daño con solo mantenerla aquí.

—Deberías tener miedo —digo en su lugar—. No soy de los buenos, Isabella.

—No. —Se vuelve para mirarme, con sus ojos verdes serios—. Pero tampoco es de los malos.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque los hombres malos no les compran collares de esmeraldas a las mujeres. —Toca el dije otra vez, sus dedos recorriendo la piedra lisa—. No cuidan a las personas cuando tienen ataques de pánico. No miran a las mujeres como si fueran tesoros en lugar de posesiones.

Las palabras quedan flotando entre nosotros, cargadas de insinuaciones. Quiero alcanzarla, quiero demostrarle exactamente el tesoro que es. Pero algo en su expresión me detiene.

No está lista para eso. Todavía no.

—Vuelva a preguntármelo en unas semanas —dice en voz baja—. Cuando me conozca mejor.

—¿Preguntarte qué?

—Si todavía cree que valgo toda esta molestia.

Lanzo la moneda una vez más y la atrapo en la palma de mi mano. El metal está tibio, familiar, pero no tan tibio como la mujer a mi lado. —Ya sé la respuesta a eso.

—¿Ah, sí?

En lugar de responder, me inclino hacia adelante y golpeo la mampara que nos separa del chofer. —Tome el camino largo a casa.

Ella no pregunta por qué. Simplemente se recuesta en el asiento de cuero, con la copa de champaña en la mano y el dije de esmeralda reflejando la luz. Y por primera vez desde que me la llevé, no estoy pensando en Chase ni en mi familia ni en la guerra que se está gestando entre nosotros.

Estoy pensando en la mujer a mi lado, y en las ganas que tengo de quedarme con ella.

14

Isabella

Las puertas del ascensor se cierran antes de que pueda cambiar de opinión.

El ascensor privado sube por el corazón de Manhattan, llevándome hacia algo que no estoy segura de estar lista para ver. Vidrio y cromo nos rodean, devolviéndome fragmentos de mi rostro. Llevo uno de mis conjuntos nuevos del día de compras de ayer: un vestido azul marino entallado que me queda como si estuviera hecho a medida, combinado con unos tacones que repiquetean contra el suelo de mármol a cada paso. Mi cabello cae en ondas sueltas sobre mis hombros, y el colgante de esmeralda que me dio ayer atrapa la luz en mi cuello.

Parezco pertenecer a este lugar. Como si estuviera exactamente donde elegí estar.

La mentira me pesa en el pecho, pero cada vez es más fácil de sobrellevar.

—No tenías que venir —dice Matteo por tercera vez desde que salimos de la casa de seguridad. Su mano encuentra la parte baja de mi espalda cuando llegamos al último piso, su contacto quemando a través de la tela de mi vestido. Ese toque posesivo que me calienta la piel y me acelera el pulso, incluso mientras me digo a mí misma que lo odio.

—Sí, tenía que hacerlo. —Me vuelvo para mirarlo, notando cómo sus ojos se oscurecen cuando se encuentran con los míos—. La última vez que me dejaste atrás, volviste a casa sangrando. No voy a quedarme sentada en esa casa preguntándome si estás vivo o muerto.

Algo parpadea en su rostro; sorpresa, tal vez, o algo más profundo.

—¿Preocupada por mí, *bella*?

—Me preocupa quedarme atrapada en medio de la nada sin forma de volver a casa si te pasa algo —miento, pero ambos sabemos que no es la verdad. La verdad es que verlo herido, limpiar sus heridas con mis propias manos, hizo que algo cambiara dentro de mí. Me hizo darme cuenta de que me importa más de lo que quiero admitir.

Su mano se desliza de mi espalda a mi cadera, sus dedos se abren posesivamente sobre la curva. El calor de su palma quema a través de la seda, y tengo que esforzarme por mantener mi respiración estable.

—No eres una prisionera —dice, su voz baja y áspera contra mi oído—. Pero eres mía. Actúa como tal.

Las palabras envían una espiral de calor a través de mí, y odio lo mucho que me gusta la forma en que lo dice. Lo mucho que me gusta pertenecer a alguien que me mira como si yo fuera algo precioso y peligroso, todo a la vez.

Las puertas del ascensor se abren con un suave susurro, revelando una recepción que grita dinero y poder. Obras de arte de buen gusto recubren las paredes, una iluminación estratégica crea una atmósfera de elegancia discreta, y la recepcionista detrás del elegante escritorio negro parece salida de una revista. Pero bajo la pulida superficie, puedo sentir algo más. Algo que hace que se me erice la piel, alerta.

Esta es la cara legítima del imperio Rosetti. La máscara que usan para el mundo exterior.

—Señor Rosetti —dice la recepcionista, su sonrisa nunca flaquea —. Sus hermanos lo esperan en la sala de conferencias.

La mano de Matteo se aprieta en mi cadera, y puedo sentir su tensión a través del simple roce. Me está trayendo al corazón de los

negocios de su familia, confiándome algo que nunca ha compartido con nadie fuera de los lazos de sangre. El peso de esa confianza me oprime el pecho.

La sala de conferencias es de vidrio y cromo, igual que el ascensor. Moderna y fría, con una vista de Manhattan que me hace sentir como si estuviera en la cima del mundo. El aire huele a cuero y café caro, con un trasfondo metálico que habla de negocios serios llevados a cabo a puerta cerrada. Dom Rosetti está sentado a la cabecera de la pulida mesa de caoba, su presencia imponente incluso en silencio. Es mayor que Matteo, más corpulento, con el tipo de autoridad que proviene de años de tomar decisiones de vida o muerte.

Cuando me mira, sus agudos ojos verdes son como el invierno.

—¿La traes aquí? —La voz viene de detrás de mí, y me vuelvo para ver a Rafe Rosetti en la puerta. Cabello oscuro, nariz rota, ojos azul hielo que cortan como el invierno, y una barba de un día que lo hace ver peligroso incluso en un traje caro. Pero no hay calidez en su expresión cuando me mira—. ¿La sangre de Chase?

Las palabras me golpean como un puñetazo. La sangre de Chase. No Isabella. Ni siquiera mi nombre. Solo un recordatorio de a quién pertenezco a sus ojos, lo que represento.

Matteo se acerca a mí, su cuerpo es un muro de calor a mi espalda. Puedo sentir la tensión que emana de él, la violencia apenas controlada que vive justo debajo de su encantadora superficie. Su mano se desliza hacia abajo para descansar en la base de mi columna, los dedos se abren posesivamente sobre la seda. El toque me envía una descarga eléctrica, me corta la respiración de una manera que espero que nadie más note.

—Ella no es él —dice, su voz cargada con una advertencia que hace que baje la temperatura—. Y está conmigo.

Me obligo a enderezarme, a encontrar la fría mirada de Dom sin pestañear. Años de galas de caridad y reuniones de juntas me han enseñado a proyectar una confianza que no siento, a sonreír cuando quiero correr. Pero esto es diferente. Esto es entrar en una guarida de depredadores y fingir que pertenezco a ella.

—Isabella Callahan —dice Dom, mi nombre rodando de su lengua como si estuviera probando su peso—. Es usted más pequeña de lo que esperaba.

—Tengo exactamente el tamaño que necesito tener —respondo, manteniendo mi voz firme. Las palabras salen con más fuerza de la que siento, y capto el destello de sorpresa en sus ojos.

La mano de Matteo se mueve hacia mi hombro, sus dedos aprietan suavemente. El toque envía una corriente eléctrica por mi columna, y tengo que esforzarme por no apoyarme en él. Cuando su pulgar roza la piel sensible de la base de mi cuello, justo encima del colgante de esmeralda, casi jadeo. La pequeña caricia se siente íntima, posesiva, y por la forma en que su respiración se profundiza detrás de mí, él sabe exactamente lo que me está haciendo.

—Está aquí porque insistió en estarlo. ¿Alguna pregunta?

El silencio se extiende entre ellos, cargado de una dinámica familiar que no comprendo. Las luces del techo proyectan sombras marcadas sobre la mesa de conferencias, resaltando la austera belleza del espacio. Todo aquí habla de poder, cuidadosamente contenido dentro de límites aceptables. Dom me estudia durante un largo momento, y casi puedo verlo catalogar cada detalle. La forma en que me porto, la ropa cara, el hecho de que no estoy acurrucada en un rincón.

A mi espalda, oigo cómo cambia la respiración de Matteo; se vuelve más profunda. Más controlada. Cuando miro por encima del hombro, sus ojos están clavados en los míos con una intensidad que hace que se me acelere el pulso. La forma en que me mira —como si quisiera devorarme entera— envía una oleada de calor que se extiende por lo bajo de mi vientre.

—No tengo preguntas —dice Dom finalmente—. Pero si esto sale mal, es tu responsabilidad.

El peso de esas palabras se asienta en la habitación, cargadas de implicaciones. Siento que los tres hombres me observan, me miden, decidiendo si valgo el riesgo que represento.

Un golpe en la puerta interrumpe lo que sea que Matteo pudiera haber dicho. Un hombre entra, y una energía nerviosa emana de él en oleadas. Es delgado, de facciones afiladas, con el tipo de ojos

que nunca se quedan quietos. Reconozco el tipo: un informante, alguien que intercambia información por protección o dinero.

—Señor Rosetti —dice, con la voz demasiado alta en la silenciosa habitación—. Tengo noticias sobre Chase Callahan.

Se me hiela la sangre. Sea lo que sea, sea cual sea la información que trae, es sobre mi tío. Sobre el hombre que me crio, que me dio todo lo que tengo.

El hombre saca un pequeño paquete, envuelto en papel marrón. —Esto llegó para usted. Un regalo, dijo.

La mano de Matteo se desliza por mi brazo y sus dedos se entrelazan con los míos. El contacto es cálido, tranquilizador, y me doy cuenta de que estoy temblando. —Tranquila —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo. La palabra es ronca, íntima, como una caricia en mi oído.

Dom toma el paquete, sopesándolo en sus manos. —¿De Chase?

—No directamente. Pero el mensaje fue claro. —Los ojos del informante se desvían hacia mí y luego se apartan rápidamente—. Quería que supiera que va en serio con lo de recuperar a su sobrina.

El mundo se me tambalea. Sé, con absoluta certeza, que lo que sea que haya en ese paquete está destinado a enviar un mensaje. Y sé, con igual certeza, que no quiero verlo.

Dom desenvuelve el paquete lenta, deliberadamente. Adentro hay una pequeña caja, del tipo que se usa para joyas. La abre, e incluso desde el otro lado de la habitación, puedo ver la mancha oscura en el interior de terciopelo. El olor metálico que noté cuando entramos por primera vez parece más fuerte ahora, más presente, como si la violencia siempre hubiera estado acechando justo debajo de la pulida superficie de esta habitación.

—Un dedo —dice Dom, con voz completamente inexpresiva—. Con un mensaje.

Saca una pequeña tarjeta y la lee en silencio. Cuando levanta la vista, sus ojos se encuentran con los míos. —El mensaje es para ti, Isabella. Dice: «Esto es lo que les pasa a los que olvidan sus lealtades. Vuelve a casa antes de que más gente salga herida».

La habitación da vueltas a mi alrededor. Mi tío, el hombre que me enseñó sobre arte y cultura y buenos modales, acaba de enviar un

dedo cercenado como mensaje. Acaba de amenazar con más violencia si no vuelvo con él.

¿Y la peor parte? Ni siquiera estoy sorprendida. La violencia no me escandaliza; siempre he sabido lo que acechaba bajo la superficie de nuestro mundo. Lo que me escandaliza es la farsa. La forma en que Chase envolvía la brutalidad en seda y la llamaba civilización. Al menos Matteo nunca fingió ser otra cosa que lo que es.

El pulgar de Matteo traza un recorrido sobre mis nudillos, un toque suave que me ancla al presente. Cuando lo miro, sus ojos arden con algo que parece furia. No hacia mí, sino por mí. Hacia el hombre que me crio para ser lo suficientemente ingenua como para creer en cuentos de hadas.

—Lo sabías —susurro—. Sabías qué clase de hombre era.

—Te lo dije —dice, su voz suave de una manera que me oprime el pecho—. Te dije que no era lo que pensabas.

El informante se aclara la garganta. —Hay más. Ha estado haciendo preguntas sobre las operaciones de los Rosetti. La banca, los transportes, los negocios legítimos. Está planeando algo grande.

La expresión de Dom se ensombrece. —¿Qué clase de algo?

—No lo sé. Pero se ha estado reuniendo con gente. Gente peligrosa. Y ha sido muy específico en que quiere a su sobrina de vuelta ilesa.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones. Chase no va a quedarse de brazos cruzados esperando a que vuelva a casa. Va a venir por mí, y va a herir a gente en el proceso.

—Fuera —le dice Dom al informante—. A la misma hora la semana que viene.

El hombre prácticamente sale corriendo de la habitación, dejándonos solos con el silencio y el olor a violencia. Miro fijamente la caja sobre la mesa, la evidencia de lo que mi tío es capaz de hacer. La prueba de que todo lo que creía saber sobre mi vida era mentira.

—Necesito un poco de aire —digo, pero mi voz sale mal. Temblando y débil.

—Isabella. —La mano de Matteo se aprieta sobre la mía, y cuando intento soltarme, no me deja—. Mírame.

Lo hago, y la expresión de sus ojos me deja sin aliento. No es lástima, no es condescendencia. Es algo crudo y voraz y completamente posesivo. Como si quisiera envolverme y mantenerme a salvo de toda la fealdad del mundo.

—Crecí en una casa donde la gente desaparecía —digo, sin romper el contacto visual—. Pero nunca me permití pensar a dónde iban.

Él aprieta la mandíbula, y puedo ver cómo se le contrae el músculo bajo la piel. El cuidadoso control que mantiene le está costando algo.

—Me decía a mí misma que se mudaban. Que encontraban nuevos trabajos. Que empezaban nuevas vidas. —Me río, pero no hay ni una pizca de humor en ello—. Fui tan ingenua.

—Eras una niña —dice, la voz áspera con algo que podría ser ternura—. Sobreviviste de la única manera que pudiste.

—Engañándome a mí misma. —Me le acerco, lo suficiente para ver las motas doradas en sus ojos, para sentir el calor que irradia de su piel—. Fingiendo que el hombre que me crio no era un monstruo.

Su mano libre se alza para acunar mi rostro, su pulgar recorriendo mi pómulo. El contacto es suave, casi reverente, y hace que algo dentro de mí se quiebre. —Él es un monstruo. Pero eso no significa que tú lo seas.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que deberían. Lo miro, a este hombre peligroso que me secuestró y que tiene todas las razones para verme como nada más que una moneda de cambio. Pero la forma en que me mira ahora, como si fuera algo precioso, algo digno de protegerse…

—Ya no sé quién soy —susurro.

—Eres Isabella —dice simplemente—. Eres brillante y fuerte, y lo suficientemente valiente como para estar en una habitación llena de asesinos sin pestañear. —Su pulgar se mueve para delinear mi labio inferior y se me corta la respiración—. Eres la mujer que me curó cuando estaba sangrando. La mujer que se preocupó lo suficiente por mí como para exigir venir hoy aquí.

—Matteo…

—Eres mía —dice, su voz bajando a ese susurro áspero que hace que mis rodillas se ablanden—. Has sido mía desde el momento en que te vi. La única pregunta es si estás lista para admitirlo.

Debería decir que no. Debería alejarme, mantener la distancia que he estado tratando de reconstruir. Pero aquí, de pie, con sus manos sobre mí y sus ojos ardiendo de necesidad, no puedo recordar por qué estaba luchando contra esto.

En cambio, me inclino hacia su contacto, dejando que mi cuerpo se presione contra el suyo. El contacto envía una descarga eléctrica a través de mí, y puedo sentir su brusca inhalación. Puedo ver la forma en que sus pupilas se dilatan de deseo.

—Tengo miedo —admito, con las palabras apenas audibles.

—¿De mí?

Niego lentamente con la cabeza. —De lo que siento cuando te miro. —La confesión se me escapa antes de poder detenerla, cruda y honesta—. De lo mucho que me gusta cuando eres peligroso.

El sonido que hace está entre un gruñido y un gemido. Su mano se cierra en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás, y por un momento pienso que va a besarme aquí mismo, delante de sus hermanos.

En cambio, se aparta lo justo para mirarme a los ojos, y su sonrisa es peligrosa y despiadada.

Por un instante, nos quedamos mirándonos. Puedo oler su colonia, algo oscuro y caro que me marea. Mis ojos recorren la fuerte línea de su mandíbula, la forma en que el pulso le salta en la garganta, la forma en que sus labios están ligeramente entreabiertos como si luchara por mantener el control. Quiero que me bese más de lo que he deseado nada en mi vida, y odio que se esté conteniendo. Odio que me haga esperar, que me haga anhelar algo que ni siquiera puedo admitir que quiero.

Y entonces su boca se estrella contra la mía con un hambre que me roba el aliento. El beso es desesperado, consumidor, lleno de semanas de tensión y necesidad y del tipo de deseo crudo que quema todo lo demás. Su lengua se adentra en mi boca, reclamándome con una minuciosidad que hace que mis rodillas se ablanden. Puedo saborear el café que compartimos esta mañana,

algo oscuro y embriagador que es puramente él, la peligrosa promesa de lo que está por venir.

Mis manos se aferran a su camisa, atrayéndolo más cerca, y él emite un sonido contra mi boca que es pura posesión. Pura necesidad. El beso se profundiza, se convierte en algo salvaje y desesperado e inapropiado para el lugar donde estamos.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Su frente descansa contra la mía y puedo ver el fuego ardiendo en sus ojos. La posesión, la necesidad de poseerme en todos los sentidos importantes.

—Cristo —resuella, con la voz destrozada—. Lo que me haces.

Detrás de nosotros, alguien se aclara la garganta y la realidad vuelve a imponerse. Estamos en medio de la sala de juntas de su familia, acabamos de besuquearnos como adolescentes mientras sus hermanos miraban.

Pero cuando me vuelvo para mirar a Dom y Rafe, ninguno de los dos parece sorprendido. La expresión de Dom es indescifrable, pero Rafe sonríe con suficiencia, como si acabara de ganar una apuesta.

—Bueno —dice Rafe, con voz seca—. Eso responde a la pregunta.

Mis mejillas arden de vergüenza, pero Matteo no me deja alejarme. Su brazo se aprieta alrededor de mi cintura, manteniéndome presionada contra su costado. Reclamándome frente a su familia sin disculparse.

—Deberíamos irnos —dice, su voz todavía áspera por la necesidad —. Tengo planes para el resto de la tarde.

La forma en que lo dice, la promesa en su voz, hace que el calor se acumule entre mis muslos. Sé exactamente a qué tipo de planes se refiere y, Dios me ayude, yo también los quiero.

Quiero que me lleve a casa y termine lo que acabamos de empezar. Quiero que elimine hasta la última barrera entre nosotros hasta que no quede nada más que piel y calor y el tipo de honestidad que solo llega en la oscuridad.

Quiero que me haga olvidar todo excepto la forma en que dice mi nombre como una oración.

15

Matteo

El trayecto de regreso al piso franco es silencioso, pero es un silencio distinto al de antes. Eléctrico. Cargado. Isabella está sentada a mi lado, con la mano apoyada en el asiento entre nosotros, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia de su piel. El beso en mi despacho aún arde entre nosotros, crudo, desesperado y completamente jodidamente adictivo.

Quiero tocarla. Quiero atraerla por el asiento hasta mi regazo, quiero hundir la cara en su cuello y aspirar su aroma hasta que sea lo único en mis pulmones. Pero me obligo a esperar. A dejar que la anticipación crezca hasta que ambos temblemos con ella.

Ella está en silencio, mirando por la ventanilla los árboles que se desdibujan en la oscuridad. Pero la sorprendo observándome en el reflejo, con sus ojos verdes oscuros de deseo. La imagen hace que mi polla palpite contra la cremallera.

—Estás pensando demasiado —digo con voz ronca.

—¿Ah, sí? —Se vuelve para mirarme, y el ardor de su mirada casi me para el corazón—. ¿En qué estoy pensando?

—En lo mucho que quieres que te toque. —Juego con la moneda entre mis dedos; el metal está tibio por mi piel—. En lo mucho que quieres que termine lo que empezamos en ese despacho.

Se le corta la respiración y veo cómo le salta el pulso en la garganta. —¿Eres terriblemente confiado.

—Tengo razón. —Atrapo la moneda y me la guardo en el bolsillo—. Y tú lo sabes.

El piso franco aparece entre los árboles, todo cristal, acero y sombras. Entro en el camino de entrada circular, pero ninguno de los dos se mueve para salir. El aire en el coche se siente espeso, cargado de todo lo que no decimos.

—Isabella. —Su nombre sale como una plegaria, como una promesa—. Mírame.

Se vuelve y lo veo todo en sus ojos. El miedo, el anhelo, la necesidad desesperada que ha estado intentando ocultar. Es un reflejo de todo lo que siento, de todo contra lo que he luchado desde el momento en que me la llevé.

—Necesito que sepas algo —digo, con la voz firme a pesar del caos en mi pecho—. Lo que pase a continuación, es tu decisión. Si dices que pare, paro. Si dices que no, me alejo. Pero si dices que sí…

—¿Qué pasa si digo que sí? —Su voz es apenas un susurro.

—Entonces te haré mía. Completamente. En todos los sentidos que importan. —Me acerco y mis dedos trazan la línea de su mandíbula—. Y no te dejaré ir. Nunca.

Se apoya en mi caricia, sus ojos se cierran con un aleteo. Cuando los vuelve a abrir, brillan con lágrimas y deseo y algo que parece rendición.

—Creí que me darías más miedo —dice en voz baja—. Pero no es así.

—¿Por qué no?

—Porque nunca me mentirías. Es más de lo que puedo decir de cualquier otra persona en mi vida.

Las palabras atraviesan como una cuchilla los muros que con tanto cuidado he levantado. Ella me ve. Me ve de verdad. No el apellido Rosetti ni la reputación ni la máscara cuidadosamente construida que llevo para todos los demás. Ve al hombre que hay debajo, y no huye.

Por Dios, ¿qué me está haciendo esta mujer? He pasado toda mi vida perfeccionando el arte de mantenerme distante, de mantener a todo el mundo a raya. Pero con ella, todas mis defensas se desmoronan.

Salgo del coche y voy hacia su lado, abriéndole la puerta como el caballero que mi madre crio. Ella toma la mano que le ofrezco, y el contacto me envía una descarga eléctrica por el brazo. Para cuando llegamos a la puerta principal, ambos respiramos con dificultad.

Dentro, el piso franco se siente diferente que antes. El aire de verano es espeso y húmedo, y trae el aroma de los pinos y del lago lejano a través de las ventanas abiertas. La suave iluminación lo baña todo en un tono dorado, haciendo que el espacio se sienta íntimo en lugar de frío. Puedo oír el coro de las cigarras afuera, su canto mezclándose con la suave brisa nocturna que agita las cortinas.

Le sirvo una copa de vino, el cristal atrapando la luz de la lámpara, pero ella no la toma. Se queda ahí de pie, mirándome, con su vestido azul marino ceñido a sus curvas, su pelo cayendo en suaves ondas sobre sus hombros. El colgante de esmeralda que le di ayer capta la luz en su garganta, un destello verde que combina con sus ojos. La visión de ella en mi espacio, rodeada del aroma del verano y la luz de las velas, me oprime el pecho con algo que no puedo nombrar.

—Me asustas de todas las formas equivocadas —dice en voz baja.

Dejo el vino y me muevo hacia ella, lento y deliberado. —Entonces dime que no te toque.

No lo hace.

La alcanzo, mis manos se posan en su cintura, y no se aparta. Al contrario, se acerca más, hasta que apenas queda un centímetro entre nosotros. Puedo sentir el calor de su cuerpo, oler el dulce aroma de su piel.

—Isabella. —Su nombre es un gruñido en mis labios—. Dime qué quieres.

—Quiero… —Traga con fuerza, sus manos suben hasta apoyarse en mi pecho—. Quiero que me hagas olvidar todo excepto esto. Excepto a ti.

Ese es todo el permiso que necesito.

La beso, lento, profundo y concienzudo, vertiendo semanas de anhelo y necesidad en el contacto. Ella se derrite contra mí, sus manos se aferran a mi camisa, y puedo saborear el vino en sus

labios, el deseo que ha ido creciendo entre nosotros desde el momento en que me la llevé.

—Arriba —respiro contra su boca—. Te quiero en mi cama.

Ella asiente, y le tomo la mano, guiándola escaleras arriba hacia el dormitorio principal. El espacio está oscuro, excepto por la luz de la luna que entra a raudales por las ventanas, pero no enciendo las luces. No quiero que nada rompa el hechizo que nos envuelve.

Me volteo hacia ella y mis manos van al cierre de su vestido. El metal está tibio por su piel y puedo sentir su pulso acelerado bajo las yemas de mis dedos. —¿Estás segura?

—Sí. —La palabra sale entrecortada, desesperada—. Sí, Matteo. Por favor.

La confianza en su voz, la forma en que se rinde a mí por completo, abre algo dentro de mi pecho. He tenido mujeres antes, incontables mujeres, pero ninguna me había mirado como lo hace Isabella. Como si valiera la pena el riesgo.

Bajo el cierre lentamente, mis nudillos rozando su columna vertebral. El vestido azul marino susurra hasta el suelo y se amontona a sus pies en un círculo de tela estructurada. Se estremece y puedo sentir su pulso acelerado bajo mi tacto. La habitación está cálida por el calor del verano, pero de todos modos se le pone la piel de gallina en los brazos.

El vestido se amontona a sus pies, dejándola vestida solo con la lencería de encaje verde que le compré. La imagen me detiene el corazón. Se ve dorada bajo la luz de la lámpara, su piel sonrosada, cada curva perfecta y mía para adorarla.

—Joder —respiro, mis ojos devorando cada centímetro de ella—. Eres perfecta. Tan jodidamente perfecta.

Trazo el borde del encaje con la yema de mi dedo, observando cómo su piel se sonroja de deseo. Está temblando, pero no de miedo. De anhelo. De necesidad. Con la misma hambre desesperada que me ha estado carcomiendo desde que la tomé.

La suavidad del encaje contrasta con el calor de su piel debajo. Puedo sentir los latidos de su corazón a través de sus costillas, puedo oler el sutil perfume que me vuelve loco mezclado con el aroma de su excitación.

—Tu turno —susurra ella, con las manos en los botones de mi camisa.

Dejo que me desvista, sus dedos cuidadosos y reverentes mientras me quita la tela de los hombros. Cuando traza la cicatriz en mi pecho, la que vendó hace solo unos días, tengo que reprimir un gemido.

—Has pasado por un infierno —dice en voz baja.

—Todavía lo estoy pasando. —Las palabras salen ásperas, honestas.

Ella se acerca más y presiona un beso sobre la cicatriz. —Entonces no lo pases solo.

La dulzura en su voz, la aceptación, abre algo dentro de mi pecho. Nunca nadie me había mirado como ella lo hace. Como si valiera la pena salvarme. Como si valiera la pena amarme.

La levanto y la pongo sobre la cama; las sábanas frías contra nuestra piel sobrecalentada. Está extendida debajo de mí como un festín, toda piel dorada y encaje verde y ojos que arden de deseo. La luz de la luna que entra por las ventanas pinta patrones plateados sobre su cuerpo, y yo me inclino para besarle el cuello, la clavícula, la curva de sus senos por encima del encaje.

La habitación huele a su perfume y al aire nocturno que entra por las ventanas. Puedo saborear la sal en su piel, sentir el rápido aleteo de su pulso bajo mis labios.

—Dios, las cosas que quiero hacerte —murmuro contra su piel—. Las formas en que quiero hacerte mía.

—Dime —jadea, arqueando la espalda mientras la beso más abajo —. Dime qué quieres.

—Quiero adorar cada centímetro de ti —digo, con la voz áspera por la necesidad—. Quiero hacerte venir tan fuerte que olvides tu propio nombre. Quiero marcarte, reclamarte, asegurarme de que nunca olvides a quién le perteneces.

Gime, sus manos se enredan en mi pelo mientras la beso bajando por su cuerpo. Me tomo mi tiempo, memorizando el sabor de su piel, los sonidos que hace, la forma en que responde a mi tacto. Cuando llego al borde de sus bragas, la miro, mis ojos oscuros con una promesa.

—Mía —gruño, y ella no dice nada, solo asiente frenéticamente.

Le quito el encaje y le abro más los muslos, deleitándome con su vista. —Mírate —gruño, con la voz áspera por el hambre—. Ya tan mojada para mí. Este coñito lindo está goteando, y ni siquiera te he tocado todavía.

Ella gimotea, sus caderas se levantan hacia mí, y la sujeto con manos firmes sobre sus muslos.

—Dime qué quieres —exijo, con mi aliento caliente contra su piel —. Dime exactamente qué quieres que te haga.

—Quiero tu boca —jadea, con las mejillas sonrojadas—. Quiero que me pruebes.

—Joder, sí. —Me inclino, arrastrando mi lengua por su humedad en una caricia larga y lenta. Ella grita, su espalda se arquea y se despega de la cama—. Sabes a gloria, nena. Podría comerme este dulce coño durante horas.

La devoro como un hombre hambriento, mi lengua trabajando su clítoris mientras deslizo dos dedos profundamente dentro de ella. Está tan apretada, tan caliente, apretándose a mi alrededor como si nunca quisiera dejarme ir.

—Dios, Matteo —resuella, sus manos se cierran en mi pelo—. No pares. Por favor, no pares.

—Nunca —gruño contra ella—. Voy a hacer que te vengas en mi lengua, y luego voy a follarte hasta que no puedas recordar ni tu propio nombre.

Encorvo los dedos, encontrando ese punto perfecto que la hace gritar. Sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza, y puedo sentir que se está acercando, su cuerpo tensándose.

—Córrete para mí —ordeno, con la voz ahogada contra su coño—. Córrete por toda mi cara, nena. Déjame sentir cómo te deshaces.

Se hizo añicos; su orgasmo se estrelló sobre ella como un maremoto. La ayudo a superarlo, lamiendo cada gota de su dulzura hasta que queda laxa y jadeando debajo de mí.

—Hermosa —respiro, subiendo por su cuerpo a besos—. Tan jodidamente hermosa cuando te vienes.

Me acomodo entre sus muslos, mi verga dura y adolorida contra su entrada. Todavía está temblando por su clímax, sus pupilas

dilatadas por el placer.

—Dime que quieres esto —digo, con la voz tensa por el control—. Dime que quieres mi verga dentro de ti.

—Sí —jadea, clavándome las uñas en los hombros—. Te quiero dentro de mí. Quiero sentir cómo me abres.

—Mierda. —La penetro lentamente, observando su rostro mientras la lleno centímetro a centímetro. Está tan apretada que es casi doloroso; sus paredes me sujetan como un tornillo de banco—. Tu coño se siente como seda alrededor de mi verga. Tan húmedo, caliente y perfecto.

Cuando estoy completamente dentro de ella, hago una pausa para darle tiempo a que se acostumbre. Jadea debajo de mí, con sus ojos verdes oscurecidos por el deseo.

—Eres tan grande —susurra, con la voz llena de asombro—. Puedo sentirte en todas partes.

—Bien. —Empiezo a moverme, lento y profundo, observando su rostro mientras la desarmo—. Quiero que me sientas por días. Quiero que recuerdes exactamente cómo te hice mía.

Aumento el ritmo, embistiéndola más fuerte, más profundo. El sonido de nuestros cuerpos al unirse llena la habitación, piel contra piel, sus suaves gemidos mezclándose con mis roncos gruñidos.

—Mírame —ordeno, y sus ojos se abren de golpe—. Quiero que veas quién te está haciendo sentir tan bien. Quién está estirando este coñito apretado.

—Tú —jadea, arqueando el cuerpo bajo el mío—. Solo tú.

—Así es, nena. Este coño me pertenece ahora. —Me inclino, con mi boca caliente contra su oreja—. Dilo. Dime a quién le perteneces.

—Te pertenezco —gime, mientras sus paredes se contraen a mi alrededor—. Soy tuya, Matteo.

—Joder, sí. —La embisto con más fuerza, perdiendo el control—. Mía. Toda mía. Nadie más puede tocarte, probarte, hacerte venir. Solo yo.

Siento que está a punto de llegar de nuevo, su cuerpo se tensa debajo de mí. Llevo mi mano entre nosotros, mi pulgar encuentra su clítoris y lo rodea con firme presión.

—Córrete conmigo —gruño, mientras mis embestidas se vuelven erráticas—. Quiero sentir cómo te vienes en mi verga. Quiero sentir cómo este coño me ordeña hasta dejarme seco.

Grita mi nombre mientras se viene, sus paredes apretándome como un tornillo de banco. La sensación me empuja al límite, y me entierro profundo mientras la sigo al abismo, mi orgasmo arrasando dentro de mí como un incendio forestal.

—Por Dios —jadeo, con mi frente pegada a la suya. El sudor gotea entre nosotros, nuestros cuerpos resbaladizos y sobrecalentados a pesar de la brisa de verano que entra por las ventanas abiertas—. Esto fue… joder, Isabella. Vas a ser mi perdición.

Nunca sentí nada como esto. Nunca perdí el control tan completamente con una mujer. Darme cuenta de esto debería hacerme huir, pero en cambio, me hace querer más. Me hace querer meterme bajo su piel y no irme nunca.

Ella traza la cicatriz de mi pecho con dedos suaves, y le tomo la mano, presionándola contra mi corazón acelerado. —¿Sientes eso? —pregunto, con la voz ronca por una emoción que no estoy acostumbrado a mostrar—. Tú me provocas esto. Nadie más ha…

No puedo terminar la frase. No puedo admitir cuán completamente me ha destrozado. Pero ella lo ve de todos modos, esos ojos verdes se suavizan con comprensión.

—Lo sé —susurra—. Yo también lo siento.

Las cigarras zumban afuera, mezclándose con el sonido lejano del agua lamiendo la orilla. La habitación huele a sexo y a su perfume, y quiero memorizar cada detalle. La forma en que su cabello se abre en abanico sobre la almohada, el sonrojo que cubre su piel, la forma en que me mira como si yo fuera algo precioso en lugar de peligroso.

Debería estar satisfecho. Debería estar listo para abrazarla y dormir. Pero verla debajo de mí, ver la forma en que su cuerpo responde al mío, siento que mi verga se agita de nuevo. La imagen de ella extendida en mis sábanas, marcada con mi tacto, es lo más adictivo que he visto en mi vida.

—Mierda —respiro, sorprendido por mi propia recuperación—. Mira lo que me haces.

Ella baja la mirada y me ve endureciéndome de nuevo, sus ojos se abren como platos. —¿Ya?

—¿Te sorprende? —Le muerdo el cuello, saboreando a sal y a Isabella—. Llevo semanas deseándote. Una vez no es ni de cerca suficiente.

La seguridad en mi voz enmascara la conmoción que siento. Tengo veintinueve años, no soy un adolescente que no puede controlarse. Pero con ella, todo mi control habitual es inútil.

—Date la vuelta —ordeno, mi voz ronca por un deseo renovado—. Quiero tomarte por detrás. Quiero ver cómo mi verga desaparece en tu coño.

Se pone a cuatro patas, ofreciéndose a mí, y la visión casi me detiene el corazón. Paso mis manos por la curva de su culo, apretando y amasando.

—Mírate —gruño, posicionándome en su entrada—. Tan jodidamente perfecta. Este culo, este coño, todo mío.

Me deslizo dentro de ella de nuevo, y ambos gemimos ante la sensación. Este ángulo se siente diferente, más profundo, y puedo verlo todo. La forma en que su cuerpo se estira para acomodarme, la forma en que empuja hacia atrás contra mí, desesperada por más.

—Más duro —suplica, con la voz ahogada por la almohada—. Por favor, Matteo. Lo necesito más duro.

—Pequeña codiciosa —río entre dientes, pero le doy lo que quiere. Mis manos se aferran a sus caderas mientras la embisto, el sonido de nuestros cuerpos chocando resuena por la habitación—. Te encanta esto, ¿verdad? Te encanta que te follen así.

—Sí —grita, su cuerpo temblando con cada embestida—. Dios, sí. No pares.

La rodeo con el brazo, mis dedos encuentran su clítoris de nuevo. —Córrete para mí una vez más —exijo—. Quiero sentir cómo te deshaces en mi verga otra vez.

Se viene con un grito que es casi un alarido, su cuerpo convulsionando a mi alrededor. La sigo al abismo, mi orgasmo me golpea como un tren de carga mientras me vacío dentro de ella.

Nos derrumbamos juntos sobre las sábanas, ambos con la respiración agitada, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor. El

aire de verano se desliza por nuestra piel, enfriando el calor que hemos generado. Ella está acurrucada a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho, y puedo sentir su corazón latir contra el mío.

La habitación está en silencio, excepto por nuestras respiraciones entrecortadas y el sonido lejano del agua contra la orilla. La luz de la luna entra a raudales por las ventanas, bañando todo en plata. Trazo patrones perezosos en su hombro desnudo, mis dedos aún tiemblan ligeramente por la intensidad de lo que acaba de suceder.

Esto no es solo sexo. Es algo completamente diferente. Algo que puso mi mundo cuidadosamente ordenado de cabeza y me hizo cuestionar todo lo que creía saber sobre mí mismo.

Yacemos allí después, con la respiración agitada, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor. Ella está acurrucada a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho, y puedo sentir su corazón latir contra el mío. Trazo patrones perezosos sobre su hombro desnudo, sin querer romper el hechizo.

—No sabía que podía sentirse así —susurro en la oscuridad—. Como si estuvieras dentro de mi puto pecho.

Ella levanta la cabeza para mirarme, sus ojos suaves con algo que se asemeja al amor. —¿Y ahora qué pasa?

—¿Ahora? —La atraigo hacia mí, posesivo y protector—. Ahora eres mía. Y yo soy tuyo. Sea lo que carajos signifique eso.

Ella traza la cicatriz de mi pecho, su tacto suave y reverente. —Significa que lo resolveremos juntos.

—Juntos —repito, la palabra extraña en mi lengua. Nunca he hecho nada «juntos». Nunca he querido. Pero con ella, todo es diferente—. Puedo vivir con eso.

Ella sonríe y se acomoda de nuevo contra mi pecho. La observo hasta que su respiración se acompasa, hasta que se duerme en mis brazos. La moneda de plata yace en la mesita de noche, olvidada. No la he tocado en toda la noche, no he necesitado el consuelo familiar del metal girando entre mis dedos.

Por primera vez en mi vida, no necesito la distracción. No necesito la barrera. Tengo todo lo que necesito aquí mismo, cálida y suave y mía. La mujer que ve a través de todas mis mentiras y aun así me quiere.

Pero mientras yazco allí en la oscuridad, escuchando los sonidos de la noche a través de las ventanas, abrazándola, no puedo quitarme la sensación de que esta es la calma antes de la tormenta. De que lo que sea que venga después intentará destruirnos.

No funcionará. No lo permitiré.

Isabella es mía ahora. Y yo protejo lo que es mío.

Sin importar lo que cueste.

16

Isabella

La pesadilla me desgarra como si fueran garras, arrastrándome a la oscuridad donde los rostros se desdibujan y las voces susurran secretos que no puedo entender. Corro por pasillos familiares que se alargan hasta el infinito, las puertas se cierran de golpe detrás de mí y el sonido resuena como disparos. La voz de Chase me persigue, prometiendo consecuencias de las que no puedo escapar.

Entonces, una calidez me envuelve. Unos brazos fuertes me atraen hacia un pecho firme, una voz grave que murmura palabras que no logro distinguir. El pánico se disuelve, reemplazado por algo seguro y dolorosamente familiar.

—Shh, *bella*.

La palabra flota en mi consciencia, pronunciada en un idioma que no entiendo, pero que de alguna manera reconozco. Estoy atrapada entre el sueño y la vigilia, la consciencia va y viene como la marea. Un pulgar me acaricia la mejilla, secando lágrimas que no sabía que derramaba.

Más palabras en italiano, suaves y reconfortantes. Capto «sicura» y «qui», pero el significado se me escapa como agua entre los dedos. Aun así, el tono es suficiente. Tierno. Protector. Una voz que conozco, incluso a través de la neblina del duermevela.

Su sonido tira de algo enterrado en mi memoria. Esta voz, estas manos, esta sensación de que me abracen. Es familiar de una

manera que me oprime el pecho.

—Estás a salvo. Estoy aquí.

Esas palabras son en inglés, ásperas por el sueño y por algo más profundo. Salgo a la superficie lentamente, aferrándome a la seguridad de esos brazos, al ritmo constante de la respiración bajo mi mejilla. La realidad se filtra poco a poco. El aroma de su colonia. La calidez de su piel. El peso sólido de su presencia. La luz de la mañana se filtra por las cortinas, bañándolo todo en un tono dorado. El aroma de una colonia cara y de algo singularmente masculino llena mis pulmones, y me doy cuenta de dónde estoy.

El pecho de Matteo sube y baja bajo mi mejilla, su corazón late firme y fuerte. Un brazo me rodea la cintura, sujetándome con fuerza, mientras su otra mano descansa en mi cabello. Como si lo hubiera estado acariciando mientras yo dormía.

Como si me hubiera estado consolando.

La revelación me cae como un balde de agua fría. Me quedo completamente quieta, procesando los fragmentos de recuerdos que flotan en mi mente. Un toque suave en la oscuridad. Palabras suaves en italiano. La sensación de que me abrazaran mientras los sueños se convertían en pesadillas.

Ya ha hecho esto antes.

El recuerdo aflora sin ser llamado: despertarme brevemente en mitad de la noche, con unos brazos fuertes a mi alrededor, alguien susurrando que todo estaba bien. Había pensado que era parte del sueño, que mi subconsciente creaba el consuelo que necesitaba. Pero la almohada a mi lado está ligeramente hundida y hay un vaso de agua en la mesita de noche que no estaba ahí cuando me fui a dormir.

¿Cuántas noches ha venido a mí? ¿Cuántas veces me ha abrazado durante los terrores que mi mente crea?

Intento apartarme sin despertarlo, pero su brazo se tensa a mi alrededor de inmediato. Su respiración cambia, se vuelve más alerta y me doy cuenta de que ha estado despierto todo el tiempo.

—Estás bien —murmura él, con la voz áspera por el sueño, pero sus ojos son agudos cuando se encuentran con los míos.

—Has estado haciendo esto —las palabras salen como un susurro —. Todas las noches.

No lo niega, no intenta poner excusas. Solo me mira con esos ojos oscuros que ven demasiado. —¿Lloras en sueños.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Habría importado? —Su mano se mueve para ahuecar mi cara, el pulgar trazando la línea de mi pómulo—. Estabas sufriendo. Lo arreglé.

La sencillez de sus palabras rompe algo dentro de mi pecho. No lo hizo para recibir reconocimiento o gratitud. Lo hizo porque yo sufría y él no podía soportar verlo.

—No te entiendo —susurro.

—¿Qué es lo que no entiendes? —su pulgar se mueve para delinear mi labio inferior y siento que ese calor familiar comienza a crecer—. Eres mía. Cuido lo que es mío.

La posesividad en su voz debería enojarme. Debería hacer que me apartara, que le recordara que me pertenezco a mí misma. En cambio, envía electricidad por mis venas, me hace presionar más contra la calidez de su cuerpo.

—Viste cada parte rota de mí —digo, la confesión arrancada en carne viva de mi garganta—. Y te quedaste.

—Claro que carajo me quedé —las palabras son feroces, seguras —. ¿Creíste que saldría corriendo porque tienes pesadillas?

Algo se quiebra dentro de mí ante la cruda honestidad de su voz. Todos los muros que he construido, toda la cuidadosa distancia que he mantenido, se desmoronan frente a su firme presencia. Me ha visto en mis momentos más débiles y vulnerables, y no se fue. No lo usó en mi contra.

Solo me abrazó.

—Matteo —su nombre sale roto, necesitado.

—Lo sé, *bella* —su frente toca la mía y puedo sentir su aliento cálido contra mis labios—. Lo sé.

Esta vez, cuando me besa, no hay desesperación. Ni reclamo ni conquista. Solo una ternura que me duele en el pecho y hace que mis ojos ardan con lágrimas no derramadas. Su boca se mueve

contra la mía como si estuviera memorizando el sabor, la sensación, la forma en que respondo a su toque.

Mis manos se hunden en su cabello, atrayéndolo más cerca, y él emite un sonido profundo en su garganta que va directo a mi centro. El beso se profundiza, se convierte en algo hambriento, desesperado y real. No se trata de poder o control, sino de conexión. De dos personas que han encontrado en el otro algo que no sabían que estaban buscando.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Sus ojos oscuros buscan en mi rostro algo que no estoy segura de saber cómo dar.

—No dejes de mirarme —susurro, las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

Sus pupilas se dilatan y, de repente, su boca está de nuevo sobre la mía, más fuerte esta vez. Más exigente. Sus manos se deslizan por mi cuerpo y me arqueo ante su tacto como si estuviera hambrienta de él.

—Ni siquiera sabes lo que me provocas —gruñe contra mi garganta, con la voz áspera por el deseo—. Andando por ahí con mi ropa, mirándome como si no estuvieras segura de si quieres huir o dejar que te joda hasta dejarte sin sentido.

Las crudas palabras envían calor directo a mi centro. Se me corta la respiración y siento que mi cuerpo responde de maneras que deberían avergonzarme, pero que solo me hacen desear más.

—Sé exactamente lo que quiero —susurro.

—¿Ah, sí? —Su mano se desliza más abajo, las yemas de sus dedos trazando patrones en mi muslo desnudo—. Dímelo.

—A ti. —La palabra sale como un gemido cuando muerde suavemente el punto donde late mi pulso—. Te quiero a ti.

La confesión parece quebrar algo en él. Sus manos se vuelven más exigentes, más posesivas, y de repente estoy boca arriba con él cerniéndose sobre mí. La luz de la mañana resalta el oro de su cabello, los planos afilados de su rostro, y parece algo esculpido en mármol. Hermoso y peligroso y completamente enfocado en mí.

—Dilo otra vez —ordena, con la voz oscura por la necesidad.

—Te quiero a ti —repito, mi voz más fuerte ahora. Más segura—. Quiero que me toques.

—¿Dónde? —Sus dedos recorren la cara interna de mi muslo, haciéndome temblar—. ¿Aquí?

—Sí —jadeo.

—¿Y aquí? —Su mano roza mis costillas, el pulgar rozando la parte inferior de mi seno a través de la delgada tela de mi camisón.

—En todas partes —susurro—. Quiero que me toques en todas partes.

—Por Dios, Isabella. —Su boca se estrella contra la mía, y esta vez no hay nada de delicadeza en ello. Es reclamante, posesivo, el beso de un hombre al que por fin se le ha dado permiso para tomar lo que quiere.

Sus manos encuentran el dobladillo de mi camisón, deslizándolo hacia arriba por mi cuerpo con un cuidado reverente. Cuando el aire frío golpea mi piel, me estremezco, pero no de frío. Es por el ardor en sus ojos mientras me mira, la forma en que se le corta la respiración cuando me ve tendida debajo de él.

—Hermosa —murmura, sus manos rozando mis costillas, mi cintura, la curva de mis caderas—. Tan jodidamente hermosa.

Cada caricia envía electricidad por mis venas, me hace arquearme hacia él como una flor buscando la luz del sol. Cuando su boca sigue el camino de sus manos, estoy perdida, ahogándome en sensaciones y necesidad y algo que se siente peligrosamente cercano al amor.

Sus labios encuentran mi seno, la lengua chasqueando contra mi pezón, y grito, mi espalda arqueándose fuera de la cama. La sensación es abrumadora, demasiado y no lo suficiente, todo a la vez.

—¿Te gusta eso? —pregunta, con la voz áspera por la satisfacción —. ¿Te gusta cuando uso mi boca en ti?

—Sí —susurro, más allá del orgullo o la negación.

—Bien. Porque voy a saborear cada centímetro de ti. —Su boca se mueve más abajo, depositando besos en mi vientre, en los huesos de mi cadera, en la piel sensible de la cara interna de mi muslo—. Voy a hacer que te vengas en mi lengua hasta que estés temblando y suplicando por más.

Las palabras deberían escandalizarme, pero en cambio envían un calor líquido que se acumula entre mis piernas. Mis manos aprietan las sábanas mientras él se acomoda entre mis muslos, su aliento cálido contra mis lugares más íntimos.

—Mírame —dice, con la voz áspera por la orden—. Quiero ver tu cara cuando te haga pedazos.

Encuentro su mirada oscura, y la intensidad allí me roba el aliento. Hay posesividad, sí, pero también algo más profundo. Algo que me oprime el pecho con una emoción que no sé cómo nombrar.

Cuando su boca finalmente me toca, me pierdo. Perdida en una sensación tan intensa que roza el dolor. Me trabaja con su lengua, sus labios, sus dientes, hasta que me retuerzo debajo de él, desesperada por el orgasmo.

—Eso es —murmura contra mi piel—. Déjame oírte. Déjame oír lo bien que te hago sentir.

Estoy más allá de las palabras, del pensamiento, más allá de cualquier cosa que no sea el placer que se acumula dentro de mí como un incendio forestal. Cuando desliza un dedo dentro de mí, y luego otro, me quiebro por completo. El orgasmo me desgarra con una intensidad que me deja sin aliento, temblando, completamente deshecha.

No se detiene. No me da tiempo a recuperarme. En cambio, me lleva a través de él, exprimiendo hasta el último temblor hasta que estoy sin fuerzas y jadeando.

—Sabes a gloria —dice, con la voz áspera por la necesidad mientras sube besándome por mi cuerpo—. Dulce, perfecta y mía.

Puedo saborearme en sus labios cuando me besa, y es lo más erótico que he experimentado jamás. Mis manos buscan a tientas sus bóxers, desesperada por sentirlo todo, por darle el mismo placer que él me ha dado a mí.

—Joder, sí —gime cuando envuelvo mi mano alrededor de él. Está duro como el acero, caliente y pesado en mi palma—. Así mismo, bella.

Lo acaricio lentamente, observando cómo su rostro se contrae de placer. El poder es embriagador, saber que puedo hacer que este hombre peligroso se deshaga con solo mi tacto.

—Necesito estar dentro de ti —dice, con la voz tensa—. Ahora.

—Entonces tómame —susurro, sorprendida por mi propia audacia.

Se queda quieto sobre mí, sus ojos buscando los míos. —¿Estás segura de esto? ¿De mí?

La pregunta me toma por sorpresa. Hay vulnerabilidad en su voz, una incertidumbre que nunca antes había escuchado. Este hombre que me secuestró, que controla todo a su alrededor, me está pidiendo permiso. Mi confianza.

—Sí —susurro, mis manos enmarcando su rostro—. Estoy segura.

—Gracias, joder —gime, dejando caer su frente para apoyarla en la mía—. Porque no creo que pudiera parar ahora aunque me lo pidieras.

Las palabras parecen desatar algo en él. Se posiciona en mi entrada, y puedo sentir la punta roma de su miembro presionándome, caliente y exigente.

—¿Estás segura? —pregunta de nuevo, con la voz tensa por el esfuerzo de contenerse.

—Sí —susurro—. Por favor.

Se introduce en mí lentamente, estirándome, llenándome por completo. La sensación es abrumadora, esta sensación de ser poseída tan a fondo, tan completamente. Puedo ver la lucha por el control en su rostro, la forma en que aprieta la mandíbula mientras me da tiempo para acostumbrarme.

—Te sientes tan jodidamente bien —gime, mientras apoya la frente contra la mía—. Tan apretada. Tan perfecta.

Cuando empieza a moverse, lo hace con una reverencia que hace que las lágrimas asomen a mis ojos. Esto no es solo sexo. Es adoración, devoción, la manifestación física de algo a lo que ninguno de los dos está listo para ponerle nombre.

—Mírame —ordena, con la voz áspera por la necesidad—. Quiero ver tus ojos cuando te haga mía.

Encuentro su mirada, y la intensidad en ella me roba el aliento. Ojos oscuros que me atraviesan el alma con la mirada, que derriban todas las defensas que alguna vez construí.

—Eres mía —dice, con sus caderas moviéndose a un ritmo que me hace escalar hacia otra cima—. Dilo.

—Soy tuya —jadeo, mi cuerpo arqueándose para encontrar el suyo.

—Así es. Me perteneces. —Su ritmo aumenta, se vuelve más exigente—. Este coñito perfecto me pertenece. ¿Sabes lo que voy a hacerte?

Las palabras obscenas me hacen perder el control, hacen que me apriete a su alrededor de una forma que lo hace maldecir entre dientes.

—Voy a follarte hasta que no puedas caminar derecho —continúa, su voz oscura y llena de promesas—. Hasta que estés tan adolorida por mi verga que me sentirás por días. Y cada vez que te sientes, cada vez que te muevas, recordarás a quién le perteneces.

—Cielos —respiro, mis uñas clavándose en sus hombros.

—Te gusta eso, ¿no es así? —Su boca se curva en esa sonrisa maliciosa que he llegado a conocer tan bien—. A mi dulce y correcta Isabella le gusta que le digan que va a ser follada hasta perder el sentido.

Las palabras deberían escandalizarme, pero en cambio envían fuego líquido por mis venas. —Sí —admito, superado el punto de la vergüenza.

—Buena chica. —Su mano se desliza entre nosotros, encontrando ese punto sensible que me hace gritar—. Porque planeo arruinarte para cualquier otro. Ningún otro hombre te hará sentir así.

—No —concuerdo, mi voz quebrándose en la palabra—. Solo tú.

—Solo yo —confirma, sus movimientos volviéndose más urgentes —. ¿Y sabes cuál es la mejor parte? Vas a suplicarme por esto. Vas a despertar mojada y adolorida, pensando en mi verga dentro de ti.

La presión se acumula dentro de mí como una presa a punto de estallar, y puedo sentir que estoy al borde del precipicio. Sus palabras, su tacto, la forma en que se mueve dentro de mí… es demasiado.

—Puedo sentir que te estás acercando —murmura, su voz oscura y llena de satisfacción—. Tu dulce coñito me está apretando muy fuerte. Vas a correrte para mí otra vez, ¿no es así?

—Sí —respiro, mi cuerpo temblando al borde.

—Cuando lo hagas, quiero que grites mi nombre. Quiero que todos sepan quién te hace sentir así de bien. ¿Puedes hacer eso por mí, *bella*?

La orden me empuja al abismo. Mi orgasmo me atraviesa con una fuerza devastadora, y hago exactamente lo que me pidió: grito su nombre hasta que mi garganta queda en carne viva.

—Esa es mi chica —gime, sus movimientos se vuelven erráticos—. Joder, eres perfecta. Tan perfecta.

Me sigue al abismo, su liberación lo desgarra con una intensidad que lo deja temblando. Mi nombre cae de sus labios como una plegaria, como una confesión, como algo sagrado.

Después, cuando ambos respiramos con dificultad y mi cuerpo está flácido por la satisfacción, me pega contra su pecho. Su mano acaricia mi cabello, el mismo toque gentil que me ha estado consolando a través de pesadillas que ni siquiera sabía que estaba presenciando.

—Sigues arreglándome —susurro contra su piel—. Y no sé si estoy lista para eso.

—No tienes que estar lista —dice en voz baja—. Solo no huyas.

—No me dejes sola después —susurro, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas.

—Nunca —promete, sus brazos apretándose a mi alrededor—. Eres mía, Isabella. Y yo cuido lo que es mío.

Y por primera vez desde que me tomó, le creo por completo.

17

Matteo

La satisfacción debería ser suficiente. Debería serlo todo.

Apenas hemos salido de esta cama en todo el día. Solo sábanas enredadas y exigencias susurradas, el cuerpo de Isabella debajo del mío, sobre el mío, presionado contra mí como si no pudiera acercarse lo suficiente. En algún momento conseguimos comida, dándonos fresas y champaña el uno al otro como si estuviéramos en nuestra propia luna de miel privada en lugar de escondiéndonos del mundo.

Luego la tuve de nuevo sobre la encimera de la cocina, con sus piernas enroscadas en mi cintura mientras suplicaba por más. Y otra vez en la ducha, con el agua corriendo por nuestros cuerpos mientras ella gritaba mi nombre.

Ahora yazgo aquí en la oscuridad, viendo a Isabella dormir a mi lado, su cabello rubio miel derramado sobre mi pecho como seda. La habitación aún conserva el olor a sexo y sudor, el sabor salado de su piel persistiendo en mis labios. Su respiración es profunda y regular, sin pesadillas esta noche. Solo paz.

Mi paz.

Este no era el plan. Se suponía que ella nunca significaría nada.

La moneda de plata descansa en la mesita de noche, reflejando la luz de la luna que entra por las ventanas. La he estado lanzando entre mis dedos desde que tenía doce años, un hábito nervioso que

surge cuando pienso en cosas peligrosas. Esta noche no me atrevo a tocarla. Mis manos están demasiado ocupadas memorizando la curva de su espalda, la forma en que su pulso revolotea en su garganta.

Hace tres semanas, Isabella Callahan era una fotografía en una carpeta. Un medio para un fin. La debilidad de Chase envuelta en un empaque elegante.

Ahora es la mujer que grita mi nombre cuando se viene. Que confía en mí lo suficiente como para desmoronarse en mis brazos. Que me mira como si yo fuera alguien a quien vale la pena salvar y no algo a lo que se debe sobrevivir.

La comprensión me pesa en el pecho, peligrosa y adictiva. He pasado toda mi vida perfeccionando el arte de que nada me importe, de mantener a todos a distancia para que no puedan herirme. Pero Isabella se coló entre todas las defensas que construí, se hizo indispensable cuando no estaba mirando.

Mi teléfono vibra sobre la mesita de noche, la vibración nítida en la silenciosa habitación. Isabella se remueve, pero no se despierta, su mano se acurruca contra mi pecho. Debería ignorarlo. Debería quedarme aquí en este momento perfecto donde no existe nada más que el calor de su piel y el ritmo constante de su respiración.

Pero el teléfono sigue vibrando. Insistente. Urgente.

Me levanto de la cama con cuidado, tomando el teléfono y mis jeans. Isabella murmura algo en sueños, buscando el calor que dejé atrás. La imagen me oprime el pecho con algo que no quiero examinar.

El pasillo está oscuro, todo sombras y silencio. Reviso el identificador de llamadas: Emilio. Mi hermano gemelo no llama a las tres de la mañana a menos que algo haya salido muy mal. Especialmente no desde su luna de miel en la Toscana.

—¿Qué pasa? —mantengo la voz baja, avanzando hacia la oficina al final del pasillo.

—Tenemos que hablar. Ahora. —La voz de Emilio es cortante, pura seriedad. Desapareció el humor desenfadado, la arrogancia casual. Esta es la voz del hombre que construyó un imperio a base de códigos y vigilancia—. Videollamada encriptada. Cinco minutos.

La línea se corta. Me quedo mirando el teléfono, con un nudo de pavor en el estómago. Lo que sea que Emilio haya encontrado, es lo suficientemente malo como para sacarlo de su luna de miel con Mara.

La oficina está fría, todo vidrio y acero y ese tipo de muebles modernos que se ven imponentes pero en los que sentarse es como sentarse sobre hielo. Enciendo la computadora portátil segura y la pantalla proyecta una luz azul sobre mi rostro. Afuera, el viento se mueve entre los árboles, sus ramas raspando contra las ventanas.

El rostro de Emilio aparece en la pantalla, pixelado, pero lo suficientemente claro como para ver la expresión sombría de su boca. Detrás de él, vislumbro el campo italiano a través de las ventanas del hotel. Está sentado en un escritorio, con el cabello oscuro despeinado como si hubiera estado pasándose las manos por él.

—Dime —digo.

—Encontramos pruebas. —La voz de Emilio es firme, controlada. La forma en que se pone cuando está dictando sentencias de muerte —. Sobre los padres de Isabella.

Se me seca la garganta. La silla de cuero cruje mientras me reclino, procesando la información. —¿Qué tipo de pruebas?

—Del tipo que lo cambia todo. —Los dedos de Emilio se mueven por su teclado, los agudos clics resonando a través de la conexión—. ¿Recuerdas ese contacto que teníamos en la organización de Chase? ¿El que desapareció hace seis meses?

—Vagamente.

—No desapareció. Murió. Pero no sin antes copiar algunos archivos en una unidad encriptada. Su viuda acaba de presentarse. —Los dedos de Emilio se mueven sobre su teclado, el sonido familiar de mi gemelo trabajando—. He estado analizando los datos toda la noche. Matt, esto es peor de lo que pensábamos.

La pantalla parpadea y de repente estoy viendo imágenes de vigilancia granuladas. La marca de tiempo indica que son de hace quince años. Siento un sabor a cobre en la boca mientras observo a Chase Callahan caminar por lo que parece ser un almacén, con el rostro tranquilo y profesional. Joven. Ambicioso. Hambriento.

—Sigue mirando —dice Emilio en voz baja.

La grabación cambia a otro ángulo. Chase está hablando con alguien fuera de cámara, su lenguaje corporal es animado. Enojado. Luego asiente, como si estuviera aceptando algo, y se aleja.

La cámara hace un paneo, siguiendo su movimiento. Y ahí, en el fondo, los veo. Un hombre y una mujer, ambos de cabello oscuro, ambos aterrorizados. Con sangre en la ropa. Sus manos atadas a la espalda.

Los padres de Isabella.

Mis manos se cierran en puños. La pantalla de la computadora se vuelve borrosa por un momento, y tengo que parpadear para enfocar. Estas personas criaron a la mujer que duerme en mi cama. Le cantaron canciones de cuna. Le besaron las rodillas raspadas. Y el maldito de Chase Callahan ordenó que los ejecutaran como si no fueran nada.

—Hay más. —La voz de Emilio atraviesa el rugido en mi cabeza—. Encontré el audio oculto en los metadatos.

El sonido es metálico, distorsionado, pero lo suficientemente claro. La voz de Chase, quince años más joven, pero inconfundiblemente la suya.

—Haz que parezca un accidente. Un robo que salió mal o un accidente de coche. Lo que sea. La chica no puede saber la verdad.

—¿Y el testamento? —pregunta otra voz, una que no reconozco.

—Yo me encargaré del testamento. Isabella recibe el fideicomiso, la fundación, todas las cosas bonitas que la mantienen feliz y callada. Pero el verdadero imperio se queda conmigo.

La grabación se corta con estática. Miro fijamente la pantalla, con el pecho oprimido por la rabia. Cada músculo de mi cuerpo clama por violencia. Por sangre. Por la satisfacción de poner mis manos alrededor de la garganta de Chase y apretar hasta que se le salgan los ojos. La mujer que duerme en mi cama, la mujer que confía en mí, que me llama su refugio… ha estado viviendo una mentira toda su vida.

—También tenemos registros bancarios —continúa Emilio—. Documentos falsificados. Chase la ha estado usando como fachada,

convirtiéndola en el rostro legítimo de un imperio construido sobre la sangre de sus padres.

No puedo respirar bien. El aire de la oficina se siente enrarecido, sofocante. —No lo sabe. No sabe nada de esto.

—No. Pero lo sabrá. Y cuando lo sepa, será algo más que la debilidad de Chase. Será su mayor amenaza.

La verdad me cae como un balde de agua fría. Isabella ya no es solo una pieza de negociación. No es solo la mujer de la que me he estado enamorando a pesar de que todos mis instintos me decían que huyera. Es la heredera legítima de un imperio, la única persona que puede destruir a Chase Callahan por completo.

Y está acostada desnuda en mi cama, confiando en que la mantendré a salvo.

—Hay algo más —continúa Emilio, con la voz más sombría—. Nuestras fuentes dicen que Chase planea hacer limpieza. La ha dejado vivir porque era útil, controlable. Pero ahora que ha estado con nosotros, ahora que ha visto lo que hay detrás del telón…

Las palabras me saben a ceniza. —La matará.

—Lo intentará. La pregunta es, ¿vamos a dejar que lo haga?

Cierro los ojos, pensando en las pesadillas de Isabella. La forma en que se estremece cuando la gente menciona a sus padres. Las lagunas en su memoria que siempre ha tenido miedo de examinar. Ha estado viviendo en una jaula de mentiras, y ni siquiera lo sabe.

—Envíame todo —digo—. Cada archivo, cada grabación, cada prueba.

—Matt…

—Envíalo todo. Merece saber la verdad.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta Emilio, y oigo algo en su voz que nunca había oído antes. Preocupación. Por mí—. Una vez que lo sepa, no hay vuelta atrás. Nunca volverá a ser la misma.

Pienso en la mujer que está arriba, en la forma en que me mira como si yo fuera todo su mundo. En la confianza en sus ojos cuando me dice que ya no me tiene miedo. En la forma en que se entrega a mí por completo, en cuerpo y alma.

—Ya no es la misma —digo en voz baja—. Solo que todavía no lo sabe.

—¿Y tú? —pregunta Emilio—. ¿Qué te pasará cuando descubra que tú también le has estado mintiendo?

La pregunta me golpea más fuerte que la grabación de vigilancia. Porque tiene razón. Le he estado mintiendo a Isabella desde el momento en que me la llevé. Sobre por qué está aquí, sobre lo que quiero de ella, sobre lo que me hace sentir cuando se envuelve en mí en la oscuridad.

Sobre el hecho de que en algún momento entre el secuestro y ahora, me enamoré completa y perdidamente de ella.

La llamada termina, dejándome solo en la fría oficina con el peso de todo lo que he descubierto. Isabella Callahan ya no es solo una mujer. Es un arma. Una llave. Una reina que no sabe que ha sido destronada.

Y soy lo único que se interpone entre ella y el tío que asesinó a sus padres.

La revelación me aplasta, me roba el aire de los pulmones. Amor. Eso es lo que es. Esta necesidad desesperada y absorbente de protegerla. Esta forma en que se ha grabado a fuego en mi pecho, volviéndose esencial cuando yo no miraba.

Estoy enamorado de ella. Completa. Irrevocablemente. El tipo de amor que hace que los hombres quemen imperios y empiecen guerras.

El tipo de amor que hace que te maten.

Regreso al dormitorio, mis pies descalzos silenciosos sobre los suelos de madera. La casa se siente diferente ahora. Cargada de peligro. Cada sombra podría esconder una amenaza, cada sonido podría ser el de los hombres de Chase viniendo por ella.

Isabella está exactamente donde la dejé, acurrucada de lado con la mano extendida sobre el espacio donde yo estaba. La luz de la luna convierte su piel en nácar, resalta la curva de su hombro, la elegante línea de su cuello. El aroma de su perfume mezclado con sexo todavía impregna las sábanas.

Hermosa. Confiada. Completamente inconsciente de que todo lo que cree sobre su vida es una mentira.

Me deslizo de nuevo en la cama, con la piel todavía fría por la oficina. Ella se gira hacia mí instintivamente, buscando calor, y la

atraigo hacia mí. Su cuerpo es suave y dócil, amoldándose al mío como si estuviéramos hechos para encajar. La seda de su pelo roza mi pecho mientras se acomoda en mis brazos con un suave suspiro.

Perfecta. Mía.

Pero mientras la abrazo, no puedo dejar de pensar en las imágenes de vigilancia. En los rostros de sus padres, aterrorizados y resignados. En la mirada de Chase cuando ordenó sus muertes, casual y profesional, como si estuviera hablando del tiempo.

En el hecho de que mañana voy a tener que destruir su mundo una vez más.

—No estás a salvo —susurro contra su pelo—. Ni por asomo.

Se remueve, sus pestañas revoloteando contra mi pecho. —¿Matteo?

—Estoy aquí —le acaricio el cabello, la misma caricia gentil que ha aliviado sus pesadillas durante semanas—. Vuelve a dormir, bella.

Pero incluso mientras ella vuelve a sumirse en sus sueños, yo permanezco despierto. Vigilando. Planeando. Preparándome para la guerra que se avecina.

Porque Isabella Callahan ya no es solo la mujer que amo. Es la mujer que debo salvar. Y quemaré el mundo entero para mantenerla a salvo.

Empezando por su tío.

18

Isabella

A Matteo le pasa algo.

Está sentado en el sillón de cuero junto a la ventana, pero todo en él irradia un peligro apenas contenido. No es la energía controlada y depredadora a la que me he acostumbrado, sino algo más crudo. Más desesperado. Como si cargara con el peso del mundo y este finalmente amenazara con aplastarlo.

Me duele el cuerpo en lugares que me recuerdan la noche anterior, a sus manos, su boca y las promesas susurradas contra mi piel. Las sábanas todavía huelen a él, a colonia cara mezclada con algo excepcionalmente masculino que me acelera el pulso incluso ahora. Pero la cama a mi lado está fría, vacía, y ese vacío se siente como una advertencia.

La puerta del dormitorio está abierta, derramando la luz de la mañana sobre el piso de madera. Está completamente vestido, con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca de botones que ya está arrugada; los codos apoyados en las rodillas, la cabeza entre las manos. La forma cuidadosa y deliberada en que se contiene hace que se me erice la piel de inquietud.

Me deslizo fuera de la cama, con las piernas temblorosas por la forma tan exhaustiva en que me hizo suya hace unas horas. La bata de seda cuelga donde la dejó para mí, y me la envuelvo, atándome el cinturón con dedos temblorosos. La tela susurra contra mi piel

desnuda mientras camino de puntillas hacia la pequeña sala, con los pies descalzos y silenciosos sobre la madera fría.

Su energía es diferente. Silenciosa. Protectora. Agobiada.

La moneda de plata yace sobre la mesa junto a él, abandonada por una vez. Eso, más que ninguna otra cosa, me dice que algo cambió durante la noche. Verla inmóvil hace que se me oprima el pecho de ansiedad.

—¿Matteo? —Mi voz sale más débil de lo que pretendía.

Levanta la cabeza de golpe y la mirada en sus ojos oscuros confirma mis peores temores. Sea lo que sea que vaya a decirme, va a hacer añicos algo que yo creía ya roto.

—Hola, bella. —Se pone de pie lentamente, como si temiera que un movimiento brusco pudiera hacer que yo saliera corriendo—. Tenemos que hablar.

Las palabras caen como hielo en mis venas. Nunca nada bueno viene después de esas tres palabras. Me abrazo a mí misma; la bata de seda de repente se siente insuficiente contra el frío que se extiende por mi pecho.

—¿Sobre qué?

Cruza la distancia que nos separa en tres zancadas rápidas y sus manos me enmarcan el rostro con delicadeza. Por un momento, solo me mira, y veo algo que me corta la respiración. Reconocimiento. Como si viera pedazos de mí que yo ni siquiera sabía que existían.

—Mi hermano llamó en medio de la noche —dice en voz baja—. Con información sobre tus padres.

El mundo se tambalea. Esas palabras me golpean como un puñetazo, robándome el aliento. Me aferro a la seda de su camisa, necesitando algo sólido a lo que sujetarme.

—¿Mis padres? —repito estúpidamente—. ¿Qué pasa con ellos? Murieron en un accidente de auto cuando yo tenía nueve años.

La expresión que cruza su rostro me dice todo lo que necesito saber. Culpa. Rabia. Furia protectora. Y debajo de todo, el terrible peso de la verdad.

—No fue un accidente —dice simplemente—. Chase lo ordenó. Él los mató.

Cuando lo dice, ocurre algo extraño. En lugar de conmoción o incredulidad, hay un momento de absoluta quietud. Como una pieza de rompecabezas que encaja en su lugar, llenando un vacío que no sabía que existía.

Me flaquean las rodillas.

Las imágenes pasan por mi mente como fragmentos de una película rota: Chase tomándome de la mano en el funeral, su voz tan suave mientras explicaba que mis padres habían muerto por motivos de negocios que yo no entendería. La forma en que siempre desviaba el tema cuando yo hacía preguntas. Cómo se había asegurado de que me mantuviera alejada de cualquier cosa que pudiera despertar recuerdos que ni siquiera sabía que tenía.

—No… —susurro, pero la palabra no tiene convicción. Porque en algún lugar muy adentro, más allá de todos los años de cuidadoso condicionamiento, una niña de nueve años está asintiendo. Comprendiendo por fin por qué siempre sintió que estaba viviendo la vida de otra persona.

—Isabella. —Su voz es áspera por la emoción—. Lo siento un carajo.

La grosería, cruda y real, atraviesa la distancia cortés que he estado tratando de mantener. Esta es la verdad, horrible y devastadora, y él no va a adornarla para mí.

—Necesito… —No puedo terminar la frase. Mi respiración es entrecortada y siento que la habitación se encoge a mi alrededor—. No puedo…

Salgo disparada hacia el baño.

El piso de mármol está helado contra mis pies descalzos mientras tropiezo hacia la ducha. Me tiemblan las manos cuando abro las llaves; necesito el agua, necesito algo que lave la sensación de que todo lo que creía saber se desmorona a mi alrededor.

Me quito la bata con dedos torpes y la dejo en un charco de seda al meterme bajo el chorro. El agua golpea mi piel como agujas, brutalmente fría, pero agradezco la conmoción. Dejo que me empape el pelo, que corra por mi cara, que se mezcle con las lágrimas que por fin están brotando.

Los sollozos empiezan siendo pequeños, solo pequeños espasmos en mi respiración. Pero crecen y crecen hasta que salen de mí con una fuerza devastadora. Sollozos que me sacuden todo el cuerpo en silencio y que siento que me van a poner del revés.

Chase era todo lo que tenía. Durante catorce años, fue mi ancla, mi familia, mi mundo entero. Y todo estaba construido sobre la sangre de las personas que deberían haberme criado.

El agua fría cae sobre mí y no puedo dejar de temblar. Me castañetean los dientes mientras los sollozos sacuden mi cuerpo, y me abrazo a mí misma, intentando mantener los pedazos unidos.

No oigo la puerta del baño abrirse por encima del sonido del agua golpeando la piedra. No me doy cuenta de que no estoy sola hasta que lo veo a través del cristal, sus ojos oscuros observando mi colapso con algo que parece dolor físico.

—Isabella. —Su voz es tensa, cruda.

No duda. La puerta de la ducha se abre y, de repente, entra conmigo, completamente vestido. Su camisa blanca se empapa de inmediato y se le pega al pecho, sus vaqueros se vuelven pesados por el agua.

Sus manos encuentran primero las llaves de la ducha, y la temperatura del agua pasa de helada a deliciosamente cálida. El vapor comienza a subir de inmediato a nuestro alrededor, y el frío brutal que me hacía temblar empieza a ceder.

—Te tengo —dice simplemente, y luego sus brazos me rodean.

Me desplomo contra él, con mi cuerpo desnudo presionado contra su ropa empapada, y me permito desmoronarme por completo. Los sollozos se vuelven más fuertes ahora, brotando de mi pecho en olas que parecen interminables. Mis rodillas se doblan, pero sus brazos se ciñen a mí, manteniéndome de pie.

—Déjalo salir —murmura contra mi cabello—. Todo.

—Él los mató —sollozo contra su pecho—. Asesinó a mis padres y luego me tomó la mano en su funeral. Me dijo que me amaba. Me hizo llamarlo tío Chase.

Todo el cuerpo de Matteo se pone rígido. Cuando levanto la vista hacia él, tiene la mandíbula tan apretada que puedo ver el músculo

saltar bajo su piel. Sus ojos oscuros arden con una furia tan intensa que me deja sin aliento.

—Voy a matarlo —dice, y su voz es mortalmente baja—. Voy a matarlo por lo que te hizo.

Sus palabras deberían asustarme. En cambio, se sienten como una validación. Como si alguien por fin entendiera la magnitud de lo que me quitaron.

—Tenía nueve años —susurro—. Solo era una niña. Y me miró a los ojos y mintió sobre el asesinato de mis padres. Luego me crio. Hizo que le estuviera agradecida.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor y nos deslizamos juntos por la pared de la ducha, mientras el agua tibia cae sobre nosotros en cascada. Me sienta en su regazo sobre el suelo de mármol, creando un capullo de calor y vapor a nuestro alrededor.

—Las pesadillas —dice de repente, con la voz ronca al comprender —. Todas esas pesadillas durante las cuales te he consolado. No eran al azar, ¿verdad?

Lo miro, el agua corriendo por nuestros rostros. —¿A qué te refieres?

—Tu mente intentaba recordar —dice en voz baja—. Tu cuerpo sabía la verdad incluso cuando tu mente no. Las pesadillas eran fragmentos, pedazos de esa noche que intentaban salir a la superficie.

Sus palabras me golpean como una revelación. Todas esas noches de terror, de despertarme jadeando con imágenes que no podía comprender del todo. La sensación de ser perseguida, de puertas que se cerraban de golpe, de voces que susurraban secretos que no podía entender.

—Recuerdo —exhalo, con las palabras apenas audibles—. Oh, Dios, recuerdo pedazos. El sonido de la voz de Chase en el teléfono esa noche. La forma en que me abrazó después, tan fuerte que no podía respirar. No paraba de decir que todo estaría bien, que él se encargaría de todo.

—Estaba cubriendo sus huellas —dice Matteo, su voz vibrando con una ira controlada—. Asegurándose de que no recordaras nada que pudiera exponerlo.

El agua sigue cayendo sobre nosotros, pero Matteo estira la mano para ajustar la temperatura de nuevo cuando empieza a enfriarse. Sus movimientos son cuidadosos, eficientes, como si estuviera preparado para sentarse aquí en este suelo de mármol todo el tiempo que sea necesario.

—Yo lo amaba —susurro, la confesión me raspa la garganta—. Durante catorce años, amé al hombre que mató a mi familia. Quería que estuviera orgulloso de mí.

—Mírame —dice, enmarcando mi rostro con sus manos—. Esa niña que sobrevivió, que se adaptó, que encontró la manera de seguir adelante incluso cuando le quitaron todo… Es la persona más fuerte que conozco.

Me encuentro con sus ojos, y lo que veo allí me deja sin aliento. No es lástima ni compasión, sino algo más profundo. Reconocimiento. Como si estuviera viendo todos mis pedazos rotos y los encontrara hermosos.

—Te veo —dice en voz baja—. No a la mujer en la que Chase te moldeó, sino a la mujer que realmente eres. La que ha estado luchando por salir a la superficie todos estos años.

Las palabras tocan algo profundo dentro de mí, un lugar que no sabía que existía. Por primera vez en mi vida, alguien me está viendo —viéndome de verdad— y no considera que me falte algo.

—No sé quién es esa mujer —admito.

—Entonces, averigüémoslo juntos.

Se levanta lentamente, levantándome con él. El agua sigue cayendo sobre nosotros, pero ahora se siente purificadora en lugar de un castigo. Tengo los dedos arrugados por el calor, y el vapor ha empañado los espejos que nos rodean, creando un mundo privado donde no existe nada más que la verdad.

Estira el brazo más allá de mí para cerrar el agua, y el silencio repentino es profundo. Toma una toalla del toallero y la envuelve sobre mis hombros con manos gentiles.

—Quiero saberlo todo —digo, sorprendida por la fuerza de mi propia voz—. Sobre mis padres, sobre lo que realmente pasó esa noche. Sobre quién era yo antes de que Chase me pusiera las manos encima.

Su sonrisa es feroz y orgullosa. —Entonces empecemos por ahí.

Saca otra toalla del toallero y se la pasa por el pelo mojado. Su camisa empapada se adhiere a cada línea de sus músculos, y sus jeans están pesados por el agua, pero parece no preocuparle en absoluto su propia comodidad.

—Bienvenida a tu vida real, Isabella Callahan —dice, y la forma en que pronuncia mi nombre hace que suene como una armadura en lugar de una carga.

Por primera vez desde que me secuestró, no me estremezco al oírlo. Porque por fin, por fin, estoy lista para descubrir lo que realmente significa ser yo.

19

Matteo

La tormenta que se forma afuera se compara con la violencia que se agita en mi pecho. Isabella ha estado caminando como sonámbula por la casa todo el día desde las revelaciones de ayer sobre sus padres, y no puedo llegar a ella a través de los muros que ha vuelto a levantar.

Pero puedo devolverle algo.

La encuentro en la biblioteca, acurrucada en el sillón de cuero junto a la ventana. No está leyendo, solo mira las páginas como si pudieran contener las respuestas a preguntas que teme hacer.

—Bella —saco su teléfono de mi bolsillo, el aparato tibio contra la palma de mi mano—. Esto te pertenece.

La confusión destella en su rostro, esos ojos verdes que me sé de memoria se abren de par en par.

—¿Qué?

—Tu teléfono —se lo tiendo, observando cómo el pulso le salta en la garganta—. Deberías tenerlo de vuelta.

Ella mira el aparato como si pudiera morderla, luego estira la mano lentamente. Sus dedos rozan los míos cuando lo toma, y esa conocida descarga eléctrica me recorre el brazo. Joder, incluso ahora, incluso cuando tiene los ojos hundidos y está distante, tocarla me enciende la sangre.

—No entiendo —su voz tiene esa cualidad entrecortada que me hace querer presionarle la boca contra la garganta—. ¿Por qué ahora?

—Porque no eres mi prisionera, tesoro. Estás aquí porque es seguro. Porque te quiero aquí —el término cariñoso se me escapa con naturalidad, como siempre que intento apaciguarla—. Hay una diferencia.

La esperanza florece en su rostro, la primera emoción real que le veo en todo el día. Le da la vuelta al teléfono en sus manos, su pulgar recorriendo los bordes familiares, y algo en mi pecho se relaja al verla.

—Gracias —susurra, y joder, la gratitud en su voz casi me pone de rodillas—. Esto lo es todo para mí.

Quiero quedarme, verla reconectar con su mundo. Pero mi laptop encriptada suena desde el despacho, y tengo asuntos que la mantienen a salvo.

Veinte minutos después, estoy mirando información que hace que se me hiele la sangre. El lugarteniente de Chase intentó contactar a Isabella esta mañana. Un correo falso de su profesor de Columbia sobre unos manuscritos bizantinos robados que requerían una consulta urgente.

Legitimidad académica. Su debilidad.

El correo nunca le llegó porque todas sus comunicaciones pasan primero por mi servidor seguro. Una precaución que nunca eliminé, ni siquiera cuando le devolví el aparato.

Mi teléfono vibra. Marco.

Lo encontré. Vincent Torres. Almacén en Queens. ¿Quiere que me encargue?

Lanzo mi moneda una vez, luego la atrapo en mi palma. *No. De esto me encargaré personalmente.*

El almacén huele a óxido, a orina y a terror. Torres está sentado, atado a una silla, con un hilo de sangre ya brotando de donde mis hombres lo ablandaron. Su traje caro está arrugado, su corbata de Harvard torcida. El tipo de académico pulcro que Isabella respeta.

Perfecto.

—Vincent —me subo las mangas, la tela blanca resaltando en mis antebrazos—. Le enviaste un correo a mi mujer hoy.

El reconocimiento brilla en sus ojos, seguido de puro terror.

—No sé de qué me estás hablando.

Me pongo unos guantes de cuero, el chasquido resuena en el espacio vacío.

—Profesor de Columbia necesita consulta urgente sobre manuscritos robados. Creativo. Casi creíble.

—Chase dijo que vendría por su cuenta si…

Mi puño le destroza el pómulo. El crujido húmedo rebota en las paredes de hormigón y la sangre salpica en un arco perfecto sobre el suelo polvoriento.

—Respuesta de mierda incorrecta.

Lo que sigue no es un interrogatorio. Es arte. Le enseño a Vincent Torres exactamente lo que les pasa a los hombres que intentan manipular a Isabella Callahan. A los que creen que pueden usar su mente brillante, su pasión académica, su desesperada necesidad de ayudar a la gente como armas en su contra.

Para cuando termino, mis nudillos son carne molida y mi camisa está arruinada. Pero el mensaje es clarísimo. Toca lo que es mío, y te convertiré en una puta obra de arte abstracto.

El viaje de vuelta dura cuarenta minutos por sinuosas carreteras de montaña. La lluvia empieza a mitad de camino, gruesas gotas golpean el parabrisas como lágrimas. Debería sentirme satisfecho. Debería sentir esa familiar calma posviolencia que se asienta en mis huesos después de enviar un mensaje.

En cambio, en lo único que puedo pensar es en la cara de Isabella cuando me agradeció por su teléfono. La esperanza en sus ojos. La forma en que dijo que lo era todo para ella.

Entro por la puerta principal y la encuentro en la cocina preparando té, su cabello rubio miel captura la luz del techo. Levanta la vista cuando entro, y toda esa esperanza muere al instante.

—Dios santo —su taza de té tintinea contra el mármol al dejarla—. ¿Qué te pasó?

Me miro a mí mismo. Sangre bajo mis uñas, en mi camisa, probablemente manchada en mi mandíbula. La evidencia de la

violencia necesaria escrita en carmesí.

—Tuve que encargarme de algo —voy hacia el fregadero, dejando correr agua fría sobre los nudillos reventados. El agua rosada se va por el desagüe como pintura de acuarela.

—¿Encargarte de qué? —su voz se agudiza, exigiendo respuestas como lo hace cuando analiza una pintura—. ¿A quién heriste?Tomo el paño de cocina, secando lo peor de la herida. El olor de su perfume se mezcla con el sabor a cobre de la sangre en mi boca.

—A alguien que intentó contactarte hoy.

El silencio se extiende entre nosotros, denso como los nubarrones que se acumulan afuera. Cuando me doy la vuelta, Isabella me mira con una furia creciente que, a pesar de todo, me provoca una erección.

—Alguien intentó contactarme —repite lentamente—. ¿Cuándo? He estado revisando mi teléfono toda la tarde. No hay mensajes nuevos.

La acusación en su voz me atraviesa limpiamente.

—Porque evité que te llegara.

—Tú… —parpadea, procesando la información. El viento aúlla fuera de las ventanas mientras la comprensión la ilumina—. Pero me devolviste mi teléfono.

—Te devolví el aparato, bella. No eliminé los protocolos de seguridad.

Observo el momento exacto en que se da cuenta. La forma en que la traición florece en su rostro como vino derramado, manchando todo lo hermoso de este momento.

—Has estado monitoreando todo —cada palabra tiene una precisión quirúrgica—. Incluso después de devolvérmelo.

—Los contactos peligrosos, sí.

—¿Quién decide qué es peligroso? —Se acerca, lo suficiente como para oler su champú, para ver las motas doradas en esos furiosos ojos verdes—. ¿Tú?

Lanzo mi moneda al aire, el metal resbaladizo por la sangre. —Yo decido qué amenaza tu seguridad.

—Mi seguridad —se ríe, pero su risa es afilada como un cristal roto —. ¿O tu control?

La verdad yace entre nosotros como un arma cargada. Porque tiene razón, y ambos lo sabemos jodidamente bien.

—No es lo mismo.

—¿No lo es? —Ahora está tan cerca que puedo tocarla, tan cerca que puedo ver su pulso martilleando en su garganta. Mis manos me pican por agarrarla, por acorralarla contra la encimera y hacerle entender con mi boca, con mi cuerpo, la forma desesperada en que necesito mantenerla a salvo—. No tienes derecho a monitorear mis comunicaciones sin decírmelo. No tienes derecho a filtrar mi mundo como si fuera una niña indefensa.

—Alguien intentaba atraerte. Usar tu mente en tu contra.

—¡Pues entonces dímelo! —Su voz se quiebra de furia, y el sonido va directo a mi entrepierna. Incluso enojada, incluso traicionada, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida—. ¡No tomas la decisión por mí para luego fingir que me das libertad!

Extiendo la mano hacia ella, necesitado del contacto de su piel, de sentir su calor. Ella retrocede tan bruscamente que casi tropieza.

—No —la palabra sale entrecortada y me para el corazón—. No me toques ahora mismo.

El rechazo corta más profundo que cualquier cuchilla que Torres pudiera haber empuñado. —Isabella, te estaba protegiendo.

—Me estabas controlando. —Las lágrimas se acumulan en sus ojos, y quiero lamerlas, quiero saborear su dolor y hacerlo mío—. Justo como lo hizo él. Tomando decisiones sobre mi vida, dándome ilusiones de elección mientras movías los hilos tras bambalinas.

Un trueno retumba afuera, haciendo vibrar las ventanas. La tormenta ya está aquí, salvaje y violenta como el caos en mi pecho.

—No soy él —digo desesperadamente.

—¿No? —Retrocede hacia la puerta, la blusa de seda susurrando contra su piel—. Entonces, ¿por qué me siento como una rehén otra vez?

La palabra detona en mi pecho, me roba todo el aire de los pulmones. Rehén. Después de todo lo que hemos compartido, de todas las veces que la he hecho gritar mi nombre, de cada mañana que la he visto dormir en mis brazos, eso es todavía lo que esto es para ella.

—Eso no es… —No puedo terminar. No puedo explicar la diferencia entre mantenerla a salvo y mantenerla enjaulada cuando el resultado es idéntico.

—Confié en ti —susurra, y su voz rompe algo fundamental dentro de mí—. Cuando me devolviste ese teléfono, pensé que estábamos construyendo algo real. Algo diferente.

—Lo estamos haciendo. Yo soy diferente.

—¿Lo eres? —Niega con la cabeza, su cabello capturando la luz de la lámpara como oro hilado—. Porque todavía me tratas como algo que debe ser manejado en lugar de alguien en quien se debe confiar.

Doy un paso hacia ella, con la mano extendida por instinto. Ella retrocede y el movimiento me hiela la sangre.

—Isabella…

—No. —Su palma crea un muro entre nosotros—. No puedo seguir con esto.

Se da la vuelta para irse, y algo primitivo se me trepa por la garganta. La idea de perderla, de verla marcharse pensando que solo soy otro hombre que quiere poseerla, me desgarra el pecho como metralla.

—Te amo.

Las palabras explotan de mí, crudas y desesperadas y jodidamente ciertas. Quedan suspendidas en el aire entre nosotros como un relámpago, iluminándolo todo.

Isabella se congela en el umbral. Puedo ver la tensión vibrando en sus hombros, la forma en que sus manos se aprietan en puños a los costados.

—Mierda. —La confesión brota ahora que la presa se ha roto, quince años de muros emocionales desmoronándose—. Te amo, Isabella. Ese es el problema. Por eso no puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de ti, por eso tomo estas decisiones sin preguntar.

Se gira lentamente, y hay lágrimas corriendo por su rostro. Esos ojos verdes están muy abiertos, atónitos, como si acabara de hablarle en un idioma extranjero.

—Matteo… —Su voz apenas existe.

—Amo la forma en que miras el arte como si contuviera secretos que solo tú puedes desvelar. —Las palabras se derraman sin control, mi corazón desangrándose por todo el suelo de la cocina—. Amo que tomes el café solo porque crees que agregarle cualquier cosa es hacerle trampa al grano. Amo que llores durante las tormentas eléctricas y finjas que no lo haces, como si mostrar vulnerabilidad pudiera resquebrajar esa superficie perfecta que llevas puesta.

Me mira como si yo fuera algo peligroso y hermoso y completamente ajeno. Como si nunca me hubiera visto antes.

—Amo cómo sobreviviste catorce años con ese bastardo y aun así lograste mantenerte suave por dentro. Cómo tocas los cuadros como si tuvieras miedo de que desaparecieran. Cómo haces ese pequeño sonido en tu garganta cuando toco ese punto dentro de ti que te hace…

—Para. —La palabra es apenas un susurro.

—No puedo parar. —Mi voz se quiebra, se rompe, se reconstruye en torno a la verdad—. Te amo tanto que me está matando, *tesoro*. Me está devorando vivo de adentro hacia afuera. Y sé que la estoy cagando, sé que te estoy lastimando al tratar de protegerte, pero no sé cómo amarte sin estar aterrorizado de perderte.

El silencio que sigue es ensordecedor. La lluvia azota las ventanas como lágrimas mientras Isabella está ahí de pie con mi corazón en sus manos, viéndolo sangrar.

Siento las piernas débiles. Nunca le he dicho esas palabras a nadie. Nunca he sentido esta necesidad desesperada y absorbente de darle todo a alguien mientras la destruyo simultáneamente con buenas intenciones.

—Matteo. —Dice mi nombre como una oración, como una bendición, como una marcha fúnebre—. Eso no es amor. Eso es miedo.

La verdad me golpea con la fuerza de un puñetazo y me dobla por la mitad. Me aferro con las manos al mostrador que tengo detrás, con los nudillos blancos contra el mármol.

—Cuando amas a alguien —continúa ella, con cada palabra cuidadosamente elegida, apuntada con precisión—, confías en que

tome sus propias decisiones. Incluso cuando esas decisiones te asustan. Incluso cuando podrían alejarlo de ti.

Quiero discutir, quiero explicarle que el mundo está lleno de Vincent Torres y Chase Callahans que ven su genialidad como algo que explotar. Pero el dolor en sus ojos me detiene en seco.

—Pasé toda mi vida con gente que decía amarme mientras tomaba las decisiones por mí —dice en voz baja—. Chase también dijo que me amaba. Que todo lo que hacía era para protegerme.

La comparación es una puñalada que se retuerce entre mis costillas. —No soy para nada como él.

—¿Ah, no? —Nuevas lágrimas le ruedan por las mejillas, y quiero atraparlas con la lengua, quiero saborear su dolor y hacerlo mío—. Los dos son hombres poderosos que creen saber qué es lo mejor para mí. Que creen que amarme les da el derecho de controlar mis decisiones.

—Eso no es… —Pero las palabras mueren porque tiene razón. Cada instinto me grita que discuta, que la haga entender que lo que siento es puro y desesperado y no se parece en nada a la manipulación calculada de Chase. Pero el resultado es el mismo.

Le construí una hermosa jaula y la llamé amor.

Siento el pecho hueco, como si lo hubieran raspado hasta dejarlo en carne viva. La moneda de plata yace olvidada en el mostrador donde la dejé caer, tan inmóvil como mi corazón de repente silencioso.

—Necesito tiempo —dice, retrocediendo hacia la puerta—. Necesito pensar.

—Isabella, por favor… —La desesperación en mi voz me avergonzaría si me quedara algo de orgullo.

—No. —Niega con la cabeza, y más lágrimas caen como lluvia—. Acabas de decirme que me amas y, en lugar de sentirme feliz por eso, me siento atrapada. ¿Entiendes lo jodido que es eso?

La grosería en sus labios, la honestidad cruda, rompe algo dentro de mí. Tiene razón. Acabo de entregarle mi corazón, y ella huye de él porque he hecho que el amor se sienta como un cautiverio.

—Te amo —digo de nuevo, esta vez más bajo, las palabras arrancadas crudamente de mi garganta—. Cristo, *bella*, te amo tanto

que no puedo respirar cuando no estás en la misma habitación. Pero no sé cómo hacer esto sin tratar de protegerte de todo lo que podría hacerte daño.

—Ese es el problema. —Su voz es suave, definitiva—. No se puede amar a alguien y asfixiarlo al mismo tiempo.

Se va antes de que pueda encontrar palabras para discutir, dejándome solo con el sabor de mi primer «te amo», tan amargo como la sangre en mi boca.

Me hundo en la silla más cercana cuando las piernas finalmente me fallan. Afuera, la tormenta ruge con la misma violencia que me desgarra el pecho. Los truenos sacuden la casa mientras yo permanezco sentado entre los escombros de la conversación más importante de mi vida.

Le dije que la amo. Las palabras más honestas que he pronunciado, y la ahuyentaron.

Porque no sé cómo amarla sin enjaularla. No sé cómo mantenerla a salvo sin asfixiarla. No sé cómo ser el hombre que ella merece en lugar del que la está matando lentamente con buenas intenciones.

La moneda capta la luz de la lámpara desde donde cayó, pero no la alcanzo. Por primera vez en diecisiete años, no necesito algo que hacer con las manos.

Están demasiado ocupadas temblando.

20

Isabella

___ Tengo algo para ti.

La voz de Matteo, cuidadosamente neutral, atraviesa el silencio matutino de la cocina. Mi taza de café se detiene a medio camino de mis labios, el vapor se enrosca entre nosotros como un signo de interrogación.

Está parado en el umbral, vestido con unos jeans oscuros y una henley gris que se le ciñe al pecho, con el pelo cobrizo aún húmedo de la ducha. Se ve cauteloso. Incierto. Para nada como el hombre que me abrió su corazón con palabras desesperadas y entrecortadas hace apenas unas horas.

Te amo. Dios, bella, te amo tanto que no puedo respirar cuando no estás en la misma habitación.

Aparto esas palabras a la fuerza, las entierro en lo más profundo, donde no puedan resquebrajar la cuidada compostura que he reconstruido esta mañana. —¿A qué te refieres?

En lugar de responder, señala hacia el solárium con la barbilla. —¿Vienes conmigo?

Mis pies descalzos no hacen ruido sobre la madera mientras lo sigo por la casa. El aire huele a pino lavado por la lluvia y a algo ligeramente dulce de la vela de vainilla que se consume en el alféizar de la ventana. Todo se siente demasiado limpio, demasiado brillante después de la tormenta de anoche. Como si el mundo hubiera sido

restregado hasta dejarlo en carne viva y puesto a secar bajo la suave luz de la mañana.

Su voz resuena en mi memoria mientras caminamos: **Amo la forma en que miras el arte, como si contuviera secretos que solo tú puedes desvelar. Amo que tomes el café solo porque piensas que añadirle cualquier cosa es hacerle trampa al grano.**

La forma en que catalogó cada pequeño detalle que yo creía que nadie notaba. La forma en que pronunció mi nombre como si fuera algo sagrado en lugar de simples sonidos dispuestos en un orden particular.

Basta. No puedo pensar en esto. No puedo dejar que esas palabras imposibles echen raíces en los espacios huecos de mi pecho.

El solárium está bañado en una luz dorada, con ventanales que van del piso al techo y dan al bosque, donde los charcos atrapan la luz del sol como monedas esparcidas. Una pequeña mesa junto al asiento de la ventana sostiene un paquete envuelto que hace que se me acelere el pulso.

Nada elaborado. Solo papel de estraza atado con un cordel natural, el tipo de envoltura que sugiere que el contenido importa más que la presentación.

—Lo mencionaste una vez —dice en voz baja, quedándose cerca de la puerta como si temiera asustarme—. Me acordé.

Mis manos empiezan a temblar incluso antes de que me acerque a la mesa. El papel se rasga bajo mis dedos, produciendo pequeños sonidos que parecen demasiado fuertes en la silenciosa habitación. Y entonces, lo que emerge me roba el aliento con un jadeo agudo.

Es una pintura. Un óleo sobre lienzo, ejecutado en el estilo exacto de mi Mujer Desconocida. Los mismos colores intensos que hablan de secretos y sombras. La misma iluminación dramática que hace que cada detalle parezca vivo con historias ocultas.

Pero el rostro que me devuelve la mirada es el mío.

—Oh, Dios mío —susurro.

Mis rodillas casi ceden. Estoy pintada como si perteneciera a ese linaje de mujeres olvidadas, vestida de terciopelo azul noche con perlas en la garganta. Mi pelo está recogido en el mismo peinado

elaborado que la original, levantado para revelar la larga línea de mi cuello. El fondo coincide a la perfección, todo sombras oscuras y profundidades misteriosas.

Pero mis ojos. Mis ojos conservan el mismo fuego desafiante, la misma negativa a ser menospreciada o ignorada. La misma fuerza silenciosa que me he pasado toda la vida ocultando tras sonrisas cuidadosas y compostura profesional.

Esto no es solo caro. Es íntimo. Personal. Demuestra que ve algo en mí que nunca me he atrevido a reclamar para mí misma.

Amo que llores durante las tormentas y finjas que no lo haces, como si mostrar vulnerabilidad pudiera resquebrajar esa superficie perfecta que llevas.

Sus palabras me golpean de nuevo y, de repente, entiendo por qué me tiemblan las manos. Este regalo demuestra que cada palabra que pronunció fue real. No adrenalina. No el calor del momento. No son cosas que la gente dice cuando cree que alguien que le importa está en peligro.

Real.

—Te pasas la vida dando a las mujeres olvidadas su lugar en la historia —dice suavemente detrás de mí—. Quería que tuvieras el tuyo.

Las palabras me roban lo que queda de mi compostura. No se trata solo de la pintura. Se trata de ser vista. De verdad. No como la sobrina respetable de Chase Callahan o la Flor de Hielo que cura cosas bonitas para que la gente adinerada las admire.

Como alguien digna de ser recordada.

—No debiste —susurro, incapaz de mirarlo a los ojos. Si lo miro ahora, me desmoronaré por completo. Creeré esas palabras que pronunció con una honestidad tan cruda, y ese camino lleva a la locura.

—Quise hacerlo. —Una pausa, luego más suave—: Mereces ser vista.

Mis muros se están agrietando. La cuidada distancia que reconstruí esta mañana se desmorona bajo el peso de este regalo, de este gesto que demuestra que su confesión no fueron solo hermosas mentiras envueltas en una necesidad desesperada. Me

ama. Me ama de verdad. Lo suficiente como para encargarle esto a un artista, lo suficiente como para recordar un comentario casual sobre un cuadro que admiro. Lo suficiente como para ver los sueños que nunca he dicho en voz alta y hacerlos realidad.

Y eso es exactamente lo que me asusta.

Te amo tanto que me está matando, tesoro. Me está devorando por dentro.

Dejo la pintura con manos temblorosas, mis movimientos precisos y controlados aun cuando mi mundo se tambalea. Cuando finalmente lo miro, sus ojos oscuros me observan con una intensidad que me acelera el pulso. Hay esperanza en ellos, cuidadosamente oculta pero inconfundible.

Una esperanza que voy a destruir.

—Gracias —digo, y me inclino para darle un beso suave en la mejilla. Solo un roce de labios contra su piel tibia que huele a jabón caro y a algo singularmente suyo. El tipo de gesto cortés que he perfeccionado para las galas benéficas y las inauguraciones de museos.

Pero cuando se acerca más, cuando su respiración se corta y su mirada cae a mi boca con un hambre inconfundible, doy un paso atrás. Pongo distancia entre nosotros antes de hacer una tontería como creer que esto podría ser real.

—Esto no cambia nada, Matteo —las palabras me desgarran la garganta, pero aun así las fuerzo a salir.

Su rostro se vuelve cuidadosamente inexpresivo, pero alcanzo a ver la contracción que intenta ocultar. La forma en que sus manos se cierran en puños a sus costados antes de obligarlas a relajarse.

—Por supuesto que no —dice en voz baja.

—No me conoces como crees que lo haces —cada palabra se siente como tragar vidrio, pero no puedo parar. No puedo dejar que vea lo mucho que su regalo me ha destrozado—. Sea lo que sea esto, no durará.

Él permanece en silencio por un largo momento, solo observándome con esos ojos oscuros que ven demasiado. Finalmente, asiente una vez. Seco. Definitivo.

—Entiendo —dice, pero su voz suena rasposa. Desgarrada.

Me doy la vuelta y me alejo, aferrando la pintura contra mi pecho como una armadura. Cada paso se siente como caminar sobre arenas movedizas, pero no me detengo. No miro atrás. No dejo que vea la forma en que me tiemblan las manos o cómo se me nubla la vista por las lágrimas que me niego a derramar.

Llego a la mitad de las escaleras antes de que se me escape el primer sollozo.

La pintura es perfecta. Más que perfecta. Es todo lo que nunca supe que quería, la prueba de que alguien me ve como algo más que una curadora que sonríe bonito mientras hombres poderosos cierran sus tratos. Es el regalo de un hombre que dice amarme, ofrecido sin expectativas ni exigencias.

Y es exactamente por eso que no puedo quedármela.

Porque los hombres como Matteo Rosetti no se enamoran de mujeres como yo. Se enamoran de la lujuria, de la posesión, de la emoción de romper algo hermoso y reclamar los pedazos. Pero no se enamoran. No de curadoras de museo que llevan sangre en las manos, lo sepan o no. No de mujeres criadas por asesinos, moldeadas por mentiras, vaciadas por años de actuar para públicos que las destruirían sin dudarlo.

No sé cómo amarte sin sentir terror de perderte.

Su confesión resuena en mi pecho, y aprieto mi rostro contra la pintura, dejándome llorar por la mujer que me devuelve la mirada. La que parece intrépida, desafiante y digna de ser recordada. La que cree que merece ser vista, amada y elegida.

En la que nunca podré permitirme convertirme.

21

Matteo

El mensaje codificado llega a las cuatro de la mañana, rasgando mi sueño con el agudo zumbido de una urgencia encriptada. Tomo mi celular de la mesita de noche y entrecierro los ojos para ver la pantalla en la oscuridad de mi habitación vacía. Isabella ha estado durmiendo en el cuarto de huéspedes desde ayer, poniendo distancia física entre nosotros después de que le di el retrato. El espacio a mi lado se siente frío, demasiado grande, un recordatorio de cómo se apartó cuando intenté acercarme más.

Pero el mensaje de Dom brilla con dureza en la pantalla de mi celular: *Los avispones se mueven al norte del estado. Hora de reubicarse.*

Mierda. Lanzo mi moneda y la atrapo entre mis dedos, la plata reflejando la pálida luz del amanecer que se filtra por las ventanas. Chase tiene agentes husmeando por nuestra zona. Demasiado cerca para mi gusto. Demasiado cerca de ella.

Me acerco a la ventana que da al bosque y observo las sombras moverse entre los árboles. Este lugar ha sido perfecto. Nuestro propio mundo privado donde Isabella puede leer en el solárium y yo puedo verla fingir que no se da cuenta de que la observo. Donde se acurruca contra mí por la noche como si hubiera olvidado que se supone que es mi cautiva, no mi mujer.

La moneda gira más rápido. Irnos significa llevarla de vuelta al corazón del territorio Rosetti. De vuelta a los guardias, la vigilancia y las reuniones familiares donde recordará exactamente lo que soy. Lo que somos. Secuestrador y víctima, no lo que diablos hemos estado fingiendo ser durante las últimas semanas.

Pero quedarse significa arriesgarse a que los hombres de Chase nos encuentren. Y si se la llevan…

La moneda se detiene en mi palma. No. Eso no va a pasar. Nunca.

Me visto en silencio con unos jeans oscuros y una camisa blanca de botones, y luego empiezo a reunir lo esencial. La laptop, los teléfonos encriptados, la Glock de mi mesita de noche. Primero el negocio, las complicaciones después. Excepto que Isabella dejó de ser una complicación en algún punto entre el restaurante y esa primera noche que me dejó abrazarla.

Cuando tengo todo empacado, avanzo por el pasillo hasta el cuarto de huéspedes. La puerta está ligeramente entreabierta, y la empujo con cuidado, entrando en el espacio que huele a su perfume y al leve aroma del jabón de lavanda que usa.

Está acurrucada de lado, con su cabello rubio miel desparramado por la almohada y una mano bajo la mejilla. La luz de la mañana que se filtra por las cortinas pinta reflejos dorados sobre su piel, y por un momento solo la observo respirar. Pacífica. Desprevenida. Nada que ver con la máscara de cautela que usa cuando está despierta.

Me siento en el borde de la cama y el colchón se hunde ligeramente bajo mi peso.

—¿Matteo? —su voz es suave, adormilada y confundida.

—Tenemos que irnos —me siento a su lado, lo suficientemente cerca para percibir su aroma, pero con cuidado de no invadir su espacio—. La gente de Chase se está acercando demasiado.

Se incorpora, alerta de inmediato, y veo cómo su armadura vuelve a su lugar. La mujer dulce que susurró mi nombre en sueños desaparece tras una cuidada compostura. —¿Qué tan cerca?

—Lo suficiente como para que Dom nos quiera de vuelta en la ciudad. La mansión es más segura.

Algo parpadea en su expresión. La casa de seguridad se ha convertido en un territorio familiar, una burbuja donde ha comenzado a relajarse. La mansión significa volver a actuar, ser la cautiva de Matteo Rosetti para una audiencia de hombres peligrosos.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Una hora. Tal vez dos —le aparto un mechón de cabello rubio miel de la cara y, por una vez, no se aleja—. Empaca ligero. Cualquier cosa importante podemos enviarla a buscar más tarde.

Asiente y se levanta de la cama con una gracia eficiente. La observo moverse por la habitación, recogiendo ropa con la misma precisión cuidadosa que le pone a todo. Sin quejas por la partida temprana o el cambio repentino de planes. Solo la aceptación de otro giro en el juego que ninguno de los dos eligió jugar.

Pero la veo detenerse en la mesita de noche donde el retrato está apoyado contra la lámpara, todavía envuelto en papel de seda protector. Sus dedos se ciernen sobre él por un largo momento antes de que lo levante con cuidado y lo guarde en su bolso como si estuviera hecho de cristal.

Siento una opresión en el pecho. Puede decirse a sí misma que el regalo no significa nada, puede fingir que esto es solo supervivencia, pero no va a dejar ese cuadro atrás. La Mujer Desconocida viene con nosotros, la prueba de que alguien ve a Isabella por quien realmente es.

Veinticinco minutos después, estamos en el Aston Martin en dirección sur hacia Manhattan. Isabella está sentada a mi lado con pantalones de yoga y una de mis sudaderas, viéndose de alguna manera más pequeña en la tela holgada. El aire de la mañana está lo suficientemente frío como para necesitar la calefacción, y la veo temblar a pesar de la chaqueta.

—¿Tienes frío?

—Solo estoy cansada —pero no está cansada. Se está preparando, observando cómo el territorio familiar desaparece en el espejo retrovisor.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado con todo lo que no estamos diciendo. Ayer me dijo que el retrato no cambiaba nada. Ayer me besó en la mejilla y se apartó cuando intenté convertirlo en

algo más. Ayer levantó sus muros más altos en lugar de dejarme acercar.

Una parte de mí quiere llenar el silencio con palabras, explicaciones, promesas de que las cosas serán diferentes una vez que nos instalemos. Pero Isabella no necesita mis promesas ahora mismo. Necesita espacio para encontrar su equilibrio en lo que sea que venga después.

Así que lanzo mi moneda y manejo, dándole el silencio que necesita mientras la autopista nos lleva hacia todo lo complicado.

El horizonte de Manhattan se eleva ante nosotros, todo acero, cristal y ambición. Territorio conocido, pero se siente diferente con Isabella a mi lado. Más peligroso. Como llevar algo precioso a una zona de guerra.

—¿Nerviosa? —pregunto mientras entramos al Upper East Side.

—¿Debería estarlo?

—Dom no es tan intimidante como parece. Le vas a encantar a Carmela. Y si alguien se mete contigo, tendrá que vérselas conmigo.

Me lanza una mirada, con algo indescifrable en sus ojos verdes. —¿Se supone que eso es para tranquilizarme?

—Se supone que es la verdad.

La mansión Rosetti se alza al final de su camino privado, tres pisos de intimidación modernista rodeados de cámaras de seguridad y hombres de traje negro. Observo a Isabella asimilarlo todo, catalogando salidas y amenazas como ha aprendido a hacer.

—Parece una fortaleza —dice ella.

—Es una fortaleza. Pero también es nuestro hogar. —Apago el motor y me giro para verla—. Mi familia va a querer conocerte. Y no tienes que fingir ser nada que no seas.

La puerta principal se abre antes de que lleguemos, y Dom aparece en el pórtico con su habitual presencia imponente. Mi hermano mayor parece cansado, las líneas de estrés más profundas alrededor de sus ojos, pero se endereza cuando ve a Isabella.

—La ciudad se está calentando —dice sin preámbulos—. Tuviste razón en sacarla de ahí.

Noto que Isabella se endereza al oír que hablan de ella en tercera persona, pero no hace ningún comentario. Cortesía profesional

frente a hombres poderosos, algo que ha perfeccionado tras años de navegar el mundo de Chase.

—Dom, ella es Isabella —digo, mientras veo a mi hermano evaluarla—. Isabella, te presento a mi hermano Domenico.

—Señorita Callahan. —La voz de Dom es formal pero no hostil. Da un paso al frente, y veo que conscientemente se esfuerza por parecer menos intimidante—. Bienvenida a nuestra casa.

—Gracias —responde Isabella, sus modales de museo aflorando automáticamente—. Le agradezco su hospitalidad.

—No hay necesidad de formalidades —dice Dom, y hay algo cortante en su tono que me hace observarlo más de cerca—. Ahora está bajo nuestra protección. Eso significa algo en esta ciudad.

Las palabras quedan flotando en el aire, cargadas de implicaciones que hacen que a Isabella se le corte la respiración. Dom no solo está siendo educado. Está haciendo una declaración pública, extendiendo la protección de los Rosetti, la quiera ella o no.

Antes de que pueda procesarlo por completo, el eco de unos pasos resuena desde el interior de la casa y Carmela aparece en el umbral. Nuestra hermana le echa un vistazo a Isabella y sonríe, pero no es la sonrisa afilada y depredadora que esperaba. Es una calidez genuina mezclada con curiosidad.

—Vaya, vaya… —dice Carmela, pasando junto a Dom para estudiar a Isabella con abierto interés—. Así que tú eres la que trae de cabeza a mi hermanito.

—Carmela —le advierto, pero ella me ignora con un gesto de la mano.

—¿Qué? Es un cumplido. Matteo no suele tener la capacidad de atención para nada más complicado que un fin de semana. —Se vuelve hacia Isabella, con una expresión más suave—. Soy Carmela. Y pareces necesitar un café y un descanso de conversaciones tan cargadas de testosterona.

Isabella parpadea, claramente sin esperar una calidez tan casual de una mujer Rosetti. Pero alcanzo a ver el atisbo de una sonrisa en las comisuras de sus labios, la primera expresión genuina que ha mostrado desde que salimos de la casa de seguridad.

—Un café suena perfecto —dice.

—Excelente. —Carmela enlaza su brazo con el de Isabella, pero es un gesto protector más que posesivo—. Te advierto, la máquina de espresso es italiana y tiene opiniones sobre todo. Pero he aprendido a engatusarla para que coopere.

Las observo desaparecer dentro de la casa, la cháchara de Carmela llenando el vestíbulo de mármol con una ligereza inesperada. Los hombros de Isabella se relajan gradualmente con cada paso que la aleja de la entrada formal, del peso de ser evaluada.

—No es lo que esperaba —dice Dom en voz baja a mi lado.

—¿Qué esperabas?

—Alguien que se quiebra más fácil. —Estudia el umbral por donde desaparecieron—. Tiene un temple de acero bajo toda esa finura. Menos mal, considerando lo que se viene.

—¿Qué es lo que se viene?

La expresión de Dom se endurece. —Chase hizo otro movimiento anoche. Atacó una de nuestras líneas de suministro. Está intensificando las cosas.

Las palabras me siguen hasta el interior de la casa, a través de pasillos de mármol que de repente se sienten menos como un hogar y más como la primera línea de una guerra que Isabella nunca pidió librar.

Pero mientras sigo el sonido de las risas desde la cocina, encuentro a Carmela e Isabella inclinadas sobre la máquina de espresso, trabajando juntas para sonsacarle una crema perfecta a sus complicados mecanismos.

—El truco es hacerle saber que respetas su proceso artístico —explica Carmela, ajustando los diales con un cuidado exagerado—. Los italianos no responden bien a que los apuren.

—Como la mayoría de los artistas —observa Isabella, y hay verdadera diversión en su voz.

—Exacto. ¿Trabajas con artistas?

—Trabajo con sus fantasmas. Pintores muertos, en su mayoría. Artes decorativas europeas.

—Ah, los que no son peligrosos. No pueden coquetearte ni robarte las ideas.

Isabella se ríe, y el sonido me provoca algo en el pecho. Afloja nudos que no me había dado cuenta de que se habían formado. Esto es lo que quería, lo que esperaba. Que Isabella encontrara su lugar en el caos de mi mundo, que mi familia la aceptara no como mi cautiva, sino tal como es.

—Matteo —llama Carmela sin apartar la vista de la máquina—. Tu novia tiene un gusto excelente para el café. La apruebo.

—Él no es mi… —empieza Isabella, pero Carmela la interrumpe.

—Cariño, he visto la forma en que te mira mi hermano. Sea cual sea el arreglo complicado que tengan ustedes dos, no es algo casual —. Me lanza una mirada por encima de la cabeza de Isabella; hay algo de complicidad en sus ojos oscuros—. Y la forma en que lo miras a él sugiere que el sentimiento es mutuo.

El calor inunda las mejillas de Isabella y ella se concentra intensamente en la máquina de espresso. Pero no lo niega, y esa pequeña omisión hace que la moneda gire más rápido entre mis dedos.

Antes de que pueda decir algo que la asuste y la haga volver a encerrarse en sí misma, unos tacones resuenan sobre el mármol y Besiana aparece en el umbral de la cocina. Mi cuñada evalúa la escena con la elegancia serena que la caracteriza, fijándose en la ropa informal de Isabella y los gestos animados de Carmela.

—Tú debes de ser Isabella —dice Besiana, extendiendo una mano bien cuidada—. Soy Besiana. Es un placer conocerte al fin.

—Gracias —. Isabella le acepta el apretón de manos, pero noto la ligera tensión en sus hombros. Otra actuación, otra primera impresión cuidadosa.

—Te manejas con tanto control —observa Besiana, sirviéndose café con una gracia fluida—. Como alguien acostumbrada a que la observen.

Esa perspicacia atraviesa la pulida fachada de Isabella y llega a algo más vulnerable en su interior. La veo parpadear, sorprendida por la percepción, por la falta de juicio en el tono de Besiana.

—Supongo que sí —admite Isabella después de un momento.

—Actuar se convierte en supervivencia cuando estás rodeada de hombres poderosos —continúa Besiana, su voz suave pero

conocedora—. Pero aquí estás a salvo. No tienes que ser nadie más que tú misma.

La amabilidad en sus palabras hace que algo se resquebraje en la expresión de Isabella. Ha pasado tanto tiempo siendo lo que los demás necesitan que el hecho de que alguien le dé permiso para simplemente existir parece tomarla completamente por sorpresa.

La moneda se detiene en mi palma mientras me apoyo en el marco de la puerta, observando a tres de las mujeres más importantes de mi vida encontrar su propio ritmo juntas. Las barreras de Isabella no han desaparecido, pero están más bajas. Se ríe de las historias de Carmela sobre las víctimas anteriores de la máquina de espresso, le hace a Besiana preguntas genuinas sobre el arte que decora las paredes de la cocina.

Y cuando me descubre observándola, no aparta la mirada de inmediato. Simplemente me sostiene la mirada a través de la cocina y me ofrece una sonrisa pequeña y sincera que no promete nada y lo promete todo.

—Saben… —dice Carmela, mirándonos a ambos con una picardía apenas contenida—, creo que esto de verdad podría funcionar.

La sonrisa de Isabella titubea un poco, pero no retrocede. Solo toma un sorbo de espresso perfecto y deja que el comentario flote en el aire entre nosotros, cargado de una posibilidad que ninguno de los dos está listo para nombrar.

Pero por primera vez desde que se apartó de mí ayer, creo que de verdad podríamos encontrar el camino hacia lo que sea que esto se convierta. Y sentado aquí, en la cocina de mi familia, viendo a Isabella encajar en un lugar donde nunca esperó pertenecer, eso parece suficiente.

Por ahora.

22

Isabella

Llevo diez minutos de pie en este pasillo, incapaz de avanzar o retroceder.

La lluvia golpea los altos ventanales, convirtiendo Manhattan en borrones de acuarela en grises y dorados. Me ajusto el suéter de cachemira sobre los hombros, pero la ropa prestada de Besiana no puede hacerme sentir que pertenezco a esta fortaleza de cristal.

La puerta de la biblioteca está ligeramente abierta, y las voces llegan hasta el pasillo donde estoy congelada. El murmullo grave de Dom, las agudas interrupciones de Leo, la voz de Matteo cortando a través de ambos con una precisión peligrosa. Están planeando algo. Creando una estrategia. Luchando una guerra que ayudé a empezar por el simple hecho de existir.

Debería tocar. Preguntar si hay algo que pueda hacer para ayudar. Lo educado, lo útil. En cambio, floto en el umbral como un fantasma, atrapada entre el deseo de contribuir y la certeza de que no pertenezco a su mundo de violencia calculada.

—Isabella. —Besiana aparece a mi lado, moviéndose con la misma gracia silenciosa que es propia de esta familia—. Pareces perdida.

—Solo estaba… —Señalo vagamente hacia la biblioteca—. Parecen ocupados.

—Lo están. —Sus ojos oscuros estudian mi rostro con una incómoda perspicacia—. Pero eso no significa que no tengas

permitido existir en tu propio espacio.

Mi espacio. Las palabras suenan extrañas. Nada en esta mansión se siente como mío, a pesar de la forma en que Matteo me observa moverme por ella como si yo fuera algo precioso que ha colocado exactamente donde me quiere.

—Ven —dice Besiana, tomando mi brazo con una familiaridad natural—. Deja que jueguen con sus mapas y sus teléfonos. Encontraremos algo más interesante que hacer.

Pero no puedo concentrarme en nada más interesante. No puedo enfocarme en el libro que me da o en el té que pone en mis manos. La tarde se extiende, interminable y gris. A través de las ventanas, observo cómo la tormenta se intensifica, convirtiendo la ciudad en algo oscuro y amenazante.

Al final, me encuentro vagando por los pasillos de la mansión, mis pies descalzos silenciosos sobre el mármol y la madera. El aire se siente cargado de tensión, como si las propias paredes se prepararan para la guerra.

—¿Isabella? —La voz de Matteo me sobresalta. No lo oí acercarse, demasiado perdida en mis pensamientos en espiral.

Me vuelvo hacia él y observo la tensión preocupada en sus hombros, la forma en que sus ojos ambarinos buscan en mi rostro señales de angustia. Se cambió la ropa de la mañana por unos jeans oscuros y un suéter negro que lo hacen parecer más joven, más accesible. Menos como un depredador y más como un hombre que de verdad podría amarme.

Pero puedo ver la moneda de plata girando entre sus dedos.

—Estoy bien —digo automáticamente, la mentira sale tan fácil como respirar.

No me cree. Lo veo en la forma en que aprieta la mandíbula, en la forma en que la moneda se mueve más rápido—. ¿Segura? Te ves pálida.

—Solo estoy cansada. —Otra mentira, tan fluida como la seda—. La tormenta me está dando dolor de cabeza.

Estudia mi rostro por un largo momento, y tengo la inquietante sensación de que puede ver a través de mí. De que sabe sobre la

decisión con la que estoy luchando, sobre la forma en que me estoy fragmentando bajo el peso de demasiadas verdades imposibles.

—Ven aquí —dice suavemente, extendiendo su mano.

Quiero ir hacia él. Quiero dejar que me acerque y me prometa que todo estará bien, aunque ambos sabemos que es imposible. En cambio, niego con la cabeza.

—Isabella, ¿qué pasa?

La pregunta rompe algo dentro de mí. —¿Sobre cómo me dijiste que me amabas y no sé cómo manejarlo? ¿Sobre cómo siento que estoy traicionando todo lo que creía saber de mí misma? ¿Sobre cómo el hombre que me crio podría ser un monstruo y no estoy segura de quién soy sin él?

La confesión flota entre nosotros como cristales rotos. La expresión de Matteo cambia de preocupación a algo más profundo, más complicado.

—Bella…

—No. —Levanto una mano, deteniéndolo antes de que pueda decir algo que me rompa por completo—. Por favor. No puedo… ahora no.

Él asiente lentamente, comprendiendo más de lo que merezco. —Está bien. Pero cuando estés lista para hablar, aquí estaré.

—¿Y si nunca estoy lista?

—Entonces esperaré. —Su voz es firme, segura—. El tiempo que sea necesario.

Se da la vuelta para irse, pero se detiene en el umbral. —Con lo que sea que estés luchando, sea cual sea la decisión que crees que tienes que tomar sola… no es así. Ahora estamos juntos en esto.

Juntos. La palabra debería consolarme. En cambio, se siente como otro muro que se cierra a mi alrededor.

Después de que se va, me refugio en la sala de estar, tratando de encontrar la calma en la tormenta de mis pensamientos. Pero cada destello de relámpago me hace pensar en Chase, en la forma en que su sonrisa nunca llegaba a sus ojos cuando estaba decepcionado de mí.

Él mató a mis padres. El pensamiento me golpea de nuevo, un cuchillo entre mis costillas. El hombre que me crio, que me enseñó a

apreciar la belleza y la cultura, que me dio todo después de que murieran. Él los mató primero.

Catorce años. Llevo catorce años agradecida al asesino de mis padres.

El recuerdo me golpea sin previo aviso. El funeral de mis padres. La mano fuerte de Chase en mi hombro de niña de nueve años, su voz suave por el dolor. —A ellos les gustaría que fueras fuerte, Isabella. Que continuaras con su amor por las cosas bellas.

Todo mentira. Cada palabra, cada gesto, cada momento de bondad construido sobre los cimientos del asesinato.

Mi teléfono vibra en la mesita auxiliar donde lo dejé cargando. El identificador de llamadas hace que se me encoja el estómago: Libby Donaldson, del Met.

—Libby —respondo, forzando mi voz para que suene profesional y cálida—. ¿Cómo está?

—Isabella, gracias a Dios. No estaba segura de que fuera a contestar. —Su voz denota una tensión inusual—. Escuche, sé que está lidiando con asuntos familiares, pero hoy pasó algo extraño que pensé que debería saber.

El pulso se me acelera. —¿Extraño de qué tipo?

—Donald Henson me llamó esta mañana. ¿Se acuerda de él, verdad? Un donante importante, siempre husmeando por las pinturas europeas.

Recuerdo a Donald perfectamente. La forma en que me miraba como si yo fuera una obra de arte que quisiera adquirir. —Por supuesto.

—Bueno, me contactó para comprar piezas de una colección privada. Dijo que Chase Callahan se le había acercado para liquidar algunas obras importantes: dibujos del Renacimiento, un Monet pequeño, algunas piezas de jade tallado que valen una fortuna.

Se me va el color de la cara. Chase no vende arte. Lo colecciona obsesivamente, lo amasa como un dragón que protege su tesoro. —Eso no es propio de mi tío.

—Eso mismo pensé. Pero aquí está la parte realmente extraña: Henson dijo que Chase parecía desesperado por deshacerse de las piezas rápidamente. Por debajo del valor del mercado, transacciones

solo en efectivo, sin demoras por autenticación. El comportamiento de alguien que necesita dinero rápido.

Me empiezan a temblar las manos. —¿Cuánto dinero?

—Henson estimó la colección que le mostraron en unos doce millones. Pero eso fue solo lo que Chase llevó a la reunión inicial. Mencionó que tenía mucho más disponible para venta inmediata.

El teléfono se me resbala de los dedos, de repente sin fuerza, y cae con estrépito sobre el suelo de madera. Doce millones. La cifra resuena en mi cabeza como una sentencia de muerte.

Me dejo caer en la silla más cercana, con las piernas fallándome por completo. Doce millones de dólares. Suficiente para financiar un ejército. Suficiente para comprar armamento pesado y soldados experimentados. Suficiente para convertir una reunión en un almacén en un baño de sangre.

—¿Isabella? Isabella, ¿está ahí?

La voz de Libby suena distante, metálica. Recojo el teléfono con manos temblorosas. —Sí, disculpe. Solo… estoy procesándolo.

—¿Le dijo algo más? —mi voz sale estrangulada.

—Solo que Chase parecía diferente. Agitado. Como un hombre que se prepara para algo grande. —Libby hace una pausa—. ¿Está todo bien? ¿Con su situación familiar?

—Todo está bien —susurro, y la mentira me sabe a cenizas—. Gracias por avisarme. Debo irme.

Termino la llamada y me quedo mirando el teléfono en mis manos temblorosas. La habitación da vueltas a mi alrededor mientras las implicaciones me golpean como olas.

Chase está liquidando sus posesiones más preciadas. El tío que preferiría morir antes que desprenderse de una sola pieza de su colección está vendiendo millones en arte para conseguir dinero rápido. Siempre dijo que solo vendería su colección cuando estuviera listo para hacer arder el mundo.

Esto no es una negociación lo que está planeando. Es una masacre.

Los Rosetti creen que van a una reunión. Van directo a una matanza.

Me llevo las manos a la boca, luchando contra las ganas de vomitar. Todo este tiempo, he estado pensando en la lealtad y la traición en términos abstractos. Pero esto no se trata de tomar partido en una disputa familiar. Se trata de impedir un asesinato en masa.

La elección se cristaliza con una claridad brutal. No entre el hombre que me crio y el hombre que dice amarme. Entre detener a un monstruo y convertirme en cómplice de un genocidio.

Pienso en los pacientes ojos ambarinos de Matteo, en la forma en que dijo que me esperaría todo el tiempo que hiciera falta. En la tranquila autoridad de Dom, el humor salvaje de Leo, la inesperada amabilidad de Besiana. En todas las personas que trabajan para ellos, que dependen de ellos, que morirán si me quedo callada.

Luego pienso en Chase, en la forma en que ha moldeado cada aspecto de mi vida durante catorce años. En la gratitud que he cargado como un peso, la lealtad que me ha definido desde que tenía nueve años.

Pero esa lealtad se construyó sobre mentiras. Todo lo que creía saber sobre él, sobre mí misma, sobre mi lugar en su mundo… todo construido sobre la tumba de mis padres.

No es mi salvador. Es el asesino de ellos.

Y ahora planea matar de nuevo.

Me pongo de pie con piernas temblorosas, con mi decisión tomada. Sean cuales sean las consecuencias de esta elección, en lo que sea que me convierta, puedo vivir con ello. Con lo que no puedo vivir es con no hacer nada mientras él asesina a una familia entera.

El pasillo se extiende ante mí, conduciendo hacia la biblioteca donde las voces aún murmuran tras las puertas cerradas. Cada paso se siente como cruzar un puente que se quemará detrás de mí, cortando cualquier camino de regreso a la mujer que solía ser.

Pero quizás esa mujer siempre fue una ilusión, de todos modos. Quizás la verdadera Isabella Callahan es la que camina hacia esa puerta, lista para elegir las vidas de las personas que le importan por encima de las mentiras que la han definido.

Lista para convertirse en alguien que actúa en lugar de alguien que simplemente soporta.

La puerta de la biblioteca se alza imponente, y levanto la mano para llamar. Al otro lado se encuentra el fin de todo lo que creía saber sobre mí misma.

Y el principio de todo lo que elijo ser.

23

Matteo

La información que Isabella nos trajo ayer lo cambia todo.

Lleva tres noches durmiendo en su propia habitación, insistiendo en que necesita espacio para procesar todo lo de sus padres. Me despierto cada mañana buscándola con el brazo, mi cuerpo anhelando el peso de sus curvas contra mí. El aroma de su perfume aún está impregnado en mis sábanas, volviéndome loco de deseo cada vez que cierro los ojos.

No puedo dejar de pensar en la expresión de su rostro cuando nos contó que Chase liquidó doce millones de dólares en arte. La forma en que se le quebró la voz cuando describió la llamada de Libby Donaldson. Cómo había atado cabos ella misma: su tío recaudando dinero rápidamente, preparándose para algo masivo.

Algo que nos destruiría.

Mis hermanos ya están reunidos en la sala de guerra cuando llego. Hay mapas extendidos sobre la mesa de caoba, computadoras portátiles abiertas y el olor a café y a violencia impregna el aire. Rafe levanta la vista de unas fotos satelitales, con expresión sombría.

—Isabella tenía razón —dice sin preámbulos—. Encontramos el almacén.

Las fotos están esparcidas sobre la mesa como pruebas en la escena de un crimen. Un complejo industrial en Queens. Remoto.

Perfecto para montar una masacre y hacer que parezca que nosotros la orquestamos. Lanzo la moneda entre mis dedos, el metal tibio y familiar contra mi palma.

—¿Explosivos? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Preparados para estallar —confirma Rafe—. Supresión de incendios desactivada. Tratos de armas montados para que parezcan nuestros proveedores. Incluso encontramos cuerpos en cámaras frigoríficas, esperando a ser plantados como víctimas.

Leo desliza una tableta sobre la mesa. —Imágenes de seguridad de tres cuadras de distancia. Los hombres de Chase han estado moviendo equipo durante semanas.

—No solo está tratando de desaparecer —dice Rafe en voz baja—. Está montando una masacre y envolviéndonos en ella.

Leo desliza una tableta sobre la mesa. Las imágenes de seguridad muestran a los hombres de Chase moviendo equipo, preparando la escena. Aprieto la mandíbula al verlos trabajar con precisión militar. Esto no es venganza. Es teatro.

—No solo está tratando de desaparecer —dice Rafe en voz baja—. Está tratando de hacernos desaparecer a nosotros.

La moneda gira más rápido. Chase Callahan no se contenta con empezar una guerra. Quiere destruirnos por completo, culparnos de algo tan horrible que hasta nuestros aliados se volverán en nuestra contra. Y luego él se irá como si nada mientras nosotros ardemos.

—No vamos a esperar —digo, atrapando la moneda en mi palma —. Acabaremos con esto. Esta noche.

Dom se endereza.

—Matteo…

—No —me inclino hacia adelante, con las manos planas sobre la mesa—. Cada hora que esperamos, él está más cerca de lograrlo. Lo atacaremos ahora, antes de que pueda tender la trampa.

—Es un suicidio —dice Leo—. Nos estará esperando.

—Tal vez. Pero no nos esperará a todos nosotros. —Miro a cada uno de ellos a los ojos—. Esto se acaba esta noche.

La puerta se abre e Isabella entra. Lleva puesto el suéter de cachemira color crema que le prestó Besiana y unos jeans oscuros que se abrazan a sus curvas. Tiene el pelo recogido, revelando la

elegante línea de su cuello. Pero son sus ojos los que me dejan helado. Hay algo vacío en ellos, algo distante que me oprime el pecho.

—Lo siento —dice en voz baja—. No sabía que estaban reunidos.

Dom empieza a levantarse, probablemente para acompañarla a la salida, pero lo miro y niego con la cabeza. Ella es parte de esto ahora, nos guste o no. Lo sepa ella o no.

—Está bien —digo—. Entra.

Se acerca a la ventana y se abraza a sí misma. Incluso desde el otro lado de la habitación, puedo sentir cómo se aleja. Retirándose detrás de esos muros perfectos que ha pasado años construyendo. Quiero ir hacia ella, atraerla hacia mí, hacer que me mire a mí en lugar de a través de mí.

—¿Cuál es el plan? —pregunta sin darse la vuelta.

—Vamos a ir tras Chase —dice Dom con cuidado—. Esta noche.

Ella asiente una vez, como si lo esperara. Como si ya hubiera aceptado lo que sea que venga. La indiferente resignación en su postura hace que algo violento se desate en mi pecho.

—Voy con ustedes.

La habitación se queda en silencio. Hasta el aire parece detenerse.

—De ninguna manera —dice Dom.

—No es una petición. —Se gira para mirarnos, y hay un temple en su voz que me recuerda por qué me enamoré de ella en primer lugar —. Él no me esperará a mí. Eso les da una ventaja.

—Tú no eres una carnada —digo en voz baja. Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía.

—No. —Me mira a los ojos y, por un momento, veo a través de las grietas a la mujer que hay debajo. Feroz. Decidida. Rota, pero no vencida—. Soy el filo de la navaja.

El silencio se prolonga hasta que Rafe se aclara la garganta. —Tiene razón. Chase cree que está comprometida, que la hemos puesto de nuestro lado. Verla podría desequilibrarlo.

Cada uno de mis instintos grita en contra. La idea de Isabella en cualquier lugar cerca de ese almacén, cerca de Chase y sus juegos retorcidos, hace que me tiemblen las manos con la necesidad de encerrarla en una habitación donde esté a salvo.

Pero la miro a la cara, veo la forma en que ha puesto la mandíbula, la determinación en sus ojos verdes. Esta es su elección. Su pelea. Y negársela podría ser lo que finalmente la rompa por completo.

—Está bien —digo—. Pero te quedas cerca de mí. No te mueves a menos que yo te diga que te muevas.

Ella asiente, y capto el más leve atisbo de una sonrisa en sus labios. Es la primera expresión real que le he visto en días.

La reunión termina veinte minutos después. Los planes están hechos, las armas distribuidas, la maquinaria de la guerra poniéndose en marcha. Dom y Leo salen a preparar los vehículos. Rafe desaparece para coordinar con nuestro equipo de seguridad.

Isabella y yo estamos solos.

Sigue de pie junto a la ventana, mirando las luces de la ciudad. El suéter de cachemira se le pega a los hombros y puedo ver la tensión en la forma en que se contiene. Como si temiera desmoronarse si se relajara un solo segundo.

—Háblame —digo en voz baja.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sea que te esté pasando por la cabeza que te hace mirarme como si fuera un extraño.

No responde de inmediato. Se queda ahí, con los brazos rodeándose a sí misma como si estuviera manteniendo los pedazos unidos a la fuerza.

—Te traje información que podría salvar a tu familia —dice por fin —. Y en lo único que puedo pensar es en que viví con el asesino de mis padres durante catorce años. En que le estaba agradecida.

El dolor en carne viva en su voz me oprime el pecho. —Bella.

—Necesito sentir otra cosa. —Se gira para encararme por completo, y hay algo salvaje en sus ojos verdes. Algo desesperado y peligroso—. Cualquier otra cosa.

Antes de que pueda responder, cruza la habitación con zancadas rápidas y depredadoras. Sus manos golpean mi pecho y me empujan contra la pared con una fuerza sorprendente. El impacto me saca el aire de los pulmones.

—Isabella, ¿qué estás…?

—Cállate. —Su voz es áspera, autoritaria de un modo que hace que mi verga dé un respingo a pesar de todo—. Por una vez en tu vida, solo cállate y déjame tener esto.

Sus manos ya están luchando con mi cinturón, los dedos moviéndose con obstinada determinación. El cuero se desliza con un agudo susurro que resuena en la silenciosa habitación.

—Así no —digo, sujetándole las muñecas—. Estás sufriendo. No voy a aprovecharme.

Se libera de un tirón, con fuego ardiendo en sus ojos. —¿Aprovecharte? —Una risa amarga se le escapa de la garganta—. Yo soy la que te trajo la información. Yo soy la que elige esto. Estoy tomando lo que quiero.

El cierre de mi pantalón baja con un chirrido y luego su mano está sobre mí, por encima de mis bóxers. Caliente. Firme. Posesiva. Mi cabeza cae hacia atrás contra la pared mientras la sangre se agolpa en mi entrepierna con una velocidad devastadora.

—Bella, no lo hagas. —Pero incluso mientras lo digo, mis caderas se empujan hacia su toque.

—Dije que te callaras. —Cae de rodillas con un movimiento fluido, y la imagen de ella allí, todavía completamente vestida, con los ojos encendidos de furia y necesidad, casi me para el corazón.

Me baja los bóxers de un tirón y mi verga salta fuera, ya dura y palpitante. Sus ojos se clavan en los míos mientras envuelve sus dedos a mi alrededor, y hay algo salvaje en su expresión. Algo que me hace entender que no se trata de consuelo o conexión.

Se trata de control. De reclamar poder cuando todo lo demás le ha sido arrebatado.

—Mírame —ordena, y joder, la autoridad en su voz me hace palpitar en su agarre—. Quiero que mires mientras hago esto. Mientras tomo lo que es mío.

Entonces su boca está sobre mí, caliente, húmeda y absolutamente devastadora. Sin vacilación. Sin exploración delicada. Me toma profundo en un movimiento suave que me arranca un gemido del pecho y hace que se me doblen las rodillas.

—Cristo. —Mis manos se aferran a su pelo automáticamente, necesitando algo a lo que anclarme—. Bella, vas a matarme.

Se aparta lo justo para hablar, con sus labios todavía rozando mi punta. —Bien. Entonces los dos estaremos rotos.

Las palabras son crudas, brutales, y me atraviesan incluso mientras me toma de nuevo en lo profundo. Su lengua trabaja contra la parte inferior de mi verga, y puedo sentir su rabia en cada movimiento. Cada succión. Cada deliberado roce de dientes que me hace sisear y apretar mi agarre en su pelo.

Me está usando. Usando esto. Y que Dios me ayude, es lo más excitante que he experimentado en mi vida.

—¿Quieres mirar? —pregunta, apartándose para acariciarme con la mano, sin dejar de mirarme a los ojos—. Mírame recuperar mi poder.

Entonces me trabaja con la boca y la mano a la vez, marcando un ritmo brutal y exigente. Su mano libre se aferra a mi muslo, clavando las uñas con la fuerza suficiente para dejar marcas. El ligero dolor solo hace que todo sea más intenso.

Intento suavizar el ritmo, hacer que vaya más despacio, pero me lanza una mirada fulminante y me toma más profundo. Más allá de su zona de confort. Más allá de la mía. Hasta que estoy tocando el fondo de su garganta y ella emite unos sonidos suaves y desesperados que me vuelven loco.

—Joder, Bella. Eres perfecta. Tan jodidamente perfecta.

Gime a mi alrededor ante el cumplido, y la vibración hace que se me nuble la vista. Sus movimientos se vuelven más desesperados, más frenéticos, como si persiguiera algo que no puede alcanzar del todo.

—¿Es esto lo que quieres? —jadea, apartándose para masturbarme rápida y bruscamente—. ¿Verme de rodillas? ¿Verme desmoronarme?

—No. —La palabra se me escapa—. Quiero verte completa. Quiero verte feliz.

Algo se rompe en su expresión. Las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas, pero no se detiene. Si acaso, se vuelve más decidida. Más brutal en su necesidad de terminar esto.

—Demasiado tarde para eso —susurra, y luego me vuelve a meter en su boca.

La combinación de sus lágrimas, su boca y la forma desesperada en que me trabaja quiebra algo fundamental en mi autocontrol. Mis caderas empiezan a moverse por sí solas, follándole la boca con embestidas cuidadosas y mesuradas que ella recibe con avidez. La imagen de sus labios estirados alrededor de mi verga, con las lágrimas corriendo por su cara mientras toma todo lo que le doy, es la destrucción más hermosa que he presenciado jamás.

—Eso es, bella —gruño, con la voz áspera por la necesidad—. Tómame la verga como la perfecta reinita que eres. Demuéstrame cuánto necesitas esto.

Ella gime a mi alrededor ante mis sucias palabras, y la vibración hace que se me nuble la vista.

—Estoy cerca —le advierto, tirando de su cabello—. Bella, voy a correrme.

Ella me mira, con sus ojos verdes inundados de lágrimas y desafío, y deliberadamente me traga más profundo. Su garganta se contrae a mi alrededor, y con eso basta. Estoy acabado.

Mi orgasmo me desgarra con una intensidad violenta, y cada músculo de mi cuerpo se tensa mientras me vacío en su garganta. Ella lo recibe todo, lo traga todo, sin apartar sus ojos de los míos ni siquiera mientras las lágrimas le corren por el rostro.

Cuando todo termina, estoy temblando. Completamente destrozado. Ella se sienta sobre sus talones, se limpia la boca con el dorso de la mano y, por un momento, solo nos quedamos mirándonos.

—Isabella. —Intento alcanzarla, pero ya se está poniendo de pie.

—Estaré lista en una hora —dice en voz baja, con la voz firme a pesar de los rastros de lágrimas en sus mejillas.

Luego se va, dejándome desplomado contra la pared con los pantalones en los tobillos y la terrible certeza de que acabo de ver a la mujer que amo intentar follar para ahogar su dolor.

Y no pude detenerla. No quise detenerla.

Cristo, ¿en qué clase de hombre me convierte eso?

Una hora después, la encuentro junto a las camionetas. Viste toda de negro: jeans, una chaqueta ajustada, botas que podrían matar a un hombre. Lleva el cabello recogido en una elegante cola de

caballo, y hay algo diferente en su postura. Más erguida. Más segura.

Más peligrosa.

Me acerco despacio, como si fuera un animal salvaje que pudiera echar a correr. —¿Estás bien?

Se gira para mirarme, y sus ojos están claros. Enfocados. La mujer que se derrumbó en mis brazos antes ha desaparecido, reemplazada por alguien más dura. Alguien lista para la guerra.

—Estoy perfecta —dice.

La mentira sale tan fácil, tan fluida, que por un segundo casi la creo. Pero ahora he visto detrás de sus murallas. Sé lo que le cuesta mantenerse así de erguida, verse así de serena.

—Pase lo que pase esta noche —digo, tomándole la mano—, te cubro la espalda. Siempre lo he hecho.

Me aprieta los dedos una vez, brevemente. —Lo sé.

Pero mientras subimos a la camioneta, en dirección a lo que podría ser la última noche de nuestras vidas, no puedo quitarme la sensación de que la estoy perdiendo. Que en algún punto entre la verdad sobre sus padres y las mentiras sobre su tío, la mujer que amo está desapareciendo pedazo a pedazo.

Y no sé cómo salvarla de sí misma.

El almacén aguarda en la oscuridad, adelante. Chase Callahan espera. Y en algún lugar en el espacio entre la venganza y la justicia, estoy a punto de descubrir de qué está hecha realmente Isabella Callahan.

La guerra comienza a la medianoche.

24

Isabella

El aguacero azota las ventanillas blindadas de la camioneta con persistencia mecánica. Cada gota suena como una cuenta regresiva, como si el mismísimo cielo estuviera marcando el tiempo hasta que todo lo que he conocido se disuelva por completo.

Presiono la espalda contra el asiento de cuero, deseando desaparecer en él. La pistola que me dio Matteo pesa sobre mi cadera, oculta bajo la chaqueta de cuero que huele a él. Tengo las manos cuidadosamente cruzadas en mi regazo, firmes como el cristal. Si no me muevo, si no respiro muy profundo, quizá pueda mantenerme entera el tiempo suficiente para terminar con esto.

La ciudad pasa como manchas de acuarela de neón y sombras. Manhattan a las dos de la mañana parece un hermoso cadáver, todo luces brillantes y calles vacías. Perfecto y sin vida. Como yo.

Vuelvo a encontrarme con la mirada de Matteo en el espejo retrovisor. Me ha estado observando durante todo el trayecto, esos ojos ambarinos oscurecidos por la preocupación y algo que podría ser arrepentimiento. Aparto la vista antes de que pueda leer demasiado en mi rostro. Antes de que pueda ver lo rota que estoy bajo esta cuidada compostura.

La voz de Dom atraviesa el bajo rugido del motor. —La cámara térmica muestra veintiséis cuerpos en el complejo. Chase está en el

almacén principal, tercer piso. Golpeamos con fuerza, golpeamos rápido, no les damos tiempo a pensar.

—Isabella se queda con el equipo del perímetro —añade Leo desde el asiento del copiloto, su voz cargada de una autoridad absoluta—. Esto no es una negociación.

—No me voy a quedar atrás —digo en voz baja, y la certeza en mi voz me sorprende—. Si me dejan en un auto mientras entran, lo perderán. Tendrá vías de escape en las que no han pensado. Siempre las tiene.

Los nudillos de Matteo están blancos por la fuerza con que agarra el volante. —Bella…

—No me esperará. —Las palabras me saben a metal—. Cree que sigo siendo su sobrina agradecida. Su perfecta marioneta. —Encuentro su mirada en el espejo, y algo pasa entre nosotros. Entendimiento. Reconocimiento—. Soy la única que puede acercarse lo suficiente.

La camioneta reduce la velocidad al acercarnos al distrito de los almacenes. A través de las ventanas veteadas por la lluvia, puedo ver el complejo que Chase eligió para su última resistencia. Una mole de metal oxidado y ventanas rotas, agazapada junto al East River como un cáncer. El agua se filtra por los huecos del techo y los grafitis cubren todas las superficies accesibles.

Parece el tipo de lugar donde todo termina.

—Tú no eres una carnada —dice Matteo, con la voz áspera por una emoción apenas contenida—. No eres prescindible.

—No. —Me quito el cinturón de seguridad, y el clic resuena en el repentino silencio—. Soy la cuchilla.

El peso de la pistola contra mi cadera se siente más intenso cuando salgo a la tormenta. El agua me empapa el pelo de inmediato, convirtiendo el mundo en un borrón de grises y negros. Un relámpago parte el cielo sobre el almacén, iluminando el metal retorcido y los cristales rotos que coronan su tejado.

Dom y Leo se mueven con precisión militar, sus equipos se despliegan para rodear el edificio. Observo a Matteo revisar su arma por última vez; la moneda de plata no se ve por ninguna parte. Sus manos están firmes, profesionales. Pero cuando me mira, veo al

chico que me dijo que me amaba mientras los truenos retumbaban a nuestro alrededor.

Debería decir algo. Debería reconocer esa confesión que me lanzó como un salvavidas hace tres días. Debería decirle que él es lo único que se ha sentido real en años de cuidadosa actuación.

En lugar de eso, camino hacia la entrada del almacén, con mis pasos silenciosos sobre el concreto mojado.

El primer disparo estalla desde algún lugar dentro del edificio cuando llegamos al muelle de carga. Entonces, el caos irrumpe por todas partes a la vez. La voz de Dom crepita a través del comunicador: —Explosivos desactivados. Encontramos las cargas conectadas a las vigas de soporte… doce hostiles abatidos cuando sus propios dispositivos detonaron antes de tiempo.

La trampa que Chase tendió para sepultarnos a todos se volvió en su contra cuando el experto en demoliciones de Dom redirigió el cableado. Los fogonazos de los disparos destellan a través de las ventanas rotas, convirtiendo el aguacero en agujas de plata. Se gritan órdenes en varios idiomas. El aire se llena de cordita y violencia.

Me mantengo agachada, siguiendo la ruta que Dom nos trazó. Pasando contenedores de carga volcados, a través de un laberinto de maquinaria oxidada que proyecta sombras retorcidas con la intermitencia de los relámpagos. La pistola en mi mano se siente ajena y familiar al mismo tiempo, una memoria muscular cuyo origen no reconozco.

Algo explota cerca y caigo al suelo. Un dolor agudo me atraviesa la rodilla, y al bajar la vista descubro mis pantalones negros rasgados. Entonces oigo la voz de Rafe, cortante de dolor y furia, resonando desde algún lugar más arriba. —¡El hijo de puta me disparó!

Carmesí. Siempre carmesí. Todos los que me importan terminan sangrando.

Abandono la ruta planeada y me dirijo a las escaleras. El almacén apesta a óxido y aceite de motor, décadas de decadencia asentadas en sus huesos de concreto. Mis pasos retumban a pesar de mis esfuerzos por guardar silencio, el sonido engullido por el cavernoso espacio superior.

La escalera metálica cruje bajo mi peso mientras subo hacia el sonido de las voces. El agua de la tormenta se cuela por los huecos del techo, volviendo cada superficie resbaladiza y traicionera. En el segundo rellano, me detengo a escuchar, pegada a la fría barandilla de metal. Dos voces llegan desde arriba. Una familiar y refinada, hablando con tranquila seguridad. La otra, áspera por el dolor, pero inconfundiblemente la de Rafe.

Chase lo tiene.

El tercer piso es un laberinto de oficinas y cuartos de almacenamiento, la mayoría a oscuras, excepto por un charco de luz amarilla que se derrama desde el fondo del pasillo. Avanzo hacia él, con mis botas silenciosas ahora sobre el concreto, sabiendo que es una trampa, sabiendo que Chase está orquestando esta escena final exactamente como la quiere.

Pero él no sabe que estoy armada. No sabe que no soy la misma chica asustada que solía disculparse por existir.

La puerta de la oficina está abierta de par en par. Chase Callahan está sentado detrás de un escritorio de metal, perfectamente sereno a pesar de la guerra que se libra abajo. Su pelo plateado está impecable, su traje sin arrugas. Podría estar presidiendo una junta directiva en lugar de desangrar su imperio.

Rafe está arrodillado en el suelo de concreto a tres metros de distancia, atado a una viga de soporte con bridas. La sangre mana de una herida en su hombro, tiñendo su camisa negra de un tono más oscuro. Pero sus ojos están alerta, furiosos, y cuando me ve en el umbral, se abren de par en par como una advertencia.

—Ah, Isabella. —La voz de Chase transmite el mismo afecto amable de siempre—. Justo a tiempo. Le estaba explicando aquí al señor Rosetti cómo empezó todo esto.

Entro en la habitación, manteniendo el arma oculta a mi espalda. El aire huele a moho y a grasa de maquinaria, con un trasfondo del aroma metálico de heridas recientes. —Tío Chase.

—¿Sabe quién es él? —Hace un gesto hacia Rafe con despreocupada indiferencia—. Rafael Rosetti. El hombre que asesinó a su primo Dale e inició todo este desagradable asunto. Aunque supongo que «inició» no es del todo exacto, ¿verdad?

Rafe aprieta la mandíbula, pero no dice nada. La sangre gotea sin cesar desde su hombro hasta el suelo de concreto.

—De hecho —digo, con la voz firme como el cristal—, sé exactamente quién es él. Y sé exactamente lo que era Dale.

—¿Ah, sí? —Chase se recarga en su silla, como un depredador que saborea el momento antes de la estocada final—. ¿Sabe que Dale seguía mis órdenes? Cada dólar que desfalcó, cada recibo alterado, cada error de contabilidad creativa… todo fue planeado por mí.

La temperatura en la habitación desciende diez grados. Rafe se queda completamente quieto, con sus ojos oscuros fijos en Chase con una intensidad letal.

—Usted orquestó todo —dice Rafe lentamente.

—Por supuesto que lo hice. Su hermano Leonardo estaba deliciosamente distraído con su matrimonio arreglado. Nueva esposa, nuevas responsabilidades, toda esa felicidad doméstica. Apenas revisó los libros durante meses. —La sonrisa de Chase se vuelve depredadora—. Fue casi demasiado fácil.

Mis manos empiezan a temblar. No de miedo, sino de la rabia que se acumula en mi pecho como vapor en una olla a presión. —Usted usó a Dale para destruirlos desde adentro.

—Dejé que los Rosetti se destruyeran a sí mismos —corrige Chase, bajando la voz a ese tono íntimo que siempre ha usado conmigo—. Un primo muerto, una fractura familiar, meses de paranoia e investigación. Todo mientras yo liquidaba activos y me preparaba para esta noche.

—¿Esta noche? —Mantengo mi voz serena, aunque mi pulso martillea contra mi garganta.

—La eliminación de los líderes de ambas familias. —La máscara de Chase finalmente se cae por completo. El tío amable desaparece, reemplazado por algo frío, calculador y absolutamente despiadado—. Este almacén estaba cableado con suficientes explosivos para arrasar tres manzanas de la ciudad. Un final trágico para una guerra sangrienta, sin supervivientes que cuenten verdades incómodas.

—Usted también iba a matar a Isabella —se da cuenta Rafe.

—Isabella siempre iba a morir esta noche. —Los pálidos ojos de Chase se enfocan en mi rostro con una intensidad láser—. Cumplió

su propósito, legitimando mi gobierno durante quince años. Pero ahora ha descubierto demasiado, se ha vuelto demasiado peligrosa.

—Igual que mis padres —digo en voz baja.

—Exactamente igual que sus padres. —La compostura de Chase se resquebraja ligeramente, y quince años de afecto cuidadosamente mantenido se disuelven—. Tommy y Mariana eran líderes débiles que habrían destruido todo lo que construí. El imperio Callahan necesitaba a alguien con visión, con agallas.

—Así que los asesinó.

—¡Salvé a este imperio de su incompetencia! Convertí el nombre Callahan en algo que importa, algo que impone respeto. —Su voz se eleva, una intensidad fanática se filtra a través de la fachada refinada—. Y usted, mi querida Isabella, era perfecta para lo que yo necesitaba. Una heredera hermosa y educada para dar legitimidad a mi gobierno. Nunca hizo preguntas, nunca exigió poder, nunca amenazó mi autoridad.

—Usted me convirtió en una mentira. —Saco el arma de detrás de mi espalda y los ojos de Chase se abren de par en par—. Cada momento de mi vida ha sido construido sobre el asesinato de ellos.

—Isabella. —Su voz baja de nuevo a ese susurro manipulador, el que dio forma a toda mi infancia—. Usted era perfecta para lo que necesitaba. Una hermosa marioneta que nunca hacía preguntas. Pero ahora…

—Entiendo perfectamente. —El arma se siente firme en mis manos, sólida y real de una manera que nada más lo ha sido en días —. Usted los mató para robar su imperio. Y me mantuvo con vida porque era útil. Una marioneta que podía controlar.

—¿Matarla? —Chase ríe, pero su risa suena hueca, desesperada—. Isabella, usted nunca fue una amenaza. Era perfecta: hermosa, obediente, completamente desinteresada en el poder real. ¿Por qué iba yo a…?

Su mano se mueve hacia el cajón del escritorio con una suave destreza.

—¡El arma! —grita Rafe.

Los dedos de Chase se cierran alrededor de una pistola justo cuando aprieto el gatillo.

El disparo resuena en el almacén como un trueno. Chase se tambalea hacia atrás, mirando con genuina sorpresa la mancha carmesí que se extiende por su camisa blanca.

—Me disparaste. —Lo dice como si no pudiera creerlo.

—Usted los mató. —Sigo apuntándolo con el arma mientras él se desploma contra la pared—. Usted mató a mis padres y me hizo quererlo por ello.

—Ellos iban a… iban a llevarte lejos. —Burbujas rojas brotan de la comisura de su boca—. A Londres. Iban a… criarte normal. Débil.

—Iban a quererme. —Las palabras salen rotas, en carne viva—. Sin condiciones. Sin hacerme merecerlo por ser perfecta.

Chase se desliza por la pared, dejando una mancha húmeda en el concreto. Pero sus ojos siguen afilados, siguen calculando.

—¿Crees que… crees que los Rosetti son mejores? —Tose, y motas carmesí salpican el suelo—. Ellos también te están usando, Isabella. Diferente jaula… el mismo pájaro.

—Tal vez. —No bajo el arma—. Pero ellos nunca asesinaron a mi familia y me hicieron estar agradecida por ello.

—Te hice… poderosa. —Su voz se debilita, pero sus ojos arden con una intensidad fanática—. Te convertí en algo… que importa.

—Usted me convirtió en una víctima. —Doy un paso más cerca—. Pero se acabó ser lo que usted creó.

La mano de Chase se contrae hacia algo en su cinturón. Un arma de respaldo. Un cuchillo. En la penumbra, no puedo distinguir qué es.

No espero para averiguarlo.

Tres disparos más resuenan en el almacén. Chase Callahan se sacude con cada impacto, su cuerpo deslizándose más abajo por la pared húmeda. Para cuando los ecos se desvanecen, está completamente inmóvil.

El arma se me resbala de los dedos inertes y golpetea contra el concreto. El agua gotea por las ventanas rotas y se mezcla con el charco que se extiende alrededor de su cuerpo. El aire huele a cordita, a cobre y al fin de todo.

Nada. No siento nada. Vacía. Como si me hubieran raspado por dentro.

—Isabella. —La voz de Rafe parece venir de muy lejos—. Córteme las ataduras. Tenemos que salir de aquí.

Me dirijo hacia él tropezando, con las piernas temblorosas, y saco una navaja del bolsillo de mi chaqueta. Me tiemblan las manos mientras corto las bridas y, cuando por fin se rompen, Rafe se desploma hacia adelante con un quejido de dolor.

—¿Está bien? —pregunta, lo cual es ridículo, considerando que él es el que está herido.

—Lo maté. —Las palabras se sienten extrañas en mi boca. Como un hecho. Vacías—. Maté a mi tío.

—Usted mató al asesino de sus padres —corrige Rafe, mientras se pone de pie con dificultad—. Hay una diferencia.

Pero no siento la diferencia. Me siento hueca. Como si alguien hubiera tomado todo lo que solía ser y lo hubiera reducido a cenizas.

Unas pisadas retumban al subir las escaleras. La voz de Matteo resuena por el pasillo, cargada de pánico. —¡Isabella!

Debería responder. Debería hacerle saber que estamos a salvo. En lugar de eso, me quedo mirando el cuerpo de Chase sin sentir absolutamente nada.

Matteo aparece en el umbral y capta toda la escena con una rápida mirada. El rojo acumulándose en el concreto, los cuerpos, Rafe sujetándose el hombro herido. Yo, de pie en medio de todo como una estatua tallada en hielo.

—Cristo. —Se acerca a mí con lentitud, con las manos en alto como si yo fuera algo peligroso—. Bella, ¿estás herida?

Niego con la cabeza, todavía con la vista fija en Chase. —Toda la gente que amo termina sangrando.

—Oye. —La voz de Matteo es suave, cautelosa—. Mírame.

Aparto la mirada del cadáver para encontrarme con sus ojos ambarinos. Se ve mayor de alguna manera, como si las últimas horas lo hubieran envejecido años.

—Nos salvaste —dice—. Le pusiste fin.

—¿En serio? —La pregunta sale seca, sin emoción—. ¿O simplemente me convertí en lo que él siempre dijo que era?

—¿De qué estás hablando?

—Dijo que yo había nacido para esto. Nacida para ser peligrosa. Nacida para destruir cosas. —Me miro las manos, todavía manchadas con residuos de pólvora—. Y aquí estoy.

—Isabella. —La voz de Rafe me saca de mi espiral—. Chase Callahan pasó quince años intentando convertirla en su arma perfecta. No deje que gane creyendo en su veneno.

Pero el veneno ya está ahí, extendiéndose por mis venas como el hielo. La certeza de que soy capaz de esto. De que matar me resultó natural, fácil. De que una parte oscura de mí disfrutó viendo cómo la vida abandonaba sus ojos.

—Necesito… —No puedo terminar la frase. Necesito aire, necesito espacio, necesito estar en un lugar que no huela a muerte y al fin de todo lo que creía saber sobre mí misma.

Paso junto a Matteo sin mirarlo, junto al charco de los restos de Chase que se va extendiendo, y me dirijo hacia la puerta. A mis espaldas, oigo a Rafe explicar lo que pasó, oigo la brusca inhalación de Matteo cuando se entera de la verdad sobre mis padres.

Pero sus voces se desvanecen mientras bajo las escaleras, a través del laberinto de maquinaria y sombras, hacia el muelle de carga donde todo esto empezó.

La tormenta se ha convertido en llovizna, suave, gris y apacible. Las sirenas de la policía aúllan en la distancia, cada vez más cerca. Pronto este lugar estará repleto de investigadores, reporteros, gente que querrá desmenuzar lo que pasó aquí y convertirlo en titulares.

Pero ahora mismo, solo estamos el agua, yo, y el peso de lo que he hecho.

Me dejo caer sobre una barrera de concreto, dejando que la llovizna me empape el pelo y la ropa. El arma ya no está, la dejé arriba, junto al cuerpo de Chase. Mis manos están vacías ahora, limpias de armas, pero no de culpa.

—Isabella. —La voz de Matteo me hace levantar la vista. Está de pie a unos tres metros, con la lluvia corriéndole por la cara, mirándome como si yo fuera algo frágil que pudiera romperse.

—No —digo en voz baja—. No intentes arreglar esto.

—No estoy tratando de arreglar nada. —Da un paso cauteloso hacia mí—. Estoy tratando de entender.

—No hay nada que entender. —Miro las aguas oscuras del East River, observando cómo las gotas crean ondas en su superficie—. Maté a alguien. Alguien que me crio, que me arropaba por las noches, que me enseñó a apreciar las cosas bellas.

—Alguien que asesinó a tus padres.

—Ambas cosas pueden ser verdad. —Las palabras saben a ceniza —. Puedo estar justificada y condenada al mismo tiempo.

Matteo se acerca más, hasta que se para justo frente a mí. Como no me aparto, extiende la mano y me toca la cara, su pulgar trazando el recorrido del agua por mi mejilla.

—No estás condenada —dice en voz baja—. Eres libre.

Quiero creerle. Quiero pensar que matar a Chase fue una especie de liberación en lugar de solo otro eslabón en una cadena de la que nunca escaparé. Pero la sensación de vacío en mi pecho cuenta una historia diferente.

—No me siento libre. —Me apoyo en su tacto a pesar de mí misma, necesitada del calor del contacto humano—. Me siento vacía.

—Entonces encontraremos la forma de llenar ese vacío. —Su otra mano sube para enmarcarme completamente el rostro—. Juntos.

—¿Y si ya no queda nada que llenar? —La pregunta sale rota, desesperada—. ¿Y si esto es todo lo que soy ahora?

—Entonces amaré los pedazos rotos hasta que recuerdes cómo volver a estar completa.

Las palabras me golpean como un puñetazo, robándome el poco aliento que me quedaba. Amor. Esa palabra que me lanzó hace tres días mientras los truenos retumbaban a nuestro alrededor. La palabra que he estado demasiado aterrorizada para reconocer, demasiado convencida de mi propia toxicidad para aceptar.

—Te amo —dice de nuevo, feroz y seguro—. No a la versión de ti que Chase creó. No a la pieza de museo perfecta ni a la sobrina agradecida ni a ninguna otra máscara que hayas usado. Amo a la mujer que eligió entrar al infierno esta noche porque no podía vivir con que nadie más sangrara por sus pecados.

Las sirenas chillan cada vez más cerca. Luces rojas y azules destellan contra las paredes del almacén, convirtiendo el agua en vetas de colores. Pronto tendremos que enfrentar interrogatorios,

declaraciones, las consecuencias legales de la violencia de esta noche.

Pero no puedo dejar que esas palabras me alcancen. No puedo dejar que echen raíces en la tierra envenenada en la que me he convertido. El amor fue lo que Chase usó para manipularme durante quince años. El amor es la mentira que me mantuvo agradecida mientras él construía un imperio sobre la sangre de mis padres.

—No —susurro, apartándome de su tacto—. No me digas eso.

Sus manos se apartan de mi cara y veo el dolor destellar en sus facciones antes de que pueda ocultarlo.

—Soy tóxica —continúo, y cada palabra me desgarra la garganta —. Todo el que se acerca a mí termina sangrando. Ya viste de lo que soy capaz. Lo que realmente soy debajo de todos los buenos modales y el barniz de museo.

—Isabella...

—No. —Me levanto de la barrera de concreto, poniendo distancia entre nosotros—. Lo maté. Lo miré a los ojos, apreté el gatillo y no sentí nada. Nada, Matteo. ¿En qué clase de persona me convierte eso?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros como humo, densa y sofocante. A lo lejos, las sirenas aúllan a través de la tormenta, pero se sienten como si vinieran de otro mundo por completo.

Un mundo donde yo solía ser otra persona.

25

Matteo

El almacén huele a muerte y a pólvora.

Estoy de pie en medio de las secuelas, observando a mis hombres catalogar la masacre mientras Isabella permanece sentada en silencio en la camioneta. La lluvia paró, dejando todo resbaladizo y reluciente bajo las luces de seguridad. Chase Callahan se desangra en un pasillo trasero, con seis balas en el pecho, y la mujer que amo está en un lugar que no puedo alcanzar.

Apenas habló después de apretar el gatillo. La encontré en esa barrera de concreto junto al río, con la mirada perdida y temblando, cubierta de sangre y convencida de que era veneno. Cuando intenté decirle que era libre, cuando le dije que la amaba, se apartó como si mis palabras la quemaran. Me dijo que no le dijera eso. Se llamó a sí misma tóxica. Puso distancia entre nosotros como si yo fuera el enemigo.

No me ha mirado desde entonces. No ha dejado que me acerque lo suficiente como para que importe.

Lanzo mi moneda al aire una vez, rápido y seco. El sonido retumba en la sala de juntas vacía.

—Rafe.

—¿Cuántos quedan? —le pregunto.

—Siete confirmados. Están dispersos por la ciudad, probablemente esperando noticias que nunca llegaron —dice Rafe, y sigue mi

mirada hacia el vehículo—. Ella tiene que estar ahí cuando los capturemos. Necesita demostrarles que no es solo la heredera de Chase, sino su nueva realidad.

—Necesita tiempo para procesarlo.

—Necesita reclamar lo que es suyo antes de que alguien más lo haga —su voz es suave pero firme—. En este mundo, los vacíos de poder se llenan rápido y de forma sangrienta. Los Callahan se pliegan a nuestras operaciones ahora, pero solo si ella da un paso al frente para dirigir su ala.

Sé que tiene razón. La muerte de Chase no elimina su imperio, solo lo deja disponible para la conquista. Y si Isabella no toma el control, alguien más lo hará. Alguien a quien no le importarán una mierda sus reglas o su conciencia.

El instinto protector ruge dentro de mí. Quiero llevármela lejos de todo esto, esconderla en algún lugar seguro hasta que pueda volver a sonreír. Pero eso no es lo que necesita.

Isabella no necesita que la proteja de esta vida. Necesita que confíe en que ella puede navegarla. Necesita que me quede a su lado mientras reclama lo que es suyo, no delante de ella intentando protegerla de las consecuencias.

—¿Dónde es la reunión? —pregunto.

—En el *penthouse* de Callahan. Es terreno neutral y envía un mensaje.

Asiento y me guardo la moneda.

—Deme cinco minutos.

Camino hacia la camioneta y me deslizo en el asiento del copiloto. Isabella no me presta atención, no gira la cabeza. Tiene la mirada fija en la nada, con las manos entrelazadas en el regazo como si estuviera en la iglesia.

—Oye —digo en voz baja.

Nada.

—Tenemos que ir a casa de Chase. Los tenientes están esperando.

Su risa es hueca, amarga.

—Por supuesto que lo están. Los buitres siempre son los más rápidos en rondar a los muertos.

—No tienes que hacer esto esta noche.

—Sí, tengo que hacerlo —finalmente me mira, y sus ojos verdes son glaciales—. El imperio de Chase no se disuelve solo porque él esté muerto. Alguien tiene que tomar el control.

—Alguien. No necesariamente tú.

—Se construyó con la sangre de mis padres —su voz es firme, definitiva—. Me pertenece.

El trayecto a Manhattan dura veinte minutos por calles vacías. Isabella está sentada inmóvil a mi lado, pero puedo sentir cómo cambia con cada kilómetro. La mujer rota que se llamaba a sí misma tóxica está siendo cuidadosamente guardada, reemplazada por algo más duro. Algo que puede mirar fijamente a criminales armados y hacer que supliquen piedad.

—Necesitas saber con quién estás tratando —digo en voz baja, no queriendo romper su concentración pero sabiendo que necesita información—. Pinkerson maneja las armas. Pelo canoso, cree que es más listo que nadie. Te pondrá a prueba con estupideces de procedimiento.

Ella asiente, escuchando.

—El joven con problemas de actitud es Martinez. Lleva los números de los muelles. Nunca una mujer le ha dicho que no. Dale una lección y los demás se alinearán.

—¿Y los otros?

—A Lafayette ya lo conociste: manifiestos de embarque, conexiones sindicales. Volkov es el de las manos con cicatrices, se encarga de las importaciones de Europa del Este. Es el que más se opondrá a las restricciones morales —miro su perfil—. Rodriguez se dedica a las apuestas, es mayormente inofensivo. El resto son mandos intermedios.

—¿Qué tengo que eliminar?

—Las redes de trata. Chase usaba la presión familiar sobre los civiles. Esos son tus dos mayores problemas morales —hago una pausa—. Argumentarán pérdida de ingresos. No los dejes.

Ella absorbe esta información como si estuviera estudiando artefactos para una exposición. Clínica. Concentrada.

La observo por el rabillo del ojo mientras cruzamos el puente de Queensboro. Usa el reflejo de la ventanilla para revisar su aspecto,

alisándose el pelo con manos firmes. El temblor ha desaparecido. La mirada hueca de sus ojos está siendo reemplazada por algo agudo y calculador.

Cuando llegamos al *penthouse*, se ha transformado por completo. Su espalda está recta, su barbilla levantada, sus manos perfectamente quietas. Parece una reina a punto de presidir su corte.

Pero yo la vi hace veinte minutos, temblando y convencida de que era veneno. Sé lo que le cuesta aparentar esta compostura. La ropa desgarrada y manchada de sangre solo le añade autoridad.

—¿Lista? —le pregunto mientras salimos del ascensor.

Me mira a los ojos y, por un instante, veo a la mujer que se apartó de mí junto al río. Luego, la máscara vuelve a su sitio.

—Nací lista —dice, y su voz tiene la misma calma letal que hizo que hombres hechos y derechos se encogieran en el almacén.

Dios mío. Es magnífica. Isabella mira por la ventana mientras yo juego con mi moneda y resisto cada impulso de tocarla. Está completamente blindada, pura aristas afiladas y respiración controlada. Hermosa e intocable y completamente concentrada en lo que viene.

Nunca me había atraído tanto en mi vida.

El *penthouse* de Chase se encuentra en el último piso de una torre de cristal con vistas a Central Park. Es perfección fría. Mármol negro y acero, arte moderno que probablemente costó millones, ventanales que se extienden del suelo al techo. Una enorme mesa de conferencias de caoba domina la sala de juntas, pulida hasta brillar como un espejo. Detrás de ella, la silla de Chase: de cuero con respaldo alto, que parece más un trono que un mueble de oficina.

Isabella camina por el lugar como si hubiera nacido allí.

Siete hombres esperan en la sala de juntas. Reconozco a la mayoría. Soldados de Callahan que han estado manejando diferentes partes de la operación. Armas. Envíos. Lavado de dinero. Parecen nerviosos, lo cual es inteligente. Su jefe está muerto, su futuro es incierto y la mujer que lo mató acaba de entrar en su santuario.

Se ponen de pie cuando ella entra. Viejas costumbres.

—Caballeros —la voz de Isabella se oye a la perfección en la silenciosa habitación. No se sienta en la cabecera de la mesa, no ocupa la silla de Chase. En cambio, se queda de pie en el extremo opuesto, con las manos entrelazadas a la espalda, como una jueza a punto de dictar veredicto.

Me coloco a su derecha y ligeramente detrás. Lo bastante cerca para actuar si es necesario. Lo bastante lejos para dejar claro que ella está al mando.

Desde aquí, puedo ver lo que ellos no. El ligero temblor en sus dedos antes de entrelazarlos. La forma en que traga saliva una vez, dos veces, para calmarse. El músculo que salta en su mandíbula cuando Pinkerson se inclina hacia adelante como si fuera a hablar.

Está jodidamente aterrorizada. Y es magnífica.

—Saben por qué están aquí —continúa—. Chase está muerto. La organización Callahan se incorporará a las operaciones de los Rosetti, conmigo al frente de su división.

—Con el debido respeto, señorita Callahan —dice un hombre de pelo cano que reconozco como Pinkerson, el contacto de armas de Chase—. Existen procedimientos. Protocolos.

Aprieto los puños. El tono condescendiente, la forma en que enfatiza «señorita» como si su género la hiciera débil. Cada instinto me grita que lo estampe contra la puta pared. Que le muestre exactamente lo que pasa cuando alguien le falta el respeto a lo que es mío.

Pero Isabella no necesita que yo pelee sus batallas. Necesita que yo la deje ganarlas.

Veo cómo el pulso de Isabella salta en su garganta. Lucha contra cada instinto de disculparse, de ceder, de ser la niña buena que nunca causa problemas. Pero su voz se mantiene firme, con una calma mortal.

—El único protocolo que importa es la supervivencia —no necesita volumen para sonar letal—. Tienen una opción. Jurar lealtad a la familia Rosetti y seguir beneficiándose de los acuerdos que los han hecho a todos muy ricos. O marcharse. Esta noche.

—¿Y si elegimos la tercera opción? —esto lo dice un hombre más joven, de unos treinta años, con la pinta de alguien a quien nunca le han dicho que no.

La sonrisa de sabelotodo en su cara hace que me hierva la sangre. Mi moneda gira más rápido entre mis dedos, la única válvula de escape para la violencia que se acumula en mi pecho. Una sola palabra de Isabella y le rompería cada hueso de su puta cara. Le haría entender que desafiarla es el último error que cometerá.

Pero ella no necesita mi protección. Necesita mi moderación.

La respiración de Isabella se entrecorta ligeramente. Yo lo noto, pero estos idiotas están demasiado ocupados calculando probabilidades como para darse cuenta. Ella inclina la cabeza con una gracia depredadora.

—¿Perdón?

—Si decidimos que no reconocemos su reclamo. Si llevamos nuestros negocios a otra parte.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que siento el sabor de la sangre. La falta de respeto. El desdén casual hacia todo lo que ella ha sacrificado para estar aquí. Cada célula de mi cuerpo grita que termine esta conversación de la manera en que terminamos todas las conversaciones con la gente que amenaza a la familia.

Con violencia.

Pero la lucha de Isabella no es mía para ganarla.

El silencio se alarga. Puedo sentir cómo la tensión en la sala aumenta, veo manos acercándose a armas ocultas. Los nudillos de Isabella están blancos donde se agarra su propia muñeca a la espalda, pero su rostro permanece con una calma glacial.

Dios, qué hermosa es cuando está asustada y es peligrosa.

—¿Creen que soy el fantasma de Chase? —pregunta Isabella, y algo en su tono me acelera la sangre. Hace que mi verga se crispe de orgullo y deseo—. No lo soy. Soy lo que viene después de él.

No amenaza. No levanta la voz. No lo necesita. La verdad flota en el aire como humo. Isabella Callahan mató al hombre más peligroso de Nueva York con sus propias manos y una pistola prestada. Cualquiera que piense que no lo volverá a hacer es catastróficamente estúpido.

Pero veo que su pecho sube y baja demasiado rápido. Veo cómo traslada su peso a su pie izquierdo, el mismo tic inconsciente que tiene desde la primera vez que la tomé. Se está ahogando en adrenalina y terror, y estos putos imbéciles no tienen ni idea.

—Necesitaremos detalles —dice Pinkerson con cautela, exactamente como lo predije—. Porcentajes. Límites territoriales.

Aprieto los puños. El tono condescendiente, la forma en que se recuesta como si la estuviera entrevistando para un trabajo. Cada instinto me grita que lo estampe contra la puta pared. Que le muestre exactamente lo que pasa cuando alguien le falta el respeto a lo que es mío.

Pero Isabella no necesita que yo pelee sus batallas. Necesita que yo la deje ganarlas.

Veo su pulso saltar en su garganta, la única señal de que está alterada. Pero su voz se mantiene firme, con una calma mortal.

—Los tendrán. Los mismos términos que ofreció Chase, con dos modificaciones. —Da un paso al frente y hombres hechos y derechos se estremecen. Dios, qué hermosa es cuando es peligrosa—. Primero, no más objetivos civiles. Nunca más.

—Eso nos va a costar influencia —objeta Pinkerson—. Chase usaba la presión familiar para mantener a la gente a raya.

—Encuentren otra forma de presionar. —La autoridad en su voz hace que se me mueva la polla—. O busquen otro trabajo.

Martinez, el joven exaltado del que le advertí, se adelanta.

—Con el debido respeto, este negocio no funciona así.

La sonrisita de sabelotodo en su cara hace que me hierva la sangre. Mi moneda da vueltas más rápido entre mis dedos, la única válvula de escape para la violencia que se acumula en mi pecho. Una sola palabra de Isabella y le rompería cada puto hueso de la cara.

Pero ella no necesita mi protección. Necesita mi autocontrol.

La mirada de Isabella se fija en él con precisión láser. —¿Miedo de qué? ¿Miedo de volverse como Chase? ¿Con seis balas en un almacén, desangrándose a solas?

Joder. La forma en que se adueña de esa muerte, usándola como un arma. Y encima su ropa empapada de sangre. Nunca en mi vida

he estado más duro.

Martinez retrocede y tengo que morderme la lengua para no sonreír. Esa es mi reina.

—Segundo —continúa Isabella, y puedo ver el ligero temblor en sus manos que estos idiotas pasan por alto por completo—, cualquier operación que implique el tráfico o la explotación de menores termina de inmediato. No es negociable.

Incluso aterrorizada, incluso convencida de que es veneno, está reescribiendo las reglas para crear algo con lo que pueda vivir. El orgullo feroz que se hincha en mi pecho amenaza con romperme las costillas.

Volkov, el bastardo con cicatrices que le describí, se inclina hacia adelante. —Nos está destripando los sectores más rentables.

Mi moneda deja de girar. La temperatura de la habitación baja diez grados. Este cabrón acaba de argumentar a favor del tráfico de menores.

La voz de Isabella se vuelve gélida, y la transformación de nerviosa a letal hace que me den ganas de arrodillarme aquí mismo. —Chase está muerto. Yo no soy Chase. Y si cree que proteger a los niños es un sentimentalismo, está en la habitación equivocada.

El mensaje es claro: discute sus límites morales y terminarás como Chase. Seis balas y un charco de sangre extendiéndose.

Está manejando a estos cabrones mientras está muerta de miedo, reclamando el poder a pura fuerza de voluntad, y eso hace que quiera follármela sobre esta mesa mientras ellos miran y entienden exactamente quién es su dueña ahora.

Quiero adorarla, joder. Quiero caer de rodillas aquí mismo, delante de estos cabrones, y mostrarles exactamente quién es su nueva reina.

—Esos son nuestros términos —dice ella—. Acéptenlos y prosperen bajo la protección de los Rosetti. Rechácenlos y explíquenle a mi nueva familia por qué no vale la pena mantenerlos con vida.

El joven que la desafió antes se recuesta en su silla. —¿Y si tomamos la tercera opción? ¿Si decidimos que no nos gusta su estilo de liderazgo?

Mi moneda deja de girar. El silencio en mi cabeza es ensordecedor, del tipo que precede a que haga algo que acaba con carreras. Ha ido demasiado lejos, la ha desafiado una vez de más. El impulso de cruzar la mesa y mostrarle exactamente cómo es el «estilo de liderazgo» de Isabella filtrado a través de mis putos puños es abrumador.

Pero ella no necesita que yo sea su espada. Necesita que yo sea sus cimientos.

La sonrisa de Isabella es afilada como una navaja. Capto el respingo casi imperceptible, la forma en que su mandíbula se tensa por un instante. Pero su voz permanece firme como una cuchilla.

—Entonces le sugiero que elija sus próximas palabras con mucho cuidado. Porque la tercera opción implica que yo le explique a Domenico Rosetti por qué su nuevo territorio venía con problemas que necesitaban soluciones permanentes.

La mención del nombre de Dom provoca un escalofrío visible en la sala. Estos hombres saben exactamente cómo son las soluciones permanentes en nuestro mundo.

Dios. Verla manejar a estos cabrones mientras está aterrorizada, verla reclamar el poder a pura fuerza de voluntad, hace que quiera arrodillarme y adorarla aquí mismo. Hace que quiera follármela sobre esta mesa mientras ellos miran y entienden exactamente quién es su dueña ahora.

La amenaza queda suspendida en el aire. Uno por uno, asienten. Incluso el joven exaltado, aunque parece que estuviera tragando vidrio.

—Excelente. —La voz de Isabella se vuelve exactamente un grado más cálida—. Señor Pinkerson, usted coordinará las transferencias de armas con nuestros contactos existentes. Señor Lafayette, usted se encargará de los manifiestos de envío a través de los nuevos acuerdos sindicales. Rodriguez, sus operaciones de apuestas continúan como antes, pero me informará de las ganancias brutas semanales personalmente.

Se vuelve hacia el hombre con cicatrices que desafió su postura moral. —Volkov, usted hará la transición de sus conexiones de Europa del Este únicamente a armas y narcóticos. Tiene dos

semanas para eliminar gradualmente todo lo demás. Use el tiempo con sabiduría.

La sala está en silencio, excepto por el sonido de las plumas arañando el papel mientras los hombres toman notas. Estos son los detalles que importan. Dinero. Territorio. Supervivencia.

—¿Preguntas? —pregunta Isabella.

—¿Qué hay de la familia Torrino? —pregunta Pinkerson—. Le han echado el ojo a nuestras operaciones en Brooklyn desde el golpe del almacén.

—A los Torrino se les informará que Brooklyn permanece bajo la protección de los Rosetti. Si tienen alguna queja, pueden discutirla directamente con Domenico.

Unas cuantas risas de apreciación. Todos saben cómo maneja Dom las disputas territoriales.

—Se levanta la sesión —dice Isabella—. Tienen mi información de contacto. Úsenla con prudencia.

Se da la vuelta para irse, y luego se detiene. —Una cosa más. Cualquiera que piense que mi género me hace débil, que mis antecedentes me hacen blanda o que mi estado sentimental me hace vulnerable, es bienvenido a poner a prueba esas suposiciones. Prometo que el experimento será educativo.

La reunión se disuelve rápidamente después de eso. Los hombres se dan la mano, intercambian números y salen con una energía nerviosa. En diez minutos, estamos solos en la sala de juntas de Chase, rodeados por los fantasmas de su imperio. La mesa de caoba refleja las luces de la ciudad que brillan abajo, y esa silla que parece un trono permanece vacía en la cabecera, esperando que alguien la reclame.

Isabella está de pie junto al ventanal, observando las luces de la ciudad. Manhattan se extiende debajo de nosotros, resplandeciente e infinito. No se mueve cuando me acerco, no reconoce mi presencia hasta que estoy lo suficientemente cerca como para tocarla.

—No dijiste ni una palabra —observa.

—No fue necesario. Lo tenías controlado.

Se voltea para estudiarme el rostro. —¿No estás enojado? ¿De que tomara decisiones sin consultarte?

La pregunta revela todo lo que ha estado pensando. Que yo esperaría controlarla. Que exigiría opinar sobre sus elecciones. Que amarla significa poseerla.

Me acerco más, lo suficiente como para oler su perfume por encima del persistente aroma a pólvora. —Isabella.

—¿Sí?

—No me enamoré de ti porque estuvieras rota. Me enamoré de ti porque, incluso rota, todavía ardías.

Contiene el aliento. Es la primera grieta en su compostura en toda la noche.

—Pasé semanas intentando descifrar cómo protegerte de este mundo —continúo—. Pero esta noche, al verte tomar el control, al verte manejar a esos hombres como si hubieras nacido para gobernarlos, me di cuenta de algo.

—¿Qué?

—No necesitas que me pare delante de ti. Necesitas que esté a tu lado.

Sus ojos buscan en mi rostro algún engaño, alguna agenda oculta. No encontrará nada de eso. Se acabó el intentar controlarla, se acabó el tomar decisiones por ella. La mujer que se enfrentó a siete criminales armados y los hizo rogar por el privilegio de servirla no necesita un guardián.

Necesita un compañero.

—¿Y si tomo decisiones con las que no estás de acuerdo? —pregunta.

—Entonces te lo diré. Y luego te apoyaré en cualquier decisión que tomes.

—¿Incluso si es peligroso?

—Especialmente si es peligroso. —Levanto la mano para acunarle el rostro, y esta vez no se aparta—. ¿Quieres saber qué aprendí esta noche? Al verte reclamar este imperio, al verte reescribir las reglas por unas con las que puedas vivir... No eres solo mi igual, *bella*. Eres mi reina.

Su compostura finalmente se rompe por completo. Se acerca a mis brazos y la sostengo mientras tiembla. No de miedo ni de conmoción, sino de alivio. De darse cuenta de que no tiene que

elegir entre el amor y el poder, entre yo y el imperio que acaba de reclamar.

—No sé qué pasará ahora —susurra contra mi pecho.

—Lo que tú quieras. Estoy contigo. Siempre. —Presiono mis labios contra su cabello, inhalando el aroma que se ha convertido en mi hogar—. Sin cadenas. Sin jaulas. Solo yo.

Se aparta para mirarme y, por primera vez desde que apretó aquel gatillo, sonríe. Es una sonrisa pequeña y cansada, teñida de tristeza, pero es real.

—¿Solo tú?

—Solo yo. Mientras me aceptes.

El sol está empezando a salir sobre Manhattan, pintando el cielo en tonos dorados y rosas. La ciudad se ve impoluta, exhausta pero sobreviviente. Como si hubiera pasado por algo que no comprende del todo, pero de lo que ha salido de alguna manera más fuerte.

Isabella es ahora la dueña de Nueva York. Y yo podré verla gobernar.

La idea debería aterrarme. En cambio, todo lo que siento es un orgullo feroz y la certeza absoluta de que estoy exactamente donde debo estar. No por encima de ella, no delante de ella.

A su lado. Siempre a su lado.

Mi reina. Mi igual. Mi corazón.

Mía.

26

Isabella

Despierto en un silencio tan absoluto que se siente como ahogarse.

No es el almacén. No es el frío suelo de cemento donde la sangre de Chase se extendía en charcos oscuros. Esto es suave. Cálido. El aroma de sábanas caras y algo limpio y masculino que me oprime el pecho al reconocerlo.

Siento mi cuerpo extraño. Pesado. Como si me moviera a través de agua espesa con cada pequeño movimiento. Tengo un dolor agudo en el costado izquierdo y, cuando intento incorporarme, un dolor como un relámpago me atraviesa el hombro.

—Con calma.

La voz de Matteo, baja y cuidadosa. Giro la cabeza lentamente y ahí está él, en la silla junto a la cama, con una camiseta negra y unos jeans oscuros. Su pelo cobrizo está desordenado, como si hubiera estado pasándose las manos por él. Tiene ojeras y su habitual moneda no se ve por ninguna parte.

—¿Dónde estamos? —mi voz sale rasposa, apenas un susurro.

—En casa —se pone de pie, moviéndose hacia la mesita de noche con un cuidado deliberado—. En la mansión. Llevas durmiendo dieciocho horas.

Hogar. La palabra suena extraña. Nunca he tenido un hogar, no de verdad. Solo lugares donde era útil, donde me querían por lo que

podía ofrecer. Esta habitación, con sus paredes de un gris pálido y un único cuadro abstracto, se siente como algo completamente distinto.

—Intenté levantarme —digo, aunque no estoy segura de por qué. La confesión se siente importante de alguna manera.

—Lo sé —toma un vaso de agua de la mesita de noche; los hielos tintinean suavemente—. Te caíste. Te agarré.

El recuerdo emerge lentamente. Despertar en pánico, la habitación girando, intentar ponerme de pie sobre unas piernas que no me sostenían. Unos brazos fuertes que me agarraron antes de que chocara contra el suelo. La forma delicada en que me ayudó a volver a la cama, revisando mis vendajes con una eficiencia clínica.

—Estás herido —me doy cuenta, al notar la forma en que favorece su brazo izquierdo.

—Estoy bien —pero su mandíbula se tensa y puedo ver el cuidado con el que se mueve—. Tú eres la que se golpeó contra el cemento con la fuerza suficiente para arrancarse la mitad de la piel.

Cierto. El almacén. La pelea. El cemento raspando mis palmas cuando caí al suelo, la grava clavándose en mis rodillas, algo afilado enganchándose en mi hombro mientras rodaba para ponerme a cubierto. En ese momento, la adrenalina hizo que no pareciera nada. Ahora, cada movimiento envía pequeñas chispas de dolor por todo mi cuerpo.

Entonces percibo mi propio olor: sudor seco mezclado con algo metálico que podría ser sangre, el almacén todavía pegado a mí como una segunda piel. Siento el pelo tieso por la mugre y, cuando me toco la mejilla, puedo sentir la suciedad incrustada en mis poros.

—Necesito ducharme —digo, y de repente la sensación es abrumadora—. Dios, puedo oler el almacén en mí. Necesito limpiarme.

—¿Puedes hacerlo sola? —su voz denota preocupación, pero no duda. Como si supiera que necesito intentarlo.

—Creo que sí —me incorporo lentamente, apretando los dientes contra las protestas de mis costillas raspadas y mi hombro magullado. La habitación se inclina ligeramente y me detengo, respirando para superar el mareo.

Matteo está a mi lado de inmediato, con su mano suave en mi espalda. —Con calma.

—¿Por qué sigues aquí? —la pregunta sale más brusca de lo que pretendía, a pesar de que me apoyo en su contacto.

Algo parpadea en su rostro. No es dolor, exactamente. Más bien como si se esperara esto. —¿Dónde más iba a estar? —un fantasma de su sonrisa familiar aparece—. Aunque debo decir que podrías mejorar tu trato con los enfermos. La mayoría de la gente empieza con un «gracias por salvarme la vida».

A pesar de todo, casi sonrío. Casi. —Gracias por salvarme la vida.

—Mejor —la sonrisa se desvanece en algo más serio—. Y para responder a tu pregunta, sentí que celebrar era prematuro cuando la mujer que amo estuvo inconsciente durante dieciocho horas.

—Esta es mi vida —desliza un brazo alrededor de mi cintura para sostenerme—. Tú eres mi vida.

A pesar de todo, el contacto envía una espiral de calor a través de mí; mi cuerpo responde a su cercanía con una predecibilidad vergonzosa. Mi pulso se acelera donde su brazo rodea mi cintura, y odio que, incluso ahora, raspada y emocionalmente destrozada, quiera apoyarme en su calidez. —Déjame ayudarte —dice en voz baja.

El baño es elegante e impecable, todo mármol y líneas limpias. Matteo mantiene una mano en mi espalda mientras abre la ducha, y el vapor empieza a empañar el cristal. Cuando se vuelve hacia mí, su mirada es cautelosa, pidiendo permiso.

—Tu ropa está rota —dice en voz baja—. Y hay sangre.

Me miro bien por primera vez. La camiseta negra que llevaba en el almacén está rasgada por un lado, con manchas oscuras que marcan donde caí al suelo. Mis jeans están destrozados en las rodillas. Parezco salida de una guerra.

Lo cual, supongo, es cierto.

—Lo maté —digo en voz baja mientras mis manos temblorosas alcanzan el dobladillo de mi camiseta—. Maté a mi tío.

—Acabaste con un monstruo —sus manos cubren las mías, suaves pero firmes—. Eso es lo que hacen los héroes.

—Puedo sola —digo, pero mis dedos torpes no aciertan con el dobladillo de mi camiseta. El temblor no es por el dolor, es por la forma en que me mira. Como si yo fuera algo que quiere desenvolver lentamente.

—Isabella —su voz es suave, pero tiene un matiz que hace que se me revuelva el estómago—. Déjame.

Las palabras flotan entre nosotros, cargadas de un significado que va mucho más allá de ayudarme a desvestirme. Se trata de rendición. De dejar que alguien me vea desnuda, reducida a nada más que moretones y necesidad.

Debería decir que no. Debería mantener cierta distancia, algo de control. En cambio, me encuentro asintiendo, conteniendo la respiración mientras sus manos cubren las mías.

—¿Lo es? —tengo que levantar los brazos mientras él levanta la tela con cuidado por encima de los peores raspones—. Era mi familia. Él me crio. Y le metí una bala en el pecho sin dudarlo.

—Porque iba a matarte. Y a Rafe. Y, al final, a todos nosotros. —Su mandíbula se tensa mientras observa el daño trazado sobre mi piel. Raspones a lo largo de mis costillas por haber rodado para ponerme a cubierto. Moretones oscureciéndose en mi hombro por el golpe contra el piso del almacén—. Nos salvaste.

La blusa sale en pedazos, la tela se engancha en la sangre seca y la suciedad. —Destruí todo lo que solía ser —confieso mientras él traza una línea en el aire justo por encima del peor raspón, sin llegar a tocarme—. Ya no sé quién soy.

—Eres Isabella Callahan. —Sus manos se mueven hacia el botón de mis jeans y tengo que cerrar los ojos contra la oleada de deseo que me invade—. La mujer que eligió ponerse de pie en lugar de arrodillarse. Que eligió actuar en lugar de soportar.

—No me siento como ella. —Estoy de pie en su baño, solo en ropa interior, mientras me ayuda a quitarme los jeans destrozados, llena de raspones y moretones, completamente expuesta—. Me siento como otra cosa. Algo peligroso.

—Eres peligrosa. —Su voz es suave, pero hay algo debajo de ella. ¿Orgullo? ¿Admiración?—. Siempre lo fuiste. Chase solo intentó convencerte de lo contrario.

Alcanza el broche de mi sostén y desabrocha el encaje negro con experta facilidad. La tela cae y el calor inunda mis mejillas. No de vergüenza, sino por la forma en que me mira.

—No me tienes miedo —me doy cuenta.

—¿Miedo de ti? —Me ayuda a entrar en la ducha, donde el agua caliente alivia inmediatamente mis músculos adoloridos—. Bella, he estado fascinado contigo desde el momento en que vi tu fotografía. Cada faceta que me has mostrado, cada muro que has derribado, cada vez que me has sorprendido.

—Eres hermosa —dice en voz baja mientras toma el jabón.

—Soy un desastre.

—Eres perfecta —repite, haciendo espuma con el jabón. El vapor se eleva a nuestro alrededor, creando un capullo de calidez e intimidad.

—Yo te cuido —dice, con sus manos suaves mientras limpian alrededor de mis peores raspones. Las palabras rompen algo dentro de mi pecho. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien dijo eso y lo dijo en serio?

Burbujas rosadas se arremolinan por el desagüe, llevándose con ellas la evidencia física de la noche. Pero las cicatrices emocionales permanecen. —Lo disfruté —digo en voz baja, las palabras apenas audibles sobre el ruido del agua—. Una parte de mí disfrutó verlo morir.

—Bien. —Su voz es feroz—. Se merecía cada segundo del dolor que le diste.

—Eso me hace como él.

—No. —Sus manos enmarcan mi cara, forzándome a encontrar su mirada a través del vapor—. Te hace humana. Te hace alguien que se niega a ser una víctima.

—No te entiendo —susurro mientras sus pulgares acarician mis pómulos.

—No tienes que hacerlo. —El agua corre por su pecho, donde su camisa se ha empapado—. Solo tienes que confiar en mí.

Confianza. La palabra cae como una piedra en agua calma, enviando ondas a través de todo lo que creía saber sobre mí. —Quiero hacerlo. Pero no sé cómo.

—¿Y si soy tóxica? —La confesión se me escapa—. ¿Y si todos los que me importan terminan heridos?

—Entonces lo resolveremos. —Alcanza el borde de su camisa empapada, quitándosela por la cabeza con un movimiento fluido—. Juntos.

La visión de él, oscurecido por el agua y semidesnudo, envía una oleada de calor que se acumula en mi vientre. La palabra «juntos» se asienta en mis huesos como una promesa. ¿Cuándo fue la última vez que no estuve sola en mis miedos?

—No sé cómo ser… de alguien —dejo la frase a medias, incapaz de terminar el pensamiento mientras sus manos se posan en mi cintura.

—¿De alguien qué?

—Ser cualquier cosa de alguien. —La admisión se siente como abrir una herida—. No sé cómo pertenecerle a alguien.

—Te perteneces a ti misma primero. —Su voz es firme, segura—. Todo lo demás son solo detalles.

—¿Y si me pertenezco a mí misma y soy peligrosa?

—Entonces eres peligrosa. —Se acerca más y puedo sentir el calor que irradia su piel—. Puedo lidiar con lo peligroso.

La aceptación casual desata algo dentro de mí. Algún nudo de tensión que he llevado desde la infancia finalmente se afloja.

—No debería querer nada ahora mismo —susurro mientras sus pulgares trazan patrones en la piel húmeda—. Debería estar de duelo o procesando o descubriendo quién soy ahora.

—Quizás querer es parte de procesar. —Su honestidad es abrumadora—. Quizás está bien querer sentirse viva después de estar tan cerca de la muerte.

—Podría desaparecer de todos modos. —La confesión se me escapa antes de que pueda detenerla—. Podría decidir que soy demasiado peligrosa y huir.

—Entonces te encontraré. —Su voz es simple, directa—. Siempre te encontraré.

La promesa debería aterrarme. Debería activar cada instinto de supervivencia que he cultivado cuidadosamente. En cambio, me hace sentir segura.

—Bésame —susurro.

No necesita que se lo pida dos veces. Su boca encuentra la mía, gentil al principio, luego más profunda a medida que respondo. El beso sabe a vapor y promesas, y a la posibilidad de sanar. Me pierdo en él, en la calidez de sus manos sobre mi piel, en la forma en que me sostiene como si fuera algo precioso en lugar de algo roto.

Cuando finalmente nos separamos, respiro con dificultad. No por el esfuerzo, sino por el deseo.

—¿Mejor? —pregunta.

—Voy mejorando. —Me apoyo en él, dejando que su fuerza me sostenga—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por quedarte. Por no tenerme miedo. Por ayudarme a recordar que todavía soy humana.

—Nunca fuiste otra cosa. —Sus brazos se aprietan a mi alrededor —. Incluso en tu momento más peligroso, nunca fuiste nada más que humana.

El sentimiento crece en mi pecho, aterrador y maravilloso y demasiado grande para las palabras. Algo que podría ser amor, si fuera lo suficientemente valiente como para nombrarlo. Pero no lo soy. Todavía no.

Después de que ambos estamos limpios, me ayuda a ponerme una de las suaves batas de Carmela; la cachemira es delicada contra mi piel sensible. De vuelta en la habitación, me acomodo contra las almohadas, sintiéndome más humana de lo que me había sentido desde lo del almacén.

—No pasa nada —dice cuando le menciono que no sé cómo hacer esto—. Tenemos tiempo.

Tiempo. ¿Cuándo fue la última vez que tuve tiempo? ¿Cuándo fue la última vez que pude simplemente existir sin calcular ángulos, sin actuar para un público, sin preguntarme qué se esperaba de mí?

—Todo el mundo se va —susurro mientras él se acomoda a mi lado, con cuidado de no lastimarme—. Todos mueren, desaparecen o encuentran algo mejor.

—Yo no. —Su voz es feroz, segura—. No soy como todos.

Quiero creerle. Dios, quiero creerle tanto que duele. Pero confiar se siente como saltar de un acantilado, y he pasado toda mi vida

aprendiendo a mantener los pies en tierra firme.

—¿Lo prometes? —La palabra sale más pequeña de lo que pretendía.

—Lo prometo. —Me aparta un mechón de pelo húmedo de la cara —. No voy a ir a ninguna parte.

Estudio su rostro bajo la luz de la tarde que entra a raudales por los altos ventanales. El sol del atardecer vuelve su pelo rojizo en cobre, resalta la línea firme de su mandíbula. ¿Cuándo empecé a memorizar estos detalles? ¿Cuándo se convirtió este rostro en algo con lo que quería despertar?

—¿Qué pasa ahora? —pregunto.

—¿Ahora? —Se recuesta contra la cabecera y me atrae con cuidado hacia su costado—. Ahora lo resolveremos. Juntos.

Esa palabra otra vez. Juntos. Se asienta en mis huesos como algo que siempre debió estar ahí.

Afuera, puedo oír los sonidos lejanos de la ciudad. La vida continúa, el mundo sigue girando, la gente sigue con sus rutinas diarias sin tener idea de que todo ha cambiado. De que la mujer que solía ser murió en ese almacén, y alguien nuevo está aprendiendo a respirar en su lugar.

—Tengo miedo —admito.

—¿De qué?

—De esto. De ti. De lo que podría llegar a ser si me permito desear algo. —Aprieto mi rostro contra su pecho, inhalando su aroma—. Pero me da más miedo volver a ser quien era antes.

—Entonces no lo hagas. —Sus brazos se aprietan a mi alrededor —. Sé quien eres ahora. Sé quien eliges ser.

Ese simple permiso rompe algo dentro de mí. Un último muro que ni siquiera sabía que seguía sosteniendo.

Por primera vez desde que tenía ocho años, no tengo miedo de lo que pueda traer el mañana. Porque sea lo que sea, no lo enfrentaré sola.

27

Matteo

La bóveda subterránea bajo Il Lusso se siente como una tumba. Las paredes de concreto sudan con la humedad de la ciudad que está arriba y las luces fluorescentes proyectan sombras duras que hacen que todo parezca enfermizo. El aire huele a moho y a miedo, con un aroma subyacente a algo metálico que podría ser óxido o sangre vieja.

Marco está sentado, atado a una silla de acero en el centro de la habitación, ensangrentado y destrozado, pero todavía respirando. Un ojo cerrado por la hinchazón, la ropa rasgada; el tipo de daño que resulta de horas de interrogatorio por profesionales. Mis guardias permanecen en silencio en las esquinas, esperando órdenes, con las armas listas, pero las manos vacías.

No camino de un lado a otro. No siento ira. Mi moneda permanece inmóvil en mi bolsillo.

Marco representa la traición despojada de excusas. Veinte años administrando Il Lusso, veinte años conociendo cada secreto que pasaba por esas puertas, cada trato que se cerraba en los salones VIP. Y él se lo filtró todo a Chase Callahan. Cada cliente, cada reunión, cada pieza de información que le dio a Chase la munición que necesitaba para planear sus ataques. Veinte años de confianza familiar, cambiados por el triple de su sueldo en una cuenta en el extranjero.

—Sabes por qué estás aquí —digo, con la voz tan calmada como el agua en calma. Las palabras retumban en el concreto, sin transmitir calor ni emoción. Solo hechos.

Marco levanta la cabeza con esfuerzo, su ojo sano se enfoca en mí con algo que podría ser arrepentimiento. La sangre le encostra el labio partido, haciendo que sus palabras suenen pastosas. —Matteo, puedo explicarle…

—No —lo interrumpo con esa clase de autoridad tranquila que liquida las conversaciones—. Las explicaciones son para la gente que comete errores. Tú tomaste una decisión.

Lo intenta de nuevo, la desesperación se filtra a través del destrozo de su rostro. —Amenazó a mi familia. A mi nieta…

—Está a salvo. —Saco mi teléfono, le muestro la fotografía que mis hombres tomaron hace una hora. Su nieta en su colegio privado, rodeada por una seguridad que él ni siquiera sabe que existe—. Lo ha estado desde el momento en que nos enteramos de la amenaza. Protegemos a los nuestros, Marco. Siempre lo hemos hecho.

La lucha lo abandona entonces, sus hombros se hunden contra las ataduras. La realidad se posa sobre él como un sudario, la comprensión de que su traición fue innecesaria. De que eligió el dinero por encima de la lealtad para nada.

—No solo me traicionaste a mí —continúo, cada palabra tan deliberada como una estocada—. Traicionaste el futuro. Vendiste información que podría haber causado la muerte de Isabella. Que podría haber destruido la alianza que mantiene estable a esta ciudad.

Su ojo sano se abre de par en par, al fin dándose cuenta. Esto ya no se trata de negocios. Se trata de la mujer que lo ha cambiado todo, que me ha convertido en alguien que piensa más allá de la satisfacción inmediata y en las consecuencias a largo plazo.

—Eso te vuelve irrelevante —concluyo.

Hago un gesto a los guardias y se mueven con eficiente precisión. Sin violencia, sin dramatismos. Solo el proceso metódico de remover a alguien que ya no pertenece aquí. A Marco lo llevarán al aeropuerto, lo subirán a un avión a una ciudad donde ninguna familia opera, le darán suficiente dinero para sobrevivir, pero no lo

suficiente como para importar. Marcado de maneras que aseguran que ninguna otra organización volverá a confiarle sus secretos.

El exilio. El tipo de castigo que duele más que la muerte porque significa ver el mundo continuar sin ti, sabiendo que lo tiraste todo por la borda a cambio de nada.

Mientras se lo llevan, finalmente me permito lanzar la moneda al aire. Una, dos veces, atrapándola sin mirar mientras proceso lo que acaba de pasar. No la satisfacción brutal que habría sentido hace seis meses, sino algo más tranquilo. Justicia sin crueldad. Fuerza sin ira.

La influencia de Isabella, convirtiéndome en alguien que elige la piedad calculada sobre la venganza explosiva.



Dos horas más tarde

La cocina de la mansión Rosetti a las dos de la mañana se siente como un confesionario. Las encimeras de mármol relucen bajo una luz tenue, los accesorios de cromo reflejan la botella de whisky que descansa abierta entre mi hermana y yo. Isabella está en su apartamento esta noche, necesita espacio para procesar lo que pasó, para decidir si quiere tomar el control de las operaciones de los Callahan sola o aceptar lo que le ofrezco y construir algo juntos. La alianza ya está decidida: ha demostrado su lealtad, se ha ganado su lugar en la familia. La pregunta ahora es si me permitirá ser parte de su nueva vida o me mantendrá a distancia mientras reconstruye el imperio Callahan como una aliada de los Rosetti. La cama vacía en el piso de arriba es un recordatorio constante de que podría elegir la seguridad por encima del amor. La ciudad zumba más allá de los ventanales, pero adentro todo está en silencio, excepto por el tintineo del hielo contra el cristal.

Carmela está sentada descalza en la isla de la cocina, con una ropa de estar por casa de diseñador que cuesta más que el alquiler de la mayoría de la gente, pero que en ella se ve casual. Sus rizos castaño oscuro caen sueltos sobre sus hombros, sus ojos verdes tan afilados como cuchillas a pesar de que debería estar agotada. A sus veintitrés años, ya ha sobrevivido a más violencia de la que la mayoría de la gente ve en toda su vida, y eso la ha vuelto imposible de engañar.

—Caminas de un lado a otro como un hombre que espera un veredicto —observa, tomando un sorbo de su vaso.

—Lo estoy esperando. —Me detengo junto al ventanal, contemplando los extensos y cuidados jardines que se extienden en la oscuridad, más allá del cristal. En algún lugar de su apartamento del Upper East Side, Isabella está tomando una decisión que nos definirá a ambos. No si quiere ser parte de este mundo —esa decisión la tomó cuando eligió a la familia por encima de Chase—, sino si construirá su nueva vida levantando muros o si me dejará estar a su lado mientras transforma el legado de los Callahan en algo que valga la pena.

Esta espera es un territorio desconocido. Hace seis meses, estaría hasta el cuello con tres mujeres diferentes para olvidar a alguien que me dejó en ascuas. Mi antiguo yo coleccionaba conquistas y las descartaba con la misma facilidad, nunca esperaba por nadie. Nunca le importó lo suficiente como para perder el sueño por la decisión de otra persona.

—La amas.

No es una pregunta, y no la trato como tal. —Sí.

—Y por una vez, no estás tratando de salir del paso con tu encanto —continúa Carmela, estudiando mi perfil con la intensidad que siempre la ha hecho peligrosa—. Eso es nuevo.

Me vuelvo para mirarla y veo algo que no había notado antes. Mi hermanita ya no es una niña. El ataque en la galería, el momento en que casi muere por culpa de nuestros enemigos, ha consumido cualquier inocencia que le quedaba. La mujer sentada en esta barra es ahora una Rosetti de pura cepa, inteligentísima, feroz y

observadora de maneras que le servirán bien en la oscuridad que se avecina.

—Puede que no vuelva —admito, con las palabras raspándome la garganta—. Le dije que la esperaría, pero podría elegir desaparecer por completo. Empezar de nuevo en algún lugar donde no pueda encontrarla.

La expresión de Carmela se suaviza, solo un poco. —¿La dejarías?

La pregunta queda flotando en el aire entre nosotros, cargada de implicaciones. Seis meses atrás, la respuesta habría sido inmediata, violenta. La habría cazado hasta los confines de la tierra, habría usado todos los recursos a mi disposición para traerla de vuelta a rastras. Le habría hecho entender que dejarme no era una opción.

Ahora… —Si eso es lo que la hace feliz, sí.

La confesión nos sorprende a ambos. Veo los ojos de Carmela abrirse de par en par, oigo la brusca inhalación con la que procesa lo que acabo de confesar. Este no es el Matteo que ella conoce, el que toma lo que quiere y al diablo con las consecuencias.

—Jesús —susurra—. De verdad la amas.

Me apoyo en la barra, sintiendo el peso de la revelación asentarse en mi pecho. —Solía pensar que el amor era posesión. Hacer que alguien te necesitara tanto que no pudiera imaginar irse. Pero Isabella… ella me ha enseñado que se trata de hacer que alguien se sienta lo suficientemente seguro como para elegirte todos los días.

—Eso es aterradoramente maduro de tu parte. —Pero la voz de Carmela denota orgullo, del tipo que surge al ver a alguien que te importa convertirse en alguien mejor de lo que era—. ¿Y qué pasa si elige quedarse lejos?

—Entonces seguiré siendo suyo. —La verdad se me escapa antes de que pueda detenerla, tan sincera como una confesión—. Aunque nunca vuelva a mí, aunque nunca la vuelva a ver, seguiré siendo suyo. De eso se trata esto.

Las palabras caen en la cocina como una piedra en agua tranquila, creando ondas que se expanden. Carmela me mira con algo cercano al asombro, viendo a su hermano transformado en alguien a quien nunca antes había conocido.

—Te ha destrozado —dice finalmente.

—No. —Lanzo la moneda por última vez antes de guardármela en el bolsillo; la decisión está tomada—. Me ha completado.

Nos quedamos sentados un momento, procesando el peso de esa confesión. Entonces Carmela rompe el silencio con su característica franqueza.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Solo quedarte aquí sentado bebiendo whisky hasta que ella se decida?

—No estoy simplemente esperando. —Saco la moneda de nuevo, dejo que baile entre mis dedos con firme confianza—. Hay un puesto que se abre en la junta del Whitney el próximo mes. ¿La investigación de Isabella sobre artistas femeninas perdidas? Es exactamente lo que necesitan para su nuevo enfoque de adquisiciones. Hice algunas llamadas.

Carmela enarca las cejas. —Le estás construyendo una carrera.

—Nos estoy construyendo una vida. Una en la que ella pueda hacer lo que ama, con los recursos para realmente marcar la diferencia. Cuando esté lista. —La moneda se detiene en mi palma —. Tendrá su propia base de poder, su propio legado. No solo hacerse cargo de lo que Chase construyó, sino crear algo mejor.

—¿Y si elige hacerlo sola?

—Entonces igual tendrá todo lo que he preparado para ella. El puesto en la junta, la financiación para la investigación, los contactos. Porque amar a alguien significa querer que prospere, ya sea que te elija o no.

—Por si sirve de algo —dice Carmela al cabo de un rato—, creo que volverá. Alguien que pudo cambiarte tanto… eso no es algo de lo que te alejas fácilmente.

Quiero creerle. Quiero confiar en que la mujer que cosió mis heridas y eligió a mi familia por encima de su pasado me elegirá a mí por encima de la seguridad de la distancia. Pero querer y tener son dos cosas muy distintas.

—Ya veremos —digo, terminando mi whisky. El líquido ambarino quema al bajar, un calor que se extiende por mi pecho como un falso valor.

—¿Matt? —La voz de Carmela me detiene mientras me dirijo a la puerta—. Sea lo que sea que decida… hiciste bien. Convertirte en el

tipo de hombre que vale la pena elegir. Eso importa.

Las palabras me siguen por los pasillos de mármol, subiendo escaleras que conducen a un dormitorio que se siente demasiado vacío sin ella. No duermo. Solo yazgo en la oscuridad, escuchando unos pasos que quizás nunca lleguen, esperando una elección que podría destrozarme.

Pero por primera vez en mi vida, estoy dispuesto a arriesgarlo todo por la decisión de otra persona. Porque eso es lo que realmente significa el amor. No tomar lo que quieres, sino crear el espacio para que alguien te elija libremente.

Y confiar en que te has convertido en el tipo de hombre que vale la pena elegir.

La moneda yace en silencio sobre mi mesita de noche. Ya no hay necesidad de lanzarla. La única apuesta que importa ahora es la suya.

28

Isabella

El reloj marca las 3:17 a. m. cuando me despierto de golpe, pero no es por las pesadillas.

Mi apartamento. No la habitación de invitados de la mansión, ni la casa de seguridad, sino mi propia cama en mi propio espacio. Las paredes pálidas de siempre y el arte cuidadosamente elegido ahora se sienten ajenos, como artefactos de la vida de otra persona. El reloj digital marca las 3:17 a. m., pero estoy completamente despierta, con la mirada fija en el techo.

Sin pesadillas. Otra vez.

Me siento lentamente, poniendo a prueba la ausencia del terror que solía recibirme cada mañana. Desde hace semanas, desde esa primera noche en que Matteo me reclamó por completo, los sueños han sido tranquilos. Se acabó el despertarme sudando frío, se acabó la voz de Chase resonando en mi subconsciente, se acabaron los fragmentos de la muerte de mis padres repitiéndose una y otra vez.

La revelación me golpea con una claridad asombrosa. Las pesadillas que me han atormentado desde la infancia no solo se desvanecieron. Se detuvieron en el momento en que me permití pertenecerle. En el momento en que dejé de luchar contra lo que sentía y me dejé abrazar, proteger, atesorar.

Llevo semanas durmiendo plácidamente, pero he sido demasiado terca para reconocer lo que eso significa.

Dejo caer las piernas a un lado de la cama, y mis pies descalzos tocan la fría madera. Llevo puesta una de las camisas blancas de botones de Matteo que tomé de la mansión, con las mangas arremangadas y la tela holgada sobre mi cuerpo. Todavía huele a él. A colonia cara y a algo limpio y masculino que me oprime el pecho de anhelo.

¿En qué momento su aroma se convirtió en mi hogar?

Camino hacia la ventana que da a la ciudad. Manhattan se extiende abajo, resplandeciente de vida incluso a esta hora. El tráfico se mueve por las calles en patrones distantes, gente viviendo sus vidas, tomando decisiones, arriesgándose.

Mientras que yo llevo tres días escondida en mi apartamento, tratando de convencerme de que necesito espacio para pensar.

¿En qué hay que pensar? Chase está muerto. La organización Callahan es mía para reconstruirla como yo decida. Los Rosetti me han aceptado como familia; no como un trofeo o una debilidad, sino como alguien que se ganó su lugar con sangre y por elección propia.

Y Matteo está esperando.

El recuerdo de nuestra última conversación aflora. Sus cuidadosas palabras sobre ser socios, sobre construir algo juntos si yo lo quería. La forma en que no presionó, no exigió, solo me dijo que esperaría mi decisión. La paciencia en sus ojos que, de alguna manera, dolió más de lo que lo habría hecho cualquier exigencia.

Ha estado esperando a que lo elija a él. No solo que lo acepte o me rinda a él, sino que lo elija activamente. Que nos elija.

Pienso en la mujer que era antes del secuestro. Seria. Controlada. Tan asustada de desear cualquier cosa que me convencí a mí misma de que era fuerte. Pero esa mujer vivía en un terror constante, con ataques de pánico cuando Chase levantaba la voz, pesadillas cada noche, una vida tan cuidadosamente controlada que en realidad no era vida.

Los Rosetti no han aplastado mi identidad. Me han dado permiso para convertirme en quien siempre fui debajo del miedo.

Y he estado perdiendo el tiempo.

Me pongo en movimiento antes de darme cuenta, tomo las llaves de la encimera de la cocina y meto los pies descalzos en los

primeros zapatos que encuentro. No me detengo a vestirme, no hago una pausa para maquillarme o arreglarme el pelo.

En la puerta principal, me detengo con la mano en el picaporte. ¿Qué estoy haciendo? ¿Correr por la ciudad a las tres de la mañana en pijama para decirle a un hombre que lo amo? La antigua Isabella lo habría llamado imprudente. Impulsivo.

Pero la antigua Isabella vivía con miedo.

Giro el picaporte y salgo al pasillo. Llevo puesta su camisa y unos shorts de pijama, y nada más, pero por una vez, no me importa mi aspecto.

El ascensor tarda una eternidad. El estacionamiento está frío contra mi piel. Me tiemblan las manos al encender el motor, pero no es miedo. Es expectación. Necesidad. La urgencia desesperada de alguien que por fin ha dejado de mentirse a sí misma.

La ciudad pasa borrosa mientras manejo por calles vacías, pasándome semáforos en rojo y superando los límites de velocidad. En la radio suena algo suave e insignificante que apenas oigo por encima del martilleo de mi corazón. Cada kilómetro se siente como volver a la vida, como si la sangre regresara a mis miembros entumecidos.

Lo amo. Lo he amado desde esa primera noche en que me abrazó durante una pesadilla. Lo he amado en cada momento de obstinada resistencia, en cada intento de convencerme de que se trataba de supervivencia y no de elección.

Y ya no voy a fingir lo contrario.

La mansión Rosetti se alza imponente, todo piedra, seguridad y riqueza silenciosa. Los guardias reconocen mi auto y me hacen señas para que pase sin preguntar. Mis piernas desnudas tiemblan mientras subo los escalones, el mármol frío bajo mis pies.

La casa está en silencio, todos duermen excepto el personal de seguridad que se mueve como sombras por los pasillos. Camino sigilosamente por corredores familiares, pasando por puertas cerradas y retratos familiares, con el corazón acelerado a cada paso.

Hacia el hombre que ha sido lo suficientemente paciente como para dejarme encontrar el camino de vuelta a él.

Su puerta está entreabierta, derramando una luz suave en el pasillo. Me detengo en el umbral, con la mano sobre la madera fría, y lo observo por la rendija.

Matteo está sentado al borde de su cama king-size, con la cabeza entre las manos y los hombros tensos por el agotamiento, el estrés, o ambos. Está sin camisa, vestido solo con unos pantalones negros de cordón que le cuelgan de las caderas. La lámpara de la mesita de noche proyecta una luz dorada sobre los músculos magros de su espalda, resaltando viejas cicatrices y una nueva tensión. Su pelo cobrizo está revuelto, alborotado por el cansancio.

Parece que ha estado esperando durante horas. Días. Como si la paciencia le estuviera costando todo.

Levanta la vista cuando empujo la puerta para abrirla, y nuestras miradas se encuentran a través del espacio que nos separa. Esos ojos dorados que me han visto en mi peor momento y que, de alguna manera, todavía me miran como si fuera algo digno de atesorar.

Por un momento, solo me mira fijamente. Como si no pudiera creer que soy real. Como si hubiera esperado tanto tiempo que ya había empezado a pensar que nunca llegaría.

—Te amo.

Las palabras caen en el silencio entre nosotros, firmes y seguras. Sin temblor en mi voz. Sin retractarme. Solo la verdad que he estado ocultando por semanas.

Su rostro se transforma. La sorpresa da paso a un alivio tan profundo que es casi doloroso de ver. Respira mi nombre como una plegaria, como si hubiera estado conteniendo el aliento por días y por fin pudiera exhalar.

Se queda completamente quieto, como si temiera respirar mal y hacer añicos el momento. Cuando habla, su voz es áspera, llena de incredulidad y una cautelosa esperanza.

—¿Me amas?

—Ya me cansé de fingir que no. —Entro a su habitación, cerrando la puerta detrás de mí con un suave clic—. Manejé hasta aquí a las tres de la mañana en pijama porque no podía esperar ni un segundo más para decírtelo.

Una sonrisa tira de la comisura de sus labios, pero sus ojos permanecen serios. —Isabella.

—Te elijo a ti. —Me acerco más, atraída por el calor de su mirada —. Elijo esto. Nos elijo a nosotros. Estoy cansada de tener miedo de lo que quiero.

Se levanta lentamente, moviéndose como si yo fuera algo frágil que pudiera escaparse si se movía demasiado rápido. La luz de la lámpara convierte su piel en oro, enfatiza cada línea de los músculos de su pecho y abdominales. Es hermoso, peligroso y mío.

—¿Estás segura? —Su voz es cuidadosa, controlada—. Porque una vez que lo digas de nuevo, una vez que crucemos esta línea por completo…

—Soy tuya. —Cierro la distancia entre nosotros, mis manos se posan en su pecho. Su piel está tibia, sólida, real bajo mis palmas—. He sido tuya desde esa primera noche. Solo que era demasiado terca para admitirlo.

La vulnerabilidad de la confesión me golpea de repente. Aquí estoy, semivestida en su dormitorio, con el corazón completamente al descubierto. Mi antiguo yo habría huido. Habría encontrado alguna manera de retirar las palabras, de protegerse.

Pero sus manos enmarcan mi rostro como si yo fuera algo precioso, y no veo nada más que reverencia en sus ojos.

Sus manos enmarcan mi rostro, los pulgares acariciando mis pómulos. —Dilo otra vez.

—Te amo. —Las palabras salen más fáciles ahora, como si algo se hubiera desbloqueado dentro de mi pecho—. Amo tu paciencia. Amo tu violencia. Amo la forma en que me haces sentir segura y salvaje al mismo tiempo.

Algo se quiebra en su expresión. Alivio. Deseo. Posesión. Sus manos se deslizan en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás mientras se agacha.

—Por Dios, Isabella. Me he estado volviendo loco esperando a que volvieras a mí.

—Bueno, ya estoy aquí. —Me aprieto más contra él, sintiendo cómo se endurece contra mi cadera—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

La pregunta lo transforma. El hombre cuidadoso y paciente desaparece, reemplazado por el depredador que vislumbré por primera vez en su auto. Su boca se estrella contra la mía, caliente, exigente y completamente desenfrenada. El beso sabe a posesión, a promesa y a por fin volver a casa.

Me arqueo contra él, mi cuerpo cantando de alivio y deseo y la pura alegría de no tener que contenerme más. Sus manos bajan por mi cuerpo, los dedos trazando el dobladillo de su camisa donde me llega a los muslos.

—Esta maldita camisa —gruñe contra mis labios—. ¿Sabes lo que me hace, verte en mi ropa?

—Muéstramelo. —Las palabras salen sin aliento, llenas de necesidad.

Aprieta sus manos en el algodón blanco, y por un momento creo que me la va a arrancar. En cambio, empieza a desabrochar los botones con una lentitud deliberada, sin apartar nunca sus ojos de los míos.

—He soñado con esto —murmura, abriendo la tela para revelar mi piel—. Con tenerte en mi cama, completamente mía, sin muros entre nosotros.

La camisa cae, dejándome solo con los shorts de dormir y unas bragas de encaje. Su mirada se pasea por mí como un toque físico, hambrienta y reverente.

—Hermosa —respira, sus manos rozándome los costados—. Jodidamente hermosa.

Intento tomar el cordón de sus pantalones, pero me detiene las manos, llevándolas a sus labios para besar mis palmas.

—Todavía no —dice, con la voz áspera por la contención—. Quiero saborearte primero. Quiero hacer que te vengas en mi lengua antes de follarte.

Esas palabras crudas envían un calor directo a mi centro. —Matteo.

—Súbete a la cama —ordena, y la autoridad en su voz me hace temblar—. Quítate los shorts.

Retrocedo hacia su cama, enganchando mis pulgares en la cinturilla y deslizándolos por mis piernas. Sus ojos siguen cada

movimiento, oscuros de hambre. Cuando me acomodo sobre las sábanas de seda negra vistiendo nada más que unas bragas de encaje, emite un sonido grave desde su garganta.

—Abre las piernas para mí, *bella*.

Obedezco, sin pudor en mi necesidad. Se mueve entre mis muslos como un hombre adorando en un altar, sus manos deslizándose por mis piernas con un toque reverente.

—Estas bragas —murmura, trazando el borde de encaje con un dedo—. ¿Te las pusiste para mí?

—Sí. —La confesión sale entrecortada—. Todo lo que hago es para ti ahora.

Las rasga con una fuerza despreocupada, el encaje cediendo como papel. —Mío —dice, acomodándose entre mis muslos—. Este coño tan bonito es mío.

El primer toque de su boca contra mi centro me hace gritar, mi espalda se arquea sobre la cama. Me estimula con una habilidad que raya en lo pecaminoso, su lengua, labios y dientes me llevan hacia el borde con una precisión devastadora.

—Sabes a gloria —gime contra mi piel—. A todo lo que siempre he querido.

Sus dedos se unen a su boca, deslizándose dentro de mí mientras su lengua rodea mi clítoris. La doble sensación es abrumadora, perfecta, y puedo sentir mi orgasmo creciendo como una tormenta.

Cuando bajo la vista, él me está observando. Nuestras miradas se clavan, y la intimidad de la situación —verlo entre mis muslos, ver el hambre y el amor en su mirada— casi me deshace por completo.

—Córrete para mí —ordena, doblando los dedos para tocar ese punto perfecto—. Déjame oírte gritar mi nombre.

El clímax me atraviesa como un reguero de pólvora, dejándome jadeante y temblando. Pero Matteo no para, no me da tiempo a recuperarme. Me lleva a través de él y más allá, empujándome hacia otro pico antes de que el primero haya disminuido del todo.

—Otra vez —exige—. Dame otro.

—No puedo. —Pero incluso mientras lo digo, puedo sentir que la excitación crece de nuevo—. Es demasiado.

—Sí puedes. —Su voz es terciopelo oscuro y acero—. Me vas a dar todo, Isabella. Cada sonido, cada escalofrío, cada gota de placer que pueda arrancarle a este cuerpo.

El segundo orgasmo es más fuerte que el primero, desgarrándome hasta que sollozo su nombre. Solo entonces se aparta, con la boca brillante por mi excitación.

—Perfecta —susurra, subiendo por mi cuerpo para reclamar mi boca en un beso que sabe a pecado y a promesas—. Tan jodidamente perfecta para mí.

Puedo sentirlo, duro y grueso contra mi muslo mientras se acomoda entre mis piernas. La punta de su verga roza mi entrada, y gimo ante la sensación.

—Por favor —suplico, enroscando las piernas alrededor de su cintura—. Te necesito dentro de mí.

—Mírame —ordena, agarrándome la barbilla con una mano—. Quiero que veas quién te está reclamando.

Nuestras miradas se clavan mientras él empuja hacia adentro, llenándome por completo. La sensación es intensa, perfecta, como volver a casa después de un largo exilio. Jadeo por el estiramiento, por la sensación de ser completamente poseída.

Se detiene cuando está completamente dentro, con su frente tocando la mía. Por un momento, solo respiramos juntos, conectados de la forma más íntima posible. Sus ojos escudriñan los míos, y veo todo en ellos: amor, posesión, reverencia, hambre.

—Mía —gime, comenzando a moverse con embestidas largas y profundas—. Por fin, jodidamente mía.

—Tuya —convengo, siguiendo su ritmo—. Solo tuya.

Marca un ritmo que es a la vez tierno y exigente, cada embestida golpeando ese punto perfecto que me hace ver estrellas. Sus manos se mueven sobre mi cuerpo con una reverencia posesiva, trazando cada curva y hueco como si me estuviera memorizando.

—Dilo mientras te follo —exige, con la voz tensa por el placer y el control—. Dime que me amas mientras estoy dentro de ti.

—Te amo. —Las palabras salen en un gemido mientras él empuja más profundo—. Te amo, Matteo. Amo cómo me haces sentir. Amo que seas mío.

—Este coño es mío ahora —gruñe, con las caderas golpeando más fuerte—. Dilo.

—Mi coño es tuyo. —Las palabras habrían avergonzado a la antigua Isabella, pero esta mujer se deleita con ellas—. Todo mi ser es tuyo.

Mete la mano entre nosotros, su pulgar encuentra mi clítoris y lo rodea con la presión perfecta. La combinación de su toque y el ritmo incesante de sus embestidas me envía en espiral hacia otro pico.

Ralentiza sus movimientos, obligándome a encontrar su mirada. —Puedes amarme y aun así ser fuerte, *bella* —dice, con la voz cargada de sentimiento y sinceridad—. Eso es lo que nunca entendiste. Amarme no te hace débil. Te hace mía.

Las palabras, combinadas con la forma en que me mira —como si yo fuera su mundo entero—, me llevan al límite. Mis paredes se contraen a su alrededor mientras me corro con un grito que resuena en las paredes de su habitación. Él me sigue, hundiendo el rostro en mi cuello mientras se derrama dentro de mí con un gemido que suena a plegaria.

Pero no hemos terminado. En el momento en que nuestra respiración se calma, él se mueve de nuevo, saliendo solo para ponerme a cuatro patas.

—Otra vez —dice, colocándose detrás de mí—. Quiero ver mi verga desaparecer en tu coño desde este ángulo.

Me empujo contra él, desvergonzada en mi necesidad. —Sí. Por favor.

Se desliza dentro desde atrás, más profundo desde este ángulo, y ambos gemimos ante la sensación. Sus manos me agarran las caderas mientras comienza a moverse, cada embestida empujándome hacia la cabecera de la cama.

—Mírate —gruñe, deslizando una mano por mi columna para enroscarla en mi pelo—. Recibiendo mi verga tan perfectamente. Como si estuvieras hecha para esto.

El nuevo ángulo toca puntos que me hacen sollozar de placer. Siento que se está formando otro orgasmo, imposible pero innegable.

—Tócate —ordena, apretando su agarre en mi pelo—. Juega con ese bonito clítoris mientras te follo.

Deslizo una mano entre mis piernas, mis dedos encuentran el bulto hinchado de nervios. La estimulación añadida hace que me contraiga a su alrededor, y él sisea ante la sensación.

—Joder, sí —gime—. Justo así. Hazte correr sobre mi verga.

La combinación de sus embestidas y mi propio tacto me empuja de nuevo hacia el límite. Estoy temblando, desesperada, completamente perdida en el placer que me está dando.

—Me voy a correr —jadeo.

—Espera —ordena, ralentizando su ritmo a algo tortuoso—. Todavía no.

—Por favor. —Ahora estoy suplicando, sin pudor—. Necesito correrme.

—Te corres cuando yo te diga que te corras. —Su voz es pura dominación, y me hace apretarme a su alrededor con más fuerza—. Este coño me pertenece, lo que significa que tus orgasmos también me pertenecen.

Continúa con el ritmo lento y profundo que me mantiene justo al borde sin empujarme del todo. Es una tortura exquisita, y puedo sentir lágrimas de frustración acumulándose en mis ojos.

—Matteo, por favor.

—¿Por favor, qué?

—Por favor, déjame correrme. Haré lo que sea.

—¿Cualquier cosa? —Su ritmo se acelera un poco, lo suficiente para hacerme jadear—. ¿Me dirás que me amas todos los días?

—Sí.

—¿Usarás mi anillo cuando lo ponga en tu dedo?

La insinuación hace que se me acelere el corazón. —Sí.

—¿Serás mía para siempre? ¿Sin más huidas ni barreras?

—Sí —la palabra sale como un sollozo—. Sí, te lo prometo. Soy tuya para siempre.

—Entonces córrete para mí, *bella*. Córrete por toda mi verga.

Con el permiso concedido, me hago añicos, el orgasmo me desgarra por dentro con una intensidad que me deja gritando. Él me

sigue al clímax, su propia liberación desencadena otra ola de placer que me hace colapsar sobre la cama.

Me atrapa, atrayéndome de nuevo contra su pecho mientras ambos luchamos por respirar. Sus brazos me envuelven, sosteniéndome con fuerza mientras las réplicas recorren mi cuerpo.

—Mierda santa —susurro cuando por fin puedo hablar.

—Eso es solo el principio —murmura contra mi oído, su voz todavía áspera por la satisfacción—. Tengo que compensar semanas de deseo.

Me giro en sus brazos, estudiando su rostro a la luz de la lámpara. Su cabello está húmedo de sudor, sus ojos suaves por la satisfacción y algo más profundo.

—¿No te arrepientes? —pregunta, apartándome un mechón de pelo de la cara.

—De nada. —Recorro la línea de una cicatriz en su pecho, maravillándome del contraste entre su reputación peligrosa y su tacto gentil—. Por primera vez en mi vida, sé exactamente lo que quiero.

—¿Y qué es eso?

—A ti. Esto. Un futuro en el que no tenga que elegir entre ser fuerte y ser amada.

Me acerca para darme un beso que es suave y posesivo al mismo tiempo. —Nunca más tendrás que elegir —promete contra mis labios —. Me enamoré de tu fuerza, Isabella. No voy a intentar domarla.

Me acomodo contra su pecho, con la cabeza sobre su corazón. El ritmo constante es tranquilizador, hipnótico. Afuera, la ciudad sigue durmiendo, sin saber que todo ha cambiado.

—Las pesadillas —digo en voz baja—. Se detuvieron hace semanas. La primera noche que me hiciste el amor.

Sus brazos se aprietan a mi alrededor. —Deberías habérmelo dicho.

—No estaba lista para admitir lo que eso significaba. —Presiono un beso en su pecho, justo sobre su corazón—. Pero ahora estoy lista.

—¿Y qué significa?

—Significa que estoy en casa. —Lo miro, viendo mi futuro reflejado en esos ojos ambarinos—. Significa que finalmente soy

completa y perfectamente tuya.

Extiende el brazo para apagar la lámpara, sumergiéndonos en una cómoda oscuridad. —Duerme —murmura, dándome un beso en la coronilla—. Estaré aquí cuando despiertes.

—¿Lo prometes?

—Siempre.

Cierro los ojos, envuelta en su calor y en el aroma que se ha convertido en mi hogar. Por primera vez desde que era una niña, el sueño llega fácil. En paz. Sin miedo a lo que aguarda en la oscuridad.

Porque ya no estoy sola. Soy suya y, al serlo, he descubierto cómo ser yo misma.

29

Matteo

La luz de la mañana se derrama por las ventanas de mi habitación como miel tibia, bañando todo en un relieve dorado. Isabella yace estirada a mi lado, su cabello rubio miel enredado sobre la funda oscura de la almohada, su piel desnuda luminosa bajo el sol de la mañana. La sábana se ha deslizado hasta su cintura, revelando la curva elegante de su espalda, la delicada inclinación de sus hombros.

Se ve en paz. Satisfecha. Mía.

No puedo evitarlo. Mi mano se desliza bajo el algodón egipcio, mis dedos trazando la seda de su muslo mientras me inclino cerca de su oído.

—No puedo empezar el día sin saborearte —susurro, con la voz ronca por el sueño y la necesidad.

Se remueve bajo mi caricia, un suave sonido escapando de sus labios mientras presiono besos en la curva de su cuello. Su piel sabe a vainilla y a algo excepcionalmente suyo, un sabor al que me he vuelto adicto estos últimos meses. Mi boca encuentra ese punto sensible detrás de su oreja, y ella se arquea contra mí con un gemido adormilado.

—Matteo —suspira, derritiéndose ya por mí. Siempre tan receptiva, mi Isabella. Siempre tan perfecta.

—Mmm —murmuro contra su garganta, mi mano deslizándose más arriba, encontrándola húmeda y lista—. Date la vuelta, bella. Déjame adorarte como se debe.

Lo hace, girando sobre su espalda con una gracia somnolienta, sus ojos esmeralda cargados de deseo cuando se encuentran con los míos. La luz de la mañana se refleja en su cabello, convierte su piel en porcelana. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida, especialmente así. Despeinada por mis manos, marcada por mi boca, mirándome como si yo hubiera colgado las mismísimas estrellas.

—Eres insaciable —dice, pero sus manos ya se enredan en mi cabello, atrayéndome hacia ella.

—¿Por ti? Todos los malditos días. —Me acomodo entre sus muslos, tomándome mi tiempo con suaves besos a lo largo de su clavícula, descendiendo hasta la curva de sus pechos—. Te dije que era un adicto, ¿no?

Se ríe, un sonido intenso y cálido que provoca algo en mi pecho. Hace que todo se sienta más ligero, más brillante. Como si el sol por fin hubiera salido después del invierno más largo de mi vida.

La adoro lentamente esta mañana, con manos reverentes y una boca paciente. Nada de la posesión desesperada de anoche, solo una posesión perezosa y elogios susurrados. Se deshace debajo de mí con suaves jadeos y muslos temblorosos, mi nombre cayendo de sus labios como una plegaria.

—Mía —murmuro contra su piel mientras se estremece con las réplicas.

—Tuya —confirma, atrayéndome hacia arriba para un beso que sabe a promesas y a eternidad.

Después, nos duchamos juntos en el baño de mármol, el vapor elevándose a nuestro alrededor mientras le lavo el cabello con manos cuidadosas. Ella se apoya en mi caricia, con los ojos cerrados, confiando en mí por completo. Verla así todavía me asombra. Isabella Callahan, la mujer que se enfrentó a mi familia sin pestañear, derritiéndose bajo el simple placer de mis dedos en su cabello.

—¿De qué sonríes? —pregunta, captando mi expresión en el espejo.

—De ti —digo simplemente—. Siempre de ti.

Se gira en mis brazos, con gotas de agua adheridas a sus pestañas, y por un momento solo nos miramos. La chica que se suponía que era una moneda de cambio se convirtió en todo. El *playboy* que nunca creyó en el amor se convirtió en un hombre dispuesto a construir todo su mundo alrededor de una sola mujer.

—Te amo —dice, como si todavía estuviera asombrada por la veracidad de esas palabras.

—Yo también te amo, bella. Más de lo que creí posible.

El vapor se disipa mientras nos secamos con las toallas y volvemos a la habitación, la rutina matutina se siente natural y doméstica de una manera que todavía me sorprende. Nos vestimos para el desayuno, Isabella elige un suave suéter de cachemira color crema y pantalones de vestir que Carmela la ayudó a escoger ayer. El simbolismo no pasa desapercibido para ninguno de los dos. Ya no lleva una armadura, no se viste para la batalla ni intenta desaparecer. Está eligiendo ropa que la hace sentir hermosa, cómoda en su propia piel y en esta casa que se está convirtiendo en nuestro hogar.

El comedor está lleno de voces y risas cuando llegamos, la enorme mesa cargada con suficiente comida para alimentar a un ejército. Carmela está de pie cerca del aparador, dirigiendo la colocación de las fuentes, sus rizos oscuros recogidos, pero ya escapándose en mechones rebeldes. Sé que ella ha orquestado todo este desayuno. Nuestra hermanita ha estado planeando esta celebración de bienvenida desde el momento en que Isabella demostró su lealtad a la familia.

—¡Por fin! —exclama cuando nos ve, corriendo a besar las mejillas de Isabella antes de abrazarme con fuerza—. Empezaba a pensar que ustedes dos iban a dormir todo el día.

—Algunos de nosotros teníamos asuntos importantes que atender —digo con una sonrisa que la hace poner los ojos en blanco.

—Qué asco, Matt. Demasiada información. —Pero se ríe mientras toma del brazo a Isabella—. Vamos, les guardé los buenos asientos.

Lejos de los modales de Leo en la mesa.

Dom levanta la vista cuando entramos, sus agudos ojos verdes observando nuestras manos unidas, la forma en que Isabella se mueve con una confianza natural en lugar de un cálculo cuidadoso. Asiente una vez, un gesto de aprobación silenciosa que aplaca algo en mi pecho.

—Buenos días —dice, levantándose para besar las mejillas de Isabella en el saludo tradicional—. Te ves radiante.

—Así me siento —responde ella, y lo dice en serio. Las sombras que atormentaron sus ojos durante meses han desaparecido, reemplazadas por algo que parece alegría.

Besiana se desliza a continuación, elegante de la manera que solo el dinero de abolengo puede lograr. Le da a Isabella una mirada de aprobación y luego una sonrisa genuina antes de presionar besos en ambas mejillas.

—Bienvenida, finalmente —dice cálidamente—. Perteneces a nosotros, querida. Siempre lo hiciste.

Rafe sonríe desde su puesto en la mesa, levantando su taza de café en un saludo burlón. —Matteo Rosetti, fuera del mercado. El fin del mundo.

—Cállate —digo, pero me estoy riendo mientras le retiro la silla a Isabella, asegurándome de que esté sentada antes de tomar mi propio lugar a su lado. Ya no frente a ella. Ahora somos una unidad.

Sloane nos sonríe radiante desde el otro lado de Rafe, todo su rostro se ilumina con una felicidad genuina. —Estoy tan contenta de que te quedes —le dice a Isabella—. Necesitamos más estrógeno en esta familia tan cargada de testosterona.

Leonardo aparece en el umbral con Eleanor, su alborotado cabello pelirrojo todavía con marcas de la almohada, los tatuajes visibles bajo sus mangas arremangadas. Se mueve con más facilidad ahora, las heridas de bala finalmente lo suficientemente curadas para una actividad normal.

—Vaya, vaya —dice, sonriéndonos con abierta picardía—. Miren a quién tenemos aquí. Ella te quitará lo cretino engreído, Matt. Buena elección.

—Gracias por el voto de confianza —digo con sequedad, pero me conmueve. La aprobación de Leo significa algo, sobre todo después de todo lo que hemos pasado.

Las puertas del comedor se abren de nuevo, dando paso a Emilio y Mara, ambos con un aspecto dorado y relajado por su luna de miel en Italia. Mi hermano gemelo se mueve con esa confianza tranquila y familiar, sus ojos grises encuentran los míos a través de la habitación. La tensión que existió entre nosotros durante meses ha desaparecido, reemplazada por algo que casi había olvidado que podíamos tener: la hermandad.

—Emilio —me pongo de pie, estrechándole la mano con firmeza en un apretón que se convierte en un breve abrazo—. Qué bueno que hayas vuelto.

—Es bueno estar de vuelta —dice con sencillez, pero su mirada dice más. Volvemos a estar unidos, como deben estarlo los gemelos.

Mara prácticamente irradia felicidad; su cabello oscuro ahora está más largo, su sonrisa es suave y genuina de una manera que denota una verdadera satisfacción.

—¡Tú debes de ser Isabella! —Se acerca con una cálida sonrisa, extendiendo la mano antes de atraer a Isabella a un suave abrazo—. Soy Mara. He oído hablar mucho de ti. Es maravilloso conocerte por fin como se debe.

Emilio da un paso al frente y le ofrece a Isabella un leve asentimiento de cabeza. —Usted eligió quedarse —dice con sencillez, y para mi hermano, eso es prácticamente un discurso—. Bien.

—Gracias —responde Isabella con elegante compostura, comprendiendo que viniendo de Emilio, esas palabras tienen mucho peso.

Emilio solo asiente, la conversación ya ha terminado para él, pero alcanzo a ver la aprobación en sus ojos grises.

Observo a Isabella entrar en calor con las presentaciones, veo cómo se le ilumina el rostro con un placer genuino al conocer a mi gemelo y a su esposa. Estos son los momentos que importan. No la violencia ni los juegos de poder, sino esto. La familia. El sentimiento

de pertenencia. El amor en todas sus formas desordenadas y complicadas.

La comida es suntuosa pero relajada, la conversación fluye alrededor de la mesa como el agua. Historias de la luna de miel de Emilio y Mara, bromas sutiles sobre la recuperación de Leo, planes para los próximos eventos familiares. Isabella contribuye con facilidad, su agudo ingenio y su delicado humor encajan a la perfección en la dinámica familiar.

—Y bien, Emilio —dice Rafe, cortando sus huevos benedictinos—, ¿de verdad te relajaste en Italia o te la pasaste montando redes de vigilancia?

—Ambas cosas —responde Emilio sin dudar, provocando las risas de la mesa.

—Intentó hackear el sistema de seguridad del hotel en nuestro segundo día —añade Mara con cariñosa exasperación—. Tuve que esconderle la computadora portátil.

—La seguridad era patética —se defiende Emilio—. Alguien podría haber entrado en nuestra habitación sin más.

—Alguien lo hizo —dice Mara con dulzura—. Yo. Todas las noches.

Hasta Dom esboza una sonrisa con eso. Isabella cruza su mirada con la mía y sonríe, claramente encantada por el desenfadado cotorreo.

La observo reír con uno de los chistes malísimos de Rafe, la veo escuchar con atención mientras Dom habla de la última adquisición del museo, me doy cuenta de cómo le pasa automáticamente la cesta del pan a Leo antes incluso de que él la pida. Ya no está actuando. Simplemente está… aquí. Presente. En casa.

Me doy cuenta con una certeza silenciosa. Esto es para siempre. No la posesividad desesperada que me llevó a secuestrarla, ni la necesidad obsesiva de poseerla, sino esto. Un amor profundo y firme que no exige ni arrebata, sino que simplemente existe, tan natural como respirar.

—Me estás mirando mucho —murmura ella, captando mi mirada.

—No puedo evitarlo —respondo con sinceridad—. Eres preciosa.

Se sonroja, de verdad se sonroja, y mi pecho se oprime de ternura. Después de todo lo que hemos pasado, todavía puede

sentir timidez por un simple cumplido. Es devastador.

La conversación se apaga mientras retiran los platos y rellenan las tazas de café. Lanzo mi moneda de plata al aire una, dos veces, y luego la atrapo con una sonrisa. El peso familiar se siente distinto ahora. De la suerte, pero no porque ya la necesite. Sino porque ya he ganado todo lo que importa.

—De hecho —digo, levantándome y guardando la moneda en el bolsillo—, hay algo que Isabella y yo queríamos decirles a todos.

La mesa se queda en silencio, todos los ojos se giran hacia nosotros. Isabella me mira con curiosidad, enarcando las cejas en señal de pregunta. No sabe lo que estoy a punto de hacer, pero confía en mí. Esa confianza todavía me asombra.

Meto la mano en el bolsillo de mi saco y saco la pequeña caja de terciopelo que compré durante esos tres días en que ella estuvo en su apartamento, pensando. El anillo que contiene no es una pieza ostentosa y llamativa. Es una esmeralda perfecta rodeada de diamantes, clásica y elegante, igual que ella. Lo compré porque sabía que volvería a mí. Sabía que diría que sí. Hay cosas que uno simplemente sabe.

—Isabella Callahan —digo, arrodillándome junto a su silla mientras la mesa estalla en gritos de sorpresa y risas de alegría—. ¿Quieres casarte conmigo? Como se debe esta vez, con un anillo, testigos y todo.

Se lleva las manos a la boca, con sus ojos esmeralda muy abiertos por la sorpresa y la alegría. —Matteo, ya me lo pediste anoche —dice a través de sus dedos.

—Lo sé —sonrío de oreja a oreja, abriendo la caja para revelar el anillo—. Pero estaba dentro de ti en ese momento, y no tenía el equipo adecuado. Supuse que merecías algo mejor que una proposición hecha borracho de sexo.

—¡Ay, Dios mío! —chilla Carmela, dando saltitos en su asiento—. ¡Di que sí!

—El hombre ya está de rodillas —añade Rafe, servicial—. Eso es un progreso.

Isabella se ríe, con lágrimas corriendo por sus mejillas mientras extiende su mano izquierda. —Sí —dice simplemente—. Siempre sí.

El anillo se desliza a la perfección, captando la luz de la mañana mientras me pongo de pie y la atraigo a mis brazos. La mesa estalla en vítores y aplausos, Carmela literalmente rebota en su asiento mientras aplaude.

—¡Lo sabía! —chilla, abandonando toda la dignidad Rosetti—. ¡Carajo, lo sabía! Cuando me pediste que te ayudara a elegir su ropa ayer, tenías esa mirada.

—Cuida tu lenguaje, Carmela —dice Dom con amabilidad, pero está sonriendo.

—Oh, muérdeme, Domenico. ¡Mi hermano acaba de comprometerse! —Ya se ha levantado de su silla, apartando a Isabella de mí para darle otro abrazo—. Tenemos tanto que planear. El lugar, el vestido, las flores…

—Respira, princesa —me río, pero me conmueve su entusiasmo.

Dom se pone de pie, alzando su taza de café con una solemnidad ceremonial. —Por la futura señora Rosetti —dice, y el reconocimiento formal tiene peso. Esto no es solo una celebración. Es la aceptación en el legado de la familia.

—Bienvenida al caos —añade Besiana con elegante diversión.

Emilio se acerca y me aprieta el hombro en señal de silenciosa aprobación. —Te hace bien —me dice simplemente, pero viniendo de mi gemelo, lo significa todo.

El momento se extiende a nuestro alrededor, cálido, completo y real. Se acabaron los juegos, las barreras, el fingir que esto es algo distinto de lo que es.

—Ahora estás atrapada con nosotros —le digo a Isabella, haciendo girar el anillo de esmeralda en su dedo—. Toda la loca familia.

—No lo querría de otra manera —dice, y lo dice en serio.

Entonces la atraigo hacia mí, incapaz de resistirme, y la beso como se debe, justo ahí, delante de todos. No como una forma de reclamo o posesión, solo de celebración. Pura alegría.

Leo se queja dramáticamente. —¡Consíganse un cuarto!

—Tenemos varios —señalo sin interrumpir el beso.

Carmela me lanza un trozo de pan tostado a la cabeza. —¡Compórtate! Y sí, tienes varios cuartos, pero estamos desayunando aquí como gente civilizada. —Se vuelve hacia Isabella con ojos

brillantes—. No dejes que te corrompa demasiado. Algunos de nosotros todavía tenemos principios.

—Haré lo que pueda —promete Isabella, riendo.

Cuando nos separamos, Isabella se está riendo y el anillo capta la luz mientras me toca la cara. A nuestro alrededor, la familia continúa con sus bromas de buen humor, planeando nuestro futuro con esa clase de caos cariñoso que solo la familia puede ofrecer.

Este es mi hogar. Este caos, este amor, esta mujer en mis brazos que eligió construir una vida con todos nosotros.

El *playboy* murió. Larga vida al hombre que aprendió que la mejor conquista es la que te conquista a ti.

30

Isabella

El camisón de seda se derrama a mis pies cuando salgo al balcón de mármol, y los dedos desnudos de mis pies se enroscan contra la piedra fría. Desde abajo, el italiano fluye de la voz de Matteo, grave, peligrosa y completamente fluida, mientras camina de un lado a otro por la terraza con el teléfono pegado a la oreja.

Negocios. Incluso a las siete de la mañana.

Me apoyo en la barandilla, sintiendo cómo la luz de la mañana me calienta los hombros que los delgados tirantes dejan al descubierto. Han pasado tres meses desde el desayuno familiar, desde que dejé de fingir que esto no era para siempre, y todavía me asombra el simple lujo de pertenecer a un lugar. De pertenecer a alguien que me trata como a una reina en vez de como a una posesión.

El café que me espera en la mesita del balcón está perfecto. Aún humeante, con la cantidad exacta de crema. Debió de subirlo antes de su llamada, cuidadoso y detallista de esa manera que aún me sorprende.

Me siento en la silla acolchada y sorbo el expreso mientras escucho su voz llegar desde abajo. Habla con alguien sobre medidas de seguridad para los muelles, algo sobre rotación de horarios y verificación de antecedentes. Todo en ese italiano letal que me acelera el pulso.

Su voz se ha convertido en mi hogar.

Abajo, en la terraza, Matteo está de espaldas a la mansión, con el teléfono pegado a la oreja y la mano libre apoyada en la barandilla de piedra. Lleva solo unos pantalones negros, y los músculos se le marcan bajo la piel bronceada cuando gesticula. Su cabello cobrizo aún está revuelto por el sueño y por mis dedos.

—Nada de excepciones —dice al teléfono, con ese tono en la voz que significa que alguien está a punto de tener un muy mal día—. A todo el que se acerque al almacén se le investiga dos veces. No me importa si traen una autorización papal.

Me apoyo en el marco de la puerta, observándolo trabajar. Hace seis meses, esta conversación me habría aterrorizado. Ahora entiendo lo que veo. A un hombre protegiendo a su familia, su negocio, su mundo. Protegiéndome a mí.

La satisfacción posesiva que me produce ese pensamiento habría horrorizado a la mujer que solía ser.

Se gira, me ve en el balcón de arriba y lo que sea que iba a decir muere en sus labios. Sus ojos grises me recorren de arriba abajo, enfundada en el camisón de seda, y sus pupilas se dilatan ligeramente. La llamada telefónica pasa a un segundo plano ante el calor que crece entre nosotros.

—Encárgate —dice secamente al teléfono y cuelga sin esperar respuesta. Desaparece de mi vista y, momentos después, oigo sus pasos en la escalera que conduce a nuestro dormitorio.

Cuando sale al balcón, llega hasta mí en tres zancadas y posa sus manos en mi cintura, sus dedos rozando la seda de mis caderas.

Me besa lenta y profundamente; sabe a expreso y a promesas. Cuando se aparta, su mirada es suave de una forma que nunca lo es con nadie más.

—¿Dormiste bien? —murmura contra mis labios.

—Sin pesadillas. —Ahora las palabras salen con facilidad. Tres meses de sueño tranquilo, tres meses de despertar segura en sus brazos—. ¿A qué hora es la reunión?

—A las diez. —Su pulgar traza círculos en el hueso de mi cadera, casual y posesivo—. Hay tiempo de sobra.

Pero algo en su tono sugiere que deberíamos irnos pronto. He aprendido a leer los sutiles cambios en su voz, la forma en que el

Matteo de los negocios es diferente del hombre que me susurra promesas obscenas al oído a las tres de la madrugada.

—¿Es una reunión importante?

—Del tipo en que le recuerdas a la gente por qué nos pagan por protección en lugar de buscarla en otra parte. —Su sonrisa es afilada, peligrosa—. Nada de lo que debas preocuparte.

Solo que sí me preocupo. Ya no porque le tenga miedo a su mundo, sino porque me he convertido en parte de él. Los Rosetti ya no solo me toleran. Me respetan. Buscan en mí mi opinión, el tipo de pensamiento estratégico que proviene de años de lidiar con las manipulaciones de Chase.

—¿Debería ir contigo?

Sus ojos se agudizan con algo que podría ser orgullo. —¿Te gustaría?

Hace unos meses, la idea me habría provocado un ataque de pánico. Ahora, simplemente asiento. —Si crees que sería útil.

—Dios, eres perfecta. —Me besa de nuevo, esta vez con más fuerza—. A Dom le encantará que estés allí. Los hermanos Torrino responden mejor a la intimidación elegante que al tipo que implica romperles las rótulas.

La forma casual en que lo dice me hace reír. Estos últimos meses he aprendido que la violencia es solo otra herramienta de negocios, que los hombres a los que he llegado a amar harían cualquier cosa para proteger lo que es suyo. Que ahora soy parte de lo que es suyo.

—Tendré que cambiarme.

—Tendrás que hacer más que eso. —Desliza sus manos para acunar mi rostro, sus pulgares trazando mis pómulos—. Tendrás que ponerte esa máscara que usabas para Chase. Fría, intocable, mejor que todos en la sala.

—Puedo hacerlo.

—Sé que puedes. —Su voz es áspera con algo más profundo que la lujuria—. Te miran porque ven lo que yo veo. Fortaleza envuelta en elegancia.

Sus palabras se asientan cálidamente en mi pecho. No son los halagos vacíos que Chase usaba para manipularme, sino un

reconocimiento real de en quién me he convertido. De quién siempre fui debajo del miedo.

—¿A qué hora debo estar lista?

—A las nueve y media. Ponte ese Armani gris. —Su sonrisa se vuelve pícara—. Ese que hace que quiera inclinarte sobre mi escritorio.

—Matteo.

—¿Qué? Es un hecho. —Me besa el cuello, sus dientes rozando mi piel—. Aunque quizá deberías guardar esa idea para después de la reunión.

Le doy un empujoncito en los hombros, riendo. —Ve a ducharte. Déjame tomar mi café en paz.

—En un minuto. —No se mueve, solo me sostiene contra él como si estuviera memorizando el momento—. ¿Isabella?

—¿Sí?

—Esto. Nosotros. No va a terminar, ¿verdad?

La pregunta me sorprende. No porque dude de sus sentimientos, sino porque Matteo Rosetti no pide confirmación. Él toma lo que quiere y lo sujeta con ambas manos hasta que el mundo se doblega a su alrededor.

Pero entiendo lo que realmente está preguntando. Si estoy aquí porque quiero estarlo o porque no sé cómo irme.

—No —digo en voz baja, mirándolo a los ojos—. No va a ir a ninguna parte.

Un destello de alivio cruza por su rostro, y desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado. Pero no fue así. Incluso los hombres peligrosos necesitan estar seguros de las cosas que más importan.

—Bien. —Me besa la frente, con ternura y posesividad—. Porque nunca voy a dejarte ir.

* * *

La reunión con los Torrino sale exactamente como Matteo predijo. Dos horas de cuidadosa negociación disfrazada de conversación educada, en la que yo desempeño el papel de elegante autoridad. Los hermanos se muestran deferentes conmigo de una manera que no lo hacen con Dom ni con Matteo; hay algo en la perspectiva de una mujer que los hace sentir más seguros.

Si tan solo supieran lo exhaustivamente que Matteo me había entrenado para leer las debilidades de la gente.

Después, nos retiramos a su oficina en el último piso del edificio. Unos ventanales de piso a techo dan al puerto, y la luz de la tarde tiñe el agua de plata. El escritorio es de una caoba maciza, colocado para intimidar a cualquiera que se siente frente a él.

Automáticamente, noto la cámara de seguridad en la esquina, la forma en que él se coloca entre la puerta y yo, incluso ahora. Viejas costumbres de ambos: su necesidad de proteger, mi necesidad de catalogar rutas de escape aun cuando no tengo intención de usarlas.

Pero en lugar de eso, me siento en el borde del escritorio, con las piernas desnudas y cruzadas, y los tacones abandonados en algún lugar cerca de la puerta. Una muestra de confianza que no habría podido dar meses atrás.

—¿Cómo lo hice? —pregunto, tomando un sorbo del expreso que me preparó.

—Perfecto. —Se acomoda en su silla, deslizando las manos por mis pantorrillas hasta posarlas en mis rodillas—. Aunque pasé la mitad de la reunión pensando en tenerte a solas.

—¿Solo la mitad?

—La otra mitad estuve pensando en inclinarte sobre este escritorio. —Sus pulgares trazan círculos en mi piel, enviando espirales de calor a través de mí—. De hecho, todavía lo estoy pensando.

—¿Ah, sí? —Dejo mi taza y me inclino hacia atrás sobre mis manos, una posición que arquea ligeramente mi espalda—. ¿Y qué es exactamente lo que planeabas hacer?

Sus pupilas se dilatan, sus manos se aprietan en mis piernas.

—Todo.

—Matteo. —Intento mantener la voz firme, pero me sale entrecortada.

—¿Qué? —Sus manos suben más, empujando el dobladillo de mi falda por mis muslos—. Tú preguntaste.

—Podría entrar alguien.

—La puerta está cerrada con llave. —Se pone de pie, moviéndose entre mis piernas, y posa las manos en mi cintura—. Además, todos

saben que no deben interrumpir cuando estoy contigo.

La certeza inquebrantable en su voz envía un calor líquido por mis venas. Meses de ser reclamada por este hombre, de aprender que su control se extiende a todo lo que nos rodea. Incluido el asegurarse de que nunca nos interrumpan cuando me desea.

Lo que es constantemente.

—Sigues siendo un maniático del control —murmuro, apretando su camisa con mis manos.

—Y tú sigues siendo mía. —Me besa el cuello, sus dientes rozando la piel sensible—. Absoluta e irrevocablemente mía.

Las palabras me hacen temblar de deseo. No porque sea su posesión, sino porque ser suya significa ser atesorada, protegida, adorada. Significa pertenecer a un lugar donde nunca tengo que fingir ser otra persona.

—¿En qué piensas? —pregunta contra mi garganta.

—En el futuro. —Las palabras me sorprenden, pero son ciertas. Antes vivía al día, sin atreverme a planear más allá de sobrevivir a la siguiente cena familiar o evento de caridad. Ahora puedo imaginar los años venideros—. Hacer crecer el negocio juntos. Quizá esa casa en Italia que mencionaste.

—En la Toscana —dice, apartándose para mirarme—. Con un viñedo, olivares y sin vecinos en kilómetros a la redonda.

—Suena perfecto.

—Para las vacaciones. —Desliza las manos para acunar mi rostro —. Este es nuestro hogar. Manhattan, la familia, todo.

Pienso en la mansión Rosetti, en cómo se sentía como una fortaleza cuando llegué y ahora se siente como un santuario. La risa de Carmela resonando por los pasillos, la tranquila sabiduría de Besiana durante el café de la mañana, la forma en que Dom asiente con aprobación cuando contribuyo en las discusiones de estrategia.

—Los amo —digo, y la admisión es todavía lo suficientemente nueva como para sorprenderme.

—Ellos también te aman a ti. —Me besa, suave y profundamente —. ¿Sabes lo que me preguntó Carmela ayer?

—¿Qué?

—Si creía que querrías ayudar a planear la gala de caridad de este año. Encargarte de todo.

La oferta me oprime el pecho de gratitud. No es solo inclusión, sino liderazgo. Confianza. El tipo de responsabilidad para la que me he estado entrenando toda mi vida sin saberlo.

—¿Qué le dijiste?

—Que probablemente revolucionarías todo su enfoque y les harías ganar el doble de dinero. —Su sonrisa es orgullosa, posesiva—. ¿Tenía razón?

—Quizá. —Recorro el cuello de su camisa, pensando en el cultivo de donantes y las alianzas estratégicas—. Sí tengo algunas ideas.

—Estoy seguro de que sí. —Me besa la mandíbula, abriéndose paso hacia mi oreja—. Hablando del futuro.

—¿Sí?

—¿Crees que nuestra hija tendrá tu temperamento o el mío?

Las palabras me detienen el corazón por un momento. Nuestra hija. No hijos hipotéticos o bebés de algún día, sino un futuro específico e imaginado donde construimos algo juntos.

—Que Dios nos ayude si tiene ambos —digo en voz baja.

Su risa es áspera contra mi cuello.

—Será perfecta. Brillante y letal, y absolutamente consentida.

—Por su padre, querrás decir.

—Por todos. —Se aparta para mirarme a los ojos, y la intensidad de su expresión me corta la respiración—. Puedo verla, Isabella. Pelo oscuro, tus ojos, causando problemas desde el momento en que pueda caminar.

La imagen es tan vívida que me oprime el pecho de anhelo. Una niñita con la sonrisa pícara de Matteo y mi vena terca, creciendo segura y amada en un mundo que se doblegará a su alrededor como se doblega ante todos los niños Rosetti.

—Algún día —digo, la palabra como una promesa.

—Algún día, pronto —concuerda, y sus manos se deslizan hasta descansar sobre mi vientre—. Cuando estés lista.

La suposición casual de que nuestro «algún día» es inevitable hace que una calidez se extienda por mi interior. No es presión ni una

exigencia, solo la certeza silenciosa de que estamos construyendo algo permanente. Algo hermoso.

—Te amo —susurro contra sus labios.

—Yo también te amo. —Me besa más profundo, enredando sus manos en mi cabello—. Más de lo que creí posible. Más de lo que sabía cómo desear.

La confesión abre algo dentro de mi pecho. Este hombre que pasó veintinueve años evitando el apego emocional, que me secuestró para usarme como moneda de cambio y terminó tan enamorado que reconstruyó su mundo entero para mantenerme a su lado.

Que me mira como si yo fuera la respuesta a cada pregunta que nunca supo cómo formular.

—Llévame a casa —digo contra su boca.

—Estamos en casa.

Y tiene razón. No la mansión, no un edificio en específico, sino esto. Nosotros. La vida que hemos construido a partir de un secuestro, del miedo y de un deseo desesperado. La familia que me acogió, el hombre que me eligió, el futuro que estamos escribiendo juntos, un día cuidadoso a la vez.

31

Carmela

El sol del atardecer se refleja en las copas de champán de cristal esparcidas por la terraza, proyectando arcoíris contra la fachada de piedra de la mansión. Han pasado meses desde la propuesta de Matteo, y la celebración parece interminable: brindis y risas resonando en paredes de mármol que han visto demasiada violencia y no suficiente alegría.

Me ajusto mis enormes gafas de sol y aliso mi blusa de seda color crema, esa que me hace lucir impecable sin esfuerzo, incluso cuando mi mundo está a punto de cambiar por completo. En dos horas, estaré en un jet privado rumbo a Chicago. Lejos de esta vida. Lejos del peso constante de ser una princesa Rosetti que necesita protección.

—¿De verdad vas a hacerlo? —Matteo aparece a mi lado, su cabello rojizo capturando la luz dorada. Incluso relajado y feliz, hay preocupación en sus ojos ambarinos—. Huir para jugar a ser normal.

—No estoy huyendo. —Levanto la barbilla, un gesto automático después de veintitrés años de ser la hermana pequeña que se niega a quebrarse—. Me estoy tomando un descanso. Hay una diferencia.

—¿La hay? —Isabella se nos une. Su anillo de compromiso de esmeralda atrapa la luz mientras pasa su brazo por el de Matteo. El compromiso le sienta bien: ahora es más suave, con los pies más en la tierra. Menos como una hermosa estatua y más como una mujer

que ha aprendido a vivir en lugar de solo sobrevivir—. Porque desde mi punto de vista, parece que estás harta del caos.

No se equivoca. Estoy agotada por la violencia, por la forma en que cada conversación conlleva el potencial de un derramamiento de sangre, por el cálculo constante de en quién se puede confiar y quién podría meterte una bala por la espalda. Después de ver a Matteo secuestrar a la mujer que amaba, ver a Emilio casi destruirse persiguiendo fantasmas, ser testigo de cómo Dom lleva el peso de un imperio sobre sus hombros… necesito recordar quién soy cuando no estoy desempeñando el papel de la princesa Rosetti.

—Tal vez lo esté —admito, sorprendiéndome con mi propia honestidad—. Tal vez quiero despertarme por la mañana sin comprobar si hay francotiradores. Tal vez quiero tomar un café con alguien que no lleve tres armas diferentes al desayuno.

La expresión de Matteo se suaviza. —Solo no dejes que te maten, Carm. Chicago puede que sea territorio de la familia, pero sigue siendo peligroso.

—Todo es peligroso. —Me pongo de puntillas para besarle la mejilla, inhalando el aroma familiar a colonia cara y caos apenas contenido que define a mis hermanos—. Eso es lo que hace que la vida sea interesante.

—Hablando de interesante —dice Isabella con una sonrisa cargada de picardía femenina—, oí a Dom hablar con alguien sobre tu… alojamiento. Al parecer, tendrás un niñero.

—No necesito un niñero.

—Díselo a Dom.

Al otro lado de la terraza, Rafe y Sloane están acurrucados cerca del muro del jardín, ella con la cabeza en el hombro de él mientras ven cómo el sol se oculta. Incluso después de todo lo que han pasado, todavía se miran como si compartieran secretos que el resto del mundo no conoce. Emilio y Mara están sentados en una pequeña mesa, la mano de ella cubriendo la de él mientras hablan en voz baja; todavía asimilando las secuelas de su complicada reunión, pero más fuertes por haberla superado.

Dom aparece a nuestro lado, habiendo salido de cualquier llamada de negocios que estuviera atendiendo. Su expresión es

cuidadosamente neutral, lo que suele significar que ha organizado algo que no me va a gustar.

—Bueno —digo, ajustándome las gafas de sol con una despreocupación deliberada—, he oído que voy a tener un niñero en Chicago.

—Protección —corrige Dom con suavidad—. Van es un cirujano de trauma. Exmilitar. Un tipo tranquilo que no se mete en líos y le debe un favor a la familia.

—Un conjunto de habilidades útil —observa Isabella.

—¿En nuestro mundo? Definitivamente. —Sonrío, con una expresión lo suficientemente afilada como para cortar cristal—. Aunque me pregunto qué hace un cirujano militar en Chicago que requiera el tipo particular de confianza de Dom.

Leonardo aparece del brazo de Eleanor, ambos radiantes con esa felicidad específica que surge de sobrevivir juntos al infierno. El alocado pelo rojo de Leo está ligeramente domado para la ocasión, aunque sus tatuajes todavía asoman por el cuello de su camisa como promesas de violencia apenas contenida.

—¿Están hablando de Chicago? —pregunta, al escuchar el final de nuestra conversación.

—Carmela tiene curiosidad por su nuevo ángel de la guarda —explica Matteo.

La expresión de Leo cambia, se vuelve algo más dura. Más seria. —Un consejo, hermanita. No profundices demasiado en su pasado. Hay cosas que es mejor no remover.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no es quien parece. Ninguno de nosotros lo somos, pero Van… —Leo niega con la cabeza—. Digamos que Dom confía en él por razones que no tienen nada que ver con su título de médico.

Las piezas encajan en mi mente como un rompecabezas que he estado resolviendo inconscientemente. Un cirujano que se mueve en los círculos de Dom. Un exmilitar con secretos lo suficientemente oscuros como para incomodar a Leo. Alguien que le debe a la familia un favor lo bastante importante como para justificar el trabajo de niñero.

Esto no es protección. Esto es el pago de una deuda.

Y no tengo la más mínima intención de ser la obligación de nadie.

—Estás poniendo esa cara —dice Eleanor con diversión—. La que significa problemas.

—No sé a qué te refieres. —Echo mi cabello sobre el hombro, en un gesto de pura actuación—. Solo voy a Chicago a pasar desapercibida y a vivir tranquilamente. Tal vez tome algunas clases de arte. Lea libros que no tengan que ver con estrategia o vigilancia. Vivir una vida de civil, completamente independiente.

—Claro —dice Matteo con sarcasmo—. Y yo soy un monje.

—Un monje que secuestró a su propia mujer.

—Prometida —corrige él automáticamente—. Y funcionó.

—El secuestro suele funcionar en esta familia —añade Leo, servicial.

El sol se oculta un poco más, pintando el cielo en tonos dorados y rosas que hacen que todo parezca más suave de lo que realmente es. En una hora, diré mis últimas despedidas y me subiré a un auto que me llevará a una pista de aterrizaje privada. Desde allí, es un vuelo corto a Chicago y a lo que sea que me espere en esa ciudad fría y ventosa.

Los ojos verdes de Dom se encuentran con los míos a través de la terraza, y algo pasa entre nosotros. Entendimiento, quizás. O una advertencia.

—¿Lista? —pregunta.

—Nací lista.

Pero mientras tomo mi bolso y verifico que hayan subido mi equipaje, mi mente no deja de darle vueltas a esa conversación telefónica. Un cirujano de trauma muy reservado. Un exmilitar con secretos. Alguien en quien Dom confía a pesar de —o quizá por— lo que sea que oculte.

Creen que me envían lejos para mantenerme a salvo, para dejarme jugar a ser normal mientras un doctor misterioso me vigila. Lo que no se dan cuenta es que la normalidad nunca se trató de tener niñero. Normalidad significa libertad. Independencia. La oportunidad de tomar mis propias decisiones sin que nadie me vigile por encima del hombro.

¿Y la primera decisión que voy a tomar? Deshacerme del guardián que me asignaron antes de que siquiera se dé cuenta de que estoy en la ciudad.

Me deslizo en el asiento trasero del sedán negro y me despido de mi familia con la mano a través de las ventanillas polarizadas. La mano de Matteo está en la cintura de Isabella, en un gesto protector y posesivo. Leo y Eleanor ya están planeando su próxima aventura. Dom se mantiene apartado, observándolo todo con esos ojos calculadores a los que no se les escapa nada.

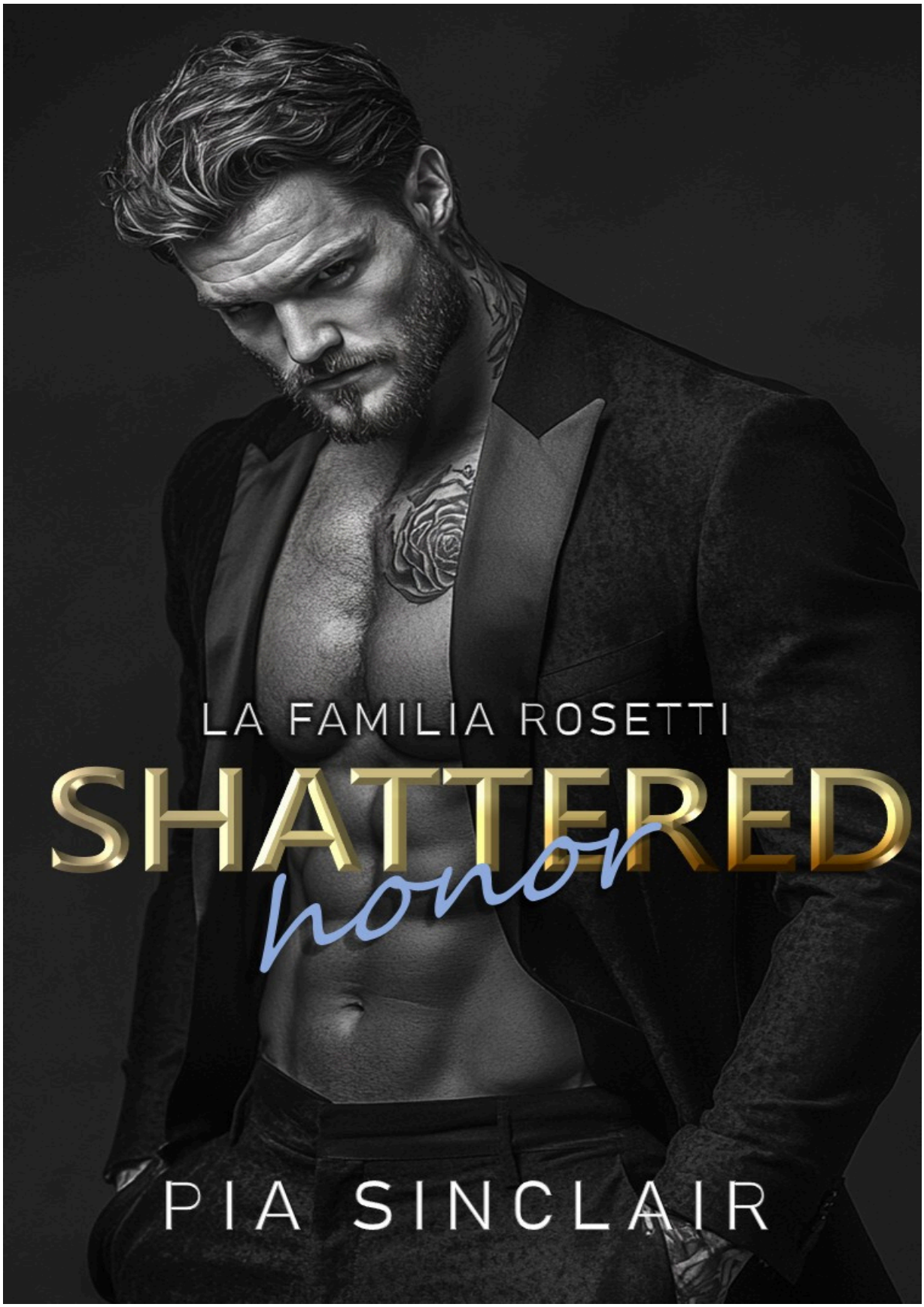
Creen que saben lo que hacen, al enviar a su impredecible hermana con el primo tranquilo de Chicago con un niñero incluido. Creen que aceptaré dócilmente la protección de un doctor gruñón que prefiere la soledad a la conversación.

No tienen ni idea de que planeo desaparecer en cuanto aterrice.

Me acomodo en los asientos de cuero y sonrío para mis adentros mientras la mansión desaparece tras nosotros. Chicago, allá voy. Y lo primero que haré será perder a mi misterioso cirujano antes de que se entere de que llegué.

Dom puede organizar toda la protección que quiera. Eso no significa que tenga que usarla.

Pobre diablo, seguro que piensa que le tocará una princesa Rosetti dócil que seguirá órdenes y se mantendrá alejada de los problemas. En cambio, me tendrá a mí… y me habré largado antes de que pueda decir «sala de trauma».


LA FAMILIA ROSETTI
SHATTERED
honor
PIA SINCLAIR

SHATTERED HONOR

PIA SINCLAIR

1 - Van

El abdomen de la niña de ocho años está desgarrado cuando la camilla irrumpe por las puertas de la sala de trauma. Sus ojos asustados encuentran los míos en medio del caos; son grandes, confiados, suplicándome que arregle lo que el mundo ha roto.

Mis manos se mueven sin pensarlo, los años de entrenamiento toman el control.

—¿Qué tenemos? —espeto, mientras mis dedos ya están comprobando los puntos de pulso.

—Colisión de múltiples vehículos, traumatismo abdominal penetrante, posible hemorragia interna —el paramédico recita las constantes vitales mientras la trasladamos a la mesa. Su gemido atraviesa el caos controlado de la sala de urgencias del Chicago General.

Aprieto la mandíbula. Un fuego fantasma me recorre las muñecas, agudo y repentino. Por una fracción de segundo, el pitido de los monitores se convierte en fuego de mortero; el olor a desinfectante, en arena y sangre.

Pero ahora no estoy indefenso.

—Quirófano dos, ahora —el equipo se forma a mi alrededor. A esto me dedico. Para esto sirvo.

La cirugía dura treinta y nueve minutos. Herida de entrada limpia, daño orgánico mínimo, una reparación de manual. Las constantes de

la niña se estabilizan mientras cierro. Una salvada. Una deuda más saldada con los muertos.

—¡Eso ha sido increíble, Dr. Reyes!

La voz pertenece a la Dra. Whitman, residente de tercer año, perpetuamente alegre de una forma que me crispa los nervios. Da saltitos sobre los talones a mi lado mientras me quito los guantes, su entusiasmo irradia como una fuerza física.

—¿La forma en que manejó esa laceración hepática? Nunca he visto a nadie trabajar tan rápido. ¿Podría quizá enseñarme esa técnica de sutura alguna vez? He estado practicando, pero…

—Está en el manual.

—¡Claro, pero verlo en persona es muy diferente! La forma en que se movían sus manos… era como ver a un artista. ¿Tiene algún consejo para…?

—Sí. Deje de hablar.

Su sonrisa titubea exactamente dos segundos antes de recuperarse con la resiliencia de alguien que considera la persistencia una virtud.
—¡Oh! Lo siento, sé que está ocupado. Quizá podríamos tomar un café más tarde y…

—No.

—¿O almorzar? La cafetería tiene este nuevo…

Me giro para mirarla de frente, dejando que vea exactamente cuánto me irrita su alegría. —Dra. Whitman, la paciente está estable. El procedimiento ha terminado. Su educación no es mi prioridad.

Parpadea, y ese optimismo implacable finalmente se atenúa. —Solo intentaba…

—Inténtelo en otra parte.

Paso a su lado en dirección al lavabo e inicio mi ritual. Agua caliente, jabón quirúrgico, frotar cada dedo metódicamente. La rutina me ancla. Estoy aquí, no allí. Estoy salvando vidas, no viéndolas escapar.

—Dr. Reyes —aparece la jefa de enfermeras, con una tablilla en la mano—. Necesitamos que informe a la familia.

—Morrison puede encargarse.

—La familia ha preguntado específicamente por usted. Y la administradora Coleman quiere verlo por la queja del señor Rudd.

Mierda. —¿El paciente que quería aromaterapia durante una cirugía de trauma?

—El mismo al que le hirió los sentimientos cuando dijo, y cito: «los aceites esenciales no detendrán una hemorragia interna».

Vuelvo al lavabo y empiezo a lavarme de nuevo. Agua caliente, jabón quirúrgico, frotamiento metódico.

—Ya se ha lavado.

—Se me olvidó una zona.

Ambos sabemos que es mentira. Pero lavarme ayuda. Froto cada dedo, cada lecho ungueal, hasta que mi piel está en carne viva.

—Van —suaviza la voz—. La niña está estable. La salvaste.

Me seco las manos y me dirijo al despacho de la administradora, sabiendo ya cómo irá esto. Otro sermón sobre los índices de satisfacción del paciente, otro recordatorio de que la curación implica más que precisión quirúrgica.

El despacho de Coleman huele a cuero sintético y ambición. Está sentada detrás de un escritorio demasiado grande para alguien que nunca ha sostenido un bisturí, con una sonrisa tan ensayada como la de un político.

—Dr. Reyes, gracias por venir —señala una silla que no acepto—. Tenemos que hablar de sus índices de interacción con los pacientes.

—Mi índice de éxito quirúrgico es del noventa y cuatro por ciento.

—Su puntuación en el trato con los pacientes es del doce por ciento.

—Los pacientes no necesitan un amigo. Necesitan un cirujano.

Remueve unos papeles, un gesto destinado a transmitir autoridad.
—El señor Rudd ha presentado una queja formal. Dice que usted fue displicente y grosero cuando preguntó por terapias alternativas.

—Quería quemar salvia mientras le extraía metralla del pulmón.

—Podría haber sido más diplomático.

—La diplomacia no salva vidas. La competencia sí.

La sonrisa de Coleman se tensa. —Dr. Reyes, usted es un cirujano excepcional. Nadie lo discute. Pero este hospital valora la satisfacción del paciente tanto como los resultados quirúrgicos.

—Entonces este hospital tiene las prioridades equivocadas.

—Esa actitud es exactamente el problema —se inclina hacia adelante, intentando parecer severa, pero logrando solo mostrarse ansiosa—. Necesita esforzarse. Sonreír de vez en cuando. Mostrar empatía. Fingir que le importa algo más que el procedimiento.

—Me importa mantener a la gente viva.

—Eso ya no es suficiente.

La miro, la observo de verdad. Manos suaves que nunca han sentido la vida escapárseles por entre los dedos. Ojos que nunca han visto a alguien desangrarse mientras eres incapaz de detenerlo. Ella habla de índices de satisfacción mientras yo cuento las vidas salvadas contra las perdidas, un recuento que nunca cuadra.

—¿Hemos terminado?

—Doctor Reyes…

—Tengo que revisar a los postoperatorios.

Me marcho sin esperar a que me dé permiso. Coleman se quejará al jefe, el jefe le recordará a todo el mundo que tengo las mejores estadísticas quirúrgicas del hospital y nada cambiará. Es un baile que repetimos cada pocos meses, fingiendo que el trato con el paciente importa más que la capacidad de evitar que alguien muera.

De vuelta en el área de traumatología, reviso a la chica. Sigue estable, las constantes vitales, fuertes. La familia merodea cerca de su cama: la madre llorando, el padre montando guardia, el hermano mayor intentando parecer valiente. Me ven y se apresuran hacia mí, derramando gratitud en un inglés chapurreado y un español rápido.

—Gracias, doctor, gracias…

—Está estable. La reparación ha ido bien. Necesitará vigilancia por si hay infección, pero el pronóstico es bueno.

La madre me agarra la mano, con el rostro anegado en lágrimas. —Ha salvado a nuestra niña. Es usted un ángel…

Me suelto de su mano. —Soy cirujano. La trasladarán a la UCI pediátrica en menos de una hora. Las enfermeras los mantendrán informados.

Sus caras se demudan un poco por mi tono, pero yo ya me estoy alejando. Querían a su hija viva, no un amigo. Misión cumplida.

El móvil me vibra mientras me quito el pijama quirúrgico. Número desconocido de Nueva York, pero reconozco el prefijo.

—Reyes.

—Tengo un encargo para ti. —La voz de Dom Rosetti tiene peso, del tipo que proviene de ser dueño de la mitad de los negocios legítimos de Chicago y de todas sus sombras.

—¿Qué clase de encargo?

—Servicio de protección. Hay que vigilar a mi hermana.

Me apoyo en la pared. Otra optimista alegre que necesita que le sirvan la realidad sin rodeos. Perfecto. —¿Cuánto tiempo?

—Indefinidamente. Es… testaruda. Se deshace de sus guardaespaldas con regularidad. Dos de nuestros competidores ya están haciendo preguntas sobre su paradero.

Por supuesto que sí. Las niñas ricas siempre piensan que la reputación de su papi las hace intocables.

—¿Dónde está ahora?

—De camino a Chicago. Cree que puede alejarse de quién es.

—¿Qué quieres que haga exactamente? ¿Que la arrastre a casa?

—Que la mantengas con vida mientras se da cuenta de que el mundo no es tan seguro como cree. Considéralo educativo.

—¿El pago?

—Con esto estamos en paz, Van. Deuda saldada.

Esas palabras me quitan un peso de encima. Tres años debiéndole favores a la familia Rosetti por cosas que oficialmente no existen. Cuando el ejército me desechó, Dom recogió los pedazos. Ahora un trabajo de niñera saldaría la cuenta.

—Necesitaré detalles sobre las amenazas actuales.

—Todo estará listo. ¿Van? Ella no es una Rosetti como el resto de nosotros. Es blanda. Eso es lo que la hace peligrosa para sí misma.

Me da una dirección de Lincoln Park antes de colgar.

La doctora Whitman aparece de nuevo mientras me dirijo a la salida, su alegría aparentemente hecha de titanio.

—¡Doctor Reyes! Solo quería disculparme por si he sido demasiado insistente antes. Es que me apasiona mucho aprender y…

—¿Usted es siempre así?

Parpadea. —¿Así cómo?

—Feliz.

—Yo… ¿sí? Quiero decir, estamos salvando vidas. ¿Cómo no se puede estar feliz por eso?

La miro fijamente, a esta joven brillante que todavía cree que el mundo recompensa las buenas intenciones y las actitudes positivas. En seis meses, tal vez un año, aprenderá. El trabajo le enseñará lo que les enseña a todos: que salvar vidas significa cargar con el peso de las que no pudiste salvar, que cada éxito es temporal, que la felicidad es un lujo que no puedes permitirte cuando la muerte siempre va ganando.

—Dele tiempo —le digo, y me marcho.

Mi apartamento parece más estéril de lo habitual cuando entro. Reviso las cerraduras —una, dos, tres veces— antes de dirigirme al armario del dormitorio.

Saco mi bolsa de emergencia y empiezo a hacerla. Ropa limpia, material de primeros auxilios, teléfono de repuesto, equipo táctico. Todo organizado, todo en su sitio.

Mi mano roza el panel falso del fondo del armario mientras busco cargadores adicionales. Detrás de esta pared está la habitación que construí en los meses posteriores a mi llegada a Chicago, cuando las pesadillas eran peores y el control significaba algo diferente.

Cierro el panel y termino de hacer la maleta.

La palabra de Dom resuena en mi cabeza: testaruda. Una princesa que cree que puede valerse por sí misma, que se deshace de la seguridad profesional, que no entiende que algunas batallas no se pueden ganar con dinero y actitud. Probablemente sonríe demasiado, habla demasiado, espera que el mundo se doblegue ante su optimismo.

Ya he tratado con gente difícil antes. Las zonas de combate están llenas de soldados que creen saber más que su médico, que se oponen al tratamiento mientras se desangran. La clave es establecer el dominio desde el principio, dejar claro quién tiene el control.

Pero esto no será una baja de combate agradecida por estar viva. Será alguien acostumbrada a salirse con la suya, que ve la protección como un encarcelamiento y la autoridad como algo que desafiar. Alguien que probablemente comparte la creencia de la doctora Whitman de que el entusiasmo puede superar a la realidad.

El calor de Chicago me golpea cuando salgo, cargado de una humedad que hace que respirar sea un esfuerzo. Julio en esta ciudad es miserable; es el tipo de calor que vuelve a la gente estúpida e imprudente, que convierte los desacuerdos menores en violencia.

Me dirijo al aeropuerto, haciendo ya mis cálculos. Distancia profesional, evaluación táctica, entorno controlado. Hacerle entender que la cooperación no es negociable cuando su vida está en juego.

Aprenderá que valerse por sí misma es un lujo que no puede permitirse. Y yo le enseñaré la diferencia entre creer que se tiene el control y estar protegido de verdad.

Una princesita mimada que probablemente cree que una sonrisa lo soluciona todo.

Puedo con eso. Puedo con cualquier cosa que no requiera fingir que estoy contento.

2 - Carmela

La puerta del avión se cierra con un suave siseo y todo mi cuerpo vibra de expectación. Los veintitrés años de ser la muñeca protegida de los Rosetti terminan en el momento en que estos motores se pongan en marcha.

Mi teléfono vibra: el nombre de Dom parpadea en la pantalla. Lo miro por un instante, con el pulgar suspendido sobre el botón de respuesta, antes de apagarlo por completo. El silencio que le sigue se siente monumental.

—¿Señorita Rosetti? —La azafata aparece con esa sonrisa ensayada que todas llevan—. ¿Le apetece algo para el vuelo?

—Solo un poco de agua con gas, gracias. —Mi voz sale más firme de lo que esperaba, aunque probablemente estoy sonriendo como una tonta. Esta es la última vez que alguien me llamará señorita Rosetti para referirse a la princesa protegida. Después de hoy, seré solo Carmela, sea quien sea que resulte ser.

El asiento de cuero se siente como la seda bajo mis manos mientras me acomodo, una melodía brota de mi pecho. Estoy tarareando, literalmente tarareando, mientras los motores se preparan para el despegue. La tripulación debe de pensar que estoy loca, pero ¿a quién le importa? La libertad sabe a burbujas de champán y estoy embriagada por las posibilidades.

—Parece usted muy emocionada por ir a Chicago —observa la azafata, dejando mi agua sobre la mesita.

—¡Oh, lo estoy! La escena artística de allí es increíble, hay tanto talento emergente en River North. ¿Has estado alguna vez en la exposición Palette & Frame? —Mis manos se mueven mientras hablo, animadas por una pasión genuina—. Están presentando a un escultor brillante que trabaja exclusivamente con materiales reciclados. Sus obras sobre la decadencia y la renovación urbana son sencillamente… —Me interrumpo a media perorata y me río—. Lo siento, me dejo llevar cuando hablo de arte.

Lo que ella no sabe es que cada palabra es parte de mi investigación para mi nueva vida. Cada galería que he mencionado, ya la he contactado. Cada conexión artística, cuidadosamente cultivada durante meses de planificación.

Manhattan desaparece bajo nosotros y mi plan de huida se cristaliza una última vez. Usar las conexiones del mundo del arte para escabullirme en O'Hare. Desaparecer entre la multitud antes de que esa persona, Van, que Dom mencionó, pueda acorralarme. Llegar a mi diminuto apartamento en Wicker Park; no el ático de lujo que Dom preparó, sino el estudio estrecho que encontré por mi cuenta a través de un amigo marchante.

Por primera vez en mi vida, nadie, excepto yo, sabrá a dónde voy.

Las multitudes de O'Hare me tragan por completo, exactamente como lo había planeado. serpenteo por la terminal, con todos los sentidos agudizados por la energía nerviosa. Cerca de la recogida de equipajes, localizo a mi objetivo: Rebecca Novak, la dueña de la galería que llevo meses cultivando.

—¡Rebecca! —exclamo, acercándome con los brazos abiertos—. ¡Qué maravillosa sorpresa!

Su rostro se ilumina. —¡Carmela! ¿Qué te trae por Chicago?

—De hecho —me inclino hacia ella en plan conspirador—, me mudo aquí. Para empezar de cero. —La verdad burbujea en mi lengua como el prosecco—. Llevo meses siguiendo el distrito de River North. Los artistas emergentes de allí están haciendo un trabajo revolucionario.

—¿Conoces su trabajo? —Los ojos de Rebecca brillan—. ¿Estás familiarizada con la exposición de arte contemporáneo italiano que se inaugura la semana que viene?

—¿La colección Moretti? He estado estudiando su evolución desde las técnicas clásicas hasta el expresionismo abstracto. —Camino a su lado y el de su séquito, percatándome de los caros trajes que se mueven entre la multitud cercana. Pero esto es O'Hare, la ropa de diseño es prácticamente el uniforme—. Su uso del espacio negativo en las últimas obras redefine completamente la composición tradicional.

—Tienes que venir a la presentación —continúa Rebecca mientras caminamos—. Conozco a varios coleccionistas a los que les encantaría conocer a alguien con tu pericia.

—Sería un honor.

Llegamos a la parada de taxis y me despido del grupo de Rebecca. El trayecto en taxi hasta Wicker Park transcurre en un borrón de luces de la ciudad y expectación. Fuera de la ventanilla, un sedán oscuro mantiene la misma distancia detrás de nosotros durante tres giros, pero el tráfico de Chicago está lleno de coches negros que van

en la misma dirección. Veo patrones donde no los hay: la clásica paranoia de los Rosetti.

El estudio en Wicker Park es gloriosamente estrecho. Paso los dedos por los muebles de segunda mano y los platos desparejados como si fueran de cristal de Murano.

—Esto es mío —anuncio a la habitación vacía, y luego me río de mí misma—. Pero es verdad: cada centímetro cuadrado me pertenece solo a mí. Yo elegí la taza de café desconchada. Yo me decidí por el sofá raído. Estas pequeñas decisiones se sienten revolucionarias después de una vida de perfección curada.

Doy una vuelta en el centro de la habitación, con los brazos extendidos. La mansión Rosetti tiene treinta y siete habitaciones, pero este estudio se siente infinito porque es realmente mío.

Cuando cae la noche y el silencio llena mi pequeño reino, algo inesperado se cuela. Nunca antes había estado realmente sola, sin las voces de la familia filtrándose a través de las paredes, sin el constante zumbido de su presencia. La quietud me presiona los tímpanos como el agua.

Me sacudo la sensación. Mañana construiré conexiones que yo elija, no las que me asignen por sangre.

Mi teléfono vibra con llamadas perdidas: Dom, papá, probablemente esa persona, Van. Lo silencio sin escuchar los mensajes de voz. Esta noche me pertenece.

A la tarde siguiente, llego a la galería de River North quince minutos antes, con mi portafolio bajo el brazo. A través de las puertas de cristal, veo a dos personas dentro: Rebecca, que me recomendó, y un hombre cuyos brazos cruzados y expresión escéptica sugieren que no está muy entusiasmado con esta entrevista.

—¡Carmela! —me saluda Rebecca calurosamente—. Este es Omar Saleh, nuestro director principal de la galería. Omar, esta es la joven de la que te hablé.

Omar Saleh parece como si el concepto de la felicidad lo ofendiera personalmente. De unos cuarenta y tantos años, vestido todo de negro, con el tipo de ceño fruncido cuidadosamente mantenido que sugiere que lo practica frente al espejo. Me mira de arriba abajo con una mirada que claramente dice «enchufada».

—¿Otra hija de un coleccionista que se cree que entiende de arte? —Su voz podría congelar el champán—. Qué original.

Rebecca le lanza una mirada de advertencia, pero yo, de hecho, me río: un sonido claro y genuino que parece sobresaltarlo.

—¡Oh, tienes toda la razón en ser escéptico! —digo, dejando mi portafolio sobre el impecable escritorio de cristal—. Estoy segura de que recibes a montones de niños de papá que creen que saber qué tenedor usar en la inauguración de una galería los cualifica para trabajar aquí.

Omar parpadea, claramente sin esperar que le diera la razón.

—Pero la cosa es que —continúo, mientras saco mi documentación —, escribí mi tesis sobre la intersección del trauma y la belleza en la escultura italiana de posguerra. Llevo seis meses carteándome con Alessandro Moretti sobre su próxima exposición, en italiano, idioma que hablo con fluidez. Y sé que estás de pie delante de la pieza de Brennan específicamente porque no quieres que me fije en el daño por agua de la esquina que todavía no habéis mandado a restaurar.

Ambos giran la cabeza bruscamente hacia el cuadro que hay detrás de Omar. Hay, en efecto, una pequeña zona abombada en la esquina inferior izquierda.

—¿Cómo te has…? —empieza Omar.

—Por cómo incide la luz desde este ángulo. Además, has colocado esa escultura para desviar la mirada. —Me acerco al cuadro, con un entusiasmo genuino—. Es de su período azul, ¿verdad? ¿De 2018? El daño por agua, de hecho, le añade una textura interesante a la obra, casi como un comentario del artista sobre la fugacidad.

El ceño fruncido de Omar se suaviza exactamente un grado. —¿Crees que el daño añade valor?

—Creo que el arte no es estático. Vive, respira, cambia. A veces, lo que llamamos daño es solo la obra continuando su conversación con el mundo. —Me vuelvo hacia él, incapaz de contener mi entusiasmo —. Como la Venus de Milo, ¿sería tan poderosa con brazos? ¿O es su deterioro parte de lo que la hace eterna?

—Ese… en realidad no es un mal argumento. —A Omar parece que le duele físicamente admitirlo.

—Omar lleva con nosotros quince años —interviene Rebecca—. Tiene unos estándares muy exigentes.

—¡Genial! —digo con alegría—. Prefiero trabajar para alguien a quien le importa demasiado que demasiado poco. Incluso aunque parezca que te han obligado a desayunar espadas.

El comentario se me escapa antes de poder evitarlo; de esos que horrorizarían a mi madre. Pero a Omar le tiembla la comisura de los labios. No es una sonrisa, pero casi.

—No desayuno —dice secamente—. La felicidad antes del mediodía es sospechosa.

—Entonces esto te encantará —digo, sacando mi teléfono—. He estado catalogando la progresión de la luz natural en el espacio de la galería a diferentes horas del día. Mira, a las tres de la tarde, la luz del oeste incide en la instalación de Castellano de una forma que transforma por completo las sombras. Pero a las diez de la mañana, son las acuarelas de Nakamura las que cobran vida.

Omar toma mi teléfono y se desplaza por docenas de fotos con fecha y hora. Sus cejas se van arqueando cada vez más.

—¿Has estado espiando nuestra galería?

—Estudiándola —le corrijo alegremente—. Hay un intervalo de trece minutos alrededor del atardecer en el que la luz es absolutamente perfecta para ver las esculturas de bronce. Estaba pensando que podríamos programar visitas privadas para entonces y cobrar un extra por las «exposiciones de la hora dorada».

—Eso es… —Omar hace una pausa, luchando visiblemente consigo mismo—. Realmente brillante.

—¿Ves? —dice Rebecca con aire de suficiencia—. Te dije que era especial.

Omar me devuelve el teléfono con el aire de quien se rinde. —De acuerdo. Puedes empezar mañana. Pero no tolero la impuntualidad, el exceso de alegría antes del café ni a nadie que diga «vibras» sin ironía.

—¡Trato hecho! —prácticamente doy un saltito—. Aunque debo advertirte que tarareo cuando estoy contenta. Es involuntario.

—Por supuesto que lo haces. —Omar suspira profundamente, pero lo pillo intercambiando una mirada con Rebecca que casi podría ser

de aprobación—. Intenta que sean clásicos del jazz. Nada de esa basura pop.

—No prometo nada —digo, sonriendo de oreja a oreja—. Pero te traeré café. Solo, sin azúcar, ¿y probablemente en una taza que diga algo pesimista sobre la vida?

—¿Cómo has…?

—Pura suerte. —Le guiño un ojo a Rebecca—. La gente gruñona es predecible. Es lo que los hace tan entrañables.

Omar murmura algo que suena a «no soy entrañable», pero ya está sacando los papeles del contrato.

Casi salgo flotando de la galería, empleada y eufórica. El trabajo es mío, conseguido por mis conocimientos y mi encanto, no por mis contactos. El sol de la tarde me calienta la cara mientras me dirijo al supermercado, lista para celebrarlo con la primera comida que compraré por mí misma.

El supermercado es abrumador en el mejor de los sentidos. He estado en tiendas antes, obviamente, pero nunca sola, nunca tomando cada decisión por mí misma. Cojo un carrito y deambulo por los pasillos como si fueran galerías, cada estantería una revelación.

—Doce tipos de salsa para pasta —murmuro maravillada, leyendo las etiquetas como si fueran poesía—. ¿Cómo elige la gente?

—Pareces perdida, cariño.

La voz pertenece a un empleado de la tienda cuya placa de identificación dice «Rick» y cuya expresión sugiere que preferiría estar en cualquier otro lugar. Tiene aproximadamente mil años, con

esa clase de ceño fruncido permanente que está grabado en su ADN.

—¡Ah, no estoy perdida! —le sonrío radiante—. Solo estoy asombrada. ¿Sabes lo increíble que es esto? Puedo comprar la salsa que quiera. La forma de pasta que quiera. Podría tomar linguine con arrabiata o penne con salsa de vodka o…

—Es pasta, no la Capilla Sixtina —interrumpe Rick, ya arrastrando los pies para alejarse.

Lo sigo, empujando mi carrito junto a su carretilla de reposición. —¡Pero de eso se trata! Miguel Ángel tuvo que pintar lo que el Papa le encargó. Yo puedo elegir mi propia cena. Eso es una forma de arte en sí misma, ¿no crees?

Rick se para, se gira y me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza. —¿Estás drogada?

—¡No! Solo emocionada por la compra.

—A nadie le emociona la compra.

—¡Lo estoy! —agarro una caja de cereales con personajes de dibujos animados, del tipo que a mi nutricionista le habría dado un patatús —. Nunca antes había elegido mis propios cereales. ¡Este lleva nubes de azúcar! ¡Nubes de azúcar, Rick!

A su pesar, el ceño fruncido permanente de Rick se suaviza ligeramente. —¿Nunca antes habías elegido cereales? ¿Qué eres, de la realeza?

—Algo así —admito, y luego añado rápidamente—: Pero estoy retirada. Ahora solo soy Carmela, que necesita ayuda para comprar comida de gente normal.

Rick suspira; un sonido profundo, de hastío, que sugiere que se está replanteando todas las decisiones de su vida. —Vale. Primera regla: la pasta de marca blanca es idéntica a la cara. Ahórrate el dinero.

—¿En serio?

—¿Te mentiría sobre la pasta? —empieza a arrastrar los pies por el pasillo, al parecer resignado a su suerte—. Segunda regla: nunca hagas la compra con hambre. Comprarás estupideces.

—¿Como los cereales con nubes de azúcar?

—Exacto.

Durante los siguientes veinte minutos, Rick me enseña a regañadientes a hacer la compra mientras yo lo acribillo a preguntas y entusiasmo. Me enseña a comprobar las fechas de caducidad, a encontrar los mejores productos frescos y a moverme por las ofertas.

—Es lo que más me ha hablado nadie en un turno —refunfuña, pero cuando insisto en hacerme un selfi con él, casi, casi esboza una sonrisa.

—No eres terrible —concede mientras me dirijo a la caja—. Para ser alguien que se emociona con la salsa para pasta.

—¡Es lo más amable que me han dicho en todo el día!

—Qué triste.

—No —digo, sonriendo de oreja a oreja mientras pongo la pasta de marca blanca en la cinta—. Es perfecto.

Salgo de la tienda con dos bolsas de la compra que he elegido yo misma, empleada en un trabajo que me he ganado yo misma, viviendo en un apartamento que he encontrado yo misma. El sol del atardecer proyecta largas sombras sobre la acera, y voy tarareando algo jazzy para la teórica aprobación de Omar.

Es entonces cuando vuelvo a verlo.

El mismo hombre de ayer, o alguien notablemente parecido. Apoyado en un edificio al otro lado de la calle, supuestamente mirando el móvil. Pero hay algo en su postura —demasiado quieto, demasiado alerta—. Cuando recoloco las bolsas de la compra, sus ojos se alzan apenas un segundo antes de volver a la pantalla.

El estómago se me revuelve con viejas advertencias, pero las reprimo. Chicago es una ciudad grande, pero los barrios son pequeños. La gente compra en las mismas tiendas, recorre las mismas rutas. Estoy paranoica.

Aun así, tomo un camino diferente a casa, serpenteando por calles secundarias solo para demostrarme que estoy imaginando cosas. Para cuando llego a mi edificio, casi me he convencido a mí misma.

Dentro de mi estudio, deshago la compra con un cuidado reverencial. Pasta de marca blanca, salsa de la marca de la tienda, cereales con nubes de azúcar, leche que elegí basándome en la gruñona recomendación de Rick. Es un festín de elecciones ordinarias, y nunca he sido más feliz.

Mañana empezaré en la galería. Omar fruncirá el ceño por mi tarareo. Lo engatusaré con café y competencia. La vida será hermosa y maravillosamente normal.

La libertad es embriagadora.

Aunque las sombras parezcan seguirme a casa.

3 - Van

Cuarenta y ocho horas. Ese es el tiempo que la princesa Rosetti lleva haciéndome parecer un incompetente.

Estoy fuera de la galería de River North donde ya ha empezado su primer día de trabajo; un empleo que consiguió de alguna manera mientras yo todavía revisaba el apartamento señuelo que su hermano pensaba que usaría. A través del escaparate, la observo moverse entre los cuadros con esa gracia natural que se adquiere al crecer rodeada de cosas bellas y caras.

El dolor fantasma en mis muñecas se recrudece mientras catalogo cada detalle. Sus rizos oscuros atrapando la luz de la mañana. La forma en que le toca el brazo a la anciana mientras le explica las técnicas de pincelada. Esa sonrisa radiante con la que probablemente consigue todo lo que quiere.

Es incluso más hermosa de lo que sugerían las fotos de vigilancia, lo que hace que mi fracaso al no interceptarla en el aeropuerto hace dos días arda con más fuerza en mi pecho.

Debería haber estado allí. Debería haber estado esperando cuando bajó de ese avión, listo para saldar mi deuda con su familia manteniéndola a salvo. En cambio, llegué a una puerta de embarque vacía y sentí esa furia que hace que mis manos se agarroten en puños inútiles; un recuerdo muscular de bridas y quemaduras de cuerda, de haber estado inmovilizado mientras la gente a la que protegía moría.

Las grabaciones de seguridad habían sido mi único consuelo. Una pequeña figura con una mochila, moviéndose rápido por la terminal. Había cogido un taxi y se había desvanecido en Chicago como el

humo. Pero confirmaron lo que había empezado a sospechar: esto no era una princesita con una rabieta. Esto había sido planeado. Metódico.

El guardia había mencionado que otros buscaban las mismas grabaciones. Dos hombres de traje, haciendo las mismas preguntas. Los Torrino ya estaban de caza.

Ayer fue peor. Veinticuatro horas siguiendo pistas por la ciudad. El apartamento de Lincoln Park que Dom juró que usaría: vacío, contrato rescindido, y el conserje sonriendo porque ella no había pedido la devolución de la fianza. Cafeterías donde los baristas recordaban su sonrisa, pero no adónde había ido. Una librería donde había comprado libros de historia del arte en efectivo.

Llevaba meses preparando esta huida. Estudiando la ciudad, consiguiendo su propio apartamento seguro, creando una vida que existía completamente al margen del conocimiento de su familia. El tipo de preparación sistemática que yo usaría para una operación militar.

Chica lista. Demasiado lista para su propio bien.

A través del escaparate de la galería, la observo gestionar una transacción con confianza profesional. Conoce el inventario, los precios, el sistema informático. Probablemente pasó el día de ayer aprendiendo a usar los sistemas mientras yo registraba hoteles y albergues juveniles como un novato.

La pareja de ancianos compra una pieza pequeña, y ella procesa su tarjeta de crédito con una familiaridad pasmosa. Cuando preguntan por otras obras del artista, saca una tableta y les muestra imágenes de memoria, discutiendo la técnica y la inspiración como si hubiera estudiado arte toda su vida.

Lo que probablemente ha hecho. A las mujeres Rosetti no se las cría para ser un adorno. Se las cría para ser peligrosas a su manera.

Mi teléfono vibra. Dom otra vez. La cuarta vez esta mañana.

Lo dejo saltar al buzón de voz. La deuda se saldará cuando ella esté a salvo, no cuando sea conveniente.

La pareja finalmente se va, encantada con su compra, y Carmela se gira para ajustar algo en la pared. El movimiento hace que su vestido se desplace, revelando la elegante línea de su cuello, los delicados huesos de su muñeca. Es pequeña —quizá un metro sesenta—, pero se mueve como si el espacio le perteneciera.

Veintitrés años y completamente inconsciente de que está siendo observada por al menos dos grupos diferentes ahora mismo. He localizado al equipo de vigilancia de los Torrino en la cafetería de enfrente, fingiendo trabajar en sus portátiles mientras no le quitan ojo a la entrada de la galería. Son buenos, pero no lo suficiente.

La forma en que se mueve por la galería, segura y relajada, hace que algo primitivo se enrosque con fuerza en mi pecho. Cree que es libre. Cree que ha escapado con éxito de la jaula de la protección familiar y que puede construirse una vida normal entre gente normal que nunca entenderá lo que significa llevar el apellido Rosetti.

Su ingenuidad sería encantadora si no fuera tan potencialmente mortal.

Entra otra clienta: una mujer de mediana edad, joyas caras, del tipo que compra arte como inversión en lugar de por pasión. Todo el comportamiento de Carmela cambia sutilmente. Sigue siendo cálida, sigue siendo atractiva, pero ahora está cualificando, evaluando, leyendo el lenguaje corporal de la clienta como si la hubieran entrenado en ventas desde que nació.

Probablemente lo ha sido, en cierto modo. Leer a la gente, entender lo que quieren, darles lo justo para que se sientan satisfechos mientras se mantiene el control: esas son habilidades de supervivencia de los Rosetti.

Cuarenta y ocho horas dándole caza, y empiezo a entender por qué Dom insistía tanto en que la encontrara rápidamente. No es solo que esté en peligro. Es que es lo suficientemente competente como para meterse en el tipo de problemas que acaban en un baño de sangre.

La mujer no compra nada, pero coge la tarjeta de Carmela y promete volver. En el momento en que se va, observo cómo los hombros de Carmela se relajan ligeramente, la actuación se desvanece por un instante. En ese segundo de descuido, parece joven. Vulnerable. Exactamente el tipo de presa por la que los Torrino están salivando.

Algo oscuro y posesivo me sube por la garganta. El mismo sentimiento que tuve en Afganistán cuando las fuerzas enemigas se acercaron demasiado a mi unidad médica. La misma furia territorial que me ayudó a superar dieciocho meses de infierno, sabiendo que tenía gente que proteger, aunque estuviera fracasando en ello.

Pero esto es diferente. No se trata del deber, ni de una deuda, ni de la familia que me salvó la vida.

Se trata de la forma en que se aparta el pelo de la oreja cuando se concentra. La forma en que sus dedos danzan sobre el teclado con una velocidad sorprendente. La forma en que sonrió a esa pareja de ancianos como si su felicidad realmente le importara.

Cuarenta y ocho horas, y he pasado de cazarla a querer poseerla.

La revelación debería perturbarme más de lo que lo hace. Tengo treinta y cinco años, soy exmilitar, un cirujano traumatólogo que ha

visto sangre suficiente como para ahogarse en ella. Ella tiene veintitrés, ha vivido en una burbuja a pesar de su actual rebeldía, y todavía es lo bastante ingenua como para pensar que puede escapar del mundo de su familia.

Solo la diferencia de edad debería hacerme retroceder. El hecho de que sea la hermana de Rosetti, de que tocarla sería una traición a la familia que me salvó, debería obligarme a mantener una distancia profesional.

En lugar de eso, estoy aquí de pie, imaginando cómo se sentiría su piel bajo mis manos. Preguntándome si lucharía contra mí cuando por fin la tenga a solas, o si reconocería lo que he visto en sus ojos a través de esa ventana: que debajo de toda esa luz, se siente atraída por la oscuridad.

Mi tipo de oscuridad.

El teléfono de la galería suena y ella responde con una dulzura profesional. La conversación es breve, pero capto cómo cambia su rostro cuando cuelga. Alguien acaba de cancelar una cita. Anota algo en el ordenador y luego mira hacia la ventana.

Nuestras miradas se cruzan.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Es imposible que me reconozca; nunca nos hemos visto y he tenido cuidado de mantenerme fuera de su vista directa hasta ahora. Pero algo pasa entre nosotros a través de ese cristal. Reconocimiento, quizá. O un instinto que le advierte que el hombre que la observa no es uno de los inofensivos mecenas del arte a los que está acostumbrada.

Ella no aparta la mirada. No finge que no me ha visto. Al contrario, levanta ligeramente la barbilla, un desafío en esos ojos verdes que me enciende la sangre.

Princesita valiente. No tiene ni idea de lo que está provocando.

Podría esperar. Podría continuar la vigilancia, informar a Dom, dejar que la familia trate a su hermana descarriada con guante de seda y persuasión amable. Eso sería lo profesional. Lo inteligente.

Pero estoy harto de ser profesional. Harto de observarla desde la distancia mientras otros depredadores se acercan. Harto de fingir que esto solo se trata de pagar una deuda.

El equipo de Torrino se está impacientando. Uno de ellos acaba de hacer una llamada, probablemente para informar de que ella está sola en la galería, con solo un viejo guardia de seguridad en el edificio. Están sopesando sus opciones, decidiendo si actuar a plena luz del día merece la pena.

Se acabó el tiempo.

Me dirijo a la entrada de la galería, con la decisión tomada. Pase lo que pase, no va a pasar ni una hora más expuesta de esta manera. No mientras la observan hombres con malas intenciones. No mientras está aquí sola, pensando que su inteligente plan es suficiente para mantenerse a salvo.

La campanilla sobre la puerta suena cuando entro. Ella se aparta del ordenador, con una sonrisa profesional ya dispuesta, pero veo el instante exacto en que reconoce el peligro. La sonrisa no vacila, pero su lenguaje corporal cambia: el peso se traslada a la punta de los pies, la mano se desliza hacia el abrecartas que hay sobre el escritorio.

Buenos instintos. Inútiles contra alguien como yo, pero al menos no es una completa inconsciente.

—¿Puedo ayudarle? —Su voz tiene un tono cálido y meloso que me hace pensar en cosas que no debería. Cosas que horrorizarían a sus hermanos. Cosas que probablemente la horrorizarían a ella, al menos al principio.

Me acerco más, observando su reacción. No retrocede, no muestra miedo, solo me observa con esos penetrantes ojos verdes que ven más de lo que deberían. Tan cerca, puedo oler su perfume: algo caro y sutil que me hace querer encontrar dónde se lo ha puesto sobre la piel.

El sentimiento de posesión se intensifica. Dos días cazándola y ahora está aquí mismo, lo bastante cerca para tocarla. Lo bastante cerca para agarrarla. Lo bastante cerca para mostrarle exactamente a qué clase de peligro ha estado tentando con este pequeño intento de fuga.

Pero me obligo a mantener el control. A abordar esto estratégicamente en lugar de ceder al impulso de simplemente tomar lo que quiero.

—Busco a alguien —digo, manteniendo la voz firme a pesar de la oscura satisfacción que se arremolina en mi pecho—. A Carmela Rosetti. Su familia está preocupada.

4 - Carmela

—Lo siento, no conozco a nadie con ese nombre.

La mentira sale de mis labios con una facilidad pasmosa, aunque el pulso se me acelera. Él no se mueve, ni siquiera parpadea; se queda ahí plantado como si tuviera todo el tiempo del mundo para esperar a que yo deje de fingir.

—¿Ah, sí? —su voz es grave, contenida, con un matiz que me eriza la piel.

Esos ojos grises se clavan en los míos con una intensidad incómoda, y comprendo, con un nudo en el estómago, que no se está tragando mi actuación ni por un segundo. Este hombre, este desconocido peligroso que ha entrado en mi galería preguntando por Carmela Rosetti, ve a través de mí como si fuera de cristal.

Es mayor —quizá de unos treinta y tantos—, con el pelo corto en un estilo que grita a los cuatro vientos que es un exmilitar. Sus anchos hombros rellenan su gastada chaqueta de cuero y sus manos parecen capaces tanto de romper huesos como de salvar vidas con la misma pericia. Hay algo en su porte, todo violencia contenida y un control férreo, que hace que mi cuerpo responda de formas que no llego a comprender.

El pulso se me acelera; por la alarma, obviamente. No tiene nada que ver con la forma en que domina el espacio a su alrededor sin siquiera intentarlo.

—Solo estoy mirando —dice finalmente, y se da la vuelta para examinar los cuadros, como si de verdad fuéramos a fingir que esto

va de arte. Estudia cada pieza como si estuviera catalogando rutas de escape en lugar de apreciar las pinceladas.

Debería alejarme. Debería dejar que Emma se encargara de este cliente claramente desinteresado. En cambio, me encuentro fascinada por la contradicción que representa: violencia controlada envuelta en una chaqueta de cuero, estudiando arte como si pudiera atacarle.

—¿Le interesan las piezas contemporáneas o prefiere algo más tradicional? —Hago un gesto hacia la colección destacada, observando cómo su mirada sigue mi movimiento con una atención que me recuerda a los documentales de depredadores que solía ver.

—Depende de lo que haya expuesto. —Su atención se centra en mí con una intensidad incómoda—. Me resulta familiar. ¿Nos conocemos de algo?

Mi voz se mantiene alegre y vivaz; mi estado por defecto, mi armadura. —¿No lo creo. Soy Lara. Lara Montague. Pero estaré encantada de ayudarle a encontrar lo que sea que busque.

Sus labios se curvan en lo que podría ser diversión, y la expresión transforma sus rasgos duros en algo inesperadamente hermoso. Como un cuadro de Caravaggio: todo sombras oscuras y una luz peligrosa.

Dios, ¿qué me pasa que estoy pensando en arte renacentista mientras me interrogan?

—Lara Montague. ¿Y qué opina Lara Montague sobre esta pieza? —Señala con la cabeza un cuadro abstracto, todo ángulos agudos y colores que se desangran.

—Creo que representa a alguien que intenta escapar de algo que nunca podrá dejar atrás —digo con sinceridad, y al instante me arrepiento de la revelación.

—Interesante interpretación. —Se acerca más y percibo su olor: jabón y algo medicinal. Olor a hospital—. ¿Qué le hace pensar que está huyendo?

—La forma en que los colores se desangran en los bordes. Como si intentaran liberarse del marco, pero no lo consiguieran del todo. —Estudio el cuadro en lugar de mirarlo a él, temerosa de lo que podría ver en esos ojos sagaces.

—Quizá no esté huyendo —dice en voz baja, con un tono que se vuelve casi íntimo—. Quizá simplemente no ha descubierto que algunas jaulas existen por una razón.

Sus palabras me tocan la fibra sensible, así que fuerzo mi sonrisa más radiante. —Desde luego, es una forma de verlo. El arte es subjetivo, ¿no?

—Seguro que lo es… Carmela.

Se me hiela la sangre, la alegre máscara se me resbala por un segundo antes de que la vuelva a colocar en su sitio de un tirón. —¿Perdón?

—Déjese de tonterías. Puede que se haya engañado a sí misma pensando que puede jugar a ser normal, pero algunos sabemos exactamente quién es usted.

Levanto la barbilla, aferrándome a la farsa. —Creo que me confunde con otra persona. Pero como le decía, estaré encantada de ayudarle…

Su risa es áspera, implacable. —Carmela Rosetti, hija menor de Antonio Rosetti. Veintitrés años, graduada en Historia del Arte por la Northwestern. ¿Sigo?

Mi mundo, cuidadosamente construido, se resquebraja, pero sigo sonriendo porque eso es lo que hago: sonreír cuando todo se desmorona. Es tremendamente inapropiado y probablemente preocupante, pero así soy.

—No sé de qué me habla —susurro, pero la voz me tiembla y ambos sabemos que ya he perdido.

Entonces él sonríe, una sonrisa lenta y cómplice. —Claro que no, guapa. Claro que no.

Después de que se marcha —sin comprar nada, naturalmente—, me sumerjo en el trabajo con un entusiasmo desesperado. Si me mantengo lo suficientemente ocupada, quizá pueda olvidar esos ojos y la forma en que arrancaron de cuajo cada una de mis mentiras cuidadosamente elaboradas. Quizá pueda olvidar cómo se me aceleró el pulso, algo que atribuyo enteramente al miedo y en absoluto a la forma en que su voz me revolvió el estómago.

—Estás tarareando —observa Emma, levantando la vista de las hojas de inventario—. Vaya cliente debió de ser.

Estoy tarareando. Una melodía alegre que brota a pesar de la ansiedad que se me revuelve en el estómago. —Simplemente, estoy feliz de estar aquí —digo, arreglando un expositor con renovada concentración.

Esta es mi vida. Esta vida ordinaria y maravillosa en la que soy Lara, la asistente de la galería. No Carmela Rosetti, con todo lo que ese nombre conlleva.

La tarde pasa en un suspiro, llena de clientes de verdad: una pareja discutiendo por una escultura, una joven llorando por un cuadro de bailarines, un hombre mayor haciendo preguntas inteligentes sobre las pinceladas. Gente normal haciendo cosas normales.

Esto es lo que elegí. Este es el aspecto de la libertad.

El aparcamiento resuena con mis tacones sobre el hormigón, cada paso rebotando en las paredes manchadas de aceite. Estoy catalogando mentalmente las ventas del día, tarareando esa misma melodía alegre, cuando unas sombras se separan de detrás de los pilares.

Cuatro hombres, moviéndose con una coordinación que me hiela la sangre. En el centro hay un hombre más joven, de pelo oscuro y ojos crueles.

—Carmela Rosetti —dice, y mi nombre en su boca suena a amenaza —. Soy Vinny Torrino. Tenemos que hablar.

Torrino. He oído susurrar ese nombre en el despacho de mi padre. Enemigos ancestrales. Venganzas de sangre.

Los soldados se despliegan, cortando las salidas con una eficiencia experta. Profesionales. Metódicos.

Mi huida, mi libertad, mi nueva vida… desaparecidas en un instante. ¿Acaso fue siempre una ilusión?

—Creo que me confunde con otra persona —intento decir, manteniendo un tono de voz alegre aunque el corazón me martillea en el pecho.

—Déjate de mierdas. ¿Crees que la niñita de papá puede desaparecer en Chicago sin más? —La sonrisa de Vinny es pura dentadura—. La familia Torrino tiene planes para ti.

El terror me invade, pero algo más crece con él: un núcleo de acero que no sabía que poseía. —Mi familia…

—No tienen ni idea de dónde estás en realidad, ¿verdad? Pobrecita Carmela, completamente sola.

Siento como si las paredes de hormigón se cerraran sobre mí. Cada sombra podría esconder una nueva amenaza. Así es el mundo real: no inauguraciones de galerías, sino hormigón, miedo y hombres que me ven como una moneda de cambio.

El primer soldado cae sin hacer ruido, desplomándose como si le hubieran cortado los hilos. Antes de que pueda procesar lo que ha ocurrido, una sombra se mueve y el segundo hombre cae también.

El hombre de la galería emerge de detrás de un pilar y la reacción de mi cuerpo es inmediata y desconcertante. Este no es el observador discreto de antes; es algo completamente distinto. Se mueve como las esculturas de Bernini que estudié, todo poder controlado y belleza terrible.

El pulso se me acelera; por el miedo, obviamente. No tiene nada que ver con la absoluta autoridad de sus movimientos.

—Póngase detrás del coche —ordena, sin siquiera mirarme—. Mantenga la cabeza agachada. Esto se va a poner feo.

Me lanzo hacia el vehículo más cercano, y mis tacones resbalan mientras el caos estalla. No lucha como en las películas; sin movimientos innecesarios, sin poses dramáticas. Solo una eficiencia brutal que me recuerda a una danza, si las danzas incluyeran romper huesos.

Este no es en absoluto el momento de fijarme en cómo se estira su chaqueta sobre sus hombros cuando se mueve así. Hola, sí, me están secuestrando y estoy criticando la elección de vestuario. Muy normal. Muy estable.

Un golpe en la garganta ahoga un grito. Un impacto en la sien estrella a un hombre contra el hormigón. Movimientos demasiado rápidos para seguirlos, como observar a un maestro en plena obra: cada gesto con un propósito, nada desperdiciado.

Me aprieto contra el coche, con las manos temblando mientras observo. Así es el poder real, no la riqueza ni la influencia, sino una competencia devastadora. La forma en que fluye a través de la violencia despierta algo inesperado en mí. Algo que se parece sospechosamente a la sangre Rosetti de la que he estado huyendo.

Debería estar horrorizada. La Carmela que se emocionaba con los cereales de malvaviscos debería estar gritando. En cambio, estoy hipnotizada, y darme cuenta de ello es casi tan aterrador como la propia violencia.

Vinny intenta rodearlo, sacando una pistola, pero Van se mueve como si lo hubiera anticipado. Lo desarma, lo golpea, y Vinny cae de rodillas, boqueando, mientras Van, con toda calma, lo cachea en busca de más armas.

—Dígale a su padre —dice Van en tono de conversación, presionando la pistola contra la sien de Vinny— que Carmela Rosetti

está bajo protección. Vuelva a intentarlo y le enviaré trozos suyos en una caja de regalo.

Eso debería repelerme. En cambio, algo oscuro y desconocido se agita en mi pecho. Quizá es de esto de lo que he estado huyendo: no solo de la violencia de mi familia, sino de mi propia reacción a ella. La parte de mí que encuentra belleza en las cosas peligrosas.

—Carmela, ahora. —De repente está a mi lado, su mano en mi codo, guiándome hacia la salida con precisión militar—. Tenemos que irnos.

Solo ahora me doy cuenta de lo que acaba de pasar. Él sabía que me encontraría aquí. Sabía mi verdadero nombre. Sabía exactamente cómo manejar a hombres armados.

—Usted es Van Reyes —digo estúpidamente—. Se apuntó para ser mi guardaespaldas.

Él gruñe y hace un gesto hacia su sedán.

—Eso ha sido una soberana estupidez —dice Van una vez que estamos en su coche, con una voz mortalmente tranquila—. Ir de normal mientras los Torrino rastreaban cada uno de sus movimientos. Dom debería haberla encerrado en una torre.

Su furia contenida llena el espacio confinado, y mi cerebro inoportuno repara en que la ira le provoca cosas interesantes en la mandíbula. Concéntrate, Carmela. Unos hombres han intentado secuestrarte. No es momento de fijarse en la estructura de la mandíbula de nadie.

—Yo no sabía…

—No lo sabía porque no quería saberlo. —Sus manos se aferran al volante con los nudillos blancos; manos de cirujano que acaban de romper huesos con la misma precisión con la que probablemente salvan vidas—. Paseándose por Chicago como si fuera una recién graduada más cuando tiene una diana en la espalda.

—Solo quería ser libre —admito.

—Jugar a ser normal, convencerse a sí misma de que podía alejarse de quien es. ¿Qué tal le ha funcionado?

La pregunta escuece porque ambos sabemos la respuesta. Mi independencia duró exactamente el tiempo que tardaron los verdaderos depredadores en encontrarme.

—Quería descubrir quién podía ser —digo en voz baja—. Sin el apellido, sin la protección, sin que todos me trataran como si pudiera romperme.

—Y en lugar de eso casi consigue que la maten unos hombres que la habrían utilizado para hacer daño a la gente que quiere. —Su voz se endurece—. Eso no es independencia, Carmela. Es una estupidez egoísta.

Las palabras duelen, pero algo en su enfado resulta protector en lugar de cruel. Como si estuviera furioso porque podrían haberme hecho daño, no porque le haya causado una molestia.

—No soy una niña —digo finalmente, odiando lo joven que sueno.

Van se detiene en un solar vacío con una precisión apenas contenida. El motor chisporrotea en el repentino silencio y, cuando se vuelve para mirarme, sus ojos arden con algo que me corta la respiración.

—No —dice con voz ronca—. Usted no es una niña. Es una mujer de veintitrés años que me provoca hacer cosas que no tienen nada que ver con mantenerla a salvo. —Aprieta la mandíbula, luchando por controlarse.

La confesión queda suspendida entre nosotros y, de repente, comprendo ese pulso acelerado, ese extraño calor, esa fascinación inapropiada por su violencia. No es solo adrenalina. No es solo miedo.

Es atracción por algo oscuro y peligroso que refleja algo en mi interior que apenas empiezo a reconocer.

—Es usted la jodida Carmela Rosetti —dice finalmente, como si eso lo explicara todo.

Y tal vez lo hacía.

5 - Van

El tenso silencio del coche nos sigue hasta el ascensor, denso por la tensión irresuelta. Carmela se apoya contra la pared, tan cerca que su perfume —algo cálido y caro que no pertenece a mi ordenado mundo— inunda el reducido espacio. La declaración que hice en el coche pende entre nosotros como un cable de alta tensión, y traerla a mi apartamento se siente como cruzar una línea sin retorno.

Sus ojos verdes lo catalogan todo: la cámara de seguridad de la esquina, el panel de botones de emergencia, la forma en que yo me coloco automáticamente entre ella y las puertas.

—Sabes —dice ella, con esa voz vivaz que corta la tensión—, la mayoría de la gente habla del tiempo en el ascensor. Tus temas de conversación son amenazas de muerte y posicionamiento táctico.

—La mayoría de la gente no está siendo perseguida por los Torrino.

—Cierto. —Ladea la cabeza para estudiarme—. Aunque apuesto a que te colocas así en todos los ascensores. Listo para neutralizar amenazas en el supermercado. Buscando francotiradores en Starbucks.

La precisión de su observación hace que apriete la mandíbula.

—La precaución mantiene a la gente viva.

—También la alegría. —Su sonrisa no flaquea—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo solo porque te apetecía?

El ascensor avisa con un pitido su llegada al octavo piso antes de que tenga que responder a esa peligrosa pregunta.

La puerta de mi apartamento requiere tres cerraduras distintas. Las abro metódicamente mientras ella observa, probablemente memorizando la secuencia para futuros intentos de fuga.

Cuando entramos, se detiene en el recibidor, asimilando el escueto salón: un único sillón de cuero negro, paredes desnudas, una cocina tan minimalista que apenas puede considerarse funcional.

—Vaya —dice tras una larga pausa—. Es exactamente como me lo imaginaba. Si tuviera que diseñar el decorado para «Soltero triste que olvidó que existen otros seres humanos», este sería perfecto.

—Es funcional.

—También lo es una celda. —Se adentra en el espacio, pasando los dedos por mi estantería vacía—. ¿Dónde se sientan los invitados cuando vienen de visita?

—No vienen.

—Claro. Por supuesto que no. —Gira lentamente sobre sí misma, observándolo todo—. Un sillón, un plato… Déjame adivinar, ¿una toalla? ¿Una cuchara? ¿La lavas después de remover el café y antes de comerte tu ración individual de tristeza?

—Tenemos que establecer unas reglas básicas —digo, dejando su bolso en el suelo con más fuerza de la necesaria.

—Oh, genial, reglas. Porque este sitio no era lo bastante deprimente sin un manual de presidiario.

—No te acercas a las ventanas sin permiso. Las cortinas se quedan cerradas. Nada de llamadas telefónicas a menos que yo esté presente. No abres la puerta. Cuando yo no esté, el sistema de seguridad permanecerá activado.

Se deja caer en mi sillón —mi único sillón— y apoya los pies en la mesita de centro. —¿Algo más, alcaide? ¿Inspecciones diarias? ¿Toque de queda a las nueve?

—Esto no es un juego, Carmela.

—No, no lo es. —El humor se desvanece de su voz, reemplazado por algo más afilado—. Es mi vida. Y aunque aprecio ese rollo de protector taciturno que te traes, en realidad no soy una princesa que necesite ser encerrada en una torre.

—Tu familia me pidió…

—Que me mantuvieras a salvo. No que me convirtieras en un mueble. —Se levanta y se acerca—. Seguiré tus reglas de seguridad, Van. Pero no voy a fingir que esta situación es normal o saludable.

A la mañana siguiente, me doy cuenta de mi error táctico.

Carmela no se opone a mis reglas, las subvierte a través de una alegría beligerante.

—¡Buenos días! —De alguna manera, se ha despertado antes que yo y ha descifrado el funcionamiento de mi cafetera a pesar de su

complejidad de nivel militar—. He hecho café. Bueno, he hecho lo que tú llamas café. Sabe a aceite de motor, pero está caliente.

Gruño y cojo la taza que me tiende.

—Además, tu frigorífico está sufriendo una crisis existencial. Contiene un yogur caducado, algo que pudo haber sido lechuga en otra vida y diecisiete botes de salsa picante. ¿Eres coleccionista de condimentos en secreto? ¿Es ese tu hobby?

—Como en el hospital.

—Claro. Porque la comida de hospital es famosa por su excelencia. —Abre un armario, lo encuentra vacío y pasa al siguiente—. Oh, mira, proteína en polvo y tristeza. Un desayuno equilibrado.

La observo explorar mi cocina como si estuviera llevando a cabo una excavación arqueológica, narrando sus descubrimientos con un comentario continuo que debería molestarme, pero no lo hace.

—Un cuchillo, una tabla de cortar, una sartén. Es como si el minimalismo y la depresión hubieran tenido un bebé y lo hubieran criado en el abandono.

Mi teléfono vibra. Es Dom, para saber cómo va todo. Me alejo para coger la llamada, pero aún puedo oírla.

—Tú no te preocupes por mí —grita—. Estaré aquí, hablando con tus armarios vacíos. Saben escuchar muy bien.

Cuando vuelvo, de algún modo ha conseguido flores —¿de dónde coño ha sacado flores?— y las ha puesto en mi cafetera.

—Eso es para el café.

—Ya no. —Retrocede un paso para admirar su obra—. Ahora es para la belleza. De nada.

—Carmela…

—Ya sé, ya sé. La belleza no es táctica. Las flores no mejoran la eficiencia operativa. —Me da una palmadita en el brazo al pasar a mi lado—. Pero tampoco te van a matar, así que, ¿quizá podamos arriesgarnos?

Al segundo día, su campaña ha subido de nivel.

—Necesitamos hacer la compra —anuncia, saliendo de mi habitación con una de mis camisetas que apenas le cubre los muslos. La imagen me provoca un cortocircuito en el cerebro.

—Haz una lista. Iré a por lo que necesites.

—Contraoferta: vamos juntos como dos personas normales que existen en sociedad.

—No.

—Van. —Se sube a mi encimera de un salto, balanceando las piernas —. Me estoy volviendo loca. He reorganizado tu nada dos veces. He tenido conversaciones profundas con tus paredes. La cortina de la ducha y yo ya somos mejores amigas.

—Los Torrinos…

—Pueden besarme el culo italiano. —La palabrota salida de su boca de sol me cae como un jarro de agua fría—. No pienso pasarme semanas escondida en tu cueva de la depresión comiendo proteína en polvo.

—No es seguro.

—Tampoco lo es mi salud mental si no veo la luz del sol pronto. —Se inclina hacia delante, con los ojos serios a pesar de su tono ligero—. No te pido ir de discotecas. Solo al supermercado. Puedes hacer tu movida de evaluación táctica. Buscar francotiradores en la sección de frutería.

—Esto no es negociable.

Se desliza fuera de la encimera y se acerca más.

—Todo es negociable si eres lo bastante creativo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si no me llevas a hacer la compra, voy a empezar a pedir cosas por internet. Muchas cosas. Cosas decorativas. Cojines. Cortinas con estampados. Quizá algunos tapetes.

—No te atreverías.

Su sonrisa es pura maldad envuelta en luz de sol.

—Pruébame. Vi una página web que vendía figuras de cartón de tamaño real de *boy bands*. A tu salón le vendría bien un poco de ambiente.

Veinte minutos después, estamos en mi coche de camino al supermercado.

—¿Ves? —dice, prácticamente dando botes en el asiento—. Un acuerdo. Es algo que hacen los humanos cuando se respetan.

Reviso los espejos, comprobando si nos siguen.

—Esto es coacción.

—Esto es colaboración. Yo cedí en los protocolos de seguridad, tú cediste en la tortura del aislamiento. Somos prácticamente una película de Hallmark.

En la tienda, convierte la compra en una obra de arte. Narra sus elecciones como si presentara un programa de cocina, me pide mi opinión sobre doce tipos de pasta y, de alguna manera, hace que elegir tomates parezca una aventura.

—Estás disfrutando de esto —murmuro mientras debate entre dos quesos de aspecto idéntico.

—Estoy disfrutando de que me traten como a una adulta que puede encargarse de comprar mozzarella. —Deja ambos en el carro—. Además, verte evaluar a cada comprador como una amenaza potencial es fascinante. Esa abuela con los cupones de verdad te tenía preocupado.

—Estaba hurgando en su bolso de forma sospechosa.

—Para coger cupones, Van. Cupones.

Pero desliza su mano en la mía mientras caminamos, y me doy cuenta de que no se está burlando de mi vigilancia; está intentando

hacerla soportable. Intentando encontrar luz en la oscuridad con la que nos he envuelto a ambos.

Pasa una semana en esta extraña domesticidad. Ella ha aprendido mis rutinas, mis tics, la cantidad exacta de presión que puede ejercer antes de que me cierre en banda. Yo he aprendido que habla sola cuando se aburre, que baila mientras prepara el café, que me roba las camisetas porque «son cómodas», pero en realidad porque sabe el efecto que me provoca.

Ahora mismo está acurrucada en mi sillón, con mi sudadera de Columbia puesta y leyendo uno de mis diarios médicos con genuino interés.

—Esto es fascinante —dice, sin levantar la vista—. ¿De verdad fuiste pionero en esta técnica de cirugía de campo?

—¿De dónde has sacado eso?

—De tu armario. Tienes exactamente tres objetos personales escondidos en una caja. Este diario, una foto de la facultad de medicina y una medalla sobre la que no voy a preguntar porque pondrás esa cara tuya y fingirás que los sentimientos no existen.

Me ha cartografiado tan a fondo como yo he cartografiado las debilidades tácticas del apartamento. Ha encontrado cada pieza oculta, cada prueba cuidadosamente enterrada de quién solía ser.

—Aléjate de mi armario —le suelto, sonando exactamente tan brusco como pretendo. Es el último lugar en el que quiero que

husmee. Para disimular mi mala educación, añado—: No deberías revolver mis cosas.

—Tú no deberías tener tan pocas cosas que husmear lleve menos de cinco minutos. —Finalmente levanta la vista y me pilla mirándola—. ¿Qué?

—Nada.

—Mientes. —Deja el diario a un lado y se levanta del sillón con una gracia felina—. Estás pensando muy alto ahí.

—Yo no pienso alto.

—Sí que lo haces. Es todo un «debo mantener la distancia» y «no puedo dejar que se acerque» y «oh, no, está usando mi cafetera como un jarrón otra vez». —Su imitación de mi voz es terrible y extrañamente encantadora.

Se detiene justo delante de mí, lo suficientemente cerca como para que pueda ver motas doradas en sus ojos verdes.

—Tengo una teoría.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti. —Se detiene justo fuera de mi alcance, pero todavía puedo sentir su presencia como electricidad—. Utilizas todas estas reglas y protocolos y evaluaciones tácticas para mantener a la gente a distancia. Pero, en realidad, estás aterrorizado de que alguien pueda verte de verdad.

—Eso no es…

—Yo te veo, Van. —Da otro paso para acercarse—. Veo cómo vienes a ver si estoy bien por la noche cuando crees que duermo. Cómo compraste el café que me gusta, aunque finjas que no lo hiciste. Cómo a veces te tiemblan las manos cuando intentas no sentir nada.

Aprieto la mandíbula. —No sabes de lo que hablas.

—Sé que no me has tocado desde que me salvaste en el aparcamiento de la galería. —Su voz baja, más suave pero más peligrosa—. Sé que quieres hacerlo.

—Carmela.

—Lo sé porque quiero que lo hagas. —Acorta la distancia que nos separa y apoya la mano en mi pecho—. No soy ninguna cosa frágil que vayas a romper, Van. No voy a hacerme añicos si tú…

La beso.

No es algo planeado, ni táctico, ni controlado. En un momento está hablando y, al siguiente, mi boca está sobre la suya, mis manos en su pelo, su espalda contra la pared. Emite un sonido de sorpresa que se transforma en otra cosa, algo que me atraviesa por completo.

Besa como hace todo lo demás: con todo su ser, sin guardarse nada. Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome hacia ella, y me pierdo en su sabor, en su tacto, en la forma en que responde como si llevara esperando esto tanto tiempo como yo.

Cuando me aparto, ambos respiramos con dificultad. Tiene los labios hinchados y los ojos brillantes de triunfo y deseo.

—Por fin —susurra.

—Esto no cambia nada —consigo decir, aunque mis manos siguen en su pelo y mi cuerpo todavía presiona el suyo.

—Lo cambia todo. —Me recorre la mandíbula con el dedo, con un toque suave sobre la cicatriz—. Solo que todavía no te das cuenta.

Mi teléfono suena —otra actualización de Dom— y la realidad vuelve de golpe. Me alejo de ella, de la calidez y la posibilidad que representa.

—Deberías contestar —dice, pero está sonriendo—. Estaré aquí cuando termines. Siempre estoy aquí.

Mientras atiendo la llamada, escuchando a Dom informar de un aumento en la actividad de los Torrino, la observo acomodarse de nuevo en mi sillón con su libro. Como si no acabáramos de cruzar una línea. Como si besarla no hubiera alterado algo fundamental en mi pecho.

—¿Van? —La voz de Dom atraviesa mi distracción—. ¿Estás escuchando?

—Sí. Aumento de la vigilancia. Entendido.

Cuando termino la llamada, ella levanta la vista. —¿Malas noticias?

—Los Torrino están intensificando sus acciones. Están investigando mi pasado.

No entra en pánico, no pregunta qué significa eso. Tan solo cierra su libro y se pone de pie.

—¿Qué necesitas? —pregunta, y la pregunta rompe algo dentro de mi pecho.

No qué debería hacer ella. No cómo puede mantenerse a salvo. Qué necesito yo.

—Necesito que te quedes cerca —admito, sintiendo que las palabras salen de un lugar muy profundo.

Su sonrisa podría iluminar la ciudad. —Por fin. Algo en lo que estamos de acuerdo.

Pasa a mi lado hacia el dormitorio, probablemente para robar otra de mis camisas. Pero se detiene, con la mano en mi brazo.

—Por si sirve de algo —dice en voz baja—, confío en ti. No porque me estés manteniendo a salvo, sino porque debajo de toda esa paranoia táctica, eres un buen hombre que me compró mi café favorito.

—Yo no…

—Lo hiciste. —Me aprieta el brazo—. También ordenas alfabéticamente las botellas de salsa picante. Solo a la gente buena le importa tanto la organización de los condimentos.

Desaparece por el pasillo, dejándome con la sensación fantasma de su boca contra la mía y la aterradora comprensión de que tiene razón: todo ha cambiado.

Se suponía que el beso era un error, un momento de debilidad. Pero de pie en mi apartamento vacío, que se siente menos vacío con ella dentro, sé la verdad.

Voy a besarla de nuevo. Y otra vez.

Hasta que se dé cuenta de que merece algo mejor que un soldado roto que apenas puede funcionar en el mundo normal.

O hasta que descubra cómo ser el hombre que ella parece creer que ya soy.

6 - Carmela

Mi mano tiembla sobre el pestillo oculto que acabo de descubrir en la pared del armario de Van.

Debería parar. Alejarme. Respetar su intimidad como haría cualquier persona decente.

En lugar de eso, presiono con más fuerza y el panel cede con un suave clic.

La habitación que hay detrás me deja sin aliento.

Unas ataduras de cuero cuelgan de ganchos hechos a medida con precisión militar. Un banco acolchado se encuentra en el centro —definitivamente no es para sentarse, me doy cuenta con un aleteo en el bajo vientre—. Todo está dispuesto con el mismo control meticuloso que el resto de la vida de Van, pero esto habla de unas necesidades que he sentido, pero para las que nunca he tenido palabras.

El corazón me martillea mientras entro, apenas respirando. El sabor de su beso aún perdura; si no se hubiera controlado tanto, ¿quién sabe qué podría haber pasado? Las ataduras de seda son más suaves que mi lencería más cara. Huelen ligeramente a aceite de cuero y a algo más que me acelera el pulso de formas que apenas empiezo a comprender.

Las buenas princesas Rosetti no piensan en que las aten. No se preguntan qué se sentiría al rendirse ante alguien que ve más allá de la fachada de princesa.

Alguien exactamente como Van.

La disposición me recuerda a una fotografía de Mapplethorpe: la belleza en lo prohibido, el arte en lo que otros llamarían pervertido. Cuando imagino estas ataduras en mis muñecas, mi respiración se vuelve superficial. Por primera vez en mi vida, me imagino cediendo el control porque quiero, no porque alguien me lo esté quitando. La diferencia se siente revolucionaria.

Todo aquí susurra un poder intercambiado en lugar de arrebatado. Confianza otorgada en vez de exigida.

Los artículos de cuero son caros, mantenidos con un cuidado quirúrgico. Un fustigador cuelga junto a vendas de seda para los ojos. Unas esposas acolchadas descansan en perfecta alineación. No se trata de violencia, sino de conexión, de una vulnerabilidad elegida en lugar de forzada.

He pasado años preguntándome qué se sentiría al confiar en alguien de forma tan completa. Ahora sé exactamente quién podría ser esa persona.

El sonido de una llave en la puerta principal me deja helada.

Ha llegado antes de tiempo.

Me apresuro a cerrar la puerta oculta, con el corazón desbocado mientras unos pasos cruzan el salón. Para cuando Van aparece en el umbral del dormitorio, estoy de pie junto a su ventana, admirando las vistas y rezando para que mi cara no delate lo que he descubierto.

—Has vuelto antes —le digo, intentando sonar casual y probablemente fallando por kilómetros.

Sus ojos recorren la habitación, fijándose en detalles que ni siquiera yo puedo ver. Se da cuenta de todo: de mi postura demasiado rígida, de mi respiración entrecortada, del rubor que me arde en las mejillas.

—Se ha cancelado una cirugía de emergencia. —Pero su atención no está en la explicación. Está en mí, y el peso de su mirada hace que mi pulso se acelere.

Asiento como si fuera una conversación perfectamente normal, como si no acabara de descubrir su espacio más privado. Como si no sintiera aún el calor de imaginarme esas ataduras de seda alrededor de mis muñecas.

—¡Qué bien! Más descanso para ti. El descanso es importante. Los cirujanos necesitan descansar. —Cállate ya, Carmela.

—Carmela. —Mi nombre en su voz detiene mi parloteo—. ¿Qué has encontrado?

La pregunta flota pesadamente entre nosotros. Podría mentir, hacerme la inocente, pero algo en su expresión —consciente, no enfadada— me dice que ya lo sabe.

—Solo admiraba tu… ¿armario tan organizado? —Las palabras salen como una pregunta, mi habitual alegría resquebrajándose bajo la presión—. Tienes unas perchas excelentes. Muy… resistentes.

La comisura de sus labios se contrae ligeramente. —Explorar —dice, acercándose más. Percibo el desinfectante del hospital mezclado con algo más oscuro, algo únicamente suyo—. Es una respuesta natural a los nuevos entornos.

Su mirada baja hasta mis manos, que aún tiemblan ligeramente. El aire entre nosotros se vuelve denso con un entendimiento tácito.

—Algunos límites existen para proteger, Carmela —dice, con voz baja y mesurada—. Otros existen porque cruzarlos lo cambia todo. —Su mirada se aferra a la mía—. La cuestión es si estás preparada para que todo cambie.

Mi estómago elige ese momento para rugir con fuerza, rompiendo la tensión con una sincronización bochornosa.

La boca de Van se curva en una sonrisa. —¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—¿Ayer? No me apetecía desayunar.

Se dirige a la cocina con determinación. —Siéntate. Prepararé unos huevos.

Nos movemos el uno alrededor del otro, aprendiendo una nueva coreografía. Cada roce accidental —su mano rozando la mía al coger el café, mi hombro chocando con su brazo— se siente cargado de posibilidades.

—Cocinas —observo, viéndolo cascar los huevos.

—Habilidad básica de supervivencia. —Sus ojos siguen buscándome, catalogando mis reacciones—. ¿Encontraste todo lo que buscabas?

La pregunta queda suspendida en el aire, cargada de posibilidades. Estoy tratando de encontrar una respuesta que no me haga sonar como una completa pervertida cuando mi teléfono suena.

El nombre de Dom parpadea en la pantalla.

—Hola, Dom —digo.

—Oye, Carm, ¿qué te parece jugar a la Cenicienta esta noche?

Parpadeo, todavía nerviosa. —¿Qué?

—Gala benéfica en el Four Seasons. De última hora, muy importante. —Su voz lleva esa mezcla de afecto y manipulación que ha perfeccionado—. Necesito que estés allí.

Se me cae el alma a los pies. —Dom, no puedo sin más…

—El paquete ya está en camino. Azul medianoche. Peluquería y maquillaje a las cuatro.

—No lo entiendes, no estoy en Nueva York…

—Sé que estás en Chicago con Van. Por eso esto funciona perfectamente. Van también está invitado. Considéralo vuestra primera aparición oficial como pareja.

Miro a Van, que está escuchando claramente a pesar de fingir que se concentra en los huevos revueltos. —Dom…

—Esto no es opcional, Carmela. Los Torrino se están moviendo. Necesitamos mostrar fuerza —su voz se suaviza ligeramente—. A veces, la independencia significa escoger bien tus batallas.

Sus palabras escuecen más de lo que deberían. Esto es exactamente de lo que huí: obligaciones familiares disfrazadas de elecciones, mi vida organizada en torno a sus necesidades.

Pero al mirar los hombros rígidos de Van, me doy cuenta de que Dom tiene razón en una cosa. No podemos escondernos para siempre, fingiendo que el mundo fuera de este apartamento no existe.

—¿Qué tipo de gala? —pregunto.

—Una gala benéfica para la investigación médica. El mundo de Van, en realidad. Encajará perfectamente.

Por supuesto que Dom ya sabe exactamente cómo plantear esto. Hacer que se trate de la comodidad de Van en lugar del deber familiar, como si me estuviera haciendo un favor.

—Bien —digo, odiando lo fácil que cedo—. Allí estaremos.

—Excelente. Un coche a las siete y media. Ah, y Carm, intenta divertirte. Podrías sorprenderte de lo bien que sienta usar el apellido familiar como un arma en lugar de huir de él.

Cuando cuelgo, Van se vuelve hacia mí. —Tu hermano no deja mucho al azar.

—Nunca lo ha hecho —acepto los huevos perfectamente preparados —. ¿Estás de acuerdo con esto? ¿Hacer de pareja en público?

Algo parpadea en su expresión, demasiado rápido para que yo pueda leerlo. —¿Es eso lo que estaremos haciendo?

La pregunta me provoca un escalofrío. —No sé lo que somos, Van.

—Ni yo tampoco —admite—. Pero esta noche, quédate cerca. No te alejes. —Su voz baja—. Esta noche, eres mía.

—¿Tuya?

—Para protegerte. Para mantenerte a salvo —las yemas de sus dedos rozan mi mejilla con una inesperada delicadeza—. Para preocuparme cuando exploras lugares que no deberías.

El caro vestido llega en menos de una hora; seda de un azul medianoche que fluye como el agua. La perfecta orquestación de Dom, transformando nuestra incómoda mañana en algo que requiere una asociación formal.

El vestido me transforma de fugitiva a algo más sofisticado: un diseño con los hombros al descubierto que muestra mis clavículas, el corpiño perfectamente ajustado, la falda cayendo en líneas elegantes. Delicadas cuentas atrapan la luz como estrellas esparcidas por el cielo de medianoche.

—¿Carmela? —llama Van—. El coche llega en diez minutos.

—Ya voy —respondo, revisando mi pintalabios una vez más.

Van se detiene a medio movimiento con sus gemelos cuando salgo. Por un momento, ninguno de los dos habla. La diferencia de edad nunca ha sido más evidente: yo parezco el glamur juvenil mientras él encarna la sofisticación peligrosa.

Su esmoquin acentúa sus anchos hombros y su poder controlado. El pelo perfectamente peinado, los ojos más oscuros contra la tela negra.

—Estás… —deja la frase sin terminar, con la mandíbula tensa.

—¿Como una princesita como es debido? —añado con una ligera amargura. Casi digo «princesa de la mafia», pero me contengo; si Van no sabe exactamente a qué se dedica mi familia, preferiría que siguiera así.

—Como un problema —dice en voz baja—. De los que empiezan guerras.

Algo cambia con sus palabras. La chica que huyó de Nueva York se habría sonrojado. Pero la mujer que descubrió su habitación oculta sostiene su mirada directamente.

—Bien. Estoy cansada de estar a salvo.

Sus ojos recorren mi cuerpo, observando cómo se ciñe el vestido. Cuando se encuentran de nuevo con los míos, hay algo depredador en ellos que me roba el aliento.

—Veo a una mujer que hará que todos los hombres se pregunten qué haría falta para hacerla suya —dice, con la voz ronca—. Y me veo a mí mismo dejando claro que la respuesta es nada que puedan permitirse.

Su posesividad me emociona más de lo que debería. Esto es nuevo: el reconocimiento de lo que está creciendo entre nosotros.

—Van —susurro, sin saber qué estoy pidiendo.

Se acerca más, lo suficiente como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás. Lo suficiente como para ver su pulso acelerado, a juego con mi corazón desbocado.

El claxon del coche rompe el hechizo.

—¿Lista? —me ofrece su brazo como un caballero.

—Vamos a interpretar nuestro papel.

El Four Seasons resplandece con una opulencia que hace que las fiestas de los Rosetti parezcan modestas. La élite de Chicago en sus mejores galas, el champán fluyendo libremente.

La mano de Van descansa en la parte baja de mi espalda, posesiva pero sutil. Una actuación pública perfecta.

Ahora me fijo en otras cosas: en cómo cataloga cada rostro, cada salida. La tensión en sus hombros. Cómo me mantiene a su izquierda, lejos de su mano dominante.

—Señor Reyes, señorita Rosetti. Bienvenidos a la Gala de Investigación Médica del Medio Oeste. Mesa doce.

Por supuesto que Dom nos consiguió un sitio privilegiado.

Mientras nos movemos entre la multitud, distingo a los vigilantes de los Torrino intentando pasar desapercibidos. Hombres cuya postura no coincide con sus trajes, mujeres cuyas joyas parecen fuera de lugar.

—¿Cuántos? —murmuro contra su oído.

—Seis confirmados. Probablemente más.

Saberlo debería asustarme. En cambio, me siento extrañamente tranquila.

Un camarero pasa con champán. Van me da una copa, nuestros dedos se rozan. Me pregunto si él, como yo, está recordando nuestro beso.

—Por interpretar nuestros papeles —dice.

—Por las veladas peligrosas —replico.

El cristal resuena con claridad mientras bebemos. La mano de Van vuelve a mi espalda, su pulgar rozando mi piel desnuda. Ese simple

contacto me inunda de un calor que se intensifica por el entorno público.

—Carmela —susurro.

Se inclina más, con la boca cerca de mi oreja. Para quienes nos observan, estamos compartiendo confidencias. Pero sus palabras me hacen estremecer.

—Cuando lleguemos a casa —susurra, con voz contenida pero intensa—, vamos a hablar de lo que encontraste. De lo que significa. De lo que quieres. —Su aliento roza mi oreja—. Y si todavía quieres explorar esa habitación, te enseñaré exactamente lo que significa la confianza.

Mi copa de champán tiembla. El salón de baile se desvanece. Solo existe la promesa de Van y la respuesta inmediata de mi cuerpo: una mezcla de anticipación y excitación nerviosa.

—Van —susurro.

Se endereza, con la mano aún posesiva sobre mi espalda. Cuando me mira, veo promesa, control y algo que hace que me tiemblen las rodillas.

—Sonríe —murmura—. Tenemos una función que ofrecer.

Sonrío, una sonrisa radiante y perfecta, mientras por dentro ardo en curiosidad por lo que traerá la noche. Por lo que la confianza significa para un hombre como Van.

Apenas puedo esperar a descubrirlo.

7 - Van

El salón de baile del Four Seasons es exactamente la clase de gilipolleces que detesto. Las lámparas de araña de cristal esparcen su luz por todas partes, los suelos de mármol relucen y la élite médica de Chicago sorbe champán como si estuviera salvando el mundo en lugar de simplemente forrarse. El tipo de lugar que me hace apretar la mandíbula, que me recuerda por qué prefiero las salas de traumatología, donde la sangre, al menos, no miente.

Pero Carmela encaja en este mundo como si hubiera nacido para él.

Se mueve entre la multitud con una gracia fluida, con ese vestido azul noche que atrapa la luz a cada paso. Los abalorios del corpiño reflejan el brillo de la lámpara, con esa elegancia que solo tienen las cosas verdaderamente caras. No necesita pregonar su riqueza; esta irradia de su postura, de la forma en que los camareros aparecen sin que nadie los llame.

La sigo a tres pasos, lo bastante cerca para alcanzarla en segundos, lo bastante lejos para inspeccionar salidas y amenazas. Seis vías de escape, incluyendo las entradas de servicio. La seguridad es decente, pero depende demasiado de las cámaras, no hay suficiente personal. Tres hombres con trajes caros se mueven de forma extraña: demasiado alerta, con algo más duro bajo la superficie que un título de médico.

Mis dedos rozan el cuchillo que llevo pegado a las costillas. La Glock descansa en su funda de hombro, oculta bajo la chaqueta del esmoquin. Cada camarero, cada invitado que se detiene demasiado cerca de Carmela, cada sombra que no cuadra, queda fichado.

Esto es hipervigilancia a medianoche en una sala llena de la gente más poderosa de Chicago. Como electricidad bajo la piel, cada instinto gritando que la elegancia no significa seguridad.

La cirugía de urgencia se canceló, un raro golpe de suerte que me permitió volver antes, justo a tiempo para verla descubrir esa habitación de arriba. La forma en que me miró después de encontrarla, la comprensión amaneciendo en esos ojos verdes sobre lo que realmente soy. El beso que compartimos aún arde entre nosotros, un asunto pendiente que hace que el aire crepite de tensión.

—¿Doctor Reyes? —Una mujer con perlas aparece a mi lado, con la copa de champán perfectamente inclinada—. Soy la doctora Patterson, de Northwestern. He oído maravillas de su trabajo en traumatología.

Asiento con la cabeza, manteniendo a Carmela en mi visión periférica mientras ella se ríe de algo que un hombre mayor le susurra. —Gracias.

—El trabajo que hizo en aquel accidente de varios vehículos el mes pasado… una improvisación brillante. La mayoría de los cirujanos lo habrían perdido.

Mi atención se divide entre sus palabras y los hombres que la rodean a ella. El hombre que habla con Carmela tiene manos de cirujano, pero ojos de depredador. Dos residentes merodean cerca como buitres. Un camarero rellena las copas con movimientos demasiado ensayados, demasiado conscientes.

—Experiencia —digo, sin dar más detalles. La cirugía de campo militar te enseña cosas que la medicina civil jamás podría. Como operar mientras los morteros explotan sobre tu cabeza. Como elegir

cuál de los tres pacientes moribundos recibe la última unidad de sangre.

—Quizá podríamos hablar de una consulta durante….

—Disculpe. —Me alejo a media frase, atraído por el instinto hacia donde Carmela está rodeada de admiradores. La mano del hombre mayor se cierne demasiado cerca de la parte baja de su espalda, con los dedos extendidos de forma posesiva. Hace que se me nuble la vista.

Distanciamiento profesional, me digo. Una misión. Protección para saldar una deuda que tengo con su familia.

Mi cuerpo no se cree la mentira.

—El doctor Aster me estaba hablando de la nueva ala de cardiología —dice Carmela cuando me acerco, con una sonrisa lo bastante brillante como para encender las lámparas. La anfitriona de la gala nos presentó cuando llegamos y les dio mi nombre, aunque yo nunca se lo había dicho. Sigo sin estar seguro de cómo sabe quién soy, pero las familias ricas tienen sus formas de obtener información.

Aster me tiende una mano, con un apretón firme, evaluador. —El famoso doctor Reyes. Su reputación le precede.

—Ah, ¿sí? —Le doy la mano una vez, rápido, con la atención ya centrada en los otros hombres que dan vueltas como tiburones. Dos residentes de veintitantos años se apoyan en la barra, el champán los envalentona mientras miran a Carmela con una apreciación hambrienta que hace que me piquen las manos por desatar la violencia. Un grupo de cirujanos mayores —ricos, consolidados, del tipo que colecciona esposas jóvenes como si fueran trofeos— se acerca con una paciencia depredadora.

—La señorita Rosetti acaba de aceptar guardarme un baile —dice el doctor Williams, un cirujano cardiovascular de pelo plateado cuyas manos descansan con demasiada familiaridad en su copa de champán—. Aunque quizás los doctores más jóvenes podrían competir por ese honor.

Los residentes se enderezan, sintiendo la oportunidad. —De hecho —dice el más alto, dando un paso al frente con una confianza fluida —, esperaba hablar sobre la inauguración de la galería la semana que viene. Yo mismo colecciono obras contemporáneas.

Pura mierda. El crío no colecciona más que deudas de préstamos estudiantiles y delirios.

—Qué fascinante —responde Carmela, tan amable como siempre—. Me encantaría conocer su opinión sobre los artistas emergentes de Chicago.

Al crío se le ilumina la cara como un árbol de Navidad y se acerca más. Su mano encuentra el hueco de la espalda de ella mientras se inclina para susurrar algo que la hace reír. El sonido es demasiado ensayado, demasiado educado. Está actuando, interpretando el papel que esperan de ella.

Esa mano en su espalda hace que algo oscuro se desenrosque en mi pecho.

Tiene veintitrés años y la rodean como buitres. Hombres con trajes caros y distinguidas canas, con edad para ser su padre, compitiendo con chicos lo bastante jóvenes para ser mis alumnos. Todos ellos tocando lo que no es suyo, reclamando su territorio con un contacto casual que me hace apretar la mandíbula con fuerza suficiente como para romperme los dientes.

La diferencia de edad me golpea como un jarro de agua fría. Doce años entre nosotros. Eso la convierte en una mala decisión, y mientras veo a chicos de su edad hacerla sonreír y ofrecerle el mundo, me siento viejo. Consumido. No tengo ningún derecho a desear a alguien tan joven, tan brillante.

Esto ya no se trata de la deuda. No lo ha sido desde que quise romperle la mano a ese niñato por tocarle la espalda. Se supone que debo protegerla para Dom, no reclamarla para mí. Pero ver a estos hombres rondarla como a una presa hace que algo salvaje ruja en mi pecho: mía.

—El champán es excelente —dice el segundo residente, acercándose sigilosamente hasta que los tres hombres forman un triángulo a su alrededor, bloqueándome la vista—. ¿Quizás podríamos continuar esta conversación en un lugar más tranquilo?

Mis manos se cierran en puños. Profesional. Esto es profesional. Pero el pensamiento racional se ahoga en algo primitivo al ver a otros machos tocar lo que se supone que debo proteger.

Lo que estoy empezando a considerar mío.

La velada transcurre en una furia contenida. Veo cada roce, cada sonrisa, cada segundo que pasa entreteniendo a hombres que no merecen ni respirar su mismo aire. Para cuando Vinny Torrino se acerca, ya estoy preparado para la violencia.

Me muevo entre la multitud con una gracia depredadora, con la memoria muscular de las operaciones de combate tomando el control. Las conversaciones se abren a mi paso como las aguas, los invitados se apartan instintivamente al percibir algo peligroso. El porte militar tiene sus ventajas: la gente reconoce a un asesino incluso con esmoquin.

—Caballeros —digo, apareciendo junto al hombro de Carmela con una autoridad que hacía que los combatientes enemigos se rindieran antes de que empezara el tiroteo—. Creo que están sirviendo la cena.

El efecto es inmediato. Los residentes retroceden, olvidándose del champán al registrar el gélido acero en mi voz. La mano de Williams se desprende de la muñeca de Carmela como si se hubiera quemado.

—Doctor Reyes —Williams es el primero en recuperarse, pero su sonrisa no le llega a los ojos—. Estábamos hablando de…

—¿Ah, sí? —No es una pregunta. Mi mano encuentra el hueco de la espalda de Carmela, con los dedos extendidos en un agarre posesivo que reclama territorio. Encaja perfectamente contra mi costado, seda cálida y curvas suaves que mi cuerpo reconoce como suyas para protegerlas.

Los residentes intercambian miradas, pareciendo de repente jóvenes y conscientes de que están en desventaja. Lo que sea que ven en mi expresión hace que el más alto carraspee nerviosamente.

—De hecho, debería ver cómo están mis colegas —masculla, retrocediendo con su amigo pisándole los talones.

Williams mantiene su posición más tiempo, con la suficiente experiencia como para reconocer a un competidor peligroso. Pero algo en mi postura —equilibrada, con el peso hacia adelante, preparado para la violencia— apela a instintos primitivos más antiguos que la civilización.

—Quizás continuemos nuestra conversación más tarde, señorita Rosetti —dice finalmente, en una retirada disfrazada de cortés marcha.

—Quizás —responde ella, pero su cuerpo se amolda contra el mío en una rendición inconsciente.

Los observo alejarse mientras una oscura satisfacción territorial se extiende por mi pecho. Mis dedos se aprietan posesivamente en su cintura, atrayéndola más cerca hasta que no queda espacio entre nosotros. Ella echa la cabeza hacia atrás, con los ojos brillantes por algo que podría ser diversión, excitación, o ambas cosas.

—Eso fue sutil —murmura.

—No intentaba serlo. —La voz me sale más ronca de lo previsto; el entrenamiento militar da paso a algo más primitivo—. Estaban tocando lo que no es suyo.

Su respiración se entrecorta ante el tono posesivo de mi voz. El color le sube a las mejillas, pero no se aparta. Se aprieta más, sus suaves curvas se alinean contra mis duros músculos de una forma que hace que cada instinto protector se despierte.

—¿Tuyo? —La palabra conlleva un desafío y una invitación.

Me inclino hasta que mi boca roza su oreja, bajando la voz a un gruñido que solo ella puede oír. —Mía.

Esa única palabra contiene multitudes: protección, posesión, promesa. A nuestro alrededor, la elegante multitud continúa sus conversaciones civilizadas, ajena a la primitiva reclamación que tiene lugar a la vista de todos. Pero Carmela lo oye, lo siente en la forma en que mi cuerpo se curva protectoramente alrededor del suyo.

Los otros hombres se han ido, dispersados hacia presas más seguras. El territorio es mío.

La orquesta empieza a tocar un vals, y la mano de Carmela encuentra la mía con elegancia. Se mueve como música líquida, cada paso preciso mientras nos unimos a otras parejas en la pista de mármol. Por un momento, la hipervigilancia se desvanece. Su cuerpo encaja perfectamente, siguiendo mis pasos con una confianza que afloja algo tenso en mi pecho.

—Bailas mejor de lo que esperaba —dice, con los ojos brillantes de sorpresa.

—Bailes militares. Habilidad requerida. —La hago girar con suavidad, una memoria muscular de eventos formales donde mostrar debilidad significaba la muerte de tu carrera—. ¿Sorprendida?

—Agradablemente. —Su sonrisa es real esta vez, no la actuación pulida que ofrece a las multitudes—. ¿Qué otros talentos ocultos…?

—Señorita Rosetti. —La voz corta la música como una cuchilla. Un hombre con un traje caro se acerca, moviéndose con la suavidad depredadora de alguien acostumbrado a la violencia. Cuarenta y tantos años, nudillos con cicatrices, mirada intensa. No es personal médico.

Cada instinto perfeccionado a lo largo de años de combate y cirugía grita peligro. Cambio de posición, colocando mi cuerpo entre él y Carmela, mi mano moviéndose instintivamente hacia el cuchillo en mis costillas. El dolor fantasma estalla: bridas cortando mis muñecas marcadas, impotente mientras la gente necesitaba ser salvada. Pero esta vez, no estoy indefenso. Esta vez, yo soy el arma.

—Lo siento, ¿nos conocemos? —La voz de Carmela se mantiene firme, pero siento su tensión en la forma en que sus dedos se aprietan en mi hombro.

—Vincent Torrino. —Le tiende una mano que ella no toma, con una sonrisa que nunca le llega a los ojos—. Le traigo un mensaje de mi familia sobre la suya.

El nombre me cae como un jarro de agua fría. Torrino, la familia que llevaba meses merodeando el territorio de los Rosetti de Chicago. Lanzando amenazas sobre la expansión de sus operaciones, poniendo a prueba los límites.

—Este no es el momento ni el lugar —digo, bajando la voz hasta adoptar el tono que hacía que los combatientes enemigos se replantearan sus decisiones en la vida.

La atención de Torrino se desvía hacia mí, reparando en mi porte militar, en mi postura equilibrada y dispuesta. Su sonrisa se ensancha, mostrando demasiados dientes. —Y usted sería el nuevo… socio… de la familia, con un currículum impresionante.

La multitud continúa bailando a nuestro alrededor, elegantes parejas perdidas en sus mundos mientras la violencia hierve bajo la superficie. La orquesta sigue tocando, ajena al peligro que cristaliza en la pista de baile.

—Su padre hizo promesas —continúa Torrino, hablándole directamente a Carmela—. Obligaciones familiares que necesitan ser atendidas. A mi jefe le disgustaría que algo… desafortunado… le ocurriera a una joven tan encantadora.

La amenaza queda suspendida en el aire como veneno. A nuestro alrededor, la élite médica de Chicago sorbe champán y habla de sus carteras de acciones mientras un sicario de la mafia promete asesinar a la mujer a la que se supone que debo proteger.

—Tiene cinco segundos para desaparecer antes de que le muestre a esta multitud cómo es una verdadera emergencia médica —digo,

con la calma letal que aprendí en los hospitales de campaña, donde la muerte siempre estaba a un paso en falso.

Torrino se ríe, un sonido como de cristales rotos. —¿O qué, doctor? ¿Va a operarme?

Mete la mano en la chaqueta —rápido—, yendo a por lo que probablemente es un calibre 38 especial, a juzgar por el contorno de la pistolera de hombro. Pero mi entrenamiento militar se activa antes que el pensamiento consciente. Mi mano izquierda sale disparada —punto de compresión del nervio radial— y su mano de la pistola se entumece al instante. Mi cuchillo se desliza entre la tercera y la cuarta costilla, en ángulo ascendente hacia la aorta. Memoria muscular de la cirugía de campaña, solo que esta vez estoy causando el daño en lugar de repararlo.

Mi movimiento es tan fluido, tan controlado, que las parejas que bailan cerca ni siquiera se dan cuenta. Los ojos de Torrino se abren de par en par cuando mi cuchillo encuentra el espacio entre sus costillas.

—Taponamiento cardiaco —le murmuro al oído mientras sus rodillas ceden—. La sangre está llenando tu saco pericárdico, comprimiendo tu corazón. Quizás dos minutos antes de la inconsciencia. Cuatro antes de la muerte.

Cae sobre una rodilla, la chaqueta del traje ocultando la creciente mancha de sangre. Lo sujeto mientras cae, haciendo que parezca que ha tropezado, que ha bebido demasiado champán. Mi cuerpo protege la violencia de los otros bailarines mientras lo deposito en el suelo de mármol.

—Emergencia médica —anuncio con calma, con la autoridad que me confieren décadas de cirugía traumatológica—. Que alguien llame al 911. Posible evento cardiaco.

La multitud se transforma en un murmullo de preocupación, los invitados se apartan manteniendo una compostura civilizada. Unos cuantos médicos se acercan para ayudar, pero les hago un gesto para que se alejen con la confianza de alguien que ha operado en zonas de guerra.

—El pulso es filiforme —digo para que me oigan, comprobando unas constantes vitales que sé que están fallando—. Probablemente un infarto de miocardio. Necesita transporte inmediato.

Torrino intenta hablar, la sangre le burbujea en las comisuras de la boca. Me inclino como si estuviera revisando sus vías respiratorias.

—Dígale a su jefe —susurro—, que si alguien más la amenaza, le mostraré lo que aprendí sobre el dolor en lugares a los que no llega la Convención de Ginebra.

Sus ojos se cierran con un aleteo justo cuando llegan los paramédicos, que se mueven con rapidez para subirlo a la camilla. Intentarán salvarlo —buenos cirujanos de trauma, profesionales que no hacen preguntas—. Pero calculé el ángulo de la hoja matemáticamente. Morirá en la mesa de operaciones a pesar de sus esfuerzos.

Me tiemblan las manos mientras la adrenalina se estrella contra mi sistema.

La elegante multitud no presencia nada más que a un profesional médico manejando una emergencia con pericia. Pero Carmela lo vio. Permanece congelada al borde de la pista de baile, con la copa de champán olvidada, observándome con una nueva comprensión.

Ahora sabe exactamente lo que soy.

8 - Carmela

La mano de Van encuentra mi muslo en el momento en que pone la marcha, sus dedos quemándome a través de la seda oscura como un hierro al rojo vivo. El simple roce envía un calor líquido en espiral por mi interior, y tengo que morderme los labios para no emitir ningún sonido. Las luces de Chicago pasan borrosas por la ventanilla mientras su pulgar traza círculos perezosos sobre la tela, cada caricia haciendo que mi sexo se contraiga de deseo.

—Probablemente, esto no es a lo que se refería Dom con «mantenerse cerca para protegerme» —digo, intentando sonar animada, pero con la voz entrecortada—. Aunque debo decir que tu mano es muy… protectora. Protege muy a fondo esta parte específica de mi muslo.

Debería apartarle la mano. Debería decirle que esto cruza todos los límites profesionales que él ha mantenido con tanto cuidado. En cambio, me encuentro moviéndome ligeramente, haciendo que la seda se recoja más arriba en mis piernas, dándole más acceso a la piel desnuda justo por encima de mi rodilla.

—¿Estás bien? —pregunta Van, su voz cortando el tenso silencio, pero su mano no se mueve.

Me giro para estudiar su perfil a la luz del salpicadero, hiperconsciente de cómo sus dedos se flexionan contra mi muslo con cada cambio de marcha. Incluso ahora, mientras me lleva a casa, mantiene un control perfecto, excepto por este único punto de contacto que me marea de deseo. Su otra mano agarra el volante con la misma precisión firme con la que le vi inutilizar a ese hombre que me amenazó esta noche.

—Estoy procesándolo —admito, con la voz más entrecortada de lo que pretendía cuando su pulgar encuentra el punto sensible donde mi muslo se une a mi cadera.

La diferencia de edad entre nosotros nunca se ha sentido más evidente. Yo tengo veintitrés años y he vivido protegida, me mojo con un simple roce, mientras que él tiene treinta y cinco y es capaz de cosas que me hacen doler de deseo. La forma en que se movió a través de ese caos esta noche, la facilidad con la que se deshizo de hombres que me doblaban en tamaño… no me aterroriza lo que hizo. Siento algo completamente distinto, algo que me hace querer separar las piernas y rogarle que suba la mano.

—¿Procesando qué? —Van me mira, algo oscuro parpadea en sus ojos de acero gris al notar cómo me he derretido ante su tacto.

Sus dedos se hunden más en mi carne, no es exactamente una caricia, pero es mucho más que un contacto profesional. La tensión que chisporrotea entre nosotros hace que el coche parezca más pequeño, hace que la seda oscura de mi vestido se sienta como fuego líquido sobre mi piel ardiente.

—La facilidad con la que podrías haberlo matado. —Las palabras salen como apenas un susurro, y aprieto los muslos alrededor de su mano, tratando de aliviar el dolor que se acumula entre ellos.

Se le tensa la mandíbula, pero no lo niega. En cambio, sus dedos se deslizan un centímetro más arriba en mi muslo, el roce ahora deliberado, posesivo. —Probablemente lo hice —dice finalmente.

—Entonces eres como un cuadro de Caravaggio —suelto de sopetón, porque al parecer mi cerebro recurre a la historia del arte para procesar un homicidio—. Toda esa hermosa violencia en claroscuro. Oscuridad y luz. Muerte y salvación. —Hago una pausa—. Eso sonaba mucho menos raro en mi cabeza.

Sus dedos dejan de moverse. —¿He matado a un hombre, Carmela. ¿Cómo te hace sentir eso?

La pregunta queda suspendida entre nosotros como una trampa. Sé cuál debería ser la respuesta correcta: horrorizada, asustada, asqueada. Pero con su mano sobre mi piel y el recuerdo de su fría eficacia protegiéndome, todo lo que siento es una necesidad desesperada de más.

—Segura —respiro, y luego me sonrojo al instante por lo necesitada que sueno.

Su mano se detiene contra mi muslo. —¿Segura?

—Probablemente lo mataste —repito, girándome más hacia él, dejando que la seda se aparte de donde sus dedos descansan sobre mi piel desnuda—. Estas mismas manos que salvaron vidas en el quirófano, que podrían acabar con ellas con la misma facilidad, y las usaste para protegerme.

El agarre de Van se intensifica, su pulgar presiona contra el rápido pulso de mi muslo. —No deberías encontrar consuelo en eso.

—Pero lo hago. —La confesión se me escapa antes de que pueda detenerla—. No debería querer que el hombre que Dom contrató para protegerme me toque así, pero no puedo dejar de pensar en qué más podrían hacerme estas manos.

El coche da un ligero bandazo cuando su control falla por un segundo. Cuando corrige el rumbo, su mano sube más, las yemas de sus dedos rozando el borde de encaje de mis bragas a través de la seda. El contacto me hace jadear.

—Joder —murmura, pero no se aparta—. No podemos hacer esto.

—¿No podemos? —Me muevo de nuevo, dejando que mis muslos se abran lo suficiente para que sus dedos se deslicen entre ellos. La seda se amontona alrededor de su muñeca, y puedo sentir el calor que irradia de su palma—. Porque parece que ya lo estamos haciendo.

Su respiración cambia, volviéndose más agitada al sentir el calor húmedo de mi excitación incluso a través de las capas de tela. —Esto es una mala idea.

—La peor —convengo, pero ya estoy anhelando más presión, más contacto.

Van no responde, pero sus dedos presionan con más firmeza contra mí, encontrando mi clítoris a través de la seda y el encaje. El contacto es eléctrico, y no puedo reprimir el suave gemido que se me escapa.

El silencio se alarga hasta que entra en el garaje subterráneo de su edificio y el rugido del motor se apaga. En la repentina quietud, puedo oír mi propia respiración, puedo sentir el peso de todo lo no dicho suspendido entre nosotros. Su mano sigue entre mis muslos, todavía haciéndome temblar de deseo, y ambos sabemos que de esto no hay vuelta atrás.

—Acabamos de declararle la guerra a los Torrino —susurro, pero incluso mientras lo digo, me arqueo hacia su tacto.

—Lo sé. —Su voz es áspera por el deseo mientras finalmente, lentamente, retira su mano de debajo de mi vestido. Pero sus ojos permanecen fijos en los míos, oscuros y llenos de promesas—. Y ahora mismo, en lo único que puedo pensar es en las ganas que tengo de follarte hasta que olvides tu propio nombre.

Esas palabras crudas envían un calor líquido directo a mi sexo. Nunca le había oído hablar así, de forma tan descarnada, posesiva y absolutamente obscena. En lugar de escandalizarme, me desespera por más.

—Entonces, ¿por qué seguimos sentados en este coche? —le reto.

Algo se quiebra en su expresión. Antes de que pueda tomar otro aliento, sale del asiento del conductor y abre mi puerta, atrayéndome hacia él con un hambre desesperada. El beso no se parece en nada al último. Es pura necesidad y días de tensión acumulada que por fin se desatan.

Avanzamos a trompicones hacia el ascensor, con las manos explorando y las bocas chocando, y la seda color noche de mi vestido crea fricción entre nosotros con cada movimiento. Para cuando llegamos a su apartamento, ambos respiramos agitadamente, y hemos superado el punto de fingir que esto es solo un deber profesional.

—No deberías haber estado allí esta noche —la voz de Van es cortante mientras entramos en su apartamento, todo ladrillo visto y sombras industriales. Se quita la pajarita con movimientos bruscos, y la elegante tela negra cae olvidada al suelo.

Pero ahora sus palabras suenan diferentes. No despectivas, sino protectoras. Posesivas. Como si la idea de que yo esté en peligro le afectara a un nivel que no tiene nada que ver con su trabajo.

—No lo hagas —me vuelvo para enfrentarlo, y mi vestido de gala azul oscuro de repente se siente como una armadura entre nosotros —. No le restes importancia a lo que ha pasado como si fuera una niña que se ha metido en asuntos de adultos.

—Podrían haberte matado —se quita la chaqueta y la lanza sobre el respaldo de su sillón de cuero. La violencia de sus movimientos hace que se me dispare el pulso y que mis pezones se endurezcan contra la seda del vestido.

—A ti también —doy un paso hacia él, y la seda susurra alrededor de mis tobillos—. Ese es tu trabajo, ¿no? ¿Protegerme, aunque te cueste la vida?

Van se queda inmóvil, y sus ojos grises despiden un brillo peligroso. —Eso es exactamente lo que es. Un trabajo.

Pero ahora veo a través de esa mentira. No después de la forma en que me ha tocado en el coche, no después de la forma en que me mira como si quisiera devorarme. —Actúas como si tu vida fuera prescindible. Como si no debiera preocuparme si vuelves a casa vivo.

—No deberías —se acerca acechante, acorralándome contra la pared de ladrillo visto—. Preocuparte por mí no forma parte de este acuerdo.

—Ah, genial, otra regla. Deberías escribirlas todas… ¿quizá en una bonita lista con viñetas? Podría plastificarla. Para hacerlo oficial. «Cosas que Carmela no tiene permitido sentir, volumen uno».

Él gruñe. Típico.

Me río, pero sin pizca de humor. —La forma en que me has mirado esta noche, la forma en que me has tocado en el coche. ¿Eso formaba parte de este… de este acuerdo?

—No sabes de lo que hablas —su voz baja, volviéndose más peligrosa.

—Sé que me deseas —las palabras penden entre nosotros como un desafío. El corazón me late con tanta fuerza que estoy segura de que puede oírlo—. Sé que piensas en mí cuando no deberías. Y sé que te estás mintiendo a ti mismo sobre lo que es esto.

Van apoya una mano en el ladrillo junto a mi cabeza, enjaulándome contra la pared. La seda azul oscuro de mi vestido crea una barrera entre nosotros, pero puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, puedo oler su cara colonia mezclada con algo más oscuro, más primitivo.

—No tienes ni idea de en qué pienso —gruñe, mientras su mano libre aprieta la seda a la altura de mi cintura—. Ni idea de lo que quiero hacerte.

—Pues demuéstramelo —las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, y veo que algo se quiebra en su autocontrol.

Su boca se estrella contra la mía con un hambre desesperada, abandonando toda pretensión. El beso es pura necesidad y días de tensión acumulada que por fin se desatan. Su lengua invade mi boca, reclamándola como si fuera suya, y yo me derrito en él con un gemido.

Aprieto su camisa con los puños mientras me aprisiona contra la pared de ladrillos; la textura áspera roza la seda de mi vestido. Sabe a whisky y a poder, y me estoy ahogando en él. Mi sexo palpita con cada caricia de su lengua, y siento cómo me humedezco por segundos.

—Joder —susurra contra mis labios, con una mano enredada en mis rizos mientras la otra aprieta puñados de seda oscura—. Llevo días deseando esto. Deseando doblarte sobre mi escritorio y follarte hasta que grites mi nombre.

La confesión envía una espiral de calor líquido a través de mí. Sus palabras son obscenas, posesivas, y hacen que mi sexo se contraiga de necesidad. Es brusco y autoritario y absolutamente jodidamente lascivo.

—Van —jadeo mientras su boca se desplaza hacia mi garganta, sus dientes rozando la piel sensible bajo mi oreja. La aguda mordida de dolor mezclada con placer me hace gimotear.

—Dime que quieres esto —ordena contra mi cuello, con su aliento caliente y exigente. Su mano se desliza hacia abajo para ahuecar mi trasero a través de la seda, apretando lo suficiente para que me arquee contra él—. Dime que quieres que te folle.

—Sí —la palabra se desgarra en mi garganta mientras su otra mano encuentra la abertura de mi vestido, sus dedos rozando mi muslo desnudo—. Te deseo. Necesito que…

Me arrebata la boca de nuevo, tragándose cualquier cosa que estuviera a punto de decir. El beso se vuelve más exigente, más posesivo, su lengua reclamando la mía mientras su mano se desliza más arriba bajo mi vestido. Cuando sus dedos rozan el encaje húmedo de mis bragas, ambos gemimos.

—Joder, qué mojada estás ya —gruñe contra mi boca, presionando el encaje contra mi clítoris a través de la tela—. Qué buena chica, preparándote para mí.

El elogio me marea. Nadie me ha llamado nunca buena chica mientras hacía algo tan sucio, y el contraste envía ondas de choque por todo mi cuerpo. Me estremezco contra su mano, desesperada por más presión, más fricción, más de todo.

—Por favor —gimoteo, sin estar segura de qué estoy suplicando.

—¿Por favor, qué? —sus dedos trazan el borde de mis bragas, provocándome sin darme lo que necesito—. Usa las palabras.

—Tócame —jadeo, mis caderas girando contra su mano—. Por favor, tócame bien.

—¿Así? —hace a un lado el encaje y desliza un dedo por mis pliegues húmedos, haciéndome soltar un grito—. Joder, estás empapada. ¿Es en esto en lo que has estado pensando? ¿En mí tocando tu bonito coñito?

No puedo articular palabra, solo asiento frenéticamente mientras él rodea mi clítoris. Sus manos de cirujano saben exactamente cómo tocarme, exactamente cuánta presión aplicar para hacerme temblar contra la pared.

—Necesito saborearte —dice de repente, dejándose caer de rodillas frente a mí. La imagen de este hombre poderoso arrodillado a mis pies hace que mis entrañas se contraigan de deseo.

Me sube el vestido hasta la cintura y engancha los dedos en la cinturilla de mis bragas, bajándomelas por las piernas con una lentitud agónica. Cuando el encaje toca el suelo, me separa los muslos con las manos, exponiéndome por completo a su mirada hambrienta.

—Hermosa —murmura, mientras presiona besos ardientes en la cara interna de mis muslos—. Voy a hacer que te corras en mi lengua, y luego voy a follarte tan duro que olvidarás hasta tu nombre.

Esa sucia promesa me hace gemir de necesidad. Cuando su boca por fin hace contacto con mi centro, casi grito. Su lengua lame mi clítoris con amplias pasadas antes de centrarse en el sensible nódulo de nervios.

—Van, oh, Dios —gimo, con las manos enredadas en su pelo oscuro mientras me trabaja. Desliza dos dedos dentro de mí, curvándolos para tocar ese punto que me hace ver las estrellas.

—Eso es —gruñe contra mi clítoris, y las vibraciones me hacen temblar—. Córrete sobre mi cara. Demuéstrame cuánto necesitas esto.

No puedo evitar obedecer, mis caderas se mueven contra su boca mientras me reclama con sus dedos y su lengua. El placer crece y crece hasta que estoy al borde del abismo, desesperada por liberarme.

—Córrete para mí —ordena, succionando mi clítoris con fuerza—. Córrete en mi lengua como una niña buena.

El orgasmo me desgarra, mi cuerpo se convulsiona mientras grito su nombre. Me acompaña durante todo el proceso, su lengua se suaviza a medida que las olas de placer remiten lentamente. Cuando por fin vuelvo en mí, está de pie frente a mí de nuevo, con los labios brillantes por mi excitación.

—No hemos terminado —dice, con la voz áspera por la necesidad. Me levanta con facilidad, mis piernas se enroscan en su cintura mientras me lleva al sofá. En lugar de tumbarme con delicadeza, me da la vuelta y me inclina sobre el respaldo, con las manos apoyadas en los cojines de cuero.

La postura me deja completamente expuesta a él, con el vestido arremangado en la cintura y el culo en el aire. Oigo el sonido de su cremallera, y luego siento la gruesa punta de su miembro presionando contra mi entrada.

—¿Estás segura de esto? —pregunta, con las manos aferradas a mis caderas. Pero hay un matiz oscuro en su voz que me dice que

apenas se está conteniendo.

—Sí —respiro, empujando hacia atrás contra él—. Por favor, Van. Te necesito dentro de mí.

Me penetra de una sola y dura embestida, llenándome por completo. Grito ante el repentino estiramiento, luchando por adaptarme a su tamaño. Es más grande de lo que esperaba, grueso y largo y perfectamente diseñado para destrozarme.

—Joder, qué estrecha estás —gime, quedándose quieto para dejar que me acostumbre—. Tu coñito me está apretando muy fuerte.

Nunca me habían hablado así. Esas palabras sucias hacen que me contraiga a su alrededor, y él sisea en respuesta. Cuando empieza a moverse, lo hace con embestidas lentas y profundas que me hacen jadear con cada una. El ángulo le permite alcanzar lugares dentro de mí que ni siquiera sabía que existían.

—Más duro —exijo, empujando hacia atrás contra él—. Puedo soportarlo.

Algo cambia en él entonces, como si mi permiso hubiera desatado al animal que mantenía a raya. Su agarre en mis caderas se tensa mientras empieza a follarme con embestidas bruscas y potentes que hacen que el sofá se deslice por el suelo.

—¿Es esto lo que querías? —gruñe, agarrándome el pelo con una mano y echándome la cabeza hacia atrás—. ¿Que te pusieran a cuatro patas y te follaran como la guarra que realmente eres?

—Sí —jadeo, el ligero dolor en mi cuero cabelludo se mezcla con el placer de su verga estirándome—. Dios, sí.

—Supe que eras diferente la primera vez que te vi —continúa, su voz oscura y posesiva—. Supe que necesitabas a alguien que te mostrara lo que realmente eres. No quieres a un chico tierno que te trate como si fueras de cristal. Quieres a un hombre que te folle duro y te haga suya.

Sus palabras me lanzan en espiral hacia otro orgasmo. La idea de que viera a través de mi apariencia protegida algo más profundo, algo que ni siquiera yo sabía que existía, me hace sentir expuesta de la mejor manera posible.

—Quiero ser tuya —admito, las palabras arrancadas de algún lugar profundo dentro de mí—. Quiero que me hagas tuya.

—Ya lo eres —gruñe, su ritmo se vuelve casi castigador—. Este coño me pertenece ahora. Nadie más puede tocarte, verte así.

Esa afirmación posesiva me empuja al límite. Me corro con un grito, todo mi cuerpo tiembla mientras el orgasmo me desgarra. Él le sigue segundos después, enterrándose profundamente mientras me llena con su semen, mi nombre cayendo de sus labios como una plegaria.

Durante largos momentos, permanecemos unidos, ambos respirando con dificultad. Luego vuelve a ser tierno, retirándose con cuidado de mí y ayudándome a ponerme de pie sobre mis piernas temblorosas. Me alisa el vestido sobre los muslos, un gesto sorprendentemente protector.

—¿Puedes caminar? —Sus ojos grises escrutan mi rostro con preocupación mezclada con algo más suave.

—Creo que sí. —Pero cuando doy un paso, las piernas me tiemblan, y él inmediatamente me toma en brazos.

—Al dormitorio —dice simplemente, llevándome en brazos a través de su austero apartamento como si no pesara nada.

En su dormitorio, me deposita en la cama con cuidado. El cirujano gruñón que ladra órdenes a todo el mundo ha desaparecido, sustituido por alguien tierno de una manera que me confunde. Desaparece en el baño y regresa con una toallita tibia.

—Esto podría estar sensible —advierte, su tacto cuidadoso mientras me limpia entre las piernas. La intimidad del gesto hace que me ardan las mejillas, pero no protesto.

Lo observo trabajar, viendo el contraste entre el hombre que acaba de follarme hasta dejarme sin sentido y este cuidador gentil. Todo es diferente ahora. Yo soy diferente. Y no sé si eso me excita o me aterroriza.

—¿Van? —Le sujeto la muñeca cuando empieza a apartarse—. ¿Qué pasa ahora?

Algo parpadea en su expresión, sorpresa, quizá, de que no esté huyendo. Lanza la toallita a un lado y se acomoda a mi lado en la cama, pero ahora hay algo calculador en sus ojos.

—Ahora a dormir —dice, arropándome con las sábanas. Pero en lugar de acomodarse a mi lado como esperaba, se sienta en el borde de la cama, completamente vestido a excepción de la chaqueta y la corbata que se ha quitado—. Mañana estableceremos algunas reglas.

El cambio en su tono me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío. —¿Reglas?

—Pareces tener la impresión de que lo que acaba de pasar cambia nuestro acuerdo. —Su voz vuelve a adquirir esa frialdad que

reconocí en el hospital, pero ahora hay algo más oscuro debajo. Algo posesivo—. No lo hace.

Parpadeo, mirándolo, mientras mi neblina postorgásmica se disipa rápidamente. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que te jodo cuando quiero joderte. Y como quiero joderte. —Recorre la curva de mi mandíbula con un dedo, un contacto engañosamente suave—. Pero eso no te convierte en mi novia, princesa. Te convierte en mía.

La distinción escuece. —Van…

—Querías saber lo que estas manos podían hacerte —continúa, mientras su pulgar roza mi labio inferior—. Ahora lo sabes. Pero no confundas un buen polvo con algo que no es.

Debería estar enfadada. Debería apartar su mano y salir de aquí hecha una furia. Pero tumbada, desnuda en su cama, rodeada de su olor y con el dolor persistente entre mis muslos, en lo único que puedo pensar es en la forma en que dijo «mía», como si estuviera reclamando un territorio.

—¿Y si quiero más que eso? —La pregunta se me escapa antes de que pueda evitarlo.

Algo peligroso parpadea en su expresión. —Entonces vas a aprender la diferencia entre lo que quieres y lo que obtienes. —Se inclina y su boca roza mi oreja—. Dulces sueños, Carmela. Intenta no pensar demasiado en qué otras reglas vamos a establecer.

Se pone de pie y se dirige hacia la puerta, dejándome desnuda y desconcertada en su cama.

—¿Adónde vas? —le pregunto a su espalda.

Se detiene en el umbral, con sus anchos hombros recortados contra la luz del pasillo. —A revisar las cerraduras. A asegurarme de que estás a salvo. —Su voz baja, más íntima—. Porque eso es lo que hago ahora. Protejo lo que es mío.

La puerta se cierra tras él con un suave clic, y me quedo sola en la oscuridad, con el corazón desbocado y el cuerpo ya doliéndome por su contacto de nuevo. Debería estar horrorizada por su dominio casual, por la forma en que ha reescrito las reglas sin preguntar.

En cambio, me encuentro apretando los muslos, ya húmeda de nuevo por la promesa en su voz. Sea cual sea el juego al que estamos jugando ahora, las apuestas acaban de subir infinitamente, y no tengo ni idea de si soy la jugadora o el premio.

9 - Van

La pesadilla me arranca del sueño a las 04:00, como todas las mañanas desde hace tres años. Es la misma secuencia de siempre: las quemaduras de la soga avivándose en mis muñecas mientras los soldados gritan pidiendo una ayuda que no puedo darles. El sabor metálico del miedo me cubre la lengua mientras salgo del sueño, con un sudor frío que hace que las sábanas se me peguen a la piel.

El otro lado de la cama está vacío, las sábanas aún tibias del lugar donde Carmela durmió antes de escabullirse a su propia habitación. Después de lo que pasó anoche entre nosotros —las reglas que le impuse, la forma en que la dejé sola después—, no estaba seguro de que se fuera a quedar en el apartamento. Pero su aroma perdura en la almohada, a vainilla y algo floral que atraviesa las respuestas al trauma mejor que cualquier medicamento.

04:02. Los números verdes del reloj digital se burlan de mi incapacidad para dormir más allá del horario de trauma al que mi cerebro se ha aferrado desde que me dieron de baja hace tres años.

Salgo de la cama, la madera fría bajo mis pies descalzos, mientras comienzo el ritual que me mantiene funcional: comprobar las cerraduras, revisar las ventanas, buscar amenazas que existen más en la memoria que en la realidad.

Puerta principal: tres cerraduras, todas aseguradas. Pruebo el pomo dos veces más porque la primera comprobación nunca parece suficiente.

Ventana de la cocina: bien cerrada, las persianas en ángulo para que nadie pueda ver el interior sin que yo note movimiento afuera.

Salón: cortinas echadas, sistema de seguridad activado, el sillón de cuero colocado de forma que puedo ver todos los puntos de entrada.

Durante estas rondas mañaneras, el apartamento se transforma en una posición táctica en lugar de un hogar. Cada sombra es evaluada, cada sonido catalogado y descartado. La hipervigilancia es agotadora, pero me ha mantenido con vida en situaciones peores que las políticas del lado sur de Chicago.

Me tiemblan ligeramente las manos al ponérselas bajo un chorro de agua fría. Los ejercicios de respiración no alivian un trauma tan profundo. Tampoco lo hacen los medicamentos que rechacé después de la baja. Solo el control ayuda: comprobar lo que se puede asegurar, gestionar lo que se puede predecir, ir tres pasos por delante de cualquier posible amenaza.

Incluidas las que podrían venir a por la mujer que está en alguna parte de mi apartamento.

Mido la nata hasta conseguir el tono exacto que le gusta a Carmela, con dos azucarillos disolviéndose mientras remuevo. Una taza de cerámica azul que se adapta perfectamente a sus pequeñas manos; la compré tres días después de que se mudara, diciéndome que era algo práctico. No hay nada de práctico en memorizar cómo toma alguien el café como si fuera un historial médico.

El ritual me calma las manos mejor que cualquier medicación. Controlar lo que puedo cuando todo lo demás parece caótico. Prepararle el café exactamente como le gusta significa algo: un terror doméstico que golpea más fuerte que los flashbacks del combate porque esto se parece demasiado al futuro que nunca me atreví a desear.

Café solo desde que me alisté a los dieciocho, igual todas las mañanas. Precisión militar aplicada a la ingesta de cafeína,

combustible para funcionar en lugar de por placer. Sin azúcar, porque la dulzura era un lujo que no podía permitirme anhelar. Sin nata, porque las complicaciones dificultaban el mantenimiento de todo.

Ahora estoy calibrando los niveles de dulzor para una fugitiva de veintitrés años que ha cambiado toda mi rutina matutina sin proponérselo.

La taza de cerámica se calienta bajo mis palmas mientras compruebo la temperatura: lo suficientemente caliente para reconfortar, lo suficientemente tibia para que no se queme la lengua. Llevo dos semanas observándola beber café, catalogando cada una de sus preferencias. La forma en que rodea la taza con ambas manos para calentárselas. Cómo cierra los ojos en el primer sorbo cuando acierto con la proporción exacta. El pequeño sonido de satisfacción que hace que algo se me oprima en el pecho cada vez.

Esta mujer que podría quedarse, que podría aprender a confiar en mí de nuevo después de cómo manejé la situación anoche.

Durante diecisiete años, las mañanas significaban café solo instantáneo y una evaluación táctica de los requisitos de supervivencia del día. Ahora significan medir la nata y preguntarme si la mujer que está en mi apartamento seguirá aquí la semana que viene.

El terror de esa posibilidad hace que apriete la mandíbula.

—¿Van? —Su voz, áspera y cálida por el sueño, hace que algo se desbloquee en mi pecho a pesar del comienzo hipervigilante de la mañana.

Aparece en el umbral de la cocina con mi suéter gris y nada más, los rizos oscuros alborotados por el sueño, los ojos verdes llenos de una

confianza suave. El suéter le queda enorme en su pequeña figura, un hombro desnudo al descubierto por donde se le ha deslizado. Joder, parece tan joven bajo la luz grisácea de la mañana que se filtra a través de las persianas que nunca abro del todo.

—El café está listo. —Le deslizo su taza por la encimera, observando cómo envuelve la cerámica con ambas manos, exactamente como había predicho.

Toma un sorbo, cerrando los ojos. —Perfecto.

La palabra me golpea con fuerza. Perfecto, algo que nunca he sido, ni podría ser después de lo que pasó en el extranjero. Pero esta pequeña cosa, este ritual doméstico que puedo ejecutar, se gana esa palabra de unos labios que saben a gloria.

Tres golpes secos en la puerta rompen el silencio de la mañana.

Mi cuerpo pasa instantáneamente a modo de combate: la hipervigilancia se dispara, mi mano se mueve hacia el arma que guardo en una funda bajo la encimera. Nadie llama a las 04:30 sin un motivo. Carmela aprieta con más fuerza su taza, pero no entra en pánico. Solo me mira con esos ojos que ven demasiado.

—Quédate aquí —ordeno, mi voz bajando a un registro de mando.

Ella asiente, pegándose a la encimera mientras me dirijo a la puerta. El entrenamiento militar toma el control: primero miro por la mirilla, catalogando las amenazas. Un traje caro visible a través de la lente de ojo de pez. El humo de un cigarrillo se enrosca en el pasillo. Una postura profesional que grita peligro a pesar de la falta de armas visibles.

Abro la puerta con mi cuerpo bloqueando cualquier línea de visión hacia Carmela, listo para cerrarla de un portazo o atacar si es

necesario.

El hombre en mi pasillo parece el hijo particularmente bien vestido del dinero y la violencia. Un traje de color carbón que cuesta más que los coches de la mayoría de la gente. Ojos oscuros que me evalúan con el tipo de precisión que reconozco en otros soldados. El cigarrillo entre sus dedos arde de manera constante, la ceniza perfectamente centrada como si hasta sus vicios requirieran control.

—Tiene treinta segundos para explicar por qué está en mi puerta antes del amanecer. —Mi mano permanece cerca del arma oculta, el cuerpo posicionado para atacar.

Da una lenta calada a su cigarrillo, estudiándome con una calma inquietante. Luego saca una tarjeta de visita con una mano, mientras que con la otra sujeta un sobre manila. La tarjeta dice: Dante Rosetti.

Rosetti. El apellido hace que apriete la mandíbula. Supongo que es uno de los primos de Carmela. Su postura táctica, su forma de moverse… este no es un principito mimado de la mafia. Es alguien que ha visto combate de verdad.

—Carmela nunca ha mencionado a ningún Dante —digo, sin moverme del umbral.

Saca el móvil y teclea algo, luego gira la pantalla para que pueda leer.

Carmela está en peligro. Tenemos que hablar.

Su mirada se desvía ligeramente, como si pudiera sentir la presencia de ella a mi espalda, a pesar de que está escondida.

—¿Dante? —La voz de Carmela denota sorpresa cuando aparece a mi lado, a pesar de mi orden de que se quedara atrás—. ¡Dios mío! ¿Cómo estás?

Se da dos golpecitos en la garganta con dos dedos y luego escribe: *Una vieja herida. No puedo hablar. He venido a ayudar.*

La tensión en mis hombros no disminuye. Un Rosetti que no puede hablar, pero que aun así impone tanta presencia, significa que le ocurrió algo violento. Algo que lo dejó dañado, pero peligroso.

—¿Cómo nos ha encontrado? —exijo.

Escribe de nuevo: *La familia siempre lo sabe. Los Torrinos están intensificando sus acciones. Necesitáis recursos.*

—No necesito…

—Van. —La mano de Carmela encuentra mi brazo, y su contacto me devuelve a la realidad antes de que pueda terminar de negarme—. Déjalo entrar.

Cada uno de mis instintos grita en contra. Otro jugador en esta partida, otra variable que no puedo controlar. Pero las fotos de vigilancia que sostiene, la evaluación profesional en sus ojos… tiene información que necesitamos.

Me hago a un lado y lo dejo entrar, manteniendo mi cuerpo entre él y Carmela. Se mueve por mi apartamento con la percepción de un soldado, tomando nota de las salidas y las posiciones defensivas antes de sentarse a la mesa de la cocina.

Apaga el cigarrillo en un silencio absoluto. Luego, extiende las fotos sobre mi mesa.

Son fotos de vigilancia de calidad militar de mi edificio; teleobjetivos que capturan a Carmela en la galería, completamente ajena a las miras telescópicas. Notas de posicionamiento táctico, listas de equipo que me hielan la sangre, porque esto no es cosa de aficionados.

—Equipos de cuatro —leo en las marcas de tiempo de coordinación y las especificaciones del equipo de comunicación—. Rotaciones de seis horas. Montaje de nivel profesional.

No se trata del cobro de deudas de un cirujano. Son protocolos de eliminación.

Aprieto la mandíbula mientras un trauma latente se dispara y extiendo las brillantes fotos por la encimera como si fueran planes de batalla. Imágenes de alta resolución muestran equipo especializado, material caro.

La pesadilla que me despertó ahora parece profética. Pero, esta vez, es a Carmela a quien quieren arrebatarme.

Mi orgullo quiere encargarse de esto solo. He sido lo bastante arrogante como para pensar que mi entrenamiento militar sería suficiente contra lo que fuera que los Torrinos pudieran lanzarme. Al mirar estas fotos —coordinación profesional, vigilancia de grado militar, tres equipos rotando—, me doy cuenta de lo jodidamente estúpida que fue esa suposición.

De lo cerca que estuve de hacer que la mataran por pura arrogancia.

—No solo me tienen en el punto de mira a mí —digo, estudiando las imágenes con miras marcadas de Carmela entrando en su galería—. La están cazando a ella específicamente.

Dante asiente y escribe en su bloc: *Necesita protección familiar.*

Las palabras saben a medicina no deseada, pero el pensamiento estratégico se impone al orgullo herido. El amor complica la supervivencia, pero también la hace necesaria. La seguridad de Carmela anula mi necesidad de independencia.

Tengo que tragarme el ego y depender de recursos que eclipsan mi sueldo de cirujano de trauma. La fortuna de la familia Rosetti podría financiar pequeñas guerras: redes de seguridad privada, sistemas de vigilancia, pisos francos.

—Necesito el blindaje de su familia —le digo a Dante, sintiendo cada palabra como si tragara cristales.

Pero ahora son eso, le guste o no a mi orgullo. La deuda que nos unió ha evolucionado hacia algo más profundo: protección mutua, una lealtad genuina que no depende de la sangre. Una familia elegida en lugar de asignada.

Dante ya está enviando un mensaje a alguien, sus dedos se mueven con rapidez.

—Nos quedamos aquí —digo, señalando los planos del edificio—. Su red de vigilancia puede supervisar los movimientos de los Torrinos mejor que cualquier piso franco. Es mejor defender nuestro terreno que huir al suyo.

Me muestra la pantalla de su móvil: *Marco está de acuerdo. De todas formas, Carmela no se escondería.*

Inteligente. Ella nunca aceptaría ir a un complejo de los Rosetti; se parecería demasiado a la protección de la que huyó en Nueva York. Aquí, mantiene su independencia mientras obtiene la seguridad que necesita para sobrevivir a lo que se avecina.

Dante escribe otra nota: *Recursos listos para esta noche. Vigilancia completa, equipos rotativos, protocolos de comunicación.*

La maquinaria de la protección familiar poniéndose en marcha a nuestro alrededor.

Flexiono los dedos. La elegante línea del cuello de Carmela atrae mi atención: la piel pálida donde la besé anoche, la reclamé, la dejé sin aliento con un «Sí, señor» escapando de sus labios. Mi polla se agita al recordar su perfecta sumisión, la forma en que su cuerpo respondía a cada orden.

¿Qué clase de hombre enseña a una fugitiva a arrodillarse para luego dejar que la atrapen en el punto de mira?

Después de que Dante se marcha, cierro la puerta con llave tras él —las tres cerraduras, metódico como siempre—, pero esta vez el ritual se siente diferente. No es para mantener fuera las amenazas, sino para prepararse para la guerra. Cuando vuelvo a la mesa de la cocina, las fotos tácticas que me esperan ya no parecen problemas. Parecen objetivos.

Evaluación de amenazas de nivel profesional, precisión militar en su planificación que se asemeja a lo que yo haría si los papeles se invirtieran.

Esto comenzó como el pago de una deuda: mantener a salvo a la chica Rosetti, saldar mi obligación.

Ahora es una obsesión absorbente.

Estudio fotos de vigilancia de Carmela caminando hacia el trabajo, sin ser consciente de que una mira sigue su movimiento. La idea de que alguien la toque, que la lastime, hace que algo depredador y violento se desate en mi pecho. No el soldado roto que se despierta

gritando, sino algo más peligroso. Un hombre que la encerraría en un lugar seguro y eliminaría cada amenaza para nuestro futuro.

La responsabilidad de desear a alguien con esta intensidad ya no me aterra.

En su lugar, me encuentro calculando exactamente a cuánta gente estoy dispuesto a matar para mantenerla a salvo.

La respuesta, mientras contemplo las fotos de posibles puntos de entrada y protocolos de eliminación, es: a todos.

A cada. Puto. Uno.

Se acabó el jugar a los soldaditos. Esto es guerra estratégica, y tengo recursos familiares que hacen que los Torrino parezcan unos meros aficionados. Que vengan con su vigilancia profesional y sus equipos coordinados.

No tienen ni idea de a qué se enfrentan ahora.

Carmela aparece detrás de mí, y su pequeña mano se posa en mi hombro mientras estudia las fotos. —Vaya, me sacaron por mi lado bueno. Aunque seguirme para ir a por un café me parece excesivo… podrían haberse limitado a pedir lo que pido siempre, como los acosadores normales.

—Carmela, esto…

—¿Cómo de grave es? —pregunta, poniéndose seria.

—Lo bastante como para que tu familia esté involucrada.

Se queda en silencio un momento, procesándolo. Luego, su mano se aprieta en mi hombro; no es miedo, sino determinación.

—Bien —dice, con una frialdad en la voz que solo había vislumbrado antes—. Que intenten tomar lo que es nuestro.

Nuestro.

La palabra me golpea de lleno. No es el pago de una deuda. No es una obligación. Nuestro.

La palabra flota entre nosotros, cargada de promesas y amenazas. Está ahí de pie, con mi jersey puesto, descalza en mi cocina, mirando fijamente las fotos de vigilancia de los hombres que quieren matarla… y no tiene miedo. Está furiosa. La visión de su fiera protección sobre lo que hemos construido juntos destruye lo último que me quedaba de control.

Antes de que pueda reaccionar, me pongo en movimiento. Me giro en la silla para encararla, mis manos encuentran su cintura y la levanto sobre la encimera. Las fotos se esparcen bajo ella mientras me coloco entre sus piernas y mi boca reclama la suya con una desesperada avidez.

Sabe a café, a sueño y a hogar; todo lo que nunca pensé que podría tener. Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome hacia ella, correspondiendo a mi desesperación con su propia e intensa necesidad.

—Dilo otra vez —gruño contra sus labios, mis manos deslizándose por sus muslos, subiendo el jersey cada vez más.

—Nuestro —susurra, y la palabra hace que algo primario y posesivo ruja por mis venas—. Esto es nuestro, Van. No pueden tenerlo.

Mi boca se desplaza hacia su garganta, saboreando el pulso que late salvajemente contra mi lengua.

Las fotos de vigilancia se arrugan bajo ella mientras la empujo contra la encimera, mi cuerpo cubriendo el suyo. Cualquiera que quiera quitármela tendrá que pasar primero por un infierno.

Y me aseguraré de que sea exactamente ahí adonde los envíe.

—Al dormitorio —ordeno contra su oído, mis manos ya trabajando para levantarla—. Ahora.

Ella rodea mi cintura con sus piernas mientras la alejo de las fotos, de las amenazas, hacia el santuario donde ella es mía y yo soy suyo, y nada más existe.

Los Torrino pueden planear todo lo que quieran.

Nunca entenderán a qué se enfrentan en realidad: a un hombre que ha encontrado algo por lo que merece la pena matar, y a una mujer que lo ha reclamado como suyo.

10 - Carmela

Estoy dolorida después de que Van me haya poseído por completo dos veces en apenas dos días. Mi cuerpo no está acostumbrado a esto.

El silencio en su estéril apartamento se siente diferente ahora, cargado de energía. Deambulo por su espacio con una de sus camisas de pijama quirúrgico, y mi cuerpo aún vibra por su intensidad.

Van ya se ha ido a una cirugía de emergencia; algo sobre un accidente múltiple que no podía esperar. Antes de irse, me besó con fuerza y luego me puso una tarjeta de crédito en la mano. —Vuelvo pronto. Compra lo que sea que te haga feliz. —Luego cogió las llaves y se marchó antes de que pudiera responderle nada.

Lo que sea que me haga feliz. Pienso en esas palabras hasta que se funden. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me dijo eso sin añadir condiciones? ¿Sin esperar nada a cambio?

El suave algodón de su camisa de pijama quirúrgico me llega hasta los muslos mientras voy a la cocina y miro la tarjeta de crédito, negra mate con su nombre grabado en plata. No se indica ningún límite de gasto.

Siento un extraño aleteo en el pecho. Estoy tomando una decisión sin la aprobación de mi familia, sin pedir permiso, sin tener en cuenta lo que quieren los demás. Solo yo, reclamando mi espacio en este apartamento estéril que parece más una instalación médica que un hogar.

¿De verdad estoy haciendo esto? ¿Jugando a la vida en pareja con un hombre que podría partirme en dos? La idea me hace sonreír mientras voy a cambiarme para ponerme unos vaqueros y una camiseta.

Dos horas más tarde, sigo tarareando mientras coloco suculentas en los alféizares de sus ventanas; su verde brillante resulta impactante contra todo el gris y el negro. Mi voz resuena en sus paredes desnudas; probablemente, la primera música que han oído estas habitaciones. Unos granos de café de un tostador local llenan un tarro de cristal en la encimera, y su intenso aroma ya caldea la cocina. Cojines de un amarillo brillante salpican el sofá de cuero. Un filodendro cuelga de una maceta colgante, dando vida a su vacío cuidadosamente controlado.

Estoy orgullosa de las plantas, emocionada por mi independencia, y espero desesperadamente que le encante lo que he hecho. O que al menos no lo odie. Sienta bien tomar por fin decisiones que siento como totalmente mías.

—He colocado las suculentas según sus necesidades de luz —le digo al apartamento vacío, ensayando lo que diré cuando llegue a casa. ¿Sueno segura de mí misma? ¿O como una niña presumiendo de sus dibujos infantiles?

Los cojines amarillos captan la luz de la tarde, y me imagino la reacción de Van. ¿Los verá como la alegría invadiendo su oscuridad, o como un territorio que estoy reclamando sin permiso? La incertidumbre hace que se me acelere el pulso, pero no los quito. He elegido quedarme. He elegido construir algo aquí en lugar de huir.

Veo mi reflejo en sus impecables ventanas: una mujer pequeña con unos simples vaqueros y una camiseta, el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas por la satisfacción. Parezco… feliz. ¿Cuándo fue la última

vez que parecí genuinamente feliz en lugar de fingir felicidad para mi familia?

El tarro de café brilla en su estéril encimera como una pequeña rebelión. Paso los dedos por su suave superficie, sonriendo al ver cómo el intenso aroma transforma su clínica cocina en algo que respira.

La pesadilla de Van comienza durante su siesta de la tarde, después de regresar de la cirugía de emergencia, agotado por las horas de trabajo traumatológico sumadas a todo lo que hemos estado enfrentando. Estoy trasplantando hierbas aromáticas en la encimera de la cocina cuando oigo la primera bocanada de aire brusca desde el dormitorio.

Luego comienzan las sacudidas.

Me quedo helada, con los dedos cubiertos de tierra, escuchando cómo su poderoso cuerpo se convulsiona contra las sábanas. Esto no es un sueño agitado. Es algo más oscuro.

—No —jadea, con la voz rota por un terror que nunca antes le había oído—. No puedo elegir. No me hagas elegir.

Se me encoge el corazón. Probablemente debería darle su espacio, dejar que supere esto solo. Pero los sonidos que emite, guturales, rotos, me arrastran hacia el dormitorio como la gravedad.

Lucha contra unas ataduras invisibles, sus muñecas se retuercen con ese movimiento específico que le he visto hacer cuando cree que no lo estoy mirando. —Los pacientes —suplica a alguien que no está ahí —. ¿A qué pacientes salvo? No puedo… están… no…

Oh, Dios. No es una pesadilla cualquiera. Es *la* pesadilla. La que le grabó esas cicatrices de cuerda en las muñecas.

Su cuerpo se sacude contra unas bridas fantasma, reviviendo el horror que le robó pedazos de su alma. —Elige —susurra desesperado, y me doy cuenta de que esto es lo que vive bajo su cuidadoso control. Por eso necesita poder en lugar de indefensión.

—Sálvalos —susurra, y luego sus palabras se apagan en sonidos ininteligibles.

Verlo atrapado en el trauma me rompe algo en el pecho. No sé qué estoy haciendo, pero no puedo quedarme aquí parada mientras sufre.

Sin pensar, caigo de rodillas junto a la cama y pongo las manos planas sobre su pecho, donde su corazón late como si fuera a estallar. Algo sobre mantener la calma, anclarlo a través de un contacto firme… surge de un instinto profundo que no sabía que tenía.

—Van —digo, dejando que mi voz atraviese la oscuridad que lo consume—. Estás a salvo. Estás en casa.

Sus sacudidas no cesan, pero algo cambia. Mi voz lo alcanza incluso en las garras de la pesadilla.

Mantengo las manos firmes sobre su pecho, sintiendo el rápido subir y bajar de su respiración. ¿De verdad estoy ayudando, o solo estoy jugando a las casitas como una estúpida chica enamorada? «Chica local salva a cirujano gruñón con el poder del optimismo». Vaya titular sería ese.

La duda intenta colarse, pero la aparto. Ahora mismo, esto no va de mí.

—Los salvaste a todos, Van. A todos los pacientes que pudiste alcanzar. Ya no estás indefenso.

Mi voz se convierte en un ancla que lo arrastra hacia la seguridad.

—Vuelve a mí —susurro, inclinándome más cerca—. Ya no estás allí. Estás aquí, conmigo, y estás a salvo.

Sus ojos se abren de golpe, salvajes y desenfocados, buscando amenazas que no existen. Pero cuando se encuentran con los míos, algo se calma. Su respiración comienza a ralentizarse; la realidad le gana la batalla al recuerdo.

—¿Carmela? —Su voz es ronca, insegura, como si no pudiera creer que soy real.

—Estoy aquí. —No aparto las manos de su pecho—. Estás bien. Estás en casa.

Se incorpora lentamente, pasándose las manos temblorosas por el pelo. Cuando repara por primera vez en el apartamento transformado, su mirada va de las plantas a los granos de café y al toque de color que he esparcido por su espacio cuidadosamente controlado.

—Te has quedado —dice, y hay asombro en su voz.

—Elegí quedarme —lo corrijo, sintiendo que la distinción es importante—. Elegí construir algo aquí en lugar de huir.

Se levanta despacio, moviéndose por el apartamento como si lo viera por primera vez. Sus dedos rozan las suaves hojas del filodendro, recorren los vivos cojines. Cuando coge el frasco de granos de café e inspira, algo parecido a una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Le has dado vida —dice en voz baja.

El orgullo me hincha el pecho. —He colocado las suculentas según sus necesidades de luz —le digo, dando saltitos sobre las puntas de los pies, emocionada por mis victorias domésticas—. Y el tostador de café dijo que estos granos combinan a la perfección con el amanecer.

Su atenta observación de mi comportamiento de anidación me hace tomar conciencia de repente de la diferencia de edad que hay entre nosotros. Donde yo veo pequeños triunfos, él ve patrones más profundos. Donde yo siento orgullo por logros sencillos, él reconoce algo más profundo.

—Joder, de verdad te has quedado. —Se le quiebra un poco la voz, como si esperara volver a casa y encontrar las habitaciones vacías—. Has comprado café. Café de verdad.

La emoción en carne viva de su voz me pilla por sorpresa. Este hombre tan controlado, desarmado por unos cojines amarillos y unos granos de café.

—Estoy creando un hogar —le digo, sintiendo que las palabras suenan más maduras que cualquier cosa que haya dicho nunca—. Hay una diferencia entre reclamar un territorio y construir algo juntos.

Sus ojos se oscurecen con algo que me acelera el pulso. —¿Juntos?

—Si es lo que quieres. —De repente vuelvo a estar nerviosa, joven e insegura a pesar de todo—. Quiero decir, sé que soy joven y que no sé muy bien lo que hago con esto de la domesticidad, pero…

Se acerca a mí en tres zancadas, su boca captura la mía en un beso que transmite gratitud y posesión y algo más profundo que temo nombrar. Cuando nos separamos, ambos con la respiración agitada, apoya su frente en la mía.

—Es lo que quiero —dice, sin más.

Van vuelve de su turno de noche en el hospital y me encuentra paralizada junto a la mesa de la cocina, con fotos esparcidas sobre su superficie como una espantosa baraja de cartas. Imágenes brutales de la violencia de los Torrino: cuerpos dispuestos en aparcamientos, familiares que hicieron demasiadas preguntas, las crueldades específicas que utilizan para enviar mensajes.

Mi optimismo se estrella contra la realidad de la guerra de la mafia extendida en lustrosas copias de veinte por veinticinco. Ya no son amenazas lejanas. Esto es lo que quiere hacerle daño a Van por mi culpa, por mi apellido, por la deuda que tiene con mi familia.

—¿De dónde ha salido esto? —pregunta. La mandíbula de Van se tensa mientras contempla las fotos esparcidas por nuestra mesa, porque ahora es nuestra, ¿no?

—Marco las ha hecho entregar. —Mi voz se mantiene firme aunque me tiemblan las manos—. Quiere que entendamos a qué nos enfrentamos.

Las imágenes están diseñadas para aterrorizar, para hacer que vuelva corriendo a la seguridad de la protección familiar. Fotos de torturas, de muertes lentas, de lo que los Torrino hacen a la gente que se interpone en su camino. Cojo una foto: una mujer de mi edad, atada y torturada por los errores de su padre. Tiene el pelo oscuro como yo.

—Están dispuestas como en la inauguración de una galería macabra —me oigo decir, con esa alegría inapropiada asomando en mi voz cuando estoy aterrorizada—. Muy del Renacimiento oscuro. Los Torrino deberían plantearse una mejor iluminación si quieren conseguir todo el efecto dramático… —Se me quiebra la voz y el miedo me invade. No solo por mí, sino por Van. Por lo que le harán por mi culpa.

Mi respiración se vuelve superficial y rápida. De repente, el apartamento parece demasiado pequeño, demasiado expuesto. ¿Y si nos están observando ahora mismo? ¿Y si vienen a por nosotros esta noche?

—No puedo… —Las palabras se me atascan en la garganta—. Van, ¿y si te hacen daño? ¿Y si hago que te maten solo por estar aquí?

Ya no son amenazas lejanas. Esto es lo que quiere hacer daño al hombre del que me estoy enamorando por mi apellido, por decisiones que tomé sin entender las consecuencias.

Van está ahí al instante, sus manos enmarcando mi cara, sus ojos de acero fijos en los míos con absoluta concentración.

—Mírame —ordena, su voz bajando a ese registro dominante que hace que se me acelere el pulso—. Respira conmigo.

Pero no puedo. Las fotos siguen apareciendo en mi mente: los ojos aterrorizados de esa mujer, sus manos atadas, lo que le hicieron antes de morir. —Se parece a mí —susurro—. Podría ser yo, y entonces tú estarías…

—Carmela. —Su voz atraviesa mi pánico creciente—. Estás a salvo. Estoy a salvo. Vamos a encargarnos de esto.

—¿Cómo? —Mi voz se quiebra con veinticuatro años de inocencia protegida que finalmente se topan con la realidad de lo que significa mi apellido—. No sé cómo luchar contra gente así. No sé cómo protegerte de…

Su boca captura la mía, dura, posesiva y anclándome a la realidad. Cuando nos separamos, vuelvo a respirar en sincronía con él.

—¿Confías en mí? —pregunta, sus pulgares acariciando mis pómulos.

—Sí. —La respuesta sale sin dudar.

—Entonces deja que me ocupe de esto. Deja que te cuide. —Sus ojos escudriñan los míos, y veo algo más profundo que dominación en ellos. Protección, posesión y algo que parece casi amor—. ¿Puedes hacer eso por mí?

La petición aplaca algo salvaje y aterrado en mi pecho. Esto es lo que hacemos: él lidera, yo sigo, y juntos somos más fuertes que cualquiera de nosotros por separado.

—Sí —susurro.

Pero en lugar de apartarse, en lugar de hacer llamadas telefónicas o planear una estrategia, las manos de Van se deslizan hacia mi garganta, sus dedos trazando el lugar donde mi pulso martillea contra mi piel.

—Tú me anclaste a la realidad cuando estaba perdido en el trauma —dice, con la voz ronca por la emoción—. Ahora déjame anclarte a ti.

La intensidad familiar empieza a centrarme. Las manos de Van, firmes y seguras, reemplazan el caos con control. El miedo no

desaparece, pero se transforma en otra cosa: confianza, necesidad, la certeza de que con él estoy a salvo sin importar qué peligros acechen fuera de estos muros.

—Necesito que estés presente conmigo —continúa—. No perdida en los «y si…» y el terror. ¿Puedes estar presente para mí?

—¿Mejor? —pregunta, al percibir el cambio en mi respiración, la forma en que mis hombros se relajan bajo su tacto.

—Mejor —confirmo, y lo digo de verdad.

Me guía hacia el dormitorio y yo lo sigo de buena gana, sabiendo que, sea lo que sea que nos espere mañana, esta noche tenemos esto. Esta noche nos tenemos el uno al otro.

—Las fotos pueden esperar —dice, mientras sus manos ya me están subiendo la blusa quirúrgica por el cuerpo—. Ahora mismo, solo existimos tú y yo.

Los Torrinos creen que pueden alejarme de él con amenazas e imágenes brutales. No entienden que el miedo solo hace que me aferre con más fuerza a lo que he decidido proteger.

Quieren usar mi terror en mi contra. En lugar de eso, voy a dejar que Van lo transforme en algo que nos haga más fuertes a los dos.

Su boca encuentra mi garganta, sus dientes rozan la piel sensible, y yo me arqueo hacia él con un jadeo. Mis manos juguetean con su cinturón, desesperadas por sentir su polla dura y lista contra mi palma.

—Esa es mi chica —gruñe mientras yo le envuelvo la verga con los dedos, acariciándolo hasta que su respiración se vuelve agitada—. Demuéstrame cuánto lo necesitas.

Lo guío hasta la cama, empujándolo para sentarme a horcajadas sobre sus muslos. Cuando me hundo en su polla, acogiéndola profundamente en mi coño húmedo, ambos gemimos por el ajuste perfecto.

Así es como luchamos contra la oscuridad. Juntos, con los cuerpos unidos, reclamándonos el uno al otro a pesar de cada amenaza que intenta separarnos.

11 - Van

Tres soldados de Torrino tienen a Carmela acorralada en el impoluto espacio blanco de la galería cuando llego. El que los lidera —de mandíbula cuadrada y una nariz rota tantas veces que parece artificial— la señala con un dedo carnoso y lleno de anillos mientras sus compañeros flanquean las salidas. Se me tensa la mandíbula al contemplar la escena a través de las puertas de cristal. Ni siquiera intentan ser sutiles. Estos cabrones la quieren, y no les importa quién los vea llevársela.

Carmela no parpadea, no se mueve. Mantiene la barbilla alta, los ojos muy abiertos pero secos. No tiene miedo, o ha superado el miedo hasta llegar a esa meseta diáfana donde la adrenalina y la fatalidad se dan la mano. Veo cómo sus manos aprietan el programa enrollado que antes doblaba nerviosamente. El gesto es pequeño, pero es la única pista que delata su estado.

La asistente de la galería, Emma, una chica de veintitantos años con el pelo rosa y una energía nerviosa, está de pie junto al mostrador de recepción. Hasta ahora, había mantenido las distancias, observándonos con la mirada crítica y sorprendida de alguien que odia a los ricos y todo lo que tocan, pero cuando los soldados se acercan, encuentra el valor para hablar.

—Disculpe, no pueden… —dice, interponiéndose entre Carmela y los hombres que avanzan.

El líder resopla.

—Esto no es asunto tuyo. Apártate.

Pero la chica no lo hace. Quizá ha visto demasiados documentales de protestas, o quizá simplemente no comprende lo que está en juego. Se planta, con las manos extendidas.

—Voy a llamar a seguridad —dice, aunque le tiembla la voz. Mueve la mano hacia el teléfono del mostrador, y es entonces cuando el tercer soldado, un tipo flacucho con la piel marcada por la viruela y un tic nervioso, la aparta de un empujón… con fuerza.

Su cabeza golpea el borde metálico del soporte del mostrador de recepción. El sonido es húmedo y anómalo, como el de un melón al caer. Por un segundo, se queda sentada, aturdida, pero entonces la sangre empieza a correrle por la cara como una cortina, brillante y rápida, la primera pincelada de un pintor sobre aquel suelo blanco perfecto. Una vitrina de cristal situada detrás de ella se tambalea sobre su base y se derrumba, esparciendo fragmentos y dientes de cristal esculpido por el suelo.

Me muevo antes de darme cuenta, pero Carmela ya se está arrodillando junto a la chica, presionando la herida con una bufanda con ambas manos. Su voz es baja, persuasiva, firme. A pesar del caos, solo levanta la vista un instante para cruzar su mirada con la mía. Entiendo su mensaje: «Encárgate».

Los hombres de Torrino se mueven rápido ahora, pero no lo bastante. Están acostumbrados a la intimidación, no a la resistencia. Recorto la distancia en tres zancadas y le doy una patada baja en la parte trasera de la rodilla al líder. La articulación se hiperextiende con un chasquido desagradable y él grita, doblándose hacia delante. Le sujeto la cabeza y estrello su cara contra mi rodilla. Salpica sangre, cruje el cartílago. Cae al suelo agarrándose la nariz, con los ojos en blanco por el golpe.

El segundo hombre duda, y eso es su perdición. Me cuelo por el interior de su débil puñetazo y le hundo el codo en la garganta. Se

desploma, boqueando y con arcadas. El tercero, el más joven, ya está buscando algo en su abrigo —pistola, cuchillo, teléfono, no me importa—. Le hago una zancadilla y cae de espaldas, quedándose sin aire. Un pisotón en el esternón da por terminada la conversación.

Todo acaba en menos de un minuto. Las paredes blancas de la galería están manchadas de sangre, el suelo cubierto de cristales rotos y cuerpos en diversos estados de dolor y pánico. Carmela sigue con la chica, presionando la bufanda con creciente urgencia. Tiene los dedos manchados de rojo, pero no se da cuenta.

Compruebo el estado de los hombres derribados. El líder respira a través de una nariz destrozada, pero está fuera de combate. Los otros dos están vivos, pero no hacen ningún esfuerzo por levantarse. Les quito las bridas de los bolsillos y las uso para atarles las muñecas y los tobillos, apretando los nudos con una saña extra por si acaso.

La hipervigilancia me golpea de inmediato; cada sonido se amplifica, cada sombra es una amenaza potencial. Pero hay trabajo que hacer.

Me agacho junto a Carmela y la chica. La sangre está por todas partes, formando un charco bajo la cabeza de la joven y manchando los antebrazos de Carmela. Paso inmediatamente al modo de cirujano de urgencias, mi voz atraviesa el estado de shock de Carmela mientras ladro órdenes médicas con la misma autoridad que usaba en los hospitales de campaña militares.

—Presiona la herida —le espeto—. No dejes que entre en shock.

Carmela no duda. Sus manos se mueven hacia la herida de la cabeza de Emma, aplicando presión directa exactamente donde le indico. Ni desmayos. Ni histeria. Solo una firme competencia que me pilla por sorpresa.

—Háblale de los cuadros —le ordeno, comprobando la reacción de las pupilas de Emma—. Mantenla consciente.

—Emma, háblame de esa obra de Rothko —dice Carmela, su voz permanece tranquila incluso mientras la sangre se filtra entre sus dedos—. La azul que tanto te entusiasmaba.

Joder, no se está desmoronando. La mayoría de los civiles ya serían inútiles, pero ella sigue cada una de mis instrucciones con precisión. Cuando señalo su blusa de seda, no hace preguntas; simplemente rasga tiras de la costosa tela sin que se lo digan, improvisando vendajes con lo que tiene a mano.

—Mantén la presión aquí —la dirijo, colocando sus manos en los puntos exactos—. No aflojes, aunque intente moverse.

Sus manos permanecen notablemente firmes a pesar de la sangre que las cubre, manteniendo la presión mientras mantiene a Emma consciente mediante una suave conversación sobre el arte que las rodea. Se mueve con determinación incluso cuando la violencia resuena en el repentino silencio, demostrando ser capaz de proteger a otros cuando es necesario.

La mujer a la que vine a proteger está protegiendo a otra persona, y algo cambia dentro de mi pecho. Esta no es la princesa consentida con la que creía estar tratando. Esta es una compañera.

El equipo de la ambulancia confirma que Emma está estable mientras la suben para trasladarla al hospital. El interrogatorio de la policía es breve; mis credenciales militares y las conexiones locales de la familia Rosetti minimizan las complicaciones. El dueño de la galería cierra antes de tiempo y nos deja solos para lidiar con las consecuencias, comprendiendo que algunas situaciones requieren privacidad y discreción.

Una vez que las sirenas se desvanecen y el último agente se marcha, el bajón de adrenalina nos golpea a los dos simultáneamente. Me tiemblan ligeramente las manos mientras proceso lo cerca que estuvimos de perder a alguien. Lo cerca que estuve de perderla a ella. El repentino y casi opresivo silencio del espacio dañado de la galería hace que cada sonido se amplifique.

Estoy procesando cómo Carmela manejó la crisis, no como la víctima a la que esperaba proteger, sino como una compañera capaz que estuvo a la altura de una situación imposible. No esperó a que la rescataran ni se acobardó detrás de mí. Participó activamente en salvar la vida de Emma con una competencia que igualaba la de mi propio entrenamiento.

El cambio en mi percepción es tan drástico como el mismo ataque. En este momento es mi igual, no alguien a quien proteger, sino alguien con quien luchar codo con codo.

—Tienes que lavarte esa sangre —le digo, señalando con la cabeza hacia la trastienda de la galería donde vi un pequeño lavabo.

En el almacén, rodeado de cuadros envueltos y material de oficina, observo cómo Carmela se lava metódicamente la sangre de Emma de las manos. La única lámpara de escritorio crea una iluminación íntima que hace que el pequeño espacio parezca ajeno a la violencia que acabamos de sobrevivir.

—Estuviste increíble ahí fuera —digo, con la voz ronca por la admiración y la adrenalina residual.

Se aparta del lavabo; todavía lleva la blusa de seda rota y el pelo alborotado por la lucha, pero sus ojos brillan con algo que nunca antes había visto. Orgullo. Fortaleza.

Guarda silencio un largo momento y luego dice: —Siempre me pregunté qué haría en una crisis de verdad. Si me quedaría paralizada, o echaría a correr, o me derrumbaría.

—¿Y?

—No lo hice. —Se vuelve para mirarme y hay algo nuevo en sus ojos; no solo supervivencia, sino triunfo—. He ayudado a salvar la vida de alguien hoy. Contigo.

La palabra «contigo» queda suspendida entre nosotros, cargada de significado.

La tensión sexual se acumula entre nosotros como un puto cable de alta tensión. La intensidad primitiva de casi habernos perdido el uno al otro, combinada con verla manejar una crisis de vida o muerte con tal pericia, me pone la polla dura a pesar de la violencia que acabamos de sobrevivir. O quizá por eso mismo. La necesidad primigenia de reclamar, de confirmar que ambos estamos vivos y enteros, retumba en mis venas.

Me acerco más, acorralándola contra el escritorio de la galería. —He visto a soldados entrenados quedarse paralizados en situaciones como esa.

—No soy como la mayoría de la gente. —Su voz transmite una nueva confianza; la competencia que acaba de demostrar tiñe cada una de sus palabras. Cuando baja la vista hacia mi boca y luego más abajo, sé que ella también lo siente: esta necesidad desesperada de confirmar la vida a través de la conexión humana más básica.

—No —convengo, mientras mis manos encuentran su cintura—. No lo eres.

Cuando la subo al escritorio, no se resiste. Separa las piernas para hacerme sitio, y su falda rota se le sube por los muslos. Verla así, desaliñada por la violencia pero fuerte, entera, hace que mi polla lata contra la cremallera.

Reclamo su boca con una urgencia que no tiene nada que ver con la mera atracción y todo que ver con celebrar la supervivencia. Mi lengua se abre paso entre sus labios, saboreándola, confirmando que es real, que está a salvo y que es mía. Ella me corresponde con igual desesperación, con las manos aferradas a mi camisa mientras me acerca más.

—Le salvaste la vida —gruño contra sus labios, mis manos ya trabajando en la seda rota de su blusa.

—Le salvamos la vida —corrige, y la palabra «salvamos» me recorre con una oleada de calor.

Le abro por completo la blusa destrozada y los botones se desparraman por el suelo de hormigón. Su sujetador es de encaje blanco, manchado con gotas de la sangre de Emma, y meto los dedos bajo las copas para liberar sus pechos. Sus pezones ya están duros y, cuando hago rodar uno entre mis dedos, ella arquea la espalda hacia mi caricia con un jadeo.

—Mírate —digo, mi voz ronca por la necesidad—. Jodidamente intrépida.

Mi boca se desplaza a su garganta, saboreando la sal y la adrenalina mientras desciendo hacia su pecho. Cuando mis labios se cierran en torno a un pezón, ella emite un sonido que va directo a mi polla, mitad gemido, mitad exigencia. Sus manos se enredan en mi pelo, sujetándome contra ella mientras succiono y muerdo.

—Van —suspira, y mi nombre en su boca hace que quiera devorarla por completo.

Le subo la falda hasta la cintura, mis manos ásperas sobre sus muslos mientras la abro más. Sus bragas están empapadas y, cuando presiono la palma de mi mano contra su coño a través de la tela, ella se arquea contra la presión.

—Joder, estás mojada —gruño, sintiendo lo preparada que está incluso a través de la barrera del encaje—. ¿El peligro te pone caliente, sol?

—Tú me pones caliente —replica ella, con la voz firme a pesar de que su cuerpo tiembla bajo mi caricia—. La forma en que protegiste a todo el mundo. La forma en que tomaste el control.

Le arranco las bragas de un tirón seco; la delicada tela se hace trizas en mi mano. Ella jadea ante la repentina exposición, pero sus piernas se separan aún más, ofreciéndose por completo. La visión de su coño, rosado y reluciente a la luz tenue, hace que se me haga la boca agua.

—Joder —mascullo, pasando un dedo por sus pliegues resbaladizos. Está empapada, más excitada de lo que la he visto nunca—. Estás chorreando, joder.

Caigo de rodillas entre sus muslos abiertos, sin importarme el duro suelo de hormigón. Ahora mismo, nada importa excepto saborearla, reclamarla, demostrarnos a ambos que hemos sobrevivido a esto juntos.

La primera pasada de mi lengua por su clítoris la hace gritar, y el sonido resuena en las paredes del almacén. Sabe a sal y a desesperación, y no me canso. La trabajo con la lengua, con

pasadas amplias seguidas de una atención centrada en el nudo de nervios que la hace restregarse contra mi boca.

—No pares —jadea, con las manos aferradas a mi pelo mientras sus caderas se mueven contra mí—. Por favor, Van, no pares.

Deslizo dos dedos en su interior, sintiendo cómo su coño se contrae alrededor de la intrusión. Está apretada, húmeda y perfecta, sus paredes aferrándome como si no quisiera soltarme nunca. Curvo los dedos hacia adelante, buscando ese punto que la hace ver las estrellas, mientras mi lengua continúa su implacable asalto a su clítoris.

—Eso es —gruño contra su carne, y la vibración la hace estremecerse—. Córrete para mí. Demuéstrame lo viva que estás.

Su orgasmo la desgarra por dentro y su espalda se arquea, despegándose del escritorio mientras grita mi nombre. Su coño palpita alrededor de mis dedos, empapando mi mano con su clímax. No me detengo, la trabajo a través de cada oleada hasta que me empuja la cabeza, sobreestimulada y temblando.

Me pongo de pie, con los labios y la barbilla mojados por su excitación, y reclamo su boca de nuevo. Me devuelve el beso desesperadamente, saboreándose a sí misma en mi lengua, sus manos forcejeando frenéticamente con mi cinturón.

—Te necesito dentro de mí —dice contra mis labios, con la voz ronca por la necesidad—. Ahora.

Mis pantalones caen al suelo, seguidos de mis bóxers, y mi polla se libera, dura y palpitante. Cuando me rodea con la mano, acariciándome desde la base hasta la punta, casi pierdo el control en ese mismo instante.

—Joder —siseo, mis caderas se sacuden contra su agarre—. Tus manos…

—Te quiero entero —dice, colocándome en su entrada—. Después de lo de hoy, después de todo, necesito sentirte.

Me hundo en ella de una sola estocada larga, enterrándome por completo en su estrecho calor. Ella grita ante la repentina plenitud, su coño se estira para acomodarme. Por un momento, ambos nos quedamos paralizados, abrumados por la sensación de estar unidos tan completamente.

—Muévete —exige, sus uñas se clavan en mis hombros—. Por favor, Van, necesito que te muevas.

Marco un ritmo brutal, impulsado por la adrenalina y la necesidad desesperada de reclamarla por completo. El escritorio cruje bajo nosotros con cada embestida, pero me importa una mierda si toda la puta galería nos oye. Ahora mismo, no existe nada más que su coño apretando mi polla, sus gemidos llenando el aire, el chasquido de la piel contra la piel.

—Joder, qué bien te sientes —gruño, agarrando sus caderas con fuerza suficiente para dejarle moratones—. Tan apretada alrededor de mi polla. Como si estuvieras hecha para mí.

—Más fuerte —jadea, correspondiendo a cada una de mis embestidas—. No soy frágil, Van. Después de lo de hoy, sabes que no soy frágil.

La follo con más fuerza, más profundo, cada estocada arrancando sonidos de su garganta que hacen que se me encojan los cojones. Acepta todo lo que le doy y exige más, con las piernas enroscadas en mi cintura, sus talones se clavan en mi culo para atraerme más adentro.

—Tócate —le ordeno, con ganas de verla desmoronarse por completo—. Quiero verte correrte en mi polla.

Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos encuentran su clítoris mientras yo sigo embistiéndola. La imagen de ella tocándose mientras la follo es casi demasiado, su rostro contraído por el placer, los labios entreabiertos mientras persigue su clímax.

—Eso es, princesa —gruño, sintiendo cómo su coño empieza a revolotear a mi alrededor—. Muéstrame lo bien que te hace sentir mi polla.

Su segundo orgasmo la desgarra sin previo aviso, su coño se cierra sobre mí como un tornillo de banco mientras grita mi nombre. El calor apretado y húmedo me empuja al límite, y me entierro profundamente en ella mientras me corro, llenándola con todo lo que tengo.

Durante un buen rato, permanecemos unidos, con la respiración agitada, ninguno de los dos dispuesto a romper la conexión. Sus manos se suavizan en mis hombros, deslizándose hacia arriba para acunar mi cara. La ternura del gesto me pilla por sorpresa después de la cruda intensidad de lo que acabamos de compartir.

Salgo de ella lentamente, y ambos siseamos ante la pérdida de la conexión. Mi semen gotea por sus muslos, marcándola de la forma más primitiva posible. Ella no se mueve para limpiarse, solo se queda ahí sentada en el escritorio con un aspecto de haber sido follada a conciencia y completamente satisfecha.

—Deberíamos vestirnos —digo finalmente, aunque no quiero romper este momento—. Antes de que alguien venga a buscarnos.

Ella asiente, pero no hace ningún movimiento para cubrirse. En vez de eso, me busca, sus dedos recorren las cicatrices de mi pecho, la

evidencia de batallas libradas y sobrevivientes.

—Gracias —dice en voz baja—. Por confiar en mí hoy. Por dejarme ayudar en lugar de esconderme detrás de ti. Por… por alistarte para protegerme en primer lugar.

Mis manos siguen en su cintura. Cree que me ofrecí voluntario para cuidarla. No tiene ni idea de que Dom me forzó, que le debo una deuda y que solo la rescaté de ese aparcamiento para saldarla. Pero esto ya ha ido más allá, hasta un punto en el que no podría imaginarme alejarme de ella, con o sin deuda de sangre.

—Gracias a ti por demostrarme que me equivocaba —respondo, tomando su mano y apretándola contra mi corazón—. No eres la niña protegida que pensaba que eras.

—No —concuerda ella, deslizándose del escritorio con una gracia fluida a pesar de su desnudez—. No lo soy.

12 - Carmela

—Quiero que me ates.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, crudas y vulnerables en la oscuridad del dormitorio de Van. Seguimos enredados en sus sábanas, ambos recuperando el aliento tras la intensidad de lo que acaba de pasar, y siento mi coño todavía palpitando con las réplicas de lo a fondo que acaba de follarme. Pero, aunque mi cuerpo aún vibra de satisfacción, necesito más.

El cuerpo de Van se queda completamente inmóvil debajo de mí, cada músculo se le vuelve de piedra. Sus ojos gris acero escudriñan mi rostro con esa intensidad hipervigilante que nunca lo abandona del todo; incluso en nuestro santuario, siempre está evaluando amenazas, manteniéndome a salvo.

—Princesa, ¿en qué estás pensando exactamente? —Su voz suena cuidadosamente contenida, pero siento cómo se le acelera el pulso bajo la yema de mis dedos, que descansan sobre su garganta.

Un rubor me sube por las mejillas a pesar de todo lo que ya hemos compartido. Mis pezones siguen duros por su boca, la cara interna de mis muslos está pegajosa como prueba de lo bien que acaba de correrme, pero esto se siente como adentrarse en un territorio completamente nuevo.

—Las ataduras —digo, obligándome a sostenerle la mirada—. Quiero explorar una sumisión más profunda contigo. —Recorro con el dedo el punto donde le late el pulso en la garganta, sintiendo cómo se acelera—. Después de lo que pasó en la galería, la cabeza de Emma, esos hombres… Confío en ti por completo. Quiero que me inmovilices para ti.

La crisis parece cosa de hace una vida, pero solo han pasado unas horas desde que demostramos que podíamos con todo juntos. Esa complicidad, esa confianza que forjamos bajo presión, ha abierto algo dentro de mí, me ha hecho anhelar cederle el control de formas que nunca había imaginado.

Permanece en silencio un largo rato mientras sus manos de cirujano me acarician el pelo. Esas manos que salvaron la vida de la asistente de la galería hace solo unas horas, que acaban de hacerme gritar su nombre. —Carmela…

—Sé lo que pido —lo interrumpo, incorporándome para que pueda ver la certeza en mis ojos. Las sábanas de seda se amontonan en mi cintura, frescas contra mi piel acalorada. Siento los pechos pesados, los pezones contraídos mientras su mirada desciende hacia ellos—. He estado pensando en esas cintas de seda de tu habitación secreta. En cómo se sentiría darte ese nivel de control sobre mi cuerpo. —Me inclino para besarlo suavemente, saboreando mi propio gusto en sus labios de cuando me comió el coño antes—. Quiero entregarme a ti de esa manera. Por completo.

Su polla se agita contra mi muslo, endureciéndose de nuevo a pesar de lo a fondo que acabamos de follar. Pero puedo ver la guerra que se libra tras sus ojos: el deseo y la vacilación luchando entre sí.

—Nunca he estado más segura de nada —susurro contra sus labios —. Llévame a tu dormitorio y muéstrame lo que significa pertenecerte.

Las manos de Van se detienen en mi pelo y siento el cambio en su respiración, más profunda, más trabajosa, como si estuviera luchando contra algo que no puedo ver. Su polla está completamente dura ahora, presionada entre nosotros, pero cuando lo miro a los ojos, hay algo más oscuro en su expresión; no es deseo, sino algo que me oprime el pecho de preocupación.

—No entiendes lo que estás pidiendo —dice, con la voz más áspera de lo habitual, más rota de lo que nunca se la he oído. Los instintos protectores que he llegado a reconocer están en guerra con otra cosa, algo que hace que sus manos tiemblen ligeramente contra mi cuero cabelludo.

—Entonces, ayúdame a entender. —Me siento del todo, con los labios todavía sensibles e hinchados por su posesión, y estudio la forma en que se le ha tensado la mandíbula—. Van, ¿qué pasa?

Le cuesta mirarme a los ojos; un dolor fantasma le hace flexionar los dedos. Cuando finalmente me mira, veo la vulnerabilidad que suele mantener enterrada muy adentro. —Estar inmovilizado… para mí no se trata solo de control. Hay recuerdos… cosas del ejército de las que no hablo.

El corazón se me encoge al comprenderlo. Sus necesidades de dominación están enredadas con cosas que lo hirieron, y está tratando de protegerme de esa oscuridad.

—Afganistán —digo en voz baja, recordando fragmentos que se le han escapado—. Algo pasó cuando te inmovilizaron.

Aprieta los puños en las sábanas, con los nudillos blancos. —No puedo… Cuando estás así de vulnerable, pidiéndome que… —Se interrumpe, con la mandíbula tensa—. Debería estar protegiéndote, no arrastrándote a mi jodida cabeza.

Pero puedo ver cuánto necesita esto, cuánto me necesita a mí. La forma en que su polla palpita contra su vientre a pesar de su vacilación me lo dice todo.

Veinte minutos más tarde, estoy tumbada en la cama de Van con las muñecas atadas al cabecero con cintas de seda, exactamente como lo había imaginado. El material se siente fresco contra mi piel

acalorada, creando una deliciosa tensión entre comodidad y completa vulnerabilidad. Mis piernas están abiertas de par en par, los tobillos atados a los postes de la cama, dejándome completamente expuesta a su mirada hambrienta.

Van se mueve por la habitación con calma, pero puedo ver la tensión en cada línea de su cuerpo. Tiene la polla dura, sobresaliendo de su cuerpo, pero su respiración me dice que está luchando contra demonios internos.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, revisando las ataduras. Sus dedos rozan los puntos donde me late el pulso, y sé que está supervisando mi reacción.

—Perfectamente —suspiro, y es la verdad. La inmovilización hace que cada sensación sea más intensa, me hace hiperconsciente de cómo ya me estoy humedeciendo solo por estar expuesta así para él —. Van, mírame.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, veo el momento exacto en que algo se rompe dentro de él. Su rostro se descompone y, de repente, se deja caer pesadamente en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos.

—Estuve atado durante dieciocho horas —dice, con la voz rota por el dolor—. Dieciocho horas… Joder, Carmela. Me inmovilizaron de nuevo durante mi testimonio en la corte marcial. Me hicieron revivir cada puto segundo de estar atado mientras mis pacientes morían a mi alrededor. —Le tiemblan las manos—. Yo era el médico de la unidad, y me sujetaron mientras ejecutaban a los soldados que se suponía que debía salvar.

La imagen me provoca una punzada de dolor en el estómago tan aguda que me quedo sin aliento.

—Van…

—Todavía puedo oírlos gritar —continúa él, las palabras brotando como si una presa se hubiera roto—. Estaba indefenso. Completamente jodido e indefenso mientras la gente que confiaba en mí moría porque no podía moverme, no podía defenderme. —Me mira, con los ojos devastados—. Me sujetaron y me obligaron a verlos morir a todos y cada uno de ellos. Y aquí estás tú, pidiéndome que también te deje indefensa a ti.

—Van, escucha mi voz —digo con firmeza, volcando hasta la última gota de fuerza en las palabras, ya que no puedo usar las manos. Las ataduras de seda me mantienen abierta, con el coño expuesto y vulnerable, pero todavía puedo ser su ancla—. Esto es diferente. Es mi elección.

Me mira, me mira de verdad, asimilando cómo estoy abierta ante él: atada, pero no doblegada.

—No me estás dejando indefensa —continúo con voz firme. Tiro suavemente de las ataduras de seda—. Me estás dando la seguridad para rendirme. Hay una diferencia. —Mi voz baja a un susurro—. Esas ataduras eran para arrebatarte el poder. Estas son para que yo te entregue el mío.

Veo el entendimiento nacer en sus ojos. Su respiración empieza a calmarse mientras procesa la diferencia.

—No voy a ninguna parte —le digo—. Estoy aquí, y elijo esto. Te elijo a ti. —Mi voz se suaviza—. Tu trauma no te convierte en alguien roto, Van.

Extiende la mano con vacilación, sus dedos rozándome la mejilla, y luego descienden hasta ahuecar mi pecho. Mi pezón se endurece al instante bajo su contacto.

—Estás atada, y aun así estás cuidando de mí —dice, con asombro en la voz.

Algo cambia en su expresión entonces; la sanación reemplaza la mirada atormentada. Su mano se desliza por mi cuerpo, sus dedos recorren mis costillas, mi cadera, hasta que ahueca mi centro. Estoy empapada, mi excitación cubre sus dedos.

—Joder, sol —respira, deslizando un dedo dentro de mí—. Estás chorreando.

Me arqueo todo lo que las ataduras me permiten, desesperada por más fricción. —Por favor, Van. Tócame.

Van se coloca entre mis muslos abiertos, con la polla dura y goteando mientras contempla mi cuerpo atado. Las ataduras de seda me mantienen completamente abierta para él, brillando de excitación a pesar de la intensidad emocional.

—Jodidamente preciosa —murmura, pasando las manos por la cara interna de mis muslos—. Abierta para mí así. Mía para hacer lo que quiera contigo.

Sus dedos me separan los labios, exponiendo mi clítoris al aire fresco. Estoy hinchada y sensible, mi agujero se contrae en el vacío mientras él juega conmigo.

—Por favor —jadeo, tirando de las ataduras. La seda se mantiene firme, manteniéndome exactamente donde él me quiere.

En lugar de responder, se inclina y arrastra la lengua por mi ranura, desde mi entrada hasta mi clítoris. La sensación me hace gritar, mis caderas se sacuden todo lo que las ataduras permiten.

—Quieta —ordena, su voz adoptando ese tono dominante que tanto anhelo—. No te mueves a menos que yo te lo diga.

Me trabaja con la boca, su lengua rodeando mi clítoris antes de sumergirse profundamente para saborear mi excitación. Estoy tan húmeda que puedo oír los sonidos obscenos de su boca en mi coño, puedo sentir mis jugos corriendo hasta cubrirme el culo.

—Van, mierda, me voy a correr —aviso, sintiendo cómo se acumula la tensión familiar.

Se aparta de inmediato, dejándome jadeante y desesperada. —Todavía no, nena. No hasta que yo lo diga.

Gimo, tirando de las ataduras, pero él solo sonríe con suficiencia y sube por mi cuerpo. La punta de su polla roza mi coño, rozando mi entrada antes de deslizarse.

—Suplícalo —dice, colocándose en mi entrada pero sin penetrar.

—Por favor —jadeo, tratando de inclinar las caderas para que entre más profundo.

—Dime las palabras, princesa. Quiero oír esos pensamientos sucios saliendo de tu boca.

Nunca pensé que podría decir palabras como estas, pero tampoco pensé que podría sentirme así. —Por favor, fóllame, Van. Necesito tu polla dentro de mí.

—Así me gusta, mi niña buena —gruñe, y se clava en mí de una sola y brutal embestida.

Grito ante la repentina plenitud, mi coño estirándose para acomodar su grueso miembro. No me da tiempo a acostumbrarme, e inmediatamente marca un ritmo castigador que hace que el cabecero de la cama golpee contra la pared.

—¿Esto es lo que querías? —resopla, agarrándome las caderas mientras me embiste—. ¿Estar atada y follada como mi putita personal?

—Sí —sollozo, la combinación de la inmovilidad y sus palabras sucias me llevan más alto—. Joder, sí, úsame.

Golpea ese punto perfecto dentro de mí con cada embestida, y puedo sentir mi orgasmo crecer a pesar de su negativa anterior. Me contraigo a su alrededor, tratando de atraerlo más profundo.

—Qué jodidamente bien te sientes —gime, mientras una mano se mueve para frotar mi clítoris—. Tan apretada y húmeda alrededor de mi polla. Hecha para mí.

La doble estimulación es demasiado. —Van, me corro…

—Córrete para mí —ordena—. Déjame sentir cómo ese coño aprieta mi polla.

Exploto a su alrededor, mi orgasmo desgarrándome tan intensamente que veo las estrellas. Mis paredes palpitan y se contraen, ordeñándolo mientras él continúa embistiéndome.

—Eso es —gruñe, su ritmo volviéndose errático—. Qué niña tan buena, corriéndote así en mi polla.

Está cerca, lo sé por la forma en que cambia su respiración, por la forma en que sus dedos se clavan en mis caderas. Quiero sentirlo

correrse dentro de mí, quiero que me llene con su corrida mientras estoy indefensa para hacer otra cosa que no sea recibirla.

Dejo que las palabras sucias salgan de mis labios. —Llénаme —jadeo, todavía temblando por mi orgasmo—. Por favor, Van, quiero tu corrida.

Se entierra profundamente y se corre, su polla late mientras se vacía dentro de mí. Puedo sentir el calor extendiéndose por mi interior, reclamándome de la forma más primitiva.

Se desploma sobre mí, ambos respirando con dificultad, con su polla aún enterrada en mi coño. Tras un instante, me desata las muñecas, masajeando las marcas que la seda ha dejado.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, y su preocupación se filtra a través de la neblina postorgásmica.

—Perfecta —susurro, y lo digo en serio—. Completamente perfecta.

Más tarde, Van me aplica aceite tibio en las muñecas; sus cuidados son tan meticulosos como todo lo demás que hace. El aceite huele a lavanda y se calienta bajo su cuidadoso tacto mientras me masajea para aliviar cualquier dolor de las ataduras.

Estoy envuelta en su suéter más suave, la cachemira es como una nube sobre mi piel sensible, acurrucada contra su pecho. Puedo sentir su semen goteando lentamente de mi coño bien follado, un cálido recordatorio de lo que acabamos de compartir.

—¿Mejor? —pregunta, depositando suaves besos en cada muñeca, donde la seda dejó tenues marcas rosadas.

—Perfecto —murmuro, estirándome lánguidamente—. ¿Cómo te sientes tú?

Guarda silencio por un momento, sin dejar de masajearme las manos. —Nunca antes le había contado a nadie los detalles del consejo de guerra —admite—. Ni eso, ni toda la verdad sobre el haber estado atado mientras todos esos hombres morían.

El peso de esa confianza se asienta sobre mí. —Gracias por compartirlo conmigo.

—Gracias a ti por quedarte —dice, apretando sus brazos a mi alrededor—. Por no salir corriendo cuando viste lo jodido que estoy en realidad.

Me giro entre sus brazos para poder verle la cara. La vulnerabilidad que muestra me oprime el pecho de amor y de algo más profundo. —Van, me tenías literalmente atada. ¿Adónde iba a huir?

Eso le arranca una carcajada sincera, rompiendo parte de la tensión. Pero entonces su expresión vuelve a ser seria, sus ojos tormentosos clavados en los míos con una intensidad que me corta la respiración.

—Lo que acabamos de hacer —dice, con la voz descendiendo a ese tono autoritario que hace que mi coño se contraiga—. La confianza que me diste, la forma en que dejaste que te tomara por completo… —Sus manos enmarcan mi rostro—. Comprendes lo que esto significa, ¿verdad?

El aire entre nosotros cambia, se carga de algo que parece demasiado grande para la habitación. —Dímelo —susurro.

—Ahora eres mía —dice, y las palabras tienen un peso que no tiene nada que ver con las ataduras—. No solo por esta noche. No solo hasta que tu familia decida que he cumplido con mi deber. —Sus pulgares me acarician los pómulos—. Mía en todos los sentidos importantes. De maneras que no se pueden deshacer.

—Haces mucho hincapié en eso de «mía» —observo, aunque mi cuerpo responde a su dominio—. ¿Debería esperar que me regales una etiquetadora por Navidad? ¿Una que diga «Propiedad de Van Reyes. Se ruega devolver»?

—Pues no es mala idea —responde, con sus manos de cirujano firmes a pesar de que su voz se vuelve más áspera—. Y sé lo que significa reclamar a una hija de los Rosetti. —Sus ojos escudriñan los míos—. La pregunta es si tú entiendes lo que me estás dando.

Lo miro, viendo más allá del cuidadoso control al hombre que acaba de compartir su trauma más profundo mientras estaba enterrado dentro de mí. El hombre que me está prometiendo algo que va mucho más allá de la protección, más allá del deber, más allá de cualquier cosa que me hayan ofrecido jamás.

—Lo entiendo —susurro, y es verdad. Lo que acabamos de compartir cambió algo fundamental entre nosotros. Las ataduras no eran solo lazos de seda, eran una declaración.

Sus pupilas se dilatan ante mis palabras, y veo el momento exacto en que sus últimas barreras se derrumban. —Entonces tienes que saber —dice, su voz bajando a poco más que un susurro—, que nunca te dejaré marchar. No importa lo que venga, lo que tu familia espere, las amenazas que enfrentemos… eres mía para protegerte, mía para reclamarte, mía para quedarme contigo.

La promesa flota entre nosotros como un juramento, y sé con absoluta certeza que todo está a punto de cambiar. La forma en que me mira, la satisfacción posesiva en su tacto… esto no es solo por esta noche.

Es para siempre.

Y en este mundo peligroso, las promesas de un para siempre vienen con consecuencias que apenas empiezo a comprender.

13 - Van

En el momento en que Carmela entra en mi dormitorio al día siguiente, todos los músculos de mi cuerpo se tensan de deseo. Se mueve por mi espacio como si le perteneciera, deslizando los dedos por mi cómoda, y mi polla responde de inmediato, semierecta solo por verla reclamar un territorio que se supone que es solo mío.

Joder. Cierro la puerta tras nosotros, y el clic resuena como un disparo de advertencia. Es peligrosa para mi autocontrol, esta mujer radiante y alegre que me hace desear cosas que no debería.

—¿Van? —Se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes de expectación y algo que podría ser nerviosismo—. Parece que estás luchando contigo mismo.

Chica lista. Ve la guerra que se libra bajo mi piel: el dolor fantasma que empieza en mis muñecas, la forma en que aprieto la mandíbula mientras la observo de pie junto a mi cama perfectamente hecha. Todos mis instintos me gritan que huya o que la someta.

—Lo estoy. —La confesión suena más brusca de lo que pretendía. Pero ella está aquí, dispuesta, y mi polla late contra la cremallera a pesar del trauma que intenta aflorar.

Se acerca más, lo suficiente como para que pueda oler su piel.

—¿Qué necesitas?

Lo que necesito es poseerla por completo. Lo que necesito es precisión quirúrgica para navegar por esto sin dejar que mi TEPT contamine lo que estamos construyendo. Lo que necesito es

establecer protocolos que nos mantengan a ambos a salvo mientras me pierdo en el control de sus reacciones.

—Establecer nuestra dinámica como es debido —le digo, colocándome justo delante de ella—. Protocolos formales. Límites claros. Esto no es un juego, princesa.

Levanta un poco la barbilla, y el movimiento envía calor directamente a mi entrepierna.

—Lo sé.

—¿De verdad? —Me acerco más, tanto que tiene que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. Tan cerca que probablemente puede oler mi excitación, ver cómo me afecta su presencia—. Porque una vez que negociemos estos límites, una vez que establezcamos lo que me pertenece, no podrás retractarte como si nada. Ni cambiar de opinión cuando las cosas se pongan intensas.

Traga saliva con dificultad, y sigo el movimiento de su garganta, deseando poner mi boca ahí.

—¿Qué necesitas saber?

Saco mi móvil y abro la aplicación de notas con el mismo enfoque metódico que uso en las consultas quirúrgicas. Mis manos están firmes a pesar de la sangre que se precipita a mi polla, a pesar de que mi mente intenta arrastrarme de vuelta a lugares más oscuros.

—Primero, las palabras de seguridad. —Mi voz encuentra su cadencia profesional, la que me mantiene anclado cuando afloran los síntomas del trauma—. El sistema de semáforo estándar: verde significa sigue, amarillo significa más despacio o comprueba que todo va bien, y rojo significa parada total inmediata. Sin excepciones.

—Verde, amarillo, rojo —repite ella, asintiendo.

—Límites duros. Cosas que están completamente fuera de discusión. —Observo su rostro con atención mientras continúo—. Cualquier cosa que implique a otras personas. Cualquier cosa que pudiera causar un daño permanente. Cualquier cosa en espacios públicos donde el apellido de tu familia pudiera verse comprometido.

Un destello de alivio cruza sus facciones ante ese último punto. Chica lista; entiende las implicaciones.

—Límites suaves —continúo—. Cosas sobre las que no estás segura, pero que podrías estar dispuesta a explorar con la preparación y comunicación adecuadas.

Se muerde el labio inferior, y yo también quiero morderlo. Quiero succionarlo hasta que gima. —Yo… no sé lo suficiente como para tener muchos límites suaves todavía. —Piensa un poco y luego sonríe con picardía—. Aunque pongo el límite en cualquier cosa que implique tu colección de salsa picante. Diecisiete botes es excesivo, Van. No vamos a incorporar condimentos.

La sonrisa se extiende por mi rostro. Esta mujer es increíble. Pero debo recordar que bromea cuando está nerviosa y que apenas está aprendiendo cómo funciona esto.

—Por eso empezamos despacio y construimos la confianza a través de un protocolo coherente. —Dejo el móvil a un lado y le sujeto la barbilla con suavidad, obligándola a mirarme a los ojos. El contacto envía una descarga eléctrica a través de las yemas de mis dedos—. Cuando estemos en una escena, te dirigirás a mí como Sir. Pides permiso antes de correrte. No me ocultas tus reacciones; quiero ver todo lo que sientes.

Espero que haga alguna broma al respecto, que quizá sugiera llamarme «Comandante Supremo del Dormitorio». Pero no lo hace. En cambio, se le entrecorta la respiración y sus pupilas se dilatan.

—Sí, Sir.

El título en su voz radiante hace que mi polla lata contra la cremallera, pero mantengo el control. La estructura formal ayuda; me da algo en lo que concentrarme además de la necesidad desesperada de someterla y reclamar cada centímetro de su piel.

Hago una pausa, dejando que el peso de lo que estoy a punto de decir se asiente entre nosotros. —Fuera de las escenas, negociamos como iguales. Tienes pleno poder para modificar o terminar nuestro acuerdo. Pero entiende a qué te estás comprometiendo. —Mis manos enmarcan su rostro, mis pulgares rozando sus pómulos—. No soy un civil cualquiera con el que estás jugando. Soy un hombre que debe su vida a tu familia, a quien se le ha confiado la protección de su bien más preciado. Cuando te sometes a mí, te sometes por completo; no solo como una mujer a su dominante, sino como una hija de los Rosetti al hombre que matará a cualquiera que amenace lo que es suyo.

Sus pupilas se dilatan ante mis palabras, y el reconocimiento de lo que realmente significa reclamar a la hija menor de los Rosetti parpadea en su mirada. El peligroso mundo en el que vivimos, la protección que esta relación requerirá, el poder familiar que representa.

—Sé lo que significa estar contigo —dice en voz baja—. Lo que significa que reclames a una Rosetti. Lo elijo todo.

Algo se asienta en lo más profundo de mi pecho ante sus palabras. Lo entiende. Esto no es solo una dinámica de dormitorio; es un

compromiso que cambiará nuestras vidas y remodelará nuestros mundos.

—Buena chica. —Le suelto la barbilla y doy un paso atrás, estableciendo la distancia formal que esta conversación requiere—. Empezaremos esta noche con ataduras avanzadas y juegos sensoriales. Partiremos de lo que descubrimos anoche.

Con los protocolos formales establecidos, siento la calma familiar que acompaña a una preparación adecuada. Cada contingencia considerada, cada límite trazado. Ahora podemos empezar.

La guío a través de mi dormitorio hasta el armario, con las manos firmes a pesar de la expectación que crece en mi pecho. El panel oculto se desliza suavemente, revelando mi sala de BDSM en todo su esplendor, totalmente equipada.

La brusca inspiración de Carmela llena el espacio mientras contempla el banco acolchado de cuero que brilla bajo las luces empotradas, los puntos de suspensión montados en el techo como instrumental quirúrgico, el armario lleno de utensilios que he coleccionado a lo largo de los años. Todo organizado con la misma precisión que mis instrumentos quirúrgicos.

—Dios, Van —susurra, su voz resonando ligeramente en las paredes insonorizadas—. Es más intenso de lo que… de lo que recordaba. —Se vuelve hacia mí, avergonzada—. Eché un vistazo aquí dentro, ¿sabes? —admite.

La habitación despierta algo en lo más profundo de mi pecho: esa necesidad desesperada de control que a veces siento que va a consumirme por completo. Pero verla asimilarlo todo, sin atisbo de miedo en su expresión, mantiene mi excitación aguda y presente.

—¿Estás dudando? —Las palabras salen más duras de lo que pretendía.

—No. —Se adentra más en la habitación, recorriendo con los dedos las ataduras de cuero que cuelgan de la pared—. Es solo que… es muy exhaustivo.

Me dirijo al armario y saco una venda de seda y unas esposas de cuero suave. El familiar ritual de la preparación me centra, aleja cualquier reacción traumática persistente.

—¿Van? —Su voz atraviesa mi concentración—. ¿Con quién usabas esta habitación? Antes de mí, quiero decir.

Nadie. Rollos de una noche. Ocasionalmente, compañía de pago.

—Nadie que valga la pena mencionar —le digo—. Nadie vino aquí más de una vez.

Debe de ver algo en mi cara, porque su tono se suaviza.

—¿Estás bien?

Dejo las ataduras sobre el banco con calma. —Estoy bien. —Mejor que bien: estoy exactamente donde debo estar—. Desnúdate. Quítatelo todo. Luego túmbate, con los brazos por encima de la cabeza.

Sus ojos se abren de par en par ante la orden directa, pero obedece sin rechistar. El vestido es lo primero en caer, formando un charco a sus pies como agua de seda. Luego el sujetador, de un encaje delicado que quiero rasgar con los dientes. Finalmente las bragas, que revelan el pulcro triángulo de vello oscuro entre sus muslos.

Mi polla se tensa contra mis pantalones mientras ella se acomoda en el banco de cuero, completamente desnuda y confiada. La visión de ella así —vulnerable, dispuesta, mía— hace que se me seque la boca de deseo.

—Joder, qué hermosa —murmuro, asegurando las esposas de cuero alrededor de sus muñecas. Compruebo el ajuste dejando un espacio de dos dedos, profesional, aunque mi polla palpita de necesidad—. Esto se queda puesto hasta que yo decida lo contrario. —Le aseguro la venda sobre los ojos—. Prohibido mirar.

En el momento en que su visión desaparece, ocurre algo extraordinario. El dolor constante en mis muñecas se desvanece hasta la nada mientras me concentro por completo en lo que estoy a punto de hacerle.

Ahora está indefensa, pero por elección. Bajo mi control, pero porque quiere estarlo.

Saco cubitos de hielo de la pequeña nevera, junto con plumas y otros utensilios. Pero primero, necesito tocarla como es debido.

—Dime qué sientes —ordeno, pasando mis dedos por su clavícula sin previo aviso.

Ella jadea, arqueándose contra el cuero. —Tus manos. Calientes. Quiero más.

—Buena chica. —Le ahueco un pecho, rozando el pulgar sobre su pezón hasta que se endurece—. ¿Y ahora?

—Oh, Dios, Van. Señor. Eso se siente… —Su voz se apaga mientras hago rodar su pezón entre mis dedos, aplicando la presión justa para que arquee la espalda.

Cojo un cubito de hielo y lo deslizo por el mismo camino que acababan de trazar mis dedos. El contraste la hace gritar, sus pezones se endurecen aún más mientras la piel de gallina le recorre el cuerpo.

—Frío. Intenso. Por favor, no pares.

Nunca me he sentido tan despejado, tan presente. Cada movimiento, cada orden, cada respuesta de su cuerpo crea un circuito de retroalimentación que ahoga todo lo demás. Por primera vez desde que me dieron el alta, mis síntomas de TEPT han enmudecido por completo.

Deslizo el hielo por su esternón, observando cómo las gotas de agua se abren paso entre sus pechos. —¿Más de qué, princesa?

—Más de tus manos sobre mí, Señor. Más de todo.

Joder. La necesidad jadeante en su voz me atraviesa con una oleada de calor. Mi polla está dura como una roca ahora, tensándose contra la cremallera mientras alterno toques de hielo y calor por su piel.

—¿Así te gusta? —Deslizo el hielo alrededor de su pezón sin tocarlo directamente, y luego lo sigo con mi lengua, lamiendo el agua fría.

Prácticamente se convulsiona contra las ataduras. —Sí, joder, sí, Señor.

Continúo la tortura, hielo y lengua y dedos, hasta que se retuerce en el banco. Su coño brilla de humedad, con los labios entreabiertos e hinchados por la excitación.

—Señor, por favor —jadea cuando trazo un círculo de hielo alrededor de su otro pezón—. Necesito…

—Necesitas lo que yo te doy —la corrijo, pero sin dureza en la voz. Deslizo mi mano por su cuerpo, mis dedos encuentran el calor entre sus piernas. Está empapada, resbaladiza de excitación—. Ni más, ni menos.

Cuando presiono su clítoris con dos dedos, grita, forcejeando contra las esposas. Su coño se contrae en el vacío, desesperado por ser llenado.

—Esto te ayuda —susurra durante una pausa, comprendiendo de alguna manera—. Tener el control así.

Chica lista. Ve cómo dominar sus reacciones aplaca el caos en mi cabeza.

—Nos ayuda a los dos —le digo, deslizando dos dedos en su húmedo calor sin previo aviso—. Tú floreces bajo mi control, princesa. Y yo encuentro la paz en el tuyo.

Está estrecha, su coño aprieta mis dedos como un torno. Los curvo hacia adelante, encontrando ese punto que la hace gemir, mientras mi pulgar trabaja su clítoris en círculos constantes.

—Oh, joder, Van, Señor, voy a…

—Todavía no. —Ralentizo mis movimientos, manteniéndola justo al borde—. Primero pides permiso.

—Por favor. —La palabra sale rota, desesperada—. Por favor, Señor, ¿puedo correrme?

Aumento la presión, los dedos trabajando dentro de ella mientras mi pulgar rodea su clítoris más rápido. —Córrete para mí. Déjame ver lo hermosa que eres cuando te deshaces.

Su orgasmo la desgarra con una intensidad que nos sorprende a ambos, todo su cuerpo temblando contra las ataduras mientras grita mi nombre. Su coño late alrededor de mis dedos, empapando mi mano con su flujo.

Pero aún no he terminado con ella.

Mientras todavía tiembla por su primer orgasmo, me quito la camisa y los pantalones, liberando mi polla dolorida. Está dura como el acero, la punta ya resbaladiza de líquido preseminal por verla deshacerse.

—¿Color, solecito? —pregunto, colocándome entre sus muslos abiertos.

—Verde —jadea, todavía laxa por su orgasmo—. Jodidamente verde.

—Voy a follarte ahora. Duro. Hasta que te corras en mi polla.

Gime ante mis palabras, las caderas levantándose ligeramente a modo de invitación. El movimiento hace que sus pechos reboten, los pezones todavía duros por el juego con hielo.

Me coloco en su entrada, la punta de mi polla deslizándose a través de su humedad. Todavía está sensible por su orgasmo, jadeando ante el contacto.

—Mira lo húmeda que estás por mí —gruño, empujando hacia adelante lo justo para estirar su entrada—. Tu coño está prácticamente suplicando por mi polla.

—Por favor, Señor —susurra—. Te necesito dentro de mí.

Empujo hacia adelante en una sola embestida suave, hundiéndome por completo en su estrecho calor. La sensación me arranca un gemido del pecho: se siente jodidamente perfecta a mi alrededor, como si su coño estuviera hecho para mi polla.

—Joder, qué estrecha estás —digo entre dientes, dándole un momento para que se adapte—. Jodidamente perfecta.

Me aprieta como un torno, sus músculos internos revoloteando a lo largo de mi miembro. Cuando empiezo a moverme, marcando un ritmo que hace crujir el banco bajo nosotros, ella me corresponde embestida por embestida.

—Más fuerte —exige, clavándose las uñas en las palmas de las manos ya que las tiene atadas—. No me romperé, Señor.

La agarro por las caderas, inclinándola para penetrarla más profundamente. La nueva posición la hace gritar cuando golpeo ese punto que hace que sus paredes se aprieten a mi alrededor. Mi control se deshilacha con cada embestida, el instinto animal tomando el relevo. Estiro la mano y le doy una ligera palmada en la cadera, observando su rostro con atención para ver su reacción. Sus labios se separan por la sorpresa.

—¿Color?

—Verde, verde, verde —gime como un mantra, y le doy otra palmada, esta vez más fuerte.

—Te sientes jodidamente bien —gruño, mis dedos hundiéndose en su suave carne—. Tan jodidamente apretada alrededor de mi polla.

Me corresponde embestida tras embestida, aceptando todo lo que le doy y exigiendo más. Incluso con los ojos vendados, de alguna manera encuentra mi ritmo, su cuerpo moviéndose en perfecta sincronía con el mío.

—Eso es —digo con voz ronca, presionando mi pulgar contra su clítoris mientras la follo—. Chupa mi polla como una buena chica.

—Oh, Dios, Van, Señor, estoy cerca otra vez…

—Todavía no, niña codiciosa. —Ralentizo mis embestidas, manteniéndola justo al borde mientras mi polla late dentro de ella—. Te corres cuando yo lo diga.

Puedo sentir mi propio orgasmo acumulándose, la presión enrollándose en la base de mi columna. Pero quiero que ella se deshaga primero, quiero sentir su coño apretándose a mi alrededor mientras se corre.

Aumento el ritmo, mi pulgar trabajando su clítoris en círculos cerrados mientras mi polla se hunde profundamente con cada embestida. El sonido de la piel chocando contra la piel llena la habitación, junto con sus gemidos desesperados.

—Por favor, Señor —ruega, con la voz quebrada—. Por favor.

—Ahora —ordeno, apretando con fuerza su clítoris—. Córrete para mí, Carmela.

Su segundo orgasmo la desgarra, su espalda arqueándose sobre el banco mientras grita. Su coño se cierra sobre mi polla, ordeñándome con pulsaciones rítmicas que me empujan al límite.

Mi propia liberación me desgarra con una intensidad brutal, más poderosa que cualquier cosa que haya sentido en años. Me hundo profundamente en ella mientras me corro, llenándola con chorros calientes de semen mientras su coño continúa latiendo a mi alrededor.

Durante un largo rato, permanecemos unidos, respirando agitadamente, sin que ninguno de los dos quiera romper la conexión. Mi polla sigue semidura dentro de ella, su coño aún palpita con las réplicas. Entonces, a regañadientes, salgo lentamente de su interior. Primero le quito la venda de los ojos, comprobando en su mirada si hay alguna señal de angustia. Luego, las esposas, masajeando sus muñecas donde quedan unas leves marcas.

Una manta suave sobre sus hombros, agua para rehidratarla, toques delicados para devolverla a la realidad. Le compruebo el pulso, supervisando su recuperación.

—¿Cómo te sientes? —pregunto, catalogando cada respuesta.

—Increíble —se acurruca contra mi pecho, aún lánguida por los orgasmos—. Como si pudiera hacer esto todos los días durante el resto de mi vida.

Algo se retuerce en mi pecho ante esas palabras. Se suponía que esto era una cuestión de deber: protegerla, cumplir con mi obligación con los Rosetti. Pero en algún punto entre su primera rendición y sentir su coño apretarse alrededor de mi polla, el deber se convirtió en algo mucho más peligroso.

Obsesión.

Quiero poseerla por completo. No solo sexualmente, aunque sabe Dios que quiero su cuerpo de todas las formas posibles. Quiero ser dueño de sus sonrisas, sus pensamientos, su futuro. Quiero el

apellido Rosetti que la acompaña, el poder de la familia, los recursos que me ayudarán a proteger lo que es mío. Lo quiero todo.

14 - Carmela

La transición de la habitación privada de Van a Aurelius es como pasar de un mundo a otro; de la confesión íntima a la actuación familiar en el trayecto en coche. Mi piel aún vibra, consciente de nuestro último encuentro; el recuerdo de las caricias posesivas de Van resonando en mi interior mientras entramos en el restaurante donde mis primos de Chicago esperan para juzgar si me he vuelto lo suficientemente fuerte como para merecer su respeto.

—Te criaste con esto —murmura él, con su aliento cálido en mi oreja —. Recuérdalo.

Tiene razón. Yo me crie con esto: la cuidada coreografía de las reuniones de la mafia, el peso del poder tácito que llenaba la habitación. Todavía no sé si Van conoce el alcance de los negocios de mi familia, y no me imagino que un soldado disciplinado y de principios como él hubiera aceptado protegerme de haberlo sabido, así que mi respuesta es ambigua.

—Sí, son mi familia —digo.

Pero han pasado años desde la última vez que vi a mis primos de Chicago, excepto a Dante, y ahora todo parece distinto. Ahora yo soy distinta.

Sofia se levanta de su asiento. Parece sacada de una revista de moda con su blusa de seda color crema y sus ondas rubias perfectamente peinadas. —¡Sofia! —la llamo y, a pesar de su fría elegancia, esboza una sonrisa cuando corro hacia ella y la abrazo. Percibo su caro perfume, algo francés y mortalmente sofisticado. La última vez que la vi, ambas interpretábamos el papel de muñecas protegidas. Ahora hay algo más afilado en su sonrisa, como si se

hubiera estado puliendo hasta convertirse en una cuchilla mientras yo huía a la escuela de arte.

—¡Te ves tan madura y seria! —le digo a modo de cumplido, pero se tensa ligeramente ante mis palabras.

—No todas podemos jugar a ser fugitivas —dice, esperando a que la suelte para volver a sentarse en su silla.

Me vuelvo hacia Marco. Mi primo mayor no ha cambiado mucho; sigue siendo devastadoramente guapo de esa manera fría y controlada que hace que la gente quiera seguirlo o huir de él. Su traje oscuro probablemente cuesta más que el coche de la mayoría de la gente y, cuando me mira, siento todo el peso de su autoridad. Este es el hombre que ahora dirige el imperio Rosetti de Chicago.

—Primita. —La voz de Marco tiene esa nota particular de mando que me recuerda a mi padre y a Dom—. Tenemos que hablar de tu situación.

Antes de que pueda responder, un movimiento en un rincón me llama la atención. Dante se levanta de una silla junto a la ventana: alto, elegante, vestido de un negro que hace resplandecer su piel olivácea. No habla, por supuesto. No lo ha hecho desde que lo que fuera le robó la voz. En su lugar, inclina ligeramente la cabeza, sus ojos oscuros me estudian con una intensidad que sería inquietante si no me hubiera criado siendo estudiada por hombres peligrosos.

La mano de Van se aprieta casi imperceptiblemente en mi espalda. Puedo sentirlo registrar las amenazas, ese instinto de soldado siempre activo. Cuando la mirada de Dante se desvía hacia él, algo pasa entre ellos, quizá un reconocimiento de un soldado herido a otro.

—Este es Van —digo, volviéndome hacia Sofia y Marco, sin saber cuánto les ha contado Dom—. Me ha estado… cuidando.

La expresión de Marco no cambia, pero capto cómo entrecierra ligeramente los ojos. —Domenico lo mencionó a usted. —Su atención se centra por completo en Van—. ¿Exmilitar?

—Marine. —La voz de Van es firme, respetuosa pero no deferente. Él también sabe cómo moverse en el poder, solo que de una forma distinta a la mía.

—Siéntense —ordena Marco, y todos nos movemos a nuestros lugares asignados. Me doy cuenta de la coreografía de inmediato: Marco en la cabecera, Dante a su derecha como su estratega silencioso, Sofia frente a mí, desde donde puede observarlo todo. El asiento a la izquierda de Marco permanece vacío, y sé sin preguntar que es para Luca.

Marco nos sirve a mí y a Van copas de Giacomo Conterno Monfortino Barolo Riserva. Van no toca la suya.

La comida llega sin que ni siquiera la pidamos, y los olores a ajo y a vino tinto intenso hacen que se me haga la boca agua al instante.

—¿Qué han estado haciendo últimamente? —pregunto, con la emoción burbujeando en mi interior por estar finalmente con mis primos de nuevo. En mi empeño por huir de todo lo que conocía, había olvidado lo mucho que me gustaba estar con la familia—. Por cierto, este vino es divino.

—Sofia se ha estado encargando de un trabajo de limpieza mientras estabas fuera —dice Marco, cortando su filete perfectamente preparado, lo que me recuerda visceralmente a ver trabajar a Van—. Tres socios de los Torrino que pensaron que la ausencia de nuestra prima significaba que nos habíamos ablandado.

Se me hiela la sangre en las venas; el sabor del vino caro de repente se vuelve amargo en mi lengua. Miro de reojo a Van para ver cómo se toma este comentario despreocupado, pero su rostro permanece impasible. —¿Un trabajo de limpieza? —chillo.

Van se queda muy quieto a mi lado, y siento la tensión enroscarse en su cuerpo como un resorte cargado. Nunca debería haberlo traído a conocer a mi familia. Probablemente saldrá corriendo después de ver de lo que son capaces y descubrir que no somos, necesariamente, los buenos.

La sonrisa de Sofia es hermosa y absolutamente aterradora, como ver una rosa florecer sobre una tumba. —Me encargué de ellos personalmente. De forma sangrienta. —Se seca los labios con la servilleta, un gesto tan refinado que me revuelve el estómago. Esta mujer elegante que solía jugar conmigo a ser modelo con los vestidos largos de mamá colgando detrás de nosotras acaba de describir una tortura con el mismo tono que alguien usaría para hablar del tiempo—. Uno de ellos llegó a suplicar, si puedes creerlo. Un hombre hecho y derecho, llorando por su madre mientras yo trabajaba.

Santo cielo. Mientras yo estaba ocupada siendo la hermana pequeña de cinco hermanos mayores y sobreprotectores que me protegían de todo elemento violento, al parecer Sofia, con una estructura familiar similar, recibió un mensaje muy diferente. Describe sus asesinatos como yo podría hablar de mi rutina de cuidado de la piel. Busco la mano de Van bajo la mesa y me siento aliviada cuando me devuelve el apretón.

—Ya no eres solo la hermanita —consigo decir, con la voz apenas firme pero sin quebrarse del todo. Mis palabras apenas tienen sentido, pero estoy tratando de entender cómo mi risueña prima se convirtió en una espada.

—Querida Carmela —dice Sofia, con una sonrisa que no flaquea mientras alarga la mano hacia su copa de vino, un gesto tan fluido y controlado que es casi hipnótico—, ninguno de nosotros es solo una cosa.

El pulgar de Van roza mis nudillos bajo la mesa.

Debería estar horrorizada. La Carmela que se emocionaba eligiendo salsa para la pasta debería salir huyendo de esta mesa. En cambio, me encuentro inclinándome ligeramente hacia delante, como si Sofia estuviera describiendo una técnica de pincelada especialmente interesante. ¿Qué me pasa? El pensamiento parpadea en mi mente, pero se ve ahogado por una genuina curiosidad sobre cómo alguien que solía trenzarme el pelo se convirtió en alguien que hace llorar a hombres hechos y derechos.

El resto de la cena transcurre entre conversaciones más ligeras y una relajación gradual de la tensión. Incluso Sofia parece entrar en calor conmigo, lo que hace que mi corazón cante de alegría. No creo que hubiera podido soportar que me odiara. Nadie sabe mejor que yo que el poder familiar puede ser una jaula en lugar de una herramienta, pero aun así, empiezo a relajarme.

Van permanece callado casi todo el tiempo, pero siento su aprobación en la forma en que sus dedos rozan los míos de vez en cuando. Su hipervigilancia nunca cesa; lo sorprendo observando los movimientos de los camareros, fijándose en cuáles tienen el porte de un soldado, pero confía en que yo libre mi propia batalla aquí.

De repente, la puerta del comedor privado se abre de golpe y un torbellino entra con paso decidido, vestido con un traje oscuro.

—Perdón, perdón. —Mi primo pequeño, Luca, entra campante como si el lugar fuera suyo, lo que técnicamente, en parte, es—. Tenía que

encargarme de una cosilla. Ya sabéis cómo va: sangre, gritos, las típicas actividades de un martes por la tarde.

Van se queda muy quieto a mi lado, todo su cuerpo se contrae como un arma a punto de atacar, y me doy cuenta, con un sobresalto, de que mi imperturbable protector está genuinamente nervioso. Van, que se enfrentó a Isabella Torrino sin pestañear, que realiza operaciones quirúrgicas bajo una presión que quebraría a la mayoría de la gente, está verdaderamente inquieto por la psicología que se esconde tras la máscara de Luca. No debería haberlo traído.

Se me eriza la piel. Luca parece bastante normal, guapo a la manera de los Rosetti, ropa de diseño, pelo perfecto. Parece salido de una sesión de fotos de *GQ*, si *GQ* hiciera un número sobre «Psicópatas con Estilo». Su sonrisa no le llega a los ojos, y hay algo en su forma de moverse que hace que mis instintos de sumisión griten peligro, y no en el buen sentido. Parece aún más desquiciado que la última vez que lo vi.

Cuando éramos niños, Luca solía cazar ranas y diseccionarlas para ver cómo funcionaban, pero también lloró cuando su perro murió. Nunca he logrado descifrarlo.

Luca se deja caer en su silla y su mirada se posa en mí. Esa sonrisa se ensancha. —Pequeña Carmela. He oído que has estado causando problemas. Bien por ti.

—No era mi intención…

—Claro que sí. —Se echa hacia atrás, estudiándome con unos ojos que ven demasiado—. Te escapaste. Para eso hacen falta agallas. La mayoría de la familia tiene demasiado miedo como para cruzar la calle por donde no toca.

—Llegas tarde —dice Marco, tajante.

Luca ensarta un tomate cherry y se lo mete entero en la boca. —Estaba ocupándome de unos asuntos.

—¿Qué clase de asuntos? —pregunto, aunque una parte de mí no está segura de querer saber la respuesta. Y desde luego, no quiero que Van sepa la respuesta.

La sonrisa de Luca se ensancha, y vislumbro algo que hace que mi sangre cante con reconocimiento y terror a partes iguales: la misma oscuridad que he estado descubriendo en mí misma, la capacidad para la violencia que corre por nuestra familia como el color de los ojos o la forma de nuestras manos. Para mí, se trata de cuánta violencia puedo soportar, de cuánto me excita cuando Van me la administra con cariño. —Del tipo que requiere habilidades muy específicas —dice Luca, cortando su comida con la misma precisión despreocupada que Marco había usado antes—. Del tipo que hace desaparecer a la gente tan por completo que hasta sus *nonnas* olvidan que alguna vez existieron.

Sus ojos se encuentran con los míos a través de la mesa, y veo mi propia oscuridad reflejada en ellos. Sea en lo que sea que me he convertido durante mi tiempo con Van, sea cual sea la fuerza que he descubierto en la sumisión, Luca la reconoce al instante.

—¿Cómo de por completo estamos hablando? —La pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla, y oigo el interés genuino en mi propia voz con una conmoción que me hace retroceder. ¿Cuándo me convertí en alguien que quiere detalles sobre cómo hacer desaparecer a la gente? Pero incluso mientras lo pienso, sigo esperando su respuesta, fascinada de una manera que debería aterrorizarme, pero no lo hace.

La risa de Luca es suave, encantada, como si hubiera pasado una prueba que no sabía que estaba haciendo. —Por completo, prima. Como si nunca hubieran existido.

Algo cambia dentro de mí, como si una puerta que no sabía que existía acabara de abrirse de par en par. La buena hija Rosetti que se escapó para vender arte debería estar consternada. En cambio, estoy… ¿intrigada? No, eso es demasiado suave. Estoy fascinada, y la revelación me golpea como uno de esos momentos en una galería en los que de repente ves lo que el artista pretendía: no soy solo arcoíris. Nunca lo fui. La oscuridad siempre estuvo ahí, esperando permiso para existir.

Dante desliza un trozo de papel por la mesa hasta Marco, que lo lee y asiente. La comunicación silenciosa es perfecta, practicada. Me pregunto cómo será para Dante, atrapado en el silencio pero aun así imponiendo respeto solo con su presencia.

—Los Torrinos —comienza Marco, su voz cargada de absoluta autoridad—, se han envalentonado desde la muerte de tu padre. El ataque en tu galería el mes pasado no fue aleatorio.

Se me oprime el pecho. La mano de Van encuentra la mía bajo la mesa, y saco fuerzas de su presencia firme, del hecho de que no haya salido corriendo y gritando de la mesa al enterarse de lo que hacen mis primos por diversión.

Tomo un sorbo de vino, dejando que el suntuoso Barolo me cubra la lengua mientras proceso esto. Los sonidos del restaurante vuelven a filtrarse: jazz suave, el tintineo de los cubiertos del comedor principal, gente normal cenando normalmente mientras nosotros discutimos una guerra territorial entre pasta hecha a mano y filetes poco hechos.

—Creen que la familia de Nueva York es vulnerable —añade Sofia, y hay algo casi ansioso en su tono—. Se equivocan, por supuesto. Pero la percepción importa en nuestro mundo.

Pillo a Van mirándome.

—Por eso —continúa Marco—, Domenico nos pidió que garantizáramos tu protección mientras estés en Chicago. La familia cuida de la familia.

—Yo la estoy cuidando —gruñe Van.

Marco se detiene con la copa de vino en el aire. —Nadie en esta familia actúa por su cuenta.

Resoplo. Esa es exactamente la clase de actitud de la que huía. Tomo un sorbo de vino, dejando que el intenso Barolo me cubra la lengua mientras asimilo la información. Los sonidos del restaurante vuelven a colarse: un jazz suave, el tintineo de los cubiertos del comedor principal, gente normal cenando con normalidad mientras nosotros discutimos una guerra territorial ante un plato de pasta hecha a mano. Dante me desliza otra nota, esta vez a mí. Su caligrafía es elegante y precisa: *Eres valiente por huir. Más valiente por volver.*

Algo cálido se expande por mi pecho. Lo entiende. De alguna manera, este primo silencioso comprende la guerra entre la independencia y la lealtad familiar que me ha estado destrozando.

—Gracias —le digo en voz baja, y las comisuras de sus ojos se arrugan ligeramente, lo más parecido a una sonrisa que le he visto. Recorro el tallo de mi copa con el dedo, observando cómo la luz se refracta a través del líquido de un rojo intenso. A nuestro alrededor, el restaurante continúa su elegante danza; en algún lugar del salón principal, alguien celebra un cumpleaños, con voces alzadas en un canto desafinado. La normalidad de la escena hace que nuestra conversación parezca aún más surrealista.

—La verdadera cuestión —interrumpe Luca, haciendo girar un cuchillo de mantequilla entre los dedos con una habilidad inquietante

— es si nos encargamos de esto discretamente o damos un escarmiento.

Luca hace una pausa para comer algo, cortando su ternera con la misma precisión que probablemente utiliza para… otras actividades. El silencio no es exactamente incómodo, pero está cargado con todo lo que no estamos diciendo en voz alta. A mi lado, la respiración de Van se ha calmado; su mente táctica probablemente esté catalogando cada detalle para analizarlo más tarde.

—Los Torino son como un cáncer —continúa Luca—. Cortas lo que puedes ver, pero el verdadero peligro es lo que se extiende por debajo.

—Protegemos a los nuestros —afirma Marco, y no es un debate—. Van, ¿supongo que es usted capaz?

—De sobra —responde Van, y hay un hielo en su voz que me provoca un escalofrío.

Sofia ríe, una risa ligera y tintineante como copas de champán. —Oh, me gusta. No nos tiene miedo. —Se inclina hacia adelante, y su dulzura se afila hasta convertirse en algo letal—. La mayoría de la gente sí, ¿sabes?

La sala se queda en silencio. Incluso Luca deja de jugar con el cuchillo. Las velas de nuestra mesa parpadean, proyectando sombras que danzan sobre los rostros de todos. Me doy cuenta de que estoy memorizando este momento: el aspecto de mi familia a la luz de las velas, discutiendo sobre violencia durante una cena cara. Es hermosamente retorcido, como un cuadro de Caravaggio que cobra vida.

—Sofia —advierte Marco.

—Joder —susurra Van, y siento cómo su respeto cambia, reconociendo a un depredador.

Oh, Dios, en realidad estoy disfrutando de esto. La idea debería hacerme salir corriendo, pero en cambio siento que algo encaja en su sitio, como encontrar la iluminación perfecta para un cuadro. Todos esos años protegida de este lado de la familia, y resulta que no me horroriza: estoy volviendo a casa.

Dante le desliza otra nota a Marco. Marco la lee y luego me mira. —Te has estado estableciendo en el mundo del arte. Eso es bueno. Los negocios legítimos son tapaderas útiles.

—No es una tapadera —protesto—. Es mi vida.

—Son ambas cosas —dice Luca, y por una vez, su sonrisa parece casi genuina—. Ese es el truco, prima. Ser real en un mundo de máscaras. Al final, la mayoría de nosotros olvida qué cara es la nuestra.

Hay algo atormentado en sus palabras.

—Tu trabajo en la galería —continúa Marco, ignorando la filosofía de Luca—, procederá según lo planeado. Pero con nuestra seguridad. Los Torino tienen que ver que tocarte a ti significa la guerra con Chicago.

—No quiero empezar una guerra —digo en voz baja.

—Demasiado tarde —canturrea Sofia—. La empezaron ellos cuando entraron en tu galería. Ahora nosotros la terminamos.

Van me aprieta la mano por debajo de la mesa. —No tienes que formar parte de la violencia —murmura, lo suficientemente bajo

como para que solo yo lo oiga—. Para eso están ellos. Para eso estoy yo.

Miro alrededor de la mesa a mis primos: Marco con su autoridad absoluta, Dante con su fuerza silenciosa, Sofia con su letalidad oculta, Luca con su energía inquietante. Esta es mi familia. No la que elegí, sino en la que nací. Y a pesar de todo, están aquí para protegerme.

—De acuerdo —digo, enderezándome en el asiento—. ¿Qué necesitáis de mí?

Marco casi sonríe. —Solo sé tú misma. La niña de la familia Rosetti. Deja que piensen que eres débil, que estás protegida, que eres inofensiva. —Sus ojos brillan—. Mientras nosotros nos encargamos del resto.

Dante me mira y se toca la sien, luego me señala. El mensaje es claro: «Eres más lista de lo que creen».

—Lo gracioso de la luz del sol —reflexiona Luca, volviendo a jugar con el cuchillo—, es que parece suave y cálida. Pero si te acercas demasiado al sol, te quema vivo.

—Qué poético —dice Sofia con sequedad—. ¿Lo leíste en una galleta de la fortuna?

—Lo leí en los ojos del último hombre que subestimó a nuestra familia —responde Luca, y su sonrisa es lo bastante afilada como para cortar.

Las palabras se asientan en mis huesos con una sensación de certeza que me sorprende. En lugar de horror, me encuentro sosteniéndole la mirada a Luca, atraída por algo oscuro y magnético que llama a las sombras que he descubierto que viven dentro de mí.

Bajo la mesa, el agarre de Van en mi mano se tensa de repente; su pulgar ya no me acaricia con suavidad, sino que presiona con fuerza la yema de mi dedo sobre el pulso. Cuando lo miro, sus ojos de tormenta están fijos en mi cara con una intensidad que me corta la respiración. No es una advertencia, es algo mucho más complejo. Algo que casi parece hambre.

—Carmela. —Su voz es más áspera de lo habitual, en un tono tan bajo que solo yo puedo oírla por encima del ruido ambiental del restaurante—. Mírame.

Me vuelvo hacia él por completo, y el ardor que llamea en su expresión me inunda como el fuego. Su mirada hipervigilante de cirujano analiza cada detalle de mi reacción: la forma en que me incliné hacia la oscuridad de Luca, la fascinación genuina en mi voz cuando pregunté sobre cómo hacer desaparecer a la gente, el pulso que martillea visiblemente en mi garganta.

—No tienes ni idea de lo peligrosa que pareces ahora mismo —murmura, sus palabras con un trasfondo que hace que mi vientre se contraiga con una necesidad repentina y desesperada—. Sentada ahí, hablando de asesinatos como si fueran un buen vino, con los ojos iluminados cuando él habla de borrar a la gente de la existencia.

La posesión en bruto de su tono envía fuego líquido a través de mis venas, porque reconozco esta faceta de Van: el dominio controlado que emerge cuando algo amenaza lo que es suyo, o cuando traspaso límites que él no sabía que existían hasta que los crucé.

—¿Eso te molesta? —susurro en respuesta, de repente muy consciente de que todos los demás en la mesa han enmudecido, de que este momento de tensión eléctrica entre Van y yo está siendo presenciado por algunas de las personas más letales de Chicago.

La sonrisa de Van es lenta, depredadora y completamente distinta a sus habituales expresiones controladas. —Carmela, amor —dice, su voz de cirujano con una precisión letal que hace que mis muslos se aprieten involuntariamente—, verte descubrir tu propia capacidad para la oscuridad podría ser lo más excitante que he experimentado jamás.

La confesión me cae como un rayo, porque este es Van admitiendo que mi oscuridad no le asusta, le excita. Que verme fascinada por las capacidades letales de Luca le hace querer arrastrarme a un lugar privado y mostrarme exactamente a qué clase de juegos podríamos jugar juntos.

A nuestro alrededor, soy vagamente consciente de que mis primos observan este intercambio eléctrico con diversos grados de diversión y cálculo. Pero solo puedo concentrarme en la forma en que el hambre posesiva de Van me hace sentir a la vez reclamada y libre, como si no estuviera tratando de contener mi recién hallada fortaleza, sino de celebrarla.

—Señor —respiro, y la palabra sale sonando como una súplica.

Su agarre en mi mano se vuelve casi doloroso, anclándome a él incluso cuando siento que me veo arrastrada entre dos fuerzas magnéticas: el reconocimiento de Luca de una oscuridad compartida y el aprecio de Van por todo en lo que me estoy convirtiendo.

—Nos vamos —dice Van de repente, su tono con una autoridad absoluta que no admite discusión—. Ahora.

La orden envía una espiral de calor a través de mí, porque este es un Van como nunca lo había visto. No solo protector, sino hambriento de una manera que sugiere que nuestra velada está lejos de haber terminado.

15 - Van

Llevo dos putas horas empalmado y todo por la forma en que hizo que unos asesinos pendieran de cada una de sus palabras.

Mi polla palpita contra mis pantalones mientras conduzco a casa después de la comida familiar, reviviendo cada momento en que Carmela dominó aquel restaurante. La forma en que se inclinaba hacia delante al hablar de los negocios familiares, haciendo que hombres hechos y derechos con las manos manchadas de sangre guardaran silencio cuando hablaba. No se limitó a participar en esa comida. Se adueñó de ella.

El dolor fantasma en mis muñecas se recrudece. Pero se desvanece mientras me concentro en cómo se sentó a esa mesa, pequeña y radiante entre asesinos, haciendo que la escucharan. Haciendo que *quisieran* protegerla. No porque nadie lo ordenara, sino porque se ganó su respeto a base de pura y jodida genialidad.

Los parámetros de la misión han cambiado. El objetivo principal ya no es la supervivencia. Es ella. Ella al completo.

De vuelta en mi apartamento, no consigo concentrarme en los planes de protección extendidos sobre la mesa de la cocina. Mi móvil vibra con actualizaciones, pero las palabras se desdibujan. Cada vez que intento leer las evaluaciones de amenazas, lo único que veo es a ella gestionando las preguntas de Marco como si lo hubiera hecho toda su vida.

Esa confianza. Esa autoridad natural envuelta en arcoíris y ropa de diseño. Me duele la polla solo de pensar en despojarla de todo ese poder en mi cama, en hacerle recordar que, por muy brillantemente

que domine una habitación llena de hombres peligrosos, me sigue perteneciendo.

Aparto los papeles de un manotazo y me dirijo a mi cuarto de juegos. Esta noche exige una posesión absoluta.

En mi santuario, preparo las ataduras avanzadas: unas esposas forradas de seda conectadas al sistema de suspensión que rara vez utilizo. Mi polla palpita mientras imagino sus muñecas en estas esposas, su cuerpo expuesto para mi uso. Las ataduras de cuero que hemos usado antes cumplieron su propósito, pero después de verla blandir la autoridad de los Rosetti como un arma, necesito poseerla por completo.

Carmela entra con el albornoz que le dejé, y puedo ver sus pezones endurecidos contra la seda. Sus ojos brillan con curiosidad más que con miedo, y esa confianza hace que mi necesidad de dominarla sea aún más fuerte.

—Desnúdate —le ordeno, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Deja caer el albornoz y me deleito con la visión de su cuerpo desnudo. Pechos generosos, la curva de su cintura, el triángulo de vello entre sus muslos que pienso saborear a fondo esta noche. Mi polla se tensa contra mis pantalones, exigiendo una atención que no estoy dispuesto a darle todavía.

—Te has desenvuelto bien hoy —le digo, asegurando la primera esposa alrededor de su muñeca. Su piel está cálida, el pulso acelerado bajo mi tacto.

—Suenas sorprendido.

Pruebo la sujeción y luego paso a la otra muñeca. —Lo estoy. Esos hombres se comen viva a la gente.

Su sonrisa tiene un deje que hace que me duela la polla. —Menos mal que no soy como la mayoría de la gente. —Prueba las esposas mientras ajusto el sistema de suspensión, colocando sus brazos por encima de la cabeza para que sus pechos se eleven, perfectamente expuestos para mi boca—. ¿Creías que me derrumbaría?

—No. —Doy un paso atrás para admirar mi obra. Su cuerpo estirado y vulnerable, completamente a mi merced—. Pero al verte lidiar con ellos, al ver cómo te miraban… —Extiendo la mano para trazar un círculo con la yema del dedo alrededor de su pezón, sin llegar a tocar la punta—. Lo único en lo que podía pensar era en traerte a casa y follarte hasta que recordaras a quién le pertenece este cuerpo.

Ella se arquea hacia mi caricia, buscando más presión. —Son familia.

—Y tú eres mía. —Le pellizco el pezón con la fuerza suficiente para que ahogue un gemido—. Dilo.

—Soy tuya.

La confesión me envía una oleada de calor directa a la entrepierna. Me adueño de su boca, besándola con la fuerza suficiente para dejarle un moratón, dejando que pruebe la posesión en mi lengua. Cuando me aparto, sus labios están hinchados y su respiración se ha acelerado.

Mis manos recorren su cuerpo sistemáticamente. La suave parte inferior de sus pechos, el punto sensible donde las costillas se unen a la cintura, la piel lisa de la cara interna de sus muslos. Ya se está mojando, y ni siquiera he empezado como es debido.

—Separa las piernas —le ordeno, y obedece de inmediato. La confianza en su sumisión me oprime el pecho con algo que va más allá de la lujuria.

Me dirijo a la pared donde cuelga mi colección en perfecto orden: látigos de varias colas, fustas y fustas de montar expuestos como armas. Mis dedos se deslizan sobre cada uno antes de seleccionar un látigo de cuero con múltiples colas, cada una terminada en un pequeño nudo diseñado para dejar marcas sin desgarrar la piel.

—¿Color? —le pregunto, dejando que vea mi elección.

—Verde —responde sin dudar, sus ojos oscureciéndose por la expectación.

Doy la vuelta y me coloco detrás de ella, dejando que sienta mi presencia sin verme. La anticipación es parte del juego: que no sepa cuándo caerá el primer golpe. Pruebo el látigo contra mi palma; el escozor familiar me centra.

—Has causado una gran impresión hoy —le digo, descargando el látigo sobre la parte alta de su espalda con un chasquido controlado. Sin toda mi fuerza, un calentamiento—. Todo el mundo te observaba.

Jadea al contacto, su cuerpo balanceándose ligeramente en las ataduras. —¿De eso se trata todo esto? ¿Estás celoso?

Azoto de nuevo, esta vez más fuerte, viendo cómo el rojo florece en sus omóplatos. —No estoy celoso. Soy posesivo. Hay una diferencia.

El tercer golpe aterriza en su culo, haciendo que se sacuda hacia delante con un gemido que va directo a mi polla. Establezco un ritmo, alternando entre su espalda, su culo y sus muslos,

observando cómo su piel se sonroja y luego enrojece bajo mi atención.

—¿Color? —exijo después de un golpe especialmente fuerte.

—Verde —jadea ella, con la voz espesa por la excitación—. Muy, muy verde.

Su respuesta me alimenta. Aumento la intensidad, las colas de cuero dejando verdugones temporales sobre su piel perfecta. Cada marca es una firma, la prueba de que, por muy brillantemente que se desenvuelva en el mundo exterior, aquí me lo entrega todo.

Hago una pausa para pasar la mano por la piel caliente de su culo, sintiendo los verdugones en relieve. Ella presiona contra mi mano, buscando más contacto. Deslizo la mano entre sus muslos y la encuentro empapada.

—Te encanta esto —gruño en su oído—. Que te marquen. Ser poseída.

—Sí —admite, intentando restregarse contra mi mano.

Me aparto, negándole la fricción que anhela. Me muevo para quedar frente a ella y veo sus pupilas dilatadas por el deseo, los labios entreabiertos mientras jadea. Le agarro la mandíbula, obligándola a sostenerme la mirada.

—¿A quién le perteneces?

—A ti —susurra.

—Más alto.

—A ti, Señor. Te pertenezco.

Le suelto la cara y vuelvo a mi pared de instrumentos, eligiendo a continuación una fusta. La punta de cuero es perfecta para la precisión, para apuntar a las zonas más sensibles. Cuando me doy la vuelta, sus ojos se clavan en la fusta y se lame los labios inconscientemente.

—Abre más las piernas —ordeno.

Obedece de inmediato, volviéndose aún más vulnerable. Doy un golpecito con la fusta en la cara interna de su muslo, solo un anticipo de lo que está por venir. Sus músculos se tensan por la expectación.

—¿Color?

—Verde —responde, con la voz ronca por el deseo.

Descargo la fusta con precisión, la punta aterrizando exactamente donde quiero: justo encima de su clítoris. Todo su cuerpo se sacude en respuesta, un grito ahogado escapa de sus labios. Repito el movimiento, un poco más fuerte, viendo cómo su rostro se contorsiona con esa hermosa mezcla de dolor y placer que solo yo llego a ver.

—Mi chica buena —murmuro, trazando la marca con la punta de mi dedo—. Pero necesito más de ti.

Rodeo su cuerpo suspendido, dejando que la fusta se deslice por su piel. Su respiración se acelera mientras me muevo detrás de ella, fuera de su vista. La expectación es parte del control: que no sepa dónde golpearé a continuación.

La fusta aterriza en su otro muslo con un chasquido satisfactorio. Luego en su culo. En sus hombros. Cada golpe calculado, cada marca colocada con precisión. Estoy pintando su cuerpo con mi posesión, reclamando cada centímetro.

—Has estado magnífica hoy —le digo, asestando otro golpe que la hace jadear—. ¿Pero sabes lo que me hace a mí? ¿Ver cómo todos se dan cuenta de lo brillante que eres?

Ella intenta mirarme por encima del hombro. —Dímelo.

Le agarro un mechón de pelo, echándole la cabeza hacia atrás. —Hace que quiera recordarte que no importa lo poderosa que seas ahí fuera —descargo la fusta en la sensible parte inferior de su pecho, haciéndola gritar—, aquí dentro, eres mía para usarte como me dé la gana.

Sus ojos se ponen en blanco ligeramente, sus labios entreabiertos. —Sí —suspira—. Tuya.

Compruebo las marcas que he dejado, pasando las manos por su piel caliente. Está cubierta por una ligera capa de sudor, su cuerpo tiembla levemente por el esfuerzo de mantenerse quieta.

—¿Color? —pregunto de nuevo.

—Verde —responde de inmediato—. Por favor, Van.

—¿Por favor, qué?

—Más.

Dejo la fusta a un lado y me dirijo a mi armario, eligiendo un látigo de una sola cola de cuero. Es uno de los instrumentos más

avanzados, capaz de abrir la piel si no se maneja adecuadamente. Pero he pasado años perfeccionando mi técnica.

Sus ojos se abren de par en par al ver mi elección. Hay un destello de incertidumbre que hace que mi polla lata con más fuerza.

—Este deja marcas que duran —le digo, pasando la tira de cuero entre mis dedos—. Marcas que te recordarán a quién perteneces cada vez que te mires al espejo mañana.

Traga saliva visiblemente, pero su voz es firme. —Verde.

Desenrollo el látigo y lo hago restallar a modo de prueba, el sonido retumbando por la habitación. Su cuerpo se estremece solo con el sonido. Me coloco a la distancia perfecta, calculando el ángulo con la precisión de un tirador.

El primer golpe aterriza en la parte alta de su espalda, un beso controlado de cuero que deja una fina línea roja. Ella sisea entre dientes pero no grita.

—Uno —cuento para ella.

El segundo golpe cruza el primero, formando una X entre sus omóplatos.

—Dos.

Al quinto, está jadeando, su cuerpo se balancea.

—¿Crees que no me di cuenta de cómo te miraba Marco? —pregunto, asestando otro golpe preciso en la cara interna de su muslo—. ¿Cómo lo hicieron todos?

—Me respetan —jadea, su cuerpo temblando por las crecientes sensaciones.

—Te desean —le doy un golpe seco directamente en el clítoris, haciéndola gritar—. Pero no pueden tenerte.

Continúo trabajando su cuerpo con la fusta, creando una constelación de marcas rojas en sus muslos, estómago y la parte inferior de sus pechos. Cada golpe arranca un sonido diferente de su garganta —gemidos, quejidos, súplicas— una sinfonía compuesta solo para mí.

Su respiración se vuelve entrecortada a medida que aumento la intensidad, centrándome en las zonas sensibles donde el dolor se transforma más fácilmente en placer. El sudor brilla en su piel, haciendo que las verdugonas reluzcan en la penumbra.

—¿Color? —compruebo de nuevo, necesitando saber que todavía está conmigo.

—Verde… pero acercándome al amarillo —admite, su honestidad hace que mi pecho se oprima de orgullo.

Dejo la fusta a un lado y me acerco a ella, pasando las manos por su piel caliente. —Mi chica buena. Diciéndome lo que necesitas.

Mis dedos encuentran su coño, empapado e hinchado. Deslizo dos dedos dentro de ella, y se aprieta a mi alrededor de inmediato, desesperada por más. —Mira lo mojada que te pone el castigo.

—Por favor —susurra, intentando moverse contra mi mano.

—¿Por favor, qué? —encorvo los dedos dentro de ella, encontrando ese punto que la hace estremecerse.

—Por favor, tómame. Te necesito dentro de mí.

La desesperación en su voz casi hace añicos mi control. Retiro los dedos y me dirijo al armario donde guardo mis otros juguetes. Selecciono un collar de cuero negro con una anilla de plata en la parte delantera y se lo llevo.

—Si voy a follarte —le digo, abrochándole el collar alrededor del cuello—, quiero que lleves mi marca.

Sus ojos se oscurecen ante el simbolismo. El collar es nuevo entre nosotros, un paso más allá de nuestro juego habitual. Traga saliva, el movimiento visible contra el cuero.

—Sí —susurra—. Márcame. Hazme tuya.

Ajusto el sistema de suspensión, bajando sus brazos ligeramente para aliviar la tensión sin dejar de mantenerla expuesta para mí. Me coloco detrás de ella, me desabrocho los pantalones y libero por fin mi verga dolorida. Llevo horas empalmado, pensando en este momento.

Agarrándola por las caderas, me posiciono en su entrada, provocándola solo con la punta. —¿De quién es este coño?

—Tuyo —gime ella, intentando empujarse contra mí.

Me deslizo dentro de ella con una sola embestida dura, enterrándome hasta el fondo. Ella grita, su cuerpo apretándose a mi alrededor mientras establezco un ritmo castigador. Cada embestida está marcada por el suave balanceo de su cuerpo en las ataduras, el collar de cuero alrededor de su cuello un recordatorio visible de mi posesión.

—Mírate —gruño, apretándole las caderas con fuerza suficiente para dejarle las marcas de mis dedos—. Recibiendo mi verga tan bien después de tu castigo.

La rodeo con el brazo para agarrar la parte delantera de su collar, usándolo para tirar de ella hacia mí mientras embisto más profundo. La presión en su garganta no es suficiente para restringirle la respiración, solo lo justo para recordarle quién tiene el control.

—¿Color? —exijo, sin detener nunca mi ritmo implacable.

—Verde —jadea—. Jodidamente verde.

Suelto el collar y deslizo la mano hacia arriba para enredarla en su pelo, echándole la cabeza hacia atrás bruscamente. Con la otra mano le encuentro el clítoris y lo rodeo con una presión precisa que hace que todo su cuerpo tiemble.

—No te corras hasta que yo lo diga —le advierto, sintiendo cómo sus músculos internos ya empiezan a agitarse alrededor de mi verga—. ¿Entendido?

—Sí —gimotea, luchando por contenerse mientras continúo mi asalto a sus sentidos.

Ralentizo mis embestidas deliberadamente, haciendo que cada una sea profunda y resuelta. El cambio de ritmo la hace gemir más fuerte, su cuerpo tensándose contra las ataduras mientras intenta moverse conmigo.

—¿Quién te domina aquí? —pregunto, con la voz ronca por el esfuerzo.

—Tú —jadea—. Solo tú.

Satisfecho con su respuesta, me retiro por completo. Ella emite un sonido de protesta que se corta cuando la giro para que me mire, su cuerpo retorciéndose en el sistema de suspensión. Quiero verle la cara cuando se deshaga.

Cojo un pequeño látigo de la mesa cercana; este es de ante suave con docenas de tiras finas. Perfecto para la piel sensibilizada. Lo arrastro ligeramente por sus pechos, observando cómo sus pezones se endurecen aún más ante el contacto provocador.

—Voy a marcar estas tetas perfectas —le digo, descargando el látigo en un golpe controlado sobre su pecho. No lo bastante fuerte como para hacer daño de verdad, solo lo suficiente para que escueza y enrojezca la delicada piel.

Ella se arquea hacia el golpe, sorprendiéndome. —Más —suplica—. Por favor.

La complazco, alternando entre los pechos, observando cómo su piel se sonroja bajo mi atención. Su respiración se vuelve entrecortada, sus ojos medio cerrados en ese espacio entre el dolor y el placer donde flota tan hermosamente.

Cuando sus pechos están suficientemente marcados, suelto el látigo y vuelvo a penetrarla sin previo aviso. Ella grita, echando la cabeza hacia atrás mientras impongo un ritmo brutal. Agarro la anilla de su collar, usándola para acercar su cara a la mía.

Es entonces cuando ocurre.

16 - Carmela

Estoy suspendida en el sistema de sujeción de Van, con los ojos vendados y flotando en pura sensación, completamente llena de él, cuando su teléfono empieza a vibrar sobre la mesita de noche. Las correas de cuero me sujetan las muñecas por encima de la cabeza, con el cuerpo estirado y vulnerable, el coño ya doliéndome de necesidad, el cuerpo encendido por la sensación de su cuidadoso trato con el látigo.

—No te muevas —ordena, con la voz ronca por el deseo. Se retira de mí, dejándome vacía, y mi cuerpo palpita con una necesidad insatisfecha.

Oigo sus pasos alejarse y luego el sonido de su respuesta. Mis pezones son picos duros en el aire fresco y puedo sentir lo mojada que estoy, lo preparada que estoy para él. La expectación hace que cada terminación nerviosa cante.

—Reyes. —Su voz cambia, se vuelve cortante y profesional—. Sí.

La venda agudiza cada sonido: el crujido del cuero al acomodarse en su silla, el murmullo de los papeles. El corazón me late con fuerza al darme cuenta de que no es una llamada del hospital. Algo en su tono es diferente, más frío. Mi coño se contrae involuntariamente; el contraste entre mi estado de excitación y la tensión repentina lo intensifica todo.

—Rutas de envío comprometidas —dice, y su voz llega con claridad a través de la habitación—. Hay que mover tres puntos de extracción para mañana.

Me quedo helada en mis ataduras, las palabras atraviesan mi excitación. Rutas de envío. Las palabras siembran el pánico en mi sistema porque suenan como algo que mi familia discutiría, no mi cirujano gruñón que salva vidas y me hace deshacerme con su boca.

—Los mismos protocolos que en el extranjero —continúa, y ahora capto algo tenso en su voz—. Recopilación de información. Sabe que entiendo el proceso. Pero esto no era parte del trato. Ya estoy pagando mi deuda.

La mención casual del extranjero mientras estoy indefensa y desnuda, suspendida y chorreando, me pone la piel de gallina. Este no es el Van cuya polla estaba presionada contra mi entrada hace unos minutos, que susurraba promesas obscenas sobre lo que iba a hacerme. Esta voz pertenece a otra persona por completo.

—Van —susurro, probando las ataduras. Se mantienen firmes, manteniéndome exactamente donde me colocó, con las piernas abiertas, el coño expuesto y dolorido.

—Un momento —dice al teléfono, no a mí. Luego, el silencio se extiende entre nosotros.

Cuando vuelve a hablar, su voz es diferente. Cansada. —Carmela ha oído parte de eso.

Se me hiela la sangre. Está hablando de mí. Con alguien que claramente sabe quién soy, a qué se dedica mi familia. La postura indefensa que momentos antes me había parecido la rendición más erótica ahora se siente como la vulnerabilidad más peligrosa que se pueda imaginar. Estoy completamente expuesta, mojada y deseosa, mientras él habla de mí como si yo no estuviera aquí.

—Dom, sé que su gente necesita atención médica de urgencia a veces —continúa Van, y cada palabra destruye todo lo que creía

saber—. Pero se suponía que esta misión de protección saldaría mi deuda.

Lucho contra las ataduras, el pánico inunda mi sistema mientras sus palabras calan en mí. La seda se mantiene firme alrededor de mis muñecas, y puedo sentir cómo mis forcejeos hacen que mis pechos reboten, cómo el movimiento envía réplicas a través de mi coño aún excitado. Él ha sabido lo de mi familia. Sabe exactamente lo que significa el apellido Rosetti, y yo estoy suspendida aquí, completamente a su merced, mientras habla de mí como si fuera una transacción.

—Lo sé. —Su voz baja, se vuelve dolida—. No se suponía que se enterara de esta manera.

La llamada termina y el silencio llena la habitación. Puedo oír su respiración, puedo sentir su presencia, pero no se mueve para liberarme. Las ataduras que sentía como seguridad ahora se sienten como una trampa, y las respuestas traicioneras de mi cuerpo —aún mojada, aún anhelándolo a pesar de todo— lo empeoran.

—Van. —Mi voz sale más débil de lo que quisiera—. Suéltame de esto.

—Tenemos que hablar primero. —Sus pasos se acercan lenta, deliberadamente—. Sobre lo que has oído.

—Oí lo suficiente. —La traición es profunda, pero bajo mi dolor, algo más duro cristaliza—. Has sabido lo de mi familia todo el tiempo, ¿verdad?

Lo siento detenerse a mi lado, puedo percibir el calor de su cuerpo cerca del mío. Mis pezones siguen duros, mi coño todavía húmedo de excitación, y odio que a mi cuerpo no le importe la devastación emocional que está ocurriendo en mi pecho.

—Tu hermano Dom me sacó de Afganistán —dice, y su voz denota un agotamiento que nunca antes había oído—. Me capturaron con mi unidad. Me torturaron. Me sacó de un complejo donde me estaba muriendo, me dio esta vida, esta identidad, todo.

Las ataduras me mantienen suspendida e indefensa mientras él despoja cada ilusión. Mis piernas siguen abiertas desde donde me había colocado para recibir su polla, y la vulnerabilidad es insoportable ahora.

—Le debo la vida, Carmela. Literalmente. El ejército me desechó después del rescate, me sometió a un consejo de guerra por abandonar mi puesto cuando me habían capturado y torturado. —Su voz se quiebra ligeramente—. Dom me dio papeles nuevos, credenciales médicas, este apartamento. Todo.

—¿Así que protegerme era solo el pago de una deuda? —Siento las lágrimas amenazando detrás de la venda—. ¿Nunca aceptaste este trabajo? Pensé que querías protegerme, que aceptaste este trabajo porque…, porque… —Ni siquiera puedo terminar la frase—. ¿Todo lo que ha habido entre nosotros? Cada vez que me hiciste correrme, cada vez que enterraste tu polla dentro de mí… ¿fue todo solo una obligación?

—Empezó así. —La honestidad en su voz es brutal—. Dom me pidió que te mantuviera a salvo, y yo se lo debía todo. Pero, Carmela…

—Pero nada. —El dolor se transforma en algo más afilado, más peligroso—. Libérame de estas ataduras. Ahora.

—Mírame primero —dice, y siento sus dedos en la venda, quitándomela.

Parpadeo ante la luz repentina y lo primero que veo es el rostro de Van. Tiene un aspecto destrozado: los ojos grises atormentados, la

mandíbula apretada. Su camisa sigue desabrochada por donde yo había estado intentando desvestirlo frenéticamente, y puedo ver los arañazos que mis uñas dejaron en su pecho. Verlos hace que mi coño se contraiga involuntariamente; el cuerpo recuerda el placer mientras a mí se me parte el corazón.

—Sé a qué se dedica tu familia —continúa, aparentemente decidido a destruir hasta la última de mis ilusiones—. Conozco las operaciones, los territorios, la violencia que financia tu mundo protegido. Siempre lo he sabido, desde el momento en que Dom me sacó de ese agujero infernal.

El tráfico de diamantes, el blanqueo de dinero, la violencia… toda la oscuridad que financiaba mi soleado mundo mientras yo jugaba a ser normal. Y él lo sabía. Cada vez que me follaba, cada vez que me hacía gritar su nombre, sabía exactamente lo que significaba el apellido Rosetti.

—Tu vida perfecta existe porque hombres como tus hermanos hacen cosas que luego requieren que alguien limpie el desastre —dice Van, y no hay crueldad en ello, solo una verdad agotada—. He sabido exactamente lo que significa proteger a una Rosetti, Carmela.

—Entonces sabes que no estoy tan indefensa como crees. —Mi voz sale firme, controlada, aunque tengo el corazón roto y mi cuerpo sigue traicionándome con su excitación—. Suéltame.

Se acerca a las ataduras y manipula los mecanismos con rapidez. Cuando mis brazos caen, casi me desplomo, con un hormigueo recorriéndome los hombros. Pero me obligo a ponerme de pie, a enfrentarme a él con toda la dignidad que puedo reunir, desnuda y temblorosa, con el coño aún húmedo de deseo por un hombre que me ha estado mintiendo desde el principio.

—¿Hubo algo real? —pregunto, abrazándome a mí misma, intentando ocultar que mis pezones siguen duros, que mis muslos siguen húmedos—. Cada vez que me hiciste deshacerme, cada vez que susurrabas mi nombre mientras estabas enterrado dentro de mí… ¿era yo solo la pringada más ingenua del mundo?

—Todo fue real. —Su voz es cruda, desesperada, y sus ojos bajan a mi cuerpo antes de volver bruscamente a mi cara—. Cada caricia, cada palabra, todo lo que sentí por ti. La deuda me trajo a ti, pero lo que pasó entre nosotros… Joder, Carmela. Me enamoré tanto que se me olvidó por qué estaba allí.

Quiero creerle. Mi cuerpo traicionero todavía responde al dolor en su voz, todavía quiere ir hacia él, dejar que me folle para ahuyentar el dolor y la confusión. Pero la confianza está rota y no sé cómo recomponerla.

—Deberías habérmelo dicho. —Paso a su lado hacia mi ropa, necesitando distancia y dignidad. Mis piernas están inestables y siento cómo su semen empieza a secarse en mis muslos—. Merecía saber lo que era esto desde el principio.

—Lo sé. —Se pasa las manos por el pelo, y puedo ver que su polla sigue medio dura en sus pantalones, puedo ver cuánto le afecta mi desnudez incluso ahora—. La he cagado. Quería decírtelo, pero…

—Pero era más fácil dejar que me enamorara mientras cumplías con tu misión. —Me pongo el vestido por la cabeza, una armadura contra la vulnerabilidad. La seda se desliza por mi piel sensible, y tengo que morderme el labio para no gemir por la sensación contra mis pezones aún excitados—. Muy eficiente, doctor Reyes.

—No lo hagas. —La palabra sale cortante, dolida—. No seas fría. Me conoces mejor que eso. Sabes cómo te toco, cómo adoro tu cuerpo, cómo nunca tengo suficiente de ti.

—¿De verdad? —Me giro para mirarlo, y algo en mi expresión le hace retroceder un paso—. Porque el Van que yo creía conocer no usaría ataduras como herramienta de interrogatorio. No dejaría que me enterara de toda su historia con mi familia mientras yo estaba suspendida sin poder hacer nada, húmeda y deseándolo.

Él se estremece. —Esa llamada… No esperaba que Dom llamara esta noche. Cuando lo oíste, entré en pánico. Tomé las peores decisiones posibles.

—Tomaste decisiones calculadas. —El acero de los Rosetti que he estado descubriendo en mí se alza para afrontar este momento—. Igual que has estado haciendo desde que Dom te asignó protegerme. Cada vez que me hacías suplicar por tu polla, cada vez que me hacías gritar tu nombre… ¿eso también era un cálculo?

—Carmela. —Da un paso hacia mí, con las manos extendidas, pero se detiene cuando niego con la cabeza—. Por favor. Déjame explicarte. Déjame demostrarte lo real que es esto.

—Ya tuviste tu oportunidad de explicarte. —Me dirijo hacia la puerta, pero algo me detiene. Una revelación, que hace que mi pulso se acelere con algo que ya no es enteramente dolor—. En realidad, no. ¿Sabes qué? Necesito pensar en esto de otra manera.

Me vuelvo para mirarlo y veo la confusión en sus ojos. No tiene ni idea de lo que está pasando por mi cabeza en este momento. Ni idea de que la damisela indefensa que ha estado protegiendo se está dando cuenta de que tiene el poder aquí.

—Le debes la vida a Dom —digo lentamente, cada palabra precisa y medida—. Tu identidad. Tu licencia médica. Este apartamento. Todo lo que eres existe porque mi hermano decidió salvarte.

El rostro de Van se vuelve cuidadosamente inexpresivo, pero puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos se aprietan a los costados. —Sí.

—Y ahora le debes el servicio de protección. A mí. —Doy un paso más cerca, y algo peligroso se despliega en mi pecho cuando no retrocede—. Se supone que esta misión salda tu deuda.

—Eso no es… —empieza él, pero lo interrumpo.

—Eso es exactamente lo que es. —Mi voz contiene algo nuevo ahora, algo que hace que sus pupilas se dilaten mientras su mandíbula se tensa—. Pero esto es lo que no tuviste en cuenta, Van. No soy solo una chica a la que proteger. Soy una Rosetti. Lo que significa que yo también tengo poder sobre ti.

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de una electricidad que no entiendo del todo. Mi coño sigue húmedo, todavía anhelándolo, y ahora esa excitación se mezcla con algo más oscuro. Algo que se siente como control.

—Si le debes la vida a Dom —continúo, dando otro paso más cerca —, y Dom haría cualquier cosa para mantenerme a salvo y feliz… ¿qué pasa si no estoy feliz con cómo has manejado esta misión?

La respiración de Van cambia, se vuelve más controlada, y puedo ver su polla endureciéndose en sus pantalones a pesar de todo. O quizás por eso. —¿Carmela, qué estás haciendo?

—Estoy aprendiendo las reglas del juego al que has estado jugando. —Estoy lo bastante cerca como para ver el pulso martilleándole en la garganta, lo bastante cerca como para oler su piel—. Dejaste que me enamorara de ti sabiendo perfectamente por qué estabas aquí. Muy eficazmente, lo admito.

—No fue manipulación…

—¿No lo fue? —Extiendo la mano y presiono la palma contra su pecho, sintiendo su corazón acelerado bajo mi tacto—. Sabías perfectamente qué teclas tocar. Sabías que respondería a tu dominio, a tu control. Sabías que me sometería a esas ataduras y te suplicaría que me follaras.

Sus manos suben para agarrarme las muñecas, pero no me aparta. —Así no fue como pasó.

—Quizá no al principio —reconozco, dejando que mis dedos recorran los arañazos que le dejé en la piel—. Pero dejaste que me enamorara de ti mientras ocultabas la verdad. Me dejaste pensar que estaba eligiendo esto libremente cuando, en realidad, solo era parte de tu plan para saldar una deuda.

—Los sentimientos eran reales —dice desesperadamente—. Todo entre nosotros fue real.

—¿Lo fue? —Lo miro, y puedo ver cómo le afecta mi proximidad, cómo su control se resquebraja—. ¿O es que eras muy, muy bueno en tu trabajo?

La pregunta queda flotando entre nosotros. Pero en lugar de la desolación que esperaba sentir, estoy descubriendo algo completamente distinto. Poder. Poder real, no del tipo de princesa indefensa, sino del que nace de entender exactamente qué ventaja tengo.

—¿Sabes lo que pienso, Van? —dejo que mi voz baje a un susurro, del tipo que solía hacerle gemir cuando se lo susurraba al oído mientras estaba enterrado dentro de mí—. Creo que te aterroriza que quizá fueran ambas cosas.

Me aprieta más fuerte las muñecas y lo siento temblar ligeramente.
—Carmela…

—Creo que te aterroriza ser exactamente tan bueno manipulando como aparentas. Y creo que te aterroriza aún más que vaya a usar mi posición en esta familia para hacértelo pagar.

La mirada en sus ojos cambia de la desesperación a algo más oscuro, algo que reconoce el peligro que ahora represento. Y mi cuerpo responde a ese reconocimiento con una nueva oleada de excitación que me pilla completamente por sorpresa.

—Pero de lo que de verdad tienes que preocuparte —continúo, poniéndome de puntillas para que mis labios casi rocen su oreja— es de que no estoy segura de querer que lo pagues. No estoy segura de querer que esta deuda se salde en absoluto.

Siento que se queda completamente inmóvil contra mí, oigo que su respiración se detiene por completo.

—Porque si tu deuda con Dom se salda, ya no le deberás nada a mi familia. Podrías irte. Podrías alejarte de mí, de esto, de todo. —Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos, y sé que los míos arden con algo que apenas empiezo a comprender—. Pero si todavía nos debes… si me aseguro de que todavía nos debas…

Dejo las palabras suspendidas en el aire, observando cómo la comprensión aflora en sus facciones.

—Entonces me perteneces tanto como le perteneces a Dom —termino suavemente—. Y estoy descubriendo que me gusta poseer cosas que primero intentaron poseerme a mí.

El silencio que sigue es eléctrico, peligroso, lleno de posibilidades que hacen que mi coño se contraiga de deseo, incluso mientras mi

corazón se acelera con la aterradora constatación de lo que acabo de amenazar con hacer.

Van me mira como si nunca me hubiera visto. Como si estuviera reconociendo algo en mí que no sabía que existía. Algo que se corresponde con la oscuridad que hay en él, algo que puede jugar a sus juegos y ganar.

—No tienes ni idea de lo que estás sugiriendo —dice finalmente, con la voz ronca por algo que podría ser miedo, excitación, o ambas cosas.

—¿Ah, no? —Sonrío, y puedo sentir cómo debe de verse la expresión en mi cara, porque sus pupilas se dilatan de par en par al verla—. Soy una Rosetti, Van. Se nos da muy bien poseer a la gente que intenta manipularnos. Y a ti… a ti te hemos pillado con todas las de la ley.

Doy un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros, y puedo ver cómo le afecta la pérdida de mi proximidad. Cómo sus manos intentan alcanzarme antes de que las obligue a detenerse.

—Así que esto es lo que va a pasar —digo, mi voz cargada de una autoridad que no sabía que poseía—. Vas a averiguar si lo que sentías por mí era real o solo excelencia profesional. Y yo voy a averiguar si quiero perdonarte o si quiero quedarme contigo.

Ahora su respiración es agitada, y puedo ver su polla tensándose contra los pantalones. Puedo ver cómo mis amenazas le afectan de maneras que probablemente le asustan tanto como a mí.

—¿Y, Van? —Hago una pausa en la puerta, mirándolo por encima del hombro—. Mientras lo averiguas, recuerda que soy yo quien elige si tu deuda se salda o si se… extiende. Indefinidamente.

Salgo, dejándolo allí de pie en su cuarto de contención, rodeado por la seda que me sujetó mientras mi mundo cambiaba, luchando con la revelación de que la princesa que creía estar protegiendo acaba de reclamarlo más a fondo de lo que ninguna cadena podría haberlo hecho jamás.

La peor parte —o quizá la mejor— es que mi cuerpo sigue vibrando de excitación, sigue deseándolo a pesar de todo. Sigue anhelando su dominio incluso cuando acabo de descubrir mi propio poder para dominarlo a él.

Y creo que eso nos asusta a ambos más que cualquier otra cosa que haya pasado esta noche.

17 - Van

Los documentos siguen esparcidos sobre mi cama, donde los tiré después de que Carmela se marchara furiosa; mis credenciales médicas y extractos bancarios tienen un aspecto patético bajo la luz de la lámpara. Llevo tres horas mirando al techo, repasando mentalmente sus palabras sobre extender mi deuda indefinidamente, sobre elegir si me liberaban o me retenían para siempre.

El sonido de la puerta principal al abrirse me hace incorporarme de golpe. El sistema de seguridad no se activó; todavía tiene el código que le di hace semanas.

Carmela aparece en el umbral de mi puerta, recortada contra la luz del pasillo. Tiene el pelo alborotado, el maquillaje corrido, como si hubiera estado llorando. Todavía lleva la misma ropa de antes, pero algo en su postura ha cambiado. La furia que la impulsó a irse de aquí se ha consumido para dar paso a algo completamente distinto.

—Estás despierto —dice con voz ronca.

—Es difícil dormir cuando alguien amenaza con ser tu dueña para siempre y luego desaparece. —Me siento apoyándome en el cabecero, observándola con atención—. ¿Has venido a decirme qué has decidido sobre mi deuda?

Entra en la habitación y cierra la puerta a su espalda. —He estado conduciendo durante horas, pensando.

—Es peligroso que una Rosetti haga eso sola por la noche.

—Tenía a mi escolta siguiéndome. Tres coches. —Se acerca más y puedo ver el agotamiento en sus ojos—. No dejaba de pensar en lo que dijiste. Sobre saber exactamente lo que significa protegerme. Sobre elegir esto.

Se me tensa la mandíbula; una respuesta automática al estrés. —¿Y?

—Tenías razón. Estoy en plena crisis. —Se sienta en el borde de la cama, con cuidado de no mover los papeles esparcidos—. Pero no por el hecho de que sigas órdenes.

Algo cambia en su expresión; la vulnerabilidad reemplaza la fría autoridad que mostraba cuando se marchó.

—He estado pensando en lo que significa que incluso mi huida me haya llevado a alguien atado a mi familia. Que incluso tú, Van, incluso lo nuestro… todo conecta de nuevo con ellos. —Se le quiebra la voz—. Pensé que si me alejaba lo suficiente de mi familia, por fin podría ser normal. Solo una chica corriente tomando decisiones corrientes. Pero no puedo escapar de lo que soy.

La palabra «normal» queda suspendida entre nosotros como una acusación. Algo frío se asienta en mi pecho al darme cuenta de lo que está pensando. Que descubrir mi deuda con Dom ha contaminado todo entre nosotros, lo ha convertido en otro eslabón más de una cadena que no puede romper.

—Ser corriente. Ser libre. —Se ríe, pero no hay humor en su risa—. Siempre seré una Rosetti, y todo el que me rodee siempre tendrá alguna conexión con ese apellido. Alguna deuda u obligación o historia que lo vuelve todo… infecto.

Se levanta bruscamente y se acerca a la ventana, rodeándose el cuerpo con los brazos como una armadura. Puedo ver su reflejo en

el cristal: perdida, buscando respuestas que no existen.

—Pasé dos horas en una cafetería de veinticuatro horas, intentando averiguar quién soy —continúa—. La camarera no paraba de rellenarme el café y me lanzaba unas miradas como si estuviera sufriendo una crisis por una mala ruptura. Supongo que así era, si cuenta como ruptura romper con toda mi identidad.

He tratado heridas de bala bajo fuego enemigo, pero ver a esta mujer tener una crisis existencial hace que me tiemblen las manos. El dolor fantasma me empieza en las muñecas, y las viejas cicatrices de quemaduras por cuerda me escuecen.

—Esa epifanía que estás teniendo —digo con cuidado—, ¿qué estás concluyendo exactamente?

—Que nunca podré ser corriente. Nunca tener algo real. —La voz se le quiebra en la palabra «real»—. Estas últimas semanas, pensé que quizá había encontrado algo diferente contigo. Alguien que me eligió por mí, no por seguir órdenes o por alguna deuda que pagar.

La acusación escuece. Me coloco detrás de ella, sin tocarla, pero lo bastante cerca para sentir su calor.

—¿Crees que esto era eso? ¿Órdenes?

—¿No lo era? —Se vuelve para mirarme, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. Estás atado a mi familia para siempre, Van. Tu vida entera existe porque ellos te sacaron de ese infierno. ¿Cómo se supone que voy a saber si me quieres a mí, o si simplemente… estás cumpliendo con una obligación?

Sus palabras cortan más profundo que cualquier bisturí. La idea de que se vea a sí misma como una deuda que hay que pagar, que no

pueda reconocer cómo me he estado desmoronando por ella desde el momento en que entró en mi vida estéril.

—Entonces, ¿qué soy yo? —pregunto, con una calma sepulcral en la voz—. ¿Otra jaula más? ¿Otra forma de control familiar disfrazada de elección?

Ella se estremece, pero no retrocede. —¿Es que no sé quién soy cuando no estoy siendo protegida o controlada o… poseída por las obligaciones de otro? Pensé que podría averiguarlo, pero a dondequiera que miro, hay otra conexión con mi familia. ¿Soy solo… conveniente? ¿La forma aceptable de saldar lo que le debes a Dom?

Algo en mi pecho se resquebraja. Tres años manteniendo a todo el mundo a distancia, de fachadas controladas, de no dejar que nadie viera al hombre bajo la máscara de cirujano… todo se hace añicos.

—¿Quieres saber qué es real? —Mi voz sale cruda, despojada de todas las defensas que he construido—. Le echas nata al café como si intentaras ahogar el sabor. Y aun así pones esa cara como si estuvieras tragando veneno. Tarareas cuando estás nerviosa, siempre la misma melodía, y es el primer sonido que ha conseguido que me dejen de temblar las manos después de una cirugía.

Doy un paso hacia ella, viendo cómo sus ojos se abren de par en par mientras mi control se desintegra por completo.

—Odio las putas orquídeas de mi apartamento porque son demasiado estériles, demasiado perfectas. Dijiste que parecían solitarias. Dijiste que todo aquí parecía solitario hasta que empezaste a dejar tus cosas por ahí: tus libros en mi mesa de centro, tus gomas del pelo en mi mesita de noche.

Aprieto los puños a los costados, luchando contra el impulso de tocarla, de demostrar con el contacto lo que las palabras no parecen

poder transmitir.

—Conozco el sonido que haces justo antes de que te venza el sueño; mitad suspiro, mitad rendición. Me quedo despierto solo para oírlo porque es lo único que mantiene a raya las putas pesadillas. Sé que intentas ocultarlo cuando esos anuncios de rescate de animales te hacen llorar. Como si llorar por un perro te hiciera débil en lugar de demostrar que tienes el corazón más grande de toda esta maldita familia.

A ella se le corta la respiración, pero no he terminado. Ahora que la presa se ha roto, no puedo parar.

—Te conozco a ti, Carmela. No a la princesa Rosetti, no la misión que me encomendaron. Conozco a la mujer que riega mis plantas como si les hiciera compañía, que hace que mi apartamento se sienta menos como una sala de espera estéril y más como un lugar al que de verdad quiero volver a casa. Quiero tenerte conmigo. Permanentemente. No porque siga órdenes, sino porque por primera vez en tres años, no estoy solo sobreviviendo… estoy viviendo.

Me mira fijamente, y las lágrimas por fin se derraman. Mi precisión médica se ha ido al infierno, reemplazada por la caótica emoción humana que no había sentido desde antes de la emboscada.

—¿Crees que me importas por tu apellido? —Me acerco más, mi voz se reduce a algo áspero y desesperado—. Mi sol, dejé de pensar en lo que le debía a tu familia la noche en que probé tu dulce coño por primera vez. Ahora lo único que debo es asegurarme de que sepas exactamente a quién perteneces.

—Van…

—¿Quieres saber si esto es real? —Señalo los papeles esparcidos por mi cama—. Iba a llamar a Dom esta noche. Decirle que la deuda no

significa nada. Renunciar a todo: a la vida que construyeron para mí, a la protección que mantiene enterrada mi verdadera identidad, a todo.

Sus ojos se abren de par en par, siguiendo mi gesto hacia los documentos. Pólizas de seguros, credenciales médicas, extractos bancarios. La prueba de todo lo que Dom construyó para mí después de que me sacaran de ese agujero infernal.

—Los Rosetti no solo me proporcionan protección: ELLOS SON mi protección. Mi licencia médica existe porque ellos hicieron las llamadas. Mis credenciales, mis referencias, mi capacidad para salvar vidas… todo desaparece si renuncio a ellos. —Mi voz se vuelve feroz, inflexible—. Estaba dispuesto a arriesgar mi licencia médica, a arriesgar todo lo que me han dado, solo para demostrar que esto ya no se trata de una deuda.

Sus ojos se abren de par en par, comprendiendo la magnitud de lo que estaba dispuesto a sacrificar. Sin el respaldo de la familia Rosetti, mi carrera médica podría desaparecer de la noche a la mañana. La identidad que crearon para mí, las credenciales, las referencias… todo podría desvanecerse si decidieran retirarme su apoyo.

—Van, no. No puedes… toda tu vida está construida sobre lo que te han dado.

—Ahora mismo mi vida entera eres tú. —Las palabras salen feroces, inflexibles—. Todo lo demás es solo supervivencia. La medicina, el apartamento, la cuidadosa distancia… eso no es vivir. Eso es solo… existir hasta que me muera. ¿Pero tú?

Me acerco un paso más, mi voz se quiebra en algo crudo y desesperado.

—Tú me haces desear cosas que creía muertas dentro de mí. Un futuro en lugar de solo la próxima cirugía. Una razón para volver a casa en lugar de solo un sitio donde dormir. Me haces recordar lo que se sentía al querer algo más allá de simplemente sobrevivir un día más.

Extiende los dedos temblorosos y toca los papeles como si pudieran quemarla. Veo cómo la comprensión aflora en sus ojos: la magnitud de lo que estaba dispuesto a ofrecer antes de que saliera furiosa de aquí. Renunciar a la protección de los Rosetti no es solo una cuestión de dinero o conveniencia. Es arriesgar todo lo que he reconstruido después de que mi mundo se derrumbara.

—Esta es la primera vez —susurra—, la primera vez que alguien se ha ofrecido a tomar esta decisión. A elegirme a mí por encima del deber. Por encima de la obligación.

—No es una decisión —le digo, con la voz ronca por la emoción—. Dejó de ser una decisión hace semanas. Quizá nunca lo fue.

Me mira, y veo que algo cambia en su expresión. Reconocimiento. No de Carmela Rosetti, la hermana e hija protegida, sino de la mujer de la que me he estado enamorando sin permiso. La mujer que me hace desear ser más que un hombre que paga sus deudas.— ¿Sacrificarías todo para demostrar que esto es real?

—Sacrificaría todo porque perderte me destruiría. —Le tomo las manos, y un alivio me inunda cuando no las aparta—. La familia Rosetti me dio una vida. ¿Pero tú? Tú me diste una razón para vivirla.

Se acerca más, y puedo verla procesar lo que esto significa. Que por primera vez en su protegida existencia, alguien está dispuesto a renunciar a la seguridad, la protección y la obligación solo por amor.

Que lo que tenemos puede trascender las deudas familiares y los deberes heredados.

—Ambos estaríamos renunciando a todo lo seguro —dice en voz baja.

—Quizá. O quizá por fin estaríamos caminando hacia algo real.

Entonces se apoya en mí, con la frente descansando en mi pecho, y sé que algo ha cambiado. La furia que la sacó de aquí hace horas se ha transformado en algo completamente diferente.

—No quiero que lo sacrifiques todo —murmura contra mi piel—. Quiero que construyamos algo que no requiera que ninguno de los dos pierda quién es.

—No más huidas —digo, rodeándola con mis brazos como si pudiera protegerla de toda duda y miedo.

—No más huidas —acepta—. Y no más amenazas sobre extender deudas indefinidamente solo porque tengo miedo de lo que esto significa.

Mi teléfono vibra en la mesilla de noche a las 12:42 de la madrugada, el sonido cortando nuestro momento como una cuchilla. La pantalla muestra el nombre de Dom y se me hiela la sangre. Él nunca llama tan tarde a menos que huela la sangre.

Carmela se aparta, siguiendo mi mirada hacia el teléfono. El hechizo entre nosotros se rompe mientras la realidad nos golpea de lleno. No somos solo dos personas tomando decisiones en una burbuja. Estamos en medio de una familia mafiosa con todas las complicaciones que eso conlleva.

—Contesta —susurra, pero su voz tiembla—. Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

El teléfono sigue vibrando, el nombre de Dom parpadeando como una amenaza. La miro a ella, a la mujer por la que estaba dispuesto a sacrificarlo todo, y me doy cuenta de que nuestra primera prueba de verdad está a punto de empezar.

Antes de que pueda decidir si quiero saber lo que Dom necesita a medianoche, antes de que pueda prepararme para cualquier crisis que esté a punto de hacer añicos este frágil momento de reconciliación, cojo el teléfono.

Porque venga lo que venga, tiene razón. Lo afrontaremos juntos.

18 - Carmela

—Buenos días, princesa.

La voz corta el silencio de la cocina de Van como una colonia cara mezclada con peligro. Me doy la vuelta de golpe, con la taza de café aún en las manos, y me encuentro a Luca entrando en el apartamento mientras se guarda en el bolsillo lo que debe de ser la llave de repuesto de Van.

El corazón me martillea y la voz me sale como un chillido. —¿Tienes una llave?

—La familia necesita acceso al edificio para tu protección. —Su traje de color carbón está perfectamente planchado, a pesar de lo temprano que es. Esa sonrisa inquietante se extiende por su rostro, demasiado amplia, demasiado satisfecha, como si estuviera disfrutando de un chiste privado a costa de otra persona—. Van sigue en el hospital, pero he pensado que deberíamos charlar.

Dejo la taza de café y me doy cuenta de que me tiemblan un poco las manos. Siempre le he tenido miedo a Luca, a su forma de hablar de romper huesos con el mismo tono que otros usan para hablar del tiempo. A la forma en que se le iluminan los ojos cuando menciona sus «soluciones» a los problemas familiares.

Pero aquí, de pie en la cocina estéril de Van, rodeada por el vacío que ha construido como armadura contra el mundo, algo en mi miedo se siente diferente. Menos como terror y más como reconocimiento.

La oferta que me hizo Van anoche no deja de resonar en mi cabeza: *Lo dejaré todo. La familia, la deuda, todo. Desapareceremos.*

Estaba dispuesto a sacrificarlo todo. Su nueva identidad, su carrera de médico, la vida que los Rosetti le construyeron de la nada. Todo porque pensó que yo quería huir. Incluso después de que la llamada de Dom a medianoche interrumpiera nuestro momento de reconciliación —algo sobre la intensificación de las amenazas de los Torrino que tuvo a Van deambulando por el apartamento hasta el amanecer, recibiendo informes y coordinando medidas de seguridad —, aun así se ofreció a abandonarlo todo por mí.

—La escalada de la que hablaba Dom durante esa llamada —digo, mientras las piezas encajan—. Esto es lo que los mantuvo despiertos toda la noche.

La sonrisa de Luca se ensancha con aprobación. —La situación con los Torrino se está intensificando rápidamente. Tres intentos más contra nuestros socios en la última semana. Dos operaciones de secuestro fallidas contra negocios de la familia. —Su presencia llena el apartamento de Van como una nube oscura. Incluso al sentarse en la única silla de Van, irradia el tipo de amenaza controlada que hace que los instintos de supervivencia griten advertencias—. Se están desesperando. Eso los vuelve descuidados, pero también peligrosos en los peores sentidos.

Por esto es por lo que siempre me ha aterrorizado este lado del negocio familiar: la facilidad con la que se desenvuelven en un mundo donde los intentos de secuestro son solo puntos en una lista de tareas.

Pero me doy cuenta de que he estado huyendo de algo que, en realidad, podría ser mi mayor fuente de poder.

He pasado tanto tiempo viendo a mi familia como una carga, una jaula de la que escapar. Pero también son la razón por la que Van está vivo. La razón por la que puede salvar vidas cada día en lugar de estar enterrado en una tumba sin nombre en el extranjero. La familia no es solo protección, es fuerza. El tipo de fuerza que cruza océanos para rescatar a extraños y construye nuevas identidades de la nada.

Van sabe exactamente a qué se dedica mi familia. Siempre lo ha sabido, desde el momento en que Dom lo sacó de ese infierno. Él mismo me lo dijo: sabe de las operaciones, los territorios, la violencia que financia nuestro mundo protegido. Y aun así se quedó. Eligió esta vida, nos eligió a nosotros, me eligió a mí, con pleno conocimiento de lo que significa.

Luca saca su teléfono y busca un archivo de vídeo. —¿Quieres ver cómo me encargué del último equipo que enviaron?

Me inclino hacia delante, con el pulso martilleándome mientras estudio la pantalla.

La grabación muestra un aparcamiento, a tres hombres acercándose a un coche con la calidad granulada de una cámara de seguridad. Entonces Luca aparece en escena, moviéndose como un bailarín. Lo que sigue no es la violencia explosiva que esperaba, sino algo mucho más inquietante: una clase magistral de guerra psicológica.

Ni pistolas, ni sangre, al menos no al principio. Solo puntos de presión estratégicos y palabras que no puedo oír pero cuyo efecto devastador puedo ver. En cuestión de minutos, los tres hombres están de rodillas y uno está llorando de verdad. En el vídeo, Luca se ríe como un maníaco mientras le corta el cuello a un hombre, y puedo oír mi propia respiración, oler el café que persiste en el aire, sentir la tensión que irradia Luca mientras me observa ver su trabajo. Quiero alejarme de él, pero me mantengo firme. La

violencia es algo que estoy aprendiendo a comprender, pero su aura es mucho más salvaje que eso. Parece disfrutarla.

—Definitivamente, esto no es lo que la gente entiende por «vídeos caseros» —me oigo decir, con esa alegría inapropiada que me invade cuando proceso algo perturbador.

Van me enseñó a reconocer la diferencia entre el control que disminuye y el control que empodera. De pie aquí, en la vida que mi familia hizo posible para él, observando las cuidadosas demostraciones de poder de Luca, empiezo a comprender qué tipo de control representan en realidad.

—Sabes —dice Luca, observando mi rostro con atención—, no estás reaccionando como la mayoría de la gente a mis álbumes de fotos.

—No soy como la mayoría de la gente. —Las palabras salen más firmes de lo que esperaba—. Soy una Rosetti.

Y, de repente, comprendo algo fundamental sobre mí misma. Todos esos meses con Van, aprendiendo sobre sumisión y control, descubriendo que ceder el control podía hacerme sentir más fuerte… eso fue solo el principio. Van me enseñó a reconocer las jerarquías de poder y las dinámicas de control, habilidades que van mucho más allá de nuestro dormitorio. Tengo una capacidad para entender la dominación y el control que es más profunda que nuestros juegos.

El entrenamiento de Van me enseñó a reconocer la fuerza que se esconde bajo mi naturaleza optimista. La forma en que puedo sonreír dulcemente mientras dejo claro que cruzarse en mi camino sería un error. La forma en que puedo proyectar calidez y accesibilidad mientras mantengo un control total sobre cada interacción.

No quiero escapar de mi familia. Quiero entender mi lugar en ella.

—Lo de ser alegre y sonriente —digo, más para mí que para Luca—, no es debilidad. Es camuflaje.

Su risa es genuinamente de deleite. —Ahora lo entiendes. La gente subestima a la chica que lleva luz a las habitaciones oscuras. Le cuentan cosas, le confían secretos, la dejan acercarse. —Sus ojos brillan con aprobación—. Y para cuando se dan cuenta de lo que es capaz en realidad, ya es demasiado tarde para protegerse.

La revelación se me cala hasta los huesos como un reconocimiento. He estado tan centrada en demostrar que no soy una inútil que se me ha escapado la verdadera verdad: no soy una inútil, pero tampoco estoy tratando de ser algo que no soy. La felicidad es real. La fortaleza es real. Ambas pueden existir en la misma persona y, juntas, son más poderosas de lo que serían por separado.

—Inteligencia y capacidad de observación —continúa Luca, estudiándome con renovado interés—. Muy de los Rosetti. Aunque sea el más joven, sigo siendo de la familia. Ese apellido tiene peso. —Se inclina un poco hacia delante—. La pregunta es: ¿estás lista para aprender a usarlo?

Pienso en Van, dispuesto a destruir su mundo entero por mí. La pregunta es: ¿qué estoy dispuesta a construir yo para nosotros?

—Sí —digo, y la palabra se siente como volver a casa.

Cuando Luca se va, me siento en la silla de Van y contemplo la ciudad que se ha convertido en mi hogar. Siento todo el cuerpo diferente, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante años y por fin pudiera exhalar.

De pie aquí, en lo que solía ser el vacío controlado de Van, pero que ahora está lleno de toques míos, por fin entiendo la diferencia entre ser protegida y ser amada. Van destruiría su mundo entero por mí,

pero no quiero que lo sacrifique todo. Quiero usar mi propia fuerza para proteger lo que estamos construyendo juntos.

Antes de que llegue, cuelgo la pequeña lámina de Monet que compré la semana pasada; no pregunto dónde debería ir, simplemente elijo el lugar perfecto donde la luz de la mañana la ilumine. El martillo se siente bien en mi mano, firme. Hace dos meses, no me habría atrevido a marcar sus paredes. Ahora estoy creando nuestro hogar, clavo a clavo.

Cuando regresa del hospital horas más tarde, con el agotamiento evidente en cada línea de su cuerpo por la noche en vela coordinando la seguridad y luego un día completo de cirugía, yo sigo allí, pero algo fundamental ha cambiado.

—¿Qué tal el trabajo? —pregunto, como si esto fuera normal, como si fuéramos una pareja normal teniendo una conversación normal.

Me estudia el rostro, esos agudos ojos grises no se pierden nada. Las líneas de agotamiento alrededor de sus ojos me dicen que ha sido un largo día salvando vidas después de una noche aún más larga de gestión de crisis familiares, pero su atención está completamente centrada en mí. —¿Qué ha pasado?

—Luca pasó por aquí. —Me levanto y me muevo hacia su espacio con una nueva seguridad—. Me enseñó sus últimas soluciones para nuestro problema con los Torrino.

Van se queda muy quieto, esa clase de quietud que significa que está calculando amenazas y respuestas. —¿Y?

—Y me he dado cuenta de algo importante. —Levanto la mano para acunarle la cara, sintiendo la tensión en su mandíbula, el ligero roce de la barba incipiente bajo mis dedos—. Ya no quiero escapar, Van.

No quiero que lo sacrifiques todo para que podamos huir y fingir que somos personas diferentes.

Sus manos encuentran mi cintura, sujetándome con firmeza como si temiera que pudiera desaparecer. —Carmela…

—Quiero pertenecer —digo, interrumpiéndolo—. Quiero pertenecerte, y quiero pertenecer a una familia que mataría por proteger a la gente que ama. No porque tengan que hacerlo, sino porque eso es lo que la familia significa para ellos.

Veo el momento exacto en que entiende lo que estoy eligiendo. No solo a él, no solo a nosotros, sino todo.

—No huyo de ser una Rosetti —le digo, con la voz fuerte y clara—. Elijo aceptar quién soy de verdad.

Su sonrisa transforma su rostro en algo peligrosamente hermoso. Cuando habla, su voz conlleva una promesa que me provoca escalofríos por la espalda.

—Bien —dice, mientras sus manos se aprietan posesivamente en mi cintura—. Porque ahora que has elegido quedarte, ahora que has aceptado lo que eres… —Sus ojos se oscurecen con una intención que es a la vez emocionante y ligeramente aterradora—. Voy a enseñarte exactamente lo que significa pertenecerme. Lo que significa ser reclamada por un hombre que nunca te va a dejar marchar.

La forma en que me mira, como si planeara desmontarme pieza por pieza y volver a montarme marcada como suya, hace que se me corte la respiración. Hay algo diferente en su expresión ahora, algo que no estaba ahí antes de que tomara mi decisión. Como si mi decisión de aceptar ser una Rosetti hubiera desatado algo en él que había estado conteniendo.

—Van —susurro, pero no sé si es una pregunta o una súplica.

Su pulgar traza mi labio inferior, el toque es suave, pero sus ojos prometen cualquier cosa menos suavidad. —No tienes ni idea de lo que acabas de aceptar, sol. Pero vas a aprenderlo.

19 - Van

En lo único que puedo pensar mientras entro en este jodido y estéril tribunal es en ella, abierta bajo mi cuerpo hace dos noches, confiando en mí por completo mientras estos cabrones conspiran para destruir todo lo que he construido. Después de que la llamada de medianoche de Dom no condujera a nada más que a una falsa alarma sobre el equipo de seguridad de Sofía, después de que Carmela y yo pasáramos el día de ayer procesando las crecientes amenazas de los Torrino sobre las que Luca nos había advertido, entro en esta sala de juntas sabiendo exactamente cómo es una guerra coordinada.

La sala de juntas parece la sala de espera de un consejo de guerra, con duras luces fluorescentes que proyectan sombras sobre la caoba. Tres carpetas de cartón descansan apiladas frente a la silla del doctor Hewson, demasiado ordenadas, demasiado preparadas para cualquier destrucción sistemática que tengan planeada.

Mi entrenamiento militar se activa automáticamente, catalogando salidas y posiciones de amenaza, pero por primera vez en tres años, esa conciencia del campo de batalla se siente completamente inútil, joder. El dolor fantasma me estalla en las muñecas mientras tomo asiento, las viejas cicatrices de quemaduras de cuerda erizándose con el recuerdo de estar atado mientras los pacientes morían a mi alrededor. Ahora quieren despojarme de nuevo de mi capacidad para salvar vidas, y en lo único que puedo pensar es en que perder esto significa perder mi capacidad para protegerla.

—Van, gracias por venir —el tono de Hewson tiene el peso de las malas noticias envueltas en cortesía profesional—. Necesitamos discutir algunos acontecimientos.

Los miembros de la junta evitan el contacto visual, barajando papeles con la energía nerviosa de quienes van a dictar una sentencia de muerte. Ocupo mi asiento habitual, notando cómo mis colegas me han estado evitando en los pasillos, sus susurros apagándose cuando pasaba. La red de cotilleos en los hospitales se mueve más rápido que las alertas de trauma, pero nada de esta traición institucional importa tanto como la idea de fallarle a ella como les fallé a mis pacientes en Afganistán.

Ella tarareaba mientras preparaba el café ayer por la mañana, esa melodía brillante atravesando mis pesadillas como la luz del sol a través del humo. Ahora estos cabrones quieren arrebatarme todo lo que me hace digno de su confianza, todo lo que reconstruimos juntos después de la revelación de la deuda, después de que ella eligiera abrazar su identidad familiar y nuestra relación.

Hewson abre la primera carpeta. —Hemos recibido denuncias formales por negligencia profesional en relación con tres casos recientes. Todas presentadas en las últimas cuarenta y ocho horas —desliza fotocopias de los documentos sobre la mesa—. Hay también investigaciones preliminares de las juntas reguladoras estatales sobre sus credenciales de licencia y la verificación de sus antecedentes.

Las palabras me desgarran mientras pienso en cómo sus ojos verdes se suavizaron cuando le até las muñecas, en cómo susurró que elegía esto, que nos elegía a nosotros, a pesar de todo lo que los Rosetti sacrificaron para protegerla. Reviso las denuncias: pacientes que salvé, procedimientos que salieron a la perfección. Cada acusación parece ciencia ficción, pero el membrete legal es lo bastante real como para destruir la vida que finalmente me da una razón para despertarme cada mañana.

—Esto ha aparecido de la noche a la mañana —digo, reconociendo la sincronización coordinada que esperaba. Precisión militar vuelta

en mi contra mientras ella duerme a salvo en mi cama, confiando en que nuestra reconciliación significa algo permanente.

—La aseguradora del hospital ha marcado su expediente para una revisión inmediata —continúa Hewson, abriendo la segunda carpeta —. También se están planteando dudas sobre la verificación original de sus credenciales cuando fue contratado.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes. Tres años de reconstrucción, de demostrar mi valía en las salas de trauma, de convertirme en el hombre en el que ella eligió confiar su sumisión; todo disolviéndose exactamente igual que mi carrera militar se desvaneció con el sello de un consejo de guerra. Las luces fluorescentes hacen que todo parezca clínico, como otro puto tribunal diseñado para despojarme de todo lo que tengo. Pero esta vez, no solo estoy perdiendo una carrera. Estoy perdiendo mi capacidad para proteger a la única persona que me eligió a pesar de la deuda, a pesar del peligro, a pesar de todo.

—Doctor Reyes —la voz del abogado principal atraviesa mis pensamientos sobre sus suaves suspiros cuando la abracé después —. La junta médica estatal ha abierto una investigación formal sobre su licencia. Se nos ha informado de que es posible que sea necesario reexaminar la verificación de empleos anteriores.

La habitación se inclina ligeramente mientras recuerdo sus dedos trazando las cicatrices de mis muñecas, aceptando cada pedazo roto de mí sin cuestionarlo. Mi licencia —esa que los Rosetti me ayudaron a obtener, la identidad limpia que me permitió ejercer la medicina y merecerla— ahora está amenazada por el mismo desmantelamiento planeado que acabó con mi carrera militar. Las complicaciones del seguro por sí solas podrían destruir mi capacidad para operar, incluso si la investigación de la junta me absuelve.

—Sus privilegios en el hospital están bajo revisión inmediata a la espera de la resolución de estos asuntos —añade Hewson, con palabras cuidadosas y clínicas—. Estamos obligados a suspender su calendario quirúrgico hasta nuevo aviso.

Mis manos permanecen firmes sobre la superficie de caoba, el control de un cirujano intacto, pero por dentro veo cómo mi segunda vida se disuelve exactamente igual que mi carrera militar. El familiar peso del abandono me aplasta: ese jodido reconocimiento de que no importa lo valioso que te hagas, las instituciones aun así te dejarán tirado para protegerse. Ella es lo único que vale la pena salvar en este circo de mierda, y están intentando quitarme todo lo que me hace capaz de protegerla.

—¿Cuánto tiempo tengo? —pregunto, orgulloso de que mi voz permanezca firme mientras pienso en ella tarareando en mi cocina, llevando luz a espacios que no la habían visto en años.

—Indefinidamente —dice Hewson—. Estas denuncias necesitan una investigación completa antes de que sea posible cualquier resolución.

Una hora más tarde estoy en mi despacho estudiando los documentos de las denuncias, intentando encontrar patrones en las mentiras, cuando Dante Rosetti aparece en el umbral, moviéndose con esa precisión silenciosa que siempre me recuerda por qué la gente inteligente le teme. Lleva un sobre de papel manila y un pequeño cuaderno, sus herramientas habituales de comunicación. Verlo me recuerda lo que Luca le dijo a Carmela sobre la escalada de la situación, cómo la familia ha estado coordinando nuestra protección.

Cierra la puerta tras de sí y desliza el sobre sobre mi escritorio sin ceremonias. Dentro, encuentro una evaluación detallada y por escrito de los ataques en mi contra, con cronologías, conexiones con

bufetes de abogados e información de contacto de los organismos reguladores. Todo documentado con una recopilación de información de nivel militar.

La familia Torrino, desesperada, escribe en su cuaderno, girándolo hacia mí. *Usando funcionarios corruptos, intentando eliminarte antes de la confrontación final. Patrón estratégico.*

Examino su análisis, reconociendo la precisión táctica que confirma lo que ya sospechaba tras las advertencias de Luca sobre la campaña coordinada. Cada queja, cada investigación regulatoria, cada complicación con el seguro… todos eran ataques coordinados diseñados para aislarla destruyendo mi protección.

—El patrón es exactamente el que esperábamos —digo, y Dante asiente.

Estás pensando como médico, no como soldado —escribe—. *La mente de un médico se centra en problemas individuales. La mente estratégica ve todo el campo de batalla.*

Tiene razón. A pesar de saber que esto iba a ocurrir, he estado tratando los síntomas en lugar de mantenerme centrado en la campaña coordinada, demasiado consumido por mi necesidad de ser digno de su confianza como para mantener una perspectiva adecuada del campo de batalla. Sus ojos se clavan en los míos durante un largo momento; un soldado herido reconociendo la capacidad de destrucción de otro.

Dante pasa a una página en blanco; su evaluación, brutalmente precisa.

Tienes una competencia que temen. Quieren que dudes de ti mismo en lugar de protegerla.

Algo en su expresión —el reconocimiento de un soldado herido que a su vez reconoce a otro— me dice que entiende exactamente cómo se siente la traición institucional. Cómo te hace dudar de tu propia valía incluso cuando sabes que te están destruyendo sistemáticamente. Pero también cómo tener a alguien a quien vale la pena proteger cambia las reglas del juego por completo.

Dante abre su cuaderno por una nueva sección, esta llena de nombres de contactos, referencias legales y lo que parece un completo plan de batalla. La magnitud de la información me deja sin aliento; no son solo contactos familiares, es toda una red de poder desplegada para proteger lo que no puedo permitirme perder.

Recursos de la familia Rosetti —escribe, subrayando la palabra «familia» dos veces—. *Equipos legales en tres estados, contactos reguladores en el consejo médico, influencia en los medios para una contranarrativa.*

Desliza más papeles sobre mi escritorio: información de contacto de abogados que reconozco de casos de defensa médica de alto perfil, funcionarios reguladores cuyos nombres tienen peso, contactos en los medios que podrían cambiar la narrativa pública en horas en lugar de meses.

Dante asiente, escribiendo con rapidez. *Un médico que lucha solo, pierde. Un miembro de la familia con recursos, gana. Las reglas cambian cuando tienes poder institucional respaldando a otro poder institucional.*

La revelación me golpea: he estado pensando como el cirujano militar abandonado, esperando librar esta batalla solo y perder como siempre hago cuando las instituciones se vuelven en mi contra. Pero ya no estoy solo y, lo que es más importante, ella no está sola. Los Rosetti no solo tienen dinero; tienen el tipo de influencia coordinada

que puede neutralizar los ataques regulatorios antes de que cobren impulso.

Ver a Dante coordinar este nivel de guerra institucional me recuerda por qué la gente inteligente teme el apellido Rosetti. No solo rompen piernas, rompen sistemas enteros, vidas enteras, con una precisión quirúrgica que hace que mi formación médica parezca de aficionado. Y ella pertenece a este poder, lleva esta protección en la sangre.

Ya estoy haciendo llamadas —escribe Dante—. *La investigación del consejo médico encontrará irregularidades de procedimiento en la presentación de las quejas. La compañía de seguros descubrirá una relación previa entre los demandantes y los intereses comerciales de los Torrino.*

Aparto la vista de los papeles y veo que Dante me observa con algo parecido a la aprobación. Escribe una última nota: *La familia protege a la familia*.

Las palabras tienen un peso que todavía estoy aprendiendo a aceptar, pero más que eso, significan que ella está protegida por algo más que mis habilidades quirúrgicas y mi entrenamiento militar. No se trata de caridad ni de gestión de deudas; es el tipo de apoyo institucional que puede preservar todo lo que estamos construyendo juntos.

Después de que Dante se marcha, me quedo solo en mi despacho, con su evaluación y sus listas de contactos extendidas sobre mi escritorio como si fueran informes de inteligencia militar. Mientras proceso lo rápido que mi vida profesional estuvo a punto de desmoronarse, lo cerca que estuve de perderlo todo de nuevo, una verdad se cristaliza: ella se ha convertido en la única ancla estable en un mundo decidido a destruir todo lo que construyo.

La obsesión que he estado combatiendo se intensifica en lugar de disminuir. No es solo la mujer a la que protejo o la deuda que estoy pagando; es lo único en mi vida que los consejos reguladores no pueden investigar, que los funcionarios corruptos no pueden destruir con carpetas de manila y procedimientos estériles. Cada recuerdo de ella, sumisa y confiada bajo mi cuerpo, se vuelve más precioso a medida que todo lo demás se vuelve incierto.

Una parte de mí quiere ocuparse de los Torrino de la misma manera que me ocupaba de las amenazas en Afganistán: directa, permanente y definitiva. Pero el enfoque estratégico de Dante los destruirá más a fondo que cualquier acto de violencia que yo pudiera orquestar y, lo que es más importante, la mantendrá a ella a salvo mientras lo hace.

No la perderé. El pensamiento se cristaliza en algo cercano a la violencia mientras tomo los papeles que Dante me dejó y me los meto en el bolsillo de la chaqueta. Pueden quitarme mis privilegios quirúrgicos, investigar mis credenciales, destruir mi carrera médica pedazo a pedazo.

Pero ella es mía de una manera que trasciende la aprobación institucional. Y tengo que llegar a ella ahora, necesito sentirla sólida y real en mis brazos mientras todo lo demás arde a nuestro alrededor. Necesito recordarme a mí mismo por qué estoy luchando realmente mientras los abogados y los consejos reguladores juegan sus juegos.

Ya estoy buscando las llaves, el teléfono, cualquier cosa que me lleve hasta ella más rápido. La obsesión que ha ido creciendo desde que nos eligió —desde que la vi confiar en mí por completo mientras le ataba las muñecas— exige una acción inmediata. No planificación, no procesamiento, no esperar soluciones institucionales.

Necesito verla. Tocarla. Reclamarla de nuevo de formas que no tienen nada que ver con licencias médicas o privilegios hospitalarios. Ella es lo que importa, es lo que es mío, y ahora mismo esa es la única certeza a la que puedo aferrarme.

20 - Carmela

Me tiemblan tanto las manos que casi se me cae el teléfono. Me olvido del café mientras las palabras de mi contacto de la junta de autenticación destruyen todo lo que he construido. La luz de la mañana que entra por los ventanales de la galería de repente se siente áspera contra mi piel mientras el pánico me sube por la garganta.

—Carmela, tenemos que hablar —su voz está cargada de una tensión que hace que el pulso se me acelere de pavor—. Están surgiendo dudas sobre el Monet que autentificó usted el mes pasado.

La taza de café queda abandonada sobre mi escritorio, enfriándose mientras mi mundo se desmorona. Tres coleccionistas distintos han recibido pistas anónimas que ponen en duda las piezas en las que he trabajado. Mi peritaje profesional está siendo socavado sistemáticamente, cada insinuación sembrada como veneno en los oídos precisos. El teléfono del dueño de la galería ha estado sonando toda la mañana con clientes preocupados, funcionarios reguladores haciendo preguntas inquisitivas, susurros que se extienden por la comunidad artística de que quizá Carmela Rosetti no esté tan cualificada como todo el mundo suponía.

Esto no es aleatorio. Es un sabotaje coordinado y profesional dirigido a mi reputación. El tipo de ataque que destruye carreras de forma permanente, convirtiendo mi nombre de un activo a un pasivo que ninguna galería se arriesgaría a emplear.

Pero entonces recuerdo las lecciones que he estado aprendiendo sobre el poder de la familia, sobre los recursos disponibles para

quienes saben cómo ejercerlos. La voz de Van resuena en mi mente: «*Eres más fuerte de lo que crees*».

La estrategia de los Torrino es aislarme, hacerme sentir indefensa y sola. Pero ya no soy solo Carmela, la ayudante de la galería. Soy Carmela Rosetti, y ese nombre tiene peso por una razón.

El pánico empieza a cristalizarse en algo más duro, más afilado. Creen que sigo siendo la princesita fugitiva. No tienen ni idea de en quién me he convertido.

Una parte de mí se pregunta si Van entiende de verdad lo que significa estar involucrado con mi familia. Todavía no sé si comprende del todo el alcance de nuestras actividades empresariales. Pero ahora mismo, esa incertidumbre parece menos importante que usar todas las armas a mi disposición.

—Carmela —la voz del señor Henderson es cuidadosamente neutra cuando me llama a su despacho una hora más tarde, pero puedo ver la tensión en sus ojos—. Creo que sería mejor que se tomara unos días libres hasta que estas investigaciones se resuelvan.

Detrás de él hay dos hombres con trajes baratos e insignias del gobierno. El tipo de trajes que gritan «sueldo de funcionario» tan alto que hasta yo me siento mal por ellos. Funcionarios reguladores que claramente esperan intimidar a la joven que juega a ser experta en arte.

El pulso se me acelera, pero ya no de miedo. Sino de algo que se parece peligrosamente a la expectación.

—Señorita Rosetti —dice uno de ellos, con un tono tan condescendiente que me hace apretar los dientes tras mi radiante sonrisa—, entendemos que esto pueda ser abrumador para alguien

de su edad. Estas cuestiones de autenticación requieren una investigación seria.

«*Alguien de su edad*». Como si a los veintitrés una apenas se hubiera quitado los pañales. He visto más violencia en el último mes de la que estos hombres han visto en toda su carrera de papeleo. Un fuego me recorre las venas. Mantengo mi expresión radiante, asintiendo como la hija complaciente que esperan ver, incluso mientras pienso en Van. Algo feroz se despliega en mi pecho. Sean cuales sean las batallas que él esté librando ahora, no seré el eslabón débil que le empeore las cosas.

—Por supuesto, entiendo perfectamente sus preocupaciones —digo con dulzura, viéndolos intercambiar miradas. Esperan que me doblegue bajo la presión, que me desmorone como la niña mimada que solía huir cuando las cosas se ponían difíciles. La niñita que resolvía los problemas huyendo en lugar de luchando, que evitaba la confrontación en lugar de encararla.

Pero ya no soy esa persona. He aprendido cosas sobre el poder, sobre la familia, sobre lo que significa llevar el apellido Rosetti. Estos hombres esperan debilidad, esperan que acepte su trato condescendiente y desaparezca en silencio hasta que pase el escándalo.

No tienen ni idea de con quién están tratando en realidad.

—Disculpen un momento —digo, sin que mi sonrisa vacile mientras cojo el teléfono con dedos firmes—. Necesito hacer una llamada rápida.

La pulsera de diamantes que me compró Van refleja la luz de la mañana mientras marco el número de Marco, y pienso en cómo me enseñó que las cosas bonitas también pueden ser armas. Cuando

Marco responde, dejo que mi voz muestre esa mezcla particular de dulzura y fuerza que he estado practicando.

—Hola, Marco. Soy Carmela Rosetti. Sí, de esa familia Rosetti —las palabras se deslizan por mi lengua como una hoja que se desenvaina por primera vez, y descubro que me gusta la sensación. El poder que fluye a través de mí me acelera el pulso y me enrojece la piel. —¿Estoy teniendo un pequeño problema con unos funcionarios reguladores que parecen confundidos sobre el procedimiento adecuado.

Prácticamente puedo sentir el cambio en la atmósfera de la habitación, como si el propio aire se hubiera vuelto más pesado. El burócrata que era tan condescendiente hace un momento se endereza ligeramente, su mano tiembla de verdad al coger el bolígrafo. El cambio en su expresión, de paternalista a cautelosa, es embriagador y envía una corriente de excitación por mi cuerpo que es casi sexual.

¿Es así como se siente Van cuando me ve someterme? ¿Este vertiginoso torrente de control?

—Parecen pensar que debería desaparecer en silencio, como una niña buena que no entiende cómo funcionan estas cosas —continúo al teléfono, con mi tono conversacional, dulce como la miel—. Pero ¿sabes qué? Últimamente he estado aprendiendo mucho sobre los procedimientos adecuados.

Mi naturaleza alegre hace que las amenazas subyacentes suenen como sugerencias amistosas, advertencias envueltas en miel que de alguna manera son más eficaces que los gritos. Observo cómo cambian los rostros de estos hombres y siento que algo oscuro y satisfecho se asienta en mi pecho.

Capto mi reflejo en la ventana del despacho de Henderson; sigo sonriendo radiantemente, pero hay algo diferente en mi mirada. Algo que me recuerda a Dom cuando está cerrando un trato. ¿Cuándo aprendí a sonreír como una Rosetti?

—Parecen pensar que los Torrino pueden atacar los intereses comerciales de la familia sin consecuencias —añado en voz baja.

Veinte minutos después, los dos funcionarios se han marchado, pues su investigación requiere de repente una «revisión adicional del cumplimiento de los procedimientos». El señor Henderson parece conmocionado, pero aliviado, y estoy descubriendo que me gusta el sabor del miedo cuando se dirige a quienes amenazan lo que es mío.

Me siento en mi escritorio, con el pulso todavía acelerado por el encuentro. La chica que huía del poder de su familia ya no existe. En su lugar hay alguien que acaba de esgrimir el apellido Rosetti como una cuchilla y ha descubierto que le gusta cómo corta. Van todavía no sabe nada de la victoria de hoy. Seguramente estará ahogándose en su propia crisis, pensando que tiene que protegerme. No tiene ni idea de que su rayo de sol acaba de aprender a quemar.

Cojo mis llaves. Es hora de un reencuentro.

21 - Van

Son las dos de la mañana y estoy mirando fijamente revistas médicas porque dormir significa pesadillas, y las pesadillas significan ver la cara de Carmela contraída por el dolor en lugar de la de Valdez. El timbre del apartamento atraviesa mi patético intento de distracción, urgente, desesperado. No es el ritmo controlado de una visita planeada.

Lo primero que pienso es en Carmela. El hielo me inunda las venas porque, en esta vida, las visitas a altas horas de la noche significan que alguien que me importa está en peligro.

Carmela. Llego a la puerta del dormitorio en tres zancadas y un alivio me inunda al verla todavía dormida, ajena a cualquier horror que espere fuera. Solo entonces consulto la grabación de seguridad en mi móvil y la sangre se me hiela por una razón distinta.

La asistente de la galería yace hecha un ovillo contra la puerta de mi casa, su pelo rosa brillante ahora oscurecido por unas manchas que se extienden. La sangre se encharca bajo su cabeza como vino derramado sobre el cemento y su brazo izquierdo está doblado en un ángulo que hace que mi formación de cirujano lance gritos de advertencia. No se mueve.

El sabor metálico del miedo me cubre la lengua mientras bajo los ocho pisos de escaleras y cruzo el vestíbulo en menos de noventa segundos, con los pies descalzos golpeando el frío cemento. Caigo de rodillas a su lado y el pavimento arenoso se me clava en las espinillas. La sangre de Emma huele a centavos de cobre mezclados con el agudo olor a sudor y adrenalina.

Pulso, débil pero presente. Respiración, superficial, dificultosa. Traumatismo craneal, posible hemorragia interna, un brazo roto sin duda.

—Emma —le toco el hombro con cuidado, comprobando si hay daños medulares—. ¿Puedes oírme?

Sus ojos se abren con un aleteo, desenfocados y vidriosos. —¿Van? —la palabra sale arrastrada, mientras un hilo de sangre brota de la comisura de su boca—. Ellos… me dijeron que te dijera… un mensaje para los Rosetti.

La culpa me desgarra como metralla, caliente y afilada, recordándome que todo el que toco acaba sangrando. Es la segunda vez que esta mujer inocente paga por mi conexión con esta familia. La segunda vez que alguien que no debería estar involucrado resulta herido porque yo existo en su mundo. Emma, la dulce y risueña Emma de la galería, desangrándose en el umbral de mi puerta porque alguien quería enviarle un mensaje a Carmela a través de mí.

Los Torino están intensificando la situación, y ahora están usando a gente que debería estar a salvo.

La idea de Carmela hecha un ovillo en el umbral de la puerta de cualquiera, sangrando por mi culpa, hace que la violencia recorra mis venas como un veneno. Necesito tenerla en mis brazos, sentir su pulso contra mi garganta, recordarme a mí mismo que está a salvo y que nadie la usará jamás para enviarme mensajes.

Intento levantar a Emma, y es entonces cuando me asalta el *flashback*.

Arena y gritos. El olor a combustible quemado mezclado con sangre. Las quemaduras fantasmas de la soga en mis muñecas estallan como heridas recientes, una agonía tan real que puedo oler las

fibras de cáñamo cortando la piel. Mis manos recuerdan la impotencia más que cómo curar, atado e inútil mientras Valdez convulsionaba en aquella mesa empapada de sangre, suplicándome que lo salvara cuando ni siquiera podía salvarme a mí mismo.

La cara de Emma se transforma en la suya. Mismos rasgos flácidos, misma sangre en la comisura de la boca, misma confianza en que puedo arreglar lo que está roto cuando, joder, ni siquiera puedo arreglarme a mí mismo. El sabor del fracaso y el polvo me cubre la lengua como un veneno.

—Por favor —susurra Valdez, igual que susurró Emma—. Por favor, Doc, ayúdame.

Pero no puedo moverme. No puedo alcanzarlo. No puedo salvarlo mientras las ataduras me mantienen inmovilizado.

Las quemaduras fantasmas de la soga laten con una agonía recordada, la memoria de la piel del cáñamo cortando profundamente mientras los gritos de mis pacientes resonaban en los muros del complejo. Puedo saborear el polvo y el gasóleo, oler la cordita y el sudor del miedo que marcaban cada día en el infierno. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que noto el sabor del cobre. Los sonidos de la ciudad a nuestro alrededor empiezan a transformarse en los del complejo: las sirenas se convierten en rotores de helicóptero, los motores de los coches en generadores, la respiración dificultosa de Emma en el estertor de Valdez.

Intento meter la mano bajo su cabeza para comprobar si tiene fracturas de cráneo, pero el pánico me atenaza el pecho como un tornillo de banco. Otra vez no. Otra vez no. No puedo ver a otra persona morir porque estoy paralizado, porque estoy roto, porque cuando la gente más me necesita, me convierto en un pedazo inútil de…

—Van —la voz atraviesa los sonidos del complejo, un rayo de sol abriéndose paso entre el humo—. Van, no estás allí. Estás aquí.

La voz de Carmela me ancla a la realidad como un ancla lanzada en aguas turbulentas. No la oí llegar, no sé cuánto tiempo he estado atrapado en el *flashback*, pero ahora está arrodillada a mi lado, con una mano en mi hombro. El alivio de verla entera y a salvo casi me destroza por completo.

—No estás en Afganistán —dice, su voz firme y segura—. No estás atado. Estás aquí, en Chicago, y puedes salvarla.

Las imágenes retroceden lo suficiente para que pueda centrarme en las heridas reales de Emma en lugar del fantasma de Valdez. La fe de Carmela en mí atraviesa el trauma como una cuchilla a través de una soga, limpia, quirúrgica, liberadora.

Pero entonces, algo más fuerte que el trauma ruge a la vida en mi pecho. No solo amor. Posesión. Es mía, y cree que puedo salvar a la gente, y esa creencia me hace capaz de cosas que deberían ser imposibles.

—Puedo salvarla —repito, las palabras haciéndose reales al pronunciarlas.

—Puedes salvarla —confirma Carmela—. Eres Van Reyes. Salvas a la gente. Eso es lo que eres.

Su mano se desliza por mi brazo hasta mi muñeca, justo sobre las cicatrices de las quemaduras de la soga, y su contacto hace desaparecer el dolor.

El amor es más fuerte que el trauma. El amor es más fuerte que el dolor imaginario. El amor es más fuerte que la parte de mí que se rompe cuando la gente inocente sangra.

—Ayúdame a subirla —digo, activando el modo cirujano—. Llama a la familia. Diles que necesitamos un equipo de limpieza y a alguien que pueda hacer desaparecer esto de cualquier informe policial.

Me tiemblan las manos mientras despejo la mesa del comedor, pero me obligo a calmarme. Emma necesita un médico, no un veterano destrozado con *flashbacks*. Ya me desmoronaré más tarde. Ahora mismo, la vida de alguien depende de mi competencia.

Una parte de mí quiere encargarse de los Torrinos como me encargaba de las amenazas en Afganistán. De forma directa, permanente, definitiva. Puede que a veces me tiemblen las manos, pero recuerdan cómo matar tan bien como recuerdan cómo curar.

—Carmela, necesito que hiervas agua y busques toallas limpias. Revisa el botiquín de mi baño por si hay kits de sutura y cualquier cinta quirúrgica —mi voz sale cortante, profesional. Las órdenes brotan de mi boca al instante, la memoria muscular imponiéndose al trauma.

Cojo un cuchillo de cocina y esterilizo la hoja con vodka de mi congelador. No es lo ideal, pero he operado en peores condiciones. El cráneo de Emma parece intacto, pero tiene un corte profundo a lo largo de la línea del cabello que necesita atención inmediata. La bala, porque ahora puedo ver la herida de entrada, le rozó el hombro en lugar de darle de lleno en el torso. Suerte.

—Háblame, Emma —ordeno, usando mi autoridad médica para mantenerla consciente—. ¿Cuál es tu nombre completo?

—Emma Patterson —murmura, ahora con la mirada más centrada—. Solo Emma Patterson.

Bien. Ningún traumatismo craneoencefálico grave. Enhebro la sutura improvisada en la aguja, agradecido de que mis manos se

estabilicen. Para esto nací, para salvar vidas cuando todo se va al infierno. El propósito de sobrevivir a tres años de TEPT se vuelve claro: para poder estar aquí, ahora, cuando alguien necesitaba mis habilidades particulares.

Carmela aparece a mi lado con los suministros, moviéndose como si ya hubiera hecho esto antes. Su presencia me mantiene con los pies en la tierra, mantiene a raya los ruidos del complejo mientras trabajo.

Veinte minutos después, la hemorragia de Emma está controlada y su brazo, estabilizado. Necesitará un hospital de verdad, pero vivirá.

La ambulancia se lleva a Emma con la historia de un atraco que salió mal. La gente de Dante trabaja rápido y a fondo. Observo las luces rojas desaparecer en el tráfico de Chicago, dejándome en la acera, sintiéndome roto y entumecido.

Emma vivirá, pero llevará las cicatrices de una guerra en la que nunca se alistó. Otra persona inocente herida porque elegí honrar una deuda con los Rosetti. Otra persona que pagó el precio de mis decisiones.

—Están intensificando las cosas —le digo a Carmela, mi voz con un tono plano y sin emoción—. Los Torrinos están recurriendo a medidas desesperadas. Esto no se trataba de información o intimidación. Se trataba de enviar un mensaje: que nadie relacionado con nosotros está a salvo.

Ella asiente, con el rostro pálido pero decidido.

—¿Qué significa eso?

El control que he mantenido toda la noche salta por los aires como un cable roto. La adrenalina, el terror de casi perderla, la rabia hacia

los Torrinos por usar a gente inocente, todo choca en una ola de necesidad posesiva que aniquila el pensamiento racional.

La empujo contra la pared de ladrillo del edificio, apoyando las manos a cada lado de su cabeza, acorralándola. Ella jadea, sus brillantes ojos verdes se abren de par en par, pero no se aparta. No me dice que pare. El pulso en su garganta se acelera, y puedo oler su excitación mezclándose con el aire de la noche.

—Significa —gruño contra su oído, mi voz áspera por la furia y la necesidad—, que se acabó jugar a la defensiva. Significa que voy a encontrar a cada uno de los Torrinos que creen que pueden amenazar lo que me pertenece, y voy a recordarles lo que pasa cuando acorralas a un hombre que no tiene nada que perder.

Mis manos se deslizan hasta su cintura, agarrándola con la fuerza suficiente para dejarle marcas. Ella se derrite contra mí, su aliento entrecortándose de esa manera que significa que necesita esto tanto como yo. La violencia y el deseo se enredan en mi pecho, inseparables e igualmente absorbentes.

—Cuando termine con ellos —continúo, presionando mi cuerpo contra el suyo para que pueda sentir lo dura que se ha puesto mi polla por la adrenalina y su cercanía, cuánto me lleva al borde de la locura la idea de perderla—, entenderán que tocar a cualquiera relacionado con Carmela Rosetti significa firmar su propia sentencia de muerte.

Sus manos se aferran a mi camisa, atrayéndome hacia ella en lugar de alejarme.

—Van…

—No —le tomo la cara entre las manos, obligándola a mirarme a los ojos—. Tienes que entender algo, princesa. No soy el hombre que

era cuando nos conocimos. Me has convertido en algo posesivo y peligroso y jodidamente entregado a mantenerte a salvo. ¿Los Torrinos creen que están intensificando las cosas?

Me inclino hasta que mi boca está a un suspiro de la suya, hasta que puede saborear mis palabras.

—No tienen ni idea de lo que es una escalada de violencia cuando amenazan a la mujer que amo. Pero están a punto de descubrirlo.

La promesa queda suspendida entre nosotros, oscura y absoluta. Cuando reclamo su boca en un beso que sabe a violencia y devoción, ella me devuelve el beso con la misma intensidad, quemando todo excepto la certeza de que es mía para protegerla.

Y que Dios se apiade de quien intente arrebatármela.

22 - Carmela

A Van le tiemblan las manos mientras se agarra a la barandilla del ascensor, con los nudillos blancos como el hueso contra el metal. Las luces fluorescentes proyectan duras sombras sobre su rostro, y puedo sentir los temblores que recorren todo su cuerpo como un cable a punto de romperse.

—Mírame —digo con firmeza, interponiéndome directamente en su campo de visión y colocando mis palmas sobre sus manos temblorosas—. Van. Mírame a los ojos.

Su mirada se clava en la mía, descontrolada y desenfocada. El cirujano controlado del hospital ha desaparecido, sustituido por alguien que lucha contra ataduras invisibles. Puedo ver cómo se desliza de vuelta a ese complejo infernal donde le ataron sus manos de cirujano mientras la gente moría a su alrededor.

—Ya estamos a salvo —le digo, con la voz más firme de lo que me siento mientras me acerco más—. Emma está estable. La galería está segura. Hoy los has salvado a todos.

El ascensor suena y las puertas se abren a nuestro pasillo, pero él no se mueve. Su respiración es demasiado rápida, demasiado superficial, y lo observo luchar por mantenerse en el presente. El olor a antiséptico del hospital todavía se adhiere a su pijama quirúrgico, pero por debajo está su aroma familiar: jabón limpio y algo singularmente de Van que hace que mi cuerpo responda incluso en plena crisis.

—Vamos —digo, tomando su mano cálida y llena de cicatrices y guiándolo por el pasillo flanqueado por obras de arte caras—. Necesito que confíes en mí. ¿Puedes hacerlo?

Asiente una vez, con un gesto brusco y de precisión militar a pesar del caos que puedo ver agitarse tras sus ojos.

Dentro de nuestro apartamento, se queda rígido en medio del lujoso salón, buscando salidas como si esperara una emboscada. Su respiración sigue siendo errática, y puedo ver un dolor fantasma que le hace flexionar los dedos como si intentara sacudirse unas ataduras invisibles.

—No necesito… —empieza, pero la voz se le corta cuando su cuerpo lo traiciona con un violento escalofrío.

El corazón me martillea mientras observo cómo los flashbacks lo golpean. Todo su cuerpo se pone rígido, y sé que ya no está viendo nuestro apartamento. Ha vuelto a ese complejo donde le sujetaron las manos mientras los pacientes morían a su alrededor.

—El hospital —dice con voz áspera, pasándose una mano por el pelo —. Cuando Carter estaba en la sala de traumatología, cuando no pude trabajar lo bastante rápido para detener la hemorragia interna de su herida en la cabeza…

Se detiene, sacudiendo la cabeza como si pudiera desprenderse físicamente de los recuerdos. Pero sé lo que está viendo. Los mismos fantasmas que lo despiertan a las cuatro de la mañana, los pacientes que murieron mientras él estaba atado e indefenso.

Esto no es algo que pueda arreglar con optimismo o esperando pacientemente. Esto requiere algo más profundo, algo que lo ancle de formas que las palabras no pueden alcanzar. Algo que demuestre que puede sostener cosas preciosas sin destruirlas.

—Van —digo con firmeza, y algo en mi voz hace que deje de retroceder—. No eres débil. Eres el hombre más fuerte que conozco. Pero ni siquiera tú tienes que cargar con esto solo.

Estoy a punto de intentar algo que probablemente horrorizaría a mi terapeuta. Si tuviera uno. Que probablemente debería tener después de este mes.

Supero su resistencia, con el corazón desbocado, y me arrodillo frente a él. La postura no tiene que ver con el sexo en este momento. Se trata de anclar su mente dispersa a algo real y presente, algo que demuestre que puede tener el control sin destrucción.

—Dame tus manos —digo, tendiendo las mías con las palmas hacia arriba, firmes y seguras.

Sus ojos se abren un poco, pero tras un instante de vacilación, coloca sus manos temblorosas en las mías. Las guío hasta mis muñecas, envolviendo sus largos dedos alrededor de ellas como si me estuviera sujetando. La posición familiar parece estabilizar algo en él, su respiración se ralentiza ligeramente mientras se concentra en la cálida realidad de mi pulso bajo sus palmas.

—¿Sientes eso? —pregunto, manteniendo la voz firme a pesar de lo acelerado que está mi corazón—. Estoy aquí. Tú estás aquí. Tú tienes el control y yo elijo esto.

Su agarre en mis muñecas se tensa. No lo suficiente como para doler, pero sí para anclarlo a algo real. Regulo mi respiración deliberadamente, haciéndola profunda y lenta para que él pueda igualar el ritmo. En esta posición, con mis manos atrapadas en las suyas, puede sentir mi confianza.

—Te quiero —digo en voz baja, las palabras brotando por primera vez—. Te quiero, Van. No porque me salvaras, no por deudas u obligaciones familiares. Porque me haces sentir poderosa cuando me rindo. Porque luchas contra las pesadillas para mantener a la gente a salvo.

Su respiración se entrecorta, y por un momento sus manos se quedan completamente quietas en mis muñecas. Nunca lo había dicho antes. Llevábamos semanas dándole vueltas al asunto, pero nunca había tenido el valor de decirlo en voz alta.

—Carmela —suspira, y hay algo roto y hermoso en la forma en que dice mi nombre.

—Te quiero —repito.

—Joder —dice con voz ronca, sus ojos se vuelven magma como si acabara de entregarle algo que nunca pensó que merecía—. Yo también te quiero. Joder, no tienes ni idea de lo que me haces.

Su agarre en mis muñecas cambia, se vuelve más decidido. La sujeción se transforma de un ancla desesperada a una dominación deliberada, y veo el momento en que sus pensamientos dispersos comienzan a fusionarse en torno a esta única verdad: me tiene, él dirige esto, y yo elijo quedarme.

—Tu trauma no me asusta —continúo, sosteniéndole la intensa mirada—. Hace que te quiera más porque veo lo mucho que luchas por ser bueno a pesar de él.

Puedo ver cómo vuelve a encontrarse a sí mismo en la dinámica familiar. Su respiración se normaliza mientras se concentra en mi respuesta a su contacto, en la forma en que me rindo a él sin perder nunca mi fuerza. Así es como procesa el trauma. A través de una dominación sana, a través de mi sumisión voluntaria que demuestra que se le puede confiar algo precioso.

—Haces que las pesadillas se detengan —dice, su voz ganando fuerza mientras sus pulgares trazan mi pulso—. Cuando estoy contigo así, cuando confías en mí lo suficiente como para dejarme sujetarte, los fantasmas no pueden alcanzarme.

Me levanta por las muñecas, colocándome exactamente donde quiere, y siento el cambio cuando el Van soldado roto se convierte en el Van que me quiere. Sus manos ahora están firmes mientras se mueven sobre mi cuerpo, reaprendiendo que puede tocar sin destruir.

—Hoy en el hospital —continúa él, con la voz rota por la emoción—, en lo único que podía pensar era en volver contigo. Ni en mi licencia suspendida, ni en la deuda, ni en proteger a la hermana de Dom. En ti.

Cuando me guía hacia su cuarto de juegos, sus movimientos son deliberados, resueltos. Esto ya no tiene que ver con su trauma. Tiene que ver con nosotros, con la curación que hemos encontrado el uno en el otro. Las costosas ataduras montadas en la pared captan la luz tenue, recordándonos a ambos que esta habitación existe porque él necesita esta estructura, esta prueba de que el control puede cederse libremente en lugar de tomarse con violencia.

Su boca reclama la mía con un hambre desesperada, y yo me arqueo contra él, ofreciéndole todo lo que tengo. El beso es feroz, absorbente, su lengua exige paso mientras sus manos me aferran las caderas con fuerza suficiente para dejar marcas. Quiero esas marcas. Quiero una prueba de que esto ha pasado, de que me ha reclamado por completo.

—Desnúdate —ordena contra mis labios, con la voz ronca por la necesidad y la autoridad—. Ahora.

Me tiemblan los dedos mientras me quito el vestido por la cabeza, dejándolo caer a mis pies. Sus ojos devoran cada centímetro de piel expuesta, y veo el momento exacto en que su poder se solidifica. Cuando voy a desabrocharme el sujetador, me detiene con una sola palabra.

—Despacio.

Obedezco, desabrochando el encaje y dejándolo caer, mientras observo cómo se dilatan sus pupilas al quedar mis pechos al descubierto. Mis pezones ya están duros, anhelando su contacto, y cuando su mirada se fija en ellos tengo que reprimir un gemido.

—Las bragas también —ordena, con la voz firme ahora, afianzada en el dominio—. Quiero verte entera.

Me deslizo la seda por las piernas y salgo de ellas, completamente desnuda ante él mientras él permanece vestido. La dinámica de poder hace que el calor se acumule entre mis muslos, y sé que puede ver lo húmeda que me estoy poniendo solo con sus órdenes.

—Joder, qué hermosa —gruñe, acercándose lo suficiente para que pueda sentir el calor que irradia su cuerpo—. Mira qué preparada estás ya para mí. Tu coño está reluciente.

Sus palabras vulgares me hacen contraerme de necesidad, la excitación goteando por la cara interna de mis muslos. Cuando alarga la mano para ahuecar un pecho, sopesando su peso, me arqueo contra su contacto sin pudor.

—Por favor —susurro, sin estar segura de lo que estoy suplicando. Más caricias, menos distancia, cualquier cosa que alivie el dolor que se acumula en mi interior.

—¿Por favor, qué? —pregunta, pellizcándome el pezón con la fuerza suficiente para hacerme jadear—. Usa tus palabras, sol.

—Por favor, tócame —respiro—. Por favor, hazme tuya.

Me guía hacia el sistema de sujeción, y levanto los brazos sin que me lo pida, ofreciendo mis muñecas a las ataduras de seda. La

confianza en el gesto no nos pasa desapercibida a ninguno de los dos. Le estoy dando autoridad completa sobre mi placer, mi cuerpo, mi vulnerabilidad. Cualquier cosa para ayudarlo a superar su oscuridad.

—Esa es mi chica buena —murmura, asegurando cada muñeca con eficacia—. Tan ansiosa por rendirte a mí.

Las ataduras me dejan estirada y expuesta, completamente a su merced. Cuando se echa hacia atrás para admirar su obra, siento su mirada como una caricia. Mis pezones se endurecen aún más bajo su escrutinio, y puedo sentir mi coño humedecerse por segundos.

—Dios, mírate —dice, con la voz cargada de deseo—. Abierta de par en par para mí, chorreando y lista. ¿Sabes lo que me haces?

Se quita la camisa, revelando la perfección marcada por cicatrices de su pecho, y luego se quita el cinturón con una lentitud deliberada. Cuando se baja los pantalones, su polla salta libre, dura y gruesa, goteando ya líquido preseminal. Se me hace la boca agua al verla.

—¿Quieres esta polla? —pregunta, rodeándosela con la mano y masturbándose lentamente—. ¿Quieres que llene ese coñito apretado?

—Sí —jadeo, tirando de las ataduras en mi desesperación por tocarlo —. Por favor, señor, te necesito dentro de mí.

En lugar de darme lo que quiero, se coloca detrás de mí, sus manos rozando mi culo, apretando y explorando. Siento su polla rozar la parte baja de mi espalda, caliente y dura, y me arqueo hacia atrás tratando de hacer más contacto.

—Qué impaciente —se ríe entre dientes, mientras una de sus manos se desliza entre mis piernas desde atrás—. Pero mira qué húmeda

estás. Joder, princesa, estás empapada.

Sus dedos separan mis pliegues, explorando mi calor resbaladizo, y grito cuando encuentra mi clítoris. Lo rodea con una ligereza exasperante, aumentando la presión sin darme lo suficiente para correrme.

—Van, por favor —suplico, mis caderas tratando de seguir su caricia en retirada—. No me provoques.

—Te tocaré como me dé la gana —dice, su voz llena de una oscura promesa—. Me diste el control, ¿recuerdas? Tu placer me pertenece ahora.

Se mueve de nuevo frente a mí, con los dedos aún relucientes de mi excitación. Cuando se los lleva a la boca, probándome, casi me deshago solo de mirarlo.

—Dulce —murmura, con los ojos clavados en los míos—. Pero quiero más.

Se arrodilla entre mis piernas abiertas, su aliento caliente contra la cara interna de mis muslos. El primer roce de su lengua en mi coño nos hace gemir a los dos: a mí por el intenso placer, a él por mi sabor inundando su boca.

—Joder, sabes increíble —gruñe contra mi carne húmeda—. Podría comerme este coñito dulce todo el día.

Me trabaja con la lengua, largas pasadas que me hacen retorcerme en las ataduras. Cuando sella sus labios alrededor de mi clítoris y succiona, grito su nombre, y el sonido resuena en las paredes del dormitorio.

—Eso es —me anima, introduciendo dos dedos en mí mientras su lengua continúa su asalto—. Déjame oír lo bien que te hago sentir.

Sus dedos se curvan hacia adelante, golpeando ese punto que me hace ver las estrellas, mientras su boca trabaja mi clítoris con una precisión devastadora. La combinación me hace subir rápidamente, todo mi cuerpo se tensa a medida que el orgasmo se acumula.

—Me voy a correr —jadeo, mi voz quebrándose en las palabras—. Oh, Dios, Van, me voy a…

—Todavía no —dice, apartándose justo cuando estoy a punto de caer por el precipicio—. No hasta que yo diga que puedes.

Sollozo de frustración, mi coño apretándose en el vacío, desesperada por el orgasmo que acaba de negarme. Él se pone de pie, con los labios y la barbilla brillantes por mi excitación, con un aire devastadoramente satisfecho ante mi desesperación.

—Por favor —suplico, con lágrimas de necesidad formándose de verdad en mis ojos—. Por favor, déjame correrme.

—Te correrás en mi polla —dice, colocándose en mi entrada—. Te correrás cuando esté enterrado tan dentro de ti que olvides dónde terminas tú y dónde empiezo yo.

La cabeza de su polla roza mi entrada, tentándome con la promesa de llenarme. Estoy tan mojada que, cuando por fin empuja hacia dentro, se desliza con facilidad a pesar de su tamaño, estirándome a la perfección.

—Joder, qué increíble te sientes —gime, hundiéndose hasta el fondo con una sola y suave embestida—. Tan apretada y húmeda. Este coño fue hecho para mi polla.

Me da un momento para acostumbrarme, con sus manos aferradas a mis caderas mientras ambos saboreamos la conexión. Entonces empieza a moverse, marcando un ritmo que me hace gritar con cada embestida. El ángulo de las ataduras hace que dé en ese punto perfecto dentro de mí una y otra vez, llevando mi excitación de nuevo a esa cumbre de desesperación.

—Más fuerte —suplico, necesitando más, necesitándolo todo—. Por favor, fóllame más fuerte.

Obedece, sus caderas se disparan hacia delante con fuerza suficiente para hacer crujir el sistema de sujeción. Cada embestida lo clava más profundo, y puedo sentir cómo golpea mi cérvix, el ligero dolor mezclándose con el placer de la forma más increíble.

—¿Te gusta duro? —gruñe, mientras una de sus manos sube para agarrarme el cuello con suavidad—. ¿Te gusta que te folle duro este coñito apretado?

—Sí —jadeo, la presión en mi garganta hace que todo sea más intenso—. Me encanta. Me encanta cómo me follas.

Su otra mano encuentra mi clítoris, rodeándolo al compás de sus embestidas, y siento que esa tensión familiar vuelve a crecer. Esta vez, cuando el orgasmo se acerca, no me detiene.

—Córrete para mí —ordena, con la voz ronca por su propio clímax inminente—. Córrete por toda mi polla, Carmela. Demuéstrame lo bien que te hago sentir.

El permiso, combinado con su implacable asalto a mis sentidos, me hace volar. Mi orgasmo me atraviesa como un tsunami, mi coño apretándose sobre su polla mientras grito su nombre. La intensidad es casi excesiva, oleada tras oleada de placer haciendo que se me nuble la vista.

—Joder, sí —gime, sintiendo cómo me aprieto a su alrededor—. Así me gusta, mi niña buena. Ordeña mi polla con ese coño perfecto.

Me folla durante mi orgasmo, prolongándolo hasta que sollozo de hipersensibilidad. Entonces su ritmo flaquea, su agarre en mis caderas se tensa mientras persigue su propio final.

—Te voy a llenar —jadea, con embestidas cada vez más erráticas—. Voy a llenar este coño con mi corrida.

—Por favor —susurro, todavía flotando en la felicidad postorgásmica —. La quiero. Te quiero todo.

Con una última embestida profunda, se entierra por completo y se corre con fuerza, su polla palpitando dentro de mí mientras me llena con su semen. El calor que se extiende por mi interior desencadena otro pequeño orgasmo, mi coño revoloteando a su alrededor mientras ambos temblamos por la intensidad.

Mi fuerza se muestra a través de la sumisión, su curación ocurre a través de la dominación, y juntos hemos creado algo más profundo que la deuda o la protección o incluso las obligaciones familiares. Nos hemos creado a nosotros.

23 - Van

La hebilla del collar se abre con un suave clic que suena como el crujido de un hueso al romperse.

Me tiemblan las manos mientras le quito el fino cuero negro del cuello a Carmela. La marca que pidió seguir llevando después de la posesión de anoche, y a lo que yo accedí con avidez. Sin esto, vuelve a ser solo Carmela Rosetti. No mi sol. No mi sumisa. No la mujer que eligió abrazar la oscuridad de su familia junto a la mía.

Libre.

Duerme plácidamente a mi lado, con sus rizos oscuros esparcidos sobre la almohada como seda, ajena a la violencia que me ha despertado a las 3:52 de la madrugada. La pesadilla se me adhiere como metralla. Ella, atada a la misma mesa empapada de sangre donde murió Valdez, mis manos cerrándose alrededor de su cuello con una precisión de cirujano convertida en destrucción. Pero esta vez se ha sentido como una profecía, no como un recuerdo.

Las quemaduras fantasma de la soga me brotan en las muñecas como heridas recientes, una agonía tan real que puedo oler el cáñamo abriéndose paso en la piel. Un sudor frío me cubre el cuerpo, las sábanas enroscadas en mis piernas como ataduras. Otra noche, otra visión del daño que inevitablemente causaré.

Estudio su rostro dormido, memorizando la curva de su mejilla, la forma en que sus labios se entreabren ligeramente al dormir. Veintitrés años. Mi pequeña fiera, que ya ha visto demasiada sangre por mi culpa.

La pesadilla no ha sido aleatoria. Ha sido una advertencia. Después de la sangre de el Gilipollas en mi puerta, después de ver a Carmela manejar las amenazas de los Torrino con una competencia aterradora, mi programación militar me susurra lo que siempre he sabido. Estoy diseñado para neutralizar objetivos, no para proteger a las mujeres que amo. ¿Y si la hiero durante un *flashback*? ¿Y si mi entrenamiento se activa y la veo como una amenaza?

Una parte de mí quiere encadenarla a la cama, hacer que le sea imposible irse. Mi mente rota me susurra instrucciones para asegurar activos, para neutralizar rutas de escape. El hecho de estar pensando en Carmela como si fuera un problema táctico demuestra exactamente por qué necesita huir.

Se merece algo mejor que un hombre que se despierta gritando, que ve violencia en sueños, que inevitablemente dañará aquello que intenta proteger.

Me muevo por el apartamento metódicamente, borrando pruebas como si estuviera descontaminando la escena de un crimen.

Sus tazas de café van a una caja. Las novelas que deja esparcidas por todas las superficies. Los cojines de colores vivos que de alguna manera aparecieron en mi sofá, trayendo color a mi espacio estéril. Cada pieza de su presencia es empaquetada sistemáticamente.

Quitarle el collar ha sido como arrancarme el corazón, pero era una cirugía necesaria. Extirpar el tejido infectado antes de que nos mate a los dos.

Su ropa cuelga en mi armario como acusaciones. Vestidos suaves entre mis camisas planchadas, lencería delicada mezclada con mi ropa interior funcional. Doblo cada prenda con cuidado, metiéndola en su maleta como si estuviera cerrando una incisión. Limpio. Profesional. Definitivo.

Frente al espejo, recito todas las formas en las que ya la he arrastrado a lo más profundo de la oscuridad. Eligió quedarse en Chicago a pesar del peligro. Ahora lleva las marcas invisibles de mi mundo. Quemaduras de soga en las muñecas de la sesión de anoche, el conocimiento de la violencia que financia la protección que ha aprendido a manejar.

La he hecho cómplice de lo que soy.

El trauma entre nosotros crea un abismo insalvable. Mis pesadillas contra su determinación de sanarlas. Le he enseñado a encontrar placer en la restricción, en el dolor, en rendirse a un hombre que se despierta violento. Ella necesita construir una vida libre de las sombras que me consumen, no atarse a un hombre de treinta y cinco años destrozado por la guerra y la tortura.

Cada instinto me grita que la despierte, que se lo explique, que le ruegue que se quede a pesar de lo que soy. Siento un anhelo en las manos por tocarla una vez más, por memorizar la seda de su piel. Pero esa es exactamente la obsesión posesiva que me hace peligroso.

La nota que escribo es breve, profesional:

Carmela: El nivel de amenaza ha escalado más allá de los parámetros aceptables. Tu seguridad requiere una extracción inmediata de Chicago. Tu transporte de vuelta a Nueva York ha sido organizado a través de Dom. —Van

No la firmo con amor. No reconozco lo que hemos construido juntos. Una extracción limpia requiere cortar todos los lazos emocionales. Lo aprendí en el ejército. A veces tienes que abandonar a la gente para salvarla.

Le envío un mensaje a Dom desde mi teléfono seguro: *Evaluación de amenaza crítica. Múltiples células de los Torrino todavía activas. Carmela necesita extracción inmediata.*

La respuesta llega demasiado rápido: *¿Qué ha cambiado? Creía que los teníamos contenidos.*

Los instintos protectores de la familia se activan de inmediato. Querrán detalles, querrán dar caza a las amenazas.

No puedo decirles que la única amenaza para Carmela soy yo.

Nueva información de inteligencia sugiere una represalia coordinada. Evaluación profesional: no está a salvo en Chicago con los recursos actuales.

Joder. El coche estará allí a las 08:00.

Así de simple. Un mensaje y destruyo lo único bueno en mi vida.

Dom confía en mi evaluación táctica. Cree que estoy velando por sus intereses. No tiene ni idea de que estoy realizando una cirugía de emergencia en nuestras dos vidas, extirpando lo que me está matando para salvarla a ella.

Los hombres dañados como yo no podemos quedarnos con mujeres que han aprendido a amar nuestra oscuridad. Las contaminamos hasta que no queda nada más que sombra. La pesadilla tenía razón. Mis manos la herirán. Quizá no esta noche, quizá no la semana que viene, pero al final lo harán.

Mi programación no diferencia entre enemigos y las personas a las que se supone que debo proteger cuando la violencia se activa.

Necesito salvarla de lo que soy antes de destruirla por completo.

El coche llega exactamente a las ocho.

La observo desde el otro lado de la calle, acurrucado en la sombra de un portal, mientras el chófer de Dom mete su maleta en el sedán negro. Carmela se mueve como si estuviera procesando una retirada táctica, todavía estudiando la nota que le dejé en la almohada, las maletas hechas, la eficacia de su extracción.

No levanta la vista hacia mi ventana. No me busca en la fachada del edificio. Simplemente, se mete en el coche con la misma compostura que mostró al plantarle cara a las amenazas de los Torrino.

Memorizo la curva de su cadera bajo ese vestido amarillo, la forma en que su pulso solía palpitarle en la garganta, donde debería estar mi collar. En seis horas, estará a salvo de la violencia que me sigue. La idea me deja un vacío en el pecho, pero es precisamente por eso que tiene que irse.

El sedán desaparece entre el tráfico de Chicago, llevándola de vuelta a donde pertenece. De vuelta a la seguridad. De vuelta a un mundo donde las represalias de los Torrino no pueden alcanzarla.

Ella es lo único que ha conseguido detener las pesadillas, y la estoy apartando para protegerla de que se convierta en una de ellas.

Mi teléfono permanece en silencio. Ni llamadas desesperadas, ni exigencias de una explicación. Acepta la decisión táctica porque entiende la realidad de la vida en la que nació. A veces, el amor no es suficiente cuando las amenazas escalan fuera de control.

El apartamento vacío resuena a mi alrededor, tan estéril y controlado como antes de que ella trajera el caos a mi ordenada existencia. Ni

colores vivos, ni libros esparcidos, ni un tarareo inconsciente que perturbe mi aislamiento perfectamente gestionado.

La funda de su almohada todavía huele a su champú. Algo fresco y cítrico que solía disipar mis pesadillas. El silencio del apartamento presiona mis tímpanos como el agua profunda.

¿Entonces por qué la victoria sabe a cenizas?

El cuarto de juegos parece una tumba sin ella.

Me siento en la silla de cuero frente a un equipo que una vez representó la sanación, el control recuperado del trauma. Ahora, las ataduras parecen siniestras bajo la luz de la tarde que se filtra por las persianas. Instrumentos de manipulación en lugar de confianza mutua.

La cuerda que usaba para atarle las muñecas cuelga enrollada de su gancho, un cáñamo inocente que se convirtió en una herramienta para compartir la oscuridad que ambos llevamos dentro. La paleta que la hacía jadear de placer es ahora una prueba clara de lo que realmente soy. Un cirujano roto que encontró la curación en la entrega voluntaria de una mujer.

Siento la piel demasiado tirante, hipersensible como después de un tiroteo. Cada sonido se amplifica. El crujido del edificio, el tráfico ocho pisos más abajo, mi propio corazón martilleando contra mis costillas.

Así era yo antes de ella. Así soy sin la mujer que eligió atarse a mis demonios.

Me obligo a recordar la rutina: al hospital a las 6 de la mañana, mi suspensión ya levantada gracias a Marco Rosetti. Cirugía hasta el agotamiento. A casa, a este entorno controlado donde nada

inesperado puede activar la violencia que duerme en mi programación. Sueño interrumpido por pesadillas, pero al menos ahora no pueden alcanzarla.

Nadie más resulta dañado por aquello en lo que el enemigo me convirtió.

El aislamiento protege a todo el mundo. Lo aprendí en el complejo. Los hombres peligrosos como yo pertenecen a jaulas, no a las camas de mujeres que han aprendido a navegar por nuestra oscuridad. Mi programación rota es un arma que acabará por dispararse sola, y sacar a Carmela del radio de la explosión era la única opción moral.

Miro el reloj. La 1:30 de la tarde. El jet privado de Carmela estará aterrizando en Nueva York a estas horas, llevándola de vuelta a la seguridad. De vuelta a un mundo donde las mujeres brillantes que entienden la violencia no tienen por qué arriesgar sus vidas amando a soldados rotos.

La oscuridad con la que he vivido durante tres años me recibe como una vieja amiga, envolviéndome los hombros con un peso familiar. Mi programación reconoce su hogar. Aislamiento, control, la quietud sepulcral de una vida diseñada para proteger a los demás del arma en que me convirtió el trauma.

Cierro los ojos y dejo que el vacío me consuma. El silencio no se siente como una victoria. Se siente como la muerte. Como si la tumba que he construido a mi alrededor se hubiera cerrado por fin, y esta vez no hay ninguna mujer lo bastante feroz como para abrirse paso a través de la oscuridad.

Así es el amor cuando la amenaza de en lo que podrías convertirte es más fuerte que lo que eres.

24 - Carmela

El nivel de amenaza ha escalado más allá de los parámetros aceptables. Tu seguridad requiere una extracción inmediata de Chicago. Tu transporte de regreso a Nueva York ha sido organizado a través de Dom.

La nota se arruga en mi puño mientras las frías palabras de Van destruyen todo lo que creí que habíamos construido juntos. Me tiemblan las manos con una furia que nunca antes había sentido. No el arrebato fugaz de la rebeldía adolescente, sino algo más profundo. Algo que hace que se me acelere el pulso y se me agudice la vista en lugar de nublarse.

Frío. Profesional. Como si yo fuera un historial médico en lugar de la mujer que sabe exactamente qué sonidos hace cuando se corre.

Estoy de pie en el dormitorio de mi infancia en la mansión Rosetti, rodeada por el lujo familiar que una vez significó seguridad. Ahora, cada detalle parece un barrote más en una jaula elaborada. Los ventanales que dan a los jardines inmaculados, los suelos de mármol que resuenan con décadas de poder familiar, el arte abstracto valorado en millones que no dice nada de la gente que vive aquí.

El jet privado que me trajo de vuelta de Chicago está en alguna pista de aterrizaje, con sus asientos de cuero todavía tibios por mi cuerpo. Ni vuelo comercial, ni rastro de papel… solo la maquinaria Rosetti extrayendo a su hermana del peligro. Soy, básicamente, un cuadro caro que devuelven al almacén.

La libertad que saboreé en esos breves momentos de independencia en Chicago me ha sido arrebatada antes de que pudiera aferrarme a ella del todo. Preparar café en el apartamento aséptico de Van en

Lincoln Park, caminar al trabajo en la galería sin guardias siguiéndome los pasos, elegir mi propia ropa sin tener en cuenta qué nombre de diseñador quedaría mejor para la familia.

Era más feliz allí. Esa revelación escuece más que su abandono.

Las medidas de seguridad que una vez me hicieron sentir protegida ahora me asfixian. Cada guardia apostado en los pasillos, cada cámara que vigila los terrenos, cada protocolo diseñado para mantener fuera las amenazas también me mantiene a mí dentro. Camino de un lado a otro sobre un mármol que ha sido testigo de cómo tres generaciones de mujeres Rosetti aprendían cuál era su lugar: hermosas, protegidas, controladas.

Pero esta vez duele más porque Van sabe exactamente quién soy. Siempre ha sabido de las operaciones, los territorios, la violencia que financia nuestro mundo protegido. Me lo dijo él mismo en esa habitación de hormigón donde guardaba sus necesidades más oscuras. Y, sin embargo, sigue tratándome como si fuera demasiado frágil para la realidad que ambos aceptamos.

Tomó esta decisión POR mí, no CONMIGO. Usó sus treinta y cinco años de experiencia para anular mis decisiones de veintitrés, igual que cualquier otro hombre que cree que la edad le da autoridad sobre mi vida. Me envió de vuelta a esta prisión dorada donde mis hermanos pueden mantenerme a salvo e inútil.

El perfil de Manhattan brilla tras mis ventanas, una vista que cuesta más de lo que la mayoría de la gente gana en toda una vida. Pero solo puedo pensar en su apartamento con su cuarto oculto, en sus manos que curan y hieren con la misma precisión, en la forma en que me miraba como si fuera a la vez preciosa y peligrosa.

Ahora estoy de vuelta donde empecé. Carmela Rosetti, la hija menor, la única hija, el tesoro familiar que debe ser custodiado y exhibido,

pero en quien nunca se confía para nada real.

Excepto que no soy la misma chica que se fue hace tres meses. Aquella chica no habría reconocido la rabia que me quema en el pecho, no habría entendido cómo la furia podía sentirse como poder en lugar de debilidad.

Van me enseñó eso. Entre otras cosas.

Dom llega antes de una hora, su rostro con esa particular fortaleza Rosetti que hace que hombres hechos y derechos confiesen secretos. Se sienta detrás del imponente escritorio de roble que ha visto tres generaciones de negocios familiares, pero su habitual control calculado muestra grietas.

—Van Reyes tomó una decisión unilateral sobre un asunto familiar sin consultarnos —dice, con la voz más baja de lo habitual, lo que significa que está furioso—. Después de todo lo que hemos invertido en él, después de saldar su deuda protegiéndote, ¿cree que puede decidir qué es lo mejor para mi hermana?

El recordatorio flota pesado entre nosotros. Se suponía que la deuda de Van estaba saldada, su historial limpio. Pero en lugar de abrazar esa libertad para elegirnos, ha elegido marcharse. Exactamente lo que dijo que estaba dispuesto a hacer para demostrar que su amor era real. Solo que se fue sin mí.

—Nadie desprecia a una mujer Rosetti sin la aprobación de la familia —continúa Dom, con un tono gélido—. Ni siquiera alguien a quien saqué de un centro de tortura afgano. Su presunción ha cruzado todas las líneas de la jerarquía y la tradición.

Me hundo en la silla de cuero frente a él, procesando esta nueva perspectiva. La decisión de Van no fue solo para protegerme. Fue un

rechazo a la autoridad de toda nuestra familia después de que le diéramos la libertad de elegir.

—Cree que me está protegiendo DE nuestra familia —digo lentamente, mientras la comprensión se abre paso—. En lugar de CON nuestra familia.

La sonrisa de Dom es afilada. —Exacto. Y ese es un problema que debemos abordar.

Eleanor llega mientras la luz de la tarde entra a raudales por los altos ventanales, moviéndose con la cuidada gracia de alguien que se casó con la violencia. Trae un servicio de té, su anillo de bodas de diamantes atrapa la luz como un arma.

—Dom me llamó porque pensó que necesitarías hablar con alguien que lo entiende —dice, sentándose a mi lado en el sofá—. Cuando me casé con Leo, todo el mundo decía que yo era demasiado blanda para este mundo. Que la violencia acabaría conmigo.

Su voz transmite una fuerza serena forjada a base de duras experiencias. —Pero no lo entendían. Yo no me casé con la violencia. Me casé con el hombre. Y a veces, proteger al hombre significa aceptar el peligro.

Me inclino hacia delante, ávida de esta sabiduría. —Van cree que me está salvando al enviarme lejos.

—Los hombres como los nuestros creen que poseen lo que dicen proteger —dice Eleanor con dulzura—. Pero el amor no consiste en evitar el peligro, Carmela. Consiste en enfrentarlo juntos. Van está intentando que elijas entre él y tu familia, entre la seguridad y el amor. Eso no es protección. Es control disfrazado de sacrificio.

Sus palabras escuecen con la revelación. He estado dejando que él tome esa decisión por mí, aceptando su «sabiduría» de treintaicinco años como superior a mis propios instintos. Pero ya habíamos superado esto. Nos habíamos comprometido el uno con el otro, habíamos superado sus miedos a contaminarme con su oscuridad.

—No quiero elegir —susurro—. Los quiero a los dos. Lo quiero a él Y a mi familia.

La sonrisa de Eleanor es cálida y comprensiva. —Entonces, lucha por eso.

Leo entra como una tromba, todavía con una ligera mueca de dolor por sus costillas en proceso de curación, su alborotado pelo rojo apenas contenido y sus ojos color avellana encendidos. Su voz tiene ese volumen particular que hace que los enemigos confiesen antes de que comience el interrogatorio.

—¿Quién demonios se cree que es este cirujano? ¿Tomando decisiones sobre NUESTRA hermana? —Pasea de un lado a otro como un animal enjaulado; el contacto de Eleanor en su brazo es lo único que lo mantiene con los pies en la tierra—. ¿Un par de meses y ya se cree que sabe lo que es mejor para una Rosetti?

Su ira valida sentimientos que no sabía que tenía permiso para sentir. —Saldamos su deuda, le dimos la libertad de elegirnos sin ataduras, ¿y ASÍ es como nos lo paga? ¿Tratando a nuestra familia como si fuéramos la amenaza?

—Leo —advierte Eleanor con suavidad.

—No, tiene razón —digo, mientras algo nuevo se agita en mi pecho —. Van es cuarenta libras de trauma en un cuerpo de treintaicinco años, y se cree que eso le da autoridad sobre mis decisiones. Pero yo HE ESTADO en su oscuridad. Sus pesadillas, sus pedazos rotos,

sus episodios de estrés postraumático. Y aun así elegí quedarme. Superamos este miedo juntos.

La sonrisa de Leo se vuelve feroz, cargada de orgullo familiar. —Ahora sí que hablas como una Rosetti. Si no puede soportar lo que eres, no se merece quién eres.

El acero que yace bajo mi naturaleza exterior por fin sale a la superficie, heredado de generaciones que aprendieron a gobernar a través del respeto en lugar del miedo. Van está volviendo a los mismos temores que supuestamente habíamos resuelto, tomando la misma decisión de alejarme que contradice nuestro compromiso mutuo.

De pie en la biblioteca, donde se toman las decisiones familiares, siento que algo fundamental cambia dentro de mí. Las palabras que salen de mi boca sorprenden a todos en la sala, incluyéndome a mí.

—Aquí es donde Van cometió su error. —Mi voz tiene un matiz nuevo. No es el optimismo que siempre me ha definido, sino algo más duro. Algo heredado—. Cree que me está protegiendo de las sombras, pero yo he estado viviendo en ellas. Sus pesadillas, su trauma, sus pedazos rotos. Y aun así elegí quedarme. Los dos dijimos que lo elegíamos todo.

Dom se recuesta en su silla, observándome con renovado interés.

—No soy la misma persona que huyó a Chicago hace tantas semanas —continúo, y la autoridad fluye por mi voz como si siempre hubiera estado ahí—. Van sabe exactamente a qué se dedica nuestra familia. Siempre ha sabido de las operaciones, los territorios, la violencia. Él mismo me lo dijo. Pero sigue tratándome como a una princesa frágil que necesita protección del gran mundo malo. Pero soy una Rosetti. Nací en la oscuridad y, aun así, elegí encontrar la luz.

La habitación se queda en silencio, a excepción del suave tictac del reloj antiguo.

—Lo quiero de vuelta —declaro—. No porque nos deba algo. Su deuda está saldada. Sino porque lo amo. Y no porque la familia lo arregle, sino porque yo lo elijo. Si Van quiere tomar decisiones sobre MI vida, necesita entender que eso significa aceptar TODO lo que soy, incluida la familia que mataría por protegerme.

Cuando me giro para mirar a Dom directamente, mi voz transmite una orden inconfundible. —Quiero todo el respaldo de la familia para traerlo de vuelta. Pero esta vez es mi decisión, mi misión.

La sonrisa de Dom es puro orgullo Rosetti. —Esa es la hermana que he estado esperando conocer.

La información llega a medianoche a través de los canales de vigilancia de Milo.

—La familia Torrino se está movilizando —informa—. La ubicación de Van en Chicago ha sido comprometida. Planean capturarlo en las próximas seis horas. El equipo de asalto al completo ya está en posición.

Mi primer pensamiento me sorprende por su ferocidad: *Bien.*

Que vea lo que pasa cuando despachas a la única protección real que tenías. Que entienda lo que significa rechazar el escudo de los Rosetti. Quizá que los Torrino le den una paliza le enseñe que su precisión de cirujano y su entrenamiento militar no significan nada contra el crimen organizado sin nuestro respaldo.

La satisfacción dura exactamente tres segundos.

Entonces el pánico me invade como un jarro de agua fría, porque ese es MI idiota a punto de ser capturado. Mío para estar furiosa con él. Mío para rabiar contra él. Mío para hacerle entender exactamente lo que tiró por la borda cuando me envió de vuelta aquí como si fuera mercancía dañada que necesitaba ser devuelta.

—No —digo en voz alta, sorprendiendo a todos, incluyéndome a mí misma—. No van a tocarlo.

Leo enarca una ceja. —Creía que estabas enfadada con él.

—Lo estoy. Furiosa. —Mis manos se cierran en puños—. Pero es mío para estar furiosa con él. Los Torrino no tienen derecho a hacerle daño. Ese es mi trabajo. Después de que le salve el culo presuntuoso.

Algo peligroso parpadea en el rostro de Dom, una mezcla de aprobación y diversión. —¿Y cómo piensas hacer eso exactamente?

—Primero, voy a impedir que se lo lleven —digo, cogiendo ya mi móvil—. Luego voy a arrastrarlo de vuelta aquí y a hacerle entender exactamente a qué ha renunciado. La protección, la familia, yo… a todo. Necesita ver lo que casi pierde por intentar ser noble.

Mis dedos vuelan por la pantalla, buscando el número de Van. Cada tono resuena en la silenciosa biblioteca como una cuenta atrás.

Tono.

Por supuesto que no responde. Probablemente esté haciendo algo noble y estúpido, como operar o dándole vueltas a las cosas.

Tono.

Quizá esté mirando el espacio vacío donde yo solía preparar el café, diciéndose a sí mismo que el dolor en su pecho vale mi supuesta seguridad.

Tono.

O podría estar ya inconsciente, y que los Torrinos se estuvieran moviendo más rápido de lo que nuestra información sugería.

Rin.

—Cógelo —susurro, con mi furia anterior mezclándose con un miedo desesperado—. Vamos, Van. Contesta el maldito teléfono.

Rin.

Pero sigue sonando sin parar, y cada tono sin respuesta dispara mi pánico. No tiene ni idea de lo que se le viene encima. Ninguna advertencia de que su noble sacrificio está a punto de costarle la vida o algo peor. Los Torrinos no se limitarán a hacerle daño; lo usarán para enviarle un mensaje a nuestra familia.

Rin.

La llamada salta al buzón de voz. Su voz profesional, clínica y controlada: «Doctor Reyes. Deje un mensaje».

Cuelgo sin decir nada, con la mano temblándome al bajar el teléfono. La habitación parece demasiado silenciosa, el peso de lo que está a punto de ocurrir me oprime como si fuera algo físico.

—No contesta —digo sin necesidad.

Dom ya está en movimiento, sacando su propio teléfono para movilizar recursos. Pero puedo verlo en sus ojos: Chicago está lejos, los Torrinos están cerca y Van no tiene ni idea de que la muerte va a por él.

Todo porque pensó que alejarme me mantendría a salvo. Todo porque no pudo aceptar que yo elegí el peligro junto con el amor.

Mi naturaleza risueña nunca se ha parecido tanto al fuego.

25 - Van

Dieciséis horas de cirugía, y en lo único que puedo pensar es en el tarareo de su maldito café.

Mis manos ejecutan la rutina posquirúrgica en piloto automático: frotarme hasta que la piel me arde y se enrojece, documentar historiales de pacientes, revisar a las víctimas de traumatismos que sanarán sin complicaciones. La sala de traumatología por fin se calma, las máquinas emiten sus ritmos constantes. Todo me ha parecido extraño desde que la mandé lejos.

A estas horas ya estará a salvo en Nueva York, envuelta en la protección de su familia, donde debe estar. Lejos de mí, de la violencia que ensombrece a hombres como yo.

Siento el pecho como si me lo hubieran raspado por dentro. Como si me hubiera operado a mí mismo sin anestesia, extirpado algo vital, y no pudiera detener la hemorragia.

El aparcamiento se extiende vacío a esta hora, las manchas de aceite sobre el hormigón creando patrones abstractos bajo los fluorescentes parpadeantes. Mis pasos resuenan en las paredes marcadas con grafitis descoloridos. Decir que estoy agotado es quedarse corto.

Pienso en la forma en que arqueó la espalda cuando le até las muñecas con cinta médica. En el tono particular de verde que adquirieron sus ojos cuando susurró: —Señor—. En el peso de su cuerpo en mi cama, en cómo hizo que mi estéril apartamento pareciera un lugar al que merecía la pena volver.

Mi teléfono vibra. Llamada de emergencia de la sala de traumatología.

—Dr. Reyes, lo necesitamos de vuelta inmediatamente. Nos llega un accidente de varios vehículos, las víctimas están en estado crítico. Un choque en cadena en la autopista, al menos seis coches implicados.

Me doy la vuelta y camino hacia la entrada del hospital. Las vidas en juego siempre tienen prioridad.

El equipo médico que espera junto al ascensor de servicio parece profesional; llevan batas del tono correcto de verde quirúrgico, las credenciales enganchadas en los bolsillos. Pero sus ojos están demasiado serenos. No hay agotamiento de un turno de dieciséis horas. No hay subidón de adrenalina por un traumatismo inminente.

—¿Dr. Reyes? —se acerca el médico jefe, con un andar demasiado suave. Sostiene una jeringuilla, un líquido transparente que capta la luz—. Necesitamos prepararlo para una cirugía de urgencia. Lucia Torrino le envía saludos.

La aguja se me clava en el cuello antes de que mis reflejos agotados puedan reaccionar.

El sedante inunda mi sistema como agua helada en las venas. La visión se me fractura por los bordes, las piernas de repente parecen de cemento fresco. Mis manos de cirujano yacen inútiles mientras guían mi cuerpo que se desploma sobre una camilla.

—Tengan cuidado con él —dice uno, ajustando las correas—. Lucia lo quiere consciente para el plato fuerte.

A través de la neblina química, Lucia Torrino sale de detrás de un pilar de hormigón. Lleva una bata quirúrgica que nunca ha visto un

quirófano, con salpicaduras de sangre estratégicamente pintadas.

—Hola, Van —su acento del sur de Chicago convierte las consonantes en armas—. ¿De verdad creíste que la muerte de Vinny quedaría sin respuesta? ¿Que enviar lejos a tu juguetito los protegería a alguno de los dos?

Las ruedas de la camilla chirrían contra el suelo. Cada fluorescente me quema las retinas como lámparas quirúrgicas. La voz de Lucia me sigue hacia la oscuridad: —Dale recuerdos a tus pesadillas de mi parte, doctor.

Me despierto atado a una mesa de operaciones, y durante tres segundos creo que he vuelto a Afganistán.

Las sujeciones médicas se me clavan en las muñecas, donde las quemaduras de cuerda dejaron cicatrices permanentes. El desinfectante industrial mezclado con óxido y sangre vieja me llena las fosas nasales. El metal bajo mi cuerpo transmite ese frío específico que se filtra a través de la piel y se instala en los huesos.

La instalación médica abandonada se extiende a mi alrededor. Equipo oxidado. Monitores rotos con pantallas como ojos muertos. Las lámparas quirúrgicas parpadean entre una luz demasiado intensa y la oscuridad total, creando un efecto estroboscópico que vuelve inestable la realidad.

Lucia está de pie sobre mí, con una bata manchada de sangre; sangre vieja, pardusca por los bordes, en capas. Ajusta las sujeciones con una eficiencia practicada.

—Bienvenido a su segundo período de servicio, doctor —pasa un dedo por los instrumentos quirúrgicos de una bandeja: bisturís, fórceps, sierras para huesos. Todo limpio, afilado, a la espera—. Le he preparado algo especial.

Me arden las muñecas al probar las sujeciones. Dos salidas, ambas con sombras que delatan la presencia de guardias. Equipo médico reutilizado. La escena es idéntica a aquella sala de hormigón en Afganistán.

Un solo pensamiento me ancla: Carmela necesita que sobreviva a esto.

Lucia introduce unos maniquíes vestidos de soldados heridos, colocados en camillas improvisadas alrededor de mi mesa. Sangre falsa que se encharca con patrones realistas, extremidades dobladas en ángulos que sugieren fracturas abiertas, rostros vueltos hacia mí. Incluso ha añadido etiquetas con nombres.

—A ver si esta vez puede salvarlos —saca un cuchillo; no es médico, es algo hecho para la violencia—. Yo hago preguntas sobre la familia Rosetti. Usted responde, los pacientes viven.

Se acerca al primer maniquí. —¿Qué me dice de los intereses comerciales de la familia Rosetti en Chicago? Rutas, contactos, qué policías tienen comprados.

La hoja corta el plástico. Un sirope de maíz rojo salpica la garganta del maniquí y gotea en el suelo. Una gota cada 0,8 segundos. Mis manos se crispan contra las sujeciones, la memoria muscular buscando una gasa que no está ahí.

El rostro del soldado Sánchez aparece fugazmente: diecinueve años, una sonrisa con los dientes separados que se desvanecía mientras la

pérdida de sangre se lo llevaba, mientras mis manos encadenadas no podían alcanzar las pinzas.

Entonces Sánchez se desdibuja en unos rizos oscuros que captan la luz de la mañana a través de la ventana de mi dormitorio. El olor a albahaca de las macetas de terracota que ella alineó en el alféizar. Su tarareo desafinado de «Brown Eyed Girl» mientras sus delicados dedos quitaban las hojas amarillas. Su cabeza sobre mi pecho mientras dormía, confiando en mí por completo.

—Información sobre sus proveedores —exige Lucia, pasando al segundo maniquí—. Secretos de familia. Registros financieros.

Cierro los ojos. Tras mis párpados, aparece el rostro de Carmela. La forma en que se amoldaba a mí. La confianza en su mirada cuando me dejó atarla.

Mía. Ella eligió ser mía, y yo la rechacé.

—Qué pena que no pudieras salvarlo —susurra Lucia, inclinándose—. Un perfume caro que intenta enmascarar el olor a sangre vieja. —Me aprieta las ataduras hasta que mis muñecas arden con un fuego nuevo sobre viejas cicatrices.

La risa de Carmela inunda mi mente; ese sonido brillante que hacía que las paredes de mi apartamento parecieran menos una fortaleza.

—Háblame de sus redes financieras. —Lucia clava su cuchillo en otro maniquí, del que brota el relleno en grumos rojos—. Cuentas en el extranjero, blanqueo de dinero. Dame algo útil o empiezo a trabajar directamente contigo.

Los ojos de Carmela en aquellos momentos de rendición, con las pupilas dilatándose al cederme el control. Vio al soldado roto, pero eligió al hombre.

—No.

Lucia golpea el escalpelo contra la mesa; el estrépito resuena en la sala. Coge unas tenazas, cuyas bisagras oxidadas chirrían mientras las prueba cerca de mi cara. Algo en mi expresión la hace detenerse.

—Estás siendo un necio. —Camina alrededor de la mesa—. No es más que una niñata malcriada que juega a la rebelión. Se olvidará de ti en cuanto su papi le presente a alguien apropiado. Alguien completo. Alguien que no se despierte gritando.

Se equivoca. Carmela no eligió el camino fácil. Me eligió a mí. Vio valor donde todos los demás veían escombros.

—Puede hacerme todo el daño que quiera. No voy a decirle nada.

Lucia pierde el control. Vuelve el cuchillo contra mí: cortes superficiales para un dolor máximo y una pérdida de sangre mínima. Me exige que le explique cómo suturar cada herida antes de intentarlo ella misma con puntadas torpes que tiran y desgarran la piel.

El tiempo se desdibuja. Monta elaborados escenarios: vías intravenosas de suero y adrenalina para mantenerme consciente, falsas emergencias que requieren decisiones de triaje, víctimas que desfilan a un ritmo vertiginoso. Me restriega historiales por la cara. Cada vacilación es castigada con agua helada, descargas eléctricas, juegos que quebrarían a alguien que no hubiera sido ya destrozado y reconstruido.

Aparecen nuevas escenas grotescas: maniquíes dispuestos para reflejar recuerdos reales, falsos monitores que aúllan con alarmas familiares, maniquíes desollados que revelan interiores huecos.

Pero a mí ya me han roto. Ya me han reconstruido. Esta vez, tengo algo que no tenía en Afganistán.

Los límites de la realidad se difuminan como acuarelas bajo la lluvia. Me aferro a una única constante: la voz de Carmela pronunciando mi nombre. Su mano en la mía. La forma en que me miraba como si mereciera la pena ser salvado.

Lucia vuelve a dar vueltas a mi alrededor, cambiando de táctica. Palabras suaves sobre sus pérdidas, lágrimas por Vinny, confesiones sobre haberse criado en la violencia.

Sus palabras rebotan en mis muros.

—Vino a tu apartamento esa primera noche —lo intenta Lucia—. Se arrojó al primer hombre peligroso que encontró. Eso no es amor, Van. Eso son problemas con la figura paterna.

Pero recuerdo cómo Carmela vio a través de mi rudo exterior desde el primer momento. No huyó cuando encontró mi habitación oculta. Entró en mi oscuridad y trajo su luz consigo.

El dolor físico y el psicológico se funden. Catalogo datos a través de la neblina: doce pasos hasta la salida más cercana, dos guardias de uno noventa y de uno noventa y cinco, Lucia revisando su teléfono cada diecisiete minutos. Mi cuerpo está inmovilizado, mi mente comprometida, pero mi corazón lo tiene claro.

El recuerdo de Carmela es la única parte que Lucia no puede diseccionar.

Me equivoqué al alejarla de mi lado. Tomó su decisión sabiendo quién soy: el soldado, el cirujano, el hombre dañado que necesita el control. Y lo eligió todo.

La forma en que susurró «te elijo a ti» mientras le ataba las muñecas. La fuerza bajo sus sonrisas al enfrentarse a las amenazas de los Torrino. La firmeza de sus manos durante las emergencias médicas.

—Moriré antes que traicionarlos —le digo a Lucia, con la voz ronca pero segura—. Y cuando salga de aquí —cuando, no si—, voy a encontrar a la mujer que amo y no volveré a dejar que se vaya nunca más.

La rabia que transforma el rostro de Lucia es hermosa: un depredador que se da cuenta de que su presa tiene dientes.

26 - Carmela

Tres días. Ese es el tiempo que llevo paseando de un lado a otro por estos suelos de mármol mientras Van sufre. El tiempo que mis hermanos llevan tratándome como si fuera a hacerme añicos si hablan demasiado alto. El tiempo que llevo tragándome este ardor en la garganta.

Se acabó.

Cuando empujo las puertas dobles de la sala de guerra familiar, todas las cabezas se giran. Mis tacones anuncian cada paso; no es el cliqueo vacilante de su hermana pequeña, sino algo nuevo. Algo que hace que Dom se medio levante de su silla antes siquiera de que yo hable.

—Es mío —anuncio, sorprendida de lo firme que suena mi voz—. Y voy a traerlo a casa. La operación de rescate empieza ahora.

Dom empieza a levantarse del todo, con su instinto de hermano mayor protector activándose, pero mi mano alzada lo detiene. El gesto me resulta natural, como si llevara toda la vida esperando para hacerlo.

—Carmela, tienes que… —empieza Rafe.

—Necesito recuperar a mi hombre. —Me dirijo a la cabecera de la mesa, donde los mapas tácticos se extienden sobre el roble pulido—. Lo han capturado y retenido durante… —se me quiebra un poco la voz—. Durante tres días, mientras yo me he quedado aquí sentada dejando que os encarguéis de todo. Eso se acaba ahora.

Leo se queda boquiabierto. Literalmente, como en las películas. —¿Cómo es que tú…?

—¿Que cómo sé todo esto? —La risa que se me escapa es más dura de lo que pretendía—. Porque soy una Rosetti. Porque he estado observando y aprendiendo mucho más de lo que ninguno os imaginabais.

La sala de guerra se queda en silencio, a excepción del zumbido de los aparatos electrónicos. La moneda de plata de Matt, su tic nervioso desde que éramos niños, se detiene a medio giro.

—Esto no es negociable. —Apoyo las palmas de las manos sobre la mesa y me inclino hacia delante, como he visto hacer a papá mil veces—. Me pertenece, y no voy a dejarlo en manos enemigas ni una hora más.

Dios, la chica que solía creer que el amor lo conquistaba todo apenas me reconocería. Pero esa chica no entendía que a veces el amor significa convertirte en alguien más dura. Alguien que de verdad puede salvar a la gente a la que ama.

—No puedes simplemente… —empieza Matt, y sus dedos se crispan, buscando la moneda.

—¿No puedo qué? —Las palabras salen con una suavidad que no pretendía; una suavidad peligrosa, del tipo que hace que Matt se estremezca de verdad—. ¿No puedo tomar el mando de una operación para salvar al hombre que amo? Miradme.

Dom se cruza de brazos. —Carmela, no entiendes cómo funcionan estas cosas. Tienes que dejar que nosotros nos encarguemos…

—¿Encargaros de qué, exactamente? —Mis manos permanecen firmes a pesar de que mi corazón intenta escapárseme por las

costillas. Van me enseñó eso: el control reside en lo que ven, no en lo que sientes—. Porque, desde mi punto de vista, lleváis tres días encargándoos de esto mientras a él lo destrozan sistemáticamente personas que quieren destruir a nuestra familia a través de él.

Rafe da un paso al frente, con sus duros ojos de un azul gélido. —No tienes la experiencia necesaria para dirigir una operación táctica. Esto no es una gala benéfica que estás organizando.

La condescendencia escuece, pero también enciende algo dentro de mí. Es hora de sorprenderlos.

—He estado aprendiendo sobre esta familia, sobre cómo funcionamos —continúo en voz baja—. Quizá no los detalles de cada operación, pero sí lo suficiente como para saber de lo que somos capaces cuando alguien amenaza lo que es nuestro.

Me giro para enfrentarlos uno por uno, canalizando cada cena familiar, cada conversación escuchada a escondidas, cada momento en que intenté no entender lo que realmente se estaba discutiendo.

—Rafe, tú eres el ejecutor. Cuando hablar no sirve, cuando la intimidación es el único lenguaje que queda. —Sus cejas se enarcan —. Milo, tú eres nuestros ojos en todas partes. Vigilancia, inteligencia, asegurándote de que lo sabemos todo antes que nadie.

Milo se endereza y su mirada se agudiza.

—Matt, tú eres el que abre puertas con encanto en lugar de con explosivos —digo, y Matt deja de jugar con la moneda—. Obtienes información con sonrisas, copas y haciendo que la gente quiera ayudarnos.

Dejo que la tensión aumente mientras la comprensión se dibuja en sus rostros.

—Leo, tú eres el caos personificado. Mantienes a los enemigos desequilibrados porque ni siquiera nosotros sabemos siempre qué vas a hacer a continuación.

La boca de Leo se abre, se cierra y se vuelve a abrir.

—Ay, Leo, estás adorable sin palabras. Ocurre tan pocas veces que debería hacerte una foto. Y Dom —añado, clavando la mirada en los intensos ojos verdes de nuestro futuro don—, tú nos coordinas a todos. Ves el panorama general, asignas los papeles, tomas las decisiones difíciles cuando hay vidas en juego.

Dom entorna los ojos, viendo algo nuevo en mi rostro; no el conocimiento táctico detallado que no tengo, sino la comprensión estratégica que ha ido creciendo desde que elegí quedarme en este mundo.

El silencio se alarga. Luego, la expresión de Dom cambia a algo parecido al reconocimiento.

—He estado aprendiendo —continúo, dejando que el agotamiento se filtre en mi voz por un instante—. Quizá no cada detalle, pero lo suficiente. Lo suficiente para saber de lo que somos capaces cuando la familia está amenazada.

Saco el móvil y llamo a nuestros primos de Chicago, poniendo el altavoz. La videollamada se conecta de inmediato.

—¿Carmela? —La sorpresa de Marco es evidente—. No esperábamos…

—Necesito una evaluación táctica completa. —La autoridad en mi voz me sorprende incluso a mí, pero, claro, llevo toda mi vida escuchando a los Rosetti dar órdenes en salas de mando—. Han secuestrado a Van. Estoy coordinando el rescate.

A través de la pantalla, Marco se endereza, y toda su actitud cambia de informal a letal en un instante. Sus dedos vuelan sobre una tableta.

—Ubicación confirmada. Centro médico abandonado, treinta kilómetros al noroeste. Tres salidas, mínima exposición de civiles.

—Perfecto. —Observo los rostros de mis hermanos mientras continúo—. Marco, háblame de los protocolos de supervivientes.

Su sonrisa es puro diente. —¿Qué supervivientes? Después de lo que le han hecho a la familia, podríamos arrepentirnos de dejar a alguien con vida.

—Llevan tres días con él. —Mi voz se mantiene alegre, casi conversacional, lo que de alguna manera lo empeora todo—. Quiero que entiendan lo que eso significa. El presupuesto es ilimitado: cualquier equipo, cualquier soborno, lo que sea que necesitemos. Millones si es necesario.

—Hecho. Los recursos de Chicago son tuyos.

Cuelgo la llamada y me vuelvo hacia mis hermanos, que me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza. Una segunda cabeza competente.

El silencio se alarga hasta que Dom asiente lentamente. —Ya no eres nuestra hermanita pequeña.

—No. —Me permito sonreír; no esa sonrisa afilada que he estado practicando, sino una real, a pesar de todo—. Soy alguien que puede ayudar. Por fin.

Rafe ya está sacando el teléfono. —Equipos de tierra y armas. Rápido y con todo.

—Apoyo médico listo —añade Milo, con el portátil ya abierto—. Tres rutas de extracción a instalaciones diferentes.

Matt se guarda la moneda en el bolsillo. —Yo me encargo de las complicaciones oficiales. A todo el que pueda interferir se le pagará para que esté en otro sitio.

Leo se truena los nudillos, con esa energía salvaje chispeando. —Solo dime a quién hay que hacerle daño.

Dom rodea la mesa para plantarse justo frente a mí. Por primera vez en la vida, me tiende la mano como si fuera una igual en lugar de alguien a quien proteger.

—Bienvenida al verdadero negocio familiar, Carmela.

Le estrecho la mano, sintiendo el peso de lo que esto significa. Dinero, armas, primos… todo fluyendo a través de mi palabra ahora, en lugar de a mi alrededor.

—Lo traemos a casa —digo.

—Los equipos se encargarán de la extracción —empieza Dom, volviendo a su modo protector—. Tú coordinarás desde aquí, a salvo en el…

—No. —La palabra sale firme, pero no dura—. Voy a ir. Necesita ver mi cara cuando lo saquemos.

Los cinco hermanos empiezan a hablar a la vez, sus protestas superponiéndose hasta convertirse en un mero ruido, pero vuelvo a levantar la mano.

—Va a estar destrozado. —La voz me tiembla ligeramente; la primera grieta real en mi autocontrol—. Quizá apenas consciente. Lo primero que necesita ver es que fui a por él. Que no me limité a enviar gente, sino que fui yo misma.

—Carmela, eso no es seguro —replica Rafe.

—Pues haced que lo sea. —Me dirijo a la puerta, sabiendo que me seguirán porque eso es lo que hace la familia—. El jet estará listo en treinta minutos. Quien no esté preparado, se queda.

El sonido de sillas arrastrándose y armas siendo revisadas me lo dice todo. Me detengo en la puerta y echo un vistazo a la sala de guerra donde acabo de reclamar mi lugar.

Una parte de mí quiere llorar. Otra parte quiere volver corriendo a ser la protegida, la que estaba a salvo y era ingenua. Pero la parte más grande —la que ama a un soldado roto que me confía sus demonios— sabe exactamente lo que tiene que pasar.

Vamos a traer a mi hombre a casa.

27 - Van

La voz de Dante atraviesa el humo y los disparos. —Objetivo asegurado. Sáquenlo. Ahora.

Pero es la segunda voz la que me hace dudar de si estoy en el mundo real o flotando.

—Estoy aquí, Van. Te tengo.

Carmela. No solo ha enviado un equipo de rescate. Lo está liderando.

Unas manos fuertes me levantan. El mundo da vueltas. El humo me quema la garganta. Me laten las muñecas donde la soga me cortó la piel. Todo huele mal: a antiséptico, a pólvora y a algo metálico que podría ser mi propia sangre.

A través de la bruma, afloran fragmentos. Alguien ha venido de verdad. No es otra alucinación en la que imagino un rescate que nunca llega.

Pero su aroma se abre paso entre todo lo demás. Cítricos. Real.

Debería ser yo quien la rescatara a ella. Tres años lidiando con el TEPT, siendo el protector. Este cambio de papeles me incomoda en el pecho, junto a las costillas magulladas. Pero por debajo de esa incomodidad, algo más empieza a aflorar en mi conciencia: alguien me quería lo suficiente como para venir.

A través del humo, un movimiento en el umbral. Carmela se detiene. Se vuelve con una precisión deliberada hacia la esquina.

Lucia.

Intento advertirla, pero la garganta no me responde. Las drogas hacen que todo parezca estar bajo el agua.

—Tocó lo que es mío.

La voz de Carmela desciende a un tono que no reconozco. La calidez se drena de su rostro, reemplazada por algo que me hiela la sangre a pesar de la fiebre.

Lucia intenta hablar. No le sale nada.

Carmela no corre. Camina. Pausada. Deliberada. Un destello de metal… ¿de dónde sacó ese cuchillo?

—Tres días —dice, más cerca ahora. La hoja del cuchillo refleja la luz de emergencia—. Lo tuvo durante tres días.

Mi visión se vuelve doble, triple. El cuchillo encuentra su hogar entre las costillas de Lucia. Una vez. Dos. Pierdo la cuenta o quizás ya no puedo contar. El rojo se extiende por la camisa blanca de Lucia.

Lucia se desploma. Carmela se queda de pie junto a ella, paciente, esperando.

Luego se vuelve hacia mí de nuevo y el hielo se derrite. Me alcanza en tres zancadas, y sus manos ensangrentadas enmarcan mi rostro con una delicadeza infinita.

—Nadie volverá a tocarte. Jamás.

La habitación da vueltas. Quiero decirle que es magnífica. Aterradora. Perfecta. Pero las drogas me arrastran a la inconsciencia

antes de que pueda formar las palabras.

El antiséptico me abrasa las fosas nasales mientras me suben al transporte médico. A través de la neblina de morfina, me doy cuenta de que está aquí, en el vehículo. Sus pequeñas manos me comprueban el pulso con una eficacia desesperada. No frenética, sino controlada. Profesional.

—Siento pulso, pero es débil —informa a alguien por el comunicador —. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

La autoridad en su tono hace que hasta el curtido equipo médico se mueva más rápido. No es una novia preocupada. Es alguien que espera un acatamiento inmediato.

Mi princesa de sol no solo envió ayuda. Se convirtió en general.

El centro médico privado de los Rosetti es un mundo aparte de la pesadilla de la que acabo de escapar. Paredes blancas y limpias, equipos que zumban y un equipo médico que se pone firme en el momento en que Carmela entra por la puerta.

—Yo estoy al mando aquí —le dice al médico jefe—. Seguirá mis órdenes con respecto a su cuidado.

Intento incorporarme, luchando contra los efectos persistentes de lo que sea que usaran para mantenerme dócil. Las manos no dejan de temblarme. Conozco los protocolos de tratamiento —sé qué vías intravenosas necesito, qué medicamentos—, pero el conocimiento se me escapa como agua entre los dedos.

Las quemaduras de la soga alrededor de mis muñecas me laten cuando me muevo. Esta vez no es un dolor fantasma. Es real.

Ella se queda mientras me conectan a varios goteros —rehidratación, sin duda— y, al cabo de varias horas, la niebla empieza a disiparse.

—Necesito ir a casa. —Las palabras me arañan la garganta.

El equipo médico protesta. Procedimiento estándar, monitorización de cuarenta y ocho horas, posibles complicaciones. Pero Carmela levanta una mano y ellos guardan silencio.

—Consíganos un coche. Ahora.

Mi cerebro se aclara lo suficiente para asimilar la escena. Carmela lleva ropa que se ha puesto a toda prisa: una falda larga en lugar de sus habituales vestidos de verano, el pelo recogido en una coleta desordenada que delata noches en vela. Sus ojos verdes están enrojecidos, pero fieros. Esta no es la mujer que se fue a Nueva York hace unos días.

—Movilizaste ejércitos por un soldado roto. —Cada palabra lucha por salir de mi garganta en carne viva—. No es un pensamiento táctico muy inteligente, sol.

Su sonrisa se vuelve afilada, peligrosa. —Menos mal que ya no solo pienso con la cabeza.

—No me merezco esto.

—Esa ya no es tu decisión. —Toma mi mano maltratada entre las suyas. Su agarre me ancla—. Eres mío, Van. Mío para protegerte, mío para mantenerte a salvo, mío para amarte, creas que te lo mereces o no.

La posesividad en su voz lo atraviesa todo. Serena. Absoluta. Esta no es la mujer que necesitaba protección. Es alguien que manda a hombres peligrosos con una autoridad natural.

Cierro los ojos. Dejo que suceda. Me dejo reclamar por alguien que levantaría ejércitos antes que perderme.

—Entonces llévame a casa.

Me ayuda a levantarme de la cama con manos delicadas, soportando mi peso mientras me tiemblan las piernas. Me apoyo en ella, aceptando lo que nunca antes pude: ayuda, apoyo, amor sin condiciones.

El simple acto de caminar parece monumental. Cada paso requiere un esfuerzo consciente, los músculos recuerdan cómo trabajar en conjunto. Pero Carmela permanece a mi lado, firme y segura. Abre las puertas, comprueba mi equilibrio, me ofrece su hombro cuando tropiezo. Sin una pizca de lástima. Solo compañerismo.

Y con cada paso a su lado, me siento más fuerte.

28 - Carmela

Las puertas del ascensor se cierran detrás de nosotros al salir del centro médico Rosetti, con el brazo de Van todavía pesado sobre mi cintura para sostenerme. El descenso se siente eterno, su respiración aún dificultosa por los tres días de tortura, pero cuando la puerta del coche se cierra y nos encierra en cuero y privacidad, algo cambia.

Sus manos se posan sobre mí de inmediato, buscando heridas que sabe que no tengo, mientras yo veo cada marca que le dejaron. Tres días. Tres días sin saber si volvería a ver esos ojos tempestuosos.

—Estoy aquí —susurro contra su labio partido, saboreando el cobre y la supervivencia—. He venido por ti.

Su risa es áspera, rota. —Movilizaste ejércitos por mí.

—Lo sé. —Se me quiebra la voz mientras repaso con los dedos las quemaduras de las cuerdas en sus muñecas—. No podía perderte, Van.

Aprieta la mandíbula y veo el momento en que su control se quiebra. —Te necesito —gruñe, con la voz ronca por el interrogatorio de Lucia —. Ahora mismo, joder. No puedo esperar.

La desesperación en su voz se corresponde con el fuego de mi sangre. Me acerco a él mientras sube el separador, mientras Chicago se desdibuja tras los cristales tintados. Le tiemblan las manos mientras me sube la falda por los muslos con una urgencia brusca, aunque puedo ver el esfuerzo que le supone.

—Sigues siendo mi sumisa —dice, y sus palabras cargan con el peso de todo lo que hemos sobrevivido.

—Siempre tuya —susurro, sintiéndolo ahora más que nunca. El dolor entre mis piernas ya palpita de necesidad, mi coño responde a la orden en su voz a pesar de sus heridas.

Se las apaña con lo que tiene, su precisión de cirujano adaptándose tanto al espacio reducido como a su cuerpo maltratado. El cinturón de seguridad se convierte en una atadura mientras pasa la correa de cuero por mis muñecas, favoreciendo su hombro ileso. La improvisada esclavitud me enciende por dentro.

—Innovación bajo presión —murmura contra mi cuello, con esa sonrisa oscura partiéndole el labio herido. Su mano menos lastimada se desliza entre mis muslos, sus dedos encuentran la seda húmeda de mis bragas—. Ya estás mojada para mí. Buena chica.

Pruebo las ataduras improvisadas, la cálida tela no se parece en nada a las frías cadenas que usaron con él. El asiento trasero del coche obliga a la creatividad, con mis brazos sujetos por encima de la cabeza mientras él se coloca entre mis muslos separados. La vulnerabilidad hace que mi clítoris palpite de anticipación.

—No quiero hacerte daño —susurro, con cuidado de sus costillas amoratadas mientras me arqueo contra él.

—No podrías. —Su brusca afirmación viene acompañada de unas manos suaves que me acarician el rostro antes de deslizarse para ahuecar mi pecho a través de la blusa—. Déjame tomar lo que necesito.

Su pulgar roza mi pezón, el contacto envía una corriente eléctrica directa a mi coño. Incluso herido, incluso traumatizado, sabe exactamente cómo hacer que me deshaga. Gimo mientras

desabrocha los botones de mi blusa, su hombro se queja, exponiendo mi sujetador de encaje a su mirada hambrienta.

—Joder, cómo los he echado de menos —gruñe, inclinando la cabeza para mordisquear mi pezón a través del encaje. El calor húmedo de su lengua me hace jadear, mis caderas se mueven contra la nada, buscando fricción.

—Van —respiro, probando mis ataduras mientras la excitación crece, caliente y urgente, en mi vientre.

—Señor —me corrige suavemente. Su voz es de oscuro terciopelo mientras baja las copas de encaje, dejando mis pechos completamente al descubierto. Jadeo cuando su boca se cierra sobre mi pezón, sus dientes rozando la sensible punta.

Gime contra mi pecho, el sonido vibra a través de mí mientras su mano se desliza por la cara interna de mi muslo. Cuando sus dedos trazan el borde de mis bragas, ya estoy empapada, desesperada por su tacto después de tres días de terror.

—Joder, qué húmeda —murmura, apartando la seda para acariciar mis pliegues resbaladizos—. Mi chica perfecta. ¿Te tocaste mientras estuve fuera? ¿Pensando en mí?

—Todas las noches —admito, con la cara ardiendo por la confesión —. No podía dormir sin… Oh, Dios, Van. Señor.

Desliza dos dedos dentro de mí sin previo aviso, mi coño se contrae alrededor de la intrusión mientras el placer me atraviesa. El ángulo es perfecto en el espacio reducido, su pulgar encuentra mi clítoris mientras me trabaja con caricias firmes, aunque puedo ver la tensión en su rostro.

—Eso es —me alaba, observando mi cara mientras me retuerzo contra su mano—. Recibe lo que te doy. Demuéstrame cuánto has echado de menos esto.

Ya estoy cerca, la intensidad emocional combinada con la necesidad física me empuja hacia el borde. Sus dedos se curvan dentro de mí, golpeando ese punto que hace que mi visión se nuble, y grito contra las ataduras del cinturón de seguridad.

—Córrete para mí primero —ordena, su pulgar rodeando mi clítoris sin descanso—. Quiero sentir este coñito apretado estrujar mis dedos antes de follarte como es debido.

Las palabras me empujan al abismo. Mi orgasmo me recorre, mi coño se cierra sobre sus dedos mientras el placer explota tras mis párpados. Me oigo gritar su nombre, mi cuerpo se arquea contra el asiento mientras las olas de sensación me invaden.

—Preciosa —murmura, trabajándome a través de las réplicas hasta que estoy lánguida y jadeante—. Sigues siendo perfecta.

Con los ojos entornados, lo observo manipular su cinturón con manos temblorosas, su hombro herido protesta por el movimiento, su respiración se acelera por el esfuerzo. Cuando finalmente libera su polla, gruesa, dura y desesperada por mí, gimo de necesidad.

—Necesito estar dentro de ti —dice, colocándose en mi entrada. —Sí —respiro, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura a pesar del ángulo incómodo, consciente de sus heridas—. Tómame. Demuestra que ambos estamos vivos.

Me penetra con una sola embestida lenta y devastadora, mi coño hipersensible se estira alrededor de su grueso miembro. La sensación roza lo insoportable después de mi orgasmo, pero lo necesito, lo necesito a él llenando cada espacio vacío dentro de mí.

Puedo sentir el temblor en sus músculos, la forma en que su cuerpo lucha entre la necesidad y el agotamiento.

—Dios mío, qué increíble te siento —gime, deteniéndose para dejar que me acomode y recuperar el aliento—. Estás tan apretada alrededor de mi verga. Como si estuvieras hecha para mí.

—Lo fui —jadeo, con la verdad de aquello resonando en mis huesos —. No vas a alejarme de nuevo. Esto es lo que soy. Tuya.

Algo cambia en su expresión, el acero se ablanda hasta convertirse en algo más cálido. —¿Toda tú?

—Toda yo. —Las palabras salen más fáciles ahora que empieza a moverse, con embestidas lentas y deliberadas que me hacen ver las estrellas sin dejar de respetar los límites de su cuerpo—. La princesa, la sumisa, el arma de la familia. Todo te pertenece.

Me deshace lentamente en el asiento trasero de ese sedán de carreras, sorteando sus heridas y el reducido espacio. Cada embestida es deliberada, en un ángulo que golpea lo más profundo de mí, mientras su pulgar trabaja mi clítoris en círculos constantes, aunque puedo ver el esfuerzo que le supone cada movimiento.

Los asientos de cuero se pegan a mi piel mientras forcejeo contra las ataduras improvisadas; el espacio reducido hace que cada sensación sea más intensa. Su verga me llena por completo, estirándome de maneras que desdibujan la línea entre el placer y el dolor, con su respiración agitada contra mi garganta.

Su ritmo se vuelve errático, desesperado, persiguiendo la misma liberación que siento enroscarse en mi vientre. Cuando se estira entre nosotros para pellizcarme el clítoris, la aguda sensación me empuja al abismo de nuevo.

Mi segundo orgasmo golpea más fuerte que el primero, mi coño ordeña su verga mientras grito su nombre. El sonido de mi placer lo empuja al límite, y se entierra profundamente mientras se corre, llenándome con chorros calientes de su corrida que me marcan tan a fondo como cualquier collar, con su cuerpo estremeciéndose por la liberación y el agotamiento.

—Joder, solcito —jadea contra mi cuello, ambos temblando por la intensidad, su peso abrumador sobre mí mientras su adrenalina finalmente se desploma—. Eso es. Tómalo todo.

Permanecemos unidos todo el tiempo posible, ninguno dispuesto a romper la conexión, su respiración estabilizándose lentamente mientras se recupera. Cuando finalmente se retira, siento su corrida gotear por mis muslos. Me quita las ataduras con delicadeza, masajeando mis muñecas con tierno cuidado para que recupere la circulación.

—Rompiste tu regla —digo en voz baja, refiriéndome a su insistencia en camas adecuadas y seguridad.

—Haces que rompa todas mis reglas —admite, ayudándome a arreglarme la ropa mientras el coche reduce la velocidad; sus movimientos son ahora más lentos ahora que su cuerpo recuerda sus heridas—. Pero ha merecido la pena. Tú siempre mereces la pena.

Cuando llegamos a su edificio de apartamentos, sé la verdad sobre mí misma. Ser Carmela Rosetti no es una jaula de la que escapar, sino un arma que esgrimir por el hombre que amo.

29 - Van

Tres días de pesadillas. Tres horas de sueño tranquilo a su lado. La matemática es simple, pero el milagro no lo es. Observo el rostro dormido de Carmela a la luz del amanecer que se filtra por las ventanas de mi apartamento, aún asimilando que por primera vez desde que me rescataron ayer, logré dormir más de una hora seguida.

Nada de quemaduras de soga imaginarias que me despertaran de golpe. Nada de sudores fríos. Solo un sueño tranquilo, con su cálido cuerpo acurrucado contra el mío y su suave respiración acompasando los latidos de mi corazón.

No solo me salvó, me está rehaciendo.

Mi teléfono vibra. El nombre de Marco aparece en la pantalla.

—Van —digo en voz baja, mirando de reojo la figura dormida de Carmela.

—Ya está hecho —la voz de Marco denota una oscura satisfacción—. Todos los activos de los Torrino han sido eliminados permanentemente. Toda amenaza para nuestra familia, toda conexión con su organización. Chicago está limpio.

—El alcance… —digo con cautela—. ¿Qué tan extenso?

—Lo bastante extenso como para requerir soluciones permanentes —cada palabra cae con una precisión letal—. Lucia Torrino desarrolló una repentina enfermedad terminal. La afección cardíaca de Giovanni resultó ser mortal. Peter desapareció durante una disputa

de negocios. Limpio, eficiente, sin complicaciones —hace una pausa —. Estabas inconsciente durante la mayor parte de tu rescate, pero este fue siempre el plan una vez que te capturaron. Nadie amenaza a la familia.

La mención casual de mi estado de inconsciencia hace que las piezas encajen. Recuerdo fragmentos: la voz de Marco, movimiento, dolor…, pero el alcance total de la operación escapaba a mi consciencia.

—Gracias.

—Las instrucciones son simples: nunca existieron.

Problema resuelto. Amenazas eliminadas.

Tras colgar, observo su rostro apacible a la luz de la mañana. El collar personalizado que mandé a hacer antes de que todo se fuera al infierno está en el bolsillo de mi chaqueta. Cuero italiano, cosido a mano, con su nombre grabado en plata. No es un anillo tradicional, pero es algo que honra lo que hemos construido juntos.

Me tiemblan las manos al tocar la caja de terciopelo. Esta vez no es por el trauma. Es por el miedo a que diga que no.

Hace dos días, pensé que podría no volver a verla nunca más. Ahora no puedo imaginarme respirar sin ella.

Carmela se remueve a mi lado; sus ojos verdes se abren lentamente antes de enfocarse en mi rostro. Su sonrisa es inmediata, sin aturdimiento ni confusión, solo pura luz de día dirigida a mí.

—Buenos días —se estira como una gata—. Te ves diferente.

—¿Diferente cómo?

—En paz. Como si de verdad hubieras dormido —se incorpora, estudiando mi expresión—. Van…

—¿Sí, princesa?

Su expresión cambia de repente, dando paso a nubarrones de tormenta.

—Tenemos que hablar de esa nota.

Siento que se me oprime el pecho. Sabía que esto iba a pasar.

—Me echaste —le tiembla la voz—. Una nota, Van. Después de todo lo que hemos pasado, me mandas a Nueva York con una maldita nota.

—Carmela…

—No —se aparta, creando distancia entre nosotros—. ¿Tienes idea de lo que sentí? ¿De correr al aeropuerto pensando que ya no me querías? ¿Que me estabas desechando como todos los demás que decían quererme?

—Intentaba protegerte.

—¿De los Torrino? —sus ojos verdes arden con incredulidad—. No me mientas. Ahora no.

La verdad me pesa en la garganta.

—De mí. Te estaba protegiendo de mí.

Su respiración se entrecorta.

—¿Qué?

—Las pesadillas, el estrés postraumático, revisar las salidas constantemente. Te mereces a alguien completo, alguien que no se despierte gritando, alguien que…

—¿Alguien que no me necesite? —se le quiebra la voz—. Porque eso es lo que estás diciendo en realidad. Decidiste que yo era demasiado débil para lidiar con tu trauma. Demasiado frágil para amarte en tus momentos oscuros.

—Eso no es…

—Eso es exactamente lo que hiciste —las lágrimas brillan en sus ojos, pero no caen—. Nos miraste, miraste lo que estábamos construyendo, y decidiste que estabas demasiado dañado para merecerlo. Así que tomaste la decisión por los dos.

Cada una de sus palabras se clava con una precisión que corta más profundo de lo que cualquier tortura de Lucia podría haberlo hecho.

—No soy una muñeca que solo existe en la luz, Van. Soy una Rosetti. Me criaron con sangre y lealtad y amando a la gente en sus momentos más oscuros. Pero, lo que es más importante, soy tuya. Y eso te incluye a ti por completo: las pesadillas, el trauma, las partes que crees que te hacen indigno.

—No podía cargarte con…

—¿Con la verdad? ¿Con la oportunidad de elegir? —se acerca más, su mano encuentra mi muñeca llena de cicatrices—. ¿Crees que estás dañado? Acabo de matar a alguien por ti. Dirigí una misión de

rescate. Llevo tres días durmiendo en sillas de hospital. ¿Te parece eso alguien que no puede soportar tu oscuridad?

El silencio se extiende entre nosotros, cargado de verdad.

—Lo siento. Tienes razón. No tenía ningún derecho a decidir que no podías soportarlo.

—Prométemelo —su voz es feroz. Segura—. Prométeme que no volverás a echarme nunca más. Ni porque creas que estás demasiado dañado, ni porque creas que merezco algo mejor. Decidiremos juntos lo que podemos soportar.

—Te lo prometo —tomo su mano y la presiono contra mi pecho, donde mi corazón late firme a pesar de todo—. A partir de ahora, lo afrontaremos todo juntos.

Me estudia la cara un largo momento y luego asiente. La rabia se desvanece, reemplazada por algo más suave, pero no menos intenso.

—Bien. Porque quiero que volvamos a casa. De vuelta a Nueva York.

La palabra «casa» me golpea de forma inesperada. No Chicago, donde he construido mi carrera médica. Nueva York, donde está su familia. Pero ella me incluye en ese sentimiento de pertenencia.

—¿Quieres volver a Nueva York?

—Quiero ir a donde podamos construir un futuro juntos. Donde tu carrera médica pueda florecer y donde yo pueda contribuir a la alianza familiar. —Su voz está cargada de una nueva autoridad—. Dom ha estado haciendo los arreglos. Privilegios en el hospital, licencias médicas, todo lo que necesitarás.

—Nuestro mundo —dice con naturalidad, sin luchar ya contra su identidad—. Volvemos como un frente unido. Socios en todo.

Ha llegado el momento. Mi formación como cirujano me enseñó que la vacilación mata, en el quirófano y en la vida. Cuando sabes lo que hay que hacer, lo haces con firmeza y de manera absoluta.

Saco el collar del bolsillo de mi chaqueta, y el cuero atrapa la luz de la mañana. Los ojos de Carmela se abren de par en par al reconocer lo que sostengo.

Su respiración se acelera. Mira el collar con un reconocimiento voraz que me lo dice todo sobre su respuesta antes de que pregunte.

—Esta no es una proposición tradicional —digo, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Pero nada de lo nuestro ha sido tradicional.

El collar es de un cuero suave como la mantequilla, de un negro azulado, el tono exacto que le he visto llevar. Su nombre grabado en plata, elegante y permanente.

—Carmela Rosetti. —Le sostengo la mirada, dejando que vea más allá de todas mis barreras—. ¿Llevarás mi collar? ¿Serás mía para siempre, en matrimonio y de todas las formas que son importantes para nosotros?

No me tiemblan las manos mientras espero. Algo en su forma de mirar el collar, de mirarme a mí, me dice que esto no es realmente un riesgo.

Su sonrisa le transforma todo el rostro. No vacila. Se da la vuelta y se levanta el pelo para dejar al descubierto la elegante línea de su cuello.

—Sí. De todas las maneras, para siempre. Cásate conmigo, Van. Poseéme. Ámame.

El sí me inunda como la adrenalina, como el alivio, como volver a casa. Mis manos están perfectamente firmes mientras saco el collar de su caja de terciopelo y lo coloco alrededor de su garganta con cuidadosa precisión.

—Date la vuelta. Déjame ver lo perfecto que te queda.

Mis dedos manipulan la hebilla, ajustándola hasta que queda exactamente bien. No tan apretada como para restringir, pero lo suficientemente ceñida como para que la sienta con cada respiración, con cada movimiento.

El cuero se asienta contra su garganta como si perteneciera a ese lugar. Cuando se vuelve, sus ojos brillan de felicidad y certeza.

Se lleva la mano a la garganta instintivamente, sus dedos trazando el borde del collar: un gesto inconsciente, natural, adaptándose ya a su presencia.

—¿Cómo lo sientes?

—Perfecto. Como si estuviera hecho para mí. Como si yo estuviera hecha para esto.

Lo estaba. Hecha para la sumisión, para mi dominio, para el intercambio que nos sana a ambos. Hecha para ser reclamada por un hombre que entiende que poseerla significa protegerla, apreciarla.

—Estamos comprometidos —dice Carmela, probando las palabras. El collar se mueve con su garganta mientras habla. Entonces suelta una risita y salta a mis brazos—. ¡Comprometidos!

Me tambaleo bajo su peso, mi pierna cede, el hombro se me desploma, pero me importa una mierda.

Capturo su boca en un beso que sabe a eternidad, a sanación, a hogar. Se derrite contra mí cuando tomo el control, cuando reclamo lo que es mío. El collar presiona contra mi mano mientras le ahueco la garganta.

—¿Estás lista para volver a casa? —pregunta cuando por fin libero su boca.

Hogar. Nueva York. El lugar donde construiremos nuestra vida permanente juntos, donde llevará mi collar con orgullo, donde seremos socios en la medicina y en el matrimonio y de todas las formas que importan.

—¿Contigo? —Estudio el collar que brilla contra su garganta, su sumisión ofrecida libremente, nuestro futuro asegurado por el amor y la letal protección familiar—. Estoy listo para cualquier cosa.

30 - Carmela

El pañuelo de seda oculta a la perfección el collar de Van. Mis dedos se deslizan para tocar el cuero oculto a través de la tela cara mientras nos acercamos a la reunión de mi familia. Hace tres meses, me habría dejado en la puerta y desaparecido. Ahora entra en la mansión con el traje de Tom Ford que le elegí, con el aire de quien ha nacido para adueñarse de salones como este.

—Deja de juguetear con eso —murmura Van—. A menos que quieras que tus hermanos descubran exactamente lo que llevas debajo de ese bonito vestido.

Un sofoco me recorre, pero también siento orgullo. El orgullo de que me reclame este hombre que se fija en cada salida incluso en su propia fiesta de compromiso.

La terraza resplandece con una iluminación elegante, con fuentes de cristal que atrapan el sol de la tarde. Manteles blancos, copas de champán, camareros que se mueven como bailarines coreografiados entre los invitados. Todo aquello de lo que una vez huí, ahora es mío por elección propia.

Van se mantiene firme, pero me doy cuenta de cómo evalúa a cada invitado, a cada camarero, a cada posible amenaza. Viejos hábitos de Afganistán que el amor ayuda a controlar, pero no ha borrado.

—Respira —murmuro, apretándole el brazo donde las quemaduras de soga se han desvanecido hasta convertirse en finas líneas blancas bajo el traje—. Te quieren.

—Me toleran porque soy útil —dice, pero sin su aspereza habitual.

Dom es el primero en vernos y alza su copa.

—Ahí están.

La familia se gira al unísono. En lugar del muro intimidante que pueden proyectar, sus rostros muestran una calidez genuina. Nonna Toni incluso aplaude y su pulsera de diamantes atrapa la luz.

—¡Por fin! —exclama—. Ahora podemos celebrar como es debido.

Papá da un paso al frente con esa sonrisa particular que me reserva a mí. Cuando le tiende la mano a Van, este vacila —solo un instante — antes de aceptar el apretón.

—Van. Bienvenido a la familia.

El apretón de manos dura más de lo necesario; el anillo de sello de oro de papá reluce mientras sujeta la mano llena de cicatrices de Van.

Van acepta un whisky de Matt, sosteniendo el vaso de cristal como si todavía se estuviera acostumbrando a beber de algo que cuesta más que el alquiler de la mayoría de la gente. Se mantiene en posición de descanso incluso mientras intenta relajarse, con los hombros rectos y el peso distribuido uniformemente.

—Vaya —dice Leo, sonriendo mientras se une a nosotros con Eleanor a su lado—, treinta y cinco años y por fin sientas la cabeza. ¿Por qué tardaste tanto?

Van aprieta la mandíbula.

—Es difícil concentrarse en las citas cuando intentas evitar que los soldados se desangren. Hay cosas que no se pueden apresurar.

La mano de Eleanor toca el brazo de Leo, una corrección gentil.

—Las diferencias de edad funcionan cuando ambas personas crecen.

—Y ninguno de los dos sale corriendo —añade Milo desde donde está sentado con Mara acurrucada contra él.

—Lo dice el hombre que acosó a su mujer por media Europa —añade Matteo con sequedad.

La risa rompe la tensión que quedaba. La mano de Van encuentra la mía cuando se da cuenta de que lo están incluyendo en sus habituales puyas verbales en lugar de atacarlo.

—Treinta y cinco no es viejo —digo—. Es… *vintage*. Como un buen vino. O queso. En realidad, mejor quedémonos con el vino.

Van se ríe.

—Boda en diciembre —anuncia mamá, apareciendo con su pelo cobrizo brillando plateado a la luz—. Antes de Navidad, después de Acción de Gracias.

—¿Diciembre? —La compostura militar de Van se resquebraja ligeramente—. Eso es en….

—Ocho semanas —termino—. ¿Para planear una boda Rosetti? Espero que estés preparado para un caos organizado con una guarnición de drama italiano.

—*Cara mia* —Nonna Toni me da una palmadita en la mejilla—, cuando has esperado tanto por el hombre adecuado, ¿por qué esperar más? Además, las bodas de diciembre salen preciosas en las fotos.

Los dedos de Van trazan inconscientemente las marcas en sus muñecas: viejas quemaduras de soga que han sanado pero dejado su recuerdo. Dom vuelve a levantar su copa.

—Por la experiencia que se encuentra con la energía —dice Dom—. Van, tienes la madurez para manejar a nuestra Carm. Dios sabe que necesita a alguien que pueda seguirle el ritmo.

La mano libre de Van se posa en la parte baja de mi espalda.

—Ella me ancla. Mucho más de lo que merezco.

—Se anclan el uno al otro —corrige papá—. Eso es lo que hacen las buenas parejas.

Observo a mis hermanos con sus esposas. Dom y Besiana comparten una conversación tranquila, con la mano de ella apoyada en su brazo mientras le cuenta algo a toda prisa. Rafe mantiene a Sloane pegada a su enorme cuerpo mientras ella se ríe de algo en su teléfono. Matt hace girar su moneda de plata con una mano mientras Isabella lo observa, arrebatándosela de vez en cuando en pleno giro solo para hacer que la persiga. Leo hace que Eleanor se balancee ligeramente al son de una música que solo ellos oyen; la mano de ella descansa sobre su estómago de una manera que me hace preguntarme si tienen noticias. Milo y Mara se comunican en su intenso silencio, conversaciones enteras en una sola mirada.

—La próxima generación podría no estar muy lejos —murmura mamá a Nonna Toni.

Oigo las palabras, y mis mejillas se sonrojan. El pulgar de Van traza mis nudillos.

—Completa —dice papá en voz baja, examinando sus dominios—. Para esto fue todo.

El brazo de Van me rodea la cintura. De pie aquí, en la terraza donde jugaba de niña, lo observo comprender por fin que no es solo tolerado o útil. El hombre que pasó años esperando el abandono ahora tiene cinco cuñados que matarían por él, una suegra que planea su boda y un suegro que acaba de entregarle la responsabilidad de su bien más preciado: yo.

—Amor perfecto —dice Nonna Toni, acercándose con dos expresos —. El intenso aroma se mezcla con el del jazmín nocturno de los jardines—. Cuando dos personas se hacen más fuertes mutuamente.

Le da a Van su taza y recoge el vaso vacío de güisqui. En lugar de la torpeza de alguien no acostumbrado a la delicada porcelana, la acepta con las mismas manos firmes que cosen a los soldados para sanarlos. Está aprendiendo a tratar las cosas hermosas sin romperlas.

La fiesta continúa a nuestro alrededor. Besiana orquesta las conversaciones con gestos sutiles, moviendo a la gente como si fueran piezas de ajedrez. Sloane le enseña algo a Rafe en su tableta que hace que él la atraiga hacia sí, susurrándole algo que la hace sonrojar. Isabella consigue robarle la moneda a Matt por tercera vez, lo que provoca que él la plaque contra un banco del jardín, donde ambos se deshacen en risas. Eleanor le susurra algo a Leo que hace que todo su rostro se ilumine de alegría… sin duda, noticias de un bebé. Mara le hace una demostración a Milo de una técnica con cuchillo usando uno de mantequilla de la mesa del catering, lo que le hace sonreír de esa manera serena que le transforma por completo el rostro.

—Baila conmigo —dice Van de repente.

No hay pista de baile, solo las losas de la terraza donde aprendí a patinar de niña. El cuarteto de cuerda está en un descanso. Pero Van me atrae hacia él de todos modos.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta? —pregunta contra mi pelo.

—¿De qué?

—Nunca necesitaste mi protección. Necesitabas a alguien que pudiera estar a tu altura.

Su mano encuentra el collar oculto bajo mi pañuelo… un brevísimo roce que envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—Y tú necesitabas a alguien que pudiera ver más allá del cirujano, al hombre que había debajo —respondo.

—¿Al soldado roto?

—Al protector que olvidó que él también merecía ser protegido.

Giramos lentamente en la terraza. A través de las ventanas, veo el comedor donde tendremos las cenas de los domingos. La cocina donde mamá me enseñará la receta de su salsa. El jardín donde nuestros hijos jugarán mientras sus tíos y tías discuten sobre a quién le toca cuidarlos.

Hijos que crecerán sabiendo que las familias pueden ser complicadas, caóticas y violentas, y que, aun así, merece la pena elegirlas. Que comprenderán que el amor a veces tiene la forma de un collar oculto bajo la seda, de quemaduras de soga que sanan para convertirse en prueba de supervivencia, de las manos de un cirujano que aprenden a sostener el cristal sin hacerlo añicos.

—Te quiero —dice Van, y sus palabras tienen un peso diferente al de la primera vez. No es un sentimiento desesperado, ni posesivo, ni incierto. Es el reconocimiento de algo que ha pasado de ser una deuda a una necesidad, y finalmente a una elección.

—Yo también te quiero —respondo, y lo digo con una sinceridad que no podría haber imaginado cuando huí a Chicago.

El futuro se extiende ante nosotros, como la vista desde la terraza de la mansión. Lo que sea que nos unió —una deuda, el deber, el destino— se ha transformado en algo que ninguno de los dos esperaba, pero que ambos merecemos.

Así es la felicidad: no la ausencia de oscuridad, sino la decisión de construir una luz lo bastante fuerte como para brillar a través de ella. No el lugar del que partes, sino el lugar al que eliges volver. No personas perfectas, sino un amor perfecto; de ese que te hace más fuerte, más valiente, más tú misma de lo que jamás creíste posible.

Hogar.

31 - EPÍLOGO - Dante

Seis meses después - Chicago

Abril

La lluvia primaveral martillea contra las ventanas del viejo estudio de mi padre, pero la prefiero al silencio. El silencio me recuerda demasiado a mí mismo.

Van y Carmela están de visita desde Nueva York, observándome caminar de un lado a otro: tres pasos, giro, tres pasos, giro. Puedo sentir su preocupación como estática en el aire, verla en la forma en que la mano de Carmela descansa protectoramente sobre su vientre, ya de tres meses. Quieren ayudar. Todo el mundo siempre quiere ayudar al Rosetti mudo.

Tienen buenas intenciones, pero no pueden entender lo que es tener cada pensamiento filtrado a través de una pluma, cada emoción reducida a lo que puedo transmitir con mis manos o mis ojos. Diez años de silencio me han enseñado que la mayoría de la gente, de todos modos, no quiere saber realmente lo que estoy pensando. Quieren la versión abreviada, la explicación sencilla que cabe en un bloc de notas.

La verdad siempre es más complicada de lo que puedo escribir.

—Vas a hacer un agujero en esa alfombra —dice Carmela desde el sofá—. Dante, habla con nosotros. O, ya sabes, escríbenos.

El chiste de siempre no surte efecto esta noche. Apago mi cigarrillo con más fuerza de la necesaria y me quedo mirando el documento

que me ha estado atormentando durante tres días. Un trozo de papel de hace veinte años que está a punto de poner patas arriba todo lo que Marco y yo hemos construido en Chicago.

Marco lo sabe, por supuesto. Mi hermano mayor, el que realmente dirige Chicago mientras yo me encargo del lado táctico. Se rio cuando se lo mostré; de verdad que se rio. —Al menos es hermosa —había dicho, como si la belleza importara cuando te casas con alguien que cree que asesinaste a su familia.

Deslizo el contrato sobre el escritorio hacia Van y Carmela, observando cómo sus rostros cambian a medida que leen. Conmoción, confusión, la súbita comprensión de lo que esto significa.

—¿Un contrato matrimonial? Dante, esto tiene veinte años.

Saco mi cuaderno, el cuero suave por el uso constante. A veces, escribir es más rápido que usar señas, sobre todo para conversaciones complejas. Pero ni siquiera escribir puede capturar toda la verdad.

—Tenía quince años.

Antes de convertirme en el fantasma silencioso que acecha el bajo mundo de Chicago. Antes de aprender que gritar no sirve de nada cuando te están cortando las cuerdas vocales. Antes de comprender que no poder hablar significa que la gente llena tu silencio con sus propias suposiciones.

—¿Ana Moretti? —la voz de Carmela se eleva—. Los Moretti han sido enemigos desde…

—Desde la noche en que murió mi padre. La noche en que perdí la voz.

No escribo qué más perdí esa noche. Mi inocencia. Mi fe en los finales felices. Mi capacidad para contarle a alguien lo que realmente pasó en ese almacén mientras mi garganta se llenaba de sangre y Roberto Moretti moría a un metro de mí.

Van me estudia con esos ojos tácticos, viendo más que la mayoría.
—No pueden obligarte.

Ojalá fuera tan simple. Ojalá pudiera explicar lo cansado que estoy de ser el Rosetti que observa desde las sombras, que planea las victorias de todos los demás mientras permanece eternamente apartado. Este contrato matrimonial no es solo un deber, es una posibilidad. Incluso si esa posibilidad viene envuelta en peligro.

—No se trata de tribunales. Se trata de honor. Di mi palabra de honrar todos los acuerdos de mi padre. TODOS.

Cuando Marco se hizo cargo oficialmente de las operaciones de Chicago, me convertí en su ejecutor, su genio táctico, su sombra silenciosa. Pero el juramento también era mío. Juré mantener cada promesa que mi padre hizo antes de morir.

Les muestro el breve video en mi teléfono, viendo a Carmela jadear. Ana Moretti, captada en una imagen de vigilancia que mis hombres tomaron la semana pasada. Le está haciendo señas a alguien fuera de cuadro, sus manos moviéndose con fluida gracia. Se ha estado preparando para mí. Para el monstruo con el que cree que se va a casar.

—Es hermosa —susurra Carmela.

«Hermosa» no le hace justicia. Ana Moretti se mueve por el mundo como si fuera la dueña, llena de aristas afiladas y furia contenida. La he estado observando durante días, tratando de entender qué clase de mujer acepta casarse con el asesino de su tío.

—Lleva un año estudiando lenguaje de señas. El abogado de los Moretti se aseguró de mencionarlo. Se ha estado preparando.

—¿Preparándose para qué?

—Para casarse con el monstruo mudo que mató a su tío esa noche hace diez años.

Las palabras se ven crudas sobre la página. Esto es lo que soy para ella: no un hombre, ni siquiera un enemigo. Un monstruo. Algo a lo que hay que sobrevivir o conquistar.

Carmela me toma la mano, feroz en su protección. —No eres un monstruo. Y tú no… sabemos que no lo hiciste…

Pero no lo sabe, no realmente. Ninguno de ellos lo sabe. Conocen la historia oficial, la que cuenta Marco. Pero no estaban en ese almacén. No vieron lo que yo vi, no tomaron la decisión que yo tomé. Mi silencio no es solo físico, es una prisión que he construido alrededor de la verdad.

—Ella sabe lo que su familia le dijo. Que soy la razón por la que creció sin el hombre que la crio. Que casarse conmigo es su deber para con su familia. Y probablemente su venganza.

Van me observa con comprensión. Él sabe de venganza, de deber, de estar atrapado por circunstancias que escapan a tu control. Pero ni siquiera él entiende el aislamiento de estar separado del mundo para siempre por el silencio.

—¿Cuándo? —pregunta Carmela.

—Mañana. Territorio neutral. El abogado de su familia, el nuestro, y nosotros dos para discutir los términos.

Términos. Como si mi vida fuera un contrato que se puede negociar. Como si la soledad pudiera resolverse con firmas y acuerdos.

La verdad que no escribo: tengo ganas de que llegue el momento. Durante diez años, he sido el genio táctico silencioso de Chicago, el Rosetti roto que planea pero nunca habla. La gente mira a través de mí, a mi alrededor, a todos lados menos a mí. Ven la discapacidad, no al hombre.

Pero Ana Moretti aprendió lenguaje de señas por mí. Un año de estudio solo para poder hablar con el monstruo con el que la obligan a casarse. Es más esfuerzo del que ha hecho nadie fuera de mi familia en una década.

—Cristo —dice Van—. Ustedes, los Rosetti, se la van a comer viva.

—Sí. No solo se casa conmigo, se casa con todos nosotros. Y no tiene la menor idea de lo que eso significa en realidad.

La lluvia sigue golpeando contra las ventanas mientras Van y Carmela finalmente se van, murmurando palabras de aliento que no necesito. Enciendo otro cigarrillo y me quedo mirando la foto de Ana. Lleva un año estudiando lenguaje de señas, preparándose para hablar con un monstruo.

Mañana conoceré a la mujer que se ha estado preparando para casarse con un asesino. Cree que sabe en lo que se está metiendo: una bestia silenciosa que destruyó a su familia.

Está equivocada.

Soy mucho más peligroso que eso.

¡Muchas gracias por leer la Colección Familia Rosetti!

Lo siguiente: la historia de Dante.

Nos quedamos en Chicago, donde nuestro ejecutor silencioso y marcado está a punto de conocer a la única mujer que no se deja intimidar… ni por su silencio ni por su reputación.

No te lo pierdas — esta historia va a arder.

xx Pia